100

WITOLD KULA

PROBLEMAS Y MÉTODOS DE LA HISTORIA ECONÓMICA

TERCERA EDICIÓN

Una aportación metodológica fundamental para el estudio de la historia



PROBLEMAS Y MÉTODOS DE LA HISTORIA ECONÓMICA

historia, ciencia, sociedad, 100



Witold Kula

PROBLEMAS Y MÉTODOS DE LA HISTORIA ECONÓMICA

ediciones península M.R

La edición original polaca fue publicada por Pánstwowe Wydawnictwo Naukowe, de Varsovia, en 1963, con el título de *Problemy i metody gospodarczej.*

Traducción directa del polaco de MELITÓN BUSTAMANTE.

Cubierta de Jordi Fornas.

Primera edición: septiembre de 1973.
Segunda edición: septiembre de 1974.
Tercera edición: noviembre de 1977.
Realización y propiedad de esta edición (incluyendo la traducción y el diseño de la cubierta): Edicions 62 s|a., Provenza 278, Barcelona 8.

Impreso en Lito-Club, Nápoles 300, Barcelona.
Depósito legal: B. 42.872-1977.
ISBN: 84-297-0899-5.

Índice

Introducción

Este libro tiene como finalidad presentar una serie de aspectos de los problemas y los métodos de la historia económica, desde la situación en la cual se halla en la actualidad esta ciencia hasta llegar —en la medida de lo posible— al día de mañana en tanto sea factible prever el desarrollo de la misma en el futuro más inmediato. Sin embargo el método de presentación es histórico. Ahora bien, esto no es tan fácil en los tiempos actuales, después de tantos siglos de reflexión racional en torno a las cuestiones de carácter social enteramente nuevas. Aunque en algunas ocasiones estas proposiciones o las de más allá se nos antojen nuevas, en la mayoría de los casos es debido a un insuficiente conocimiento de la historia de la ciencia y en particular de sus primeras manifestaciones, como son, por ejemplo, los anteriores a mediados del siglo XIX.

Este libro se halla consagrado a una selección de problemas y procedimientos de la historia económica. En su programa no dividimos el libro en capítulos relativos a los «problemas» y en capítulos concernientes a los «métodos», sino que por el contrario, se trata de mostrar cómo unos y otros se vinculan de modo recíproco. La estadística constituye un método, pero la aplicación de la estadística a la historia plantea una serie de cuestiones trascendentales que de otra manera pasarían inadvertidas. Diremos también que el método estadístico no resuelve todos los problemas de la historia económica, sino que algunos de ellos pueden solucionarse por mediación de este método. La investigación de la renta nacional representa un procedimiento determinado para la interpretación de los fenómenos económicos a la par que constituye un aspecto trascendental de la problemática económica. Y así es en la mayoría de los casos: un nuevo método suscita con harta frecuencia una nueva serie de problemas al mismo tiempo que su aplicación aclara una serie de cuestiones llamadas metodológicas. Por este concepto entendemos el análisis de los métodos de investigación de la realidad: es decir, se trata de saber si es posible y hasta qué punto que un procedimiento determinado permita investigar una cuestión determinada de una realidad dada. En este sentido, cada problema metodológico atañe por igual a la realidad y al método. Por otra parte, no puede haber discusión de los problemas sin la discusión de los métodos con ayuda de los cuales aquéllos se investigan.

Trataremos de presentar en el marco de su desarrollo histó-

rico la discusión de cada problema y de cada método. Las indicaciones habituales de la técnica de las investigaciones históricas nos recomiendan por una parte, «agotar la literatura del tema» en cada indagación, pero, por otra parte, ante la evidente imposibilidad de cumplir con ese postulado, se admite asimismo la hipótesis irreal de que en todo caso así obraron nuestros predecesores al hacer un balance de las investigaciones primerizas. Por costumbre se ha seguido el hábito de no remontarse más allá de la clásica ciencia positivista y, en Polonia, por ejemplo, pude no ir más lejos de las escuelas varsoviana y cracoviana. Tal procedimiento es peligroso. Los grandes maestros de la época del Romanticismo, o de la Ilustración, para no decir del Renacimiento, dieron muestra de una sorprendente audacia al formular ambiciosos problemas en algunas disciplinas así como de una admirable perspicacia en su resolución. Aunque su aportación fue considerable, la ciencia positivista dejó muchas cosas en el olvido. El enorme interés que se siente en la actualidad por la historia de la ciencia tiene una profunda motivación. Así, al abordar en este libro los problemas y los métodos de la historia económica trataremos de presentarlos en su desarrollo histórico, citando a los antiguos maestros, no sólo a título de curiosidad, sino teniendo en cuenta su prioridad en el género, tarea ésta difícil de realizar. Baste decir que no existe una adecuada elaboración de los acontecimientos de la historiografía en el campo de los estudios económicos. En este aspecto el autor ha hecho cuanto ha podido, y aunque no se ha realizado la tarea de forma exhaustiva, se ha tratado de formular un programa y de mostrar su utilidad.

Este problema se halla vinculado en la cuestión de las notas a pie de página que hemos puesto en este trabajo, y que tienen el más variado carácter. A veces se trata de la devolución a su autor de un pensamiento determinado del que nos hemos servido; a menudo, las anotaciones tienen como finalidad facilitar al lector su ulterior tarea remitiéndole a la literatura concerniente al tema, a través de la cual él mismo ha de procurar tener acceso a otra más amplia. Por último, con harta frecuencia tratan de mostrar la prioridad científica y de esbozar la historia de las investigaciones.

La construcción utilizada en el libro suscita muchas dudas. La mutua vinculación de los fenómenos sociales hace que muchos problemas a los cuales se han dedicado capítulos o apartados especiales, aparezcan también en otros lugares. Con respecto a las cuestiones concernientes a la descripción tradicional de la historia económica no se les ha dedicado en este trabajo una atención especial, por lo cual hemos tratado de abordarlos al margen de los problemas de mayor importancia a cuyo esclarecimiento pueden servir.

El índice alfabético de materias, al final del libro, puede fa-

cilitar la tarea de orientación acerca de los materiales elaborados.

Naturalmente hay que reflexionar sobre los múltiples problemas y métodos de la historia económica, ya que no todos los aspectos relativos a los mismos nos interesaban por igual. Como el lector advertirá, la cuestión fundamental que centra la atención del autor es la de la diversidad de los fenómenos económicos en los diferentes sistemas. En todos los capítulos este problema está en situación privilegiada. El autor se afana por traducir de forma concreta las tan repetidas (y pese a todo verdaderas) frases sobre la variabilidad histórica de las formas de explotación económica y sobre el carácter histórico de las leyes económicas, así como por demostrar que, bajo la economía precapitalista y preindustrial, el precio es de una naturaleza diferente, como son diferentes las medidas y la empresa, la economía doméstica y la oferta, la demanda y el mercado, etc. Más adelante, se trata de mostrar que la variabilidad de los fenómenos requiere a veces una variedad en los métodos o, por lo menos, su adecuada adaptación a las necesidades de la investigación. Seguir la referida variabilidad de los fenómenos económicos ha constituido una obsesión para el autor.

Si el libro no se hubiese publicado hace tantos años, es posible que se hubiese convertido en algo diferente, en especial con respecto a los problemas que trata de resolver. Tal como está, la problemática a la cual aludimos se halla dispersa en muchos lugares de la obra. A fin de sintetizar sus reflexiones en torno al mecanismo del funcionamiento de la economía precapitalista y, al mismo tiempo, para experimentar un método diferente en su investigación, cual es el concepto de los modelos, se ha elaborado una prueba de aplicación del mismo a los materiales por él conocidos, es decir, a los concernientes a la Polonia contemporánea. Al comienzo, esta prueba debía constituir el decimoséptimo capítulo del presente libro, pero dada su magnitud y su carácter algo marginal, este trabajo ha de ser publicado aparte viéndose obligado a remitírselo al lector.

Igualmente se asignó un carácter didáctico a este trabajo con objeto de su publicación. Pues no sólo en la ciencia polaca, sino en el ámbito mundial se advierte la falta de un tratado capaz de asumir el papel de introducción para el principiante en las indagaciones de historia económica, que le permita tener una visión de los problemas y los métodos, mostrándole unos y otros en su desarrollo histórico, dándole a conocer una serie de cuestiones que en la actualidad son objeto de viva discusión en la ciencia, y guiando sus primeros pasos por el camino de las nuevas búsquedas, por lo cual en un principio se pensó titularlo: *Introducción a la historia económica.*

En la ciencia europea existen varios trabajos con ese mismo título, aun cuando no hayan sido conceptuados con esa misma idea.

Los libros de G. D. H. Cole (*Introduction to Economic History*, Londres, 1932) y de Charles Verlinden (*Introduction à l'histoire économique*, Facultade de Letras da Universidade de Coïmbra, «Suplemento do tomo V da Rivista da Historia», Coïmbra, 1948) son en realidad un resumen de conferencias de historia económica; el primero trata de la época del capitalismo, y el segundo de toda la historia de la humanidad.

La obra de Charles Morazé (*Introduction à l'histoire économique*, París, 1943) es una más entre las tentativas en el campo de la sociología económica, por tratarse de una prueba de interpretación de las diversas formas de explotación económico-social.

Los tratados que se aproximan más a la «introducción» a la labor investigadora son el estudio de Amintore Fanfani (*Introduzione allo studio della storia económica*, 1939, III edición, Milán 1960) y el de Ludwig Beutin (*Einführung in die Wirtschafsgeschichte*, Köln-Graz, 1958), el cual nó es en sus dos tercios sino una historia de la historiografía; original en las partes concernientes a los siglos XVII y XVIII, es muy discutible en cuanto a los siglos XIX y XX constituyendo en su totalidad una defensa de una determinada filosofía social (denominada por su autor neovoluntaria) que no deja mucho lugar para la «introducción a las investigaciones». Por último existe el de Beutin, concebido para uso de los estudiantes. Además, basta con echar una ojeada al índice de nombres que en él figuran para sorprenderse ante su «particularismo»: aparte de la ciencia germana no existe casi nada más. Este libro fue escrito por primera vez en los años 1941-1944, gracias al por entonces director de la Biblioteca de Sociología, Economía e Historia, profesor Andrzej Grodkow, que me mostró sus ricas colecciones. Después, discutí el texto con la profesora Natalia Gasiorowska y con los profesores Stefan Szulc, Ludwik Landau y Stanislaw Rychlinski. El ejemplar que salvé de milagro lo reelaboré casi íntegramente en los años 1945-1946 para hacerlo por tercera vez en los años 1956-1961. Cuando por primera vez escribí este libro en la Varsovia ocupada por los nazis, hace 20 años, la ciencia no se hallaba al nivel en que hoy se encuentra.

La macroeconomía era entonces más bien un postulado teórico que un campo reconocido en la investigación. Las indagaciones en torno a la renta nacional, iniciadas por Colin Clark, y de las cuales se ocupaban en Polonia M. Kalencki y L. Landau estaban en sus balbuceos. Casi no se conocían por aquella época las investigaciones históricas de la renta nacional ni la importante experiencia sueca. La teoría de Keynes constituía la mayor novedad. Las investigaciones sobre la economía de los países atrasados aún no se habían iniciado. La etnología, que se desarrollaba bajo la hegemonía de la insigne personalidad de Malinowski, apenas se ocupaba de los problemas de la economía de los pueblos primitivos.

El método estadístico en historia se utilizaba en especial en dos direcciones: en demografía histórica y en la historia de los precios, aun cuando en esta última disciplina sus tentativas eran desilusionantes. Finalmente, la historiografía soviética, pese a los afanes de la profesora Gasiorowska en los seminarios dirigidos por ella en la Universidad Libre Polaca, apenas era conocida tanto por mí como por la mayoría de mis compañeros. El hablar de «progreso» y de «desarrollo económico» en la primera redacción de este libro, era una osadía: en la ciencia de entonces no eran «bien vistos» tales conceptos.

En el período de posguerra, el desarrollo de las investigaciones histórico-económicas tuvo y sigue teniendo una pujanza inaudita bajo el influjo indudable del gran desarrollo de las ciencias económicas y de la antropología social.

Cuando en el año 1956 volví a reanudar este trabajo, casi todo hubo que hacerse de nuevo.

Es evidente que no resulta fácil, en un par de frases, caracterizar las tendencias que en esta ciencia imperan actualmente, ya que son numerosas, a veces heterogéneas y opuestas entre sí. La micrografía tradicional, que se nutre de la «escuela histórica» alemana, continúa siendo la institución dominante en la producción científica de la mayoría de los países. Pero para conocer las tendencias que han motivado el desarrollo de la ciencia no basta con la estadística de los temas de ciencias históricas ya publicados. Las nuevas tendencias en la historia económica podrían entrar en los apartados siguientes:

a) tendencia al razonamiento con categorías globales, con categorías de economía social, contraria al análisis de las instituciones desligadas del contexto;

b) tendencia a las concepciones cuantitativas (esto no significa que hayan de ser exclusivamente estadísticas), para conseguir orientaciones en orden a las magnitudes y las proporciones;

c) tendencia al descubrimiento del mecanismo funcional del sistema económico investigado, y por lo tanto a la confirmación de la reproducción y la mutua dependencia;

d) tendencia al máximo aprovechamiento de las conquistas de otras ciencias sociales y en primer lugar las de la economía, la etnología (antropología social), la demografía, la estadística, etc.;

e) tendencia al más extenso aprovechamiento del saber sobre la heterogeneidad (enorme) de los sistemas socio-económicos existentes actualmente en el mundo.

Quien compare el tomo de materiales del I Congreso de Historiadores Económicos celebrado en 1960 en Estocolmo con, por ejemplo, los temas de la sección de historia económica del VII Congreso Internacional de Ciencias Económicas de 1933 en Varsovia, ha de ver con claridad todas esas tendencias y ha de

comprender cuán grandes son los cambios acontecidos en esta ciencia en el último cuarto de siglo.

En la medida en que estos conocimientos han ido evolucionando y que el autor pudo captar y valorar las tendencias que en ella se perfilaban, necesitó modificar su concepción en orden a la publicación del presente trabajo: se incrementó su problemática, y la literatura relativa a estos problemas se multiplicó a un ritmo increíble. En una palabra, el horizonte no ha dejado de ampliarse a medida que se alejaba la finalidad deseada por el autor. Después de veinte años de labor en este mismo libro, también se hubiera podido trabajar veinte años más en él.

Ha sido elegido a conciencia el momento en que esta obra se ha entregado a la imprenta. Algunos problemas y métodos, en especial los más tradicionales, se omiten por completo. Entre los que se hallan planteados, algunos lo han sido más extensamente, de acuerdo con mis conocimientos y mi interés. En algunos aspectos nos hemos limitado a hablar de los métodos, en relación a otros hemos tratado de mostrar su aplicación respecto a determinados materiales conocidos por el autor, es decir, los materiales de fuentes polacas.

El libro plantea problemas y toma en consideración materiales concernientes a las diferentes ciencias sociales: la historia, la economía, la estadística, la demografía, la etnología, la sociología, etc. Teniendo en cuenta el desarrollo cuantitativo del bagaje científico en estas disciplinas, nadie es capaz actualmente de asumir tan amplios conocimientos. Pasaron los tiempos de los polihistoriadores. Por ello es posible que se encuentre más de un error, de una ingenuidad y de una interpretación errónea de los materiales extraídos de «la casa del vecino». He asumido conscientemente este riesgo. El progreso de la historia económica depende en primerísimo lugar de la utilización a manos llenas de los éxitos de las ciencias afines.

Al publicar esta clase de libro, deseo expresar mi agradecimiento a todas cuantas personas me permitieron escribirlo. Debería expresarlo a quienes tanto me han enseñado, es decir: a mis profesores, a mis compañeros y a mis discípulos. También he aprendido mucho en el mundo en el cual vivimos, el cual se distingue hoy por el asombroso ritmo de sus cambios, lo que le da un singular carácter de «universidad» para el historiador que se afana por investigar su variabilidad y su heterogeneidad.

Quiero expresar también mis más efusivas gracias a mis alumnos y colaboradores de la Cátedra de Historia Económica de la Sección de Economía Política de la Universidad de Varsovia, así como también al III Departamento del Instituto de Historia de la Academia Polaca de Ciencias y, en particular, al doctor Jerzy Jedlicki y al doctor Andrzej Jezierski.

W. K.

I. Historia de la historia económica

GÉNESIS Y COMIENZOS DE LA HISTORIA ECONÓMICA

La historia es una de las ciencias más antiguas. En cambio, la historia económica es bastante reciente, no sólo como disciplina independiente sino también, y esto es lo más importante, como esfera de interés científico.[1] Catón o Plinio, los autores del *Políptico de Irminón* o del *Domesday Book*, al interesarse por la vida económica, no se interesaban sin embargo por su pasado ni por su desarrollo. Para nosotros, sus obras constituyen fuentes de la historia económica, fuentes del saber respecto a esta rama del saber de sus tiempos, ya que los autores eran más bien economistas y pertenecían preferentemente a dicha ciencia. Durante muchos siglos, fue mucho más estrecho el nexo entre el interés por la vida económica y la geografía que entre la economía y la historia. La economía se hallaba ligada a la geografía por el deseo de conocer el país y el mundo, sus recursos y sus posibilidades. Los motores sociales y los objetivos ideológicos que en el pasado movían los intereses fueron, durante largos siglos, totalmente diferentes.

La función social de la historia consistió durante mucho tiempo en suministrar una legitimación histórica a determinados fenómenos de la época y a sus derechos sobre el futuro: a las familias de la realeza y a las aristocráticas, a las instituciones seglares y religiosas, a determinados principios y costumbres, a las jerarquías establecidas de valores sociales así como a los criterios sociales de valoración. Esta afirmación es en cierto modo una simplificación, pero no hay modo de generalizar sin simplificar. «El testimonio de antigüedad» tenía su fuerza, que fue obligatoria durante un milenio. El argumento de que «así era en el pasado» tenía una fuerza demostrativa en la sociedad y hasta en el foro judicial. La vida social estaba construida sobre esa fuerza. De ahí la necesidad de la historia. Sin embargo, pese a la doctrina de la inmutabilidad, en la existencia habían de producirse cambios, y cada cambio debía buscarse una legitimación en el pasado, debía «demostrar» su enraizamiento en él, es decir, que en definitiva no era un cambio. Todo lo nuevo recurría al mimetismo, enmascaraba su novedad. Más de un innovador y de un revolucionario dijo, como Cristo, que «no había venido a cambiar la ley sino a cumplirla».

En este sentido el móvil que tendía al pretérito era la bús-

queda en ese mismo pretérito de los materiales cuyo antiguo esplendor debía adornar tanto las instituciones existentes, como las tendencias reformadores.

La actividad económica era la diligencia desarrollada por las masas populares, la burguesía y los campesinos. No es de extrañar por tanto que la economía irrumpiera en la historia sólo en el momento en que esas masas, al lanzarse a la lucha por sus derechos, tuvieron que buscarse por sí mismas la dicha «legitimación histórica».

Sismondi y Thierry, al escribir su historia de las ciudades italianas o francesas, y traer a las páginas de la historia el pasado de la burguesía, son los que dan a esta clase social el sentimiento de su peso e importancia en el pasado, dándole la certidumbre respecto a sus importantes tradiciones, justificando su propio convencimiento y el de sus enemigos sobre la base histórica de sus postulados presentes y futuros.[2] Naturalmente, Sismondi y Thierry, situándose en los límites de una época, extrajeron de los anales de la burguesía sobre todo aquellos elementos y valores que eran los más estimados en la sociedad feudal de entonces, es decir, la libertad política y la lucha por su mantenimiento sostenida por las comunas contra el feudalismo. Sin embargo, al mismo tiempo comienzan a abrirse camino los nuevos valores, es decir la riqueza y sus fuentes: la producción y el comercio.

En los países de la Europa Oriental con una población burguesa escasa y en los cuales la lucha contra el feudalismo no fue dirigida por una poderosa burguesía, entran en la historia no tanto los anales de las ciudades como la historia de los campesinos. El representante más importante de esta tendencia fue Lelewel, admirador de Sismondi,[3] quien halló en el pasado las pruebas de la existencia, en los tiempos remotos del derecho de los campesinos a la libertad, del cual fueron despojados por la nobleza, pero que debía fundamentar sus derechos en el futuro.

En unión de la burguesía y del campesinado, la labor económica ascendía paulatinamente a las páginas de la historia.

Esta fue una de las corrientes que motivaron el surgimiento de la historia económica.

La segunda fuente de la historia económica fue la formación de la moderna ciencia de la economía política.

La naciente economía política burguesa tendía a ver como absoluta la regularidad de los fenómenos económicos comprobados por ella en el mundo que la rodeaba sin preguntarse siquiera si existían unos límites históricos para sus manifestaciones.

Sin embargo, contaba con la manifestación de tal regularidad y aspiraba a ella. Mientras la historia fue de hecho sólo la historia política y la historia de las instituciones jurídico-estructurales no podía planteársele el problema de la regularidad, ya

que no buscaba las leyes del desarrollo, sino especialmente sus modelos.

En cambio, desde su nacimiento la economía política buscó las leyes y las vinculaciones constantes, llegando hasta sobreestimar en principio esa constancia. Ello fue causa de que a la naciente ciencia económica no le bastara la observación de un corto lapso de tiempo, denominado «presente». Para ampliar su campo de observación, para asegurarse de que la relación comprobada era una vinculación constante, debía explorar el pasado. De esta manera abrió por otra parte un camino a la historia económica. En este aspecto la piedra miliaria es la aparición de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith (1776).[4] Es verdad que en la parte histórica que encierra la obra de Smith sólo hay digresiones, pero en razón misma de su existencia en las páginas de un libro que ha desempeñado un papel tan importante en la ciencia, éstas abrieron camino a nuevos planteamientos de carácter histórico-económico. Me refiero a las digresiones sobre las colonias, la urbanización y, muy en particular, al famoso capítulo consagrado a los cambios en el poder adquisitivo de los metales preciosos.

Es posible agregar a estas dos fuentes fundamentales de la historia económica una tercera, como es la de las reformas sociales. La inquietud provocada por ciertos fenómenos del período de alumbramiento del capitalismo y de los comienzos de la Revolución Industrial, indujo a indagar dichos fenómenos y su desarrollo. Esto concierne sobre todo a la cuestión tan típica de Inglaterra de las «Poor Laws». Mientras el libro de Burn *History of the Poor Laws*, publicado en 1764, constituye, como su título indica, un trabajo en el campo de la historia del derecho, la obra publicada en la generación siguiente por Eden, *The State of the Poor: or an History of the Labouring Classes in England from Conquest to the Present Period* (1797), que suministró tan inapreciables materiales a Marx para escribir *El Capital*, constituye desde el punto de vista histórico una obra que hace época.[5]

La declaración programática de Ruggles, otro investigador coetáneo de Eden, atestigua que esa actitud era consciente: «La majestad de la historia apenas se ha ocupado en describir las condiciones de vida de las masas populares: los historiadores se ocupan de las guerras y de las revoluciones, de los tratados y de su ruptura, de las intrigas de los partidos... pero, raramente se rebajan a considerar los asuntos breves y simples de la Historia de los pobres.»[6]

La historia económica no podía nacer antes del alumbramiento del capitalismo. El ritmo en el cambio de los fenómenos era por entonces demasiado débil para que los hombres pudiesen advertir esas transformaciones. El horizonte cronológico de su visión era demasiado estrecho. Veían cómo en las grandes ba-

tallas se disputaba el destino de los poderosos, cómo crecían y se desmoronaban las potencias, cómo ascendían a la gloria o morían los reyes y los caudillos. El crecimiento del campo de la economía mercantil y del dinero era difícil de percibir.

La historia económica nace junto con la economía política burguesa, junto con el capitalismo y la Revolución Industrial.[7]

LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX Y LOS COMIENZOS DE LA «ESCUELA HISTÓRICA»

A comienzos del siglo XIX la historia económica, aunque dista mucho de hallarse plenamente conformada, de ser una disciplina independiente, constituye sin embargo una clara esfera de interés, un campo ya laborado.

La primera mitad del siglo XIX hace florecer en todos los países de Europa gran número de obras relativas a la historia económica. Algunas de ellas constituyen una síntesis en varios tomos de los distintos problemas, que siguen asombrándonos actualmente por lo ambicioso de la empresa.

Al frente de este movimiento destacan Inglaterra y Alemania. En estos dos países los científicos se lanzan a las investigaciones histórico-económicas en relación con los problemas fundamentales de carácter político y económico a los cuales dichas naciones se veían abocadas entonces.

En Inglaterra, tales problemas fundamentales eran: «el derecho de los pobres» y el problema de la libertad de comercio (*Poor Laws* y *Corn Laws*). La lucha política que se manifestaba también a través de la publicación de innumerables panfletos del más diverso tamaño y del más diverso valor científico en defensa de tesis contradictorias, hizo surgir en torno a dichas cuestiones una literatura que con frecuencia llegaba hasta el arsenal de los hechos históricos y a veces promovía incluso trabajos propios de los autores, quienes se basaban en las fuentes documentales.

En Alemania el papel fundamental lo desempeñaba la cuestión de la unificación bajo el aspecto del problema económico de la «Unión aduanera». F. List, adversario de la libertad de comercio, inicia con su *Das nationale System der politischen ökonomie* (1841), la llamada «escuela histórica de economía». Aunque no era un historiador, no dejó de influir poderosamente sobre la historia. Nacionalista, se opuso de modo resuelto a las abstracciones de los clásicos ingleses. Al ceñir las especulaciones económicas a la economía concreta de un país concreto, se acercó asimismo a los métodos históricos.

Ligados a List, Knies, Hildebrand y particularmente Roscher (*Staatswirtschaft nach geschischtlicher Methode*, 1843) son más

bien historiadores económicos que economistas. Desde el punto de vista de la historia económica tienen ciertos méritos que acaso sea difícil percibir en sus obras desde el de la historia de la teoría económica.

En esa misma época, en otros países destacaban otras preocupaciones de su vida social, las cuales fueron objeto de investigaciones histórico-económicas. En Polonia y en Rusia, el problema de un campesinado de fuerza revolucionaria inclinó hacia la investigación del pasado de la aldea. En Francia el socialismo utópico y muy en particular la apología sansimoniana del «industrialismo» se hallaban en la base de las indagaciones históricas sobre la artesanía, la industria, las uniones corporativas y la clase obrera.

Es evidente que con estas características nacionales, lo «específico» encierra una buena dosis de esquematismo. Las cuestiones que acabamos de enunciar se pusieron en estos países a la cabeza del interés científico aunque no se limitara a ellos.

Es preciso agregar a estos factores uno más: el incremento, en los principales Estados europeos, de las realizaciones de los servicios centrales estadísticos estatales que, al extenderse cada vez más, suministraban anualmente nuevos materiales.[8] El hecho de que en torno a una serie de cuestiones de importancia fundamental surgiera de esa manera un material constante y en principio comparable, que cada año iba incrementándose, inclinó a numerosos investigadores a hacer tales comparaciones y a buscar las tendencias del desarrollo. Un ejemplo de esta categoría de obras es el libro de C. F. W. Dieterici que tiene el característico título de: *Der Volkswohlstand im Preussischen Staate in Vergleichungen aus den Jahren vor 1806 und von 1828 bis 1832 so wie aus der neusten Zeit nach statistischen Ermittelungen...* (1846).

El nombre mismo ya atestigua el carácter histórico de la obra, que opera con materiales pertenecientes a los cuarenta años anteriores. Obras parecidas se publicaron por entonces en gran número, especialmente en Inglaterra[9] y en Alemania. El bagaje de la primera mitad del siglo XIX aumenta en cuanto a publicación de materiales y de monografías. De ellos se ocupa casi exclusivamente el historiador científico. Corregidos y reconsiderados en innumerables elaboraciones ulteriores, en la práctica ya no son necesarios para el investigador que hoy se ocupa de unos problemas que por entonces se investigaban por vez primera. Sin embargo son una etapa trascendental en el desarrollo de la ciencia.

Al hablar del desarrollo de la historia económica en la primera mitad del siglo XIX es preciso subrayar finalmente su gradual retroceso ideológico. La fuente del interés histórico-económico anteriormente caracterizado y simbolizado por las figuras de Smith, Eden y Sismondi estuvo en el estilo progresista del pensamiento científico de la época. A pesar de todas las limita-

ciones típicas de aquel momento, el optimismo ingenuo de un Smith, el pensamiento utópico de un Sismondi y el filantropismo paternalista de un Eden encerraban una problemática científica novadora, audaz y de largo alcance, que abría el camino a una sociedad más democrática que la de aquella época.

Después de 1815, en el período de la Restauración, la situación sufrió un cambio. Pasaron a primer término el nacionalismo de la escuela histórica y la labor apologética de estadígrafos con mentalidad de funcionario, del tipo de Dieterici. La recopilación de los hechos reemplazó a las grandes y audaces concepciones científicas. A pesar de que en la ciencia histórica siguieron actuando ideólogos del «estado llano», les esperaba la suerte de Augustin Thierry, el eminente investigador de la historia de las ciudades francesas y de la burguesía, quien rompió su pluma cuando, después de las jornadas de julio de 1848, el antagonismo entre la burguesía y el proletariado, que acababa de manifestarse trágicamente en las calles de París durante aquellas jornadas, anuló su idea de la sociedad y por consiguiente su concepción de la historia.[10] Sólo el utopismo industrial en Occidente y agrario en el Este de Europa mantendría la corriente progresista en las investigaciones histórico-económicas.

EL MARXISMO Y SU INFLUENCIA

En esta situación ideológica y científica surge el marxismo, que va formándose en los años de 1848 a 1867 (contando a partir de la aparición del *Manifiesto Comunista* hasta la publicación del tomo I de *El Capital*).

Entre otros aspectos, esta ideología fue una concepción sintética de la historia económica. Estaba fundamentado en el escrupuloso aprovechamiento de todas las indagaciones existentes hasta la fecha en esta disciplina. A causa de su carácter genuino influyó enormemente en el desarrollo de la historia económica.

Pero el marxismo no era sólo una concepción sintética de la historia económica, sino también una teoría y un programa para la práctica revolucionaria, y ambos aspectos se hallaban muy vinculados en él. Las conclusiones revolucionarias partían directamente, en el espíritu de los creadores del marxismo, de esa misma comprensión de la teoría del desarrollo económico. Esto le confería al marxismo un carácter especial y una excepcional fuerza respecto a las demás teorías científicas, como asimismo se la daba en la actividad científica. Desde el momento de su aparición nadie pudo ignorarlo. Al sabio impasible le sorprendía el carácter sugestivo de la síntesis científica; el apologista del capitalismo tuvo que luchar con una teoría de la cual se desprendían conclusiones revolucionarias dirigidas contra el

capitalismo; el revolucionario, a fin de defender sus conclusiones revolucionarias, tuvo que defender sus principios teórico-históricos.

No creo que exista en las ciencias humanas, incluida la economía política, ninguna disciplina en la que su trascendental influjo haya sido subrayado, con tanta fuerza por los investigadores coetáneos de los más diversos horizontes ideológicos, como precisamente en la historia económica.

En su calidad de economista, y refiriéndose a *El Capital*, lord Keynes escribió en el año 1925 que se trataba de «un libro envejecido, que no sólo es falso desde el punto de vista científico, sino que además no tiene ninguna significación, ninguna posibilidad de aplicación en el mundo contemporáneo».[11] En cambio, todos los más eminentes historiadores económicos —coetáneos, por encima de sus creencias políticas— rubrican la trascendencia del marxismo para dicha disciplina.

«La verdadera ciencia [se trata de la historia económica —W. K.] actual, marxista o no, es inevitablemente postmarxista» —escribe en su conferencia inaugural en el año 1932 R. H. Tawney,[12] caracterizando acertadamente una situación en la cual esta ideología, en una disciplina determinada, influye y cuenta con un número mayor de partidarios que de adversarios.

Clapham subraya de la misma manera la trascendental influencia del marxismo sobre la historia económica, «por atracción y repulsión».[13] Como también la de Marx sobre Sombart es bien conocida. Asimismo Eileen Power, en su conferencia inaugural del año 1933, expresa su solidaridad con el método histórico de Marx. «Su procedimiento —escribe— es importante no sólo como interpretación de los hechos, sino asimismo como método para penetrar en ellos. Conjuga la inducción y la deducción de una manera que cada historia social debe acometer si es que se precia de ser útil. Sin teoría no hay historia.»[14]

La influencia decisiva de Marx en el desarrollo de la ciencia histórico-económica mundial es reconocida incluso por el declarado antimarxista norteamericano J. U. Nef,[15] pese a que en América su influencia sea evidentemente más reducida e indirecta. «A partir de 1870 —escribe Clapham— la concepción marxista del capitalismo asumió paulatinamente una posición dominante en el pensamiento histórico. Los historiadores y los economistas empezaron a ocuparse cada vez más de cuestiones tales como los orígenes del capitalismo, sus formas, sus relaciones con los demás tipos de organización de la economía, su extensión y su influencia sobre las diversas sociedades en las diferentes épocas...» etc.[16]

El marxismo representaba la síntesis de las adquisiciones hechas hasta entonces en el campo de la historia económica. Recordemos que las fuentes citadas y de las cuales surgió la historia económica —en primer lugar la economía política in-

glesa, el pensamiento utópico francés y los historiadores de la burguesía francesa del período de la Restauración— forman parte de las fuentes del marxismo, a los cuales se refirió directamente, alejándose profundamente de sus ulteriores vulgarizadores.[17]

Así, esta ideología está basada en una concepción sintética del desarrollo económico en la cual la labor económica y la transformación de sus instrumentos y de sus formas de organización social desempeñan el principal papel. Como es sabido, la conclusión a la cual condujo la indagación se fundamentaba en la regularidad observada en cuanto a la previsión del futuro, que desembocaría de manera inevitable en la aparición de la sociedad comunista. Así, se trataba de una investigación del pasado qne no tenía como finalidad mostrar que el pretérito existía al menos en aquellos elementos que se deseaba llevar al futuro (lo cual sigue siendo el predilecto, secular y siempre actual problema en la raza de los historiadores y el secular mimetismo de los revolucionarios) sino por el contrario, llevar al convencimiento de que en el futuro han de imperar unas relaciones humanas desconocidas hasta ahora en la historia de la humanidad.

Desde la aparición del marxismo, los puntos en litigio dentro de la ciencia habrían de ser los siguientes:

a) la existencia misma de las regularidades de desarrollo,
b) su carácter,
c) su contenido,
d) las conclusiones extraídas.

Desde que surgió el marxismo las investigaciones histórico-económicas se han escindido en dos corrientes: la marxista y la no marxista. Esta escisión no deja de ser sin embargo un problema complicado, aun cuando de momento la analicemos durante el período comprendido entre la aparición del tomo I de *El Capital* y la Revolución Rusa ya que no se presta a ser resuelta con el método de los *slogans.*

Ante todo es preciso hacer notar que en la época inicial, tanto Engels como Kautsky y toda una serie de marxistas no se solían ocupar de la problemática histórico-económica. Sus principales afanes investigadores y propagandísticos iban por otro camino, es decir, tendían a demostrar el condicionamiento clasista de los fenómenos ideológicos y políticos. Es verdad que al investigar el condicionamiento clasista de cualquier fenómeno tuvieron que reflexionar respecto a la estructura de clases de una época determinada y al mismo tiempo sobre el carácter de la economía de una sociedad concreta. Sin embargo, esto no altera el hecho de que éstos no fueron los fenómenos que constituyeron el objeto preciso de sus exploraciones.

Durante los dos decenios que siguieron a la aparición de *El Capital,* un período que se caracterizaba por el enorme

desarrollo de la historia económica no marxista y a veces antimarxista, el marxismo defiende sus posiciones porque sobre dichos problemas tiene una postura resuelta, careciendo sin embargo de sus propias adquisiciones en el campo de la investigación. La situación cambia con la aparición, ya a finales de siglo, de obras tan importantes como *El desarrollo del capitalismo en Rusia* de Lenin (1899) y *El desarrollo industrial de Polonia* de Rosa Luxemburg (1898).

Ahora bien, como quiera que las obras fundamentales de Lenin, publicadas en ruso, tardaron mucho tiempo en ser conocidas con carácter oficial por la ciencia de Europa occidental y que el pensamiento de los partidos obreros tardó mucho en manifestarse en las obras de los investigadores científicos, no es de extrañar que el principal frente de la lucha ideológica en el campo de la historia económica se desarrollara en el seno de la ciencia no marxista, más que en una polémica entre la ciencia marxista y la ciencia no marxista, y sobre todo entre los investigadores progresistas no marxistas, quienes a pesar de todo se hallaban muy a menudo bajo el influjo de Marx (el joven Sombart, Mantoux y otros).

El surgimiento y desarrollo del movimiento obrero despertó en sus partidarios, en sus simpatizantes así como también en los vacilantes y hasta en sus adversarios el interés por la historia económica.[18]

LA «NUEVA ESCUELA HISTÓRICA»

Al referirnos a las reacciones suscitadas por el marxismo, es preciso situar en primer lugar, dentro de las suscitadas por la «repulsión» —para emplear la expresión de Clapham— el surgimiento en Alemania de la llamada «nueva escuela histórica» encabezada por Schmoller. En relación a ella es preciso repetir lo que ya dijimos referente a su predecesora —la «vieja escuela histórica»— que, perteneciendo formalmente a la historia de la economía política, de hecho tenía mucho más que ver con la historia económica; si algún mérito hay que reconocerle en la evolución de la ciencia es precisamente en este último aspecto. La vieja y la nueva escuela históricas de economía, nacidas y desarrolladas en Alemania y cuya influencia fue relativamente débil fuera de este país, merecen una explicación más detallada.

«La escuela histórica alemana no consiguió lo que sus representantes esperaban de ella: la creación de una verdadera ciencia económica... sin embargo, como historiadores económicos sin duda hicieron una aportación fructífera.»[19] Es difícil negar los rasgos ideológicos reaccionarios de esta doctrina, cuyas viejas generaciones dirigían sus ataques contra Smith y Ricardo,

y las jóvenes contra Marx y Engels. La vieja generación preparaba ideológica y prácticamente la unificación de Alemania en torno a la dinastía de los Hohenzollern; la joven fue la fiel servidora de esta monarquía, y Schmoller su admirador e historiógrafo.[20] Sin embargo, la influencia de ambas escuelas sobre las exploraciones de historia económica fue tan poderosa, el bagaje acumulado por ellas y bajo su patrocinio tan importante, y la debilidad y las limitaciones de ambos tan duraderas e insuperables hasta la fecha, que merecen mayor atención.

Sus precursores fueron Adam Müller y Friedrich List (1789-1846).[21] El más importante, este último, no era ni un historiador ni un economista teórico. Si bien intervino en la formación de la escuela histórica, lo hizo sobre todo como defensor de dos tendencias: en primer lugar, de la nacionalista que lo condujo a subrayar los aspectos individuales del desarrollo económico de los diferentes países y, en segundo lugar, la teoría de los niveles del desarrollo económico.

Tres científicos son considerados como los verdaderos creadores de la escuela histórica: Bruno-Hildebrand (1812-1886), Wilhem Roscher (1817-1894) y Karl Knies (1821-1898). Que crearan realmente una «escuela» es algo que pusieron en duda eminentes investigadores, entre ellos Schumpeter.[22] Sus discípulos —como Schmoller y sus adversarios— los unieron a posteriori más de lo que en realidad habían estado. Pero estos fenómenos no son fruto de la casualidad. Sus adversarios en especial, vieron en ellos lo que realmente les unía. Para sus críticos economistas no eran unos teóricos, y para sus jueces historiadores no eran demasiado esquemáticos. Los tres adoptaban una postura evolucionista y organicista, poniendo de relieve la unidad de las ciencias sociales, el historicismo de sus métodos y creando asimismo la teoría de los niveles del desarrollo económico.

Entre ellos, fue Hildebrand[23] el que menos se ocupó de historia. Sobre el resto de la escuela influyó esencialmente su teoría del desarrollo económico, basada en los medios de intercambio, como criterio de clasificación (economía natural, de dinero y de crédito).

Más amplia y significativa fue la influencia de Roscher y de Knies.[24] El primero tenía una formación de historiador. Admiraba a Ranke, al cual dedicó su primer libro. Su programa, al que toda su vida se mantuvo fiel, lo enunció en el año 1843.[25] La economía constituía para él «la investigación de las leyes del desarrollo económico» y denominaba su método «histórico-fisiológico»: histórico por cuanto utilizaba materiales históricos y ligaba la situación económica del momento presente al pasado; fisiológico, por cuanto sostenía la tesis de que cada pueblo, al igual que cualquier organismo vivo, atraviesa por determinadas fases de desarrollo.[26] Este «organicismo» se manifestaba también en Roscher con relación al tratamiento de la cultura humana

como algo indivisible. Parecida postura asumía Knies[27] quien era de la opinión de que existían diferencias nacionales en el desarrollo económico. Los dos se oponían vigorosamente al universalismo de la escuela clásica inglesa y ambos fueron partidarios de la unificación de Alemania y del proteccionismo que debía defender a los industriales germanos de la competencia inglesa.[28]

Con independencia de que en sus tesis metodológicas generales la escuela histórica tenga su lado positivo, su contribución a la teoría económica es nula. Sin embargo, es enorme el ascendiente que ejerció sobre el desarrollo de las investigaciones histórico-económicas, en especial en el período en que, tras la unificación de Alemania, los continuadores de la «vieja» escuela histórica, acaudillados por Schmoller, conquistaron una posición dominante en las cátedras de economía política del Reich, del que eran los apologistas. Se considera como principales representantes de la «nueva» escuela a Gustav Schmoller (1838-1917),[29] Lujo Brentano (1844-1931) y Karl Bücher (1847-1930), aunque no se emplea la denominación de «admiradores de la monarquía prusiana» más que para Schmoller y sus innumerables adeptos.

El propio Schmoller se consideraba a sí mismo como un discípulo de Roscher y en sus concepciones teóricas no fue más lejos que éste. En cambio, Schmoller emprendió el estudio monográfico de una serie de importantes instituciones de la historia económica alemana, en especial a la historia de la artesanía,[30] en trabajos que durante largo tiempo fueron un modelo para sus innumerables sucesores. El adorador del Estado y de la dinastía prusianos dedicó una obra apologética a la política económica de Federico II.[31]

Schmoller veía en el antiindividualismo y el antiliberalismo el criterio decisivo para el desarrollo social y económico del Estado, en todo tiempo y en todas partes. Hay que reconocer que sus monografías y las de sus alumnos estaban basadas en una gran riqueza de materiales de fuentes no utilizadas hasta entonces. En este aspecto pusieron al servicio de tendencias reaccionarias la elaboración de unos métodos críticos aplicables a las exploraciones de historia económica. Bajo la dirección de Schmoller, se emprendió también la publicación de las fuentes para la historia económica de Prusia, con un claro sello apologético, pero de evidente utilidad. Schmoller se consideraba a sí mismo y era considerado como un miembro de la llamada «escuela prusiana», lo cual, en el campo de la historia económica, correspondía al papel de Treitschke en el terreno de la historia política.[32] Debido a su apoyo al poder estatal, su posición en Alemania era tan poderosa a finales del siglo XIX, que los juicios sobre sus concepciones sólo podían hacerse desde el exranjero. Y fue desde Viena.[33]

Vemos que la escuela histórica alemana tuvo una limitada

resonancia fuera del país. Respecto a los economistas no tuvo prácticamente ninguna influencia pero sí, sin embargo, sobre los historiadores británicos: W. Cunningham estudió en Tübingen, Ashley escuchó a Knies en Heidelberg y admiraba a Schmoller[34] con el que estudió Unwin. Pero tales ascendientes se manifestaron más bien en el interés por una determinada problemática, imitadora de los métodos de crítica de las fuentes, que en un influjo de carácter ideológico.[35]

Un historiador americano de la historiografía indica acertadamente[36] que los profesores de las universidades alemanas, con independencia de su procedencia social individual, se vieron atraídos directa y generalmente al servicio del Estado militarista de los *junkers*, mientras que los profesores ingleses procedían con demasiada frecuencia de la burguesía o de las capas pequeñoburguesas, disfrutando de mucha más independencia en sus universidades autónomas. Rogers era un liberal y un enemigo de la «tiranía de los *landlords*»; Cunningham, Ashley y Unwin aunque no tan politizados, distaban no obstante de compartir la postura política de Schmoller.

Resulta muy distinto el problema de la aparición, más o menos espontánea, de las corrientes históricas en los países atrasados, en los que se manifiesta una tendencia ideológica a remarcar la propia singularidad nacional y una línea histórica de desarrollo genuina, lo cual se explica por la necesidad de defenderse contra el alud de las mercancías importadas de los países prósperos, y por la esperanza puesta en el papel que debe asumir el propio Estado.[37] En tal situación, el desciframiento de los rasgos ideológicos de tales tendencias puede resultar un asunto muchísimo más complicado que en lo que respecta a la Alemania de Bismarck.

Asombra contemplar en la actualidad el bagaje de la «joven escuela histórica», que cuenta en su ejecutoria con la sistematización de un sinnúmero de archivos, la publicación de incontables tomos, ediciones de fuentes, y monografías sobre una infinidad de ciudades, corporaciones, aldeas, sobre las finanzas del Estado o de las Comunas, empresas comerciales, etc.

Las bibliotecas de los nuevos seminarios de historia económica rápidamente se llenaron de libros, en tanto que profesores eran distinguidos con órdenes, títulos de «Consejeros» o de «Académicos».

La «nueva» escuela histórica ha puesto bien de manifiesto la variabilidad de los fenómenos económicos en el tiempo y en el espacio, pero agigantando en la práctica esta variabilidad hasta el extremo de negar toda posibilidad de generalización. El colocar en un orden preferente la diferenciación histórico-geográfica ha hecho desistir de la generalización, bien como principio bien en la práctica. O se niega la posibilidad misma de generalizar, o se la relega para dentro de «mil años».

Los efectos de estas dos actitudes han sido idénticos. El filo antimarxista de esta escuela se ha puesto en evidencia con harta frecuencia. Cuando se niega la existencia o aunque nada más sea la cognoscibilidad, de las regularidades histórico-económicas en general, no tiene sentido el discutir sobre la realidad de esas regularidades como muy bien lo formuló un adversario de Marx.

Sin embargo, muy pronto llegó el desencanto para la ciencia no marxista y los científicos antimarxistas. Después de la monografía de una ciudad o de un gremio, escrita con carácter precursor por algún «maestro», afluyeron decenas de disertaciones de sus alumnos reproduciendo ese mismo método en relación con la historia de otras ciudades y gremios. ¿Acaso esto representaba un progreso del saber, del conocimiento y la comprensión del pasado? La finalidad del conocimiento histórico, ¿es elaborar la monografía exhaustiva de todas las instituciones que existieran en el pasado? La historia de la humanidad en el tiempo y en el espacio, ¿es taparla con un mapa de monografías institucionales? ¿Es esto factible en general? ¿Compensaría el esfuerzo? ¿Acaso no es un espejismo el lejano objetivo que se plantean los más prudentes representantes de la escuela, al proclamar que se podrá emprender la generalización cuando todo haya sido investigado?

LA TEORÍA DE LAS «ETAPAS DEL DESARROLLO ECONÓMICO»

La reacción procedió en primer lugar de los economistas y hasta surgió en el seno mismo de la «escuela histórica». Nos referimos a la concepción de las etapas del desarrollo económico.[38]

La primera de ellas ya la formuló el representante de la «vieja» escuela histórica, Bruno-Hildebrand, quien en el año 1864 enunció la concepción del desarrollo en tres niveles, desde la economía natural hasta llegar a la economía crediticia a través del dinero.[39] En esa misma época, Karl Bücher[40] formuló la pujante teoría de las «etapas», viendo esas etapas consecutivamente en la economía doméstica cerrada, en la economía ciudadana y nacional —a lo cual más tarde sus partidarios añadieron aún el nivel de la economía regional— (*Territorialwirtschaft*) como intermediario entre la economía ciudadana y nacional (fenómeno típico en la historia del pueblo alemán, que perduró mucho en los estados regionales hábilmente organizados),[41] y para terminar, como última etapa, la economía continental o mundial.

En torno a la concepción misma de los niveles del desarrollo económico se libró una reñida batalla,[41a] que por fortuna aún no se ha extinguido.

El ataque fundamental a cada uno de esos niveles fue demostrar que un fenómeno reconocido por esa teoría como típico para uno de los períodos, lo encontramos en otros momentos anteriores o posteriores. Los principales artífices de tales teorías fueron los economistas, y sus críticos más importantes los historiadores. Se perfiló asimismo un fenómeno peligroso para la ciencia histórica: los economistas creaban las teorías de las «etapas» del desarrollo económico, y los historiadores, en su mayoría, consideraban que su cometido consistía en desaprobarlas una tras otra. La fácil tarea de demostrar que la riqueza de la realidad no se encierra en un esquema, tentó más a numerosos historiadores que la aspiración a la generalización de las enormes adquisiciones de su ciencia. Ingenuo razonamiento: «ya los antiguos griegos»[42] trataron de demostrar que «no hay nada nuevo bajo el sol», encontrando para cada fenómeno los más remotos antecedentes y a menudo superficiales analogías, todo lo cual era la expresión de una historia anárquica que a nada conducía.

Era realmente un diálogo de sordos. Cada una de las partes en discusión se refería a otra cosa. A menudo, los argumentos de los historiadores no se adecuaban a las teorías de los economistas, y ninguno negaba, por lo demás, que en las épocas primitivas se habían dado casos de aparición del dinero o de sus sucedáneos, como tampoco desconocían el hecho de que en la actualidad siguen existiendo elementos de economía natural. Por otra parte, es cierto que muchas de las teorías de las «etapas» asumían un carácter teológico, gravadas por elementos organicistas unidos a un ingenuo modo positivista y biológico de considerar la sociedad y que en ellas se daban elementos metafísicos.[43]

El progreso de la ciencia se realizó entre tantas contradicciones.

En primer lugar se produjo un gran incremento del conocimiento práctico de la historia de la economía de todos los pueblos y de todas las épocas. La propia lucha con las teorías de las «etapas» contribuyó mucho a ello, a pesar de que por otra parte las necesidades de esa batalla llevaron más de una vez a una deformación del sentido de la investigación al obligar a centrar la atención de los investigadores sobre fenómenos no típicos, excepcionales o esporádicos. Naturalmente, con un criterio científico nos encontramos con que también este fenómeno tuvo un lado beneficioso: la diferenciación metódica de lo «típico» y de lo «no típico», de lo «anecdótico» y de lo «sintomático» exige, de no efectuarse apriorísticamente, un extenso conocimiento de los fenómenos de una y otra categoría. Los auténticos beneficios para la ciencia resultaron ser a menudo contrarios a las intenciones de los investigadores.

A comienzos del siglo XX la historia económica ya se halla configurada como disciplina independiente.

Su nombre como disciplina independiente aparece quizá por primera vez en el título de la obra de Inama-Sternegg *Deutsche Wirtschaftsgeschichte* (tres tomos, 1879-1899, que sólo estudian el medievo), siendo adoptado rápidamente. En el año 1903 se inicia la primera publicación especializada: *Vierteljahrschrift für Sozial und wirtschaftsgeschichte*, que aún continúa publicándose (en 1961 apareció el tomo 48). En 1913 ya se editaba desde hacía cinco años la «Revue d'Histoire des Doctrines économiques et sociales», que cambió entonces su nombre por «Revue d'Histoire économique et sociale» y que ha estado apareciendo sin interrupción (en el año 1961 se imprimió el tomo 39). En 1915 comienza a publicarse en Holanda el «Economisch-Historisch Jaarboek». La historia económica comienza a ser introducida en los programas universitarios: en Alemania en el marco general de los estudios (en Oxford y Cambridge desde 1880). Sin embargo, van surgiendo más lentamente las cátedras especializadas en esta disciplina. A finales del siglo XIX sólo existe una en los países anglosajones, la de Harvard, creada para Ashley, quien abandona por ella la Universidad de Oxford. En Francia, la historia económica, al no poder saltar la división tradicional instaurada en las cátedras universitarias, se instauró en el «Conservatoire National des Arts et Métiers» y cuya cátedra, ocupada por Levasseur,[44] lleva el nombre de Historia del trabajo. En Inglaterra, la primera asignatura de Historia económica es creada en Manchester para G. Unwin. En Alemania, de acuerdo con la ejecutoria de la «escuela histórica», la historia económica se halla profesada principalmente en las facultades de economía. La emancipación universitaria de la historia económica sólo se produce fundamentalmente en el período de entre las dos guerras. Pero como ciencia, tiene carácter propio desde finales del siglo XIX.

Después de la Primera Guerra Mundial, la historia económica se emancipa rápida y definitivamente. Se incrementan publicaciones especializadas. En 1926, el «Economic Journal» empieza a editar anualmente un cuaderno suplementario consagrado a la historia económica («Economic History»; se publicaron 15, el último en 1940). En ese mismo año se funda en América el «Journal of Economic and business history».[45] En el año 1927, se crea en Inglaterra (con sede en Cambridge) la «Economic History Review» bajo la redacción de Lipson y Tawney y que aparece aún sin interrupción (en los años 61-62 se publicó el tomo 14 de la nueva serie, actualmente bajo la redacción de M. M. Postan y Habakkuk). En 1929 en París aparece el primer número de los «Annales d'Histoire Economique et Sociale» dirigidos por

L. Febvre y M. Bloch, y que desde el año 1939 se titularon «Annales d'Histoire Sociale»; en los años 1942-1944, por razones de censura y editoriales, aparece de una forma intermitente con el título de «Mélanges d'histoire sociale», reapareciendo en 1945 como «Annales d'Histoire Sociale», y, ya por fin desde 1946, con el título de «Annales Economies, Sociétés, Civilisations».[46] En el año 1931 y hasta la fecha, con una interrupción en los años 1940-1945, se publica en Polonia el primer tomo de los anuarios de la historia social y económica de F. Bujak y Jan Rutkowski. La historia económica se emancipa de modo definitivo desde el punto de vista universitario teniendo acceso incluso a las universidades más tradicionales como la de Cambridge en 1928 y la de Oxford en 1931.[47] Mientras que en los países latinos se enseña principalmente en unión de las ciencias históricas, en Inglaterra y en Alemania se asocia mucho más a los estudios económicos.[48] En Polonia, la creación de cátedras especializadas pertenece a los estudios históricos, la única manera posible de hacerlo con la especial formación científica de los investigadores (Bujak en Lvov, Grodecki en Cracovia, Arnold en Varsovia, Gasiorowska en la Universidad Libre Polaca de Varsovia y de Lodz) teniendo en cuenta la carencia de estudios económicos independientes en sus Universidades. Poznan fue una excepción, ya que en ella los estudios económicos, ligados a a Facultad de Derecho, dieron un campo de acción a Rutkowski.

La emancipación de la Historia económica se expresa asimismo en la creación de secciones especiales que le son consagradas en los congresos nacionales e internacionales y en la asignación de una sección propia en la bibliografía internacional de las ciencias históricas. En algunos países (USA, Inglaterra, Escandinavia) se han fundado sociedades científicas especializadas en esas disciplinas.

«FACTOGRAFIA» Y LABOR COMPENDIADORA

En el período de entre las dos guerras mundiales destacan los estudios de las investigaciones histórico-económicas por:

a) un fabuloso incremento de la «factografía», o sea de la mera compilación factual,

b) la labor compendiadora,

c) tentativas de reforma (Sombart-Weber, Pirenne, escuela de los «Annales»),

d) el desarrollo de la historia económica marxista, en especial en la Unión Soviética.

Nos referiremos después a estos aspectos.

Un excelente terreno para el incremento de los conocimientos de la historia económica surgió con el desarrollo de la labor

regional comenzada bastante antes pero en su floreciente apogeo entre 1918 y 1939. En todos los países de Europa y en especial en Alemania, surgieron sociedades y periódicos históricos de carácter local. Estos centros, que agrupaban a profesores de enseñanza media, archiveros y a aficionados a esta ciencia (sacerdotes, abogados, etc.) emprenden, basándose en los conocimientos locales, investigaciones sobre el pasado de una región determinada. En aquellas reservas de datos apenas se encontraban materiales para elaborar temas relativos a la historia política o militar, pero sí un material inagotable para la historia económica, cuyo desarrollo se vio estimulado por el importante incremento de la historiografía regional, que abría a través de la misma una problemática que podían emprender con éxito los investigadores locales. El desarrollo regional representó una gran contribución al progreso de la historia económica por cuanto en esta rama típica del saber, la dispersión y la masa de las fuentes necesitaban la movilización de numerosas personas en el trabajo. Estos factores que llenaban numerosos tomos de innumerables revistas y series regionales, además de desempeñar un importante cometido social al mantener las ambiciones científicas y poner en contacto a miles de especialistas provincianos con la vida científica, se convirtieron igualmente —aun cuando sólo aspiraban a una factografía sin pretensión— en un factor esencial para facilitar la elaboración de temas ambiciosos y de síntesis.

Esta labor regional no fue la única manifestación de la factografía en este período. Por una parte figuraban también entre los trabajos de los eruditos provincianos valiosas obras hasta de un carácter precursor. Por otra, la factografía triunfante y dominante cuantitativamente en toda la ciencia histórica de los veinte años que median entre las dos guerras halló en el campo de la historia económica un terreno bastante extenso para su labor. Como ya hemos dicho, la acumulación de los informes y la factografía tenía un aspecto muy positivo. Ya se puede afirmar que en su género fueron la evidencia de la democratización de la ciencia. En efecto, abrieron el camino del trabajo no sólo a los «maestros» sino a millares de artesanos y de investigadores que tuvieron, estos últimos, gracias a esto un incentivo para un trabajo en cierta medida creador. Se creó una especie de «conjunción espontánea» —aquí no se trata de una contradicción—, un esfuerzo colectivo de centenares de modestos investigadores quienes acumularon un material indispensable para las grandes síntesis, que, dado su dispersión y su carácter masivo, hubiese sido inasequible de otra manera.

Entre los años 1918 y 1939, tanto en Occidente como en Polonia, lo malo no fue que existiera una factografía masiva, sino su falta de ordenación, de planificación, la carencia de grandes concepciones de síntesis que sumaran sus conclusiones e incitaran a emprender su desarrollo.[49]

Por ello este período se halla caracterizado en el desarrollo de la historia económica por la aparición de un gran número de compendios, de manuales, tanto generales como especializados, de carácter nacional, abarcando todo un proceso histórico o limitados a una época. No es casual que empleemos el término de «compendio» en lugar de «síntesis», pues en su inmensa mayoría estas obras, que en muchos casos constituyen el fruto rigurosísimo de la laboriosidad de un sinnúmero de personas, no se distinguen por ninguna «vinculación orgánica». Con rapidez se fabrica una especie de esquema para la composición de los materiales, esquema extraído de las obras económico-descriptivas o de los conceptos descriptivos de la geografía económica. En cada parte cronológica de la obra —dividida en la mayor parte de las veces sobre una base convencional (siglos) o sobre la base de los criterios de la historia política— se habla correlativamente y casi al mismo tiempo de la población, la agricultura, la industria, el comercio, las comunicaciones, el dinero, el crédito, la hacienda y, eventualmente, de la política económica y hasta, a veces, de las doctrinas económicas.

Este esquema permite ordenar los conocimientos presentes de la ciencia, mostrar los hallazgos de los diferentes investigadores, ordenar la bibliografía, aclarar la concordancia o la falta de concordancia de los resultados obtenidos hasta la fecha por los científicos y exponer los vacíos que aún existen en los conocimientos factuales. No obstante, y a causa de la falta de unos vínculos susceptibles de organizar los materiales acumulados, estas obras entran más bien en la categoría de los compendios.

En este tipo de trabajo tomó una iniciativa a escala internacional G. Brodnitz, editando la serie intitulada *Handbuch der Wirtschaftsgeeschichte*. El primer tomo de esta serie —escrito por este autor y dedicado a la historia económica de Inglaterra— apareció en el año 1918.[50]

Numerosos científicos siguieron sus huellas, como Doren con el primer tomo de historia económica de Italia,[51] el tomo I de historia económica de Rusia de Kulischer,[52] la historia económica de Holanda de Baasch,[53] la historia económica de Dinamarca de Nielsen[54] y por fin la historia económica de Francia en dos tomos de Sée.[55] En este último caso, vemos el ejemplo de la significación de la iniciativa de Brodnitz: la obra de Sée, al igual que otros trabajos incluidos en esta serie, fue escrita de modo especial para su colección. El texto francés, enmendado y completado, apareció después de la muerte de su autor.[56]

La iniciativa de Brodnitz, temprana e internacional, fue de enorme importancia pero no la única, ya que en 1913 se publicaba el tomo I de la *Historia económica de Inglaterra* de Lipson, cuyos tres tomos —el último apareció en primera edición en el año 1931— abarcaban un período que llega hasta finales del siglo XVIII.[57] En 1923 apareció una historia económica de la Po-

lonia de antes del desmembramiento, escrita por Rutkowski.[58] No podemos mencionar aquí todos los manuales de historia económica de los diferentes países.

Además de lo que hemos indicado aparecen compendios de historia económica universal —en realidad europea— que la abarcan en sus diferentes épocas. Uno de los primeros es la historia económica de Europa Occidental desde la caída del mundo Antiguo hasta finales del siglo XVIII, de Kulischer.[59] Después de él, Kötschke escribe una historia de la economía europea del Medievo,[60] el americano Knight publica una historia económica de Europa, desde los tiempos más remotos hasta la Baja Edad Media[61] y junto con Barnes y Flügel, escribe un tomo consagrado a los tiempos modernos.[62] Birnie publica una historia económica de Europa en el período 1760-1932.[63]

Es imposible enumerar todos los demás compendios, ya que aparecieron y siguen apareciendo en todos los países, con distintas importancias y para las más diversas categorías de lectores, destacando todos ellos por la más variada gama de originalidad y especialización. El incremento de estas obras dificulta su labor bibliográfica.

Es preciso llamar la atención sobre algunos hechos. En primer lugar, el gran desarrollo de la historia económica en los EE UU de América, centrado sobre todo, aunque no exclusivamente, en la historia económica de ese país.[64] Ya volveremos a ocuparnos de algunos rasgos específicos de esta historiografía. Luego sobre el desarrollo de la historia económica en los países atrasados, coloniales y semicoloniales, elaborada en ese mismo período casi exclusivamente por los científicos europeos y americanos. El desarrollo de las investigaciones que se fundan en las propias fuerzas científicas de esos pueblos constituye fundamentalmente un aspecto que corresponde a un período ulterior: el que sigue a la Segunda Guerra Mundial.

El enorme desarrollo cuantitativo de la historiografía económica va acompañado de la imposibilidad cada vez mayor de hacer síntesis individuales, en especial en lo que respecta a la historia universal. De ahí que a finales del tiempo comprendido entre las dos guerras mundiales surgiera la concepción de las síntesis colectivas. Una de las primeras partes de la iniciativa de F. Bujak, quien promueve la elaboración colectiva de un original manual polaco de historia económica universal. Antes de la guerra, sólo pudo publicarse un tomo consagrado a la Edad Media, escrito por St. Inglot,[65] pero después se publicaron dos manuscritos preparados ya antes del conflicto: el de L. Krzywicki tratando de la economía de los pueblos primitivos[66] y el de T. Walek-Czernecki dedicado a la historia de la Antigüedad.[67] En este aspecto, la empresa más importante a escala internacional es la *Cambridge Economic History of Europe* promocionada por J. H. Clapham y E. Power,[68] y la cual reunió a los más eminen-

tes autores de varios países. Los trabajos preparatorios ya estaban bastante adelantados cuando estalló la segunda guerra mundial. En el año 1941 apareció el tomo I, dedicado a la agricultura de la Edad Media. Cuando se publicó dicha obra ya no vivía su corredactora y Köbner, exilado de Alemania, dictada conferencias en Jerusalén; Bloch se escondió en una aldea francesa antes de ser fusilado por la Gestapo, Mickwitz murió durante la guerra de Finlandia, y Rutkowski, expulsado de Poznan, residía apáticamente en Varsovia. Después de la guerra y de la muerte de Clapham, la redacción de esta destacada empresa la asumieron M. M. Postan —profesor en Cambridge— y J. Habakkuk —profesor en Oxford— quienes publicaron en 1952 el tomo II, consagrado al comercio y la industria en el Medievo, bajo la redacción de Postan y Rich. La *Cambridge Economic History of Europe* es una empresa importante, aunque no sea ni acaso pueda ser una síntesis consecuente y homogénea. Sus iniciadores, que reunieron a destacadas personalidades científicas, tuvieron que tener en cuenta que en las distintas partes de la obra habría profundas diferencias en los métodos y las interpretaciones.[69] De ahí que, con independencia de los muchos conceptos originales que en ella se hallan esparcidos, esta obra pertenezca en su conjunto a la categoría de los compendios.

Al señalar el carácter compendiador de la mayoría de los trabajos que acabamos de enumerar y en cuyos títulos destacan las palabras «historia económica» veremos sus méritos si miramos las cosas desde el punto de vista de la historia del desarrollo de la ciencia.

La historia de la economía en tanto que relación de los fenómenos de masa y en la que en vez de investigar los hechos particulares —o al margen de esta averiguación— se necesita dar la máxima importancia a la búsqueda de lo más representativo de la multiplicación y la frecuencia de los fenómenos comprobados, etc., necesita de tales compendios en mayor grado que otras disciplinas históricas.

Así, Rutkowski, quien al emprender la elaboración de su *Esbozo* ya tenía su propia concepción de la síntesis de la historia económica, afirmaba que el estado de la ciencia no le permitía elaborar un manual conforme al concepto que de ella tenía, por lo que «necesariamente» tuvo que hacerlo según los «conceptos tradicionales».[70] Por otra parte, la apariencia mecánica y fría de muchos de los compendios tuvo una influencia negativa, al petrificar de una forma tradicional, más bien institucional que problemática, la manera de presentar los temas en los trabajos monográficos; por lo cual no se acercó o lo hizo muy lentamente a la empresa de síntesis más ambiciosas.

Esta situación que ya se perfilaba antes de la Primera Guerra Mundial no podía pasar desapercibida por los más destacados investigadores. Debía producirse una reacción en contra de la inconsiderada y estéril «factografía». Se formularon una serie de grandes ideas sintéticas y metodológicas, la gran discusión en torno a las mismas es lo más notable en la ciencia de aquel período.

Con anterioridad al año 1914 empezó una polémica entre Sombart y Pirenne, dos científicos con una formación diferente, en torno al problema de la génesis del capitalismo. El primero era un economista, mientras que el segundo era un historiador. Sombart era uno de los más típicos representantes de la ciencia alemana, en tanto que el belga Pirenne, se había formado en las tradiciones del pensamiento galo. Pirenne partía del análisis erudito crítico de los documentos, mientras que Sombart lo hacía de las grandes concepciones sintéticas. Éste hacía un balance de las adquisiciones científicas de su tiempo, mientras que aquél mostraba el deseo de liberarse lo más posible de las sugerencias de la ciencia contemporánea y de crear una construcción independiente basada en los documentos primitivos. Estas dos personalidades tan dispares emprendieron casi al mismo tiempo la investigación de un mismo problema: el de la génesis del capitalismo. Escenario de sus disputas fueron sobre todo los congresos de ciencias históricas de Heidelberg, en 1903, y de Londres, en 1911.

Sombart, quien afirmaba que en la obra de Marx había encontrado el punto de partida para sus exploraciones, en realidad se opuso en toda su obra al marxismo. Examinó la acumulación del capital a través de la acumulación de la renta de la tierra,[71] y al escribir la síntesis del capitalismo, apenas se interesó por el problema de la explotación. Más aún, cuando la vio en los primeros tiempos del capitalismo, la justificó con el pretexto de la baja cualificación profesional y el bajo rendimiento del trabajo de los obreros de aquella época. Su mérito estriba en su tendencia a liberar a la historia económica de la sujeción tradicional en que, sobre todo en la ciencia alemana, se la tenía con respecto a la historia del derecho,[72] en sus ambiciones teóricas y en su convicción sobre el carácter histórico del capitalismo.[73]

El concepto histórico del capitalismo como sistema socioeconómico le era absolutamente ajeno a Pirenne, quien, ante la indignación de Sombart, veía elementos del capitalismo ya en los albores de la Edad Media.[74]

El litigio entre estos dos científicos recordaba las viejas querellas entre historiadores y economistas. Y en este caso, un historiador subestimaba el esquema elaborado por un economista y buscaba antecedentes a la realidad contemporánea en el pre-

térito remoto, o sea, en el capitalismo del siglo XII. Sin embargo, en la postura de Pirenne habría elementos novadores y, como lo probaría luego muy bien, mucho más fructíferos que en el método de Sombart.

No es casual que en el período de entre las dos guerras mundiales el pensamiento de Sombart fuera volviéndose cada vez más reaccionario hasta llegar al compromiso con el nazismo,[75] mientras que el procedimiento de Pirenne empezaba a dar frutos y a desempeñar un papel precursor en el terreno de la ciencia, siendo progresista en cuanto a la ideología.

Durante la década siguiente al fin de la primera guerra europea aparecieron dos grandes concepciones reformadoras: la de Max Weber y la de los fundadores de la publicación «Annales», L. Febvre y M. Bloch, partidarios de Pirenne. La concepción de Weber era la idea de un sociólogo, mientras que la concepción de «Annales», elaborada por historiadores, procedía en gran parte de las influencias de la sociología francesa, en especial la de Durkheim.[76]

Este vínculo de las dos tendencias reformadoras con la sociología es un hecho característico y trascendental. Característico, por cuanto precisamente la sociología y sólo ella podía mostrar una salida a la historia económica (a cada rama de la historia, y en particular a la económica). Sólo la sociología —nos atreveríamos a afirmar— podía suministrar a la historia económica la trama organizadora para su riquísimo material, la podía guiar desde el punto de vista social y científico en la necesaria labor de acceso a las fuentes, y por tanto, para facilitar la síntesis.

Weber, desaparecido en 1920, tuvo mientras vivió ascendientes sobre la historia económica, en primer lugar por sus estudios sobre la ética protestante y su relación con los comienzos del capitalismo.[77] Las principales obras sintéticas de este autor aparecieron, sin embargo, después de su muerte. Nos referimos a la que en un tomo hace una síntesis general de la historia económica[78] y a la que recoge una extensa serie de conferencias de sociología económica.[79]

La influencia de Weber, cada vez más profunda, ha crecido, en especial en cuanto a la ciencia anglosajona se refiere, que comenzó a reconocer sus méritos después de la Segunda Guerra Mundial.

Frente a este científico, los creadores de «Annales» no hicieron síntesis de la historia económica. Su manera de conceptuar la historia en general y la historia económica en particular aparece sin embargo nítidamente. La podemos apreciar a través de la lectura de sus obras monográficas, en sus numerosos artículos programáticos, sus innumerables artículos polémicos, sus reseñas, críticas, notas, etc.[80]

Las dos obras de Weber anteriormente citadas constituyen precisamente una gran tentativa de catalogación. Su *Wirtschafts-*

geschichte ofrece una clasificación de los fenómenos en el aspecto cronológico, *Wirtschaft und Gessellschaft*, en el aspecto sistemático. Estas clasificaciones conciernen no tanto a los fenómenos concretos, con toda su heterogeneidad histórica, como a las manifestaciones típicas que más se aproximan a la concepción weberiana del «tipo ideal». Estos tipos ideales no son el método de Weber ni los fenómenos normales —«medianos» en el sentido estadístico— ni tampoco los más frecuentes, ni siquiera los «ideales» en la acepción normal de la palabra. Se trata de construcciones científicas *standard* levantadas a base de una selección teóricamente fundamentada de fenómenos y de rasgos, de la combinación de los diferentes elementos de la realidad, a menudo exagerados.

La labor científica de Weber en sus dos grandes síntesis consiste en la construcción de los referidos «tipos ideales» y en su clasificación. No es éste el lugar para hacer un análisis crítico de sus métodos; basta con recalcar su significación y su prestigio en el desarrollo de la historia económica.

La importancia de su teoría radicaba en que en la situación en que se hallaba la ciencia, sólo podía basarse en el análisis de unas categorías tan a menudo consideradas intuitivamente por los historiadores. Sin embargo, éstos no analizan las categorías a las cuales se refieren. De ahí que los conceptos de Weber fueran discutidos sobre todo por parte de los economistas y los sociólogos, y que desempeñaran un papel mucho más importante en sociología que en historia.

La importancia de su teoría radica acaso también en su interpretación sociológica de la economía en general. El creciente abstraccionismo de la ciencia económica burguesa en el período de 1918 a 1939 acarreó el constante peligro para la historia económica de un divorcio entre ella y la economía. En este aspecto la influencia de Weber sobre la historia económica fue importante.

Ahora bien, mientras los conceptos de Weber sobre los comienzos del capitalismo suscitaron una discusión internacional, su obra de síntesis fue ignorada durante largo tiempo por los historiadores fuera de Alemania, y apenas actualmente comienza a ser popular, en especial en los países anglosajones.

La autoridad del grupo de «Annales» y de las ideas de Pirenne fue mucho mayor.

Como ya hemos dicho, los creadores de «Annales» no realizaron ninguna síntesis de la historia económica. Pero aunque no formularon una síntesis en el sentido convencional de la palabra, dejaron una obra que constituye una suma y compendio según su manera de concebir la historia.

A juicio de Febvre y de Bloch, y acaso también de Pirenne, cada problema, hasta el más insignificante, abre ante el investigador una posibilidad de síntesis por poco que sepa mostrar en

su análisis todo el conglomerado de los factores sociales que lo condicionan. Pirenne es autor de una gran obra, en este aspecto, de la historia de Bélgica y de una serie de trabajos relativos a las síntesis históricas colectivas; sin embargo, no son éstas las decisivas por su ascendiente en la ciencia.

Febvre, aparte de un trabajo que se sitúa en los límites de la historia y la geografía,[81] no emprendió en sus libros temas sintéticos sino que los abordó a menudo en pequeños artículos. Enemigo de la historia tradicional, hagiográfica y personalista, gustaba de elegir como tema de sus obras a personajes eminentes (Lutero, Rabelais), y elaborando los conceptos laicos de la «predestinación» como un conjunto de las condiciones sociales que determinan al hombre: al estrecho marco del cual éste no puede escapar pero que, al mismo tiempo, es bastante amplio como para poder contener sus grandezas y sus pequeñeces.[82]

Bloch fue el único que nos dejó dos obras de síntesis sobre la historia agraria francesa[83] y sobre la sociedad feudal.[84] En estos trabajos lo más importante es el método y no la obra misma ni las soluciones concretas que propone.

Mientras que Weber presentaba el marco general en el cual había de encerrarse cada problema y la tipología según la cual cada cuestión ha de ser clasificada, los hombres de «Annales» lo evitaron a conciencia. Su esfuerzo tendía a mostrar toda la riqueza y las interdependencias que se manifestaban en cada fenómeno social y, por consiguiente, propugnaban aplicar en su exploración la más extensa gama de procedimientos científicos.

Su problema predilecto era, por tanto, el carácter social y al mismo tiempo histórico de los fenómenos, en su variabilidad en el tiempo y en el espacio. Los contactos entre las culturas, la marcha de las estructuras culturales, las variaciones en estas estructuras adaptadas de una cultura a la otra, la interdependencia dialéctica de todas las ramas de la vida social; he ahí según los fundadores de «Annales» el camino para llegar a las síntesis históricas y que igualmente puede construirse ésta sobre el análisis de un pequeño hecho social. Sin embargo, se da el caso curioso de que la historia económica, que al principio desempeñaba en el concepto de esta escuela un papel preponderante, como lo atestiguan los diez primeros volúmenes de «Annales» y los trabajos de M. Bloch,[85] comienza a pasar a un segundo plano, hasta casi desaparecer.

Nada más característico que la compilación de artículos del propio Febvre publicados recientemente, en la cual hallamos la asociación de los más diversos problemas y métodos en el tratamiento de los diferentes problemas. En él encontramos referencias a la lingüística, al arte, la filosofía, la historia de la ciencia, etc. Se tiene la impresión de que el autor ambicionó buscar esa asociación y mostrar su fertilidad. Las referencias a la economía, a la que él mismo dedicó tantos trabajos durante su

existencia, han desaparecido de estos trabajos, que en 1953 no le habían parecido dignos de figurar en una recopilación.[86]

En el período de entreguerras, la escuela de «Annales» tuvo mucha importancia en el desarrollo de la historia económica. Su apasionada y entusiasta dedicación a la búsqueda de nuevos métodos —estadística histórica, geografía histórica, metrología histórica, demografía histórica, etc.— despertó del quietismo a los historiadores tradicionales, suscitando la crítica de los conceptos y los procedimientos de interpretación aceptados, nadie sabe por qué, como «razonables», luchando contra el idiografismo y mostrando el camino y los problemas con respecto a las fuentes.

Sin embargo, el ascendiente de «Annales» fue limitado. Penetró débilmente en Alemania, que desde hacía un par de generaciones constituía, después de Inglaterra, el centro mundial de la historia económica y que, en la década iniciada en 1930 se convirtió en un país enemigo de la humanística racionalista. Asimismo, apenas penetró en los países anglosajones, en los cuales comenzaban a tener éxito los métodos esquemático-cuantitativos.

De estos últimos hablaremos más extensamente en el capítulo IX, pero no los podíamos olvidar aquí, pues su aplicación es tan antigua como la propia historia económica. Lo nuevo consistía no tanto en su aparición o en el aumento de la frecuencia de sus aplicaciones, como en la ambición con que comienzan a ser aplicados y la esperanza que en ellos se deposita. Nos referimos a la formulación que según dichos procedimientos se hace con respecto a la tendencia universalista de la estadística general, concepto según el cual sólo los métodos cuantitativos permiten dar a la historia un carácter científico y que sostiene que, en cierto sentido, estos métodos se bastan a sí mismos y ofrecen la garantía de liberarse del subjetivismo, de la ideología o de la teoría en general.

En el más eminente precursor del neopositivismo minimalista, J. H. Clapham,[87] el temor acerca de las generalizaciones estaba asociado a un ilimitado optimismo referente a la utilidad de los métodos cuantitativos.

LA HISTORIOGRAFIA MARXISTA EN LA URSS

Para terminar nuestras consideraciones sobre el desarrollo de la historia económica en el período entre guerras, nos referiremos al desarrollo de las investigaciones de carácter marxista en la Unión Soviética. Las hemos dejado para el final por cuanto estas indagaciones destacaban por su audacia y su carácter precursor y por estar convencidos de que aún siguen manifestándose sus efectos en el desarrollo histórico de la ciencia mun-

dial Y también porque estas experimentaciones que tenían lugar en un país cercado por la intervención y luego por el «cordón sanitario», y finalmente por las condiciones de la época staliniana, no actuaron como hubiesen podido y debido actuar sobre el progreso de la ciencia mundial.

Se puede afirmar que el influjo de la ciencia rusa-democrático-progresista en el período prerrevolucionario se convirtió en un fenómeno trascendente a comienzos de la paz posrevolucionaria.

El origen de esta influencia radica en el hecho de tratarse de unos científicos progresistas pertenecientes a un país atrasado y campesino. Su carácter progresivo les incitó a ocuparse de los problemas sociales. Su ciudadanía a un país atrasado les hizo ver más de cerca y comprender mejor la problemática socio-económica de la Europa Occidental precapitalista. Su entronque con el marxismo, con el que toda la intelectualidad rusa se hallaba familiarizado, contribuyó a su interpretación clasista de la historia. Es digna de citarse la influencia de científicos como Kovalevski, Karieyev Luczycki en el estudio de la historia agraria de la Francia prerrevolucionaria,[88] así como la contribución de los científicos rusos a las investigaciones sobre la historia agraria de Inglaterra comenzando por Vinogradov y pasando por Pietruszewski hasta las indagaciones actuales de Kosminski y de Lavroski.

Otra contribución a las investigaciones en torno a la historia de la clase obrera francesa del período de la Revolución y con respecto a la economía europea en la época napoleónica es la de Tarle, que él mismo ha proseguido en época marxista, así como las indagaciones realizadas por Potiomkin sobre la historia de la clase obrera francesa entre 1815 y 1870.

Estas experimentaciones —interrumpidas durante el imperio staliniano debido a la ruptura de los contactos entre la ciencia soviética y la europea occidental— han sido reanudadas por esos mismos científicos (Potiomkin) y por muchos de sus discípulos.[89]

En la misma Unión Soviética los ensayos sobre la historia económica de Rusia fueron emprendidos a la vez por los economistas y los historiadores, recibiendo el estímulo tanto desde el punto de vista práctico como ideológico.

Con respecto a la práctica los estímulos fueron de diversa índole. Así, por ejemplo, la nacionalización de la industria, de los bancos, de las instituciones de seguros, etc., obligó a efectuar una estimación de la magnitud de los capitales extranjeros invertidos en la Rusia zarista, lo cual permitió a su vez el amplio desarrollo de las investigaciones al respecto.[90] La necesidad política de investigar sobre la coyuntura capitalista, centró la atención en torno a la historia de las crisis capitalistas, tanto mundiales como del país, lo que a su vez llevó a resultados grandio-

sos bajo la dirección de un científico de tan amplios horizontes históricos como E. Varga.

Por otra parte, los historiadores se interesaron por los problemas históricos y en este aspecto nos referiremos en primer lugar a las investigaciones de Pokrowski y su escuela.[91]

En opinión de este científico —puede adelantarse la tesis de que en general se trata del concepto de un historiador y no de un economista— la historia ha cumplido su objetivo al servicio de la historia política de Rusia el cual consistía en presentar su carácter clasista. Sin embargo, al acometer seriamente su trabajo, Pokrowski inició un gran número de investigaciones monográficas y de edición de las fuentes sobre temas fundamentales, y bien seleccionados. Los acertados elementos de la crítica «pokrowskiana» se referían no tanto a las experimentaciones en torno a la historia económica como a su aprovechamiento para la interpretación de la historia en general. Por esto las podemos incluir en estas páginas.

En todo caso, el bagaje investigador y en modo especial la editorial de la escuela de Pokrowski constituye una adquisición sorprendente, muy en particular si tenemos en consideración la brevedad del tiempo y las difíciles condiciones que atravesaba la Unión Soviética.

La obtención de tan importantes resultados sólo fue factible gracias al gran entusiasmo de los ensayistas y a la gran valoración del papel de la ciencia por parte de las autoridades estatales.

El interés de la escuela de Pokrowski se manifestaba esencialmente en tres direcciones: las investigaciones en torno al capital comercial —en relación con la, para Pokrowski, «demiurgización» de su cometido a través de casi todo el ámbito histórico—, sobre los latifundios y sobre los comienzos de la industria y de la clase obrera.

Es natural que la gran edición de géneros emprendida por Pokrowski no podía llevar a la investigación de tales problemas ya que en la historia económica y teniendo en cuenta la masa de archivos que la caracterizaba, hasta las más amplias ediciones han de revestir una índole selectiva, más o menos representativa.

No obstante, estas ediciones introdujeron en la ciencia nuevas categorías de fuentes, posibilitando su crítica y la elaboración de los métodos para su análisis. En este sentido constituyen una adquisición permanente.

Al referirnos a la historia económica de la Unión Soviética, debemos recordar finalmente las exploraciones de sucesos de la industria y de la clase obrera.

La iniciativa espontánea de los científicos se conjugó con la iniciativa social que fluía hacia los mismos. La conquista del poder de un Estado inmenso por la clase obrera, la asombrosa

actividad y madurez política de ésta, no podían dejar de despertar el interés por su pasado —tan breve desde el punto de vista histórico— que había culminado en el triunfo de la Revolución.

Después del año 1923, aparece el primer tomo de la obra precursora de K. A. Pazitnov.[92] Después otros investigadores se lanzan por ese camino.[93] El acontecimiento más señalado e interesante fue la iniciativa de Máximo Gorki. En efecto, en 1931, éste proyectó emprender con el esfuerzo colectivo de los historiadores y los obreros la elaboración de una historia de las diferentes fábricas y empresas industriales.[94] Esta hermosa iniciativa, rebosante de sentido histórico, la asumieron un nutrido grupo de científicos, interesándose por ella los veteranos obreros que durante casi toda su existencia habían trabajado en sus establecimientos.

Los resultados de esta obra comenzaron a publicarse en el periódico «Istoria Proletariata SSSR» (Historia del Proletariado de la URSS). Después el trabajo se frenó, quedando sólo un archivo especial repleto de ricos materiales que aún no han sido aprovechados científicamente.

Por desgracia, todas estas investigaciones no influyeron en el desarrollo de la ciencia extranjera y en la misma URSS fueron interrumpidas por las represiones políticas y por la limitación de la libertad de investigación científica en los años 30.

Al estallar la Segunda Guerra Mundial, la historia económica se hallaba en principio en una situación caracterizada por su aspecto compendiador y de acceso a las fuentes. La ciencia marxista casi se extinguió en este aspecto en la Unión Soviética, siendo exterminada en Alemania mientras que en otros países de Europa seguían laborando vigorosamente, aunque de modo indirecto, científicos alejados del socialismo pero atraídos por el encanto de los métodos marxistas en cualquier disciplina.[95] Los conceptos reformadores operaban con relativa debilidad. En resumen, son poco numerosas las síntesis de carácter precursor.

LA SITUACIÓN DESPUES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Después de la guerra la reconstrucción de la ciencia histórico-económica se operó formalmente con bastante rapidez. Junto con la apertura de las Universidades funcionaron las cátedras, volvieron a su actividad las publicaciones, y los temas histórico-económicos al foro de los congresos y conferencias a veces no sin ciertas tendencias «imperialistas».[96]

Pero en la realidad esta reconstrucción no se hizo con tanta facilidad.

Es preciso recordar sobre todo que en la temporada inmediata a la preguerra, de la guerra y de la posguerra había desapa-

recido casi por completo la vieja generación de científicos que tenían autoridad en la época de entre las dos contiendas mundiales. En Francia habían muerto Sée, Bloch, Hauser, Febvre, en Bélgica Pirenne, en Inglaterra Power, Lipson, Clapham, S. y B. Webb, J. L. y B. Hammon, en Suecia Heckscher, en Alemania Sombart y Sieveking, en Austria Dobsch, en la Unión Soviética Laszczenko, en Polonia Rybarsky, Rutkowski y Bujak.

La labor de acceso a las fuentes y compendiadora se prosigue, pero durante la posguerra faltan sin embargo las obras sintéticas que, con sus tesis o sus métodos habrían de influir en el desarrollo de la ciencia.

Pase a ser valiosas y fructíferas, las tendencias cuantitativas asumen en los países anglosajones un carácter programático de negación de las posibilidades de generalización y sintéticas. En la ciencia marxista desde hace poco son posibles las tentativas de superación del letargo provocado por el bajo nivel científico de la economía marxista y por la falta de interés que se manifiesta en relación con una verdadera especialización en ciencias históricas.

A pesar de su relativa juventud ya mencionada, la historia económica cuenta con un bagaje cuantitativo muy importante tanto en Europa como en América, en el Occidente como en el Este de Europa, en Polonia como en los demás países. Su incremento lo han propiciado tanto los factores ideológicos como técnico-científicos. Determinadas ideologías en períodos determinados han centrado la atención sobre la historia económica.

La rica dispersión territorial de las fuentes que existen en grandes cantidades en cada archivo provincial abrió un campo de trabajo más amplio que para con la historia política a los innumerables eruditos locales y regionales y, en general, a las gentes que, desparramadas en pequeñas localidades, conservaban la ambición de emprender una labor científica. La democratización de los temas, la introducción de las masas populares como héroes de la historia se ha conjugado con la democratización de los sujetos y la expansión del círculo de los investigadores activos de la historia.

Así nos hallamos ante un fenómeno a la vez hermoso y espantoso, prometedor y peligroso.

Hermoso porque abre el camino del trabajo creador a quienes de otra forma sólo serían meros consumidores; espantoso porque a un ritmo surrealista, la creciente ola de publicaciones condena al fracaso todas las tentativas encaminadas a «seguir tras la literatura de los problemas» o a su «agotamiento». Prometedor, ya que al multiplicarse de esa manera las legiones de investigadores, éstos pueden realizar aunando sus fuerzas, obras gigantescas; y peligroso por cuanto —como nos lo enseña la experiencia— ese descomunal esfuerzo, aunque no sea vano, no es rentable para la ciencia.

Algunos historiadores económicos, con una infundada suficiencia profesional son partidarios de identificar la historia política —que se ocupa de los acontecimientos irreproducibles— con la factografía —historia de los acontecimientos— y la historia económica con la historia de los «problemas». Nada más falso. La observación de la producción científica antigua y moderna, polaca y extranjera, nos lleva al convencimiento de que puede existir perfectamente una historia económica factográfica y sin problemas que, en sus pretensiones y con su falta de ambiciones cognoscitivas no es menos importante que la historia política tradicional.

Sólo en los últimos años es posible observar tentativas innovadoras. La Conferencia Internacional de Historia Económica celebrada en Estocolmo en 1960 brindó una oportunidad para revistarlas.[96a]

Las indagaciones históricas en torno a la renta nacional iniciadas antes de la guerra, especialmente en Suecia, Inglaterra y los EE UU aportan más resultados cada vez y dan la pa para todos los temas histórico-económicos.

El desarrollo de la teoría del incremento económico en ciencia económica empieza a repercutirse en la historia econó ca destacando el problema de la dinámica y de los cambios largo plazo, de su regularidad y su irregularidad.

Las experimentaciones formales que desde hacía tiempo habían emprendido en otros países sobre la historia de precios y los salarios, se han convertido en Francia en un me do para la síntesis de los fenómenos económicos del merc (Labrousse y su escuela).

El pensamiento marxista en el campo histórico-económ —así como en otras disciplinas históricas— se anima en O dente y en especial en Italia e Inglaterra donde las publicacio «Past and Present» y «Studi Storici» se han convertido en órganos internacionales del pensamiento científico progresist empiezan a jugar un papel eminente de fermento ideológic pesar de sus modestas dimensiones.

El enorme bagaje de la ciencia mundial en el aspecto de teoría económica, la urgente necesidad de hacer su balance forma asequible e incitadora, la desorientación metodológica y falta de síntesis, todo ello contribuye a actualizar el problema una consideración metodológica de esta disciplina.

EL DESARROLLO DE LAS INVESTIGACIONES SOBRE HISTORIA ECONÓMICA EN POLONIA

La ciencia polaca no tiene por qué avergonzarse en lo conc niente a las indagaciones histórico-económicas; cuenta con

vieja ejecutoria y con grandes adquisiciones en este campo. Desde los comienzos de la época de la Ilustración, procedió a investigar un sinnúmero de reservas de fuentes, emprendió el estudio de todas las ramas de la problemática y estuvieron representados en ella los más diversos métodos y corrientes.[97]

Los comienzos de la historia económica bajo la Ilustración se hallan puestos de manifiesto en los anales de la ciencia polaca por las preclaras personalidades de Félix Loyko y Tadeo Czacki,[98] dos nombres que no pueden separarse. Loyko, poco publicado, entró en la ciencia como compilador de valiosos materiales. Economista sagaz y muy bien orientado en los problemas científicos, recogió materiales de fuentes siguiendo un método científico, sin conseguir elaborarlos. Estos elementos junto con la descripción de sus tentativas analíticas se han conservado con el nombre de *Legajo de Loyko* en el archivo del Museo Czartoryskich. Tadeo Czarcki aprovechó algunos de estos hallazgos agregándole una buena parte de sus propias búsquedas. En la ciencia polaca falta una monografía de estos dos científicos.

También se puede incluir en el bagaje del período de la Ilustración a W. Surowiecki[99] y sus trabajos sobre la historia de las ciudades, la industria y el comercio en Polonia, elaborados desde el punto de vista de los motivos del desmembramiento del país.

La emancipación histórica de las clases sociales más humildes en particular del campesinado está vinculada en los anales de ciencia polaca a la gran figura de Lelewel. Este gran hombre se interesó muy profundamente por los problemas histórico-económicos tanto de la vieja época como de la moderna e incluso por la estadística,[100] los problemas de la historia del campo y la historia de las ciudades, del comercio, del dinero, etc. y las metadológicas, sus esbozos sintéticos y sus estudios particulares.

Simultáneamente y con la influencia de Lelewel, representan valiosas adquisiciones las investigaciones precursoras de historia económica realizadas por J. V. Bandtkie, W. A. Maciejewski y H. Labecki. Bandtkie indagó la historia de la minería y la fundición.

En la época del positivismo y del desarrollo de los llamados «críticos» que procedían en especial de las Universidades alemanas, dos grandes sabios: Adolfo Pawinski[101] y Tadeo Korzon,[102] los dos residentes en Varsovia, actuaban en el campo de la historia económica. La Escuela cracoviana se ocupó de modo exclusivo de los problemas económicos —en especial Bobrzynski. Korzon fue una de las figuras más destacadas de la Escuela varsoviana. Al margen de las disputas entre las escuelas, Pawinski se acercaba por sus conceptos más bien a la Escuela cracoviana. Las experimentaciones de Pawinski se centraron en el período final del Siglo de Oro y la época de los Gobiernos

de los Sejm —es decir, de las Dietas. Sin manifestarlo explícitamente Pawinski buscó también, como la Escuela cracoviana, las «causas del desmembramiento de Polonia».

Korzon consagró muchos años de su existencia a la economía de Polonia bajo el reinado de Estanislao Augusto, viendo en ello un motivo para «reconfortarse el corazón» a través de la manifestación de las causas internas que habían de contribuir a levantar este país de su ruina.

Las investigaciones de Pawinski sobre la Polonia de la dinastía de los Batory presentaban a un Estado en el apogeo de su buena organización y su florecimiento económico. Es preciso citar su *Tesoro polaco bajo Stefan Batory* y en especial su monumental *Polonia del Siglo XVI*, continuada por A. L. Jablonowski y en la que, basándose en el registro de los impuestos que gravaban al campo, realizó un extraordinario balance económico de esta nación en el último tercio del siglo XVI. En cambio *Los Gobiernos de los Sejm* de Pawinski muestran el proceso de descentralización del Estado y su descentralización económica. La *Historia interna de Polonia bajo Estanislao Augusto* de Korzon efectúa en cierta manera el balance paralelo de la economía polaca durante sus últimos treinta años de independencia.

La *Polonia del siglo XVI* de Pawinski y la *Historia interior* de Korzon destacan por su amplitud y su gran ambición sintética; cada uno de estos autores al mismo tiempo da lugar a una enorme cantidad de fuentes analizadas por vez primera históricamente y elabora las bases de su crítica.

Los comienzos del siglo XX significan un gran progreso en relación con las investigaciones de la historia económica medieval. En la Universidad cracoviana destaca un grupo de investigadores que emprenden con audacia el estudio de las nuevas fuentes y acometen los nuevos temas: F. Bujak, Stanislaw Kutrzeba,[103] Jan Ptasnik [104] y Karol Potkanski.[105]

Bujak y Potkanski dan un viraje en las búsquedas en torno de los poblados, las fuerzas productivas y las relaciones sociales en las aldeas polacas a comienzos de la Edad Media. Ptasnik crea un moderno sistema de investigación sobre la historia de las ciudades de su patria. Extensamente acometidas, estas indagaciones atañen a los procesos económicos, sociales y culturales en las ciudades. Kutrzeba, historiador del sistema político, se ocupa en sus trabajos no sólo de la jurisdicción económica sino del funcionamiento de una serie de instituciones y de su contenido económico. En este mismo ambiente se inician antes de la guerra europea Roman Grodecki[106] y Casimiro Tymieniecki,[107] quienes continúan las indagaciones iniciadas por Bujak y Potkanski.

En cambio las averiguaciones sobre la historia económica contemporánea así como del siglo XIX se desarrollan con vigor en

Varsovia antes de la guerra del 14 a pesar de que esta capital carece de un centro académico. Entre los investigadores hay que mencionar a los hermanos Grabski: Estanislao y Ladislao así como a Sofía Kirko-Kiedroniowa, con grandes méritos en la investigación de la historia de las aldeas de la Polonia contemporánea y en especial de sucesos de los pueblos del Reino polaco en el siglo XIX.

El período de entre las dos guerras destaca en la historia económica por el surgimiento de las «escuelas», un considerable incremento cuantitativo de la producción científica, una gran extensión de nuestros conocimientos con las consiguientes manifestaciones negativas en el aspecto del acceso a las fuentes y del «epigonismo».

Destaca de modo preferente como es natural la Escuela de Lvov de F. Bujak.[108] Este sabio eminente demostró ser a la vez un gran pedagogo. Sabía agrupar a sus discípulos alrededor de su cátedra y despertar los afanes laboriosos de un gran círculo de alumnos. De origen aldeano ayudó a facilitar el estudio de muchos hijos de campesinos. Sus amplios horizontes científicos, su perfecto conocimiento de los diferentes tipos de fuentes de todas las épocas históricas y su búsqueda constante de nuevos procedimientos científicos son los rasgos más descollantes en su actividad pedagógica durante los años 1918 a 1939, rasgos que prevalecieron más si es posible que su propia labor científica. La aspiración a emprender las investigaciones científicas colectiva y planificadamente hicieron que el bagaje de su escuela no tenga un carácter caótico y que esté centrado sobre una serie de problemas previamente seleccionados. Entre éstos es preciso destacar las exploraciones de los poblados del medievo, la historia de los precios, de las plagas elementales, las investigaciones en torno a los «contratos», sobre los latifundios y las búsquedas demográfico-históricas.

Es natural que entre tan numerosos trabajos, los haya de muy diferentes niveles así como es desigual la originalidad de los mismos. Bajo la dirección del profesor los primeros alumnos trabajaban un tema determinado, elaboraban un método, y más de una vez los alumnos que les sucedieron los reproducían sin haber sido sometidos a crítica.

La segunda escuela, menos numerosa aunque no menos ambiciosa, desde el punto de vista científico, fue la de Poznan de Jan Rutkowski.[109] Aquí destaca en primer lugar la rica labor científica del propio profesor. El equipaje de Rutkowski, enorme y valioso, se halla penetrado por una clara concepción científica y es un viraje en la investigación de la historia rural en la Polonia contemporánea. La labor de sus discípulos se centró principalmente en la génesis y la historia de la servidumbre en el campo y en la estructura social de la aldea feudal. Todos los trabajos, elaborados según el mismo método, conceptuados con una cate-

goría «adicional» pueden constituir un ejemplo de un fructífero trabajo colectivo.

Al mismo tiempo, las cátedras de Roman Grodecki en Cracovia y de Casimiro Tymieniecki de Poznan prosiguen con sus alumnos las investigaciones de la historia de los poblados y de los comienzos de los grandes latifundios extendiendo sus búsquedas en el aspecto geográfico a los territorios occidentales y en particular a Silesia.

Aparte de las cátedras universitarias de historia económica es preciso mencionar la importante contribución en esta disciplina como en la labor del historiador de derecho, José Rafacz y del economista Roman Rybarski.

Rafacz[110] investigó el sistema de la Polonia contemporánea y en especial su sistema agrario. Como resultado de sus intensas búsquedas en torno a las fuentes, publicó a menudo trabajos en forma de «semifabricados» con una importante documentación. Por este camino pudo salvar para la ciencia muchas de las fuentes que después fueron destruidas.

Muy importante, en el campo de la historia económica, es la contribución de Roman Rybarski.[111] Este economista efectuó investigaciones históricas al margen de su labor científica principal. Sin embargo esta dedicación «secundaria» ha resultado ser la más duradera. Y esto no sólo porque el Archivo del Tesoro en el cual se hallan fundamentados la mayoría de sus trabajos fue destruido totalmente durante la Segunda Guerra Mundial sino porque su gran mérito estriba en que supo acometer importantes problemas científicos que aún siguen siendo debatidos a menudo por la ciencia. La obra de Rybarski sobre comercio y la política comercial de Polonia en el siglo XVI es irreemplazable. Este autor consagró dos libros al Tesoro de Polonia en la segunda mitad del siglo XVII y bajo el reinado de Estanislao Augusto. Su pequeña y original obra sobre el crédito y la usura en la economía de la ciudad de Sombor en aquella época tenía un carácter de descubrimiento demostrando cuán valioso puede resultar el análisis económico al dar elocuencia a unos materiales tan pobres.

Muchísimo peor se presentaba el problema de las investigaciones sobre la historia económica del siglo XIX. Éstas contaban ya con una cierta ejecutoria en el período de entre las dos guerras; por una parte con respecto a las investigaciones de tipo apologético y que en los casos más extremados eran panegíricos loando a los más eminentes representantes de la burguesía y del latifundio así como la acción «autónoma» de las clases pudientes polacas (apología de Kronenberg, Steinkeller, de la familia de los Lubienskich, del Banco Polaco, de la Sociedad de Crédito de la Tierra, del Banco Comercial, etc.), y por otra parte, la corriente de índole marxista iniciada por las investigaciones de Rosa Luxemburg y de Julián Marchlewski.

La obra de Rosa Luxemburg[112] sobre el desarrollo industrial del Reino de Polonia y la de Julián Marchlewski sobre la historia económica de las regiones ocupadas por Prusia constituyen una nueva corriente en la histografía polaca durante mucho tiempo desconocida en su aspecto cuantitativo, y perteneciente al futuro.

Al movimiento marxista de esta época, pertenecen los trabajos de Henryk Grossman[114] quien investigó las cuestiones relativas al territorio polaco ocupado por Austria en las postrimerías del siglo XVIII y sobre la estructura socio-económica del Principado de Varsovia, de Natalia Gasiorowska[115] (indagaciones metalúrgica y textil del Reino polaco) y más tarde de Hipólito Grynwaser[116] y Maksymilian Meloch[117] quienes escudriñaron los problemas del campesinado y de la rebelión campesina en la época del Reino Congresista: Estado polaco creado en 1815 por decisión del Congreso de Viena.

Tuvieron una gran importancia en las investigaciones de la historia económica la creación en algunas ciudades de centros regionales no universitarios tales como los de Alta Silesia, Gdansk, Przemysl y sobre todo el de Lodz que se agrupaba en torno a la sección de la Universidad Libre Polaca, de la Sociedad Histórica Polaca y del Archivo Municipal de esta ciudad, destacando la actividad científica de Natalia Gasiorowska, Segismundo Lorenz y Felipe Friedman.

Los «Anuarios de Historia Social y Económica», redactados por F. Bujak y J. Rutkowski aparecieron a partir del año 1931. Hasta la proclamación de la guerra se publicaron siete tomos y medio. Redactados con inteligencia consiguieron imponer el derecho de ciudadanía en el ámbito científico de la nueva problemática y de los nuevos métodos. Propugnaban el mantenimiento de un contacto entre las disciplinas vecinas «economía, demografía, estadística, geografía, etc.». Ofrecieron sus páginas a los autores de los diferentes países y mentalidades metodológicas, manteniendo siempre un estrecho contacto con la ciencia mundial, informando de sus aspiraciones, de sus éxitos y sus tendencias.

En una serie de filiales de la Sociedad Histórica Polaca, se crean secciones de Historia Económica y entre ellas las de Varsovia bajo la dirección de Stefan Czarnowski y Natalia Gasiorowska. Los temas de la historia económica son debatidos a través de una serie de informes presentados en tres congresos nacionales, que a menudo tenían una gran importancia metodológica (Rutkowski) e igual ocurre en el aspecto de los congresos internacionales con la participación del mismo Rutkowski y de Gasiorowska.

Cuando se proclamó la Segunda Guerra Mundial, la historia económica es en Polonia una disciplina muy importante que cuenta a su favor con grandes adquisiciones tanto en el país

como en el extranjero y con poderosos centros de trabajo colectivo, en especial el de Bujak en Lvov y el de Rutkowski en Poznan, así como con un numeroso plantel de jóvenes científicos bien preparados; aunque es natural que en su desarrollo pueden observarse ciertas lagunas o unilateralidades.

En verdad —y no debe extrañarse de esto en la Polonia agraria— se bosqueja una concentración desproporcional de la atención sobre la historia rural. Las averiguaciones de la crónica de las ciudades, a pesar de los trabajos de Ptasnik y de sus alumnos Lucía Czareviczowa, Kutrzeba y otros, del comercio, aunque fueran tan serios los estudios de Rybarski, Kocz, Kutrzeba y su grupo sobre la historia de los precios, de la industria a pesar de la obra de Gasiorowska, apenas se desarrollaron.

Después de la Liberación el influjo de la metodología marxista promovió una enorme labor de investigación en el campo de la historia económica. Sin embargo, sería difícil afirmar que se había superado el interés predominante por el Medievo, que se habían salvado las lagunas en la historia del siglo XIX y liquidado el predominio de las investigaciones de la historia agraria, reducido la factografía y elevado el nivel de la técnica estadística, etc. Todo esto se consigue de un modo muy paulatino. No obstante, uno de los logros incuestionables de los últimos años es el reconocimiento de los derechos de la problemática de la lucha de clases. Aquí, se han conseguido grandes descubrimientos. A ello ayudó el acceso a los archivos de la Corte los cuales contenían actas que desde el punto de vista de la situación se acercan mucho más a la vida cotidiana de las masas populares. En la actualidad, no es posible imaginarse un trabajo concerniente a la historia económica sin tener en cuenta este factor.

Pero la toma en consideración de la lucha de clases es sólo uno de los aspectos de un fenómeno mucho más amplio, como es el de tratar de un modo dialéctico a la sociedad cuya economía se investiga. En tanto que antiguamente la sociedad investigada se abordaba bajo un aspecto solidario, ahora, casi todos los trabajos tratan de profundizar en su complejidad interna y en las causas de sus contradicciones. A veces, esta problemática es tratada aún de un modo declarativo, las contradicciones se interpretan de una manera esquemática aunque esto sea mejor que el antiguo e ingenuo solidarismo, por lo cual podemos esperar la consecución de nuevas adquisiciones.

Al ocuparse de las diversas contradicciones de tipo clasista precisamente en el seno de la sociedad, la ciencia histórica polaca de la posguerra tiene cada vez más en cuenta la opinión de las masas populares. Esta afirmación[18] escueta, y que a veces no deja de suscitar dudas, tiene sin embargo un rico contenido. Hoy, al analizar un acontecimiento cualquiera nos planteamos la pregunta de cómo pudo influir en las más bajas capas desposeídas. Tampoco olvidamos que la actividad de esas ma-

sas que con frecuencia aparece tan débilmente en las fuentes, formó la historia y determinó la actividad de las clases privilegiadas, actividad mucho más aparente en los documentos históricos.

Todos estos cambios no son sin embargo sino el comienzo de las grandes tareas que se nos plantean.

II. El objeto de la historia económica (1)

LAS POSTURAS EMPIRICA Y NORMATIVA DE LA HISTORIA ECONÓMICA

Existe un doble procedimiento para la definición del objetivo y el alcance de cualquier ciencia existente ya en la práctica: el método empírico o el normativo.[1]

Es posible analizar la naturaleza de los problemas investigados de hecho por unos científicos que se consideran a sí mismos o son considerados como historiadores económicos; también se pueden examinar los temas abarcados por los compendios y los manuales, las publicaciones científicas que en sus títulos se refieren a la historia económica.

Es posible determinar lo que una ciencia concreta, y en este caso la ciencia histórico-económica, debe conformar a sus principios teóricos generales, conforme a la sistematización de una ciencia creada o adoptada por ella, basándose en sus fallas confirmadas en la realización práctica de los temas investigados, para sus experiencias en el aspecto de la técnica de la labor científica, y ligada con esto, en la necesidad de una especialización o una cooperación.

En la ciencia polaca existen dos tentativas de determinar el objetivo de la historia económica, cada una de las cuales constituye una aceptación consciente de una de las dos actitudes. Nos queremos referir a los análisis realizados por Rutkowski[2] y por Grodek.[3]

Con su típico practicismo, Rutkowski escoge el camino empírico por considerar que «ofrece una mayor garantía de llegar a unos resultados que tienen una verdadera significación para el des :rollo ulterior de una ciencia determinada». Al mismo tiempo advierte que no se trata en su método «de una simple ratificación de la tradición» sino que tiende a «mostrar lo que en el aspecto considerado puede corresponder a otras ciencias no menos autónomas que la historia económica y lo que sólo le corresponde esencialmente a ésta como objetivo propio».

Por el contrario, Grodek rechaza resueltamente la ruta empírica y opera fundamentándose en el «camino deductivo» a través de la extracción del contenido de la historia económica de la moderna teoría económica. Además afirma que «esta es la única vía verdadera que en el fondo sigue cada historiador que se ocupa de investigar la totalidad de la economía o cualquier

problema de carácter económico, ya que para poderlo hacer, para fijar sus elementos, ha de partir de los principios teóricos».

Es evidente que el primero de estos métodos es imprescindible para las indagaciones científicas, mientras que el segundo no es posible evitarlo en la metodología de la ciencia. En un caso ideal ambos métodos han de dar un resultado que se yuxtapone.

De acuerdo con la postura empírica, Rutkowski distingue en la temática histórico-económica siete secciones:

1) el trabajo económico en el sentido técnico material junto con la técnica de la producción,
2) la organización social de la producción,
3) las normas jurídicas, morales y costumbristas,
4) la literatura técnica,
5) las ideas socio-económicas,
6) la política económica,
7) el movimiento social.

Al caracterizar a continuación la diversidad de los temas, de los métodos y de las fuentes de cada una de estas secciones, Rutkowski se pregunta «si es justo que cada una de ellas sea objeto de las investigaciones de una ciencia».

Después señala que la primera sección entra en el marco de la historia de la cultura material, que la sección 3 pertenece a la historia del derecho, las secciones 4 y 5 a la historia de la literatura (¿pero es justo en la práctica?), y las secciones 6 y 7 al campo de la historia política, con lo que este autor llega a la conclusión de que «sólo el sistema socio-económico, es decir, los vínculos que de hecho se establecen entre las gentes para emprender un trabajo económico o repartir sus frutos, son investigados exclusivamente por la historia económica y que por *esta razón* [el subrayado es mío, W. K.] han de considerarse como el verdadero objetivo de sus investigaciones».

Naturalmente que este razonamiento está basado en el principio no enunciado de que cada ciencia particular ha de tener su finalidad propia o que el objetivo de cada ciencia radica en la parte del «territorio» en la cual reina «soberanamente» sin hallarse amenazada por ninguna de las ciencias vecinas. Para saber si este principio es justo, si puede mantenerse frente a la actual integración de la ciencia y de los métodos, al actual surgimiento de la bioquímica, de la astrobotánica, etc., deberían opinar los especialistas de la ciencia.

Pero aún formularíamos una reserva. Si Rutkowski considera como el verdadero objetivo de la historia económica el estudio del sistema socio-económico, o sea las relaciones existentes de hecho entre las gentes y establecidas con el fin de acometer una labor económica o de repartirse sus frutos, surge una pregunta: ¿cuáles son las relaciones interhumanas que consideramos están ligadas a esos fines? Y de esta manera el problema

de la finalidad de la historia económica no queda solucionado sino que queda abierto. El propio Rutkowski relaciona la propiedad de los medios productivos al «sistema socio-económico» aunque aquella es una categoría jurídica. Si la estructura del poder en las sociedades antagónicas tiene un carácter de clase y las relaciones entre estas clases son, sin embargo, relaciones ligadas a la labor económica y al reparto de sus frutos, la historia política sería la definición de Rutkowski y junto con ella la historia de la política económica y del movimiento social, que él ha eliminado como categorías de fenómenos sociales del territorio soberano de la historia económica.

A pesar de que tratemos el problema con el menor esquematismo, nos encontramos con el hecho de que entre las secciones enunciadas anteriormente (ideología social, política económica, movimiento social) al menos una gran parte de ellas ha de situarse en el campo de la historia económica de acuerdo con la propia definición de Rutkowski y pese a sus conclusiones y en contra del hecho que este campo no ha de ser anexionado por la historia económica sino que ha de constituir un condominio entre ésta y las disciplinas vecinas.

Sin pronunciarnos en detalles de momento sobre esta cuestión, sin formular una tesis sobre el objetivo de la historia económica, sólo queremos remarcar las consecuencias del pensamiento de Rutkowski.

Grodek, cuyos principios fundamentales ya hemos citado, sigue otro camino, llegando a distintos resultados.

Se tiene la impresión (aun cuando esto no se formula claramente) de que para Grodek el objetivo de la historia económica es idéntico al de la economía. Éste afirma que hasta ahora «los límites de la historia económica... los puso la economía clásica» y que todo indica que en la actualidad deban ser delimitados por la economía moderna (por así decirlo). El razonamiento de Grodek, al manifestarse en el sentido de cuál ha de ser la teoría económica que ha de delimitar los marcos de la historia económica, considera por tanto esto evidente. Así que la historia económica tendría que diferenciarse, por supuesto, de la economía no por su objetivo sino por la forma de tratar los problemas y por sus finalidades cognoscitivas.[4]

Esta tesis es esencial en este aspecto, con independencia de la teoría económica que Grodek nos proponga de aceptar como base.

Sin embargo, vale la pena poner de relieve que si aceptamos el problema no puede resolverse por mediación de un análisis al margen de la historia económica, pues es extenso y constituye sólo una parte de la cuestión de la clasificación de las ciencias humanísticas. La división entre las ciencias que investigan unos aspectos determinados de la vida social en la actualidad y las que lo hacen con la misma exactitud esos fenómenos en el pa-

sado, representa un problema fundamental para dicha clasificación.

Por nuestra parte consideramos que para llegar a la definición de una ciencia determinada no se puede recurrir ni al método empírico ni al procedimiento normativo.

Teniendo en cuenta las divergencias de criterios, normales en cada disciplina científica, el método empírico nunca podría llevarnos a una sinonimia en las soluciones. A su vez el procedimiento normativo tiene el peligro de llevarnos a resultados «sobre el papel», impropios, ya que sólo un escaso número de especialistas en el campo de la historia de la ciencia pueden influir realmente en el sentido de una especialización de su disciplina. El método empírico se caracteriza por su pasividad ante el estado real de las cosas, y el método normativo emprende tareas superiores a sus posibilidades.

Por ello, vamos a intentar llegar a una solución del problema por otro camino. Aunando en el razonamiento tanto los elementos normativos como los elementos empíricos (o sea tendiendo a la confirmación del estado de hecho en la ciencia, sin conformarse con ello sino buscando al mismo tiempo en esa situación en realidad las tendencias de desarrollo y según su propio concepto apreciando ese estado de hecho a la par que las tendencias), comenzaremos por tratar de delimitar la historia económica y las demás ciencias afines, tanto históricas como económicas.

Siguiendo por este camino, se ha de ir perfilando gradualmente la finalidad, el objetivo de la historia económica. Pero antes de ocuparnos de este problema, es imprescindible formular algunas reservas.

De las tradiciones del positivismo —del que tanto gustaban los razonamientos sobre el tema de la clasificación de las ciencias— se suele desgajar la convicción de que una disciplina determinada con respecto a las investigaciones científicas ha de mostrarse con todos sus rasgos peculiares en relación con las demás ciencias, ha de distinguirse por la particularidad de su objetivo y lo privativo de sus métodos.

El mundo de los conocimientos humanos habría de sujetarse a la imagen y semejanza del orden que impera en la división política del globo terráqueo: cada territorio se halla pintado con los colores de un determinado Estado, no existen países sin amo, y tampoco la dualidad de poderes.

Este «orden» no es mucho más duradero que el «orden» del reparto imperialista del mundo. El dominio «soberano» de las distintas ciencias, sobre los diferentes «objetivos» y «métodos» ya pertenece al pasado.

En el siglo XX, todo lo que existe de interesante y de nuevo en la ciencia nace precisamente en la encrucijada de las ciencias tradicionales: a través de la aplicación de los métodos ela-

borados por una ciencia determinada a las cuestiones trabajadas desde siempre por otra ciencia, por la combinación de los procedimientos más diferentes, la conjugación de las distintas finalidades científicas, etc.

Es un hecho que tampoco los positivistas tradicionales tuvieron una tarea fácil con lá ciencia histórica. Si el objetivo de ésta radica en estudiar las sociedades humanas es lógico que ha de absorber a todas las demás disciplinas sociales.

En este caso no queda otra salida sino la del reparto de la sociedad en orden al pasado y al presente, ocupándose de indagar el primero la historia, mientras que el segundo ha de ser investigado por las ciencias sociales especializadas, como son la economía, la ciencia del derecho, la sociología, etc. Sin embargo, la división entre «pretérito» y «presente» es sólo convencional.[5]

Los científicos naturalistas de la época de la Ilustración han recurrido a mansalva y con optimismo a las experiencias del presente y del pasado para la búsqueda de las leyes eternas que regían a las sociedades humanas. Pero desde entonces la ciencia ha realizado una gran elipse.

Bajo las críticas se han desmoronado las conclusiones de la «esencia» del hombre sobre la base de las representaciones del «buen salvaje», las eternas «leyes de la humanidad» y la imperecedera ley de la circulación del dinero.

Sin embargo, por otra parte, los progresos de la «historificación» de los conocimientos en cuanto a la sociedad, preciosos en sus aspectos críticos, condujeron a la negación de las posibilidades de elaborar las leyes del conocimiento de la sociedad en general y por consiguiente a la incapacidad de una posible existencia de las ciencias sociales. De ahí lo atractivo de las búsquedas de las leyes dinámicas, de las leyes que rigen la variabilidad de los problemas sociales, y por lo tanto de la necesidad de volver a los materiales de carácter histórico.

Este viejo postulado de la ciencia marxista viene operando cada vez más también con otras disciplinas, bien como postulado metodológico, bien en su aspecto práctico en el campo de las indagaciones científicas (por ejemplo, en gran parte de las investigaciones denominadas *economics of growth*).

Por todo ello, la historia económica constituye en igual medida una parte integrante tanto de la historia como de la economía. Se ocupa parcialmente de la problemática tradicional de la historia y por otro lado de la problemática habitual de la economía. En cada una de sus experimentaciones se sirve —o cuando menos debería hacerlo— de los métodos elaborados por las dos ciencias, tales como la heurística o la hermenéutica, el análisis de la contabilidad de las empresas de trabajo o las series estadísticas.

Tenemos la impresión de que entre ambas pertenencias ha

de ser más fuerte en teoría (pero no en la práctica de la vida de la comunidad científica) la historia económica que la economía política.

En apoyo de esta afirmación alegaremos el carácter de las cuestiones examinadas por la historia económica: pues se trata claramente de problemas de índole económica. Por lo demás, la ciencia económica es precisamente la especialidad de la explotación económica por parte de las sociedades humanas. Tienen un carácter económico las preguntas con las cuales el historiador de esta ciencia se enfrenta o que él mismo ha de formularse.

El carácter de las preguntas determina en grado sumo la elección de los procedimientos que deben aplicarse, hasta el extremo de que los métodos elaborados por la economía política nunca han de ser utilizados por el historiador económico para la elaboración de los problemas actuales —y de esto volveremos a hablar a menudo— sin haberlos sometido previamente a la crítica, ya que en la práctica ha de crear métodos nuevos, los cuales han de contribuir como procedimientos de análisis de los fenómenos económicos a enriquecer la metodología económica.

Por otra parte, el historiador económico no puede limitarse en su labor investigadora a la utilización de unos métodos y a la elaboración de otros procedimientos económicos, sino que al mismo tiempo debe utilizar los métodos típicos para la investigación histórica, utilización de la cual nadie puede librarse siempre y cuando base su labor en las fuentes históricas.

Al considerar los problemas desde el punto de vista económico, el historiador económico, dada su formación científica y sus conocimientos, tiene la obligación de aportar su contribución al patrimonio general de las ciencias económicas. Al parecer, los elementos más importantes deben ser:

1. Una actitud crítica con respecto a las fuentes (en principio esta postura es obligatoria para cada investigador, pero los historiadores con su sensibilidad saben cuán despreocupados suelen ser los científicos que no han pasado por la «escuela» histórica).

2. Una tendencia hacia las experimentaciones a largo alcance (esta inclinación es más bien un postulado que la afirmación de un estado de hecho, pues en la práctica, los historiadores, con la misma frecuencia que los investigadores del llamado presente, suelen encerrarse en el angosto marco de un particularismo cronológico).

3. Una gran predisposición y aptitud a tomar en consideración el papel de los factores extraeconómicos en las transformaciones económicas, que los economistas suelen subestimar tan a menudo según el principio *caeteris paribus*.

Totalmente distinta de la clasificación de esta ciencia es la

cuestión del acoplamiento de la historia económica a la organización universitaria. En numerosas universidades sucede que los estudios de historia económica de la Antigüedad y del Medievo están concentrados en las facultades históricas, mientras que el estudio de la historia económica del capitalismo pertenece a las facultades económicas. Esta situación creada por la vida se halla sumamente fundamentada.

Teniendo en cuenta de que pese a todo la actual especialización de las ciencias sociales radica en el estudio del hecho social con tanta fuerza de inercia, y contando también que la distribución de las especialidades es en la actualidad un postulado admitido y reconocido, nos detendremos sobre las relaciones existentes entre la historia económica tal y como es y como a nuestro juicio debería ser, y las demás disciplinas afines e igualmente autónomas.

Es natural que en primer lugar nos ha de interesar todo lo que como historiadores económicos podamos aprovechar de las demás especialidades y asimismo —aunque en un grado menor— hemos de pensar en qué medida podemos ayudar a las mismas.

LA HISTORIA ECONÓMICA Y LAS DISCIPLINAS HISTÓRICAS

La historia económica y la historia política

Determinar las relaciones entre estas dos disciplinas depende no sólo de la definición de la historia económica, sino de la definición de la historia política, tarea complicada para tratar de darle aquí una solución. En este caso no existe en los científicos ninguna opinión común y el método empírico no nos llevaría a ningún resultado similar en un campo que pertenece a las publicaciones especializadas, manuales, etc.

Por nuestra parte, consideramos como la historia política la historia de los gobernantes, en la práctica de la historia del Estado, su actividad en el interior como en el exterior, la lucha por la orientación de esa actividad o por los cambios estructurales del Estado sin los cuales es imposible la variación de dirección de su actividad, y por último la historia de sus relaciones, a ser posible, con los demás Estados.

La actividad del Estado al igual que la de cualquier otro fenómeno social se halla determinada a través de la mutua vinculación de todos los fenómenos de la vida social por las transformaciones que acontecen en todas las ramas. El carácter de primacía o el aspecto secundario o eventualmente la influencia de los cambios que se producen en los diferentes sectores de la vida social respecto al Estado, es lo que ahora nos interesa.

Queremos sólo formular la conclusión de que los fenómenos

que determinan los acontecimiento y los cambios en la vida política tienen en su inmensa mayoría un carácter extrapolítico en el estricto sentido de la palabra, que pertenecen a otras secciones de la historia. Al utilizar las palabras «en su inmensa mayoría» nos referíamos al hecho de que también intervienen factores políticos y que en el marco de esta misma disciplina entran determinantes como son la política dinástica de los gobernantes. Este último fenómeno ha de intervenir con especial vigor en el campo de la historia de las relaciones políticas internacionales, en el cual la actividad de un Estado ha de determinar la reacción de otro (es claro que en este caso la actividad del primer Estado ha de tener a buen seguro numerosas determinantes extrapolíticas, y que la reacción del segundo Estado no se hallará determinada exclusivamente por la referida acción del primero, sino también por las condiciones internas con todo su complicado tejido y, por lo tanto, en gran parte también por los factores extrapolíticos).

Los fenómenos determinantes investigados por la historia política, existen en mayoría aplastante en otras ramas de fenómenos sociales y por lo tanto en otras disciplinas históricas.

Esta tesis es aparentemente evidente, en especial para el marxista, ya que para él resulta de las leyes dialécticas sobre la interdependencia de los elementos de la vida social y de la teoría de la superestructura a la cual pertenece la vida política, tesis que han tenido que buscarla a menudo los metodólogos marxistas de la historia y que ha sido utilizada con frecuencia como argumento en contra de la especialización de las ciencias históricas y a favor de su integración.

La base de la diferenciación de las disciplinas históricas especializadas es más bien un método que una categoría de los fenómenos investigados. La necesidad de dominar el procedimiento específico de indagación de un aspecto determinado de la vida social (económico para los historiadores económicos, jurídico para los historiadores del sistema, militar para los historiadores militares, etc.) se manifiesta necesariamente al menos en la práctica de la especialización de las ciencias históricas. La ciencia conoce a los polihistoriadores en el terreno de los hechos, pero no conoce a los polihistoriadores en el terreno de los métodos.

El hecho de que la historia política se halla determinada, por ejemplo, por los fenómenos económicos, no puede constituir un argumento en contra de la diferenciación de la historia económica, ya que de esta manera llegaríamos a negar la posibilidad de cualquier división positiva en general. Es posible que en el futuro las ciencias históricas se dividan de una manera totalmente diferente. Acaso esto fuera incluso muy positivo para el desarrollo interior de la ciencia. Aun cuando esto sea un posible postulado es demasiado pronto para hablar de ello.

Así, la historia política se halla determinada por una inmensa mayoría de fenómenos extrapolíticos con un predominio por parte de los fenómenos económicos. La única conclusión a la cual se puede llegar es la de que ha de aprovechar lo más extensamente los resultados conseguidos por la historia económica. Es cierto que el hecho de fundamentarse en los resultados obtenidos por otros investigadores, incluso en otras disciplinas siempre es arriesgado, pero sin ello no puede hablarse de un desarrollo de la ciencia. Es posible reaccionar contra ese peligro a través de la formación fundamental del historiador político en el aspecto de la historia económica, armándole para el crítico aprovechamiento de sus resultados, y a través de la organización de una cooperación entre los especialistas de las diferentes disciplinas, con el fin de solventar los diferentes problemas con toda una gama de métodos y a través del planteamiento, por parte de los historiadores políticos a los historiadores económicos, de las preguntas cuyas respuestas precisan aquéllos para su labor.

Con esta concepción de la historia política nos hallamos ante el hecho de que entre ésta y la historia económica se perfilan dos campos limítrofes litigiosos: la actividad propia del Estado en el aspecto económico y su política económica. La propia actividad económica del Estado se divide seguidamente en el problema de la administración estatal de sus ingresos y de sus gastos (finanzas) y en la administración por parte del Estado de todos los sectores en que interviene como propietario o gestor de los medios de producción (tierras pertenecientes al Estado y empresas industriales estatales).

Estudiemos estos tres aspectos del problema.

Los casos en que el Estado interviene como propietario o gestor de los medios de producción y cuando sus órganos o sus mandatarios intervienen como reguladores de la producción y del mercado, tienen para el historiador una gran importancia, que en determinadas épocas se halla relacionada con la magnitud en que este fenómeno se manifiesta. En los comienzos del feudalismo este fenómeno tiene una magnitud relativamente muy grande. Pero a medida que este poder social va avanzando se va reduciendo esa magnitud. Después empieza a crecer la época de la monarquía absoluta y en especial en tiempo del absolutismo ilustrado, en los períodos en que el Estado realiza una política mercantil. Vuelve a disminuir en el siglo XIX para volver a crecer en el período de entre las dos guerras mundiales. Es evidente que aquí se manifiestan diferencias muy notables entre los distintos Estados. En el siglo XVIII el «sector» estatal es importante en Prusia y en Rusia, pequeño en Polonia. Durante los años 1918 al 1939 este sector es grande en los Estados fascistas y pequeño en los demás Estados.

Sobre la importancia del citado fenómeno en determinadas

épocas influye no sólo la participación directa de este «sector» en la totalidad de la economía nacional, sino que su importancia radica también en el hecho de que en algunos períodos dicho sector abarca asimismo las ramas de la producción que, bajo un aspecto cualquiera, son de una importancia particular para el funcionamiento del conjunto de la economía nacional. Así ocurre en el caso de las minas de metales preciosos, las manufacturas del Estado, la industria de carácter inversionista (minería y fundición del acero), la industria del armamento, etc.

La importancia del mencionado fenómeno para el historiador se incrementa gracias a la temprana y más eficiente organización administrativa y de control del Estado y a la mejor conservación de los archivos estatales, la actividad de las empresas del Estado se halla mucho mejor documentada para la labor práctica del historiador. Esto provoca a veces una sensible deformación de las proporciones del cuadro general.

La empresa estatal suele tener una serie de rasgos comunes con las demás empresas de carácter privado de la época, pero diferenciándose de ellas. En general tiene en común la técnica y la organización técnica de la producción. Evidentemente se dan casos en que las empresas del Estado pertenecen a las que tienen más importancia técnica o al revés, o bien que en las empresas estatales se emplea una fuerza de trabajo de un carácter algo distinto, como cuando se refiere al papel relativo de la mano de obra forzada, pero debiéndose reconocer que la empresa estatal apenas se diferencia de la empresa privada, ya que ambas entran en el mismo marco, se puede establecer las oscilaciones que intervienen en la «media», con lo cual los resultados de la investigación han de tener un valor eminentemente científico.

En una serie de otras cuestiones la empresa estatal se diferencia a veces mucho más como es en los problemas del cálculo, de las inversiones, del capital móvil, del mercado, etc., donde suelen tener a veces un carácter absolutamente genuino. Los resultados del estudio de tales empresas sólo se refieren a ellas y no al conjunto de la industria de la época.

En los problemas del mercado, en las empresas estatales entran en juego elementos que no existen en las empresas privadas (la producción del armamento, la de los artículos de lujo para las necesidades suntuarias de la monarquía absoluta, etc.). Incluso la cuestión de la rentabilidad, la cual aparentemente se manifiesta de la misma manera en las empresas privadas, tiene en las empresas estatales otro sentido social, puesto que al hallarse vinculado a las necesidades, no deja de influir en sus reservas y por lo tanto en sus posibilidades.

Así, teóricamente, la empresa estatal, con lo que tiene de más o menos representativo para una época determinada, corresponde a las atribuciones de la historia económica, mientras que todo

lo que se refiere a su carácter estatal específico forma parte de las atribuciones de la historia política.

En la práctica la situación puede tener un aspecto distinto, ya que sólo los historiadores económicos dominan el método de análisis de la empresa. Sin embargo, esto no altera el hecho de que desde el punto de vista temático dicho problema atañe a la historia política y que debe incluirse en sus cursos y manuales. La temática específicamente «estatal» de la economía del Estado en sus propias empresas reviste una importancia limitada para la historia económica.

La materia financiera es un sector fronterizo entre la historia económica y la historia política.

Las finanzas son por antonomasia un problema político. Tanto por parte de los ingresos como de los gastos, constituye a cada momento la expresión de la política del Estado, del cual proceden en su inmensa mayoría los ingresos de los diversos métodos de gravamen de la población y que como tales constituyen un factor que lleva a la modificación de la estructura del reparto de la renta nacional que se había conformado en la sociedad durante el proceso de producción. Esta modificación tiene un carácter provechoso para unos grupos sociales y perjudicial para los demás. La influencia del Estado es más o menos profunda según las épocas, pero siempre importante. Los gastos financieros reflejan su política y forman parte integrante de la misma. Y ello en dos sentidos. Directamente, por cuando llegan en su gran mayoría a manos de los ciudadanos, brindando unos beneficios sólo a unos grupos sociales. Indirectamente, ya que los objetivos de la política estatal se hallan realizados por mediación de esos gastos y que en dichos objetivos una clase está mucho más interesada que las demás.

No existen objetivos en la política del Estado que no acarreen algún gasto y que por lo tanto no se reflejen de alguna manera en los fenómenos relativos al sector financiero.

No es casual que la burguesía liberal hiciera del presupuesto el objetivo fundamental de su lucha parlamentaria. La política económica constituye uno de los sectores particularmente importante para la historia económica, por lo cual tendremos que referirnos especialmente al mismo en adelante. Ahora sólo queremos subrayar que la problemática financiera es en su conjunto una parte integrante trascendental de la historia, en la que se incluye.

No obstante la historia económica ha de tender al condominio sobre una parte de esta problemática.

En primer lugar, la acción del Estado en el terreno financiero no deja de ser la administración, es decir, la utilización de los medios materiales siempre limitados con respecto a los objetivos existentes.[6] Los métodos de esta administración deben figurar igualmente en el ámbito de la historia económica (la confor-

mación del tesoro, las formas de conservación y de garantía de las reservas estatales, la colocación de los capitales, la economía crediticia, la balanza de pagos nacional y exterior, etc.).

En segundo lugar, la actividad del Estado es siempre un instrumento de la polí[illegible]a económica ya que lleva consciente o inconscientemente a [illegible] resultados deseados o bien a resultados contrarios a los beneficios de la vida económica del país.

En este sentido, los resultados de las investigaciones en el marco de la historia financiera deben figurar en cada curso de historia económica.

Por último, en tercer lugar, nos volvemos a encontrar con un problema de carácter práctico: al dominar el método económico, el historiador económico puede emprender generalmente con facilidad y eficacia el análisis financiero, abarcar un mayor número de problemas y establecer correctamente los síntomas.

Por fin hay un tercer condominio entre la historia económica y la historia política, que es la problemática de la política económica.

Y de nuevo nos hallamos teóricamente, esta vez sin ninguna cortapisa, frente a la problemática de la historia política. A la historia económica conciernen sólo sus resultados como uno de los elementos del marco en el cual se desarrolla realmente la vida económica, o delimitado por las actuales fronteras del Estado, su desmembramiento o su unificación, su independencia o su dependencia política, en los límites de la dominación de determinadas normas morales e ideológicas, en el marco establecido por el nivel alcanzado en ese momento por la técnica, etc. Todos estos aspectos del problema, inconmensurablemente trascendentales para la historia económica, han de ser investigados por las diferentes disciplinas. Para su indagación la historia económica no dispone de los correspondientes procedimientos ni atribuciones, pero ha de utilizar al *summum* sus resultados y, en determinados casos, ha de formular sus postulados investigadores con respecto a las diferentes disciplinas, lo que también ocurre con la política económica.

Ahora bien, no podemos olvidar la serie de dificultades prácticas ligadas a la realización específica de esta división del trabajo.

No es posible analizar un sector cualquiera de la política sin conocer los efecetos del mismo. Los resultados de la política económica pertenecen al problema de los fenómenos económicos: aceleran o frenan el desarrollo de la produccion, favorecen una rama de la producción en perjuicio de otra, etc. Los efectos de la política económica entran, por ello, de lleno en la problemática de la historia económica, la única capaz de indagarlos. Sin embargo, como quiera que —conforme a lo que ya dijimos— no puede haber ninguna investigación político-económica sin examinar sus efectos, también en lo que concierne a la polí-

tica económica será necesaria la existencia de un condominio entre la historia económica y la historia política.

Respecto a los conceptos sintéticos, la problemática político-económica entra de lleno en los cursos relativos a la historia política, aun cuando las consecuencias definitivas de estas investigaciones deban figurar junto a otros factores en los cursos de historia económica.

Como se ve, no llegamos a la estricta separación en el reparto de las atribuciones entre la historia económica y la historia política. Pero esto no nos inquieta, ya que no compartimos el concepto tradicional de que la realidad social ha de estar dividida entre las disciplinas que se ocupan de investigarla, de un modo exclusivo.

La historia económica y la historia de la cultura

Aquí, la diferenciación de estas disciplinas ha de depender de lo que entendemos por disciplina vecina, y por historia de la cultura, tanto más difícil por cuanto en este caso, tales conceptos, vinculados en la práctica, se diferencian diametralmente entre sí.

Si, de acuerdo con la definición generalmente aceptada en sociología, por cultura se entiende la totalidad de los productos de una sociedad determinada, los cuales se hallan ligados en cierto modo entre sí en el seno de la misma, toda la historia constituye la historia de la cultura. No existe otra historia en la etapa actual de la ciencia.

Con esta comprensión de la historia de la cultura, su tarea tendría que ser una labor integradora de todas las disciplinas históricas. Este es un trabajo que se plantea con una gran fuerza ante la ciencia histórica y acaso sea un hecho evidente. Teniendo en cuenta el enorme desarrollo de las investigaciones especializadas consagradas a los más diferentes aspectos de la actividad social; no se llega a alcanzar el proceso de integración de sus resultados, lo cual se refleja en detrimento de esas mismas indagaciones especializadas, al privarlas de una brújula para las investigaciones ulteriores. Por añadidura, el postulado de integración así comprendido aclararía la existencia de un gran número de «manchas blancas» en las cuestiones que suelen centrar la atención de los investigadores y que son imprescindibles para la consideración integral de la historia.

Este postulado de la historia de la cultura es válido aun cuando aquí no fuera ésta una de las disciplinas históricas sino, simplemente, una verdadera historia sin adjetivo, ya que no existiría el problema de una diferenciación entre ella y la historia económica.

La segunda definición consiste en asignarle a la historia de

la cultura el conjunto de los problemas de las superestructuras, con lo que se enfrentaría con la historia económica como ciencia que se ocupa de la base.

Pero este concepto de la historia de la cultura tiene su fundamento. Sin referirnos aquí a los fenómenos internos de las diferentes ramas de la superestructura, ya que ésta es una tesis evidente, se puede preguntar si no es más fuerte el vínculo existente, por ejemplo, entre la historia del derecho y la historia económica, que el que existe entre la historia del derecho y la historia de la literatura o de la música. Por añadidura, las diferentes ciencias que se ocupan de los distintos aspectos de la superestructura se hallan en la práctica tan diferenciadas y han de serlo dado el carácter específico de los métodos que utilizan, que es difícil postular la creación de cualquier «superciencia» o «agrupación de ciencias» que la abarcase en su totalidad.

Pero esto no significa que no exista y no deba existir esa especie de grupo de ciencias (como existe, por ejemplo, el grupo de ciencias sobre la tierra) el cual tuviese determinados problemas en común que deberían tratarse mancomunadamente. Así que este concepto de la historia de la cultura es inadecuado para nuestros fines. Los demás conceptos de la historia de la cultura tienen a menudo un carácter no científico. En los manuales de historia de algún país se inserta en los capítulos relacionados con la cultura, precisamente los «restos» de la misma que no se incluyeron en otros capítulos y que con harta frecuencia corresponden a las disciplinas históricas más tradicionales y definidas, como son el arte, la ciencia y la enseñanza, los fenómenos de carácter etnográfico, costumbrista, etc., a veces también estos capítulos son muy breves cuando se refieren a algunos de los aspectos, por ejemplo costumbristas.

Estos conceptos son a veces inevitables, pero resulta difícil tomarlos en consideración en los razonamientos teóricos.

La historia de las diferentes ramas del arte, de la historia de la ciencia, la enseñanza, la técnica y la cultura material, constituyen y deben constituir disciplinas aparte y especializadas en el marco de las ciencias históricas. En su inmensa mayoría la temática etnográfica ha de pertenecer a la historia de la cultura material. Las normas costumbristas, en cambio, como ya lo dijimos en otro lugar, deben estar en la historia del derecho —si no del sistema— la cual debe ocuparse de todas las normas sociales en general, ya que el hecho de que una norma determinada se halle refrendada jurídicamente, con ser una cuestión de una importancia trascendental no altera el hecho de que continúa siendo sólo una parte de la categoría general de las normas sociales.

Con tal concepto ya no hay lugar para una separación cualquiera en el esquema de las ciencias históricas, de la historia de la cultura.

A fin de evitar cualquier malentendido, hemos de poner de relieve con vigor, que al formular este tipo de tesis no nos referimos únicamente a la clasificación teórica de las ciencias históricas. No se debe interpretarlo en el sentido de que el autor se opone, por ejemplo, a la creación de cátedras, de centros de investigación o de publicaciones de la historia de la cultura y de las investigaciones científicas. Todo lo contrario. En la actual situación de especializada dispersión de las disciplinas históricas provocada por la falta de conceptos integradores, la frecuente desorientación de las búsquedas especializadas y la frecuente —y acaso lo más peligroso— aparición de «manchas blancas», de problemas no resueltos por ninguna de las disciplinas, las tentativas de este género sólo pueden tener una función positiva. Los trabajos de este género podrían entrar teóricamente en la estructura de las restantes disciplinas y pertenecerles. Si esto no se realiza sin resistencia —ya que las disciplinas tradicionales no gustan que la ampliación de su problemática investigacional les llegue de fuera— no se tratará sino de un fenómeno normal en la historia de la ciencia.

La historia económica y la historia del derecho

En relación con la historia del derecho, disciplina antigua y que en ciertas épocas desempeñó un papel preponderante en la historiografía, la historia económica tiene su legendaria «deuda de gratitud». En muchos países, como en Alemania, surgió, al menos en parte, primero en su seno y después unida a la historia del derecho. En cada nación un gran número de eminentes historiadores del derecho han alcanzado grandes méritos en la historia económica. En Polonia, se pueden citar los nombres de especialistas como Czacki, Maciejewski, Ulanowski, Bobrzynski, Kutrzeba.

Es posible afirmar que los más grandes pensadores entre los historiadores del derecho, contrariamente a los dogmáticos estrechos y formalistas, irrumpieron en el campo de la historia económica, lo que tuvo una significación tanto mayor y fructífera desde el punto de vista científico ya que aún no existía la historia económica como disciplina autónoma.

Al igual que en la Unión Soviética, en la actualidad esta disciplina se halla definida como «Historia del Estado y del Derecho». Aditivo, «del Estado», y cuyo problema de esta denominación es superfluo. Pues no se trata y quizá no pueda tratarse de la historia del «Estado» en general, ya que se trata plenamente de la historia política. En cambio es y debe ser la historia del derecho tanto estatal como privado, y por ello la historia del derecho en toda su magnitud.

Sin embargo, y como usuarios de los resultados de las inves-

tigaciones histórico-jurídicas, sentimos la necesidad de una ampliación práctica del campo abarcado por ella.

Al suponer que la historia del derecho se ocupe sólo de la historia de las normas jurídicas, las demás categorías de normas quedan fuera del alcance de la misma. Así, la extensión de la historia del derecho en forma que pudiera abarcar igualmente la historia de las normas costumbristas, morales, etc., podría llenar los vacíos en las indagaciones históricas.

Teóricamente, ningún historiador del derecho niega la posibilidad de que esta disciplina se ocupe del derecho costumbrista. Sin embargo, en la práctica estos conocimientos se hallan alejadísimos de los conocimientos de las normas jurídicas.[7] El diferente carácter de las fuentes para la investigación de las normas costumbristas en relación con las fuentes de la historia del derecho es quizás en este aspecto el motivo fundamental. Por lo tanto la ampliación de la historia del derecho a las investigaciones de la historia de todas las normas sociales no ha de ser fácil de conseguir, ya que ha de exigir la ampliación de los métodos utilizados por ella y perfeccionados a lo largo de muchas generaciones. No obstante, esta tarea nos parece necesaria, no sólo en razón —como ya lo hemos indicado— a la liquidación de las «manchas blancas» sino por razones teóricas.

Pues hay un hecho generalmente conocido, cual es que las normas jurídicas constituyen sólo una parte de las normas generales obligatorias en la sociedad, que en las diferentes épocas el papel asumido por las normas jurídicas en el conjunto de las normas sociales suele ser diferente, que en los distintos tiempos son diferentes los fenómenos que obtienen la sanción de las normas jurídicas, y por último, que la fuerza ejecutiva de las normas jurídicas no siempre es mayor que la fuerza ejecutiva de las normas extrajurídicas.

Determinados comportamientos sociales tienen en determinadas épocas una sanción jurídica, en otras se trata de una sanción religiosa, en otros tiempos la una y la otra, y a veces, sólo se hallan sancionados por las normas costumbristas.

El separar sólo a las normas jurídicas como objeto de las investigaciones de una disciplina no puede conducir sino a la ruptura de la urdimbre.

Por lo demás, la historia del derecho se ocupa desde hace siglos y junto al derecho de la sanción estatal, del derecho religioso, lo cual no deja de ser evidente[8] que a nuestro parecer, ha de ser extendido a las demás reglas sociales por la ciencia actual.

Si aceptásemos tal definición del cometido de la historia del derecho, el terreno fronterizo lo constituiría la problemática de las normas que regulan la actividad económica en la sociedad, las cuales entrarían así en la historia del derecho.

Es evidente que la cooperación habría de ser estrecha entre

la historia económica y la historia del derecho. Esta última debería aprovechar los resultados de las exploraciones histórico-económicas para esclarecer las causas de la aparición y desaparición de unas normas determinadas, mientras que la historia económica tendría que aprovechar los resultados de las indagaciones de la historia del derecho ya que las reglas vigentes en una sociedad determinada constituyen en parte el marco en el cual se desarrolla su vida económica.

Para establecer esta delimitación no prevemos ninguna dificultad importante en la práctica; ya que cada uno de los especialistas investigaría los fenómenos que le atañen con los métodos de su propia disciplina no pueden surgir los obstáculos que, por ejemplo, resultarían de las cuestiones financieras, ya que en este caso se trata de un fenómeno político que requiere para su análisis unos instrumentos económicos.

La historia económica y la historia de la ciencia, de la técnica y de la cultura material

La historia de la ciencia la entendemos aquí como historia del pensamiento científico, la apreciación de sus progresos y retrocesos, con independencia de si esto atañe a las ciencias que tienen o no una aplicación en la producción, con independencia de si las conquistas de la ciencia han sido aplicadas de hecho en la producción o no lo han sido.

En cambio, en lo que a la historia de la cultura material se refiere, hacemos en ella entrar los medios y los métodos de producción, utilizados en la práctica.

La historia de la técnica sería por tanto con este concepto una definición que agruparía en ella una parte de la historia de la ciencia (historia de las ciencias técnicas) y una parte de la historia de la cultura material (utilización práctica de la técnica en la producción).

Tal reunión ha de tener una profunda fundamentación práctica, ya que para la investigación de cada uno de estos dos grupos de problemas se precisan en grado sumo esos mismos procedimientos, y por añadidura los métodos que sólo ha de llegar a dominar un investigador que posea alguna formación técnica. La clasificación que aquí se propone para cada una de esas secciones pertenece no obstante a una disciplina histórica diferente.

Así conceptuada, la historia de la ciencia se sitúa en un campo limítrofe con la historia de las ciencias económicas.

En orden a la importancia de este tema para la historia económica, lo dividiremos en varios apartados, porque el papel de la historia de las ciencias económicas, tradicionalmente denominada como historia de las doctrinas económicas, título poco afortunado en la actualidad, es un papel de carácter particular

en el mundo de la ciencia económica actual, que no puede compararse, por ejemplo, con el de la historia del derecho en la jurisprudencia o con el de la historia técnica en las ciencias técnicas.

Verdaderamente, la historia de las doctrinas económicas, siendo una de las disciplinas históricas, es una parte integrante de las ciencias económicas con las cuales vamos a examinarla.

En cambio, el problema de la historia de la cultura material plantea serias dificultades, tanto más cuando se trata de una disciplina bastante joven y por intervenir en la definición de su cometido diferencias muy importantes.

En la práctica, la historia de la cultura material se ocupa de los problemas de la producción y el consumo en la más extensa acepción de la palabra. Pues se trata de dos clases de fenómenos muy diferentes en lo esencial, de dos extremos opuestos de la actividad económica social, pero que se prestan sin embargo, a ser investigados en el marco de un mismo complejo investigador y por los mismos especialistas, por toda una serie de razones prácticas y en particular el problema de los métodos y de la técnica investigadora.

Desde luego, no pertenecen a la historia económica ni el acto productivo, ni el de consumo en el sentido material de la palabra, ni tampoco el proceso químico que se elabora en el sistema digestivo humano. Sólo entran en ella los factores sociales que condicionan las magnitudes, las formas y la orientación tanto de la producción como del consumo. En cambio, el aspecto material relativo al proceso de producción pertenece a la historia de la cultura material.

Por el contrario, del aspecto material del proceso de consumo sólo le pertenece el sector del mismo que, en general, entra en la esfera de los fenómenos de carácter histórico. Los procesos fisiológicos tienen una índole extrahistórica, o sea que los instrumentos de nutrición de los habitantes del Estado de Miesko* funcionaban de la misma manera que los nuestros. Se trata de una cierta aproximación que, con el desarrollo de la ciencia habrá que rectificar. En cambio las exploraciones relacionadas con el aspecto material del consumo atañen a las ciencias históricas, es decir, a la historia de la cultura material si puede contestar a preguntas tales como: «¿Cuáles fueron los medios que se utilizaron para preservar del frío la casa cuyos vestigios estamos excavando y en qué medida se consiguió? ¿Cuáles pudieron ser los efectos fisiológicos de los alimentos que entraban en la nutrición del hombre de una época determinada?», etc. Pues

* Miesko I, rey de Polonia del año 960 al 992. Considerado como el fundador del Estado polaco. Su alianza con los checos y su casamiento con Dombrowa dieron origen a la evangelización de la nación polaca. (*N. del T.*)

estos fenómenos son sin duda alguna variables y como tales entran en la historia.

En Polonia se han realizado grandes progresos en la historia de la cultura material. Ya pertenecen al pasado las justas imputaciones formuladas por Rutkowski en el informe que elaboró antes de la guerra y publicado inmediatamente después de su terminación.[9] En el campo de las nuevas disciplinas de la ciencia, en los centros de investigación y las publicaciones que de ellas dependen se ha producido, si no una unificación, al menos una aproximación de las disciplinas que se ocupan de indagar la historia de la cultura material (arqueología prehistórica, arqueología histórica, etnografía) y que hasta entonces, como lo mostrara Rutkowski, habían permanecido aisladas.

En el citado trabajo,[10] este autor defiende resueltamente la tesis sobre el carácter diferente de la historia económica y de la historia de la cultura material. Los argumentos que utiliza son teóricos y prácticos. Partiendo del punto de vista de la teoría, Rutkowski llega a la división de los fenómenos culturales en tres clases: la cultura material, social y espiritual, por lo cual considera la historia de la cultura material como el primer equivalente de los mismos y como segundo la historia económica. Este concepto da lugar a muchas reservas al igual que la división en que se apoya. Bajo el punto de vista práctico —y teniendo en cuenta su practicismo Rutkowski sitúa en lugar preferente estas consideraciones— señala la diferencia en la técnica investigadora y ligada con ella la necesidad de dominar las distintas ciencias auxiliares por parte de los trabajadores de cada una de estas disciplinas (en la historia de la cultura material: las ciencias naturales y técnicas), motivación acertadísima.

Nosotros mantenemos resueltamente la tesis sobre los rasgos distintos de estas disciplinas, aunque nos inclinaríamos a reconocerle una esfera algo más extensa a la historia económica y algo más reducida a la historia de la cultura material, en relación con lo que, al parecer —pues no lo manifiesta claramente— Rutkowski afirma.

Entran incuestionablemente en el ámbito de las atribuciones de la historia económica los actos de elección de la economía, y más que los actos en sí mismos como fenómeno psicológico, los factores sociales que los determinan y hacen que se realicen de un modo manifiesto que posibilite indagar su regularidad, al someterse a la ley del gran número. Los actos de elección económica se producen en cada etapa del proceso económico, tanto en la producción como en el consumo.[11] El análisis de estas determinantes sociales entra de lleno en la esfera de la historia económica.

De esta afirmación se desprenden importantes consecuencias. Pues resulta algo así como la falta de autonomía de la historia de la cultura material, o sea que esta disciplina, dentro de su pro-

pio material y con arreglo a sus propios métodos, no puede resolver sus cuestiones fundamentales. La técnica, que teóricamente se conoce en una sociedad determinada en un período de tiempo concreto, es objeto de las definiciones de la historia de la ciencia. La técnica que se utiliza en dicha sociedad pasa a ser objeto de la historia de la cultura material. Ahora bien, tenemos el hecho de que la elección de la técnica utilizada en relación con las técnicas conocidas, la no aplicación de unas, la amplia y rápida difusión de las otras, etc., todo ello son fenómenos económicos, resultados de la elección económica, es decir, problemas que atañen al objetivo de la historia económica.

Sin embargo esta cuestión no debe inquietar a los historiadores de la cultura material, pues no existe ninguna disciplina histórica capaz de dar luz a sus propios problemas, utilizando sólo sus propios materiales y sus propios métodos. Por otra parte la dependencia entre la historia económica y la historia de la cultura material es, en este caso, bilateral. Así, por ejemplo, no puede haber solución al problema de la difusión de cualquier técnica de la producción sin un análisis previo del cálculo inversionista, el cual sólo puede ser realizado por la historia económica. Pero no hay ningún análisis económico del cálculo inversionista sin el conocimiento del correspondiente cálculo técnico (magnitud de la mano de obra, rendimiento técnico, etc.), conocimiento que ha de ser facilitado a la historia de la cultura material por la historia económica. Este caso ha de presentarse de la misma forma en otros ejemplos.

Es decir, que la distinción que aquí tratamos de establecer es una distinción teórica. En la práctica de la vida científica, han de aparecer y deben aparecer trabajos que traten de ésta o de otras cuestiones en su integridad. En el ejemplo ya citado de las inversiones, tanto desde el punto de vista técnico como en cuanto respecta al cálculo económico, la tarea no ha de ser fácil ya que ha de exigir del investigador el dominio de los diferentes procedimientos y a buen seguro que una parte del trabajo ha de corresponder a los historiadores de la cultura material, por cuanto a éstos les será más fácil dominar el método económico que no al historiador económico los métodos técnicos. Sin embargo, el camino para la investigación integral de este tipo de problemas ha de revestir en este caso como en otros muchos aspectos un carácter de trabajo colectivo.

La historia económica y la historia de los movimientos sociales

La existencia de la historia de los movimientos sociales como disciplina diferenciada se halla puesta en tela de juicio teóricamente e infunde dudas desde el punto de vista práctico ya que de ella no se ocupan las cátedras universitarias especializadas,

ni los centros investigadores o las publicaciones especiales, a pesar de que en la práctica se trata de disciplinas científicamente distintas. Una de las disciplinas que más se diferencia es la historia del movimiento obrero como parte de la historia de los movimientos sociales. Con independencia de su diferenciación cualitativa de los movimientos sociales que lo anteceden, el movimiento obrero constituye indudablemente para la historia la última de las etapas conocidas entre ese gran conjunto.

No es este el lugar para analizar el problema de saber si la historia de los movimientos sociales debe ser o no una disciplina autónoma. Pero el hecho es que en parte es distinta mientras que en su conjunto se distingue realmente no como disciplina sino como esfera de interés de numerosos investigadores. De ahí la necesidad de situarla con respecto a la historia económica.

Los movimientos sociales son actividades masivas cuya finalidad tiende sobre todo a la consecución de dos categorías de objetivos: el cambio del sistema existente en el reparto de la renta social y el cambio del vigente sistema político. Desde luego, esta es una división en abstracto. En la realidad social concreta, estos aspectos no se prestan a menudo a una partición. Esto sucede así porque el sistema político existente es la garantía del existente sistema de reparto de la renta social y que por lo tanto al aspirar a un cambio del primero se golpea al segundo y viceversa. Y sucede de ese modo incluso cuando el movimiento investigado no es consciente de esta ligazón.

De este concepto se desprende que la lucha por la transformación del sistema político, es decir, por la transformación del carácter del Estado, se halla íntimamente ligada con la historia política y la lucha por el cambio del sistema de reparto de la renta social con la historia económica.

La cuestión sería fácil y podríamos dividir estos dos grupos de problemas —tanto más cuanto que no se trata en general de una disciplina aparte— de acuerdo con ese criterio entre la historia política y la historia económica si no fuese porque esta división es abstracta y que en la práctica investigadora no sólo no podría utilizarse sino que podría ser perjudicial.

Este problema va unido a las dificultades de la diferenciación teórica de esta ciencia. Pues, ¿qué es en realidad el «movimiento social»? Si se trata de la aspiración a mantener las existentes relaciones sociales con sus cambios relativos, entonces todas las actividades humanas entran en esa definición ya que todas o bien encajan en su molde o bien lo rompen, o consolidan ese marco o bien lo debilitan con su comportamiento a favor o en contra del mismo. Así, habrían de pertenecer a la historia de los «movimientos sociales» la actividad «conservadora», o «revolucionaria», pero sólo en tanto que dichas actividades fueran bastante fuertes y muy organizadas. Y esto no puede constituir ninguna base de diferenciación.

Consideramos la historia de los movimientos sociales como una parte integrante de la historia política ya que —consciente o inconscientemente— tienden siempre bien al mantenimiento o a socavar el sistema jerárquico social existente del poder y del Estado. El separar a la historia de los movimientos sociales de la historia política sería como dejar de ella un muñón desprovisto de todo sentido, significaría como volver a las envejecidas —tanto para la ciencia marxista como para los conceptos progresistas de la ciencia burguesa— concepciones de la historia política como suma de cuestiones diplomáticas y militares.

De ser así, la relación entre la historia económica y la historia de los movimientos sociales ha de presentarse a semejanza de su relación con la historia política. La historia de los movimientos sociales ha de aprovechar los resultados de la historia económica para la comprensión de las condiciones económicas en las cuales se desarrollan dichos movimientos, los motivos económicos que los provocan y los objetivos económicos que los guían. En cambio, la historia económica ha de aprovechar los resultados obtenidos por la historia de los movimientos sociales por cuanto el movimiento social suele ser el mejor criterio de la situación económica en la cual se encuentra la clase o el grupo social nacientes y por cuanto el movimiento social y en especial si lo entendemos en su amplio sentido, es decir, no sólo como conjura, revolución y barricadas, sino bajo el aspecto de una lucha de clases que se desarrolla con mayor o menos intensidad y con diversos métodos, constituye un factor común para la conformación de cada reparto de la renta social y hasta para la magnitud de la misma.

El movimiento social como tal no representa ni un conjunto de actos de elección económica, ni una actividad económica accidental, por lo cual esta temática no pertenece en el sentido estricto de la palabra a la historia económica. Pero resulta evidente que no es posible imaginar el análisis de cualquier problema histórico-económico sin conocerla.

También en este caso ponemos de relieve que la diferenciación que acabamos de establecer no puede ni debe entenderse como una proposición encaminada a crear un marco al que habrían de sujetarse los temas de indagación o la labor científica de los diferentes investigadores. Al contrario, el interés concreto del científico, el carácter del problema, la índole del material de fuentes han de aproximarle más de una vez al tratamiento integral de tal o cual problema lo que, como lo hemos dicho reiteradamente, suele ser beneficioso para la ciencia. En este aspecto es más factible aún ya que la recíproca dominación de los métodos de investigación por parte de los especialistas de ambas ramas y en especial por la de los métodos de la historia política por los historiadores económicos no ha de presentar grandes dificultades.

La práctica de la vida científica ha llevado a la emancipación de un gran número de disciplinas, cuyos criterios de diferenciación se entrelazan a menudo de las más diversas formas. Para la historia económica lo importante es su existencia, los vínculos entre ésta y aquéllas y, en primer lugar, los beneficios que eventualmente puedan extraerse de sus conclusiones.

Siendo imposible referirnos a todas en este trabajo, centraremos nuestra atención en algunas especialmente importantes para la historia económica.

La historia económica y la historia militar

Existen varias afinidades entre la historia económica y la historia militar, una de las cuales es el problema de la producción para finalidades militares. Nos referimos a la producción del armamento, que tiene como objetivo el cubrir las necesidades del ejército (abastecimiento, uniformes, equipamiento, etc.), la construcción de las fortificaciones y de las vías de carácter militar, etc.

Cada actividad productiva tiene un carácter económico y que como tal se sujeta a los elementos de la historia económica. Por lo tanto ha de ser investigada por los historiadores económicos tanto en lo referente a sus aspectos esenciales como actividad económica como en lo que atañe a sus lados prácticos, ya que el historiador económico se halla preparado para establecer el cálculo relativo a una empresa determinada. En ciertos casos, estos temas tienen para la historia económica una importancia trascendental, bien porque la producción con fines militares —que con la mayor frecuencia tiene un carácter estatal o se desarrolla bajo el control del Estado— suele dejar tras ella ricos documentales, bien porque, como suele ocurrir en determinadas épocas, la producción de carácter militar, al tener generalmente un aspecto masivo para su tiempo y al estar consagrada a un consumidor masivo, provocará la aparición de formas nuevas, de un progreso en las formas de la técnica y en la organización social de la producción.

La producción para fines militares tiene también sus rasgos específicos. En ella se presenta, por ejemplo, de un modo muy diferente el problema del cálculo y de la rentabilidad. El historiador económico tiene la obligación de tener en cuenta estos rasgos específicos y de investigarlos.

Por otra parte existe una dependencia contraria. Ya que el objetivo de la producción militar no entra en las categorías económicas, el historiador económico no es útil utilizando sus métodos, para aclarar una serie de decisiones y de opciones de una importancia decisiva para la significación fundamental de

la magnitud y las finalidades de esta producción. Aquí, debe aprovechar los análisis realizados por el historiador militar con sus procedimientos, sumándose a ello con sus resultados los hitoriadores de la cultura material.

El segundo campo de afinidad lo constituyen los problemas ligados con los efectos económicos de las operaciones militares. La separación por la línea del frente de los territorios que con anterioridad se hallaban unidos económicamente o la ligazón de los territorios que hasta entonces vivían económicamente aislados, tiene para la historia económica una gran significación, por lo cual requiere del historiador el conocimiento de los resultados de las investigaciones de la historia militar (y en todo caso de los lugares atravesados por la línea del frente, la estabilidad o la movilidad de esta línea, etc.). Las devastaciones militares en orden a la economía, su magnitud y la duración de los efectos de estas destrucciones, tomando en consideración si estos efectos se limitaron a la destrucción de los artículos ya fabricados o si se extendieron y en qué medida a los medios de producción, pueden ser indagados por la historia económica, de cuyas consecuencias puede aprovecharse la historia militar, ya que no puede haber ninguna averiguación de los fenómenos (en este caso, de la guerra) sin conocer sus efectos y también las destrucciones de carácter económico.

El tercer sector limítrofe entre la historia económica y la historia militar es el problema ligado al potencial económico de los Estados beligerantes. En principio, corresponde a la historia económica el contestar a la pregunta y sólo ha de responder correctamente a ella si los especialistas de la historia militar se la formulan. Pues no está en las atribuciones del historiador económico el decir cuáles son los elementos de la vida económica sobre los que se asienta esa parte del potencial económico que en una época determinada tiene una significación para los fines militares, ya que se trata de un fenómeno que suele sufrir considerables cambios en el tiempo.

Por último, existe otro campo limítrofe entre ambas disciplinas y es la problemática relativa al influjo de los factores económicos en la proclamación y la terminación de las guerras y en el curso de las operaciones militares.

El interés económico de los medios determinados de un país cualquiera en conquistar un territorio han sido más de una vez el origen de las contiendas y como tales deben interesar a la historia militar, aun cuando el problema en sí sea un problema económico y como tal deba ser indagado por la historia económica. Así, tenemos que el agotamiento de las reservas económicas de un Estado beligerante suele ser la causa de su capitulación. En las actividades militares concretas, en los planos estratégicos, han desempeñado un importante papel en todas las épocas las consideraciones de tipo económico. El deseo de conquistar

una base de aprovisionamiento para los ejércitos, de pastizales para la caballería, de una cuenca industrial para la producción del armamento, han sido un factor casi y a veces decisivo para la elaboración de los planes estratégicos, realizados con mucha frecuencia a costa de enormes sacrificios.

De todo cuanto hemos dicho llegamos a la conclusión de que, en la mayoría de los casos, la historia militar ha de utilizar los resultados de la historia económica y, si ello fuera posible, la historia económica debe conocer la problemática de la historia militar.

La historia económica y la historia de las Iglesias

La historia de cada una de las Iglesias debe sujetarse a la historia de una organización social en su conjunto (doctrina y práctica ideológica, organización, actividad normativa y esfera de su influencia, relaciones con las demás organizaciones sociales empezando por el Estado para finalizar con la base económica).

Así concebida, la historia de las Iglesias exigiría de quienes la elaboran el conocimiento total de unas técnicas investigadoras tan heterogéneas que en la práctica sólo es posible para una labor colectiva.

Entre la historia de cada una de las Iglesias concebida y la historia económica, se perfilan al menos dos campos limítrofes:

a) la actividad normativa de una Iglesia determinada en relación con los fenómenos económicos, y

b) la base material de la Iglesia.

En aquellos aspectos en que la doctrina de la Iglesia no crea en la práctica ninguna norma social no nos interesa, pero en cuanto a la teoría religiosa de los fenómenos económicos hemos de ocuparnos más adelante de ella al tratar de las relaciones de la historia económica y de la historia de las doctrinas económicas.

En cambio, su actividad normativa o sea la elaboración y la difusión de las normas del comportamiento social, concebidas bajo una forma jurídica o no, se enmarca en el concepto de la historia del derecho según la concepción que proponíamos. De ser aceptada esta idea, la relación entre la historia económica y este aspecto de la historia de la Iglesia ha de ser parecida a la relación de aquélla con la historia del derecho. Nos hemos de interesar por el contenido de las reglas de las actividades económicas así como a su difusión y su influencia. Para la indagación de estos fenómenos, es imprescindible la cooperación de los especialistas de ambas disciplinas.

El historiador económico debe facilitar los materiales para la comprensión de las causas que están en el origen de tal o cual norma, de sus rasgos sociales y de su significación práctica. Asimismo, debe ayudar al historiador religioso en la exploración

de la difusión de las reglas ya que el material que él elabora debe permitir enterarse si una norma determinada era obligatoria en la práctica.

Otro de los aspectos es la base material de la Iglesia. Aquí, son posibles dos variantes: o bien la Iglesia basa su existencia en las ofrendas materiales de los fieles (bienes naturales o dinero), o bien dispone además de eso de sus propias empresas económicas o de producción.

En el primer caso nos hallamos frente a una acción de gravamen de la población, es decir, con una manifestación de lo que pudiéramos llamar un segundo reparto de la renta social. El historiador religioso debe indagar las aportaciones de la población a favor de la Iglesia. Pero de hecho la comprensión de este fenómeno sólo es posible con la introducción en la totalidad de la problemática de la magnitud y de la distribución de la renta social entre las distintas clases sociales, a través de la investigación de lo que representan con respecto a las demás categorías de su reparto, lo que constituye una problemática fundamental para la historia económica.

En el caso de que las Iglesias posean sus propias empresas económicas, éstas pertenecen, como cada empresa económica, plenamente a la historia económica ya que ésta es la única que posee los instrumentos adecuados para la indagación de las mismas. Desde luego, dichas empresas pueden tener y tienen sus derechos. Ha de interesarnos el contenido de las normas relativas a la actividad económica sólo en los resultados de la investigación de la historia de las Iglesias. Después, los resultados del análisis económico de tales empresas (ya sean los bienes de la Iglesia, o los del Banco del Espíritu Santo) han de ser aprovechados por la historia de las Iglesias.

La historia económica y la historia de los judíos

Contrariamente a los puntos anteriores, nos encontramos aquí no sólo con un problema teórico sino con un problema práctico resultante de la ciencia histórica de una serie de países, en especial de la Europa Central.

La historia de los judíos, a semejanza de la de cada grupo nacional, y más aún de los grupos nacionales que a través de los siglos gozaron de una organización, constituye un objeto justificado de interés y de especialización. En este caso la justificación es tanto mayor ya que la labor científica en este terreno requiere el conocimiento de ciertos conceptos auxiliares, como son el de las doctrinas religiosas y las normas obligatorias en un medio determinado, el del idioma y de la paleografía, la cronología, etc.

En el caso de una especialización de la historia de cualquier grupo nacional, las cuestiones económicas han de ocupar un lugar preeminente. Esto se manifiesta de manera especial en el

caso de la historia de los judíos como consecuencia de causas históricas definidas.

Teniendo en cuenta la necesidad a la cual ya nos hemos referido del conocimiento de ciertas disciplinas auxiliares por parte del que desee ocuparse de la historia de los judíos, en la práctica ésta no deja de ser, en mayor medida que las otras disciplinas de la ciencia histórica, un tema para las indagaciones emprendidas sólo por sus especialistas, los cuales, como consecuencia de estas mismas causas, ya no se especializan en ella de un modo real sino más bien cronológico, dedicándose a la historia de los judíos en su conjunto bajo diversos aspectos.

A pesar de que la historia de los judíos constituye en efecto una parte integrante de la historia económica en general, en la práctica es un tema especializado para los grupos de investigadores y con mucha frecuencia olvidado por los demás historiadores económicos. Aun cuando este hecho se halla justificado por motivaciones de carácter técnico, no deja de suscitar efectos perjudiciales para las posibilidades de una síntesis de la historia económica del país así como para las posibilidades de análisis de más de un problema económico general y particular. En Polonia, los judíos, incluso en las épocas en que vivían en los más cerrados *ghettos*, nunca estuvieron en el aislamiento económico, como lo prueba su unilateralidad profesional, variable en el tiempo pero que en cada época se perfila con nitidez. Referente a la vida económica de un territorio cualquiera (y en las épocas ulteriores de un Estado) es un conjunto vinculado interiormente, el desconocimiento de uno de los eslabones del cual constituye algo en extremo perjudicial. Además, repetimos, es frecuente que el investigador que se consagra a la historia de los judíos casi nunca se especializa en ella; por lo tanto, al no operar en la mayoría de los casos con los instrumentos adecuados para el análisis histórico-económico, presenta dificultades el aprovechar sus resultados obtenidos.

Con independencia de las cuestiones que aquí se han abordado, en la historia de los judíos como comunidad exiliada, intervienen esos mismos campos limítrofes de la historia económica, que ya hemos reseñado antes al hablar de la historia de las Iglesias.

La historia económica y la historia de las diferentes disciplinas del arte

La historia de cada disciplina artística se sujeta de alguna manera a la problemática de la historia económica; necesita ser ayudada por ésta al mismo tiempo que la puede ayudar.

La historia de la literatura es afín a la historia económica en dos campos de intereses: a través de la interpretación de la obra literaria en su calidad de fuente de una época y a través de las cuestiones de la divulgación de la literatura (impresión,

comercio de libros, base material de las publicaciones literarias).

No sabemos en qué grado las adquisiciones de la historia económica puedan servir a la interpretación de la obra literaria, tanto más cuanto que las numerosas vulgarizaciones de la época anterior provocaron en algunos historiadores de la literatura y en especial en los lectores de las obras histórico-literarias una gran desconfianza. Sin embargo, la existencia misma de esa utilidad es incuestionable y sólo puede discutirse su alcance que depende del tipo de la obra literaria investigada. Desde el esclarecimiento de unos pormenores a veces insignificantes hasta la solución fundamental del conflicto de la obra en ciertos casos y en algunas categorías de obras literarias, la historia económica en mayor grado que otras ramas de la historia, puede ayudar a la historia de la literatura.

En este aspecto existe una dependencia por ambas partes. La obra literaria en tanto que fuente histórica es un testimonio de los problemas de su época. A veces, da una imagen de los conflictos sociales de su tiempo, otras refleja con nitidez los conflictos económicos, esclareciendo la situación económica de los diferentes grupos sociales, la plataforma de sus luchas internas, etc. de un modo a veces irreemplazable. Sin embargo, el carácter específico de la obra literaria, el camino que, partiendo de la observación, conduce a la ficción literaria, los métodos que permiten separar en la obra los elementos reales de los elementos convencionales, todo ello son problemas pertenecientes a la historia de la literatura, sin cuya ayuda el historiador económico o bien no podrá aprovechar esta preciosa cátegoría de fuentes o bien lo hará de un modo ingenuo.

El segundo punto de confluencia son los problemas económicos que se hallan vinculados a la difusión de la literatura. Las cuestiones que entran en juego (la edición, el comercio de los libros, la base material de las publicaciones literarias) constituyen un campo para la historia económica, de cuyos resultados ha de beneficiarse la historia de la literatura. Por otra parte, las necesidades de la historia literaria deben centrar la atención de los historiadores económicos en estos problemas. Para determinadas épocas, debido a la buena conservación de los archivos, no es posible ni necesario investigar todas las empresas de la base documental existente; se indagan los casos típicos y aquellas empresas que tengan un interés especial y que el historiador económico tiene la obligación de contar para las necesidades de la historia literaria.

La historia económica siempre tiene alguna ligazón con la historia de cada una de las disciplinas del arte, como con la de la música a través de la industria de los instrumentos musicales, con la de la pintura por la cuestión de los cuadros como objetos de especulación y de atesoramiento. Sin embargo, los lazos más importantes son los que existen entre la historia económica, por

una parte, y la historia de la arquitectura, de la urbanística y de la artesanía artística, por otra parte.

La historia de la arquitectura y de la construcción de las ciudades y poblados, siendo la historia de una determinada disciplina del arte es también la historia de una rama de la producción, que la historia económica no puede olvidar en sus investigaciones, ya que tiene la obligación de verificar en ella la organización social, la financiación, la rentabilidad de la producción, etc. Con los métodos disponibles, de cuyos resultados puede beneficiarse la historia de la arquitectura y de la urbanística. Por otra parte, sin embargo, la historia económica, utilizando sus métodos no estará en condiciones de investigar todos esos problemas.

Por regla general, sin la ayuda de los especialistas, el historiador económico no estará en condiciones de comprender la función social, los valores sociales y las faltas de la obra arquitectónica o urbanística, ya que según el criterio artístico pueden no interesarle.

La construcción ha sido siempre y continúa siendo —y apenas si nos encontramos ante un viraje en este aspecto— una producción excepcionalmente laboriosa, por lo que merece un interés especial del historiador económico. El papel de las grandes inversiones de la construcción para el conjunto de la situación en un mercado determinado (la teoría keynesiana del «coeficiente» no se refiere a las épocas antiguas, pero hace reflexionar en relación con toda la economía de mercado) debe interesar a los historiadores económicos. Por último, las inversiones en la construcción son costosas y ayudan a la libre circulación del capital. Todos estos problemas atestiguan que han de ser asuntos de especial interés para la historia económica y que sólo pueden ser resueltos con la colaboración con los historiadores de la arquitectura y de la urbanística que son las que han de beneficiarse de estas investigaciones, ya que ambas han de saber qué esfuerzo económico representó y qué efectos económicos tuvo, por ejemplo, la construcción de las gigantescas catedrales góticas en una localidad relativamente pequeña o la asombrosa «coyuntura constructora» en la Polonia de Casimiro el Grande.

La historia de la artesanía artística y de las manufacturas artísticas (y sólo entran en juego estas dos formas de organización ya que la producción en este campo sólo puede existir a través de su proceso manual, por lo que no hay «fábricas artísticas») constituye una parte de la historia de la artesanía y de la historia de las manufacturas, y como tal pertenece a la historia económica. Por ser una parte de la historia de las empresas, es imprescindible para su análisis el método económico del cual no suelen disponer los historiadores del arte. Sin embargo, su interés por estas ramas de la producción ha proporcionado la aparición de una serie de trabajos de utilidad para

el historiador económico. Pero en principio, esta parte analítica debe ser aprovechada por el historiador económico ya que de no ser así y dadas las imperfecciones de las categorías de los análisis económicos, los resultados podrían ser difíciles de aprovechar científicamente y el trabajo habría de repetirse. Por otra parte, el historiador económico debe beneficiarse de la ayuda del historiador del arte, sin la cual sería difícil establecer tales cuestiones como el carácter de los productos, su nivel suntuario en su época, las clases sociales que los adquirían y a veces incluso, el esfuerzo y los costos de la producción de los mismos, etc. Sin la ayuda del historiador del arte, le sería difícil al historiador económico hacer uso de esa fuente tan importante para la historia de esa rama de la producción como son los objetos que se han conservado hasta el presente y cuyo análisis e identificación requieren unos métodos totalmente diferentes.

La historia económica y el problema de la historia «integral»

Respecto a esta cuestión se han acumulado numerosos malentendidos. Los historiadores siempre han visto con desagrado la aparición y el desarrollo de la nueva especialidad histórica, la historia económica. Más de una vez era desaprobada por quienes soportaban perfectamente las disciplinas autónomas como son la historia del derecho o la historia militar. Son muchas las razones que a ello contribuyeron y no fueron de las menores las de carácter ideológico. Los investigadores que se ocupaban de los fenómenos de la base económica eran sospechosos —y aún lo son— de buscar en los fenómenos por ellos indagados la determinación de todo el discurso de la historia y en primer lugar los fenómenos políticos e ideológicos. En fin, eran sospechosos, a menudo sin razón, de apoyarse consciente o inconscientemente en el materialismo histórico.

Por otra parte, al ocuparse de la historia de las masas populares los investigadores mostraban los aspectos «vergonzosos» de la historia, revelaban la miseria existente, la opresión y la explotación.

En cambio, la parte contraria, marxista, cuyos méritos en el desarrollo de las investigaciones histórico-económicas fueron tan grandes, se sumó en la época de los errores y las desviaciones a la tendencia hostil a toda especialización de las ciencias sociales. Todo el mundo se interesaba por la historia económica —junto con los historiadores de la literatura— pero nadie en realidad se ocupaba de ella. Sus partidarios eran acusados de «materialismo mecanicista», de «economía vulgar» y de no valorar «los factores subjetivos» en la historia.

Los historiadores y los marxistas más tradicionales y dogmáticos se unieron en esta hostilidad hacia la historia económica.

Su lema de combate, «historia integral», se puso de moda en Occidente.

Pero es preciso aclarar una serie de dudas en esta polémica. El lema de la «integración» de las investigaciones sociales es un lema positivo. Expresa la comprensión de la complicación multilateral de los fenómenos sociales, la complejidad de su recíproca influencia, la interdependencia funcional de todos los aspectos de la vida social. Este postulado lo encontramos no sólo en las ciencias históricas sino en muchas otras disciplinas y en primer lugar en la etnología. Pero se plantea el problema de cómo entender este lema y cómo cumplir este postulado, lo cual no ha de conseguirse con la negación de la especialización científica sino a través del mejor aprovechamiento de ésta. Las diferentes disciplinas científicas disponen en la actualidad de una gama tan rica, tan compleja y variada de métodos, que hace difícil esclarecer por igual los aspectos económicos, jurídicos, sociológicos, militares, etc. Estos procedimientos constituyen la gran conquista de la ciencia. Es imposible renunciar a su utilización y una obligación contribuir a su desarrollo y perfeccionamiento, en especial con su aplicación a los materiales extraídos de otras sociedades, y por lo tanto a los materiales históricos.

El camino hacia la «historia integral» no es la anulación de las disciplinas especializadas, sino la consolidación de las mismas. Como quiera que el más genial de los investigadores no es capaz de dominar a la vez todos los modernos y complejos métodos de indagación en todas las especialidades, sólo podremos acercarnos a la «historia integral» por medio de una labor colectiva.

La especialización positiva ha de decidir la pregunta que el investigador se plantea a sí mismo.

Si la pregunta tiene un carácter económico, la respuesta concierne al historiador económico y en tal caso ha de conseguirse con el aprovechamiento de todos los métodos suministrados por la ciencia económica. Pero tratándose de los fenómenos de tipo económico a veces influyen mucho los fenómenos de otras esferas de la actividad social que han de ser tenidos en cuenta por el historiador económico. En este sentido, toda una serie de obras célebres de la influencia del protestantismo en la génesis del capitalismo (Weber, Tröltsch, Tawney y otros) pertenecen a la historia económica, ya que tiene un carácter económico el problema al cual tratan de responder estos autores, aun cuando se ocupan directamente de analizar las fuentes de la historia de la religión.[12]

Si por el contrario, como suele ocurrir, el historiador económico se da cuenta que en el fenómeno económico por él estudiado influyen unos procesos que no puede investigar personalmente, en este caso ha de apoyarse por una parte en las inda-

gaciones realizadas en ese momento por las disciplinas afines y, por otra parte, y esto es lo más importante, ha de hacer a las mismas las preguntas y las hipótesis, que serán contestadas por el desarrollo de dichas disciplinas.[12a]

No es posible luchar contra la estricta especialización con procedimientos que ponen en peligro los beneficios obtenidos gracias a la especialización.

III. El objeto de la historia económica (2): La historia económica y las disciplinas económicas

LA HISTORIA ECONÓMICA Y LA HISTORIA DE LAS DOCTRINAS ECONÓMICAS

La historia de las doctrinas económicas es una disciplina tan vieja como la propia economía. Su objetivo en las ciencias económicas no puede compararse con el de la historia de las demás ciencias relativas a otras ramas de la actividad social (historia del derecho dentro de las ciencias jurídicas, historia de la técnica en el marco de las ciencias técnicas o de la historia de la arquitectura o de la ciencia de la construcción). Este hecho se halla vinculado con el anhistoricismo específico de la mayoría de las doctrinas económicas, con el carácter absoluto que les suelen dar a sus resultados.

Cuando los historiadores del derecho investigaban las antiguas normas jurídicas, con mucha frecuencia verificaban una realidad pretérita donde sólo podían descubrir modelos. En economía las cosas eran distintas. Aquí los investigadores utilizaban las afirmaciones de sus predecesores, desde Aristóteles, como un tesoro de comprobaciones reales o erróneas sobre todos los problemas económicos. De ahí la solidez y duración de los lazos en la historia de la ciencia económica, y que se sigan manifestando —lo cual es sorprendente hasta en la ciencia marxista— la anulación de los límites entre la historia de las doctrinas económicas y la teoría económica.

La historia de las doctrinas económicas ocupa desde antiguo un lugar merecido entre las ciencias humanísticas en general y entre las ciencias económicas en particular, y también desde hace tiempo un sitio destacado en el sistema de enseñanza universitaria en numerosos países en los programas de estudios económicos o de derecho.

La primera mitad del siglo XX fue el escenario de una cierta reacción contra tal situación.

El positivismo se ocupó sin interés de la investigación de las «doctrinas», prefiriendo la indagación de los «hechos». Esta fue por ejemplo la actitud de Sismondi[13] a pesar de que personalmente enseñó durante cierto tiempo la historia de las doctrinas económicas.[14] Rutkowski manifestaba también su escepticismo en cuanto al valor de esa categoría de documentos como fuente histórica.

Los historiadores de las doctrinas comenzaron a sentir la

necesidad de confrontar sus resultados con los resultados de las investigaciones sobre la realidad económica del pasado. Empezaron a perfilarse las tendencias a la integración de estas dos ramas del saber.[15]

Es evidente que la mala voluntad positivista con respecto a la investigación de las «doctrinas» en lugar de los «hechos» adolecía de ingenuidad. Pues son asimismo doctrinas los hechos sociales investigados. Lo cual quiere decir que no han de ser estudiados como el descubrimiento gradual de las eternas regularidades sino en tanto que manifestación de las condiciones sociales de las cuales surgen y factor que a su vez influye sobre esas condiciones. Por eso el nexo entre la historia de las doctrinas económicas y la historia económica es más estrecho que entre la llamada teoría económica en el sentido clásico de esta acepción[16] (quizás esta teoría económica será conceptuada, pero aún distamos mucho de ello, más extensamente como teoría de la economía en general y no como teoría de la economía contemporánea).

Si la historia de las doctrinas económicas ha de cumplir con su tarea, si ha de considerarse de una forma no anhistórica, necesitará interesarse no sólo por las «doctrinas», es decir, por un sistema de conceptos sobre los problemas económicos que en su tiempo constituían un conjunto lógica y sistemáticamente vinculado, sino por los conceptos económicos de cada época en general, las opiniones económicas de los diferentes grupos y clases sociales, la opinión pública, los prejuicios, etc.[17] De lo cual se concluye que la mejor denominación para esta disciplina sería la de «historia del pensamiento económico» y mejor aún, la de «historia de los conceptos económicos».[18]

El vínculo entre la así conceptuada historia del pensamiento económico y la historia económica concierne a toda la esfera de ambas disciplinas. Para las dos puede ser igualmente fructífero, ya que constituye para la historia del pensamiento económico una garantía contra las tendencias anhistóricas, mientras que la historia económica representa una reserva inconmensurable —en contra del escepticismo de Rutkowski— de preciosas fuentes históricas, cuya utilización precisa no obstante de unos métodos especiales y no puede realizarse a través de la citación mecánica de los autores.

El camino que lleva desde las condiciones socio-económicas al nacimiento de los conceptos sociales de la economía o las doctrinas económicas, es un camino complicado y el historiador económico que utilizase las fuentes de esta categoría sin la aplicación de métodos especiales podría caer fácilmente en la ingenuidad o la vulgaridad.

Contra esta comprensión de los vínculos existentes entre la historia económica y la historia de las doctrinas económicas se han manifestado y siguen haciéndolo sus adversarios, argumen-

tándose que la historia de la economía política como ciencia no puede ser tratada en el campo del desarrollo histórico de la base económica de los diferentes países. Se alega que se trata de un descubrimiento gradual de la verdad y de la lucha por ella a escala internacional, por lo cual la creación nacional es algo secundario ya que la ciencia de algunos Estados está fecundada por los varios descubrimientos realizados en los demás y viceversa.[19]

En este sentido y mirando las cosas gráficamente, la historia de las doctrinas económicas podría entrar hasta cierto punto en la historia económica universal, pero no podría enmarcarse en cambio en la historia económica de ningún país. Desligada del conjunto de la historia del desarrollo de una ciencia determinada, la historia de las doctrinas económicas inglesas, francesas, alemanas o polacas es incomprensible y por lo tanto no puede ser objeto de investigaciones independientes. La historia de la ciencia sólo debe ser internacional como es internacional la ciencia.

Esta postura no puede sostenerse a pesar de los principios atractivos en que se basa. Procede a pesar de todo de las realizaciones sociológicas de las ciencias humanísticas en los últimos cincuenta años. Reconoce la importancia del medio ambiente en la aparición de las teorías humanísticas y en la transformación de las hipótesis adoptadas en otros ambientes. No se puede negar que la aparición de la fisiocracia es un fenómeno francés, y que la aparición de la economía clásica es un fenómeno inglés, ya que sólo es posible comprender el surgimiento de esas teorías en esos lugares y en una determinada época, ya que dichas teorías reflejan los procesos sociales y económicos que en ellos se producían.

La historia económica de estos dos países sería incompleta sin el alumbramiento de esas hipótesis y el análisis tanto de las fuerzas sociales a las cuales les era necesaria como de los testimonios de la realidad económica que con tanta abundancia nos suministran los escritos de sus autores.

Por otra parte, el examen de la historia sólo de las doctrinas conduciría a la estéril teoría de la espontaneidad intelectual si no tuviésemos en cuenta el medio en que nacieron. El hecho es tanto más claro cuando analizamos las influencias internacionales a las que se refieren los partidarios de esta postura que aquí criticamos en tanto que argumento a su favor. Precisamente son las influencias internacionales las que nos convencen de la importancia que un ambiente socio-económico concreto tiene en la conformación de las doctrinas económicas. Pues el mercantilismo alemán y el fisiocratismo polaco son diferentes en absoluto del mercantilismo y del fisiocratismo que dieron su nombre a estos principios. La recepción cultural no es un fenómeno pasivo, sino una forma de la creación cultural.

Tendría unas consecuencias muy peligrosas el hecho de que al indagar los problemas de la historia del pensamiento económico nos olvidásemos del carácter internacional de la ciencia. Pero si desligáramos las doctrinas investigadas del medio en las cuales aparecieron, nos imposibilitaría la observación tanto de las causas de su nacimiento como de su funcionamiento social, de la misma manera que una planta arrancada de la tierra sólo se presta a ser secada en el herbario.[20]

LA HISTORIA ECONÓMICA Y LA TEORIA DE LA ECONOMIA POLITICA

Presenta las mayores dificultades la delimitación del objetivo y de las tareas de la historia económica con respecto al objetivo y las tareas de las teorías de la economía política.

Su mayor impedimento radica no sólo de la diversidad de los conceptos sobre el objetivo y las tareas de esta última disciplina,[21] sino también del hecho de que si desechamos (y ello es preciso) el concepto de la ciencia histórica como ciencia que no formula ni debe formular principios generales, y al mismo tiempo si rechazamos necesariamente el concepto de la economía como ciencia que se ocupa exclusivamente de las regularidades extrahistóricas, en ese caso empiezan los límites entre ambas disciplinas.

El concepto de la historia económica como ciencia del pasado y de la economía política como ciencia sobre el presente no resiste la crítica.[22]

La idea de la historia como ciencia de lo concreto, de la realización de las leyes en los acontecimientos históricos concretos y el concepto de la economía como ciencia formuladora de leyes tampoco se puede sostener, ya que la economía puede formularlas —sino «solamente», cuando menos «prevalentemente»— apoyándose en la investigación de los acontecimientos concretos,[23] mientras que la historia no renuncia a la formulación de principios generales.

El problema sería algo más sencillo si reconociéramos que la economía formula dos tipos de leyes: generales, extrahistóricas, no sociales e histórico-concretas, que se refieren a determinadas condiciones sociales.

Esta idea sostuvo antaño W. Wieser[24] y después Lange.[25] Entonces, al menos una, como es la parte general de la ciencia económica, se desligaría claramente de la historia económica con sólo sus resultados —categorías generales y métodos. Engels tenía razón al afirmar que «quien quisiera arrastrar la Tierra Ardiente de la economía política a la misma ley que la economía de la Inglaterra contemporánea, no engendraría nada que no

fuesen los más banales tópicos».[26] Pero desde entonces han aparecido un gran número de experiencias en la vida económica y se ha producido un gran progreso en las adquisiciones de la ciencia en el campo de los hechos y de los métodos de investigación de los más diversos problemas económicos. Así que, de acuerdo con la tesis de Engels, las cuestiones comunes sólo podrían ser de hecho las más generales.

Pero ciertas categorías e incluso determinados métodos, muy poco numerosos, tienen una aplicación más amplia que una formación económica. De no ser así sería imposible realizar ninguna comparación entre los sistemas aunque el mismo marxismo realiza muchas veces tales comparaciones al afirmar, por ejemplo, que las consecutivas formaciones socio-económicas se diferencian entre sí por la creciente productividad del trabajo o que la economía socialista tiene más importancia que la economía capitalista.[27]

En relación con esta parte de la ciencia económico-política la cual abarcaría mucho más que una sola formación socio-económica, la delimitación entre ella y la historia económica resultaría bastante fácil y provechosa para ambas.

No puede extrañarse que incluso los partidarios de esta teoría reconozcan que en su enorme mayoría las afirmaciones de la economía política tienen un carácter histórico.[28]

Sin embargo y siempre y cuando no razonemos en abstracto, debemos recordar que existen diferencias trascendentales en el modo de conformación histórica de la formación científica del historiador y del economista, una diferencia enorme en los materiales sobre los cuales están en condiciones de trabajar, en los métodos, en relación con las fuentes, en el dominio de las técnicas auxiliares, etc.

En los últimos años estas diferencias comenzaron a desaparecer en la ciencia mundial, pero esto sucede de una manera más bien unilateral, es decir, a través de un mejor conocimiento de la teoría y de los métodos económicos por parte de los historiadores, mientras que la formación media del economista lo inhabilita para un trabajo autónomo con respecto al material histórico.[29]

El hecho de que los historiadores económicos dominen la teoría y los métodos económicos hace que los resultados de su labor sean más asequibles e interesantes para los economistas, permitiendo a los historiadores el aprovechamiento del arsenal de los métodos de análisis económicos que cada vez se enriquecen más.

Por otra parte, el economista de tipo medio no está preparado para la búsqueda de los materiales de fuente en general y de modo particular en lo que concierne a las épocas antiguas, ya que su sistema de formación no le permite recogerlos. Estos materiales los seleccionan para ellos las oficinas de estadística,

los órganos de control de la economía estatal, social y privada, los sociólogos que llevan a cabo investigaciones regionales, etc. La tarea es tanto más asequible al economista en cuanto ha de ocuparse de períodos más remotos, ya que la misma obtención de los materiales históricos relativos a las épocas antiguas requiere una preparación técnica especial.

En realidad, y muy a menudo, en los diferentes países la historia económica de la Antigüedad y de la Edad Media la elaboran los historiadores y las Facultades históricas, mientras que la historia económica del capitalismo se escribe en las Facultades económicas y a veces por los mismos economistas. Esto se halla fundamentado desde el punto de vista práctico por cuanto en relación con los tiempos antiguos la técnica heurística y la hermenéutica es excepcionalmente difícil y especial, común a las demás ramas de las ciencias históricas que investigan esa misma época mientras que la escasez de materiales y la relativa simplicidad de la realidad económica indagada permite obtener una labor científica fructífera aún en el caso de dominarse sólo los elementos de la teoría económica. Respecto a la exploración sobre el capitalismo, sucede a la inversa.

El objeto de la economía «consiste en descubrir las regularidades que se manifiestan en la explotación económica de los medios limitados en la sociedad»,[30] para poder asentar en estas reglas las previsiones e influenciarlas.

Con esta concepción, el objetivo de la economía abarca a la totalidad asequible del conocimiento de la historia de la humanidad. Pues hace mucho tiempo que la etnología ridiculizaba a los etnógrafos divulgadores y los antiguos manuales que escribían de las poblaciones primitivas que «todo lo tenían en abundancia».[31] La explotación económica de una cantidad limitada de bienes, el hecho de que las necesidades sean mayores que las posibilidades, todo ello ha de considerarse como un fenómeno tan viejo como la sociedad humana.

La economía irracional de los pueblos primitivos con demasiada frecuencia es o bien racional para una etapa determinada del desarrollo de las autoridades del pensamiento o bien incomprensible para nuestra adaptación a las condiciones de existencia naturales y sociales, pero nunca un caos, ya que jamás ha sucedido que los diferentes miembros de la sociedad se hayan guiado individualmente por criterios del valor totalmente diferentes. Pues en cada sociedad se manifiesta cierta regularidad en las actividades económicas humanas y sociales y en cada una de ellas es posible descubrir esas regularidades y por lo tanto es posible la teoría económica de tal sociedad.

Los factores que deciden de las regularidades que se manifiestan en la vida de una sociedad determinada tienen un carácter social y son por lo tanto instituciones sociales. De ahí su inconmensurable heterogeneidad. Estas instituciones creadas por

una sociedad determinada perduran cumpliendo en una cierta medida sus funciones plenamente y sin embargo con inercia para debilitarse o desaparecer, transformarse, cambiar sus funciones o dejar puesto a otras, frente a las nuevas fuerzas sociales o a las diferentes condiciones en las cuales vive una determinada sociedad. En este sentido cada actividad económica del hombre dentro de la sociedad es un fenómeno sociológico complejo, es una supeditación o una substracción al ámbito de las instituciones sociales existentes. Por eso tiene razón Goodfellow cuando escribe que «la economía no es la ciencia de cualquier clase de actividades humanas, sino la de un aspecto de todas las actividades humanas»,[32] lo que a menudo los economistas, y también con frecuencia los historiadores económicos, olvidan, así como que el análisis de las actividades económicas humanas con su contexto sociológico no es «una ofrenda de la naturaleza», sino una abstracción científica con todos sus valores y también con todos sus peligros contra los cuales hay que reaccionar.

Por ello, si la economía es la ciencia de las regularidades que se manifiestan en las actividades económicas de los sociedades humanas y de los métodos para la indagación de las mismas, es natural que los objetivos de la economía y de la historia económica son idénticos.

El problema de la relación entre la historia económica y la teoría de la economía ha sido ya objeto de discusiones científicas desde el momento mismo en que la historia económica empezó a independizarse, polémicas con la aparición de las grandes teorías y las obras afines a ambas ciencias y en especial cuando los economistas partieron de las generalizaciones rechazadas por los historiadores Bücher, Sombart,[33] Weber y otros.

En el año 1929, después de las críticas de su *Hochkapitalismus*,[34] Sombart formula en un importante artículo[35] la tesis tan real según la cual cada historiador se sirve en su trabajo de alguna teoría social si no de modo consciente sí extraída de los conocimientos normales y cotidianos de su sociedad, que «sin teoría no hay historia», y que la posibilidad de su aprovechamiento científico, etc., depende de la categoría de los conceptos teóricos que se encierran en el material recogido por el historiador, tesis que defienden las numerosas afirmaciones ulteriores de importantes investigadores.

En la actualidad, ningún investigador serio puede defender ya la postura atacada en su tiempo por los adversarios de Sombart. Power se suma a su proclama: «*No theory no history*.»[36] Ashton afirma que la selección y la reunión de los hechos, momento de «mayor importancia» en la labor del historiador, deben efectuarse con ayuda de los instrumentos facilitados por la teoría económica.[37] Podríamos multiplicar los ejemplos.[38] Pero el hecho de que estos científicos (y hemos extraído los ejemplos de las conferencias inaugurales en las cuales ellos exponían las bases

de su postura metodológica) deben asegurar esta tesis prueba que el problema sigue siendo actual.

Mientras que es posible reconocer que la comprensión de la importancia de la teoría económica para la historia económica es general entre los especialistas más destacados, no se puede decir lo mismo de la comprensión del significado de la historia económica para la teoría económica en las filas de los economistas. Quizá sea una excepción Schumpeter, pues la digresión histórica de Keynes hay que considerarla más bien como un deseo de vivificar un curso a base de ornamentos deslumbrantes. Podríamos referirnos aún a unos cuantos científicos contemporáneos[39] que en sus exploraciones históricas demuestran no tanto su comprensión de la heterogeneidad que se manifiesta en las regularidades de la vida económica como, por el contrario, su búsqueda de la continuidad, su afán por verificar cuán remotamente puede confirmarse la regularidad establecida en sus investigaciones.

El problema se presenta de modo diferente en la ciencia marxista. En ella se postula el programa del más estrecho nexo entre la economía política y la historia económica. La realización práctica de estos postulados ha conducido a unos resultados sumamente inquietantes. La teoría económica dejaba de ser una teoría sin ser tampoco historia.[40] Por el contrario, se ponía en tela de juicio el derecho a la autonomía de la historia económica ya que teniendo en cuenta que la economía es una ciencia histórica, ésta debía «satisfacer» y en razón de que la historia general debía absorber a la historia económica como una de sus partes fundamentales. Los resultados fueron desoladores para las tres disciplinas: economía, historia económica, historia.

La situación fue en los últimos años tanto más peligrosa cuanto que la definición de Stalin del objetivo y las tareas de la historia —la historia en general— y la economía se yuxtaponían.[41] El dictador la definió así: «La historia del desarrollo de la sociedad es sobre todo [¡sólo «sobre todo», así pues no «exclusivamente»! W. Kula] la historia del desarrollo de la producción, la historia de los modos de producción, los cuales van transformándose en el curso de los siglos, la historia del crecimiento de las fuerzas productivas y de las relaciones humanas de producción.»[42]

Por el contrario, Stalin definía a la economía política como la ciencia «que investiga las leyes de la producción social y el reparto de los bienes materiales en las diferentes etapas de la existencia de la sociedad humana».[43]

Del conjunto del contexto resulta que el zar comunista entendía con ello la investigación del «desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones humanas de producción».

De esta manera el objetivo y las tareas de la historia y de la economía llegan a yuxtaponerse. Esto nos lleva a declarar que

las palabras «sobre todo» utilizadas por Stalin en su definición de la historia, significan que el cometido de ésta es algo más extenso y que, por lo tanto, la economía no se identifica con la historia sino que forma parte de ella, por lo que es difícil la colocación de la historia económica.

El hecho de que este político haya definido dos ciencias distintas de idéntica manera no es casual sino que expresa la profundidad del proceso que se está produciendo en las ciencias sociales, y que puede conceptuarse en tres puntos:

a) proceso de integración,

b) «historificación» de los conocimientos sobre la sociedad,

c) valoración del papel de las transformaciones de la base para la totalidad de la vida social en todas sus manifestaciones.

Al ser así, el proceso de integración se manifiesta entre otras cosas —y acaso sobre todo— en el hecho de que la economía adopta el método histórico mientras que la historia utiliza la problemática económica no sólo como una de sus partes sino como un elemento excepcionalmente trascendental (evidentemente que al utilizar la problemática económica ha de adoptar asimismo los métodos económicos para su investigación). De esta forma se opera una mezcla de los problemas y de los métodos que rompe con la división clásica establecida por las cátedras universitarias sobre el cometido de las ciencias y las atribuciones de los científicos.

Estos procesos vienen operándose desde hace medio siglo. No son tampoco el monopolio de la ciencia marxista ya que también existen en la ciencia burguesa, aun cuando en ésta no intervienen sin influencia del marxismo y con una fuerza especial como ya lo hemos dicho en lo concerniente a la historia económica.

La definición idéntica de la historia y la economía formulada por Stalin refleja un proceso existente de hecho y progresista. Las definiciones esquemáticas y mezquinas, su «aplicación en la vida» de una forma dogmática desde «el día mismo de su publicación», la más celosa utilización de las críticas del género de las que se imputan al listín telefónico por no dar la fecha de nacimiento de los abonados, todo ello tuvo como resultado no la aceleración de los procesos integracionistas y la aparición de nuevas opiniones sobre la división de las especialidades científicas, sino la paulatina destrucción de los valores específicos de cada una de esas ciencias, y en lugar del recíproco enriquecimiento de los métodos, el abandono de los ya elaborados porque eran muy especiales y por ello incomprensibles para los críticos.

Respecto a que los procesos de integración entre la historia y la economía se manifiestan no sólo en la ciencia marxista, lo pueden atestiguar la participación de los economistas en las publicaciones históricas y en los congresos de los historiadores,[44]

las conferencias comunes de historiadores y economistas que se celebran sobre un problema previamente escogido,[45] y por último la aparición de ciertas teorías y métodos como son en economía las exploraciones sobre el así llamado incremento económico (*Economic growth*) que debido a la necesidad de investigar largos períodos de tiempo se convierten en verificaciones históricas aun cuando no pierden por ello su carácter de investigaciones económicas.

Así, no deja de ser elocuente el hecho de que la nueva publicación económica francesa creada en 1950 insertara en su primer número programático dos artículos consagrados a los vínculos existentes entre la historia y la economía.[46]

Sin profetizar el futuro y nuevo reparto de las ciencias humanísticas, ya que no es tampoco éste el lugar para formular nuestros postulados o deseos, ni lo es para el problema de las relaciones generales de la ciencia histórica y la economía. Nuestras conclusiones han de sujetarse a las condiciones actuales tomando en consideración las especializaciones existentes de hecho y deben limitarse a asignar un puesto a la historia económica y a sus vínculos con las demás disciplinas.

Se ha intentado diferenciar de muchas maneras tanto el cometido como las tareas científicas de la historia económica y de la economía política.

Antaño se propuso una división entre la historia que se ocupa de los hechos individuales, de la descripción de los fenómenos irreproducibles y de la economía como ciencia sobre la reproducción de los fenómenos, las regularidades, es decir, una ciencia teórica, y también se propuso la división entre la historia como ciencia del pasado y la economía como ciencia del presente.

Ahora nos encontramos con una tentativa de diferenciación de acuerdo con el alcance cronológico de los problemas: así, la economía habría de ser una ciencia de los fenómenos a corto plazo en el marco de los cuales es posible abstraerse del factor tiempo, el principal campo del historiador, mientras que la historia habría de ocuparse de las cuestiones de larga duración y en las cuales no es posible abstraerse del tiempo. Pero según el mismo criterio hubo quienes trataron precisamente de encerrar a la historia —ciencia de lo concreto— en los marcos de corta duración.

El concepto de la historia como ciencia del pasado y como ciencia de los hechos concretos sigue existiendo en sus más diversas combinaciones.

Pero las profundas transformaciones acontecidas en el último cuarto de siglo en la ciencia económica —y que siguen operándose— obligan a volver a pensar en las cuestiones, los métodos y las tareas de la historia económica.[47] Este libro está consagrado a perfilar algunos de estos problemas. Los modernos instrumen-

tos de la ciencia económica así como también los materiales por ella recogidos en los últimos tiempos con arreglo a sus nuevas tareas son más provechosos para la historia que los materiales y los métodos de la economía tradicional. También la ciencia histórica puede ofrecerle mucho más a la ciencia económica.

«La historia económica es en el fondo la economía política de los sistemas y de las formas que han desaparecido.»[48] Esto es verdad, pero ¿es sólo esto? ¿Acaso no puede contribuir por ejemplo, a la labor de verificación de las generalizaciones en especial a las de larga duración formuladas de modo empírico por la economía sobre el sistema existente? ¿Acaso en el curso de dicha verificación no puede llegar a formular otras generalizaciones? ¿No hay en la actualidad en el mundo un campo para la cooperación de la historia económica con la economía en cuanto a la comprensión de los mismos con respecto a la diversidad enorme de los sistemas y formas existentes?

Por otra parte y como ya lo hemos señalado, «no todos los fenómenos económicos son mensurables».[49] La forma ideal para los economistas de abstraerse a la variabilidad de los factores institucionales, beneficiosos para el pensamiento económico del estabilizado mundo burgués de las postrimerías del siglo XIX y comienzos del XX, tropieza más aún con el sensato razonamiento en las actuales condiciones, teniendo en cuenta el ritmo de las transformaciones.

El esclarecimiento «de lo económico por lo económico», postulado por numerosos metodólogos económicos, el evitar llevar a los modelos los factores llamados heterogéneos, es cada vez menos realizable. Es una verdad que el análisis de los elementos no mensurables y extraeconómicos amenaza con mermar la precisión de los razonamientos y de las pruebas.

Pero «es preferible ocuparse de un modo imperfecto de lo que es importante, que no elaborar algo magistral operando con lo que no es esencial».[50] «La ciencia social necesita no tanto de una técnica rebuscada como de una mayor audacia en el acometimiento de los problemas fundamentales, en lugar de dejarlos de lado.»[51]

Por lo visto la historia económica puede ser de gran ayuda para la teoría económica en la empresa del análisis más integral de las transformaciones de la explotación económica en la sociedad, la investigación de los cambios a largo plazo, la comprensión de la variabilidad de los elementos institucionales y culturales. «El análisis económico exige ser suplementado por algo así como la antropología histórico-comparativa que aún se halla en ciernes como ciencia.»[52]

La historia económica tiene los mismos objetivos de investigación que la economía. Puesto que el carácter del objetivo determina los métodos de investigación, los procedimientos fundamentales que la historia económica utiliza deben ser los méto-

dos de la economía, los métodos de investigación de los fenómenos económicos, el aspecto económico de las actividades humanas y sus resultados económicos. De esto se deduce que la historia económica constituye una parte integrante de la economía.

Esta historia económica constituye al mismo tiempo una parte integrante y, bajo algunos aspectos fundamentales, de la historia como ciencia universal de las sociedades y las culturas.

El hecho de incluir al mismo tiempo la historia económica en dos ciencias no nos preocupa, y no consideramos ni mucho menos que la división de las ciencias, que de hecho debe ser completa (ya que ninguna categoría de fenómenos puede reconocerse sin esto) también habría de ser exclusiva. En todo caso no ha de serlo en el período actual de grandes cambios en las ciencias humanísticas.

La historia económica se diferencia de la economía en muchos aspectos prácticos como, con mucha frecuencia, por la formación de la mayoría de los investigadores, por su preparación diferente que les permite ocuparse de distintos grupos de problemas, difiere por algunos elementos relacionados con los métodos y por su tendencia a tomar en consideración unos u otros elementos de los métodos de investigación, y se diferencia más de una vez por la forma de comprender o de generalizar las conclusiones.

Esta distinción en la formación científica hace que la cooperación entre la historia económica y la economía pueda ser muy fructífera, ya que la sensibilidad para con las diversas facetas de un procedimiento tan parecido de investigación de una misma categoría de fenómenos brinda mayores beneficios en el curso de la crítica y la discusión.

La historia económica es por lo tanto la ciencia de los aspectos económicos de la vida social en las diferentes sociedades y culturas. Se dedica a la búsqueda y el establecimiento de las regularidades (que se manifiestan en las actividades sociales de carácter económico, y en especial en los aspectos económicos de las actividades sociales) y los factores sociales que las provocan. Se ocupa también del aspecto económico de los resultados de dichas regularidades, es decir, de sus efectos previstos e imprevistos para la economía social.

Como tal, la historia económica sirve ampliamente a la economía, la cual en teoría es una parte integrante de la misma. Sirve también a la historia, la cual forma igualmente su parte integrante, al facilitarle con la experimentación de las regularidades económicas, las importantes y a veces trascendentales determinantes de todas las actividades sociales.

IV. La periodificación de la historia económica

LA POLÉMICA EN TORNO A LA PERIODIFICACIÓN. REALISMO Y CONVENCIONALISMO

El problema de la periodificación de la historia, de su carácter y de sus criterios, ha sido objeto de enconadas discusiones entre los historiadores y metodólogos durante generaciones. Desde hace mucho tiempo se enfrentan también las posturas que pudiéramos denominar «realista» y «convencional».

La primera considera que la necesidad de la periodificación y de sus criterios se desprende de la misma realidad investigada; por el contrario, la segunda estima que se trata en su género de un mal necesario, resultante de la pobreza cognoscitiva de nuestro pensamiento o de las necesidades didácticas.[1]

Los que abogan por la primera actitud ven en la periodificación el reflejo de la realidad, mientras que los de la segunda la consideran como una alteración, quizás inevitable, de esa realidad. Los primeros ven en la historia los momentos críticos, decisivos, mientras que los segundos ven en ella una «corriente continua». Para los unos, sólo una periodificación es correcta, en tanto que para los otros todas ellas se hallan débilmente fundamentadas de manera científica y la elección entre las mismas tiene un carácter pragmático.

Sin embargo, no se trata tampoco de que esta división entre «realistas» y «convencionales» equivalga a una división entre materialistas e idealistas. Al contrario, numerosos idealistas han mantenido la postura de la realidad de los criterios de la periodificación,[2] mientras que muchos entre los «materialistas mecanicistas» que en general tienen una tendencia hacia los conceptos cuantitativos unilaterales, se inclinan a ver en la historia sólo el aspecto de la «corriente continua» de los cambios.

En los manuales tradicionales y positivistas de metodología histórica el problema de la periodificación o bien no figuraba en absoluto, o bien era tratado al margen, como un asunto de tercer orden.[3] Sin embargo, Lamprecht,[4] y en Polonia, Balzer, Siemienski y Halecki lo consideran como un problema fundamental. Para Tröltsch es «el núcleo filosófico de la historia universal».[5]

Para todos estos «realistas», la división es algo «innato para la historia»[6] y no una convención.

LA POLÉMICA EN TORNO A LA PERIODIFICACIÓN, EL CONOCIMIENTO DE LO «PARCIAL» Y EL CONOCIMIENTO DE LO «TOTAL»

El litigio no consiste sólo en el caso del «realismo» o del «convencionalismo», sino que se halla ligado además con la disputa tradicional en torno al problema de la metodología de las ciencias sociales: la cuestión del conocimiento parcial y total.

También en este caso los límites de la polémica son la división entre marxistas y no marxistas.

Para el clásico positivista la exploración se basa en el conocimiento gradual de los pequeños fenómenos que al acumularse permiten indagar otros siempre mayores, que se van aproximando cada vez más, pero que nunca llegan a conocerse «totalmente».

La actitud contraria ve de una manera algo más complicada la relación entre el conocimiento de lo «parcial» y de lo «total». Aun suponiendo que sea verdad que en las investigaciones científicas partimos de la verificación de lo «parcial» no es posible analizar cualquiera de los fenómenos «parciales» incluso más diminutos sin poseer previamente aunque no fuere más que un conocimiento muy aproximativo, inseguro, de la «totalidad» a la cual pertenecen. El examen de cualquier aspecto «parcial» modifica nuestro conocimiento de lo «total» el cual se convierte a su vez en un elemento concerniente al fenómeno «parcial» que analizaremos o al que ya hemos analizado.

Así, la relación entre el conocimiento de lo «parcial» y el conocimiento de lo «total» es en este aspecto un concepto dialéctico. No hay en este dominio etapas anteriores o posteriores.

Sin entrar en los pormenores de la polémica[7] (en la cual somos partidarios de la segunda de las actitudes enunciadas), sólo queremos mostrar cómo ésta se halla vinculada con la problemática de la periodificación.

Muchos de los «realistas» citados sostienen la postura de reconocer la realidad de la censura en el proceso histórico, y advierten la trascendencia de la cuestión para la síntesis o los conceptos monográficos de una gran dimensión cronológica.[8] Ese problema no existió para ellos en los conceptos cronológicos.

Para los «dialécticos» —según el sentido ya definido— las cosas se presentan de otra manera. Para ellos la periodificación es una cuestión importante en cada caso, ya que la comprensión y la calificación de cada fenómeno indagado, incluso el más insignificante, se presenta de modo diferente según el lugar que ocupa en el conjunto de una sociedad determinada. La periodificación, tanto en su aspecto más general como provisional —hipótesis de trabajo— entra en juego en el momento de investigar aunque únicamente sea el problema menos importante. Otra cuestión es que como resultado de esta experimenta-

ción, la periodificación como punto de partida puede sufrir una modificación, y así sucesivamente.

Además, según los partidarios de esta actitud, sus adversarios no se dan cuenta que de hecho no hacen más que seguir ese mismo camino, ya que no se puede proceder de otra manera.

Así, nos hallamos frente a dos posturas que se dividen a su vez en: los «realistas» y los «convencionalistas», los «antidialécticos» y los «dialécticos». Es natural que los marxistas ocupen en esta polémica una posición realista y dialéctica.

Pero no basta con que la actitud sea realista y dialéctica, en el sentido que aquí le damos a la palabra, para considerarla como marxista, ya que es necesario que en la interdependencia de todas las ramas de la vida social, tenga una lógica primacía la determinación materialista: más exactamente, la transformación en el curso de la historia de los instrumentos de trabajo, la cual repercute en la totalidad de la vida social a través de la realización de los cambios fundamentales en las relaciones de producción de las grandes agrupaciones humanas, es decir, de las clases con sus distintas relaciones con respecto a los instrumentos de trabajo y a la utilización del producto con ellos conseguido.

Así, para el marxista, la periodificación de la historia representa a la vez una síntesis del conocimiento histórico y su instrumento. La periodificación utilizada como instrumento lleva constantemente a la nueva corrección de la periodificación como síntesis.

LA PERIODIFICACIÓN Y LA TERMINOLOGÍA DE LA VALORACIÓN

Al igual que tantas otras cuestiones de la metodología histórica, el problema de la periodificación se complica tremendamente como resultado del matiz valorativo de las palabras utilizadas en él, como «feudalismo», «capitalismo» o «imperialismo», que no son nombres pasivos desde el punto de vista de la valoración y de nada servirían las tentativas de desvalorizarlos.[9]

En las discusiones sobre la existencia o la no existencia del feudalismo en Polonia, sin contar los elementos concretos (la existencia o no del «feudo», etc.) o terminológicos (tales como son las condiciones necesarias y suficientes para calificar como «feudal» a un sistema: ¿escala jerárquica de la nobleza, o servidumbre del campo?), entraban en juego, al parecer, los elementos sentimentales, como el «orgullo nacional», extraídos del desarrollo histórico o de una visión idealizada del pasado nacional.

El hecho social irrevocable de la matización sentimental de la palabra «capitalismo»[10] tiene su fundamento quizás en los

numerosos trabajos de la ciencia occidental europea que la identifican con el liberalismo y que, con el libre intercambio justifican la inexistencia de este régimen económico en la Europa Occidental actual.

El matiz más prudente de la palabra «imperialismo» inclina a la mayoría de los científicos norteamericanos a aceptar la definición de este poder identificándolo con el colonialismo, lo cual teniendo en cuenta el sentido formal y jurídico del nombre «colonia» permite negar la existencia de esta forma de gobierno en los Estados Unidos.

De aquí el manifiesto recelo de la ciencia positivista para con estas palabras e incluso para sus conclusiones; hasta el extremo de que «todo científico que se precie de serlo, debiera borrar del diccionario»,[11] las expresiones tales como «capitalismo» o «imperialismo». En su introducción a su *Historia económica de Inglaterra en el siglo XVIII,* Ashton se vanagloria de no emplear en ella las palabras en su forma de «ismo».[12]

Pero acaso sea difícil tratar estas conclusiones con seriedad. Si se tuviese que eliminar de las ciencias humanísticas las locuciones que tienen un matiz valorativo, mucho nos tememos que el diccionario de esta ciencia se quedase reducido casi a las conjunciones solas.

Con demasiada frecuencia, las polémicas que se han desarrollado en la historia de la ciencia sobre la periodificación fueron un reflejo de los grandes debates ideológicos y filosóficos. Se ha adelantado la hipótesis de que «el futuro historiador de la historiografía polaca denomine quizás el período comprendido entre los años 1949-1952 como la época de los litigios en torno a la periodificación».[13] De escribirse, la historia de estas disputas mostraría como en una probeta todas las etapas y todas las orientaciones de la vida ideológica de Polonia en aquellos años.

Los momentos cumbres desde el punto de vista ideológico o simplemente propagandístico de la interpretación de la periodificación de la historia moderna, han tenido lugar en relación con la concepción de la época del imperialismo.

Como es sabido el término imperialismo tiene una antigua genealogía, una etimología romana. A través de su ligazón con el cuadro del imperio romano, debía significar la extensión territorial de un Estado por las conquistas de las guerras y el sometimiento de un gran número de pueblos vencidos. Significaba sobre todo un fenómeno perteneciente a la historia política aun cuando también tuviese cierto aspecto económico y en primer lugar la opresión económica de los pueblos subyugados.

En 1916, Lenin, al realizar después de Hilferding, Rosa Luxemburg y Hobson el análisis —programáticamente total— de los fenómenos que acontecieron en el mundo capitalista antes de la Primera Guerra Mundial, y confirmar la existencia de toda

una serie de fenómenos diferentes en relación con la época anterior del capitalismo de la libertad del mercado, llegó a la conclusión de que tales fenómenos son tan fundamentalmente distintos que obligaban a establecer dentro de este régimen un nuevo subperíodo especial y darle el nombre de imperialismo.

En atención a esto es preciso hacer unas cuantas afirmaciones.

En la elección del término, Lenin sigue en este caso a Hobson. La denominación de ese período como época del capitalismo financiero utilizada con anterioridad por Hilferding, no le conviene. Y es comprensible. Los fenómenos comprobados por Lenin tienen un carácter más amplio y el nombre de «época del capitalismo financiero» sólo atañería a una de sus partes —la transformación del capital industrial en bancario. Es preciso afirmar que también la palabra «imperialismo» sólo comprendía uno de los aspectos: el de las agresiones coloniales. Sin embargo y precisamente por encerrarse en esta locución la agresividad y la conquista fue por lo que a Lenin le fue conveniente al significar tanto la agresividad y la aspiración a la conquista del Estado como del capital. Tanto más por cuanto (y esto se suele olvidar con mucha frecuencia) el subtítulo de la obra de este teórico reza «Esbozo popular», destinado por lo tanto sobre todo a las finalidades propagandísticas, para las cuales el término «imperialismo» era muy adecuado.

En el concepto de este dirigente comunista el contenido de la palabra «imperialismo» en relación con el del antiguo término, tenía una significación más amplia y al mismo tiempo (necesidad lógica en este caso) este concepto tenía un sentido más estricto. Ya no era posible hablar con esta idea del imperialismo de la Roma antigua o de la España o Portugal del siglo XVI, mientras que al referirse al imperialismo de Inglaterra o de Alemania a comienzos del siglo XX se expresaba de una forma muy concisa un contenido muy rico.

En segundo lugar, es preciso recordar las palabras de Lenin sobre las censuras, tan a menudo olvidadas por los polemistas, en las discusiones acerca de la periodificación. Escribe: «Es obvio afirmar que todos los límites entre la naturaleza y la sociedad son relativos y móviles, y sería un contrasentido disputarse por saber, por ejemplo, en qué año o en qué decenio se debe fijar "definitivamente" el establecimiento del imperialismo.»[14]

Marx adoptaba una actitud igual sobre el problema de la periodificación en general, cuando escribía: «La historia de la sociedad... no conoce ninguna delimitación estricta entre las épocas.»[15]

En tercer lugar, se olvida también que el libro de Lenin apareció por vez primera en abril de 1917, ya que el propio Lenin escribe en el preámbulo «en el día de la libertad» bajo

el título: «El imperialismo, nueva etapa del capitalismo.»[16] No nos ha sido posible comprobar en qué edición y si aún en vida del escritor, la definición «novísima etapa» fue reemplazada por «fase superior». Desde el punto de vista metodológico la diferencia entre las dos formulaciones es fundamental. Las palabras «novísima etapa» se refieren al pasado. Es una comparación entre el ayer más reciente (o el presente) y un pasado algo más antiguo, y una muestra de que entre estas dos etapas hay una diferencia. En cambio, la expresión «fase superior» se refiere a que en el futuro no habrá ninguna fase «más alta» ya que ésta es la fase cumbre.

Es cierto que esta última interpretación es la que Lenin pensaba, como lo demuestra la frase reiteradamente utilizada para caracterizar al imperalismo como «víspera de la revolución proletaria»,[17] mientras que es raro leer una caracterización de esta doctrina como «época de transición del capitalismo a un sistema socio-económico superior», o que «el monopolio es la transición del capitalismo a un sistema superior», etc.[18]

Por esto es probable que el propio Lenin, en su esbozo popular, haya cambiado la palabra «novísima etapa» por «fase superior».

Sin embargo, existe una considerable diferencia entre la hipótesis de la proyección en el futuro de un fenómeno comprobado e incluso la formulación del título de un libreto vulgarizador, y la determinación sintética del período relativo a la periodificación. Para que no hubiera lugar a dudas, los divulgadores pusieron los puntos sobres las «íes» al calificar en los manuales al imperialismo como «la fase superior y última del capitalismo» o como «la extinción del capitalismo»,[19] lo que había de provocar no pocas dificultades.

En contra de lo que se esperaba, después del triunfo de la Revolución en octubre en Rusia, las demás revoluciones o bien abortaron o no llegaron a estallar. El capitalismo se mantuvo en pie. Entonces se creó la teoría de la «crisis general del capitalismo» como subperíodo de este régimen, que a su vez era un subperíodo del capitalismo, y si el imperialismo era «su última fase», la «crisis general del capitalismo» debía de ser la «definitiva» fase de lo «último».[20]

De una forma análoga después de la Segunda Guerra Mundial se creó la teoría sobre la «fase superior de la crisis general del capitalismo», es decir, «más definitiva aún».[21]

Como vemos, el concepto de la periodificación de la historia ocupa característicamente un lugar destacado como el más moderno elemento propagandístico. La substitución de las palabras «novísima etapa» por «fase superior», y en especial por fase «última» o «de extinción», debía ser la estrella de esperanza para los que luchaban por el nuevo sistema. Pero a pesar de que la historia no se dio prisa, y que el capitalismo se sigue

manteniendo, no se renunció a los métodos propagandísticos, con unas fases siempre más «definitivas».

Es preciso afirmar, sin embargo, que en todos estos conceptos se encierra un núcleo racional. Como siempre, no basta con aclarar los elementos ideológicos o propagandísticos que contienen determinados conceptos. La existencia de estos elementos no suele anular los elementos cognoscitivos que también están en tales conceptos. Esta comprobación tiene también importancia en relación con las ciencias tanto conservadoras como revolucionarias.

A finales del siglo XIX, la búsqueda de las fechas exactas para la periodificación eran también para Lenin un absurdo ya que hay en el capitalismo nuevos rasgos, bajo muchos aspectos no sólo distintos sino incluso contrarios a los del período anterior. Esta comprobación es ampliamente aceptada hasta por la ciencia burguesa, no sólo antes de Lenin (Hobson) sino también después de él. Incluso en cuanto a las fechas no hay en este caso grandes diferencias (véase la discusión sobre el «Climaterium» en los años 90).[22] Es evidente que la ciencia burguesa caracteriza de una forma totalmente distinta ese período (capitalismo «organizado», etc.) pero en cuanto a la cuestión de la periodificación existe una concordancia bastante profunda.

Es verdad que el tiempo de entre guerras muestra tener muchas de las características de los veinte años que preceden al 1914, pero sin embargo se distingue por unos rasgos nuevos que le diferencian.

Tampoco es causa de litigio el hecho de que el período que sigue a la Segunda Guerra Mundial tiene también peculiaridades distintas.

Así, si tuviésemos que promover una discusión en relación por ejemplo a Europa Occidental, con las comprobaciones siguientes:

a) la época del capitalismo continúa,

b) desde finales del siglo XIX en el seno del capitalismo se manifiestan nuevos rasgos, también duraderos,

c) dentro de este subperíodo del capitalismo se distinguen tres etapas separadas por dos guerras mundiales,

es lógico que en cuanto pasemos a la caracterización de cada uno de estos períodos, serán enormes las divergencias.

LAS DISCUSIONES SOBRE LA PERIODIFICACIÓN EN LA HISTORIA ECONÓMICA

En las discusiones sobre la periodificación de la historia económica ha desempeñado una importancia trascendental la llamada «escuela histórica alemana» en economía política con su concepción de los grados de desarrollo económico (*Wirtschafts-*

tufen).[23] La hostilidad programática de los clásicos hacia las generalizaciones anhistóricas, heredada del interés romántico por los distintos países y épocas, y no sin influencia del positivismo organicista sociológico, veía en la teoría de los «grados de desarrollo económico» la coronación del conocimiento económico, su síntesis superior, creando esta hipótesis todos sus representantes: List, Hildebrand, Bücher y Schmoller.

En cuanto a List el objetivo político es claro. Según él «la política económica tiene como tarea la de ascender a un pueblo a un grado superior».[24] Para él el modelo ideal es Inglaterra y se basa en los cambios en la estructura profesional de las poblaciones (caza y pastoreo, agricultura, y agroindustrial y comercial). La transición de un grado de desarrollo a otro es una necesidad histórica, pero que puede retrasarse a causa de los «errores» de la política económica.

Hildebrand[25] buscó su criterio en el campo del intercambio económico. Analizó los niveles de la economía natural, del dinero y del crédito. La economía crediticia sólo la consideró realizada en Inglaterra; en cuanto a Alemania, creía que no se alcanzaría ese nivel hasta el futuro.

Bücher[26] es más historiador que sus predecesores y mucho más que ellos se funda en los hechos, recelando mucho más con respecto a las deducciones. Para cada época histórica postula la elaboración de una teoría especial. El positivismo organicista sociológico influye más en Bücher que en sus antecesores y le hace ver el desarrollo económico de un modo resueltamente unilateral y biológico. Para él el desarrollo se va complicando gradualmente con las implicaciones funcionales en el seno de la sociedad, empezando por la más sencilla, la economía doméstica cerrada, y que se va operando a través del desarrollo concreto y espacial de la división del trabajo.

El nivel de la «economía urbana» lo une a la organización de toda la ciudad y sus inmediaciones, el «grado económico nacional» crea vínculos orgánicos indestructibles en el marco geográfico trazado por las fronteras del Estado, y por fin el grado de «la economía mundial» significa la extensión de la división del trabajo y de la interdependencia a todo nuestro planeta.

Son características para la historiografía alemana (en razón de la larga dispersión política de este país) las tentativas con miras a completar este esquema a través de la introducción del grado de desarrollo «territorial»[27] entre los grados económicos urbano y nacional.

La teoría de Bücher fue duramente criticada,[28] imputándosele muchas inexactitudes históricas. Se alegó que el concepto de la economía doméstica cerrada es una abstracción que no tiene ningún equivalente en los anales de la humanidad. Se señaló la coexistencia constante de los elementos de los cuatro niveles de Bücher. Se demostró que sus cuatro grados de desarrollo pue-

den enmarcarse en la historia de la Antigüedad —con lo cual se tendía a la concepción cíclica de la historia.[29]

Con todo esto la teoría de Bücher se granjeó una relativa gran popularidad.

Las construcciones eclécticas de Sombart son en su género la continuación de los conceptos de Bücher. Su idea del «sistema» económico es un concepto de reunión que considera en primer lugar el nivel de la técnica, de las formas de organización económica y de la llamada por Sombart *Wirtschaftsgeist*, el «espíritu de explotación económica», o sea el conjunto de los distintos factores históricos, espirituales, sicológicos y culturales, que condicionan las actitudes y las decisiones humanas en el curso del proceso económico.

Los continuadores de Sombart se centran cada vez más de una manera unilateral en esos factores «espirituales». En lugar del concepto del *Wirtschaftssystem*, del sistema de explotación económica, se puso de moda el *Wirtschaftsstil*, del estilo de explotación económica.[30] En esta hipótesis existe un núcleo racional.

En primer lugar esta teoría se fundamenta en un concepto histórico de la naturaleza humana, de la psicología humana, de la jerarquía de los valores y de los criterios económicos humanos.

Por otra parte, al tratar la explotación económica social como una de las manifestaciones de la cultura, tiende a aprehender la vida social en su totalidad y en sus mutuas interdependencias.[31] Es, por ello, una teoría de la periodificación realista y dialéctica —según la definición que hemos adoptado al comienzo de este capítulo— aun cuando sigue siendo idealista y antimaterialista declarada, no es casual que esta teoría se haya manifestado con especial vigor en Alemania y sólo allí, durante los últimos veinte años.

A. Dopsch[32] partió de una crítica de principio de todas las teorías de los «grados» de desarrollo económico. Puso en duda las consecuencias temporales de la economía del dinero en relación con la llamada economía natural. Incluso en los tiempos más remotos nos encontramos con algún sucedáneo del dinero, mientras que en las economías modernas más desarrolladas solemos encontrar muchos elementos de economía «natural». Por lo cual, para este autor la diferencia lo es cuantitativa, un cambio de proporciones de esos mismos elementos. Antes que él, Rutkowski expresa esa misma idea: «El individualismo... de los sistemas económicos en los distintos territorios y épocas se basa no tanto en la existencia o la inexistencia, la aparición o la desaparición de ciertas formas y factores, como en las diferencias cuantitativas en que se manifiestan.»[33]

En la ciencia inglesa Clapham adopta una actitud parecida, y después de él Ashton. El resultado consecuente de tal postura

metodológica es el considerar el capitalismo como un elemento eterno que siempre forma parte aunque en distintas proporciones históricas de la economía social. «El capitalismo ha existido siempre en las sociedades civilizadas —afirma Nef— y los más primitivos salvajes eran unos capitalistas ya que construían sus chozas.»[34] Podríamos citar muchas más afirmaciones de este género, hasta tal extremo de que nunca se sabe si esa conclusión es la consecuencia lógica de la postura metodológica adoptada o por el contrario si la postura metodológica se halla determinada por el deseo de llegar a tal conclusión...[35] En resumen, nos encontramos aquí con una postura claramente convencionalista con respecto a los problemas de la periodificación y el desarrollo económico se enmarca en el cambio de las proporciones de esos mismos elementos. Como resultado de esto el postulado técnico investigador tendrá que insistir sobre el método estadístico, el cual está llamado a establecer dichas proporciones.

EL EMPIRISMO Y EL REALISMO EN LA PERIODIFICACIÓN

Es una singular ironía del destino, que las investigaciones empírico-cuantitativas que se suelen desprender de esos principios han llevado en los últimos tiempos a numerosos investigadores a adoptar una actitud realista frente al problema de la periodificación.

En este problema de la periodificación, así como con otros muchos, la historia económica acude en auxilio de la teoría económica.

Hubo un tiempo en que la disputa entre la economía marxista y no marxista tuvo el carácter de un litigio entre la economía que se afanaba por buscar las leyes «históricas» y la economía que «absolutizaba» sus resultados. En general esta definición es justa aunque no es cierto que la economía marxista no formulara leyes «por encima de la historia» ni que la economía clásica no haya percibido nunca la variabilidad histórica del funcionamiento del mecanismo de la economía social.

Esta definición, que era justa en el siglo XIX y a comienzos del siguiente dejó de serlo en el último cuarto de siglo, ya que también en la ciencia económica no marxista se manifestaron en ese período muchos elementos de «historificación» de la teoría, sobre cuyas causas y manifestaciones ya nos ocuparemos extensamente.

Es un hecho que los conceptos de «sistema», de «régimen» o del muy de moda «modelo» económicos han conseguido en la ciencia no marxista el derecho de ciudadanía, convirtiéndose en un importante instrumento de investigación.

Se puede afirmar, entre paréntesis, que el concepto de «modelo» utilizado en la práctica tiene un sentido más estricto que la idea de «sistema» o de «régimen». Con mucha frecuencia significa un complejo de principios sometidos al análisis. Pero considerando que estos principios no se eligen en general de una forma totalmente arbitraria sino que tienden a captar los rasgos característicos de alguna realidad económica, se desprende que la utilización del concepto de «modelo» aun siendo de una significación más limitada que la de «régimen» o de «sistema» no deja de vincularse a la problemática de la periodificación, con la particularidad de que a menudo es aplicable más bien a la periodificación de los «niveles inferiores» y para las divisiones internas de la historia de un «sistema» determinado.

Por otra parte, los materiales histórico-económicos y en especial los conceptos cuantitativos periódicos tan estimados por los convencionalistas, no confirman ni mucho menos su tesis sobre «la corriente continua» en los cambios y la falta de saltos sino todo lo contrario, ya que el concepto cuantitativo, y en particular el cuantitativo de larga duración, nos muestra con toda evidencia la existencia de tales «saltos».

Al parecer, en eso reside la razón del interesante fenómeno de la multiplicación en el curso del último decenio, en los trabajos histórico-económicos y económicos, de los conceptos sobre una concepción realista de la periodificación por los autores procedentes de las escuelas empírico-mecanicistas y convencionalistas como a problemas de la periodificación se refiere.

El método tan apreciado en la historiografía francesa desde Simiand y consistente en determinar la fase A y la fase B, es decir, los períodos de larga duración del aumento o la baja del nivel general de los precios como marco general que condiciona los distintos cambios en casi todos los aspectos de la actividad económica, con independencia de si compartimos o no esa concepción, significa la adopción en cuanto a los problemas de la periodificación de una postura realista y dialéctica —de acuerdo con la significación de ambos términos tal y como se da al comienzo de este capítulo.

La discusión de los científicos ingleses sobre el tema del «climaterium» en los años noventa del pasado siglo,[36] aun cuando da un contenido muy diferente al marxista sobre los cambios que en ese período se operan en la economía capitalista, llega sin embargo, en relación con el problema de la periodificación, a la misma actitud que hace cuarenta años formulara Lenin al definir la época del imperialismo. Rostow, al diferenciar las cinco fases de transformación de la sociedad feudal en una sociedad moderna industrial,[37] adopta *ipso facto* una postura realista en lo referente a la cuestión de la periodificación y su tentativa, aun siendo muy popular actualmente, no es ni mucho menos la única en la moderna ciencia occidental, donde se van

multiplicando los ejemplos de que los empíricos más rígidos, basándose en el análisis de un material empírico concreto se ven arrastrados cada vez más a adoptar una postura realista sobre la periodificación. Se puede esperar que este proceso encuentre pronto alguna generalización teórica que se oponga a las concepciones metodológicas convencionalistas y antidialécticas que aún imperan casi soberanamente.

Las transformaciones de las fuerzas productivas tienen el carácter de un proceso constante y acumulativo, tanto más si de una idea «heroica» pasamos a la concepción sociológica del progreso técnico. Sin embargo, no es cierto que los cambios en las fuerzas productivas hayan tenido un carácter constante en el marco de la economía social y que no se hayan producido «saltos».

En el Reino polaco del siglo XIX, se prolongaron durante mucho tiempo las tentativas de introducir lo «nuevo» en la siderurgia. Las dificultades técnicas se sumaron a las económicas, se fueron multiplicando los obstáculos uno tras otro y el proceso duró decenas de años.

Pero si en última instancia tomamos los datos globales para toda la industria del país, resulta que el triunfo de la «nueva» siderurgia sobre la «antigua» se ha operado precisamente bajo la forma de un «salto», que es posible datar con una diferencia de algunos años.[38] Se podrían multiplicar los ejemplos.

Así, de esta manera el método de los convencionalistas, el procedimiento cuantitativo, se vuelve contra ellos y sus concepciones teóricas, ya que la imagen deformada de los cambios económicos a largo plazo en la economía social, no suelen confirmar la idea de continuidad y la ausencia de «saltos» en ellos.

Pero el historiador económico es quien menos puede adoptar una postura convencionalista sobre los problemas de periodificación, ya que el material que elabora contradice de modo manifiesto tal actitud. De lo contrario elabora un material muy estricto de una manera muy antidialéctica, es decir, sin situarlo en el conjunto socio-económico al cual pertenece.

Dicho fenómeno que se da en la ciencia occidental, de haberlo caracterizado adecuadamente, confirmaría esa tesis.

A menudo nos encontramos con las imputaciones hechas por los historiadores tradicionales a los historiadores marxistas y las cuales se desprenden de su postura convencionalista y practicista frente a la periodificación.

En cierta ocasión, el general Kukiel acusó a los autores de la *Historia de Polonia* del Instituto de Historia de la Academia Polaca de Ciencias de que la periodificación utilizada por ellos para la división de la historia de Polonia en las épocas del feudalismo y del capitalismo no valía para nada, argumentando que «¡qué falta hacía la tal periodificación que metía las nueve décimas partes de la historia en un solo período!»[39]

Ahora bien los autores de esta historia polaca no tienen la más mínima responsabilidad ya que la dependencia extraeconómica de los campesinos con respecto a la nobleza ha durado en Polonia ¡casi mil años! Es difícil imaginarse una historia de la navegación sin que se halle dividida en los períodos del remo, la vela, el vapor, el motor diesel, eléctrico y en el futuro, atómico; no siendo culpable el historiador de la navegación de que estas etapas sean desproporcionadas cronológicamente, que la época de la navegación a vela dure miles de años y el período de los vapores menos de un siglo.

En opinión del general Kukiel, el historiador tiene: primero, la libertad de elegir y, segundo, escoge con el criterio de la utilidad constructivo-didáctica. Lógicamente la actitud de los marxistas es totalmente opuesta.

LA PERIODIFICACIÓN DE LA HISTORIA ECONÓMICA Y EL DESARROLLO DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS

Adquiere un carácter especial el debate entre los «realistas» y los «convencionalistas» sobre la periodificación de la historia de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción. Por una parte, los cambios son enormes[40] y por otra, a veces es difícil aprehenderlos. Estas transformaciones se producen en las distintas ramas de la produción con la acumulación de millares de innovaciones, a través del complejo problema del proceso de su adaptación en la sociedad. Desde que se salió —y cada ciencia hace ya mucho tiempo que lo hizo— de la concepción «heroica» del desarrollo de la técnica, es decir, de limitarse a la búsqueda de los «grandes inventores», desde que el progreso técnico y más aún el progreso de los medios de producción y en general de la explotación económica se abordan sociológicamente como un procaso social cada vez más complejo y más durable, desde entonces, nos hallamos ante un proceso de cambios continuos y de mayor importancia. Es verdad que los cambios en la esfera de las fuerzas productivas tienen a veces un carácter de «reacción en cadena» ya que una transformación arrastra la otra y que ramas ajenas en apariencia a menudo son reagrupadas, aunque ello se juzgue de diversas maneras. Después de la generalización en la ciencia por parte de A. Toynbee del concepto de la «revolución industrial»[41] estas «revoluciones» comenzaron a multiplicarse de un modo inquietante: Carus-Wilson trató de introducir el concepto de «revolución industrial del siglo XIII» ligado con el molino batanero;[42] Nef la «revolución industrial del siglo XVIII» ligada al empleo de la hulla y las nuevas formas de elaboración del metal; el concepto de Roover sobre «la revolución comercial del siglo XIII»; de Lynn White sobre la «revolución de los trans-

portes» unida con la utilización de la tracción animal (caballerías). También se formuló la «revolución agraria» en la baja Antigüedad o el alto Medievo, basada en la utilización del arado; y la explotación agrícola de la Europa septentrional y oriental, y muchas otras revoluciones. Los «convencionalistas» se burlaron justamente de esto,[43] pero ello no significa que estos autores comprobaran determinados fenómenos erróneamente o que se refirieran sin fundamento a la «reacción en cadena» y sus consecuencias para muchas otras ramas de la vida económica y social.

Así, nos hallamos ante un dilema. Los cambios en las fuerzas y las relaciones de producción son elementos «de la mayor movilidad» y por otra parte, son sin embargo, de la mayor estabilidad e inercia.

Ahora bien, los cambios en las fuerzas productivas que interesan al historiador económico no son los raciocinios de laboratorio sino los cambios que se operan de hecho en la producción con respecto al papel que asumen en la vida económica, con la particularidad que en este aspecto el carácter acumulativo y complementario del proceso tiene cada vez más importancia. Los ferrocarriles no pueden construirse sin el desarrollo simultáneo de las minas de carbón y de la fundición de hierro, y su construcción modifica en lo más profundo el cálculo de miles de empresas situadas a lo largo de las vías férreas y al mismo tiempo influye de alguna forma sobre todas las empresas del país. Los «saltos» en el desarrollo económico y en especial el carácter revolucionario de la así llamada «revolución industrial» es hoy un hecho evidente incluso para los investigadores más alejados del marxismo,[44] con independencia de los antecedentes que les busquemos en el pasado remoto y por mucho que tras estos saltos perduren los vestigios de la sociedad tradicional.

LA PERIODIFICACIÓN INTEGRAL Y LA MULTIPLICIDAD DE LA PERIODIFICACIÓN

La periodificación marxista es no sólo realista sino dialéctica, integral. Los conceptos sobre las formaciones socio-económicas —así como sobre sus fases— son concepciones integrales, que basándose en las cuestiones de las fuerzas y las relaciones de producción comprenden la totalidad de la vida social y sus manifestaciones, ofreciendo a cada investigación una especie de «sistema de acometimiento».

Los empiristas más estrictos han exclamado más de una vez: «¿Qué cambia la indagación de uno u otro problema si en el período en que dicho problema se manifiesta entra a formar parte de esta formación o de la otra?»[45]

Pues sí, hay un cambio que sólo pueden desconocerlo quienes ignoran las conquistas legitimadas por la sociología. Este elemento juega un papel distinto, tiene otra función social y una muy distinta significación social según en qué conjunto social se incluya.

Sin embargo, al abogar por la comprensión fundamental de la periodificación integral de la historia, debemos afirmar con todo vigor el derecho del historiador a establecer una especial periodificación para cada fenómeno investigado por él y que en una serie de casos puede, pero no debe, yuxtaponerse a la periodificación de acuerdo con las fechas en que se produce el cambio de la política de los precios, etc. Esta concepción instrumental es diametralmente opuesta al convencionalismo. Por esto precisamente de que en la historia los distintos sectores de los problemas económicos actúan específicamente y no siempre se conjugan en orden cronológico con los demás momentos de transición, y por lo cual, además de la periodificación integral tiene derecho a existir la multiplicidad de la periodificación.

Esta cuestión tiene una importancia particular cuando de las experimentaciones «clásicas» del desarrollo histórico económico (Inglaterra, Francia) pasamos a los países subdesarrollados y en especial a la historia económica de los actualmente atrasados. En el clásico desarrollo inglés se advierte una elevada sincronización de los cambios técnicos, económicos, ideológicos y políticos en la marcha hacia el capitalismo. En cambio, en los países primitivos y cuanto más mejor, se manifiesta con mayor fuerza el fenómeno de la «coexistencia de los asincronismos»,[46] que en los casos extremos conducen a la coexistencia de un poder estatal de carácter imperialista con un sistema social de tipo tribal, de los telares mecánicos con la rueca, de la penicilina con el arado, del tractor con el culto de la vaca, etc... La historiografía internacional ha de tener en cuenta estos fenómenos, evitando el esquematismo y sobre todo el aplicar al proceso histórico de los países actualmente atrasados los esquemas elaborados con los materiales de los países hoy día muy desarrollados.

LA PERIODIFICACIÓN EN LA HISTORIA ECONÓMICA Y LOS CORTES HETEROGÉNEOS

«El proceso económico es un complejo de las actividades humanas constantemente repetidas.»[47] Sólo el carácter social de dichas actividades justifica la existencia de la ciencia económica, sólo la peculiaridad social de aquellas, al señalar ciertas regularidades como fenómeno masivo, permite su investigación e incluso su previsión.

El carácter histórico de las leyes económicas se basa en que en condiciones distintas los hombres actúan de modo diferente. El señor feudal polaco que en el siglo XVIII hacía inversiones trataba de utilizar para realizarlas el mayor número posible de «sus» recursos, mientras que el capitalista inversionista trataba de utilizar lo menos posible los suyos «propios» y de movilizar lo más posible los «ajenos» (acciones, obligaciones, crédito bancario, etc.). El campesino feudal procura no invertir, en el sistema capitalista, el aldeano hace inversiones mientras que en el período de transición del capitalismo al socialismo suele dejar de hacerlas de nuevo.

Este problema podría formularse en la pregunta: ¿Qué ha cambiado, el hombre o las condiciones en las cuales actúa?

En otros términos: ¿Es que un capitalista con todos sus conceptos, sus ideas, su jerarquía de los valores y sus incentivos, de ser trasladado a la época feudal se comportaría como un caballero medieval? ¿Es que un campesino capitalista trasladado a aquella época actuaría como un siervo y al revés, un siervo se comportaría en la época capitalista como un campesino de esta época?

Desde luego que la alternativa así formulada no puede resultar en respuestas sinónimas. El cambio interesa en este caso a las dos partes y ello tanto a las condiciones como al hombre, ya que cambiar aquellas, cambia éste y viceversa. La historia de los inicios del capitalismo brinda muchos ejemplos del comportamiento «tradicional» de los hombres a pesar de la modificación del sistema. Y muy a menudo, este comportamiento puede ser «tradicional» sólo en apariencia y de hecho resultar del cambio incompleto del sistema aun cuando en este caso el propio hecho del tradicionalismo no deja lugar a duda.

Esta cuestión la abordamos en relación con el de la periodificación por cuanto se halla muy vinculada tanto al problema de la comprobación de los cortes periódicos como a la concepción del «modelo» o del «sistema económico».

De aceptarse la rígida idea institucionalista (la actividad humana cambia donde y cuando cambian las instituciones en las cuales los hombres actúan) la cesura tendría un carácter heterogéneo en relación con el aspecto económico de los fenómenos sociales.

Es evidente que el concepto endogénico y heterogénico de la fisura en relación con los fenómenos económicos se basa en una simplificación que suele ser engañosa. Muy a menudo el postulado metodológico que en la ciencia no marxista exige que el economista se limite estrictamente en su análisis a los elementos económicos y que sólo tenga en cuenta los elementos extraeconómicos en la enumeración de las condiciones en que realiza su análisis, y que «aclare lo económico a través de lo económico», ya que al salir de este marco deja de ser un economista, se

fundamenta en una comprensión ingenua de los fenómenos sociales.[48] De hecho cada fenómeno social incluso más insignificante es un todo complicado y multilateral y sólo como tal debe ser entendido.

El aislar un aspecto determinado de un fenómeno puede ser inevitable y positivo, pero no puede ser sino un medio para profundizar en la investigación un paso hacia el concepto total del fenómeno y nunca un objetivo. Es más bien un mal necesario que una virtud.

La tesis sobre la heterogeneidad (con todo el convencionalismo que se encierra en este concepto) de las escisiones en la periodificación de la historia económica se presta sin embargo a defenderse no sólo desde un punto de vista institucionalista sino también dialéctico.

El nuevo sistema nace en el seno del viejo sistema, lo antiguo muere en lo nuevo. El cambio de los incentivos, los motivos y los procedimientos de actividad económica del hombre se opera de manera paulatina y con frecuencia durante generaciones. Pero si en el curso de este dilatado proceso se produce un cambio en las instituciones fundamentales que condicionan la vida económica (derecho a la propiedad de los medios de producción, leyes que rigen la distribución de la renta nacional, o que gobiernan las relaciones humanas en el curso del proceso económico, o bien la compra y la venta, el derecho a la producción, las que regulan la demanda y el reembolsamiento de los préstamos, etc.), en ese caso, y en el estado actual de los conocimientos podemos extraer numerosas conclusiones:

a) concluir que el proceso de crecimiento de lo «nuevo» dentro de lo «viejo» ya está muy adelantado, ya que de otra manera nos hallaríamos ante una reforma «abortada»,

b) que un cambio determinado amplía y acelera muchísimo dicho proceso aunque no lo termina.

En este sentido el cambio de la institución se sitúa en general (las cosas son diferentes en los comienzos del socialismo) más o menos en el centro del proceso de transformación atestiguando su gran adelantamiento y señalando el momento de su gran aceleración. El cambio de la institución modifica radicalmente el «modelo» en el ámbito que se realiza el razonamiento económico tanto de los hombres que actúan en él como más tarde del historiador.

Es decir, oponiéndonos fundamentalmente a la división de los fenómenos endogénicos y heterogénicos en relación con las esferas económicas de la actividad social y aceptando esta terminología con todas las reservas por carecer de una mejor, no objetamos nada en contra del establecimiento de las escisiones en la periodificación de la historia económica de acuerdo con los fenómenos heterogéneos. En este sentido el cambio fundamental de la institución sobre todo jurídica, realizada por vía

revolucionaria o legislativa, constituye una cesura en la periodificación de las épocas de la historia económica. De la misma manera que en un aspecto más limitado, el cambio del modelo institucional provocado por el hecho de que el territorio polaco pase, como resultado del desmembramiento, bajo la dominación de la monarquía absolutista ilustrada constituye igualmente una hendidura en el aspecto de su historia económica.

El ocupar una postura realista y dialéctica en la disputa en torno a la periodificación obliga a buscar los criterios de ésta en el marco del desarrollo interno de una sociedad determinada. Tal postura suele ser muy fructífera desde el punto de vista de la experimentación. Es evidente que aquí no se puede exagerar. Ninguna sociedad vivió jamás aislada de las demás, y por otra parte, la creación de los lazos culturales que unen a toda la humanidad es un proceso histórico que se desarrolla en el tiempo y que está lejos de haber terminado —si es que se puede hablar en este caso de alguna «terminación».

La conquista del Perú y de Méjico por los españoles ha de ser, por una parte, una fisura en la periodificación de la historia de aquellos países cuya realidad no niegan los convencionalistas más radicales y por otra, el esclarecimiento de los procesos de desarrollo interno de estas sociedades vulneraría la realidad histórica.[49]

Manteniendo el criterio de las fisuras institucionales es preciso afirmar nuestra oposición en su interpretación tanto al rígido institucionalismo como a considerarlas como un fenómeno heterogéneo de la economía social, como algo relacionado con su aspecto exterior y condicionado en cierto modo desde el exterior.

En la práctica, en la ciencia occidental, ha predominado y aún lo hace la subestimación del problema de la periodificación en las experimentaciones monográficas o sectoriales (lo que es adialéctico), mientras que en la síntesis, en los manuales y en los compendios se adopta la periodificación convencional extraída de los cursos de historia universal.

Por otra parte, no faltan, en especial en la ciencia alemana, las discusiones sobre la periodificación de la división de la historia en la Antigüedad, la Edad Media, la época Moderna en la historia económica. Es famosa la discusión que se prosigue desde hace siglos sobre el tema de la transición de la Antigüedad a la Edad Media y que merecería un libro. Aun cuando menos animadas son igualmente interesantes los debates sobre el problema de la transición del Medievo a los tiempos modernos y en las cuales se formularon todas las proposiciones posibles sobre las escisiones desde mediados del siglo XIV hasta comienzos del pasado. Los profundos cambios sociales provocados por la Revolución Industrial comienzan a ser objeto también de una disputa en la cual hay quien postula por dividir la historia eco-

nómica sólo en dos épocas: la sociedad fundamentalmente agrícola y la sociedad industrial.[50]

La teoría de las formaciones socio-económicas soluciona numerosas dificultades metodológicas fundamentales. Pero sólo lo hace en tanto utilicemos e interpretemos con prudencia sus aplicaciones. Las formaciones socio-económicas no cambian de un día por otro. Como ya hemos visto, para Lenin los debates sobre un año y hasta un decenio no tienen sentido. Marx subrayó la carencia en la historia de «unas líneas estrictas de delimitación entre las épocas». El dirigente comunista escribió acerca de los «sistemas de transición», sobre los elementos que «en realidad se entrelazan de las maneras más diferentes y extrañas», sobre «las épocas de transición», sobre «el paso desapercibido del feudalismo al capitalismo»,[51] siguiendo a Marx el cual opinaba que «la revolución en los modos sociales de producción, ese producto necesario de la transformación de los medios de producción se desarrolla en medio del caos abigarrado de las formas de transición».[52]

¿Los clásicos del marxismo se acercaron acaso a la actitud de los partidarios de la teoría de la «corriente continua»? ¡Jamás! La hipótesis de los «saltos palpables» no sólo no contradice sino que por el contrario se basa en la observación de la continuidad de los cambios.

Las cesuras de carácter heterogéneo permiten a menudo y sobre todo a causa de la falta de materiales de otro tipo, aprehender el momento crucial.

V. Los problemas de la historia económica y de su síntesis

LA DIMENSIÓN Y EL REPARTO DE LA RENTA NACIONAL

La historia económica se ocupa del estudio de la vida económica de la sociedad. Hay dos clases de problemas en la vida económica social:

1. Las actividades humanas o mejor dicho sus aspectos económicos, consistentes sobre todo en la explotación de los recursos, es decir, en la elección de los actos económicos que al hallarse determinados por las condiciones sociales (instituciones) nunca son caóticos sino que se manifiestan con una regularidad que, aun siendo distinta para las diferentes épocas, se presta a ser investigada, observada y explicada.

2. La resultante de estas actividades, el resultado social de su carácter masivo, el resultado previsible e imprevisible de las mismas, por cuanto los elementos previsibles e imprevisibles se entrelazan en las diferentes épocas y en distintas proporciones aun cuando ninguna de estas categorías desaparece ya que, como sabemos, los efectos imprevisibles tienen asimismo un objeto social hasta en la propia sociedad socialista.

En los capítulos relativos al micro y macroanálisis en la historia económica nos referiremos a las dos categorías de cuestiones en que se divide toda la problemática de la historia económica.

El objetivo de la actividad económica humana es satisfacer las necesidades materiales humanas o sea el aspecto material de todas ellas si se quiere, la mayor satisfacción de las necesidades materiales humanas de toda clase con los medios existentes o que pueden ser creados para ese fin.

La actividad económica se basa en la producción de los bienes y la prestación de los servicios.

Sin embargo, teniendo en cuenta que cualquier actividad económica del hombre representa una actividad de carácter social, la cual se desarrolla siempre en el marco de una organización social determinada, con una peculiaridad de cooperación y de interdependencia; tenida cuenta que la actividad económica humana nunca produce todo cuanto se necesita y sólo lo que se necesita, y que la ciencia no conoce a ningún hombre que no se halle ligado a los demás por esa interdependencia, se desprende que, en la problemática económica entre, además del problema de la producción, el del reparto de la renta que se ha producido.

Considerando que el objeto de la historia y de la economía, como el de todas las ciencias sociales, no es el hombre sino la sociedad, se desprende que la historia económica debe interesarse no por la renta individual, sino social y por el sistema social de su reparto.

Las resultantes de estos dos factores serán el nivel de vida de la sociedad o, en las sociedades de clases, el nivel de vida de las distintas clases sociales, último resultado de la actividad económica de la sociedad. Los cambios constantes del nivel de vida son una prueba del progreso o de la regresión de la economía.

Con todas las reservas —de las que trataremos en el capítulo sobre la estadística histórica—, teniendo en consideración las dificultades y hasta pueda ser la imposibilidad de encontrar «el denominador común» que en este aspecto nos permitiera hacer una comparación entre las naciones y las épocas, la historia económica dispone de incomparables y objetivos criterios para la valoración del «progreso» o la «regresión», juicios de los cuales carecen las demás disciplinas de las ciencias históricas.

Esto es así porque no sólo la finalidad de la actividad económica sigue siendo la misma en el tiempo y en el espacio (satisfacción de las necesidades materiales humanas) y que el objetivo de la actividad —por ejemplo— jurídica no cambia en lo fundamental (asegurar el orden social existente) sino porque contrariamente a las demás ramas de la vida social, también los diferentes elementos de las mismas necesidades humanas son en el aspecto material muchísimo más duraderos que cualquier otro elemento, lo que permite compararlos.

Esto concierne en particular a las necesidades fundamentales, que desde los tiempos de las sociedades primitivas hasta hoy han venido absorbiendo la mayor parte de las actividades económicas de la humanidad, como son la comida, el vestir, la casa, el preservarse de las influencias atmosféricas, el garantizar la existencia humana y de la especie (reproducción).

Así, podemos dividir los problemas de la historia económica en dos grandes secciones:

a) el problema de la dimensión de la renta social,

b) el problema del reparto de la renta social.

La resultante de todos ellos que entra a formar parte de ambos grupos es el nivel de vida de las distintas clases sociales, y que puede ser, en especial en determinadas épocas, investigado directamente, como «primera escaramuza», pero nunca puede reemplazar la indagación de todos los problemas que forman parte de los dos grupos enunciados, ya que para el conocimiento científico, no es suficiente conocer un resultado, desconociendo los factores que lo han configurado.

Planteada así la cuestión, en especial en la ciencia polaca, es imposible no detenerse en las sugestivas concepciones de

Rutkowski sobre lo que él denomina el «problema de la síntesis en la historia económica».[1]

Hemos polemizado en repetidas ocasiones con esta concepción.[2] A fin de no repetir la totalidad de los argumentos, llamaremos la atención sólo sobre los únicos elementos que tienen importancia para los problemas que aquí estamos tratando.

En primer lugar, Rutkowski, al analizar el reparto de la renta social, la consideró como el camino para llegar a la síntesis de la historia económica, que creyó se trata del objetivo de la actividad económica, pero el cual no es el reparto de la renta, sino la satisfacción de las necesidades, sobre la que en última instancia fluye la magnitud de la renta nacional, así como el sistema de reparto de la misma, con lo que en situaciones distintas y concretas una vez uno, una vez otro de los factores influyen profundamente.[3]

El argumento de Rutkowski, según el cual el problema del reparto de la renta nacional puede llevar a la síntesis de la historia económica porque para analizarlo hay que utilizar las conclusiones de las tres categorías que habitualmente forman parte de la historia económica, no sólo se podía repetir para los problemas de la magnitud de la renta nacional sino que además, a través de la mutua vinculación de las diferentes ramas de la vida económica, se puede utilizar para cada una de ellas escogida de la misma con libertad. Podríamos argumentar que para el pleno análisis del problema, por ejemplo, del comercio exterior, también es necesario averiguar previamente todos los problemas que suelen formar parte de la historia económica. Así que ese camino no lleva a ninguna parte.

En segundo lugar, mantenemos la actitud de que cualquier separación del problema de la magnitud de la renta social en relación con la cuestión de su reparto es un factor abstracto, indispensable (y nosotros mismos lo utilizamos aquí) pero que comporta unos riesgos que todo investigador ha de conocer.

En la realidad histórica concreta no nos hallamos, por ello, ante el factor previo de la producción y luego el del reparto sino que en general este último se efectúa de acuerdo con la producción y que cada etapa de la misma crea las condiciones del mismo.

Esta cuestión asume una importancia especial para el tratamiento dinámico del problema, única forma de tratarlo científicamente.

Todo cambio de la magnitud de la renta social tiene como resultante un cambio en la estructura de su reparto, ya que las clases social y políticamente privilegiadas tratan de descontar sus privilegios en el terreno económico, se afanan por apoderarse de la mayoría del beneficio realizado o de cargarle a las demás clases la mayor parte posible de los gravámenes resultantes de la disminución de la renta social.[4]

Así, vemos un camino hacia la síntesis económica en los problemas del nivel de vida como objetivo esencial de toda actividad económica. El nivel de vida lo consideramos como la resultante de los factores que por una parte influyen sobre la magnitud de la renta social y, por otra sobre su reparto.

La lucha del hombre contra la naturaleza por la magnitud de la renta social tiene para las ciencias humanísticas un contenido tan rico como el de la lucha de los hombres por repartírsela. Así, el combate contra la naturaleza por la dimensión de la renta social es al mismo tiempo una cooperación de los hombres y una contienda entre ellos. La lid por la magnitud es a la vez una lucha por el reparto y viceversa. En la realidad histórica concreta no hay en este caso ni primacía ni carácter secundario. En definitiva, en las distintas épocas históricas, una vez uno, otra vez otro de los grupos de factores tienen preponderancia pero siempre actúan ambos en la resultante. La historia de la lucha del hombre por salir de la miseria y de los combates por liberarse de las injusticias se hallan indisolublemente ligadas históricamente.

Enumeraremos ahora las categorías de problemas de la experimentación histórico-económica según el sistema que se desprende de la concepción de su «síntesis» (Rutkowski) y que nos ofrecen el eje organizativo de los diferentes problemas abarcados por la historia económica.

En cada uno de los puntos nos detendremos sobre las posibilidades de investigación y nuestra ejemplificación estará basada en las distintas épocas teniendo en cuenta las fuentes existentes y las tentativas indagadoras más interesantes.

LA DIMENSIÓN DE LA RENTA NACIONAL

En la época actual cumplimos con esta tarea con la exploración directa y sistemática e incluso a través de las informaciones corrientes. En relación con el pasado debemos proceder indirectamente, lo que también ocurre más de una vez con las indagaciones sobre el así llamado presente debido a los defectos de los documentos estadísticos actuales.[5] Como quiera que no podemos analizar directamente la magnitud de la producción, procederemos en varias etapas.[6]

Las investigaciones sobre la dimensión de las fuerzas productivas

Aquí, la cuestión suele ser distinta en las diferentes épocas históricas. Después de largos siglos el problema preferente es el de los cambios en la superficie de la tierra labrantía. Así,

se trata por una parte de los progresos del asentamiento en las tierras y por otra del problema del surgimiento de los baldíos como consecuencia de las destrucciones de la guerra, las plagas elementales o la opresión social.

También entran en juego el problema de la calidad del aparato productivo, y en el caso de la agricultura, de la calidad de la tierra y la importancia de las inversiones destinadas a elevar su productividad (por ejemplo: el desecamiento o la irrigación, tan importante para ciertos países y en ciertas épocas, como en el Egipto antiguo). Están en juego en este caso la cuantía y dimensión de los talleres de artesanía, las minas, las manufacturas y luego las fábricas, así como la productividad tanto de la tierra como de las empresas de transformación, resultante de las adquisiciones de la historia de los conocimientos técnicos y teóricos de una época determinada, lo cual nos conduce al conocimiento teórico de la magnitud de la producción conseguida en un momento concreto, así como también a los problemas del número de personas aptas para el trabajo y de la cantidad en unas condiciones sociales determinadas (es decir, sin los miembros de las clases privilegiadas que no participan en la actividad productiva), y por último el problema de su cualificación profesional.

En la historiografía polaca las experimentaciones sobre el asentamiento en las tierras, las llevaron a cabo numerosos y destacados científicos con toda una serie de trabajos positivos. La inmensa mayoría de estas búsquedas se limitó a los siglos medievales lo cual es comprensible ya que «la historia socio-económica del Medievo es precisamente la historia de los asentamientos en las tierras».[7] Fueron muy pocos los científicos (J. T. Baranowski) que se ocuparon del asentamiento en la época moderna. Sin tener en cuenta que en el objetivo y en las tareas de la historia de los asentamientos existen muchos malentendidos[8] (una serie de trabajos sobre este tema nos brindan documentos interesantes), por ello nos referiremos a los trabajos de la escuela de Bujak sobre las llamadas «transformaciones del paisaje».[9] Estos estudios con independencia de lo arriesgados que sean los métodos geográficos en ellos utilizados nos brindan datos concretos sobre el estrechamiento de la superficie de los bosques y de los terrenos pantanosos. Si admitiésemos que la extensión de la tierra labrantía equivale a la superficie general menos la superficie de los bosques y de los pantanos y de que la reducción de la extensión ocupada por los bosques y los pantanos se realiza en provecho del aumento de la tierra de labor, obtendríamos para la región de Wielkopolska* los siguientes resultados.[10]

* Región de Polonia occidental que se extiende alrededor de Poznan. (*N. del T.*)

Superficie general	— 32.393 km²
Superficie de los bosques y pantanos a finales del siglo XVI	— 13.266 km²
Superficie de los bosques y pantanos a finales del siglo XVIII	— 9.956 km²
Superficie general de las tierras de labor a finales del siglo XVI	— 19.127 km²
Superficie general de las tierras de labor a finales del siglo XVIII	— 22.437 km²

Esto representa un aumento del 17,3 % en dos siglos.

Tras la obtención de este resultado que prácticamente puede obtenerse sólo en lo que se refiere a determinadas regiones, al investigador le queda por discutir sobre la representatividad de tales resultados para las demás partes del país o la eventual verificación de las mismas a la luz de los documentos de otra índole.

En este caso es la región de Wielkopolska, que como territorio de vieja colonización demuestra cómo es posible suponer más bien un incremento de la superficie de las tierras de labor más bajo que la media de los índices de aquella época; por otra parte, para la misma Wielkopolska los resultados de Hladylowicz son más bien demasiado bajos ya que los datos sobre la extensión de los bosques y de los pantanos al principio son incompletos[11] y ya que también en este lugar un determinado porcentaje del aumento de la superficie labrantía corresponde al cultivo de los terrenos arenosos o de los pastizales. Ambas consideraciones se anulan en parte, lo cual aumenta la representatividad de los resultados obtenidos de los materiales concernientes a Wielkopolska en relación con el territorio de toda Polonia, cuya verificación podría hacerse con el registro del impuesto *lanowe*. (En la Polonia del siglo XVI los campesinos se dividen en *lanowych* y en *semilanowych*. El valor del impuesto era de 12 groszys. 1 zloty = 20 groszys.)

Pero este método verificativo presenta grandes dificultades ya que en el registro *lanowe* no figuran las tierras señoriales y los registros de impuestos están a medio hacer y con un procedimiento más bien clasista del aparato financiero.

Desde mediados del siglo XIX nos encontramos con una estadística más o menos regular de las explotaciones agrícolas. La tarea del historiador comienza en estas condiciones por la crítica de la veracidad de las fuentes iniciada con los trabajos de Grawski y de Kirkor-Kiedroniowa sobre el Reino polaco Congresista.

Establecer la magnitud y la «capacidad productiva» de las demás superficies (bosques, aguas, etc.), presenta mayores dificultades aún. En los tiempos antiguos no toda la extensión

de bosques tiene un valor económico. Por regla general, éste disminuye en proporción con su mayor amplitud. Las investigaciones sobre su explotación, su aprovechamiento por las industrias de la madera, etc., constituye en Polonia un problema medio abandonado y que sólo en los últimos años se ha tomado con un cierto interés.[12]

La cuestión es parecida en lo que respecta al aprovechamiento económico de las aguas a pesar de que los trabajos de Rybarski[13] antaño y de Topolski[14] recientemente abren posibilidades en este terreno.

Existen relativamente grandes posibilidades en la indagación de las fuerzas productivas en la ganadería. En general, los inventarios del ganado son muy escrupulosos y muy a menudo hay uno en cada explotación. Aun cuando este último inventario no exista, no tiene importancia ya que es conocida la enorme preponderancia de la cría de ganado por los campesinos hasta finales del siglo XVIII.

Desde comienzos del siglo XIX también en este terreno disponemos de una estadística oficial más o menos regular.

En la historia de la ganadería las investigaciones no son muy satisfactorias en Polonia. Hace ya 40 años que Rutkowski adelantó la tesis sobre una insignificante merma de la cabaña nacional en este país, resultado de las guerras de mediados del siglo XVII.[15] Esta tesis se basaba en una sola fuente documental y desde entonces no contamos con ninguna nueva respuesta a este problema a pesar de sus posibilidades.

En lo que concierne al inventario de los aperos agrícolas las dificultades son tremendas, ya que éstos no cambian y si lo hacen es sólo en las explotaciones de tipo capitalista y en la época de la servidumbre, la mayoría de los instrumentos de producción se hallaban en manos de los campesinos. Aquí nos vemos reducidos a utilizar la ejemplificación extraída de los inventarios de las heredades campesinas, etc. En el siglo XIX tampoco es fácil de analizar este tema. La estadística oficial no se suele ocupar de este problema, y en los archivos de la corte, importantes para aquella época que distinguen el papel de los instrumentos de producción poseídos por las explotaciones agrícolas en arriendo, no abarcan los aperos del campesino.

El conocimiento de la magnitud de las fuerzas productivas relacionadas con la transformación de los productos plantea otros problemas y dificultades.

En este caso resulta bastante fácil la tarea de establecer el número de las empresas de producción. Pero el cálculo de su potencial productivo antes de finales del siglo XIX suele ser un hecho excepcional relacionado con el valor casualmente excepcional de la documentación o en caso de haber hecho indagaciones monográficas especiales sobre las empresas particulares.

Pero esta dificultad no resulta mayor mientras que tengamos

que referirnos a la artesanía puramente feudal. Mientras el sistema de las corporaciones funciona de manera adecuada, todo él tiende a la nivelación interna y las diferencias cualitativas que se manifiestan entre los distintos talleres no son esenciales, con lo que la modificación del número de los mismos es un índice suficiente del cambio del potencial de producción en una rama determinada de la transformación de los productos, o una aproximación. Lo mismo ocurre con los hornos de fundición y en menor grado con la corporación minera. A medida que el sistema corporativo va desmoronándose, el método empieza a fallar.

Referente a las grandes empresas de transformación (manufacturas, fábricas), su número mismo es ya muy elocuente a pesar de sus grandes diferencias. El índice ideal bajo un criterio estadístico —de poderlo calcular— es la cuantía del personal empleado y la importancia de la energía mecánica. De faltar estos datos, nos queda la vía indirecta de las investigaciones monográficas sobre las empresas.

Para las experimentaciones de la época del feudalismo todas estas dificultades no son esenciales. Para las investigaciones del período del capitalismo verdadero disponemos de los materiales que bajo forma de estadísticas oficiales, mejor o peor, pueden aprovecharse para este fin tras un adecuado examen. Las dificultades crecen de modo inconmensurable en las indagaciones sobre el tránsito del feudalismo al capitalismo, del período de desmoronamiento de aquél y del fortalecimiento de éste.

Respecto a las fuerzas productivas como son el trabajo humano y su cualificación, el problema se divide en dos partes. El cálculo del número de personas aptas para la labor aunque no sea fácil, cuenta sin embargo con los métodos ya elaborados por la demografía histórica. Pero, a veces, es difícil establecer la cantidad de personas aptas para el trabajo que se ocupan del proceso productivo, sobre todo como consecuencia de los privilegios de clase. En cambio, el conocimiento de las cualificaciones profesionales a escala masiva, se yuxtapone en la práctica con el conocimiento de las estructuras profesionales de la población que en la época feudal es posible aprehender en lo que respecta al número de campesinos con los inventarios y en cuanto a la población urbana con los materiales de las corporaciones. En la época capitalista ya encontramos las estadísticas de la enseñanza profesional y después con la diferenciación en las estadísticas oficiales de las llamadas profesiones «subjetiva» y «objetiva».

Las cualificaciones excepcionales en su tiempo como un fenómeno de naturaleza individual pueden indagarse más bien monográficamente por los historiadores competentes de la técnica y la cultura material y cuyos resultados pueden ser aprovechados por el historiador económico.

Esta clase de cuestiones debe responder a la pregunta de cuál ha sido, en una economía determinada, la producción que se ha realizado en comparación con la que se podía alcanzar.

Si dispusiéramos de las mejores fuentes documentales, el conocimiento de las fuerzas productivas y de la intensidad de su aprovechamiento debe darnos la magnitud global de la producción para la totalidad de la economía social o para una de sus ramas, contando entonces con el problema de la no utilización de todo el potencial productivo, el desempleo, etc.

Aquí existen dos clases de problemas: el análisis del número de medios de producción paralizados y la indagación de la intensidad con que se utilizan los medios de producción en servicio.

El primer problema tiene una importancia especial en la época capitalista en relación con el carácter cíclico de la vida económica. Las oscilaciones coyunturales hacen que los medios de producción existentes en la sociedad suelan estar paralizados por largo tiempo.[16] Las investigaciones han de conocer los aspectos sociales de la cuestión, como son el hecho de que, durante las crisis, la inmovilización de las fuerzas productivas pertenecientes al gran capital, al capital medio o pequeño no se opera de igual modo. Lo mismo sucede en la agricultura donde el paro suele ser menos extenso y las fuerzas productivas de la pequeña propiedad no se hallan inmovilizadas ni siquiera en los períodos de grandes crisis sino que son utilizadas aun en las condiciones menos rentables.

El fenómeno de la paralización de las fuerzas productivas como resultado de la recesión coyuntural se manifiesta también en la historia polaca del siglo XIX, pero el estado actual de las experimentaciones no permite saber desde cuándo. Sin embargo, es anterior el fenómeno del paro de las fuerzas de la producción por otros motivos, como son los políticos, como sucedió en la industria textil a raíz de la Insurrección* de noviembre del año 1830.[17]

En la época feudal es importante el fenómeno (que suele durar mucho tiempo) de la paralización de las fuerzas productivas a consecuencia de las destrucciones de la guerra o provocada por las migraciones de la población que huía ante el invasor.

En este caso nos encontraremos con el viejo problema en nuestra ciencia, como el de las tierras baldías que aún se discute. Las destrucciones de las guerras de mediados del siglo XVII, tan documentadas gracias al censo de 1660[18] y que fueron analiza-

* Insurrección nacional polaca contra la dominación zarista y que duró desde el 29 de noviembre de 1830 hasta octubre de 1831. (*N. del T.*)

das por Rutkowski[19] y después por Rusinski,[20] han sido tratadas ahora en varios trabajos.[21] Sin embargo sigue pendiente la cuestión de saber cuál fue la duración de aquellas devastaciones y cuándo y con qué ritmo las fuerzas destruidas por las guerras empezaron a reanimarse, etc.

El segundo grupo de las cuestiones es el de la intensidad de utilización de las fuerzas productivas. Se trata de establecer el rendimiento medio de la agricultura (por ejemplo, por unidad de cultivo), de la cría del ganado (como el rendimiento medio de las vacas de leche) o de la industria: rendimiento medio diario de un taller de artesanía, de una manufactura, o del trabajo en las minas.

El historiador deberá utilizar aquí los resultados obtenidos por los historiadores de la técnica o de la cultura material. Pero en muchos casos, él mismo tiene la posibilidad de emprender las búsquedas de estas cuestiones, lo que concierne sobre todo a los períodos en que dominaba en la producción una técnica rudimentaria.

Las investigaciones sobre la dislocación de la renta nacional en el tiempo

Aquí hay que tener en cuenta sobre todo dos clases de problemas: la capitalización y la utilización de los ahorros, que en teoría son de los más trascendentales desde el punto de vista de la concepción de la síntesis de la historia económica, ya que son ellos los que nos permiten hacer una investigación dinámica de la misma.

No toda la renta social es consumida, ya que hay que sacar de ella la parte destinada a la reconstrucción de las fuerzas productivas o al incremento de las posibilidades de producción en el futuro. Al no producirse el fenómeno de la recesión económica, esta parte debe ser lo suficientemente importante como para aumentar la renta nacional al menos de modo proporcional al aumento de la población. Pero a veces nos encontramos con que no sólo no existe un proceso de inversión sino que se produce el fenómeno contrario de la no renovación de las instalaciones existentes, la no amortización de las mismas, la disminución de las reservas, el consumo del trigo destinado a la siembra, etc. Esto equivale a vivir con los ahorros y al mismo tiempo a mermar la capacidad productiva en el futuro.

Mas estos problemas no tienen la misma importancia en todas las épocas. La renta nacional producida y la renta nacional consumida por una sociedad determinada no deben yuxtaponerse, pero cuanto más nos remontemos en el pasado (o cuando pasamos de los países económicamente desarrollados a los países más atrasados) más han de yuxtaponerse. Cuanto más

nos alejemos de la época del capitalismo, menor ha de ser con relación a la producción actual el papel jugado, por ejemplo, por las inversiones a largo plazo, éstas han de ser menos costosas (y asimismo ha de ser menor el papel que, en relación con la magnitud de la producción social juegan las dislocaciones provocadas por los intercambios internos de los cuales ya trataremos).

Pero no se debe subestimar estas cuestiones incluso las de las épocas más remotas, ya que hasta la más pequeña inversión en una fuerza productiva de bajo nivel tenía que absorber un gran esfuerzo social y ya que la explotación económica en una escala cada vez mayor de tiempo constituye un síntoma importantísimo del desarrollo económico.

El problema de las inversiones era analizado por la ciencia hace ya mucho tiempo, pero como quiera que la vieja ciencia no lo investigó como tal problema, estas indagaciones son sólo fragmentarias.

Parte de las investigaciones sobre las actividades inversionistas son las cuestiones de los asentamientos, que en Polonia tienen una rica literatura. Y de la importancia social que asumían los problemas inversionistas incluso en el comienzo del Medievo, basta con echarle una ojeada a la Vida de los Santos. ¡Cuántos temas inversionistas contienen! ¡Cuántos santos no merecieron su devoción por haber desecado los pantanos o haber construido puentes con ayuda de los ángeles —el puente de Avignon— cosas todas ellas tan necesarias a la humanidad! Vemos que en la Alta Edad Media se sabía rendir homenaje a los inversionistas.

Las investigaciones sobre la magnitud de las inversiones y en primer lugar su importancia en la renta nacional, el porcentaje de la producción social que absorben, tropiezan con tremendas dificultades que en cierto modo se parecen a las que encontramos actualmente en el cálculo inversionista: ¿cómo valorar las inversiones cuando una gran parte de sus bienes no entran en el circuito comercial y por lo tanto no tienen un precio fijado en el mercado? Pero estos obstáculos los encuentra el historiador a cada paso en sus búsquedas económicas cuando el mercado y el comercio tienen una importancia relativamente reducida, es decir, en casi toda la historia. La dimensión del problema está determinada por la teoría y el investigador ha de hallar sus métodos adecuados.

Cuanto más nos acercamos al capitalismo las búsquedas son más fáciles, ya que se crea un mercado de los bienes de inversión, aparecen los archivos de las fábricas y, después, los informes de las Sociedades de accionistas.

La problemática inversionista se halla íntimamente vinculada a los problemas que hemos tratado en el punto 1, pues se trata precisamente del incremento de las fuerzas productivas.

De aquí que ante la falta de los correspondientes materiales documentales para la investigación directa de las inversiones, se establezca indirectamente su magnitud a través de la magnitud de las fuerzas productivas.

No hay muchas fuentes sobre las minas en la Polonia del siglo XVI, pero sí los materiales para comprobar el incremento de las mismas, lo que nos permite obtener los resultados de las inversiones.

Igual ocurre con la agricultura y la ganadería, sobre cuya importancia siempre encontraremos los medios para ilustrarla.

Es obvio extendernos sobre la importancia trascendental de las inversiones en el aspecto social. En el sistema capitalista la cuestión está ligada a las oscilaciones de las fases coyunturales, que influyen muy profundamente en las clases humildes. En el sistema feudal, con su característico modo de «financiación» de las inversiones sin recurrir al dinero, el problema está unido estrictamente con los gravámenes que pesan sobre los campesinos, con los padecimientos de las capas inferiores de la población.

Por otra parte, la cuestión de las inversiones está vinculada a la productividad laboral, aun cuando en el feudalismo se manifiesta débilmente en razón del carácter extensivo de las inversiones (por ejemplo, la extensión del área de cultivo de las tierras). No obstante también se manifiesta y, aun cuando sea en unas proporciones mínimas en comparación con el capitalismo, tiene una importancia no menor para su época.

Las investigaciones sobre la dislocación de la renta nacional en el espacio

Aquí, se trata sobre todo del problema del comercio exterior. Una sociedad determinada puede incrementar sus capacidades de capitalización y de consumo, por ejemplo, como resultado de un aumento de las importaciones respecto a las exportaciones (con lo que de acuerdo con la denominación comercial tradicional tendremos una balanza «deficitaria», o por el contrario aumentar las exportaciones en detrimento de las importaciones lo que nos da una balanza comercial «excedentaria»). Pero, ¿para quién?

Más de una vez, la dislocación en el espacio se liga a la dislocación en el tiempo tratándose del crédito. Utilizamos aquí la definición comercio «exterior» en lugar de «extranjero» ya que el problema es extenso y depende del objetivo escogido para ser investigado. Las experimentaciones de este género pueden referirse a una región determinada, lo cual es tanto más importante para los países donde existen diferencias en el nivel económico de las distintas regiones, y mucho más aún a medida que el ca-

pitalismo se va desarrollando ya que entonces estas diferencias son la regla.

Las cuestiones del comercio exterior tienen una gran importancia en la ciencia polaca. Mejor conocidas que otros problemas —al menos igual o mejor que los problemas importantes, lo cual puede considerarse como una regla internacional debido a la abundacia de las fuentes documentales— han sido causa de importantes trabajos, conceptos y debates que han permitido crear un cuadro general de la situación a través de los siglos. Estos problemas fueron investigados más intensamente que la historia del comercio interior aun cuando ésta fuera en determinadas épocas de una importancia mayor. El comercio interior, más difícil de analizar en las fuentes, sólo fue examinado extensamente en los períodos en que éstas se hallan incluidas en alguna institución jurídica, la cual, por naturaleza, dejaba tras sí una fuente documental. En cuanto esta institución desaparece, es decir, tan pronto el comercio interior empieza a ser más importante en la vida del país, este tema desaparece de la historia.

En general, con respecto a los problemas del comercio exterior los historiadores estuvieron influenciados por la concepción mercantilista del «excedente» y el «déficit». Se confirmó sobre todo el carácter «excedentario» duradero de esta balanza en el siglo XVI y la duración de su carácter «deficitario» en el siglo XVIII, llegándose a la conclusión de lo provechoso del primero y de las dificultades del segundo.

El elemento valorativo que se encierra en esa terminología tiene en lo fundamental una significación histórica que debemos valorar. Era racionalmente justificada para la época del mercantilismo que la creó. Para los países que aspiraban a su industrialización —manufacturera— por medio de un proteccionismo de su política comercial, la balanza activa era excedentaria y la pasiva deficitaria, valoración que desaparece en las épocas anteriores. Así, el llamado Gobierno General* tuvo durante todo el período de su existencia una balanza comercial «excedentaria» en razón de la exportación de sus productos a Alemania sin ninguna contrapartida en la importación a Polonia, y sería difícil por este motivo apreciar la situación de su economía, aunque los alemanes hubiesen pagado en oro, ya que al no poder ser cambiado por mercancías, no habría cubierto sus necesidades. Por último, si con ese oro el Gobierno General hubiera comprado las mercancías necesarias, la balanza comercial hubiese dejado de ser excedentaria.

Este ejemplo, extremado en la historia del siglo XX, tiene sus analogías en las épocas más antiguas. Y si aquí no se trata ya de ningún comercio sino de saqueos, que la historia del comercio

* Administración creada por los nazis en Polonia el 25 de octubre de 1939. (*N. del T.*)

internacional conoce muchos ejemplos similares como sucede con los países coloniales y en general las naciones atrasadas, entre las cuales a veces ha estado Polonia.

Ante la magnitud de la renta nacional que una sociedad indagada determinada ha producido debemos considerar todos los factores que con el criterio económico y político han contribuido a su incremento o a su disminución.

De ello resulta que en las categorías puramente económicas —y éstas son las que entran en juego como factores decisivos sobre el comercio exterior polaco en los siglos XVI y XVIII— de un carácter duradero, es poco probable la manifestación durante un largo período del fenómeno de la balanza comercial «activa» o «pasiva», ya que si ésta fuese «excedentaria» significaría que las exportaciones son mayores que las importaciones, por lo que la diferencia habría de abonarse con oro extranjero lo que significaría un aflujo constante de divisas junto a una salida constante de mercancías, lo cual llevaría por necesidad a la inflación o al aumento de los precios, sobre todo de los productos para la exportación. Este aumento de los precios habría de traducirse más tarde o más temprano en la no rentabilidad de las exportaciones, lo que contribuiría a favorecer el equilibrio de la balanza comercial.

En el caso contrario de aparecer durante largo tiempo una balanza comercial «deficitaria», entonces existiría el riesgo de la inflación.

Pero en la Polonia del siglo XVI nos encontramos con una constante y fuerte alza de los precios, en especial de los artículos de exportación —trigo— a pesar de que la «deterioración de la moneda» tan conocida en la época medieval ya no existe entonces y que por lo tanto el alza de los precios se opera a causa del mecanismo del comercio exterior, ya que durante la llamada «revolución de los precios» en Occidente, el comercio internacional se extendió a un número cada vez mayor de países. Así, sólo puede ser testimonio de la duración de la balanza comercial «excedentaria» en Polonia, el alza de los precios más importante en este país que en el Occidente, aunque al parecer las cosas no son así. También, en el siglo XVIII hay escasez de las gruesas monedas; pero los precios aumentan en lugar de subir, y ello debió de ser, o bien a causa de los pocos conocimientos de la balanza del comercio exterior en aquellas épocas o a fenómenos desconocidos en la balanza de pagos.

Para evitar malentendidos, se debe reconocer que, en la época capitalista y en especial en la imperialista, vemos a menudo la aparición duradera de las balanzas comerciales «excedentarias» o «deficitarias» como resultado de que tienen cada vez mayor importancia otros elementos de la balanza de pagos como son la exportación de capitales o de los dividendos y las transacciones crediticias a largo plazo. En las condiciones de la economía

mercantil simple sobre la balanza de pagos decide la balanza comercial sin contar con los botines de guerra, las contribuciones, los tributos, etc.

Así, vemos que al lado del papel relativamente importante desempeñado por la economía natural de un país, el comercio exterior asume una importancia trascendental para la totalidad de la economía mercantil, lo cual se puede comprobar comparando los datos estimativos sobre la circulación del dinero (pese a la parcialidad de los mismos, resultante del cosmopolitismo monetario) con los datos de la magnitud de los intercambios del comercio exterior. Así, esa inflación o esa deflación han de revelarse pronto y con claridad.

Las búsquedas en la historia del comercio exterior se hallan, así, muy adelantadas en Polonia, y un poco menos en los materiales de la historia de los precios. En cambio, las investigaciones sobre la circulación monetaria y sobre los rasgos peculiares del dinero en la época feudal,[22] casi no existen. Apenas tampoco las tentativas de relacionar las cuestiones del comercio exterior con la problemática de la circulación fiduciaria, de los precios y por último con la magnitud y el reparto de la renta nacional de tanta importancia.

En la época del capitalismo estos problemas se presentan de otra manera, pero se hallan incomparablemente mejor elaborados.

Los servicios

La disputa sobre la cuestión de la incorporación o no de los servicios en la renta nacional planteada entre la ciencia burguesa y la ciencia marxista no será objeto de nuestro análisis.

La producción mercantil de los servicios tiene una significación tanto menor cuanto más nos remontamos en el proceso histórico, pero existe siempre la posibilidad de «interpretar» los cálculos obtenidos a través de unos razonamientos para los otros y viceversa. Por último, el estado real y el carácter de las fuentes históricas apenás permiten esclarecer estos problemas.

En este caso aparece una sola pero muy importante categoría de servicios sobre cuyo carácter productivo coinciden la ciencia burguesa y la ciencia marxista, es decir, los transportes.

Las indagaciones en organización social, la técnica y el coste de los transportes de mercancías empezaron hace poco tiempo en Polonia. Su importancia es trascendental para las averiguaciones en la historia económica, ya que son las que permiten comprender los procesos del desarrollo de la división social del trabajo, la regionalización de la producción, la conformación de los vínculos económicos extralocales y del mercado nacional.

Esta problemática tiene una importancia especial para la época de la disgregación del feudalismo y los comienzos del capitalismo ya que por una parte se fortalece y que por otra el relativamente bajo desarrollo de las fuerzas productivas con respecto a las necesidades de esa época originan la ocupación de una gran masa de mano de obra en el transporte[23] que merece examinarse.

EL REPARTO DE LA RENTA NACIONAL

A fin de conocer la estructura del reparto de la renta nacional, es necesario seguir una vía complicada. Esta problemática se divide en las siguientes cuestiones:

1. *Número de la población y su estructura* (*demográfica, económica, social, y comunidades nacionales*)

Ya que es preciso saber entre quién se ha de repartir esta renta. La estructura demográfica tiene aquí mucha importancia como medio auxiliar para fijar los datos globales de la población con fuentes fragmentarias, así como cuando se trata de establecer la correlación de las profesiones activas y de las pasivas en las diferentes clases sociales (en las fuerzas productivas sólo figuran los habitantes aptos para el trabajo mientras que toda la población entra en el consumo).

La estructura económica y social de la población constituye el punto de partida para los razonamientos sobre el reparto de la renta nacional, por el cual luchan más las clases que los individuos o los individuos como miembros de las clases, y cuya acción está muy determinada por la actitud de cada estrato social.

Constituye un complemento importante la estructura nacional ya que el criterio de las nacionalidades puede ser más de una vez algo suplementario para el reparto clasista como ocurre con los alemanes en las nuevas ciudades polacas nacidas en la Edad Media o en la industria polaca del siglo XIX con la situación social de los judíos de la clase obrera, etc.

Además de la situación de la población debemos conocer los fenómenos relativos a su movilidad, lo cual es muy importante al operar con grandes períodos de tiempo, así como el movimiento natural de la población (son «no naturales» los cambios provocados por la mortandad masiva a consecuencia de las guerras o las epidemias) y también por sus migraciones. Por diversas razones y a consecuencia del movimiento de la población, puede haber variaciones en las clases sociales (bajo índice de nacimien-

tos en algunas de ellas, emigración de otras, como los artesanos protestantes de Francia después de la Revocación del Edicto de Nantes). Se producen cambios importantes como resultado del paso de una clase a otra, siendo cada vez más fuertes y mucho más que bajo el feudalismo donde son desconocidos. El *Liber Chamorum* y las investigaciones sobre la composición social del ejército polaco en el siglo XVII nos brindan valiosos datos. Cada uno de estos problemas tiene para esta concepción una gran significación.

Sobre los grandes problemas metodológicos de las experimentaciones en la demografía histórica trataremos más adelante en el capítulo especialmente dedicado a estos problemas. Aquí, sólo queremos señalar algunos problemas de las búsquedas en la estructura social y económica de la población.

La adaptación de las categorías investigadoras al objeto analizado así como el carácter de las fuentes que en cierto grado limita las posibilidades indagadoras hace que en éstas sobre la antigua Polonia domine el interés por la estructura de sus estamentos, lo que es importantísimo, pero que no puede solucionar todas las estructuras sociales y económicas del pueblo.

En el clásico feudalismo la división en estamentos corresponde en lo fundamental a la división en clases. Pero el carácter hereditario de los estamentos —vulnerado a veces aunque no masivamente— hace que con el tiempo, como consecuencia de las transformaciones de la vida económica y social, comience a perfilarse una diferencia cada vez mayor entre la división en estamentos y la división en clases.

Tanto lo específico del sistema analizado como el de sus fuentes documentales obligan a indagar sus estructuras según el criterio estamental, planteándose de modo inevitable y necesario la cuestión de encontrar un método que permita pasar del fácil conocimiento de la estructura de los estamentos al conocimiento de las estructuras sociales y económicas basadas en otros criterios y sobre todo en los clasistas.

Aquí aparecen los grupos de problemas siguientes:

a) Relación con respecto a la posesión y la disposición de las fuerzas productivas. Propietarios: la nobleza de la tierra y los nobles sin tierra; la nobleza empleada en la administración de los grandes latifundios, en la milicia y en el ejército, la magistratura, etc.; los burgueses propietarios de «empresas» que emplean una mano de obra, los habitantes de las ciudades que producen mercancías, los burgueses que no poseen fuerzas productivas.

Aquí, la ciencia polaca conoce bastante mejor la estructura del campesinado. La concepción de la población con estas categorías explican sus relaciones con el proceso de producción (como el «horizonte económico» a corto plazo de la nobleza arrendadora y a largo plazo de la nobleza propietaria, etc.).

b) Los intereses distintos e incluso las contradicciones. La división en clases encierra la concordancia fundamental de los intereses de cada una de ellas. En las corporaciones profesionales la concordancia se manifiesta sólo en el feudalismo «clásico», dejando después el paso a un antagonismo más o menos declarado. Los poseedores de la tierra y sus arrendatarios o administradores, aunque también pertenezcan a la nobleza, la nobleza «burocrática» y la que mantiene su posición gracias a los beneficios de la corte, etc., constituyen ejemplos clásicos difíciles de indagar.

c) La resultante de los dos puntos anteriores es la diversidad y hasta la heterogeneidad de las oscilaciones del nivel de vida de las diferentes capas pertenecientes a un mismo Estado. Sin caer en el concepto mecanicista se puede afirmar que estos fenómenos influyeron muchísimo en la actitud política de estas clases en los momentos trascendentales, como a finales del siglo XVIII. Las generalizaciones formuladas hasta ahora en este terreno revisten casi siempre un carácter necesariamente apriorístico y sólo importante en tanto que hipótesis.

La no apreciación de esta problemática caracterizó el tratamiento esquemático del problema de la estructura de clases y el antagonismo entre éstas, durante los diez primeros años de la posguerra, lo que concierne sobre todo a la transformación de las capas dominantes. Pero la diferenciación de cada estamento dominante tiene una importancia fundamental para la experimentación de la vida social de una época determinada. El problema es tanto más importante cuanto más nos remontamos a unos tiempos en que la actividad política de las masas populares, siendo grande y a veces decisiva, influyó en la actitud política de las diversas clases del estamento privilegiado.

En Polonia estos problemas tienen una importancia especial como resultado del mayor número de la nobleza que en cualquier otro país y de su dislocación en diferentes clases, primero en el período de la oligarquía de los magnates y después durante la prolongada decadencia del feudalismo.

La búsqueda del método que nos permita pasar del conocimiento de la estructura de los estamentos de la sociedad feudal al conocimiento de la estructura de clases es una tarea trascendental, en especial para la investigación de las postrimerías del feudalismo.

2. *Repartición de la disponibilidad de las fuerzas productivas*

Utilizamos aquí una formulación general, para evitar sobre todo el empleo del término «propiedad» por pertenecer a un problema más extenso, como es la posición del estarosta —símbolo del labrador polaco— en relación con los bienes que tiene

a su cargo y que no son de su propiedad, y en una palabra, los intereses de los que disponen de estas o aquellas fuerzas productivas, de los representantes de las diferentes capas sociales en la organización social del proceso de producción (empresa). La correlación de las fuerzas existentes en el seno de una unidad de producción —definición que evita la expresión inadecuada de «empresa»— decide del primer reparto de la renta producida en el marco de esa unidad productiva. En la pequeña explotación agrícola mercantil, esto se realiza directamente por el reparto de la cosecha.

Esta fue la problemática que constituyó el eje principal[24] de los trabajos metodológicos de Rutkowski. Aún tendremos la oportunidad de formular nuestras observaciones críticas en los capítulos sobre el micro y macroanálisis en la historia económica.

3. *Las influencias de la economía de mercado*

Los problemas reunidos en esta sección constituyen un complejo considerable, complicado y difícil. Simplificando y simbolizando en cierta forma la cuestión podríamos afirmar que se trata de la transición del beneficio nominal y del salario nominal al beneficio real y al salario real. Y aquí entran los problemas fundamentales del mercado, de la historia de los precios, los problemas del crédito, de la competencia, de la lucha por el mercado, etc., es decir, de todo el conjunto de experimentaciones en el mercado por mediación de la observación de las oscilaciones de los precios que ya estudiaremos oportunamente.

4. *Segundo reparto de la renta nacional (correcciones introducidas en el reparto por la participación en el mismo del Estado y de otras instituciones públicas como son los municipios y la Iglesia)*

Aquí, han de tomarse en consideración las prestaciones en beneficio del Estado y de otras organizaciones públicas, y en especial las diferencias en la repartición de estos gravámenes entre las distintas clases sociales,[25] pues si éstos se repartieran proporcionalmente, podríamos abstraernos de ellos para el análisis de otros problemas. Pero, por lo regular, tienen un carácter de clase. Así, entran en estos problemas todos los de las finanzas y con la particularidad de que en contra de la práctica tradicional, en esta concepción deben de tener más importancia esas desigualdades en los gravámenes y las cuestiones como la desgravación fiscal, el aprovechamiento distinto por parte de las diferentes clases de los servicios del Estado, la «financiación» por éste de determinados grupos de las clases privilegiadas (dis-

tribución de los bienes bajo el feudalismo y dotaciones para la industria capitalista, etc), y que también existen en el aspecto financiero de las administraciones regionales y comunales, de las corporaciones profesionales y en los bienes de la Iglesia.

Los problemas de la historia de las finanzas pertenecen como los del comercio exterior y por las mismas razones a los que están mejor investigados tanto en Polonia como en general en todos los países. Pues existe una importante base de fuentes documentales que abarcan sistemáticamente largos períodos de tiempo. En Polonia, las experimentaciones de Pawinski, Rutkowski, Korzon, Jasinski, Nycz, Zoltowski, Radziszewski, y en especial de Rybarski, basadas en una rica fuente de conocimientos, permiten emprender trabajos de mayor alcance sobre su interpretación. Pero el pasar del análisis formal al análisis social de la historia financiera se tropieza en las condiciones polacas con algunas dificultades específicas ligadas a lo específico del régimen. La riqueza y la exactitud de las fuentes histórico-financieras dependen de dos factores: de la necesidad de un control sobre el aparato financiero, factor que existe en cada Estado organizado ya que siempre hay alguien que controla a los funcionarios de hacienda, y por el carácter parlamentario del control financiero, aunque este factor sólo se manifiesta cuando la institución parlamentaria se halla suficientemente desarrollada.

En la historia polaca y en especial en la época de la oligarquía de los magnates, los investigadores financieros suelen recalcar la poca precisión de los decretos financieros (impuestos), la concentración del control financiero en determinados capítulos y, por último, la descentralización financiera, tan típica para la época de los «Gobiernos de los Sejm». Pero, ¿cómo explicar la falta de precisión de los decretos fiscales en Polonia a pesar de las importantes tradiciones del parlamentarismo polaco y la existencia de unas instituciones parlamentarias tan poderosas? Ello se explica porque en las Dietas polacas de aquella época sólo participan los representantes de la nobleza. En las decisiones financieras y por tanto en el control de las mismas por el Parlamento existe no sólo la aspiración del Parlamento a ejercer el poder ejecutivo sino que aparecen cada vez en primera fila los compromisos entre las fuerzas sociales representadas en él; al decretar las formas determinadas de los gravámenes con sus correspondientes cuantías, el Parlamento actúa así por un compromiso interno ya que que cada forma fiscal es gravosa para las demás capas de la sociedad. Al decretar las imposiciones, la Dieta polaca no debía precisar si habían de ser pagadas por los campesinos o si se trataba de los impuestos sobre las bebidas. Pues los interesados tampoco podían opinar. El impuesto *lanowe* lo pagaban los campesinos, en tanto que el impuesto *chopowe*, sobre las bebidas, lo costeaban los habitantes de las urbes. El Sejm hubiese podido entregar la decisión definitiva

sobre este problema a los órganos inferiores de sus regiones y municipios. El Sejm de la nobleza se limitaba a decretar la suma total que debía afluir al Tesoro sin importarle de qué manera y qué capas de las masas trabajadoras eran las víctimas. De aquí que sus decretos sólo sean precisos al referirse a los compromisos contraídos dentro del mismo, es decir, en cuanto al reparto de los gravámenes entre las clases representadas en él o sea la nobleza, los magnates, la Iglesia y el rey, o cuando se trata del reparto fiscal entre las provincias, haciéndolo con precisión en sus decisiones y con un control esmerado. Los investigadores han confirmado esta extraña falta de precisión de los decretos fiscales del Sejm, como una imperfección de las formas parlamentarias y financieras, hipótesis que de aceptarse averiguaciones posteriores podrían aclarar para quiénes esta «imperfección de las formas» podría ser perfecta.

Si aquí nos referimos a esas cuestiones es para señalar las dificultades que el investigador ha de vencer. Con mucha frecuencia, la persona que efectúa un pago al Tesoro no es la misma que de hecho soporta ese gravamen. El fenómeno de la distribución fiscal pertenece tanto al capitalismo como al feudalismo. En este último, existe además como regla que el gran latifundista reparta las imposiciones estatales entre sus súbditos. Sin embargo, como resultado de la estructura social específica de Polonia, el historiador polaco suele tener dificultad para esclarecer estos problemas y determinar las clases sociales y en qué medida soportan las cargas fiscales del Estado.

5. *La lucha por el cambio del sistema de reparto de la renta nacional*

El sistema de reparto de la renta social se justifica a sí mismo por la elaboración de una ideología determinada, de la propagación de la misma a través de la enseñanza, la labor cultural y otros medios educacionales, con ayuda del código civil y en especial del código penal, disputándole a las fuerzas contrarias los medios de atenuación de las injusticias como son las actividades filantrópicas, la asistencia y la legislación social, etc. Su defensa es la fuerza.

Se lucha contra el sistema de reparto de la renta social con ayuda de la elaboración de una ideología contraria, la propagación de la misma, la actividad en asociaciones, la batalla económica, el sabotaje de los elementos del sistema, y por último asimismo de la fuerza.[26]

Todos estos problemas no pertenecen ya a la historia económica. Los resultados de la indagación de tales cuestiones deben ser tenidos en cuenta por la historia económica. No nos referimos a las conclusiones de todas las investigaciones de las ideo-

logías clasistas ni los movimientos sociales, sino sólo a los aspectos de los mismos que conciernen a su problemática.

Por último, las experimentaciones así emprendidas, los resultados obtenidos en los análisis de las cuestiones de estos grupos deben permitir conocer el nivel de vida de las distintas clases sociales y sus cambios en el tiempo. El grado de aproximación aquí obtenido depende de hecho de su documentación. Pero es posible afirmar que siempre es posible llegar a alguna aproximación si no del conocimiento del nivel de vida absoluto, al menos sus cambios, lo cual es lo más importante para el historiador. La orientación de los cambios ha de darnos a conocer los progresos, el estancamiento o la regresión de la economía social, ya que estos conceptos tienen para la problemática económica un sentido mucho más concreto, verificable y mensurable que en cualquier otra rama.

CRITICAS Y RESERVAS EN TORNO A LOS PUNTOS ANTERIORES

Pueden formularse muchas reservas esenciales en relación con los conceptos que acabamos de adelantar.

La crítica esencial desembocaría en la tesis según la cual el objetivo real de la actividad económica ha sido siempre la satisfacción de las necesidades, la máxima satisfacción de las necesidades de acuerdo con los medios disponibles aun cuando estas necesidades sufrieran en sí mismas cambios fundamentales. Incluso las necesidades más duraderas, como son la comida, el vestir, la vivienda, la preservación de la salud, etc., han sido satisfechas de las más diversas maneras y resulta difícil saber cuál de ellas ha sido la mejor para el hombre. Hay que agregar otras categorías de necesidades menos biológicas pero que no dejan de ser igual de perentorias para la humanidad, porque «no sólo de pan se vive». Además cada categoría de necesidades humanas tiene su importancia en relación con las demás. Si un grupo humano ha mejorado sus condiciones de alimentación a costa de empeorar sus condiciones de vivienda, ¿dónde hallar el «denominador común» que nos permita dar una solución «en última instancia» a la pregunta de si el nivel de vida de ese grupo ha mejorado o ha empeorado?

Estas críticas son justísimas, aun cuando hacemos la salvedad de que no se refieren sólo al método que aquí proponemos, ni incluso sólo a la historia económica, ya que estas dificultades son muy profundas e influyentes sobre la totalidad de nuestros conocimientos de la economía humana. Estos obstáculos no lograron solventarlos hasta ahora ni siquiera en la sociología económica. Más aún, afectan a nuestros conocimientos sobre

la cultura en general, por no haberse elaborado hasta ahora los métodos comparativos entre las sociedades y las culturas.[27] No somos quién ni es este el lugar para tratar de resolverlos.

Pero el problema sigue vigente: ¿qué hacer para resolver estas dificultades?

Existen sobre todo si no los «denominadores comunes» de las necesidades humanas, al menos sus «sucedáneos», uno de los cuales lo hemos tomado en consideración al analizar los problemas demográficos, aunque no consiste en el número de habitantes ni en su densidad o en su crecimiento (ilusiones de los fisiócratas). Hay otros índices más elocuentes. Nos referimos en primer lugar a la duración media de la existencia humana. Desde los tiempos de Halley, quien basándose en los datos que le dio el pastor Neumann, de Wroclaw, pudo establecer esa duración, la demografía moderna se halla familiarizada con tal concepto. De acuerdo con el estado en que se encuentren las fuentes documentales se puede calcular esta edad del hombre incluso en las épocas más remotas, aunque no sea sino por aproximación.

La duración media de la vida humana es la resultante de incontables vectores entre los cuales la satisfacción de las necesidades humanas en sus distintas categorías tiene una importancia decisiva o que suele serlo cuando, por ejemplo, la mortandad provocada por las guerras o el terror político repercute directamente en el funcionamiento de la economía. La medida de la duración de la vida del hombre en sí suma la satisfacción de las necesidades humanas de todo tipo, pero aquí no las deseamos en escala anhistórica, metafísica, sino en una proporción racional: la adaptación del hombre a las necesidades de la existencia en una naturaleza dada y en un medio social determinados.

La denominada tabla de mortalidad en los casos en que puede calcularse óptimamente, es mucho más valiosa para el que sabe leerla que los tomos descriptivos. La elevada mortalidad infantil muestra las pésimas condiciones de existencia material y sanitarias y la elevada mortalidad de las gentes «en la plenitud de sus facultades» indica el empeoramiento de las condiciones de trabajo. Esto mismo suele demostrar en la época del capitalismo; la duración media de la vida humana es más breve en los varones, mientras que antes eran más bien las mujeres quienes vivían menos tiempo.

Esta media de la duración de la vida humana en las diferentes clases sociales es la medida más elocuente y objetiva de los privilegios de clase. Y el cálculo de esta magnitud no es técnicamente utópico en razón de la ausencia de documentaciones. Por el contrario, se han realizado ya experimentaciones de este género en la ciencia, como las tablas de mortalidad de las masas populares elaboradas con los registros parroquiales y en compa-

ración con las tablas de mortalidad de la aristocracia, calculadas con los datos genealógicos.

Otro camino para reducir estos riesgos consiste en evitar las comparaciones directas en los largos períodos. Pero este método comparativo tan penoso para el investigador es a veces indispensable para la solución de problemas concretos. No obstante, en el estado actual de la metodología humanística no vacilaríamos en hacer comparaciones a largo plazo de unos elementos seleccionados y tras haber discutido las condiciones de comparación ya que éstas llevan sintéticamente en sí muchas variantes a menudo desconocidas para atreverse a averiguarlas.

La comparación de los períodos vecinos, siempre y cuando no rebasen la vida de una generación, es el camino más seguro. Y la «cadena» así formada, aun cuando no permita establecer las más atrevidas similitudes, sí puede determinar el sentido de los cambios a largo plazo, que son importantísimos para el historiador.

El segundo grupo de reservas en contra de la concepción que aquí proponemos consiste en las críticas a la esquematización y la dislocación de las magnitudes concretas que se manifestaron con un carácter total en la vida y que dejando tras sí una base documental pueden y a veces deben constituir el objeto de exploraciones monográficas y también económicas, trascendental para esas categorías analizadas. Es decir, que se nos imputaría el despilfarro de unas instituciones históricas concretas para la investigación de unas categorías nuestras y ajenas a la realidad.

Esta crítica es seria. El colocar una magnitud históricamente configurada en esquema (éste o cualquier otro) a menudo sólo puede provocar la dislocación de lo que estaba unido y la reunión de lo que se hallaba dislocado. Las dificultades técnicas de las indagaciones de la concepción monográfica de uno de los diez puntos enumerados son al parecer insuperables.

A esta imputación le oponemos tres argumentos. En primer lugar el concebir la realidad histórica analizada con las categorías propias de la época en la cual se lleva a cabo el examen es inevitable y fructífero. Por fortuna no hay aquí más investigaciones históricas, etnológicas o sociológicas. En esto descansa, entre otras razones, el carácter eterno de la ciencia histórica ya que cada época le brinda los conocimientos sobre el pasado de sus categorías, formula al pretérito las preguntas que le interesan y utiliza para la exploración los métodos más modernos en su tiempo.

En segundo lugar, la formulación analítica y no institucional de los temas de los trabajos de indagación es posible a pesar de sus dificultades. De la inteligencia y del talento del investigador depende la adecuada elección del material para un análisis determinado. *El reparto de la renta de los grandes latifundios en la Polonia del siglo XVI*, elaborado por Rutkowski[28] cons-

tituye uno de estos temas. Se podrían multiplicar los ejemplos de trabajos parecidos tan valiosos y precursores.

En tercer lugar, el concepto que aquí sugerimos no excluye el ocuparse de los temas institucionales. Nos referiremos al ejemplo de Rutkowski: su estudio sobre el *Reparto de la renta de las minas de sal gema bajo Segismundo Augusto*[29] tiene como objeto el análisis de una institución muy normal para su tiempo y está basado en el análisis de los documentos existentes.

Así, las críticas contra nuestra concepción creo que son muy importantes pero no decisivas. Debemos de tenerlas presentes ya que las críticas no bastan para rechazar nuestro método si no hubiese otros argumentos a su favor.

Ya[30] hemos señalado el carácter compendiador de la mayoría de los manuales sobre la llamada síntesis de la historia económica, y afirmábamos que en ellos los materiales suelen estar situados uno al lado del otro sin formar un todo orgánico, por lo que, en definitiva, no conducen a nada. A pesar de que los hechos asombrosamente numerosos en los diferentes capítulos suelen dar la sensación de haber sido seleccionados de un modo casual y que la supresión o la adición de los mismos no altere en lo más mínimo la totalidad de la obra y que al no conducir a ningún resultado pueden leerse tanto desde el comienzo al fin como desde el fin al principio, y si todas estas observaciones son justas —y es difícil no reconocerlas así— Rutkowski tenía razón al pedir la elaboración de alguna concepción «de síntesis» única capaz de superar estas fallas. Lo curioso es que pese a que la concepción sugerida por este autor no la consideramos fundamentada, no obstante, ya que su obra se halla caracterizada por esa concepción, tiene un sentido que rebasa los hechos que contiene. No importa que no se pueda compartir esa concepción, lo interesante es que ella exista por lo que Rutkowski ocupa un lugar preeminente entre los investigadores de su época.[31]

En lugar del término «síntesis» preferiríamos quizás el de «vínculo organizativo», una ligazón entre el material unido al todo con sus nexos internos y que permitiera en principio su selección y determinar la categoría en que ha de ser clasificado y analizado, lo que garantizaría al investigador contra todos los azares, orientándole en su labor.

Esto es quizá lo que Rutkowski pensaba al hablar de la «síntesis» de la historia económica. Rechazamos su concepción para someterla de nuevo a discusión.

VI. Microanálisis (1): Las investigaciones sobre la historia de las empresas

MICRO- Y MACROANALISIS EN LA HISTORIA ECONÓMICA

La economía, como la historia económica, tiene como objeto una rama determinada de la actividad social, es decir, un aspecto concreto de la misma ya que cada actividad social es un fenómeno complejo que reviste distintas formas, las cuales se dividen para el análisis científico con todos los beneficios y los riesgos de la abstracción.

Cada actividad humana y por lo tanto su lado económico puede dividirse en dos clases de problemas ligados entre sí por una dependencia bilateral: el primero consiste en la actividad humana, las decisiones y los actos de elección que de ella se desprenden; el segundo es la resultante de esa actividad.

En el examen de las decisiones y las actividades humanas, sólo pueden ser objeto del análisis humanístico las determinantes con las cuales dichas decisiones no presentan un cuadro caótico, sino que obedecen a una regularidad posible de descubrir.

Estas determinantes son el conjunto de la situación social en la cual se mueven las unidades humanas. Tratándose de la actividad económica, tomaremos en consideración sobre todo —aunque no exclusivamente— el sistema económico de una sociedad determinada y su funcionamiento.

Por otra parte, el sistema económico y su funcionamiento no pueden comprenderse si no solucionamos el problema partiendo de las unidades típicas, que realizan la explotación económica. Las actividades de estas unidades se hallan determinadas por la situación social, ante todo económica en la que se encuentran a su vez, y viceversa.

De lo que se desprende que en cada investigación económica es indispensable abordar el problema por las dos partes: con el criterio de la economía social y como unidades que realizan la explotación económica. Aun cuando sea justa la directriz metodológica según la cual en las experimentaciones sobre la realidad social tiene primacía el factor social, ninguno de estos conceptos puede bastar por sí solo para la indagación de ninguna cuestión de carácter económico.

En la historia de las ciencias económicas los conceptos del micro y del macroanálisis se entrelazan. En los clásicos prevalecía el interés por el método macroeconómico («sobre las cau-

sas de la riqueza de las naciones»), pero este método de razonamiento era en ellos a menudo microeconómico (razonamiento: cómo se comporta en una situación determinada el objeto que realiza la explotación económica, por ejemplo, el empresario o el consumidor).

El interés por la macroeconomía sólo podía coexistir en ellos con los métodos microeconómicos a través de la tácita aceptación del principio metodológico según el cual los fenómenos socio-económicos son simple resultante mecánica de las actividades económicas individuales y que los fenómenos sociales son la suma de los fenómenos individuales.

En su último período, la ciencia económica burguesa desarrolló y perfeccionó los procedimientos de análisis microeconómicos, perdiendo de vista cada vez más el objetivo que le asignaran los clásicos, como la explicación de los fenómenos macroeconómicos. Permaneciendo fiel a aquel principio tácito, consideraba cumplida su tarea cuando aclaraba la actividad de los sujetos ligados a la explotación económica, lo que ya ha sido superado incluso por la ciencia burguesa. Paralelamente, la intervención estatal, excesiva ya en las condiciones de la economía durante la Primera Guerra Mundial, reavivada en la época de la gran crisis y la depresión, y que revistió nuevas formas cualitativas durante los años de la Segunda Guerra Mundial, obligó a los economistas a colocar en un lugar preferente los objetivos investigadores macroeconómicos.

Así, al referirnos al primero, a la indagación de las actividades de las unidades que se dedican a la explotación económica, se trata para nosotros del análisis de las actividades de las unidades productivas (empresas, utilizando una definición propia al capitalismo), de servicios, comerciales, bancarios, del transporte, etc., y por otra parte, de las unidades consumidoras, como son la economía doméstica (no al consumo fisiológico sino al consumo de carácter económico). Lo que une a estas dos clases de fenómenos son los actos de elección económica que se efectúa tanto en la producción —en el sentido más extenso de la palabra, es decir, junto con el intercambio,[1] etc.— como en el consumo.

El cálculo empresarial o la investigación sobre los presupuestos familiares, son los métodos que permiten al investigador esclarecer la regularidad de las elecciones que existen en los fenómenos económico-sociales.

El descubrimiento de estas regularidades y, en particular, su interpretación sólo será factible si el investigador dispone previamente, aunque no sea más que un conocimiento aproximativo de toda la magnitud socio-económica en la cual entran las referidas unidades ligadas a la explotación económica.

La indagación de estas unidades puede ser, de acuerdo con el sujeto analizado, una búsqueda de los fenómenos individuales

o masivos. En este último caso, ha de ser una exploración estadística. Por ejemplo, la investigación sobre el cálculo empresarial puede hacerse de una u otra manera, a través de la monografía de la empresa o bien, por ejemplo, del análisis de la rentabilidad de las Sociedades por acciones de un país determinado en un período concreto sobre la base de sus informes. En cambio, la experimentación de los presupuestos familiares será una investigación masiva, estadística, ya que el conocimiento de la economía individual de una familia poco nos puede dar por intervenir demasiadas diferencias y porque las regularidades sólo es posible observarlas después de la investigación de la masa estadística. Otra cuestión es que en las averiguaciones históricas, en razón de las condiciones específicas para la labor histórica de la carencia de las fuentes o de su insuficiencia, el historiador debe estar habilitado para no atenerse a estos principios y en el caso de hallar las cuentas domésticas de una familia del siglo XVII,[2] ha de someter esta rara y preciosa información al análisis económico, pese a tener conciencia de sus riesgos y saber que lo individual no es lo típico. Más aún, en el caso de hallar diferentes fuentes de esta clase, incluso de un solo período, cada una de ellas ha de ser indagada aparte, ya que tales datos no pueden constituir una masa estadística y no entran en el método de análisis de los fenómenos masivos como es este censo.

La media obtenida con ellos tiene que dar un resultado erróneo, en tanto que el análisis individual, considerando los rasgos peculiares de cada información puede llevarnos a unos resultados determinantes, aunque en un marco reducido.

Hasta cierto punto estas recomendaciones se refieren a la averiguación de las empresas individuales. La monografía de una empresa no autoriza a extender sus resultados al conjunto de una rama industrial. Ninguna empresa puede considerarse «típica».

La concepción ideal de la «escuela histórica» según la cual la multiplicación de las monografías es el único camino para el conocimiento de las magnitudes más extensas, y que la vía para conocer la historia de la industria metalúrgica consiste en la elaboración monográfica de la historia de todas las empresas de esta rama, es injusta e irrealizable, aunque permite una mejor comprensión de las condiciones en que una empresa funcionó, así como de los factores determinantes de su cálculo.

Al referirnos al segundo método, el de emprender el análisis de los problemas a indagar partiendo de la economía social, en las últimas épocas de la historia nacional, nos referimos sobre todo a la investigación de la renta nacional,[3] de la estructura de su magnitud y de la estructura de su reparto como a los factores determinantes de la una y de la otra.

Así, mantenemos la actitud de que el estudio de la renta nacional, a condición de que sus dos aspectos —la magnitud

y el reparto— sean concebidos correctamente como una categoría de clase, ofrece la más sintética concepción de la economía social. Las dificultades técnicas considerables aún en las actuales investigaciones sobre la renta nacional y que se multiplican increíblemente en las experimentaciones históricas, nada tienen que ver en esto. El objetivo cognoscitivo sigue siendo el mismo incluso si no se consigue en su totalidad.

En segundo lugar, aún en el caso de una carencia de datos cifrados no está descartado ni el razonamiento con categorías cuantitativas, ni el razonamiento con las categorías de la renta nacional.[4] Sin embargo, lo ideal sería que la investigación sobre la renta nacional, como indagación de unos fenómenos masivos, pudiera ser acometida con el procedimiento adecuado, es decir con el método estadístico.

No se puede investigar la renta nacional y en especial interpretar sus resultados si el investigador no posee un conocimiento previo, aunque sea aproximativo, de la actividad de las unidades ligadas a la explotación económica.[5]

De esta manera, estos dos «puntos de acometimiento» han de complementarse de un modo dialéctico durante el proceso cognoscitivo, de la misma manera que, en la realidad, estas dos clases de fenómenos se hallan ligadas dialécticamente.

Subrayamos que se trata de una clasificación de los métodos, no de los fenómenos investigados. En principio cada fenómeno económico analizado exige para su plena averiguación que se parta de los dos aspectos ya referidos.

La problemática histórico-económica cuya clasificación y «organización interna» hemos tratado de realizar en el capítulo especial anterior, la concebimos —como lo ha comprobado el lector— con las categorías de la magnitud y el reparto de la renta nacional que nos han de suministrar aquellos «vínculos organizativos». La primacía de esta cuestión equivale a la preferencia del factor social sobre el individual en cada realidad humanística sometida a experimentación. Por otra parte, la investigación de cada uno de los problemas allí enumerados debe efectuarse ya por método micro como macroanalítico, con lo que de acuerdo con el problema y los materiales asequibles al microanálisis puede ser la indagación de los fenómenos masivos o individuales, pero en este último caso ha de depender de los que tienen un carácter representativo.

La igualdad y la coexistencia en el análisis de los fenómenos económicos del microanálisis y del macroanálisis se hallan vinculadas a la cuestión trascendental de la metodología de las ciencias sociales, a la que ya nos referiremos. He aquí la pregunta que pudiera consistir en el concepto simplificador siguiente: ¿Acaso el fenómeno colectivo se explica por la suma de los fenómenos individuales?

Significa una gran conquista de la ciencia económica con-

temporánea el hecho de que al contrario que en época anterior a la gran crisis de 1929 en que a esta pregunta se contestaba en forma positiva, hoy existe la tendencia a una respuesta negativa.[5]

LA «EMPRESA» EN LA ECONOMÍA FEUDAL

Incluimos en las tareas microanalíticas la investigación de las actividades de las unidades, individual o masivamente indagadas, que tienen una posibilidad de explotación económica, es decir, de realizar actos de elección económica. Al hablar de la posibilidad de realizar un acto de elección económica no nos referimos a una cuestión perteneciente a la problemática del libre albedrío. La posibilidad de escoger se sitúa siempre en unas condiciones sociales concretas, las cuales determinan esa elección y sólo la identidad de esas mismas, en las cuales se halla el miembro de una sociedad o de una clase determinada, hace que estas decisiones se manifiesten con una regularidad múltiple y que, así, puedan ser analizadas por la ciencia.

La determinación social de todos los actos de elección, como también la limitación práctica de las posibilidades de escoger —por ejemplo, como consecuencia de la miseria— no tienen nada en común con la carencia de toda posibilidad de elección en la cual se hallan, por ejemplo, el esclavo como productor o el prisionero en tanto que consumidor.

Así, aquí aparecen las regularidades determinadas por los factores sociales que se manifiestan en los actos de elección económica realizados masivamente, es decir, en la explotación económica.

¿Qué es una unidad de explotación económica en el ámbito de la realización de la renta nacional, dejando momentáneamente de lado los problemas de su utilización y consumo? En la época capitalista, la respuesta es sencilla: la empresa.

El contestar a la pregunta: ¿Qué es la empresa?, puede tener algunas dificultades. Así, resulta difícil afirmar en qué grado la empresa que entra a formar parte de un *cartel* se ve privada de su actividad económica autónoma, convirtiéndose a su vez en un elemento de aquél. En la práctica aparecen diferentes grados intermedios en los cuales algunas decisiones económicas incumben al *cartel* mientras que otras atañen a las empresas que lo componen. Así, realizan la explotación económica en cada uno de sus terrenos las empresas y el *cartel*, por lo que tanto el uno como las otras han de ser analizados.

Pero en la economía socialista, como lo sabemos por experiencia propia, la situación es complicadísima. En el último decenio, la empresa no fue el factor de la explotación económica

—ya que no existían tales empresas. Pero ¿qué es lo que existía? ¿Una unión?* ¿Las administraciones centrales? ¿Los Ministerios? ¿El Estado? El asunto debe ser investigado empíricamente y generalizado teóricamente.

Por último en relación con la época feudal, el problema aún existe. Las consideraciones de Rutkowski,[6] que no tienen equivalente en la ciencia universal, no fueron llevadas sin embargo hasta sus últimas conclusiones para permitir adoptarlas como una indicación metódica.

El asunto requiere ser examinado con toda la atención.

Rutkowski fue, y como nadie lo ha sido entonces en la ciencia polaca y tampoco en la ciencia mundial, un precursor que comprendió la imposibilidad de aplicación de las categorías de la economía clásica a los análisis de la realidad económica del sistema feudal. También Rutkowski comprendió este problema mucho mejor que los historiadores que lo siguieron y que proclamaron esa tesis programáticamente. Y fue así ya que no la extrajo dogmáticamente de alguna teoría sino que llegó a ella en contra de los conceptos que prevalecían en el mundo de la ciencia, superando las dificultades en su enorme labor investigadora. Sus conceptos de esta cuestión los expuso por vez primera en una de sus conferencias —de la cual por desgracia sólo tenemos un resumen—[7] y después en su libro sobre el reparto de las rentas.[8]

El concepto de «empresa» tuvo gran importancia en el pensamiento de este sabio. El problema capital fue para él la investigación en el sistema feudal del reparto de las rentas entre los señores y los campesinos y en el sistema capitalista entre los empresarios y los obreros.[9]

Esto representó en su procedimiento un rasgo inconmensurablemente fructífero, ya que de esta manera llegó al análisis de los elementos de clase, pero éstos tenían en Rutkowski unas características muy limitadas. Pues de hecho, él no investigó el reparto de la renta global entre los señores y los campesinos, sino que se interesó por saber qué porcentaje de las rentas señoriales correspondía a las rentas de la economía «propia» y qué porcentaje correspondía a los gravámenes que pesaban sobre los campesinos. Su obra sobre el reparto de las rentas está construido sobre el establecimiento de esa magnitud. Al iniciar un trabajo análogo, su discípulo, M. Kniat, se dedicó a fundamentar el porcentaje que en la renta de la economía campesina «propia» representaban los gravámenes sufragados al señor feudal.[10]

Toda la labor investigadora de Rutkowski tiende a aprehender la magnitud de la explotación feudal y ello a pesar de que

* En el sistema económico polaco actual, la «Unión» la constituyen las empresas de una misma rama industrial. (*N. del T.*)

Rutkowski trata de evitar programáticamente esa definición valorativa.[11] Pero no se trata sólo de esto.[12]

Su concepción investigadora del reparto de la renta social se apoya en el cálculo de la actividad económica de la empresa. El razonamiento de Rutkowski tiene el sentido de que es un hecho específico del sistema feudal que el individuo perteneciente al estado privilegiado extraiga sus rentas no sólo de su propia empresa sino también de los gravámenes sobre las empresas «ajenas», es decir, campesinas. De ahí la gran contribución de este autor en el análisis de lo que él califica de «organización social de la producción» en el marco de la gran propiedad feudal y que en última instancia tienda a establecer cuáles son los tipos y los actos de la actividad productiva que se debe incluir en la «empresa» del señor y cuáles han de incluirse en la «empresa» del campesino. Una vez hecho esto, Rutkowski podía conseguir el objetivo de su razonamiento, o sea, calcular la parte de las rentas del señor procedentes de su economía personal y la parte procedente de las servidumbres de la economía campesina.

Pero este procedimiento es inaceptable.

En primer lugar, el concepto en sí de la «empresa» aplicado a la economía del señor feudal abstrayéndose de sus prerrogativas feudales, o aplicado a la economía del campesino siervo haciendo abstracción de sus cargas, constituye un aislamiento histórico, una operación contraria a la realidad histórica concreta, un procedimiento que vulnera la imposibilidad de aplicación de la teoría del sistema capitalista a la economía del sistema feudal. Es muy característico que todas sus conclusiones son pesimistas.[13]

Pues afirma que en muchos casos esta diferenciación no llega a realizarse de una manera fundamentada, por lo que sus indagaciones han de ser dudosas en ocasiones. Pero estas conclusiones pesimistas de sus análisis no lo desalientan en las investigaciones. Sin embargo, su obra de la clasificación de las rentas de los grandes propietarios de tierras representa un cálculo de las rentas señoriales y de las rentas de las economías de los campesinos.

Al calcular los beneficios señoriales procedentes de su economía «propia» y los que proceden de la «economía ajena», Rutkowski evita esmerada y conscientemente el concepto de «explotación». «El término de explotación —escribe— no lo utilizaremos a fin de evitar todo malentendido, ya que en su acepción corriente esta expresión tiene siempre unos rasgos negativos de calificación moral, ya que se halla ligada con los injustos conceptos del beneficio, la opresión a la moralidad, etc. Dejamos aparte el problema de cómo debe presentarse el reparto de las rentas limitándonos a buscar los métodos con ayuda de los cuales podamos conocerlo exactamente y cómo se manifestaba en el pasado.»[14]

Pero al mismo tiempo Rutkowski reconoce que en el marco de la gran propiedad feudal «el incremento de la parte del señor ha de ser pagado con la reducción de la parte del campesino y al revés. El incremento de la parte del señor a costa del campesino se halla calificada a veces como un aumento de la explotación del campesino por el señor».[15]

Así, en principio este científico reconoce que en este coeficiente se encierra el «índice del grado de explotación» del campesino por el señor y que esto se une «corrientemente» al concepto de la injusticia y de la explotación.

Nos hallamos ante el hecho tan característico para la ciencia positivista de que es obligatorio el adoptar una postura olímpica que no permite rebajarse a la comprobación de las injusticias y mucho menos a compadecerse del explotado y del perjudicado.

A pesar de su afán por evitar los términos valorativos de los objetos en sus indagaciones, las mismas palabras de Rutkowski coinciden sin embargo con el sentido «general» del concepto de explotación y de injusticia. Más aún, podemos afirmar que él mismo tiene en cuenta su sentido y que por ello hace de ese fenómeno el objeto de sus indagaciones. En ello estriba su mérito. Aceptemos su desenmascaramiento de la explotación feudal y consideremos, sin mirar su afán por evitar el sentido valorativo de los conceptos, que se trata de una ofrenda al altar de la «majestad de la ciencia».

Pero veamos lo que también encubre.

El cálculo de la renta del señor feudal procedente de su propia (*sic*) economía y los beneficios que obtiene con las economías de los campesinos ya de por sí —y mucho más cuando se reconoce a pesar suyo que estos gravámenes del campesino constituyen «corrientemente» una explotación del mismo— es una actitud burguesa.

Para todo el que adopte una postura socialista, toda la renta del señor feudal es una explotación, pero para Rutkowski, sólo tiene la parte que procede de «los impuestos de la economía ajena».

De esta manera la renta de la tierra señorial o la empresa feudal basada en el trabajo ajeno lo es de la «propia» economía y no de la «explotación». De aquí que se llegue al reconocimiento de que la expropiación desde arriba, la expropiación dejando intactos los grandes latifundios, sea el equivalente de la liquidación de la explotación. Por ello la simpatía que Rutkowski manifiesta para esa clase de expropiación que existió en los territorios polacos anexionados por Prusia.

Rutkowski divide las rentas del señor feudal en renta «propia» y en renta procedente de la economía campesina «ajena». Sin embargo, todos los beneficios son producidos por el campesino. La empresa de producción está constituida globalmente por todas las tierras de una o varias aldeas, juntando los territorios seño-

riales y de los campesinos con todos los puestos de trabajo. Toda esta utilidad ha de considerarse en su conjunto después de lo cual la estructura de su reparto deberá tener en cuenta la parte que el caballero feudal se apropia y el orden social de la población aldeana, que con todo su formalismo indagaron de una manera tan interesante el propio Rutkowski y sus alumnos; Jakobczyk, Rusinski, Kozlowski y Moscicki.[16] Es entonces cuando, tras haber considerado los contactos exteriores de unos bienes determinados, su participación en los ingresos financieros del Estado, de los municipios y de la Iglesia, etc., obtendremos un esquema del reparto de la renta social global conforme a la realidad social, y las diferencias existentes en los bienes que corresponden a cada individuo en particular mostrará el grado de explotación social.

Tal y como se presentan estas experimentaciones, pudiera tenerse la impresión de que en ellas la medida de la explotación social es la magnitud de los beneficios señoriales procedentes de los impuestos de las economías campesinas o de la suma que esto representa en la totalidad de las rentas señoriales, o bien de lo que estos gravámenes representan para la utilidad de los campesinos, según el criterio de Kniat. Pero estas conclusiones no pueden ser justas.

De aceptarse cada una de estas conclusiones, obtendríamos unos resultados tan reducidos como reducida sería en una tierra señorial determinada la importancia que tuvo el trabajo de los siervos y ello por la concepción de Rutkowski que tiene en cuenta la explotación de los siervos campesinos con posesiones pero sin tomar en consideración la explotación del campesino sin tierra o del que tiene poca, es decir del jornalèro.[17] Así, a medida del incremento de los elementos capitalistas, este científico obtendría con la aplicación de sus métodos a las épocas ulteriores, una disminución gradual de aquellas magnitudes «generalmente» consideradas como la medida de la explotación y de los perjuicios sociales. La dominación capitalista los liquidaría totalmente. Y entonces, nos encontramos con los principios de la economía capitalista según los cuales el salario es igual al trabajo realizado y que la explotación es por lo tanto sólo un gravamen feudal.

Para el análisis correcto del problema del reparto de la renta social, es necesario comprender tres verdades elementales:

a) que todos los beneficios producidos en los bienes feudales son obra del trabajo de los campesinos,

b) que toda la renta del señor feudal proviene de la explotación, y

c) por último que ni la economía del señor feudal ni la del siervo pueden considerarse por sí solas como empresas.

Todo el procedimiento de Rutkowski es tanto más sorprendente ya que él mismo fue uno de los más ardientes defensores

de la tesis sobre «la propiedad divisible» como institución típica del feudalismo. Es difícil comprender cómo a pesar de esta actitud y comprendiendo sus consecuencias para el concepto de la «empresa» y del «empresario» en el feudalismo,[18] Rutkowski ha podido «orientar» sus investigaciones hacia el establecimiento de las proporciones que en las rentas señoriales corresponden a la renta de la economía «propia» y a los gravámenes de la economía «ajena» (campesina). Pues de la tesis sobre la propiedad divisible resultaba que no hay en el feudalismo ninguna economía «propia» o «ajena».

No hay que descartar, que en los tomos siguientes de su obra se tuvieran en cuenta además de los temas más importantes para él, los que hemos expuesto. Se puede suponerlo ya que es conocido el plan de sus investigaciones.[19]

También puede constituir un ejemplo interesante el trabajo de M. Kniat el cual podemos considerar como la expresión de los métodos de Rutkowski. Con la salvedad de algunas exageraciones del autor sobre la importancia de sus indagaciones —y de sus resultados— las cuales se manifiestan en el hecho de que al analizar un tema determinado por las actas de la comisión prusiana de clasificación en los años 1773-1775, considera posible extraer de ello conclusiones suficientes para aclarar ni más ni menos que: *a*) los motivos de la dominación, en la Polonia del siglo XVI, de la servidumbre y, *b*) las causas de la caída del Estado polaco (!).

No obstante, el trabajo de Kniat representa en la literatura una posición muy valiosa desde el punto de vista de la magnitud del tema, de lo ingenioso de la técnica investigadora y del carácter escrupuloso de los resultados, que hacen que tenga un carácter precursor.

Pero ahora se trata de cómo entender los conceptos de «economía campesina» y de «economía señorial».

El cálculo capitalista de las economías feudales suele conducir a una situación paradójica, como se vio en la discusión que se entabló a raíz de la publicación del libro de Kniat entre éste y Bujak.[20] Conocedor del tema, Bujak consideraba los resultados de Kniat como improbables al menos en las tan decisivas, en relación con las categorías polacas, explotaciones de los siervos, no independientes, en las aldeas de los nobles. Kniat mantenía que los gravámenes que pesaban sobre estas explotaciones ascendían al 97,57 % de su renta. Para Bujak lo inverosímil de estas cifras procedía de una subestimación de la veracidad de los materiales. En esta polémica salieron a relucir por ambas partes valiosas consideraciones, pero Kniat defendió sin acierto la veracidad de las cifras inverosímiles y Bujak no supo ver dónde estaba el error que las había producido.

Pero si quisiéramos realizar consecuentemente —en el marco de los razonamientos de Kniat— basándonos en el criterio ca-

pitalista, el cálculo de las explotaciones campesinas, deberíamos tener en cuenta no sólo el valor de los gravámenes sino también el de la renta producida por los siervos. Esto no lo hizo Kniat y por eso obtuvo tales resultados.[21] Si basándonos en los materiales por él presentados con tanta escrupulosidad los corregimos, obtenemos los siguientes resultados (las dos columnas ilustran los resultados correspondientes a los dos grupos de problemas tal y como son tratados por Kniat):[22]

		A	B
1. En las explot. de los siervos	independientes	— 38%	32%
2. En las explot. de los siervos	no independientes	— 47	42
3. En las explot. censales de la nobleza	independiéntes	— 50	50
4. En las explot. censales de la nobleza	no independientes	— 47	46
5. En las explot. de los siervos del Estado	independientes	— 22	16
6. En las explot. censales del Estado	independientes	— 26	26
7. En las explot. censales del Estado	no independientes	— 17	17
8. En las explot. de los siervos de la Iglesia	independientes	— 20	20
9. En las explot. de los siervos de la Iglesia	no independientes	— 27	26
10. En las explot. censales de la Iglesia	independientes	— 23	22

Así, del litigio más importante suscitado por las categorías de las explotaciones campesinas de los siervos independientes en las tierras de la nobleza, obtenemos que el valor de los gravámenes de la renta del campesino se aproxima al 50 %, lo que podría ser aceptado por Bujak y que corresponde al que logró por medios muy diferentes St. Grabski,[23] lo cual aumenta su razón.

Pero la obtención de este resultado correctamente estimado sólo puede realizarse aceptando el criterio paradójico de tratar al régimen de la servidumbre como «renta del campesino en la realidad indagada».

Pero si las experimentaciones de Rutkowski sobre el siglo XVI se hubieran realizado hasta el fin o que asentándose en el mismo método empleado por Kniat para el siglo XVIII se hubiesen extendido a las rentas de los latifundios, podríamos «traducir» los resultados de cada una de esas épocas a las categorías aquí propuestas. Con el procedimiento de Rutkowski, los resultados deben establecerse en: x = a la magnitud de la renta de la gran propiedad señorial, con lo cual a % x sería la renta procedente de «los gravámenes de las explotaciones campesinas; también tendríamos y = a la magnitud de la renta de los campesinos, con lo que b % y representaría las prestaciones de las explotaciones campesinas en beneficio del señor».

Desde luego que a % x = b % y, por cuanto se trata de magnitudes idénticas. En este caso la renta global producida por los campesinos se establecería en x + (y — b % y), o bien y + (x — a % x), con lo cual a % x y b % y serían intercambiables. Las cuatro magnitudes:

$$x + (y - b \% y)$$
$$x + (y - a \% x)$$
$$y + (x - a \% x)$$
$$y + (x - b \% y)$$

de existir datos correctos deben dar resultados idénticos. Los cálculos pudieran realizarse sobre la base de tales magnitudes que se conocerían mejor. El reparto de la renta producida por los campesinos se calcularía seguidamente estableciendo qué fracción de la magnitud resultante de una de estas ecuaciones representa x y cuál $y - b \% y$ (relativamente a: $y - a \% x$). Esto constituiría el verdadero reparto de la renta producida por el trabajo del campesino entre la aldea y el señor.

El razonamiento que acabamos de presentar se basa en la hipótesis de que la unidad económica que aquí debe analizarse es una integral compuesta tanto de las posesiones señoriales como de las haciendas de los campesinos. No utilizamos la palabra «empresa» por no corresponder en principio a la época feudal. Pero subrayamos el hecho de considerar esa integral como la verdadera unidad analítica para la indagación de esta cuestión. Para el examen de muchos otros problemas económicos deberíamos adoptar otras unidades analíticas según el factor económico, de quién realizó el acto de elección económica. A veces sería la tierra señorial, otras la hacienda campesina o la del posadero, el molinero, etc. Cada una de éstas se somete al sistema, que limita la libertad de elección. Pero cada actividad económica se desarrolla siempre en unas condiciones económicas y extraeconómicas determinadas y la heterogeneidad de la explotación económica en las diferentes condiciones constituye un objetivo de la historia económica y una gran contribución a la teoría económica.

En el feudalismo nos hallamos con unas actividades económicas, realizadas en los diferentes niveles y terrenos por las mismas unidades físicas, idénticas fuerzas productivas —campos, bosques, etc.—, es decir, con la economía del campesino y la del señor, entre las cuales suelen existir intermediarios: el arrendatario, el administrador, etc.

El hecho de que tal actividad económica ataña con tanta frecuencia a las mismas unidades físicas es un rasgo fundamental de la economía feudal.

Se puede y se debe delimitar el campo de las decisiones económicas, utilizando unas fuerzas productivas determinadas a los diversos niveles de la escala feudal. En cambio, el realizar *par force*, el reparto de la economía en «propia» y en «ajena», delimitar esas mismas fuerzas productivas físicas en los bienes «propios» o «ajenos» es como utilizar un método inadecuado para aprehender la esencia del feudalismo.

La explotación económica en los diversos niveles equivale en

la ciencia a someter cada uno de ellos a la prueba de la experimentación.

Así, son imprescindibles tanto las investigaciones sobre la economía campesina, como sobre la hacienda señorial[24] y el latifundio.[25] Cada uno de ellos debe tener su peculiaridad ya que en otra esfera y con otro carácter se tomaban las decisiones económicas en cada uno de los niveles.

Los resultados de estas indagaciones han de servir para la averiguación de otros niveles, ya que la labor económica del campesino suele ser una reacción ante la acción del señor y viceversa. La una constituye la determinante de la otra.

El análisis del grado de autonomía económica de las distintas empresas de producción, y así cabe definir la primera parte del libro de Rutkowski sobre el reparto de las rentas, tiene una gran importancia para este concepto.

Hay que averiguar cuál es el campo de actividad de una unidad económica determinada para poderlo indagar. Así, bajo el sistema feudal polaco, la autonomía del molinero era muy extensa.[26] Hay grandes dificultades para fijar la esfera de autonomía económica de una hacienda en el marco del latifundio. Las relaciones son muy distintas cuando el señor administre personalmente sus bienes o cuando lo hace una explotación económica del sistema de aparcerías.

Parece que en el primero de estos sistemas la autonomía económica de la hacienda es grande, pero no significa que en la recaudación con el sistema de aparcería, la autonomía de la explotación arrendada fuese total. Por el contrario, la limitación impuesta a la independencia de estas haciendas por formar parte de la gran propiedad del magnate suele ser siempre importante y a menudo no se la tiene en consideración. Pero en el siglo XVIII y paralelamente a la intensificación de la explotación de las grandes propiedades rurales, esta autonomía aumenta mucho.

El examen de las manufacturas del siglo XVIII pertenecientes a la nobleza es interesante, ya que por una parte constituían una unidad en grado sumo «comercializada» y con un cálculo diferente, y por otra, la explotación de las mismas se halla distintamente configurada según la magnitud de la propiedad del latifundio, y las esperanzas fundadas en ellas para la obtención de beneficios indirectos a través de la reanimación de la vida económica del latifundio superan a veces las creencias en los beneficios directos.[27] Aquí, las investigaciones han de hacerse tanto en lo que concierne a la manufactura como tal, análisis de la explotación económica en el marco de la explotación de todo el latifundio, como a la totalidad de éste considerando las necesidades de explotación de la manufactura.

Pero las dificultades ligadas a la indagación metodológica de la «empresa» feudal son mucho mayores en lo concerniente a la coexistencia del sector comercializado y de la llamada «economía

natural». Se puede alegar que en cierta medida, el sector «natural» sigue existiendo en el sistema capitalista, y sobre todo en la agricultura. Pero en la época capitalista los fenómenos que se manifiestan en el sector comercializado y en particular, las oscilaciones de los precios del mercado, determinan igualmente la explotación de los productos que no pasan por el mercado. Deberemos volver repetidamente sobre estos problemas también.

Para aclarar estas cuestiones he aquí las cifras de un balance de la economía de un miembro de la nobleza media de la provincia polaca de Malopolska, que tenía tres haciendas en los años 1796-1798:[28]

	Hacienda Izdebki	*Hacienda Hoczew*	*Hacienda Moczerady*
Renta en metálico	13.826.20	7.388.27	6.980.3
Gastos en dinero	3.988.14	3.354.22	4.373.6
Beneficio en dinero	9.838.6	4.034.5	2.606.27
Trabajo obligatorio	12.703.10	7.223.18	4.180.24
Otras prestaciones de los campesinos	3.533.4	1.290.24	330.15
Suma de las prestaciones campesinas	16.236.15	8.514.12	4.511.9
Valor de la hacienda	160.000	?	61.000
Beneficio del dinero	6,2 %	?	4,3 %
Grado de financiación[29]	24 %	32 %	51 %
1 zloty gastado rinde anualmente un beneficio:	2,5 zl.	1,2 zl.	0,6 zl.
Inversiones en dinero	3.988.14	3.354.22	4.373.6
Contribución laboral de los campesinos	12.703.10	7.223.18	4.180.24
Suma de los costes de la producción (mínim.)	16.691.24	10.578.10	8.554
Renta en dinero del señor	13.826.20	7.388.27	6.980.3
Pérdidas	2.865.4	3.189.13	1.573.27

Así, vemos que esta «empresa» es muy rentable. Dos haciendas cuyo precio conocemos rinden anualmente una renta de más del 5 % y con las cobradas en monedas y en frutos más del 7 %. En un año cada zloty gastado rinde más de 1,5 zl. o sea el 50 % del dinero en circulación. El capital de gastos es bastante pequeño (11.716 zlotys 12 groszy anualmente, mientras que dos de las tres haciendas costaron 221.000 zlotys) y dan anualmente un beneficio neto de 16.474 zl. 8 gr.

Hay que agregar que los gastos en metálico de la familia del propietario para su consumo personal son casi insignificantes, ya que apenas suman 1.948 zl. 2 gr. al año.[30]

Pero la situación es totalmente distinta desde el punto de vista del campesino, ya que aparece que los gravámenes anuales que pesan sobre él son casi dos veces más elevados que la renta neta anual del señor. O sea que los campesinos rinden mucho más que lo que el señor obtiene como beneficio. ¿Adónde ha pasado el resto?

El cálculo del coste social de la producción de estas tres haciendas según los principios capitalistas requiere que entren en él al menos todos los gastos de producción del señor y el valor de las prestaciones laborales de los campesinos. El total asciende a 35.824 zl. 4 gr., mientras que toda la renta en metálico de la propiedad suma solamente 28.195 zl. 20 gr. y aunque las haciendas pagan al propietario en frutos, tampoco hemos incluido en los costes muchas inversiones materiales efectuadas tanto por el señor como por los campesinos.

Desde el punto de vista del señor la propiedad es muy rentable, ya que da un beneficio neto anual de más de 16.479 zl. 8 gr. (decimos «de más de» ya que no podemos determinar la magnitud de la renta en frutos).

Contando sólo el coste del trabajo de los campesinos para la producción, la pérdida anual es de 7.618 zl. 14 gr., aunque de hecho es más elevada, ya que desconocemos el valor de las inversiones materiales para la conservación de los aperos y el mantenimiento del ganado en las explotaciones campesinas y contando sus prestaciones fuera de su trabajo, la pérdida de cada año asciende a 12.782 zl. 27 gr.

Pero la «empresa» existe desde hace decenas de años sin estar en bancarrota. Su dueño vive con lujo limitándose a sus gastos en metálico. Su caja rebosa de dinero ya que ingresa anualmente un beneficio neto de 16.479 zl. 8 gr., en tanto que sus gastos en metálico para el consumo apenas se elevan a 1.948 zl. 2 gr. Nada indica que en aquella época la propiedad haya sufrido alguna devastación. La pauperización de las explotaciones campesinas de la cual no tenemos ningún dato, no puede excluirse. El propietario puede vender su hacienda cuando quiera y el precio que reciba por ella ha de depender sólo de la oferta y la demanda.

Para la búsqueda de las medidas adecuadas al carácter específico de la empresa analizada hemos utilizado unos coeficientes no «típicos»:

1. Calculamos la relación entre los gastos en metálico para la producción y el beneficio neto en dinero, es decir, el beneficio neto que rinde cada zloty invertido anualmente en la producción.

2. Calculamos el índice que denominamos «grado de finan-

ciación de la producción», o sea, el índice que ha de indicarnos el objeto de los gastos productivos en dinero en la totalidad de sus inversiones pero al no poder calcularlo con exactitud consideramos como una aproximación las inversiones en metálico y la suma de éstas en metálico y el valor del trabajo obligatorio. El primero de estos índices es bastante exacto ya que la contabilidad del señor feudal tan despreocupada con las inversiones materiales es muy escrupulosa cuando se trata de los gastos y los ingresos monetarios, y el segundo es sin duda exagerado por la sencilla razón de que si bien conocemos las inversiones financieras las inversiones generales fueron mayores que la suma de todas ellas en dinero y el valor del trabajo obligatorio, ya que en las inversiones de carácter material, aparte del trabajo obligatorio, existían en cada hacienda feudal este coeficiente con su valor informativo.

Subrayamos que para este material debe existir una dependencia inversa entre el grado de financiación del proceso productivo y, no sólo la rentabilidad del sector monetario, sino también la rentabilidad general. El coeficiente de financiación de la producción se eleva en la finca de Moczerady al 51 % mientras que en la de Izdebki sólo asciende al 24 %, pero cada zloty invertido en la producción rinde en Izdebki 2,5 zlotys de beneficio neto mientras que en Moczerady sólo 0,6 zloty y que el porcentaje del capital gastado en la compra de la finca de Izdebki llega al 6,2 % en tanto que en Moczerady asciende sólo al 4,3 %. Dada su importancia, esta cuestión debe ser verificada con un material más extenso.

Pero volvamos a los problemas de la rentabilidad de la empresa. Hemos llegado a la conclusión de que la empresa indagada tenía una elevada rentabilidad en el sector financiero pero que resultaba deficitaria al realizar el cálculo con las estimaciones de las inversiones no financieras, lo que es un resultado representativo de las empresas feudales.

La cuestión que concierne a la técnica investigadora es mucho más extensa y se halla ligada a los problemas fundamentales de la teoría económica.

Por una parte, este problema se fundamenta en las empresas basadas en la fuerza de trabajo no emancipada,[31] y por otra se liga a una cuestión teórica fundamental como es el cálculo económico y el carácter racional de la economía en los sistemas económicos que no se basan en la libertad del mercado.

En la actualidad, tiene una importancia trascendental el análisis teórico de la explotación campesina anterior al capitalismo o semicapitalista como «empresa», lo que es muy actual en la ciencia contemporánea y constituye un asunto candente en el mundo de hoy en el que la mayoría de la humanidad la componen los pueblos de los países «atrasados» y que la mayor parte de estas poblaciones vive en pequeñas explotaciones cam-

pesinas apenas vinculadas al mercado y cuyas familias trabajan para sus propias necesidades de consumo.[32]

La explotación campesina «nutrimental» —utilizaremos esta definición convencional— no deja de ser ahora una de las formas de organización de la actividad productiva más universal. ¿Podemos considerarla como una «empresa»? ¿Sirven para su análisis las categorías utilizadas para el examen de la actividad económica de las empresas? De no ser así, ¿con qué categorías se puede analizarla?[33] Aún no se puede contestar a estas preguntas.

Los procedimientos tradicionales de análisis de las empresas han sido utilizados innumerables veces para este tipo de explotaciones, conociendo sus resultados. He aquí un ejemplo: el análisis de seiscientas explotaciones pertenecientes a veintiún aldeas hindúes[34] verificado en los años 1937-1938 demuestra que estas explotaciones calculadas según los precios del mercado, de no contarse los costes del trabajo familiar ni la renta del capital, dieron una renta media anual de 88 rupias; pero si unimos al cálculo el coste del trabajo familiar según los precios que allí y entonces se pagaban por el esfuerzo humano asalariado y el 3 % de renta del capital, estas mismas explotaciones tienen un déficit anual de 99 rupias. En la crisis económica, el Instituto Pulawski obtuvo resultados parecidos con las pequeñas haciendas campesinas de Polonia en el año 1932,[35] y lo mismo sucede al analizar las explotaciones típicas de los siervos y de numerosas manufacturas feudales.

Este problema tiene por tanto una gran importancia.

La ciencia tradicional no tendría grandes dificultades con esta cuestión. Contestaría que el campesino medio no cuenta los costes del trabajo familiar ni la renta del capital ya que no conoce tales categorías y no sabe calcular correctamente, que un cálculo correcto ha de tener en cuenta esos factores y que el único medio para estimarlos son los precios del mercado en un lugar y en una época determinados y que por lo tanto el campesino no sabe si su economía es deficitaria.

El hecho de que la mitad de la humanidad realiza una actividad productiva con resultados deficitarios permanentes no deja de ser una *reductio ad absurdum*, lo mismo que en todas las haciendas feudales y en todas las explotaciones de los siervos sucedió en Polonia en sus cuatro siglos de existencia.

Este método no resiste la crítica ni siquiera con las categorías de la ciencia tradicional. Si para iniciar una actividad productiva determinada se necesita, por ejemplo, A kilogramos de materias primas y B jornadas de trabajo y que la «empresa» disponga de A kgs. de materias primas y de B + x jornadas de trabajo, y que al mismo tiempo no exista ninguna otra alternativa de aprovechamiento del trabajo excedentario, toda la labor que entra en la producción debe calcularse como igual a cero. En

este sentido el campesino aplica adecuadamente la teoría marginal.[36]

Pero en ciertas condiciones se justifica el cálculo de las explotaciones campesinas según los métodos estrictamente capitalistas —estimando el trabajo familiar de acuerdo con los precios del mercado, teniendo en cuenta la renta del capital, etc.

Para el historiador económico es un problema fundamental el responder a la pregunta de cuáles son las condiciones sociales, cuál es el nivel del desarrollo socio-económico, y cuáles son los procedimientos que se deben utilizar.

Este tema es muy importante y sólo podemos adelantar algunas sugerencias. Aquí, puede tomarse como criterio las formas de las prestaciones exteriores de la explotación, o sea, hechas al Estado, impuestos, y para con la latifundista, renta feudal y a veces incluso capitalista. En esta misma categoría podemos incluir las formas crediticias. Allí donde los impuestos, las prestaciones en beneficio del señor o los créditos son pagados en frutos o en trabajo, no tiene sentido el efectuar el cálculo de la economía campesina según las normas capitalistas, ya que nos daría los resultados mencionados (déficit provocado por la estimación de los costes del trabajo y de la renta del capital, y rentabilidad en caso de no estimarse estos elementos). En tal situación:

a) el productor calcula con las categorías naturales,

b) los precios del mercado no son determinantes ni para los factores de la producción —que exagera su valor— ni para los productos,

c) el de la explotación no reacciona en principio a los incentivos del mercado: aumento o baja de los precios.

Allí donde el sistema socio-económico imperante impone el pago de los impuestos al Estado, de las prestaciones al señor (propietario de la tierra) y al pago del crédito con dinero, la situación cambia radicalmente. Aparece lo que pudiéramos calificar de «apremio a la comercialización».[37] El campesino tiene que vender para conseguir el caudal necesario para satisfacer todos esos pagos, bajo la amenaza de perder su hacienda. A los incentivos del mercado reacciona de una manera contraria a la que esperaba la ciencia económica burguesa: cuando los precios aumentan, vende menos y cuando éstos bajan, se ve obligado a vender más. Las prestaciones que pesan sobre el campesino no son en principio elásticas y por lo tanto las cantidades vendidas, a menudo con una merma del consumo propio, son inversamente proporcionales al nivel de los precios, el cual suele provocar una naturalización relativa de esas explotaciones y al revés. En el comportamiento económico del campesino, existe aún una primacía del sector natural sobre el monetario y los precios del mercado continúan siendo indeterminantes para el cálculo y la estimación de sus resultados productivos.

En cuanto empieza la reacción positiva de la explotación campesina ante los incentivos del mercado, aumento de las ventas en caso de un alza de los precios y viceversa, los procedimientos del cálculo capitalista son aplicables a estas «empresas». Es decir, se convierte en verdad en una empresa.

Esta reacción positiva a los incentivos del mercado sólo existe cuando hay alternativamente las posibilidades de aprovechamiento de los medios de producción existentes y en especial cuando el trabajo de la explotación puede ser vendido fuera de ella.

Son inmensas las dificultades con que se tropieza en la época feudal para el análisis de los sectores que no forman parte de los latifundios y sobre todo en lo que concierne a las grandes ciudades y las formas de sus empresas de producción, como los talleres de artesanía. La extensa literatura de la historia de las corporaciones artesanales no nos brinda ninguna respuesta, lo que no es extraño ya que el carácter mismo de los datos impone esa limitación. Los archivos de las corporaciones o de las ciudades nos ofrecen un abundante material normativo, jurídico y costumbrista, pero con muy pocos documentos de un carácter económico o sobre el cálculo de la producción. No obstante, se dan algunas excepciones como los protocolos de las comisiones encargadas de controlar la producción para el establecimiento de las tasas *voivodales*. Gran parte del material normativo o jurídico de las corporaciones tiene hasta cierto punto un carácter económico pero suelen faltar los materiales fundamentales como los elementos contables de los talleres corporativos, lo que no significa que el problema sea insoluble, ya que además de los citados protocolos el historiador cuenta con muchos otros métodos. Por ejemplo, la estimación del taller artesano efectuada después de la muerte del maestro puede ser una base para ciertas hipótesis (valor del taller, instrumentos, materias primas, productos elaborados, ligados con los datos de las actas normativas sobre la magnitud de la producción o la remuneración de las fuerzas auxiliares). Pero esta cuestión sigue siendo difícil y requiere muchas hipótesis a veces arriesgadas. En la ciencia polaca, no existe ninguna tentativa de reconstrucción del cálculo de un taller artesanal, de su rentabilidad y del reparto de la renta efectuado en el mismo.

LAS IMPLICACIONES IDEOLÓGICAS EN LAS INVESTIGACIONES SOBRE LAS EMPRESAS CAPITALISTAS

En la época capitalista, la tarea se simplifica en teoría. El objetivo de la indagación es en este caso la misma empresa. Sus dificultades son con las empresas, y entre éstas y el *cartel*,

etc., y aunque existan en la práctica pueden ser superadas con la abundante literatura de la economía capitalista.

Pero hay también obstáculos ideológicos.

La exploración de la historia de las empresas cuenta con una vieja ejecutoria y es fácil descifrar sus rasgos ideológicos, y que se desprenden de la joven escuela histórica que en su afán de descubrir todo el pretérito monográfico de las instituciones que en cualquier época existieran no se olvidó de las instituciones empresariales, ya que incluso tuvieron un lugar de preferencia y esto por razones muy comprensibles.

En la base de esta orientación se halla la tendencia —tan antigua como la cultura humana— de buscar una legitimación en el pasado, la justificación del lugar que se ocupa en el presente y el que se aspira a ocupar en el futuro. La historia de las dinastías debía consolidar su antigüedad y los viejos éxitos de su autoridad entre la población, con independencia de que se tratara de la dinastía Carolingia cantada por Einhard, de los Piast elogiada por Gallus, o la de cualquier «rey» americano de no importa qué rama industrial, alabada por alguno de los investigadores de la escuela Business History. La apología de los empresarios como creadores, e incluso únicos creadores de las fuerzas económico-sociales, en su calidad de promotores del progreso, como fuerza derribadora de las adversidades y transformadora de la recalcitrante materia en el mundo, es un elemento conocido en la historia de las ciencias económicas. A finales del siglo XIX y comienzos del XX fueron los alemanes los principales autores de estas apologías,[38] que ahora encuentran simpatías en los Estados Unidos. El emigrante vienés y luego profesor norteamericano Joseph Schumpeter es un heraldo simbólico de esta tendencia conocida como escuela Business History.[39]

Los historiadores polacos han conocido esta tendencia bastante antes de que naciera con ese nombre en los Estados Unidos, e incluso con una expresión mucho más primitiva en la ciencia imperialista alemana, la cual editó centenares de trabajos sobre los alemanes —precursores del capitalismo y del progreso social en los territorios salvajes del Este de Europa y cuya iniciativa creadora iluminó el progreso a los bárbaros.

La conocen mejor aún los pueblos que hasta hace poco o que todavía siguen siendo coloniales en la historiografía apologética de las metrópolis. La biografía de esos *patres patriae*, las monografías de sus empresas, los libros conmemorativos de sus jubileos, etc., todo ello creó una enorme biblioteca de obras cuya ingenuidad apologética suele estar por encima del cronista medieval y que le son tan útiles en este dominio científico como esos mismos cronistas aunque, por fortuna para nosotros, los datos documentales de que disponemos sobre unos tiempos más cercanos son de más fácil verificación.

Diferenciamos la ciencia de los países imperialistas con la historia económica de los territorios de su expansión porque en esos casos la tendencia que queremos resaltar se manifestó con una claridad particular. Pero con ello no pretendemos afirmar que la ciencia polaca no haya procedido de la misma manera en su apología del capitalismo, y la de los «precursores del capitalismo», los Steinkeller, los Lubienski, los Kronenberg y otros pertenece en lo fundamental a esta misma categoría. Los rasgos específicos de la psicología nacional polaca hacen que esos héroes tengan unos rasgos característicos. Las fulgurantes carreras o la ruina de un Tyzenhaus o de un Steinkeller se estilizaron de acuerdo con el ideal romántico de este país. Las charreteras de general de Tomas Lubienski o el destierro político de Kronenberg pertenecen a la independencia nacional polaca.

La teoría de Schumpeter[40] dio un nuevo impulso a las indagaciones sobre la historia de las empresas y en particular de los empresarios. Según este autor la economía política subestima la importancia de la variabilidad de las condiciones en que se manifiestan o pueden hacerlo este o el otro fenómeno que le interesa, y que cada uno de ellos, como el aumento de la población, las barreras aduaneras, etc., puede tener unos efectos distintos según en qué sociedad se produce y cómo ésta reacciona. Cuando después del cambio de un factor los demás factores se adaptan a la nueva situación, Schumpeter denomina ese hecho con el término de *adaptive respons* (respuesta que se adapta). Pero cuando surge un elemento nuevo, al margen de los conocidos, entonces se trata según él de *creative respons* (respuesta creadora). Esta última situación se caracteriza por el hecho de que: primero, en la práctica no puede comprenderse *ex ante*, es decir, no puede ser prevista al basarse en los principios existentes hasta entonces; segundo, influye mucho en especial en los acontecimientos y es incomparable con la situación que pudiera crearse si la *creative respons* no interviniera. En la sociedad capitalista, esta *creative respons* depende del empresario.

Schumpeter concede gran importancia a la diferenciación de los cuatro tipos sociales:

a) al empresario,
b) al capitalista,
c) al *manager*, y
d) al inventor.

Este último es el que menos le interesa. ¿Qué importancia tiene que la ciencia griega conociera todo lo indispensable para la construcción del alto horno si los griegos no lo construyeron? ¿Qué importa que Leibniz mostrara la posibilidad y la utilidad de la construcción del Canal de Suez si no se realizó?

Schumpeter tiene en cuenta la desconfianza hacia las innovaciones y el temor al riesgo del dueño del capital. De ahí su apología del «empresario» como verdadero creador de la *creative*

respons. Pero para él el «empresario» no es siempre ni mucho menos el dueño de la empresa, ni los accionistas de la sociedad por acciones sino más bien cualquier representante del personal administrativo y directivo. Es natural que al insistir sobre la *creative respons* expresara con claridad su tesis sobre los elementos imprevisibles del desarrollo económico, sobre los elementos del indeterminismo.

Este fue el elemento teórico que aparte de la apología del «empresario» demostró ser tan atractivo para algunas ramas de la investigación histórica. «Nacida en el apogeo de los Estados Unidos por el año de 1925 y desarrollada durante la lucha en torno al "New Deal", la historia del *business* reaccionó de un modo bastante combativo contra el determinismo social o socialista» —escribe con delicadeza un historiador francés.[41]

Desde su aparición, hace unos cuarenta años en Norteamérica,[42] la vocación de la *Business History* ha sufrido una larga evolución, escindiéndose después de la Segunda Guerra Mundial en dos tendencias. La tendencia tradicional sigue la línea trazada por el fundador de la escuela N.S.B. Gras.[43] La glorificación de la libre competencia como único mecanismo de selección, la alabanza de las potestades triunfadoras en esta competencia, la hostilidad hacia la ingerencia estatal —haciendo un espantajo del «New Deal» de Roosewelt—, el *business* privado aupado al rango de «religión del capitalismo», todo ello tiene su raigambre y su función sociales aun ahora a pesar del gigantesco incremento de la representación económica del Estado en la economía capitalista después de la Segunda Guerra Mundial y de su prosperidad, todo lo cual no deja de socavar gradualmente aquella orientación.[44]

No es extraño, pues, que en las nuevas condiciones naciera una orientación nueva y de un carácter revisionista con respecto a la anterior. Su artífice fue Arthur H. Cole,[45] quien significó la diferencia de su teoría en el nombre mismo, al cambiar la palabra *Business* en *Entrepreneurship*. Se distingue de su predecesora en tres puntos esenciales:

1. Bajo la influencia schumpeteriana no identifica los «empresarios» y los «capitalistas».
2. Postula con vigor a favor de la investigación de la empresa en el marco del medio social a la cual pertenece.
3. Es partidaria de la ingerencia del Estado en la vida económica.[46]

En suma, dicha escuela es menos apologética que las anteriores. Es bastante más «histórica» al pronunciarse resueltamente en contra de los numerosos adversarios de la modernización.[47] Es también «sociológica»: pues se interesa no sólo por los grandes capitalistas y los organizadores de la industria, o por los más importantes empresarios como individualidades sino por las cosas de los pequeños empresarios en tanto que medio so-

ciai; por último, su interés no sólo es por la empresa sino también por las condiciones sociales que propician o frenan su actividad.

Aquí, pasamos ya de la historia empresarial al análisis de la historia económica del país. Y es donde aparece el peligro de tomar como punto de partida a la «empresa».

La escuela de Cole mantuvo en principio la actitud de que la empresa únicamente puede desarrollarse favorablemente en una sociedad predispuesta hacia la misma, y donde la posición social del empresario es apreciada por la sociedad ocupando un rango en la jerarquía social, y donde las actividades de la empresa son «dignas de elogio».

Esta tesis fue atacada de modo violento por A. Gerschenkron,[48] quien señaló las enormes fortunas acumuladas por los usureros en las sociedades que condenan y desprecian a la usura, las grandes rentas y el desarrollo de las fuerzas económicas del «estado llano» en las sociedades en las cuales la posición social de los empresarios era más bien baja o los inmensos beneficios de la empresas capitalistas en los países coloniales.

La actitud de Gerschenkron provocó el resuelto y concéntrico ataque de la escuela.[49]

Los elementos de esta disputa se hallan ligados a la postura sociológica sobre la cual se basa la escuela de Cole, o sea, la teoría de los «papeles sociales» de Parsons.[50] Aquí, sólo nos interesa la ideología de la cuestión. Antaño Gras y sus discípulos no se interesaban por el medio social en el cual el empresario actuaba. Esto no les servía para nada. Por el contrario, el marco de un medio atrasado u hostil propiciaba a veces la heroica caracterización del empresario —lo mismo que en la ciencia polaca se hizo de Tyzenhaus o de Steinkeller unos héroes «románticos»— pero con la diferencia de que los héroes de Gras salían vencedores. Pero como la clase dominante necesita de la afirmación social debe considerar ésta como un factor positivo para el desarrollo social y el de su propia actividad. También así pensaba Cole.

Los rasgos ideológicos de la actual *Business History* americana son visibles de igual modo para los historiadores no marxistas. A. Chabert escribe: «Si el empresario americano abre con tanta facilidad la puerta de sus archivos personales a los investigadores, es porque es muy sensible a un sentimiento como es el del orgullo, unido en su espíritu al deseo propagandístico.» Y afirma: «Nos parece que con independencia de la honradez moral del investigador, sus trabajos suscitan ciertas críticas no tanto quizá por su falta de objetividad sino cuando menos por cierta discreción como resultado de su dependencia material al empresario.»[51]

Esa «dependencia material en relación con el empresario» se puede entenderla más extensamente y no siempre en su sentido

vulgar. Es verdad que, particularmente en América, se da con frecuencia la financiación directa de los trabajos ligados a la historia de determinadas empresas por sus dueños actuales. Más frecuente todavía es el fenómeno de la dependencia financiera indirecta, a través de las fundaciones, pero es mucho más general la dependencia ligada a la autorización que requiere el acceso a los archivos. Esto es algo que ya se daba en la época de entre las dos guerras, cuando las grandes familias aristocráticas prohibían a los investigadores el acceso a los archivos familiares si las indagaciones no se hacían conforme a sus deseos. Esto se repite en estos momentos en el análisis de las grandes empresas capitalistas. No hay discusión científica en torno a los temas de la historia económica del capitalismo sin numerosas quejas de los investigadores sobre lo inasequible de los archivos empresariales y las dificultades con que tropiezan en su aprovechamiento. Incluso los científicos de los países capitalistas alejados del comunismo envidian a los historiadores de los países donde los archivos de las empresas han sido nacionalizados junto con éstas.

La comprensión de las limitaciones y de los riesgos de la *Business History* tal y como existe en los Estados Unidos se halla hoy bastante extendida si no en ese país sí en la Europa Occidental, como lo prueba el citado artículo de Chabert, y con mucha más claridad aún el informe programático presentado por el importante investigador T. S. Ashton en el X Congreso de Ciencias Históricas celebrado en 1955 en Roma. Escribe: «Hace algunos años, los que analizaban el incremento del capital se interesaban en especial por la personalidad de quienes lo ahorraban y ponían a la disposición de la industria y del comercio... Pero, bajo la influencia del pensamiento económico, el centro de los intereses se trasladó del proceso de acumulación al fenómeno inversionista... en la economía entera.»[52] Y también —se podría agregar— de la psicología del capitalista individual al proceso social que fue su fuente y su expresión. Pero todos los investigadores saben que la famosa «libertad de elección» de los empresarios se halla limitada a un marco bastante estrecho por las diferentes determinantes sociales,[53] donde tienen preferencia las indagaciones acerca de estas determinantes.

Si dedicamos tanto espacio a los aspectos ideológicos de las investigaciones apologéticas sobre la historia de las empresas capitalistas, es sólo porque le asignamos a estas investigaciones científicas de la historia de las empresas una importancia trascendental; pero si estas exploraciones han de cumplir con la misión que en nuestra concepción les asignamos, deben liberarse no sólo de la directa dependencia con respecto a los empresarios que las financian o que permiten el estudio de sus archivos sino que sobre todo han de liberarse de las tendencias apologéticas en relación con la clase de los empresarios. El em-

presario que financia o se presta a la redacción de la historia de su empresa aspira a que se le elija un monumento. El historiador que analiza la historia de las empresas, debe aspirar a indagar determinados fenómenos generales sobre la base de unos materiales concretos.

En las investigaciones sobre la historia de las empresas es una tentativa precursora la iniciativa de Pokrowski y de Gorki conocida hace ya un cuarto de siglo en la Unión Soviética con el título de *Historia de las fábricas y de las profesiones*.[54] A causa de la situación en que surgió, esta iniciativa se centraba en los problemas de la lucha de clases y no en los problemas de carácter económico. Sin embargo, se puede suponer que con el tiempo el trabajo de los investigadores se hubiese extendido a otros problemas si no fuera que esa iniciativa dejó de existir en el curso de la dogmatización de la humanística soviética.

Para la historia económica marxista de la época capitalista, son imprescindibles las investigaciones en torno a la historia de las empresas y sobre todo el cálculo de las mismas y los cambios sufridos en el tiempo por estos cálculos. Aquí, trataremos tanto el cálculo inversionista junto con su financiación, como el cálculo del proceso corriente de la producción y de los problemas como son la productividad del trabajo, la magnitud de la plusvalía, el reparto de la renta y del beneficio, etc.[55]

PROPOSICIONES METODOLÓGICAS SOBRE LAS INVESTIGACIONES RELATIVAS A LAS EMPRESAS FEUDALES

La vida económica de cada país contiene siempre una gran riqueza de los más diversos elementos que suele ser inmensa en la realidad social de todas las épocas pero en especial en las de transición de un sistema a otro, como durante el largo período del paso del feudalismo al capitalismo en Polonia. Pero no basta con enumerar esos fenómenos ni con determinar la frecuencia de su aparición, como hizo la ciencia positivista, o la fórmula de Rutkowski según la cual no son las mudanzas cualitativas sino las de proporción las que distinguen entre sí los sistemas económicos. Partiremos del principio de que los elementos que configuran una unidad económica determinada no pueden constituir un conjunto casual sino que representan una entidad total, funcionalmente vinculada. Por ejemplo, en la historia de las manufacturas polacas del siglo XVIII, encontramos uno junto al otro estos fenómenos y formas tan ricos en su diversidad en el campo de las fuerzas productivas, los procesos inversionistas, la fuerza de trabajo, la organización de la producción, el mercado, la rentabilidad, etc... hasta el extremo de

que sólo percibimos el sentido de ese cuadro caótico en apariencia con el análisis funcional de cada uno de esos elementos en el marco general de la magnitud a la cual pertenecen.[56] Si formaron parte de esa dimensión total, se puede suponer que cumplieron con alguna función en su seno con independencia de que esta función fuera beneficiosa o perjudicial para el propietario de la manufactura. La condición para comprender dicha función radica en establecer correctamente a qué magnitud económica pertenece ese elemento determinado, qué función cumplió en ella y cuáles son las necesidades que deciden de su duración o su desaparición dentro de una dimensión determinada, ya que su determinación tropieza con serias dificultades en otras épocas que no sean la capitalista y peor aún, al no disponer hasta ahora de un método elaborado, es por lo que hemos dedicado tanta atención a esta cuestión.

La investigación funcional de los diferentes elementos que intervienen en la vida económica exige el análisis de las unidades de explotación, como son las «empresas», como una de sus tareas fundamentales.

Una advertencia: el análisis de las unidades económicas y en primer lugar del cálculo mencionado como primera fase investigadora debe realizarse con los procedimientos adecuados a la indagación de una época determinada, es decir, no siempre los del sistema capitalista.

El problema que planteamos es de una importancia trascendental, y apenas investigado hasta ahora.

Los procedimientos de cálculo en la época capitalista son sencillos ya que existe un denominador común que permite acometer el cálculo del capital. Todos los elementos, incluso el tiempo y el riesgo son mensurables en dinero. Este su denominador común se establece en el mercado a través de la acción de las leyes del mismo. Incluso aunque algunos no han pasado nunca por el mercado los podemos estimar por su precio en éste ya que esa estimación es la que influyó sobre la actividad económica de los factores que intervinieron en ella.

Según la tesis de Sombart, las categorías como «el cálculo», «el beneficio», etc., suelen ser propias de lo que él llamó el «espíritu capitalista» y ajenas a las demás épocas, en las que, a nuestro juicio, poseen un sentido muy diferente.

En las épocas no capitalistas, el citado denominador común sólo puede aplicarse a unos problemas limitados o fraccionales.

En el sistema socialista, por experiencia propia, sabemos que la ley del mercado es totalmente distinta a como se presenta en el sistema capitalista. El déficit de los productos de consumo no lo hace por alza general del nivel de los precios sino a través de las «colas» o filas de personas delante de las tiendas y de la diferencia entre los precios fijados por el Estado y los precios especulativos. Los elementos de la fijación arbitraria de sus

tasas, en particular de las materias primas, provoca un cambio fundamental en el cálculo económico de las empresas de producción, el despilfarro de materias primas —la madera, por ejemplo— y la rentabilidad ficticia o no. El elemento resultante de la falta del libre juego de los capitales en el mercado y la fijación en estas condiciones de la tasa de la renta sólo con grandes dificultades sirve a la aplicación del «denominador común».[57] Mucho mayores aún son las dificultades con que tropieza el análisis del cálculo económico en las sociedades precapitalistas ya que su rasgo característico es la relativa estrechez del mercado, el cual es reducido sino «muy imperfecto», para emplear la terminología keynesiana.

Las nuevas conquistas de la teoría económica del análisis concreto de la «imperfección» del mercado[58] quizá permitan al ser utilizadas con este fin, solucionar más de una dificultad en los trabajos históricos.[59] Pero lo peor no es que ese mercado sea estrecho e «imperfecto» sino que su influencia en la economía es muy limitada y a veces mínima o que sólo interesa a éste. La carestía de un artículo no suele provocar el incremento de su oferta ni la baja del precio del mismo la disminuye. Es decir: en el sistema feudal, a la inversa que en el capitalismo, la explotación económica de los bienes que no pasan por el mercado, se suele realizar con independencia de éste.

Al ser así, existen graves consecuencias para los métodos de análisis del cálculo económico en relación con las épocas precapitalistas.

En el sistema capitalista el cálculo económico se basa en los cambios del mercado y en especial en los precios de los productos, los servicios, el dinero, porcentaje de la renta, etc., que se establecen en él, por lo que el investigador puede examinar la actividad económica de la época capitalista con su ayuda.

En el sistema feudal, el mercado es reducido e imperfecto y no influye demasiado en la explotación económica fuera de los «sectores» de la actividad económica social ajenos a él.

De lo cual se desprenden consecuencias trascendentales. La aplicación del cálculo económico basado en el cálculo de tipo capitalista, es decir, a través de la valoración de los bienes y servicios adquiridos o no según los precios existentes para ellos en un mercado determinado constituye para los tiempos precapitalistas un procedimiento no sólo anhistórico de interpretación de la actividad humana según los principios propios para otra época, sino incluso un peligro. La aplicación de los precios establecidos en un mercado en el que sólo se encontraba una mínima parte de los bienes y servicios producidos a la masa de éstos suele conducir al error. Este método es peligroso en especial para la valoración del trabajo cuando el mercado de la fuerza de trabajo bajo el sistema feudal es tan pobre y marginal que la masa fundamental de la fuerza de trabajo humana no tiene derecho

a pasar por él, y que por lo tanto la fuerza de trabajo de libre contratación suele tener un precio muy elevado.[60] Si estimamos con este valor pecuniario las prestaciones de los siervos a la hacienda del señor para su cálculo, sus resultados serán exorbitantes.[61]

Así, como resultado de un análisis escrupuloso de las cuentas de una hacienda determinada a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, B. Puczynski llega a la conclusión de que esta propiedad sólo puede someterse a un cálculo basado en el valor del trabajo gratuito de los campesinos, muy importante para ella.[62]

Pero el valor de la jornada de trabajo del siervo era mucho más bajo que el que pudiera pagar el propio dueño de la hacienda por un jornalero temporal.

Otro ejemplo: cuando no existe el mercado de la fuerza de trabajo, no puede establecerse en él su precio. Si este mercado es «imperfecto» pueden existir varios valores pecuniarios para una misma labor. En los años 60 del siglo XIX se publicó en el «Anuario Económico polaco» un cuadro basado en los datos suministrados por los corresponsales de la Sociedad de Agricultura en el que se daban los precios de las jornadas de trabajo para cada mes y cada comarca del país. En este conjunto de datos se diferenciaba a la fuerza de trabajo de los habitantes del lugar y de los transeúntes, en sus salarios, muy distintos sobre todo en los comienzos del feudalismo.

¿Con arreglo a qué precios debía estimarse el valor de las prestaciones obligatorias? En apariencia, según el precio pagado a los habitantes del lugar ya que las prestaciones eran retribuidas por ellos, pero por otra parte en la determinación de las tasas de la fuerza de trabajo local, siempre han tenido importancia factores extraeconómicos, los cuales los rebajan artificialmente. Se ha intentado valorar las prestaciones obligatorias según las tasas con que se las estimaba en el cálculo de los inventarios y en las cuentas, pero en estos casos dichas tasas deben ser muy bajas, y aunque se ha probado tomar como base las pagadas por los campesinos por las jornadas no cumplidas o por las llamadas «contrataciones de la servidumbre», no pueden ser demasiado elevadas, ya que su finalidad era la de frenar los medios monetarios de la aldea.

Cuando no existe el mercado de la fuerza de trabajo, ningún instrumento de análisis puede reemplazar al cálculo de la estimación de la fuerza de trabajo en el mercado.

Nos hemos detenido en este ejemplo en atención a la importancia fundamental que en el cálculo de cada unidad económica debe tener la fuerza de trabajo, la cual es al mismo tiempo un elemento en relación al cual los fenómenos del mercado en la época feudal tienen un carácter menos determinante.

Pero las dificultades no sólo son sobre la valoración del

trabajo, ya que existen para determinar, por ejemplo, el valor de las materias primas.

Tomemos como ejemplo la madera. En el año 1785 se publicó en Polonia un manual de la fundición de vidrio de Torzewski,[63] el cual fue elaborado en forma de diálogo, y empieza con una escena en la que el Starosta —símbolo del labrador— alaba al señor Wiadomski por el sistema de explotación de sus tierras. Para el Starosta lo más destacado del sistema es su autarquía, ya que no ha de comprarse casi nada. Pide consejo a Wiadomski sobre un problema: cómo aprovechar los bosques, que son muy extensos y cuya madera no se aprovecha. Wiadomski le sugiere construir una fundición de vidrio para quemar aquel material. En su proyecto, Wiadomski argumenta la existencia de un mercado local para la venta de los utensilios de vidrio,[64] mientras que por otra parte, la manera en que el Starosta presenta las cosas prueba que en una época dada no había en una región determinada ninguna posibilidad de su venta. El Starosta acepta con alegría la idea de aprovecharla en el horno de la fundición.

La situación que en esta escena se describe señala que la decisión económica de utilizar la madera para quemarla en la fundición no debía ser un acto de elección económica, ya que el Starosta al menos no la ve. Esta tesis es algo paradójica. De todas maneras, la creación de la fundición de vidrio por el Starosta es un acto de elección económica.

Pero esa escena nos hace pensar que de realizar el cálculo económico de dicha fundición contando el material consumido en el fuego al precio que han de pagarla, si es que la quisieran pagar, llegaríamos a unos resultados exorbitantes.

El dueño de un bosque situado a orillas de un río, que desease instalar una fundición de vidrio, ha de calcular si no le daría mejor resultado el utilizar la corriente de las aguas para llevar la madera hasta el puerto que no quemarla en los hornos, considerando la diferencia de los costes de una u otra empresa. Pero el Starosta del manual de Torzewski no razonaba así. Pero ¿cómo calcular su explotación?

Sólo existe una posibilidad de elección al haber un mercado «perfecto», pero éste es una abstracción teórica que no tiene relación ni siquiera con la realidad del capitalismo liberal, y cuya utilización en las investigaciones sobre la economía feudal es un anacronismo.

Pero también en la economía precapitalista las gentes realizan cálculos económicos y llevan las cuentas a su manera, y Sombart no tenía razón al considerar el cálculo económico como un invento del «espíritu capitalista». Es posible que a menudo en las épocas precapitalistas, entren en el cómputo los elementos extraeconómicos, pero no está descartado que en el cálculo del capitalismo verdadero no intervengan. Así, ¿cómo analizar

esa conjetura y esas regularidades de la explotación económica precapitalista?

Según las conquistas actuales de la ciencia si calculásemos cualquier «empresa» feudal (latifundio, hacienda, finca, manufactura) con los procedimientos propios del cálculo capitalista, valorando todos los factores que entraban en la producción y no eran comprados en el mercado[65] —tierras, edificios, madera, instalaciones hidráulicas levantadas con el trabajo de los siervos, materias primas, etc.—, siempre llegaríamos a la conclusión de que tales empresas trabajan con déficit.

En cambio si hiciéramos el cómputo sin contar los elementos que no costaron ningún dinero, los resultados serían muy beneficiosos.

Puede preguntarse si la diferencia entre estas dos magnitudes no representarían la medida del despilfarro social. Pero tal afirmación sería demasiado sencilla.

El asunto es mucho más complicado. En primer lugar concordamos en que el primero de esos resultados es absurdo: pues todas o casi todas las empresas de un país no pueden trabajar durante largo tiempo con un déficit casi permanente cuando simultáneamente no comprobamos en su economía las catástrofes de su ruina. Tampoco deja de ser inverosímil el segundo resultado en el cual todas o casi todas las empresas dan de modo permanente enormes beneficios ya que además no vemos un claro progreso en la economía nacional.

En el primer caso, el utilizar los procedimientos del cálculo capitalista nos lleva a una exageración enorme de los costes. En la economía capitalista podemos valorar en principio —con ciertas reservas en cuanto a la economía del pequeño campesino— los elementos que entran en la producción y que no han sido adquiridos según sus precios en la contratación ya que la hipótesis de que «si hubieran pasado por el mercado su precio no hubiese cambiado» no es bastante realista. Es decir, también es válida la hipótesis de que el propietario de esos elementos —materias primas o fuerza de trabajo— hubiera podido venderlos en el mercado al precio de tasa, pero ambas conclusiones son absurdas en tiempos del feudalismo.

Con el ejemplo de la madera existente en las regiones alejadas de los centros donde se utiliza como combustible hemos señalado que no existía ninguna posibilidad de venta de ese género en el mercado y por lo cual este material no podía convertirse en una «mercancía». Al mismo tiempo, si imaginásemos que toda la fuerza de trabajo de la Polonia del siglo XVIII pasara por esta contratación el precio de la misma se establecería muy por debajo de los que se pagaban entonces a la pequeña fracción de las masas trabajadoras asalariadas.

En el segundo caso, al no incluir en los costes los elementos no adquiridos con dinero en el mercado, los gastos generales se

reducen a su mínima expresión y a veces a cero. En las indagaciones personales sobre la manufactura de telas de los Radziwill en Nieswiez el único gasto monetario de esa empresa fue la compra en Krolew de colores para la tintorería. Esta cuenta deforma la realidad. La deformación es tanto mayor en la historia polaca de las grandes propiedades en los casos de las acusaciones que se hacía a los administradores o los arrendatarios de toda clase de depredaciones en las fincas. En lo económico, estas «depredaciones» son la merma del potencial productivo de una hacienda determinada.

La renta consumida rebasaba por lo visto los beneficios producidos por la explotación. Estos litigios eran muy enmarañados y muy difícil el probar o negar las acusaciones, lo que no es de extrañar en aquellos tiempos que la contabilidad tenía unas formas establecidas y uniformes que se referían exclusivamente a las rentas y a los gastos monetarios sin tener en cuenta el valor de la finca en metálico ni los cambios que en ella se producían.[66] Este hecho no es sólo el reflejo de la «falta de la idea del cálculo» o de la carencia del conocimiento económico-matemático. La estimación de todos los bienes, muebles e inmuebles, de la explotación según los precios del mercado hubiese sido en las relaciones económicas de aquella época una operación sin fundamento teórico.[67] Así los cambios que se operan en la esencia de la finca en un determinado período económico (cambios en la magnitud del inventario, en el número del ganado, la superficie de la sementera, el número y la capacidad de prestaciones de las explotaciones campesinas, etc.) no tenían ningún denominador común, por lo que era imposible dictaminar si la «depredación» tuvo lugar efectivamente y de ser así cuáles fueron sus dimensiones. En la explotación del campesino tiene primacía el sector natural y el señor tiene la preferencia en el sector monetario. Todo cuanto sirva para aumentar los ingresos del dinero es del agrado del caballero feudal. Pero no es posible saber en aquellas condiciones del sistema si este incremento del dinero no se hacía a costa de la substancia de la finca. De aquí la contradicción entre el deseo de aumentar los ingresos monetarios y los litigios sobre las «depredaciones».

Así, el no incluir en el cálculo los elementos utilizados en la producción y no adquiridos en el mercado, hace rentable la manufactura que ha disminuido la capacidad productiva de ciertos bienes en otros sectores. Aunque Tyzenhaus incrementó mucho los ingresos del tesoro real con la economía lituana, la arruinó con su administración.[68]

El problema se complica con un nuevo elemento difícil de establecer. Suponiendo que la manufactura, que aquí todos tomamos como muestra, haya devastado los bosques de unas fincas determinadas, la apreciación económica de este fenómeno

dependerá del hecho de que allí y entonces existieran otras formas de utilización económica de los bosques tales como el conducirlos, cuando era posible, por el río hasta una ciudad portuaria. En el caso contrario, el quemar la madera en los hornos de las fundiciones de hierro o de vidrio hubiese sido la única manera económica de su utilización, la más rentable.

La estimación en dinero de los elementos del proceso de producción sin pasar por el mercado o que salieron de la producción no mercantil está basada en una serie de principios irreales:

a) supone la existencia de un precio en el mercado relativamente uniforme para cada uno de los elementos comenzando por la fuerza de trabajo;

b) cree que todos los artículos y todas las clases de fuerza de trabajo tienen un valor económico y un precio que permite valorarlos;

c) da por seguro que el «empresario», organizador de la actividad económica y propietario de los medios de producción tiene la posibilidad de elegir: o bien vender un artículo determinado en el mercado y obtener por él el precio equivalente allí, o bien utilizarlo en el proceso de producción, obteniendo mayores beneficios.

En definitiva: la reconstrucción del cálculo de la empresa es un criterio de la elección racional efectuada por el empresario. El cálculo de los gastos es la reproducción de las sumas de las pérdidas soportadas durante el proceso de producción. La introducción en este cálculo del valor monetario de la madera empleada y no comprada es una pérdida sólo cuando hubiera podido ser convertida en dinero a un precio dado.

¿Era esto realizable? El incluir en los costes el valor del trabajo de los siervos hubiese tenido un sentido sólo si al renunciar a la producción que había de utilizar ese trabajo hubiese sido posible vender esa fuerza de trabajo a su precio. Pero ¿era factible?

Los partidarios de un método diferente de investigación pudieran oponer una reserva, la de que al incluir en el cálculo de los gastos la estimación de los artículos no procedentes del mercado aspiran no sólo (o «no tanto») a reproducir el cómputo de los beneficios y las pérdidas del empresario, que no a hacerlo de los beneficios y las pérdidas sociales. Pero ello no resiste a la crítica.

Cada madera utilizada productivamente y que no puede venderse es desde el punto de vista social rentable y aumenta la renta social aunque sólo sea en una medida mínima. El único límite perceptible es la merma de la substancia de la propiedad y de su ulterior capacidad productiva. El concepto de la «depredación de los bienes» tenía mucha importancia, y con justicia, en el razonamiento económico de la nobleza polaca.[69]

Entonces, ¿cómo salir de este lío de dificultades insuperables?

Sí, insuperables. El sistema feudal brindó menos posibilidades de un proceso racional económico que el capitalismo.[70] La utilización de los métodos del cálculo capitalista para el análisis de una sociedad que no sólo no los ha conocido sino que no creó las objetivas condiciones sociales para su utilización, sería un flagrante anacronismo.

En tal situación, sólo es posible aconsejar una serie de directrices:

1. Cada análisis económico debe realizarse en el marco adecuado, ya se trate de una hacienda señorial, o de una gran finca o bien de un latifundio. A veces, hay que analizar la manufactura aparte, y, con más frecuencia, con los bienes de la cual forma parte. Para la elección de estos marcos, es preciso conocer el sistema de administración de esos objetivos económicos (explotación personal o por los arrendatarios, etc.).

2. El cálculo económico de la «empresa» debe realizarse en principio en: por una parte, el cálculo en dinero, y por otra, en el cómputo «natural» pero sin sumar este último por carecer de un denominador común.

3. Los resultados obtenidos en relación con la cuenta en dinero son importantes como elemento fundamental, aunque no único, de la decisión económica del factor elector, es decir, el propietario feudal cuyo principal objetivo consiste en incrementar sus ingresos en metálico.

4. Al no prestarse a una adición, los resultados de la cuenta «natural» suelen configurar un cuadro sinónimo que facilita su análisis. En sus razonamientos, los nobles polacos consideraban, con gran acierto, como un elemento decisivo el estado de «asentamiento». La finca se hallaba «devastada» cuando los «asentamientos» disminuían como consecuencia de la mortalidad o de la huida de los campesinos. En el campo feudal, éste fue de hecho un «denominador común» de la economía impuesto por la vida. Podemos seguir ese mismo camino en nuestros análisis.

5. La valoración de los elementos no adquiridos en el mercado para el cálculo de los gastos que entran en la producción puede realizarse en los casos justificados, como en el coste de la madera puede incluirse en las fincas situadas a orillas de un río ya que esa materia puede venderse. Se puede adelantar la generalización de que esta investigación puede ser realizada cuando sea justificada. En el caso contrario, no podrá ejecutarse si no encontramos los datos exactos sobre los precios de los artículos que nos interesan en unos determinados lugar y momento.

6. En los casos más afortunados en que podemos realizar las estimaciones, la diferencia entre los resultados del cálculo

conseguido con ellas y sin ellas será la medida del despilfarro social. En los otros casos, mucho más frecuentes, deberá buscarse otras medidas como los datos sobre la devastación de los bienes o la relación entre la cuantía del trabajo utilizado y la renta conseguida por el señor.

Por último, una comprobación de carácter general. La sugerencia de Rutkowski sobre la problemática del reparto de la renta velaba los problemas de su magnitud, lo que no es justo. La aceptación de la problemática del reparto de la renta social como eje de la síntesis no sólo no excluye sino que por el contrario aboga por la indagación de su dimensión, pero en este caso no está claro por qué ha de tomarse como eje de las indagaciones de la historia económica el reparto y no la magnitud de la renta social.

El procedimiento más justo en teoría es tratar por igual los problemas de ambos sectores, pues cualquier separación de estos problemas ya de por sí es siempre un acto de abstracción con todos los beneficios y los riesgos que entrañan.

En la realidad histórica concreta no nos enfrentamos ni mucho menos con el prealable de la acción productiva y luego con el reparto, sino que éste se efectúa de acuerdo con la producción, la cual en cada una de sus etapas crea sus condiciones apropiadas.

Esta cuestión tiene una importancia especial al abordarse el problema de una manera dinámica, la única posible en la historia. Cada cambio en la magnitud de la renta significa un cambio en la estructura de su reparto, la regla de que la renta incrementada o mermada nunca se reparte en la misma proporción que antes del cambio.

La clase social o políticamente privilegiada tratará de descontar sus privilegios en el campo económico, aspirando a apoderarse de la mayor parte del beneficio o de cargar sobre las demás clases los gravámenes de la merma de la renta social.[71] Si esto ocurre así en la economía nacional es porque también se produce en cada empresa.

Así, en el análisis del cálculo empresarial, debe concederse una importancia considerable a la magnitud de la producción neta y sobre todo a la orientación de sus cambios.

EL ANALISIS DEL PROCESO DE INVERSIÓN

Desde las épocas más remotas las grandes inversiones siempre despertaron la admiración entre la población. La armoniosa movilización del esfuerzo de grandes agrupaciones humanas para la realización de un objetivo impresionaba a los pueblos aunque fuese causa de sufrimientos y crueldades.

El creador de las primeras pirámides de Egipto, Imhotep, ha sido venerado como un dios durante cinco mil años.[72] Sin embargo, se trataba de una inversión improductiva que no facilitaba la vida y el trabajo de los hombres; es la obra del genio creador. A lo largo de los siglos las grandes inversiones productivas o de servicios han dado origen a tantas leyendas, cultos y otras formas de expresión del agradecimiento o del homenaje de las sociedades primitivas, como sucedió con «las siete maravillas del mundo» o el santuario de Salomón. En las «Vidas de los Santos» hallamos también muchos casos de su poder milagroso para desecar los pantanos, tender puentes («levantando unas piedras que jamás nadie pudo levantar») y toda una serie de obras benéficas para las gentes.

Las grandes inversiones tanto productivas como improductivas, han desempeñado siempre un gran papel político e ideológico en manos de los gobernantes. Han sido un medio para influir sobre la mentalidad de las masas, para resaltar su grandeza y poderío.

Para los césares de todos los géneros, las grandes inversiones son un atributo tan importante como el cetro. La historia, al situar estas inversiones en el contexto sociológico de los gobernantes, las estima según el balance de los costes y los beneficios.

El análisis de las inversiones es un eslabón de una importancia trascendental para las investigaciones histórico-económicas, y más de una vez la clave de un análisis dinámico para el historiador.

Las inversiones son el enlace de las diferentes etapas de la vida económica, pasado, presente y futuro. Gracias a la indagación de las inversiones, cada búsqueda, incluso la más limitada cronológicamente, puede estar saturada de elementos dinámicos, por cuanto ha de mostrar el legado que se ha ido transmitiendo de una a otra generación en las fuerzas productivas de una sociedad determinada, el uso que se hizo de ellas en cada nueva generación y lo que ésta a su vez legó a la generación siguiente.

Conocer en cada momento cronológico los factores sociales que proporcionaron o frenaron la realización de las inversiones es un elemento importante para apreciar su sistema económico y su funcionamiento.

El análisis histórico de las inversiones es una tarea metodológicamente muy difícil y que se presta a discusión, ya que exige del examen la inclusión de los elementos de previsión, en el elemento de un largo período de tiempo y comporta el riesgo «psicológico». Es preciso contestar a las preguntas, del por qué las gentes realizan inversiones en un período y en otro no, por qué las hicieron únicamente las clases dominantes; y por qué se acometen ciertas categorías de inversiones y no otras; quién soporta en última instancia sus gastos y quién se beneficia de ellas.

Todas estas preguntas conciernen a las decisiones económicas humanas y de ahí el riesgo de caer en los «rasgos psicológicos».

En la economía capitalista, la situación se presenta de una forma bastante sencilla. El tiempo, como todo lo demás, tiene en ella un precio bajo la forma del porcentaje de la renta. El precio del dinero tiene sus riesgos en las cuotas de seguros o de la renta más elevada que grava el crédito. Pero incluso así el problema no es tan sencillo y la renuncia a las inversiones en una situación en que sus costes inclinarían a acometerla es un fenómeno que se repite con regularidad en ciertas fases del ciclo coyuntural.[73]

La situación se complica en la época precapitalista al no existir en ella ningún «denominador común monetario» para el cálculo económico.

La historia nos muestra los períodos de una actividad inversionista incrementada tanto en el campo del empleo del caudal de una forma productiva como improductiva. Conocemos las fases de los grandes asentamientos, cómo la concentración cronológica de la construcción de las grandes catedrales francesas y sus dimensiones en relación con ciudades más de una vez pequeñas es algo asombroso, aunque en realidad no fueron financiadas por esas localidades sino por entidades más importantes. Existen muchos proverbios, con un fondo de verdad, como el de que «Casimiro el Grande heredó una Polonia de madera y la dejó amurallada» lo que aún se puede apreciar en las ciudades polacas, etc.

Pero de la confirmación de los hechos a su esclarecimiento, aun cuando éste sea hipotético, hay un gran trecho. Tampoco es fácil determinar qué elementos motivaron más inversiones en un cuarto de siglo que en otro.

Todas las búsquedas sobre los empleos del caudal han de partir del conocimiento de su modo de financiación. Y en este caso, la situación es más fácil con respecto al capitalismo. Si se dispone de una buena documentación, conocemos la renta que impera en el mercado para los créditos a largo plazo, así como la situación en la Bolsa, sabemos qué Banco o qué Bancos financian una inversión determinada, y la magnitud y el carácter del capital accionista, discernimos en qué mercados han sido colocadas las acciones y a veces incluso la lista de los accionistas, etc.

También aquí pueden enriquecerse los métodos de investigación histórica. En la historia de las sociedades por acciones distinguimos dos tipos: las que tienen un número reducido de accionistas y las que cuentan con un gran número de acciones baratas, lo que para el historiador es muy elocuente, ya que le aclara el concepto que ha dominado en los organizadores de la empresa, es decir, qué capital desean atraer: el de la gran

burguesía y los terratenientes o el de la clase media. No está desprovisto de sentido económico e ideológico que Kronenberg* abogara por las sociedades con un gran número de pequeñas acciones. Lo mismo se puede decir de algunas empresas petroleras galitzianas, pero aquí y en atención a los enormes costes y a los riesgos que suponen los trabajos de prospección, el gran número de pequeñas acciones había de servir, a juicio de los organizadores, para repartir los riesgos, evitándose al mismo tiempo, a través de la diseminación de los accionistas, todo peligro en caso de éxito de la sociedad, ya que estas pequeñas acciones vendidas por los agentes en las aldeas y los pueblos, eran mucho más fraccionales.

También son muy elocuentes para el historiador las sociedades por acciones de carácter «familiar», las cuales no aparecen en la Bolsa. Es característica la deuda bancaria del empresario que es la única que aparece mientras que el que adelanta el capital está oculto.

La economía precapitalista no conoce en principio el crédito productivo y menos aún el crédito inversionista a largo plazo. La renta del capital determinada por el gran riesgo de la utilización del crédito en especial para los fines del consumo, no permitía su utilización en el ciclo productivo. Ninguna producción suministraba una renta lo bastante grande como para pagar su crédito. El que realiza inversiones ha de poseer en principio todo cuanto necesita para llevarla a efecto. El análisis del empleo de caudal en las manufacturas en la Polonia del rey Estanislao (1737-1798) nos muestra la supremacía del magnate sobre el burgués en esta «competencia»: pues aquél poseía todo cuanto era necesario para la construcción de las manufacturas: el terreno, a veces los edificios, la madera, los minerales, la mano de obra, etc. En cambio, este último debía comprarlo con dinero.[74]

La «financiación» no monetaria —qué paradoja— de las manufacturas, tiene gran importancia en la historia de las formaciones económicas precapitalistas y vale la pena investigarla en las diferentes épocas y países de una manera precisa ya que condiciona en gran medida el progreso económico, y no puede haber ningún progreso económico sin inversiones, siendo éstas más rápidas que el crecimiento de la población.

En la economía precapitalista, las inversiones tuvieron desde el punto de vista del que las realizaba un carácter distinto que en el sistema capitalista. Pues el capitalismo tiende a equilibrar el nivel de los beneficios. Existe un mercado uniforme en el cual las diferencias entre el beneficio que es posible obtener en las actividades crediticias se halla limitado tanto en el comercio

* Leopold Kronenberg (1812-1878), importante financiero y político de Varsovia. (*N. del T.*)

como en la industria y en que —al menos con relación al feudalismo— las posibilidades de inversión son inmensas. Nada de esto existe en la economía precapitalista. Las diferencias entre el provecho que se puede conseguir en las actividades crediticias en el comercio por una parte y la producción por la otra, son enormes, y la posibilidad de efectuar la colocación del dinero, pasándolo de un sector a otro, igual a cero. Cuando un mercader invierte su dinero en bienes inmuebles como la compra de una casa, la edificación de casas o la compra de tierras,[75] suele ser el reflejo de una desfavorable o peligrosa coyuntura comercial que tiende a durar.

Es muy compleja la investigación de los procesos inversionistas en el período del paso del feudalismo al capitalismo, en unos tiempos en que se entrelazan en una misma empresa los viejos y los nuevos criterios de explotación.

Así, vemos que en las minas de la Polonia de mediados del siglo XIX, la madera no figura en los gastos de producción.

Esto es muy representativo del feudalismo. Pero, al mismo tiempo, para financiar la industria minera y siderúrgica, el Gobierno de aquella época busca capitales alemanes o belgas. Las instituciones capitalistas que conceden esos créditos consideran dicho empréstito como una alternativa posible de inversión capitalista. Además esos mismos propietarios de los bosques que suministran la madera a la minería y la siderurgia, no dejan de venderla. Así que el historiador tiene el derecho y la obligación de estimar para sus cálculos el coste de la materia utilizada, de acuerdo con su precio local.

Así, el historiador que investiga las inversiones se halla ante la necesidad de llevar a cabo tres cálculos simultáneos, cada uno de los cuales ha de informarle de un aspecto diferente:

1. Ha de reproducir los cálculos de entonces que le han de informar y facilitar la comprensión de las bases de decisión de sus factores decisivos.

2. Ha de realizar los cálculos según nuestros criterios calculadores.

3. Ha de realizar el cálculo según los resultados obtenidos de hecho.[76]

Todo esto concierne al cálculo de las inversiones bajo el criterio del que lleva a cabo la inversión, y por lo tanto una escala microeconómica. Para cada análisis económico, ya sea del pasado como del presente, hay una tarea fundamental, como es la de situar este fenómeno microeconómico en una serie ordenada, macroeconómica, es decir, es preciso indagar los efectos que una inversión determinada tuvo para los medios socio-económicos ambientales.

Una empresa puede trabajar con beneficio propio y con pérdidas para la economía social. Los ejemplos abundan. Más aún: cada inversión efectuada en una sociedad cuya división del tra-

bajo está muy desarrollada tiene sus repercusiones positivas o negativas, o ambas a la vez, en el medio ambiente. La creación de una manufactura de telas en un pueblo de un latifundista puede provocar la ruina de los artesanos tejedores de ese lugar y proporcionar al mismo tiempo el florecimiento de otros oficios como el del carnicero, el panadero o el zapatero. El llevar estos cambios al «denominador común» no es una tarea fácil.

En el sistema capitalista cada inversión, incluso improductiva, tiene efectos secundarios a largo alcance que van extendiéndose a semejanza de los círculos en el agua cada vez más débiles a la totalidad de la vida económica. Las inversiones incrementan la mano de obra a la vez que las necesidades en bienes de inversión, como el carbón y el hierro, lo cual incrementa el sector ocupacional en las minas y las fundiciones. Los nuevos trabajadores gastan el dinero ganado por ellos aumentando así los puestos de trabajo en la producción de los artículos de consumo y los servicios, etc.

Aunque menos, estos fenómenos también existen en el sistema feudal. Más aún: al crear las manufacturas, la nobleza polaca del siglo XVIII lo sabía y lo tenía muy en cuenta, mucho más a veces que el incremento directo de los beneficios.[77]

Es en especial difícil para el historiador económico el establecer las para él tan trascendentales consecuencias de las inversiones, ya que sólo son posibles las orientaciones aproximativas.

EL ANALISIS DEL PROCESO PRODUCTIVO

En la indagación del cálculo económico del proceso productivo intervienen todos los problemas y dificultades que hemos enfrentado en el análisis de las inversiones.

Aquí aparece la falta de uniformidad de los precios en el mercado de numerosos elementos de su producción, así como la no yuxtaposición del beneficio de la empresa con los beneficios de la economía nacional.

De existir buenas fuentes documentales, es posible establecer algunos índices cuya elocuencia será tanto mayor cuanto los cambios que intervengan en el curso de las transformaciones socio-económicas muestren una clara tendencia de orientación, gracias a lo cual estos índices revisten un carácter sintomático, y que son la relación entre el valor de las instalaciones permanentes y el valor anual de la producción. La relación suele aumentar durante el proceso de producción. En el clásico taller artesano suele ser inferior[78] en varias unidades, mientras que en la gran industria capitalista es mucho más elevado. La aplicación de este coeficiente requiere prudencia ya que oscila muchísimo

según las profesiones y sobre todo según el valor relativo de la materia prima elaborada: para el orfebre será mucho más baja que para el carpintero o el curtidor.

El mejor índice pero mucho más difícil de conseguir en la práctica sería la relación entre el valor de las instalaciones y el valor añadido en el proceso de producción, es decir, el valor del producto menos el valor de la materia prima gastada.

Un índice muy importante es el valor de las instalaciones *per capita* con respecto al personal empleado, y que desde los comienzos de la mecanización es trascendental por la magnitud de la fuerza mecánica *per capita.*

Es muy complejo el problema del cálculo del beneficio, de la renta del capital, de la plusvalía, etc. La utilización de estas categorías en el análisis de la empresa precapitalista exige mucha prudencia.

El cálculo de la «renta del capital» sería imposible o inadecuado con respecto a los talleres de la típica artesanía corporativa. Imposible ya que nadie estaría en condiciones de calcular el coste de la fuerza de trabajo, los gastos de enseñanza, de manutención y de alojamiento y aún del seguro. Inadecuado ya que cómo puede calcularse la «renta del capital» cuando las instalaciones permanentes (la casa, el taller, las herramientas) no constituyen un medio ligado a los gastos corrientes o de inversión.

Así, debemos buscar otras aproximaciones. Una interesante unidad de medida es la relación entre la renta neta y el número de empleados y el salario medio de un trabajador, medida de la explotación directa del productor.

El problema se complica con la hacienda o la manufactura que emplea el trabajo de los siervos, ya que éstos no laboran «a plena escala». Así, más importante que la relación entre la renta y el número de trabajadores será la relación entre la renta y la suma de las jornadas trabajadas.

Al investigar el proceso de producción estamos obligados a establecer una serie de listas técnicas y técnico-económicas. Su calidad dependerá de la rama analizada. Su importancia es trascendental. Al manifestarse casi siempre bajo magnitudes físicas se prestan mucho más que otras a las comparaciones geográficas y cronológicas a amplia escala sobre todo en los índices relativos al rendimiento tecnológico —el de la cosecha por unidad de cultivo, el de productos por unidad de materias primas, etc.— así como al del trabajo. El examen de las cosechas en el campo es por tanto una importante tarea para el historiador de la agricultura. En la época feudal y para una sociedad agrícola, los índices relativos al cambio de la magnitud de las cosechas es la componente más importante del índice de magnitud de la renta social y, en ciertos casos, su sucedáneo. Aunque se dispone de una buena fuente documental no es tarea fácil el

establecer este índice. Por una parte, el problema de la superficie es litigioso. La división mecánica de la cosecha por la extensión de cultivo suscita reservas. Para una unidad agrícola de tres cultivos habría que calcular cada vez los límites del campo que en un año determinado se sitúa en lugar preferente. De lo contrario, no apreciaríamos el incremento del rendimiento de la tierra por la rotación de los cultivos, pero este aumento es también su explotación intensiva. Sin embargo, la diferencia entre la explotación señorial y la del campesino se suele fundar no tanto en las diferencias del rendimiento por unidad de cultivo de una misma planta sino en que el campesino explota cada pedazo de tierra que posee mientras que el señor no suele aprovechar los pequeños campos.[79]

El tratar de modo global la cuestión tropieza con grandes dificultades al pasar de un cultivo a otro y en especial con los nuevos cultivos. Con todos estos obstáculos, el análisis de las cosechas nos suministra el índice sintético del progreso socioeconómico en la agricultura, es decir, el sector dominante en la producción de la época feudal, ya que en él se acumulan un número muy considerable de factores diversos, como son los conocimientos agronómicos, el nivel de la técnica de producción, y también los fenómenos sociales ya que la explotación de los campesinos llevada hasta un cierto límite disminuye las cosechas.

El rendimiento tecnológico es también importante en otras ramas de la producción, como en la fundición de hierro donde el de este metal es una medida interesante, en especial cuando conocemos la calidad mineral. Mucho más elocuente aún es el empleo del carbón en la producción siderúrgica.

Todavía los más importantes son los índices de la productividad del trabajo. Aquí, la tarea del historiador no es fácil. El rendimiento de la hacienda feudal puede calcularse considerando el número de jornadas utilizadas en la producción. Los archivos señoriales en los cuales figuran numerosos registros sobre la servidumbre, facilitan esta labor. En cuanto a la artesanía es más difícil estimar el trabajo de los aprendices, ya que al comienzo de su aprendizaje no suelen participar en el trabajo productivo. En las manufacturas feudales, no es tan fácil evaluar el esfuerzo manual utilizado al «servicio» de la misma, por ejemplo, en la construcción de las canalizaciones (en ciertos casos este trabajo tiene un carácter inversionista) las cuales hay que restaurar anualmente después de los deshielos primaverales. La mano de obra empleada ha de incluirse en el cálculo de la producción de un año determinado. Muchas veces la falta de uniformidad de los productos suscita dificultades insuperables. Las corazas producidas por el taller del armero sólo se suman si las exigencias del cliente son satisfechas. En la fabricación textil, con el criterio del consumidor, no es tan

importante la longitud de la pieza de tela como su superficie ya que un género de una misma largura pero dos veces más ancho no suele representar por lo mismo un trabajo dos veces mayor. Si se trata del trabajo doméstico o del que se hace en casa, no es posible contar la cantidad del mismo gastado ya que suelen ser temporales y que en el invierno toda la familia (incluidos los niños) se halla empleada día y noche en la producción. Las dificultades son muy considerables pero la tarea merece ese esfuerzo.

Los coeficientes tecnológicos y los de la productividad del trabajo son siempre un logro inestimable en la labor del historiador económico y su instrumento más importante. Hay pocas categorías que podamos utilizar con todo fundamento en las indagaciones de las más diferentes sociedades y épocas, obteniendo con ellas unas bases de comparabilidad. «La productividad» no ha sido tan apreciada en todas las sociedades como lo es en cada sociedad industrial. Es cierto que el artesano feudal no suele aspirar al aumento de la productividad de su taller ni a la suya ni a la de sus ayudantes. Es verdad que esta productividad debía importar a alguien, de que alguien debía conocer esa magnitud como también es cierto que durante el proceso de desarrollo económico, la transformación o la ruina de ese taller feudal era el resultado de los cambios que acontecían en esa productividad.

Al analizar las empresas, debemos interesarnos por todo cuanto resulta de su análisis para el conocimiento de su medio socioeconómico.

Así, en primer lugar, hemos de conocer el grado de comercialización y de vinculación con el mercado; el papel de la materia prima adquirida allí, de la fuerza de trabajo, del capital constante o móvil por una parte y del papel de la producción para el mercado por otra parte. Esta cuestión no es esencial para la artesanía corporativa ya que en ella todas las materias primas son compradas y todos los productos son vendidos. Pero ese poblema ya es trascendental en la manufactura feudal. Y mucho más trascendental para la investigación de la historia rural y de la agricultura.[80]

En la crónica de las haciendas de la época de la servidumbre en Polonia, los historiadores, fascinados por las enormes cantidades de trigo destinadas a la exportación, menospreciaron el consumo interior. En la historia del proceso de concentración de las grandes propiedades de la tierra en manos de la nobleza, no se apercibió que este proceso se acompañaba de una disminución de la producción para el mercado (exportación) en relación con la producción global, ocasionada entre otras cosas por la «absorción» de una proporción cada vez mayor de la producción por el número siempre creciente de los representantes de la administración.

En el siglo XVIII las tendencias ideológicas modernas, comercializadoras de los grandes latifundistas coexisten con las tendencias contrarias menos perceptibles y que aspiran al aislamiento de las grandes fincas del resto del mundo, todo lo cual tiene gran importancia para el análisis de las empresas.

A medida que se multiplican los contactos mercantiles de las empresas, el historiador puede conocer mucho más sobre las mismas a través del mercado. Un hecho muy expresivo es la producción realizada para un cliente concreto o desconocido y que tiene toda una serie de etapas intermedias como son la producción de utensilios de cristal para los juegos de mesa que son adornados según los deseos del comprador. También es elocuente la organización de la venta, la red de almacenes y de tiendas, la existencia o la carencia del intermediario comercial independiente, el beneficio que éste obtiene del comercio al por menor, la financiación del intermediario por el productor o viceversa como lo es la propia especialización de la producción de los artículos de lujo, medianos o de consumo masivo; lo es también la estandardización de la producción que atestigua el grado de desarrollo del mercado. Por fin, es importante la amplitud del surtido de las mercancías producidas y que en cierto grado es inversamente proporcional al grado de estandardización.

Muy elocuente en todos los casos, la publicidad: ¿a quién se dirige? ¿Qué argumentos utiliza?

El análisis del proceso productivo de la empresa no es nunca para el historiador económico un objetivo en sí. La selección de la empresa «tipo» a la cual prefiere es una tarea inconmensurablemente difícil, en especial porque las posibilidades de elección son muy limitadas por la base documental archivada. Lo «característico» de una empresa es tanto más difícil de conseguir en cuanto que se acelera el desarrollo económico y que desaparecen los reglamentos corporativos o mercantiles, acentuándose las diferencias entre las empresas que coexisten en el mercado.

El examen del proceso de producción en el marco de la empresa debe permitir al historiador establecer toda una serie de factores dependientes (y en los casos más afortunados los coeficientes) que, como variables en el tiempo, son cada uno una orientación sintomática y se refieren no sólo a la empresa analizada sino a su medio socio-económico.

LA «EMPRESA» ESCLAVISTA EN EL SISTEMA COLONIAL

La competencia del autor no le permite examinar aquí los fenómenos específicos ligados al análisis económico de las empresas esclavistas. Pero no podemos omitir totalmente este pro-

blema tan importante. Por una parte, estas empresas tuvieron una enorme influencia en la economía europea y para las grandes formaciones socio-económicas. Por otra parte, se trata de unas empresas típicas para los grandes territorios coloniales en la época moderna y las condiciones de trabajo de este tipo de empresas influyeron enormemente en la economía europea al menos hasta la Guerra de Secesión americana. En tercer lugar, la esclavitud legalizada o encubierta no ha desaparecido aún en la economía mundial. Por último, la empresa esclavista basada en la más extremada sumisión del productor directo suministra al análisis económico un caso límite en su género.

Para concretar esta cuestión he aquí los resultados del análisis de la contabilidad de cierto «molino azucarero» brasileño en el siglo XVII.[81] La estructura de los gastos se presenta así:

salarios	24,4%
combustibles . . .	21,3
artículos de cobre. .	11,0
barcas	10,4
trabajos temporales.	8,1
esclavos.	10,3
diversos.	14,5
Total . . .	100,0

En suma, los gastos ligados a la fuerza de trabajo no rebasan en mucho el tercio de los gastos generales ya que en el capítulo de los de orden temporal dominan los de tipo material.

Toda esta suma de los gastos ascendía a 6.735.633 reales y los ingresos a 7.304.000. El beneficio bruto era de 568.367 reales, es decir, el 7,8 % del capital móvil mientras que el capital invertido se estimaba en 20 millones, con lo cual la renta del capital invertido era de un 3 %. De este beneficio bruto se debían restar los impuestos. Por último, si tratásemos de extraerle del beneficio la renta media (elevada) del capital en ese lugar y tiempo resultaría que la empresa trabaja con déficit, aunque no tuviese la intención de arruinarse y su dueño vivía lujosamente.[82]

Esta aparente paradoja tiene sus explicaciones. Lo más importante es que en el cálculo económico de la empresa no entran los elementos de la economía cerrada.[83] El consumo del propietario, de su familia y de la hacienda en productos producidos en ésta y todos los servicios ejecutados por el «personal» permitían reservar las sumas de dinero que se obtenían a la sola adquisición de los productos industriales, en especial los artículos de lujo, que no podían producirse en la empresa, como ocurría en la explotación de un noble en Polonia. Lo que adquiría sin dinero «no costaba nada» y se despilfarraba.

Pero aquí hay también otros problemas. ¿Cómo calcular el

precio del esclavo ya que ha de ser distinto cuando éste es barato y que su mercado rebosa mercancía, cuando es mínimo el aflujo de nuevos esclavos y aumenta su valoración y hay que dedicarse a la «cría» de esclavos? Walek-Czarnecki estima que la renta producida por el trabajo del esclavo amortizaba en 3 ó 4 años el precio pagado por él.[84] Esta renta debía dar un total líquido del óbolo diario mientras que la manutención del esclavo representaba 2 óbolos al día, de lo cual resultaría que el valor del producto diario del trabajo de este pobre ser era de 3 óbolos y la parte de su coste muy elevado.

Walek-Czarnecki se basa en los datos de Jenofonte sobre las minas de plata de Laurion. Pero si, como es muy probable, Jenofonte considera como el valor del producto diario del trabajo del esclavo el valor del metal extraído por él en un día, todo su conjunto no resiste la crítica. Debía haberse establecido a cuánto sumaba por un trabajo análogo la jornada de un trabajador emancipado, descontando de ella el coste de la alimentación diaria de un esclavo, y dividir el precio de su compra por la diferencia obtenida. Entonces hubiese resultado que su coste no se amortizaba tan rápidamente.[85]

Este hecho de que cada empresa feudal basada en la fuerza de trabajo obligatoria, calculada con arreglo a los principios capitalistas es deficitaria mientras que en la realidad era rentable para su dueño, se repite con algunas empresas esclavistas. Pero ¿cómo, partiendo de la comprobación de la rentabilidad de una empresa determinada —feudal o esclavista— para su propietario, se puede pasar al problema tan interesante para nosotros, a la rentabilidad de esa misma empresa desde el punto de vista de la economía social?[86]

LA IMPORTANCIA DE LAS INVESTIGACIONES SOBRE LAS EMPRESAS PARA LA HISTORIA ECONÓMICA

Con todas las reservas ideológicas y las dificultades técnicas que supone esta labor, la investigación de la historia de las empresas tiene una importancia trascendental para la historia económica.

Pero antes es preciso hacer dos advertencias:

1. El historiador desearía elegir para su análisis una empresa más o menos representativa pero sus posibilidades de elección se hallan limitadas por el estado en que se encuentran las fuentes documentales lo que no es casual como tampoco lo es en las demás ramas. Las actas de las grandes empresas tienen mayores posibilidades de haberse conservado hasta nuestros tiempos. Así, el historiador al no poder trabajar sobre las em-

presas medias, analiza las más importantes y a veces decisivas en su especialidad con nuevos provechos.

2. Las posibilidades de una generalización de las observaciones realizadas con el ejemplo de una empresa son distintas en las diferentes épocas. Con uniformarse la importancia de las corporaciones feudales, si tuviésemos datos sobre las dificultades crecientes de la venta, la disminución de la mano de obra y de la producción en un taller, podríamos adelantar la hipótesis de que se da la misma situación en todos los talleres de una misma corporación en una ciudad determinada. Con el capitalismo, las cosas no suceden así. Nadie puede pensar que por la historia de una fábrica puede juzgarse la situación de toda una rama industrial. Ante unas dificultades análogas es posible que una fábrica las soporte, que otra no deje de florecer y que otras desaparezcan en la lucha competitiva.

El análisis de una empresa sólo es posible si se realiza en el marco del conjunto al que pertenece y que por lo tanto exige, por lo menos, un conocimiento aproximativo de las regularidades y dependencias de su medio ambiente.[87] Se puede formular el postulado teórico de que la investigación monográfica de las empresas no debe entrar en la fase inicial de las búsquedas en el campo de la historia económica.

El análisis económico de la empresa ha de comenzar con la fijación de sus índices internos: composición orgánica del capital, valor de las inversiones en relación con el de la producción anual, grado de estandardización de ésta, magnitud del surtido, dotación de la fuerza de trabajo viva en fuerza mecánica, ritmo de la circulación del capital, plusvalía, beneficio, etc.

Estas categorías sólo se aplican de un modo estricto a la empresa capitalista. Las empresas de tipo feudal —taller del artesano corporativo— no tienen sentido. Pero con mucha prudencia pueden y deben ser utilizadas para las empresas del tipo «transitorio», es decir, para indagar la génesis y los comienzos del capitalismo.

Acaso más importantes son los índices intermedios que podemos conseguir con el análisis de la empresa dentro de la economía social en la cual funcionaba.

En la época del capitalismo liberal, el microanálisis, la investigación de la empresa, tiene una importancia particular y a veces es el único camino para la historia económica, lo que decide sus fuentes documentales. Con su principio sagrado del secreto empresarial, el capitalismo liberal no dejó por regla en los archivos oficiales muchas informaciones importantes para nosotros. La soberanía de la empresa no permite a las autoridades públicas enterarse de sus cuestiones y como quiera que aquéllas no sabían nada no esperamos encontrar en las actas oficiales unas informaciones tan importantes para nosotros.[88]

De ahí que estos archivos de las empresas tengan un valor trascendental para el análisis de aquella época, y que la importancia multiplicada de la monografía de la empresa aun cuando no sea la más perfecta sea el único medio para el conocimiento de los extensos problemas económicos.

VII. Microanálisis (2): El consumo y el nivel de vida

LAS INVESTIGACIONES SOBRE EL CONSUMO Y EL NIVEL DE VIDA EN LOS DIFERENTES SISTEMAS SOCIO-ECONÓMICOS

Consideramos como el segundo grupo de problemas pertenecientes al microanálisis —o sea el análisis de las regularidades que se manifiestan en la explotación económica humana— las búsquedas históricas en la economía doméstica, la estructura del consumo, los costes de la manutención, en una palabra, la investigación del nivel de vida en el pasado.

Las búsquedas de este género con respecto al así llamado presente, cuentan ya en la historia con un siglo, siendo su artífice Le Play y su asombrosa encuesta que abarcaba en su tiempo a casi toda Europa.[1]

Engel, sucesor del citado Dieterici en el cargo de director de la Oficina Prusiana de Estadística, elaboró un método estadístico para analizar los presupuestos familiares.[2]

Las primeras indagaciones de Le Play ya abarcaban un período bastante dilatado de tiempo, en razón misma del carácter de su encuesta, la cual había concebido en gran escala, y de sus largos viajes a través de muchos países. Le Play incluye en su encuesta los hechos analizados por él desde 1828 a 1855. En la segunda edición de su pesquisa, publicada en sus obras escogidas en el año 1877, incluyó sin embargo un epílogo de los años 1855-1877.[3] De modo que sus investigaciones abarcan medio siglo. Pero es difícil considerar su obra como un análisis histórico. Aparte del epílogo, de una quincena de páginas, la dinámica no tiene importancia, ya que en ella se analizan unos hechos acaecidos en los distintos años de un largo período de tiempo. Mas, a pesar de todo, el trabajo de Le Play no deja de ser asombroso.

La ciencia histórica tradicional suele dedicar muy poca atención al problema del nivel de vida y si alguna vez lo tuvo en cuenta, sólo lo hizo de una forma anecdótica, dentro de la síntesis histórica, la historia económica o en los capítulos descriptivos de la historia de la cultura. El desarrollo de las indagaciones histórico-estadísticas en el siglo XX favoreció una serie de tentativas novadoras que tenían como objeto el concebir los problemas analizados de acuerdo con las categorías cuantitativas. Hablaremos de ellas en los capítulos consagrados a la

estadística histórica y al análisis histórico de los precios. Ahora sólo plantearemos los aspectos metodológicos de los exámenes históricos sobre el nivel de vida.

A nuestro juicio, hasta la actualidad no se le ha dedicado la suficiente atención en las investigaciones, a la limitación histórica de la aplicabilidad de ciertos métodos a este problema, como resultado de los cambios en el sistema socio-económico.[4]

La indagación de los presupuestos familiares, elaborada y perfeccionada desde los tiempos de Engel y universalmente utilizada en las actuales sociedades capitalistas como un instrumento indispensable para el conocimiento político, se halla ligada de modo esencial e indisoluble con el mercado capitalista.

La situación existente en ese mercado, unida a la «libertad de escoger del consumidor», promueven determinadas opciones en el consumo. Ya que estas decisiones no son casuales sino determinadas por la situación social de los diferentes individuos pertenecientes a las distintas clases, se manifiestan una serie de regularidades que se prestan a ser analizadas por la ciencia.

La trasposición de los métodos de análisis de los presupuestos familiares a las exploraciones de la sociedad socialista, ya suscitan suficientes dificultades de carácter teórico. La utilización de tales métodos en el análisis de la sociedad socialista es factible, aun cuando los resultados sean los siguientes:

a) el fenómeno analizado no ha de aparecer tan claro como ocurre con el análisis del sistema capitalista y ha de exigir un número algo mayor de datos suplementarios para su interpretación,

b) los resultados son en absoluto incomparables con los conseguidos después del análisis de las sociedades capitalistas (la Polonia de antes de la guerra o los actuales países capitalistas).

Motivaremos estas tesis con los argumentos siguientes:

1. El movimiento de los precios no es automático. El control social de los precios hace que incluso puedan mantenerse al nivel reglamentario los de los artículos deficitarios. Además dicho nivel puede tener mucho de arbitrario. El déficit de un artículo determinado no se manifiesta en tales condiciones a través del alza de los precios sino en la reducción de su consumo. En el sistema capitalista, la falta de un artículo cualquiera se manifiesta por el incremento de sus gastos en el presupuesto familiar y a la vez por la fuerte reducción de su consumo. Pero en el sistema socialista se refleja en la disminución del consumo y a la vez de los gastos por ese artículo.

2. La política de precios realizada por el Estado, que tiende no sólo a sujetarse al principio de la rentabilidad sino también a proteger aquellos sectores del consumo que considera útiles, provoca nuevas dificultades. Así, el precio deficitario de la

prensa y de los libros puede facilitar un aumento del consumo junto con una reducción relativa e incluso absoluta de sus gastos. La rapidez de los cambios, que se suceden de un día a otro por vía de decretos, pueden provocar grandes alteraciones en los índices del coste de vida y darnos una imagen que nos lleva al error.

3. Sobre la base de las experiencias actuales, parece que el retraso en la producción de los artículos de consumo en relación con las necesidades sea una regla en las sociedades socialistas y que no se reduce a que en los planes económicos se trate de garantizar de una manera algo doctrinaria, la primacía de la producción de los bienes de inversión.

Este déficit tiene efectos muy considerables. En primer lugar, origina una gran limitación de la libertad de elección del consumidor. En el sistema capitalista, esta libertad se halla coartada sobre todo por la limitación de los medios materiales de los cuales dispone el consumidor. La investigación de los presupuestos familiares tiene como objeto las regularidades de una explotación económica virtualmente libre, pero con medios restringidos. En el socialismo, limita la libertad del consumidor un segundo factor: la falta de mercancías. No sólo se halla restringido en sus medios materiales sino también en el gasto de los mismos. Se suele comprar no lo que uno quisiera sino lo que se encuentra en el mercado.

La orientación del consumo puede cambiar de año en año, o de un mes a otro, lo cual puede no indicar el cambio de los criterios del consumidor. La falta de libertad de éste en la elección de los productos tiene aún otras consecuencias, como la de escoger la calidad, cuyo empeoramiento en los productos del consumo, también puede considerarse como una cosa normal y no como el resultado de un «mal trabajo», ya que no es cierto que las gentes de un día a otro dejen de ser laboriosas, honestas y concienzudas. Pero en un cierto período han intervenido una serie de factores sociales objetivos que fueron sus causantes: plan cuantitativo, presión para reducir a toda costa y por debajo de todas las normas los costes propios, estructura de los salarios en salario base y primas.

En tal situación, el consumidor, al no tener más libertad de elegir la calidad de los productos, compra lo que encuentra en el mercado. Si es un par de zapatos que le durarán seis meses al cabo de este tiempo comprará otro par. Para satisfacción del estadista, en el análisis del presupuesto familiar interviene un aumento de los gastos en artículos industriales. La elaboración de un procedimiento rápido y elástico de adaptación de la producción a las necesidades y al gusto variables del consumidor, es desde hace años una preocupación para los teóricos de la economía política del socialismo y de la planificación económica.

4) Por último, hay otra gran dificultad: la socialización en

cierto grado de determinados sectores del consumo. Los cambios más esenciales en estos sectores pueden no reflejarse en los índices del coste de vida o incluso hacerlo en el sentido contrario. Así, la socialización de los servicios sanitarios puede llevar a reducir de modo relativo o absoluto los gastos de esta índole en los presupuestos familiares, junto con una mejor satisfacción de las necesidades humanas o también a los comedores para los trabajadores, la lectura, las casas-cuna y las escuelas de párvulos, los centros de vacaciones, etc. Si en el capitalismo, el obrero percibe además de su salario en metálico alguna prestación del empresario (el almuerzo, etc.), estimamos el valor de la misma y la incluimos tanto en los ingresos como en los gastos del presupuesto familiar. Pero, ¿qué hacer en el sistema socialista en que el empresario monopolista como es el Estado sufraga con sus dotaciones muchos artículos de consumo (el pan, la leche, las entradas para los teatros y los cines, etc., etc.)? Calcular todo esto, sería imposible y absurdo ya que hemos de tener en cuenta la arbitrariedad de una serie de precios. Además, este procedimiento nos daría unos resultados erróneos.

El hecho de que por mediación de la socialización del consumo la población haya podido consumir determinados bienes y servicios por un valor de x zlotys no quiere decir que si esas gentes hubiesen tenido unos ingresos mayores en esos x zlotys, los hubieran gastado en esos mismos bienes y servicios. Pero así no conoceremos las preferencias del consumidor.

Si nos hemos extendido tanto sobre las dificultades de la utilización de los métodos de análisis de los presupuestos domésticos en las búsquedas relacionadas con el sistema socialista, si hemos tratado de demostrar que dichos procedimientos no pueden aplicarse mecánicamente a las investigaciones de este sistema sino que requieren una gran reflexión metodológica y algunas modificaciones, es porque con esta oportunidad deseábamos resaltar la limitacion histórica del empleo de ciertos métodos de indagación en general y al análisis de los presupuestos familiares en particular.

Estas restricciones intervienen también cuando tropezamos con las dificultades del análisis de la sociedad precapitalista.

1. En este caso las mayores limitaciones aparecen vinculadas a los problemas característicos para las épocas precapitalistas, ya mencionados, es decir, la estrechez, la imperfección y la débil repercusión de los fenómenos del mercado en el conjunto de la vida económica. Esto no se refiere sólo a los campesinos, sino que afecta al trabajo asalariado, ya que una gran parte de su fuerza está empleada en la agricultura, en la industria de transformación y los transportes rurales. Las gentes que venden su fuerza de trabajo no suelen estar privadas de ciertos medios de explotación agrícola, de huertos o el cuidado de la cría de animales. La falta de profundidad en la divi-

sión del trabajo entre la ciudad y la aldea se manifiesta en el hecho de que también en aquella se observa en principio ese mismo fenómeno aunque, sobre todo en las grandes urbes, lo haga en menor grado. Fenómenos tales como la abundancia de la cosecha o las plagas del ganado también se dan en este sector, influyendo en un grado en el nivel de vida de los trabajadores asalariados no menor que los fenómenos del mercado; y la influencia es directa, no se ejerce a través de este último, manifestándose incluso en varios sentidos. En definitiva: el análisis del presupuesto familiar de un trabajador asalariado en la época feudal nos muestra un cuadro mucho más estrecho de su suerte material que bajo el sistema capitalista. Al no conocerse los otros elementos influyentes, el cuadro en sí suele resultar incomprensible.

2. En los puntos anteriores hemos aludido a las restricciones de carácter teórico que surgirían si dispusiéramos de buenas fuentes documentales. Pero en la práctica existen nuevas dificultades (muy importantes) de lo específico del conocimiento histórico, el cual consiste en la imposibilidad de elaborar dichas fuentes.[5]

En el análisis de los presupuestos domésticos pertenecientes al presente, nos encontramos con el cálculo permanente de los índices del coste de vida, basados en las reiteradas y periódicas indagaciones de los presupuestos y que permiten modificar los índices tomados como punto de partida. En algunos casos, el análisis de los presupuestos también se realiza de una forma permanente. Cada cambio en los índices del coste de vida nos señala cómo habría de modificarse éste al no alterarse las proposiciones del presupuesto de gastos domésticos —en cantidad o en valor. Esta información tiene una importancia trascendental tanto para la teoría como la práctica política. Pero en la vida real todo sucede de un modo distinto.

El presupuesto familiar reacciona ante cualquier cambio de los precios con un cambio en las proporciones del consumo tanto cuantitativas como cualitativas. Y de esto no nos enteramos a través de los índices del coste de vida sino por los análisis de los presupuestos familiares en que se basan. La investigación de los presupuestos domésticos nos brinda a la vez las informaciones precisas a los criterios humanos de valoración del consumo, a la inercia de las costumbres de éste, a la jerarquía de las necesidades la cual varía según las sociedades (la necesidad de una vivienda mejor es más apremiante en la actualidad para el obrero holandés, por ejemplo, que para el obrero francés), a la reacción de los individuos ante los cambios que se operan en la sociedad, etc.

No es posible realizar estas indagaciones con respecto al pasado, a no ser que dispongamos —lo que no deja de ser raro y muy limitado socialmente— con la contabilidad, de un carác-

ter esporádico y por regla no típico, de algún mercader o de un miembro de la nobleza. El no poder analizar esos problemas tan importantes para el historiador no significa que en principio no sean cognoscibles históricamente, sino que han de investigarse con otros procedimientos a los que se emplean para el análisis de los presupuestos domésticos. Hemos de fijar la importancia —generalizando— de los índices del coste de vida, que elaboremos de las épocas pasadas. Esto lo hemos de conseguir con otro método, con el «buen sentido», el conocimiento de aquellos tiempos. Estos índices contestan por lo tanto no a la pregunta de «cómo vivían las gentes en tal época», sino a «cómo hubieran debido vivir si las proporciones de sus gastos —cuantitativos o cualitativos— se ajustasen a los principios conceptuados».

Por otra parte hay que ponderar cualquier índice —o conjunto de ellos— ya que en contra de lo que piensan algunos historiadores, incluso la ponderación menos fundamentada es preferible al índice imponderado, y éste apenas existe.

3. El análisis de los presupuestos domésticos es la investigación de las decisiones humanas con respecto al consumo. En un campo determinado de posibilidades sociales, los hombres realizan una infinidad de pequeños actos de elección. Pero como estas decisiones están determinadas por su situación social y sobre todo por su clase, ello conduce a que en esa masa de innumerables actos individuales de elección aparezcan ciertas regularidades posibles de aprehender científicamente. Quien dudara de la existencia de tal determinación social en general y clasista en particular, ha de estar convencido de que se manifiestan dichas regularidades. Si las opciones humanas sobre el consumo no fueran determinadas socialmente, los datos sobre ellas presentarían un cuadro caótico y el análisis científico no podría confirmar ninguna regularidad.

Esos actos de elección se realizan «en un campo determinado de posibilidades sociales asequibles», las cuales se hallan determinadas por dos grupos de factores:

a) la dotación técnico-económica de una sociedad determinada,

b) las instituciones sociales extraeconómicas que limitan la libertad de elección.

En la dotación técnico-económica pensamos en las posibilidades de producción y comerciales de una sociedad dada en una época concreta. La gente no puede gastarse el dinero en la adquisición de un receptor de radio cuando ésta aún no existía. Pero a veces suele manifestarse un fenómeno transitorio de retroceso al margen de un largo proceso de incremento gradual del surtido de los bienes de consumo asequibles socialmente. Si a finales de la Primera Guerra Mundial en el presupuesto familiar de los obreros alemanes desaparecen los gastos de azúcar,

no es porque hayan cambiado las preferencias de esos trabajadores o porque haya encarecido este producto, sino porque ha desaparecido del mercado. Si en 1946 en Polonia, en los presupuestos caseros no existen los gastos de la adquisición de géneros de lana al cien por cien, no es porque la gente dejara de apreciarlos sino porque la industria textil devastada por la guerra apenas si se reconstruía y empezaba a producir de nuevo. Si durante los primeros años de la posguerra no se compran naranjas, es porque el Estado polaco no podía importar ese producto. Si un artículo determinado se halla en el mercado y sólo él, por unas u otras razones, encarece y por eso desaparece del presupuesto de los grupos sociales en el que hasta entonces figuraba, las investigaciones de los presupuestos caseros no pierden nada en atención a su valor, ya que son los cambios que se producen en las opciones del consumo en relación con las alteraciones de la situación en el mercado el objeto de sus búsquedas. La observación de estos cambios permite descubrir en última instancia, en una sociedad determinada la curva de elasticidad de los ingresos y de los precios de los diferentes artículos. Pero para tales indagaciones, un artículo dado debe existir socialmente en una economía social dada.

LAS LIMITACIONES A LA LIBERTAD DE ELECCIÓN DEL CONSUMIDOR EN EL SISTEMA FEUDAL

Más importante, en particular para la época feudal, es el problema de las instituciones extraeconómicas que limitan la libertad de elección del consumidor.

En cada sociedad organizada y diferenciada esta libertad del consumidor está restringida por una serie de factores, uno de los cuales suele ser la moda, la cual influye con más eficacia que los reglamentos legales, los cuales suelen ser vulnerados por una proporción más o menos importante de personas. En la actualidad, ninguna mujer se pone un vestido que le llegue a los tobillos de la misma manera que hace cincuenta años ninguna fémina se hubiese puesto una minifalda. Pero mientras tengamos que referirnos a las costumbres, esto no representa ninguna dificultad para el investigador de los presupuestos familiares. Por el contrario, si no existieran los hábitos en el consumo, en los presupuestos analizados no existiría ninguna regularidad y esta investigación a nada conduciría. Ahora bien, son de un orden muy distinto los fenómenos que restringen la libertad de elección, y entre ellos los reglamentos jurídicos. Cuando éstos intervienen, las opciones de consumo indagadas no reflejan las preferencias reales existentes en un grupo social determinado.

El fenómeno más interesante desde el punto de vista histórico no deja de ser las leyes suntuarias conocidas en la jurisdicción urbana y estatal desde la Antigüedad hasta las postrimerías del feudalismo.[6]

Con un criterio sociológico parece (en hipótesis) que las leyes suntuarias tenían por objeto el realizar una cierta nivelación en cada estamento social[7] y de establecer una jerarquía entre las diferentes capas. La costumbre de «situarse por encima de los demás» existente en cada sociedad diferenciada y en particular en la de clase había de ser refrendada y fortalecida por vía legal. Este concepto jurídico tenía su más amplia aplicación en la sociedad feudal con su típica estructura jerarquizada de los estamentos sociales y con su típica doctrina de la igualdad en el seno de los diferentes estados. Esta clase de reglamentación jurídica no sería necesaria en las condiciones de una sociedad estabilizada o en la que la estructura de los estados se aproximase de hecho a la doctrina existente. Así, la necesidad social de tal reglamentación resulta y en gran parte refleja los procesos que en una sociedad determinada agitan su estructura. No es necesario prohibir a los burgueses que «se sitúen» en el rango de la nobleza cuando ninguno de ellos puede hacerlo por falta de medios materiales, ni aspiran a ello por la fuerza de la costumbre. «La ley en contra del lujo, dirigida en contra de las manifestaciones exteriores de los cambios económicos... no es sino la de los cambios fundamentales en la vida social y no el motivo de estos últimos.»[8] Así, el Japón precapitalista[9] es una prueba de cómo las leyes suntuarias son un fenómeno general en una etapa determinada del desarrollo social.

La eficiencia de la legislación en contra del lujo ha sido objeto de las investigaciones científicas. La ciencia liberal, con el típico culto de las leyes económicas «naturales» que la caracteriza y su desconfianza en la eficiencia de la ingerencia jurídica en las decisiones económicas privadas, negó cualquier eficacia a esta ingerencia de la misma manera que se la negaba, por ejemplo, a la tasación de los precios. La vulneración de esas leyes, como la tasa de los precios, es un hecho como lo prueba la renovación de las actas legislativas durante muy breves períodos.

Pero nos inclinaríamos a suponer (como en la regulación legal de los precios) que la legislación en contra de los gastos suntuarios tenía sin embargo una importancia práctica considerable y que la vulneración más bien por los individuos de la misma, en especial en ciertos períodos, tenía determinados límites.

En Polonia, en donde esta legislación apenas se hallaba desarrollada y donde, incluso a fines del siglo XVIII, el carácter ejecutivo de la legislación era muy débil y casi había perdido toda su significación, el especialista extranjero veía en ello uno de

los motivos fundamentales de la estrechez del mercado de venta de los productos manufacturados.[10]

Suponiendo que las leyes suntuarias tuvieran alguna influencia sobre las decisiones económicas de las unidades consumidoras surge la pregunta: ¿En qué sentido podían hacerlo? Se ha adelantado la idea de que uno de los objetivos de la legislación era el de transferir esas decisiones de la compra de los bienes muebles a los bienes inmuebles.[11] Esta interpretación suscita ciertas dudas y el problema no puede zanjarse sin incluir las leyes suntuarias en el conjunto de la legislación urbana o estatal de una época determinada, ya que junto a las leyes en contra del consumo suntuario, en las ciudades feudales, regían las restricciones de los gastos de inversión. El taller de un artesano no podía rebasar, al ser ampliado, los límites instituidos por la corporación. La anchura de las fachadas y el tamaño y altura de las casas estaban sujetos a la reglamentación urbanístico-arquitectónica. Así, la cuestión sigue en el momento presente sin aclararse.

El hecho mismo de orientar los gastos humanos desde los fines del consumo suntuario a los fines inversionistas es un problema trascendental, siendo el fenómeno legislativo un fragmento reducido del proceso. El lujo es un atributo inseparable del sistema feudal.

La doctrina de la Iglesia codificada por santo Tomás de Aquino, condenando el lujo, reprueba el consumo «por encima del estado», así como la aspiración a consumir los bienes que no corresponden a un estado determinado o la de ascender por la escala de la jerarquía feudal y ha de garantizar en contra de esa suerte de tentativas la estructura social. «Las necesidades» que no figuran en el conjunto convencional de las necesidades propias de una determinada clase social son tachadas de «artificiales», y perjudiciales tanto para el alma como para la sociedad.

Se necesitó esperar el pensamiento protestante para ver cómo la condenación del lujo reviste un objetivo subjetivo y un sentido objetivo para dirigir la acumulación de los medios hacia la producción o al menos a su utilización económica. Se han escrito ya muchos tomos a este respecto.[12] Los retratos y las escenas interiores de los pintores holandeses posreformistas y posrevolucionarios nos muestran unos vestidos sencillos de color negro, unas habitaciones severas y desprovistas de adornos y sólo en las bolsas que penden de las cinturas o en las estanterías arrimadas a las paredes, podemos adivinar las riquezas acumuladas.

En sus relatos cifrados, Samuel Pepys no esconde su más profundo desprecio por el lujo que llena las habitaciones —del rey en Londres después de la Restauración— por él visitadas, y soñando con todo el provecho que podría sacarse de tan in-

mensos recursos.[13] La burguesía heredó de la sociedad feudal la idea del lujo y del reparto de las necesidades entre las que tenían un carácter natural y las de un carácter artificial, adaptando estas categorías creadas para la estabilización de las estructuras sociales, a las necesidades de una sociedad mucho más móvil como era la suya. El concepto de las necesidades artificiales sigue siendo fundamental y del que parte para la condenación de ciertas formas del lujo el neoclásico Marshall.[14] Pero con el tiempo, en el pensamiento burgués nacen otras relaciones con respecto al lujo: la apología del incremento de las necesidades como el motor del incremento de la producción, teniendo en Sombart[15] el más clásico representante de esta actitud. La alabanza keynesiana de las clases poseedoras como promotoras del mayor consumo se desgaja consciente o inconscientemente de esa corriente.

Pero, en el mundo actual, junto al lujo de los grandes capitalistas elogiado por Hollywood, existen otros lujos precapitalistas: el de los jeques árabes, de los plantadores latinoamericanos y hasta el de los mandarines chinos de ayer y de los maharajás hindúes. La ciencia burguesa es propensa o bien a condenar o bien a esclarecer estas «diferencias de civilización». Hay pocos científicos que saben ver el «racionalismo» de ese lujo en determinadas condiciones sociales.[16]

Resumiendo: las opciones de las unidades económicas con respecto al consumo en la sociedad están determinadas socialmente de diversas formas: por la situación de las fuerzas productivas y de la producción, por la moda, por las costumbres, el estatuto social de los individuos, etc., y por último, en ciertas épocas, por los reglamentos jurídicos que quieren consolidar las leyes de la costumbre y cuyas tentativas son el reflejo de su debilitamiento y de la amenaza que pesa sobre ellas. Todo esto concierne tanto a las decisiones sobre el reparto de la renta entre la renta acumulada y la renta consumida como la orientación a seguir en la utilización de la parte destinada al consumo. El exacto conocimiento de las preferencias peculiares de un grupo social determinado sólo podemos obtenerlo a condición de que exista teóricamente la libertad de elección del consumidor y la de colocar el dinero. La falta en los presupuestos de los burgueses, de los gastos relativos a la adquisición de alhajas de oro en una ciudad donde se prohibía a la población lucirlas no prueba que aquellos burgueses no las apreciaran. La carencia de gastos para la compra de tierras o la edificación de grandes casas nada nos aclara sobre las preferencias de las clases investigadas allí donde a un burgués se le prohibía la posesión de tierras o en aquellas ciudades en las que éste no podía edificar una casa de más de tres ventanas de anchura.

La existencia de restricciones jurídicas tanto en la esfera del consumo como en las inversiones, es la mayor de las difi-

cultades en el análisis de los presupuestos familiares de la época feudal y en especial del burgués en el feudalismo.

Así si se ha de calcular para un período cualquiera del pasado el índice del coste de vida, no se debe esperar de él más de lo que pueda darnos. Pero por ese camino no conoceremos los criterios humanos y la jerarquía de los valores económicos ni las reacciones del consumo humano ante los cambios que se producen en ese medio.

Podemos llegar a un conocimiento aproximativo, pero por otros métodos. La investigación de la estructura del consumo en las instituciones de «colectiva manutención» como son los conventos, el ejército, los hospitales, las cárceles, etc... aun cuando no deja de ser muy valiosa no nos facilita los detalles más interesantes. Los cambios que se producen durante un largo período pueden esclarecerse bastante por el análisis de los cambios acontecidos en la estructura de la producción nacional, con las correcciones introducidas por el comercio exterior.

En lo que concierne al consumo general en las épocas más largas y lejanas, es factible enterarse acerca del mismo con conocimiento de la producción que encierran fuentes históricas. Pero los datos sobre la producción sólo nos informan acerca del consumo global del país, y no nos dan la clave para conocer la diferenciación del consumo entre las clases. Este elemento hemos de buscarlo nuevamente por otro camino, en los documentos de carácter descriptivo, que no se prestan a ser analizados con las categorías cuantitativas por estar saturados de elementos subjetivos de su autor.

Las dificultades para este análisis histórico de la economía doméstica, del consumo, del nivel de vida, etc., son muy considerables, ya que aún no existen métodos correctos de investigación, lo que es causa de escepticismo de sus posibilidades cognoscitivas.[17]

Pero, aún así las búsquedas de este género han de realizarse. Incluso los resultados más modestos, conjugados con los de las investigaciones en otras esferas afines como son la producción, el comercio, etc., nos han de aproximar paulatinamente al conocimiento de los fenómenos que hasta cierto punto constituyen el balance definitivo de las actividades económicas de la sociedad humana: el nivel de vida.

Por el hecho de que el nivel de vida constituye la resultante definitiva de todos los sectores de la vida económica y de una serie de factores extraeconómicos, es por lo que los resultados aproximativos obtenidos por su análisis, pueden ser valorados con el criterio de su verosimilitud a la luz de las adquisiciones de otras ramas de la historia en general y de la historia económica en particular, a pesar de que existan posibilidades de cometer un error, puede descubrirse que ese error ha sido cometido, lo que ya es positivo.

LAS INVESTIGACIONES HISTÓRICAS SOBRE EL COSTE DE LA VIDA EN LA ESCUELA DE BUJAK

La investigación de los presupuestos familiares, los índices del coste de vida basados en ellos y su análisis basado en aquellos y que suelen ser los análisis del salario real, constituyen una gran conquista de la ciencia económica y un instrumento inapreciable para el conocimiento de los elementos fundamentales de cada realidad social en el mundo contemporáneo.[18] Numerosos investigadores han tratado y tratan de utilizar este instrumento para conocer la realidad total de las épocas más remotas.

Pero existe una dificultad fundamental como es la de que en todas las indagaciones actuales, el punto de partida es el análisis de los presupuestos familiares y el establecimiento sobre esta base de los presupuestos tipo. Esta posibilidad le está vedada al historiador. Incluso cuando encuentra las bases para la reconstrucción de éste o aquel presupuesto familiar (libro de cuentas casero), estos presupuestos, al no figurar en ninguna masa estadística, no pueden ser una base para la elaboración de un presupuesto tipo.[19] El historiador puede establecer con aproximación el índice de los precios que le interesan. Pero para calcular los índices de los costes de vida debe ponderar los elementos que los componen, ya que no pueden extraerse de las fuentes documentales, ha de actuar de un modo más o menos arbitario y casi al margen de la investigación, y he aquí el *punctum saliens* del método.

Aunque no queremos subestimar esas dificultades, deseamos poner en guardia ante la exageración de las mismas y los resultados capituladores que de ésta pudieran derivarse. Las ponderaciones introducidas «al margen» y no fundamentadas en las fuentes documentales, extraídas en la mayoría de los casos de otras épocas y modificadas a través del razonamiento pueden ser sorprendentes para el historiador tradicional. Aquí recordaremos los objetivos de los principios básicos de carácter estadístico-histórico. Pues no se trata más que del «orden de magnitud» y del sentido de los cambios. El historiador que no está versado en las cifras considera muy normal el datar un documento no datado, el establecer para el mismo los términos *post quem* y *ante quem*. Tales aproximaciones son consideradas por él con justeza como verdaderos logros científicos. Pero de ser así, no es posible negar el derecho a realizar esas mismas aproximaciones estadísticas en la historia.

No alabamos a los autores de Lvov, que bajo la influencia de las críticas,[20] renunciaron en sus trabajos a calcular los índices del coste de vida en general. Por lo demás éste no fue el punto flaco de sus investigaciones, ya que éste fue la elaboración de los índices colectivos que quedaron en todos los tomos sin haber

sido modificados en su esencia. Además, algunas de las críticas dirigidas contra ellos las consideramos injustas.

Así, Arnold, al criticar las ponderaciones utilizadas por Hoszowski, se pronunció por el abandono del cálculo de los índices del coste de vida en general,[21] excluyendo toda posibilidad de hallar unas ponderaciones más fundamentadas. Numerosos polemistas criticaron el principio mismo de utilización de unos criterios invariables para tan largo período de tiempo, en el cual debía de haber cambiado fundamentalmente la estructura del presupuesto.

No negamos ese cambio pero es un hecho que aun cuando los investigadores de Lvov utilizaban en sus procedimientos unos criterios invariables, la estructura del presupuesto cambia y esto es lo que no comprendieron los críticos y lo que en sus réplicas no demostraron los partidarios de Bujak.[22]

Aunque el asunto es evidente para cualquier estadista, pero aparentemente paradójico, hemos de esclarecerlo para los historiadores.

Los discípulos de Bujak calculan —erróneamente—[23] colectivamente los índices de los precios de cuatro grupos de mercancías: los productos alimenticios, los vestidos, la vivienda y el combustible y la luz, después de lo cual obtienen el índice del coste de vida al ponderar estos cuatro grupos equivalentemente y como sigue: 65 %, 18 %, 12 % y 54 %.[24] Utilizan estos criterios para todo el período investigado, a pesar de lo cual comprobamos que la estructura de los gastos en su presupuesto es variable. ¿Cómo ha podido ocurrir esto?

Aclararemos el problema con un ejemplo ficticio.

Supongamos que tenemos un presupuesto integrado por tres artículos sólo consumidos en unas cantidades conocidas, o sea:

artículo a) consumido en una cantidad de 100 kg
artículo b) consumido en una cantidad de 20 m
artículo c) consumido en una cantidad de 10 unidades

El precio de esos artículos ascendía en el año que sirvió de punto de partida del análisis a:

artículo a) — 5 zlotys el kilo
artículo b) — 15 zlotys el m
artículo c) — 20 zlotys la unidad

De esta manera en ese año se gastaron:

en el artículo a) — 500 zlotys
en el artículo b) — 300 zlotys
en el artículo c) — 200 zlotys

Total 1.000 zlotys

En cambio, la estructura del presupuesto era aquel año la siguiente:

gastos en el artículo a) — 50 %
gastos en el artículo b) — 30 %
gastos en el artículo c) — 20 %

Total 100 %

Supongamos ahora que en el curso de tres años los precios de esos tres artículos cambiaron de la manera siguiente:

	art. a	*art. b*	*art. c*
en el año X	5 zl/kg	15 zl/m.	20 zl/unidad
en el año X+1	6	16,5	20
en el año X+2	7,5	19,9	22

O sea un índice:

	art. a	*art. b*	*art. c*
en el año X	100	100	100
en el año X+1	120	110	100
en el año X+2	150	132	110

Si ahora conocemos las cantidades consumidas en el año que sirvió para la investigación y contamos con su invariabilidad en el período analizado, en ese caso calculamos el índice del coste de vida multiplicando cada vez estas cantidades por los precios. Así obtenemos:

para el año X+1
6 × 100 = 600
16,5 × 20 = 330
20 × 10 = 200
1.130

para el año X+2
7,5 × 100 = 750
19,8 × 20 = 396
22 × 10 = 220
1.366

Esto significa un índice del coste de vida:

para el año X — 100
para el año X+1 — 113
para el año X+2 — 136,6

Operamos de esta manera ya que conocemos las cantidades consumidas. En cambio, si sólo conocemos la estructura del presupuesto basada en su resultado (esa misma que hemos calculado para el año inicial), entonces multiplicamos el índice correspondiente de los precios del año X+1 y X+2 por la media de los índices de precios de cada uno de esos años ponderados según la estructura del presupuesto del año X. Así obtenemos:

en el año X+1	120 × 50 =	6.000
	110 × 30 =	3.300
	100 × 20 =	2.000
		11.300
en el año X+2	150 × 50 =	7.500
	132 × 30 =	3.960
	110 × 20 =	2.200
		13.660

Ya que hemos multiplicado el índice de los precios por el coeficiente 100 (50+30+20) se debe dividirlo ahora por 100 obteniendo entonces un resultado idéntico al del método anterior: 113 y 136,6 como índice del coste de vida para los años X+1 y X+2.

Si con el segundo procedimiento obtuvimos un resultado idéntico, también con el segundo método hemos establecido las cantidades consumidas aunque no las conocíamos. ¿Cuáles son las cantidades que establecimos? Las mismas que con los precios del año X hubiesen dado como resultado la propia estructura del presupuesto de esa anualidad.

Así, con el segundo método —es decir el que utiliza la «escuela» de Bujak— las cantidades consumidas son invariables. Sin embargo, la estructura de los gastos sufre un cambio en los años siguientes. Los índices de los precios de los años X+1 y X+2 los multiplicamos siempre por la misma cantidad: 50, 30 y 20, pero como quiera que los mismos índices ya cambiaron, la estructura del presupuesto en esos años ha de presentar otras proporciones, que podemos calcular y que han de ser las siguientes:

en el año X:	50 %	30 %	20 %
en el año X+1:	53,1 %	29,2 %	17,7 %
en el año X+2:	54,9 %	34,2 %	10,9 %

Así la estructura del presupuesto varía y el cambio se produce con rapidez; si tenemos en cuenta que hemos adoptado una desproporción relativamente reducida entre los precios de los diferentes artículos: el artículo a), es el que más rápidamente encarece al aumentar en un 50%, mientras que el ar-

tículo c) aumenta con más lentitud, en un 10%. Pero en las investigaciones de la escuela de Lvov efectuadas sobre un período de varios siglos, encontramos desproporciones incomparablemente mayores.[25]

Después de aclarar este problema vamos a mirar los índices del coste de vida en la ciudad de Lvov en los siglos del XVI al XVIII. Se componen de tres índices colectivos no ponderados: los productos alimenticios, el vestido y la vivienda, estimados con unos coeficientes del 65%, 18% y 17%, respectivamente. Citaremos las cantidades correspondientes a los comienzos y finales de los siglos analizados:

	Alim.	*Vest.*	*Vivienda*	*Coste de vida*
1521-1525 (base)	100	100	100	100
1521-1530	130	98	112	120[26]
1531-1540	129	109	102	121
....				
1781-1790	3263	505	290	2261
1791-1800	3722	?	278	2557[27]

Calculemos ahora cómo se presentaba la estructura de los gastos con tales costes de vida:

	Alimentación	*Vestido*	*Vivienda*
1521-1530	69,8	14,6	15,7
1531-1540	63,3	16,3	14,4
....			
1781-1790	93,8	4,0	2,2
1791-1800	98,1	——	0,9[28]

No se puede agregar nada a estas cifras. La utilización de esas mismas cantidades no estabiliza ni mucho menos la estructura de los gastos en el presupuesto que ha de servir de base para el cálculo de los costes de vida. Al contrario. Estabiliza las cantidades consumidas, postulando con ello por un cambio de estructura de los gastos proporcionado al cambio de la relación entre el nivel de los precios que entran en el cálculo de los grupos de artículos. Porque el autor operó en este caso con un larguísimo período de tres siglos, porque durante el mismo se produjeron cambios fundamentales en la relación de los niveles de los precios que entraban en el cálculo de los grupos de mercancías, tiene que haber un cambio fundamental en la estructura de los gastos que se hallan representados en el índice del coste de vida. Como resultado, la estructura de los gastos para los dos últimos decenios es absurda.

Para resaltar más aún esa absurdidad, vamos a presentar el esquema confrontando aquellos índices del coste de vida con los índices salariales y del poder adquisitivo del salario:[29]

	Indice coste de vida	*Indice salarial*	*Indice poder adq.*
1521-1525	100	100	100
1525-1530	120	100	83
1531-1540	121	99	82
....			
1781-1790	2261	240	11
1791-1800	2557	281	11

Este resultado es una prueba fehaciente del carácter erróneo de los métodos empleados por el autor. En teoría se puede imaginar cómo después de tan numerosos cálculos los diferentes procedimientos equivocados se anularían unos a otros y obtendríamos un resultado verosímil. Por fortuna, todos los desaciertos se han ido acumulando, hasta dar un resultado absurdo. Pues si el empedrador municipal de Lvov vivía con su salario en la época de los desmembramientos de Polonia, ¡bajo el reinado de los Segismundo debía ser rico al poseer nueve veces el mínimo necesario para su existencia!* ¡Sería el pauperismo absoluto del feudalismo!

¿Es posible calcular el índice del coste de vida partiendo de la invariabilidad de la estructura de los gastos en vez de la invariabilidad de las cantidades consumidas? Sí, pero hay que utilizar no una media aritmética sino una media geométrica para las cantidades.

¿Cuál de estos dos principios se acerca más a la realidad histórica, pues ambos son abstractos en principio? Con el criterio de la invariabilidad del salario nominal, el individuo reacciona ante el cambio de los precios y cambian las cantidades consumidas y cambia la estructura de sus gastos. Esta comprobación es evidente hasta ser banal, es conocida y analizada en la ciencia. En esto radica la elasticidad de la demanda con respecto a los diferentes grupos de artículos. En relación con algunos géneros y con todo el grupo de los mismos el individuo trata siempre de disminuir lo menos posible las cantidades consumidas en caso de encarecimiento y apenas incrementa las cantidades consumidas en caso de baja de los precios —el pan, etc. Al ser así, con más rapidez han de aumentar o de disminuir las cantidades

* El primer desmembramiento de Polonia se sitúa en el año 1772; el segundo en 1793 y el tercero en 1795. El reinado de los Segismundos, Segismundo I el Viejo, 1467-1548; Segismundo II, 1520-1572; Segismundo III Vasa, 1566-1632. (*N. del T.*)

de consumo de los artículos de otras categorías, como son los de lujo; por lo tanto, la estructura de los gastos sufre un cambio considerable. Así, los costes reales de vida oscilan entre dos extremos: entre los costes de vida calculados sobre el principio de la invariabilidad de las cantidades consumidas (con ayuda de la media aritmética) o los calculados sobre el principio de la invariabilidad de la estructura de los gastos (con ayuda de la media geométrica).

ESTADO EN QUE SE HALLAN LAS INVESTIGACIONES

El comienzo de las búsquedas científicas del nivel de vida de las diferentes capas de la sociedad encabezadas por la clase obrera —cuyos resultados constituyen unas fuentes históricas inestimables— corresponde al tercer y cuarto decenio del siglo XIX.

Para las épocas anteriores, contamos con la reconstrucción de los presupuestos familiares efectuada por los historiadores sobre la base de las diversas fuentes y en primer lugar gracias a los libros de cuentas domésticos, pero como las clases sociales más pobres no lo usaban dicha reconstrucción sólo ha podido hacerse con las clases privilegiadas de la nobleza y de la burguesía adinerada, y en especial esta última ya que por naturaleza, el burgués suele calcular y llevar muy a menudo una contabilidad ordenada, y también acostumbra a diferenciar los gastos caseros de las cuentas de la empresa —taller, establecimiento comercial, etc. Así, Luzzato elaboró esta clase de reconstrucción con respecto a la Venecia del siglo XIV,[30] Aleati y Cipolli lo hicieron con la Lombardía de finales del siglo XVI y comienzos del siglo XVII,[31] y Arnold trató de hacerlo con las cuentas de un mercader varsoviano empobrecido en el siglo XVII.[32] En las familias de los nobles rurales, la tarea era más dificultosa, quizá porque se entremezclan la economía doméstica con la «empresa», es decir, con la explotación agrícola. Dos discípulos de Bujak, Zybuk y Puczynski abordan conjuntamente este problema, elaborando las cuentas de una finca galiciana a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX.[33] En las condiciones concretas de la Polonia de los siglos XVI-XVIII en que un porcentaje tan considerable de las compras de la nobleza se hacían directamente en la ciudad de Gdansk,* uno de los factores que permiten conocer el nivel de vida de los nobles puede ser el análisis de las «notas» que abundan en los archivos de los magnates y que eran entregadas por los funcionarios a quienes expedían trigo para esa ciudad. Pero un solo ejemplo no puede dar ninguna solución.[34]

* Antiguamente Danzig. (*N. del T.*)

Assorodobraj[35] trata de reconstituir en su trabajo los salarios de la plebe urbana y de los jornaleros.

La prueba más importante con respecto a la reconstrucción del presupuesto del obrero industrial es el trabajo de Kowalska de los mineros de la cuenca de Staropolska en el año 1865.[36]

Las búsquedas históricas sobre el nivel de vida de la clase obrera cuenta ya con obras tempranas. La obra de Kuczynski,[37] de un carácter monumental se refiere a la clase obrera de Alemania, Francia, Inglaterra y los EE UU. Para Francia no deja de ser actual el libro de Rigaudias-Weiss;[38] en cuanto a Italia, se publicó recientemente un extenso trabajo sobre la historia de las investigaciones relacionadas con los presupuestos familiares a partir del año 1857.[39] Son menos conocidas en Occidente —y también en Polonia— las búsquedas efectuadas en Rusia, y en especial el trabajo del gran precursor de estas investigaciones y sabio eminente, Bervi-Flerowski.[40]

Vale la pena recordar por último las indagaciones del movimiento de los salarios reales en Inglaterra, realizados sobre un largo período por E. H. Phelps Brown y Sheila Hopkins. En su primer trabajo estos autores elaboraron los índices salariales de un operario de la construcción en el sur de Inglaterra desde 1264 a 1954.[41] Y los índices del coste de vida, al confrontarlos con los índices de los salarios, obtuvieron los índices del salario real.[42] Por fin, en tercer lugar, verificaron su método y sus resultados así como las hipótesis de interpretación, con el siglo XVI, saliéndose sin embargo esta vez de los materiales ingleses, y utilizando los datos sobre Alsacia según Hanauer,[44] y sobre Francia según d'Avenel.[45]

Los métodos utilizados por dichos autores tienen muchos riesgos y en especial en lo que se refiere a los salarios más que con respecto a los precios.

El análisis histórico de las remuneraciones suele ser muy dificultoso, tanto más por cuanto se trata de un período más dilatado de tiempo. Al analizar el cambio de los salarios en el tiempo nos referimos al abonado por un mismo trabajo. Suponiendo que en la actualidad en un país cualquier existan a la vez una construcción rural de madera, otra de piedras del lugar, y una tercera con ladrillos y también una con elementos prefabricados, el análisis del salario del obrero de la construcción ha de distinguir entre tales categorías, ya que no está excluido que los salarios de las distintas categorías oscilen en varias direcciones, lo que en resultado general nos daría un cuadro falso de una invariabilidad o un cambio insignificantes. Esta misma dificultad aparece en las investigaciones históricas de larga duración: no es el mismo trabajo el que aparece en las diferentes casillas del esquema. Pero esto no es más que el comienzo de las dificultades.

En la época precapitalista, para conocer las condiciones de

vida del obrero, suele ser más importante el sistema salarial utilizado en aquellos tiempos que el importe nominal del mismo. He aquí tres problemas:

a) ¿La totalidad del salario es siempre una remuneración en metálico? A menudo no fue así y junto a la remuneración en dinero existía un pago en frutos (la alimentación completa o en parte, la vivienda, el combustible, la ropa, etc.), esta parte del salario, a veces muy importante y a menudo muy abstracta para el obrero.

b) ¿La remuneración percibida es sólo el pago por el trabajo efectuado? ¿No comprende una devolución del coste de las herramientas y de los materiales auxiliares? Pues hay mineros asalariados que tienen la obligación de acudir al trabajo con sus propias herramientas, han de proporcionarse el petróleo o el aceite para la lámpara, las cuerdas, las carretillas de mano, lo cual no es ninguna excepción.

c) ¿El estipendio constituye sólo la remuneración de un operario? ¿No acudió al trabajo con uno o varios ayudantes, asalariados o miembros de su familia con los cuales trabaja conjuntamente y según una tasa cualquiera se reparte el dinero con ellos sin que el empresario tenga que intervenir en ello? Este caso no era raro en los trabajos de la construcción hasta hacé poco tiempo.

Por último, el problema del tiempo de trabajo, el cual se divide en dos secciones:

a) El número de horas de trabajo al día. No es el mismo a lo largo de siete siglos, ni siquiera en el curso de una sola temporadas en la construcción de la época feudal, por estar determinadas por la longitud del día. ¿Son comparables, pues, las tarifas de las jornadas en las cuales se basan los autores?

b) La cantidad de las jornadas de trabajo durante el año es un problema sólo en apariencia, sin importancia para los investigadores que tomaron como medida la tarifa de la jornada. Las empresas que garantizaban un trabajo permanente (períodos en que la técnica de la construcción permitía un trabajo estable) podían aplicar unas tarifas más bajas para los jornales y a las cuales se acomodaban gustosamente los obreros.

Por último, hay una cuestión fundamental: el proceso de emancipación del proletario en la libre venta de su fuerza de trabajo. En el sistema capitalista el salario de los obreros en las empresas de la industria descentralizada ubicadas en las regiones agrícolas, suele ser más bajo; estos operarios se reclutan en especial entre las familias que aún poseen una explotación rural, lo cual permite que las remuneraciones sean más bajas al no tener que garantizar la plena reproducción de la capacidad de trabajo del obrero. ¿Acaso antiguamente las cosas no eran así? ¿No hemos de contar al analizar una escala de muchos siglos con el proceso del aumento gradual de la importancia

del obrero, del verdadero proletario, lo que a su vez modifica la homogeneidad de la masa indagada?

Existen menos dudas sobre la segunda parte de la ecuación: los precios.

Las conclusiones de los referidos autores no son nuevas. Afirman que hacia el año 1510, el poder adquisitivo del salario de un obrero de la construcción comienza a disminuir para caer hacia el año 1630 en un nivel equivalente a los 2/5 del nivel del siglo XV. Esto lo sabía el mismo Malthus quien habla incluso de una disminución en un 1/3.[46] Lo sabía Rogers, según el cual el punto más bajo «fue alcanzado precisamente en el período en que estalló la gran guerra entre el Rey y el Parlamento».[47] Por último lo sabía Marx al referirse a los salarios relativamente elevados en la Inglaterra del siglo XV y de la primera mitad del siglo XVIII.[48] Además, hay que darle la razón a Phelps Brown[49] ya que en muchas obras sobre la historia del siglo XVI no encontramos ningún pasaje de este hecho trascendental. También es justo que, pese a todas las dificultades, los análisis de los precios y de los salarios durante un largo período de tiempo han de realizarse aunque no fuera más que para llegar a esa conclusión o cerciorarse de su justeza.

En Polonia, emprendieron indagaciones en pequeña escala el Comité Estadístico Varsoviano y su primer director W. Swiatlowski, las cuales fueron continuadas por un grupo restringido de economistas progresistas (L. Krzywicki, K. Krzeczkowski y por el médico S. Sterling). Esta etapa investigadora fue coronada por la obra de K. Krzeczkowski sobre los obreros de las fábricas azucareras del Reino polaco.[50] S. Rychlinski[51] elaboró hace 30 años la historia de esas búsquedas.

Desde la recuperación de la independencia de Polonia, las exploraciones del nivel de vida de la clase obrera fueron efectuadas por la Oficina Central de Estadísticas y por una serie de instituciones sociales investigadoras encabezadas por el Instituto de Economía Social y el Instituto de Problemas Sociales.

El trabajo de T. Szturm de Sztrem es el que mejor informa sobre los métodos utilizados por la Oficina Central de Estadísticas.[52]

La labor de Ludwik Landau,[53] precursor de estas investigaciones en la Polonia del período de entre las dos guerras, contiene un gran número de razonamientos metodológicos y de datos.

En una publicación reciente A. Luszniewicz[54] ha revistado los métodos empleados en aquellos años y los resultados obtenidos.

El economista finlandés Pipping[55] los ha resumido desde el punto de vista de la actual ciencia económica occidental europea.

Al referirse al estado de las investigaciones históricas sobre el nivel de vida que ha sido objeto de un gran número de aná-

lisis y de discusiones científicas y el consumo de las diferentes clases sociales en el pasado, es preciso señalar toda una categoría de aproximaciones fragmentarias, a menudo de un carácter compendiador y que a veces revisten el aspecto de búsquedas de datos curiosos, pero que pueden ser aprovechadas para los fines que nos interesan. Tales trabajos han sido elaborados más de una vez por los etnógrafos, los cuales, en particular los más antiguos, solían ser muy poco sensibles al problema de la datación, fundamental para los historiadores.

En los últimos quince años, en Polonia, la cooperación de los arqueólogos, los etnógrafos e historiadores ha sido muy fructífera.[56]

En relación con las épocas antiguas, estos fenómenos suelen ser investigados con ayuda de los procedimientos arqueológicos y para los tiempos más modernos con los métodos etnográficos. Pero, entre los períodos para los cuales son aplicados estos dos métodos suele quedar un gran vacío cronológico que sólo puede ser colmado por los historiadores. Se da el caso paradójico en apariencia de que sean estos últimos, que formularon críticas fundamentadas y postulados de los procedimientos propios a la arqueología y la etnografía —críticas y postulados no quedaron sin respuesta y aportaron resultados positivos—, los que se hallan francamente retrasados en este terreno de la cronología en el que nadie los puede substituir. La paradoja es tan sólo aparente ya que este fenómeno se explica por la carencia de unos procedimientos adecuados y por la falta de una problemática ya elaborada. Al evitar muy acertadamente la continuación de los trabajos sin problema, narrativos, basados en las ejemplificaciones casuales, los historiadores se equivocaron al evitar emprender esos temas en general, y el alejarse de ellos no es una solución. Así, la tarea consiste en la elaboración de una problemática verdadera y de unos métodos adecuados.

LO COMPARABLE DE LOS DATOS SOBRE EL NIVEL DE VIDA Y EL CONSUMO EN EL TIEMPO Y EN EL ESPACIO

Cualquier dato sobre el nivel de vida y el nivel del consumo —una información sobre la suma de los gastos de consumo o sobre la estructura de éstos o incluso de las cantidades absolutas de los artículos consumidos— es por sí mismo, y por separado, enteramente mudo, hasta que lo comparamos con otros datos análogos de otras clases sociales en un lugar y en un tiempo determinados, en otro país en esa misma época o en otros tiempos de la historia de la misma nación.

El saber si la comparación en el tiempo y la comparación en el espacio constituyen un mismo problema metodológico es

una cuestión litigiosa, de la cual ya nos ocuparemos.[57] Pero uno de los argumentos que abogan en favor de una respuesta positiva es el que se desprende del propio trabajo del investigador: la convergencia, para no decir la identidad, de muchas de las dificultades metodológicas que en esta clase de búsquedas solemos enfrentar.

1. En primer lugar plantea enormes dificultades la diferencia de la estructura de los precios en los dos mercados investigados. En un país muy desarrollado, los precios de los artículos industriales suelen ser bajos y los artículos agrícolas bastante caros mientras que en una nación atrasada, sucede a la inversa. Para la comparación hemos de estimar el consumo en ambos mercados según esa misma estructura de los precios. En apariencia, no tiene importancia cuál de las estructuras hemos de tomar como instrumento,[58] pero en realidad no es así.

Examinemos el problema con un ejemplo:

Suponiendo que en el país A (atrasado) una familia obrera mediana consuma 90 kilos de artículos alimenticios y 10 artículos industriales cuyos precios ascienden en esa nación respectivamente a 10 y 20 rupias y que en el país desarrollado una familia análoga consuma 100 kg del primer artículo y 100 unidades del segundo, y que los precios de estos artículos en ese mercado asciendan a 1 dólar, obtenemos, tomando como base la estructura de los precios en el país A:

	en el país A	*en el país B*
art. alimenticios	900 rupias	1.000 rupias
art. industriales	200 rupias	2.000 rupias
Total	1.100 rupias	3.000 rupias

En cambio, tomando como base la estructura de los precios en el país B, obtenemos:

	en el país A	*en el país B*
art. alimenticios	90 dólares	100 dólares
art. industriales	10 dólares	100 dólares
Total	100 dólares	200 dólares

Según el primer cálculo, conseguimos que el consumo en el país B es cerca de tres veces mayor mientras que en el segundo cálculo, es dos veces mayor que en el país A.

Y aquí es donde aparece la regularidad.

Tomando como base la estructura de los precios del país atrasado, exageramos considerablemente la diferencia mientras que tomando como base la estructura de los precios del país desarrollado aminoramos esa diferencia.

Idéntico fenómeno se produce con las comparaciones en el tiempo. Tomando como base la estructura de los precios del punto final la diferencia se reduce mientras que tomando como base el punto de partida, se agiganta.

El problema que hemos ilustrado con un ejemplo elemental y que se resuelve en la actualidad en las indagaciones comparativas con unos métodos mucho más complicados, es la expresión técnica de las dificultades resultantes de las profundas diferencias en las estructuras económicas de las sociedades comparadas o de esa misma sociedad en las diferentes épocas. Las diferentes estructuras de los precios que en ellas existen son la consecuencia de las diversas productividades del trabajo en cada rama, de las diferencias existentes en el equipo de las diversas ramas de la economía y de la variedad en el surtido de los artículos producidos y consumidos. En cambio, la desigualdad de larga duración entre el desarrollo de la productividad del trabajo en la industria y en la agricultura demuestra que las diferencias entre las sociedades desarrolladas y las atrasadas, o entre dos períodos muy lejanos de la historia de una misma sociedad, han de someterse a la orientación de nuestra hipótesis.

Sin «denominador común» no pueden sumarse los precios entre sí ni compararse los diversos agregados de los diferentes artículos consumidos. En cambio, la adopción de ese «denominador común» conduce a una investigación diferente y complementaria.

2. Esta cuestión ya era clara para los antiguos investigadores. Con el deseo de encontrar la medida objetiva de las diferencias entre el nivel del consumo y el nivel de vida, una medida que fuera independiente de los sistemas de precio variables, Engel formuló su célebre ley. Su método consistía en el hecho de que en lugar de comprar el importe absoluto de los presupuestos de consumo se comparaban sus estructuras internas. Con independencia de la estructura de los precios en que los hombres realizan su actividad económica, son tanto más ricos cuanto menos dinero invierten para nutrirse. Este procedimiento pudo ser reelaborado más tarde: pues entraba en juego tanto la estructura interna de los gastos de alimentación como la estructura de los gastos extraalimenticios, etc.

Este método fue después la base para las búsquedas sobre la elasticidad de los precios de los diferentes artículos, revelándose muy útil y muy provechosa para el análisis de algunos mercados siendo perfeccionado para las investigaciones compa-

rativas y actualmente el método de análisis de los tres sectores de C. Clark,[59] muy de moda, se basa en esas mismas diferencias de elasticidad.

Sin embargo, la aplicación de este método a unas sociedades muy diferenciadas ha demostrado su debilidad, y en qué medida los altos funcionarios sajones o prusianos de mediados de siglo XIX o los profesores universitarios de nuestros tiempos razonan en este caso con sus categorías, tomando su comportamiento y sus reacciones socialmente determinadas como muy naturales y universales. Incluso un destacado lógico polaco afirmó que la así llamada «Ley de Engel» no debe considerarse como tal ley puesto que se trata de una simple perogrullada.[60] Este profesor sabía a la perfección que cuando a él le aumentaban la pensión en un 50%, aumentaba sus gastos en alimentación en un grado menor, pongamos en el 20%, dedicando el resto del aumento a otros fines. Pero ese mismo profesor al vivir como un miserable en la Varsovia ocupada por los nazis, cuando conseguía algún ingreso suplementario que le suponía un aumento del 100% de su sueldo se gastaba esa suma suplementaria en alimentos para pasar menos hambre con su familia. Aquí, el aumento de los ingresos se acompañaba de un aumento de los gastos en víveres en el presupuesto familiar.

La «Ley de Engel» actúa con seguridad y más de una vez esto se puede comprobar empíricamente con el nivel absoluto de los gastos de consumo. La inmensa mayoría de la población actual de la India reaccionaría inmediatamente ante el aumento de sus ingresos individuales de una forma diametralmente contraria a como reaccionara el director del Preussische Statistisches Büreau hace cien años o el profesor de la Universidad de Varsovia hoy. En la Polonia actual, cada aumento del fondo salarial se acompaña de otro proporcional de los gastos en artículos alimenticios (en la India éste sería mayor que el del Fondo salarial y más bajo en Inglaterra). Nos encontramos algo así como al «borde» del problema y dentro de poco tiempo, en caso de un nuevo aumento del nivel de vida, la «Ley de Engel» puede comenzar a actuar en Polonia.

Esta ley no sólo no es real como lo afirmara aquel lógico, sino que en general no es justa, al menos como la formulara su autor, la utilizaron sus continuadores y la comprendió el citado lógico.

Otro problema que se da con frecuencia en la ciencia es que el derrocamiento de una ley científica no consiste en probar su falsedad sino en limitar su aplicabilidad. En ciertas condiciones sociales, esa ley es justa pero durante su derrocamiento se le opuso una ley diferente e incluso contraria, la cual regía en las sociedades más pobres o antiguas. La comprobación de la transición regular de las condiciones sociales en las cuales se manifiesta, llamémosla así, «el revés de la Ley de Engel»

a las condiciones en que dicha ley comienza a operar es la comprobación de una nueva ley más extensa.

El problema del mínimo vital es una de las cuestiones económicas y sociológicas más dificultosas, en la medida en que este mínimo vital depende de las condiciones naturales —necesidad de muchas más calorías en los países polares que en los países templados o tropicales— y sociales —el mozo de cuerda tiene otras necesidades que el maestro, y el puñado de arroz que basta para mantener la capacidad del esfuerzo físico del indonesio no es suficiente al europeo para realizar un trabajo intelectual. Sin embargo, la comprobación de que los individuos en caso de un aumento de sus ingresos empiezan a incrementar en un grado menor sus gastos en alimentos, o sea que la «Ley de Engel» comienza a actuar, es quizás una prueba muy objetiva de que el mínimo vital ha sido alcanzado y superado.

3. En repetidas ocasiones se ha tratado de establecer una comparación de los datos sobre el nivel de vida de diversas sociedades abstrayéndose totalmente del factor monetario. Esto condujo a la búsqueda de los índices cuantitativos en lugar de los valorativos y la tarea consistía en encontrar la posibilidad de «adicionar» magnitudes que no podían sumarse tales como el pan, el calzado, la vivienda, la asistencia sanitaria, etc.

Una de estas pruebas de hallar un índice global y no monetario del consumo y en especial del nivel de vida, la realizó M. K. Benett de la Universidad de Stanford.[61]

Su procedimiento es:

a) en primer lugar establece una lista de 19 variantes no monetarias cuya variación es para él típica para el aumento del nivel de vida;[62]

b) después, para cada una de las más conocidas en los datos mundiales, les asigna el coeficiente 100;

c) cada posición inferior al coeficiente dado se expresa en un porcentaje del citado máximo,

d) adiciona los resultados para cada país.

Con diecinueve artículos es natural que el resultado teórico máximo ha de ser 1900, como lo sería en un país en que cada uno de los coeficientes sería el mayor de ellos. Los resultados de la operación realizada sobre la base de los datos concernientes a los años 1934-1938 y conceptuados gráficamente son presentados después. La prueba que acabamos de presentar demuestra un serio esfuerzo para evitar toda arbitrariedad. El coeficiente fijado en 100 corresponde a la realidad, siendo efectuada la adición en cifras relativas.

La arbitrariedad de este método comienza con la selección de los diecinueve coeficientes. Desde luego se podría multiplicar el número de éstos (por ejemplo, no hay en ellos un coeficiente tan importante como el número de personas por pieza de vi-

vienda); también pudiera proponerse el cambio del uno por el otro. En suma, falta un criterio objetivo en la selección de los coeficientes.

En tercer lugar, es dudosa la precisión de algunos coeficientes. Recordando todo lo ficticio de los cálculos de los índices medios *per capita* en las sociedades de clases, con el método de Benett, no llegamos ni siquiera a eso. El número de vehículos mecánicos *per capita* puede resultar relativamente elevado en un pequeño y pobre país fascista si contamos todos los coches incluyendo los de la policía y los del ejército. En cuarto lugar este sistema omite de modo despreocupado las diferencias geográficas y climáticas. En Grecia, donde el desayuno del campesino suele componerse de vino, de queso y de un puñado de aceitunas, la cifra de las calorías tendría que ser muy elevada además de las que facilitan los cereales. Lo mismo sucede con la dependencia de la necesidad fisiológica en tejidos según el clima.

Por último, no se tiene en cuenta en absoluto el problema relativo a la duración del trabajo. La diferencia entre el nivel de vida de los países desarrollados y los países atrasados es mayor si tenemos en cuenta que la duración del trabajo del obrero en estos últimos es un 20% mayor —cuarenta y ocho horas a la semana en lugar de cuarenta.

Y también podemos examinar ese método de otra manera. La finalidad del mismo consiste en «adicionar» unos coeficientes cualitativamente muy diferentes cuyo objetivo se logra en apariencia. Pero —en especial con la selección arbitraria de los coeficientes— establece una relación de valores de los distintos fenómenos de la vida social que no se fundamentan en nada y que no dejan de ser sorprendentes.

En lo que se refiere al consumo de calorías *per capita*, la magnitud cumbre es 2.699 (EE UU), así la fijamos en 100. En la rúbrica de los envíos postales, la magnitud cumbre tomada como 100 equivale a 161 envíos *per capita* (también en los Estados Unidos). De esta manera, dos países con los mismos índices restantes, y uno de los cuales tiene un consumo *per capita* superior en 270 calorías y el segundo cuenta con 16 envíos postales *per capita* más que el primero, tendrán un resultado global idéntico. De esto resultaría que 270 calorías *per capita* = 16 envíos postales *per capita* = 20 vehículos mecánicos *per capita* = 13,5 médicos por 1.000 habitantes = 5% de personas de 0-20 años de edad que van a la escuela, etc., etc...

Hemos presentado aquí el método de Benett como un ejemplo de los esfuerzos tendentes a encontrar unos índices del nivel de vida independientes de los factores monetarios. En la práctica, como lo muestra el diagrama que reproducimos, este procedimiento llega a unos resultados razonables y hasta interesantes, pero no resiste a un análisis teórico profundizado.

Así, es engañoso el servirse de un coeficiente monetario común para la comparación de los niveles de vida y la tentativa de elaboración de un coeficiente independiente de los fenómenos monetarios resulta más engañosa aún.

No es extraño esto ya que la teoría económica aún no ha creado las bases objetivas de la comparabilidad,[63] y algunos economistas consideran la pregunta concerniente al cambio del nivel de satisfacción de las necesidades humanas como *meaningless*, desprovista de sentido, y se molestan al comprobar que sus lectores les formulan tal pregunta[64] que con toda probabilidad las han de seguir formulando a pesar de que algunos mandarines de la ciencia «objetiva» las consideren sin sentido. ¿Se logrará establecer con estas indagaciones unas medidas aptas para todas las sociedades, todas las capas sociales y todos los individuos? Es dudoso. Pero esto no ha de acontecer hasta que no progrese el proceso de unificación cultural del mundo y de liquidación de las barreras de clase. Estas investigaciones[65] están basadas hasta ahora en el criterio consciente o inconsciente del valor que se encierra en los conceptos y los métodos, siendo muy improbable que en el futuro la ciencia pueda liberarse de él.

En las comparaciones internacionales, y entre los diversos períodos, de los niveles de vida, sólo existen aproximaciones. Bastan para los fines prácticos tanto más ya que se sabe cuál de los dos métodos y en qué sentido se aparta de la realidad. Otros índices facilitan las bases para el control de los resultados. Algunos de ellos tienen bajo muchos aspectos un carácter acumulativo; como en un lente se recogen en ellos las acciones de todos o al menos de muchísimos factores determinantes del nivel de vida humano (el más importante de ellos es la probabilidad de existencia de un recién nacido, es decir, la duración media de la vida humana).[66] Los especialistas en el campo de las investigaciones sobre el nivel de vida se dividen en optimistas y pesimistas con respecto a las posibilidades de realizar comparaciones internacionales exactas, estableciéndose discusiones entre ambas tendencias en sus conferencias. El problema se ha hecho actual a raíz de la Segunda Guerra Mundial cuando la creciente importancia de los países atrasados hizo de las diferencias del nivel de vida existentes en el mundo quizás el más trascendental de los problemas desde el punto de vista político e ideológico de la humanidad. La necesidad de efectuar comparaciones entre los países más desarrollados económicamente y los más atrasados, puso al orden del día todas las dificultades vinculadas a las comparaciones entre los sistemas, es decir, entre el capitalismo avanzado por una parte y el sistema semifeudal e incluso semipatriarcal por la otra, entre una economía casi enteramente comercializada y una economía en la cual el sector «natural» sigue siendo dominante. En esta misma

dirección actuaba la necesidad de efectuar comparaciones entre los niveles de vida existentes bajo los sistemas capitalista y socialista, necesidad suscitada por el segundo problema central de nuestra época: la rivalidad económica entre ambos.

En este sentido, la comparación entre los sistemas efectuada en el mundo actual, en el marco del tiempo presente y para fines concretos y prácticos, abre el camino hacia el perfeccionamiento de los métodos, los cuales son provechosos también para las investigaciones históricas.

Las dificultades que surgen en las búsquedas actuales sobre el nivel de vida en los países atrasados, se repiten en su análisis en los países actualmente desarrollados en su época preindustrial. Los obstáculos fundamentales con que se tropieza al comparar esta medida sobre las dos clases de países se repiten al comparar entre dos momentos cronológicos alejados entre sí de un mismo país.

Estas dificultades son:

a) el distinto grado de comercialización del consumo en los momentos (países) comparados y junto con ello el carácter y el sentido social distintos de los precios del mercado;

b) la existencia en cada uno de los momentos (países) de artículos que no tienen su equivalente en el segundo (el sable y el televisor);

c) los criterios diferentes y la distinta manifestación del poder y de la riqueza;

d) relaciones diferentes en cuanto al tiempo, la colocación de los capitales, las inversiones, la renta, etc.

Últimamente unos mismos investigadores acometen los análisis comparativos tanto en la escala geográfica como histórica (Simon Kuznets,[67] Philys Dean[68] y otros).

La práctica demuestra que el análisis del nivel de vida en los países europeos y en los EE UU a través del método estadístico es factible realizarlo en lo fundamental con respecto al período de los últimos cien años. En primer lugar y en contra de las apariencias, en la escala histórica el último siglo no muestra diferencias fundamentales. Es más fácil establecer una comparación entre la Inglaterra del año 1960 y la del año 1860 que no entre la Inglaterra del año 1860 y la del 1760. El salto cualitativo aparece en el siglo anterior y no en el último. También es más fácil comparar la Inglaterra del año 1960 con la Inglaterra del 1860 que no la Inglaterra del 1960 con la India del 1960.[69] Respecto al último siglo, unos cuatrocientos años para Gran Bretaña, podemos confrontar unos datos bastante exactos sobre el movimiento de los precios, datos aislados y heterogéneos pero en éstos aparecen de vez en cuando las cifras correspondientes a los presupuestos familiares reales.[70] Para las épocas anteriores, en general sólo es posible establecer aproximaciones relativas a los precios, aproximaciones que a no ser con-

troladas con datos empíricos sobre los presupuestos reales, pueden desembocar en cómicos malentendidos y hasta en resultados peligrosos que pueden evitarse con un buen conocimiento de la época. Para ello es indispensable confrontar los resultados obtenidos con los datos procedentes de otros sectores. Así, el conocimiento de la estructura de la producción y los cambios que en ella acontecen, conjugando dicho conocimiento con el de la estructura y los cambios estructurales de la balanza del comercio exterior. Esto nos indica la desaparición de unos productos en el mercado y la aparición de otros, o bien la multiplicación de unos determinados y la escasez de los demás.

Es necesario el conocimiento del número de mercancías de «consumo duradero» como son muebles, ropa, etc., poseídos por una familia media de cada una de las clases sociales: esto lo podemos averiguar por mediación de los testamentos, los inventarios, etc. Es preciso conocer las ilustraciones de artículos del consumo (los libros de cocina, los de «consejos de tipo económico», etc.). Por fin, se necesita conocer los conceptos sociales de los síntomas de la pobreza y la riqueza, el *standard* de vida de cada capa de la sociedad —tarea que suele ser relativamente más fácil con respecto a las épocas precapitalistas que para la del capitalismo.

Es imprescindible el análisis cuidadoso de las cuentas relativas a los gastos de consumo, que suelen conservarse en los archivos. Es verdad que los libros o documentos de contabilidad de los cuales disponemos suelen referirse casi de modo exclusivo a las capas superiores de la sociedad —cortes reales y magnates, grandes mercaderes y negociantes— y a las en su género «instituciones de manutención colectiva», como los conventos y las prisiones o los establecimientos de trabajos forzados.

Pero estos datos no dejan de ser útiles para el conocimiento de los fenómenos normales aunque no sea sino porque los limitan. El análisis de los gastos de las mansiones de los magnates nos brinda una fantástica visión de lo que se expendía en comida. Engel, al ver en este capítulo de gastos un índice de aplicación general para determinar la riqueza, consideraría que este presupuesto no es el de un personaje ilustre sino más bien el de un pordiosero. Así, el coeficiente de Engel, inaplicable como lo hemos comprobado a las sociedades más pobres, tampoco puede aplicarse a las capas más ricas de la época precapitalista.

Para entender esta cuestión, es preciso saber qué papel desempeñaban en los gastos suntuarios de aquella época los manjares. Un profesor de la Universidad Jaguellónica de Cracovia, que en el siglo XV tenía el «rango» de canónigo, pertenecía a las clases privilegiadas, pero el menú de sus almuerzos[71] no deja de ser muy difícil de entender, aun cuando pensemos que de lo que pudiese quedar se nutría algún «asistente» suyo. El mercader varsoviano Zielenewicz pudo ser un borracho, pero ¿acaso

esto sea una base como para, después de Bujak, negar la representatividad de su presupuesto, en el que el capítulo de gastos alimenticios es tan enorme?[73]

Entre las obligaciones de las clases privilegiadas estaba la de alimentar a los demás: en casa del magnate comían los servidores, los huéspedes, la multitud de nobles que acudían a las sesiones de las Dietas provinciales, y en casa del noble de modesta condición, todos los parientes y los transeúntes. Era un símbolo del lujo. En unas condiciones sociales en que el mercader o el canónigo tienen un *standard* de vida estrictamente reglamentado por la ley o las costumbres, en toda una serie de elementos, como son la vestimenta, los medios de locomoción, a veces la casa y el número de servidores, etc., el comer con lujo era casi el único signo de una vida suntuosa.

Todos estos fenómenos no son raros actualmente en los países atrasados aunque puedan sorprender a los investigadores que se ocupan de ellos.

LOS METODOS CUANTITATIVOS Y CUALITATIVOS EN LAS INVESTIGACIONES HISTÓRICAS SOBRE EL CONSUMO Y EL NIVEL DE VIDA

Nada tiene de particular que para conocer el nivel de vida de la época precapitalista tengamos que recurrir con frecuencia a los métodos de análisis extraestadísticos e incluso no cuantitativos. Las búsquedas del nivel de vida, del consumo, de las condiciones de existencia de las diferentes capas de la sociedad, los procedimientos estadísticos han de completarse con otros en cuanto se trata de la realidad contemporánea.

El hombre es un ser demasiado complejo, en su adaptación al medio natural y social influyen demasiados factores tan distintos, para que esta problemática pueda reducirse a un índice acumulativo. El índice del coste de vida es un índice trascendental, pero no se puede esperar mucho de él.

Así, para cada época y para cada clase social, la ciencia debe elaborar un «cuestionario» específico de los factores que influyen sobre su nivel de vida, algunos de los cuales son mensurables, otros —no mensurables en principio— podrán ser caracterizados con cierta aproximación por sus síntomas mensurables, otros, en fin, podrán ser analizados enteramente con las categorías descriptivas.

Los logros más importantes corresponden al análisis de la situación de la clase obrera en la época capitalista. El punto culminante fueron las búsquedas de Marx y de Engels. Sobre su actitud nos informan sus trabajos de investigación empezando por *La situación de la clase obrera en Inglaterra* de Engels

y toda una serie de declaraciones metodológicas, de críticas y de proyectos de investigación. Entre estos últimos se debe recordar el proyecto capital de la «Encuesta obrera» del año 1800 que puede considerarse como un resumen de sus razonamientos.[73] La «última palabra» de la ciencia marxista en este terreno es la obra monumental de Kuczynski sobre la situación de la clase obrera bajo el capitalismo (Inglaterra y su imperio, Alemania, Francia y los EE UU). Desde la primera edición inglesa en cuatro tomos de los años 1942-46 [74] hasta la sexta y última edición en catorce[75] y la que actualmente se está preparando y que tendrá treinta y siete,[75] el autor se distingue por su afán de encontrar nuevos tipos de fuentes, conceptos nuevos y nuevos puntos de vista, y sobre todo en incrementar cada vez más el cuestionario de los factores que influyen sobre la situación de la clase obrera en la época capitalista.

El limitarse unilateralmente a los métodos cuantitativos puede resultar engañoso cuando analizamos la situación de las masas trabajadoras en un período crucial en el cual se entremezclan los elementos de los diferentes sistemas, y no cuando funciona plenamente un sistema ya desarrollado. Esto sucede en las indagaciones sobre la situación de los obreros en los albores del capitalismo y a comienzos de la Revolución Industrial, problema que desde aquellas épocas hasta la fecha sigue siendo actual en la ciencia y que desde entonces hasta el día de hoy no ha dejado de inflamar las pasiones al margen de la ciencia por sus ideologías.

La actitud de Ashton[77] representa en relación con la amplia utilización de los modernos métodos analíticos, un concepto francamente «optimista». Es optimista tanto en su fe en las posibilidades cognoscitivas y limitadas del método estadístico como en cuanto se refiere al cuadro del nivel de vida de las masas obreras de Inglaterra en la época de la Revolución Industrial; ve en esta última la etapa acelerada de un proceso de desarrollo y de progreso constante, en el cual han participado aunque no de la misma forma, todas las clases sociales desde el comienzo. Sin negar el transitorio descenso del nivel de vida —en especial el de los obreros industriales en el período de las guerras napoleónicas y directamente después de éstas— Ashton considera que este descenso es el resultado de los combates y de los «errores» de la política gubernamental.

A nuestro entender, no hubo tales errores. Sólo se puede hablar de las equivocaciones cuando el gobierno utiliza unos medios mucho más eficientes a criterio del investigador.

La política del gobierno de la Gran Bretaña después de 1815 contribuyó al proceso de disminución del nivel de vida de las masas trabajadoras. Pero ¿acaso dicho gobierno pretendía elevarlo? El propio Ashton formula la tesis de que tal política obraba en favor del aumento de los beneficios de los lores te-

rratenientes, los rentistas y los industriales. Quizá fuera su objetivo. Así, ¿dónde están los «desaciertos»? Ashton es un adversario de la tesis marxista que considera al Estado como el órgano de la clase dominante. Pero los materiales reunidos por él están a favor de esa tesis.

Él analiza de modo magnífico el procedimiento estadístico. En otro lugar[78] expresamos nuestra concordancia con la postura que reconoce la primacía de los cambios cualitativos en las transformaciones históricas y sobre la limitación que de ella se desprende con relación a la utilización de la estadística histórica, la cual, por naturaleza, está llamada a aprehender los cambios cuantitativos en los fenómenos homogéneos. Y aquí nos encontramos con la clásica ilustración de dichas dificultades.

El período de la Revolución Industrial es un cambio cualitativo tan grande, que bajo muchos puntos de vista esencialísimos para la suerte de las masas populares, no vemos la posibilidad de compararlo con épocas anteriores.

Ashton tiende a negar el carácter cualitativo de los cambios. Dedicando un libro a la historia de la Revolución Industrial, no se siente muy atraído por este término que subraya con demasiada fuerza la violencia de las transformaciones. Teme que al emplearlo «*there is a danger of overlooking the essential fact of continuity*».[79] En esto radica la diferencia fundamental entre la actitud de Ashton y la marxista: la metodología marxista recalca con todo el vigor la continuidad del proceso histórico, el mutuo engranaje de los viejos y los nuevos fenómenos, el determinismo histórico que de lo «viejo» hace surgir lo «nuevo» pero al mismo tiempo que se comprende esta continuidad, esto no es óbice según ella para la comprensión en el curso de la historia de la desaparición de las viejas y de la aparición de las nuevas cualidades ni de que la dominación de las nuevas cualidades en las relaciones sociales se opera a menudo de una forma violenta aun cuando se halla preparada por un largo proceso de crecimiento.

Así, Ashton analiza en uno de sus trabajos[80] la situación de alojamiento de la clase obrera naciente llegando a la conclusión de que a pesar de que ésta era muy difícil, la población aldeana tenía peores condiciones de alojamiento. Pero ¿cómo comparar con los métodos estadísticos una choza aldeana abandonada por el campesino arruinado con la vivienda en la cual moraba en el naciente poblado industrial? Veamos el problema de la densidad humana por superficie habitable. ¿Acaso no tuvo consecuencias trascendentales? ¿Es que un alojamiento, materialmente idéntico al que en una aldea despoblada permitía vivir en unas condiciones soportables, no debía ser perjudicial para la salud por el hacinamiento de los primeros centros industriales?

Asimismo tenemos el problema pecuniario del alquiler de la casa por el obrero. Está la cuestión del agua, inexistente en la

aldea y cuya falta no deja de ser perjudicial y peligrosa para la salud y que es un gasto en el presupuesto del obrero; está la del camino para llegar al trabajo, sin importancia en la aldea pero abrumador para el obrero a medida que van surgiendo nuevas aglomeraciones industriales, primero, como incremento de la duración del trabajo y después como un gasto importante. Tenemos el problema relativo al carácter del salario en metálico que para el campesino es secundario mientras que para el obrero es decisivo. También tenemos el hecho de que la parte de la producción y del consumo que se substraía al mercado le aseguraba al campesino algún medio mínimo de existencia y al mismo tiempo lo garantizaba y en cierto modo lo independizaba de los cambios del mercado. Existe también el problema de los peligros que representaba para la salud de la familia obrera el hacinamiento en las aglomeraciones densamente pobladas. La media de la duración de la vida humana en la época feudal es bastante más corta en las ciudades que en el campo. Con el desarrollo del capitalismo, la proporción se invierte. Pero durante la Revolución Industrial sigue rigiendo aún una situación feudal. Si al ser desahuciado el campesino se marcha a la ciudad ello entraña para él y su familia una posibilidad de vivir menos tiempo. ¿Y la seguridad en el trabajo del obrero en comparación con la del trabajo del campesino? ¿Y la labor de los niños en las fábricas en comparación con la tarea de los niños en el campo? ¿Cómo medir todos estos elementos estadísticos cuando las condiciones generales de existencia del campesino y del obrero son tan incomparables? A pesar de que muchos de estos fenómenos pudieran conceptuarse cuantitativamente, ¿cómo aplicarles un coeficiente común, cómo sumarlos?[81]

Ashton presenta los índices del salario real del obrero industrial desde 1806 a 1850,[82] los cuales descienden hasta 1813, ascienden hasta 1821, se estabilizan más o menos hasta el año 1842 después de lo cual vuelven a subir un tanto (sus cifras no confirman su tesis sobre el aumento que debía iniciarse a partir del año 1820). ¿Acaso estas cantidades se refieren a todos los elementos ya enumerados? De las cifras de Ashton no se desprende la conclusión de un aumento de los salarios reales en la época de la Revolución Industrial sino inmediatamente después de la misma. Pero ¿estaba Ashton en condiciones de ponderar los elementos enumerados —y otros muchos— del empeoramiento del nivel de vida?

La estadística histórica sirve para el análisis de los cambios cuantitativos y de la frecuencia de aparición de los fenómenos homogéneos cualitativamente, pero, en un período de cambios cualitativos tan fundamentales como el alumbramiento de la civilización industrial éstos son muy contados.

El nivel de vida de la clase obrera naciente lo apreciaron con pesimismo Malthus y Engels, las encuestas del Parlamento

influenciado aún por los lores terratenientes, y los cartistas. Contrariamente a Hauser, quien confiaba mucho más en Balzac que en los estadistas, Ashton no tiene ninguna confianza en las opiniones de la época. Ve en ellas un «pesimismo innato», un «romanticismo anhistórico», la observación de una parte sólo de la clase obrera y hasta una «falta de conocimientos históricos» que impide ver a las gentes que se compadecen de la suerte penosa de los obreros, que los antepasados de esos obreros —los campesinos— vivían mucho peor.

Un experimento: comparemos unos libros como la encuesta de Engels sobre la clase obrera inglesa en el año 1845[83] o la francesa análoga sobre el período de la monarquía de Julio[84] con los análisis semejantes sobre la situación de la clase obrera en la India contemporánea.[85] He aquí la regularidad del período inicial de la industrialización en el sistema capitalista.[86]

Resumiendo: el método estadístico en las indagaciones sobre el nivel de vida y en particular sobre la situación de las masas trabajadoras elevó estas exploraciones, enriqueció nuestros conocimientos de los hechos, a los elementos que de otro modo hubieran sido inaprehensibles, incrementó las posibilidades de un control científico de las conclusiones y a menudo estrechó el campo de los problemas en litigio. Pero este método no nos ofrece una respuesta a todas las preguntas. Al igual que la actitud del hombre en la sociedad es un fenómeno complicado, multilateral, compuesto de muchos elementos inconmensurables, han de ser de diferentes los procedimientos para su análisis.

Pero las búsquedas históricas del consumo y del nivel de vida no deben limitarse a los métodos establecidos para el análisis de los presupuestos familiares. Esto no puede realizarse porque no siempre se encuentra el material necesario y porque el análisis presupuestario, tan valioso, no responde a todas las preguntas.

El concepto del «presupuesto doméstico» o «familiar» supone algún grado de regularidad. Pero ¿posee una métrica antigua y se manifiesta ésta acaso aún en todas las regiones del mundo?

«Por culpa de este vientre maldito —según Homero— los hombres han de padecer, pues él los manda a correr por el mundo, esquilmarse y sufrir, por él, zarpan hacia la mar inquieta, presurosas y compactas, las naves.»[87]

¿Cuánto tiempo no habrá vivido la humanidad con el miedo de que las cosechas se perdieran, el temor a no poder sobrevivir, a morirse de hambre? Y, ¿acaso ha desaparecido?

Las ceremonias rituales de las «fiestas de la cosecha» celebradas con alegría en muchos países, las danzas y los cantos que las acompañan, se conservan en esas naciones gracias al pietismo por las tradiciones de la cultura popular. En tiempos aún no tan lejanos, estas festividades significaban la explosión

impetuosa del gozo por haber sobrevivido, y lo recogieron los rituales que se conservan en la cultura popular.

«¿Presupuesto familiar?» «¿Costumbres en el consumo?» Antes de la cosecha y después de ésta, en otoño y en invierno, en la primavera y el verano son otras las cantidades y la calidad de los productos que se consumen. Al igual que en los comienzos de la industrialización, el obrero se alimenta de distinta manera en la primera mitad de la semana que en la segunda.

Pero no es éste el problema. En las sociedades primitivas la tribu se agrupa durante las temporadas de fácil consecución de la comida y se divide en pequeños grupos cuando la búsqueda del alimento se vuelve difícil.[88] La vida social se halla determinada temporalmente por ese mismo factor. ¿Desaparece este factor con la vida sedentaria? Ni mucho menos. Una de las cuestiones más importantes de la historia social: la movilidad humana, estaba determinada hasta hace poco tiempo por la temporada y la importancia de la cosecha. La busca del pan antes de la siega.[88a] Si la cosecha era mala se sale en busca del pan.[89] Ni las barreras más drásticas de la jurisdicción feudal pueden impedirlo, siendo derribadas y estableciéndose nuevos vínculos entre los hombres.

Las cantidades consumidas. La confirmación de las mismas parece cosa fácil en las actuales sociedades organizadas. Cuando la comida es una cosa trascendental, incierta, una preocupación, las cantidades consumidas suelen ser desiguales, no sólo en relación con las temporadas. El pedazo de carne escogido no sólo en tiempos de Homero sino en la actualidad sigue siendo bocado de rey o para el huésped insigne[90] en muchos pueblos. En tales sociedades, el comer, el atiborrarse, representa la manera de celebrar las jornadas y los períodos extraordinarios, la forma de ostentación de la riqueza, el método de subordinación del hombre por el hombre. Es en las sociedades pobres del pasado y del presente donde hay el mayor despilfarro en las mesas de las clases ricas. Y en las sociedades pobres donde comprobamos, entre las gentes más humildes, una gran diferencia entre las comilonas de los días de fiesta o las bodas y la comida de todos los días. Si en la Inglaterra actual, en las Navidades no se come bistec y sí pavo, la diferencia entre ambos platos tanto en el precio como en su valor nutritivo es insignificante.

En la India semihambrienta, las autoridades se afanan —con relativa eficacia— por moderar el fasto de los banquetes, de las bodas o de los funerales. En los dibujos de Norblin de los diferentes tipos sociales de la Polonia de la época de Estanislao,* los magnates son gordos y el pobre diablo, delgado. Los dioses de Homero suelen enaltenecer las gestas de sus favoritos más vigorosos.[91] En la Sagrada Escritura los patriarcas definen el

* Estanislao II Poniatowski, rey de Polonia de 1764 a 1795. (*N. del T.*)

estado venturoso y la gracia divina con las palabras: «que no le enflaquezcan los vestidos».[92] Sólo en los libros ulteriores aparece la metáfora de la miel, como única fuente de dulzura. En primer lugar se aprecia el comer opíparamente y sólo después los finos manjares.

Estas costumbres son asombrosamente duraderas. Incluso en la actualidad, en unas sociedades tan desarrolladas y tan elásticas, no es tan fácil introducir un nuevo artículo en el consumo masivo. Pero los cambios no dejan de producirse en un largo período, aun cuando no sean perceptibles para los hombres por la brevedad de su existencia. Se tiene la impresión de que el consumo de la carne, por ejemplo, ha disminuido desde la Edad Media hasta los comienzos del siglo XIX. El aumento de la producción agrícola ha alcanzado más fácilmente el aumento de la población que el incremento de la ganadería, el cual se ha visto frenado por la imposibilidad de alimentar al ganado en el invierno. Ambos fueron hasta cierto punto antagónicos hasta que se impuso la rotación de los cultivos, ya que se trataba de la forma de aprovechamiento de unas mismas tierras.

Así, el crecimiento de la población, que debe comer, provoca un aumento del consumo de los productos agrícolas; los precios de los cereales suben con mucha más rapidez que el de la carne y el de la leche y sus derivados.[93] Pero la primacía de la agricultura sobre la ganadería es un proceso que tiene repercusiones en el conjunto de la vida social.

Las bebidas. Hay la Europa del vino y la Europa de la cerveza, que tienen un riquísimo folklore. La cerveza se obtiene con los cereales, planta anual, mientras que el vino es obtenido con la vid que es una planta que dura largos años y que no necesita ser repuesta anualmente. En un año de mala cosecha es factible producir menos cerveza con la cebada y hacer sémola, mientras que la uva no tiene otra alternativa que el vino. El vinicultor se halla mucho más vinculado a las demás gentes que el productor de cereales. El encerrarse en su explotación —la cual se basta a sí misma desde el punto de vista del consumo— le es mucho más fácil al campesino productor de trigo (dominante en la «Europa de la cerveza») que al que cultiva la vid.

La aparición del aguardiente como artículo de consumo masivo data de la Europa del siglo XVI. ¡Ésta sí que fue una revolución y no sólo en la alimentación! La división de las clases se halla simbolizada por las bebidas: la nobleza bebe vino y los campesinos aguardiente.

Sobre la «revolución de la patata» ya se ha escrito mucho en la ciencia, pero no lo bastante como para comprender su importancia.[94]

Los condimentos. El aceite, la mantequilla, las grasas animales... ¡Cuántas diferencias en la organización social de la pro-

ducción y en las relaciones entre los hombres! El aceite ya se transportaba a través de los mares en la Antigüedad, y la mantequilla hasta hace poco tiempo no soportaba los largos transportes. La producción de este artículo es propicia a la producción «para sí mismo» y la del aceite lo es para la producción para el amplio mercado. La primera ofrece la alternativa de la carne y de la leche y es fácil de incrementar o de reducir mientras que la del aceite de oliva, «árbol multisecular», sólo puede aprovecharse de una sola manera. Además, últimamente, se adelantó la tesis tal vez acertada de que los hábitos de consumo, los cuales se caracterizan por una gran fuerza de inercia, conciernen en particular a ciertos condimentos, o sea que es más fácil introducir un nuevo plato que no la nueva grasa que lo ha de condimentar.[95]

Otros condimentos, aparte de las grasas. La sal,[96] considerada desde la Antigüedad como un producto imprescindible, la sal divisa internacional reguladora de los diferentes tipos de vinculación, la sal tan universalmente consumida que es objeto de imposición fiscal, ha sido también un privilegio: en Polonia los nobles tenían la gracia de escogerla y pagarla a precios reducidos mientras que la de los campesinos estaba gravada de impuestos. Este artículo, que se produce en muy pocos lugares, es uno de los primeros artículos indispensables en las compras realizadas por las economías cerradas,[97] cuya autarquía se halla vulnerada por la sal y por lo tanto representa un modo trascendental en el mecanismo de la división del trabajo y del progreso social.

También la pimienta es una divisa internacional. Como el oro, no se echa a perder y puede atesorarse,[98] habiendo sido la causa de cruentas guerras y de rapiñas,[99] ya que es el símbolo de la riqueza. Y tenemos también el azafrán del cual no sabemos por qué se consumen cantidades tan fantásticas.[100]

Las preferencias humanas en el consumo. Aquí entran todas las preferencias posibles y los criterios que mueven a las mismas, así como la estimación de las calorías que suponen los diferentes alimentos, temas todos ellos importantes para la investigación.

Por último están el consumo y la producción dialécticamente vinculados entre sí por una mutua dependencia. ¿Cuándo se manifiesta la inercia en los hábitos de consumo y cuándo lo hace en el sistema de producción? Es la pregunta. La producción de cada artículo crea unas relaciones determinadas y una interdependencia entre los hombres. La inercia suele ser mayor siempre y cuando las costumbres están guardadas por un grupo social que defiende sus privilegios. Cada nuevo alimento constituye una producción nueva y una producción entraña nuevos tipos de relaciones entre los hombres, es una lucha social de las relaciones existentes: los unos las atacan, los otros las defien-

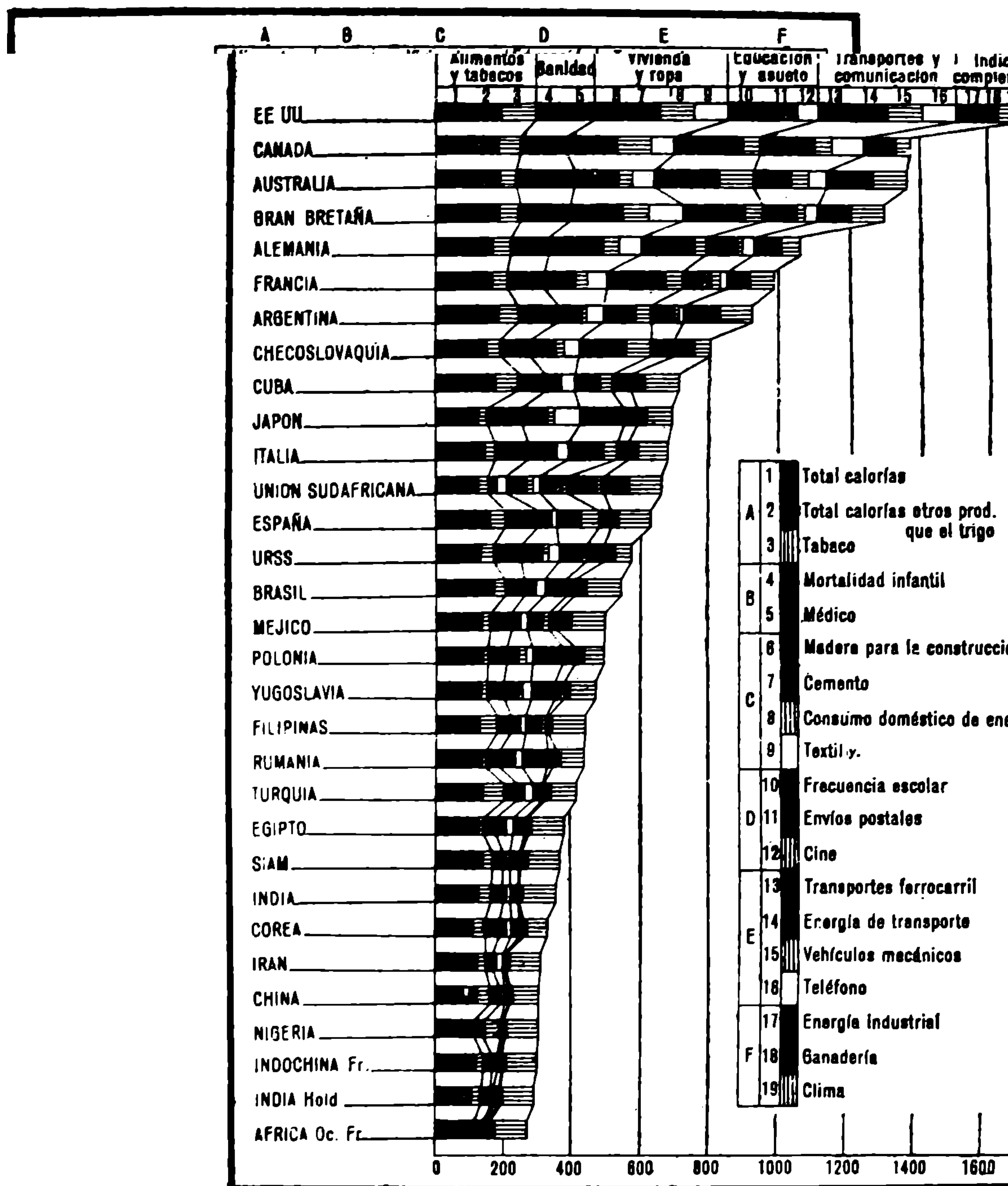
den. Y no se puede simplificar el problema con la palabra «tradicionalismo».

El sistema de consumo se halla ligado a todos los elementos de la vida social. Necesita ser analizado en su más amplio contexto y sobre la base de las fuentes documentales más diversas. No es posible abandonar la tarea cuando no existen presupuestos familiares o datos cuantitativos. Los ritos populares, los proverbios, las diversas metáforas, etc. todo ello es susceptible de abrirnos el camino hacia el examen de unos problemas humanos trascendentales.

ces
mento
ón
rgía
1800

ES

Levels,



ÍNDICE NO MONETARIO DEL NIVEL DE VIDA EN CIERTOS PAÍSE
EN LOS AÑOS 1934/38

FUENTE: BENNETT M. K., *International Disparities in Consumption* «American Economic Review», septiembre 1951.

VIII. Macroanálisis: Las investigaciones históricas sobre la renta nacional

ALGUNAS NOCIONES FUNDAMENTALES

Hace ya mucho tiempo que la idea de investigar la magnitud de la riqueza o de la renta nacional interesó a los científicos. Lo que los incitó a las búsquedas en este terreno fue el interés práctico y en primer lugar el interés de los Estados, que aspiraban a sentar las bases de su política fiscal.

La obra de Gregory King a finales del siglo XVII,[1] tuvo un carácter monumental y fue especialmente escrita con ese fin, como también el objetivo del mariscal de Vauban cuando poco después elaboraba su plan de reforma del tesoro francés.[2] Estos investigadores se interesaron por la situación de aquella época y no por la historia. Pero dichas obras constituyeron para los historiadores que les siguieron un verdadero tesoro de informaciones, inasequibles de otra manera.

El siglo XIX fue el escenario de numerosas tentativas del cálculo de la riqueza nacional. Sin embargo, es preciso comprobar que sus resultados fueron negativos. Abandonadas durante un largo período, estas indagaciones volvieron a renovarse en el último decenio, por lo cual siguen siendo causa de continua controversia.[3]

En cambio, el período de entre las dos guerras en el siglo XX y en particular los últimos años, han visto el renacimiento de las búsquedas de la renta nacional, siendo lo más curioso que tales exploraciones han sido realizadas en muchos casos por los mismos investigadores, conjuntamente con las búsquedas relativas a la así llamada contemporaneidad y las épocas históricas a veces bastante remotas.

Uno de los discípulos de Keynes, Colin Clark, en una obra sobre la renta nacional publicada en 1937, presenta un extenso y penetrante análisis de la renta nacional de Inglaterra a finales del siglo XVII basado en los datos de Gregory King.[4] El National Bureau of Economic Research de los EE UU ha acometido una serie de exploraciones de la renta nacional y de sus diversos componentes, tomando como punto de partida el año 1869, la misma fecha que Bowley para Inglaterra[5] y la «escuela sueca».[6] Desde entonces han aparecido muchos trabajos en diferentes países.

Estas investigaciones revisten una importancia trascendental, cuyo buen éxito depende:

a) de los métodos empleados,

b) de la abundancia y verosimilitud de las fuentes documentales. Los precursores irreemplazables como son King y Vauban, pueden constituir un campo infinito para la polémica de su interpretación, pero es el caso que sólo la utilización masiva de los datos facilitados por los institutos estadísticos nacionales de los Estados democrático-burgueses constituye las bases de un serio análisis de la evolución histórica de la renta nacional. El hecho de que el sistema estadístico de la antigua Suecia destacara a escala mundial por su elevado nivel ha permitido que las averiguaciones históricas sobre la renta nacional pudieran situarse en un nivel destacado.

Desde los primeros y sugestivos trabajos de Colin Clark hasta hoy, son ya numerosos los países que emprendieron la indagación de sus rentas nacionales, al menos desde la segunda mitad del siglo XIX.[7] También se ha tratado de explorar las épocas más remotas[8] y de efectuar sus comparaciones.[9]

A causa de la importancia de estas búsquedas, es imprescindible examinar aquí ciertos problemas de índole metodológica y sobre todo, contestar a la pregunta: ¿Qué nos han de dar y qué pueden darnos? Una de las condiciones para la correcta aplicación de los métodos estriba en sentar sus límites, con la preocupación de no defraudar las esperanzas que no pudieran colmarse dadas las posibilidades inherentes a estos métodos.

Durante largo tiempo, las búsquedas sobre la renta nacional no gozaron entre los teóricos de la economía de «buena fama».[10] No creían en la posibilidad de efectuarlas ni en la de sentar sus fundamentos teóricos. Los progresos de la ciencia han llevado al convencimiento de que tales posibilidades existen aunque con limitaciones esenciales, lo que, incluso en el presente, hay quien se resiste a creerlo, y F. von Hayek opina que ellas son ni más ni menos ¡que un camino hacia el totalitarismo! [11]

No se trata de que pretendamos afirmar que las críticas que se formarían acerca de la exactitud de los resultados obtenidos en el análisis de la renta nacional no sean justas. Al contrario. Muchas de las imputaciones —aparte de las del estilo de von Hayek— se hallan profundamente justificadas. Es verdad que «la economía es la investigación científica de la riqueza, la cual, a pesar de ello, no sabemos medirla».[12] Pero no puede esperarse a que los resultados de estas investigaciones tengan un grado de exactitud mayor que lo que los datos analizados pueden ofrecernos.

Como renta social denominamos todo el producto neto de una sociedad y en un período determinados. En esta definición las palabras «producción» y «neto» no son sinónimas. Examinemos este problema.

En el concepto de la producción, existe una diferencia entre la ciencia marxista y la no marxista consistente en que esta

última incluye en la producción todo cuanto concierne a la producción de los servicios mientras que la primera sólo lo hace en la misma la fracción de los así llamados servicios productivos. Sin entrar en la argumentación de ambas partes, sólo recalcaremos sus consecuencias. La mayor parte de lo que Colin Clark[13] denomina *la production terciaire* entra de esta manera en el cálculo de la renta nacional tal y como la concibe el marxismo. Pero por cuanto la producción de los servicios tiene cada vez más importancia, *a*) a medida que el tiempo va transcurriendo en relación con el progreso económico, y *b*) en la medida en que en un período determinado de tiempo pasamos de los países atrasados a los más desarrollados económicamente, es por lo cual resulta que con la aplicación del método marxista la escala de las diferencias de la magnitud absoluta de la renta social en el tiempo y en el espacio, será hasta cierto punto más reducida que con la aplicación de los métodos occidentales. Sin embargo, estas dificultades tienen gran importancia. La posibilidad de manipular el control —uno de los grandes valores del método estadístico— permite a los investigadores que utilizan los análisis relativos a la historia de la renta nacional contar con los materiales que en ellos se incluyen conforme a los principios metodológicos que consideran más justos, a condición de que los resultados de estos análisis hayan sido publicados con la adecuada particularidad.

Mayores son los obstáculos de las dudas del concepto de la producción neta. En teoría la producción neta significa la producción en bruto de la cual se sustrae la destinada al mantenimiento de la capacidad productiva existente, el cual se obtiene en la sociedad con la amortización de las instalaciones productivas cuyo valor debe ser sustraído al de la producción en bruto. Pero este mantenimiento puede entenderse de una forma más amplia en el caso de un supuesto más extenso, han de entrar igualmente en él la mayor parte de los salarios percibidos por la clase obrera así como la parte del consumo social de otras clases.[14] Sin embargo, como quiera que el reparto de la renta entre las clases y las capas sociales es una de las tareas fundamentales en estas búsquedas, no hay más remedio que contar el salario como una «renta» aun cuando en gran parte sólo sea la reproducción de la capacidad de producción. Por el contrario, el descontar de la renta nacional la amortización de las instalaciones permanentes se justifica bajo diversos aspectos, el no hacerlo llevaría a incrementar fantásticamente la renta en las sociedades que cuentan con potentes inversiones y a agrandar artificialmente la diferencia entre la renta social de los países adelantados y la de los atrasados o dentro de la misma sociedad, teniendo en cuenta el discurso del tiempo y el progreso económico. Las insuperables dificultades técnicas con las cuales se tropieza a veces en este cálculo, son otra cuestión.

El problema que acabamos de plantear no suele concernir a los investigadores de la renta nacional de las sociedades contemporáneas, los cuales aceptan incuestionablemente las fronteras estatales como base de separación del tema analizado. Al hacerlo obran justamente. En la actualidad, cada frontera estatal tiene gran importancia económica[15] al separar las diversas magnitudes globales. Cada cambio de las fronteras destruye unos lazos económicos y crea otros nuevos. Ahora bien, ¿cómo situarse frente a esta cuestión con relación al pasado?

Esto es complicadísimo. Ya nos hemos referido a él en relación con el problema de la naturaleza de las búsquedas de la historia económica y este problema es mucho más agudo en aquellos países que suelen utilizar una terminología diferente, hablando no de la «historia económica», sino de la «historia de la economía nacional». ¿Nacional? ¿Acaso tenemos que enfrentarnos siempre con una economía a escala nacional?

Es muy posible que los historiadores polacos sean particularmente sensibles al tener tantas veces que escribir la historia de cada uno de los Estados polacos —en muchas épocas multinacionales— o la historia del pueblo polaco, o la del territorio que hoy constituye el Estado polaco. Para los historiadores especializados en los temas económicos, la cuestión se presenta de una manera algo diferente: el saber si el territorio que entra a formar parte de este Estado del período investigado incluso en los momentos en que dicha demarcación estatal se identificaba bastante aproximadamente con el espacio nacional genuinamente polaco (por ejemplo, en el reinado de Mieszko I), constituía alguna totalidad económicamente diferenciada. También se trata de saber si las diferentes regiones se hallaban vinculadas económicamente de alguna manera. Pues el surgimiento de los lazos económicos, primero por encima de los marcos locales y luego de los regionales, es uno de los fenómenos históricos que se prestan al análisis, uno de los problemas capitales de la historia económica.

Es un anacronismo el referirse a la «economía nacional» en el curso histórico y que en su mayor parte no se trata de un proceso realmente nacional.

Esta no es la única dificultad teórica, aunque sea poco probable que tengamos que analizar la renta social en tiempos de Mieszko I; en cambio, no es posible descartar ciertas tentativas en relación con el siglo XVII —realizadas de un modo bastante ingenuo por Korzon— y ello a pesar de que en el siglo XVIII, los nexos económicos de los territorios que integraban el Estado polaco de entonces sean bastante dudosos y que —o acaso por esta razón misma— a que en aquel período empezaban a crearse los vínculos embrionarios interregionales.[16] ¿Cómo actuar en re-

lación con el siglo XIX, el período más importante por la documentación que nos brinda, aun cuando el Estado polaco no existía como tal?

No hay ninguna respuesta. La elección del tema a investigar depende del objetivo. Si el objetivo de las búsquedas es el conocimiento del potencial económico de un Estado en relación con los Estados limítrofes, el criterio de las fronteras políticas estará plenamente fundamentado. Durante la época que siguió a los desmembramientos de Polonia nos pueden interesar tanto las regiones como el conjunto de varias regiones y hasta algún territorio interregional siempre y cuando lleguemos a la conclusión de que esta demarcación constituía económicamente una unidad aparte. La diferenciación de los temas de análisis debe realizarse conscientemente en consideración al objetivo de las búsquedas el cual, habiendo sido adoptado como una hipótesis de trabajo, requiere ser refrendado después por las investigaciones que habrán de demostrar si existió realmente esta diferenciación con respecto a un territorio determinado.

¿CUAL ES LA REALIDAD SOCIAL QUE APREHENDEMOS EN LAS INVESTIGACIONES SOBRE LA RENTA NACIONAL?

La exploración de la renta nacional nos permite analizar la magnitud de la producción de los bienes junto con cierta esfera de la producción de los servicios. Pero, si queremos conocer esta magnitud, debemos obtener una suma global con la añadidura de los diferentes productos. Para adicionar estas magnitudes, hemos de reducirlas a un denominador común que no puede ser ni su peso, ni su volumen, ni su longitud, ni el número de unidades sino sólo su valor económico, conocido por mediación de una aproximación tan imperfecta como es el precio. Pero se plantean una serie de dificultades. Aclaremos este punto con un ejemplo:

Si en el año I se han producido 1.000 unidades de trigo y 500 unidades de textil, y en el año I + 1, 1.200 unidades de trigo y 400 de textil, y si los precios sin variación fueron de 10 para cada unidad de trigo y de 20 para cada unidad textil, el valor de la renta nacional no ha sufrido ningún cambio en el curso de ese año. Pero fueron de 8 y de 30, y en ese caso este último valor ha disminuido en el 9,4%. Si, por el contrario, los precios fueron correlativamente de 12 y 15, la renta social aumentó en un 11,5%.[17] Se puede preguntar cómo anduvieron las cosas en ese período y cuáles fueron los cambios reales en la renta.

Pero este método no es válido. En los problemas de la comparación de la renta nacional en el tiempo y en el espacio, hemos de seguir adelante. Aquí sólo llamamos la atención sobre cuál

es la realidad social que aprehendemos al tomar como una categoría cuantitativamente compuesta de una serie de componentes la renta social de una sociedad y en un período de tiempo determinados. Pero como no conocemos su magnitud absoluta, no es posible adicionar en ella los sacos de trigo y las piezas de género textil. Conocemos el valor de esa producción de acuerdo con los criterios antiguos de su valor, pero esos criterios valorativos se diferencian enormemente de los nuestros. Sin embargo, en teoría (omitiendo las dificultades técnicas del cambio del surtido y la calidad de la producción en un largo período de tiempo) también pudiéramos calcular muy bien el valor de la producción en el período analizado con arreglo a nuestros criterios valorativos, obteniendo así un conocimiento sobre algo distinto pero interesante.

El conocimiento de la magnitud de la producción en un período determinado sobre la base de los criterios del valor de la época, es algo así como una ecuación con dos incógnitas. Por eso, lo que con ese tipo de investigaciones llegamos a conocer, no es la dimensión absoluta de la renta social, sino las proporciones de sus componentes que integran la renta nacional (en caso de la veracidad de los materiales y de la corrección de los métodos) y que nos revela de una forma francamente objetiva no la magnitud de la producción agrícola e industrial, por ejemplo, sino su estructura proporcional en la creación de la renta social y más claramente, y a la inversa, cuáles fueron —con los criterios valorativos de la época— las contribuciones que en la creación de la renta nacional se asignaron por una parte a la agricultura y por la otra a la industria. De esta manera, nos enteramos más de su estructura que de su magnitud.[18]

¿Acaso esto no contradice la tesis enunciada acerca de la igualdad de derechos de la problemática sobre la magnitud y de la del reparto de la renta social? No. Nos referimos sólo a las limitaciones cognoscitivas de un método determinado. Esto no excluye otras posibilidades de aproximación al conocimiento de la magnitud de la renta social e incluso, con todas las restricciones, a servirse de ese método para ese objetivo.

LA COMPARACIÓN DE LAS RENTAS NACIONALES EN EL TIEMPO Y EN EL ESPACIO

El problema de la comparabilidad de la renta nacional en el tiempo y en el espacio ha apasionado desde hace mucho tiempo a los economistas y a los estadísticos. La resolución la exigía de ellos la vida política que necesitaba una documentación para apreciar la actividad económica de los gobiernos y de los sistemas siendo satisfechas estas necesidades y más de una vez

por unos medios semicientíficos e incluso sin relación alguna con la ciencia. Pero el interés despertado de esta manera fermentó en los medios científicos llevando a la cristalización de las diversas actitudes. Numerosos economistas adoptan una postura escéptica,[19] aunque en la práctica es muy considerable el número de oficinas estadísticas que realizan esta clase de cálculos.[20] ¿Qué opinar?

Volvamos al ejemplo citado de la producción del trigo y del textil. Allí suponíamos que los precios entre el año I y el año I + 1 no habían sufrido ningún cambio pero en realidad sufren un cambio más o menos importante y lo peor es que suelen cambiar de un modo no proporcional y a veces incluso en un sentido opuesto. No vamos a emprender aquí ese cálculo ya que cada lector puede hacerlo y convencerse de que partiendo del supuesto según el cual los precios del trigo y del textil no aumentaron equivalentemente en el curso del año analizado y no disminuyeron en una misma proporción, que un precio aumentó y el otro bajó una y otra vez en sumo grado, obtenemos un cuadro enteramente diferente de los cambios de la magnitud de la renta social.

Es decir: es imposible medir los cambios de magnitud del fenómeno analizado (en determinados casos, la renta nacional) con una medida que cambia ella misma (los precios), ya que ésta debe ser constante, debiéndose eliminar su variabilidad. Por ejemplo, podemos analizar los cambios de la renta nacional entre el año I y el año I+1 calculando dicha renta en cada uno de esos años bien con los precios del año I, bien con los del año I + 1. En teoría todos son justos. Pero en ese caso nos encontramos con la repetición de la situación del ejemplo primero en el cual partíamos del supuesto de la constancia de los precios. Así, tomando como base los precios del año I, el resultado no será el mismo que haciéndolo con la del año I + 1. Aclaremos el problema con un ejemplo:

Si la renta nacional *per capita* en dos Estados —o en dos períodos de un mismo Estado— se halla representada por dos artículos: el trigo y el textil (símbolo de los artículos agrícolas e industriales). En el país A (atrasado) la renta *per capita* es de:

100 celemines de trigo
50 metros de tejido

En el país B (desarrollado) la renta *per capita* es de:

200 celemines de trigo
500 metros de tejido

Los precios son:

en el país A — 1 celemín de trigo = 10 dracmas (d)
1 metro de tejido = 20 »

en el país B — 1 celemín de trigo = 3 dólares ($)
1 metro de tejido = 3 »

El cambio es de 5 dracmas = 1 dólar.

Suponiendo ahora que la renta *per capita* en ambas naciones la comparemos según los precios en vigor en la nación A (atrasada), obtenemos:

en el país A — 1.000 + 1.000 = 2.000 d
en el país B — 2.000 + 10.000 = 12.000 d

Si establecemos la comparación con los precios de la nación B (desarrollada), obtenemos:

en el país A — 300 + 150 = 450 $
en el país B — 600 + 1.500 = 2.100 $

Según el primer método la renta *per capita* en el país desarrollado es 6 veces mayor que en la nación atrasada, en cambio con el segundo método sólo lo es 4,7 veces.

Se considera que el intercambio internacional de los bienes conduce a una cierta uniformidad en el sistema de los precios relativos entre las naciones. Aun siendo así esto se referiría sólo a los bienes «transportables»,[21] mientras que, de modo particular en los países atrasados, existen muchos bienes que no entran en los intercambios internacionales o que participan de ellos en cantidades tan insignificantes que no pueden influ sobre el nivel de los precios nacionales. En segundo lugar, la prácticas monopolistas y el control gubernamental del comerci internacional frenan la unificación de los precios incluso en lo bienes intercambiables. Y en tercer lugar, las diferencias en rendimiento (los costes de construcción de una casa en los pa ses atrasados suelen ser más elevados a pesar de la mano d obra más barata, en razón de su pequeña productividad).

En definitiva, el cálculo de la renta nacional de una nació determinada habría de variar según se efectuara en dólares con la divisa nacional.[22] Esto lo admiten incluso tales optimista de la comparabilidad como M. Gilbert e I. B. Kravis.[23] El cuadr elaborado por ellos sobre la renta nacional en bruto *per capit* en Inglaterra, Francia, la República Federal Alemana e Italia e el año 1950, según los precios en los EE UU y la media de lo que están en vigor en la Europa occidental, presenta unas dife rencias asombrosas, pero sólo en apariencia, ya que el detenid análisis del mismo deja aparecer una regularidad en los cam bios: *a*) todas las posiciones calculadas según los precios eur

peos son bajas, *b*) estas posiciones son tanto más bajas cuanto el país determinado se halla menos desarrollado económicamente. Tan pronto como comprendamos por qué y cuáles son las desviaciones resultantes de un método dado, éstas dejan de ser peligrosas.

La desviación comprobada ha de sujetarse en cuanto a su sentido, por regla general a la que obtuvimos en nuestro ejemplo hipotético. Así la norma es que en el país adelantado la renta *per capita* sea substancialmente más elevada en los artículos industriales que en los agrícolas. También es una regla que en la estructura de los precios del país adelantado, predomine relativamente —en comparación con el país atrasado— la carestía de los artículos de consumo y el bajo precio de los productos industriales, lo que tomamos como principio y fue la causa de su desviación. Es decir: si para comparar la renta nacional (global o *per capita*) entre un país desarrollado y un país atrasado —o bien entre dos períodos cronológicos de una nación determinada— partimos de la estructura de los precios del país atrasado —o bien, del período más remoto cronológicamente— obtenemos un cuadro en el cual la diferencia de las referidas magnitudes se agigantan mientras que en el caso contrario, se restringen. Las dos magnitudes obtenidas (en nuestro caso los índices 6 y 4,7) se debe considerarlas como los límites en los cuales se encierran las dimensiones buscadas.

Pero en el sentido de la exageración de los resultados actúan otros factores (por ejemplo, el de que es menos aprehensible la renta nacional cuanto más atrasada sea la estructura económica que nos ocupa en razón de la estrechez de la esfera económica de la producción mercantil y del mercado, la mayor significación de las actividades de producción realizadas en la economía doméstica, la peor calidad de la documentación estadística, etc.), es factible partir del principio que la magnitud buscada al situarse entre las dos obtenidas (6 y 4,7), ha de aproximarse a la más baja.

La consecución práctica del cálculo de la magnitud de la renta nacional —global o *per capita*— según los precios que rigen en ella o la estimación de la renta social en un país determinado en dos de sus períodos cronológicos de acuerdo con los precios que prevalecían en uno de los dos —en teoría ambas tareas constituyen un problema idéntico— representan grandes dificultades y peligros.

Cada civilización, en los límites del tiempo y del espacio, se diferencia de las demás en muchísimos aspectos, que son la causa del surgimiento de una escala de valores diferente, y de los valores económicos. El «tomar como ejemplo» los valores de una escala para una segunda origina grandes dificultades y es limitado.[24] Por ejemplo: en el curso del tiempo aparecen nuevos artículos; la estimación de la producción polaca actual aunque

no fuera más que con los precios del año 1938 no sería factible ya que habría que valorar los televisores, la penicilina, las instalaciones de radar o los automóviles populares. Pero no sólo aparecen los nuevos artículos, sino que desaparecen los viejos; al valuar la producción de la Polonia de la época de Estanislao no habría manera de estimar el valor de una serie de artículos con los precios actuales ya que hoy éstos sólo forman parte del comercio de los anticuarios o de los museos. La vida económica de la Polonia de después de la Segunda Guerra Mundial presenta a cada paso —por razones propagandísticas, científicas o políticas— la necesidad de efectuar comparaciones tomando el año 1938 como punto de referencia, lo que ha obligado a realizar una serie de pruebas. La tarea estuvo dificultada por las profundas transformaciones no sólo sociales y económicas sino también científicas que se han operado en tan corto espacio de tiempo (descubrimiento de la penicilina, del radar, la televisión, etc.) y porque en la posguerra se han producido tantos cambios en los precios, así en su aumento como en resumen de la política económica arbitraria. El camino para solucionar todas esas dificultades debía ser el así llamado «Catálogo de los precios invariables». Quienes conocen este documento, confiesan cuántas arbitrariedades requirió la elaboración del mismo, con lo que la estructura de los precios contenida en él no responde (y no podía hacerlo) a la realidad histórica de ningún período.

Así, estamos viendo que una simple manipulación teórica se revela infinitamente complicada al aplicarse a unos fenómenos históricos tan variables y a una riqueza civilizadora tan heterogénea.

En el trabajo citado, Conrado Gini adopta una actitud extremadamente pesimista sobre las posibilidades de efectuar las comparaciones de las rentas nacionales en la escala del tiempo y del espacio. He aquí una serie de tendencias que destacan en su razonamiento: 1. Gini recalca que la felicidad humana depende de muchos factores no económicos y no mensurables. Pero el análisis de la renta nacional no es el examen de la felicidad humana sino la investigación de la magnitud de la producción y del consumo sociales. Ni más ni menos. Un problema muy distinto es el de que la mejor satisfacción de las necesidades materiales humanas tiene una enorme importancia para todos los elementos que contribuyen a la existencia del hombre en la sociedad, lo que Gini se empeña en no tener en cuenta, tratando de probar que los pueblos indigentes pueden ser felices mientras que las naciones ricas no tienen garantizada la felicidad con su riqueza.

Aunque todo esto no tenga relación con el problema sirve sólo para subrayar la clara tendencia ideológica y hasta política de Gini. 2. En una serie de ejemplos —a veces fundamentados— este autor afirma que en la práctica las investigaciones de la

renta social aminoran dicha renta en los países atrasados en relación con los antiguos períodos de tiempo y que por ende agrandan el cuadro del progreso económico en el tiempo y el cuadro de la disparidad existente entre el nivel de los países adelantados y atrasados, lo que prueba que en los países atrasados «las cosas no andan tan mal como pudiera parecer».

El concepto de Gini, basado en el razonamiento peculiar de la felicidad, si se aplicase a la ciencia económica haría insolubles sus problemas. Esto socava sus valores científicos, con independencia de la clara tendencia ideológica de tal concepción, que en el fondo no hace sino justificar a los colonialistas y trata de petrificar las desigualdades existentes en el nivel económico internacional.

En el año 1953, la UNESCO organizó en Santa Margherita, Italia, una conferencia de economistas consagrada a los factores del desarrollo económico, en la cual Gini presentó una ponencia relativa a la diferente concepción que sobre el progreso económico tienen los pueblos de Oriente y de Occidente. Con esta intervención, Gini trataba de probar nuevamente que los pueblos orientales tienen otros ideales y aspiraciones desconocidos en las investigaciones comparativas de las rentas nacionales. Dichos pueblos tienen unas rentas sociales *per capita* inferiores a las de los países occidentales, pero poseen otros valores ignorados en estas naciones. De manera que no tienen por qué sacrificarse para conseguir los valores del tipo occidental. En resumen: los pueblos de Oriente no deben tender a aumentar su renta *per capita* y no han de aspirar a la industrialización necesaria para conseguir tal objetivo.

Es muy interesante que cuando el representante occidental hubo proclamado esa tesis, los economistas de la India (C. N. Vakil, de la Universidad de Bombay) demostraron que, por el contrario, las concepciones fundamentales de Oriente al progreso económico, son las mismas que las que prevalecen en Occidente y que por lo tanto existen entre las dos culturas una comparabilidad de las conquistas en este terreno.[25] De la misma manera, otro economista de la India, V. K. R. V. Rao, polemizando con las ideas de Gini y otros afirma: «opino que las diferencias en las actitudes han sido exageradas por los defensores de esa tesis; aun cuando tales diferencias existen, no son un rasgo estático de los cambios del pueblo hindú sino que son el resultado de su falta de instrucción y de la carencia de posibilidades. Hay en la India grupos sociales cuyas necesidades son idénticas a las de los Estados Unidos. El resto de los hindúes no manifiesta tales necesidades ya que... son demasiado pobres.»[26] El escepticismo de Gini con respecto a la posibilidad de comparar las rentas naciones en el tiempo y en el espacio, de una incredulidad servicial para la política colonialista y que tiende a petrificar las desproporciones económicas existentes en el

mundo, no basta para socavar su fundamentación científica, pero sí para suscitar el recelo.

Pero, entre los escépticos también nos encontramos con voces serias como las de Frankel y Barna,[27] que muestran las dificultades reales y el carácter limitado de los métodos. Estos dos autores, que se ocupan de las comparaciones de las rentas nacionales de los países desarrollados y atrasados, efectúan comparaciones entre dos tipos de civilización: la industrial comercializada en sumo grado y la preindustrial. Así, sus razonamientos pueden aplicarse también a las comparaciones en el tiempo.[28] Barna se opone a los optimistas que ven la fuente de las principales dificultades de las comparaciones internacionales en la falta de uniformidad de los métodos aplicados en los distintos países y que aspiran a solventar esas dificultades con la elaboración de unos procedimientos *standard*.[29] La falta de uniformidad de éstos, según Barna, es el reflejo de la heterogeneidad del sistema económico, de los objetivos distintos y de las tareas diferentes de los investigadores. Los métodos uniformes conducen a una comparabilidad puramente formal, y que según él, deforman la realidad investigada. Si la definición de la productividad hecha por Smith excluye los servicios de la renta nacional, esto es lógico puesto que Smith al analizar el desarrollo de la sociedad capitalista de su época, excluyó todos los sectores aún no organizados con un criterio capitalista —al menos para aquellos tiempos.[30] Muchas veces se integran en el concepto de la renta nacional aquellos factores a cuya maximalización tiende una sociedad determinada.[31] La exclusión del análisis productivo del trabajo de la esposa en la economía doméstica es la resultante no sólo de las dificultades técnicas sino también una manifestación de que los factores políticos no están interesados en el reparto de la renta familiar entre los miembros de la familia. Sin embargo, en el siglo XVII, en que la servidumbre doméstica formaba parte de la familia, Gregory King incluyó las rentas de los servidores.[32] «Todo lo que se incluye y se excluye de la renta nacional no es arbitrario en absoluto, sino que se halla condicionado por la estructura económica y el modelo de la sociedad que cambian enormemente en el tiempo y en el espacio. Así, todas las estadísticas excluyen las rentas ilegales, pero lo que es legal e ilegal suele cambiar según los países y el tiempo.»[33]

Tampoco se puede aceptar sin pruebas —según Barna— que la significación económica de una posición que lleva el mismo nombre sea idéntica en todos los países. Más aún: ciertas técnicas se basan en unos principios teóricos inaplicables a la sociedad preindustrial como es la identificación keynesiana de las inversiones procedentes de los ahorros, con una tendencia al consumo o a las inversiones, como dato y constante.[34] Ya que todas estas dificultades se hallan vinculadas al cambio de las fases del desarrollo económico, aparecen tanto en las compara-

ciones en el espacio como en las comparaciones en el tiempo.

Las búsquedas comparativas sobre la renta nacional en el tiempo, en especial a los largos períodos, sólo tienen sentido como análisis de los cambios estructurales que resulta imposible demostrar con la variabilidad de una sola magnitud,[35] la renta nacional global o la renta nacional *per capita*, etc. «La sociedad progresiva, conceptuada clásicamente... no se deja reducir a ningún esquema cuantitativo, ni siquiera al más refinado... Todo lo que crece cambia al crecer. Durante largo tiempo, ya no es esa misma realidad la que crece.»[36] «La historia razonada no busca su sentido en el análisis cuantitativo, la verdad está en la comprobación inversa.»[37]

El análisis de la renta nacional en un largo período de tiempo, hasta la fecha no tan frecuente, no parece prestarse a refrendar ninguno de los numerosos y simples modelos cuantitativos de la ciencia occidental y los cuales operan con un número reducido de cifras globales variables. Se formulan hipótesis según las cuales dichos modelos tienen una aplicación muy limitada en las indagaciones a largo plazo.

«El análisis de la economía nacional no se consigue con echarlo todo en un mismo saco ni con presentar juntos los diferentes datos.»[38] La tarea consiste en la vinculación teórica de los elementos y componentes que, en cada época, se hallan ligados de otra manera. Para ello se precisa extraer de los materiales —y no sólo de los cuantitativos— conclusiones empíricas sobre la periodificación, y en segundo lugar nuevos métodos de investigación de la interdependencia de los diferentes sectores en la economía. Es posible que este instrumento nos lo dé el análisis *input-output* aún no aplicado al material histórico.

La exploración de la renta nacional es un instrumento de trabajo inestimable para el historiador económico. La comparación de sus resultados en el tiempo y en el espacio se efectúa y debe efectuarse aun cuando los datos existentes son relativamente más completos: a) con respecto a los países desarrollados que en lo que concierne a los atrasados, y b) en relación con los períodos más recientes que para los más remotos —lo cual no hace sino agigantar la disparidad de los resultados.[39]

Pero éste no es ni mucho menos un método autónomo. Los resultados obtenidos con dicho procedimiento y en especial la comparación de ellos mismos deben ser completados con otras informaciones.[40] No se debe esperar demasiado de ellos.

Como cada técnica indagadora tiene sus límites, hemos de aproximarnos al conocimiento de la realidad utilizando las diferentes técnicas y abordándola por sus diferentes facetas.

LAS DIFICULTADES DEL ANALISIS HISTÓRICO DE LA RENTA NACIONAL

Ya hemos señalado que una serie de exploraciones históricas en la renta nacional toman como punto de partida el año 1860. De esta manera disponemos de un material básico del último siglo.

¿Es posible remontarse más en el pasado y cuáles serán sus dificultades?

Colin Clark efectuó ya una estimación de la renta nacional en la Inglaterra de los años 1699 y 1834. Este autor reconoce que la comparación de las rentas de unas sociedades muy distantes entre sí en el tiempo o en el espacio (Gran Bretaña y la India, en los siglos XX y XVII) es poco elocuente, pero sin embargo se pronuncia en favor de tales indagaciones,[41] y él mismo las acomete con audacia. En su obra sobre la economía mundial, Landau calcula la renta nacional de todos los países del orbe en el año 1929,[42] a pesar de que en aquella época las diferencias existentes en el nivel de desarrollo económico de los distintos países eran mayores que las que se aprecian en la historia de un solo país en el espacio de uno o varios siglos.

Las principales dificultades que suelen presentarse pueden concebirse con arreglo a los grupos siguientes:

1. *Los cambios en la esfera de la producción mercantil*

En el curso de los siglos aumenta el papel relativo y absoluto de las necesidades satisfechas por el hombre a través del mercado. Pero como los fenómenos mercantiles nos facilitan los instrumentos imprescindibles para aprehender las magnitudes analizadas, la investigación de un período en el cual aquellos tienen una importancia insignificante ha de tropezar con numerosos riesgos. Ya hemos hablado de estos problemas al referirnos a los métodos de indagación de la historia de las empresas feudales, en cuya época el mercado es en principio: *a*) imperfecto, *b*) estrecho, *c*) que influye débilmente sobre los fenómenos extramercantiles. Así, se repiten las mismas dificultades que en el análisis de la empresa feudal o de la economía doméstica en tiempos del feudalismo: el único «denominador común» sólo lo puede facilitar el precio en el mercado, el cual cuanto más nos remontemos en el pasado ha de ser menos auténtico con respecto a una gran parte de la producción y del consumo.

Como quiera que conjuntamente al desarrollo económico se produce la dispersión paulatina de los elementos naturales de la economía doméstica y el incremento de la esfera mercantil, de ahí que el aumento de la producción o del consumo, obtenido en las estimaciones, sea exageradísimo.[43]

2. *El problema de los servicios*

Sin entrar en el análisis teórico de la conveniencia o no de incluir la totalidad de los servicios en el cálculo de la renta nacional, se puede afirmar que el progreso económico se expresa entre otras cosas por el crecimiento constante del papel de la «producción» de los servicios con respecto a la satisfacción de las necesidades sociales. Incluso admitiendo el principio marxista del carácter improductivo de la mayoría de los servicios, éstos siguen siendo un componente de la magnitud de la renta social, al menos un elemento suyo cada vez más importante con el paso del tiempo en su reparto.

Así, suponiendo que el valor de los servicios en la esfera educacional no se incluya en la magnitud de la renta social, en todo caso no deja de ser uno de los capítulos del consumo de la misma. De manera que es preciso conocer sus dimensiones para el análisis de la renta social. Pero si el aprehender dicha dimensión es dificilísimo incluso en las sociedades avanzadas cuánto más lo será en las sociedades antiguas, en particular ya que estos servicios no pasan por el mercado (servicios prestados en el seno de la economía doméstica) y son prácticamente inaprehensibles. Pero el tener en cuenta sólo los servicios conseguidos a través del mercado —tal y como lo suelen hacer los actuales institutos de investigación— justifica la paradoja de Pigou, según el cual el hombre que se casa con su cocinera merma la renta nacional.

3. *La variabilidad de la producción en pequeña escala*

La magnitud de la pequeña producción (artesanía, pequeñas explotaciones agrícolas, etc.) es una de las más difíciles de apreciar en los exámenes actuales,[44] y no hablemos del análisis de las épocas anteriores. Y para colmo de la desgracia, cuanto más nos remontemos en el pasado o pasemos de un país más desarrollado económicamente a un país menos desarrollado, el papel de esta forma de producción aumenta, a veces mucho.[45]

En este caso resulta posible efectuar las más diversas aproximaciones, como el de la producción artesana del Medievo fundamentalmente uniforme desde el punto de vista técnico y a través de las dimensiones del taller y el número de los empleados, los cuales se hallaban sujetos a una severa reglamentación o los cambios en la cantidad de los talleres que suelen aproximarse al índice de los cambios de la dimensión física de la producción en un período determinado.

4. *La falta de uniformidad de los precios del mercado*

La unificación de los precios de los mercados es algo típico sólo para el período de configuración del mercado nacional. Con respecto a los períodos anteriores, nos encontramos con el de un solo Estado con una serie de precios diferentes, sobre todo en relación con las diversas regiones. Las diferencias regionales existen también en el sistema capitalista, pero estas diferencias dependen de la relación común existente por ejemplo en el aumento gradual de los precios en el espacio entre la región productora y la región consumidora de una mercancía determinada. Estas diferencias en la época feudal son por el contrario el reflejo de la autonomía de la vida económica de las distintas provincias, lo que suele causar una oscilación en diversas direcciones.[46] Además de las diferencias regionales bajo el feudalismo, se observan otras de los precios del mercado, incluso del carácter social ligadas a la posición social del productor o del consumidor (la diversidad de coste de un mismo producto según sea producido por el artesano corporativo o el chapucero, el burgués, el campesino o el judío, etc...). Cabría determinar este fenómeno no tanto como una «diferencia de los precios en el mercado», sino como la ausencia de un mercado homogéneo y su existencia al margen del mismo —y esto no significa que independiente del mismo— de varios mercados. Así, ¿cuál de los precios elegir para el cálculo de la renta nacional?

5. *El gran papel de los elementos de transacción extramonetarios y hasta extraeconómicos*

Una misma avena puede ser vendida por un mismo productor a un precio diferente al magistrado que tiene en sus manos el control del mercado, al convento como «compensación espiritual», al artesano en el mercado o al campesino antes de la siega. Un mismo comprador, por ejemplo un magnate, puede pagar por un producto o un servicio determinado, un precio superior al del mercado, para expresar su liberalidad, y pagar un precio inferior por ese mismo producto o servicio, aprovechando su poderío o en compensación de la protección que brinda al productor. El carácter sociológico complejo y multilateral del acto de compra y venta aparece aquí con toda su fuerza.

6. *La supremacía de la producción agrícola en la renta nacional y la falta de un mercado nacional, provocan:*

a) el hecho de que en un corto período, el volumen físico de la renta depende de la importancia de la cosecha,

b) el rendimiento de la cosecha puede ser muy diferente en las diversas regiones del país, faltando por lo tanto un mecanismo compensador,

c) la existencia de una falta de uniformidad en los precios del mercado.

7. *La carencia de estandardización de los artículos*

La gran industria fomenta la producción masiva sobre la base de una amplia estandardización de los artículos. Sin apariencia, en el feudalismo el conseguir una producción *standard* constituye la gran preocupación de la organización corporativa. Pero esta estandardización no concierne a muchos elementos del producto como su acabado y su ornamentación. Los contactos personales entre el productor y el comprador, la producción realizada por encargos personales, la elaboración individual de cada producto, todo ello infiere grandes diferencias en la calidad de los artículos que pasan por el mercado. Basta para convencerse de ello con contemplar los artículos artesanos que se conservan en los museos. La calidad heterogénea de los productos coexistentes en el mercado aumenta a través de su importación de los otros países.

A todas estas dificultades se añaden una serie de otras, a veces menos importantes, así como también las técnicas, muy considerables —difícil consecución de los correspondientes datos documentales y su correcta interpretación— que deciden concretamente en no pocas ocasiones del alcance de las indagaciones emprendidas y de la necesidad de adoptar tales métodos o principios según los casos.

Bajo ciertos aspectos, la comparación de dos momentos cronológicos en la historia de un país determinado es más fácil y segura que la comparación internacional. En ese caso, quedan excluidos los enormes impedimentos de las diferencias de la naturaleza y del clima. Las necesidades de la comida, la ropa y la vivienda son universales, pero también son variables tanto la cantidad como la calidad de los bienes que han de satisfacerlas. El clima decide de estas medidas en la alimentación indispensable, el carácter de la vestimenta o de la vivienda. Dos países pueden tener un grado idéntico de satisfacción de las necesidades a través de diferentes cantidades consumidas.[47] Las investigaciones de los presupuestos familiares en los EE UU han puesto en evidencia una influencia decisiva del clima en cuanto a su estructura;[48] lo que es comprensible en los análisis que se sujetan al marco de una sola civilización, se manifiesta con mucha más fuerza a escala mundial. La falta de uniformidad en el clima provoca también la heterogeneidad de un gran número de productos fundamentales y un cambio en la relación de

los precios. En Inglaterra el arroz es más caro que el trigo mientras que en la India es lo contrario.

Sin embargo, estas dificultades surgen en una escala reducida en las comparaciones cronológicas a largo plazo. Es difícil reducir a un mismo coeficiente la patata y el alforjón. Se puede suponer asimismo, que incluso las necesidades fisiológicas humanas cambian en el curso del tiempo y que la dieta suficiente hace cincuenta años es posible que hoy no bastase en cuanto a su cantidad y composición.

LA SIGNIFICACIÓN HISTÓRICA DE LAS INVESTIGACIONES SOBRE LA RENTA NACIONAL

Con independencia de estas considerables dificultades en relación con el análisis de la renta nacional en general y de las investigaciones históricas de esta clase en particular, independientemente de los impedimentos enfrentados en el conocimiento de la magnitud global de esta renta y por encima de las dificultades teóricas y técnicas con que se tropieza en las comparaciones a escala del tiempo y del espacio, las búsquedas históricas de la renta nacional que tanto han progresado en el último decenio, constituyen un acontecimiento trascendental en los anales de la historia económica como ciencia.

Por encima de todos los impedimentos a los que hemos aludido, puede observarse con un gran acierto toda una serie de regularidades que se manifiestan en el análisis de la renta nacional —siempre y cuando se disponga de unas buenas fuentes documentales. En primer lugar, nos referimos a las proporciones.

La magnitud de la renta puede resultar por varios motivos inaprehensible en general o cuando menos incomparable con la importancia correspondiente a otra época. Pero la estructura de la renta nacional y la participación en ella de los diferentes componentes pueden ser fácilmente aprehendidos y comparados en sumo grado. Dichas proporciones tienen para nosotros una enorme importancia cognoscitiva,[49] pues pueden constituir el termómetro que nos permite medir —en forma aproximativa— los cambios acontecidos.

En segundo lugar, al no poder establecer los datos óptimos, incluso los fragmentarios tienen un valor más elevado, en cuanto los consigamos con la idea del objetivo final e incluso cuando en ese momento no hayamos logrado aún dicho objetivo. Pues no hay que excluir que el desarrollo ulterior de la ciencia, el nuevo descubrimiento de las fuentes y los nuevos procedimientos de análisis nos permitan alcanzar el objetivo que nosotros no estamos en condiciones de alcanzar. Los datos fragmentarios,

por encima de su valor, son trascendentales ya que a través de ellos es posible aproximarse al objetivo deseado y también porque en sí no dejan de ser explícitos cuando se sabe con qué fin han sido escogidos y a qué fin han de tender.

Por último, incluso cuando no hay ninguna posibilidad de hallar un concepto cifrado, el propio razonamiento con las categorías cuantitativas y con las de la renta social permite más de una vez profundizar en los resultados. Al referirnos al razonamiento con las categorías cuantitativas y con las categoría de la renta nacional, nos referimos al análisis de los factores de la vida económica, cuantitativamente inaprehensibles pero que conocemos como el principio de su dinámica: si crecen o disminuyen, si son frecuentes o raros, si encarecen o son más baratos y todos los cuales influyen de un modo o de otro en la renta social, pujanza que conocemos con la correcta aplicación de la teoría económica y de las generalizaciones económicas propias a la época analizada.[50]

La falta de un número importante de síntesis viejas y nuevas en la historia económica y el hecho de que nos atrevimos a definir como una obra cuyo carácter es con harta frecuencia compendiador[51] consiste en que muchos de sus trabajos carecen de un vínculo interno entre los hechos que en ellos se recogen, falta en ellos ese «eje organizativo» que decide la selección y la composición, y que al mismo tiempo ha de determinar el ángulo de interés en lo que se refiere a la interpretación de los hechos. Como ya tratamos de demostrarlo en los capítulos anteriores y en este párrafo, ese «eje organizativo» sólo puede facilitarlo el razonamiento basado en las categorías de la renta nacional. Bajo este criterio los grupos de problemas a los cuales hemos aludido y que deben ser analizados con los métodos del macroanálisis, cumplen con respecto a la cuestión esencial un papel de auxiliares: permiten comprender los elementos que entran en la categoría sintetizadora.

EL REPARTO DE LA RENTA NACIONAL Y EL DESARROLLO ECONÓMICO

El reparto de la renta nacional es un problema fundamental para la historia económica, tanto para el aspecto estático como dinámico de su análisis. Los datos sobre el reparto de la renta social pertenecen también a los resultados de la historia económica que más interesan a las disciplinas históricas afines empezando por la historia política, al esclarecer la significación concreta de los privilegios sociales, los cambios que ahí se producen, la relación de las diferentes capas de la sociedad con las fuerzas económicas, etc.

La importancia de las indagaciones en la renta nacional ha sido popularizada y probada por los importantes trabajos de Jan Rutkowski. Al colocar en lugar preferente la magnitud de la renta —subestimada por Rutkowski— no pretendemos restarle importancia a la problemática del reparto de la misma. Tanto más ya que en los problemas del reparto de la renta nacional se esconden muchos de los factores que aclaran los cambios (o la constancia) de su magnitud global.

La división misma en la cuestión de la magnitud y el problema del reparto de la renta nacional constituye una abstracción, la cual es tanto más arriesgada ya que en la práctica no se da nunca la fase primaria de la producción de la renta y la fase secundaria del reparto de la misma, y finalmente —como ya lo hemos demostrado— en el hecho que al analizar la magnitud de la renta analizamos a la vez su reparto y, como lo veremos más adelante, al analizar el reparto de la renta analizamos al mismo tiempo su magnitud.

Las investigaciones históricas de la renta nacional se efectúan bajo la presión de las fuentes que conceptúan las estructuras sociales según unas categorías históricas, institucionales y que tienden a conformar sus conclusiones y los datos obtenidos sobre la participación en la renta de las diferentes clases sociales a la luz de la ciencia actual.[52] La cuantía de esa renta, el carácter de cada una de ellas (por ejemplo, monetaria o «natural»), el grado de las desigualdades sociales en tanto se manifiesta en su reparto, y por último, los rasgos socio-culturales de las clases que obtienen la mayor parte de ella constituyen una serie de problemas esenciales para el análisis dinámico de cada economía nacional, que suelen esclarecer el estancamiento o el desarrollo económico.

La clásica doctrina sobre la desigualdad de su reparto y por lo tanto de las elevadas rentas de un grupo reducido de privilegiados veía en ello la condición indispensable y suficiente del desarrollo económico. Este concepto no es absolutamente justo. En ciertas situaciones puede serlo. La tarea del historiador económico consiste en «historizarlo» limitando su exactitud en el tiempo y en el espacio.

En primer lugar, se puede afirmar que durante muchos siglos en la época feudal la gran desigualdad en el reparto de la renta social no provocó ningún fenómeno de desarrollo económico y aun cuando éste se produjera fue sin participación de la clase que más se beneficiaba del reparto de la renta. Esto atañe a casi toda.

Pero como también en aquella época nos encontramos ante los cambios a corto o largo plazo en la estructura del reparto de la renta social, la tarea de la historia económica consiste en analizar el sentido de los cambios en ambas direcciones y de qué manera estos cambios pudieron influir sobre el conjunto de la vida económica del país.

En la época feudal, los cambios de estructura en el reparto de la renta social se producen bajo el influjo de los factores económicos y extraeconómicos. Uno de estos últimos, aun cuando no carece de una base económica, es el cambio en la correlación de las fuerzas de clase. El incremento del poder político de la nobleza le permite crear una serie de instituciones cuya actuación transfiere una parte de la renta a su favor en detrimento de la burguesía o del campesinado. Pero como quiera que los cambios en la correlación de las fuerzas de clase se operan sobre la base de los cambios de las fuerzas económicas, nos hallamos con la acción de una tendencia acumulativa: el incremento de la fuerza económica de una clase determinada aumenta su poder político del cual se aprovecha después para reforzar su economía. A no ser que actúen tendencias contrarias, dicha tendencia se halla realizada históricamente y la historia económica de la Polonia de los siglos XVI-XVIII ilustra magníficamente ese fenómeno.

La importancia de estas transferencias para la vida económica de un país, depende de la utilización que la clase privilegiada pueda hacer de la parte mayor que le corresponde en el reparto de la renta nacional. Pero tal uso se hallará determinado a su vez por el carácter social y cultural de la clase dada, su posición en el conjunto de la estructura social, sus privilegios sociales y los medios con que dispone para su defensa. En el feudalismo, es una regla general que la nobleza no efectúe inversiones, destinando sus ingresos a los gastos de un lujo sin límites y en constante crecimiento.

Como resultado de las tradiciones y de la inercia de los modelos socio-culturales, la nobleza sólo hace inversiones (transformándose en terrateniente capitalista) cuando todo el conjunto de la situación social y económica se ha cambiado ya, pero no gracias a sus esfuerzos ni a través de sus inversiones. La nobleza del norte de Italia empezó a invertir temprano, pero lo hizo sobre la base del profundo cambio de las relaciones provocada por el desarrollo precapitalista en el comercio y la industria de ese país. Cuando se desmoronan las comunas italianas, la nobleza italiana se «desburguesa».

Así, todas las transferencias que se operan en el reparto de la renta social en perjuicio del campesinado y de la burguesía —cuyas capas realizan inversiones— y en provecho de la nobleza no inversionista, significa un peligro para el desarrollo económico.

Un remedio parcial puede consistir en el aumento de las necesidades de la aristocracia «cuya riqueza se incrementa» en artículos de la artesanía. Pero este remedio no es tal en general por varias razones.

En primer lugar, los artículos consumidos por esta clase social en su mayoría no numerosos, de alta calidad y elaborados según el gusto personal no tienen para la vida económica la sig-

nificación de los artículos de consumo más masivo. No contribuyen tanto al desarrollo de la producción de las materias primas, no suelen propiciar el aumento de la productividad del trabajo y en la época precapitalista, frenan la aplicación de la mecanización.

Por otra parte, al reforzarse el poder político que acompaña el aumento del poder económico, la nobleza obtiene la posibilidad de configurar en beneficio suyo la relación de los precios de los artículos que ella vende y compra.

Por último, en ciertos países, la aristocracia, con sus rentas elevadas, consigue la posibilidad de escoger entre la compra de sus artículos en el mercado del país o de comprarlos en el extranjero.

En este último caso, tan típico en la Polonia de los siglos XVI-XVIII, cada transferencia de la renta social en provecho de la nobleza significa la baja efectiva de la demanda global en el mercado nacional, la baja del volumen de los intercambios de mercancías en el mismo, una disminución de la comercialización y el aumento de la «naturalización» de la economía nacional con la regresión económica correspondiente.

Los cambios en la correlación de las fuerzas políticas entre las clases provoca no sólo los cambios directos en el reparto de la renta social sino también en su redistribución, tanto las exenciones fiscales o arancelarias para la aristocracia como a la posibilidad de influir en su provecho sobre la estructura de los precios.

Pero los cambios en el reparto definitivo de la renta nacional, no permiten ser interpretados en su totalidad por mediación de los procesos que se producen en la sociedad analizada. En ellos se reflejan los cambios que se producen en lugares muy alejados del mundo. La época de los grandes descubrimientos geográficos incrementó las rentas reales de las clases privilegiadas en toda Europa al rebajar el coste de muchos artículos que tenían mucha importancia en su consumo. Mientras que en el Occidente este fenómeno se hallaba frenado por ciertas tendencias contrarias, en la Europa oriental y en especial en Polonia, se reveló con particular virulencia conjugándose con las consecuencias del nuevo progreso técnico de Occidente. Aun cuando su situación privilegiada en el reparto directo de la renta social no le hubiese aportado ningún cambio favorable, la aristocracia polaca de los siglos XVI-XVIII vio crecer sus rentas de un modo considerable en aquella época como resultado de la baja de los precios de todos los artículos por ella adquiridos.

La estructura del reparto de la renta social constituye un problema particularmente importante en los albores del capitalismo y de la revolución industrial. Cada modificación de la renta en provecho de la burguesía aumenta las posibilidades de inversión.[53] En este mismo sentido obra de modo indirecto el creci-

miento de la demanda de artículos de consumo masivo con la transferencia en el reparto de la renta a favor de las masas trabajadoras que ya están vinculadas al mercado. Es una regla en los comienzos del capitalismo europeo que la demanda de esta clase de artículos crezca mucho más en la parte cada vez más extensa de las masas trabajadoras que no de su mayor participación en la renta social.

La influencia positiva de las grandes desigualdades en el reparto de la renta nacional sobre la magnitud de las inversiones aun cuando sigue manifestándose en la historia de los Estados muy desarrollados en la actualidad, actúa de una forma tanto más débil cuanto un país determinado entra en su industrialización y hoy día desaparece por completo e incluso se transforma en su contrario.

Aún hay economistas que consideran que «en las etapas tempranas del desarrollo, el crecimiento de los beneficios es una cosa natural y un incentivo indispensable del desarrollo económico»,[54] pero resulta que los hechos elementales de la economía mundial en la actualidad contradicen tal afirmación. La tarea del historiador económico consiste no tanto en establecer una analogía superficial entre el mundo presente y el mundo pasado o de generalizar los nexos que una o varias veces aparecieron en el pretérito sino en saber confrontar las relaciones actuales con las pasadas, con el análisis de los factores que fueron el motor de los antiguos procesos y ayudar a comprender la diferencia de los procesos actuales.

Polonia, Italia y la Rusia del siglo XIX nos ofrecen numerosas pruebas de cómo la gran desigualdad en el reparto de la renta nacional no contribuyó al incremento de las inversiones. Contrariamente a la situación de Inglaterra, Holanda o Francia en el período de la revolución industrial, el aristócrata polaco, el del sur de Italia y también el ruso, por una parte debía mantener un consumo suntuario indispensable en las condiciones sociales de la época como elemento de su posición, y por otra parte debía, sin embargo, colocar sus bienes en los Bancos de los países muy desarrollados.

Hoy, las legendarias rentas de las clases privilegiadas de los países atrasados no contribuyen en la más mínima medida al crecimiento de las inversiones sino que por el contrario cada transferencia en el reparto de la renta en el sentido de reducir las diferencias en el mismo tiene repercusiones positivas para el desarrollo económico.[55]

Este fenómeno se manifiesta hasta el extremo de que las tendencias que operan de modo espontáneo conducen en la actualidad a los países atrasados en una dirección opuesta. La prueba estadística es difícil de hacerla como resultado de la falta de largas series de datos estadísticos veraces sobre el reparto de la renta social en tales países. Pero si no es fácil suponer

que una o dos generaciones de los pueblos de Birmania, de Irán, de Ecuador o de Kenia hayan podido vivir a un nivel más miserable que el de hoy, todo demuestra que los ricos de aquellos países son ahora aún más ricos.[56] Por añadidura, el III informe *UN Food and Agricultural Organization* afirma que en muchos de estos países el consumo de alimentos *per capita* fue en 1950 inferior al de 1930, y que sólo el alto nivel de la medicina ha contribuido a que comenzasen a vivir más tiempo.

En torno a las diferencias existentes en el reparto de la renta nacional, montan la guardia unas fuerzas sociales interiores poderosas y perfectamente organizadas,[57] que en caso de necesidad pueden contar con la ayuda extranjera. De aquí que la llave del desarrollo económico dependa en esos países de los cambios políticos.

El reparto de la renta nacional es un problema fundamental para cada análisis dinámico de cualquier economía nacional. Pero, en las diferentes condiciones socio-económicas los cambios que en él acontecen tienen otras repercusiones económicas.

IX. La estadística histórica

¿QUÉ ES LA ESTADISTICA HISTÓRICA?[1]

La palabra «estadística» tiene varios sentidos. En su expresión puramente histórica —en el sentido de la ciencia sobre el Estado, tan típico en los comienzos del siglo XIX— suele tener por lo menos dos significaciones: *a*) la estadística como método de análisis numérico de un fenómeno colectivo de un tipo determinado —más adelante nos referiremos a él—, y *b*) en tanto que un conjunto de datos numéricos sobre los más diferentes fenómenos, sobre todo los relacionados con la vida social —la estadística agrícola, etc.

Utilizaremos exclusivamente la palabra estadística en su primera acepción, tal y como acabamos de determinarla.

De acuerdo con esta significación, la estadística es un método de investigación y por consiguiente un auxiliar científico para las más diversas ramas del saber humano. Su importancia es trascendental para el conocimiento de las sociedades humanas. Lo cierto de esta afirmación es evidente con respecto a la indagación de los así llamados fenómenos sociales contemporáneos. Pero no hay ninguna razón para dudar de su utilidad en el análisis de los fenómenos del pasado, como lo demuestra empíricamente el bagaje actual de las investigaciones histórico-estadísticas en la ciencia mundial.

En este sentido, la estadística es asimismo un auxiliar científico de la historia.

La clásica gama de las ciencias auxiliares de la historia —la paleografía, la cronología, la heráldica, etc.—, no satisface las necesidades de la ciencia moderna. Esto lo comprendieron hace ya tiempo los mismos científicos polacos.[1a] Tampoco basta el contenido de cada una de esas ciencias auxiliares, en especial las consideraciones cronológicas.[2]

La inclusión de la estadística histórica en el grupo de las disciplinas auxiliares de la historia enseñadas en las Universidades, es un postulado apremiante, tanto más ya que cada vez es más destacado el papel que el análisis de los fenómenos masivos juega en la problemática de las investigaciones históricas; la realización de este postulado se impone también ya que el enorme bagaje de las investigaciones de carácter cuantitativo en la ciencia mundial, requiere para su utilización crítica y razonable el conocimiento de los métodos aplicados.

En la ciencia polaca, que cuenta con una larga ejecutoria en cuanto a las búsquedas histórico-estadísticas (Czacki, Pawinski y Korzon, Bujak y Rutkowski) nos encontramos con trabajos imponentes para su época por sus logros, pero en los cuales existen asombrosos errores elementales. La utilización crítica del bagaje de la ciencia de este país y de otros países y el desarrollo autónomo de esa suma de conocimientos basados en el método estadístico exige el dominio de las bases técnicas del citado método, no sólo en su utilización por los especialistas sino por todos los historiadores, que constituyen un medio científico y configuran la opinión científica.

Pero la inclusión de la estadística entre las ciencias auxiliares de la historia suscita sin embargo una dificultad fundamental. Así, la paleografía, la cual, aunque se diferencia claramente de las demás disciplinas por sus fines investigadores propios, forma parte integrante de las ciencias históricas: sin ninguna exclusión pertenece a las mismas sin dejar de ser una ciencia auxiliar de las demás disciplinas.

En cuanto a la estadística las cosas son distintas, pues ésta representa un método cuya aplicación es extensísima, un procedimiento a veces muy trascendental y que requiere una elaboración especial. En la Enciclopedia de las Ciencias Auxiliares de la Historia —empleando la denominación clásica— puede y debe incluirse el resumen de las conclusiones y de los resultados de la paleografía como una de las ramas de las ciencias históricas. Pero no es posible proceder de la misma manera con la estadística.

El futuro historiador debe estudiar a fondo alguno de los manuales generales de estadística.[3] En la futura Enciclopedia de las Ciencias Auxiliares de la Historia ha de figurar un lugar consagrado al carácter específico de la aplicación de la estadística al análisis del pasado y sobre todo a las dificultades y los riesgos particulares que de tal aplicación se derivan.

El siguiente esbozo trata de estos problemas. Sólo nos referiremos a los principios generales estadísticos en la medida en que el desconocimiento de los mismos pudiera conducir al historiador a algún malentendido en cuanto a sus búsquedas o en tanto su aplicación al análisis del pasado suscita problemas especiales.

Según la definición de Schulc, «el método estadístico constituye un modo específico de análisis numérico de un tipo especial de fenómenos colectivos».[4] Cada manual de estadística aclara lo que se entiende por «modo específico de análisis numérico» sobre todo respecto a su contenido. Pero el concepto de fenómeno colectivo requiere ser analizado más detenidamente, sobre todo por los historiadores.

En primer lugar, de tal definición resulta que el objeto del análisis debe ser alguna conjunción, algún agregado, lo que re-

marcamos para evitar cualquier incomprensión. No todas las investigaciones numéricas son investigaciones científicas. El análisis de la contabilidad de una manufactura polaca determinada en el siglo XVII puede realizarse por mediación de las categorías puramente cuantitativas, pero no será sin embargo un análisis estadístico, ya que sólo se analiza una unidad determinada y sólo ella.

En cambio, el análisis de la rentabilidad de una sociedad por acciones en la Polonia de entre las dos guerras, sería un análisis plenamente estadístico ya que dicha sociedad es en ese período una colectividad. Asimismo, si tuviésemos que analizar alguna de las manufacturas del siglo XVIII que ocupaban a un gran número de trabajadores, como la de Lowicz que empleaba a cinco mil personas, podríamos efectuar una investigación cuantitativa de los salarios de los obreros, de acuerdo con las categorías salariales y sus oscilaciones en el tiempo —temporal o año tras año—, lo que constituiría una clásica indagación estadística ya que el objeto del análisis sería un agregado, es decir, los salarios de los operarios.

Por otra parte, la colectividad o el agregado analizado no debe componerse de unidades similares o por lo menos similares desde el punto de vista de la investigación.

Esta es una advertencia evidente en apariencia. Respecto al objetivo de la investigación ese mismo agregado puede ser o no ser a veces «similar». Los fusiles producidos en serie para el ejército nacional en las armerías de Kozienicka, son, desde el punto de vista de la historia militar —de su eficiencia y de su alcance del tiro— unidades similares que no entran a formar parte de los análisis estadísticos. Pero si conociéramos las diferentes armas de fuego individuales que equipan al ejército nacional podríamos analizar ese conjunto utilizando los métodos estadísticos. No obstante, con el criterio de la historia de la técnica, los fusiles de Kozienicka —de haberse conservado hasta nuestros días una gran cantidad de ellos— pudieran considerarse como un agregado de unidades no similares ya que las dimensiones exactas de esas armas, al mostrar las oscilaciones que aparecerían en la escala de las diferentes unidades, podrían permitir el análisis bastante exacto de la precisión de las instalaciones fabriles que las produjeron.

Por último, se puede hacer una advertencia en cuanto a las limitaciones de la esfera de aplicación del análisis estadístico de los agregados. Este agregado no puede componerse de unidades sinónimas pero tampoco de unidades heterogéneas. Las unidades que lo componen, deben poderse adicionar en cualquier grado, poseer algún «denominador común».

Este problema es uno de los más difíciles y de los más controvertidos. El carácter heterogéneo de los distintos fenómenos sociales se presenta de modo diferente para el investigador se-

gún la actitud y la metodología adoptadas por éste. La polémica acerca de la posibilidad o no de diferenciar los agregados, constituye un clásico litigio en el terreno científico. Con demasiada frecuencia, se trata de una controversia entre la ciencia burguesa y la ciencia marxista. Las dificultades son considerables con respecto a la utilización de los métodos estadísticos en la historia en las investigaciones de larga duración en el curso de las cuales un fenómeno aparentemente similar, homogéneo y sinónimo sufre un gran cambio. El carácter específico de las aplicaciones históricas de las estadísticas se halla íntimamente ligado al carácter específico del conocimiento histórico en general. Hemos expuesto nuestras ideas en otro lugar.[5]

Allí hemos subrayado que lo específico del conocimiento histórico lo vemos sobre todo en la imposibilidad de crear nuevas fuentes y en el hecho de que se ha de efectuar el análisis de un fenómeno determinado en las condiciones en que el investigador ha de ajustarse absolutamente a los materiales documentales archivados. Este problema, fundamental para toda la ciencia histórica, es asimismo la fuente de sus dificultades y de su orgullo. La ciencia histórica desde los comienzos mismos de su existencia ha conocido y vivido esa situación y la cual constituye casi la esencia de la labor del historiador.

Las cosas son diferentes en la labor del estadista, ya que la inmensa mayoría de las investigaciones estadísticas se efectúan sobre la base de los datos que han sido recogidos por otro ente cualquiera, como la Oficina central de estadística; dichas indagaciones no están sujetas a la búsqueda personal del material estadístico de primera mano, cuya recopilación se realiza en su totalidad de acuerdo con las actuales directivas científicas y se halla expuesto a la crítica científica. Pues los científicos que utilizan dichos materiales, siempre y cuando tengan alguna reserva que formular con respecto a los métodos utilizados por las Oficinas centrales de estadística para la recaudación de los materiales, pueden pedir un cambio de esos procedimientos, pueden realizar, en caso de necesidad, un análisis de control y completivo.

La situación es diametralmente diferente en la utilización de la estadística en la investigación histórica. Para el estadista contemporáneo, lo fundamental es el método científico de reunión de los materiales estadísticos que desea elaborar. El historiador-estadista debe elaborar, en cambio, los materiales existentes y con harta frecuencia conocer aunque no sea más que de un modo aproximado los procedimientos con ayuda de los cuales fueron reunidos en su época, lo cual plantea dificultades insuperables.

Como fuentes de carácter estadístico, consideramos los materiales para las investigaciones estadísticas realizadas en un período determinado.

Análisis estadístico

Por análisis estadístico entendemos la investigación cuyo objetivo es el conocimiento de la realidad social de un período o aspecto tomado como tema. Es evidente que la revalorización de tales exploraciones se hallaba supeditada a una serie de condiciones sociales. Estas averiguaciones las solían efectuar las autoridades del Estado,[6] lo cual presuponía por parte del mismo una administración bastante poderosa y eficiente (la calidad de los materiales ha de depender siempre del grado de eficiencia de la administración estatal, etc.). La realización de esta clase de investigaciones sólo era posible sobre la base de un cierto desarrollo de la conciencia social. Su necesidad sólo se manifestó al madurar el conocimiento de los resultados sociales de la política gubernamental, cuando esta misma política gubernamental se vuelve más ambiciosa y condicionadora con sus actividades de una amplia esfera de fenómenos sociales. Es decir, las exploraciones estadísticas sólo son posible en el período de transición del feudalismo al capitalismo a finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX. En algunos países esta medida del tiempo correspondió a los comienzos de la República burguesa (USA), en otros (Prusia) al vértice de la monarquía absoluta.

El tipo principal y fundamental de las fuentes estadísticas, son los materiales de los antiguos censos de la población y los historiadores estadísticos, al escribir sobre la historia de estos censos que se suelen remontar a la lejana Antigüedad, se olvidan de los censos cuyos pasajes encontramos en los Libros del Antiguo Testamento,[7] los de la Roma antigua, etc.[8] Por regla general, estos censos se efectuaron bajo criterio de un objetivo determinado y de carácter institucional (censo fiscal, militar, de los ciudadanos libres, de los esclavos, etc.), por lo cual han de figurar en nuestra clasificación en los grupos que a continuación se señala. Incluso, el famoso padrón de la población promovido por Augusto no tuvo el carácter de un censo general de la población, ya que no comprendía a los esclavos.

El censo general de la población sólo es posible con un cierto nivel de ideas democráticas. La aristocracia polaca fue siempre enemiga acérrima de cualquier género de padrón de la población. Tenía sus razones. El agregado estadista ha de hallarse integrado de unidades «sumables» que permitan reducirse a un «denominador común». Según el concepto polaco —y no sólo polaco— el campesino no podía sumarse con el aristócrata y el

concepto «hombre» no constituía para la jerarquía de ese país un «denominador común» suficiente. La comparación de los individuos era una afrenta para el concepto aristocrático de la sociedad. Cuando el gobernador de Wolyn, después del tercer desmembramiento de Polonia, ordenó, como por entonces era de moda, efectuar el «censo histórico-estadístico» del gobierno, la nobleza se indignó: «¿Con esos hotentotes nos hemos de empadronar?»[9]

Pero la aristocracia polaca no era ninguna excepción ni social ni nacional. El temor ante las estadísticas administrativas en general y ante el censo de la población en particular es un fenómeno universal bajo los sistemas que no garantizan las libertades ciudadanas. En el año 1715 el Intendente de Burdeos explicaba ante sus superiores la hostilidad de la población a dejarse empadronar, ya que por experiencia consideraba estas operaciones como el «preludio a un nuevo impuesto». La mala disposición hacia los censos es conocida ya en el Antiguo Testamento.[10]

Los habitantes de Briançon se quejaron en el año 1663 al intendente de la provincia de Dauphiné de que «el realizar el empadronamiento de las familias y de los animales era tanto como colocar al pueblo bajo una abrumadora servidumbre».[11] De cuán largo fue este recelo lo atestigua el hecho de que aún en el año 1841, durante la realización del censo que ya se venía llevando a cabo normalmente cada lustro, se produjo un verdadero motín entre la población de Toulouse.[12]

Por otra parte es característico que la Constitución de los EE UU haga figurar entre las obligaciones del gobierno la realización del empadronamiento de la población, el cual lleva el anticuado nombre —y no es casual— de «census».

Tres Estados pueden vanagloriarse de haber sido los primeros en efectuar los padrones de la población: Canadá, EE UU y Suecia.[13] Mientras que estas tentativas tuvieron lugar a mediados del siglo XVII en el Canadá y en los EE UU sólo abarcaron unas pequeñas unidades territoriales, el primer censo realizado entre la población de Suecia en 1749 tuvo una importancia mucho mayor. Al reflejar el alto nivel alcanzado por la ciencia de este país, fue el inicio de los padrones de la población que desde entonces se han venido realizando sistemáticamente en esta nación nórdica. Desde hace 200 años la calidad de la ciencia estadística sueca ha sido y sigue siendo muy elevada, y en ciertas épocas estuvo a la cabeza a escala mundial. Esto brinda las mayores posibilidades a los historiadores para el análisis de los anales de ese país en los dos últimos siglos. En ciertos aspectos, como la demografía histórica, la historia de Suecia facilita unos materiales de fuentes de una perfección en todos los aspectos incomparable.

El primer censo general de la población se efectuó en los

EE UU en el año 1790,[14] en Francia en el 1800, en Inglaterra en 1801 y en el Principado de Varsovia en 1808.

Estas fechas hacen época en los conocimientos de la sociedad sobre sí misma. Son sobre todo importantes para los países en lo cuales —al contrario que en Polonia— la continuidad del poder estatal propició el efectuar el padrón periódico de la población.

Los censos generales aún siendo lo más importante, no constituyen la única fuente estadística. En numerosos países, la monarquía absoluta realiza diversos tipos de censos económicos excepcionales o periódicos como el de los establecimientos industriales, el de las explotaciones agrícolas, el de los precios, etc. La riqueza de las fuentes documentales de esta clase es por lo general paralela a la eficiencia administrativa de un Estado determinado. Así, es característico que bajo el reinado de Estanislao Augusto en Polonia, donde el desarrollo de las relaciones ya exigía una orientación de los productores sobre el movimiento de los precios y que en la administración estatal era de una ineficacia excepcional, la tarea de la recopilación de los precios estadísticos sea emprendida por la iniciativa social en la persona del redator del «Periódico Comercial». Pero como ésta era una acción privada y no estatal, no puede extrañarse de que los resultados de la misma fuesen parciales: en la localidad en que la redacción del citado periódico lograba encontrar a unos corresponsales concienzudos, tenemos datos muy ricos y sistemáticos mientras que el resto del territorio es una mancha blanca.

La utilización de las fuentes documentales de este tipo comporta grandes dificultades y ha sido el objeto de importantes polémicas científicas en el mundo.

Es posible dividir en dos grupos y en forma teórica las fuentes de esta categoría. El primero de ellos atañe a los materiales en los cuales el interesado debía contestar teórica y obligatoriamente con cifras exactas, el número de cabezas del ganado, el de la población, el de manufacturas, etc. El segundo grupo es el de las fuentes que por naturaleza exigían la realización de ciertas estimaciones, tales como la magnitud de las cosechas, el nivel de los precios en el mercado, etc. El primer grupo, de una manera abstracta no plantea problemas litigiosos. Para su utilización, el historiador debe seguir el camino clásico: tratar de cerciorarse de qué manera el autor de las fuentes consiguió tales informaciones, si él mismo o sus informadores no estuvieron influidos por algún incentivo que los tentara a deformar los datos y en caso afirmativo, en qué dirección, etc... La segunda categoría que hemos enunciado continúa siendo litigiosa incluso aunque nos fuera posible contestar concretamente a las preguntas críticas de las fuentes.

El carácter litigioso de estos problemas queda ilustrado de

modo fehaciente por la polémica sobre la investigación de la historia de los precios acaecida en la ciencia internacional y sobre todo en los medios científicos franceses durante los años treinta.

En 1930 se constituyó el Comité Internacional de la Historia de los Precios bajo la dirección de W. Beveridge.[15] Tanto las instrucciones formuladas por el Comité Internacional para unificar las investigaciones como, y sobre todo, el libro de Labrousse[16] —monografía publicada en 1933 con carácter precursor— jugaron un gran papel en esta clase de fuentes documentales. La obra de Labrousse se refiere sobre todo al carácter periódico de la anotación de los precios de los mercados locales realizada por la administración del antiguo régimen.

La utilidad científica de este tipo de fuentes fue puesta en duda en un principio por H. Hauser.

Más adelante nos referiremos a otros aspectos de esta interesantísima polémica.[17] Ahora, nos es de más utilidad la controversia sobre el valor de una cierta categoría de materiales documentales, ya que Hauser criticó la anotación de los precios de los mercados al considerar que no se referían a ninguna realidad concreta. Las informaciones extraídas del libro de cuentas de un negociante señalando que tal día compró o vendió tal cantidad de una mercancía determinada no constituye para este científico una información suficiente sobre el hecho que antaño existiera concretamente. Para él no es el precio medio del mercado tal y como ha sido estimado por el intedente que se ocupa del mismo.

La actitud de Hauser, extremada y eficientemente formulada, representaba un ataque dirigido en especial contra el método de F. Simiand. Este último defendió su postura sobre todo en las XIX y XX sesiones del Instituto Estadístico Internacional, celebradas en 1930 en Tokio y en el 1931 en Madrid. Como Simiand murió en el año 1935, la controversia con Hauser estuvo a cargo de M. Bloch y E. Labrousse.[18]

La tesis sobre la primacía de las fuentes de procedencia privada sobre las fuentes oficiales fue vivamente criticada por Labrousse quien sin negar la importancia de las primeras demostró lo limitado de su utilización y la superioridad de la anotación oficial de los precios. Ésta última aunque, como lo afirma Hauser, no tiene en cuenta los precios practicados al margen del mercado, las reventas, las rebajas, las primas, etc., es sin embargo un valor inestimable por su carácter sistemático, su continuidad y homogeneidad, su riqueza y la forma adecuada en que dichas anotaciones son efectuadas. Cuando entre ellas se cuela algún error casual, él solo ha de eliminarse mientras que si se trata de un error sistemático la situación es mucho más favorable ya que podemos descubrirlo y corregirlo.

Además, Labrousse dedicó un estudio especial a la crítica de

la veracidad de los precios de los mercados y elaboró especialmente un método crítico para esta clase de fuentes en general.[19] Su tesis es que la veracidad de un material tan masivo como son los precios de los mercados, puede y debe ser comprobada con el «test de la concordancia específica» y el «test de la concordancia geográfica». El primero consiste en analizar la relación entre el nivel y el cambio del valor pecuniario de los artículos cuyos precios se hallan vinculados a alguna particularidad (su carácter de reemplazamiento como los cereales, o las fases sucesivas de la producción como la leche y la mantequilla, el cuero y el calzado, etc.). El segundo exige una prudente aplicación tanto más en cuanto nos referimos a un período más remoto. Pues la concordancia de los precios de un artículo determinado en los mercados de regiones incluso vecinas es un fenómeno relativo sólo con el período en el que se produce.[20]

La polémica entre Hauser y sus impugnadores tuvo una amplia base en cuanto a las diferencias metodológicas, pues se hallaba ligada a una postura distinta con respecto al objetivo mismo de la historia. Sobre estos problemas, hablaremos más adelante. Ahora, se trata sólo de poner de relieve esta categoría de fuentes y la necesidad de utilizar métodos especiales para criticar su veracidad.

El análisis crítico del valor de los materiales estadísticos elaborados por la administración estatal ha de tener en cuenta el carácter del Estado interesado. La eficiencia de la red administrativa encargada de recoger estos datos estadísticos tiene otro valor en las sociedades democráticas ya que sus resultados se hallan sometidos a las más diversas formas de la crítica social, contrariamente a lo que ocurre bajo el despotismo en que la falta de crítica, impedida muy a menudo por el secreto de Estado, y la recaudación por parte de la administración de unos materiales capaces de satisfacer a la autoridad, conducen más de una vez a unos resultados absurdos y que no se suelen prestar a una utilización científica. Citaremos dos Estados distintos:

El ministro de Napoleón, Chaptal, afirma en sus memorias que «él [Napoleón] ordenaba muy a menudo cosas imposibles y quería ser satisfecho en el acto. Mandó hacer un informe el cual para ser exacto hubiese requerido muchas semanas de trabajo y lo exigió en el acto, ya que no sabía esperar la satisfacción de sus deseos... y era mucho mejor mentir con audacia que retrasar la información para facilitarle la verdad. Fui testigo de la gran simpatía que sentía hacia Reynaud de Saint Jean d'Angely y que éste contestaba con seguridad a todas sus preguntas y no se hubiese inmutado en lo más mínimo si le hubiera hecho una sobre cuántos millones de moscas había en agosto en Europa. Y con esta base tan dudosa, es como en principio se solía fijar la situación en las fábricas, la agricultura, etc. y sobre la cual se estimó en varios miles de millones el valor del

comercio y de la industria franceses en las épocas más críticas».[21]

Saltykow-Szczedrin escribe más o menos lo mismo, al estar muy bien informado de esos problemas en su calidad de funcionario de un gobierno nombrado por el Zar: «Imagínense a una cancillería principal cuyo director anunciara con cierta sorna: —Señores, necesito saber cuántas patatas pueden cosecharse en un año en toda Rusia. Hagan el favor de calcularlo con exactitud ya que lo necesito... ¿Acaso esta pregunta desconcertaría a los empleados o al menos utilizarían éstos algún método para cumplir con su misión? De ninguna de las maneras: trazarían unos cuadritos muy iguales sobre el mapa de Rusia, luego se enterarían en la tienda vecina de cuántas patatas pueden sembrarse y cuántas pueden cosecharse por término medio en cada "deciatin". En resumen y con la ayuda de Dios y de las cuatro reglas aritméticas llegarían a la conclusión de que Rusia, con unas buenas condiciones climatológicas, puede producir tantas patatas y al no ser propicias las condiciones del tiempo, tantas y tantas. Y su labor, no sólo satisfaría al jefe, sino que se publicaría en el próximo número de cualquier revista.»[22]

El ciudadano de la Polonia popular también tendría algo que decir en relación al valor de los materiales estadísticos con el grado de democratización.

La recogida de los materiales estadísticos para los fines de la política general gubernamental es un fenómeno relativamente reciente. Crece prácticamente junto con la monarquía absoluta de acuerdo con sus ambiciosos planes de la política económica. «El siglo XVIII —escribe el autor de la más reciente historia económica de Inglaterra en aquella época— es el siglo de la aritmética política.»[23] Y un autor francés escribe: «La administración, sobre todo a partir del año 1715, se vio dominada por una verdadera manía estadística, todo lo quería conocer a través de las cifras.»[24] Desde aquel tiempo, los materiales de este género empiezan a multiplicarse, a perfeccionarse, en proporción al poder y a la centralización de las autoridades estatales y a la eficiencia de la administración, y al control democrático ejercido sobre dichos objetos.

También característica para aquella época es otra fuente de materiales estadísticos. Se trata de los datos recogidos y a menudo elaborados por investigadores individuales, los «estadistas», algunos de los cuales se han conservado en los manuscritos. Así, tenemos en Polonia los documentos de Feliks Loyko[25] y de F. Moczynski.[26] La mayor parte de ellos fue publicada en su época en forma de libros o de artículos y también bajo la denominación de «relatos estadístico-topográfico-geográfico-históricos».[27] Polonia no posee muchos y los que existen han sido escritos por autores extranjeros (Busching,[28] Holsche,[29] y muchos más).[30]

Contrariamente a los siguientes trabajos estadísticos, en las «relaciones» de ese género suele faltar la descripción de los métodos en base a los cuales han sido utilizadas las fuentes documentales. La reunión de las huellas que permiten esclarecer dichos procedimientos es una de las tareas fundamentales de la crítica científica en caso de utilizarse esa clase de trabajos en especial las publicaciones de un carácter transitorio entre las fuentes y la elaboración concreta de los temas. A partir de la terminación de la primera mitad del siglo XIX, el problema se simplifica de modo considerable. Al utilizar los trabajos estadísticos procedentes de aquel período —así como también los más recientes— debemos elaborar la crítica de los métodos de reunión de las fuentes, tanto más por cuanto se suele hablar muy sucintamente de ellos en los trabajos.

Estas consideraciones nos llevan a subrayar el papel auxiliar de la historia estadística.

Con un criterio estadístico, la historia de esta ciencia desempeña un papel secundario. Numerosos estadistas se han interesado por la historia de su disciplina al margen de sus tareas. Con esto manifestaban en cierto grado su simpatía hacia los precursores que abrieron el camino a los nuevos progresos de la ciencia. En los manuales generales de estadística, los pasajes —habitualmente escogidos de una forma caótica— sobre la historia estadística suelen desempeñar un papel decorativo de introducción.

Muy diferente es la importancia de la historia estadística para los historiadores en general y para el que utiliza los métodos estadísticos en particular, y sobre todo para el historiador, que ha de facilitarle hacer una justa crítica del análisis de las fuentes[31] y de los trabajos de tipo estadístico del pasado, para lo cual es preciso conocer los conceptos, los principios y los procedimientos de la época a que pertenecen las fuentes y las elaboraciones de carácter estadístico. Este conocimiento es tanto más indispensable ya que tales métodos no se suelen hallar explicados en los mismos materiales documentales ni en los trabajos procedentes de aquella época.

Una de las fallas más sensibles de las ciencias auxiliares de la historia en Polonia, es la falta de una historia de la estadística. No se ha procedido al análisis del bagaje estadístico de Loyko, Moczynski, Staszic[32] y Czacki. No han sido analizados los métodos utilizados como resultado de las tentativas precursoras del *Sejm* de 4 años* en orden a la reunión de materiales estadísticos. Los procedimientos de realización de los padrones de la población en los años 1808 y 1810 han sido explicados de modo parcial

* La Dieta de 4 años o Gran Dieta reunida en Varsovia del 6 de octubre de 1788 hasta el 29 de mayo de 1792. (*N. del T.*)

por H. Grossmann.[33] Estos censos fueron los más importantes y los únicos esfuerzos de la administración del Principado de Varsovia para la organización de una labor estadística. Las tentativas de generalización teórica de los principios estadísticos emprendidos en aquel mismo período por W. Surowiecki en las conferencias dictadas por él en la escuela de Derecho y de Administración siguen siendo desconocidas.[34] Los documentos reunidos por el Departamento de Estadística del Gobierno del Reino polaco, utilizados en repetidas ocasiones por la ciencia y muy a menudo sin una crítica previa, tampoco han sido objeto de un análisis especial.[35] El director de este Departamento e insigne estadístico A. Wolski es casi desconocido en la historia de la ciencia polaca.[36] También tenemos las importantes monografías del Comité Estadístico Varsoviano,[37] de la Oficina Nacional de Estadística para Galicia, y del Oficio Central de Estadística. Mientras no elaboremos la historia monográfica de la estadística en Polonia, no podrán utilizarse los datos estadísticos acumulados en el pasado sin que el historiador actual no se vea expuesto a cometer graves errores.

Las fuentes de tipo institucional concernientes a los fenómenos masivos

Al diferenciar las categorías de fuentes de tipo institucional relativas a los fenómenos masivos, vemos que mientras que la primera categoría de fuentes surgió de acuerdo con el objetivo general de la política del gobierno, las fuentes de la segunda categoría fueron creadas para unos fines utilitarios concretos. Así, para establecer la orientación de su acción, la administración estatal deseaba conocer el número de la población, el nivel y el movimiento de los precios, el estado de las cosechas, etc. y los censos fiscales o militares tenían unos fines utilitarios.

En las fuentes de esta categoría hay dos subgrupos. El primero está constituido por las fuentes surgidas en relación con la fase preparatoria de alguna acción de carácter administrativo (recaudación de impuestos, reclutamiento militar, etc.), mientras que el segundo atañe a los documentos elaborados durante la realización de dicha acción como materiales de verificación y control.

Esta diferenciación es en cierto grado abstracta, ya que no es fácil cualificar las fuentes documentales como pertenecientes a uno de los dos subgrupos. Los documentos de verificación y control de una recaudación fiscal sirvieron más de una vez como base para valorar el importe de la siguiente recaudación y los documentos de un carácter aparentemente verificador, como son el censo de los bienes de la corona en Polonia, etc., poseían en sumo grado un carácter normativo: se referían a la

situación concreta de una finca tal y como era en el momento de hacerse el inventario, pero de hecho no se sabía si los datos correspondían a la realidad,[38] a pesar de lo cual pueden ser útiles para la crítica fundamental de una clase de fuente determinada.

La categoría de estas fuentes relativas a los fenómenos masivos de tipo institucional constituye uno de los aspectos clásicos de las investigaciones histórico-estadísticas. En esta categoría se asientan las búsquedas más interesantes y numerosas, que más enriquecen nuestros conocimientos analíticos.

Esto se explica por la antigüedad de las fuentes de este tipo, que tuvieron que existir en cada Estado organizado. El antiguo Estado judío, el Egipto, la Roma o la China antiguos conocieron un gran número de instituciones, cuyo funcionamiento requirió la creación de tales fuentes. Las pocas que se han conservado son las favoritas de los debates entre los historiadores.

El segundo factor de su valor científico de estas categorías de fuentes radica en su relativa veracidad, resultante de la necesidad de alguna forma de control del funcionamiento de los órganos constitucionales que originaron documentales determinados. No se puede exagerar la veracidad de estos materiales. Así se puede suponer que, en general, las sumas recaudadas entre la población en concepto de impuestos no siempre fueron entregadas íntegramente al Tesoro por los recaudadores, por lo que las fuentes son erróneas.

En los registros de impuestos nos encontramos con las irregularidades fiscales, bien por parte del que ha de pagarlos como del que los recauda; en los de reclutamiento militar, mucha gente trataba de no cumplir la ley acogiéndose a los fueros de las capas privilegiadas; también hay que contar con las irregularidades en la contabilidad de las fábricas, las explotaciones agrícolas, etc., con relación al Tesoro de las comunas o del Estado. Pero sin embargo las fuentes de esta categoría poseen, aunque no sea más que por una parte, un alto grado de veracidad.

Con el registro de imposiciones no sabemos cuál es la suma que debía haberse recaudado ni la que se ha sonsacado a los ciudadanos, pero sí qué total ingresó en las cajas del Tesoro. En los registros electorales pueden existir diferencias entre el número de los ciudadanos que tienen el derecho de voto y los que lo han ejercido. Esos son algunos de sus valores pero no los únicos.

El conocimiento de la institución que dio luz a una fuente determinada muestra sus desviaciones. Un ejemplo muy sencillo: en el registro de imposiciones las sumas que figuran en él son a buen seguro una desviación por debajo de las sumas pagadas por los ciudadanos, por lo cual constituyen el límite inferior de las probabilidades. Así, se trata de una cierta aproximación que no se puede subestimar. Además, el análisis esta-

dístico permite incluso a veces fijar la escala de las desviaciones contenidas en una fuente con respecto a la realidad.

Ante el cuadro de los varones aptos para el servicio, elaborado con las respectivas edades para el reclutamiento militar, comprobamos en él ciertas lagunas demográficas.

Sin embargo, con todos sus valores, esta categoría de fuentes tiene ciertos inconvenientes. Al haber sido elaborada por una institución concreta, nos informa sobre todo acerca de ella y de su funcionamiento, pero el interés del historiador suele ser mucho más ambicioso. Se puede afirmar incluso mucho más y es que el valor y el encanto de las indagaciones histórico-estadísticas basadas en estas fuentes, consiste sobre todo en el hecho de que facultan el salir de la categoría de las instituciones que las crearon. El registro de las imposiciones, denominado de San Pedro en Polonia, en el reinado de Casimiro el Grande,* informa directamente de las sumas pagadas por ese país a la Curia Romana, y ha sido objeto de apasionadas polémicas científicas, en cuanto se trató de pasar de la historia de esta institución de San Pedro a una serie de problemas históricos más extensos y de extraer de dicho registro las conclusiones relativas al número y el asentamiento de la población de aquella época en Polonia.

Más adelante nos referiremos al problema de las categorías de las fuentes institucionales como categorías analíticas fundamentadas con el criterio de la ciencia actual y como una de las cuestiones importantes de la metodología histórico-estadística.

Las fuentes relativas a fenómenos individuales que se producen en escala masiva

Merecen la mayor atención las fuentes de la tercera categoría, las cuales definimos como relativas a los fenómenos de carácter individual pero que se manifiestan a escala masiva. El futuro de las búsquedas histórico-estadísticas se halla vinculado a esta categoría de fuentes documentales.

Las fuentes de la primera categoría no abarcan un largo período relativo de tiempo, se remontan a lo sumo a dos siglos. Las fuentes de la segunda categoría van mucho más lejos en el pasado, pero son poco numerosas, ya que suelen proceder de las épocas en que la administración estatal no era muy eficiente y sólo cuando atañen a tales tiempos tienen un mayor valor. Pero conciernen a unos problemas limitados. Por último, estas fuentes, aun cuando no puede afirmarse que hayan sido agotadas por la ciencia, son conocidas en principio desde el pun-

* 1310-1370; uno de los más prestigiosos monarcas polacos, fundador de la Universidad de Cracovia. (*N. del T.*)

to de vista científico, no sólo por su existencia sino también en relación con su contenido. A pesar de que haya de proseguirse las controversias científicas sobre la interpretación de una obra tan monumental como el *Domesday Book* de Guillermo el Conquistador del año 1068, no se debe esperar alguna revelación en este dominio.

Las cosas son muy distintas sobre el grupo de fuentes al que vamos a referirnos.

Al hablar de las fuentes relativas a los fenómenos individuales pero que se producen en escala masiva, lo hacemos como de los registros civiles o religiosos, las actas jurídicas, las notariales, las establecidas sobre los funcionarios del Estado o sobre el personal de las empresas del Estado, los documentos de las autoridades educacionales, de los maestros y profesores, los estudiantes y alumnos, las de las autoridades militares de la oficialidad y las clases y la tropa, las actas de las hipotecas de la tierra, las declaraciones de impuestos hechas por los individuos, etcétera.

El conjunto de estas actas suele comprender una cantidad de documentos o de registros especiales sobre los más diversos fenómenos individuales (las transacciones, la población, la economía rural, etc.). La elaboración estadística de los materiales de esta categoría sólo es posible gracias a su carácter masivo y en especial al hecho de que tales fenómenos suelen tener un grupo determinado de rasgos que se repiten de modo sistemático en casi todos los censos.

Contrariamente a las categorías anteriores, los documentos de esta última clase han sido poco aprovechados por la ciencia, pues su carácter masivo impidió su utilización, pero aquélla ha sabido usar poco a poco desde hace ya mucho tiempo los registros de impuestos. Antiguamente sólo se extraían de estos registros los datos y las cifras globales concernientes a la hacienda; más tarde, con la aparición de los nuevos métodos y problemas, se trató de descubrir en dichos documentos las informaciones relativas a la estructura socio-económica de la sociedad o de las cargas fiscales que pesaban sobre una parte de la misma. La utilización parcial de las actas a que nos referimos fue muy difícil, pues lo masivo, la enormidad misma de las fuentes asustaban al historiador. Los más audaces se atrevieron a buscar en ellas las informaciones individuales que les eran indispensables: el acta de nacimiento de una gran figura, las transacciones realizadas por una empresa determinada, etc.

Pero el valor esencial de esta clase de fuentes radica en su carácter masivo, que permite intentar responder a aquellas preguntas cuya respuesta no tenemos ninguna posibilidad de hallar en otros tipos de fuentes, bien porque esas cuestiones no interesaran a las gentes de aquella época, bien porque para ellos eran tan evidentes que ni siquiera valía la pena de anotarlas, o por-

que aun siéndoles de interés, no tuvieron la posibilidad de reunir las informaciones indispensables a la respuesta.

Por añadidura, algunas de las fuentes de esta categoría son muy antiguas. Los registros parroquiales (la fe de bautismo, y en especial la de casamiento o de defunción) raramente van más allá del siglo XVII; en Occidente tales registros son a veces mucho más antiguos. Las transacciones de la tierra (compra y venta, arrendamientos, parcelación, aumento de los impuestos, etc.), fueron tan trascendentales en el sistema feudal para las clases dominantes, que tuvieron que elaborar formas permanentes de registros y de conservación de los mismos, los cuales, en Polonia llegan hasta el siglo XIV, siendo mucho más antiguos en otros países.

Los problemas sociales fundamentales como la riqueza de las clases dominantes, la estructura de sus bienes y los cambios que en ellos se producen, las bases económicas de los privilegios de clase, etc., en la época feudal, pueden ser analizados a base de las informaciones de la época —imprecisas y superficiales— o bien sobre las consecuencias políticas de los cambios acontecidos, lo cual era muy arriesgado.

Pero el análisis de las fuentes de esta categoría permite obtener sin comparación alguna unas aproximaciones magníficas, aunque su «perfección» se halla también limitada. Ya nos referiremos a ellas.

Sin embargo, el hecho de pasar de la interpretación de las impresiones y la opinión de los observadores o autores de estas fuentes descriptivas a los resultados estadísticos del análisis de unos materiales de carácter masivo, es ya de por sí un «salto cualitativo».

Los trabajos de esta clase han enriquecido notablemente a la ciencia. En la ciencia polaca, los trabajos de Rutkowski sobre la situación del campesinado en la Polonia del siglo XVIII, basados en un millar de inventarios rurales, constituyeron como obra de un investigador individual una empresa muy audaz, con resultados muy considerables respecto a las estadísticas sobre las rentas de los grandes latifundios en la Polonia del siglo XVI, basadas en todos los censos e inventarios reales del año 1565. Rutkowski y sus discípulos realizaron también valiosas búsquedas de la estructura de la población rural en los principados, y los alumnos de Bujak se dedicaron al análisis de las transacciones y los contratos.

Sin embargo, numerosos materiales de esta clase no han sido hasta la fecha investigados con un criterio estadístico. Los registros parroquiales y los registros civiles son tanto más preciosos, ya que los que se han conservado después de la última guerra sólo han sido aprovechados esporádicamente. Lo mismo se puede decir de las actas notariales, que sólo se han utilizado para buscar datos sobre hechos individuales.

Los documentos fundamentales para la historia social de la época anterior a los desmembramientos de Polonia que se conservan en las Actas de las Ciudades y de las Tierras, apenas han sido analizadas después de la guerra en relación con antes de la contienda. Mientras que Rutkowski examinaba un millar de inventarios del siglo XVIII, en los últimos trabajos nos encontramos con unas simples ejemplificaciones.

Subrayamos que la elaboración estadística de esta categoría de fuentes documentales es una tarea ligada al futuro de las investigaciones estadístico-históricas y que por ese camino pueden alcanzarse los mayores logros ya que se trata de pasar de las ejemplificaciones parciales al análisis de los fenómenos, y de una forma que ofrezca las mayores posibilidades de obtener unos resultados cabales y objetivos.

LAS DIFICULTADES DE LOS ANALISIS HISTÓRICO-ESTADÍSTICOS

Los impedimentos de la aplicación de los métodos estadísticos a la historia se hallan motivados por dos causas:

a) por el carácter de la fuente histórica,

b) por los largos períodos de tiempo con los cuales opera el historiador.

El valor de los métodos estadísticos es que con ellos se puede controlar la corrección de los resultados obtenidos. Ningún control es suficiente para hacer el análisis estadístico determinado, pero la posibilidad de efectuarlo aunque no sea más que en una esfera determinada constituye una importante baza, aunque se halle mucho más limitada en las investigaciones de carácter estadístico-histórico que en las exploraciones de la época contemporánea. En estas últimas, el control se refiere a todo el proceso analizado empezando por la reunión de los materiales documentales. En las indagaciones históricas estadísticas, los datos determinantes para la calidad de los resultados conseguidos en cada etapa suelen ser difíciles de controlar críticamente, pues los datos con los cuales los historiadores solemos operar no son elaborados por los científicos para los científicos.[39]

El carácter casual de los fenómenos colectivos

Uno de los factores para el análisis correcto en la esfera estadística es la diferenciación científicamente fundamentada del carácter colectivo del fenómeno investigado. Aquí es donde comienzan a manifestarse los obstáculos especiales del empleo del método estadístico por el historiador. El número limitado y el

carácter de las fuentes reduce las posibilidades de elección de los fenómenos colectivos. Así, un historiador interesado por conocer la estadística de la población urbana en la Polonia de la primera mitad del siglo XIX, sólo puede encontrar en sus registros los datos relativos al número de habitantes fijos. En resumen, obtiene un cuadro extremadamente tergiversado: en las ciudades en las cuales existe una fuerte proporción de gentes que salen de ellas, obtiene unas cifras exageradas que comprenden a las personas que hace ya tiempo se trasladaron a otra ciudad, mientras que en las ciudades que constituyen un centro de atracción para los emigrantes, obtendrá unas cantidades inferiores y que no tienen en cuenta a las gentes que desde hace ya largo tiempo viven y trabajan en ellas. Como, por añadidura, la estructura de los emigrantes no deja de ser específica (un pequeño número de ancianos y pocos niños, poca gente holgada, etc.), el cuadro estructural de la población urbana de cada una de esas dos categorías de ciudades se halla deformado en un sentido determinado en los resultados estadísticos.

Con mucha frecuencia, las fuentes vulneran las dimensiones propias del fenómeno colectivo y esto exige que en cada análisis hayan de considerarse el sentido y la escala de las posibles desviaciones.

La representatividad de los materiales

Estos problemas están ligados al de la representatividad de los materiales documentales elaborados, la cual se halla sumamente limitada por las destrucciones causadas por las vicisitudes históricas, que en el caso de Polonia, revisten proporciones a veces catastróficas. Sin embargo, el asolamiento, cuando es fruto del azar y afecta a los materiales de tipo masivo, no suele vulnerar el carácter representativo de las fuentes y por lo tanto no deforma los resultados. En el caso de que éste haya sido muy concentrado y que se hayan conservado los documentos primitivos para el análisis de algún problema relativo a una región o un período determinados, limita el alcance de la indagación (masiva) y por definición la importancia de los resultados; pero los datos que se han conseguido de esa región o período de tiempo investigados conservan su propio valor.

Pero más importantes aún son otras dificultades del problema de la representatividad de los materiales.

En primer lugar, hay que señalar que las destrucciones que el discurso del tiempo infiere en los documentos no se producen o no suelen producirse «ciegamente». El hombre suele contrarrestar con sus medios la acción destructora del tiempo, pero no todos los hombres tienen las mismas posibilidades de salvaguardar los documentos ni consideran que todos ellos hayan

de ser conservados. No es casual que al analizar la historia del campo en el siglo XVII, encontremos una buena documentación de los bienes del Estado, y que ésta sea peor en cuanto concierne a los bienes de la aristocracia, peor todavía la de los bienes de la nobleza media y casi no existan las de los bienes de la pequeña nobleza, ya que ésta no se preocupó de elaborar ninguna documentación escrita, y si lo hizo, no la conservó y aun cuando la conservara, no tenía los medios para salvaguardarla a lo largo de las generaciones.

El mayor riesgo de la falta de representatividad de los materiales documentales para la investigación histórico-estadística, es el peligro de obtener unos resultados demasiado «optimistas». Al analizar la duración media de la vida humana, disponemos de una mejor documentación en la de las clases privilegiadas; al examinar una finca rural encontraremos los de las fincas mejor administradas; si investigamos los precios, nos encontraremos con un número mayor de materiales relativos a las compras realizadas al por mayor, como, por ejemplo, por los magistrados o los conventos, etc.

Los privilegios sociales que existieron en los siglos pasados, al hallarse petrificados en las fuentes documentales básicas, no dejan de pesar sobre la labor del historiador. Sólo en la segunda mitad del siglo XIX es cuando empiezan a aparecer las nuevas fuentes, de un carácter desconocido en los siglos anteriores y las cuales han sido reunidas con un objetivo bien determinado por las clases explotadoras y sus organizaciones.

El carácter institucional de los datos

La tarea de transformar las categorías institucionales de las cuales hemos extraído los datos en unas categorías útiles a nuestro análisis científico es una de las labores que más tiempo absorben y cuyos resultados son de los más litigiosos para el hitoriador que utiliza los métodos estadísticos.[40]

Con demasiada frecuencia, las fuentes para el análisis histórico-estadístico no suelen estar reunidas por los científicos para los científicos. En la mayoría de los casos, son el producto secundario de la actividad de la administración pública y privada. Fueron creadas como resultado del funcionamiento de ciertas instituciones, que a su vez influyeron sobre todo un sistema de esta clase de establecimientos diferentes. El carácter institucional de las fuentes y las categorías que en ellas se encierran, son en parte la causa de las dos dificultades mencionadas: el carácter casual de los fenómenos masivos y la inadecuada representatividad de los mismos.

Pero los obstáculos que provienen de estos factores van mucho más lejos, siendo insuperables y haciendo que, a menudo,

una rica fuente documental sea inutilizable para los fines analíticos que en cierto momento nos parecen más determinantes.

Suponiendo que el registro de los impuestos nos facilite el nombre de las personas imponibles (categoría institucional), el pasar de esta categoría a la categoría analítica (número de habitantes, de objetos económicos, etc.), requiere toda una serie de elaboraciones a veces arriesgadas y que han de someterse a la crítica científica.

Suponiendo que el registro de impuestos rurales contenga la relación de los nobles propietarios que han satisfecho el impuesto y las sumas pagadas por ellos (coeficiente de la magnitud de los bienes de cada uno de ellos), para pasar de estos datos a las categorías analíticas hemos de recordar que la institución que creó la citada fuente documental preveía ciertas exenciones fiscales, por ejemplo, en atención a las destrucciones sufridas por una finca determinada y que su aplicación no se extendía de modo uniforme a todo el país: las fincas situadas en las regiones del nordeste estaban sujetas a mayores calamidades y una parte de ellas no pagaban impuestos.

Pero se dan casos peores. Así, cuando en un censo aldeano se hace inventario de los bienes de los campesinos en varias categorías, se trata de una categoría institucional que divide a la población rural de acuerdo con los grupos tradicionales; pero más tarde, al cambiar la situación, es muy difícil hallar el equivalente de tales agrupaciones en la población. Para los análisis de la indagación de la estructura social en el campo, necesitaríamos los datos de la tierra que cada campesino posee, sus aperos, empezando por la fuerza de tracción, y la magnitud de cada gravamen feudal que pesa sobre él. Este último dato siempre lo encontramos en los inventarios, pero no los anteriores. He ahí las dificultades que supone el pasar de las categorías institucionales contenidas en las fuentes documentales a las categorías que exigen las necesidades del análisis científico, etc. La dificultad de «traducir» las categorías institucionales de las fuentes a las categorías analíticas es conocida por cada historiador que se ocupó de tales cuestiones. También ha sido puesta de relieve por los teóricos de la estadística histórica (Kuznets).

Al llamar la atención sobre ella querríamos advertir, no obstante, contra la exageración de tal obstáculo. Las categorías institucionales anejas a las fuentes fueron creadas por la vida, así, han de reflejar alguna realidad, alguna necesidad de la existencia. No basta con afirmar que son categorías diferentes a nuestras categorías analíticas: hay que descubrir las causas de esa diferencia y esclarecer la realidad contenida en esas categorías.

Estas dificultades crecen a medida que un sistema determinado se desmorona. En el período de su florecimiento, las categorías instituciones se hallan penetradas de un contenido so-

cial concreto, real; en cambio, en épocas de caída de un sistema, la vida salta por encima de los marcos tradicionales y de las antiguas instituciones sólo quedan cada vez más hueras palabras.

Con el tiempo, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, surge un nuevo obstáculo que es el que supone el pasar a la categoría analítica no ya las categorías institucionales contenidas en la fuente sino las categorías convencionales. El agrupar a las explotaciones agrícolas según las dimensiones utilizadas por el Comité Estadístico Varsoviano, impide a veces el análisis científico, ya que entre el grupo de explotaciones de 5 a 20 hectáreas existen unos fenómenos económicos muy diferentes y que sin embargo se han echado dentro de un mismo saco. El agrupamiento convencional de un fenómeno investigado, siempre y cuando en las fuentes figura con cifras a la vez muy reducidas y elevadas, se presta a ser conceptuado en el grupo más elevado conforme a los conceptos teóricos del investigador. Pero como lo demuestra el ejemplo citado, el conceptuar el fenómeno de acuerdo con el grupo más grande puede inutilizar las fuentes.

El desconocimiento de las circunstancias del registro

Una de las condiciones esenciales del valor de los análisis estadísticos en la época actual es la estricta formulación y observancia de los principios tomados como base de la investigación. Las cosas son diferentes con el contenido de las fuentes históricas. Lo peor es que los datos que poseemos, a menudo no bastan para la comprensión del material, de las circunstancias que lo hicieron aparecer y hasta de su contenido.

Al reunir los datos relativos a los precios, en la actualidad podemos determinar lo que necesitamos: las dimensiones y el tipo de la mercancía, sus formas de pago (al contado o a plazos), la magnitud de las transacciones (al por mayor o al detall), si la mercancía ha sido entregada o no a domicilio, etc. En cuanto hemos establecido los principios, tenemos la seguridad de obtener un material homogéneo y comparable.

Pero las notas que figuran en un libro de cuentas del siglo XVI, ya pertenezcan a un ente urbano, un convento, un aristócrata o un mercader, suelen ser muy lacónicas, y gracias si dan el importe de la transacción. Estas cifras o inscripciones se hicieron para memoria. Las condiciones habituales de la transacción como son las medidas que estaban en vigor en un mercado determinado eran tan evidentes para el autor de la nota como para sus superiores, los funcionarios, etc. Si una mercancía dada había sido vendida excepcionalmente barata a «un amigo o conocido», no se la anotaba en el registro o el libro de cuentas. Es posible que a los monjes se les vendieran los productos alimenticios por debajo del precio, pues podían decir alguna

misa para el vendedor. O bien una parte del pago correspondía a unos medicamentos, o que el vino comprado para el magnate a un valor pecuniario muy alto le hubiese valido una pingüe propina al encargado de efectuar la compra. ¿Acaso el productor había sido aforado según las medidas en vigor en la localidad del cliente o del vendedor, o bien en el lugar donde la transacción se efectuara?, etc. Debemos conformarnos con desconocer estas circunstancias y eliminar del material reunido las notas que se apartan mucho de la mayoría tanto respecto al supuesto inferior como superior, ya que tales notas o cifras ilustran una transacción no común o cuyas circunstancias ignoramos.

Hemos presentado un ejemplo de las dificultades inherentes al análisis de los precios. Pero las dificultades provocadas por el desconocimiento de las circunstancias que intervinieron en una determinada cuestión y con las cuales tropezamos al referirnos a las inscripciones contenidas en las fuentes, son propias a cada investigación estadístico-histórica, y surgen en cada análisis histórico, constituyendo una parte integrante de cada crítica de las fuentes históricas. Así, en las indagaciones estadístico-históricas en que se tiene que operar con una masa de notas y de registros, es imposible realizar el análisis de cada supuesto: esto carecería de fundamento en la mayoría de los casos.

Los límites de la comparabilidad en el tiempo

«El análisis estadístico-histórico busca los elementos invariables en un mundo económico en cambio constante», afirma S. Kuznets.[41] En esta aparente paradoja se esconde la principal dificultad de las exploraciones estadístico-históricas, y la dificultad fundamental de toda suerte de búsquedas. Esto puede ser un consuelo para los historiadores que utilizan el método estadístico, ya que así saben que no se hallan en desventaja bajo este criterio en relación con sus compañeros los historiadores.

Al igual que cada investigación histórica, las indagaciones estadístico-históricas deben analizar el fenómeno a través de un corte transversal o longitudinal. Sin mermar la importancia de las exploraciones emprendidas por mediación del corte transversal (*La población polaca en el año 1792*, etc.), es posible afirmar que no pueden constituir un objetivo en sí, sino que representan más bien una fase preparatoria. El discurrir del tiempo y sus cambios son unos aspectos demasiado esenciales del conocimiento histórico para no constituir un objeto de la ciencia histórica. Pues los cambios que se producen en el tiempo son uno de los objetivos esenciales del análisis histórico, siéndolo por lo tanto los cortes longitudinales.

Por otra parte, la escala de los cambios históricos es enorme y en general mucho mayor que los conocimientos del historiador

sobre ella. Tratándose de la realidad pretérita, las lagunas que existen en nuestro saber y sobre todo las de las fuentes documentales, sólo las podemos llenar, consciente o inconscientemente, con el método del razonamiento del «buen juicio», es decir, con el cuadro que nos brindan el mundo y el hombre de nuestra época.

Se puede adelantar la comprobación de que el historiador consciente y crítico consigo mismo se pasa la mayor parte de su tiempo luchando contra esa tendencia, defendiéndose para no caer en ese método.

En la frase citada, Kuznets tiene razón. Pero no hay que olvidar, que dicha afirmación significa una importante limitación en la utilización de ese método. No son muchos los elementos invariables en un mundo en cambio constante, en especial en los largos períodos de tiempo. «La historia es la ciencia de los cambios», ha dicho M. Bloch. Además, el mismo Kuznets afirma que en primer lugar el historiador debe establecer los cambios cualitativos.

Para cada estadística, una serie dos veces más larga tiene un valor analítico mucho más elevado en proporción.[42] De ahí que cada demógrafo ambicioso, haya sido siempre un historiador, ya que para cada gran problema demográfico siempre es imprescindible mucho tiempo. Pero el utilizar esta afirmación sin reservas como lo hace Kuznets,[43] en las investigaciones históricas es no obstante dudoso. Tratándose de las búsquedas de la actualidad en que no suelen tener importancia los espacios de tiempo mayores a dos o tres decenios, cada prolongación de las series aumenta en mayor grado las posibilidades analíticas pero aceptando tácitamente el principio *caeteris paribus*.

De adoptarse, este principio debe ser controlado cuantas veces sea aplicado. Tratándose de las exploraciones sobre largos períodos de las investigaciones históricas, las posibilidades de adopción de este principio se reducen a veces a cero. Es posible comparar, como lo hizo d'Avenel,[44] los precios del ganado de cerda desde el siglo XIII hasta ahora, pero el resultado sería absurdo, ya que entre estas dos épocas esta especie zoológica sufrió una profunda evolución.[45] Vale la pena recordar estos hechos ya que en la actualidad siguen dándose casos de aspirar a la prolongación de las series con la esperanza de incrementar al cuadrado las posibilidades analíticas sin explorar el problema de los límites comparativos. Hace un par de años se publicó en Inglaterra un trabajo dedicado a la indagación del salario de los trabajadores de la construcción inglesa desde el siglo XIV a nuestros días.[46]

Para evitar estas dificultades, una serie de científicos postulan el concentrarse sobre el estudio estadístico de las unidades físicas.[47] El valor del dinero cambia, mientras que un buey siempre sigue siendo un buey y una tonelada de carbón una tonelada de carbón.

Sin embargo, también esta actitud peca de un optimismo exagerado y de un historicismo bastante superficial. Pues ya hemos dicho que en el curso de la historia el buey no es el mismo buey. Incluso un artículo tan homogéneo desde el punto de vista químico como el carbón suele ser una magnitud incomparable. En la ciencia ya se ha señalado el hecho de que la calidad de esta materia cambia considerablemente entre los comienzos del siglo XVIII en que era extraído de las capas superficiales y nuestra época.[48] Cada ama de casa polaca siempre y cuando no disponga de la calefacción central, sabe por experiencia que en el período 1948-1952, la calidad del carbón cambia esencialmente en un breve período.

El cambio histórico es muy profundo y a cada paso tiene para el investigador un aspecto desconocido. Un historiador no debe razonar nunca sobre el principio de la invariabilidad ya que ello sólo puede resultar en un «anacronismo, entre todos los pecados respecto a la ciencia del tiempo, el más imperdonable» —como escribiera M. Bloch.[49]

El problema es una de las cuestiones fundamentales de la metodología histórica: ¿dónde encontrar —si es posible encontrarlo— un «denominador común» que permita establecer una comparación entre dos culturas diferentes, entre los diferentes países y épocas?

Volveremos a insistir sobre esta cuestión —aunque no en su totalidad— en otros capítulos de esta obra, ya que tenemos la obligación de intentar formular ahora aunque no sea más que alguna directiva concreta.

Se nos ofrece el camino de tomar los límites de las formaciones socio-económicas como límites comparativos. En la teoría marxista, las formaciones socio-económicas suelen jugar un papel de conceptos integradores. En ellos se esconde la generalización de los cambios que se producen en la vida social. Cada una de ellas significa un sistema de relaciones sociales vinculadas entre sí y las cuales se diferencian de cualquier otra formación. Así, pudiera sugerirse la tácita aplicación, respecto de la duración de las formaciones, del principio *caeteris paribus* y por lo tanto de la comparabilidad.

Pero el problema no es tan sencillo, ya que se da el caso de que la formación feudal dura 1.000 años y que a lo largo de este milenio los cambios son mucho más lentos que en las épocas siguientes, aunque entonces también sean profundos. La gama de los elementos duraderos que permiten darle el nombre de «feudalismo» a todo este período es, por naturaleza, estrecha. Los productos cuyos precios quisiéramos analizar en tal época, se convierten con el discurrir del tiempo en otros géneros. El trabajo cuya remuneración quisiéramos establecer, se realiza en otras condiciones, utiliza cada vez nuevas herramientas y otros conocimientos. La tierra —la finca feudal— va cobrando gradual-

mente otro valor. Las distancias van teniendo otro sentido social, lo mismo que el tiempo en sí. El capitalismo existe desde un tiempo mucho más corto y los cambios que en el se operan son mucho más rápidos. Esos mismos elementos que acabamos de enumerar con relación al feudalismo serían profundamente variables en el curso de siglo y medio de capitalismo. De manera que los marcos de las formaciones son demasiado extensos para la comparabilidad.

Sin embargo, y esto es lo peor, son a la vez demasiado estrechos. Los límites de las formaciones socio-económicas son infinitamente profundos. Cada historiador se ha convencido de lo «universal de su contenido». Pero a pesar de esto existe la continuidad del discurso histórico. Al tener que elegir entre el concepto, generalizado en Occidente, de la uniformidad de los cambios en el cual las divisiones cronológicas no son más que convenciones, una necesidad didáctica y el reflejo de la endeblez cognoscitiva del pensamiento humano, y la concepción del marxismo vulgar, respecto a la idea de «las gentes que no gustan de hacer comparaciones»,[50] tenemos que saber hallar el justo camino entre tales extremos, ya que tanto uno como el otro contradicen la realidad histórica.

El crecimiento de los elementos del capitalismo antes de la Revolución francesa y las tentativas de restauración del feudalismo que la siguieron no bastan para nivelar la profundidad y la multilateralidad de esos cambios. Sin embargo, desde el punto de vista social, Octavio Augusto no era otro que Napoleón, ya que hay algo en estos dos fenómenos que permite calificarlos de cesarismo.

La necesidad de las comparaciones entre las formaciones socio-económicas dimana de la propia metodología marxista y más de una de estas comparaciones se encuentra implícitamente en en la teoría marxista del desarrollo social. Pues si decimos que las sucesivas formaciones se distinguen unas de otras por el correspondiente nivel de la productividad del trabajo, no deja de encerrarse en tal afirmación una generalización audaz y trascendental con el criterio supraformacional. Esto lo hizo Marx sobre la base del análisis de las consecuencias, es decir de analizar unos fenómenos que hubieran sido intraducibles sin el supuesto del aumento de la productividad del trabajo. Pero esta cuestión sigue siendo un extenso campo de exploración para los historiadores económicos, y seguirá siendo analizada de un modo intuitivo mientras no se apliquen para su examen los métodos estadísticos. Las comparaciones interformacionales son una necesidad científica en general y en particular para la ciencia marxista.

Los límites formacionales como límites de la comparabilidad son demasiado estrechos y demasiado anchos.

Las agrupaciones en estadística

La agrupación estadística es un problema fundamental del método estadístico. La mayoría de las polémicas de la interpretación de los datos sobre una masa estadística determinada resulta de los métodos de agrupación contrapuestos. La utilización propagandística de los datos estadísticos también suele estar asentada en tal agrupación. En la práctica, muy raras veces los estadistas falsean las cifras. Pero con un agrupamiento hecho a su antojo, pueden, si lo desean, «probar» las más diversas tesis con unos mismos datos.

La estadística de las explotaciones campesinas que atañen a un extenso grupo de explotaciones medianas en el cual entraran en parte los campesinos pobres, todos los campesinos y algunos *kulaks*,* puede borrar el proceso capitalista de diferenciación de las clases incluso en los lugares donde éste se manifiesta con claridad. La estadística salarial de una gran potencia capitalista basada en el concepto legal del salario y la cual agrupa a todos los salarios junto con la remuneración de las personas que asumen funciones directivas en los *cartels* más poderosos ha de dar un cuadro diametralmente distinto del que obtendríamos con el análisis estricto del salario de los obreros.

Se podrían multiplicar los ejemplos. A veces nos encontramos con la clara intención de inducir a error al usufructuario. En estos ejemplos, los datos numéricos pueden ser verdaderos y conformes al concepto legal del estipendio pero el inducir a error al usufructuario consiste en que el estadista sabe que aquél le asigna al concepto de la «remuneración del trabajo» otro contenido social y económico.

La ciencia marxista subraya con mucha fuerza el problema de la agrupación estadística.[51] Entre sus clásicos, Lenin en particular, comenzando con sus primeras luchas con los populistas, basa casi todas sus polémicas oponiendo a la agrupación popular la agrupación marxista.[52]

Al problema de la agrupación estadística se une el de las medias que en la ciencia y sobre todo en la publicística marxista del período «staliniano» fue causa de tantos malentendidos. La desconfianza histórica frente a cualquier tipo de índice medio, dimanaba del fenómeno anterior acerca del abuso de las medias como resultado de los agrupamientos estadísticos no científicos realizados con fines propagandísticos y apologéticos por algunos propagandistas occidentales. La única polémica científica es la confrontación de las medias obtenidas para unos

* Campesinos ricos en el campo socialista. (*N. del T.*)

grupos creados de una forma carente de fundamento científico y de los promedios obtenidos de los grupos correctamente elaborados.

En la práctica, el problema del agrupamiento es complicadísimo y siempre sujeto a discusión. Por una parte, el grupo estadístico no puede componerse de unidades idénticas; en cambio, por otra parte, no pueden entrar en él unidades heterogéneas. La cuestión consiste por lo tanto en determinar el grado de heterogeneidad aceptable. En este caso se trata de la heterogeneidad con el criterio de un determinado objetivo del investigador. En suma, se trata de la elaboración de grupos en los cuales las unidades que los integran se diferencian en muchos aspectos, pero que con respecto al problema analizado dejan aparecer rasgos o tendencias homogéneas.

De forma que las polémicas sobre las agrupaciones estadísticas tienen un carácter teórico, donde se confrontan las distintas teorías sobre los fenómenos sociales.

En los trabajos históricos, la utilización de las agrupaciones correspondientes teóricamente a la investigación tropiezan con obstáculos enormes y a veces insuperables para las agrupaciones que se efectuaron en las fuentes históricas. La tarea consiste, por tanto, en traducir los grupos (categorías) utilizados en las fuentes documentales a los grupos (categorías) reconocidos como teóricamente fundamentados.

Generalizando, se pueden formular las siguientes regularidades:

1. Las agrupaciones institucionales —la época feudal. En la mayoría de los casos son agrupaciones institucionales que se prestan a la elaboración estadística, las fuentes documentales procedentes de la época feudal (pertenecientes con demasiada frecuencia a las categorías que hemos denominado como «fuentes institucionales relativas totalmente a los fenómenos masivos»).

Así, los habitantes de la aldea polaca han de agruparse bajo la forma de grupos de campesinos, de arrendatarios, de pequeños artesanos, de los diversos representantes de las autoridades comunales, etc.

En tales casos, la única manera de solventar las dificultades es el cabal conocimiento de la institución cuya existencia promovió las fuentes investigadas. Hay que esforzarse por comprender la realidad que fue el origen de la fuente y que permite comprender los datos que en ella figuran.

También es un hecho que a medida que un sistema —aquí, el sistema feudal— se derrumba, las categorías características del mismo atraviesan por un período de inercia, y van reflejando cada vez menos la realidad social concreta. Las diferencias en las explotaciones campesinas, divididas en los grupos más diversos,

que permiten llegar a unas conclusiones muy amplias en el siglo XVI, dejan de ser tan explícitas en las fuentes documentales del siglo XVIII.

2. Las agrupaciones convencionales —la época capitalista. Paralelamente a los comienzos del capitalismo, empiezan a generalizarse las agrupaciones convencionales, las cuales son típicas para las fuentes que hemos denominado como «fuentes de procedencia estadística». La generalización de las agrupaciones convencionales significa la confirmación de la desaparición en la vida y la conciencia social de las divisiones institucionales feudales. En lugar de la vieja división de las explotaciones campesinas, tenemos una agrupación basada en la magnitud del área que cada campesino posee: así las explotaciones se sitúan en los diferentes grupos: de 0 a 2, de 2 a 5, de 5 a 10, de 10 a 20, de 20 a 50 hectáreas, etc.

Es evidente el carácter convencional de una tal división y su falta de fundamentación teórica. En primer lugar se asienta en el sistema de medidas en vigor en una sociedad determinada (en Rusia la *deciatina*, en Francia la hectárea, en Polonia el arapende). Aun suponiendo que con el capitalismo se generalice el sistema métrico, sólo evita la incomparabilidad internacional de los datos estadísticos agrarios, pero no modifica en lo más mínimo el hecho de que el metro es también una unidad convencional. En segundo lugar, la agrupación de este tipo basa en el sistema decimal las cifras y los cálculos a pesar de que este sistema —como ya lo ha probado Leibnitz— es sólo uno de los infinitos posibles e igualmente perfectos.

Prácticamente, la propiedad analítica de unos grupos convencionales dados procedentes de las fuentes estadísticas, depende de si el que las elaboró tomó como base para la clasificación convencional las divisiones pequeñas o más extensas. En el primer caso, las podemos reunir en grupos mayores de acuerdo con el procedimiento teórico adecuado. En el segundo caso, a menudo estamos desarmados y la fuente más auténtica puede volverse totalmente inútil. Siguiendo con los ejemplos en el campo de la estadística agraria, se puede afirmar que los ricos materiales contenidos en *Los Trabajos del Comité Estadístico Varsoviano* sobre la agricultura del Reino polaco a finales del siglo XIX y principios del XX, no pueden informarnos sobre los procesos tan interesantes que acontecían en la aldea, ya que la agrupación de las explotaciones tal y como se llevó a cabo, borra esos procesos.

La agrupación convencional en pequeñas secciones tiene su razón de ser incluso en el presente. En especial en los trabajos de una significación internacional, constituyen el único camino para llegar a una fructífera cooperación en este nivel. Los materiales publicados en pequeñas secciones convencionales pueden

ser aprovechados después por los representantes de las diferentes ideologías y corrientes científicas, quienes pueden agruparlos a su antojo y sin que pierdan sus propiedades comparativas.[53]

3. Las agrupaciones analíticas. Siempre y cuando sea factible, el historiador tiene la obligación de agrupar los materiales por él reunidos en los grupos que han de prestarse al análisis apetecido, aclarando previamente sobre qué bases ha de elaborarlos y cuál es el contenido que han de tener. Su valor como «fuentes relativas a los fenómenos individuales que se producen en escala masiva», radica entre otras cosas en que no estuvieron agrupados, prestándose por lo tanto a cualquier intento de agrupación por nuestra parte.

Las categorías teóricas y la «dislocación»

En contra de las agrupaciones teóricas (analíticas) se formulan críticas en la ciencia, según las cuales dicho procedimiento introduce en el material investigado unas categorías (determinantes de los resultados) procedentes algo así como del exterior, elaboradas sobre la base de unos materiales de sobras conocidos y absorbidos por la ciencia. Esto se opone a la búsqueda de las categorías que se sitúan fuera del material sometido a investigación.

Otro ejemplo: suponiendo que queramos efectuar una agrupación de acuerdo con el estado de posesión de las tierras y que las reduzcamos a las coordenadas de un mínimo de por ejemplo 50 áreas a un máximo = X; está claro que esta dislocación no será uniforme. En ella han de darse tanto una condensación como una dilución. Según sus partidarios, ese agrupamiento es el que de hecho refleja los grupos que integran una determinada masa analizada.

Esta postura es típicamente positivista con todo su extremado empirismo y su antiteoricismo.

Este criterio no puede defenderse bajo muchos aspectos. Sin contar la labor tan enorme que representa, la utilización de este método nos llevaría a la obtención de unos resultados incomparables entre sí en cada indagación concreta y por consiguiente reduciría mucho las posibilidades analíticas del conjunto de los materiales científicos. Cada censo o inventario rural efectuado en cualquier lugar y en cualquier época, sería conceptuado con otras categorías.

Cada análisis científico concreto no es ninguna magnitud aparte, elaborada por el pensamiento sobre una tabla rasa y que termina con la formulación de las conclusiones. La elaboración para cada investigación concreta de una teoría aparte sería cuando menos antieconómica, de ser realizable. Cada corriente cien-

tífica ha elaborado un cierto número de generalizaciones y de categorías, pero no es posible reconocer que en cuanto al marxismo, esas generalizaciones aún no se hallan codificadas de un modo satisfactorio ni formuladas de una manera suficientemente operativa.[54] Asimismo, cada exploración debe servir a las siguientes y ser utilizada en la forma más adecuada.

Suponiendo que esta teoría sea correcta, debe dar unos resultados de las agrupaciones aproximadas a los resultados de los métodos de «dislocación»; además, estos resultados han de alcanzarse más rápidamente y de una manera que asegura su comparación con los resultados de otras investigaciones.

Otro problema es que cada teoría debe ser controlada de forma constante a la luz de los nuevos hechos facilitados por el progreso de la ciencia. El método de la «dislocación» requiere este mismo control.[55]

LAS PREFERENCIAS TÉCNICO-ESTADÍSTICAS EN LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

El historiador debe utilizar para los análisis histórico-estadísticos toda la gama de procedimientos de la técnica estadística moderna. No es cierto que la indigencia y la falta de materiales documentales con los que trabaja el historiador sólo permite la utilización de los más elementales procedimientos estadísticos. Por el contrario, es frecuente que por el carácter defectuoso y fragmentario de las fuentes, la utilización de los métodos más sublimados haga posible el logro de unos resultados correctos.

En cambio, los elementos específicos de la labor indagadora del historiador, resultantes tanto de las particularidades de su esfera analítica —carácter fragmentario e incertidumbre de las fuentes— como de sus objetivos específicos —análisis de los cambios en especial en los largos períodos— hacen que al operar con todos los procedimientos estadísticos existentes, el historiador tenga que sentir una preferencia por algunos determinados. Cada estadista al utilizar los métodos estadísticos para el análisis de la realidad social tiene que referirse a veces a unos materiales fragmentarios e inseguros ya que también aspira a descubrir los cambios en las largas épocas. Pero en las investigaciones históricas estos elementos se sitúan en un primer plano, dominan y hacen que unos procedimientos sean más o menos provechosos.

Como al principio de este trabajo hemos remitido al lector a los manuales fundamentales del método estadístico, sólo deseamos señalar la preferencia a la que hemos aludido, con un par de ejemplos: cuáles son los métodos que pueden utilizarse

con un éxito relativamente mayor en la labor investigadora del historiador, y que pueden ayudarle a no caer en el error o a lograr lo que se propone.

El grado limitado de exactitud

Al manipular las cifras extraídas de las fuentes, vamos a establecer una serie de cifras absolutas o relativas (porcentajes, índices, etc), obteniendo así unas cantidades a veces del orden de los millones o unos porcentajes que no se prestan a ser traducidos en números enteros. En tales casos se da a menudo el fenómeno de que los historiadores presenten esas cifras tal y como les salieron en los cálculos; para mayor exactitud, dan los porcentajes más precisos posibles a una centésima e incluso una milésima parte. En esto se expresa el ingenio culto de los historiadores hacia las cifras, el cual suele ser —como lo afirmara Bloch— el resultado de su poca familiaridad con ellas.

Pero es el caso de que el convencimiento de que por este camino se logra una exactitud mayor constituye un error de principio.

Pues estas cifras tomadas de la fuente deben presentarse en el cálculo tal y como existían en la fuente documental. En cambio, las que constituyen el resultado de los cómputos del historiador deben ser presentadas sólo con una exactitud aproximativa, la cual únicamente lo han de dictar dos elementos: a) la necesidad de efectuar investigaciones ulteriores; b) la estimación del grado de exactitud de los datos y coeficientes en base a los cuales se efectuó el cálculo. Así, si sobre la base del número de casas conseguimos el de habitantes mediante la multiplicación del número de aquellas por el coeficiente supuesto de habitantes por casa, tanto el multiplicador como el producto arrojarán un error de por lo menos un 25%. En tales condiciones, el expresar el número de habitantes con una exactitud de una unidad es ridículo, como lo es el cálculo de las cifras relativas.

El hecho de presentar unas cifras —resultantes del cómputo realizado por el historiador— más exactas que lo que el material puede permitir no aumenta la exactitud de las cifras sino que la disminuye. Además, esto induce a error al lector quien al ver las cifras tan especificadas puede olvidarse de que en el fondo no son más que una aproximación.[56]

La preferencia de las cifras relativas sobre las absolutas

Las estadísticas históricas son siempre más o menos exactas al introducirse en ellas errores cuyos factores determinantes, en general, sólo son conocidos en parte por el historiador. En estas condiciones, las cifras absolutas —tomadas como tales en

las fuentes y los resultados de los cálculos efectuados por el investigador— sólo pueden jugar un papel orientador en la escala de las magnitudes correspondientes.

Habitualmente, el historiador extraería de esta comprobación la conclusión de que esta clase de cifras son poco útiles. ¡Nada más falso! Pues el orientarse en la escala de las magnitudes es un resultado fundamental y suficiente en el examen de los fenómenos sociales de carácter masivo. Ya nos hemos referido a la importancia que para el historiador tiene el fijar los límites entre los cuales debe situarse la magnitud buscada —a condición de que éstos no sean demasiado amplios.

En cambio las cifras relativas conseguidas por nosotros en el curso de la exploración tienen un valor cognoscitivo muy superior,[57] al cual ya nos referimos y que suelen ser con mucha frecuencia más auténticos que las cifras absolutas.

Suponiendo que queramos calcular la población de un país y en un año determinado sobre la base de los documentos fiscales hallados en las fuentes, dichas fuentes y por lo tanto nuestros cálculos han de estar sujetos a numerosos errores resultantes bien de la ineficacia del aparato administrativo de la época, bien de los abusos por él cometidos. Pero si sobre esa misma base establecemos el porcentaje de habitantes que residieron en alguna región del país, podemos suponer que el tanto por ciento así obtenido dará un error menor, ya que en unas condiciones socio-económico-políticas dadas, los abusos se produjeron muy probablemente de una forma igual en todas las regiones.

Parecido razonamiento no puede efectuarse sin pruebas, pues en la Polonia del siglo XVIII no podría extenderse a las regiones del nordeste.

De la misma manera, si tomando como base los registros de impuestos de una misma clase correspondientes a dos fechas distantes muchos años entre sí, establecemos el porcentaje del aumento demográfico en un país y en sus diferentes regiones, tenemos derecho a concederle a las cifras relativas que hemos conseguido una importancia y confianza mayores, siempre y cuando en el espacio de tiempo considerado no cambiaran ni el principio ni las formas de la recaudación fiscal y que en ese mismo período no se haya producido el reforzamiento o el debilitamiento del aparato administrativo del Estado.

A veces, la autenticidad mayor de las cifras relativas con respecto a las cifras absolutas resulta que de ambas absolutas sobre las cuales se asienta un dato relativo son erróneas en una escala que desconocemos, pero cuya falsedad opera en el sentido contrario. Los ejemplos de la mayor autenticidad de las cifras relativas respecto de las cifras absolutas sobre las cuales estuvieron basadas unas cifras relativas determinadas, podrían multiplicarse al infinito.

Éstas son para nosotros importantes también debido al ca-

rácter fragmentario que suele tener el material documental de las fuentes. Al no poder descubrir por la falta de fuentes lo que buscamos en el análisis de todo el territorio de un país dado, conseguimos unos datos relativos sobre la base de las investigaciones regionales delimitadas, y tras un razonamiento adecuado, llegamos a la conclusión de que con toda probabilidad esa misma relación existía en el conjunto del país o bien que en alguna otra de sus regiones las proporciones eran más altas o más bajas.

Por último, las cifras relativas —como lo demostraremos aún después— aumentan de modo considerable nuestros conocimientos al reflejar las relaciones y los procesos que configuran la época que nos interesa. En este aspecto las cifras absolutas nada nos dicen. Pero no es todo: a menudo las cifras absolutas tomadas de las fuentes —por ejemplo, la cantidad de las defunciones en cualquier año y región—, al no poderse confrontar por la falta de datos con otras cifras a fin de establecer en nuestros cálculos las cifras relativas, no nos sirven casi para nada.

La elección de los promedios

El método estadístico pone a nuestro alcance una serie de procederes para el cálculo de las magnitudes medias. Sólo enumeraremos: la media aritmética, la media aritmética ponderada, la media geométrica, la media modular y mediana, tienen cada una de ellas unos valores distintos tanto en lo que atañe a la técnica del cálculo —ahorro de tiempo y de trabajo— como bajo el punto de vista del contenido reflejado por cada media. En este caso el historiador ha de preferir el procedimiento que disminuye el influjo de las magnitudes extremas sobre los resultados.

Así, el estadista moderno de los precios debe adoptar respecto de las magnitudes extremas una actitud muy distinta a la del historiador, ya que sabe que también esas cifras proceden de las anotaciones efectuadas de acuerdo con unas instrucciones determinadas, mientras que el historiador ignora en la mayoría de los casos en qué circunstancias se efectuaron las anotaciones. De manera que se puede sospechar que las magnitudes extremadas reflejan un contenido distinto al de las demás cifras, que informan acerca de unas transacciones particulares, llevadas a cabo en otras circunstancias. De ahí el temor de que no influyeran en el sentido de deformar la media. Al escoger entre la media aritmética simple y la media aritmética ponderada, es preciso elegir esta última cuando las magnitudes extremadas figuran esporádicamente en las anotaciones —pero si figuran en gran número en las inscripciones, en tal caso esas magnitudes deben considerarse como representativas.

A pesar de utilizar en los cálculos de las medias los procedimientos periódicos —mensuales, trimestrales, anuales— que facilitan la eliminación de los datos más extremados, el historiador siempre ha de tener en su labor una seguridad respecto de las magnitudes conseguidas con este método. Y esto porque desconoce las circunstancias en que tales anotaciones se efectuaron y que pueden deformar las cifras en varios sentidos, y también porque ha de obtener un gran número de medias sobre la base de unos datos muy poco abundantes en las fuentes. De aquí que las series cronológicas elaboradas por el historiador hayan de expresar forzosamente una gran movilidad, oscilando de año en año y que en apariencia no tienen ninguna tendencia de desarrollo. Lo peor es que esta movilidad puede reflejar más de una vez la realidad concreta, ya que sabemos que muchas magnitudes, en los siglos pasados, se hallaban afectadas por unos cambios que desde el punto de vista de la escala y de los múltiples sentidos de orientación eran mayores en relación a los cambios de nuestra época. El número de habitantes y el coeficiente demográfico, el nivel de los precios en el mercado, el curso de las divisas, la productividad de la tierra y una infinidad de otras magnitudes de la época feudal, de año en año subían en una escala que hoy aparece muy raramente si no es como resultado de las guerras o de las revoluciones. Pero el cuadro de las oscilaciones obtenido por el historiador puede ser fruto de unos datos erróneos sobre los cuales asentara su trabajo. Al obtener una línea zigzagueante, nunca sabrá cuál de las dos causas la provocó.

En los datos individuales de un período cronológico determinado, el único medio de verificación que le queda al historiador es la confrontación de los resultados que ha conseguido con las fuentes históricas de otro tipo, sobre todo descriptivas y las cuales son susceptibles bien de refrendar directamente la aparición o manifestación en ese momento del fenómeno determinado (como el encaramiento de los productos) o de informarle de otras circunstancias aparecidas en aquel momento y a la luz de las cuales el fenómeno determinado deja de ser extraño (los pasajes sobre las plagas del campo confirman la subida del precio de los cereales y los testimonios de la guerra en una región portuaria, el encarecimiento de los artículos importados).

El hallazgo de esta clase de indicaciones puede aclarar un fenómeno determinado. Sin embargo, el no encontrar estas indicaciones no prueba nada ni puede servir de base para dudar de la autenticidad de los datos cuando el período que interesa al investigador se halla excepcionalmente bien documentado en las fuentes.

Así, las series cronológicas obtenidas por el historiador pro-

sentan en la mayoría de los casos un nerviosismo en las oscilaciones anuales y en apariencia se hallan desprovistas de toda tendencia al desarrollo. En la ciencia se pueden dar casos en que el investigador, al elaborar las series cronológicas no advirtió sus tendencias. Al operar con un material cuantitativo, el confirmar la existencia o la no existencia de la tendencia al desarrollo no puede dejarse a la sola capacidad de observación del historiador, sino que debe ser calculada y confirmada con la manipulación de los datos.

La manera más sencilla de disminuir la influencia de las fluctuaciones resultantes de las series cronológicas es el cálculo de las medias para varios años —trienales, quinquenales, decenales. Tal método lo utilizaron los autores de las indagaciones de la historia de los precios en la escuela de Lvov. Pero ese método suscita serias dudas, ya que conduce a obtener un diagrama cuyos «saltos» dificultan la aprehensión de la continuidad del proceso. Además no constituye ninguna garantía contra el influjo de la casualidad, ya que en el caso de que en la composición de una media multianual determinada se produjeran dos saltos hacia arriba o hacia abajo, podemos obtener una franca deformación del cuadro respecto del desarrollo. Esto es tanto más peligroso cuanto que al operar con las medias multianuales disminuimos varias veces la cantidad de los datos sobre cuya base pretendemos observar el fenómeno que nos interesa en el período analizado (para la media decenal contamos apenas con 10 anotaciones por siglo, etc). De aquí que sea incomparablemente más acertado el método de la media móvil a pesar de que éste sea mucho más laborioso. La edad de la vida humana en el período adoptado en la media móvil (5, 7, 9 y a veces 11 años, siempre han de ser unos números impares), lo fijamos observando los intervalos de tiempo entre los grandes saltos hacia arriba o hacia abajo en una serie de medias anuales.

El procedimiento de las series móviles tampoco asegura la eliminación de la influencia de las anotaciones extremadas casuales, pero sí reduce al mínimo dicha influencia y aumenta las posibilidades analíticas, eliminando los «saltos» con las anotaciones correspondientes a cada uno de los años del período investigado.

Suponiendo que a pesar de la utilización de la media móvil la serie cronológica no deje aparecer ninguna tendencia clara, esto puede significar o bien que en el fenómeno analizado no se manifestó ninguna tendencia o que hemos tomado como base de la media móvil, un período de tiempo demasiado breve.

Al componer las series cronológicas de cifras relativas (índices), el historiador, especialmente cuando opera con largos períodos, tropieza con grandes dificultades.

El método más sencillo es el índice constante, tomando como punto de partida la cifra 100. Además, éste, en apariencia, es el más comprensible y concreto para la imaginación del autor y del lector; y el más seguro.

La autenticidad y en especial la plenitud de nuestras informaciones disminuye cuanto más nos remontamos cronológicamente en el pasado. Ya de por sí esto debe abogar en contra de tomar como base del índice constante, las fechas de partida o los puntos de partida más cercanos. El nivel de estos datos influye en el índice constante a través de toda su duración, y aunque esto no tenga una gran importancia matemática, provoca una impresión inadecuada en el lector. Si en un año determinado el índice de coste del saco de trigo asciende a 150 en relación con 1 año tomado como base y calculado en 100, no significa sino que es superior en el 50% a dicho año. Sin embargo, un diagrama o una serie determinada siempre producen en el lector una impresión de encarecimiento que no se suele justificar ya que la cifra del año tomado como base es, por unos motivos que ignoramos, más baja (por ejemplo, si, como suele ocurrir, la hemos tomado del libro de cuentas de un convento al que el trigo fue entregado en unas condiciones muy favorables, como una obra «pía»).

Más racional sería proceder a la inversa, es decir, tomando como base para el coeficiente constante el punto final de la investigación, lo cual permitiría tomar como indicación la advertencia de que dicho coeficiente suele ser menos auténtico cuanto más nos remontamos en el pasado en relación con la base.

Pero el método más propio de las exploraciones históricas, contando con la inseguridad de los datos y el desconocimiento de las circunstancias que concurrieron a su anotación, etc., así como al resultado de operar con largos períodos, parece ser el método de los índices en cadena, los cuales reflejan las magnitudes correspondientes a cada uno de los años con los porcentajes con relación a los años anteriores.

Este método suele ser muy beneficioso para el historiador. Su mérito consiste en que limita la influencia de los errores que se esconden en nuestras series y que desconocemos, y cuyo enorme peligro es que se den en las indagaciones históricas. Al componer la serie de precios de una mercancía dada en un período determinado, nos exponemos a que en alguno de los años se haya producido un cambio en la medida en que tal mercancía fue aforada, en su calidad o en el valor del dinero, cambios que probablemente desconocemos. Al sentar los datos anuales sobre

las sumas ingresadas en el Tesoro del Estado en el concepto de algún impuesto, es posible que no estemos enterados de las reformas que pudieron efectuarse en un año determinado con relación al citado impuesto. Al calcular, por ejemplo el número de habitantes sobre la base del impuesto *per capita*, podemos ignorar en qué forma se efectuó la recaudación en un momento dado. Podríamos multiplicar los ejemplos. Aquí, cada uno de los fenómenos ha de pesar sobre los índices constantes hasta el final. Además, ya que es posible suponer que estos casos se dan con toda probabilidad con una frecuencia mayor cuanto más nos remontamos en el pasado, de ahí que en los períodos iniciales los índices se hallen deformados en parte y que esta deformación repercuta en toda la serie.

Con la adopción de los índices en cadena, las influencias de este género de errores quedan circunscritas hasta el eslabón siguiente. Así, si a pesar de todas las precauciones obtenemos una serie en la cual a partir de un año determinado observamos, contrariamente a los demás datos sobre el fenómeno investigado, un brusco aumento o una baja de nivel, en el caso del coeficiente constante éste seguirá deformado durante todo su curso por unas razones que desconocemos, mientras que con el coeficiente en cadena podemos, reconociendo nuestra ignorancia, eliminar dos eslabones de la cadena, con lo cual el citado índice conservará toda su fuerza en el futuro.

Pero el valor de este índice no se limita a estos provechos técnicos. Es mucho más profundo y se halla vinculado a los problemas fundamentales de la teoría del conocimiento histórico. Está ligado al problema de la comparabilidad en los largos períodos y por consiguiente a la comparabilidad de las diferentes sociedades y civilizaciones. Ya hemos expresado nuestra crítica respecto de los intentos de elaborar series de siete siglos para demostrar las oscilaciones de los precios del ganado de cerda, del vacuno o del salario del obrero de la construcción, ya que todo ello cambió en un período tan largo: cambiaron los animales objeto de las transacciones, las condiciones de trabajo de los hombres, las formas de realizar las transacciones y el mercado en las cuales se establecieron, cambió el sentido social del dinero que servía en dichas transacciones, etc. Así, si consideramos negativa la serie de siete siglos, ¿cuál ha de ser el límite de la serie adecuada? El índice en cadena elimina esa dificultad, ya que refleja los cambios de año en año y su variabilidad en el momento de establecerlo. A las gentes que vivían a finales del siglo XVIII no les importaba qué porcentaje representaba en comparación a los precios del siglo XVI, los que ellos pagaban[58] pero sí, y mucho, los cambios que se producían en los precios anualmente.

El índice en cadena no anula la posibilidad de efectuar comparaciones en largos períodos de tiempo. Podemos realizarlas a

cada momento de acuerdo con las necesidades analíticas con las pequeñas manipulaciones aritméticas. En sí este procedimiento es el más seguro y el menos arriesgado tanto con un criterio técnico investigador como bajo el punto de vista teórico-cognoscitivo.

La preferencia respecto a la curva logarítmica

Esta preferencia concierne sobre todo a los investigadores de la historia económica de la época capitalista, cuya dinámica de las transformaciones económicas es totalmente distinta que en las formaciones anteriores, y que hace que el problema fundamental económica y políticamente y por lo tanto el que se investiga, se convierta no ya en un cambio de los niveles de las magnitudes absolutas que reflejan la vida económica sino en la oscilación en el ritmo de los cambios. Así, no basta con que aumente la producción global, sino que el problema está en si el orden acompasado de crecimiento aumenta o disminuye.

Este fenómeno sólo puede indicarlo la escala logarítmica.

Marx no utilizó en sus análisis la escala logarítmica. El período capitalista relativamente breve que pudo analizar, el ritmo de crecimiento relativamente reducido que él investigó en aquel espacio de tiempo, todo ello podía expresarse en la escala aritmética. Pero han acontecido cambios muy grandes. Nos hemos alejado en muchísimos decenios de los comienzos del capitalismo. Las magnitudes económicas en cifras absolutas han crecido enormemente. Por último, y acaso esto sea lo más importante, el problema fundamental para el funcionamiento de la economía: el nivel de vida de las diferentes clases sociales, la correlación de fuerzas de éstas, etc., ha dejado de ser facilitado por el propio crecimiento económico para convertirse en el problema del ritmo de desarrollo (creciente, estable o decreciente).

En tales condiciones, los investigadores que desconfían de la escala logarítmica (los hay) no podrán probar sus más justas tesis.[59]

El investigador que quisiera demostrar la influencia de los principios del imperialismo sobre la industria de Polonia en la época Congresista* no conseguiría su objetivo sirviéndose de la escala aritmética, ya que a principios del siglo XX la producción no cesa de aumentar. En cambio, con la escala logarítmica obtendría un cuadro muy claro sobre la disminución del ritmo de crecimiento, actuando de un modo que garantiza la comparabilidad de las magnitudes absolutas en un largo período.

* Estado polaco conformado de acuerdo con las decisiones adoptadas por la Santa Alianza el 3 de mayo de 1815 en el Congreso de Viena. (*N. del T.*)

Cuanto más cercano sea el período al que nos referimos, tanto más necesaria resulta la escala logarítmica. Ésta es indispensable para el análisis histórico de las formaciones socialistas en las que a medida que el tiempo va transcurriendo, las magnitudes absolutas y los diagramas en escala aritmética son cada vez más absurdos.

Las licencias del historiador

Teniendo en consideración el carácter fragmentario de los materiales documentales que se han conservado hasta nuestros días, el historiador que con relación al pasado utiliza el método estadístico tiene derecho a exigir de la opinión científica una mayor comprensión que el estadista que al analizar la realidad actual puede en caso de faltarle las fuentes necesarias, crear otras nuevas.

En ocasiones, el historiador debe vulnerar los cánones elementales de la técnica estadística: pues a menudo debe colocar en una misma tabla los datos procedentes de varios años y sumarlos. Al calcular el coeficiente de habitantes por fuego en en algún lugar, suele ocurrir que el número de personas lo halla en una fuente alejada en varios años de la que le facilitó el número de fuegos, a pesar de lo cual se atreve a dividir estas magnitudes. También ocurre que un coeficiente obtenido sobre la base de los materiales relativos a una región determinada, es utilizado para el análisis de otras regiones, etc.

Así, al trabajar en condiciones difíciles y al estar supeditado a las fuentes que se hayan podido conservar, el historiador tiene derecho a exigir de la opinión científica una mayor comprensión.[60]

Pero para recabar esta confianza hacia él, debe cumplir con dos premisas fundamentales:

En primer lugar debe explicar y hasta subrayar con toda claridad todos los casos en que ha utilizado este tipo de libertad. En los cuadros donde figuran posiciones relativas a los diferentes años, incluso cuando éstos son muy cercanos unos de otros, debe subrayar claramente este hecho a fin de que el crítico más penetrante pueda comprobar lo acertado de la citada manipulación. Lo mismo sucede con las cifras no similares o heterogéneas de los diferentes años, regiones, etc.

En segundo lugar, el historiador tiene la obligación de discutir sobre el derecho a proceder como lo ha hecho, probando o al menos tratando de probar que su proceder no provoca ningún error importante. Suponiendo que al sumar la cifra de los fuegos aldeanos disponga en lo que concierne a varias provincias de unas cifras dos años más viejas que las de las demás provincias, tiene la obligación de recapacitar si en el período inte-

resado no se produjeron en aquellas regiones destrucciones como consecuencia de la guerra. Si para el cálculo de la producción de un año determinado utiliza el factor técnico, conseguido con unos materiales varios años más antiguos, debe preguntarse si entre estas épocas no se efectuó algún progreso técnico en esa rama de la producción.

Todos estos tipos de problemas deben ser reflexionados, analizados y argumentados en su exposición.

Sólo cumpliendo con estos dos requisitos puede el historiador exigir la comprensión y el respeto hacia sus obras.

LA UTILIDAD COGNOSCITIVA DEL MÉTODO ESTADISTICO EN LA HISTORIA ECONÓMICA

Los elementos del intersubjetivismo

Las cifras poseen su propia fuerza de convencimiento. Pudiéramos discutir infinitamente si en un país y en un período determinados crece o no el rendimiento de la tierra. Un hecho cuya estimación está basada en las fuentes deja de ser litigioso siempre y cuando éstas sean auténticas y representativas. En la práctica las cosas suelen presentarse muy raramente de una manera tan favorable ya que con demasiada frecuencia la autencidad y representatividad de las fuentes asequibles están sujetas a discusión. Sin embargo, se dan numerosos casos en que este carácter litigioso se elimina totalmente, o casi desaparece.

Se puede añadir que el estadista puede sustraerse en muchos casos al ascendiente de las fuentes descriptivas que por naturaleza están sujetas al influjo de las apreciaciones subjetivas de sus autores, y utilizar las fuentes «casuales»[61] las cuales no fueron elaboradas para servir de testimonio del pasado en el presente. La incuestionable superioridad de los cálculos relativos a las explotaciones agrícolas actuales, utilizados en escala masiva en la literatura agrícola para analizar el rendimiento de la tierra o su rentabilidad monetaria, etc. es evidente pero sólo pueden ser aprovechados con la técnica estadística.

Suponiendo que utilizando esta técnica estadística no consigamos eliminar los casos litigiosos, podemos reducir el campo de la controversia, lo que no deja de ser en sí un gran éxito científico.

Asimismo, la estadística y sólo ella permite darle a la elaboración del material documental masivo toda su representatividad o la que se ha establecido sobre la base matemática, lo cual elimina el carácter litigioso de los análisis fragmentarios realizados con subjetivismo con respecto a esas mismas fuentes.

La utilización del método estadístico suele desembocar en

una discusión sobre los procedimientos de cálculo, lo que corresponde a un criterio plenamente objetivo. El control de los resultados del investigador con la crítica científica conduce en la mayoría de los casos al control de las manipulaciones con los datos.

El valor cognoscitivo de los coeficientes

Uno de los elementos del análisis estadístico es el establecimiento de los coeficientes que señalan la relación entre dos magnitudes extraídas de las fuentes o bien elaborados por mediación de éstas. Estos coeficientes —se puede considerar esto como una regla— se distinguen por una autenticidad superior a la de las cifras absolutas. Aquí, queremos subrayar que tienen igualmente un mayor valor cognoscitivo y esto en dos sentidos.

En primer lugar hay que recalcar que la variabilidad histórica de los fenómenos sociales se expresa ante todo en los cambios de proporciones, la cual no se presenta nunca a través del crecimiento o de la disminución uniformes de las magnitudes de ese fenómeno. Esto se expresa más que nada en que tales cambios se producen siempre en el curso de la lucha incesante de las diferentes fuerzas sociales, y también en que esos cambios es operan en el curso de la incesante lucha del hombre con la naturaleza, combate que se realiza con más o menos fortuna y con un ritmo variable en los éxitos. Simultáneamente, la contienda social conduce al desigual aprovechamiento de los resultados de las conquistas del hombre en su lid contra la naturaleza y desigual al reparto de los resultados que entrañan sus fracasos. El desarrollo siempre es desigual.

Un número considerable —aunque no todos— de las relaciones que caracterizan a los fenómenos sociales demuestran en el curso de la historia un sentido de desarrollo. Según la ley de las grandes magnitudes este sentido aparece sólo cuando analizamos unas superficies suficientemente extensas o unos períodos cronológicos lo bastante largos. Es interesante, por así decirlo, que en las polémicas que ha habido hasta la fecha sobre la «regularidad», este fenómeno no haya sido tomado en consideración. Crece el número de los habitantes en relación a la superficie de la tierra, aumenta la longevidad media humana y automáticamente varía la estructura de la población según las edades, cambia el porcentaje de la población ocupada en el agro, acrecienta el tanto por ciento de las gentes empleadas en los servicios, se prolonga el período de escolaridad de los jóvenes antes de entrar en la vida social y la actividad productiva, se intensifica la productividad del trabajo y al mismo tiempo se reduce su duración diaria y anual, etc.

Todos estos hechos son evidentes en el estado actual de los conocimientos históricos y la realidad de estas comprobaciones

no disminuye en lo más mínimo un fenómeno como el de que en la primera mitad del siglo xx la población de Prusia oriental disminuyó, que en Francia se encuentran en nuestros días muchos pueblos abandonados, que la duración de la vida media humana calculada en 1944 en Varsovia, en comparación con el año 1938 nos daría un descenso catastrófico o que el porcentaje de la población ocupada en los servicios productivos en Polonia durante el período del plan sexenal descendió de modo considerable. El historiador clásico, fascinado por el culto al hecho individual, viendo ante él un mar de hechos igualmente importantes y no jerarquizados y con una profunda desconfianza hacia cualquier generalización y contraposición, no suele conocer la ley de las grandes magnitudes, ni puede apreciar por lo tanto el valor cognoscitivo y el poder probatorio matemático de las generalizaciones obtenidas sobre la base de las mismas.

Suponiendo que estemos de acuerdo con esta tesis, está claro el valor cognoscitivo de los coeficiente obtenidos como resultado del análisis histórico-estadístico. Estos coeficientes permiten situar la sociedad analizada en «la escala orientadora» de los cambios, medir las transformaciones progresivas o regresivas que en ella acontecen, comprender las desproporciones que en ella se manifiestan en el caso de que uno de los coeficientes refleje un cambio mayor mientras que otros indican unos cambios menores. También facilitan las comparaciones en la escala del tiempo y del espacio; expresan los problemas mensurables y capaces de averiguación. Nos informan sobre unas relaciones de las cuales nunca nos hubieran dado ninguna referencia los autores de las fuentes, ya que tales relaciones eran desconocidas para ellos que a menudo desconocían incluso el problema mismo del cual el coeficiente constituye la expresión.

El valor cognoscitivo del coeficiente se expresa además en otra esfera. Al sentar un coeficiente dado, seguidamente —aprovechando a veces la «libertad» del historiador— podemos adaptarlo a otro material, aumentando así nuestros conocimientos. Al tener calculada sobre una base limitada la media de los componentes de una familia, siempre después de la correspondiente crítica, nos es posible aplicar este tanto por ciento a los resultados del registro de impuestos y calcular el número de habitantes del país. Conociendo la representatividad del rendimiento de una unidad de cultivo en el agro, podemos calcular la producción agrícola nacional mientras conozcamos la magnitud de la superficie cultivada, es decir, a través de los registros de la renta de la tierra, etc. Teniendo conocimiento del rendimiento medio de un alto horno y la cifra de éstos en el país, podemos estimar la producción de hierro nacional; del mismo modo nos es posible obtener una plataforma para los siguientes análisis comparando la magnitud obtenida por este método con los datos sobre la importación y la exportación del hierro, etc.

El coeficiente es en sí un elemento trascendental para el conocimiento de cada una de las sociedades pretéritas analizadas, el cual al ser utilizado en las investigaciones siguientes permite llegar a nuevas conclusiones.

La estadística histórica, instrumento de eliminación de uno de los factores activos

La ciencia histórica no dispone de experimentos. Pero el experimento es uno de los elementos más importantes e irreemplazables del proceso analítico. En repetidas ocasiones se ha pensado si la ciencia histórica no dispone quizá de algún método que constituyese un sucedáneo experimental o que poseyese al menos alguno de los múltiples valores de la experimentación.

En este sentido, el pensamiento de los positivistas optimistas de la segunda mitad del siglo XIX tendió a subrayar los valores del método comparativo. Así, la observación de la monarquía absoluta en los diferentes países y a la vez en las diferentes condiciones, debía, según ellos, ser el equivalente del experimento. En este método se encierra el futuro de la ciencia histórica,[62] y de las ciencias naturales. Al pasar de la observación de un objeto a otro, nos encontramos con el cambio de tantos factores a la vez que perdemos la posibilidad de establecer la similitud de los nexos causales.

El método estadístico posee a veces uno de los valores del experimento. Nos referimos a la posibilidad de eliminación de uno de los factores activos que provocan el cambio del objeto de la investigación, la cual constituye uno de los valores fundamentales del método experimental. Al analizar cualquier fenómeno físico lo podemos observar primero bajo la presión atmosférica, después en el vacío eliminando la acción de la presión atmosférica, primeramente a la luz, seguidamente eliminando la influencia luminosa, etc. El historiador carece de esas posibilidades.

Ahora bien, en ciertos casos el método estadístico permite eliminar con toda precisión uno y hasta varios de los factores activos.[63]

Como ejemplo, el análisis de la historia de los precios en la época capitalista. En la oscilación de los mismos, influyen lo sabemos gracias a la teoría elaborada sobre la base de las observaciones hechas hasta la fecha:

a) los cambios temporales,
b) los ciclos coyunturales,
c) los cambios monetarios,
d) los cambios en el mercado exterior,
e) los cambios de carácter extraeconómico (por ejemplo, el pánico provocado en el mercado por los rumores de guerra).

Al establecer una serie de precios mensuales relativa a muchos años, podemos eliminar de ella con una precisión matemática la influencia de cada uno de los factores activos en tanto que éstos aparecen con regularidad. Así, en un caso determinado, podemos eliminar la influencia de las oscilaciones temporales, y también la del ciclo coyuntural o ambos factores a la vez. Pero no podemos eliminar ninguno de los tres factores restantes. A pesar de esta importante limitación —que se manifiesta asimismo en el análisis de la realidad social contemporánea y que no constituye en lo más mínimo una dificultad propia del conocimiento histórico— la posibilidad de eliminar aunque no fuera más sino algunos de entre los factores que contribuyen al cambio del objeto investigado por el método estadístico constituye un enriquecimiento trascendental de los procedimientos del historiador. Además, este es un método que garantiza la más rigurosa exactitud matemática siempre y cuando nos atengamos a dos condiciones: *a*) la riqueza correspondiente de los datos con los cuales se efectúa el análisis, *b*) la gran regularidad relativa de aparición de los factores que queremos eliminar. También permite analizar mejor el fenómeno eliminado que en este caso ha sido «preparado» y calculado con gran precisión, y proceder a la observación exacta de los fenómenos restantes después de haberse procedido a la exclusión.

El entrelazamiento de los límites litigiosos

Hasta ahora, las indagaciones histórico-estadísticas estuvieron basadas con prioridad en las fuentes de la primera y segunda categorías a las cuales nos hemos referido. Han sido formuladas muchas críticas en relación con los resultados de esas investigaciones, y más de una vez la crítica de los resultados de las diferentes monografías o de las diferentes fuentes se convirtió en la crítica de las posibilidades cognoscitivas que suelen encerrar estas categorías de fuentes. Los historiadores clásicos se asombraban ante la disparidad de los resultados obtenidos con las mismas fuentes por los distintos historiadores. Así, la estimación de la población del Ática en el año 431 a. de J.C. oscilaba entre 200.000 (según Beloch) a 600.000 (según Gernet).[64] Y la cifra de la población de Polonia en el reinado de Casimiro el Grande fluctuó entre 970.000[65] y 1.360.000.[66]

En el historiador habituado a la concreción de los hechos esto ha de suscitar más de una vez un sentimiento de desconfianza general hacia una categoría de fuentes o hacia unos métodos determinados. También se olvida que en el análisis de las fuentes que no tienen un carácter cuantitativo suelen ser muy acusadas las diferencias de criterio entre los historiadores, que la disparidad citada sobre el cálculo del número de habitantes

tiene la misma importancia cognoscitiva que el método histórico clásico, que consiste en fijar para un hecho no fechado unos límites cronológicos bajo la forma de los términos *post quem* y *ante quem*. Tratándose de la búsqueda de una magnitud determinada, en especial en el caso de traducir las categorías institucionales contenidas en la fuente a las categorías analíticas con ayuda de los coeficientes tomados como base y en que —como ocurre muchas veces— la magnitud de dichos coeficientes es opuesta y el problema no puede zanjarse en el estado en que la ciencia se halla en ese momento, el historiador debe obrar de tal manera que una vez hará el cálculo tomando como base los coeficientes más bajos y otra vez haciéndolo con los más altos. Así obtiene los límites en el marco de los cuales se sitúa la magnitud buscada; es decir, «la cifra por encima de la cual» y «la cifra por debajo de la cual»... El establecer estos límites y estrecharlos a medida que se va progresando en la experimentación constituye un importante logro científico.

Bloch tiene razón cuando escribe que «la estadística histórica no puede aspirar a una exactitud perfecta: los historiadores sienten hacia las cifras un respeto tanto más profundo ya que se hallan menos familiarizados con ellas, por lo que para ellos son menos comprensibles que para sus compañeros de laboratorio. En cambio, la estadística histórica nos permite conseguir la única realidad importante: la escala de las magnitudes y el sentido de los cambios».[67]

Las posibilidades de verificación a través del análisis de las relaciones

La estadística histórica permite verificar ciertos datos contenidos en las fuentes y utilizados por la ciencia con la confrontación de las estimaciones estadísticas obtenidas sobre la base del conocimiento de ciertas relaciones de la vida social y en especial de la vida económica.

Los conceptos generalizados en la Polonia del siglo XVIII del tema del comercio exterior de este país pudieran confrontarse con las indagaciones estadísticas de los registros arancelarios de los Estados limítrofes y como resultado de esta confrontación podrían confirmarse, modificarse o abolirse dichos conceptos. Los datos sobre el comercio podrían cotejarse con los de la producción. Los datos de las fuerzas del ejército podrían confrontarse con los de la población nacional. Los datos de la mortalidad provocada por las epidemias podrían confrontarse con las cifras relativas al número de habitantes que anteriormente existía y con los que sobrevivieron a la epidemia, etc.

Es incuestionable que la confrontación de los resultados obtenidos acerca de los fenómenos más variados y sobre la base

de las diversas fuentes documentales, representa una de las directivas metodológicas principales en la labor histórica, empleando para ello todas las técnicas investigadoras. Sin embargo la estadística histórica abre un campo muy amplio tanto por el hecho de llevar a la comprensión de la categoría mensurable como por permitir con harta frecuencia confrontar los testimonios conscientes de una época determinada con los resultados conseguidos por otro medio muy distinto, entonces desconocidos y que más de una vez tienen una autenticidad superior a la que pudieran conferirle los que vivían entonces y que estaban asombrosamente mal informados —hablaremos de ello más adelante— de unos hechos pertenecientes a la realidad social en la que les tocó vivir, unos hechos para nosotros interesantísimos.

Las posibilidades de conocimiento de los fenómenos desconocidos en las fuentes documentales

Los fenómenos de carácter masivo, los únicos que pueden ser el objeto de las investigaciones estadísticas en general y por consiguiente estadístico-históricas, suelen tener unos efectos de larga duración. No suelen desaparecer sin dejar huellas. El más claro ejemplo es la llamada pirámide de la edad de la población de París en los años 30 de nuestro siglo, en la cual aparecía, bajo la forma de un «diente» en el grupo de gentes de 60 a 70 años de edad, la influencia de los acontecimientos de la época de 1870-1871, en que tuvieron lugar la guerra franco-prusiana, el cerco de la capital de Francia y la Comuna de París. La incrementada mortalidad de los recién nacidos y de los niños pequeños en aquel período seguía dejándose sentir en la estadística de la población de esta capital a los sesenta y tantos años de la derrota de la III República.

También los destinos del pueblo polaco en los años 1939-1945 han de influir en la pirámide de las edades durante largo tiempo (varias quintas poco numerosas, seguidas de varias quintas extraordinariamente nutridas, han de tener sus repercusiones en varias generaciones).

La duración de los efectos de unos acontecimientos incluso antiguos, aprehendidos en las estadísticas, son muy importantes para el historiador en el caso de que, estos acontecimientos en su totalidad o en parte, se hallen mal reflejados en las lacónicas fuentes documentales. ¡Puede haber algo más atractivo para el historiador que el método que le permite analizar los fenómenos y las épocas que no dejaron ningún rastro!

Los ejemplos más extremos nos los da la demografía histórica. Así, las fuentes históricas sobre las estadísticas de la población de Suecia empiezan a destacar por su exactitud a partir del año 1749. Sin embargo, el análisis de estos datos permite,

gracias a la gran precisión de los mismos, reproducir el fenómeno demográfico de los treinta años anteriores, y en particular analizar los efectos demográficos de las guerras de Carlos XII, que terminaron en el año 1720.[68]

Este procedimiento puede utilizarse no sólo respecto de los fenómenos demográficos.

Además de poderse remontar en el pasado, el método estadístico puede «llenar los vacíos» existentes en la documentación de las fuentes históricas. Las estadísticas sobre la producción en dos períodos alejados entre sí en veinte años nos pueden informar de los procesos inversionistas que en aquel período tuvieron lugar, así como los que en un intervalo de diez años dejan aparecer un gran aumento de las transacciones en los mercados y las ferias, nos informan de los procesos de configuración del mercado interior que se produjeron en el período comprendido entre dos fechas analizadas, aun cuando no se conservara ningún documento acerca de este proceso, etc.

La posibilidad de analizar aunque no fuera más que en parte los fenómenos anteriores a la fecha a la cual pertenece la fuente, o los que se produjeron en un período comprendido entre dos fechas conocidas en las fuentes y de los que en ellas no se habla, es uno de los grandes valores del método estadístico.

Las posibilidades de conocimiento de los fenómenos que no pueden estar señalados en las fuentes

Las informaciones que podemos encontrar directamente en las fuentes no pueden rebasar el horizonte intelectual del autor de un documento histórico determinado. La tarea del historiador consiste en el análisis y la comparación de las fuentes para extraer de éstas las informaciones que corresponden a su intelecto.

Volveremos al ejemplo del cálculo de la población polaca bajo el reinado de Casimiro el Grande. Los datos que tenemos son bastante dispares, pero nadie, ni el mismo Casimiro el Grande, podía tener en aquella época un conocimiento siquiera aproximativo de este problema.

Es increíble cómo los que vivían en una época determinada se equivocaban al apreciar los hechos que les rodeaban. En el año 1371 el Parlamento inglés al hacer un empréstito, estimaba que existían 40 mil parroquias cuando en realidad sólo había unas 9.000.[69] Este desconocimiento tiene su origen en primer lugar en la ignorancia de los problemas, y en cierto grado en el desconocimiento de los métodos y la falta de posibilidades técnicas para recoger los datos que hubieran permitido, en caso de conocerse el problema, analizarlo. De este hecho resultan unas consecuencias de una importancia trascendental para el

historiador. En los casos en que los coetáneos no conocían el problema que nos interesa —o que no lo supieron analizar— el historiador no tiene ninguna posibilidad de esclarecerlo con las fuentes documentales. Pero la estadística histórica es la que le ha de permitir más de una vez conocer lo que los coetáneos de la época no pudieron saber.

La cuestión se halla vinculada a la comprensión de la naturaleza y a las tareas de la ciencia histórica.

Cuando la historia se interesó exclusiva o casi exclusivamente por las motivaciones conscientes de la actividad de los individuos, lo que condujo a que la historia económica se centrara en la política y la legislación económica (Schmoller), no hubo lugar para la estadística histórica.[70] Con esa comprensión de la historia, para la estadística no existe un lugar más que a partir de mediados del siglo XVII, es decir, del momento en que los resultados de los análisis estadísticos de entonces se convierten en uno de los factores influyentes sobre las decisiones de los gobiernos en la esfera de la política económica, fiscal o militar.

En este sentido han de considerarse los resultados conseguidos en el análisis de los problemas de aquellas épocas conocidos por los coetáneos, con independencia de que tales resultados contengan datos auténticos o falsos.

El interés por la estadística histórica es uno de los aspectos de la «devolución de la propiedad de las masas», a la emancipación de las masas en las páginas de la historia. La estadística histórica examina las pruebas y los efectos de las actividades masivas con independencia de que hayan sido motivadas consciente o inconscientemente. Los historiadores clásicos[71] recalcan que los hechos independientes no influyen sobre la acción social. Esto se acerca a la verdad si consideramos como nuestro objetivo el analizar la acción individual. Pero en cuanto respecta a las acciones masivas, como muy justamente lo afirma Morazé, «la fuerza no necesita ser consciente para ser una realidad».[72] Los que vivían en aquella época no sabían lo que significaba «el desmoronamiento del sistema feudal», pero fue éste el que provocó la Revolución francesa.

La estadística histórica permite muchas veces conocer los procesos y los fenómenos de una época dada cuyos factores son totalmente desconocidos o de los que se ignora el alcance y la profundidad, y que fueron los que determinaron dichos fenómenos.

La importancia de las investigaciones estadístico-históricas para la estadística económica y la teoría de la economía

Todo este trabajo está dirigido a los historiadores que utilizan los métodos estadísticos. Las investigaciones histórico-esta-

dísticas pueden tener, sin embargo, una cierta importancia para la estadística actual, especialmente la estadística económica y para la teoría económica.

Al referirse al sistema de enseñanza de la economía y de la estadística en las universidades norteamericanas, S. Kuznets recalca su aislamiento con respecto a la historia. En Francia ocurre lo mismo ya que los estudios de economía aún siguen ligados a las facultades de Derecho. En los países socialistas, estos estudios, que aún siendo autónomos comprenden la historia económica distan mucho de unir la problemática histórica al proceso de las transformaciones actuales. De aquí el fenómeno de que tantos economistas no se sientan relacionados con los cambios concretos que se operan en la realidad. Kuznets remarca justamente, que en la «traducción de los datos institucionales a las categorías analíticas es difícil no caer en la omisión de la inconmensurabilidad de los elementos». Según él, los estadistas americanos calculan la renta nacional para un período de cincuenta años «con unas mismas cifras que pueden sumarse, multiplicarse y dividirse y que contienen elementos incomparables, que es muy fácil pasen inadvertidos en una estadística pura. La historia puede poner en guardia a los economistas ante el apresuramiento a convertir los cambios a las categorías cuantitativas» y la tendencia a las generalizaciones demasiado fáciles.[73] Es curioso que estas palabras las haya pronunciado un investigador bajo cuya dirección se efectuaron en el National Bureau of Economic Research, búsquedas en gran escala acerca de la renta nacional de los EE UU desde 1860 a nuestros días.

LOS LÍMITES DE UTILIZACIÓN DE LOS MÉTODOS ESTADÍSTICOS EN LAS INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Al dedicar este trabajo, en primera instancia, a mostrar los valores de los métodos estadísticos en la historia, hemos de señalar las limitaciones de tales métodos. Esto no es quizá de una importancia especial para la ciencia polaca en cuyos medios aún no se perfila el peligro de exagerar en la aplicación de estos procedimientos. Pero en la ciencia occidental-europea existe la tendencia a no atenerse a los límites y a presentar los métodos estadísticos en la historia algo así como un sésamo, como el único medio de hacerla científica y de emanciparla de cualquier ideología.

En principio, la utilización de los procedimientos cuantitativos para el análisis histórico es tan viejo como la historia económica. La tesis de Hume sobre la población del mundo antiguo o la de Smith sobre la evolución del valor de los metales preciosos, pueden considerarse como el comienzo de dos sectores

de aplicación de los métodos estadísticos en la historia: la demografía histórica y la historia de los precios.

Las exploraciones de Hume tuvieron un carácter claramente ideológico. Eran una lucha con el viejo Renacimiento, con la leyenda representada aún por Montesquieu sobre la supuesta y considerablemente elevada población del mundo antiguo en defensa de la teoría progresista de la Ilustración. La actual popularidad de los métodos estadísticos se halla vinculada muy a menudo con la esperanza en un «liberarse de las ideologías».

La popularidad ideológica de los métodos estadísticos y de las exploraciones históricas, parte del neopositivismo. Los sueños en torno al intersubjetivismo, a la mensurabilidad y a las averiguaciones facultadas por dicha mensurabilidad, parecen tener esa génesis. Al neopositivismo se ligan las nuevas tendencias estadístico-históricas que aspiran a la exactitud y a la concreción empírica, y también se hayan vinculadas al neopositivismo con demasiada frecuencia las ilusiones en torno al carácter no científico de los conocimientos no conceptuados con las categorías mensurables y a veces también con el temor ante las generalizaciones.

Esta cuestión está ligada a la del conocimiento o el desconocimiento de los cambios cualitativos en el desarrollo social. Un ejemplo. Hace un cuarto de siglo Alfonso Dopsch formuló la tesis[74] según la cual la teoría económica que supone la existencia en primer lugar de la economía natural y luego de la economía monetaria no resiste la averiguación histórica; según esta tesis incluso en las economías más antiguas nos encontramos con elementos de la economía monetaria (sucedáneos del dinero) mientras que en las economías más modernas hallamos ciertos elementos de economía natural; que los cambios tienen por lo tanto un carácter cuantitativo que se expresa en las proporciones.

De esta actitud dimana la tendencia —tan vieja como la ciencia histórica aunque formulada de una forma moderna— que pudiéramos definir con la frase de que «no hay nada nuevo bajo el sol». El historiador puede encontrarle a cualquier fenómeno una analogía histórica y en ciertas épocas se tendía como regla a que tratara de encontrar las más antiguas analogías.

En la obra citada, Dopsch no utiliza los procedimientos estadísticos, pero su tesis conduce a la aplicación de los mismos. Suponiendo que los cambios desemboquen en los cambios de las proporciones, el medio para conocerlos no puede ser otro que el fijarlos y para ello tenemos a la estadística. Una estadística tanto más fácil cuanto que en la composición de estas proporciones variables entran en lo fundamental los mismos elementos cualitativos.

Jan Rutkowski, que en su tiempo utilizó magistralmente los

métodos estadísticos, formuló su postura metodológica: «el individualismo... de los sistemas económicos en los diferentes territorios y épocas consiste no tanto en la existencia o la no existencia, la aparición o la desaparición de ciertas formas y componentes, como en las diferentes relaciones cuantitativas en las cuales aquellos se manifiestan.»[75]

Ahora bien, se trata de saber si esta tesis es justa.

El examen de este problema rebasa los marcos de este trabajo. Sin embargo, el responder a dicha pregunta puede ser cuestión de criterios ideológicos y que en el estado actual de la ciencia social no puede zanjarse de una forma similar. De ser así, este hecho ha de tener implicaciones con respecto al conjunto de las concepciones metodológicas de los estadistas de la ciencia histórica que deseaban sustraerse a las implicaciones ideológicas.

Manifestamos, en desacuerdo con Rutkowski, el convencimiento de que en el curso del desarrollo histórico ciertas cualidades desaparecen y son reemplazadas por otras. Para responder a la tesis de que antes de la revolución industrial el mundo no conoció un fenómeno tal como el de la industria mecanizada pudiéramos escuchar la respuesta de que esto también representa un problema cuantitativo ya que en la época del Renacimiento existían unos Institutos de Monedas mecanizados y que en la Alejandría helenística circulaban al parecer ciertas máquinas de vapor. Pero este género de actitudes metodológicas no serían muy fructíferas científicamente.

La actitud de Rutkowski no es un caso aislado ni que haya desaparecido en la ciencia histórica. Con ciertas modificaciones, sigue todavía vigente e influyendo en la ciencia francesa y en la inglesa.

Esta postura la ha subrayado vigorosamente J. H. Clapham[76] al acentuar su resuelta y programática desconfianza hacia toda suerte de generalizaciones, lo que lleva a las tesis siguientes: los cambios cualitativos en la historia no tienen importancia ya que los cambios históricos decisivos son los cambios de proporción en la manifestación de los diferentes elementos; al permitir la aprehensión de estas proporciones, el procedimiento estadístico constituye la llave para el conocimiento objetivo del pasado. Al institucionalismo de los historiadores económicos tradicionales, este autor contrapone su resuelto abandono de los conceptos generalizadores como son la «revolución industrial», el «sistema fabril» o el «capitalismo».

Inmediatamente después de la aparición del tomo I de la obra fundamental de Clapham *Historia económica de la Inglaterra moderna* en la ciencia se puso de relieve que al oponerse a los métodos tradicionales, «desmantela la casa, convirtiéndola en ladrillos separados».[77] A pesar de todo, su método halló continuadores. Últimamente, formuló esta postura de una forma extremada T. S. Ashton[78] al pronunciarse en contra de la utiliza-

ción de los conceptos generales («los ismos»). Ashton cree que las cifras han de salvarle de los «ismos».

La definición de estos «ismos» por Ashton como «reconstrucciones contemporáneas» no resiste la crítica.[79] Los conceptos históricos nacen muy a menudo, junto a los fenómenos que deben distinguir y el retraso eventual no suele ser muy frecuente. Y esto ocurre con los conceptos que tanto preocupan a Clapham o a Ashton.[80] Pero la cuestión no reside tanto en los argumentos de los partidarios de la postura a la que acabamos de referirnos como en saber si dicho método puede ser científicamente fructífero. Pero ¿puede serlo para la ciencia el dislocar el edificio de nuestros conocimientos actuales, tan imperfectos y que tantas enmiendas requiere, en ladrillos separados?

La postura de Clapham y de sus continuadores peca contra el historicismo. Se olvida del carácter heterogéneo de la sociedad, del contenido social distinto que se esconde aparentemente en los mismos fenómenos de las distintas sociedades. Las magnitudes introducidas en los cuadros y sometidas a las cuatro reglas aritméticas, con demasiada frecuencia no pueden reducirse al denominador común. Y aun cuando en las últimas declaraciones de Ashton pueda discernirse la comprensión de ese hecho, ello no deja de conducirle a manifestar su escepticismo cognoscitivo.[81] «No hay posibilidad alguna de comparación de los niveles de vida (*welfare*) de dos grupos humanos muy alejados (*separated widely*) en el tiempo o en el espacio.»

Se podría reconocer esta tesis como justa o cuando menos justificada siempre y cuando el esfuerzo principal de Ashton en los numerosos trabajos de exploración efectuados en los últimos años no se orientaran hacia la realización de tales comparaciones. Esta inconsecuencia no es casual ya que la labor investigadora de Ashton fue determinada por el carácter actual de los problemas tanto con el criterio científico como social. El escepticismo manifestado por él últimamente tiene su origen en los procedimientos limitados en los cuales confió infinitamente.

La inconsecuencia de la postura que con relación a los métodos estadísticos en la historia adopta la llamada «escuela histórica francesa»[82] tiene otros aspectos. Una de sus fuentes es la sociología francesa de Durkheim. Sirvió de ligazón entre ellas la insigne figura de M. Halbwachs. Los trabajos de esta escuela están ligados con mucha frecuencia a los resultados y las posturas durkheimianas. Es preciso reconocer entre los resultados incuestionables de esta escuela el haber puesto de relieve la diferencia del sentido social de unos conceptos aparentemente convencionales como son: el tiempo, el espacio, las cifras, etc.[83] A Halbwachs le gustaba demostrar la significación social tan diferente que pueden tener unas pirámides de edades formalmente idénticas, si éstas se hallan confirmadas como pertenecientes

a dos sociedades diferentes.[84] Más aún, esta orientación se prosigue en los trabajos de la escuela de los «Annales»,[85] la cual recalca su pluralismo sociológico.

¿Cómo conciliar esta actitud sociológica con las tendencias panestadísticas que se manifiestan en esta escuela? ¿Con la propensión a continuar y hasta extender los procedimientos de interpretación de todos los momentos de la historia de todas las sociedades con las categorías de las «alzas» y de las «bajas» propias a Simiand? En los trabajos de los representantes de esta escuela no hemos encontrado los principios que pudieran explicar esta inconsecuencia.

Mucho más consecuente nos parece la actitud de Clapham. Sólo puede llamarse un adepto del método panestadístico en la historia quien, a semejanza de Rutkowski y de Clapham, adopta la postura de que los cambios sociales se reducen al cambio de las proporciones de unos elementos totalmente invariables en principio.

La escuela francesa ostenta sobre la base de su pluralismo sociológico una posición contraria en apariencia: para ella, cada cambio de proporción en los fenómenos sociales constituye el surgimiento de una nueva calidad.[86] Pero esto no la impide exagerar los métodos estadísticos al manipular unas cifras que representan en sí un contenido social diferente.

En relación con ambas posturas, queremos formular aquí una tesis contraria: a nuestro parecer juegan un papel fundamental en el desarrollo histórico los cambios cualitativos, la desaparición de unas cualidades y la aparición de otras nuevas totalmente desconocidas.

El método estadístico abre posibilidades enormes pero en un marco cualitativamente invariable. Permite analizar la aparición cuantitativa de un elemento determinado o la proporción entre los elementos dados en la escala de un período tan largo como el período en el cual la calidad de estos elementos sigue invariable, y para formular correctamente esta tesis, durante todo el tiempo en que la variabilidad de estos últimos puede ser considerada como no esencial con respecto al objetivo de una investigación determinada. Además, el seguir la desaparición de las viejas calidades y la aparición de las nuevas abre nuevamente un campo muy extenso a las indagaciones histórico-estadísticas. Tiene razón S. Kuznets al afirmar que «el análisis estadístico-histórico debe buscar los elementos invariables en un mundo económico que sigue cambiando».[87] Pero esta directiva entraña a la vez una limitación en la aplicación de los métodos estadísticos, pues en los largos períodos de tiempo no se dan tan a menudo los elementos invariables en un mundo en el cual todo cambia.

La estadística es un procedimiento de investigación histórica inapreciable y relativamente poco utilizado aún y al que se vin-

culan grandes esperanzas. Pero en ningún caso puede ser un método exclusivo.

La polémica en torno a las diferencias entre los fenómenos «cuantitativos» y «cualitativos» reviste concretamente a veces un carácter metafísico y repleto de innumerables malentendidos. Nuestra competencia sólo nos permite declarar lo que entendemos a través del concepto de los cambios cualitativos.

1. Muy a menudo la idea de «cambio cualitativo» es una abreviación intelectual que atañe a un conjunto que en teoría puede reducirse a los cambios cuantitativos que en la práctica no podemos aprehender. Si decimos que la estadística del precio de los cerdos desde el siglo XII al siglo XX (d'Avenel) no es auténtica ya que en ese período de tiempo se produjo un cambio cualitativo, un cambio en la «calidad» de los cerdos, queremos decir que el cerdo medio del siglo XX se diferencia del cerdo medio del siglo XII en muchos aspectos mensurables. Estas diferencias son muy numerosas pero como no nos interesa el cerdo como tal sino desde el punto de vista de su utilidad para el hombre, en especial cuando hablamos de su precio, de aquí que tengamos derecho a limitarnos a algunas de sus diferencias como pueden ser el peso medio de cada unidad, la proporción de grasa en relación con la carne, etc.

La estadística de la producción del carbón de piedra en Inglaterra en los años 1700-1950 (W. Hoffmann) hace caso omiso de la «calidad» de la hulla de las venas superficiales explotadas a principios del siglo XVIII en relación con la hulla actual —en proporciones de cada unidad ponderada en cuanto a sus partes «combustibles» e «incombustibles», al rendimiento calorífico, etc.—, lo que constituye unos elementos puramente cuantitativos. Suponiendo que dispusiéramos de los datos acerca de la «calidad» del carbón, por ejemplo, en cada decenio de este período de dos siglos y medio, podríamos corregir la estadística de esta producción, ponderándola sobre la base de ese coeficiente. Hablamos de los cambios «cualitativos» en los casos en que no disponemos de esa clase de datos. Al subrayar junto a los cambios cuantitativos los cambios cualitativos, hacemos resaltar la heterogeneidad de la serie y en qué sentido los cambios que nos interesan se han desviado de las variaciones obtenidas por nosotros (desde el punto de vista de su utilidad, la producción carbonífera en Inglaterra en los años 1700-1950 hubiera aumentado mucho más de lo que resultaría de la estadística de las cantidades producidas, si al mismo tiempo hubiese mejorado la calidad media del carbón, etc.). En este caso volvemos al problema de la homogeneidad de la masa estadística, al que ya nos hemos referido. ¿Dónde está el límite de las diferencias aceptables con el criterio «cualitativo» en la masa estadística? No es posible responder a esta pregunta con una receta de aplicación universal. En tal caso decide el objetivo de la investigación. La diferen-

cia «cualitativa» entre la hulla de comienzos del siglo XVIII y la de mediados del siglo XX puede carecer de importancia si analizamos la productividad laboral del minero, pero tendrá una importancia trascendental si examinamos el gasto de energía térmica en la economía nacional.

Cuando analizamos la substitución de los bueyes de trabajo por los caballos, las diferencias cualitativas de estos últimos pueden dejar de interesarnos, pero cuando Lenin estudia la pertenencia de clase de los campesinos, ese problema no dejaba entonces de ser importante para él, ya que en las explotaciones de los aldeanos ricos los caballos son siempre mejores que en la explotación del campesino pobre.[88]

2. Otra categoría de cambios, los «cualitativos», son los que se producen en el sentido social del fenómeno investigado. El elemento analizado puede no cambiar como resultado de las transformaciones que se operan dentro de toda la sociedad y de la cual forma parte dicho elemento, pero cambia el sentido humano, social del mismo. Imaginemos que tenemos unos datos auténticos sobre el consumo nacional de productos harinosos en los siglos XVIII y XIX. Dividiendo cada uno de los datos por el número de habitantes, obtenemos el consumo *per capita*. Formalmente todo está en orden. Pero durante todo ese período no dejaron de producirse cambios considerables en la forma de alimentarse. La media, por ejemplo, de 140 kilos anuales *per capita* significa en el siglo XVIII una cosa muy distinta ya que aún prácticamente no se conoce la patata, que en el siglo XIX constituye un componente importante de la dieta cotidiana. La comprobación de que una hacienda tiene 100 hectáreas de superficie representa para cada uno de los períodos una cosa muy distinta ya que durante ese tiempo se produjo el paso del sistema de los tres cultivos anuales a la rotación de cultivos.

Así, al hablar de los cambios «cualitativos», no se trata tanto del procedimiento estadístico en sí como de la interpretación de los datos estadísticos que se han reunido para el análisis. Se trata de resaltar el hecho de que los datos tienen en los diferentes períodos un sentido social distinto.

3. Por último, la tercera categoría de cambios definidos como cambios «cualitativos» se halla constituida por la aparición y la desaparición de ciertas formas de relaciones sociales. Por añadidura, las relaciones sociales suelen estar sujetas a los cambios mientras que las palabras que los nombran tienen una gran inercia.

El cuadro estadístico relativo al número de las explotaciones campesinas en el reino de Polonia en los años 1815-1914, hace caso omiso de los cambios «cualitativos»: los cambios del carácter de la posesión de la tierra por los campesinos.

La estadística establecida sobre un largo período sobre el número de artesanos, no tuvo en cuenta el que el artesano feudal

en la época del monopolio corporativo y el artesano de la época capitalista no son lo mismo.

El cuadro relativo a la estructura de los ingresos y los gastos del Tesoro del Estado en la Polonia moderna, llevaría a unos resultados erróneos si se olvidara de los cambios institucionales que se produjeron en ese período: la descentralización financiera en favor de los pequeños Sejm (Parlamentos regionales) y la nueva centralización que siguió.

La estadística de los obreros de las grandes empresas industriales en el curso del siglo XIX no puede olvidar que existen diferencias «cualitativas» entre el obrero manufacturero y el operario fabril y que en esa misma época desaparece el primero y aparece el segundo, etc.

Los límites para extender cronológicamente las series estadísticas sólo nos los pueden facilitar los conocimientos extraídos de otras fuentes y concernientes a los cambios que se han operado en las relaciones sociales.

Kuznets acierta al afirmar que una serie estadística alargada al triple aumenta más del doble sus posibilidades analíticas.

Lévi-Strauss sigue de mucho más cerca lo específico de los fenómenos sociales cuando escribe: «Nos hallamos pues ante un dilema: o bien alargar la serie cuyos elementos han de volverse así cada vez menos mensurables o bien acortarla, salvaguardando así su homogeneidad interna.»[89] O la serie larga que aumenta las posibilidades de interpretación pero que entraña el riesgo de una heterogeneidad de los fenómenos que la componen, o al revés, la serie corta.

No hay ninguna receta. El aumento queda a la discreción del investigador, de la crítica científica y en particular del control de los resultados de la investigación basado en otros tipos de fuentes y en otros métodos.

De la tesis sobre la primacía en la historia de los cambios cualitativos, dimana la tesis sobre la primacía de la teoría en las investigaciones histórico-estadísticas, así como en todas las demás.[90] Algunos entusiastas del panestadisticismo lo negaron, lo cual vivificó los viejos sueños de emprender el análisis de un objeto sin ninguna prevención, sin concepto previo, con la mente pura. Pero hasta el propio coartífice del neopositivismo, Karl Popper reconoce que en cualquier investigación científica —y por lo tanto también en las ciencias naturales— la hipótesis debe preceder al análisis.[91]

A esta actitud queremos contraponer otra tesis: que no puede haber más investigación científica que la que se halla dirigida por la teoría, con la salvedad de que esta última debe ser más o menos consciente, ya que sólo ella permite la formulación de la pregunta.

Sólo la teoría permite clasificar el fenómeno analizado, sin ella no hay investigación.

La teoría es la única que permite asociar y ligar los fenómenos comprobados. Pero la correlación que proclama que tres aumentos de precios sucesivos concordaron en el tiempo con el dolor de muelas del autor la descartamos a priori. ¿Por qué? ¿Por qué hemos de reconocer otras correlaciones como acertadas científicamente? ¿Sólo porque la citada «teoría dental» no resistiría la prueba de las grandes magnitudes? No. La eliminamos partiendo del conocimiento general de las relaciones sociales. A priori, no la hemos de someter a investigación. Por otra parte, en ciertos casos consideramos como científicamente fundamentada una vinculación a pesar de hallarse basada en la observación de un número muy reducido de hechos.[92]

Únicamente la teoría permite en suma relacionar los hechos y los fenómenos sin detenerse en esa correlación y tratar de pasar de ésta a la aclaración causal o funcional.

Pero aún puede darse un malentendido sobre el método estadístico en la historia, ya que con mucha frecuencia se deposita en dicho método la esperanza de que ha de facilitarle al historiador el codiciado criterio valorativo. En el enorme laberinto de los fenómenos conocidos del pasado, el historiador se expone a cada paso a perder el hilo de Ariadna. No hay manera (ni vale la pena) saber todo cuanto se refiere al pasado y que pudiera conocerse por mediación de las fuentes históricas que se han conservado. ¿Acaso el método estadístico no podría facilitarle al historiador ese criterio valorativo que le permitiría eliminar los fenómenos esporádicos y casuales? Hubo quienes depositaron en la estadística histórica tal esperanza.

A esta actitud contraponemos la tesis contraria: para el conocimiento de un fenómeno determinado es imprescindible el principio cuantitativo, es indispensable conocer la frecuencia de su aparición, pero no puede ser la medida del valor de un fenómeno dado en el discurso histórico,[93] cuya importancia no se mide en cantidades. Las primeras manufacturas elaboran una cantidad insignificante de artículos industriales en un país, y sin embargo su papel revolucionario en la economía nacional es enorme. Hace quince años la clase obrera de China era una parte insignificante de ese país gigantesco, pero la historia ha demostrado cuán profundamente se equivocaron quienes midieron la importancia en el pueblo por su número.[94]

Los escasos fenómenos en el curso ulterior de los acontecimientos o la teoría del desarrollo social poseen una tendencia al desarrollo, pueden ser distinguidos como tales ya que sólo por ese camino podemos obtener un concepto dinámico de la realidad investida incluso cuando la analizamos a través de un corte cronológico «transversal». Por añadidura, existen fenómenos cuantitativamente no numerosos, los cuales nunca se convirtieron en numerosos pero que influyen de modo considerable sobre otros componentes de la vida social.

Incluso cuando los cambios reales son sólo cuantitativos en el sentido físico, no quiere decir que fueran cuantitativos para el hombre ya que lo que analizamos es la historia humana. «La diferencia entre una dosis médica y una dosis mortal de estricnina no es en definitiva más que una diferencia de grado», afirma Norbert Wierner.[94a]

En resumen, hay que conocer la proporción cuantitativa de los fenómenos analizados, en tanto que las fuentes lo permitan. Pero para comprender su importancia en el proceso dinámico de la historia, no basta la estadística. Es indispensable la teoría y la comparación en la escala del tiempo y del espacio. Sólo ella puede permitirnos la comprensión de cuáles son en un momento histórico determinado los elementos decisivos, los que se desarrollan, los que conservan y los que descuartizan el estado de cosas existentes.

A la utilización de los métodos cuantitativos se ha ligado más de una vez la esperanza de evitar por este camino la estéril factografía, pero también ha sido defraudada. Con la confusa factografía —muy criticada no sólo por la ciencia marxista sino en el mundo entero— podemos hallarnos no sólo con hechos individuales sino con hechos masivos, averiguados con los métodos cuantitativos. La solución a la estéril factografía no estriba en pasar de los hechos individuales a los masivos, sino en profundizar teóricamente en las búsquedas, en formular con relación a las fuentes unas preguntas teóricamente fundamentadas, y en la correlación teórica y consciente de los hechos confirmados en la búsqueda de las relaciones y las regularidades.

Así, no existe la menor duda sobre la primacía de la teoría.[95]

Al referirnos a la limitación de los procedimientos estadísticos se puede recordar por último un problema: que incluso en el mejor de los casos y tratándose sólo de los fenómenos propiamente económicos, los métodos cuantitativos nunca son capaces de aprehender todo cuanto pudiera y debiera interesarnos.

En el marco de las ciencias sociales hay «muchas cosas que pueden medirse directa o indirectamente». Más aún, a veces «se ha comprobado que los problemas menos interesantes son los que mejor se dejan medir».[96] Tiene la razón Kuznets cuando escribe que pertenece a la inteligencia del investigador descubrir síntomas mensurables en los fenómenos inmensurables,[97] pero siendo verdad que por este camino se han formulado a veces sorprendentes concepciones metódicas y se han obtenido importantes logros, no hay que forjarse ilusiones de que por este medio podrían analizarse todos los fenómenos que necesitan ser investigados.

Incluso los fenómenos que podemos examinar con el método estadístico deben ser confrontados —y esta recomendación es importante— con los datos procedentes de otras categorías de

fuentes.[98] Una antigua y sabia norma de la técnica investigadora histórica dice que vale más tener menos fuentes pero de un origen y un carácter heterogéneos que no muchas fuentes homogéneas, lo cual se aplica en toda su extensión por igual a todas estas investigaciones.

Al referirnos al problema de los límites de utilización de los métodos estadísticos en las búsquedas históricas, no nos hemos vuelto a referir a conciencia a las dificultades técnico-analíticas ya mencionadas y que en la práctica absorben la mayor parte del tiempo y del esfuerzo del investigador: la falta de fuentes, a veces tan dolorosa, el duro esfuerzo que requiere la traducción de unas categorías analíticas a otras categorías, la carencia de veracidad y de representatividad de los documentos. Aquí hemos querido aludir a las limitaciones teóricas con las cuales el historiador debe contar incluso en el caso de disponer de las fuentes documentales más idóneas.

Pero la estadística histórica es la estadística *tout court* adecuada al carácter específico de los materiales. Las dificultades histórico-estadísticas las enfrenta cada buen estadista, ya que siempre prevalece en él la aspiración a extraer el mayor provecho incluso de un material de poco valor. El buen estadista dedica mucho tiempo a pasar de «lo inexacto a lo aproximado». Entre los fenómenos sociales existen tantas vinculaciones que a veces es posible aprovechar unos datos parcialmente inexactos para la reconstrucción de una entidad coherente y muy cercana a la realidad.[99] Si algunos historiadores ven en esto una «operación mágica»,[100] es sólo porque desconocen esta correlación y porque en su búsqueda de una supuesta exactitud de los hechos confirmados, subestiman las comprobaciones aproximativas, las orientaciones del rango de las magnitudes o de las tendencias activas. Creen que un documento que no tiene fecha debe datarse en el peor de los casos con fechas *post quem* y *ante quem*, pero subestiman los resultados de los análisis estadísticos que afirman que la población de un país dado en un decenio dado no fue inferior a 15 millones de habitantes ni superior a los 20 millones. Muy satisfechos cuando fijan las fechas de nacimiento y de defunción de todos los hijos de algún rey que murieron siendo bebés, subestiman el valor del trabajo científico de establecer que la media de la duración de la vida humana en un lugar y en una época determinados ascendía a 24-27 años.

Interpolando a cada paso, bien por la falta de las palabras en los documentos, bien por los vacíos existentes en las biografías que escriben, les niegan a los estadistas el derecho a efectuar introducciones, aun cuando la magnitud interpolada no puede influir en lo más mínimo en el resultado de la indagación. Estos historiadores, al utilizar su procedimiento favorito de reconstrucción del pensamiento del autor de una obra cualquiera sobre la base de sus actividades —dudoso— exigen del estadista

unas cifras exactas hasta las unidades como mínimo, sin comprender que el grado de exactitud se halla determinado por el objetivo de la investigación. Creen que están en lo seguro y lo preciso al confirmar los pequeños hechos individuales, cuando en realidad se hallan sujetos a la falsedad eventual de las informaciones contenidas en las fuentes documentales, y ponen en tela de juicio los resultados estadísticos aproximativos en los cuales la masa del material utilizado representa una garantía de su veracidad. Fascinados por un acontecimiento único, por un momento, por un instante histórico, sumidos en el particularismo de un breve espacio cronológico elaborado por ellos, traicionan la verdadera vocación del historiador, que es la de explorar la variabilidad de los fenómenos sociales en el tiempo y se arrogan el derecho a subestimar las tendencias históricas comprobadas por el estadista, tendencias que aunque aproximadas no dejan de dar luz a esos cambios sociales. Tales historiadores no tienen ningún reparo en usar expresiones altisonantes: a los valores y a las cualidades[101] o al hombre —con mayúscula—, como objeto de la historia.[102] Pero no pensaron que las comprobaciones de la estadística histórica sobre la media de la duración de la vida humana, la mortalidad infantil en las diferentes clases de la sociedad, el poder adquisitivo del salario, la estructura del reparto de la renta nacional, etc., habla de las cualidades, de los valores y del hombre con mayúscula.

EL MÉTODO ESTADÍSTICO Y EL GRADO DE DEMOCRATIZACIÓN DE LA SOCIEDAD INVESTIGADA

En los análisis sociales el método estadístico permite indagar los rasgos mensurables de los grupos sociales. Pero existen dos niveles de investigación factibles o mejor dicho dos niveles en las conclusiones que pueden extraerse del análisis del material estadístico. Por ejemplo, sobre los presupuestos domésticos puede analizarse la cantidad de artículos consumidos por los miembros de las diferentes capas de la sociedad; también es posible descubrir con el examen de los cambios en la estructura de los gastos de los citados presupuestos, los de su magnitud global, descubrir la jerarquía humana de los valores (ante la disminución de los ingresos unas capas sociales reaccionan disminuyendo los gastos culturales y otras clases ahorran en el vestir, salvaguardando los gastos culturales mientras pueden). Es posible analizar la dislocación territorial de la población en un Estado determinado, y, al analizar los procesos migratorios, tratar de esclarecer la fuerza de atracción o de repulsión de las diferentes regiones.

Pero ambos niveles de interpretación estadística sólo pueden

utilizarse siempre y cuando en la sociedad indagada en un período determinado las unidades que la configuran dispongan de un grado determinado de libertades ciudadanas. Este es un problema de una importancia trascendental y del que no se suele hablar en los manuales de estadística.

Nada como los presupuestos familiares para percatarse de cómo se plantean los valores económicos en el mundo social. Pero esto no será posible si analizamos una sociedad cuyo consumo está basado exclusivamente en el sistema de las cartillas de racionamiento ya que ahí no actúa la ley de las grandes magnitudes y el estadista se ve obligado a conformarse con el riguroso cálculo de las cantidades consumidas, sin poder extraer ninguna conclusión más. En la sociedad donde existe la sujeción a la tierra, se halla limitada la posibilidad analítica de las migraciones (si existen son clandestinas y no dejan ninguna huella documental y sólo es posible formular una hipótesis a través de los cambios de la población de una región dada, ya que su número de habitantes puede ser mayor o menor de lo que hubiese debido ser de acuerdo con el crecimiento demográfico natural).

Es decir: cuando las gentes no tienen la libertad de elegir su residencia, su estado, su profesión, el consumo, etc., los cálculos que hagamos no nos han de facilitar grandes informaciones.

Este elemento tiene una gran importancia cuando tratamos de utilizar los métodos estadísticos en el análisis de la sociedad feudal.

Esta cuestión, tremendamente complicada en teoría, no es más que un aspecto del problema de la libertad de acción y del determinismo. El lucir trajes vistosos le puede estar prohibido al burgués de la época feudal por las leyes suntuarias y en la Unión Soviética, en el período del comunismo de guerra, por la opinión social. La presión ejercida en la sociedad por los modelos costumbristas puede resultar a veces incluso más poderosa y más eficiente que las prohibiciones y los mandamientos, tan vulnerados.

Pero hay que enjuiciar las cosas de otra manera. Cuando en el marco del fenómeno social indagado existe la libertad de opción y de elección, el que en esa misma sociedad se dé una fuerte presión de la opinión social y de los modelos socio-costumbristas, no sólo no es un impedimento en nuestra investigación sino que, por el contrario, nos facilita dicha labor. Y una indagación determinada puede efectuarse porque existen y actúan tales fenómenos sociales; precisamente porque en el material investigado podemos descubrir alguna regularidad, y porque de esta manera no obtendremos una visión caótica del material analizado. Pues analizamos esos fenómenos sociales: la jerarquía social de los valores y su influencia. Cuando en una sociedad dada y en el período analizado existen prohibiciones

y mandamientos restrictivos o que la libertad de consumo se halla limitada por otros factores (cartillas de racionamiento, falta de artículos en el mercado, etc...) entonces podemos, cuando nos lo permitan las fuentes —lo que suele ser raro—, averiguar sólo si las leyes prohibitivas o restrictivas fueron respetadas o transgredidas, pero en absoluto los valores que predominaban en aquella sociedad.

No hay que simplificar el problema. En la práctica, el investigador se suele hallar en una situación alternativa o cuantitativa. Una prohibición no es igual que otra. La existencia en las ciudades de Polonia de antes de los desmembramientos de un sistema de precios tasados impide el análisis del movimiento de los precios. Las tasas sólo fueron uno de los factores que influyeron sobre su configuración. Entre la ejecución drástica de una prohibición y la libertad limitada del consumo, la única jerarquía de los valores predominantes en una sociedad dada se sitúa en toda la gama de las diferentes situaciones sociales en las cuales los elementos de la prohibición y de la libertad actúan con una intensidad diferente. Más aún: la existencia de los mandamientos y las vedas en ciertas situaciones sociales no ha de ser necesariamente contraria a la jerarquía social de los valores en vigor. Así, el investigador debe recordar este problema en las investigaciones estadísticas con respecto a las diferentes sociedades, y que no cada problema ni tampoco cada sociedad —incluso cuando existen fuentes suficientes— pueden analizarse a fondo con los métodos estadísticos.

El descubrimiento por la ciencia de las determinaciones sociales que se prestan a los conceptos estadísticos, no sólo no representa una supeditación de los individuos a las fuerzas ciegas de la sociedad sino que por el contrario es el índice de la libertad de elección a la cual tienen derecho. De la misma manera que el lanzar mil veces una moneda al aire no nos dice nada sobre el miliunésimo lanzamiento y no cambia en absoluto las posibilidades que salga cara o cruz, que siguen siendo de un 50/50.

La ciencia estadística se halla muy vinculada a la democracia. Cuanto más democrática sea una sociedad, tanto más auténticas y elocuentes han de ser sus fuentes estadísticas.

Pero en el marco de su libertad, el hombre cae bajo el influjo de las grandes magnitudes.

X. La demografía histórica

LA DEMOGRAFIA, CIENCIA AUXILIAR DE LA HISTORIA

La demografía es un concepto que no cuenta mucho más de un siglo,[1] aunque las investigaciones efectuadas en este terreno son mucho más antiguas. Se considera que las búsquedas estadísticas de las poblaciones y sobre sus relaciones y las normas existentes arrancan del año 1741, en que aparecieron las obras decisivas de Petty[2] y de Süssmilch.[3] Si queremos hallar otros antecedentes, deberíamos llegar hasta el Renacimiento.

En la práctica científica actual, se entiende de muchas maneras el cometido y la esfera de la demografía. En particular, puede clasificarse en atención a los aspectos biológico-médico y económico-sociológico. Para Whipple, la demografía es el análisis estadístico de la existencia humana, por lo tanto la investigación del estado y los movimientos de la población, la genealogía, la eugenesia, la antropometría y la patología, concebido siempre en las condiciones de un posible examen cuantitativo.[4] Con el criterio de las necesidades de las ciencias sociales en general y de la historia en particular, este concepto es a un tiempo demasiado estrecho y excesivamente extenso.

La genealogía constituye para el historiador una disciplina autónoma,[5] y la eugenesia no tiene para él una importancia determinada. En cambio, los aspectos sociológicos y económicos de la demografía, son los más importantes para el historiador y difícilmente pueden enmarcarse en el angosto concepto de *vital statistics.*

De ahí que la demografía, la cual cuenta con una larga ejecutoria en la ciencia francesa,[6] esté muy próxima a los historiadores económicos.

Esta parte de la estadística es para el historiador económico una importante disciplina auxiliar en muchos aspectos de su labor y la cual le permite descifrar el contenido de algunos documentos del pasado que se conservaron hasta nosotros, mucho mejor que lo pudiera hacer con los medios propios de su especialidad.

La demografía se interesa por el hombre y por ciertos grupos humanos, como son la familia, las aglomeraciones territoriales —la aldea y la ciudad— desde un cierto punto de vista se interesa por los grupos nacionales y confesionales, las clases sociales y por último por las grandes agrupaciones sociales te-

rritoriales, como son las naciones, los pueblos, la población de un Estado determinado, etc. En cada uno de estos sectores, la demografía linda con los objetivos de la historia económica. Además y ya que un gran número de estos problemas demográficos sólo pueden ser analizados a través de un largo período, los mismos demógrafos se suelen ver obligados a llevar sus observaciones en un pasado muy lejano.

La demografía en general y la demografía histórica en particular se interesan por unas cuestiones infinitamente matizadas con el criterio sentimental e ideológico, lo que explica que desde los tiempos más remotos hasta el presente, constituyese con frecuencia un campo abonado para las concepciones fantásticas, no científicas, ridículas a veces y otras socialmente peligrosas.[7]

Aquí sólo es preciso recordar que los fenómenos fundamentales de la historia de la humanidad —su constante desarrollo cuantitativo en el discurrir del tiempo— han permanecido durante largos siglos ajenos de la conciencia social y desconocidos incluso hasta para los sabios más insignes. La polémica clásica en los anales de la ciencia sigue siendo la misma con respecto al número de habitantes de la Roma antigua y la cual comenzó con el alumbramiento del pensamiento racionalista, desde el Renacimiento a la Ilustración.

El culto de la Antigüedad clásica que caracterizaba al pensamiento renacentista junto con las ideas poblacionistas que iban extendiéndose y que hacían acreedores a los pueblos más numerosos a las más encumbradas posiciones de la grandeza, el poderío y la cultura de los Estados, sobre la base de las cifras, exageradas y más bien simbólicas, heredadas de los autores antiguos, llevaron a muchos sabios renacentistas a unas conclusiones fantásticas sobre la magnitud de las poblaciones del Mundo de la Antigüedad.

Por ejemplo, la capital romana debía contar —según el humanista holandés Justo Lipsio— 4 millones de almas y el Imperio Romano bajo el reinado de Augusto —según Riccioli— ¡410 millones de habitantes!

Más tarde, la historia de Europa había de caracterizarse por el fenómeno de una disminución relativa y constante de la población,[8] como piensa el propio Montesquieu.[9]

El sabio que iba a tener una influencia decisiva, fue David Hume, quien en 1752 publicó su ensayo más bien crítico que constructivo *De la población del mundo antiguo*,[10] y que es el inicio de importantes búsquedas en el campo de la demografía histórica.

Para la historia económica, el hombre es por una parte el elemento fundamental de las fuerzas de producción, y por otra un objeto de explotación y por último un consumidor.

No es posible imaginarse la historia económica de cualquier entidad —país, región, ciudad, aldea, complejo de bienes, etc.— sin orientarse sobre el número de seres humanos. Con cumplir con esta simple tarea, ya tenemos que la demografía es a veces imprescindible como disciplina auxiliar, ya que las fuentes documentales no siempre nos facilitan directamente las informaciones precisas. A veces sólo conocemos la cifra de los varones, o sólo la de los adultos, otras sólo la dimensión de las quintas y a veces sólo las cantidades de los registros de imposiciones. Así, en tales casos debemos pasar de los datos institucionales extraídos de las fuentes a las cifras globales elaboradas con arreglo y con la ayuda de los correspondientes coeficientes los cuales los podemos tomar muchas veces de los resultados conseguidos por la demografía, aunque el historiador no está autorizado a aprovechar esta clase de magnitudes de un modo pasivo. Sólo el historiador tiene la obligación para analizar de modo competente y decidir si un coeficiente dado puede transferirse y aplicarse a la sociedad que le interesa; para establecer en qué sentido una relación determinada en la sociedad investigadora ha podido desviarse de los coeficientes tomados de la demografía actual o incluso de las indagaciones histórico-demográficas de otras sociedades.

Si queremos conocer el número de habitantes de Polonia en el reinado de Casimiro el Grande y sólo tengamos los registros del impuesto de San Pedro, donde no figuran los niños menores de trece años, sería un error utilizar de un modo mecánico el coeficiente extraído del censo de la población polaca realizado en el año 1921.[11] Necesitaríamos buscar sobre todo aunque no fueran más que unos datos que, aunque no perteneciesen a Polonia, fuesen lo más antiguos posibles y característicos para una sociedad feudal agraria, y en especial habría que efectuar un razonamiento para aclarar por qué dicho coeficiente se configura hoy de esa forma precisa y por lo tanto en qué sentido habría de desviarse en los tiempos antiguos con relación a la situación presente.[12]

Por otra parte, el conocimiento de las relaciones establecidas por la demografía —tras el análisis crítico de su aplicabilidad a la época investigada— permite descubrir las lagunas existentes en las fuentes documentales y que de otra manera pasarían desapercibidas.

Así, Henryk Grossman, descubrió la existencia y hasta el alcance cuantitativo aproximado de unas fallas en los primeros

censos de la población polaca en los años 1808 y 1810, en el empadronamiento de las mujeres y el número de hijos en las familias judías.[13]

Al interesarse por el hombre como el elemento fundamental de las fuerzas productivas, la historia económica debe conocer no sólo la cifra global de la población sino su estructura demográfica, y según el sexo, la edad, la duración media de la vida humana, el número de los hijos en las familias, las causas de las defunciones —en especial las grandes epidemias, etc.

La duración del período de actividad productiva humana suele sufrir cambios considerables en el curso de la historia, los cuales son los resultantes de los fenómenos demográficos y sociales; por otra parte, en la mayoría de los casos estos fenómenos demográficos se hallan condicionados por el medio social. Los cambios son por tanto el resultado: a) de las variaciones en la duración de la vida humana; b) de los cambios del período preparatorio; c) de las variaciones del momento en que el hombre empieza su actividad productiva.

a) Los cambios en la duración media de la vida humana representan un fenómeno infinitamente trascendental en la historia e interesan al historiador desde muchos puntos de vista de los cuales hablaremos más adelante. El hecho de que estos cambios sean relativamente recientes no altera en lo más mínimo el valor de los cambios más reducidos, pero que se producen en un largo período en esta magnitud a través de los siglos —desde las épocas prehistóricas— ni la importancia de las enormes oscilaciones que la duración de la vida humana ha sufrido en la Antigüedad en breves escalas de tiempo, a veces de un año a otro.

b) Los violentos cambios en el período de preparación del adolescente antes de iniciar su actividad productiva, datan igualmente de una fecha bastante reciente. Durante los milenios que han precedido a la época capitalista, el límite fijado para empezar la actividad productiva era el de la madurez biológica y el desarrollo de la fuerza física del adolescente, pero estos cambios no sirven de orientación. Todo está relacionado con el carácter de la producción, que predomina en la sociedad determinada, como en las manufacturas donde el complicado proceso de producción se halla dividido en una larga serie de tareas manuales cuya ejecución no requiere ni una cualificación múltiple ni una gran capacidad física, abrían mayores posibilidades para el empleo en la producción de los niños que la típica artesanía medieval.

Es posible suponer que en la época manufacturera, en los países donde el desarrollo y la importancia de esta industria era poderoso, tendríamos que contar con el fenómeno de una disminución relativa de la edad media en que los individuos empiezan a producir. No está descartado que en algunas socie-

dades primitivas cazadoras, en las que la participación en este trabajo deportivo requiere el pleno desarrollo de las capacidades físicas,[14] este límite de edad no sea muy superior al de las sociedades feudales.

Sólo desde los comienzos del capitalismo es cuando las exigencias de la producción social promueven el necesario aumento del nivel social medio de instrucción general, de la cualificación profesional, del proceso ideológico de configuración de los pueblos modernos y que después empezó a actuar el incremento de la potencia de las sociedades industrializadas, así como que el porcentaje cada vez mayor de gentes adquiriese una formación secundaria o superior.

De manera que desde el comienzo del capitalismo nos hallamos ante el proceso sistemático y unilateral de prolongación del período de preparación a la producción, del de la educación general y profesional,[15] de los que sólo en los últimos tiempos aparecen nuevos fenómenos.

El carácter siempre más complejo de los fenómenos sociales y de los procesos productivos hace que esta prolongación del período preparatorio sea insuficiente. Por otra parte, el rápido progreso de la ciencia y de la técnica vuelve anacrónica la división tradicional de la existencia humana en dos períodos distintos: el de adquisición de la cualificación al trabajo y el de aplicación de la cualificación conseguida. De ahí que en los últimos tiempos, en especial en el mundo socialista, se perfile la tendencia a una cierta difuminación de estos límites y a vincular durante un largo período la enseñanza general y profesional con el trabajo productivo directo, lo que exigiría de los futuros historiadores de esta época que comienza, la utilización de nuevos métodos.

Para los historiadores de las épocas antiguas, la fijación de los límites que en una sociedad determinada se manifiestan entre la edad preparatoria y la productiva, tiene una gran importancia.

c) El momento en que el individuo emprende su actividad productiva se halla determinado por los factores biológicos —sujetos al condicionamiento social— y por las instituciones económicas, jurídicas, costumbristas, etc. Durante miles de años el hombre deja la actividad productiva cuando el debilitamiento de sus capacidades físicas ya no le permite ejercer su profesión. Pero este abandono suele ser sólo parcial a través de pasar a unas ocupaciones que requieren un menor esfuerzo físico, por lo que en las sociedades primitivas una serie de trabajos indispensables pero fáciles, sean realizados por los ancianos, lo que sucede también en las sociedades agrarias tradicionales. El límite en que la capacidad física humana empieza a no bastar para la ejecución de una actividad productiva fundamental depende, por una parte del estado biológico de la sociedad y del individuo

y por otra parte, del carácter del trabajo ejecutado. De ahí que dicho límite fuese más bajo en las sociedades de cazadores que en las agrarias y más en la agricultura que en algunos oficios de la artesanía. Algunas profesiones nocivas para la salud y expuestas a los accidentes, se han caracterizado por regla por una edad más baja en el momento de perder la capacidad laboral, como en la minería, en la que durante largos siglos no hubo ninguna instalación de higiene del trabajo, ni las normas más elementales de prevención contra los accidentes como tampoco método alguno de regeneración periódica del organismo esquilmado (alimentación especial, vacaciones, etc.). Son espantosos los datos sobre la media de la pérdida de la capacidad laboral entre los mineros polacos de Silesia aún a finales del siglo XIX.[16]

Sólo en los comienzos del capitalismo aparece el fenómeno de abandonar el trabajo profesional no a consecuencia de la pérdida de la capacidad física para realizarlo, sino como resultado de la aparición de las instituciones de seguro social y de rentas a la vejez y, en menor grado, por haberse «ganado una renta», etc.

En las sociedades más ricas —Francia— se comienza a dejar el trabajo en plena posesión de sus capacidades físicas, y se perfilan asimismo ya nuevas tendencias, encaminadas a difuminar los límites extremos entre el período activo y el período de jubilación.

Sobre el número global de horas que el hombre dedica al trabajo en el curso de su vida influye no sólo el número de años de su actividad profesional sino también el de días en el año y de horas del día trabajadas.

Estas magnitudes son a su vez el resultado del influjo de los factores socio-biológicos como también socio-institucionales.[17]

Los factores socio-biológicos son ante todo la resistencia del organismo humano a las enfermedades y las posibilidades sociales de lucha contra las dolencias contraídas. En las épocas precapitalistas tenemos por una parte una menor resistencia del organismo y unas posibilidades también menores con un criterio médico, por otra parte está la subestimación social de las enfermedades benignas que no ocasionan la interrupción del trabajo del individuo aun cuando pueden provocar una disminución temporal de su rendimiento en su labor. De ahí que no deba excluirse que, en tiempos «normales», el número de las jornadas de trabajo perdidas por causa de enfermedad por el artesano o el jornalero en el campo, fuera inferior en relación con la época actual, pero las epidemias provocaban la total paralización de la producción.

Los factores socio-institucionales son en cambio muy complicados. Por una parte se trata del número de los días considerados socialmente como festivos. Como es sabido, en el Medievo estas festividades eran numerosísimas y su observancia muy es-

tricta. Su carácter era religioso y económico. En las condiciones del monopolio corporativo, uno de los medios de garantizar al oficio como corporación contra la competencia interna entre los diferentes maestros era la estricta reglamentación del tiempo de trabajos de todos sus miembros, y por lo tanto los días en que el artesano tenía el derecho y al mismo tiempo la obligación de trabajar, las horas de entrada y de salida de la labor, las horas de descanso, el número de los que trabajaban en el taller, etc. En las condiciones de una técnica manual de producción, la cantidad de trabajo empleada en cada taller en el curso del año limitaba su magnitud productiva.

Los estatutos corporativos, en especial los excesivamente detallados de las corporaciones alemanas, permiten calcular con mucha exactitud la suma de trabajo que podía efectuarse en cada taller. A las fiestas de guardar seguían las habituales de los oficios —los zapateros guardaban fiesta los lunes, etc. El monopolio corporativo, que más bien frenaba el aumento cuantitativo de la producción, tenía un interés concordante con el de las instituciones religiosas y estaba interesado en tolerar las fiestas habituales de los oficios.

En el Renacimiento nos encontramos de nuevo con la lucha ideológica de la Reforma contra el culto de los Santos y la cual coincide con las necesidades de las empresas que, fuera del ámbito de las corporaciones, necesitan una mano de obra abundante para intensificar una producción que sigue estando basada en las técnicas manuales.[18] A veces acude en ayuda de este postulado la legislación de las monarquías del absolutismo ilustrado de un carácter unificador y que suelen atender con facilidad a las necesidades de la burguesía. El número de las fiestas religiosas disminuye bruscamente y comienza la lucha contra las fiestas toleradas hasta entonces y que no eran de guardar. En la literatura de la Ilustración suelen aparecer los escritos que explican la riqueza de los Estados protestantes por la menor cantidad de fiestas, lo cual se acompaña de la presión ejercida incluso sobre las autoridades de los Estados católicos para reducirlas (y permitir así la competencia con la producción de los países separados de la Iglesia romana) y que empieza a disminuir continuamente hasta el siglo XX (en Polonia, durante las dos guerras mundiales y luego dos veces y es posible que no sean las últimas en la Polonia popular). Esto favorece la política tendente a laicizar a las sociedades más desarrolladas. Al mismo tiempo, aunque en menor escala, desde la Revolución francesa, aparecen las fiestas nacionales como manifestación de la cohesión de las naciones modernas.

Junto al número de jornadas de trabajo en el año, sobre la cantidad de esta tarea gastada por el hombre decide el total de horas laborales del día. Durante milenios se trabaja del amanecer a la puesta del sol y el número de horas se regula por el

ciclo astronómico. Se trabaja durante muchísimo tiempo pero con numerosas y largas pausas. En ciertas profesiones, el número de horas de trabajo se halla limitado prácticamente por otros factores naturales: en la agricultura por el ciclo de las faenas en el campo y por la necesidad muy reducida de trabajar durante la temporada invernal; entre los almadieros, por el estado de las aguas de los ríos; en el transporte, por las condiciones de las carreteras, etc.

La limitación jurídica del tiempo de trabajo se halla ligada al paso de la técnica manual a la técnica mecánica y su historia es relativamente reciente.

Por fin, más breve aún es la historia del derecho legal del trabajador a las vacaciones. De este modo los medios tradicionales y seculares de regeneración de la capacidad de trabajo humana a través de las horas de descanso en el curso de la jornada y del «día de descanso» se han enriquecido con un medio nuevo e importante: el liberarse anualmente durante muchos días del proceso productivo.

Resumiendo, podríamos decir que a lo largo de la época milenaria precapitalista, la cantidad de trabajo utilizada por un individuo en el curso de su vida es función de la media de la duración media de la vida humana y por lo tanto aumenta muy lentamente a través de un largo período de tiempo. En la época capitalista, esta cantidad aumenta primeramente como resultado de la reducción del número de los días festivos, la de las pausas en el trabajo, la prolongación de éste fuera de los límites impuestos por el ciclo astronómico, en una palabra, por mediación del aumento de la explotación extensiva y más tarde, a partir de la mitad del siglo XIX —y sólo en los países más desarrollados— la intensificación del proceso productivo comienza a descender paulatinamente para reducirse violentamente en el siglo XX gracias a las conquistas sociales cada vez mayores y al aumento de la riqueza —sólo en los países adelantados. En Francia, que en este aspecto es un ejemplo extremado (y de lo reciente de este proceso) —un país rico y con unas tradicionales tendencias rentistas excepcionalmente fuertes— aparece que mientras que el francés medio de 1910 trabajaba en el curso de su vida unas 190.000 horas, en los años del 50 y a pesar de haberse prolongado la duración media de la vida humana, sólo trabaja unas 90.000 horas.[19]

Este razonamiento[20] atañe al número de horas trabajadas o que pueden ser trabajadas y no a la intensidad de su esfuerzo. Este último problema es uno de los más difíciles en la historia económica. A veces, tratamos de esclarecerlo por mediación del análisis de la productividad de la labor, pero este método sólo es adecuado en las condiciones de una técnica y una organización laboral invariables, de no cambiar la situación meteorológica, etc. A veces, tratamos de averiguarlo por los accidentes del

trabajo pero este procedimiento es incompetente e incompleto.

La historia económica debe orientarse asimismo sobre el número de los que trabajan (o de los que son aptos físicamente para el trabajo) en relación con los que no laboran. Se trata sobre todo de la relación entre el número de personas en plena posesión de sus medios físicos y de la cifra conjunta de los ancianos y los niños. Es decir, se trata del gravamen que para la sociedad apta para la producción representa la parte no apta para la misma.

De forma que esto se refiere a la así llamada pirámide de las edades confrontada con la edad de inicio y de retiro de la actividad profesional humana habituales en una sociedad determinada.

La pirámide de las edades de las diferentes sociedades y grupos sociales se halla configurada de muy diversas maneras, que suelen tener ciertos límites, aunque éstos sean muy amplios. Nos hemos referido ya a la imposibilidad de aplicar la pirámide de edades relativa a una sociedad moderna al análisis de la misma en el pasado. El punto de partida de un razonamiento adecuado radica en reflexionar sobre el fenómeno conocido de la diferencia de la pirámide de edades en el campo y la ciudad.[21] ¿Cuáles son las razones que hacen que en la primera mitad del siglo XX el porcentaje de los niños sea menor en las ciudades que en las aldeas y que en las grandes ciudades sea inferior al de las pequeñas ciudades? En principio, esto obedece a tres causas:

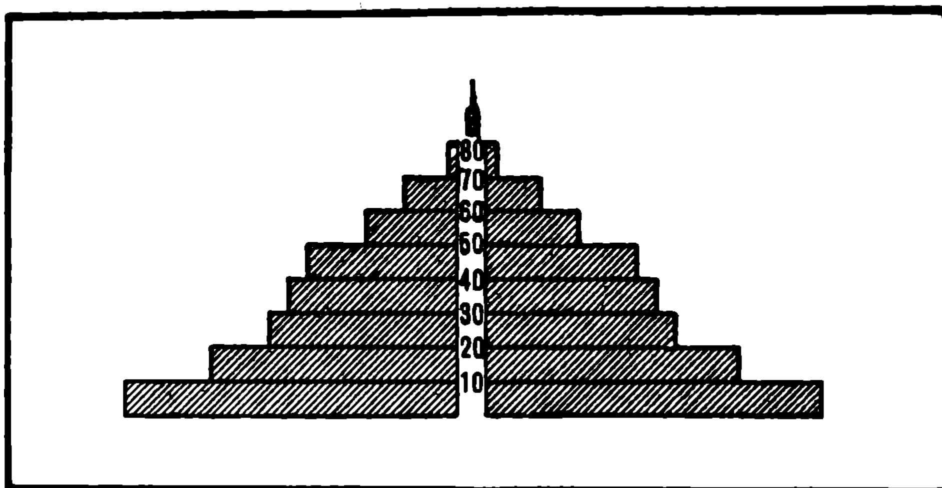
a) En la ciudad, y cuanto más grande más cierto será, el aumento de la población es más bien el resultado de la inmigración que del aumento natural ya que por lo general llegan a ella gentes adultas lo cual provoca la disminución de la proporción de los niños en la cifra global de los habitantes:

b) Las ciudades tienen una media más elevada de la duración de la vida humana, tanto como resultado de las mejores condiciones higiénicas y de la mayor eficiencia de los servicios sanitarios como por el hecho de que agrupan a un porcentaje mayor de gentes adineradas que pueden satisfacer mejor sus condiciones de existencia.

c) Por último, al agrupar a la población más holgada, las ciudades, y cuanto más grandes en mayor medida, se convierten en el conocido y típico escenario para la época del capitalismo desarrollado, del fenómeno de la limitación consciente del aumento demográfico natural, lo que a su vez disminuye la proporción de los niños en relación con la población global.

Ahora bien, ¿cómo podían presentarse todos estos problemas en la clásica época feudal?

1. La inmigración en las ciudades, contraria a la doctrina del sistema feudal y a veces ilegal, no deja de producirse. Es



PIRÁMIDE DE EDADES DE LA POBLACIÓN FRANCESA EN EL AÑO 1791 (APROXIMATIVA)

FUENTES A. SAUVY, *Richesse et population*, París, 1944, p. 222.

imposible dudarlo ya que de no ser así las ciudades desaparecerían en un espacio de tiempo más o menos corto sin hablar de las epidemias que en los períodos «normales» tenían una influencia negativa en el movimiento demográfico natural. Esta inmigración no suele ser importante ya que de lo contrario nos hallaríamos ante el fenómeno de un aumento del porcentaje de la población residente en las ciudades mientras que prácticamente casi siempre se da el fenómeno de la estabilidad de ese porcentaje. Por otra parte una afluencia masiva hacia las ciudades se halla dificultada por la suma de las instituciones fundamentales del sistema feudal. Así, se puede suponer que dicha tendencia actúa en el mismo sentido que en la época capitalista pero en un grado ínfimo.

2. Los progresos de la higiene pública, de los conocimientos médicos y de los servicios sanitarios se hallan estrictamente relacionados con el progreso técnico general de la época capitalista. En la época feudal lo más característico es la correlación contraria, puesto que en las ciudades —y cuanto más grandes, peores han de ser las condiciones— la gran aglomeración de la población y las fatales condiciones de higiene y de sanidad provocan una gran mortalidad humana. El crecimiento natural es inferior al de la aldea o no existe concretamente y la longevidad humana es considerablemente más corta en la ciudad que en el campo. Se puede añadir que incluso cuando en las ciudades se aglomera un gran porcentaje de gentes ricas, esto tiene poca importancia en la época feudal ya que los privilegios de la riqueza tienen en la lucha por la salud y la vida una significa-

ción incomparablemente menor en aquellos tiempos que en la era del capitalismo y sobre todo porque —en las condiciones de Polonia— el número muy reducido de los burgueses ricos y la muy débil administración estatal, las pocas profesiones libres, etc., ocasionaba que las únicas clases privilegiadas fueran la nobleza y el clero, que no solían vivir en las ciudades sino en las mansiones, los conventos o diseminados por todo el país.[22]

3. El fenómeno de la limitación consciente del número de hijos en las familias, característico para la población adinerada y en especial ciudadana en la época del capitalismo desarrollado aun cuando no ha sido interpretado así,[23] se halla sin embargo íntimamente ligado, por una parte, al progreso de los conocimientos médicos y a la técnica de producción de los medios anticonceptivos y por otra —quizá sobre todo— a ciertas instituciones socio-económicas del sistema capitalista, a las posibilidades multilaterales de una promoción social teóricamente asequible a todos, a la ideología glorificadora de la aspiración a dicha promoción, a la enorme prolongación del período y al aumento de los gastos de formación general y profesional, etc. Todas estas circunstancias no entraban en juego en la época feudal. Pero basta para reflejarlos aunque no sea más que el análisis demográfico de una familia aristocrática.[24]

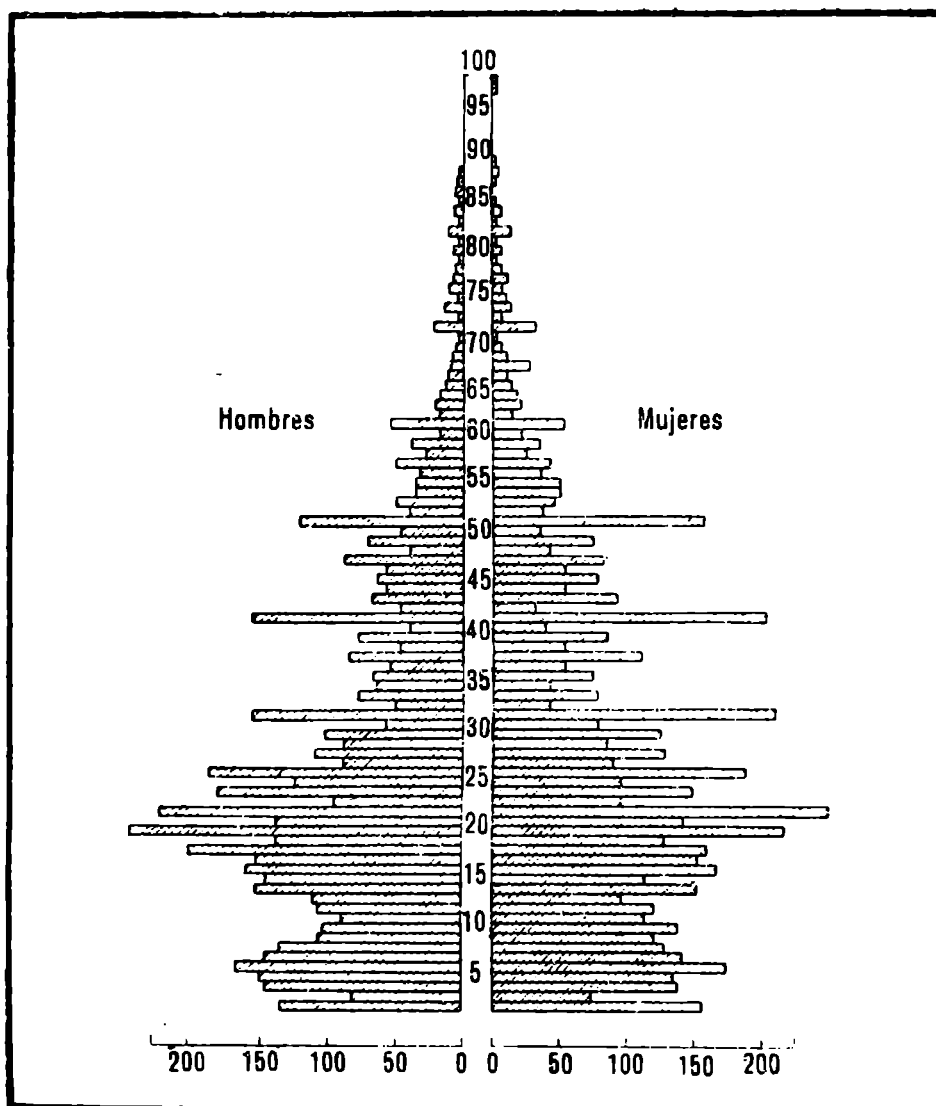
Todo esto demuestra por tanto que la estructura de la población según la edad (pirámide de edades) en las ciudades feudales no ha de apartarse de la media nacional en el mismo sentido que se apartó, por ejemplo, en la Polonia de entre las dos guerras. Acaso vaya incluso en el sentido contrario.

Pero como la estructura general de la población actual según la edad ha de apartarse de su estructura análoga en la época feudal como resultado: a) de la urbanización; b) de la penetración en la aldea de algunos de los fenómenos ya enumerados, se puede suponer que el porcentaje de los niños entre la población global fue en la época feudal notablemente más elevado que en el siglo XX y en las ciudades quizá más elevado aún.

¿Cómo averiguar esta hipótesis? Por tres medios principalmente, y los tres sembrados de no pequeñas dificultades:

1. Por la búsqueda de las fuentes que permitan un sondeo de los coeficientes del pasado hasta llegar a la época feudal. No es posible encontrar los materiales que nos permitirían elaborar la pirámide de edades de la población de Polonia en los diferentes períodos de la historia milenaria del feudalismo en este país.

No está descartado el que los registros parroquiales de una diócesis cualquiera vayan más allá del siglo XVII o del XVIII, pero esto puede darse sólo en un número muy reducido y casual de parroquias y no permite adentrarse muy profundamente

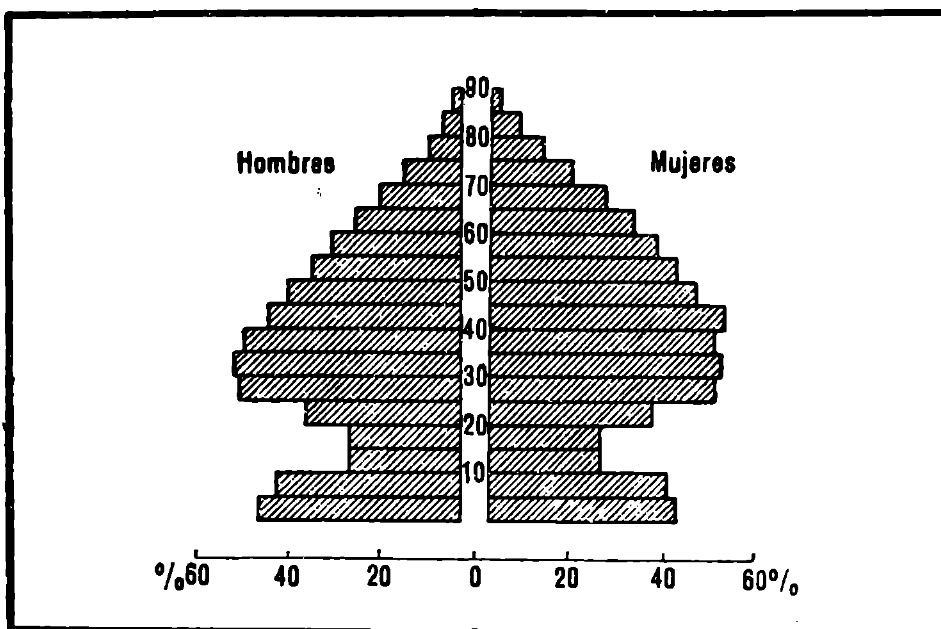


PIRÁMIDE DE EDADES DE LA POBLACIÓN DE LA CIUDAD DE WURZBURG SEGÚN EL CENSO DEL AÑO 1701.

Llama la atención el número relativamente pequeño de los niños, resultante de la gran mortalidad infantil en ese lugar y de la inmigración de gentes adultas, aunque también es posible que muchos niños no hayan sido empadronados. También es sorprendente que los habitantes que no conocen su edad con exactitud la redondean con una cifra que acaba con un cero.

FUENTE: R. KORHERR, *Die Würzburger Volkszählung von 1701*, Congrès International de la population, París, 1927, t. 2: *Demographie historique*, París, 1938, p. 77.

en la época feudal. Suponiendo que lleguemos a conocer el carácter socio-económico de la localidad de donde proceden las fuentes y el período al que éstas se refieren nadie nos prohíbe pensar que en miles de localidades análogas de esa misma época los coeficientes se configuraron de muy diferente manera en principio. A condición, sin embargo, de que dispongamos de unos datos constantes para un espacio de tiempo relativamente largo, ya que durante el feudalismo los coeficientes demográficos, bastante estables en las largas series de tiempo, a corta escala, de año a año, oscilan a veces con una amplitud asombrosa y ya que se trata de la vida humana, es tremendo.



PIRÁMIDE DE EDADES DE LA POBLACIÓN DE ESTOCOLMO EN EL AÑO 1950

La parte superior de la pirámide es regular. Enorme descenso de la cifra de nacimientos en los años de la gran crisis después de lo cual se nota un aumento en los años de la guerra, sobrepasado muy poco ya en el quinquenio de la posguerra.

FUENTE: William OLSSON V (Estocolmo), *Structure and Development*, Uppsala 1960, p. 30

Esta relativa estabilidad de los coeficientes demográficos en la época feudal en los largos períodos explica por qué no nos preocupa el hecho de que las investigaciones no puedan remontarse muy profundamente en el feudalismo: porque los coeficientes demográficos de su último período suelen diferenciarse muy poco en relación con los coeficientes de los períodos más remotos en esa época. Es decir: los coeficientes se diferencian

mucho más entre el año 1960 y el año 1885 (espacio de 75 años) que entre el siglo XVII y el siglo XIV.[25]

2. La búsqueda de materiales comparativos con la historia de otros países europeos en la época feudal, en los cuales la mejor administración estatal ha proporcionado la creación de las fuentes o donde los felices destinos de la historia han hecho que se conservara abundancia de documentos escritos. Por este camino las dificultades son mayores ya que incluso la más perfecta administración feudal no se interesaba por ciertas categorías de la población como los niños, por lo cual resulta muy problemático que aparezcan éstos en los registros y los censos. Como ejemplo, nos podemos remitir al censo de la población de Würzburg en el año 1701.[26] Es el caso que los datos de un país como Suecia, donde el censo de la población es quizás el más perfecto, no dejan de refrendar nuestro razonamiento.[27]

3. La búsqueda de los materiales comparativos de los países actualmente atrasados. Hablando con propiedad, no «actualmente» sino «anteriormente». Los cambios demográficos acontecidos en el mundo entero y en particular en las naciones atrasadas han sido en los últimos quince años tan profundas y tan vinculadas a unos elementos desconocidos en la historia de la humanidad —empezando por la penicilina y el DDT— que todas las conclusiones retrospectivas son vanas a este respecto. En cambio, las deducciones que pudieran hacerse sobre los datos de estos países en el período de entre las dos guerras mundiales, serían acertadas en su mayoría. Si la India británica contara en el año 1931 entre su población con cerca de un 40% de niños hasta los 14 años de edad,[28] esta es una cifra que puede aceptarse como representativa para las sociedades europeas preindustriales.

También es diferente en las sociedades precapitalistas la proporción de los ancianos con respecto a la población global.[29] Antiguamente el porcentaje de los ancianos entre la cifra global de la población era inferior en mucho al de nuestra época. Pero esto no significa que no hubiera gentes muy ancianas. Todo lo contrario. La duración media de la vida humana probable de un recién nacido es en tales países muy baja, pero las medias de la duración de la vida humana aumentan con una rapidez relativa tan pronto como se pasa a los demás grupos de edades, y en las edades medias, suelen ser bastante elevadas.

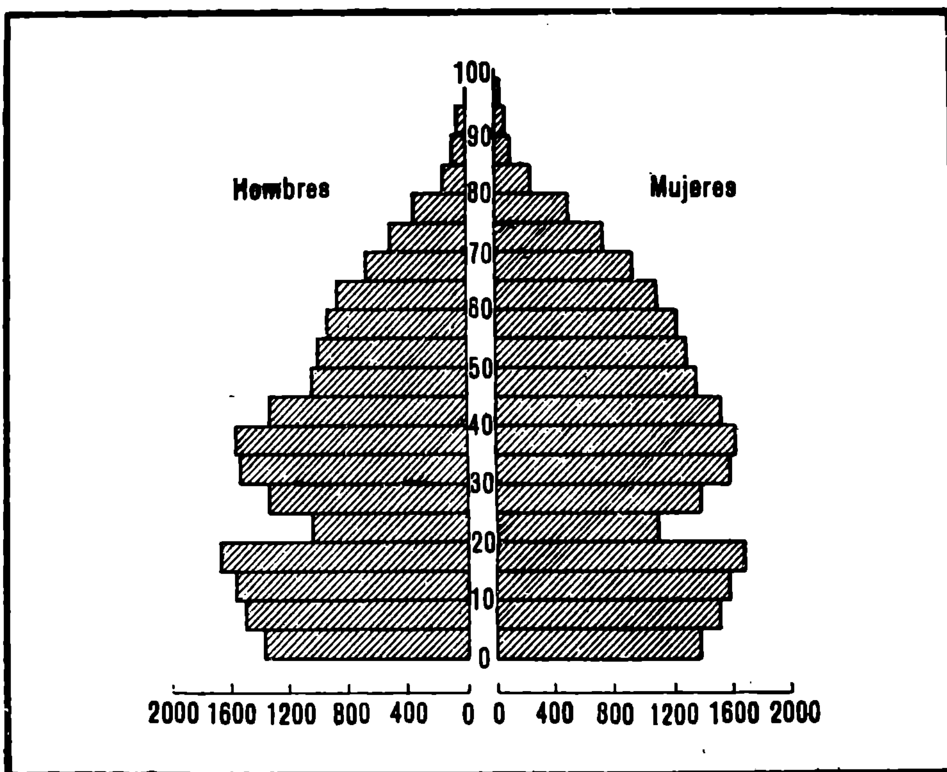
De los peligros que se cernían sobre la vida del recién nacido, del niño o del adolescente salieron triunfantes sólo los organismos más poderosos, inmunizándose en el curso de la lucha contra los diferentes contagios y epidemias. No es casual que en la India, en donde la media de la duración de la vida humana no alcanzaba los 30 años, los turistas europeos se asombraran ante el gran número de venerables ancianos.[30]

La pirámide de edades en las sociedades precapitalistas se diferencia por último de las pirámides, por ejemplo, de la Europa Occidental a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, en que en ella destacan más acusadamente las quebraduras de las líneas laterales. Las frecuentes epidemias, el hambre, las destrucciones de la guerra provocan mellas de modo especial entre las quintas más jóvenes. Estas brechas van progresando año tras año hacia la cúspide de la pirámide, una vez llegadas a la edad de la plenitud genital ocasionan nuevos deterioros aunque no tan pronunciados, disminuye el número de los recién nacidos, etc. como ocurre a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. La pirámide de edades de los actuales países europeos en las cuales se dejan sentir los nefastos efectos de las dos guerras mundiales y de la gran crisis de los años 1929-1932, no nos hace acreedores, por desgracia, de vanagloriarnos en comparación con la situación que imperaba bajo el feudalismo. La uniformidad de los salientes de la pirámide de edades atestigua la estabilización de las condiciones de vida social: la sociedad que tiene unos salientes llenos de brechas no es una sociedad feliz.

Por último, la pirámide de edades demuestra la proporción cuantitativa entre los dos sexos en los diferentes grupos de edad. El fenómeno general de una cierta superioridad en el número de mujeres en relación con los hombres es universalmente conocido, pero que a menudo los laicos entienden al revés. Se olvida que la relación cuantitativa de los sexos se halla configurada muy diversamente en los distintos grupos de edades. Un fenómeno puramente biológico es quizá la relación cuantitativa de los sexos entre los recién nacidos y que, por el contrario, destaca por una ligera superioridad de los varones.

El hecho de que el varón recién nacido tiene ante sí la perspectiva de una duración media de la vida más corta, es ya un fenómeno social,[31] y por lo tanto variable. El más breve promedio de la duración de la vida del varón, por ejemplo en la primera mitad del siglo XX, es en gran medida la resultante del trabajo profesional y de las condiciones antihigiénicas, de los accidentes, del nerviosismo, la tensión física, etc. vinculados con él. Estos factores han actuado con tanta fuerza que equivalen a los peligros biológicos a los cuales la mujer se expone durante el parto. No es por azar que de la superioridad cuantitativa de las mujeres en relación con los hombres y la duración media de la vida mayor en las hembras que en los varones se manifieste con una fuerza tanto más acusada cuanto más industrializado se halla el país.

Ahora bien, ¿ha sido siempre así? ¿En la época precapitalista en que por una parte los peligros del nacimiento de las criaturas eran incomparablemente mayores y en que por otra parte no existía el trabajo industrial de los varones, las relaciones no podían configurarse de otra manera?[32] Es preciso analizarlo.



PIRÁMIDE DE EDADES DE LA POBLACIÓN FRANCESA EN EL AÑO 1940

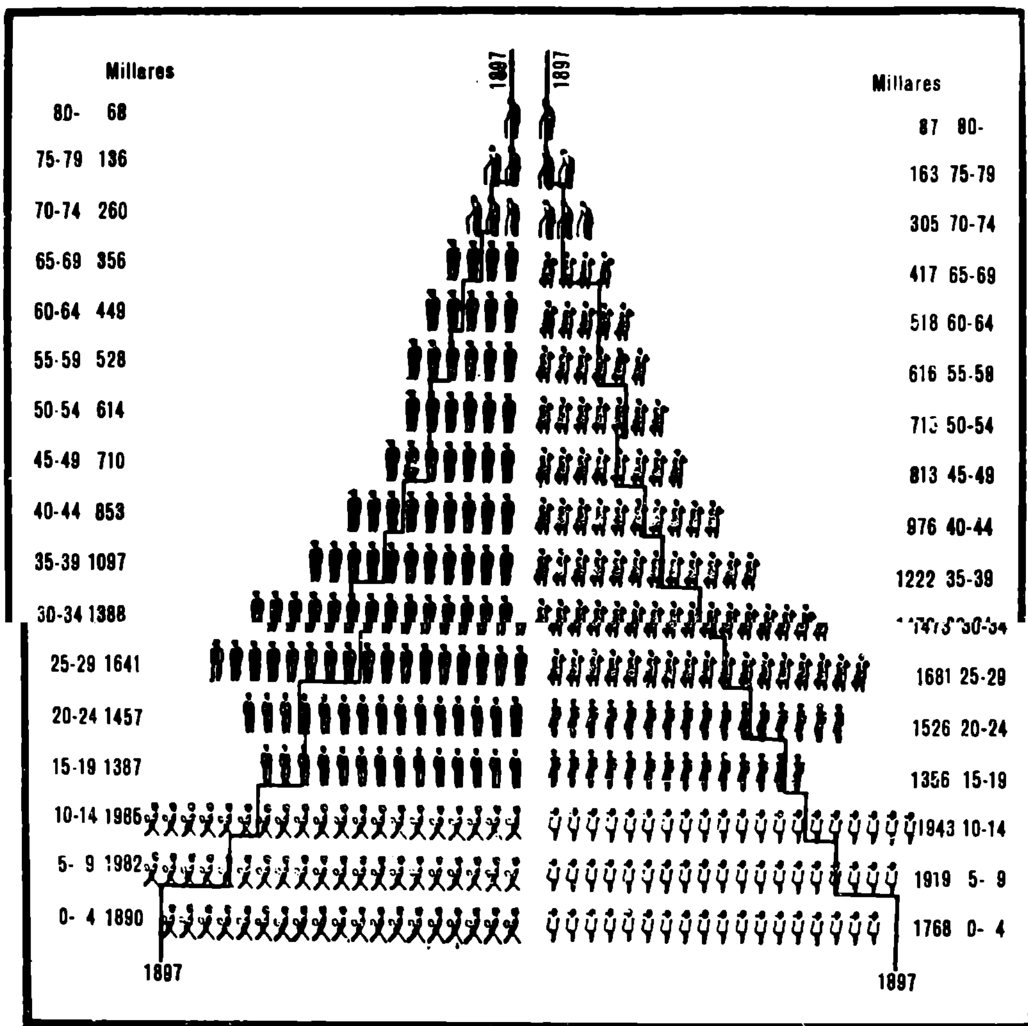
Llama la atención la brecha producida por la disminución de los nacimientos en el período de la Primera Guerra Mundial y en los años de crisis.

FUENTE: A. SAUVY, *Richesse et Population*, París 1944, p. 228.

Tampoco está descartado que en el futuro estas relaciones sufran otra vez un cambio como resultado de los nuevos progresos de la profilaxis de las parturientas, del trabajo profesional generalizado de la mujer, de los progresos de la higiene y de la prevención en el trabajo de los hombres, etc.

LAS INVESTIGACIONES SOBRE LAS POBLACIONES EN LAS ÉPOCAS PREESTADÍSTICAS

Desde que aparecieron los censos demográficos y las actas de estado civil, las búsquedas histórico-estadísticas se hallan basadas en el análisis de estas fuentes, la averiguación de su autenticidad, las estimaciones tendentes a llenar eventualmente sus lagunas, etc. Pero la aparición de tales fuentes documentales no es muy remota.[33]

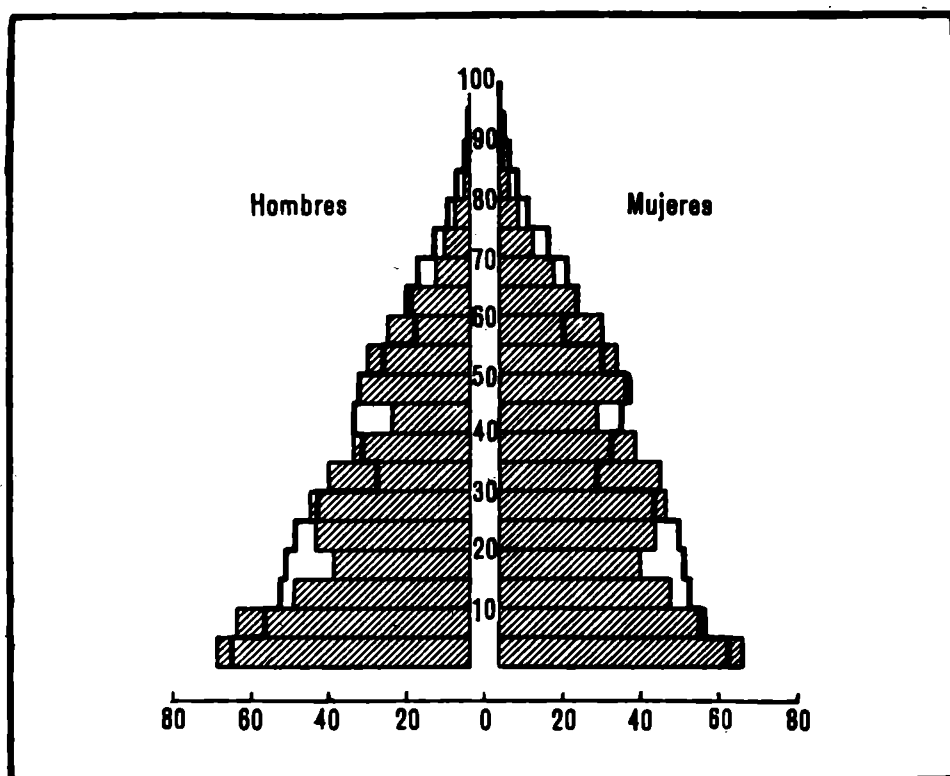


PIRÁMIDE DE EDADES DE LA POBLACIÓN POLACA EN EL AÑO 1897 Y EN EL AÑO 1936.

(La línea negra corresponde al año 1897. Las figuras al año 1936.) Una figura = 100.000 personas. Es de resaltar la regularidad casi ideal de la pirámide en el año 1897 y dos brechas en el año 1936 provocadas por la Primera Guerra Mundial y la crisis.

FUENTE: Ludwik LANDAU, *La juventud aspira al trabajo*, Varsovia 1938, p. 5. Este libro, precursor desde todos los puntos, destaca también por la bella calidad de las ideas gráficas utilizadas para ilustrar los datos estadísticos.

Para las épocas más antiguas,[34] disponemos en algunos casos de unas fuentes de tipo institucional, en particular de carácter fiscal, pero a veces también pueden utilizarse los censos de los varones aptos para el manejo de las armas, los censos comunales, los de los ciudadanos que gozan de los derechos políticos,



PIRÁMIDE DE EDAD DE LA POBLACIÓN POLACA EN EL AÑO 1958 Y PROGNOSIS PARA EL AÑO 1975.

Las partes rayadas corresponden a la situación en el año 1958. La línea negra corresponde a las prognosis para el 1975. Las mellas en la categoría de los 40-45 años de edad significa la disminución de la cifra de nacimientos durante la Primera Guerra Mundial. Las mellas en la categoría de los 15-20 años de edad representa a los nacidos durante la Segunda Guerra Mundial. La categoría activa en la Primera Guerra Mundial —por encima de los 65 años de edad— tiene un número notablemente inferior de hombres que de mujeres mientras que la generación activa en el período de la Segunda Guerra Mundial no presenta esa oscilación. Los deterioros en la pirámide serían mucho más aparentes si en lugar de la agrupación convencional según los quinquenios se hubiese utilizado una agrupación históricamente fundamentada (por ejemplo los que nacieron en los años 1914-1920, 1929-1933, 1940-1944).

FUENTE: *Anuario Estadístico de 1960*, Varsovia GUS, 1960, cuadro de la página 26.

etc., documentos todos ellos que, a través de la utilización de ciertos coeficientes demográficos, nos permiten pasar al cálculo dc la cifra global de la población.

«Entre los datos demográficos —escribe A. Sauvy— existen tantas relaciones e interdependencias, que los datos imperfectos pueden servir a la elaboración de una magnitud coherente y que se aproxima mucho a la realidad.»[35]

Ahora bien, ¿qué hacer cuando faltan tales fuentes?

Entonces está el que pudiéramos denominar método sociológico-evolutivo, el cual consiste en fijar el supuesto de la densidad de la población, correspondiente a un nivel dado del desarrollo socio-económico.

Este procedimiento lo elaboró en forma precursora Beloch para sus trabajos en torno a la cifra de habitantes del mundo antiguo: la Galia bajo César, etc.[36] De la misma manera, Krzywicki trató de calcular la población de Polonia bajo el reinado de los primeros Piast.[37] En base a este método elaboró igualmente Urlanis[38] su audaz síntesis sobre el crecimiento demográfico en Europa.

Este método se halla fundamentado evidentemente en la teoría evolucionista y dialéctica: evolutiva porque sólo puede utilizarse sobre el principio de la teoría de la evolución concreta y hasta unilateral de las formas de vida sociales; dialéctica ya que dicha teoría se asienta en la interdependencia funcional de todas las manifestaciones de la vida social en una etapa determinada de su desarrollo evolutivo, permitiendo —incluso, a veces— extraer conclusiones acerca de la densidad de la población, partiendo de los medios de producción. De manera que una vez más nos volvemos a encontrar con el problema de la comparabilidad.

Algunos de los principios del método al que acabamos de aludir son justos. El carácter de las fuerzas productivas determina el espacio imprescindible para la subsistencia de las unidades consumidoras, y el cual ha de ser considerablemente mayor para la economía cinegética que para la agricultura primitiva ubicada en las parcelas conseguidas con la cremación del bosque, más extenso para la protoagricultura que para la agricultura alternada; el espacio se va reduciendo a medida que el agro se desarrolla y se pasa al sistema de la rotación de los cultivos. Durante todo el tiempo en que los artículos alimenticios fundamentales no pueden ser objeto de un comercio masivo a largas distancias, es decir, a lo largo de una fracción enorme de «tiempo histórico», la producción de los artículos de consumo facultados por una técnica dada, condiciona la cifra de los habitantes que residen en un espacio determinado. Cuando esta cifra empieza a rebasar los límites espaciales, comienzan a actuar los reguladores «maltusianos»: el aumento de la mortalidad o la emigración de una parte de la población.

Así, en lo que se refiere a la enorme cinta cronológica que interesa al historiador y especialmente a ese período que se halla casi desprovisto de fuentes auténticas para las búsquedas demográfico-históricas, este método es adecuado en principio.

Pero su utilización práctica entraña unos riesgos muy considerables.

La dificultad principal consiste en que la hipotética densidad demográfica establecida por mediación de los datos sobre el desarrollo de las fuerzas productivas obliga al investigador que desea calcular la cifra aproximada de la población del país a multiplicar aquella magnitud por la superficie territorial. Pero, ¿cuál es la superficie de un país dado? No el espacio enmarcado en sus fronteras políticas, ya que en él pueden incluirse los desiertos y los pantanos, la selva. Y estos espacios a su vez no deben estar totalmente inhabitados. La aplicación correcta del método exigiría, por una parte, la utilización de unos coeficientes de la densidad demográfica diferentes para cada región, y por otra parte, un buen conocimiento de la geografía económica del país en una época determinada, de la configuración cultural de cada región, etc. Esto puede parecer difícil en la práctica y a veces irrealizable. Pero dado que por regla general los territorios mejor explotados económicamente suelen ser los que tienen mejores fuentes documentales, no es posible extrañarse de que los resultados obtenidos por mediación de ese método corran el riesgo de ser muy exagerados.

Lo peor es que la evolución de los países en el último período del feudalismo deja aparecer una dualidad sorprendente. No es casual que entre los países así llamados atrasados nos hallemos en la actualidad ante dos grupos claramente diferenciados: las naciones con una superpoblación relativamente fantástica y los países despoblados. Naturalmente, el constante mantenimiento de esta superpoblación relativa es posible no sólo como resultado del nivel de vida extremadamente bajo sino también gracias a la intensificación de la economía agrícola aun cuando esta intensificación se realiza a través de unos aperos relativamente análogos. Ambas posibilidades pueden definirse con un buen conocimiento de la economía.

Finalmente, no hay que olvidar que en ciertas etapas el progreso económico se realiza a través de la dislocación de las poblaciones, más precisamente, de la dislocación de la población en las regiones de viejo asentamiento y la puesta en explotación de otras nuevas, lo que en la práctica origina las dificultades a las cuales ya nos hemos referido.

Resumiendo, es posible afirmar que el que aquí denominamos método sociológico-evolutivo es tanto más útil cuando nos hemos de referir a unas relaciones muy primitivas, es decir, a aquellos períodos para los cuales se suele carecer de otras posibilidades de investigación. En relación con los períodos ul-

teriores, este procedimiento suele fallar con mucha frecuencia pero en este caso los resultados de las búsquedas pueden ser confrontados y averiguados a la luz de los materiales documentales de otro carácter, aunque éstos sean fragmentarios.

Pero las indagaciones demográfico-históricas no consisten solamente en el cálculo de las cifras globales (situación demográfica, dislocación geográfica de la población, estructura demográfica o social), sino también en fijar los coeficientes demográficos, que aunque aproximativos y basados en unos documentos fragmentarios nos pueden informar a veces mucho más ampliamente sobre una sociedad determinada que las cifras globales.

Para las épocas preestadísticas en las que las actas del registro civil son desconocidas, podemos conseguir dichos coeficientes en base a unas fuentes documentales muy reducidas como son, por ejemplo, los registros de algunas parroquias que se han conservado en buen estado. Esta limitación no comporta ningún riesgo, siempre y cuando conozcamos las características socio-económicas relativas a la región interesada por el material de fuentes.

Mucho más importante que la extensa base geográfica es la longitud de los períodos cronológicos. En las épocas preestadísticas —concretamente, bajo el feudalismo— en ciertas sociedades y en un período determinado de su desarrollo social, los coeficientes demográficos a largo plazo correspondientes a las diferentes localidades no se diferencian mucho entre sí, y sin embargo suelen variar muchísimo en una sola localidad en un breve período. Nada hay más arriesgado en las búsquedas demográfico-históricas como el cálculo de los coeficientes basados en una corta época cronológica lo que se ha comprobado más de una vez en la ciencia y lo han experimentado científicos de la talla de un Süssmilch.

Considerando los años de grandes mortalidades (epidemias, hambre) como años anormales, dichos científicos calcularon los coeficientes con respecto a los años que a su juicio podían considerarse como normales. Este proceder no resiste la crítica, ya que los años de gran mortalidad se repiten con tanta regularidad que para una época dada es posible considerarlos como algo absolutamente normal, como un factor inseparable de la existencia social. Por añadidura, como resultado del alto índice de mortalidad que se repite periódicamente en cortos espacios de tiempo, los coeficientes demográficos de los años restantes se hallan configurados de una forma específica —puesto que durante los tiempos de epidemias y de hambre perecieron los individuos físicamente más débiles, que se redujo la cifra de los nacimientos, aumentó la mortalidad de los recién nacidos, etc.

Así, no existe ningún procedimiento más apropiado que el de analizar los largos períodos, los cuales comprenden en unas proporciones reales los años normales y anormales, es decir:

los años en que la mortalidad se sitúa por encima o por debajo de la media.[39]

Para las investigaciones demográficas ha sido elaborada toda una serie de inestimables, interesantes y auténticas medidas que permiten percatarse de los rasgos fundamentales de una estructura demográfica determinada. La proyección de cada uno de los resultados obtenidos a la escala de nuestros conocimientos generales sobre la evolución demográfica de la humanidad nos permite comprender el lugar ocupado por una sociedad determinada en el ámbito del desarrollo evolutivo. En las indagaciones históricas, la tarea consiste en seleccionar aquellas medidas cuya aplicación permite la elaboración de unas aproximaciones representativas,[40] teniendo en cuenta los materiales documentales.

El método de «reconstrucción de las familias» es el más perfecto elaborado para las búsquedas demográficas, el único que sobre la base de los registros parroquiales es susceptible de dar resultados realmente auténticos, y el cual se asienta en un procedimiento en dos etapas. En la primera se anotan todos los matrimonios existentes en una parroquia dada en un período de tiempo dado y en una segunda fase se anotan en actas sucesivas todos los acontecimientos demográficos que han concurrido en el seno de cada familia. Pero este procedimiento, el más perfecto en su género, requiere una labor extraordinariamente larga: la sola anotación de los datos necesarios al análisis del registro de una parroquia de unos mil habitantes precisa varios meses de trabajo. Además, el examen de los datos recogidos con este método necesita la ayuda de máquinas estadísticas.

Sin embargo, los sondeos efectuados últimamente sugieren que con la utilización de unos métodos muy simplificados y teóricamente primitivos se obtienen resultados muy aproximados. Así, sin hacer ninguna crítica de la perfección del procedimiento de «reconstrucción de las familias» merece la pena considerar el problema desde el punto de vista de la economía del esfuerzo investigador.

Con el método de «reconstrucción de las familias» se ha podido obtener, por ejemplo, el coeficiente 4,85 para el número de hijos en el matrimonio mientras que para el coeficiente más aproximado de nacimientos en relación con el número de matrimonos se obtuvo el 5,04.[41] Según el mismo método de reconstrucción de las familias la mortalidad de los recién nacidos —hasta un año de edad— en una parroquia determinada (Auneuil) es equivalente al 28,8%, mientras que el cálculo aproximado según el registro parroquial dio un resultado de un 27,3%. De la misma manera, el porcentaje de los recién nacidos que vivieron más de 20 años, según el procedimiento abreviado dio un resultado de un 50,7% en lugar de un 48,9%.[42] Es posible señalar, sin embargo, que el método perfecto llevaba siempre unos re-

sultados muy pesimistas, es decir, que mostraba a la perfección las deplorables relaciones demográficas del período investigado. Suponiendo que los análisis ulteriores hubiesen confirmado la insignificancia de la diferencia existente entre los resultados conseguidos por ambos métodos y si, por añadidura, se confirmara la constancia del sentido de desviación, habría de prevalecer el criterio que aconsejara una economía tan grande de trabajo. Aún falta continuar las pruebas, especialmente con respecto a las distintas sociedades en las cuales el diferente carácter de las instituciones pudieron provocar el surgimiento de unas fuentes documentales distintas de los registros parroquiales.

Sin menospreciar los excelentes métodos actuales no podemos dejar de admirar la grandeza de los sabios de la Ilustración y de destacar el hecho de que Moheau, Lavoisier o Duvillard[43] obtuvieron unos resultados más o menos equivalentes utilizando unos procedimientos mucho más simples.

EL ESTADO DE LAS INVESTIGACIONES. PESIMISMO Y OPTIMISMO COGNOSCITIVO

Las búsquedas demográfico-históricas realizadas hasta ahora han dado origen a numerosas reflexiones matizadas de escepticismo referentes a la gran disparidad de las estimaciones que hayan podido conseguirse. Cuanto más alejado de las cifras se halla, el historiador aspira con un mayor afán a la obtención de unos datos exactos, precisos, específicos y auténticos, olvidándose que muy a menudo él mismo se permite la libertad de fijar con respecto a los documentos no datados los términos *post quem* y *ante quem*, o sea, los marcos en los cuales se sitúa la fecha buscada. El estadista habituado al actual grado de exactitud descalifica los datos inexactos, olvidándose de que su colega que está investigando a los países atrasados suele obtener un grado de exactitud más o menos parecido al que se obtiene en las investigaciones históricas. Lo peor es que la disparidad de las estimaciones demográfico-históricas abre un campo muy extenso para elaborar a discreción las teorías más heterogéneas, y de las cuales hablaremos más adelante. Así por ejemplo, allí donde un autor (Bouthoul) percibió diez «olas» demográficas, otro (Abel) descubrió solamente cinco, lo cual significa incuestionablemente que uno de los dos debió ver un aumento allí donde el segundo advirtió una disminución y viceversa.

Concretamente: suponiendo que la estimación de la población de la Galia romana oscile entre 4 y 48 millones de habitantes,[44] suponiendo que según las estimaciones de Urlanis en 1940 existían 23 estimaciones en torno a la población de Ingla-

terra sobre la base del *Domesday Book*, cuyos resultados oscilan en una escala de 1,2 a 2,5 millones de habitantes[45] y 13 valoraciones sobre la misma población, basadas todas ellas en la *poll tax* cuyos resultados fluctúan ya en una escala menor pero que sin embargo va de 2.350.000 a 3.070.000 de habitantes,[46] es claro que sobre la base de los trabajos existentes es posible percatarse sin esfuerzo de que en la historia de Inglaterra hubo un gran crecimiento demográfico entre 1081 y 1377 (de 1.200.000 a 3.070.000) y también un cierto descenso (de 2.500.000 a 2.350.000).[47]

Este mismo caso se suele repetir en las búsquedas demográfico-estadísticas, hallándose sus consecuencias acrecentadas por el hecho de que las lagunas resultantes de la importante falta de fuentes documentales pueden ser y hasta deben ser interpretadas por el investigador sobre la base de la impresión general que le producen los documentos descriptivos o en el mejor de los casos unos materiales más fragmentarios aún. Esto ocurre con el caso de la Inglaterra medieval, en que las diferencias de opiniones en torno a la interpretación de las fuentes documentales del año 1377 permite una gran libertad respecto a la estimación de los resultados demográficos de la Peste negra a mediados del siglo XIV.

Esta disparidad en las estimaciones demográficas no es ni mucho menos una peculiaridad de la historia del Medievo. En la Francia del siglo XVII, Urlanis enumera 24 estimaciones que oscilan de los 18,1 a los 28,9 millones,[48] lo cual, como es evidente, abre un campo muy extenso a las interpretaciones que más se adaptan a sus construcciones generales, tan apriorísticas en la mayoría de los casos. Pero la disparidad de las estimaciones mencionadas, y que a menudo es utilizada como argumento contra la demografía histórica, no es tan grande como pudiera aparecer en la lectura de estos ejemplos.

En una discusión seria deberían eliminarse aquellas estimaciones que han sido anuladas por las últimas críticas científicas, reduciéndose así considerablemente el campo de los problemas litigiosos. El esgrimir en la actualidad las estimaciones de la población de las Galias de los 4 a los 48 millones de almas como argumento en contra de las investigaciones demográfico-históricas no es sino pura demagogia.

Dado que las estimaciones nacionales son litigiosas, tanto más han de serlo las estimaciones relativas a toda Europa, las cuales constituyen la suma de las primeras. Cuando, para el período del 1500-1700, Schmoller suponía que el aumento de la población europea, al pasar de 60-80 millones de habitantes a 110 millones, era aproximadamente de un 50%,[49] una autoridad en esta materia, R. R. Kuczynski, escribía: «No hay base alguna para adelantar que en el año 1700 la población fuera mayor que en el año 1600 ni que en el año 1600 fuera muy superior a la de 1300.»[50] La verdad está entre esos dos extremos.

En una obra que efectúa el balance de las adquisiciones de la ciencia hasta aquella fecha y en la cual utiliza los materiales más diversos que se hallan a su disposición, Urlanis llega a elaborar un cuadro relativamente extenso en la historia de la continuidad del proceso de aumento de la población, aumento que al principio fue muy insignificante pero cuyo ritmo va acelerándose con el discurso del tiempo.[51] Según Urlanis, el número de habitantes de Europa debía ascender en el año 1300 a 78,7 millones, en el año 1500 a 90,7 millones, en el año 1600 a 105,6 millones y en el año 1700 a 119,1 millones,[52] lo cual significaría, por tanto, para el período al que Schmoller alude, un aumento del 30% de la población en lugar de un 50%.

Ahora bien, no deja de ser un hecho que en lo que se refiere al problema más esencial, la disparidad de opiniones no deja de ser alarmante. Conocemos bastante los pormenores esenciales pero no logramos ponernos de acuerdo ni siquiera sobre las líneas mas generales de desarrollo en los cambios demográficos de nuestro continente en una época relativamente no tan alejada.[53]

En tal situación no es sorprendente oír las palabras de las cuales sólo mencionamos las más características de un extremado pesimismo y de desconfianza hacia la demografía histórica y las posibilidades que ésta tiene de conseguir unos resultados auténticos. Lo más curioso es que tales críticas tienen las más diversas procedencias: de los economistas y de los estadistas acostumbrados a apoyar sus razonamientos en los materiales más auténticos y también de los historiadores que desconfían de todas las generalizaciones y de todos los métodos estimatorios.

Nos referiremos, para empezar, a la postura pesimista de Paul Mombert, quien ponía en duda la posibilidad de apoyarse en los antiguos censos de la población.[54] Naturalmente estos censos no suelen ser completos, pero ello no es ningún secreto para quienes los organizaban. John Richman, que asumió la responsabilidad del primer padrón de la población en Inglaterra,[55] al igual que J. G. Hoffman en Prusia,[56] se daban bastante cuenta de este problema. Por lo demás, Henryk Grossmann estableció de una forma convincente que el censo de la población del Principado de Varsovia en el año 1810 no abarcó el 8,5% aproximadamente de los habitantes, mientras que el empadronamiento anterior, realizado en el año 1808, dejó fuera del mismo al 22%, más o menos, de las almas.[57]

De lo que resulta que: *a*) es preferible tener una cifra errónea hasta en un 15% que ninguna, y *b*) tanto más por cuanto en la mayoría de los casos es posible establecer la magnitud del error.

Es justa la tesis fundamental de un demógrafo tan experimentado como lo fue Paul Mombert: no deja de ser limitado,

como es natural, el valor de los antiguos censos de la población, al igual que el de todas las fuentes históricas en general. Pero es preciso recordar que una crítica demasiado unilateral de las fuentes puede llevar a olvidarse de sus valores positivos y a no captar lo que un documento determinado nos pudiera enseñar.

Acaso Henri Sée haya caído en este riesgo cuando, en un estudio cuyo título es muy expresivo,[58] llega en principio a contestar negativamente a la pregunta de si es posible calcular la cifra de la población en la Francia antigua. Naturalmente, no se puede despreciar el valor de las observaciones críticas contenidas en el trabajo del conocido erudito. Son justas sus observaciones en cuanto a que no es posible extraer conclusiones sobre la densidad media de la población del país basándose en la densidad de los habitantes de una abadía muy importante en el orden económico. También son justas sus observaciones —sobre todo en cuanto a los materiales polacos se refieren— respecto a que los datos sobre el número de fuegos o de habitantes se inscriben de año en año en los registros administrativos, y solamente sirven de base convencional para establecer la magnitud de los impuestos. Ahora bien, ¿qué conclusiones deben extraerse de tales consideraciones críticas? ¿Se debe entenderlas como un llamamiento a la prudencia, a la crítica de las fuentes y a una serie de correcciones particulares o bien como una renuncia a nuestras posibilidades cognoscitivas? Esta última constituye indudablemente la salida más fácil y segura para el historiador, pero no la más adecuada ni provechosa para la ciencia. Aquí, tiene plena aplicación el consejo de M. Bloch, según el cual «se puede apelar de una estadística demasiado elemental a una estadística mejor comprendida».[59]

Ante las fantásticas diferencias de los resultados obtenidos por los distintos investigadores, las numerosas críticas sobre el valor de las fuentes y de los métodos, no puede extrañarse de que M. Reinhardt, autor de una ambiciosa historia de la población mundial desde el año 1700 hasta nuestros días, considere que «en general no existe una historia de la población. Entendemos a este respecto un estudio histórico de los fenómenos demográficos; histórico en sus métodos e histórico asimismo por el afán de un esclarecimiento común de los fenómenos históricos y demográficos».[60] Una autoridad en la materia como lo es R. R. Kuczynski pudo formular en un trabajo sintético el balance de la demografía histórica con estas palabras: «Nada sabemos en concreto acerca de los cambios que se hayan podido producir en la población de Europa antes del siglo XVIII.»[61]

Según R. R. Kuczynski, podemos afirmar que conocemos la población de un país dado en un momento determinado, cuando la escala de los errores probables no rebasa un 10% de más o de menos.[62] Muy pocos son los estadistas historiadores que pueden cumplir con ese criterio. Más aún, incluso el conocimiento del

tual número de habitantes de algunos de los países llamados atrasados comprende más de un 10% de error.

Sin embargo, al parecer el criterio formal de un 10% no resiste la crítica. En primer lugar, suponiendo que el sistema que rige en nuestra civilización no fuese el decimal, sino que estuviese basado en la cifra 8 o la cifra 15 (y su posibilidad ya la ha demostrado Leibniz), Kuczynski admitiría que el 8% o el 15% constituyen el límite convencional del error admisible. ¿No se trata, por tanto, de una convención discrecional?

Pero hay dudas más serias. La ciencia no deja de progresar con cada aumento de nuestros conocimientos concretos sobre los temas que nos interesan. Así, suponiendo que no sepamos absolutamente nada acerca del número de habitantes de un determinado país y que seguidamente consigamos estimar su población en x millones, sentando al mismo tiempo que el error probable puede alcanzar el 25%, esta comprobación no deja de ser un logro científico, tanto más importante en la medida en que consigamos establecer los límites superior e inferior entre los cuales ha de enmarcarse la magnitud buscada, a pesar de que la diferencia entre los mencionados límites fuera superior al 10%.

Rechazando, pues, el criterio formal de Kuczynski podemos aseverarnos hasta qué punto la ciencia actual tiene ya un conocimiento de la historia de la dinámica de la población de nuestro planeta, de sus continentes o países.

Hace treinta años que W. F. Willcox sumó las más diversas estimaciones locales, estableciendo la cifra de habitantes del mundo y de sus cinco continentes en los años 1650, 1750, 1800, 1850 y 1900.[63] Esta estimación fue acogida con una aprobación bastante general. Pero creemos que aún no ha sido corregida a la luz de las adquisiciones de la nueva literatura que no dejó de publicarse desde la aparición de la obra de Willcox.[64]

El continente europeo es indudablemente el que está mejor elaborado desde el punto de vista demográfico. El enorme bagaje científico que en este sentido existía hasta la Segunda Guerra Mundial ha sido objeto de una labor bibliográfica y de compilación por parte del estadista soviético Urlanis.[65] Desde entonces han aparecido además una serie de concepciones sintético-interpretativas.[66]

Asimismo progresan los trabajos que propenden a llenar las lagunas cronológicas, con lo que ello significa como orientación acerca de los fenómenos demográficos de unos períodos que hasta la fecha no habían podido ser investigados con la exactitud debida.[67]

Destacan, sobre todo, los progresos de la ciencia con respecto a las búsquedas demográfico-históricas relativas a los diferentes países. Estas investigaciones tienen una larga ejecutoria. Como el promotor de las mismas puede considerarse a John

Rickman, artífice de los primeros censos de la población inglesa. Rickman elaboró las primeras estimaciones del número de habitantes de Inglaterra y de Gales desde el año 1570 sobre la base de los registros parroquiales, hasta llegar al primer censo del año 1801 y de una forma que, al mismo tiempo que garantizaba las comparaciones,[68] sólo comportaba un reducido margen de errores que la ciencia actual evalúa en un 3%.[69]

Desde aquel período, la mayoría de los países de Europa han conseguido elaborar sus síntesis demográfico-históricas. Algunas de ellas no responden a las exigencias de la ciencia, bien por ser demasiado viejas,[70] o bien por adolecer de las posturas anticientíficas, racistas, que tan sencillas son para la demografía.[71] Algunas de estas síntesis presentan unas cifras muy seguras como resultado del valor de los materiales documentales que se han conservado a través de los siglos;[72] conformándose otras con unos datos muy aproximativos. De todas formas el bagaje científico es considerable a este respecto.[73]

En los últimos años se pudo observar un incrementado interés por la demografía histórica en la Unión Soviética. En un artículo programático, W. K. Jacunski señala que en este terreno se comprueba cierto abandono.[74] No obstante, ya son visibles los primeros resultados de las nuevas investigaciones bajo la forma de trabajos,[75] de libros[76] y de artículos documentales,[77] así como también de publicación de las fuentes.[78]

Finalmente, la demografía histórica puede regocijarse con los logros que, en los últimos años, representan las investigaciones en torno a la población de las grandes potencias de Oriente: China,[79] el Japón[80] y la India,[81] las cuales constituyeron en todas las épocas de la historia una parte enorme de la humanidad. La gran cultura social y científica de estas sociedades en los siglos pasados hizo posible más de una vez el surgimiento de inapreciables fuentes, las cuales son analizadas en la actualidad con los métodos más modernos.

En el período de la posguerra se advierte también el claro aumento del interés de los demógrafos para con la demografía histórica.[82] La utilización de las fuentes masivas como son los registros parroquiales, ha convencido a los demógrafos de que es posible que «nuestros conocimientos acerca de la población en el pasado no desmerezcan en nada en comparación con nuestros conocimientos sobre la demografía actual». «Contrariamente a lo que creen algunos, la demografía del siglo XVIII no será la pariente pobre que sólo puede aspirar a unos resultados muy inseguros.»[83] Esta confianza se halla basada sin embargo en la fe en una categoría dada de fuentes y en unos métodos bien determinados. Sólo los registros parroquiales que se han conservado en una gran parte de las parroquias representativas desde el punto de vista geográfico y de la aglomeración de la población pueden satisfacer a los investigadores, ya que en este

caso pueden utilizar los métodos clásicos de sorteo. Por esta razón, al citado autor considera que están condenados al fracaso todos los intentos de indagaciones demográficas que rebasen el período en el que dichas fuentes empiezan a conservarse, así, para Francia no más allá del año 1670, y para ciertas ciudades italianas es posible se pueda llegar hasta la mitad del siglo XVI.[84] De todas formas es evidente que no habrá que remontarse en el pasado más lejos del Concilio de Trento, teniendo en cuenta sus resoluciones con respecto a los libros parroquiales.

Estas limitaciones históricas, acaso justificadas desde el punto de vista de las necesidades mismas de la ciencia demográfica, no pueden ser aceptadas, no obstante, por los historiadores,[85] los cuales no pueden renunciar en ninguna época a las orientaciones de los fenómenos demográficos y deben luchar por conseguir tales orientaciones, incluso si éstas sólo pueden ser aproximativas.

LAS DIFICULTADES DE LA INVESTIGACIÓN

La demografía histórica, especialmente en cuanto respecta a las concepciones cuantitativas, ha de tropezar por naturaleza con todas las dificultades que resultan de los métodos estadísticos a la vez que de las dificultades propias a la elaboración del material histórico.[86]

La principal dificultad en este caso es el carácter institucional de las fuentes históricas heredadas del pasado; por regla general, sabemos mucho menos de lo que necesitaríamos saber para realizar una verdadera crítica de las fuentes en relación con las circunstancias de su aparición, sus finalidades prácticas y los métodos utilizados, etc. Por añadidura, el material contenido en la fuente se suele hallar conceptuado con unas categorías que no responden a nuestras categorías analíticas. Simón Kuznets se refiere muy acertadamente a este problema al afirmar que «la tarea de convertir las categorías ofrecidas por las fuentes a las categorías analíticamente útiles representa la tarea más trascendental y que más tiempo absorbe al investigador».[87] Por otra parte, cuando el investigador de los problemas contemporáneos que opera con ese género de materiales tropieza con importantes dudas en cuanto a la interpretación de los datos, por regla general puede recurrir ampliamente a las indagaciones complementarias, aclaratorias, que le permiten averiguar el grado de oscilación de los datos, etc. Todos estos medios le están vedados al investigador del pasado. Así, éste se ve expuesto a toda una serie de deformaciones no casuales de los resultados.

El primer factor en provocar tales deformaciones suele ser

a menudo el riesgo de que los datos demográficos obtenidos acerca del pasado son demasiado bajos. Este peligro puede resultar tanto de la ineficiencia de la administración cuya actividad se halla reflejada en las fuentes analizadas por nosotros, como puede ser también el resultado del carácter fiscal de muchos de estos materiales: puede darse, por ejemplo, el caso de que algunas gentes no se hayan registrado para no pagar los impuestos; por otra parte también hay que tener en cuenta con que a lo largo de los muchos siglos de la época precapitalista toda una categoría de gentes vivían, en cierta manera, al margen de la población: mendigos, ciegos y mutilados, vendedores ambulantes, frailes y toda clase de vagabundos, etc., los cuales se hallaban excluidos del registro y que de hecho no estaban supeditados a ninguna administración. Estas tres causas —y no sólo ellas— son las que suelen motivar el riesgo de obtener unos resultados demasiado bajos.

No menos frecuente, aun cuando sea menos importante para el investigador precavido, suele ser el riesgo contrario: el de conseguir unos resultados demasiado elevados. Los casos en que los investigadores de los problemas demográfico-históricos de los diferentes países y épocas obtuvieron unos resultados increíblemente exagerados son extraordinariamente numerosos. Los motivos de esta deformación de los resultados son numerosos. En primer lugar, citaremos el estado de espíritu de ciertos investigadores que a menudo no llegan a admitir o les cuesta mucho trabajo aceptar, que la «gran época» tan admirada por ellos, fuera obra de unas sociedades relativamente poco numerosas. La leyenda según la cual la gran magnitud de la población es el resultado y el reflejo del esplendor de la época, en realidad sigue viviendo más de lo que era posible esperar, y su existencia póstuma, solapada, es tanto más peligrosa para la ciencia. Pese a que David Hume deshizo ya la leyenda sobre las grandes poblaciones del Mundo Antiguo y la gradual disminución de los pueblos en las épocas siguientes, más de un investigador se inclina a confiar en las estimaciones de entonces tantas veces exageradas o a escoger el mayor número posible de variantes interpretativas en relación con las fuentes de otro tipo.[88] Pero cada turista que visita las ruinas del Foro Romano se suele asombrar ante su estrechez tan desproporcionada con la leyenda: ¡no debía ser muy grande la multitud a la que Marco Antonio enseñó el cadáver de Julio César!

Independientemente de estas razones sentimentales, aquí entran en juego otros motivos reales. En primer lugar, es un hecho que las fuentes sobre las cuales nos apoyamos, por regla son incompletas y se refieren generalmente a unos territorios escogidos y a unos períodos esporádicos —territorios muy destacados bajo muchos aspectos y a épocas en la mayoría de los casos florecientes.

Las cifras acerca de la población de Francia extraídas a base de la densidad de la población de un convento de los alrededores de París muy destacado económicamente, cifras criticadas por Sée, aunque no sean tan extremadas, no son raras en la literatura científica. De igual manera puede decirse que casi todas las grandes fuentes históricas, importantes para las búsquedas demográfico-históricas proceden de unas épocas felices, tiempos de desarrollo económico y cultural, mientras que la desorganización de todos los resortes de la administración pública, provocada por las grandes plagas de la naturaleza y las guerras destructoras no podía propiciar el surgimiento de tales fuentes e incluso impedía su aparición.

En los últimos años también es posible que haya aumentado el interés científico por los problemas de las plagas elementales y las destrucciones guerreras en los tiempos antiguos y su papel en el desarrollo socio-económico.[89] No obstante, es característico que los resultados de estas búsquedas se encaminaran con demasiada frecuencia en el sentido de exagerar la significación concreta de las diferentes plagas elementales y sus consecuencias demográficas[90] a través de la subestimación de los cataclismos naturales como uno de los «coeficientes» normales y casi constantes en el desarrollo social de la época precapitalista.[91] Por lo demás, no deja de suceder lo mismo en relación con las guerras en la era del capitalismo y especialmente del imperialismo.[92] A los investigadores les resulta difícil mantenerse en equilibrio entre la subestimación y la exageración de estos fenómenos.

La tercera causa que motiva los errores no casuales en los resultados de las investigaciones demográfico-históricas, es la dificultad específica vinculada a la utilización del método de estimación en el pasado. Es decir, que el método estimativo debemos utilizarlo casi siempre en las investigaciones históricas, ya que gracias a ello podemos pasar precisamente de las categorías institucionales halladas en las fuentes, —tales como las cifras de los registros fiscales y de los reemplazos militares, el número de familias, el número de fuegos, el número de los habitantes en estado de recibir los sacramentos, el número de los bautizos, etc.— a las cifras de la población. Pero esto solamente puede realizarse después de la elaboración de los correspondientes coeficientes. Naturalmente en la medida de lo posible, nos esforzamos por conseguir dichos coeficientes en las épocas más cercanas. Y en este punto empieza toda la dificultad no siempre consciente aunque casi siempre evidente, ya que es el caso que en tanto que los cambios de la población global de las diversas unidades (localidades, regiones, países) en los siglos XIX y XX son relativamente rápidos y con una clara orientación en su línea, los coeficientes demográficos de esa época varían relativamente despacio. En cambio, a lo largo de toda la época

feudal —en toda la acepción del término— la cifra general de la población de las distintas unidades varía muy lentamente durante un tiempo muy dilatado, los cambios de la orientación de los coeficientes demográficos son asimismo insignificantes en un largo período cronológico, mientras que las oscilaciones en el estado de la población al igual que las fluctuaciones de los coeficientes demográficos son enormes durante los cortos períodos, al producirse de año en año, de lustro en lustro.

El coeficiente de las defunciones, el de nacimientos y de casamientos, el número de personas por familia, etc., todas estas magnitudes sufren bajo el sistema precapitalista frecuentes y grandes desviaciones en relación con la línea principal de los índices medios.[93]

Si tomamos ahora en consideración el ya aludido hecho, según el cual las fuentes documentales que se han conservado proceden más bien de los territorios más importantes, de los períodos florecientes, de las clases privilegiadas, etc.,[94] es evidente que la utilización de los coeficientes basados en tales materiales ha de desembocar en unas conclusiones erróneas y en unos resultados generales bastante exagerados.

Tales creemos que son los motivos principales que ocasionan los errores no casuales en las búsquedas demográfico-históricas. La conjunción casual de una u otra desviación puede dar como resultado un cuadro de incrementos, de caídas y de ciclos fantásticos en los cuales sólo puede extraviarse el investigador que no tuviera en cuenta la integración de todos los fenómenos demográficos analizados por él en el conjunto teórico del desarrollo socio-económico.

LAS TEORIAS CICLICAS Y SU CRITICA

Sin embargo, todo depende de cual sea la teoría, ya que es el caso que principalmente en la demografía hace mucho tiempo que aparecen numerosas teorías no científicas y ello con mucha más frecuencia acaso que en las demás disciplinas de la investigación social. Tales hipótesis llegan a penetrar a veces consciente o incosciente hasta en los trabajos de los más prestigiosos investigadores.

Citaremos algunas de las tentativas más características relacionadas con la teoría del desarrollo cíclico de la población. Veremos concretamente de qué manera los sucesores atrasados de Malthus se afanan por buscar alguna norma demográfica universalmente aplicable al margen de la historia.

Expondremos en primer lugar la prueba más sencilla presentada por Gaston Bouthoul en el Congreso Internacional de la Población celebrado en París en el año 1937.[95] La tesis de Bou-

thoul no es ni más ni menos que la afirmación de que tanto en Francia como en toda Europa existen las olas de «alzas» y «bajas» de una duración de un siglo aproximadamente. Con respecto a Francia, Bouthoul basa su razonamiento presentando los datos acerca de la población de ese país a través del cuadro general de su historia y caracterizando a las diferentes épocas como felices o desgraciadas; así aparece que tras el «venturoso» siglo XIII, sigue el siglo de la Guerra de Cien años y luego, con unos intervalos de un siglo más o menos, se producen las Guerras de Religión, el último período de las Guerras de Luis XIV y las Guerras napoleónicas, y finalmente, la Primera Guerra Mundial.[96] Dejando de lado las «pequeñas inexactitudes», según este cuadro nos encontramos ante dos fenómenos distintos: en el primer período tenemos una «ola» de incremento y una «ola» de descenso de una duración casi idéntica mientras que en el último período nos hallamos ante un aumento entrecortado por breves y violentas caídas —lo cual Bouthoul no advierte. Pero no deja de ser más importante el otro aspecto del problema. Pues el propio Bouthoul afirma que dichas oscilaciones cuya regularidad constituye la tesis de su obra «todas son consecutivas a las guerras civiles o extranjeras».[97] Por añadidura, el autor afirma después que tales regularidades existen igualmente en relación con Europa en su conjunto,[98] pero esta vez al no disponer de unos datos auténticos sobre el número de habitantes de este continente en los diferentes períodos, se limita sencillamente a la comprobación de que las grandes guerras se produjeron en países europeos cada cien años aproximadamente. A continuación se ratifica en observar este mismo ritmo de cien años en las guerras de la historia de Inglaterra, e incluso, lo cual es aún más curioso, en la historia de la Grecia antigua.[99]

De manera que Bouthoul viene a sugerirnos que las guerras destructoras acontecieron siempre y en todos los lugares más o menos con un intervalo de un siglo, lo que al mismo tiempo presupone que el motivo de tales guerras pudo haber sido muy bien el «exceso de población» resultante de las épocas felices y que su función objetiva tenía que consistir en la liquidación de ese exceso de población devolviendo el «equilibrio» a la sociedad.[100] Es interesante saber que Bouthoul reconoce abiertamente que llegó a esta su concepción bajo el influjo de la teoría de los ciclos económicos (por analogía, pero ¿sobre qué principio se asienta esta analogía?), y especialmente de la teoría de los ciclos de larga duración —tan de moda en Francia en el período de entre las dos guerras mundiales— los cuales debían ir al menos tan lejos como nuestras informaciones históricas sobre los índices de la vida económica resultantes de las fuentes documentales.[101]

Un segundo ejemplo: la teoría de Wilhelm Abel.[102] Con ese mismo material, Abel trata de elaborar un cuadro enteramente

distinto. A su juicio, también los cambios en la población de Europa se efectúan cíclicamente pero él aprecia unos cambios bastante más reducidos. Partiendo del año 1.000, Abel distingue el período I con un gran aumento en los años 1.000-1.300; el período II con un descenso de la población en los años 1.300-1.480; el período III con un nuevo aumento en los años 1.480-1.650; el período IV con un nuevo bajón en los años 1.650-1.750 después de lo cual empieza una nueva época de incremento.

Como tercer ejemplo, podemos exponer la teoría de Raymond Pearl,[103] algo enmendada más tarde por D. O. Cowgill.[104] Pearl llega al problema del crecimiento de la población, planteándose la pregunta: «¿Cómo crecen las cosas?»,[105] y tras efectuar una serie de análisis ejemplificadores examina de un modo particular el aumento de la «población experimental» o sea la de los insectos (*drosophila melanogaster*).[106] Después vuelve a centrar su atención en la sociedad humana, analizando a título de ejemplo la población de los Estados Unidos, la de algunas grandes ciudades —Nueva York, Baltimore—, y la de Argelia desde su conquista por los franceses. En cada caso e independientemente de si se trata de un organismo natural (cuerpo humano, planta) o de una comunidad de insectos (*drosophilas*) o de una colectividad humana presa del torbellino de las grandes corrientes migratorias (la población de las grandes ciudades americanas) de la población de un país de gran inmigración (EE UU) o, finalmente, de una comunidad humana apartada de los itinerarios migratorios (la de los nativos argelinos en la época del imperialismo) Pearl obtuvo siempre el cuadro de un desarrollo que desembocaba en la así llamada curva logística, o sea, en una curva cuya escala comienza a descender para ascender lentamente a continuación, después el ritmo de desarrollo aumenta y tras haber alcanzado un cierto máximo del ritmo de crecimiento comienza a bajar gradualmente hasta que por fin se estabiliza a un nuevo nivel.

En su reciente estudio, Cowgill llama justamente la atención sobre el hecho de que incluso al examinar con esa misma curva logística el crecimiento de un objeto abstracto es posible obtener como resultante de cuatro variantes diferentes la configuración de los cambios en una curva de nacimientos y una de defunciones. Cowgill afirma que «aun cuando la curva logística de Pearl fuera justa, no quiere decir que siempre se verifique con ese mismo mecanismo histórico».[107] Puede llegarse en definitiva a ese mismo resultado teórico con cada una de las cuatro variantes.

El cuarto ejemplo no tiende a establecer cualquier norma cíclica en las oscilaciones del estado de la población sino que propende a ir quizá mucho más lejos: al establecimiento de la interdependencia entre las grandes «transformaciones históricas» (*sic*) y los fenómenos demográficos. Nos referimos a la

teoría adelantada por Josiah Cox Russell al final de su interesantísimo estudio: *Demographic Pattern in History*.[108] Esta hipótesis se halla conceptuada en la frase siguiente: «*Of then, we, correlate the changes in trend of population with those of the major turus of history we find that the population changes occur a century or more before the changes in history. Precedence then goes to population change rather to historial changes.*»[109]

Dejando aparte el problema característico de la terminología, o sea, la diferenciación de los términos *demographical* e *historical* que al contraponer los cambios demográfico-históricos subrayan por consiguiente el carácter anhistórico de los primeros mientras que esta contraposición, podría evitarse utilizando una terminología correcta —aunque, naturalmente, esta utilización no es ni mucho menos casual— llama aquí la atención la tesis característica sobre la primacía de los cambios de los elementos demográficos en las grandes transformaciones históricas y sobre el hecho de que esta primacía se manifiesta con bastante regularidad en todos los lugares con cien años o algo más de anticipación.

El quinto y último ejemplo característico es la obra de August Lösch.[110] Lösch aplica la teoría sobre la primacía de los cambios demográficos a un problema concreto: la fluctuación económica.[111] Lösch aplica la teoría sobre la primacía de los cambios de nacimientos sólo a partir del año 1630 (tomando Suecia como ejemplo) pero únicamente como resultado de la falta de materiales antiguos suficientes, viendo en ella la causa de los ciclos coyunturales. Esta conclusión no deja de ser para la justificación del sistema capitalista tan agradable como la proverbial teoría que explica los ciclos coyunturales a través de las manchas solares.[112]

¿Qué pensar acerca de estas teorías y del estado de las disciplinas científicas en las cuales pudieron surgir y en las que no dejan de resaltar algunas posturas metodológicas inquietantes?

La primera de ellas es la tendencia a extraer los cambios fundamentales y, por añadidura, supuestamente regulares de unos hechos como son las guerras o las epidemias. Bouthoul afirma que las «grandes transformaciones demográficas —a su juicio regulares en su aparición— son la consecuencia de las guerras civiles o extranjeras»,[113] y Lösch escribe que: «las olas de nacimientos aparecen como consecuencia de las grandes guerras, las epidemias y el hambre».[114] Esto nos llevaría a la comprobación de alguna regularidad en la aparición, en la historia de las guerras o de los cataclismos elementales. El esclarecimiento de los cambios en el estado de la población antes de las guerras, que con esa misma regularidad secular debieran manifestarse en la Grecia antigua esclavista y en la Europa capitalista, cons-

tituye, en el mejor de los casos, la toma en consideración de alguna fuerza misteriosa (y conocida en el orden de las matemáticas) la cual se hallaría a la base de esa regularidad.

La segunda tendencia inquietante es el biologismo. Si Pearl es capaz en el curso de un mismo razonamiento de pasar sucesivamente del crecimiento de un organismo biológico en el cual el desarrollo se manifiesta a través de la longitud y del peso a las comunidades de los insectos tales como el *drosophila* o de los animales como las aves de corral en los cuales el desarrollo se expresa a través de los cambios numéricos; pasando a continuación al aumento de la población de las grandes ciudades como Nueva York y Baltimore cuyo crecimiento depende mucho más de las grandes corrientes migratorias internas y externas que del movimiento natural de sus habitantes, para llegar finalmente al análisis de los cambios en la población de Argelia a partir de la conquista francesa, este razonamiento no puede tener en sus fundamentos más que la múltiple significación de la palabra desarrollo. De la misma manera que el título tan característico del capítulo preliminar «How Things Grow»[115] está basado quizás en la indeterminación del concepto *things* —cosas—: ¡todo puede ser, por lo visto, con esa significación de las «cosas»!

Ahora bien, ¿cómo se explica el hecho misterioso del que Pearl logra obtener en todas sus investigaciones unos resultados matemáticos idénticos que le llevan a introducir los cambios en el ritmo de desarrollo en la citada curva logística? El problema es mucho más sencillo de lo que pudiera parecer. Cada cambio cuantitativo y por tanto en el crecimiento obedece a una causa determinada cuya acción tiene su comienzo y su fin en el tiempo. A la vez, estas causas y especialmente sus efectos no aparecen generalmente de improviso, sino que se manifiestan paulatinamente, al igual que la causa deja de actuar gradualmente y que mucho más gradualmente desaparecen sus efectos. Y aquí tenemos toda la «curva logística» a la cual hemos aludido y que formulada matemáticamente no es sino una perogrullada.

Esto es tanto más evidente cuanto que concretamente en lo referente a los fenómenos demográficos, entre la aparición o la desaparición de las causas de sus manifestaciones demográficas tiene que existir un intervalo de tiempo más breve, para ciertas manifestaciones y para otras más largo. Ello es tanto más comprensible cuando en las complejas y multilaterales interdependencias de la vida social nos hallamos muy a menudo ante la acumulación de los diversos factores causales. Se fueron acumulando paulatinamente los factores impulsivos y repulsivos que provocaron la emigración masiva a los Estados Unidos de América y fue desapareciendo gradualmente su acción. Por lo tanto, se trata de unos motivos históricos que alguna vez dejaron de actuar. ¿Cabe extrañarse, por tanto, de que la población de los

EE UU se desarrollara según una curva logística? ¿Esta comprobación aumenta algo nuestros conocimientos sobre esa realidad?

En otros casos son asimismo diferentes los fenómenos sociales que provocan una línea de desarrollo de una sociedad determinada y son de otra naturaleza los que la frenan.

Al caer bajo la dominación del imperialismo francés, en Argelia se nota al principio, con la pacificación del país y como lo señala Pearl, un aumento del número de habitantes entre la población indígena, pero en el curso de su hegemonía, ese régimen, al frenar el desarrollo económico del país, representa al mismo tiempo un freno para el crecimiento de la población argelina. Es obvio agregar que tanto los efectos iniciales como los últimos no se manifestaron en el acto sino gradualmente, lo cual, como es natural, al ser transferido a un diagrama, presentaría el desarrollo de la población nativa de Argelia según el criterio de la curva logística, etc.[116]

Otro de los efectos de dicho biologismo está en llevar a un razonamiento con un medio artificial a pesar de que las condiciones de ese medio son claramente distintas de aquellas a las cuales han de referirse por analogía de los resultados. El rasgo fundamental de los experimentos de Pearl con la multiplicación de los insectos dentro de una botella o de las aves de corral en una explotación agrícola estriba en que se trata de una pequeña población en un medio relativamente grande, circunstancia que se da raramente en las sociedades humanas.[117]

No nos detendremos por más tiempo en las nefastas consecuencias de los métodos biológicos en el análisis de los fenómenos sociales. Al parecer, ya se ha hablado bastante de esto desde hace más de medio siglo y la comprensión del carácter específico de los fenómenos humanísticos y por lo tanto de la ciencia que los explora por haber sido tantas veces subrayada, constituye un logro permanente de aquel período.[118] Una tercera tendencia, ligada hasta cierto punto con el biologismo y asimismo inquietante, consiste en buscar en los fenómenos demográficos las causas iniciales y decisivas con respecto a los fenómenos sociales.

La postura más extremada en esta materia se halla representada por el citado Josiah Cox Russell. Recordaremos que según Russell, todos los cambios históricos han estado precedidos en un siglo o algo más por los grandes cambios demográficos, subrayando con fuerza que «la primacía pertenece más bien a los cambios demográficos que a los históricos».[119] Esta interdependencia y sus formas de influjo se hallan caracterizadas por Russell en otro lugar de la siguiente manera: la propia naturaleza de los cambios demográficos determina su influencia en la historia, ya que con muy pocas excepciones, este factor influye gradualmente pero con mucha fuerza. Los grandes cambios en el sector demográfico influyen tan lentamente que sus

resultados aparecen solamente después de cien o más años en tanto que cambios en la vida económica e intelectual a la cual se contraponen, modifican y poniendo a veces de relieve la energía del período demográfico pasado. El hecho de que tales efectos aparezcan con tanto retraso hace que escapen a la atención de los observadores. Los cambios demográficos actúan, por tanto, a semejanza de los cambios geológicos... «el movimiento de las poblaciones se parece a la corriente del agua que sigue una misma dirección, la cual, siempre y cuando ello es posible, trata de seguir el viejo curso y con mucho retraso va abriéndose un nuevo curso gracias a la erosión».[120]

¡Nada más característico que la escala comparativa utilizada por Russell en ese pasaje!

El descubrir en los cambios demográficos uno‿ fenómenos similares a los procesos geológicos, la característica oposición entre los cambios «demográficos» e «históricos», el subrayar con fuerza la primacía de lo «demográfico» sobre lo «histórico», todo ello caracteriza claramente la teoría de Russell en 1949.

Afortunadamente, en los trabajos de este científico es posible separar esta teoría de sus logros incuestionables y duraderos en el campo de la erudición,[121] pero esto no significa, no obstante, que esa teoría en sí misma no se haya reflejado en la resolución por dicho autor de toda una serie de problemas específicos y en particular que no se manifieste hasta cierto punto en las posturas metodológicas que se dan en otros autores.

Es evidente que por mediación de la interdependencia multilateral de los distintos elementos del desarrollo social es factible crear sin gran esfuerzo, y a base de ciertas manipulaciones, una teoría monista al elevar a cada uno de los elementos a la cabeza y asignándoles un papel activo. Por suerte para la historia de la ciencia, se agotaron quizá todas las posibilidades en este terreno, se idearon todas las variantes posibles las cuales, en suma, jugaron en el desarrollo científico un papel multilateral de esclarecimiento de los diversos aspectos del proceso histórico. Sin embargo, en la etapa actual de la ciencia, esta clase de unilateralidades debe pertenecer ya al pasado. Además, la teoría sobre la primacía de los fenómenos demográficos es incuestionablemente, la más perjudicial de todas. Al atribuir las causas de las grandes transformaciones históricas a los fenómenos demográficos entendiendo a éstos como algo similar a los procesos geológicos o algo parecido, el humanista aclara de esta manera lo desconocido con lo desconocido y, al capitular, renuncia simultáneamente a su autonomía y a sus posibilidades cognoscitivas. Y no termina aquí todo. Como siempre en estos casos, las consecuencias de una postura metodológica errónea llevan muy lejos y en estos problemas no deja de manifestarse con suma nitidez que de una teoría errónea a una práctica nefasta «sólo media un paso».

Para probar lo dicho basta un solo ejemplo. Nos referimos al trabajo de Lösch sobre la relación del ciclo coyuntural y de la ola demográfica. La teoría de Lösch encierra la hipótesis sobre la primacía de los cambios demográficos y la de la regularidad cíclica de las olas demográficas. Constituye una meditación hasta el fondo y una posibilidad de extraer las consecuencias de estas posturas demográficas. El resultado lo tenemos, por una parte, en una especie de «pandemografismo» que le permite al autor esclarecer todos los fenómenos con los factores demográficos.[122] Señalaremos como ejemplo que según Lösch la revolución de 1848 en Alemania no estalló como resultado de que la generación existente entonces en el mercado del trabajo fuera más numerosa que de costumbre y porque no podía ser absorbida por la vida económica que no se hallaba preparada para ello.[123] Por otra parte, el transferir las causas que provocaron los cambios sociales de la esfera social a la esfera natural-biológica, llevan a capitular ante las posibilidades cognoscitivas de la humanística, lo cual conduce, al mismo tiempo, a transferir la responsabilidad por ciertos hechos de la vida social del terreno humano del de la vida social a la «Gran Incógnita».

No somos, o al menos en gran parte, responsables del ciclo coyuntural propio al régimen capitalista,[124] ya que se halla motivado en gran medida por una regularidad de carácter natural-biológico: las ondas demográficas.

El biologismo y el considerar a los fenómenos demográficos como protocausales caracterizaron, como sabemos, en primer lugar los trabajos racistas hitlerianos en el campo de la demografía histórica, los cuales como ya lo hemos dicho, hemos dejado de lado en nuestras reflexiones. Sin embargo, la predilección de los racistas por estos principios metodológicos no es, naturalmente, y eso debíamos subrayarlo, de ningún modo casual.

La cuarta y última de las posturas metodológicas que aquí queríamos subrayar es el anhistoricismo. Esta tesis formulada con respecto a las búsquedas sobre la historia de las poblaciones y por lo tanto a unos análisis históricos por naturaleza, puede parecer una contradicción en su principio. Pero no es así. Del carácter «histórico» de ciertos análisis no decide el material elaborado sino el método. El anhistoricismo de ciertas investigaciones demográfico-históricas, ligado por lo demás estrictamente con posturas como son el biologismo y el pandemografismo, ya citadas, se caracteriza por la búsqueda de las regularidades y las normas obligatorias y de un carácter suprahistórico cuyos valores son ilimitados tanto en el tiempo como en el espacio. Si Russell percibe la misma relación entre los cambios demográficos y los así llamados por él «cambios históricos» en el curso del mundo antiguo y de los siglos XIX y XX, si Bouthoul comprueba una regularidad normativa de cien años en la aparición de las

grandes guerras tanto en la Grecia antigua como en la historia de Francia, de Inglaterra y de toda Europa en los siglos medievales, en los tiempos modernos y en el día de hoy, en todo ello se refleja precisamente la postura anhistórica.

Las actitudes metodológicas que acabamos de caracterizar como igualmente peligrosas, revisten en cada autor un aspecto diferente. De estas cuatro posturas todos hacen hincapié sobre un aspecto distinto. No quisiéramos en lo más mínimo que se pudiera creer que a nuestro juicio los investigadores citados se caracterizan por estas actitudes.[125] Hemos mencionado a estos autores como ejemplo y se puede señalar que las posturas metodológicas que hemos caracterizado en ellos se manifiestan igualmente en un gran número de investigadores en las más diversas versiones. Son tan frecuentes, que es posible considerarlas como el distintivo de una corriente determinada de la demografía histórica y de la demografía en general[126] y también como su principal peligro.

LOS POSTULADOS METODOLÓGICOS

Frente a los numerosos riesgos con los cuales se tropieza en las investigaciones demográfico-históricas vale la pena tratar de formular algunas indicaciones metodológicas de carácter general.

La primera recomendación debe ser el principio de la cognoscibilidad del mundo social. Sobre la base de este principio el investigador evita el esclarecer lo desconocido a través de lo desconocido, pero de aquí sólo media un paso para el esclarecimiento de lo incógnito por la incógnita. Esto lo recordamos por no estar desligado quizá del problema de las teorías cíclicas tal y como sé hallan reformadas anteriormente.

La siguiente indicación está basada en el principio de la diferenciación de la realidad social y en el carácter distinto de los métodos de conocimiento de esa realidad. La directiva durkheimiana de aclarar lo «social» a través de lo «social» aunque formulada muy prudentemente como consejo metodológico que recomienda buscar en primer lugar las causas sociales de los fenómenos de tipo social, resulta no haber envejecido a la luz de las citadas teorías cíclicas. Al ser utilizada puede permitir al investigador evitar caer en los peligros del biologismo y de llegar por analogía a las conclusiones con respecto a los fenómenos incomparables, de las que de tantos ejemplos hemos sido testigos.

La tercera indicación, ligada por lo demás con las anteriores, reside en el principio de la regularidad del discurso de los procesos del desarrollo social en sus rasgos generales, lo que no

excluye, naturalmente, los rasgos peculiares de un fenómeno concreto. La correcta aplicación de este principio le evitará al investigador la tan frecuente elaboración de teorías separadas en relación con cada material concreto, de unas teorías elaboradas sobre un caso determinado y que por lo tanto no pueden ser comprobadas y por no poderse aplicar a las indagaciones siguientes, no enriquecen nuestros conocimientos.

La cuarta indicación metodológica se asienta en el principio de los cambios fundamentales propios de la vida social, sobre la base del cual todas las relaciones, aparte de las más generales que se manifiestan en ella, sufren un cambio con el tiempo y el conocimiento de los cuales constituye precisamente la principal tarea del investigador. «La historia es la ciencia de los cambios» —afirma M. Bloch. De ahí que todo conocimiento acerca de la sociedad y por lo tanto de la demografía, sea histórico. La correcta aplicación de este principio ahorrará al científico el cometer los errores que no suelen ser raros resultantes del esclarecimiento de la situación en la época antigua a través de la época moderna y de los tiempos modernos a través de la antigüedad.[127]

La quinta indicación radica en el principio de que la vida social representa un conjunto absolutamente interdependiente que hay que aclarar desde el interior. La demografía como ciencia social, histórica, debe considerarse por tanto como un instrumento que solamente puede utilizarse junto con el conocimiento de los demás elementos de la vida social y, en primer lugar, de su elemento fundamental: las fuerzas productivas de la sociedad y las relaciones entre los hombres resultantes de la actividad productiva.

A lo largo de toda la época feudal —en la más amplia acepción de la palabra— el problema se simplifica considerablemente por cuanto el individuo no es entonces un miembro aislado de la sociedad como sucede en la sociedad burguesa, sino ligado a ella a través de la corporación a la cual pertenece. Así, no es posible analizar correctamente la población de un país cualquiera sobre la base de unas grandes fuentes documentales determinadas sin reproducir al mismo tiempo la estructura socioeconómica de esa sociedad. Esto es justo tanto en lo que respecta al *Domesday Book* como para Gregory King.[128]

El investigador no debe conformarse por tanto con las categorías contenidas en las fuentes sino que debe traducirlas a nuestras categorías analíticas y compararlas con otros datos sobre las actuales fuerzas y relaciones de producción.

Partiendo de estos principios correctamente aplicados, el científico no ha de tener la menor duda de que el esclarecimiento, por ejemplo, de la disminución del grado de desarrollo de la población en los Estados de la Europa Occidental debe buscarlo no en unos supuestos ciclos demográficos de un tipo cual-

quiera[129] sino en las fuerzas y las relaciones de producción de la época del imperialismo.

Por último, una indicación resultante de las anteriores es la de fijar los marcos de utilización del método comparativo. A la historia tradicional, la «historia historizante», fascinada por lo irrepetible de los hechos individuales y negando la posibilidad de utilizar los métodos comparativos en las investigaciones históricas en general, a la historia «sociologizadora» —en el sentido vulgar de la palabra— que se permite hacer comparaciones de todo con todo, el investigador ha de oponer prudentemente una clara postura comparativa. No demasiado extensa para no comparar lo incomparable, pero tampoco muy estrecha con el fin de no mermar las posibilidades analíticas.

Acabamos de enumerar seis de las principales indicaciones metodológicas en apoyo de las cuales la demografía histórica, es decir, la demografía a secas —ya que no existe otra— puede evitar numerosos errores, multiplicar en muchas veces sus posibilidades analíticas, incrementar sus conocimientos sobre el pasado y ser útil para la edificación del futuro.

Vale la pena subrayar que una de las grandes tentativas en este orden y de acuerdo con estos postulados, es la obra del profesor Urlanis de la Universidad de Moscú, titulada: *Rost nasielenia w Jewropie*,[130] a pesar de ciertos esquematismos en los que a veces incurre el autor, y que han sido señalados con mucha exactitud tanto por la ciencia soviética como por la de los otros países.[131] Pero este esquematismo es quizá menos peligroso y mucho más fácil de combatir que no el misticismo, el biologismo, el anhistoricismo, el pandemografismo, etc., ya enumerados.

LA MEDIA DE LA LONGEVIDAD HUMANA COMO INDICE DEL PROGRESO SOCIAL

La duración (concreta y posible) de la vida humana ha sido a través de los siglos objeto de interés, dando origen a infinitas leyendas y mitos. Las leyendas sobre la vida extraordinaria y multisecular de los patriarcas, desde el punto de vista social, tienen un carácter parecido a las informaciones no confirmadas que a menudo aparecen en la prensa de nuestra época acerca de los ancianos «recordistas» que por lo general suelen vivir en lejanos países y en plena naturaleza, etc...[132] Estos mitos reflejan a la vez el sueño secular de la humanidad de luchar, o al menos de alejar lo más posible, el espectro de la muerte, y una apología de un «modo de vida» determinado y de sus valores.

El análisis científico del problema con respecto a las épocas históricas más remotas tiene sus dificultades, siendo posible,

no obstante, ciertas aproximaciones. Aquí entran en juego tres procedimientos:

a) el análisis crítico de los datos acumulados por los antiguos investigadores de este problema;

b) los trabajos de investigación arqueológica y sobre todo el examen de los hallazgos de osamentas en los cementerios;

c) el análisis de los registros de la población y de los registros parroquiales o de las fuentes complementarias.

En contra de lo que cabría esperar, el primero de estos métodos permite remontarse muy lejos en el pasado. Por ejemplo, la tabla de Ulpiano —prefecto de Roma bajo Alejandro Severo en la primera mitad del siglo III—, aunque distando mucho de las exigencias de la ciencia moderna, al ser sometida sin embargo a un análisis crítico, lleva a la conclusión de que la probabilidad de vida de un recién nacido equivale a unos 30 años, lo cual constituye un resultado sumamente verosímil.

Las investigaciones modernas en torno a la probabilidad de la duración de la vida humana empezaron en la segunda mitad del siglo XVII. En el año 1662, el hijo de un tejedor, John Graunt, efectuó los primeros cálculos basándose en los datos sobre los bautizos y las defunciones en Londres durante un período de 33 años (1629-1661).[133] Los resultados que obtuvo fueron asombrosos: ¡la vida probable de un recién nacido equivalía a 18 años! Es cierto que esa época fue un período demográficamente desfavorable. No hay que descartar, no obstante, que el carácter demográfico específico de una gran capital justifica un resultado que se sitúa claramente por debajo de la media probable para todo el país.

La segunda tentativa estuvo asentada en los registros parroquiales de la ciudad polaca de Wroclaw y sobre unos datos que se remontaban al año 1584. El pastor de esta ciudad, C. Neumann facilitó los datos correspondientes a Leibniz, pero éste se los mandó al famoso astrónomo Halley, el cual, en el año 1693, y sobre la base del aprovechamiento parcial de estos datos, llegó a una cifra mucho más verosímil, es decir, a la de 33 años.[134]

Los cálculos se han multiplicado desde entonces. Muy adelantados hasta la Revolución francesa y abandonados después, condujeron finalmente a las tablas de mortalidad hoy aceptadas universalmente.

Las investigaciones realizadas en torno a los vestigios de las necrópolis (osamentas y epitafios para las épocas más cercanas) tropiezan con enormes dificultades y riesgos. Por una parte, en muchas sociedades las formas de entierro no son similares para todas las categorías de edad (sobre todo no existe ninguna seguridad de que los recién nacidos al morir fuesen enterrados con todo el ritual) y por otra parte, las posibilidades de conservación del esqueleto depende sumamente del tiempo que vivió el muerto.[135] Estos dos factores obran en el sentido de

obtener unos resultados bastante «optimistas». Menor es la veracidad de las indagaciones en torno a las inscripciones funerarias. En el cementerio de Loyasse (Rhône), en Francia, se realizaron investigaciones experimentales en torno a un período bien documentado desde el punto de vista estadístico (1833-1834). Los resultados obtenidos distaron mucho de corresponder a la estructura demográfica concreta de la localidad analizada, estructura que conocemos perfectamente a base de las fuentes estadísticas,[136] ya que los niños y principalmente las niñas enterrados no figuraban en las inscripciones funerarias.

La tabla de mortalidad es el método sintético más exacto para configurar la estructura demográfica de un lugar dado en un período determinado. Estas tablas permiten ser elaboradas históricamente a condición de que sobre un lugar y un período de tiempo dado dispongamos simultáneamente de los datos sobre la estructura de la población según las edades y de los testimonios sobre la edad de los muertos.

Como ejemplo, y con todas las reservas precisas a causa de la imperfección del material documental, presentamos aquí la tabla de mortalidad de la población masculina en Inglaterra en los años 1276-1300, calculada por J. C. Russell.

No obstante, las investigaciones arqueológicas de las osamentas han obtenido, especialmente en los últimos años, grandes éxitos. Se ha elaborado incluso un método de análisis de los esqueletos en las sepulturas crematorias.[137] Aunque las investigaciones se hallan en los comienzos, parece que en el período mesolítico el rebasar los 30 años de edad era una excepción mientras que en el paleolítico se dan casos en que se pasa de los 40 años.[138]

Sin embargo, es preciso recordar que con estos métodos llegamos a orientarnos en relación con dos magnitudes: 1) el límite máximo de edad y 2) la edad media en el momento del fallecimiento. Pero no obtenemos en cambio ninguna orientación en cuanto a la magnitud que más se aproxima al sentido definido por el término corriente de «longevidad media humana» y por lo tanto a las «probabilidades de existencia del recién nacido».

La utilización del tercer método comenzó en una época relativamente antigua a través del aprovechamiento de las fuentes calificadas aquí como complementarias. Con este concepto entendemos los materiales genealógicos, los datos biográficos sobre las figuras insignes contenidos en las enciclopedias, etc... Esta etapa fue quizás indispensable en el desarrollo de la ciencia, pero no condujo a ningún resultado importante. Los viejos cuadros genealógicos suelen omitir los niños fallecidos al nacer o a corta edad, sin hablar de los falseamientos provocados por las necesidades de un momento determinado. No tiene, por tanto, nada de extraño que estos resultados fueran exagerados de un modo optimista. No suelen ser mejores los conseguidos basán-

División de las edades	% de defunciones	Duración de la vida probable	Cifra de supervivientes sobre 100 nacimientos	Probabilidad de una mayor duración de la vida
0	15	85	1.000	31.30
1-4	11	89	850	35.76
5-9	4.35	95.65	756	35.65
10-4	4.65	95.35	723	32.16
15-9	5.68	94.32	689	28.62
20-4	12.6	87.4	650	25.19
25-9	13.66	86.34	568	23.47
30-4	11.01	88.99	490	21.8
35-9	12.7	87.3	436	19.19
40-4	18.44	81.56	381	16.61
45-9	16.67	83.33	311	14.78
50-4	25	75	259	12.25
55-9	25.66	74.34	194	10.52
60-4	43.86	56.14	144	8.3
65-9	39.39	60.61	81	7.81
70-4	45	55	49	6.29
75-9	69.56	30.44	27	4.37
80-4	71.43	28.57	8	3.75
85-9	100	0	2	2.5

FUENTE: J. C. RUSSELL, *British Medieval Population*, U-ty of Mexico Press. 1948, p. 181.

dose en la comparación de los datos sobre los grandes personajes, ya que el llegar a la fama exigiría alcanzar una cierta edad.

No hace tanto tiempo que se iniciaron serias investigaciones basadas en la utilización intensiva de los registros parroquiales y de los registros de la población. Donde quizás estén más adelantadas actualmente sea en Francia, ya que es en este país donde esas búsquedas se realizan bajo los auspicios del Institut National d'Études Démographiques.[139]

A condición de que las fuentes se hallen en un buen estado de conservación y de que se haga una crítica penetrante de las mismas, las investigaciones de esta naturaleza permiten zanjar toda una serie de problemas fundamentales de una manera definitiva en el estado actual de la ciencia.

No obstante, hasta la fecha, los cambios demográficos a largo alcance apenas los conocemos.

Una cosa es segura: la sociedad cuya duración media de la vida era inferior a los 25 años estaba condenada a la extinción. Por otra parte, todas las investigaciones realizadas hasta la fecha

demuestran que incluso en los períodos normales donde no se conocieron las grandes epidemias ni las guerras destructoras, el límite de la duración media de la vida humana era de 35 años; medida que no fue rebasada hasta el comienzo de la medicina moderna, es decir, la mitad del siglo XVIII, para los países más desarrollados.

Durante milenios, la media de la duración de la vida humana gravitó entre los 25 y 35 años,[140] manteniéndose en torno al límite inferior durante mucho tiempo, y cayendo muy rápidamente por debajo de éste como resultado de los «cuatro jinetes del Apocalipsis»: la muerte, el hambre, el fuego y las guerras.

A la luz de las nuevas investigaciones, comienza a perfilarse ante nosotros la característica principal del sistema demográfico de aquellos tiempos, en el cual los niños que fenecen en el primer año de vida constituyen como regla más de 1/4 y en las ciudades o las aglomeraciones «industriales» alcanzan 1/3 parte, en el que la cifra de los seres que viven 20 años no rebasa el 50 %, en el cual se considera como muy venturoso el hecho de que la duración de la vida humana alcance los 32-33 años, y donde, finalmente, existe una correlación estricta entre la mortalidad y la producción agrícola,[141] con el aumento anual de las defunciones antes de la cosecha, mortalidad que cobra unas proporciones catastróficas en los años en que ésta es mala.[142]

Trascendental importancia tiene la similitud que se dibuja entre las estructuras demográficas de las sociedades más diversas, más alejadas e independientes entre sí, de tipo feudal o de las postrimerías del feudalismo.[143]

¿Cómo eran las gentes que vivían en aquellas condiciones? ¿Qué es lo que sentían? ¿Cómo se comportaban?

El pánico ante la muerte, a los fallecimientos antes de la cosecha o la explosión de alegría por haber sobrevivido a un período tan peligroso, son otros tantos fenómenos que en ciertos países se hallan confirmados en las fuentes.[144] Hace tan sólo unos cincuenta años la edad media en que el hombre perdía al primero de sus genitores se establecía en los 16 años y el segundo a los 32 años. La edad en que el hijo perdía al padre era de un promedio de 20 años.[145]

Nuestros actuales políticos europeos, al perorar sobre la diferencia entre la situación actual y la postura de absoluta resignación ante la vida y la muerte en la civilización hindú, se olvidan que sus propios y bastante cercanos abuelos, en Francia o en Inglaterra, adoptaban frente a dichos problemas una actitud quizás análoga.

Relativamente, sabemos muy poco de cómo se realizó la gran revolución que condujo a los países más desarrollados a rebasar la citada «barrera de los 35 años». Nos es difícil afirmar que llegaremos a establecer sus etapas y sus causas con toda seguridad.

Por ejemplo, no hace tanto tiempo que se formuló la tesis de que, en contra de lo que podía suponerse, la primera transgresión de la famosa barrera no se produjo como resultado de los progresos de la medicina —que no estaba en condiciones de limitar la mortalidad—, sino como resultado del desarrollo de las fuerzas productivas y sobre todo como consecuencia del aumento de la productividad del trabajo en la agricultura durante el primer período de la época de la Ilustración, y gracias al mejoramiento de las condiciones de la existencia.[146] A favor de esta tesis abogaban ciertos materiales que demostraban que la mortalidad infantil no disminuye hasta finales del siglo XVIII y que en cambio, a partir de la primera mitad del siglo XVIII, disminuye en los grupos de 20-50 años de edad.[147]

Existe otra interpretación. Los datos anteriormente citados acerca de la media de mortalidad o del promedio de la duración de la vida humana se refieren, como es natural, a las épocas normales, pero al ser calculada basándose en los datos correspondientes a los años de las grandes epidemias daría evidentemente unos resultados muy diferentes.[148] Se adelantó, pues, la tesis de que si a partir del año 1740 se observa un aumento de la población, esto no deja de ser indudablemente el resultado de una baja de la mortalidad, motivada no tanto por la disminución de su nivel normal como por la nivelación de sus índices cumbre, es decir, por la desaparición de las grandes plagas, las fatídicas epidemias y de las épocas de la hambrina.[149] Esta tesis sugería asimismo que la causa de la disminución de la mortalidad estaba más bien en el aumento de la productividad del trabajo que en los progresos de la medicina.

Tanto Smith como Malthus vieron que el incrementado desarrollo de la población de Inglaterra observado por ellos, iba a la par con el desarrollo económico. Fascinados por la ley de la oferta y de la demanda, interpretaron el crecimiento de la población como un aumento de la oferta correlativo al incremento de la demanda de mano de obra. Aunque los trabajos concernientes a la población de los países más importantes en vísperas y a lo largo de la revolución industrial sean numerosísimos,[150] todavía estamos muy lejos del esclarecimiento científico, tanto en lo que atañe a su desarrollo en la historia de Inglaterra como a los materiales comparativos, ya que no deja de ser cierto que la interdependencia de los fenómenos económicos y demográficos no es una cosa tan fácil. Resulta difícil llegar a una interpretación convincente del problema cuando aún existen tantos hechos fundamentales sujetos a discusión.

Baste decir que hace poco tiempo se ponderó la tesis universalmente aceptada que atribuía el aumento de la población al descenso de la mortalidad, tratando de interpretarla como un aumento del número de los nacimientos.[151]

El comienzo de los grandes cambios demográficos coincide

aproximadamente con el principio de la Era estadística. De ahí que con respecto al siglo XIX no haya dificultades en encontrar materiales que se prestan al análisis, por lo demás ya elaborados en parte por equellos estadistas con los métodos propios de la época, al menos en los países muy desarrollados.

A título de ejemplo, he aquí unos datos acerca de la media de la duración de la vida humana (probabilidades de vida del recién nacido), en Inglaterra, Suecia y Francia:[152]

Año	*Inglaterra*	*Suecia*	*Francia*
1800	34,0	35,0	34,0
1820	38,0	39,0	38,0
1840	39,0	40,0	39,0
1860	40,0	40,5	42,0
1880	42,0	47,0	42,8
1900	46,3	52,7	46,7
1920	55,6	60,0	52,5
1930	58,7	61,5	54,3
1940	62,0	65,7	56,0
1950	66,5	70,0	63,6
1960	69,0	71,0	68,0

Dado que simultáneamente y como lo veremos después, en los países desarrollados disminuye la disparidad de las «posibilidades de vida» entre las distintas clases sociales, el principal problema a escala mundial es, por tanto, la disparidad internacional existente. Como ejemplo, en los últimos años las probabilidades de existencia de los recién nacidos del sexo masculino eran:

en Noruega	71,1 años
en Holanda.	71,0
en Suecia	70,5
en Polonia	61,8
en España	58,8
en Grecia	49,1
en la India	32,5[153]

Por último, se puede preguntar hasta dónde puede llegar el límite de la duración de la vida humana en el futuro.

Esta controversia es tan vieja como el mundo. Los modernos métodos analíticos se utilizan ya desde hace más de un cuarto de siglo sobre este tema.

En el año 1925, Hornell Hart adelantó la tesis según la cual en el año 2000 se lograría alcanzar el nivel de los cien años.[154] Esta hipótesis fue criticada por Dublin, quien en ese mismo año

determinó que la duración de la vida humana, que él estimaba en 65 años,[155] había aumentado a los 70-71 años.[156]

En el momento actual, cuando ha transcurrido la mitad del período de 75 años en el que las previsiones de Hart se establecían, parece que éstas fueron demasiado optimistas mientras que las de Dublin eran demasiado modestas.

Sin embargo, las previsiones racionales deben realizarse basándose en unos principios estrictos; considerando el actual estado de la medicina y las transformaciones sociales tendentes a suprimir los privilegios de clase en los países prósperos y la indigencia de los países atrasados, la duración media de la vida humana ha de tender a alcanzar en el último decenio de este siglo su máxima duración posible, ya que las probabilidades de un aumento ulterior de la duración de la vida humana se aproximan a cero, a no ser que la medicina descubra los medios eficaces y asequibles de luchar contra los peligros inherentes a las edades avanzadas, es decir, en contra de la degeneración de las células (cáncer, etc.), ya que, como es natur entonces se podrían revisar las tesis actuales siempre y cuan los medios ordenados a ese fin por la ciencia no comportar unas renuncias tan vitales que las gentes no las quisieran acetar.[157]

El promedio de la duración de la vida humana representa un índice de una importancia trascendental para las investigaciones en torno a la sociedad. A condición, naturalmente, de que el análisis sea correcto. En la historia de la ciencia solemos encontrar errores e ingenuidades contra las cuales hay que precaverse.

Hay que llamar la atención, de manera especial acerca de que los coeficientes más fáciles de conseguir —a base de los registros de defunciones, los árboles genealógicos o bien de los cráneos en los cementerios— es decir, «la edad media en el momento del fallecimiento», no son, ni mucho menos, los mismos que los coeficientes que se suelen denominar como «el promedio de la duración de la vida humana» y, más correctamente, «las probabilidades de existencia del recién nacido».[158] Con unas probabilidades de existencia iguales, la «edad media en el momento del fallecimiento» ha de ser muy distinta en relación con la estructura de la sociedad según las edades.

Sólo el cuadro de las defunciones de conformidad con los grupos de edades, comparado con la estructura de la sociedad con arreglo a estas últimas, permite calcular las magnitudes que aquí nos interesan. Ya que al historiador le es más fácil conseguir los datos acerca de «la media de la edad en el momento del fallecimiento» que los relativos a la estructura de la sociedad con arreglo a los grupos de edades, las cifras sobre «la media de la edad en el momento del fallecimiento» pueden ser apcvechadas sólo comparativamente con los datos relativos

a la estructura de estos grupos extraídos de unas sociedades muy análogas o cuando menos muy próximas entre sí. En última instancia, es posible calcular «la media de la edad en el momento del fallecimiento» para una sociedad determinada en los diferentes períodos cronológicos, siempre y cuando existan los motivos para suponer que su estructura en ella según dichos grupos no sufrió ningún cambio.

Otro de los orígenes de errores en estas investigaciones, suele ser la gran diferencia de los coeficientes demográficos en los cortos períodos, tan típicos en las sociedades preindustrales.[159] Por ejemplo, durante la segunda mitad del siglo XIX, existe en Europa una clara tendencia en la orientación a largo plazo de los cambios de los coeficientes demográficos, los cuales apenas oscilan de año en año. En cambio, durante la época feudal sucede lo contrario: a largo plazo los coeficientes demográficos varían muy poco o casi de manera insignificante, mientras que se producen grandes saltos de año en año, sobre todo como resultado de las tres plagas mortíferas. De ahí que las conclusiones extraídas sobre la base de un año del que se conservaron las mejores fuentes documentales, sean tan arriesgadas en relación con la época feudal.

Por último, muchos errores son la consecuencia de una insuficiente reflexión acerca del problema. Así, por ejemplo, cuando en sus investigaciones acerca de la demografía histórica de la nobleza polaca,[160] llega Furtak a la conclusión de que «los representantes del clero eran los que alcanzaban la mayor edad en el momento de fallecer» y que «después de ellos se situaban los varones casados que tenían dos o tres hijos, luego los casados sin hijos y en cuarta posición los solteros»,[161] esta conclusión es, o bien una simple perogrullada, o una broma a pesar de toda la cantidad de cifras que se citan para corroborarla, pues como es bien sabido, entre los clérigos no había ningún niño de pecho, entre los niños de pecho no podía figurar ningún casado, y menos, naturalmente, con hijos...

Durante mucho tiempo los turistas europeos que viajaban por la India se asombraron ante el gran número de sus ancianos. Esto era favorable para corroborar la idea de la longevidad en las sociedades primitivas. El hecho se interpretaba con suma sencillez. Los individuos que, en un país como la India, llegaban a alcanzar supongamos la edad de 30 años, era porque tenían un organismo tan fuerte al haberse inmunizado contra toda clase de enfermedades contagiosas, que ello les facilitaba alcanzar una edad muy avanzada, incluso hasta los noventa años. En este caso la tabla de mortalidad nos muestra tanto las probabilidades de existencia del recién nacido (denominada corrientemente «duración media de la vida humana») como las posibilidades de vida ulterior de las personas que han alcanzado una edad de 25, 30, 35 y más años.

Por otra parte, junto al promedio de la medida de la vida humana, el concepto de la «edad límite» posee igualmente una significación científica bastante fácil de aprehender, y el promedio de aquélla no pudo ser mucho menor de los 25 años en las sociedades paleolíticas o neolíticas, ya que a no ser así éstas se hubiesen extinguido, mientras que en la India hace tan sólo medio siglo ese promedio no alcanzaba los 30 años. Pero hace medio siglo, en ese país se encontraban muchos ancianos, mientras que en las sociedades neolíticas era una excepción el pasar de los 40 años de edad y en las sociedades paleolíticas de los 30 años.

Como orientación general y con todas las debidas precauciones en cuanto al carácter aproximado de los datos, nos atreveremos a citar la tabla de los datos seleccionados sobre los cambios intervenidos con relación a las probabilidades de vida del recién nacido.[162]

Durante los últimos 150 años, la duración de la vida humana en los países adelantados se ha alargado mucho más que en el curso de varios milenios del pasado.

El promedio de esta medida (hablando estrictamente: de las probabilidades de vida del recién nacido) es la resultante de un número infinito de vectores. Concretamente, influyen sobre ella todos los factores de la vida social, económica, cultural, etc. Todos los criterios del progreso aplicados por el investigador en su análisis tienen un carácter controvertible. La apreciación positiva de la vida humana como juicio menos sujeto a discusión, se halla implícita en la adopción de esos factores, ya que sin ellos es difícil imaginarse cualquier análisis social.[163] A esto no se opone ni siquiera el hecho de que en los últimos tiempos, en los países más adelantados y ricos se vuelva a plantear el problema de la eutanasia.

En esas naciones se ha producido una prolongación tan considerable de la vida humana, especialmente en los últimos 15 años, que en ellos se comprueba el fenómeno masivo de la prolongación de la vida vegetativa (*dementia senilis*, etc.). Este fenómeno se halla sujeto a las investigaciones médicas y fisiológicas tendentes a que las funciones del sistema nervioso superior puedan prolongarse de la misma manera que se han prolongado ya las funciones vegetativas.

Al publicar en el año 1693 su tabla de mortalidad, Halley ya subrayaba que su «utilidad es variada» y que «permite hacerse una idea muy exacta del estado y de las condiciones de la población comparativamente a cualquier otro dato».[164]

Los valores de «las probabilidades de existencia del recién nacido» como índice sintético del progreso social se han multiplicado en el último período en la ciencia.[165]

Este concepto tiene muchos valores, aunque no se pueda olvidar que también posee sus limitaciones.

	Población urbana		Población global	
Año	*País*	*Probabilidades*	*País*	*Probabilidades*
1940	N. York (Blancos)	64,5	7 países Europa	
1930	USA (Blancos)	58,9	Occidental	61,7
1920-1922	Londres	56,5		
1910	USA (Blancos)	49,3	7 países Europa	
1901	USA (Blancos)	45,9	Occidental	54,4
1881-1890	Londres	42,3		
1841-1850	Londres	36,5	7 países Europa	
1840			Occidental	41,1
1750	Ginebra	33,6		
1689	Wroclaw	33,3		
1650	Ginebra	25,7		
1550	Ginebra	21,2		
aprox. 300	Roma	21,3	Egipto	47,0
» 300			España	
» 10.000			y Portugal	37,0
a.n.e.			Bajo paleolítico	
» 50.000			y mesolítico	23,0
a.n.e.			Alto paleolítico	21,0

El valor más destacado consiste en el carácter acumulativo de dicho índice, ya que se reflejan en él todos los elementos de la vida social, el grado de dominación de la naturaleza por el hombre, así como también el nivel de adaptación humana a la naturaleza y a la sociedad.[166] La virtud de este índice consiste en su objetividad en cierto modo suprahistórica: al valorar este cambio o aquel otro en la civilización investigada no sabemos a menudo cómo lo apreciaban y lo sentían los coetáneos de la época, ni tampoco sabemos si al ser apreciado por nosotros no introducimos realmente en el análisis nuestros propios criterios valorativos. Los cambios en la duración de la vida humana no nos mencionan de lo que las gentes que vivían en aquellos tiempos pensaban sobre los mismos sino únicamente de si tales cambios aumentaron o disminuyeron objetivamente el grado de armonía entre el hombre y la naturaleza y el mundo social que lo rodeaban. Finalmente, este índice tiene la virtud de poderse utilizar muy ampliamente en la práctica ya que ha sido analizada la media de la longevidad de la vida humana en el paleolítico.[167]

Sin embargo, también existen ciertas posibilidades de incomprensión, especialmente lo que a la investigación de las épocas más cercanas a nosotros se refiere.

El índice al cual nos estamos refiriendo es, como ya hemos dicho, un índice en el cual se acumulan los efectos de la inmensa mayoría de los factores de la vida social. En lo que se refiere a los períodos más remotos entran concretamente en juego en este caso dos grupos de factores que aumentan y se diversifican a medida del desarrollo social: la aptitud a conseguir una alimentación suficiente —grado de dominación sobre la naturaleza— y la posibilidad de garantizar la seguridad personal. La influencia de los diferentes vectores en los resultantes cambios es difícil de calcular y por añadidura su fuerza no es constante sino que varía con las circunstancias. La interdependencia de todos los factores de la vida social hace que los cambios que se producen en sus distintos aspectos sean a su vez interdependientes (un cierto nivel de los medios sanitarios corresponde a un cierto nivel del desarrollo económico y a un cierto nivel de eficiencia de la organización social, etc.). Sin embargo, en los dos últimos siglos la situación ha cambiado algo. La incrementada movilidad de los elementos culturales aislados entre las sociedades hace que ciertos progresos civilizadores sean adaptados a las sociedades cuyo nivel de desarrollo general no les permitió alcanzar por sí mismas esos elementos culturales. Estos progresos son de una movilidad mayor en unos aspectos que en otros. Así por ejemplo, la vacunación contra la viruela se extendió en el curso de siglo y medio a todos los países atrasados de Europa, y en la actualidad la penicilina. Se puede afirmar que la adaptación de tales elementos a las sociedades atrasadas no se efectúa sin dificultades y con las conocidas resistencias sociales y materiales y que, por otra parte, no sería justo olvidar que, a pesar de todas las dificultades, se efectúa su adaptación. Dado que estos elementos fueron creados por otras culturas y adaptados desde el exterior, ello hace posible la desigualdad de los cambios. Existe la posibilidad, por ejemplo, de que como consecuencia de haberse introducido la vacunación y la penicilina en un país atrasado, se alargue el promedio de la duración de la vida humana pese a que los demás elementos de la vida social influyan en el sentido contrario (renta nacional *per capita*, seguridad individual etc.).

Pero incluso entre estos ejemplos, caracterizándolos con el símbolo de la vacunación antivariólica y la penicilina, suelen producirse diferencias muy considerables. Simplificando, de la vacuna antivariólica pudiéramos decir que se extendió por Europa y el mundo como uno de los elementos de los cambios más extensos que condujeron hacia el capitalismo. Donde aparecía la vacuna antivariólica aparecían simultáneamente las grandes cosechas, las máquinas de vapor, los ferrocarriles, la Bolsa, etc. Los cambios acontecían en todos los elementos de la ecuación: se prolongaba la vida humana, aumentándose la cifra de la población, al mismo tiempo que se perfeccionaban las fuerzas productivas

que se hallaban a disposición de las sociedades y aumentaba asimismo la productividad de su trabajo. Actualmente las cosas han cambiado. Hoy podemos encontrar la penicilina en la más remota aldea india en la cual el agricultor labra su tierra con el buey y el arado, donde aún existe el culto a las vacas sagradas, donde no se puede pensar en el intercambio masivo de los productos con otras regiones del país y allí donde periódicamente las malas cosechas hacen tan tremendos estragos mortales como en la época medieval. La penicilina es móvil, es barata. Así, la conciencia de los pueblos ricos puede tranquilizarse a muy poco precio enviando medicamentos a los países atrasados. Es mucho más fácil prolongar la vida humana que contribuir a que, durante un largo período de su existencia, el hombre disponga de los instrumentos de trabajo imprescindibles y de los alimentos necesarios en su mesa.

Si en Ceilán las probabilidades de existencia pasaron en los años 1946-1952 de 42,8 a 56,6 años,[168] estas cifras corresponden a las que se daban en Francia durante los años del 1880 al 1930.

Esto no significa el paralelismo de Ceilán en 1946 con la Francia de 1880 ni del Ceilán de 1952 con la Francia de 1930, ni tampoco se puede sacar la conclusión de que en el curso de esos seis años, Ceilán haya seguido el mismo desarrollo económico y social que Francia en los 50 años que median de 1880 a 1930. De la misma manera que si en la Guayana británica, en Chile y en Malasia, en los años de 1940 a 1950 la mortalidad bajó al nivel correspondiente a los cambios acontecidos en Escandinavia en los años del 1850 al 1912, tampoco esto significa ningún paralelismo.

Sin embargo es un hecho que con un nivel de vida notablemente inferior al de la Francia de antes de la gran Revolución, los países atrasados de Africa y de Asia obtienen hoy un promedio de la duración de la vida humana bastante superior. Las indigentes poblaciones de esos países tienen actualmente la posibilidad de una existencia más larga que la que pudieran tener con sus rentas y sus privilegios los aristócratas o los burgueses durante el Antiguo Régimen. En la América Latina, las probabilidades de vida en la actualidad son las que se daban en Europa Occidental hacia el año 1913 con un nivel de vida como el que aquí se conocía hacia 1850. Al nacer los niños de Puerto Rico o de Ceilán tienen una posibilidad de vida mucho más larga de las que, a su nacimiento, pudieran tener los pequeños franceses o ingleses que en el presente han cumplido los 13 años de edad.[169]

El aumento en el último período, y especialmente en el de la posguerra, de la movilidad de los elementos culturales aislados en el mundo, hace que en relación con esta época el índice medio de la duración de la vida humana no refleje fielmente el

complejo de las transformaciones sociales, perdiendo por lo tanto su carácter acumulativo.

En relación con los cambios económicos, las variaciones demográficas siguen siendo en sumo grado una «variante independiente».[170] La población de los países pobres aumenta bastante más rápidamente que la de los países que ahora son ricos cuando éstos se hallaban en un análogo nivel de desarrollo.[171] Al menos, en el corto período en que los podemos observar, ya que en lo que atañe al futuro, éste lo dirá.

LAS INVESTIGACIONES DEMOGRAFICO-HISTÓRICAS Y LA ESTRUCTURA DE LAS CLASES SOCIALES

Las sociedades cuya historia investigamos son incuestionablemente unas magnitudes diferentes. Lo cual no impide que el investigador las tome como objeto de su labor aunque sean sin embargo unos cuerpos fuertemente distintos en su seno y sujetos a las contradicciones internas. No está desprovisto de sentido el calcular la cifra global de la población de un país ni el promedio de la duración de la vida humana en un país determinado, ni tampoco en las investigaciones de las sociedades actuales ni en las indagaciones históricas. Pero las posibilidades analíticas se multiplican cuando diferenciamos la masa investigada y establecemos la magnitud demográfica de un modo diferente para cada una de las clases sociales que componen las sociedades analizadas.

En lo que concierne a la época feudal, el problema se simplifica en parte. Las fuentes utilizadas por el investigador de la demografía histórica están sujetas a las categorías institucionales; la masa estadística correspondiente divide por sí misma a las categorías sociales. Así, la tarea del investigador consiste aquí en «traducir» las categorías históricas a las categorías analíticas.[172] Esto atañe a un gran número —aunque no a todas— de fuentes: incluso los registros de imposiciones *per capita*, cuyo nombre podría sugerir «una comparación *per capita*», no son concretamente en la mayoría de los casos sino unos registros fiscales de clases. La excepción más importante al respecto son quizá los registros parroquiales. La igualdad, al menos formal, de las gentes ante la Iglesia hacía que en un mismo libro se inscribieran correlativamente los nombres de todos los recién nacidos y de los muertos —más estrictamente, de los «bautizados» y de los «enterrados» sin discriminación de su estado social.[172a]

Ahora bien, la tarea de diferenciar socialmente las magnitudes y los coeficientes elaborados por la demografía histórica tiene una importancia trascendental con el criterio técnico-cientí-

fico y especialmente desde el punto de vista de las posibilidades analíticas.

Al referirnos al aspecto técnico-científico, tenemos presente el papel que, una vez elaborados, juegan los coeficientes demográficos en las investigaciones ulteriores. Esto ocurre con todos los análisis demográficos pero especialmente en los análisis demográfico-históricos, en relación con el carácter fragmentario e institucional de las fuentes determinadas. Dado que con demasiada frecuencia la fuente sólo nos ofrece una sola categoría de gentes —por ejemplo de varones, de adultos, de adultos casados, etc.— pasamos de ella a las cifras globales utilizando los correspondientes coeficientes, que cuanto más diferenciados se hallen, menos serán las probabilidades de incurrir en un error, especialmente en el error resultante de la estructura diferente de ambas sociedades (la sociedad analizada y la sociedad de la cual se han sacado estos coeficientes).

Pero más importante, sin embargo, es el problema de las posibilidades analíticas.

De acuerdo con la tesis a la cual nos hemos referido en el apartado sobre «los postulados metodológicos» y sin entrar en la problemática de la demografía biológica que no es de nuestra competencia, se puede subrayar, sin embargo, la determinación social concreta de todos los coeficientes demográficos. Esta determinación, aunque no sea una determinante excepcional, actúa no obstante, en un marco muy extenso. Además, sólo en este marco real suelen variar generalmente dichos coeficientes, por lo que deben ser un objeto de análisis por parte del historiador. El número de hijos en una familia es un fenómeno que tiene sus límites biológicos, pero como quiera que concretamente se sitúa en ese marco extenso, es la resultante de incontables factores puramente sociales y por lo tanto suele ser diferente en las distintas clases sociales (a pesar de que precisamente en este aspecto puede aparecer —aunque no haya sido probado— que las diferencias entre las dos clases en la época precapitalista eran menores que durante el capitalismo).

La magnitud de una familia —según resulta del mismo concepto sociológico de ella— es una magnitud puramente social. Los factores biológicos que la influencian como factores limitativos de ciertos elementos que aquí entran en juego (número de hijos en el matrimonio, duración de la vida humana, etc.), y en primer lugar no son unos elementos determinantes definitivamente y en segundo lugar apenas tienen importancia comparados con los otros factores puramente sociales como son los problemas de la propiedad, las costumbres de la herencia, el comportamiento con los ancianos, la edad en que se puede contraer el matrimonio, etc. Y de nuevo la magnitud de la familia ha de ser diferente en las distintas clases sociales y en las diferentes épocas. El largo proceso histórico de substitución de

las «grandes familias» por las «pequeñas» se ópera a un ritmo diferente ya sea entre la población rural y urbana, entre los campesinos, los burgueses y la nobleza, la nobleza rica y la pequeña nobleza, entre el burgués «ciudadano» y el vulgo. En ciertas situaciones sociales aparece también un freno y hasta un retroceso. Así, por ejemplo, es conocido el fenómeno de la creación «de las familias numerosas» entre la clase obrera polaca durante la época de la gran crisis como manifestación objetiva de solidaridad de clase, que repartía sobre toda la sociedad obrera el peso del desempleo crónico.[173]

Tampoco está descartado —aunque no analizado— que la correlación entre el número de varones y de mujeres demuestre tener un carácter variable en la historia. Suponiendo que se confirmara la anterior hipótesis sobre la duración media de la vida del elemento femenino inferior a la del hombre en la época feudal, suposición que motivábamos por *a*) la falta de asistencia facultativa a las parturientas y *b*) la participación de la mujer en unas faenas físicamente tan agotadoras como las del varón en la economía rural, no está descartado que esta correlación haya de ser más favorable a las señoras de la burguesía y más favorable aún para las damas de la nobleza.

La estructura de la población según las edades puede mostrar asimismo unas diferencias sociales. Aunque es verdad que las posibilidades de luchar contra la mortalidad infantil eran generalmente limitadas durante la época feudal, no se puede excluir, no obstante, que el factor de una mejor alimentación de las clases mejor situadas podía contribuir ya de por sí a la existencia de ciertas diferencias en este terreno.

Finalmente, y sin pretender agotar en absoluto la relación de los problemas sino limitándonos exclusivamente a la caracterización de la problemática de los coeficientes demográficos más trascendentales, tenemos el hecho de que el promedio de la duración de la vida humana se caracteriza especialmente en ciertas épocas, por una profunda diferenciación de clase.

Pero ¿fue siempre así, en todos los sistemas, en todos los niveles del desarrollo social?

En el estado actual de las investigaciones, es difícil responder a esta pregunta. Existe la hipótesis de que «en la época premédica que es a la vez la época preestadística, tanto los ricos como los pobres morían siendo jóvenes».[174] No está descartado de que en la época preindustrial la disparidad en las probabilidades de vida entre las clases fuese realmente bastante insignificante, que esta disparidad aumentara de modo violento en la época de la Revolución Industrial, caracterizando a todo el siglo XIX para luego, especialmente en los últimos decenios, empezar a reducirse.[175] Ahora bien, aún estamos muy lejos de saber si las posibilidades eran equivalentes para todas las clases sociales. El insigne precursor de la demografía en la época de la Ilustración,

Moheau —cuyo verdadero nombre era Montyon—[176] señaló que en el sentido de las posibilidades de larga vida, los monjes eran unos seres privilegiados. El insigne Doctor Villerme analiza este mismo problema durante la Restauración, centrando toda su atención en la suerte de los obreros.[177]

En la segunda mitad del siglo XIX estos problemas son analizados por Quetelet y por Bertillon después. Sus no muy halagueñas conclusiones son olvidadas muy pronto. En la ciencia moderna, corresponde al sabio ginebrino L. Hersch,[178] el mérito de haber investigado estas cuestiones de un modo inolvidable y con arreglo a los métodos modernos. Hersch analizó el índice de mortalidad en las diferentes circunscripciones administrativas de París, que dividió en tres grupos: las poderosas, las acomodadas y las pobres.

Pero los tan dispares resultados obtenidos por él distan mucho de reflejar la verdadera escala de la «desigualdad ante la muerte» de las distintas clases sociales: ya que las circunscripciones administrativas de París (*arrondissement*) no son ni mucho menos una magnitud socialmente uniforme por cuanto en los barrios elegantes viven los pobres y a la inversa, lo que en cierto grado nivela esa disparidad. «En el grupo de las circunscripciones pobres —afirma Hersch en sus conclusiones—, la mitad de los que mueren están condenados a perecer a causa de su posición social.»[179]

Desde aquel tiempo, el problema ha sido examinado repetidas veces en los materiales contemporáneos.[180] Pero esto requiere absolutamente una investigación histórica.

«La desigualdad ante la muerte», frase aterradora, por lo visto, es un rasgo que distingue a cada sociedad de clase, es la resultante de muchas influencias, acumuladas las manifestaciones de los privilegios y de la indigencia de los estamentos: la mayor de las injusticias sociales y el más grande de los privilegios aunque sean los que relativamente menos se perciben.

Además de su aspecto estructural, este fenómeno tiene, como es natural, un aspecto coyuntural. Como ya hemos dicho, en la época precapitalista todos los coeficientes demográficos fundamentales oscilan en correlación estricta con las fluctuaciones del precio de los cereales. Este hecho es conocido en la ciencia desde hace ya más de dos siglos y no existe la menor duda de que se manifiesta al menos en el último período del feudalismo, es decir, durante la época de un gran desarrollo de las relaciones mercantiles y de la economía de mercado. En los países desarrollados económicamente esta correlación se difumina en el siglo XIX para dejar paso a una nueva: la correlación con el ciclo coyuntural económico. Es decir, durante la época feudal, los años de baja mortalidad, de una importante cifra de casamientos, etc., coinciden con los años de un bajo nivel de los precios, mientras que en la época capitalista las cosas son más bien a la

inversa ya que los coeficientes demográficos «optimistas» caracterizan precisamente los años en que los precios son altos coincidiendo al mismo tiempo con los años de buena coyuntura de este período.[181] Este fenómeno, que ha sido analizado repetidas veces,[182] no ofrece la menor duda en relación con determinadas épocas históricas.

Otra cosa es saber si en el desarrollo ulterior, por ejemplo en el período de la posguerra, esta correlación no desaparecerá a su vez en los países más ricos a medida que disminuye la influencia del ciclo económico y que se desarrollan toda clase de seguridades contra los efectos del mismo. Las investigaciones han demostrado que ni la raza, ni el clima tienen una influencia verdadera sobre la duración de la vida humana. La comprobada desigualdad ante la muerte no es más que una desigualdad social y económica.[183]

Actualmente, cuando en numerosos países se empieza a acometer los trabajos —sobre la base de la utilización masiva y estadística de los registros parroquiales y de los registros de estado civil— de investigación demográfico-histórica, se puede esperar que será posible reunir los materiales concernientes asimismo a estos problemas. Entonces será cuando veremos cómo los privilegios sociales en los diferentes países y épocas y momentos, se reflejan en «las posibilidades de una larga vida» y la injustica social en «las posibilidades de una pronta muerte».

LA POBLACIÓN Y LA ECONOMÍA EN LA ÉPOCA PRECAPITALISTA

El problema de la interdependencia entre los fenómenos demográficos y la economía social constituye desde hace mucho tiempo un tema de apasionadas reflexiones por parte de los moralistas y de los filósofos y después de los economistas, demógrafos y sociólogos.

En la Antigüedad, la estabilidad de la población era uno de los postulados sin el cual no podía imaginarse la estabilización de las relaciones sociales.

Los mercantilistas apoyaron el aumento de la población. Colbert exime del pago de los impuestos a las familias numerosas a condición de que ninguno de los hijos se haga monje. Los fisiócratas adoptaron una postura unánimemente optimista: para ellos el incremento de la población constituía la condición a la vez que el más auténtico criterio del más favorable desarrollo económico.[184] La condición por la que sólo un gran número de población permite una profunda división del trabajo («al aumentar la población aumenta la circulación» afirman los fisiócratas polacos). El criterio de que una economía próspera es la

única que puede crear las condiciones biosociales para un gran incremento demográfico y sólo ella puede constituir una fuerza de atracción para la inmigración.[185] Como «buenos príncipes», los mercantilistas deben realizar una política que haga afluir a su país el oro extranjero; en su calidad de «buenos gobernantes», los fisiócratas deben gobernar y administrar a fin de que nadie quiera emigrar de su país y sí muchos quieran trasladarse a él. Esto presuponía, como es evidente, la plena movilidad de la población, comprendiéndose perfectamente en una época en la cual ya existía una emigración bastante masiva como la de los alemanes pobres a ultramar. Este optimismo, junto con muchos rasgos, lo heredaron de los fisiócratas Smith y Ricardo.

Como es sabido, Malthus fue quien formuló luego una concepción programática pesimista (1798).[186] La teoría de Malthus, que intenta cargar sobre la clase obrera la responsabilidad por la miseria en la cual se halla y facilitar una fundamentación teórica a la famosa legislación inglesa sobre la pobreza, el trabajo forzado, etc., fue duramente criticada por Marx y Engels[187] y por todo el pensamiento económico y sociológico progresista.[188] El esclarecimiento de la génesis de la teoría de Malthus a través de las deplorables relaciones demográficas existentes en su época en Inglaterra,[189] en nada justifica sus generalizaciones teóricas carentes de fundamento. Además, sus generalizaciones se han visto anuladas sobre todo por el desarrollo de la historia: desde los tiempos de Malthus la población europea y del mundo entero ha crecido en un grado que ni él mismo era capaz de imaginar incluso en sus más pesimistas previsiones y no ha sido ni sigue siendo un freno a dicho desarrollo la falta de abundantes cosechas agrícolas.

En la época del capitalismo de la libertad del mercado, los economistas burgueses apenas se interesaron generalmente por los problemas demográficos. La demografía se desarrolló rápidamente, pero en gran parte al margen de la economía. Sólo se concedió una mayor importancia a dichos problemas —aunque sin importantes generalizaciones teóricas— en Francia, donde bajo la III República se perfiló, por vez primera en Europa, un fuerte descenso del índice de nacimientos y del ritmo de crecimiento natural.

La situación cambió radicalmente durante el período de entre las dos guerras y de modo especial en la década de los treinta. Los partidarios del estancamiento, encabezados por Keynes[190] y Hansen,[191] estaban absolutamente convencidos de que «dentro de poco tiempo nos hallaremos ante una estabilización o un descenso de la población»,[192] convencimiento que les llevó a sacar unas conclusiones muy negativas para el futuro desenvolvimiento de la economía capitalista.

Según Keynes, la demanda de capitales depende de tres factores:

a) la cifra de la población,

b) el nivel de vida,

c) el intervalo entre la oferta de los bienes de consumo y su consumición.

A juicio de Keynes el tercer factor se halla sujeto a un constante acortamiento (esto suena a paradoja a la luz de la generalización del consumo masivo de bienes de consumo duradero en el mundo actual). Según Keynes, el nivel de vida no puede crecer en más de un 1% anualmente ya que «incluso cuando los descubrimientos permitieran un aumento mayor nosotros mismos no podemos adaptarnos a un cambio superior del nivel de vida» (¡*sic*!). A su parecer, la estabilización de la cifra de la población amenaza realmente con la disminución de las necesidades en capitales, con el descenso de las inversiones y por tanto con la baja de la renta nacional, el nivel de vida, etc.

En opinión de Hansen, el progreso económico en el siglo XIX estuvo asegurado por:

a) las invenciones,

b) el descubrimiento de nuevos territorios y nuevas reservas de materias primas,

c) el aumento de la población.

Dado que Hansen no esperaba (¡en el año 1939!) nuevas invenciones capaces de revolucionar la producción, y de que ya no existen posibilidades de nuevos descubrimientos geográficos, el estancamiento de la población no podía dejar de amenazar, según Hansen, con un estancamiento del ya alcanzado nivel económico ideal.[193]

Las previsiones de los partidarios del estancamiento se esfumaron con las humaradas de la Segunda Guerra Mundial. Por una parte, en la mayoría de los países capitalistas ricos se produjo un inesperado aumento del nivel de vida y un incremento aún mayor del nivel del crecimiento natural demográfico, y por otra parte, el clímax de los inventos revolucionadores de las técnicas productivas —junto con un sinfín de otros factores como son «la demanda diferida» de carácter bélico, la coyuntura del armamento, después, etc.— incrementaron las necesidades inversionistas de un modo inesperado. Y nuevamente los problemas demográficos interesaron a los economistas de los países avanzados: pues dichos economistas comprueban que en los países altamente desarrollados la repercusión de los cambios en el nivel del aumento natural sobre las relaciones económicas en nada es similar y sí muy distinta,[194] y que la resultante de todas estas influencias heterogéneas es un factor bastante débil en comparación con las demás determinantes mucho más numerosas y poderosas. Es decir: los economistas no temen actualmente ya ni el descenso ni el aumento del nivel de crecimiento natural en los países avanzados. Los problemas demográficos constituyen desde su punto de vista más bien un aspec-

to analítico de los efectos de los cambios económicos sobre la estructura demográfica (el así llamado problema del envejecimiento de la población).[195]

Sin embargo, mientras que la pesadilla maltusiana y antimaltusiana dejaba de atormentar a los economistas en relación con los países más adelantados, volvía a existir en los países atrasados.[196] En el concepto vulgar nos hallamos en este caso con la resurrección de la teoría de Malthus en su forma más pura pero aplicada tan sólo a las relaciones entre los países ricos y los países pobres y no a las relaciones interclasistas en el seno de una misma sociedad. Nuevamente se vuelve a decir que teóricamente no existe la posibilidad de que la producción logre alcanzar a una población cuyo crecimiento es tan rápido, descartándose que la supere jamás, y que los pueblos pobres son ellos mismos responsables de su pobreza puesto que hace ya mucho tiempo que la hubieran podido eliminar reduciendo su crecimiento natural. Antaño existía el consuelo de que el hecho del rápido aumento de la población de la Unión Soviética anulaba los efectos de cualquier esfuerzo de industrialización (¡puesto que «es imposible» que el aumento de la producción se acelerara aún más!).[197] Más tarde, se fundamentó científicamente la necesidad de propagar la esterilización entre los habitantes de Puerto Rico,[198] recomendándose en la actualidad a la India o a Indonesia que sigan ese mismo ejemplo.[199]

La condenación de las inhumanas teorías demográficas tendentes a aliviar la conciencia de las naciones ricas, descargándolas de la responsabilidad por la miseria en que se hallan centenares de millones de seres en los países subdesarrollados no significa evidentemente que el problema demográfico en alguna de estas últimas naciones no sea un problema trascendental tanto desde el punto de vista social como económico.[200] No obstante, las manifestaciones de esta cuestión en los países actualmente atrasados se diferencia diametralmente de los fenómenos demográficos que aparecieron entre las masas trabajadoras y particularmente en el seno de la clase obrera inglesa en la época de la Revolución industrial.

Por entonces se observaba en Inglaterra el fenómeno de un fuerte descenso del promedio de la duración de la vida humana; la carestía de los productos de alimentación no era el resultado del retraso de la producción con respecto a la demanda sino de la política de los precios de los cereales que debía garantizar a los grandes terratenientes ingleses unos beneficios que hubiesen podido perder como consecuencia con la paz en Europa después de la caída de Napoleón y del levantamiento del Bloqueo Continental.

En la India actual, el problema demográfico se halla provocado por la importante prolongación de un promedio de la duración de la vida humana hasta hace poco tan deplorablemente

reducido.[201] El aumento de la población provocado por dicha prolongación de la duración de la vida humana no hubiese tropezado aún durante mucho tiempo con las barreras físicas de las posibilidades de un aumento de la producción agropecuaria, a no haber sido que esta población tan espantosamente pobre e inmensa no pudo producir ella misma los instrumentos productivos perfeccionados ni tiene tampoco con qué comprarlos en el extranjero. Aquí reside uno de los factores más trascendentales y apremiantes del problema de la ayuda económica a los países económicamente subdesarrollados.

Es preciso recordar, sin embargo, que el problema de la superpoblación relativa no se plantea actualmente en todos los países subdesarrollados: sí en la India, pero no en el Brasil, ya que una parte de estas naciones destaca, por el contrario, por su relativa despoblación.[202]

Pero si nos referimos aquí a la secular controversia entre los poblacionistas y los antipoblacionistas, los primeros de los cuales consideraban el aumento de la población como la condición indispensable y casi suficiente del crecimiento de la riqueza nacional, mientras que los segundos veían en el aumento demográfico el origen de los más grandes peligros y calamidades, hay que decir que esta disputa no podemos zanjarla como base a las categorías de una exactitud o una inexactitud absolutas.[203] Tampoco basta con esclarecer el fundamento clasista de los conceptos antagónicos, sino que es imprescindible confrontarlos con la realidad económica concreta en el marco de la cual tomaron cuerpo, una realidad económica que estos conceptos debían aclarar y querían transformar.

Pero: ¿acaso el poblacionismo de los mercantilistas y especialmente de los fisiócratas no refleja fielmente algún rasgo verdadero de la fase de desarrollo social de aquella época? La influencia de los cambios de la población en la vida económica en el período de la economía precapitalista y preindustrial no fue entonces en ningún momento objeto de un análisis sistemático ni de ninguna generalización de la misma manera que, en general, tampoco existía una teoría económica del sistema feudal. En los años 30 estalló en torno a este problema un debate iniciado por los pandemográficos quienes trataban de dar luz a todos los cambios de la vida económica de Europa por lo menos desde el Medievo a través del así llamado ciclo demográfico.[204] La supuestamente estricta correlación de los fenómenos en estos dos campos quedó, sin embargo, rápidamente eliminada.[205]

La cuestión se debatió más bien de un modo ocasional, y resaltan particularmente en esta controversia las opiniones con respecto a las consecuencias económicas de la Peste negra (1348),[206] a las de la Guerra de los Treinta Años,[207] la discusión en torno al tema de los «desiertos» (*Wüstungen*) y acerca de la así llamada crisis del feudalismo. Ultimamente se desencadenó

una interesante polémica en torno a la influencia de los cambios demográficos —*caeteris paribus*— sobre el nivel de los precios en la economía feudal,[208] cuya conclusión a cargo de E. J. Hamilton, no resiste la crítica, ya que el insigne investigador de la historia de los precios en España adopta precisamente en este aspecto una postura anhistórica: utiliza las categorías de la economía capitalista en el análisis de la economía precapitalista. La clave para el esclarecimiento de las oscilaciones de los precios le es facilitada a Hamilton por la más simple teoría cuantitativa del dinero, por la cual cada vez que se produce un aumento del nivel general de los precios lo considera como un fenómeno provechoso para el desarrollo económico. De aquí que su conclusión sea igualmente muy sencilla a la vez que carente de fundamento: «Dado que el volumen físico del comercio es directamente, aunque no necesariamente, proporcional a la población, de ahí que el nivel de los precios tenga una relación inversa y no directa con la población. Es decir: como fuerza influyente sobre el nivel de los precios... el aumento de la población empuja a dicho nivel hacia abajo, mientras el descenso de la población lo empuja hacia arriba.»[209]

En opinión de su autor, esta tesis tiene por lo menos una virtud: no es fácil eliminarla con las investigaciones empíricas. En el actual estado de las búsquedas, nuestros conocimientos de las oscilaciones de los precios son mucho más exactos que nuestros conocimientos acerca de la demografía histórica con lo cual, al comparar los mismos datos sobre el movimiento de los precios con las diferentes estimaciones sobre la población, podemos obtener unos resultados absolutamente distintos.[210] De ahí la importancia científica de los análisis empíricos a corta escala en relación con los mercados que cuentan con una documentación de fuentes excepcionalmente buena tanto de los precios como de los problemas demográficos.[211]

Al mismo tiempo, las meditaciones que en el marco de la materia económica se han llevado a cabo sobre la importancia del factor demográfico en la vida económica —a lo cual nos referíamos anteriormente— y en especial al análisis científico trascendental acerca del papel de este factor en los diferentes países actualmente subdesarrollados, permite la necesaria formulación de una serie de postulados investigadores con respecto a las búsquedas demográfico-económicas en las sociedades preindustriales y precapitalistas en el pasado.

La generalización teórica será factible a través de la construcción de varios modelos. En el momento actual nos hallamos por lo menos con dos modelos antagónicos. Por una parte, el modelo que corresponde más bien a la fase preliminar del desarrollo del feudalismo en el que el factor limitativo de las posibilidades productivas —en primer lugar los progresos de la población— reside en el volumen de la mano de obra ya que

cada par de brazos suplementarios pueden emplearse en las fuerzas productivas aún no aprovechadas y principalmente en el campo donde la transformación de los terrenos baldíos en cultivables por la mano de obra suplementaria no se halla limitada por las dificultades inherentes a la dotación en aperos y donde el sencillísimo conjunto de los elementos de trabajo indispensables puede fabricarse con las fuerzas propias y donde, además, la roturación de estas nuevas tierras no entraña aún descenso de la productividad marginal del trabajo,[212] ya que, como es sabido, en el Alto Medievo el asentamiento no se produce con el paso regular de las tierras mejores a las peores sino a la inversa, puesto que las tierras roturadas suelen ser generalmente las de un acceso más fácil, es decir, las menos vírgenes y por tanto las menos fértiles.[213]

El segundo modelo lo determinaría el agotamiento —como resultado de un cierto desarrollo de las fuerzas productivas— de las posibilidades de asentamiento.

No falta quien afirma que, en el año 1348, en víspera de la Peste negra, ya se habían agotado en Francia las posibilidades de asentamiento y las posibilidades de aumento de la producción agrícola (con ayuda de una técnica dada).[214] Es bien seguro que estaban agotadas en la Francia del Antiguo Régimen, como lo prueba la repetición de los períodos de hambre.[215] En cambio —en cuanto sabemos, ya que el problema no ha sido objeto de especiales indagaciones— en la Polonia del siglo XVIII, donde el nivel de la producción agropecuaria era inferior al de Francia pero había menos urbanización y menos población, no se conoció un hambre análoga; de aquí las causas por las cuales entrase Polonia más bien en el primer modelo.[216]

En este primer modelo, el aumento de la población suele influir de un modo siempre positivo en el desarrollo económico. Cada incremento del número de trabajadores aumenta la renta social y la magnitud del producto global suplementario. A su vez, cada incremento del producto global suplementario (aunque en el caso de un estado de asentamiento que correspondiese más o menos al modelo de Ricardo, el aumento sería más lento que el de la población y del número de ocupados) aumenta las posibilidades de la división del trabajo, las posibilidades de pasar a las ocupaciones artesanales y comerciales, los marcos de la urbanización, etc.

Naturalmente, como resultado de los análisis empíricos, habría que diferenciar ese modelo en relación con las posibilidades —técnicas, económicas y sociales— de exportación o de importación de los artículos de consumo, en relación con la producción agrícola y pecuaria, con el estado de los medios de comunicación —de hecho, las vías de navegación— los cuales determinan el alcance geográfico de los mercados, con el papel de la producción de las materias agrícolas para la industria,

acaso con el clima, el cual determina el carácter y la estructura del consumo necesario (aceite para el sur, grasas animales para el norte de Europa) y con muchos otros factores que han de aparecer con toda seguridad en el curso de la investigación.

En cuanto al segundo modelo, las cosas se complican mucho más. A primera vista, cada nuevo aumento de la población supone un peligro económico. Asimismo aparece que muchas de entre las civilizaciones conocidas, al alcanzar un cierto grado de desarrollo, entraron en un período de decadencia. Sin embargo, en primer lugar, esa situación de equilibrio relativo es susceptible de durar largo tiempo, por lo cual este segundo modelo debe ser examinado. En segundo lugar, el fenómeno más trascendental de la historia económica puede que sea quizás el hecho de que ciertas sociedades que alcanzaron ese grado encontraran la posibilidad de un nuevo desarrollo a través de un nuevo y muy importante aumento de la población, con la llamada Revolución Industrial. El mecanismo que condujo a ella y las causas que la implicaron —y que en muchos casos acontecieron de un modo diferente—[217] deben constituir la principal tarea del análisis del segundo modelo.

La construcción y examen de ambos modelos se halla simplificada muchísimo actualmente por los progresos de las investigaciones de la economía de los países hoy día subdesarrollados, los cuales se suelen aproximar unos al primero de los modelos y al segundo los otros. El análisis de la gran cantidad de fenómenos y procesos que aparecen en ellos permite pasar inmediatamente al proceso de «interpolación», indispensable para cada interpretación histórica con el mínimo riesgo de errores.

«Cada modo de producción histórico —afirma Marx— se halla sujeto a sus propias leyes de población, las cuales rigen en una época histórica determinada. La ley abstracta de la población sólo existe entre las plantas y los animales hasta el preciso momento de la ingerencia del hombre.»[218]

La investigación de los diferentes tipos de correlaciones entre la población y la economía en los diversos sistemas socio-económicos que aparecen en la historia, es una importante tarea para la ciencia.

XI. Las investigaciones históricas de las estructuras sociales

LA ESTRUCTURA FEUDAL. LA TERMINOLOGíA HISTóRICA

Cada sociedad distinta posee una estructura determinada en sus aspectos funcionales y jerárquicos, los cuales se configuran y se entrecruzan de las formas más diversas, pero en lo que atañe a los aspectos jerárquicos, éstos se hallan conformados de acuerdo con los diferentes criterios valorativos que prevalecen en un momento dado. Un primer ejemplo: la función religiosa, asumida por un grupo determinado de la sociedad, como es el clero, en una misma época histórica y en un sistema social igual en lo fundamental, puede hallarse vinculada de un modo muy distinto a la propiedad de las fuerzas productivas, al reparto de la renta social y gozar de un grado de estima muy diferente entre la sociedad en los países católicos, protestantes u ortodoxos.

Casi cada época nos ha legado su propia terminología en cuanto a la definición de la estructura social en ella existente, la comprensión de la cual constituye una tarea esencial para cada historiador, ya que forma parte de la gran labor de «comprensión de las fuentes». Cada uno de los numerosos términos que en el *Domesday Book* se utilizan para definir a los diferentes grupos sociales, ha sido objeto de muchos trabajos especiales. La significación de los términos existentes en los materiales históricos polacos conocidos, sigue siendo causa de controversias.

La comprensión de ciertos términos históricos pasa a través de su «traducción» a los conceptos concretos de la ciencia actual, los cuales hacen posible una clara definición de aquéllos. En la práctica, en la historia de la ciencia nos encontramos con diferentes métodos de «traducción» que se sitúan entre los extremos del pietismo y del modernismo. Los «pietistas» definirán a los «reyes» de Homero utilizando simplemente el lenguaje de las fuentes, como «basileos», lo cual no deja de ser una capitulación ante la tarea de la «traducción»; los modernistas, en cambio, interpretarán ese término con una palabra conocida en el mundo actual, como, pongamos por caso, la de «rey», siendo esto un anacronismo. Afortunadamente en lugar de una «traducción» literal de la fuente —por ejemplo, en una obra literaria como la Ilíada— en el trabajo científico podemos seguir el método de la definición más exacta de un término histórico determinado. Esta definición debe contener elementos funcionales, es decir, definir a unas clases sociales dadas en relación con las

demás, sus respectivos derechos y obligaciones, su puesto en la jerarquía de acuerdo con los diferentes criterios imperantes en esas clases, etc.

Así, el siervo polaco se halla definido en las fuentes como «laborioso» (*«laboriosus»*). No hay manera de traducir esta categoría histórica a nuestras categorías analíticas sin subrayar a la vez cómo era la nobleza de aquella época y asimismo la burguesía o el clero. En este sentido, en la investigación de la estructura social debe utilizarse el método dialéctico: es necesario partir del cuadro, aun del más hipotético, de la estructura del conjunto de la sociedad, centrarse seguidamente en el lugar que en ella ocupa una determinada clase social, lo que a su vez conduce a las correcciones del cuadro estructural total, etc.[1]

Así, la traducción de las categorías y de los criterios «históricos» —es decir, en el lenguaje de las fuentes— a nuestras categorías y criterios analíticos constituye la tarea fundamental de las exploraciones históricas de la estructura social.

En la práctica, todas las sociedades diferenciadas precapitalistas y la sociedad feudal en particular, tienen una estructura social formalizada, en la mayoría de los casos configurada por las normas jurídicas o las no menos poderosas normas costumbristas que se reflejan en una terminología rigurosamente observada. Durante la época feudal, se trata principalmente de una terminología significativa de la pertenencia a un estado cualquiera. Pero esta terminología suele sufrir una importante reelaboración. Así, por ejemplo, el estado de la nobleza durante la República polaca (*Rzeczypospolita*) a pesar de imperar en ella la igualdad de la nobleza, poseía toda una jerarquía de títulos. Cuando en la Dieta un noble empezaba su discurso con las expresiones «Ilustre Señor, Excelentísimo Señor, Sus Señorías y el más o menos cariñoso, Señores Hermanos», esto no era ningún florilegio oratorio huero sino que significaba concretamente que en la sala se hallaban unas personas a las cuales correspondía cada uno de estos títulos honoríficos. En principio, el tratamiento de «Ilustre Señor» correspondía a los príncipes y a su familia, el de «Excelencia» se empleaba al dirigirse a los altos funcionarios de la administración central, los senadores y diputados, el de «Señoría» se daba a cada noble que ostentaba un título;[2] los demás eran los «Señores Hermanos», los «bien nacidos». La estricta observancia de estos tratamientos, constituye, naturalmente, una gran suerte para el historiador a condición de que los comprenda perfectamente. Esto permitió, por ejemplo, a los investigadores de la escuela de Lvov el poder clasificar sobre la base de los «contratos de Lvov»[3] a millares de transacciones y por tanto de demostrar los procesos sociales que se operaban a través de la concentración de la tierra en manos de los magnates, el empobrecimiento de la nobleza media y pequeña, etc.

Para los campesinos, las definiciones que figuran en las fuentes para diferenciarlos, como son *kmiec*, *zagrodnik*, *ogrodnik*, etc., corresponden todas ellas a una pertenencia a una clase determinada de la sociedad en un nivel dado de la estructura funcional y jerárquica. La existencia de unos estados jurídicamente formalizados entraña la existencia de las clases,[4] pero «las clases se diferencian entre sí no por los privilegios jurídicos sino por las condiciones de hecho».[5]

Sin embargo, es preciso recordar también que las categorías institucionales, defendidas por las leyes escritas o por las leyes de las costumbres, suelen durar en la mayoría de los casos, como ya se ha dicho, por inercia mucho más que las condiciones sociales que las promovieron. En este sentido, la pertenencia a una clase social, la categoría institucional de la población campesina o la jerarquía interna del estado de la nobleza son para el historiador mucho más elocuentes y auténticas en el período de florecimiento de un sistema institucional determinado que en la época de su desmoronamiento. Esto se observa, por ejemplo, en Polonia donde es característica la diferencia entre el siglo XVI y las postrimerías del siglo XVIII. A finales del siglo XVIII, Stanislaw Lubomirski pudo permitirse el lujo de emplear a su servicio al arruinado «Ilustrísimo» príncipe Czetwertynski, sólo para poderle dar unas fuertes palmadas durante las comidas y exclamar: «¡Señor Príncipe, tráiganos más vino!» Es muy probable que tal cosa no pudiera ocurrir en el siglo XVI. El rápido proceso de proletarización de la pequeña nobleza también contribuye a despojar de gran parte de su contenido social a la categoría de los «bien nacidos». Igual sucede con las categorías de la población campesina.

LA ESTRUCTURA FEUDAL. LA TERMINOLOGIA Y LA REALIDAD

El carácter institucional feudal de las clases sociales y las barreras que las dividen se acompaña naturalmente de las más distintas formas de transgresión semilegal o absolutamente ilegal o de la omisión de tales obstáculos, o bien de su disgregación cuando se prolonga demasiado el divorcio entre el estado formal de las cosas y la situación de hecho. A veces, esto se manifiesta a través del fenómeno de un descenso por la escala de la jerarquía social. El título de nobleza se acostumbra a no utilizar en las bancarrotas de una familia y cuando su ruina es irremediable. Sin embargo, más frecuente quizás es la transgresión de las barreras de los estados hacia «arriba», pero, por su naturaleza, estos casos son mucho más difíciles de analizar para el historiador. El subir ilegalmente por la escala social

—por ejemplo, el introducirse subrepticiamente en el estado de la nobleza— sólo era factible a condición de hacerlo hábilmente, al margen de la opinión social, y por lo tanto esto no podía escribirse en las fuentes. Los períodos de disturbios y de guerras eran los más propicios para esta suerte de fenómenos. Así, tenía razón Enrique Sienkiewicz al introducir en su Trilogía a gentes de las cuales se dice que «vienen no se sabe de dónde». La milicia,[6] el servicio en la Corte o la instrucción solían ser —con una intensidad diferente según las épocas— el medio que permitía una ilegal a la vez que eficiente promoción en la escala social.[7]

A veces, el historiador logra descubrir las artes que condujeron a las «promociones ilegales» a través de las voces de la opinión pública de la época, con ayuda de las obras a veces calumniadoras y no siempre auténticas en sus aseveraciones, pero las cuales suelen reflejar la realidad de los procesos sociales de su tiempo, como el *Liber Chamorum* o *Los Neófitos Polacos* de Jeske-Choinski.[8]

Los procesos del movimiento social, tanto legales como ilegales, constituyen para el historiador de las estructuras sociales de la época feudal un problema fundamental. El funcionamiento de un sistema edificado sobre la base de la pertenencia vitalicia y hereditaria a un estado determinado de la sociedad, sólo puede comprenderse después de haber establecido hasta qué punto las barreras que dividían a los estados eran impenetrables de hecho.

Sin embargo, estos procesos, con todas las dificultades que su investigación presupone, no dejan por otro lado de ser útiles para el historiador que analiza una determinada estructura social feudal, ya que trata precisamente de aprehender la estructura social auténtica, y por lo tanto, ha de incluir en el estado de la nobleza a los que en la realidad ocupaban esa posición en la sociedad y se beneficiaban de sus privilegios, con independencia del medio que se valieron para tener acceso a este estado; el investigador de la estructura social feudal debe incluir asimismo entre los campesinos a todos cuantos pertenecieron por sus características al campesinado, pese a que sus antepasados hubieran ostentado algún título nobiliario. Así, podemos considerar la ascensión ilegal por la escala de la jerarquía feudal como un proceso que en cierto modo viene a corregir el divorcio cada vez más acusado entre el estado formal y el estado de hecho, lo cual simplifica la tarea del historiador de la estructura social.

Durante el último período del sistema feudal en Polonia, surgen diversas instituciones jurídicas cuya tarea estriba en atenuar legalmente este divorcio y adaptar el estado formal a la nueva situación real. En los tiempos del rey Estanislao, dichas instituciones sirven tanto para el ennoblecimiento de los burgueses como para limitar los derechos políticos de los miembros de la

nobleza arruinados, los cuales se han «proletarizado». En relación con la burguesía, la tarea de averiguar la pertenencia a esta clase social, del «derecho a ser burgués», incumbía a las comisiones *Boni Ordinis*. Las reformas en los bienes de los magnates también tenían en cuenta la división en categorías de la población campesina de acuerdo con sus grados de propiedad y sus obligaciones. En el reino de Polonia y en el territorio ocupado por el zarismo, se procedió a la verificación del estado de la nobleza, con una clara tendencia a privar de sus privilegios a los nobles que en realidad no pertenecen ya a su clase social; mientras que la institución que se cuidaba del ennoblecimiento de los burgueses hacía lo mismo. La República de los Nobles se desmoronó junto con sus títulos antes de que desaparecieran las relaciones que a dichos títulos habían estado sujetas. En el territorio polaco ocupado por Austria, la nobleza austríaca se mostró en cierto modo respetuosa con la situación existente. Hasta el año 1831 perduraron en el Reino polaco las dignidades de *voivoda* y de castellano. De lo ridículo que solían ser estos títulos, es una muestra la anécdota que cuenta el conocido dirigente de la Sociedad Democrática Polaca, J. N. Janowski. En el año 1850, Janowski, de origen campesino, llegó a la aldea de Viatrowa, en la región de Poznan, donde entró como preceptor en casa de un señor dueño de un castillo, llamado Ignacy Moszczenski. Éste tenía ordenado a toda su servidumbre que le dieran el tratamiento de «Ilustrísimo Señor» —salvándose de esta regla el mayordomo que pertenecía a la pequeña nobleza—, y en su delirio de grandezas el señor Moszczenski se impuso a sí mismo el título de «staroscicowicz» que —cuenta Janowski— no dejaba de ser realmente asombroso gramaticalmente,[9] ya que no existe en la nobleza polaca; sólo guarda una cierta relación con la vieja dignidad de «starosta», usada en las naciones eslavas.

Los títulos distribuidos por la República de la Nobleza polaca no llegaron a alcanzar a su padre, pero el señor Mosczczenski sentía la necesidad de usarlo en la misma época de la Primavera de los Pueblos. Sus hijos no tuvieron esa preocupación y, si acaso lo desearon, sólo podían luchar por la obtención de un título prusiano.

LA ESTRUCTURA CAPITALISTA

Con su igualdad ante la ley, la abolición de las viejas dignidades nobiliarias y su afán programático de no crear otras nuevas, el sistema capitalista presenta para el historiador de las estructuras sociales unas dificultades suplementarias a veces tremendas. Por ejemplo, el acta notarial del siglo XIX, esencialmente

parecida a las actas de la época feudal, no puede clasificarse sin embargo de la misma manera.

Durante el período de transición entre el feudalismo y el capitalismo, pueden ayudar al historiador las numerosas fuentes legadas por las instituciones de este período, empezando por los censos electorales. La rica colección de fuentes documentales legadas en Francia por las elecciones consecutivas a los cuerpos legislativos y a las instituciones municipales en el período de 1789-1848 es asombrosa.[10] En Polonia, la corta duración del censo electoral (1807-1830) ha dejado muy pocas fuentes de esta naturaleza y la mayor parte de ellas han sido destruidas durante la última guerra.

Mientras el sistema feudal se halla edificado sobre el carácter formalmente impenetrable de las barreras, que de hecho son transgredidas a menudo, el sistema capitalista se asienta en cambio en una libertad formal de movimiento, pero que en la realidad tropieza a veces con dificultades insuperables. Por esto, en relación con el sistema capitalista, el problema principal que se le plantea al que investiga la estructura social consiste en saber si esa libertad formal de movimiento se halla aprovechada concretamente y hasta qué punto. Junto al sistema capitalista, van apareciendo gradualmente unas instituciones especiales que van «amalgamando» a las diferentes clases que hasta entonces existían en la sociedad de tipo feudal.

Una de estas instituciones es el sistema educacional, otra el servicio militar obligatorio, otra el creciente aparato burocrático, y finalmente están las grandes empresas industriales. Una de las dificultades peculiares al historiador que investiga la estructura social del Reino polaco en el famoso período de entre las Insurrecciones Nacionales es el hecho de que es precisamente entonces cuando se produce un descenso de la educación, con una falta casi absoluta de enseñanza superior, la carencia de un ejército polaco y la gradual expulsión de los funcionarios polacos del seno de las administraciones nacionales. Pero estas dificultades ante las cuales se halla el historiador, son un pálido reflejo de los obstáculos mucho mayores entre los cuales se operó el famoso proceso de amalgama denominado por nosotros como la creación de la nación burguesa.

Ante la falta de los datos que le permitan aprehender directamente la estructura social de una sociedad determinada, el historiador se suele ver obligado a recurrir, para elaborar sus conclusiones, a los que tiene sobre otros elementos estructurales de la población investigada.

Como es natural, los datos sobre la estructura profesional son en este caso los más importantes.

La utilización de estos datos para llegar a las hipótesis sobre la estructura social, requiere, evidentemente, el conocimiento del lugar que cada uno de los oficios ocupa en la jerarquía social.

En ciertos casos, un medio de aproximación para la reproducción de la estructura social o el control de los resultados acerca de la misma, puede consistir en los datos relacionados con la estructura desde el punto de vista de las comunidades nacionales o confesionales. Esto atañe a los territorios donde existen varias comunidades nacionales o confesionales cuyos derechos no se hallan reconocidos de igual manera. En Ucrania, la división entre el campesinado y la nobleza está acentuada por las diferencias de tipo nacional y confesional: la nobleza es de origen polaco o polonizado y el campesinado es de nacionalidad ucraniana o rutena; la nobleza es católica, mientras que el campesinado profesa la religión ortodoxa. En Eslovaquia, no hay entre esos dos estados ninguna diferencia de tipo confesional pero sí de tipo nacional, ya que la nobleza suele ser de ascendencia húngara o germánica. En la Alta Silesia, el campesinado es de extracción polaca mientras que la nobleza es de raza alemana, etc. De igual manera, en la región de Lodz, durante el período de creación de la industria textil, la población alemana —ya que en esta región no existía ninguna colonización agrícola germana— constituye una parte reducida de la clase obrera. Igualmente elocuente con lo que se refiere a la estructura social es la estadística de los grupos nacionales y confesionales en aquellos países a los cuales emigraron los protestantes expulsados de Francia. De la misma manera que la categoría nacional y confesional de la población judía suele constituir como tal una importante clase en la estructura social.

LAS CATEGORÍAS HISTÓRICAS Y LAS CATEGORÍAS ANALÍTICAS

La debilidad de la ciencia tradicional con respecto a la investigación de la estructura social fue su acción de limitarse al examen de la misma con las categorías y los criterios históricos («nobleza», «clero», «burguesía», «campesinado»).

Pese a un siempre mayor esfuerzo tendente a la comprensión del significado histórico que se encierra en cada uno de los períodos investigados en esos conceptos y hacia la diferenciación interna y específica de estas categorías, esto no puede satisfacer nuestras necesidades científicas actuales. De ahí que la ciencia marxista formule el postulado de dar un paso más, pasando de las categorías históricas a las categorías analíticas.

La tarea de «traducir» las categorías y los criterios históricos a las categorías analíticas, requiere evidentemente que nos detengamos un momento sobre estas últimas.

De la misma manera que al investigar, por ejemplo, la economía de una empresa o el mecanismo de los fenómenos del

mercado, el historiador no puede adelantar sin dominar la teoría y los métodos elaborados por la economía política —a condición de que no los adapte mecánicamente a los materiales relativos al pasado— asimismo, en lo que concierne al análisis de las estructuras sociales, debe aprovechar el material de la sociología, tomando de ella lo preciso tras haberlo adaptado a su labor.

Los problemas de la estructura social y de las características de las distintas clases sociales, han sido y siguen siendo el eslabón más importante y a veces central de un número infinito de doctrinas sociológicas, que hay que conocer, así como estas corrientes, incluso aunque el investigador haya de desechar muchas de ellas.[11] No es casual que en la ciencia histórica hayan centrado especialmente su atención sobre estos problemas unos historiadores tan afines a la sociología como Sombart, Weber, Lefebvre o Labrousse, atacados no pocas veces por los historiadores tradicionales a causa de su afán «sociológico». A través de estos historiadores sociólogos o sociólogos-historiadores, las concepciones teóricas penetraron en las investigaciones de los historiadores en el sentido estricto de la palabra. Los conceptos de Max Weber[12] o de Sombart[13] tuvieron, por tanto, una gran influencia en la ciencia. Un ejemplo clásico del desarrollo de las investigaciones teóricas y metodológicas sobre la estructura social nos lo ofrecen las búsquedas en torno a la Revolución francesa, en las que después de las exploraciones preliminares basadas en los conceptos esquemáticos tales como son la «aristocracia» y el «estado llano», los análisis se volvieron cada vez más concretos y diferenciados, destacando en última instancia por su elevado nivel de perfección los numerosos trabajos de G. Lefebvre sobre el campesinado francés de aquella época o el último trabajo de carácter marxista de su discípulo A. Soboul sobre los *sans-culottes* parisienses.[14] Para el historiador marxista se plantea la pregunta acerca del significado del concepto «clase social» de la misma manera que a los creadores del socialismo científico y que en las investigaciones actuales de la ciencia marxista.

No es este el lugar para analizar el contenido que encierra en el concepto de «clases sociales», ni tampoco en los términos «burguesía», «proletariado», «campesinado», «pequeña burguesía», etc., en los escritos de Marx, Engels o de Lenin[15] o de los científicos que en el curso del último siglo se han proclamado o han sido proclamados como pertenecientes a la escuela marxista. Sólo deseamos llamar la atención en este punto sobre una serie de conclusiones prácticas resultantes de la concepción marxista para la tarea concreta del historiador que analiza las estructuras sociales.

En su definición teórica de las clases sociales Marx se apoya en el criterio de las relaciones en cuanto a la propiedad de las

fuerzas productivas (propietario de la fuerza de trabajo, propietario del capital y propietario de la tierra) el cual superpone al criterio de la participación en el reparto de la renta social (remuneración del trabajo, beneficio y renta).[16] Ambos criterios, evidentemente, deben superponerse, con lo cual, utilizando cada uno de ellos, obtenemos resultados idénticos. En una definición concebida con unas categorías muy generales,[17] Lenin también establece un carácter de igualdad entre el criterio de las relaciones hacia los medios de producción y el criterio de la apropiación y, por lo tanto, de la participación en el reparto de la renta social.

En la época capitalista estos criterios se aplican evidentemente a las clases sociales fundamentales, pero aplicándose sin embargo a través de una profunda abstracción, para algunas clases sociales, mientras que dejan de aplicarse absolutamente para con otras. Así, por ejemplo, si tomamos la renta de un molinero aldeano que posee una explotación agrícola y el cual, aunque trabajando él mismo, emplea a dos mozos de labranza y a dos obreros en el molino, la diferenciación de la remuneración del trabajo, de la renta de la tierra y del beneficio del capital sería un procedimiento más bien arbitrario. El personal directivo de una administración económica o incluso estatal que percibe elevados sueldos puede pertenecer formalmente a la clase que no posee ningún ápice de fuerza productiva y que sólo percibe la remuneración por su trabajo; sin embargo, desde otros puntos de vista, costumbristas, ideológicos o políticos, puede pertenecer al mismo tiempo a la clase dominante. Esto lo vio Marx perfectamente, cuando escribe que incluso en Inglaterra donde «la nueva sociedad ha logrado en su estructura económica el más extenso e incuestionable desarrollo clásico... la estructura de clases no aparece con rasgos puros. También aquí se borran por doquier los límites de los niveles medios y transitorios», pero Marx afirma, no obstante, que para sus razonamientos «es un problema que no le preocupa», ya que «la tendencia constante y la ley de desarrollo del modo de producción capitalista radica en la separación cada vez mayor entre la esfera de los medios de producción y el trabajo».[18]

De esto resulta claramente que el objetivo de Marx en los citados razonamientos era el de elaborar una definición de las clases sociales que se prestara al análisis teórico del sistema capitalista, a hacer resaltar su «esencia» y su tendencia al desarrollo, y que se daba cuenta perfectamente de que la aplicación de esa definición al análisis concreto, incluso de la sociedad relativamente más desarrollada, tropezaría con dificultades esenciales.

Es curioso que en Lenin y más aún en Stalin, comenzara a prevalecer una clara tendencia al concepto dicotómico de la división de las clases sociales, lo cual puede explicarse en parte,

por el hecho de que esta idea es muy útil para la lucha revolucionaria contra la estructura de clases existente.[19] Sin embargo, parece que el origen de este cambio hay que buscarlo también en otras categorías acaso más importantes de fenómenos. ¿No hay que tomar en consideración, por ejemplo, el hecho de que en la época en que Marx escribió el tercer tomo de *El Capital*, el proceso de fusión de los terratenientes con la burguesía industrial y comercial aún estaba poco adelantado, incluso en Inglaterra, como para considerar que las diferencias que dividían a estas dos clases habían desaparecido, mientras que en la época de Lenin y de Stalin, y particularmente frente a la revolución comunista, estas diferencias se relegaron pronto a un segundo plano?[20]

En el caso de ser acertada esta hipótesis —y a nuestro parecer lo es—, de ello se desprendería una importante conclusión para la labor investigadora marxista: con respecto al análisis de las sociedades de finales del siglo XIX o de la primera mitad del siglo XX se plantearía más bien la directiva de un concepto dicotómico de la estructura de clases de la sociedad indagada, mientras que para las épocas anteriores, incluso la división en tres cuerpos sería, como lo señala el propio Marx, difícil de aplicar.

En su *Teoría del materialismo histórico*,[21] Bukharin afirma que en el análisis de una sociedad de clases concreta nos encontramos ante los siguientes tipos:

a) «Las clases esenciales de un sistema social determinado (las clases en el exacto sentido de la palabra)», o sea la nobleza y el campesinado, la burguesía y el proletariado, etc.

b) «Las clases medias», entre las cuales cuenta a los grupos que no son una supervivencia del sistema anterior, necesarias al sistema en el cual existen y que ocupan un puesto jerárquico medio frente a las clases fundamentales.

c) «Las clases transitorias», con lo que Bukharin entiende las supervivencias del sistema anterior que van desapareciendo paulatinamente, aunque a veces con mucha lentitud, y a las cuales pertenecerían los grupos carentes de libertad en los tiempos más tempranos del feudalismo, o los elementos de la pequeña economía de mercado en el capitalismo.

d) «Las clases de tipo mixto», o sea los grupos que bajo ciertos aspectos pertenecen a una y otra clase, como, por ejemplo, los campesinos-obreros en el capitalismo o el noble agricultor sin siervos durante el feudalismo.

e) «Los grupos marginados», como el *lumpenproletariat*, los «vagabundos» bajo el feudalismo, es decir, todo cuanto Czarnowski calificaba como «gentes al margen de la sociedad».[22]

Contrariamente a lo que pudiera parecer,[23] creemos que la proposición de Bukharin no se sale del esquema marxista. En principio, Bukharin adopta en su análisis teórico una postura dicotómica.[24] La diferencia entre el esquema dicotómico y el esbozo

de los cinco grupos de clases que acabamos de citar es una diferencia entre el más alto nivel de abstracción teórica por una parte, y el instrumento de investigación adecuado al análisis de una sociedad concreta, por otra. Las abstracciones teóricas no se verifican directamente en los análisis sociales.[25] Su averiguación requiere la introducción en el esquema de más complicaciones cada vez. Esto es precisamente lo que hace Bukharin. Las «clases medias», las «clases transitorias», las «clases de tipo mixto» o los «grupos marginados» no deben existir forzosamente en el capitalismo y algunas de ellas a menudo no existen. Puede concebirse muy bien un capitalismo en el cual no aparezca ninguno de esos grupos. De forma que no son necesarios al análisis de la teoría del sistema capitalista. Sin embargo, si de la teoría pasamos al análisis de las sociedades concretas, debemos introducir en el esquema una serie de complicaciones, ya que, de hecho, el esquema que Bukharin nos propone es muy provechoso.

MULTIPLICIDAD DE CRITERIOS PARA LA EVALUACIÓN DE LA JERARQUIA SOCIAL

Si afirmamos que cada sociedad diferenciada posee una estructura determinada en sus aspectos funcionales y jerárquicos, queremos decir que se halla dividida en clases —en el sentido lógico de la palabra— las cuales se diferencian según un criterio determinado o en varios, cada uno de los cuales tiene su propia escala jerárquica. Los más frecuentes en la práctica investigadora son los criterios:

1. De la propiedad (por ejemplo, la posesión de las fuerzas productivas).
2. La renta (su magnitud o su carácter).
3. La participación en el poder.
4. La estima social.
5. El modo de vida (costumbres, cultura).

Algunos de ellos son de fácil mensuración, otros más difíciles de medir, pero todos, sin embargo, se prestan a una evaluación jerárquica.

En los casos más favorables, todos estos criterios se superponen. En la Polonia de fines del siglo XVI la nobleza ostenta el monopolio de la propiedad de la tierra (de la que casi se ha desposeído ya a la burguesía), tiene una participación extremadamente importante en el reparto de la renta social, cuyas diferencias son muy grandes (el proceso de proletarización de una parte de la nobleza aún apenas se esboza), disfruta del pleno monopolio del poder (dominio absoluto sobre el campesinado y control de la administración comunal), cuenta con la garantía

jurídica de su posición y con la estima social aún no mermada por la ideología, y se diferencia absolutamente por su modo de vida (las diferencias en el seno de la nobleza son a este respecto muy insignificantes en comparación con el siglo XVIII, por ejemplo).

Este alto grado de «superposición» de todos los criterios es, no obstante, un fenómeno históricamente muy raro.

En el caso de no superponerse estos criterios, el investigador se ve en la obligación de escoger entre los mismos. Como es sabido, el marxismo opta en este caso por la primacía del primer criterio conjugado con el segundo, considerando que en la práctica ambos deciden con demasiada frecuencia cómo han de correlacionarse los tres restantes, al menos en sus líneas más importantes, ya que nadie ha de negar, como es natural, que en una ciudad feudal el verdugo pueda tener unos ingresos muy elevados en comparación con el resto de la comunidad, sin por ello participar en lo más mínimo en la administración de la ciudad y ocupando el puesto más bajo en la escala de la estima social.

Este supuesto tiene su utilidad a condición de que la «relación con los medios de producción» (definición de Lenin)[26] no se interprete de una manera formal-jurídica como la propiedad según la entiende la legislación típicamente burguesa, es decir, en el sentido de la propiedad plena y exclusiva, y que debe comprender a un tiempo los elementos de la propiedad, de la disposición y del aprovechamiento. En las grandes sociales por acciones, el pequeño accionista puede tener la misma participación en la propiedad —el mismo número de acciones— que el director general; sin embargo, teniendo en cuenta la disposición de un determinado complejo de fuerzas productivas y el aprovechamiento de las mismas, la diferencia ha de ser diametral entre ambos.

Referente a las relaciones feudales no es fácil, como es sabido, desentrañar a quién pertenece cada herramienta que se halla en la granja del campesino, y también es posible dudar de si este intento de «traducir» las relaciones feudales a la categoría del Código de Napoleón sería acertada desde el punto de vista metodológico. Los Emperadores romanos no eran los propietarios de Egipto, pero de hecho no dejaban de haberse apoderado de un complejo de fuerzas productivas tan fundamentales para la subsistencia del imperio de Roma.[27]

Hemos afirmado que la división de las clases según los criterios antes enunciados corresponde al eje jerárquico, y que es mensurable en sumo grado. Pudiera parecernos que sólo se pueden medir los dos primeros criterios, es decir, la propiedad y la renta, mientras que los tres restantes: la participación en el poder, la estima social y el modo de vida, son en general no mensurables.

Sin embargo, el problema es mucho más complicado. Por una parte, tampoco los dos primeros criterios se pueden medir con absoluta precisión; por otra parte, en lo que concierne a los tres criterios restantes, es posible advertir a veces en ellos ciertos síntomas mensurables. Nuestros conceptos sobre la «mensurabilidad» de la propiedad y de la renta se hallan configurados por unas relaciones típicas para el sistema capitalista en el que todos los bienes de producción, los artículos de consumo y los servicios tienen un denominador común en los precios del mercado, lo que permite adicionar y comparar cada uno de los elementos. Sólo en esa situación social podemos afirmar con absoluta exactitud que el señor X que posee tal paquete de acciones es en un X% más rico que el señor Y, el cual posee una finca en el campo, una casa en la ciudad y asimismo algunas acciones en una sociedad mercantil.

En el sistema feudal, en el cual las transacciones en relación con la tierra se realizan exclusivamente en el seno del estado de la nobleza (y en este marco se efectúan aunque sobre dichas transacciones no dejan de influir los factores económicos), en este sistema bajo el cual el derecho a ejercer una profesión de artesanía (pertenencia a la corporación) no está supeditada a las transacciones de compra y venta, y en el cual el mercado de todos los bienes, ya sean de consumo como de producción, es extremadamente imperfecto, el contestar a la pregunta de cuál de estos dos individuos es más rico o de cuál de los dos disfruta de una renta mayor, suele constituir a veces una tarea metodológica infinitamente compleja.

Por otra parte, la participación en el poder que en sí escapa a toda medición puede esclarecerse, al menos hasta cierto punto, siempre y cuando se consiga el hallazgo de ciertos síntomas mensurables.

La estadística social de los ciudadanos que disfrutan de los derechos políticos como, por ejemplo, el derecho de voto al Parlamento (en la época de la monarquía constitucional en Francia o en el Principado de Varsovia o en el Reino polaco constitucional), la estadística social de los miembros de los cuerpos parlamentarios o del alto o bajo personal administrativo, todo ello puede servir para establecer unas aproximaciones, imperfectas, insuficientes y que requieren ser confrontadas con otros materiales, pero que no dejan de ser una aproximaciones con respecto al esclarecimiento cuantitativo del problema de la participación de las diferentes clases sociales en el ejercicio del poder.

De la misma manera, es posible dar luz a veces al criterio de la estima social a través de los elementos cuantitativos. Los títulos que distinguen a una persona suelen señalar su posición en esa escala jarárquica. En el Reino polaco, durante la época

de Paskiewicz,* podemos observar perfectamente la paulatina promoción social de la burguesía, leyendo en la prensa de entonces las reseñas de los bailes en la Corte: no es casual, naturalmente, el orden en que su amor enumera los caballeros y las damas que se hallaban presentes en la fiesta.

El análisis de los registros del Estado Civil —casamientos, testigos de los casamientos, padrinos y madrinas de los bautizos, etc.—, permite seguir con gran precisión el proceso de nivelación de las diferencias en la estima social entre los nobles y la burguesía, e incluso de establecer cuál de las profesiones burguesas avanza más rápidamente o con más lentitud por esta escala; de la misma manera, puede seguirse el proceso de aumento de la separación entre el maestro artesano y su oficial en el momento en que dicho oficial, junto con el desarrollo de las relaciones capitalistas, deja de ser con más frecuencia cada vez un «maestro potencial» para convertirse en un obrero asalariado para toda su vida.

En ciertas ocasiones incluso es posible estimar cuantitativamente el criterio del modo de vida siempre y cuando logremos establecer como síntomas de esa manera de vivir, por ejemplo, el consumo de unos determinados artículos, la cantidad y la calidad de la instrucción, la cantidad y la calidad de las prácticas religiosas, el lugar de residencia, etc.

LOS CRITERIOS ANALITICOS Y EL MÉTODO DE «DISLOCACIÓN»

Ahora bien, si hablamos de la «jerarquía según una escala determinada» y de las posibilidades cuantitativas más o menos importantes, tenemos que tomar posición en ese caso en lo que se refiere al método de investigación de las estructuras en la escala cuantitativa, es decir, al método de «dislocación» que se ha generalizado en la sociología occidental, y cuyos partidarios adoptan una postura extremadamente empírica. Consideran como una arbitrariedad carente de fundamento la agrupación de nuestras categorías analíticas y la clasificación empírica del material. Como criterio cuantitativo utilizan la «dislocación» de la masa indagada sobre un eje que parte de cero y llega al máximo que aparece en una determinada masa analizada. Se parte del supuesto que si el criterio ha sido escogido con acierto y en la sociedad investigada aparecen unos grupos auténticamente diferenciados —las clases—, esta dislocación no debe ser equiva-

* Iván Paskiewicz, mariscal zarista que aplastó la Insurrección nacional polaca de noviembre de 1831 y obtuvo el título de príncipe de Varsovia. (*N. del T.*)

lente. En el eje deben aparecer «concentraciones» y «dilataciones».

En los puntos donde aparecen las mayores dilataciones, el investigador puede utilizar los límites de las divisiones en grupos —clasistas—, ya que sólo estas últimas han de corresponder de hecho a las divisiones que aparecen en una sociedad determinada.

En contra de este método, y especialmente de su carácter absoluto como el único adecuado científicamente, se pueden hacer las siguientes objeciones:

1. No es cierto que este procedimiento elimine la intervención del investigador y obligue a «hablar al propio material», garantizando así los resultados antes las «deformaciones arbitrarias». También en este método el investigador elige el criterio y en la mayoría de los casos establece su «mensurabilidad» comprobada, lo que es muy arriesgado. La elección de esta regla para conocer la verdad y de estos comprobantes debe basarse en los conocimientos acumulados por la ciencia acerca de una sociedad dada, de la misma manera que para llevar al material investigado el conjunto de deficiones de los diferentes grupos sociales.

2. El sistema de «dislocación» exige un eje y por tanto un criterio, pero, como lo hemos visto, estos últimos no siempre se conjugan entre sí. Las categorías analíticas asentadas en el estado actual de los conocimientos científicos permiten con más facilidad llegar a la concepción integral de las divisiones sociales, las cuales no existen «aparte» sino que comprenden la posición de los individuos en el conjunto de la sociedad.

3. El sistema de «dislocación» puede llevar a unos resultados incomparables en el tiempo y en el espacio, y, por consiguiente, disminuir enormemente las posibilidades analíticas contenidas en el material elaborado.

4. El sistema de «dislocación»» es muy laborioso, mientras que los demás sistemas, siempre y cuando sean correctamente utilizados, deben dar unos resultados por lo menos muy aproximados.

Es evidente que las categorías analíticas basadas en los conocimientos actuales y aplicadas al material investigado para su ordenación, su agrupamiento y su análisis deben ser averiguadas a medida que aumentan los conocimientos acerca de una sociedad determinada, precisadas o corregidas incluso a través del método de «dislocación».

Esta cuestión nos lleva al problema de la realidad de la existencia de las clases sociales, que se ha solido discutir. Los partidarios del procedimiento de «dislocación» adoptan la postura de la realidad de su existencia. Muchos otros científicos consideran que las clases constituyen una construcción que nosotros

llevamos desde el exterior al material. investigado. Aún más frecuente suele ser la actitud que reconoce la existencia real de las clases sociales en el sistema capitalista pero negando su existencia en las formaciones anteriores, feudal o esclavista.

Los partidarios de esta última tesis consideran que es un anacronismo la aplicación del concepto de las «clases» a los regímenes que no las conocieron.

Es difícil discutir la postura que niega la existencia de las clases en general, pues a ella se oponen innumerables investigaciones empíricas y es un problema muy tascendental al debatir la aplicación del concepto de las clases a los sistemas precapitalistas puesto que dicha postura choca con el arma principal de los marxistas. Es evidente que los sistemas precapitalistas no solamente no conocieron el concepto de las «clases sociales» sino que en general veían su propia estructura social en otras categorías como, por ejemplo, la de los Estados. Esta conciencia de una estructura social propia se reflejaba en la vida social: en la cultura, en las costumbres, en el modo de vida. Y de nuevo viene a ayudarnos en este trance el criterio de la lucha de clases, ya que, si comprobamos su existencia, esto mismo confirma la existencia de las clases sociales, pues si se enfrentan, es quizá porque existen.

Finalmente, la cuestión de la existencia o de la inexistencia de las clases sociales se halla vinculada además con otro problema sociológico el cual tiene su historia en la ciencia: es decir, con la pregunta de si los grupos sociales constituyen una simple suma de los individuos que los componen o si son «algo más».[28] A este respecto, Z. Jordan adoptó una clara postura positivista (más bien neopositivista ya que el positivista Durkheim era un acérrimo partidario de la tesis contraria) en una polémica entablada con nosotros, al escribir: «La clase no existe fuera de los individuos que la componen y lo que no puede aplicarse a los individuos tampoco puede aplicarse a las clases»,[29] formulación que no deja de tener unos clásicos valores de claridad y si su autor, al hablar de la «existencia», piensa en el problema ontológico, es natural que estamos de acuerdo con él: la «clase no existe fuera de los individuos que la componen». En cambio, la afirmación según la cual «lo que no se aplica a los individuos no puede aplicarse tampoco a las clases», pese a cierta falta de claridad en la formulación, parece un absurdo.

Sobre el señor X y el señor Y puede decirse todo cuanto puede decirse de cada uno de ellos (empezando con las palabras: «Uno de ellos...»), pero también toda una serie de comprobaciones suplementarias (por ejemplo comparativas o adicionales). En cambio, en la masa estadística es posible observar una serie de regularidades, las cuales «no tienen aplicación» a las unidades que componen esa misma masa.

En el estado actual de los conocimientos, no podemos vatici-

nar si una mujer va a dar luz a un niño o a una niña. En cambio, esta previsión «puede aplicarse» con un insignificante margen de error, por ejemplo, en relación con los nacimientos del año venidero en Polonia.

La comprobación de la explotación del campesinado feudal por la nobleza no ha de efectuarse a través del análisis de cada campesino y de cada noble, ni tiene por qué referirse a cada uno de ellos. En este sentido, y a pesar de la afirmación apodíctica de Jordan, seguimos pensando que estábamos en lo cierto al decir que el esclarecimiento de las motivaciones de los intereses de clase no tienen una aplicación para la interpretación de los actos individuales; muchas veces los individuos actúan en contra de la clase social de la cual proceden e incluso a la cual pertenecen, pero, en cambio, la historia no conoce quizás a ninguna clase social que desee su autodestrucción.[30]

LOS CRITERIOS ANALÍTICOS Y LA REALIDAD HISTÓRICA

Cuando se realiza la «traducción» de las categorías históricas a las categorías analíticas, el historiador se interesa concretamente por la existencia en un lugar dado y en un tiempo determinado de una estructura social de acuerdo con los criterios establecidos por él; para analizarla, sin embargo, no debe olvidarse en absoluto de los criterios históricos.

A un historiador le está permitido el analizar la estructura social de la Polonia del siglo XVIII desde el punto de vista del criterio de las relaciones con respecto a las fuerzas productivas y a la magnitud de la renta, pero nunca debe olvidar que la pequeña nobleza, los judíos y los campesinos con una propiedad y una renta idénticas jamás pertenecieron a una misma clase y que una clase elaborada de esta forma constituía un anacronismo flagrante.

Al adoptar el principio marxista de la primacía de los criterios de las relaciones referentes a las fuerzas productivas y a la participación en la renta social, debemos recordar siempre que, en lo que respecta al objetivo de la investigación, también otros criterios, aun cuando los consideremos secundarios, pueden sernos útiles. Esto tiene importancia especialmente en los casos en que los resultados de la investigación de la estructura social han de servir a la historia de los movimientos sociales y a la historia política. Nunca llegaremos a entender las diferencias existentes entre la aldea y la parroquia en los países católicos y ortodoxos si no tomamos en consideración el criterio —por muy poco subrayado que esté— del «modo de vida». Jamás llegaríamos a comprender la participación relativamente grande de los judíos en el movimiento revolucionario polaco y de los

polacos en el movimiento revolucionario ruso si no recordásemos el hecho de que aquéllos en la sociedad polaca y éstos en la sociedad de la Rusia zarista constituyeron unas comunidades nacionales ordenadas socialmente. El paso del burgués adinerado a las filas de la nobleza en la Polonia tanto del siglo XVI como del siglo XVIII, se explica por razones económicas pero que, no obstante, no aclaran este fenómeno enteramente, ya que los criterios del modo de vida y de la estima social, también han de ser tenidos en cuenta, etc.

El historiador de las estructuras sociales debe interarse finalmente no tanto por la estructura existente de hecho, sino por el concepto que en su tiempo se tuvo de tal estructura y de la relación hacia ésta por parte de las diferentes clases sociales, es decir, por los fenómenos de la conciencia social ligados con la estructura social.[31]

Los conceptos de la estructura social se hallan ligados en parte al criterio de la estima: se trata, entre otras cosas, de cuáles son las posiciones sociales respetadas y cuáles son las clases sociales que las respetan, de saber cuáles son los privilegios sociales reconocidos, los que son tolerados, los que son discutidos y en qué categorías de la sociedad, etc.

Las súplicas de los campesinos nos brindan un rico material para explicar el problema de la posición de clase de la nobleza en la conciencia del campesinado. Naturalmente, hay que recordar que estos ruegos están dirigidos al señor al cual se hallan enfeudados los aldeanos y que por lo tanto no reflejan sus pensamientos y su postura entera y sinceramente. Sin embargo, por otra parte, el perfecto conocimiento del material muestra que en ciertas ocasiones, especialmente en las situaciones más críticas, el campesino escribe todo cuanto piensa olvidándose o haciendo caso omiso del temor a zaherir al «buen señor». Además, la crítica histórica y la confrontación de las peticiones con otros materiales de fuentes permiten la eliminación de las expresiones convencionales o determinadas por la situación del suplicante, de entre las palabras que reflejan la conciencia que reinaba en un grupo determinado del campesinado. Gracias a esto precisamente, es posible hallar entre las súplicas campesinas las huellas de los cambios que se producen en la conciencia del campesinado durante el último cuarto de siglo que precedió a la época de los desmembramientos de Polonia.[32]

Facilitan un material inconmensurablemente rico para el análisis de la conciencia social las memorias, la epistolografía, los vestigios etnográficos, las publicaciones y los materiales de agitación política, de ideología social, etc. Sin embargo, se da el fenómeno de que el investigador suele tratar sin la debida crítica los materiales de agitación y de carácter doctrinario hallados en los materiales de fuentes bajo la apariencia de declaraciones y formulaciones. El periódico, el pasquín o la doctrina,

reflejan la conciencia de una determinada clase social y tiende a transformarla. Esta diferenciación suele ser muy difícil de realizar en la práctica investigadora, pero esto no le libra al investigador de laborar en ese sentido.[33]

Pero no distamos mucho de llegar al punto en que sólo podremos analizar la conciencia humana a través de las declaraciones humanas. Las palabras de los hombres no dicen mucho acerca de la conciencia humana cuando esas expresiones no pueden confrontarse con los hechos. Es cierto que para nosotros es muy elocuente el hecho de que en cierta situación social algunos estados de la nobleza dejan de subrayar la importancia de los privilegios aristocráticos, proclamando su igualdad con los burgueses más poderosos. Ahora bien, no merece la pena enterarse también de cómo actúa la nobleza, de cómo casa sus hijas con los hijos del burgués y sus hijos con las hijas del burgués, dirige a sus hijos hacia las profesiones tradicionalmente consideradas como burguesas o se rodea en su vida privada de personas pertenecientes a la burguesía. Es profundamente erróneo y bastante generalizado el hecho de poner un signo de igualdad entre el análisis de las conciencias y el análisis de las declaraciones, ya que por una parte éstas constituyen una entre las numerosas categorías de las acciones humanas, y por otra parte, sin embargo, al investigar estas últimas, podemos conocer el mundo de los valores sociales en el cual vivió la sociedad indagada.

LA DIFERENCIACIÓN EN EL SENO DE LAS CLASES

En la formulación citada anteriormente, Marx ya llamaba la atención sobre el hecho de que la categoría analítica de las clases sociales, con toda su enorme utilidad desde el punto de vista de la investigación, no capta todo lo complejo y todo lo complicado de los elementos que se manifiestan en cada estructura social históricamente conformada y que continúa transformándose constantemente, y que siempre existen unos «niveles intermedios y transitorios» los cuales «borran todos los límites fronterizos». El análisis histórico no puede, por lo tanto, tratar a las clases sociales como un bloque monolítico sin hendiduras, ya que se ha de recordar asimismo la existencia de los más diversos grupos sociales que en el curso de las constantes transformaciones socio-económicas o bien se negaron a clasificarse en una categoría determinada, o bien no se fusionaron dentro de otra clase; y aunque evolutivamente tienden a ello —lo que constituye una importante comprobación para el historiador que observa dinámicamente a la historia— no dejan sin embargo de señalarse por una autonomía relativa en un momento concreto de la historia.

Las clases no son nunca monolíticas (y esto se refiere tanto a los estados privilegiados como a las clases humildes), ni desde el punto de vista del nivel de vida ni de la manera de vivir, ni de los intereses materiales ni tampoco de la filosofía o de los ideales. Las clases dominantes se suelen hallar sujetas a profundas contradicciones, cuyo conocimiento, comprensión y utilización han sido más de una vez un poderoso instrumento en manos de las clases humildes. La historia política tradicional de Polonia nos muestra como origen de los cambios en el seno de la nobleza la lucha entre los magnates y los nobles. Actualmente vemos que en esa época existió también en Polonia una importante lucha de clases —aunque menos visible— entre la nobleza y el campesinado. Por otra parte, la propia lucha dentro del estado privilegiado fue un hecho trascendental, y la toma en consideración de la importancia del enfrentamiento entre el campesinado y la nobleza nos ha de permitir comprender mejor las contiendas entre la misma nobleza en lugar de negarla. Los campesinos, que en sus súplicas a los magnates se quejaban de los administradores y arrendadores nobles, dan testimonio de que comprenden muy bien y se aprovechan de los intereses antagónicos existentes en el estado de la nobleza.

Tampoco eran monolíticas las clases explotadas, ni el campesinado feudal, como tampoco lo son las masas trabajadoras bajo el capitalismo ni la misma clase obrera. El dar conciencia a esta última de que los intereses comunes que la unen son mucho más importantes que las contradicciones que la dividen en diferentes grupos, no es casual que haya constituido el lema de la propaganda revolucionaria marxista.

El aprovechamiento y la exacerbación de las contradicciones entre los diferentes grupos obreros —la aristocracia obrera y el resto de la clase, los obreros cualificados y los no cualificados, los viejos operarios y los nuevos procedentes de la aldea, los nativos y los que vienen de otras provincias o de otros países— ha sido siempre un arma poderosa de la lucha de clases en manos de la burguesía.

Éste es un problema infinitamente delicado y el origen de muchas dificultades en la investigación. Pues no es fácil establecer cuál de estas diferencias es esencial y cuáles son secundarias. En este caso han de ayudar al historiador de las estructuras sociales la historia política y la historia de la lucha de clases. Los momentos críticos, las situaciones revolucionarias, los períodos en que se desmorona el sistema de poder que garantiza la jerarquía existente en la estructura social, nos permiten precisamente efectuar la elección. Si la aldea feudal, en principio cohesionada, se divide después en clases, basta para aprehender este proceso, y especialmente para establecer la fecha aproximativa del mismo, con disponer de los datos sobre la estructura de la propiedad o de la renta ya que las diferencias

en la aldea feudal pueden ser también muy importantes en relación con estas dos magnitudes.

Debemos considerar la aldea en los momentos decisivos, cruciales y entonces veremos cómo la postura antes unida y solidaria de la población campesina deja el paso a la aparición de las contradicciones internas.

En este sentido, la historia de la lucha de clases facilita al historiador de las estructuras sociales, la verificación de los criterios que piensa utilizar en la investigación. Cada rama especializada de la historia llevaría a la confusión y a unos resultados absurdos si permaneciera aislada de las otras ramas y no confrontara constantemente con éstas sus métodos y sus resultados.

REFLEJOS DE LA LUCHA DE CLASES EN LAS INVESTIGACIONES SOBRE ESTRUCTURAS SOCIALES

Los resultados de las invsetigaciones sobre las estructuras sociales, sobre la génesis de las clases sociales, su historia, sus transformaciones o su estado actual, son socialmente importantes. Es difícil encontrar un ejemplo de investigaciones más trascendental desde el punto de vista de su alcance ideológico. S. Ossowski ha demostrado de un modo convincente,[34] que el esquema dicotómico de la estructura de clases es el que más se presta, por ejemplo, como arma ideológica en la lucha contra la estructura existente, mientras que los esquemas de gradación o funcionales son útiles para su defensa.

Es evidente que no sólo los esquemas de la estructura social tienen una utilidad en la contienda ideológica. Esto atañe asimismo a muchos otros aspectos de estas investigaciones. Por ejemplo, concierne muy claramente a los conceptos de la génesis de las clases sociales. Así, aun siendo muy fácil enumerar los argumentos en pro de la tesis según la cual el mito de la «génesis» tiene en ias sociedades modernas el carácter de una idea prelógica, esto no nos lleva, sin embargo, a la comprensión de los fenómenos sociales. Es cierto que en la discusión sobre la oportunidad de abolir la propiedad privada de las fuerzas productivas la argumentación extraída de la teoría sobre la génesis de esta propiedad no tiene mucho que ver, pero los fenómenos sociales son sin embargo más poderosos que el buen sentido de los tecnócratas, como nos lo demuestra fehacientemente el hecho de que, muy a menudo, a pesar de su buena voluntad y de su postura más racional, el investigador se guía por sus preferencias ideológicas en el momento de escoger la terminología, los criterios y la teoría.

Los rasgos ideológicos del trabajo son a veces tan evidentes

que huelga todo comentario. Así ocurre, por ejemplo, con las teorías que relacionan la génesis de las clases con las desigualdades de las capacidades o aptitudes humanas. Estas aptitudes humanas «naturales», «innatas», habrían de provocar las diferencias en las adquisiciones de los individuos durante su existencia en las sociedades primitivas, los cuales, a su vez, garantizarían el mejor desarrollo de las aptitudes de las generaciones siguientes hasta llegar a las actuales estructuras sociales, en las que lo mejor se halla arriba y lo peor abajo.[35]

Esta teoría, muy de moda en la Europa occidental a finales del siglo XIX, no ha desaparecido aún, especialmente en los Estados Unidos, donde la idea de que cada cual puede tener acceso a las más altas posiciones sociales de acuerdo con sus capacidades constituye el elemento esencial de la ideología oficial. Hace ya setenta años se enzarzaron en una polémica parecida el defensor de la monarquía prusiana e ideólogo del Reich bismarkiano, Schmoller y el idealista pequeñoburgués —mucho más original que Schmoller aunque formalmente figura como perteneciente a la misma «joven escuela histórica alemana»— Karl Bücher.

Schmoller llegó a la existencia de las clases sociales a través de la división social del trabajo, la cual crea determinados cambios físicos y psicológicos en el individuo, cambios que a su vez, al consolidarse y profundizarse por mediación de la selección natural y la herencia, hicieron (formulando esta tesis con bastante más vulgaridad) que los individuos más capaces y sólo ellos fueran seleccionados para ocupar los «altos» cargos. Por el contrario, Bücher veía más bien en las diferencias de propiedad y de renta, la causa de ésta y no otra configuración de la división del trabajo.[36] Esta polémica tuvo un amplio eco en la ciencia mundial de su tiempo.

En la ciencia fascista y clerical la investigación de las sociedades feudales y corporativas revistió a menudo un claro carácter apologético y, refiriéndose al futuro, postuló de hecho por el retorno al corporativismo.

No obstante, el sentido ideológico de una obra científica no es tan fácil de percibir en muchos casos. La propia construcción de los conceptos y de las definiciones no deja de tener una importancia ideológica. Si Mombert considera como estructura de los estados la que no conoce ninguna movilidad y la división de clases aquella cuya movilidad no presenta dificultades,[37] es verdad que independientemente de las intenciones del autor estas definiciones han de servir a la defensa de la estructura de clases de la sociedad capitalista, ya que, de hecho, la movilidad social no dejó de ser evidente a pesar de las prohibiciones del feudalismo, mientras que siendo libre bajo el capitalismo, dicha movilidad tropezó a veces con dificultades insuperables.

La utilidad de ciertos métodos de investigación para los fines

ideológicos de defensa del sistema de clases, suele provocar en el extremo opuesto un mayor recelo y una deformación en el sentido contrario.

Naturalmente, los complejos esquemas del sistema social facilitan eliminar las divisiones sociales esenciales. Pero también es verdad que en cada sociedad diferenciada es posible distinguir a un gran número de grupos y de clases sociales realmente diferentes. Así, la crítica de los conceptos apologéticos ha de llevar no a la negación de la pluralidad de los estados sino a la jerarquía de las divisiones, las cuales no son igualmente profundas ni tienen todas las mismas consecuencias sociales. Ocurre a menudo que la investigación de la movilidad social es utilizada para dar la impresión de que las divisiones de clases existentes no son esenciales, pero la crítica de estas concepciones no puede basarse en la negación de la importancia de los análisis científicos en torno a la movilidad, lo que ha provocado tantos malentendidos.[38]

La crítica de las investigaciones de carácter apologético sólo puede realizarse eficazmente siempre y cuando el crítico no se halle influido por la polémica.

LAS NUEVAS POSIBILIDADES Y LOS OBJETIVOS DE LAS INVESTIGACIONES SOBRE ESTRUCTURAS SOCIALES

Las investigaciones históricas en torno a las estructuras sociales son tan antiguas como la crítica de la ciencia histórica. La contribución del marxismo a estas investigaciones tuvo varios aspectos:

a) estuvo basada en la aplicación de las categorías analíticas de las clases sociales —diferenciadas según el criterio de las relaciones con los medios de producción y la participación en la renta social— con respecto también a las sociedades feudales o esclavistas,

b) subrayó los factores de la lucha de clases, considerándolo como el más alto y auténtico criterio de la estructura de clases,

c) centró especialmente su atención en la historia de la clase obrera y en la historia de la burguesía.

El período staliniano, con todos sus errores y deformaciones, también dejó sus huellas en esta disciplina de las investigaciones históricas. Los problemas de la lucha de clases relegaron a la sombra las cuestiones estructurales acertadamente. Los elementos cimentadores de cada una de las clases hicieron omitir la estructura interna de las mismas, las diferencias y hasta las contradicciones imperantes en el seno de las clases. Al desentrañar cuidadosamente todos los aspectos, incluso los más insignificantes, del proceso de maduración de la conciencia de clase

de la sociedad obrera, se renunció a las búsquedas del reclutamiento y de la estructura de dicha clase. El centrar las investigaciones sobre los fenómenos ventajosamente valorados hizo que se abandonaran transitoria y absolutamente las indagaciones sobre la burguesía.[39]

En los últimos años existe un aumento considerable de las investigaciones históricas sobre las estructuras sociales tanto en Occidente como en los países del Este. La ciencia soviética ha vuelto a acometer estas investigaciones con un vasto arsenal de conceptos y de experiencias teórico-metodológicas. En la ciencia occidental los promotores de estas indagaciones suelen ser los centros declaradamente izquierdistas, muy a menudo influenciados por el marxismo. Una de sus más valiosas contribuciones, especialmente en la ciencia francesa, es la elaboración de nuevas técnicas analíticas, en particular la técnica de elaboración de los materiales masivos.[40] La investigación de los registros parroquiales y de las actas de estado civil, el análisis de las certificaciones de los seguros, de las relaciones sobre el personal de las grandes empresas —por ejemplo, de los ferrocarriles—, los documentos sobre el personal de la administración del Estado, de los servicios educacionales, etc., abren enormes posibilidades y perspectivas a este respecto.[41]

Por lo que se refiere a los comienzos del capitalismo y la conformación de las naciones modernas y de las clases sociales típicas para el capitalismo, constituyen una riquísima fuente para la ciencia francesa los documentos fiscales y especialmente en aquéllas que se reseñan los censos electorales a partir de 1848.

Todas estas categorías de fuentes son prácticamente inutilizables con la aplicación de los métodos investigadores tradicionales, ya que para extraer todas las posibilidades científicas que contienen se precisa incluso de las máquinas calculadoras.

En la Polonia actual ya no existen un gran número de categorías de fuentes análogas. Pero esto es solamente un argumento más a favor del cuidadoso aprovechamiento, esmerado, de los archivos que pudieron salvarse.

XII. Las investigaciones históricas sobre los precios

HISTORIA DE LAS INVESTIGACIONES SOBRE LA HISTORIA DE LOS PRECIOS

Las reflexiones históricas en torno al cambio de los precios a través del tiempo coinciden con la aparición de las ideas racionalistas sobre los fenómenos sociales en general, es decir, con el Renacimiento. Las primeras mercancías cuyos precios se investigaron fueron los metales preciosos, a los que el insigne economista francés renacentista Jean Bodin dedicó una gran atención en su obra publicada en el año 1568.[1] Más tarde, Adam Smith[2] analizó especialmente este problema basándose en una rica documentación que se remontaba al año 1350. Es evidente que al examinar el fenómeno del dinero y con el fin de aclarar la «esencia» del valor de los metales preciosos, en muchas ocasiones se procedió a la investigación del precio de dichos metales reflejado en otras mercancías —los cereales— o sea, del valor pecuniario de esas mercaderías.

Las grandes perturbaciones en los precios que sucedieron en Inglaterra en el período de las guerras con la Francia revolucionaria y las guerras napoleónicas durante el bloqueo continental, la caída de los precios y las diferentes etapas en el funcionamiento de las medidas arancelarias sobre el trigo, todo ello suscitó un gran interés por el fenómeno de la oscilación de los valores pecuniarios.

Así se comprende la aparición de una obra tan imponente para aquella época como la de Took —basada en la libertad de comercio— y que pudo acabar con la ayuda de Newmarch.[3] Al abarcar un período de 45 años, saturado de grandes perturbaciones en la esfera de los precios, Took y Newmarch nos ofrecen en su obra, independientemente de sus ingenuidades librecambistas y de la unilateralidad de sus teorías del valor,[4] un rico material reunido a conciencia y que sigue siendo aprovechado para el conocimiento de aquella época.

La obra de Rogers,[5] de unas dimensiones monumentales, constituye un nuevo paso. Político activo y aficionado a la historia, pero algo «dilettante», Rogers concibió su obra de una forma tan extensa como inconsecuente. Esto explica sus enormes desproporciones y sus lagunas, especialmente en los pasajes relativos al agro. En cuanto a la historia de los precios se refiere, el gran mérito de Rogers es el de haberse recogido una considera-

ble cantidad de informaciones tomadas de las fuentes medievales y en gran parte de los manuscritos.

Aunque se publicó mucho más tarde, también la obra de d'Avenel sobre la historia de los precios en Francia desde 1200 a 1800 (!) adolece de una falta de método.[6] En relación con las fuentes utilizadas, esta obra no es crítica en absoluto: es ingenua en cuanto a la elaboración de los materiales estadísticos. Tiene un carácter de gran receptáculo anecdótico en el cual el autor basa una gran parte de sus trabajos ulteriores, los cuales carecen, asimismo, de gran importancia científica.

Las tentativas de Rogers y de d'Avenel más bien contribuyeron a disminuir el interés por las búsquedas en torno a la historia de los precios. No obstante, en este terreno aparecieron otros trabajos aparentemente modestos, monográficos. Entre otras numerosas tentativas de alcance reducido merece ser recordada la primera monografía de F. Simiand,[7] ya que su labor consecuente y sistemática condujo en los años siguientes a la creación de una especie de sistema positivista en la teoría económica dinámica, en la cual el análisis de las oscilaciones de los precios y los salarios a través de un largo período tiene una importancia fundamental.

En el año 1873, con ocasión de la Exposición Internacional de Viena durante la cual fue organizada una exposición dedicada especialmente a la historia de los precios, el congreso de estadísticos y el congreso de economistas resolvieron promover en este terreno una serie de investigaciones de carácter internacional. Ya que la empresa requería dinero, Inama-Sternegg hizo una demanda al Gobierno austriaco, en la cual abogaba por que dicho Gobierno se afanara en ocupar un rango distinguido «como el primero de los Gobiernos de un Estado amante de la cultura que también se dedica a abrirle el camino a las ciencias sociales a fin de que éstas se conviertan en unas ciencias exactas».[8] Quizás el Gobierno austriaco no estaba predispuesto a gastar el dinero en esta empresa o alguna otra causa se lo impidió, el caso es que la iniciativa de Viena no se realizó.

La idea de efectuar investigaciones colectivas e internacionales sobre la historia de los precios sólo fue reasumida medio siglo más tarde, en el año 1930. Esta fecha no es casual y merece detenerse en ella un momento.

Esta vez la iniciativa correspondió tomarla, en febrero de 1930, a Edwin Gay, de Harvard y William Beveridge, de la London School of Economics. Una Comisión Internacional (International Scientific Committee on Prices History) fue constituida en Londres en mayo del mismo año.[9] A petición del Social Research Council of America, la Fundación Rockefeller asignó a la Comisión una importante dotación financiera (un problema aparte es el hecho de que a medida que la crisis económica fue aumentando se fueran reduciendo considerablemente esos

fondos hasta agotarse finalmente, lo que fue causa de la prolongación de unos trabajos y el abandono de otros). La constitución del Comité Internacional y el asegurar su base material se hizo de una manera excepcionalmente rápida y sencilla. Además, casi al mismo tiempo se tomaron otras dos iniciativas en orden a organizar las investigaciones internacionales sobre la historia de los precios. En ese mismo año de 1930, durante la XIX sesión del Instituto Internacional de Estadística celebrada en Tokio, F. Simiand propuso la creación, dependiente del Instituto, de una Comisión de Investigaciones Histórico-Estadísticas. La propuesta fue aceptada, se creó la Comisión y le confiaron a Simiand la elaboración del programa de trabajos de la misma. Dicho programa fue presentado en la XX sesión del Instituto Internacional de Estadística celebrada en Madrid en el año 1931, figurando en cabeza del mismo —junto a las búsquedas demográfico-históricas— precisamente la historia de los precios.[10]

El resultado más importante de esta iniciativa fue la discusión que se entabló sobre los conceptos de Simiand y que, desde el foro del Instituto Estadístico, se trasladó seguidamente a las páginas de la prensa y a las sociedades científicas —especialmente la Société d'Histoire Moderne. El principal impugnador de Simiand fue Hauser, pero después de la muerte de Simiand sus tesis fueron asumidas por Labrousse.[11]

Una tercera iniciativa, también contemporánea, fue la creación por L. Febvre y M. Bloch en las páginas de la publicación «Annales d'Histoire Economique et Sociale» —recientemente fundada por ellos (1929)— de una sección especial consagrada a la publicación de las críticas, las discusiones, las reflexiones metodológicas y los trabajos emprendidos en el terreno de la historia de los precios. Simiand fue asimismo el redactor de esta sección como discípulo y colaborador de E. Durkheim, coartífice de la Escuela de «Annales» y conocido desde hacía tiempo por sus aceradas críticas contra la historiografía tradicional.[12]

Los vínculos existentes entre estas iniciativas simultáneas y el estallido de la gran crisis económica de 1929 en el mundo no dejan de ser evidentes. Algunos de los miembros del Comité lo manifestaron incluso *expressis verbis*. Esta vinculación explica a su vez por qué fue tan fácil que, en plena crisis, esta empresa obtuviera los enormes créditos de la Fundación Rockefeller.

Nos hallamos aquí ante una postura tradicional tanto en la ciencia histórica como en la opinión pública (la cual se manifestaba a través de la decisión de los medios no especializados que asignaron los créditos al Comité) y que pudiéramos denominar con la célebre frase: «no hay nada nuevo bajo el sol».

Después de la sacudida provocada por el estallido de la gran crisis de 1929, esta postura abogaba por la tesis de que el conocimiento de los cambios de los precios en el pasado, incluso el más remoto, permitía conocer mejor la esencia de estas brus-

cas oscilaciones y por lo tanto del cataclismo actual. Esta tendencia se propagó incluso entre diversos economistas burgueses de la época. A. Spiethoff, al inaugurar una serie de investigaciones sobre las crisis económicas, publicó un tercer tomo (¡nuevamente en 1930!) dedicado por entero a las crisis desde... ¡la época de Alejandro de Macedonia a Augusto! [13]

Se trata, sin duda, de una manifestación del modernismo ingenuo, de una prolongación de las series en el pasado fuera de los límites de las posibilidades comparativas. El conocimiento, aun cuando fuese con la máxima precisión, de las oscilaciones de los precios en las épocas precapitalistas, siendo bueno, en nada podía ayudar a comprender el cataclismo económico de los años 1929-1932. Tanto en las teorías del ciclo demográfico[14] como en algunas concepciones que defienden explícita o implícitamente el carácter perpetuo del ciclo económico, existen elementos metafísicos.

¿Acaso todos los investigadores que colaboraban con el Comité Internacional adoptaban esa postura de ingenuo modernismo? Parece ser que no. Es posible suponer que algunos de ellos aspiraban a aprovechar aquella situación para sacar de las cajas de las fundaciones norteamericanas importantes sumas de dinero, indispensables para las investigaciones y publicaciones de la ciencia histórica.

El resultado concreto de los trabajos promovidos por el Comite fue —antes, durante y después de la guerra— la aparición de diversas publicaciones concernientes a Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Holanda, España, Austria y Polonia (escuela de Bujak). Dichas obras son aún valiosas en atención a la riqueza de los materiales documentales y a la elaboración técnica de los mismos. Los desencantos que pudieron ocasionar los trabajos del Comité sólo pueden afectar a aquellos científicos que basaron en ellos unas esperanzas carentes de todo fundamento.

EL ESTADO DE LAS INVESTIGACIONES Y DE LAS PUBLICACIONES DE LOS MATERIALES

Francia. En el marco de los trabajos del Comité se publicó en el año 1936, bajo la redacción de H. Hauser, un tomo relativo a la historia de los precios en Francia desde 1500 a 1800.[15] Se trata de una obra elaborada colectivamente y la cual contiene materiales sobre los precios en una veintena de ciudades muy desigualmente esparcidas por la geografía del país. No se puede hablar de una representatividad de los materiales publicados ni desde el punto de vista del tipo de ciudades ni geográficamente. Para acercarse a esta representatividad, el editor planeó extender las investigaciones a un número considerable de

nuevas localidades, lo que no se pudo realizar por falta de medios económicos. Dicho tomo contiene un gran número de materiales, pero poco importantes, en la cantidad de los artículos, la riqueza de los datos acerca de los diferentes años, la continuidad cronológica de los materiales, etc. La postura metodológica fundamental de Hauser —de la cual hablamos en otro lugar— hizo que presentara los materiales reunidos por él y por sus colaboradores como una obra casi original. Junto al promedio de los precios nominales para cada año, se da la cantidad de las anotaciones en que se basan esas medias (pero la falta de los precios máximos y mínimos dificulta el averiguar la autenticidad de estas últimas) y su equivalencia en gramos de plata; tanto unos como otros se hallan calculados tomando como índices básicos los años 1721-1745, pero como este autor incurriera en un error fundamental en relación precisamente con los años del 1726 al 1740,[16] su índice de los precios en plata no puede utilizarse realmente.

Esa obra no tienen ninguna comparación, desde el punto de vista de su valor, con el trabajo principal y anterior de C. E. Labrousse sobre la historia de los precios y de las rentas en Francia en el siglo XVIII[17] —concretamente en los años 1715-1798. Esta obra, que constituye un trabajo analítico original, está basada en las ricas series de precios de un amplio surtido de artículos, precios que se refieren tanto al conjunto del territorio francés como a las diversas regiones del país. La principal base documental de la obra son las listas de los valores pecuniarios elaboradas en los distintos mercados por la administración de la monarquía absoluta (las así llamadas mercuriales), cuya autenticidad averiguó el autor a través de los más diferentes métodos: véase el apartado sobre los litigios metodológicos. Los datos (cuya autenticidad nadie ha podido poner en duda) contenidos en la obra de Labrousse pueden ser complementados con los artículos que no tuvo en cuenta.

Su labor fue continuada por su discípulo, Chabert, quien se dedicó al análisis de los precios y de las rentas en Francia en los años 1798-1820.[18] Dadas las profundas perturbaciones políticas de la época, su trabajo se fundamenta en unos materiales menos homogéneos. La elaboración de las series no deja de ser una continuación de la obra iniciada por Labrousse. La fecha terminal coincide con la fundación del Oficio Central Estadístico (Statistique Générale de France).

Pero las tarifas de los precios en los mercados, cuyo valor demostrara Labrousse, arrancan en Francia de los comienzos del siglo XVI. El éxito de los métodos de Labrousse incitó a otros investigadores a ocuparse de estas fuentes con respecto a los siglos XVI y XVII. M. Baulant y J. Meuvret se encargaron de analizar los precios de los mercados parisienses en el período de 1520-1698.[19] La primera ojeada sobre esta publicación tan reciente

basta para despertar la confianza con las fuentes del siglo XVI. Una vez quede terminado este trabajo dispondremos de la serie de los precios del trigo en París durante el período de tres siglos (de 1520 a 1820), es decir, hasta la fundación del moderno Oficio Central de Estadística, siendo este trabajo técnicamente irreprochable.

Alemania. M. J. Elsas recopiló un material análogo acerca de la historia de los precios en Alemania. Editó su primer trabajo antes de la guerra, cuando se hallaba emigrado en Holanda. La primera parte del tomo segundo de su obra, editada en 1940, estuvo escondida como obra de un desterrado alemán durante la ocupación nazi, y publicándose inmediatamente después de la liberación de aquel país, siendo editada en 1949 la segunda parte de este tomo segundo.[20]

Basándose en una considerable cantidad de materiales de archivo alemanes, Elsas aspiró a reunir los mejores documentos en cuanto a la autenticidad, la continuidad y homogeneidad de los datos. Al publicar sus materiales, el autor se afanó por explicar y dar la mayor claridad a los datos, ligándolos con todo cuanto era susceptible de facilitar su crítica. Elsas deja al lector el cuidado de criticar los materiales publicados, facilitándole todos los elementos indispensables para hacerlo. En resumen, las tablas de los precios y de los pagos constituyen aproximadamente el 20% del total de la obra, pero el análisis de los resultados se contiene en unos capítulos muy breves. Lo grueso de la obra es lo que pudiéramos llamar «un instrumento crítico», lo que hace que esta publicación sea de un manejo difícil y pesado.[21]

El tomo I de la obra de Elsas ofrece una serie de precios y de salarios en Munich, Ausburgo y Wurzburgo, mientras que el tomo II se refiere a Francfort del Main, Leipzig y Espira. El libro está lleno de largas reseñas sobre el dinero, las medidas y los pesos que no dejan de rebasar considerablemente su función utilitaria con respecto al problema principal.

Inglaterra. William Beveridge, cofundador y presidente del Comité Internacional de la Historia de los Precios, ha publicado trabajos análogos en Inglaterra. El subtítulo de la obra iniciada por Beveridge no deja de ser prometedor: *Desde el siglo* XII *al siglo* XIX. El tomo primero apareció en el año de la proclamación de la guerra,[22] no habiendo publicado aún los tomos siguientes. El tomo aparecido contiene materiales relativos al período de 1550 a 1830. El tomo II debía estar consagrado a la «era de los castillos», es decir, desde el año 1150 aproximadamente (¡!) hasta el año 1550. En el tomo por publicar destaca la extraordinaria riqueza de los materiales sobre los precios en el Medievo inglés, por lo cual su anuncio ha despertado gran expectación.

El tomo publicado se halla compuesto en gran parte de materiales originales. Lo específico de esta obra estriba en que la

presentación de los materiales no se reduce sólo a los mercados de los cuales proceden los precios sino a las instituciones que facilitaron las fuentes: Winchester College, Eton College, la escuela y abadía de Westminster, Charterhouse, Sandwich St. Bartolomew's Hospital, Greenwich Hospital, Chelsea Hospital, Lord Steward's Department, Lord Chamberlain's Department, Office of Works, Navy Victualling y Naval Stores. De la misma manera, el segundo tomo, cuyos materiales han de proceder sobre todo de la contabilidad de los castillos, ha de tratar de dichas «fortalezas». Esta composición de los materiales, de acuerdo con las fuentes y no según los mercados, hace que la división entre los tomos sea inconsecuente: en el tomo I la contabilidad de las dos primeras instituciones se remonta a un período bastante lejano del Medievo (los datos de Winchester College arrancan del año 1393 y los de Eton College del año 1444), mientras que los datos relativos a los castillos debían remontarse en el tomo II al siglo XVII. Es evidente que, en la mayoría de los casos, esta composición viene a resultar lo mismo que si se sujetase a los mercados ya que, durante un largo período, estas instituciones pudieron abastecerse en el mismo mercado. La composición según las fuentes debía asegurar, a juicio de los autores, la homogeneidad y comparación de los datos.

La obra ha sido proyectada en gran escala. En el tomo III debían figurar los datos extraídos de los dos tomos anteriores acerca de los precios del trigo y de los salarios —en los mercados y los castillos— en ambas épocas; en este tomo los datos sobre los salarios debían sujetarse asimismo a las fuentes de procedencia, mientras que los datos relativos a los precios del trigo corresponderían a los grupos complementarios: los valores pecuniarios de venta en la contabilidad de los castillos y los precios de compra en la contabilidad de las instituciones. El IV y último tomo haría el balance de los resultados, con numerosos anejos gráficos sobre la media de los precios decenales calculados en plata, y, finalmente, varios capítulos sobre los pesos, las medidas, las tasas, los problemas de las monedas, etc.

La calidad de los materiales sobre los valores pecuniarios en los siglos pasados en Inglaterra no tienen quizá ningún equivalente en el continente. A ello contribuyeron numerosos factores entre los cuales se conjugan la extraordinaria perennidad de las instituciones, la solidez relativa de las divisas y los pocos daños inferidos por las guerras a los archivos. Pero de momento, el único tomo que poseemos acerca de esta obra tiene un carácter muy fragmentario. Sobre todo no figuran en él, o figuran muy poco, los precios del trigo y no existe ningún dato sobre los salarios. Esto dificulta y hasta impide el análisis del contenido del tomo. Además, el haber dejado para el último tomo los datos sobre las medidas, los pesos y el dinero no deja de ser un estorbo para la utilización del trabajo ya publicado.

Holanda. El primer tomo de las publicaciones iniciadas por el Comité Internacional apareció después de la guerra bajo la dirección de N. W. Posthumus,[23] la mayor parte del cual está consagrada a las anotaciones de los precios al por mayor de la Bolsa mercantil de Amsterdam en los años 1585-1914. En primer lugar, se presentan los datos mensuales concernientes a los precios —más bien con un carácter de anotaciones—, pasando seguidamente a las medias para los períodos de cinco y diez años, y finalmente las medias quinquenales con su equivalencia en plata. Los testimonios mensuales están basados en el promedio de las anotaciones efectuadas en los siglos XVII y XVIII cada semana, y a partir del año 1796 dos veces cada siete días. Más adelante, esta primera parte de la obra contiene los datos de la bolsa de los cereales de Amsterdam sobre los precios del centeno en los años 1597-1783. Finalmente, este primer tomo reproduce los cursos de las monedas extranjeras en la Bolsa de Amsterdam en los años 1609-1914. Esta obra sirve de una gran ayuda para los historiadores de todos los países que en aquellas épocas mantuvieron vivos contactos económicos con Holanda (¡y qué país no los mantenía!). El segundo y último tomo de la obra de Posthumus, cuya publicación ya se anunció, debía contener entre otras cosas los precios «al detall» en Amsterdam en los años de 1600 hasta aproximadamente 1800, así como los de Utrecht desde 1370 (¡!) a 1914 y de Leida desde 1795, los cursos de las acciones de la Compañía de las Indias Occidentales y complementarios acerca de los precios de las instalaciones navales y del material de guerra.

El primer tomo es muy importante para los historiadores polacos ya que en él tienen el mejor cuadro de la situación en el mercado holandés, tan importante a través de los siglos para las exportaciones de Polonia, así como también las anotaciones concernientes a los cursos en la ciudad portuaria de Gdansk (Dantzig) en los años 1609-1772.[24]

Teniendo en cuenta el alto nivel de organización alcanzado desde hace siglos por las Bolsas holandesas, es sorprendente el hecho de que el primer tomo se halla centrado en las anotaciones bursátiles. Aunque estemos muy alejados del escepticismo de Hauser con respecto al valor de cualquier anotación, es preciso subrayar, no obstante, que los materiales contenidos en dicha primera parte de la obra no se prestan a ser comparados —a no ser que sufran una elaboración especial en este sentido— con los datos contenidos en otras publicaciones aparecidas bajo la égida del Comité Internacional.

Es igualmente sorprendente —y como lo revela el mismo título— la total omisión en la obra de Posthumus de los precios de la fuerza de trabajo (salarios), lo cual es contrario a los principios adoptados como directrices por el Comité Internacional y que fueron observados en las publicaciones de Beveridge,

Elas, Hamilton y otros autores. Esta omisión dificulta, al menos en gran parte, las posibilidades de análisis de los materiales editados.

En su conjunto las publicaciones que han aparecido bajo la protección del Comité Internacional constituyen una rica cantera de informaciones. Entre estos materiales y las obras de Took, Rogers o d'Avenel media un abismo desde el punto de vista de la autenticidad y de la homogeneidad. Sin embargo, y contrariamente a los autores antiguos, en dichas publicaciones se nota una absoluta sobriedad en la interpretación y a veces incluso hasta la renuncia absoluta a interpretar los datos (por ejemplo, Pibram). No es de extrañar, por tanto, que estas obras, pese a todo el respeto debido a la labor de los autores, hayan sido acogidas con escepticismo y que su propio afán de perfección haya dificultado la investigación.[25] Además, las recientes tentativas han demostrado que el carácter masivo de los materiales contenidos en las publicaciones de Rogers, d'Avenel o de Hauser dio origen a que se les imputara su falta de criticismo. Pero esto también pudiera aplicarse al conjunto de las ediciones aparecidas bajo la égida del Comité Internacional.[26]

España. Éste es el país que cuenta actualmente con una de las mejores elaboraciones de la historia de los precios en Europa. A ello han contribuido, naturalmente, diversos factores importantes, y en primer lugar el interés que suscitó desde antiguo en atención al papel que tuvo España en la historia de la así llamada revolución de los precios en el siglo XVI. Esto explica asimismo que el investigador norteamericano Earl J. Hamilton comenzara sus indagaciones sobre España precisamente por ese período.

La obra de Hamilton presenta en tres tomos la historia de los precios en España desde 1351 hasta 1800, y toda ella está concebida bajo el aspecto de una extensa y detallada monografía y no como una publicación de fuentes, con lo cual se diferencia sumamente de las anteriormente enunciadas.

El primer trabajo comprende el período de 1501-1650 y es el fruto de seis años de estudios.[27] Seguidamente, Hamilton se remontó en sus investigaciones hasta el Alto Medievo (1351-1500) basándose en las fuentes concernientes a Valencia, Aragón y Navarra.[28] La carencia de datos sobre los precios en Cataluña no es considerada por Hamilton como muy perjudicial ya que afirma que las estrechas relaciones comerciales de aquellos tres Reinos con Barcelona debían contribuir a que el movimiento fundamental de los precios en esta ciudad no se diferenciara demasiado. Mucho más grave era, evidentemente, la falta de documentos sobre los precios en Castilla. Pero es preciso recordar, sin embargo, que en este tomo Hamilton se refiere exclusivamente a los precios de la parte norte y oriental del país. Ahora bien, esta circunstancia es más perjudicial para los his-

toriadores que se interesan por España que para los historiadores de otros países, ya que las regiones comprendidas en ese trabajo son precisamente las que mantenían los mayores contactos económicos con el resto del mundo en aquella época.

Finalmente, Hamilton extendió sus investigaciones a la segunda mitad del siglo XVII y al siglo XVIII. La realización de esta tarea se retrasó a consecuencia de la Guerra Civil en España y de las dificultades de acceso a los archivos, y luego por la Segunda Guerra Mundial. El tercer tomo apareció, por fin, en el año 1947.[29]

Estos tres tomos, fruto de doce años de labor del autor, se presentan desde el punto de vista formal como una elaboración profunda del tema cuyos aspectos particulares fueron examinados además por el autor en una serie de estudios especiales.[30] Los tres tomos contienen los correspondientes anejos relativos a la publicación de los materiales originales. En relación con el conjunto de la obra resalta su esquematismo: se halla dividida en tres tomos, cada uno de los cuales abarca un período de ciento cincuenta años. El tercero se divide a su vez en tres períodos de cincuenta años. El método es idéntico para los tres. Pese a que durante los trece años que separan la aparición del tomo primero y del tomo tercero, se hayan debatido una serie de problemas en la ciencia europea —véase a continuación—, el autor o bien consideró que su método no necesita ser corregido o que el hecho más importante está en haber conseguido que puedan compararse los materiales reunidos, elaborados y publicados. A este respecto Hamilton ha logrado su objetivo de un modo raro para esta clase de trabajos tan extensos.[31]

Italia. Los riquísimos archivos de las ciudades italianas, entre las cuales destacan numerosas ciudades-estados gobernadas por la burguesía y especialmente por los mercaderes, archivos que representan el legado de los órganos de una administración municipal, tan racionalmente conformada desde hace largos siglos, y que se han conservado generalmente en perfecto estado, suministran un material de gran trascendencia para la investigación de la historia de los precios. Teniendo en cuenta el carácter multisecular de los vínculos económicos de Italia con el resto de Europa, estas indagaciones hubiesen tenido una importancia que rebasa la historia únicamente de la península. Es de lamentar que en el marco del comité Beveridge, no se haya emprendido ningún trabajo a este respecto en Italia. No existe, por tanto, ninguna publicación que reúna los datos de todo el país durante un largo período. Algunos investigadores locales han elaborado largas series de precios con respecto a algunas de las ciudades más importantes como Siena, Milán y Florencia. La lista más larga comprende el período de 1546-1765, y se refiere a los precios del trigo en el mercado de Siena.[32] Además de las propias series estadísticas, el autor trata de profundizar más

en el análisis estadístico de los materiales, atreviéndose incluso a investigar la elasticidad de la demanda.

El mismo autor indagó los precios en Florencia durante un corto período de un siglo, pero se trata de una época muy importante, la del 1520-1620.[33] En Milán han sido investigados los precios del siglo XVII.[34]

Rusia. En la Unión Soviética, las búsquedas sobre la historia de los precios fueron iniciadas por la escuela de B. D. Grekow. El primer resultado fue la obra de A. G. Mankow sobre los precios en el Estado ruso durante el siglo XVI.[35] Este trabajo, muy valioso por los materiales que contiene y desde el punto de vista de la interpretación, adolece, sin embargo, de errores fundamentales en el cálculo de las medias.[36] Además de este libro, últimamente aparecieron trabajos sobre las series de precios, interesantes bien por el territorio,[37] bien por el período[38] investigados. En las discusiones científicas que tienen lugar en la URSS están al orden del día las nuevas indagaciones en torno a la historia de los precios.[39]

Portugal. Creemos que sólo existe un trabajo sobre los precios portugueses en el período de 1750-1850.[40]

Austria. Como resultado de la actividad del Comité Internacional, fue elaborado un primer tomo sobre Austria, bajo la redacción de Pribram.[41]

Polonia. La iniciativa del profesor Bujak de elaborar una historia de los precios en Polonia, anterior a la creación del Comité Internacional, se unió más tarde al mismo, siendo en parte subvencionada por el Comité. Como resultado de esto, en el año 1928 aparecieron once tomos que comprenden la historia de los precios en Cracovia en los años 1369-1914, en Varsovia en los años 1501-1815 y en Lublin en los siglos XVI-XVII, no existiendo una historia de los precios en Poznn y el Vilno.

Dada la importancia de estas publicaciones para los historiadores polacos, nos detendremos un momento en sus métodos.

Es evidente que en lo que concierne al siglo XIX las investigaciones en torno a la historia de los precios han de establecerse en unos procedimientos diferentes. En esa época ya existen en muchos Estados los Institutos Centrales de Estadística, que, además de los otros problemas, se interesan igualmente por los precios. Se ha extendido asimismo la organización de las Bolsas mercantiles y de las anotaciones bursátiles. Las administraciones municipales de las grandes ciudades y la prensa económica recogen y publican sistemáticamente los datos acerca de los precios, siendo evidente que todos estos documentos requieren una crítica científica. Por otra parte, el liberalismo económico que más o menos se hace sentir en la política económica tiende a subestimar los materiales elaborados por la administración estatal como son, por ejemplo, las listas de precios en los mercados durante la monarquía absoluta en Francia.

En suma, los datos sobre los precios en el siglo XIX son mucho más completos y sistemáticos, más homogéneos y constantes que los correspondientes a las épocas anteriores.

La historia de las crisis mundiales,[42] publicada bajo la dirección de E. Varga, contiene un número muy considerable de documentos sobre los precios en los principales países capitalistas. J. Schumpeter publica igualmente muchos datos sobre las diferentes naciones en su obra acerca de las crisis.[43]

En lo que atañe a Alemania, la principal publicación es la de Jacob y Richter,[44] en la cual se apoyan gran parte de las tablas de Spiethoff.[45] El lector encontrará asimismo en este último autor una bibliografía de las publicaciones más características.

En cuanto a Inglaterra, la obra de Gayer[46] contiene una gran cantidad de datos auténticos relativos a la primera mitad del siglo XIX. Para la segunda mitad de ese siglo ya pueden utilizarse directamente las publicaciones estadísticas oficiales. Pueden ser de una cierta ayuda para el conjunto del siglo XIX las tablas publicadas en la obra de P. Rousseaux.[47]

En relación con Rusia, S. Strumilin publicó unos índices de os precios, científicamente elaborados.[48]

En Francia sigue siendo irreemplazable Simiand aunque a causa del carácter de su obra no se interesa por los precios de todos los artículos.[49]

Con respecto a Italia aparecieron últimamente toda una serie de trabajos sobre el movimiento de los precios en las diferentes provincias italianas en el siglo XIX (hasta la unificación del país), os cuales han sido iniciados en ligazón con los problemas económicos del centenario de la unidad de Italia.[50]

En lo que se refiere a Polonia disponemos sobre todo de la rie de trabajos de Bujak sobre los precios en Varsovia, Cravia y Lvov para el conjunto del siglo XIX y comienzos del XX.[51] sorprendente es que, a pesar de la gran diferencia de los ateriales de fuentes, la «escuela de Bujak» elaboró la historia los precios en el siglo XIX con el mismo método que utilizó ara investigar los precios en los siglos XVI-XVIII.[52]

Los trabajos de Wisniewski[53] y de Ignatiuk[54] se distinguen por n nivel técnico más elevado pero dichos estudios sólo se refieen a los últimos años del siglo XIX y principios del siglo XX.

LAS QUERELLAS METODOLÓGICAS

Ya hemos señalado anteriormente que los trabajos del género de los elaborados por Rogers y d'Avenel suscitaron en los medios de la ciencia una desconfianza hacia las búsquedas en torno a la historia de los precios. Pese a que algunos estudios, más modestos que las obras «monumentales de los dos autores»,

conservaran su valor de investigación,[55] era evidente que el asunto requería una nueva reflexión metodológica, especialmente en lo referente al acometimiento de una empresa de índole internacional. La polémica estalló efectivamente, sobre todo en Francia, en los trabajos de la Société d'Histoire Moderne y en las páginas de «Annales», así como también en los artículos de las obras publicadas bajo la égida del Comité Internacional.[56] En Francia los principales polemistas fueron Hauser por un lado y Simiand y Labrousse por otro, aunque también participaron en el debate numerosos y eminentes científicos (Marc Bloch, Georges Lefebvre y otros).

Hauser defendió su postura tanto negativamente, al criticar los trabajos de Simiand y Labrousse, como positivamente, al elaborar y publicar el tomo ya citado de «Recherches et documents...», el cual fue asimismo objeto de numerosas y acervas críticas. A los pocos años de la sesión madrileña del Instituto Estadístico (1931) y después de la formación del Comité Internacional, los estudios de Simiand y Labrousse se fueron analizando extensamente por el insigne historiador de la Revolución francesa, el profesor Georges Lefebvre, quien en algunas intervenciones[57] puso de relieve su trascendencia y la necesidad de una discusión detallada de sus métodos y resultados. Esta polémica se fue animando,[58] y el propio Labrousse[59] salió en defensa de su postura. Las tesis «defensivas» quedaron esclarecidas en sus diversos aspectos, y en cuanto a la actitud de Hauser se halla plenamente expresada en el brillante estudio que figura en la introducción del tomo publicado por él.[60]

Así, ¿cuál es la postura de Hauser? Sus afirmaciones pueden dividirse en dos grupos.

El primer grupo constituye algo así como un balance de las dificultades que entraña la investigación histórica de los precios; es una guía perfecta y una suma de advertencias inestimables para todo el que realiza tales investigaciones o desea utilizar sus resultados. Así, tenemos: *a*) una magnífica lista de las dificultades metodológicas resultantes de los cambios de las medidas en relación con el tiempo, el lugar y el objeto mensurado; *b*) interesantes observaciones acerca de las dificultades resultantes de los cambios monetarios —dificultades que, como ya lo dijimos, indujeron al propio autor a cometer errores en este sentido; *c*) razonamientos muy acertados acerca de las dificultades comparativas en relación con los largos períodos y resultantes de los cambios cualitativos en el consumo y de los cambios en la calidad de la producción (con respecto a las largas series cronológicas, las palabras siguen siendo las mismas pero cambia su sentido).

Los puntos que acabamos de enumerar no agotan la problemática de esta parte de los razonamientos de Hauser, ya que encontramos en ellos un gran número de observaciones y

advertencias basadas en la experiencia personal sobre las dificultades inherentes al análisis histórico de los precios, a las dificultades que supone el operar en las investigaciones a escala de un país con el «año de grandes cosechas», sobre el problema de la existencia o no de un mercado nacional y muchas otras cuestiones. El conjunto representa una irreemplazable gama de advertencias para quienes se ocupan de la historia de los precios.

El segundo grupo de las tesis de Hauser, lo constituyen las críticas de principio contra la indagación histórico-estadística de los precios como tal. La postura de Hauser se ratifica por esta exclamación suya: «Los particularismos y las anomalías interesan en primer lugar al historiador... Es un hecho que no se puede hablar de ciencia sin referirse a los pormenores»,[61] o bien: «El hombre no vive de medias ni de las oscilaciones a largo plazo.»[62] Cada media es para Hauser algo irreal que nunca existió concretamente. La información verdadera sólo la hallamos en las listas concretas de los precios según los cuales se realizó la transacción concreta. En resumen, para Hauser dejan de ser interesantes las anotaciones oficiales de los precios en los mercados; en cambio, le interesan los libros de contabilidad, aunque sean privados. Esta polémica se desarrolla simultáneamente en dos plataformas. Una de ellas concierne a la valoración de ciertas categorías de fuentes, con respecto a lo cual Hauser proclama vigorosa e incuestionablemente la superioridad de las fuentes de carácter privado, en contra del criterio aceptado por los investigadores de la historia de los precios, quienes, siempre y cuando existan las anotaciones oficiales, las consideran de un mayor valor —toda la obra de Labrousse, por ejemplo, se basa en ellas—, en atención a su homogeneidad y al hecho de que son estas anotaciones las que permiten evitar las deformaciones resultantes de las influencias de los factores individuales (en la mayoría de los casos desconocidos) en el curso de las transacciones concretas.

Por otra parte, esta polémica no deja de ser la continuación de la vieja disputa entre los historiadores tradicionales y los que se inclinan hacia la «sociología», ya que Hauser, con un entusiasmo juvenil, adopta la postura de los primeros, que ven en los hechos individuales e irreproducibles el único objetivo del conocimiento histórico y que le niegan un puesto en la ciencia a todas las tentativas relativas a la búsqueda de las medias, las particularidades y las regularidades.

En última instancia, el resultado de los razonamientos de Hauser fue su extremado pesimismo. A su juicio, el historiador estadista, al eliminar los hechos que se apartan de las medias, obtiene unos resultados tan generales que en nada aumentan nuestros conocimientos.[63] «Cuando alguien me pregunta —dice Hauser— si el hombre que bajo el reinado de Luis Felipe gastaba tanto en esto o en lo otro era rico, yo contesto: "Preguntad-

le a Balzac y a algunos como él que supieron colocar a ese hombre en su medio ambiente, mucho mejor que cualquier estadístico." "Los observadores de la época pudieron equivocarse bastante menos que los estadísticos actuales".» Y finalmente: «El poder adquisitivo del dinero es un problema que no tiene solución. Incluso es imposible imaginarse la historia con los conceptos numéricos.»[64]

Quizá no ha sido beneficioso que la redacción del tomo francés en el marco de los trabajos del Comité Internacional recayera precisamente en un científico que tenía tales ideas. En resumen, la publicación francesa es la más pobre de todas cuantas aparecieron bajo la égida de dicho Comité y, por añadidura, la suerte quiso —como ya lo hemos recordado— que la crítica descubriera en este historiador tan precavido grandes ignorancias.[65] No obstante, lo que de positivo tuvo la actitud extremada que Hauser adoptó para la ciencia es que provocó unas réplicas importantes y fundamentales que contribuyeron a esclarecer en todos sus aspectos el citado fenómeno. A este respecto nos queremos referir sobre todo a los trabajos de Bloch[66] y de Labrousse.[67]

Estos dos autores, al compartir de modo absoluto la importancia de las advertencias técnicas tan sugestivamente presentadas por Hauser, afirman, sin embargo, que dichos avisos no justifican ni mucho menos el carácter pesimista de sus conclusiones. «La estadística histórica —escribe acertadamente Bloch— no puede pretender una exactitud más perfecta que la actual; los historiadores sienten hacia las cifras un respeto tanto mayor cuanto menos familiarizados se hallan con ellas, y por eso son menos soberbios que sus colegas de laboratorio. La estadística histórica nos permite obtener la única realidad esencialmente importante: la escala de magnitud y de orientación de los cambios.»[68]

La supuesta superioridad de las fuentes privadas sobre las anotaciones de carácter oficial chocó con la acerba crítica de Labrousse,[69] quien, sin negar la importancia de las primeras, demostró hasta qué punto se halla limitada su utilización y cómo las anotaciones oficiales de los precios son superiores a ellas. Estas últimas, pese a que —como lo afirma Hauser— no tienen en cuenta los precios practicados fuera del mercado ni las circunstancias individuales de la transacción, tienen, sin embargo, un valor inestimable por ser sistemáticas, por su homogeneidad y su constancia, su riqueza y el carácter profesional de las anotaciones y asimismo porque eliminan precisamente todo error de casualidad, que en caso de existir, podremos subsanarlo, y que, si son sistemáticos, la situación es más favorable todavía ya que tenemos la posibilidad de descubrirlos y corregirlos. Toda esta parte de la polémica que se desarrolló únicamente en torno a los materiales de fuentes relativos a la historia de Francia,

es muy instructiva para los historiadores extranjeros ya que por regla general suelen darse en los diferentes países y en los diferentes períodos estas categorías y tipos de fuentes.

De entre las tesis de Hauser, la más duramente atacada fue la que afirma que los hechos individuales son la única realidad social y el único objeto del conocimiento histórico. «¿Acaso ciertas repeticiones —pregunta Labrousse— no interesan al historiador de igual manera que ciertas excepciones?» Y, «¿no es el fenómeno regional tan importante, y a veces más incluso, que el fenómeno local?».[70] Por su parte, Marc Bloch inquiere con respecto a los movimientos de precios durante las largas épocas: «¿Es que estos fenómenos no influyeron en la suerte de los hombres simplemente porque pasaron inadvertidos de la multitud?»[71]

Si estos fenómenos actuaron, deben ser objeto del análisis del historiador. Hauser tiene razón —como reconocen sus contradictores— al afirmar que cada media borra la disparidad de los elementos que la integran y que, por lo tanto, una misma media puede representar a veces una realidad muy distinta, pero ambos críticos señalan que las medias no agotan en absoluto los métodos utilizados por la estadística ya que ésta dispone a la vez de los procedimientos para medir la dislocación.

Es verdad que en la mayoría de los casos los historiadores ignoran estos métodos y que el sistema de formación generalmente existente no les da la suficiente preparación ni en el aspecto de la teoría económica ni con respecto a los procedimientos típicos para la economía, comenzando por el método estadístico. Ahora bien, de la afirmación de Hauser sólo resulta que se puede apelar de una estadística primitiva a otra más razonada.[72]

Toda esta polémica es para el historiador de los precios, y no sólo de éstos, sumamente aleccionadora. Pues en ella se esgrimen los argumentos más exactos por ambas partes. El valor didáctico de esta disputa es trascendental sobre todo para los historiadores noveles, los seminarios de trabajo, etc.

Pero la discusión no acaba aquí. Era necesario analizar sobre la base de materiales concretos el valor probatorio de las fuentes de procedencia oficial.

Una prueba de ello fue el trabajo bastante anticipado de R. Latouche.[73] Este autor basó su primer estudio en los datos anuales de la Chambre des Comptes du Dauphiné, fuente muy valiosa e interesante por su homogeneidad, para un período tan dilatado. Estos testimonios fueron reunidos a fin de poder controlar la contabilidad de los administradores de los bienes reales y la racional explotación económica de los mismos. La citada institución reunía año tras año los datos que le suministraban los más insignes representantes del comercio en las ciudades, y que Latouche convirtió a una misma medida calculada en moneda de oro o de plata (pero utilizando nuevamente la desa-

fortunada tabla de Sée que también en este caso indujo a error). En resumen, el autor obtuvo una serie de precios del trigo en Grenoble desde el año 1470 hasta el año 1790. Desgraciadamente, Latouche presenta sus resultados bajo la forma de curvas, por lo cual sólo pueden descifrarse los precios absolutos anuales con cierta aproximación.

¿Cuál era el valor concreto de las anotaciones utilizadas por Latouche? El análisis de los datos del siglo XVIII, sobre los cuales tenemos abundantes informaciones basadas en otras fuentes, permiten extraer dos conclusiones: *a*) los datos de la Chambre des Comptes suelen ser más imprecisos, menos valiosos que los demás; *b*) en los años de «subida» de los precios, esa diferencia aumenta. Esto atestigua evidentemente la benevolencia de que daban prueba los informadores de esta institución hacia las personas que debían controlar. Es muy interesante la segunda de las conclusiones, ya que significa una especie de exención fiscal para los contribuyentes en los períodos en que los precios son elevados. Latouche ve en ello un factor que facilitaba el que la gente pudiera soportar «los tiempos difíciles».[74] Ahora bien, para el administrador de una finca las épocas de altos precios del trigo no eran ni mucho menos «tiempos difíciles».[75] De forma que este privilegio no era otra cosa que uno de los elementos del sistema general de los privilegios. Latouche supone que antes del siglo XVIII los datos de la Chambre des Comptes se acercaban más a la realidad, pero las bases en que se asienta esta hipótesis son muy imprecisas.

En su segundo estudio, Latouche se pregunta desde cuándo fueron aplicadas realmente las ordenanzas reales que mandaban proceder a la anotación permanente de los precios. La ordenanza del año 1667 era la repetición de la del año 1539, pero tuvo que ser repetida en el año 1718. Una búsqueda precisa en los archivos hubiera permitido ai autor comprobar varias veces que en ciertos períodos dichas anotaciones no se efectuaron en absoluto y que en otros períodos no fueron archivadas. Las anotaciones que logró hallar no suelen presentar una gran continuidad en los siglos XVI y XVII, ni tampoco en las diferentes épocas, ya que en relación con quien las efectuara, tienen un valor diferente, y suelen estar por sobre los datos de la Chambre des Comptes. Esta deformación debía producirse —por encima de la tendencia a la cual nos referíamos anteriormente— quizá porque las estimaciones realizadas año tras año requerían, por esta misma razón, aproximarse a los precios concretos practicados en el momento de hacerse la estimación. Por el contrario, las anotaciones efectuadas concretamente en los mercados reflejan mucho más la realidad. Además de esto, Latouche halló unos materiales de control muy interesantes en la contabilidad de cierto labrador que, aunque con ciertas lagunas, suministra la fecha de cada transacción, la cantidad y el precio del trigo, así como el nombre

del comprador entre los años 1716 y 1753. A la luz de los datos procedentes de esta fuente, la autenticidad de los testimonios oficiales parece mayor o menor según lo que esperemos de ellos: si queremos obtener de ellos lo que Bloch ha definido como el objetivo de las investigaciones histórico-estadísticas, es decir, una orientación sobre la escala de la magnitud y el sentido de los cambios, las anotaciones oficiales saldrán fortalecidas de esta prueba.

Finalmente Labrousse, quien dedicó gran parte de su *esquisse*[76] a la crítica de las anotaciones oficiales de los precios en Francia durante el Antiguo Régimen, se ocupa nuevamente de este problema en un estudio especialmente dedicado al mismo.[77] Según la tesis de Labrousse, la autenticidad de un material tan masivo como las listas de los precios en los mercados, puede controlarse a través de la utilización de dos criterios: «el criterio de la concordancia específica» y «el criterio de la concordancia geográfica», el primero de los cuales radica en el análisis de la correlación entre el nivel y los cambios de precios de los artículos cuyos precios se hallan vinculados por alguna relación, tales por ejemplo, el carácter de reemplazamiento de los diferentes cereales panificables, la correlación de las etapas productivas como en el caso de la leche y la mantequilla, o el origen del producto tratándose de la carne y del calzado, etc. Hace ya tiempo que el autor centró su atención en estos aspectos característicos.[78] En su nuevo trabajo, Labrousse se refiere al criterio de la concordancia geográfica analizando este problema lo más profundamente posible. El resultado de este análisis vino a corroborar la apreciación positiva de esta categoría de fuentes. Merece señalarse, asimismo, que mientras que la concordancia del movimiento de los precios en el seno de un grupo regional de productos y entre los grupos regionales vecinos es realmente asombrosa, suele suceder lo contrario entre los grupos pertenecientes a las diferentes provincias. Pero esto no merma el valor de las fuentes sino que, por el contrario, lo refuerza. De esto dimana el hecho fundamental de que, con respecto a la Francia del Antiguo Régimen, no es posible hablar de un mercado nacional para los artículos agrícolas y que por lo tanto el promedio del precio de un artículo dado en un año determinado a escala nacional tiene que ser una magnitud sospechosa la cual nivela en sí un gran número de disparidades y hasta de sentidos contrapuestos. Comprendiendo esto y compartiendo a la vez la postura de Hauser según la cual la media en cuya composición entran elementos de una gran desemejanza, nivela el cuadro de la realidad concreta en lugar de ponerlo de relieve, Labrousse dedicó un estudio especial a la disparidad de los precios de los cereales en los distintos grupos de provincias.[79] En este estudio basó su análisis en los datos medios por regiones. Es verdad que en la antigua Francia, las provincias no correspondían evi-

dentemente a unas regiones económicamente autónomas, pero Labrousse demostró, no obstante, que las diferencias de precios en el seno de las regiones eran pequeñas,[80] ya que sus cifras medias para estos territorios se hallaban calculadas de acuerdo con los datos que proceden de tres a treinta intendentes y que correspondían a un cierto número de mercados y a la cantidad de semanas en el año (las anotaciones se efectuaban semanalmente), con lo cual la media para cada región se hallaba basada en 250 a 1.500 anotaciones.[81] Al basar su trabajo en los períodos consecutivos de los precios más altos (1782-1790), Labrousse llega a un curiosísimo reparto de Francia en dos grupos de regiones: el grupo continental y el grupo de ultramar. En el primer grupo, las oscilaciones «cíclicas» de los precios son violentas, mientras que en el segundo se hallan suavizadas al contacto del mercado mundial.[82] Labrousse completa su trabajo con un análisis de las repercusiones sociales de los diferentes tipos de fluctuación de los precios, por ejemplo en las regiones industrializadas y agrícolas.

J. Meuvret[83] realizó, con otros métodos pero con los mismos resultados, una crítica de los datos sobre las anotaciones oficiales de los precios en los materiales del siglo XVII.

Sin tener ello en cuenta, Labrousse elaboró, en el marco de los trabajos preparatorios al Congreso Científico conmemorativo del 150 aniversario de la Revolución francesa y cuyos organizadores formularon entre los cinco temas el del «Movimiento de los Precios en el siglo XVIII y durante la Revolución», una serie de instrucciones especialmente dedicadas a los investigadores provincianos que pueden ser consideradas como una revista general de todos los problemas metodológicos enfrentados en estas indagaciones.[84] Estas instrucciones, directamente adaptadas a los materiales documentales franceses, tienen asimismo, una importancia trascendental para los historiadores de otros países. De la misma manera que los precios han sido un fenómeno sumamente internacional, las indagaciones de la historia de los precios, tanto desde el punto de vista de los procedimientos como de la interpretación de sus resultados, debe ser objeto de una colaboración a escala internacional. Tanto más por cuanto las fuentes históricas pertenecientes a un círculo determinado de cultura pueden compararse en principio.

La declaración de la guerra interrumpió la polémica cuando ya entonces había conducido a unos resultados fundamentales. Formalmente se había desarrollado especialmente en torno a la apreciación de la autenticidad de unas categorías determinadas de fuentes, lo que facilitó el esclarecimiento de las dudas. De hecho, en ella se trató de un asunto más importante, de una cuestión fundamental para la metodología histórica, es decir, de la postura acerca del hecho individual y del fenómeno masivo, de la media y de lo excepcional, de la existencia o la inexis-

tencia de las normas y regularidades sociales, etc. Se puede afirmar que en esta discusión ambas partes descubrieron más de una vez la verdad, que había sido descubierta desde hacía ya mucho tiempo en la metodología de otras ciencias sociales, en la economía y en la estadística, como también en las matemáticas (teoría de las probabilidades, método representativo, sentido cognoscitivo de las medias, etc.). Sin embargo, la aplicación de estos problemas a la labor concreta del historiador, la discusión de su carácter específico en un medio como el de la ciencia histórica donde las posibilidades de control se hallan siempre más limitadas en comparación con las investigaciones del así llamado presente, todo esto creemos que aboga por la importancia internacional de esta polémica.

Las opiniones que se han manifestado después de la guerra acerca de la metodología de las investigaciones sobre la historia de los precios revisten ya otro carácter. Actualmente ya no se discute la exactitud o la falta de fundamento de estas indagaciones basadas en la historia de los precios, los abusos (cometidos frecuentemente con una determinada intención ideológica) resultantes de la transgresión de estos límites y, finalmente, los problemas técnicos como son sobre todo la economía del esfuerzo y la proporción entre el esfuerzo indispensable y los resultados que es posible obtener.

Inmediatamente después de la guerra, Hamilton publicó un artículo sobre la transgresión posible del marco de las conclusiones sobre la historia de los precios,[85] y que, escrito por un investigador cuya experiencia es muy considerable, puede considerarse como característico. Da la impresión de que en el curso de sus largos años de labor investigadora y de haber examinado los numerosos trabajos de otros autores, Hamilton llega a la comprensión de la limitación de los métodos a los cuales dedicó todos sus esfuerzos, lo cual no tiene nada que ver con dudar de su valor.

Es interesante la polémica que se entabló últimamente entre el discípulo de Bloch, René Baehrel[86] y el escrupuloso investigador de la economía francesa del siglo XVII, Jean Meuvret, el origen de la cual fue un artículo metodológico de Baehrel[87] dedicado principalmente a dos problemas:

a) a demostrar cuán diferente es el contenido social y económico que puede encerrarse en unos mismos fenómenos de la historia de los precios, y por lo tanto que estos fenómenos no son suficientes ellos mismos para confirmar los cambios que acontecen en la economía,

b) a probar que la elaboración de los precios nominales coloca al investigador en una situación mucho más favorable y mucho más cercana a los fenómenos concretos de la vida económica que la elaboración de los valores pecuniarios según su «valor en metálico». El «convertir los precios en oro equivale

a introducir una variante suplementaria que sólo puede complicar el razonamiento».[88]

En realidad, «la moneda es la medida de los precios pero los precios son la medida de la moneda», afirma acertadamente.[89] Así, ¿cómo establecer cuál de los cambios fue el primero cuando razonamos con los valores pecuniarios en metálico? La conversión de los precios a su valor en metálico, tal y como lo hacen los estadistas de los precios, resulta de la incomprensión del dinero como fenómeno social.[90] «Toda la atención debe centrarse en los valores pecuniarios nominales.»[91] Pero también entonces es preciso recordar que en numerosos procesos económicos, el fenómeno monetario juega un papel simplemente secundario.[92] Baehrel demuestra muy fehacientemente cómo en más de una ocasión unos importantes cambios económicos no influyen en el fenómeno monetario y a la inversa. Subraya que el investigador debe saber determinar cada vez la dimensión de la influencia del fenómeno monetario sobre la vida económica. Como ejemplo presenta el problema del comercio exterior francés en el siglo XVIII. El influjo de la balanza de pagos francesa en los fenómenos del mercado nacional interior fue, a su parecer, generalmente exagerado, mientras que el papel de los pagos exteriores en el conjunto de las transacciones monetarias en el país fue, a su juicio, extremadamente reducido.[93]

El apasionado trabajo de Baehrel, en el que las tesis se hallan muy claramente formuladas, puede considerarse como el reflejo de su oposición a las tendencias panestadísticas visibles en los últimos años y especialmente contra la exageración en la ciencia francesa de la importancia del análisis de la historia de los precios «como tal». En algunos casos las tesis formuladas en este estudio son ya conocidas,[94] aunque a veces el autor parece descubrirlas.

La discusión tomó un carácter crítico cuando en el siguiente artículo Baehrel atacó duramente la técnica utilizada en las investigaciones sobre la historia de los precios que en cierto modo se había convertido a su parecer en un gratuito el «arte por el arte».[95] Este segundo artículo de Baehrel está dirigido contra el perfeccionamiento estéril de los cálculos. «Se cree —escribe Baehrel— que cuanto más perfectas sean las máquinas calculadoras, tanto mayores serán los éxitos de la historia económica y social, de lo cual no estoy seguro.» «Hay que ir directamente a lo sencillo y conformarse con las aproximaciones. Esta frase, a buen seguro, no ha de gustar a muchos. Posiblemente verán en ella una prueba de ignorancia. Sin embargo, hace ya tiempo que conozco el encanto de las medias y de las medias móviles.»[96] Ante la larga discusión promovida en la ciencia francesa acerca de si el precio del trigo debe calcularse de conformidad al año del calendario o con arreglo al «año agrícola», Baehrel presenta un diagrama según el cual los resultados de

ambos métodos son idénticos.[97] Además, llega a la conclusión de que, en general, el cálculo de las medidas anuales es inútil en este aspecto, puesto que puede obtenerse el mismo diagrama tomando como base los precios relativos a uno de los meses del último trimestre del año del calendario (primeros tres meses del «año agrícola»).[98] No podemos mencionar todos los ejemplos que nos ofrece Baehrel en este trabajo. Al no conocer los materiales en los cuales establece sus demostraciones, tampoco podemos considerar cada uno de estos ejemplos. Sin embargo, nos parece que es muy justa su idea principal, la de que las complicaciones técnicas en las investigaciones histórico-estadísticas sólo han de llevarse a efecto cuando sean indispensables al análisis del problema elegido. Sin embargo, es un hecho que las opiniones acerca de lo que puede ser indispensable pueden variar. Más aún: Baehrel tiene razón al afirmar que la formación científica del investigador decide a veces de ello. De ahí las diferencias que se suelen observar en relación con la forma en que los historiadores y los economistas acometen los mismos problemas. «Se observa una contradicción entre dos concepciones que quizá no puedan conciliarse. Una se halla representada por el historiador habituado a datar los hechos con la máxima exactitud y que espera de las cifras esa misma exactitud. Otra postura es la del investigador al que la experiencia ha enseñado que la precisión en este terreno es, en la mayoría de los casos, ilusoria.»[99]

Además de esto, Baehrel incluye igualmente en este trabajo una serie de ejemplos de cómo los historiadores —y sobre todo Meuvret, contra quien va dirigido el artículo— utilizan e interpretan los datos establecidos con el mayor grado de precisión de una manera superficial que no resiste la crítica económica. Así por ejemplo, calcula «el precio medio de un vestido», que hace aparecer en movimiento contrario al precio del trigo (en el año de carestía los precios de ropa bajan porque la gente ha de gastar más en los alimentos), induciendo así a error, ya que solamente desciende el precio de los vestidos de alta calidad, mientras que los de baja calidad suben por tener gran demanda por parte de los compradores.[100] Lo mismo ocurre con los demás artículos. Esto prueba, en definitiva, la gran importancia de la clasificación de los géneros desde el punto de vista de las clases que los compran.

Finalmente, a menudo el historiador se detiene en la comprobación del cambio en el nivel de los precios, mientras que es precisamente en ese momento cuando debe comenzar el trabajo analítico, ya que la simple verificación del cambio de los precios no quiere decir nada, siendo solamente una señal de alarma para el historiador de que algo cambió en la vida económica.[101] Por último, sucede que los historiadores que critican duramente la así llama *histoire évenementielle* suelen caer ellos mismos en la *économie évenementielle*.[102]

La respuesta de Meuvret[103] tendió a demostrar, por una parte, que las técnicas criticadas por Baehrel no son tan complicadas ni tan laboriosas como él lo afirma, y, por otra parte, que en algunos sentidos estas técnicas son muy provechosas. El carácter de la respuesta decidió sobre el carácter de la réplica[104] que se limitó igualmente a una discusión sobre la utilidad de ciertos procedimientos técnicos muy refinados. La intención profunda de Baehrel era oponerse a la postura según la cual el fenómeno económico puede ser esclarecido a través del fenómeno monetario. Baehrel llega incluso a la contraposición de los conceptos de «economía monetaria» y de «economía real», entendiendo a través de esta última idea los fenómenos de la producción y el consumo, de la oferta y la demanda, etc. Estos fenómenos son —y es difícil no estar de acuerdo con esto— los determinantes de los precios. «Los precios, desligados de estos determinantes, ¿creéis que están en el aire y que los traeréis sobre la tierra para convertirlos en metálico?»[105]

También es una realidad que, entre los historiadores que tan a menudo se inclinan por dramatizar los acontecimientos, en la investigación de la historia de los precios se han dado casos asimismo en que su atención se ha centrado en los fenómenos de corta duración, violentos y en cualquier grado asombrosos como son las bruscas caídas monetarias, la inflación, el experimento de Law, etc., y entre los que se ha colocado en un primerísimo lugar el problema tan ampliamente discutido desde hace varios siglos de la llamada «revolución de los precios».

Hablamos de siglos ya que la primera discusión acerca de este tema surgió entre J. Bodin y Malestroit en el año 1568.[106] El hecho no dejó de sorprender más tarde a numerosos economistas, empezando por Adam Smith y después por Marx, quien esbozó el análisis de las repercusiones sociales de la revolución de los precios. En el último cuarto de siglo se ocuparon en sus trabajos especialmente de la revolución de los precios Einaudi, Fanfani, Parenti, Cipolla, Hamilton, Hammerström, Hosowski y otros autores, y un reducido número de historiadores que hablaron marginalmente de este problema en sus estudios.

Ultimamente, el mismo concepto y la interpretación tradicional de este fenómeno fueron criticados. Algunos autores (P. Vilar con respecto a España, la señorita Hammerström con relación a Suecia) mostraron que el aumento de los precios empezó ya antes de que comenzaran a afluir el «oro» y la «plata» del Nuevo Mundo.[108] Otros (Cipolla,[109] con relación a Italia), afirman que, por el contrario, la revolución empezó después. Así que tanto unos como otros se inclinaron a reducir la importancia de los metales preciosos americanos como factor principal de la gran oleada de subida de los precios en Europa en el siglo XVI, buscando los motivos de la misma más bien en la reanimación de la vida económica, la cual tiene una fecha diferente en cada

país. Cipolla, influenciado por la teoría de Keynes, llega incluso a ligar el aumento de los precios con el aumento de las inversiones,[110] aun cuando sea difícil admitir como un hecho comprobado que también en la época feudal el incremento del nivel de las inversiones podía provocar una tendencia inflacionista.

Otros, por último (Braudel),[111] tomando como base la proporción entre las cantidades de metales preciosos que iban afluyendo y la cantidad de oro y de plata que podían hallarse en Europa en el momento del descubrimiento de América, tratan de disminuir por este camino la interpretación cuantitativa del aumento de los precios en el siglo XVI.

En definitiva, en la ciencia actual se perfila la tendencia[112] contraria a la interpretación de la historia de los precios en el espíritu de la teoría tradicional cuantitativa del dinero, tan utilizada por Hamilton en sus trabajos y que algunos —pese a que haya sido suprimida hace mucho tiempo de la teoría económica— tratan de rehabilitar, al menos en relación con los países subdesarrollados y con las épocas históricas antiguas.[113]

Uno puede suscribir con las dos manos la tendencia crítica con respecto a los esclarecimientos «cuantitativos» en la historia de los precios. Es posible decir que en cuanto se refiere a la historia de los precios, todo está aún por hacer. Los historiadores suelen razonar simplemente: el aumento de los precios es igual a la expansión, la cual es igual al aumento económico.[114] El temor ante el bajo nivel y la tendencia a la caída de los precios es comprensible en la generación que atravesó por la depresión de los años treinta. Pero «comprender» no quiere decir «perdonar».

El problema que hemos abordado es de una trascendencia fundamental. Como es sabido, las tendencias inflacionistas acompañan casi constantemente a la existencia de las sociedades feudales. De forma que la tarea de la ciencia no puede consistir en la descripción de esta o de aquella brusca y dramática inflación, sino en esclarecer su mecanismo en un medio social determinado (a lo cual uno puede acercarse, naturalmente, a través del análisis de los diferentes casos más extremados en la historia) y la acumulación de sus efectos durante todo el curso de su manifestación.

Como ya lo hemos señalado, esta discusión fue más bien interrumpida que concluida,[115] y con razón, ya que las posturas quedaron en ella bastante claras. Por encima del acierto de estos argumentos o de los de más allá, Baehrel estaba en lo cierto al afirmar que la historia de los precios por sí sola no prueba nada y que los métodos complicados tampoco pueden ser un objetivo en sí mismos. No obstante, Meuvret era justo al decir que, en lo que se refiere a ciertos problemas, los métodos complejos no dejan de ser útiles. No tienen razón los que piensan que en atención a cierto primitivismo de los materiales de fuentes

la estadística histórica ha de limitarse a la utilización única y exclusiva de los procedimientos más sencillos. Por el contrario, se dan casos en que el carácter fragmentario o las lagunas existentes en los datos documentales obligan a aplicar la técnica más refinada.

En el momento presente, en la discusión no predominan los razonamientos metodológicos, muy numerosos y estimables al dar luz en forma multilateral a las dificultades existentes en la ciencia, sino los trabajos constructivos, los estudios y las monografías.

LA TEORIA DE E. J. HAMILTON

El insigne investigador de la historia de los precios en España Earl J. Hamilton es quien nos ha facilitado las series más completas posibles del período de 1350-1800. Como quiera que los fenómenos que sucedieron en España en ciertas épocas y particularmente durante la así llamada Revolución de los Precios, y que tuvieron una trascendencia en toda Europa, la labor de Hamilton constituye por tanto una gran contribución a la historia económica de todo el continente.

Hamilton, que puede considerarse actualmente como el decano de los investigadores de la historia de los precios, ya que publica sus trabajos desde el año 1928, influyó muchísimo en la elaboración de unos métodos adoptados en muchos países europeos para este tipo de indagaciones. Hamilton es al mismo tiempo, el autor de una teoría especial de los precios[116] de la cual deseamos ocuparnos aquí mismo.

En el último período, han aparecido una serie de valiosos artículos críticos concernientes a esta teoría y que han de simplificarnos nuestra tarea.[117]

La hipótesis de Hamilton es asombrosamente sencilla; todas las inflaciones que él pudo conocer a lo largo de la historia, muestran un aumento más rápido de los precios que de los salarios, es decir, que provocan la baja de los salarios reales, de lo cual Hamilton extrae la conclusión de que simultáneamente deben incrementarse los beneficios, lo cual constituye para él condición indispensable y suficiente de todo progreso económico, del alumbramiento del capitalismo, de la Revolución industrial, etcétera.

El más rápido aumento de los precios en relación con los salarios es considerado, por tanto, como un factor propicio aunque nadie lo previera, lo planificara ni lo administrara. Sólo constituye un mecanismo que puede obligar a las masas a ahorrar, incluso contra su voluntad, en provecho de las inversiones, o sea en favor del progreso económico. «A través de la asig-

nación involuntaria de la renta real a otros fines como resultado de la disparidad entre los salarios y los precios, la clase obrera eliminó las barreras que se alzaban en el camino del progreso material.»[118] «Las cantidades [del capital necesario] eran tan grandes que una parte esencial de las mismas debía facilitarla directa o indirectamente la clase obrera. Pero ¿quería acaso realizar este necesario sacrificio voluntariamente? ¿Podía encontrarse un medio mejor para obligarla a este ahorro personal que el de mantener los salarios por debajo de los precios?»[119] El fenómeno contrario, es decir, la reducción de la disparidad entre los salarios y los precios o el aumento más rápido de los primeros en relación con los segundos, puede acarrear, según Hamilton, los efectos más desastrosos para la economía nacional, ya que él mismo explica la decadencia económica de España como el resultado de la disparidad entre el ritmo de aumento de los salarios y el de los precios, la cual era, según él, bastante inferior que en Inglaterra o en Francia.[120]

Es indudable que en esta teoría se encierra un cierto fondo de verdad, como también lo es el que a lo largo de la historia los costes del progreso económico fueron sufragados generalmente (pues de otro modo era imposible) por las más amplias masas de productores directos, y que, por lo demás, en muchas situaciones concretas la falta de defensa de los trabajadores asalariados hizo que soportaran la mayor parte de los gravámenes. También es cierto que las numerosas inflaciones de la época feudal solían provocar la disminución de los salarios reales de la parte de la población, por regla general reducida, que vivía del trabajo asalariado.

No obstante, la relación entre la disminución del salario real y el aumento del beneficio no es tan simple como pudiera aparecer según las afirmaciones de Hamilton. Por encima de la magnitud del salario real, los beneficios dependen de muchos otros factores, como son la relación entre el precio de las materias primas y el precio de los artículos manufacturados, el coste de las herramientas en cada unidad productiva y, quizá sobre todo, la productividad del trabajo, y ello para enumerar solamente los factores más importantes.

La génesis del capitalismo y de la revolución industrial, problemas ambos que Hamilton trata de explicar con su teoría, corresponden precisamente a una época en la cual estos tres factores sufren las más profundas transformaciones. De manera que carece de fundamento toda explicación de los beneficios sobre la base de la disparidad entre los salarios y los precios.[121] Por añadidura, las hipótesis basadas en la comparación mecánica de las curvas de los salarios y de los precios en relación con las épocas investigadas por Hamilton no dejan de rayar con el anacronismo, ya que es necesario recordar que incluso los obreros asalariados de aquellas épocas eran remunerados de muy

distintas maneras, que el pago en especies jugaba un papel de considerable importancia junto a la remuneración en metálico, y que este papel solía cambiar con el tiempo. Tiene razón por tanto Weber al afirmar que «la tendencia que pueda resultar de la afluencia de los metales preciosos depende enteramente del sistema de salarios».[122]

Contrariamente a lo que Hamilton afirma, no es cierto que el hecho de dejar los salarios por debajo de los precios provoca el aumento de las inversiones y el progreso técnico en la época de la revolución industrial, ya que es muy conocido en la ciencia el hecho de que el enorme aumento del precio de las materias primas —empezando por la madera— es uno de los factores que amenaza con la baja de los beneficios, lo que a su vez inclina al esfuerzo en favor del progreso técnico.[123]

Además, las conclusiones basadas en la comparación de la curva de los salarios con la curva del índice general de los precios son inadmisibles por otra razón: el rápido aumento de este último factor es ante todo el resultado del aumento de los precios de los productos agropecuarios y de la madera. Esto contribuye a la caída del salario real, pero el beneficiario de este descenso parece ser más bien el terrateniente que el industrial. En cambio es un problema que se presta muchísimo a discusión la pregunta de si el industrial se ha beneficiado más con el descenso del salario real o si sus pérdidas han sido mayores como resultado de la subida de los precios de las materias primas, la madera, por ejemplo.

La tesis de Hamilton, según la cual el aumento de la renta quedó por encima del aumento de los salarios, no puede defenderse en ningún caso ni en relación con Inglaterra[124] ni en relación con Francia.[125]

Hamilton confía en la aplicación universal de su teoría. Baste decir que sobre ella ha construido toda su concepción acerca del incremento económico de los países actualmente subdesarrollados.[126] Él aconseja a estos países que tiendan al incremento económico a través de la inflación crónica cuyos límites de fuerza sólo establece ante el temor a los «indeseables» efectos sociales, para evitar los cuales habría que mantener la inflación en el marco del 1% al 2% anualmente. ¡Y esto lo aconseja Hamilton a los países hoy día subdesarrollados en los cuales el alza de los precios es por regla mucho mayor y sin el más mínimo efecto para el progreso de la industrialización!

«Entre la inflación o la ausencia de ésta y los cambios en el nivel de desarrollo industrial no hay ninguna correlación constante.»[127] Tampoco la hay entre la inflación y la magnitud de los beneficios. Finalmente, es indefendible la correlación entre la magnitud de los beneficios y la magnitud de las inversiones. El convencimiento que de la teoría de Hamilton se desprende, según el cual el incremento del ritmo de desarrollo económico

se halla condicionado por el aumento del nivel de los beneficios, no es nuevo en la ciencia y sí profundamente erróneo. Que el aumento de los beneficios no siempre desemboca en el incremento de las inversiones lo ha demostrado quizá Keynes rotundadamente. Además, la aplicación de esta tesis a los países subdesarrollados contradice la realidad de los hechos: en el curso de los últimos cien años los beneficios extraídos de estos países no fueron pequeños en absoluto, y sin embargo no contribuyeron a su industrialización.

Al comentar la teoría de Hamilton es preciso llamar la atención acerca de la inesperada carrera de la misma en la historia del pensamiento económico. Keynes se apoderó de ella al hallar en dicha hipótesis una ilustración histórica eficiente para su apología de la inflación. En el año 1930, Keynes consideró como una «tarea fascinante» el «volver a escribir la historia económica» a la luz de la teoría sobre el estímulo inflacionista en el desarrollo económico.[128] empezando por los antiguos sumerios y Egipto, donde la construcción de las pirámides «¡no fue ningún absurdo!». «La riqueza de los pueblos aumenta —dice Keynes— no durante la inflación de las rentas, sino en el período de la inflación de los beneficios.»[129]

«Naturalmente —ironizaba Schumpeter en un artículo sobre Keynes— hay que volver a escribir la historia de Francia. El más inteligente de los monarcas de este país fue Luis XV por haber sabido encontrar a unas magníficas especialistas en gastar el dinero como madame de Pompadour y madame du Barry. Su labor fue eficaz. Contribuyó a la plenitud ocupacional, al máximo desarrollo de la producción y al bienestar general. Que hubiera miseria y que corriera la sangre, eso era tan sólo fruto de la casualidad.»[130]

El beneplácito de Keynes reforzó la autoridad de las tesis de Hamilton entre los historiadores.[131] Apenas si en el último período empieza a perfilarse contra ellas una reacción que corre pareja a la tendencia manifiesta, en la ciencia económica, de limitar la aplicación de la teoría keynesiana.

LA TEORIA DE F. SIMIAND-C. E. LABROUSSE

François Simiand, sociólogo, economista e historiador, sucesor de Levasseur en la cátedra de historia del trabajo del Conservatoire National des Arts et Métiers, fue, sin discusión, un científico infinitamente original, cuya obra suscita la más profunda admiración. Es curioso comprobar, sin embargo, cómo —lo que suele ocurrir— su influencia científica, tan poderosa en Francia, casi no logró rebasar las fronteras de este país. Influyó en la ciencia de la historia económica más bien indirectamente, a

través de la obra llevada a cabo por su destacado discípulo, C. E. Labrousse.

Pese a haber sido alumno de Bergson en el liceo, Simiand[132] es un típico e insigne representante del positivismo sociológico francés del siglo XX y de la escuela durkheimiana, a través de Durkheim y de Levy-Bruhl, de la cual heredó las tradiciones de Comte al que reconocía como maestro. Al igual que Comte, Durkheim estaba convencido de la posibilidad de aplicar sus métodos a la investigación de todas las manifestaciones de la vida social, sin hablar de los grupos de fenómenos que habrían de constituir la tarea de la sociología como una de las disciplinas sociales.

Sus alumnos siguieron aplicando sus métodos a las diferentes ciencias (etnología, derecho, arte, etc.) con una amplia vocación reformista. A menudo se afanaron por rebasar los marcos del análisis interno de un modelo cultural aislado (reglamentos jurídicos, costumbres, obras de arte, etc.). Simiand fue, entre todos los discípulos de Durkheim, el que trató de aplicar los procedimientos de su escuela a la historia[133] y a la economía, por lo cual ha de interesarnos sobre todo por su postura en la investigación de los fenómenos económicos.

Simiand adopta una actitud en extremo empírica. Ante la existencia de un gran número de teorías analíticas contradictorias, Simiand declara que no confía en ninguna. Quiere recoger los hechos y a la luz de los mismos verificar cada hipótesis. Fascinado por el florecimiento de las ciencias naturales —especialmente de la biología pero asimismo de la física— desea asemejar los métodos económicos a aquéllos. Esto explica su culto por los procedimientos estadísticos, no sólo por los conceptos cuantitativos que facultan sino sobre todo porque el método estadístico, al permitir la eliminación de uno de los factores activos constantes, representa para él el equivalente de un método experimental.[134] Simiand ha postulado siempre por la formulación de los problemas con categorías generales (según él hay que formular el problema no en tanto que «la Revolución de 1830 en Francia» sino como «el derrocamiento de un gobierno impopular por un pequeño grupo de oponentes, que para este fin pueden utilizar estos y aquellos factores»).

Para esclarecer un fenómeno, hay que buscar sus causas directas y verdaderas. Simiand llama acertadamente la atención sobre el hecho de que los historiadores buscan esclarecer a veces un mismo fenómeno a través de diferentes causas. En todo esto, evitó emplear la palabra «ley». Con su extremada prudencia, Simiand prefiere hablar de «las consecuencias regulares» o de «la regularidad en la ordenación de los hechos». Para comprobar la repetición de «las consecuencias regulares» Simiand postula y realiza la investigación de largas series estadísticas. Las coincidencias en los cortos períodos no aclaran

nada (cuando alguien mide el perímetro de un árbol en el verano y en el invierno, llega a la conclusión de que el descenso de la temperatura provocó el engrosamiento de esta planta). De un modo característico para la corriente durkheimiana, luchó contra todas las manifestaciones del razonamiento basado en el «buen sentido» sin creer en las tesis aparentemente evidentes. Combatió igualmente todos los puntos de vista individualistas y en particular las hipótesis tan generalizadas en la economía sobre los fenómenos sociales, partiendo de los conceptos sobre el comportamiento del individuo en diferentes situaciones.

Simiand defendió su postura en numerosos trabajos metodológicos[135] y especialmente en toda una serie de trabajos analíticos centrados en el problema del salario.[136] En esto se perfila el interés común de la escuela de Durkheim por los problemas de carácter social.[137] Al analizar los salarios, Simiand se vio obligado a examinar los precios y otras mercancías distintas de la fuerza de trabajo. Y así fue como desembocó en la investigación general de la historia de los precios.

En cuanto a la teoría, la obra de Simiand es más bien destructiva que constructiva. Demuestra la inexactitud de la hipótesis cuantitativa. En el terreno de la teoría del salario, anula la teoría de la oferta y la demanda, la de la productividad del trabajo, etc. Simiand establece las grandes olas de aumento y de disminución de los salarios (las así llamadas fases A y B, evitando cuidadosamente el darles un nombre), analiza la amplia interdependencia que aparece en cada una de estas fases, pero guardando una profunda reserva en cuanto a sus causas. Ambas fases consecutivas de aumento y de descenso de los salarios coinciden, según él, con los cambios de otros fenómenos económicos y extraeconómicos. A juicio de Simiand, las variaciones en los salarios están condicionadas por las mudanzas de los precios y no al revés. Los cambios de los precios han de estar determinados a su vez por los cambios en la suma de los medios de pagos —oro u otros— y según Simiand, durante la investigación del ciclo coyuntural, no hay que concentrarse en el análisis de las crisis. Las consecuencias alternativas de la fase A y la fase B son el progreso económico y social, en la fase A a través del desarrollo cuantitativo de la producción, en la fase B a través de la eliminación de las empresas «que no alcanzan a seguir» y de los esfuerzos que tienden a la reducción de los costes.[138] En resumen, Simiand llega tan lejos en su extremado monetarismo que atribuye el desarrollo económico del siglo XIX y de comienzos del XX en primer lugar al descubrimiento de las minas de oro en el Transvaal y en el Klondyke, y después a la política de emisión.[139]

Es triste contemplar la obra de Simiand. Un esfuerzo imponente, sistemático; toda una vida consagrada a la investigación; una profunda crítica metodológica y detallada de las adquisicio-

nes científicas; una profunda experiencia de las dificultades metodológicas en las investigaciones sociales dio como resultado un completo fracaso.

La obra de Simiand, muy poco conocida fuera de Francia, apenas ha influido en el desarrollo de la ciencia. Pero de la escuela de Simiand ha salido, sin embargo, la obra de Labrousse cuya influencia ha sido y sigue siendo mucho más importante.

La obra principal de Labrousse está relacionada con la historia de los precios y de los salarios en el siglo XVIII en Francia,[141] y con la crisis de la economía francesa en vísperas de su Revolución.[142]

El gran mérito de Labrousse está en haber analizado el mecanismo y el funcionamiento de la economía francesa durante el antiguo régimen. La investigación empírica de unas series de precios excepcionalmente auténticas y homogéneas le permitió diferenciar empíricamente tres clases de fluctuaciones periódicas: las fluctuaciones temporales, las cíclicas y las de larga duración. Aparte de las oscilaciones temporales, el sentido de las demás no es claro. ¿Acaso la fluctuación «cíclica» es algo así como «un ciclo de las cosechas» determinado por el clima? ¿No contesta a esta pregunta? Sin embargo, es un hecho incuestionable la existencia de tal «ciclo» cuyo punto culminante, la «crisis», significa una desastrosa cosecha. Pero Labrousse ha probado también de una forma irrefutable que dichas «crisis» en el agro significaban la reducción de las rentas, pero no para todas las categorías de la población que vive de la agricultura, ya que para los grandes terratenientes significaba un incremento enorme de sus rentas. Al mismo tiempo, la disminución de los ingresos de la gran masa del campesinado como consecuencia de la crisis agrícola, transfería dicha crisis a la industria; el campesinado dejaba de comprar artículos textiles, las manufacturas cerraban y los obreros eran despedidos. El desempleo masivo de los asalariados, tanto agrícolas como industriales, se acompañaba de una gran «alza» del precio de los artículos de alimentación. En estas condiciones, esta «alza» provoca una regularidad asombrosa: los precios de los artículos «de lujo» suben cada vez menos que el precio de los artículos «corrientes», los productos industriales menos que los alimenticios, los productos pecuarios menos que los cereales, el trigo menos que el centeno, etc. De esta forma, también se traspasaba a las espaldas de las clases humildes el peso de la disminución de la renta social.

Finalmente, tenemos la tendencia de larga duración con un alza constante a partir del año 1715 aproximadamente. Se han formulado muchas hipótesis acerca de sus causas. El hecho es que existe y que en ellas los salarios tampoco logran alcanzar los precios y que el precio de los artículos «corrientes» aumenta más rápidamente que el de los artículos «de lujo». Si Labrousse

afirma que la Revolución francesa estalló en el momento culminante de las tres olas: del proceso de larga duración, del cíclico y del de las fluctuaciones temporales, esto no puede constituir en ningún modo una prueba para aclarar las causas de esta Revolución sino de señalar la situación en la cual sobrevino, ayudándonos así a comprender las circunstancias en que se produjo.

Labrousse ha descubierto el mecanismo del funcionamiento del sistema económico de aquella época y confirmado una serie de relaciones y de repeticiones trascendentales. También ha creado un modelo y elaborado la teoría del mismo. Además, en sus investigaciones ha tendido hacia:

a) la nueva verificación de las relaciones y repeticiones ya confirmadas,

b) el enriquecimiento del modelo y de la teoría a través de la utilización de nuevas variantes (especialmente acerca de los datos sobre la producción) y la comprobación de nuevas relaciones y repeticiones,

c) la formulación y comprobación de las hipótesis de interpretación y, por tanto, al esclarecimiento de las propiedades de las fluctuaciones cíclicas y de larga duración y de sus causas,

d) la comprobación del alcance cronológico y geográfico de la aplicación del modelo y la teoría; Labrousse analizó el período de 1715-1789.

Pero, ¿cómo se presentaba el problema en Francia antes de 1715? ¿Cuál era después de 1789? ¿Cuál era la situación en los demás países en aquella misma época?

LAS INVESTIGACIONES POLACAS SOBRE HISTORIA DE LOS PRECIOS

Los precursores. El interés por la historia de los precios se remonta en Polonia a los tiempos de la Ilustración. Czacki le dedica una gran antención.[143] Lojko[144] recogió numerosas informaciones sobre ella. Más tarde, sin embargo, el problema dejó de interesar a los científicos para volver a la palestra a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX con una serie de monografías[145] y de la publicación de varias tasaciones de los precios.[146]

En el año 1918, en el primer tomo de la *Ciencia polaca*, F. Bujak abogó en un artículo programático por la necesidad de elaborar una historia de los precios en Polonia,[147] y más tarde, al hacerse cargo de la cátedra de la Universidad de Lvov, interesó a esta problemática a sus alumnos, dirigiendo sus trabajos y consiguiendo los medios materiales necesarios, dando por resultado el que desde el año 1928 hasta la actualidad han sido publicados once tomos que en suma ofrecen un cuadro de

la historia de los precios en Lvov (1501-1914), en Varsovia (1501-1914), en Cracovia (1396-1914), en Gdansk (1501-1815) y en Lublin (siglos XVI-XVIII). Naturalmente, la falta de una historia de los precios en las regiones de Poznan y de Vilno es perjudicial para la ciencia tanto más por cuanto cuatro de estas cinco ciudades se hallan situadas a lo largo del Vístula, principal vía de comunicación fluvial en la Polonia antigua que, por lo mismo, los precios de estos cuatro mercados deben configurarse con cierta interdependencia mientras que ciudades como Poznan y Vilno pudieron, y a buen seguro que así fue, ofrecer serias oscilaciones en el movimiento de los precios.

El grado de estas fluctuaciones y sus cambios en el tiempo, nos brindarían un elemento importante para el conocimiento de los procesos de conformación del mercado interior en la República polaca. Pese a esta laguna que les corresponderá llenar a los futuros científicos, los once tomos de la *Historia de los precios* en las ciudades polacas, editados por la escuela de Bujak, constituyen un material muy considerable, tanto más por cuanto su elaboración exigió un esfuerzo tan grande. No obstante, para poderlo aprovechar es preciso analizar críticamente el método en el cual se establece esta obra. En principio, todos estos tomos fueron elaborados según el procedimiento de Stanislaw Hoszowski al redactar el primero de los tomos o sea *Los precios en Lvov en el siglo XVI y el siglo XVII*. Seguidamente, los autores hicieron ciertas enmiendas, tomando en consideración las observaciones de la crítica, el carácter diferente de los materiales documentales (en el siglo XIX); pero a pesar de todo, la postura metodológica de Hoszowski siguió manteniéndose en todos los tomos aunque no fuera más que para garantizar la comparabilidad de los resultados.

El precio nominal o su equivalente en oro. Anteriormente nos hemos referido ya a esta cuestión al aludir a las polémicas metodológicas occidentales. Pero debemos volver sobre ella en atención a su importancia para apreciar los resultados de la escuela de Bujak. Además, la aprovecharemos para subrayar la complejidad del problema, hacia el cual la escuela de Bujak adoptaba una resuelta actitud. Los autores de Lvov consideran el precio nominal como algo fingido, pero en cambio sólo aceptan como precio real su equivalente en gramos de oro.[148] Defienden vigorosamente su postura, llegando en su afán polémico a unas formulaciones que reflejan bien sus ideas sobre el problema, pero que creemos revelan la debilidad de su actitud. Hoszowski escribe: «El concepto erróneo sobre la esencia de los precios y del dinero ha impedido el guiarse por el concepto de los precios reales, que sólo eran conocidos por los mercaderes que mantenían relaciones con el extranjero y con los monederos»,[149] y más adelante afirma que el concepto del precio real penetra concretamente en la sociedad bajo el influjo de la inflación, pero «sin

embargo esto nunca se extiende al extremo de que el considerar la carestía desde el ángulo de los precios nominales quede eliminado».[150] Finalmente, al afirmar que la nobleza protesta contra la carestía después de cada crisis monetaria (1620 y 1622), considera que esto redunda en favor de su tesis, ya que «entonces no hubo precisamente ningún aumento de los precios reales».[151] La tesis estriba, por tanto, en que los coetáneos de la época no supieron cuándo atravesaron por la carestía, y esto sólo porque «¡tenían una idea errónea acerca de la esencia de los precios y del dinero!»

Naturalmente, aquí habría que discutir quién tenía un concepto verdadero y quién falso acerca de la «esencia» de los precios y del dinero. A buen seguro que el que tiene una idea falsa sobre la «esencia» de la carestía es el que ve en ella un aumento del precio, cuando la carestía puede significar sólo el aumento de éstos en relación con las rentas. Las gentes de la época se darían cuenta de cuando soportaban una carestía (aunque pudieran a veces silenciarlo tendenciosamente) y no necesitarían para ello ni de los razonamientos teóricos ni de los cálculos sobre la equivalencia en oro, sino pura y simplemente comparar sus ingresos con los gastos. En cuanto a la esencia de los precios y del dinero, se equivoca el que considere que este último —incluso en los tiempos en que sólo era oro o plata— siempre y en todos los sitios es simplemente una mercancía que se mide como otra mercancía cualquiera cuantitativamente, con la cantidad de oro que contiene.

En la ciencia se ha formulado el concepto de que «la representación de los precios a través de la cantidad de oro que contienen sólo interesa al que investiga la historia de los metales preciosos».[152] Pero esta idea nos parece extremadamente exagerada. En ciertas épocas históricas se dan situaciones en que los precios son realmente el equivalente en metal precioso del dinero pagado por la mercancía. Pero ese concepto, con todo y ser extremadamente exagerado, creemos que se acerca mucho más a la verdad que la postura adoptada por los alumnos de Bujak.

En el año 1935, Rutkowski criticó ya esta actitud al afirmar en el Congreso de Vilno: «El movimiento de los precios expresado en oro permanece absolutamente al margen del conocimiento del campesino polaco del siglo XVIII que nunca se tropezó... con una moneda de oro. El índice de este metal precioso no explica en absoluto ninguna reacción económica de esas clases sociales ante el movimiento de los precios. En cambio, puede aclarar el comportamiento de un comerciante que en muchos casos se ha servido del oro en sus transacciones. Lo más importante es, evidentemente, que este índice esté basado en la plata. Sin embargo, no es posible limitarse en este caso al índice de los precios expresado en plata por cuanto en la conciencia de

las amplias masas, y especialmente de las gentes más pobres y menos ilustradas, era mucho más importante el movimiento de los precios con las monedas corrientes. No puede olvidarse, por tanto, el movimiento de los precios en *zlotych* polacos.»[153] De modo que Rutkowski no se opone a la postura de Hoszowski quien, sin embargo, afirmaba que el movimiento de los precios «reales» quedaba fuera de la conciencia de las grandes masas de la sociedad. Rutkowski querría, al parecer, tres índices: el oro, la plata y el índice nominal, cada uno de los cuales podría utilizarse para esclarecer la actividad de unas clases sociales distintas. Esta postura se generaliza actualmente aunque al ser formulada por Rutkowski no fuera compartida. Actualmente, el propio Hamilton, que propende a exagerar el carácter del dinero como equivalente al oro, afirma que el cálculo de los precios en su equivalencia en oro se realiza con el fin de facilitar las comparaciones internacionales y la investigación de los efectos de los cambios monetarios o de los cambios en la magnitud de la producción de los metales preciosos, pero subraya, no obstante, que «no es bueno olvidar que el movimiento de los precios y de los salarios expresado en la moneda corriente es mucho más elocuente que cuando se expresa sobre la base de su peso en plata o en oro, es decir, con unos conceptos con los cuales solamente un pequeño número de coetáneos de la época podían actuar y pensar».[154]

Aunque compartimos enteramente las tesis de Rutkowski y de Hamilton, nos parece que hay que continuar por el camino de la comprensión de la importancia preeminente de los precios nominales y asimismo de la limitación utilitaria de los cálculos en oro.

La postura de Rutkowski y de Hamilton conduce a buscar las determinantes del comportamiento de las diferentes clases sociales. Lo valiosos en esta actitud estriba: *a*) en tomar en consideración el carácter de clase de la sociedad, *b*) en la aspiración a buscar las determinantes de las actividades humanas en la esfera de los fenómenos objetivos. Ahora bien, la historia no sólo se ocupa de esclarecer las actividades humanas. Nos interesan una serie de procesos objetivos, los cuales, en cualquier grado, son la resultante de las actividades sociales, pero una resultante infinita y que no puede interpretarse con las actividades en sí mismas. Suponiendo que nos interesen los cambios en la correlación de las fuerzas de clase, la comprobación en esta investigación de la historia de los precios de quién en una situación determinada empezó a perder y quién se benefició en resumidas cuentas de los procesos del mercado, por ejemplo, nos ha de aclarar muchas cosas, a condición, sin embargo, de que analicemos este proceso con las categorías en que concretamente se produjo y con las divisas que sirvieron realmente para la transacción y con las cuales se ganó o se perdió. Y en este caso

nada nos ha de confirmar que las gentes se dieron cuenta de que había carestía y que «realmente» no la hubo.

Por añadidura, ¡cuántas dificultades evitamos al operar con los precios nominales! Y no nos referimos aquí a la considerable labor que suponen los cálculos. No es bueno ahorrar el esfuerzo cuando éste es imprescindible para la consecución de unos resultados determinados.[155] Nos referimos a la introducción de unos peligros suplementarios de equivocación, los cuales son tan grandes y tan difíciles de superar que, a veces, pueden hacer dudar de la autenticidad de los datos conseguidos.

El cálculo de los precios según sus equivalentes monetarios sólo puede efectuarse sobre la base del curso legal o del curso real. El primer método —esto lo saben perfectamente los autores de Lvov— es muy arriesgado, ya que la tasación es un instrumento de la política estatal con el fin de influir sobre dicho curso y que por lo tanto no corresponde a este último por su naturaleza. Pero los autores de Lvov, aun sabiendo esto perfectamente, tienen que apoyarse a veces en las tasaciones si desean tener un índice constante en oro al no disponer para ciertos períodos de los datos sobre los cursos. Esto explica que en ciertas épocas, su equivalente en este metal precioso sea rígido y en otras sea más móvil.[156] El resultado es evidente: los índices de todos los precios en ciertos períodos han de mostrar una movilidad mayor y en otros menor lo cual en nada ha de corresponder a la realidad investigada. Pues las oscilaciones de los índices provocadas por los cambios del coeficiente en metálico pueden ser más fuertes que las fluctuaciones de los precios mismos y por lo tanto el índice ha de reflejar en este caso un cambio más grande de la tasación que del precio. Pero, ¿qué es lo que analizamos? Si examinamos la tasación, podemos hacerlo mucho más fácilmente.

Incluso disponiendo de los datos sobre los cursos, éstos no son en la mayoría de los casos anotaciones bursátiles. Con demasiada frecuencia, se trata de datos casuales sobre las transacciones realizadas sobre la base de unos cursos diferentes de los cuales extraemos seguidamente el promedio. Nuestras fuentes pueden ser en muchos casos multilaterales por proceder, por ejemplo, de las actas de las instituciones públicas. En los trabajos de los investigadores de Lvov encontramos repetidas veces diferencias de un 15% y aún de mucho más, en el cálculo de los precios según el valor en oro.[157] En ciertos casos, las diferencias llegan hasta el 100%.[158] La influencia del método adoptado por el investigador con respecto al índice suele ser mucho mayor que el mismo movimiento de los precios. Tomando otros datos sobre los cursos, podemos obtener un movimiento totalmente diferente del índice. ¿Vale la pena correr este riesgo?

A la luz de lo expuesto, ¿cómo se presenta el razonamiento de Hoszowski acerca de la superioridad del cálculo de confor-

midad con el valor oro sobre el cálculo basado en el valor de curso? [159]

Dicho cálculo debería basarse en el oro fundido en la masa de la moneda. Pero ¿de qué moneda se trataba? ¿De la que cursaba concretamente en aquel momento? Ahora bien, ¿cómo averiguarlo? ¿De la que se había emitido entonces? Por otra parte, el cálculo sobre la base del oro representaría utilizar en la investigación de los precios un método más sensible que el de la moneda en curso ¡aun cuando ésta también es más sensible que los precios! ¿Y si nos interesa saber si el artesano que vendió, por ejemplo, un vestido perdió o ganó y si con su venta obtuvo una cantidad inferior de oro puro, o si con lo que percibió pudo comprar más cosas o menos cosas que antes?

A la luz de estos razonamientos, afirmamos que el valor fundamental de las investigaciones de Lvov sobre los precios son los datos sobre los precios nominales. Los datos sobre los precios calculados en este metal precioso pueden ser provechosos a los investigadores sólo en algunos casos, como para el análisis del comercio exterior, pero tratándose de los datos de Lvov han de utilizarse con la máxima prudencia.

La eliminación de los datos que no son típicos. Anteriormente, en el capítulo general sobre la estadística histórica, nos hemos referido a las dificultades resultantes del desconocimiento de las circunstancias de las anotaciones. En cuanto a los análisis actuales de los precios comenzamos por dar instrucciones para la recogida de los materiales fijando los principios adecuados: el surtido de las mercancías, su calidad, su dimensión, las formas de pago, las fases de circulación, etc. De esta forma obtenemos la posibilidad de que el material sea realmente comparable. Desgraciadamente, no podemos formular tales instrucciones para la investigación histórica de los precios e incluso si llegásemos a establecerlas, en la mayoría de los casos no conocemos las circunstancias de las anotaciones. En cambio, podemos partir del supuesto de que cuando una anotación se diferencia claramente de las vecinas procedentes de ese mismo mercado, es porque corresponde a alguna transacción que se desarrolló en unas circunstancias especiales y desconocidas. Naturalmente, tales anotaciones debemos eliminarlas de nuestros cálculos ulteriores,[160] pero esto es una tarea especialmente difícil cuando los datos no son numerosos y que su dislocación en el tiempo no es uniforme. Los autores de Lvov comprenden esta dificultad y aseguran que realizaron tales eliminaciones;[161] sin embargo, lo que pasó por su criba exige otras nuevas.

Sobre los precios del azúcar en Cracovia en los dos decenios 1581-1600, poseemos por ejemplo los siguientes datos: [162]

en el año 1582 — 1	anotación	— 210	groszys	el pan		
1583 — 2	»	— 307,5	»	»	(media)	
1584 — 1	»	— 312	»	»		
1585 — 1	»	— 312	»	»		
1588 — 1	»	— 702	»	»		
1596 — 1	»	— 312	»	»		
1597 — 1	»	— 364	»	»		
1598 — 4	»	— 338	»	»	(media)	
1599 — 3	»	— 346	»	»	»	
1600 — 2	»	— 442	»	»	»	

Un dato que se diferencia claramente de los demás es la anotación correspondiente al año 1588. Pero ¡cómo atreverse a eliminarla cuando se trata de la única anotación de este género y cuando, al mismo tiempo, faltan en general las anotaciones correspondientes a los dos años anteriores y a los siete años siguientes! Es posible que durante aquellos once años (1586-1595), se produjera algún aumento importante de los precios después del cual volvieron a descender al nivel anterior. Por añadidura, los valores pecuniarios de los demás artículos coloniales son asimismo muy poco numerosos para aquellos años. Es natural la extrañeza ante la vuelta de los precios precisamente al mismo nivel, lo cual, en definitiva, no está excluido.

¿Se pueden eliminar, en tales casos, los datos? No puede señalarse ninguna regla absoluta, sino que ello ha de quedar al libre albedrío del investigador. Lo que sí está claro es el procedimiento metodológico para la elaboración siguiente del material. Suponiendo que con estos datos se calcule la media para cinco años, se obtiene:[163]

para los años 1581-1585	— 285,4	groszys	por pan	de azúcar
» 1586-1590	— 702,0	»	»	»
» 1591-1595	— —	»	»	»
» 1596-1600	— 360,5	»	»	»

Una anotación, muy sospechosa, modifica profundamente el cuadro. Con los datos primitivos tuvimos un cuadro con un alza regular de los precios, pero en este último caso esa regularidad se borra seriamente, lo cual ocurre como resultado de disponerse solamente de una anotación para todo el quinquenio 1586-1590, la cifra del año 1588, de la cual, además, debemos desconfiar. Para ser exactos: no hay ninguna seguridad de que la anotación del año 1588 no sea auténtica ni característica. Teniendo en cuenta las grandes oscilaciones de los precios, típicas para los breves espacios de tiempo durante el feudalismo, no hay que descartar, no obstante, un aumento transitorio del precio del azúcar en los alrededores del año 1588. El asunto puede dar que pensar al investigador de la vida económica de Cracovia

a finales del siglo XVI, que es el único que puede refrendar la autenticidad de esta anotación o eliminarla.

En cambio, en las investigaciones a largo plazo, en las que han de servir precisamente los índices constantes de una duración de cien, doscientos y hasta trescientos años utilizados por los investigadores de la historia de los precios pertenecientes a la escuela de Lvov, las anotaciones sospechosas han de ser eliminadas a fin de evitar este tipo de deformaciones.

Alguien pudiera argumentar que el ejemplo citado concierne a un artículo sumamente importante como lo es el azúcar y que los géneros más corrientes para la época, como la harina o la carne, al contar con un mayor número de anotaciones, son susceptibles de preservarnos de tales deformaciones. Pero, en primer lugar, como lo veremos después, con la elaboración de los índice colectivos tal y como lo hacen los autores de Lvov, cada artículo y por lo tanto también el azúcar puede tener un precio muy considerable e influir enormemente sobre el nivel del índice colectivo; después, el segundo ejemplo demuestra que este fenómeno puede manifestarse asimismo con el artículo más representativo en las fuentes como lo es la avena.

El precio de un saco de avena en Varsovia durante los dos decenios de 1680-1700, fue:[164]

	Número anotaciones	*Máximo*	*Mínimo*	*Media*
1688 — año	3			56,75
1692 — III trimestre	1			270,00
1695 — I trimestre	1			100,00
» — IV trimestre	2	71	70	70,50
» — año	3	100	70	82,25
1697 — III trimestre	1			100,00
1698 — I trimestre	1			120,00
1699 — I trimestre	10			120,00
» — IV trimestre	17	120	105	118,00
» — año	27			119,00

Los autores pueden establecer con ello las medias quinquenales siguientes:[165]

1686-1690 — 56,7
1691-1695 — 117,6
1696-1700 — 113,0

Como vemos, se repite la deformación de los resultados y en este caso en relación con un artículo muy importante y el cual se halla inmejorablemente documentado en las fuentes ¡La culpa

fue de una anotación del año 1692! Vemos, por tanto, que aquí no se trata de un error casual, sino del método utilizado no solamente por un autor sino por toda una escuela.

Sólo puede haber una conclusión: al utilizar las investigaciones de la escuela de Lvov sobre la historia de los precios podemos aprovechar confiadamente los datos anuales, pero no las medias periódicas.

Las medias calculadas siempre con los datos originales o las medias de las medias. Es decir, del decenio 1581-1590 se conservaron en total seis anotaciones sobre el precio del azúcar. Al calcular con la media de los precios decenales la media de los precios en el quinquenio, la anotación sospechosa como única representación del quinquenio obtiene un coeficiente de 1/2, calculada con las medias anuales obtiene un coeficiente de 1/6 y calculada en tanto que media ponderada con todas las anotaciones originales de ese decenio se obtiene el coeficiente de apenas 1/6.

De lo cual se desprende que siempre es más seguro hacer el cómputo de cada media directamente con los datos originales.

Quien utilizase el ejemplo mencionado puede, si lo considera útil, eliminar la anotación sospechosa y calcular la media con otro método, lo que no siempre es tan fácil y que con un gran número de anotaciones relativas a un solo año es irrealizable.

Ilustremos el problema con un ejemplo ficticio:

	Núm. de	*Precio*		
Año	*anotaciones*	*Máximo*	*Mínimo*	*Medio*
x+	3	—	—	10
x+1	3	20	10	14
x+2	3	13	11	12

En el año x tenemos por tanto tres anotaciones similares. En el año x+1 podemos calcular fácilmente que contamos las anotaciones: 20,12 y 10. En el año x+2, las anotaciones 13,12 y 11. De esto resulta que de la media se aparta solamente una anotación del año x+1. Eliminándola, resultaría que el precio medio cambiaría en esos tres años aumentando sucesivamente: 10, 11, 12 Obtenemos un cuadro de aumento regular alterado por esa anotación sospechosa que podemos eliminar. En cambio, si hubiese más anotaciones para cada año, resultaría imposible el comprobar si nos hallamos ante una anotación en la que no se podría confiar o con un aumento de hecho de los precios. Pero como los autores de Lvov no presentan las anotaciones originales (y que no están en condiciones de presentarlas) y solamente

muestran las máximas y las mínimas, no podemos por lo tanto al utilizar sus investigaciones, remontarnos hasta los datos primitivos, viéndonos obligados en la mayoría de los casos a quedarnos en las medias anuales, averiguando su autenticidad por mediación de los datos presentados por los autores: el número de anotaciones y la disparidad de las anotaciones extremadas.

Por lo cual nos pronunciamos por el cálculo de las medias de cualquier tipo con los testimonios directos. Al utilizar las investigaciones de Lvov, podemos conseguirlo calculándolas con las medias anuales ponderadas con el número de anotaciones (la media anual multiplicada por la cifra de las anotaciones nos da esa misma magnitud, que nos daría la suma de todos los datos primitivos que nosotros desconocemos).

Es preciso confesar que este método tiene sus lagunas. Lo ilustraremos con un ejemplo. Calculado con este procedimiento, el precio del vino en Lublin en tres vigésimos[166] consecutivos sería el siguiente:

en el vigésimo 1561-1680 — 17,1 groszys el jarro
en el vigésimo 1581-1600 — 19,6 groszys el jarro
en el vigésimo 1601-1620 — 35,9 groszys el jarro

Ahora bien, para el período intermediario nuestros conocimientos se basan en los datos siguientes:

en el año 1581 — 26 anotaciones, con una media de 18,92 gr. jarro;
en el año 1600 — 2 anotaciones, con una media de 28,66 gr. jarro.

De lo que resulta que la media para estos veinte años es atraída hacia abajo por la gran cifra de datos correspondientes al año inicial. Da la sensación de que el alza del precio del vino fue durante estos sesenta años más bien simétrica. Si calculásemos la media del vigésimo central con las medias anuales, obtendríamos entonces 23,8 en lugar de 19,6 con lo que esta regularidad aparecería netamente. Aquí, el índice en cadena sería:

en el primer caso:	100	en el segundo caso:	100
	115		139
	183		151

La media resultante de las medias anuales, procedentes en este caso de los años extremos del período analizado, se aproximaría con toda seguridad más bien a la media de los precios, en aquel período que a la media ponderada con la cifra de las anotaciones, la cual, como resultado de la excepcional abundancia de las anotaciones en el año inicial, se halla atraída hacia abajo artificialmente. Existe realmente el peligro de una deforma-

ción de las medias como resultado de la abundancia casual de las anotaciones en ciertos años. Pero quizá sea mayor el riesgo de acumulación de los errores si calculamos las medias sobre la base de las medias.

Este problema aparece aún más claramente con el cálculo de las medias anuales a través de las medias trimestrales como lo suelen hacer los autores de Lvov. Naturalmente, sólo calculan las medias trimestrales de los artículos sometidos a las fluctuaciones temporales. Sin embargo, dado que esto concierne a los cereales, el problema reviste una gran importancia. Los autores de Lvov calculan las medias anuales con las medias trimestrales. ¿Pero es justo hacerlo así?

En el caso de los artículos sujetos a las fluctuaciones temporales, el número de las anotaciones no es ya un problema puramente casual como ocurre anteriormente con la cantidad de anotaciones sobre el precio del vino, la cual es diferente según los años. Aquí aparecen regularidades, que son principalmente de dos clases: *a*) por una parte, en los períodos de descenso de los precios podemos hallarnos ante una abundancia de anotaciones correspondientes al gran número de compras provocadas por el bajo precio o con el fin de aumentar las existencias. Los datos que obran en nuestro poder suelen proceder de los consumidores más importantes y poderosos (administraciones comunales, corporaciones, instituciones filantrópicas, etc.), que más de una vez podían permitirse el invertir una cierta suma de dinero con tal de reducir de esta manera los gastos globales anuales.[167] Pero más importante sería la segunda motivación, la cual obra en sentido contrario y que merece ser analizada;[168] *b*) se trata del consumo temporal relacionado con el carácter temporal de la producción. Actualmente, en las grandes urbes, el consumo temporal ha sufrido un gran descenso y sólo se sigue advirtiendo con respecto a las verduras y las frutas en cuanto a los productos derivados de la leche en las épocas normales —épocas de paz—, la diferencia en los precios suele ser mínima, no influyendo apenas en las dimensiones de la demanda. Pero en los siglos XVI-XVII-XVIII, la falta de técnicas de conservación hacía que muchos productos sólo se consumieran en las temporadas en que eran producidos. Así por ejemplo, disponemos de los datos acerca de la cifra de las anotaciones sobre los precios de la mantequilla en Gdansk en el siglo XVII:[169]

Trimestre	*1600-1620*	*1645-1666*	*1600-1650*	*1651-1700*	*1600-1700*
I	19	5	60	76	136
II	78	91	208	291	499
III	69	70	169	202	371
IV	50	32	121	151	280

En ese cuadro hacemos figurar a propósito períodos largos y cortos. El resultado no deja lugar a dudas. En él comprobamos una correlatividad constante de los trimestres: II, III, IV y I. Huelga agregar que a un mayor consumo temporal corresponde un mayor nivel de los precios. Así, por tanto, en la época en que el consumo temporal ilustrado por la mayor magnitud de las anotaciones es extremado —los años 1645-1665 en que la proporción de la cifra de las anotaciones sobre el precio de la mantequilla es entre los trimestres I y II de 1 a 18—, el precio medio asciende igualmente por trimestre de la siguiente manera:

I — 241,0
II — 295,2
III — 275,3
IV — 244,7

La regularidad se manifiesta también aquí, en el mismo sentido.

En tal caso, la media anual calculada directamente con los datos originales —o con las medias trimestrales ponderadas con la cifra de las anotaciones, lo que es igual— sería, naturalmente, por regla significadamente más elevada que la media anual calculada como media no ponderada con las medias trimestrales (como lo hacen los autores de Lvov).

Por ejemplo, para el período de 1645-1666 la media no ponderada ascendería a 264,1 groszys mientras que la media ponderada sería de 278,4 groszys. Lo importante es saber cuál de los métodos es más justo, lo que a nuestro parecer también aquí es basarse en los datos directos, o sea, en el cálculo de la media anual, no como la media imponderada de las medias trimestrales sino como la media ponderada —es decir, como la media aritmética de todas las anotaciones de un año determinado. La diferencia en el número de anotaciones que hemos observado entre los diversos trimestres constituye para nosotros el más perfecto índice de las diferencias temporales en relación con la magnitud de las transacciones y la magnitud de consumo. Al comprobar estas diferencias, de esta forma, nos acercamos a la visión real tanto del productor como del consumidor. Por el contrario, calculando la media con las medias trimestrales como lo hacen los investigadores de Lvov,[170] quienes además suelen tomar las diferentes divisiones del año como trimestre,[171] se da a cada uno de los trimestres un mismo valor, con lo cual se agiganta la importancia de los precios en el período en que un artículo dado desempeña un papel más reducido en las transacciones y se consume menos.[172]

Pero al calcular las medias anuales con las medias trimestrales los autores de Lvov están obligados a tomar en consideración las lagunas existentes en los materiales, las cuales suelen

aparecer con relación a ciertos trimestres. Así, tenemos que una serie de índices de precios, por ejemplo, del trigo, correspondiente a varios años consecutivos en los cuales un año se calcula sobre la base de las anotaciones en los trimestres I, II y III y el año siguiente sobre la base de las anotaciones en los trimestres I, III y IV (como lo hacen los investigadores de Lvov) ha de desembocar en un malentendido. Esto es tanto como clasificar una serie de magnitudes heterogéneas. El salvar esta dificultad es sencillo aunque suele ser muy laborioso. Es posible estimar el trimestre que falta con el supuesto de qué precio ha cambiado en él en comparación con el precio del mismo trimestre del año anterior en el mismo grado que para los demás trimestres sobre los cuales disponemos de los datos relativos a los dos años. Utilizando los índices en cadena, podemos calcular el índice sólo con respecto a los trimestres acerca de los cuales poseemos las anotaciones en los dos años. En cambio, no puede procederse como lo hacen los autores de la historia polaca de los precios.[173] El problema es tanto más importante porque, como lo acabamos de ver, los autores de Lvov tienen como principio el componer unas series de índices en los que cada componente está basado en otra combinación.

El cálculo de los índices colectivos. En este aspecto, ese método ha sido causa de graves errores, por lo que creemos que en general los índices colectivos de los investigadores de Lvov no pueden ser utilizados.

El ejemplo más extremado de este método, descubierto por Wisniewski,[174] es el del precio de las bebidas en Varsovia a comienzos del siglo XIX. El cálculo de los índices colectivos para las bebidas se establece como sigue (base: 1701-1710 = 100):

Años	*Cerveza*	*Cerveza extra*	*Vino húngaro*	*Wodka*	*Indice general*
1806-1810	199	75	—	—	137
1811-1815	242	83	147	93	121

Como podemos ver, este método es tan sencillo como erróneo. Los dos líquidos alcohólicos cuyo precio conocemos en los dos quinquenios han encarecido (respectivamente en un 21 % y en un 10%), en cambio el índice general indica una baja del 12% ¡provocada únicamente por la falta en el primer quinquenio de los datos sobre dos bebidas!

Un maléfico concurso de circunstancias (que esclarece, sin embargo, este procedimiento) se manifestó con motivo de la investigación de los precios en Gdansk durante el tercer quinquenio del siglo XIX.[175] En el lustro de 1811 a 1815 observamos una

gran subida del precio de los artículos alimenticios (¡pasando el índice de 358 a 554!). Si observamos desde más cerca el problema esforzándonos por buscar las causas de este salto, vemos que en ese lustro los productos de la tierra subieron en un 45% mientras que los productos pecuarios sólo aumentaron en un 4%. Así, por tanto, el factor principal del tránsito de los precios ¡es el enorme brinco del índice de los productos coloniales! Más aún: en dicho quinquenio suelen faltar los datos sobre los precios de los artículos coloniales con una excepción, el arroz, el cual representa así a todos los demás artículos. Pero hay más: de ese lustro nos faltan asimismo los precios del arroz para cuatro años, disponiendo sólo de los precios del arroz en el año 1813, que fue un año de estado de sitio. Este caricaturesco concurso de circunstancias es algo realmente excepcional, pero el método en cuanto a él, es constante en sus resultados.

Otro ejemplo. En Cracovia, en el quinquenio 1681-1685, el índice de salario de los empleados municipales desciende en comparación con el período anterior en casi un 1/3, de 54 a 37. Pero, al mismo tiempo, vemos con asombro que el sueldo de dos empleados de los cuales poseemos los datos acerca del citado lustro y del anterior ha bajado realmente, pero en una proporción más reducida: el sueldo del juez, de 53 a 43, y el sueldo del escribano I, de 41 a 40. ¿De dónde procede, por tanto, el enorme descenso del índice colectivo? Está motivado por el hecho de que en el quinquenio anterior tuvimos además la media aritmética del sueldo del escribano III, muy elevada, ya que era 87 y gracias a la cual el índice colectivo para ese quinquenio ascendió a 57. Nuevamente, nos encontramos ante una deformación del cuadro que hubiera podido evitarse con la utilización de los índices en cadena. Los grandes saltos de las medias aritméticas de los salarios y del coste de vida en Cracovia en los años 1691–1695 [176] han sido provocados por el método de los índices colectivos. ¡Y eso que el índice del coste de vida representa la síntesis de todo el trabajo!

Ejemplos tales los encontramos casi constantemente en las publicaciones de la «escuela de Bujak».

Veamos las medias aritméticas de precios de los artículos de consumo de procedencia agrícola en Varsovia en algunos quinquenios especialmente escogidos del siglo XVI (pág. siguiente).[177]

El índice de precios de un grupo determinado aumentó en el quinquenio 1551-1555 en relación con el quinquenio anterior en un 6% aproximadamente, mientras que de los dos únicos artículos cuyos precios podemos comparar en ese período, el de la avena se mantuvo al mismo nivel, bajando el del trigo. Si examinamos todo el proceso de los quince años comprendidos entre el 1571 al 1585, observamos una tendencia a la baja, mientras que el índice colectivo muestra primero un fuerte descenso y seguidamente un fuerte aumento provocado únicamente por la

		1546 1550	1551 1555	1571 1575	1576 1580	1581 1585	1596 1600	1601 1605
Avena	1	32	32	91	78	76	128	130
Guisante	2	—	25	164	—	132	123	—
Trigo	3	39	38	91	—	100	—	—
Centeno	4	37	—	73	—	89	—	120
Cebada	5	—	33	—	—	—	—	—
Mijo	6	—	—	—	—	—	119	—
Sémola de trigo	7	—	—	—	—	—	108	—
Sémola de cebada	8	—	—	—	—	—	109	—
Harina candeal	9	—	53	—	—	111	126	—
Nabo	10	—	—	88	—	59	124	183
Berza	11	—	—	—	—	96	114	—
Aceite	12	—	—	127	—	115	123	93
Aceite de oliva	13	—	—	121	98	95	113	126
Indices		35	37	104	78	93	144	144

aparición y la desaparición de ciertos géneros en los distintos lustros. El influjo de estas «apariciones» y «desapariciones» sobre la media aritmética colectiva es incomparablemente más fuerte que los cambios en el nivel de los precios de los artículos comparables.

Así, el origen de la deformación reside en el cálculo del índice colectivo constante sobre la base de un surtido de mercancías diferente para cada año (o para cada quinquenio), operación que no es aconsejable, ya que su cálculo, sobre la base de un material lleno de lagunas, está y debe estar efectuado partiendo del supuesto de que los géneros representativos de un grupo determinado representan el movimiento de los precios de todo el grupo y, por tanto, también los artículos no representados; la única solución a esta dificultad sería la utilización del índice en cadena que permite calcular si se desea la media aritmética constante; con este método la comparación entre los años o los quinquenios se efectuaría tan sólo sobre la base del cambio de precio de los artículos que figurasen en un período y en otro.

Para terminar con el problema de las medias aritméticas colectivas citaremos otro ejemplo relativo al índice colectivo de «segundo grado». Veamos la media aritmética de los precios de los productos alimenticios en Gdansk en los años 1526-1535 [178] (con los cuatro índices colectivos: artículos alimenticios de procedencia vegetal, bebidas, productos pecuarios y condimentos, índices colectivos obtenidos con el procedimiento que antes hemos condenado, se calcula el índice colectivo de «segundo grado», el índice general de los precios de los alimentos como media aritmética no ponderada de los cuatro índices colectivos).

		1526-1530	1531-1535
Trigo	1	22	—
Cebada	2	—	48
Avena	3	38	37
Guisantes	4	—	46
Indice art. harinosos 1-4	A	30	44
Cerveza	5	36	39
Indice bebidas 5	B	36	39
Arenque	6	65	60
Carne vaca	7	—	61
Sebo	8	46	41
Mantequilla	9	58	65
Indice art. pecuarios 6-9	C	56	57
Pimienta	10	—	117
Vino del Rin	11	32	32
Indice art. importados *10-11*	D	32	74
Indice general de los art. alimenticios A, B, C y D		38	53

En este caso vemos que en el grupo primero el índice colectivo asciende en un 50% a pesar de que el único género comparable, o sea la avena, desciende de precio y que en el grupo cuarto la media aritmética colectiva sube en el 130% pese a que el único artículo comparable (el vino del Rin) se mantiene en el mismo precio. Si hubiésemos efectuado este cálculo con el método reprobado, el índice del grupo primero hubiera descendido en el 2,7%, el segundo hubiese ascendido en un 8,3%, el tercero habría bajado en el 2,2% y el cuarto hubiera permanecido inmutable. La media aritmética colectiva de todo el grupo de mercancías alimenticias ha permanecido casi invariable, con un incremento del 1% aproximadamente, mientras que con el procedimiento utilizado por los investigadores de Lvov se obtiene un cuadro con un aumento supuesto del 40%. Este resultado es nuevamente el producto exclusivo de la «aparición» y la «desaparición» de ciertos artículos en un quinquenio y en otro.

Los ejemplos citados fueron escogidos casualmente. Podrían multiplicarse con mucha facilidad. No obstante, hay que señalar que, como resultado de la ley de las grandes magnitudes, no siempre se observa en el producto unas deformaciones tan extremadas; a veces los diferentes factores deformantes se anulan unos a otros. Pero dado que la acción de la ley de las grandes magnitudes borra la deformación de los resultados, el método utilizado no puede ser corregido.

El último ejemplo citado se presta igualmente al examen de otro problema como es la estructura de la media aritmética del coste de vida, en la forma como la calculan los alumnos de Bujak.

Los índices colectivos se hallan calculados en la «escuela de Lvov» como índices no ponderados. ¡Es difícil no asombrarse! Como es sabido, las medias aritméticas no ponderadas no existen: las que llevan este nombre se distinguen por el hecho de que en todo el grupo sus componentes tienen el mismo valor (por ejemplo, igual a 1). En la elaboración de los índices colectivos

de «segundo grado» el asunto se complica. Si todos los artículos tomados en consideración tuvieran una anotación, la media aritmética del precio del centeno como uno de los cuatro componentes del índice colectivo de los cereales, que a su vez es uno de los cuatro componentes del índice colectivo de «segundo grado», o sea, la media aritmética del coste de los productos alimenticios, tendría una influencia en este último = al 1/16. En el ejemplo analizado y considerando la falta de una serie de datos, la construcción del «cesto» de aprovisionamiento que de hecho se halla representado por el índice general del precio de los alimentos, se presenta como sigue:

en los años 1526-1530: trigo 12,5 %, avena 12,5 %, cerveza 25,%, arenque 8,3 %, sebo 8,3 %, mantequilla 8,3 %, y vino del Rin 25 %.

en los años 1531-1535: cebada 8,3 %, avena 8,3 %, guisantes 8,3 %, cerveza 25 %, arenque 6,3 %, carne de vaca 6,3 %, sebo 3 %, mantequilla 6,3 %, y pimienta 25 %.

El hecho de que en ambos quinquenios, dos géneros quizá no fundamentales en el consumo masivo (una vez la cerveza y el vino del Rin, otra vez la cerveza y la pimienta obtuvieron en suma un 50% de coeficiente en un índice tan importante como el índice general de los precios de los productos alimenticios), inquieta y hace reflexionar. Así, aparece en realidad la media aritmética de precios de los artículos alimenticios supuestamente no ponderada. Tales son los efectos cuando se calcula un índice constante para un surtido de artículos que cambia constantemente.

Como conclusión de todo esto podemos decir que para calcular las medias aritméticas colectivas, los grupos de artículos deben ser muy homogéneos, más bien estrechos que amplios, agrupando en su seno a unos artículos cuyos precios, de acuerdo con los conocimientos que tengamos de la economía analizada, no puedan oscilar de distinta manera, por hallarse ligados por su carácter dé sucedáneos (artículos harinosos) o por constituir una fase consecutiva en la producción (trigo y harina, cuero y calzado, etc.) o, finalmente, por otras fuertes afinidades.

La elección del índice: ¿constante o en cadena? En general, es más seguro servirse de los índices en cadena en las búsquedas históricas.[179] Lo vamos a ilustrar con un ejemplo. Las causas por las cuales preferimos la media aritmética en cadena al índice constante en esta clase de investigación son tres.

1. Empezaremos por las lagunas en el material a las que acabamos de referirnos y que son numerosas e inevitables en

los análisis históricos. El historiador no puede influir en ello, pero sí debe prevenirse contra los efectos deformadores. Además, es una regla que estas lagunas sean más numerosas durante las etapas iniciales del período investigado, lo que ha de reflejarse en todo el curso ulterior del índice constante. Pero esta no deja de ser de momento una dificultad más reducida, ya que podemos aplicar el índice constante retroactivo partiendo del final. Más importante es la circunstancia que señalábamos hace un instante y que vamos a generalizar con el siguiente ejemplo ficticio sobre el cálculo del índice colectivo para cuatro grupos de artículos:

Año	*a*	*b*	*c*	*d*	*Índice*	
					constante	*en cadena*
x	400	180	160	200	235	100
x+1	—	198	176	220	198	110

Todos los géneros sobre los cuales disponemos de los datos en ambos años encarecieron en un 10%, a pesar de lo cual el índice constante descendió en un importante 15%, debido a que en el conjunto de los artículos «a» nos tocó uno cuyo índice, en comparación con la base, era el más encumbrado y el que más pesó sobre la media aritmética. Por supuesto tácito, el índice en cadena parte correctamente de la idea que el índice «a» ha cambiado en el mismo grado que los restantes. Este mismo resultado se hubiese obtenido al estimar el precio del artículo «a» de acuerdo con el cambio de los demás artículos, o sea, en este caso, en 440.

2. El segundo motivo consiste en que pese a las eliminaciones que hayan podido efectuarse en el material primitivo, es indispensable tener presente la aparición de transacciones no típicas o que no pueden compararse con las demás (otras dimensiones, otra calidad, otras formas de pago, etc.). Con el índice constante, cada uno de estos errores —siempre más numerosos en los períodos iniciales del análisis— habrá de seguirnos hasta el final del período investigado, deformando todo el curso del índice. Con la media aritmética en cadena es más fácil identificar y eliminar las deformaciones.

Tomemos un ejemplo ficticio (ver tabla de pág. siguiente).

La comparación de los datos de la rúbrica 3 con los datos de la rúbrica 5 no da lugar a dudas de que el precio de un artículo determinado en la ciudad A ha oscilado en concordancia absoluta con lo que ocurrió en las otras cuatro ciudades, aunque en los datos de la ciudad A entre el quinquenio I y II se esconde

	En la ciudad A		Media cuatro ciudades restantes		Media para las cinco ciudades	
	Precio en groszys	Indice constante	Indice en cadena	Indice const.	Indice en cad.	Indice const.
Quinquenio	1	2	3	4	5	6
I	0,5	100	—	100	—	100
II	2	400	400	120	120	175
III	3	600	150	180	150	264
IV	4	800	133	240	133	352
V	4	800	100	240	100	352
VI	6	1200	150	360	150	528

algún error, el cual es visible, lo localizamos fácilmente y lo eliminamos sin perjudicar en lo más mínimo su curso ulterior con el índice en cadena. Tras la comparación de los índices constantes (rúbrica 2 y 4), la simetría de los cambios en todos los quinquenios, desde el II hasta el último, no es evidente. Las cifras erróneas del principio deforman todo el curso del índice. La ponderación del primer eslabón con la media aritmética constante obliga a cambiar su base y por eso mismo dificulta la comparación con los índices de los demás géneros calculados con la base adoptada hasta ahora. La rúbrica 6 nos muestra cómo aparecería el índice constante para las cinco ciudades si el primer eslabón de la ciudad A no lo hubiésemos eliminado (la rúbrica 4 multiplicada por el coeficiente 4 como relativo a las cuatro ciudades, más la rúbrica 2 dividida por 5). Obtendríamos entonces que el precio de este artículo en ese período habría aumentado en más de seis veces mientras que, como sabemos, en realidad sólo aumentó en 4,21 veces. Evidentemente, puede reproducirse este mismo ejemplo teniendo en cuenta en vez de un artículo de las cinco ciudades, los precios de varios artículos de una sola ciudad y el cálculo del índice colectivo.

El problema es tanto más peligroso ya que con las largas series de índices constantes las magnitudes absolutas de los índices de los diferentes artículos cambian y se diferencian entre sí varias veces durante los períodos consecutivos de tiempo, y que el defecto inicial de la media aritmética que sigue creciendo mucho más que las restantes, deforma todos los índices de los cuales suele ser a veces el componente decisivo.

Es necesario decir que éste es precisamente el método que aplican los investigadores de Lvov y que no se escucharon los consejos de quienes —Wisniewski— pedían el empleo de los índices en cadena.

3. El tercer motivo se halla ligado a las largas series de tiempo utilizadas por los autores de Lvov, las cuales abarcan dos y hasta tres siglos para la investigación de algunos precios en la ciudad de Lvov.[180] Durante un período tan largo se producen no solamente fluctuaciones en los precios del mercado como resultado de los cambios en la oferta y la demanda, sino variaciones estructurales en la economía del país y en la de otros países a los cuales se exportan o de los cuales se importan los productos. En el curso de los siglos XVI al XVIII se producen, con la revolución de las rutas comerciales, la revolución de los precios, considerables cambios en la técnica industrial, etc. En resumen, que nos hallamos ante unos cambios fundamentales y duraderos en relación con el nivel de los precios, como, por ejemplo, una gran baja en los precios de los artículos coloniales en comparación con otros productos alimenticios, un descenso de los artículos industriales cotejándolos con los del agro, etc. También intervienen otros factores, como por ejemplo la substitución de los géneros de peor calidad que seguirán llevando el mismo nombre en las épocas ulteriores, etc. En el índice constante pueden, e incluso deben, aparecer serias perturbaciones. Lo aclararemos con un ejemplo ficticio. Supongamos que en comparación con el índice 100 tomado como punto de partida, en el año analizado, próximo al final del período investigado, los índices de los tres artículos que nos interesan ascienden a:

1000 100 100

y que el índice colectivo no ponderado, es decir, el que los autores de Lvov calculan, asciende a 400. Supongamos a continuación que en el año siguiente una de las medias aritméticas sufre un aumento del 20%. Los autores de Lvov utilizan el índice no ponderado con la esperanza de que así, cada cambio de los índices ejercerá la misma influencia en el producto general. Pero como el artículo primero encarece en un 20%, el índice colectivo asciende a 467. En cambio, si encarece el artículo segundo o tercero, el aumento de la media aritmética colectiva será mínima, ya que apenas alcanzará a 407. Vemos, por tanto, que el movimiento del primer factor pesa de una forma decisiva sobre el índice colectivo. Dado que en un largo período la magnitud absoluta de los índices se diferencia cada vez más y que éste es un hecho que, como ya lo dijimos, más que una posibilidad constituye una regla, no puede extrañarse de que en muchos tomos de los autores de Lvov el índice del coste de vida sea la media aritmética ligeramente moderada de los artículos alimenticios y que el índice del precio de los alimentos no sea sino el índice del trigo ligeramente moderado.

Las medias de los grupos, ¿ponderadas o no? En las investigaciones de Lvov todos los índices de grupos —excepto el de los costes de vida— se obtienen como medias no ponderadas de los

componentes que entran en los grupos. Anteriormente hemos dicho que la media no ponderada en realidad no existe: es una media en la cual todos los componentes tienen el mismo coeficiente y que depende por lo tanto en un mismo grado del precio del centeno como del precio del azafrán. Los autores de Lvov se dan perfecta cuenta de ello[181] pero suelen seguir utilizándola. Los índices de todos los artículos analizados por ellos (casi cada año el surtido de los artículos suele ser diferente al aparecer unos mientras otros desaparecen, lo que como ya hemos dicho, con el índice constante deforma los resultados) se hallan agrupados en tres medias aritméticas colectivas, obtenidas como media no ponderada: productos alimenticios, vestido y vivienda. Naturalmente, el primer índice, como es el de los productos alimenticios, juega aquí un papel decisivo, que luego volvemos a encontrar evidentemente en el cálculo del índice del coste de vida —el único ponderado— con el gran coeficiente de 60%. Mientras tanto, en el curso de tres siglos —XVI, XVII y XVIII—, debido al gran aumento general de los precios se produjeron tres grandes cambios: *a*) subieron con más rapidez los precios de los cereales, capítulo principal de las exportaciones polacas, *b*) subieron más lentamente los precios de los artículos coloniales y de los artículos industriales, los primeros a consecuencia de la revolución en las rutas comerciales y los segundos en razón del progreso técnico en ciertas ramas de la producción, *c*) entre estos dos extremos oscila la subida de los precios de los artículos de producción y de consumo locales, como, por ejemplo, los productos pecuarios. Así, si en un período cualquiera ascendieron los precios de los cereales sin cambiar los de la carne y bajó el precio del azafrán —lo cual, como ya hemos dicho, corresponde a una tendencia concreta—, podemos obtener un índice no ponderado del coste de los alimentos invariable. Pero ¿qué es lo que representa? ¿El así llamado nivel general de los precios de los productos alimenticios? No, por cuanto éste debiera haber sido ponderado con las dimensiones de las transacciones o de la producción. ¿El papel de los alimentos en el coste de vida? Tampoco, ya que debiera haberse ponderado el consumo. A nuestro parecer no representa nada.

Es fácil llegar a esta tesis, pero es más difícil, sin embargo, señalar el camino que se debe seguir cuando faltan las bases para fijar el coeficiente de las diferentes mercancías en la producción, en el mercado o en el consumo. Wisniewski escribe acerca de este problema: «En ciertas circunstancias nos vemos obligados a confesar nuestra ignorancia, y utilizar el índice no ponderado, pero no por ello hagamos de esto una virtud.»[182] Creemos que no es suficiente, pues si descalificamos el índice no ponderado utilizado por los alumnos de Bujak y no sabemos establecer los principios para fijar los coeficientes, vale más intentar otra solución.

El camino del «mal menor» es, en esta difícil situación, calcular los índices colectivos para unos grupos de artículos mucho más estrechos y más homogéneos que los que utilizan los autores de Lvov, los cuales usan alimentos, vestido, vivienda, que reúnen en cada uno de los mismos unos géneros cuyos precios pueden fluctuar y que de hecho oscilan en el período analizado no sólo desigualmente sino en sentidos opuestos. El trigo, las especias y el vodka en un mismo grupo de alimentos sólo pueden dar con la media no ponderada una magnitud que nada representa. Igual ocurre con el grupo de los vestidos y con el de la vivienda en el que se introduce el hierro, la madera y el sebo.

En cambio, el índice colectivo debe ser calculado con respecto a unos grupos elaborados de tal manera que los precios de los artículos que los componen no puedan sufrir fluctuaciones demasiado heterogéneas. Dichos grupos han de hallarse vinculados por algo esencial como, por ejemplo, el carácter de reemplazamiento (el precio de un artículo no puede subir mientras que el del segundo baja porque entonces los consumidores se lanzan de uno a otro y los precios se equilibran), la identidad de la materia prima en tanto que ésta juega un papel principal en los costes de producción, las fases sucesivas de la elaboración, la comunidad de los otros factores en cuanto pueden influir en los precios —por ejemplo, los diferentes costes de producción de los productos coloniales juegan un papel poco importante ante los costes comunes del transporte, los intermediarios, el rebasar las tarifas arancelarias, etc. Al agrupar de esta forma los artículos en grupos homogéneos, averiguamos seguidamente con la base de nuestros conocimientos sobre la economía del período analizado si no hemos incurrido en algún error, observando si los índices de los precios de los artículos con los cuales configuramos uno de los grupos son más o menos paralelos entre sí.

Creemos que aquí está el marco dentro del cual pueden utilizarse las medias no ponderadas en caso de dificultades concretas. Pero más allá del mismo debemos aplicar algún coeficiente. ¿Será éste apriorístico, débilmente fundamentado? Sin duda que sí, pero siempre preferible a la falta de coeficiente, es decir, a asignarle un mismo peso a todos los componentes.

Naturalmente, en ciertas situaciones concretas puede ocurrir que en los grupos más vinculados internamente aparezca alguna asimetría.

Suponiendo que en el año 1693 en el Principado de Ziwiec las orugas devoraron «casi todas las coles provocando una gran subida del precio de éstas»,[183] y si en otra ocasión nos enteramos que «la peste ha diezmado a los gansos»,[184] cada uno de estos fenómenos debía acompañarse de un aumento desproporcional del precio del artículo dado en comparación con los precios de

los demás artículos, con los cuales solía concordar en las fluctuaciones del mercado. Sin embargo, estos fenómenos son casuales y deben desaparecer a corto espacio de tiempo y su influencia puede contrarrestarse operando con las medias agrupadas y relativas a varios años. En cambio, se producen irregularidades importantes en el caso de los productos pecuarios. Si el mal tiempo ocasiona una falta de pastos para el ganado, aumenta el sacrificio de los animales y por consiguiente desciende el precio de la carne, lo cual provoca también el aumento del precio de los productos derivados de la leche. La baja de la carne cede luego el paso al aumento del precio de la misma, mientras que la carestía de los productos derivados de la leche se prolonga, como lo prueban los datos que podemos hallar directamente en las fuentes.[185] También solía ocurrir que tras las devastaciones de la guerra, cuando todos los géneros alimenticios encarecían, la carne seguía siendo el único producto barato como consecuencia del incrementado sacrificio del ganado provocado por la falta de pastos.[186] Pero este desequilibrio es generalmente de corta duración. En tales casos podemos comprobar que los productos lácteos comienzan a encarecer un poco antes, mientras que los precios de la carne y de las grasas animales bajan transitoriamente y durante un breve período.

Las interpretaciones. Hemos dejado este punto para el final, ya que los autores de Lvov están en su derecho al considerar que su tarea esencial consiste en reunir, criticar, elaborar y publicar los materiales y no en proceder al análisis científico de los mismos, como también a dejar este examen a los futuros investigadores, porque la ejecución misma de la tarea que se asignaron como objetivo principal era inconmensurablemente ardua y porque el análisis científico de la historia de los precios puede efectuarse con los más diversos criterios. De forma que es posible considerar esta labor más bien como la publicación de los materiales originales cuyo análisis y aprovechamiento científico no se enmarca en un solo trabajo. Sin embargo, como quiera que en los tomos mencionados aparecen ciertos elementos de interpretación y que, además, en ellos destacan ciertos rasgos y afinidades de una escuela determinada, que por añadidura no fueron hasta ahora el tema de ninguna discusión científica, merece dedicarles un poco de atención.

En primer lugar, veamos cuál es el objeto de esa tarea. Los alumnos de Bujak examinan el desarrollo de los precios en los diferentes grupos de mercancías y de salarios, tratando a continuación de subrayar el desarrollo general del nivel de los precios y los salarios. Dedican una atención más limitada a las relaciones de los precios y en particular a la más importante: la relación de los precios y de los salarios. Sin embargo, los precios de las diferentes mercancías, bien sean nominales o de «hecho» —para emplear la definición de la escuela de Bujak—,

por sí mismos no representan nada. Lo único esencial aquí son las relaciones. Éstas nos hablan del cambio, en el curso de la historia, de los criterios de los valores económicos, de la estructura del consumo, y, finalmente, suelen reemplazar en cierta medida las estadísticas de la producción cuando no disponemos de éstas para un período determinado, al señalar las diferencias en el ritmo de desarrollo de las distintas ramas de la producción, las desigualdades en las diferentes ramas de la producción, los efectos del desarrollo extensivo de las fuerzas productivas, el progreso técnico y los cambios en la productividad.

Evidentemente, la historia de los precios por sí sola nos permite únicamente el formular hipótesis acerca de esos aspectos. No obstante, los resultados que podemos obtener con ella, unidos a otros tipos de fuentes, nos permiten muchas veces alcanzar soluciones sumamente auténticas y exactas.

En cambio, el movimiento de los salarios reales constituye, o puede constituir en ciertos casos, el índice aproximado del desarrollo global de la producción (naturalmente, siempre que tengamos todas las bases para suponer que no sufrió un gran cambio el nivel de los privilegios de clase). De manera que el análisis de los salarios reales, es decir, de la relación entre el salario y el precio de las mercancías —sobre todo bajo la forma del índice del coste de vida—, es trascendental para el conocimiento del nivel de vida de una parte de las masas trabajadoras y en particular para conocer los cambios en la magnitud global de la producción que con otros métodos es difícil de aprehender en las fuentes. Es evidente que en la época feudal la situación se plantea de un modo algo distinto por cuanto los salarios no suelen representar en el nivel de vida más que una parte relativamente reducida de la clase trabajadora.

Por otra parte, hay que tener presente que en el marco de la producción mercantil el papel del salario es cada vez más importante y que al mismo tiempo el progreso económico se refleja sobre todo en el aumento de la producción mercantil. Esto representa, por tanto, un barómetro muy sensible.

Mientras tanto, los alumnos de Bujak le prestan muy poca atención a la comparación de los cambios que acontecen en las relaciones de los precios de las diferentes mercancías y menos aún que a los salarios reales. Se interesan sobre todo por «el nivel general de los precios no ponderados». Pero ya hemos dicho que, en sí mismos, éstos no representan nada[187] y que, aun cuando se ponderasen, no nos hablarían de los problemas más importantes.

Pero si a pesar de todo, los alumnos de Bujak centran su labor analítica en la interpretación de los cambios del «nivel general de los precios», veamos en qué categorías de fenómenos buscan la explicación de dichos cambios.

Entre los factores que originan los movimientos de los pre-

cios, los alumnos de Bujak subrayan el problema de la magnitud de la cosecha. En ella suelen situar la causa de los movimientos, incluso los de larga duración. Así por ejemplo, el aumento de los precios y de los salarios en los años 1625-1650 se halla provocado principalmente por las malas cosechas a consecuencia de las heladas o del exceso de humedad de los campos.[188] Es difícil compartir este razonamiento. Las búsquedas iniciadas igualmente por F. Bujak en torno a la historia de las plagas elementales en Polonia constituyen un gran mérito de este investigador,[189] ya que éstas son mucho más importantes en la época feudal que en la época capitalista; en los tiempos del feudalismo el hombre se hallaba más indefenso frente a las fuerzas de la naturaleza: la productividad del trabajo es más baja, el producto suplementario reducido, basta una pequeña disminución del producto global para que el producto suplementario deje de existir en general, son insignificantes las posibilidades de la acumulación de reservas, la exigüidad del mercado dificulta el transporte de las mercancías de las regiones no afectadas por las calamidades naturales, lo que hace que se equilibren los precios. Pero pese a todo esto, las buenas o las malas cosechas sólo pueden ser un factor decisivo, también durante el feudalismo, en la fluctuación de los precios en una escala de uno a tres años. En las series de cinco años el influjo de este factor ya suele nivelarse, generalmente, y con más razón aún en los largos períodos. Si las cosechas siguen siendo pequeñas durante un decenio, ya no es posible atribuir este fenómeno a las malas condiciones climatológicas sino a una reducción del nivel de los cultivos.

Pero es el caso que los alumnos de Bujak, en sus razonamientos, no suelen llegar hasta los problemas de la producción que sólo pueden aclararse a través de los cambios constantes de los precios y que sólo estos cambios constantes de los precios pueden confirmar.[190]

El segundo plano en el que los autores de Lvov buscan los motivos de los cambios en el «nivel general de los precios» son los fenómenos monetarios. Aquí, su razonamiento es muy simple. Los cambios monetarios son considerados como un fenómeno en sí mismo y ellos no advierten que es la manifestación de unos procesos más profundos relacionados con la creación y el reparto de la renta social. El empeoramiento de la calidad del dinero es en aquellos tiempos un sistema de acción inflacionista que, de una manera insuficiente para las necesidades del aparato estatal, reemplaza el sistema fiscal. Con ayuda de este mecanismo, el Estado recoge para sus necesidades —especialmente para las de la guerra— el incremento de la renta social, el superávit existente en comparación con el nivel anterior de la dicha renta. Esto se manifiesta claramente, entre otras cosas, en la disminución del nivel de los salarios reales en los momentos de un empeoramiento del dinero.

A este respecto merece señalarse que, aun cuando en la ciencia polaca se ha escrito mucho sobre ese empeoramiento monetario, sólo los materiales correspondientes a las investigaciones de Lvov han permitido analizar quién y en qué grado asumió el fardo de este impuesto inflacionista en aquellos momentos. Ésta es una tarea que corresponde realizar a nuestra ciencia. Evidentemente, este sistema de imposición encubierta no duraba mucho tiempo. La circulación ulterior del dinero devaluado ya no tenía ninguna significación y para mantener ese sistema de imposición hubiera sido preciso «empeorar» cada vez la calidad del dinero. Al no producirse este «empeoramiento», los precios, comenzando por los de los artículos de exportación y de importación, volvían a su valor en oro, mientras que los salarios iban alcanzando los precios muy lentamente. Esto provocaba un período dilatado o más breve de baja del salario real, del que se beneficiaba no ya el tesoro del Estado sino cada empresario. Y esto precisamente constituía el fenómeno más importante para la investigación. Pero el ligar el análisis del fenómeno de los precios con los fenómenos de la producción y del reparto de la renta social distaba mucho de ser la tarea de la «escuela de Bujak».

Las conclusiones que podrían extraerse de estos razonamientos sobre la indagación de los autores de Lvov acerca de la historia de los precios son las siguientes: se trata de unas búsquedas infinitamente útiles que brindan unas grandes posibilidades de interpretación y que la ciencia polaca no ha empezado aún a aprovechar. Dada la enorme labor que la elaboración de cada uno de los tomos ha requerido, sus autores merecen nuestro agradecimiento. Por otra parte, debe recordarse que, debido al bajo nivel técnico-estadístico de elaboración de estos tomos, lo que más puede utilizarse en ellos son los datos originales, los cuales deben ser aprovechados de un modo crítico, lo cual nos es facilitado por los autores de Lvov ya que nos dan la cifra de las anotaciones con sus máximos y sus mínimos, lo que nos permite proceder a la eliminación de las anotaciones no típicas mucho más extensamente que lo hicieran los alumnos de Bujak.

LA ESTRUCTURA DEL MERCADO EN LA ECONOMÍA PREINDUSTRIAL

La investigación histórica de los precios es el análisis de la economía mercantil. Para la adecuada interpretación de este problema con respecto a las sociedades preindustriales hay que tomar en consideración las diferencias en la estructura del mercado en dichas sociedades.

La historiografía tradicional conocía esta cuestión, sin em-

bargo, centraba su atención únicamente en un aspecto del problema, es decir, sobre la así llamada prolongación del camino entre el productor y el consumidor, apareciendo entre estos dos polos a medida que se avanza en el proceso de desarrollo económico, primero el mercader individual y después, paulatinamente, el mayorista y el detallista, el organizador del transporte o del almacenaje, el promotor publicitario, los intermediarios del crédito, etc. Numerosos historiadores económicos dedicaron a este proceso la máxima atención, convirtiéndose asimismo en uno de los criterios de no pocas teorías del «nivel» de desarrollo económico.

Es justo analizar el fenómeno en sí mismo aunque en los últimos tiempos aparecen, particularmente en los países altamente desarrollados, los fenómenos que atestiguan los esfuerzos del gran capital tendentes a un nuevo acortamiento de este camino y a establecer, en lo posible, un contacto directo entre la gran industria y el último consumidor.

Sin embargo, las transformaciones a largo plazo de las estructuras del mercado tienen otros rasgos característicos no menos importantes. Nos referimos sobre todo a los costes de la distribución desde el punto de vista del porcentaje de la mano de obra empleada en ella y asimismo en su expresión en dinero.

En la ciencia occidental se ha dado el compartir el criterio de C. Clark, según el cual es una regla el aumento ocupacional en la esfera de la distribución de acuerdo con el incremento económico. Esta generalización suele ser justa a condición de que centremos nuestra atención en unos períodos relativamente breves de la historia, y esto solamente en cuanto respecta a los países actualmente más desarrollados. Este criterio falla completamente si ampliamos nuestro campo de visión al pasado remoto o a los países actualmente subdesarrollados. El concepto de C. Clark y de A. G. B. Fischer,[191] ha sido criticado últimamente en repetidas ocasiones a través de su confrontación con la realidad económica de los países atrasados.[192]

Se llamó sobre todo la atención acerca de una cierta ilusión de carácter estadístico. En la economía tradicional, el productor suele ejecutar diversas funciones en la distribución. Esto atañe sobre todo a los suministros del campesino al mercado o a los artesanos. Al profundizarse, más tarde, en el curso del proceso económico, la división del trabajo, el número de personas que en la estadística figuran como viviendo de la distribución puede aumentar incluso cuando disminuye la laboriosidad social de la distribución. La historia económica tradicional, así como también la postura económica de Clark y de Fischer, sólo tienen en cuenta el primero de los dos aspectos de este proceso. A medida que se avanza en el desarrollo económico el trabajo asalariado va substituyendo al trabajo no asalariado, irrumpiendo así en la estadística del empleo y de la renta nacional y provocando

una deformación de las perspectivas observables en esa misma dirección.

Sin embargo, aún más importante es otro aspecto del problema. Es el caso que la estructura primitiva del mercado, su dislocación en una cantidad infinita de pequeños mercados locales, la increíble suma de trabajo inherente a las comunicaciones y al transporte, la falta de elasticidad y la imperfección de la competencia, todo ello hace que en la economía tradicional la distribución sea enormemente costosa y requiera una gran suma de labor.

En las tiendas pueblerinas trabaja toda la familia, aprovechando el tiempo sólo en parte, pero la distribución se halla gravada en estos casos por el coste de existencia, aunque miserable, de la totalidad de los miembros. El resultado de esta desmedida ocupación en la distribución, es que la productividad del trabajo es evidentemente muy baja, acercándose a cero. En los períodos de crisis y de depresión, entre los fenómenos regresivos, observamos igualmente un incremento del empleo en el comercio. Dado que la distribución más imperfecta es la de los artículos de primera necesidad comenzando por los víveres, es comprensible que la magnitud de sus costes pese con más fuerza sobre las clases más pobres de la población. La cifra del empleo en el sector de los servicios es —según lo ha manifestado Baran— como la obesidad: unas veces puede significar la riqueza y otras veces la miseria.[193]

Finalmente, no dejan de ser muy importantes para la estructura del mercado en la economía preindustrial los fenómenos de una fuerte competencia monopolista, de la multiplicidad de los mercados, y la influencia nula o diferente a lo que suele ser bajo el capitalismo, del movimiento de los precios sobre la producción.

Las búsquedas que antes de la guerra se efectuaron en los Balcanes y después de la guerra en el Cercano Oriente[194] y en una serie de otros países subdesarrollados, permiten formular ciertas hipótesis generalizadoras.

El criterio que se ha extendido en la ciencia, según el cual la competencia es tanto más libre cuanto más lejos nos remontamos en el pasado económico, es ingenuo y carece enteramente de fundamento. En el modelo determinado por la estrechez de los mercados locales en los pequeños pueblos y por el sistema agrario basado en la gran propiedad de la tierra rodeada de pequeñas economías, la conformación de las relaciones mercantiles suele basarse como regla en una competencia en extremo imperfecta y hasta monopolista, y el papel económico de los precios en el mercado es muy diferente al que juega en las sociedades capitalistas industriales.

En escala nacional, el mercado más importante es evidentemente el de los principales productos agrícolas (trigo, arroz),

donde el campesino apenas vende. Su consumo casero, la alimentación del ganado, la siembra y en ciertos casos las prestaciones en frutos, suelen absorber no menos del 75 % y a veces la totalidad de su producción. De ahí que el principal abastecedor de estos productos sea el terrateniente y que las cantidades suministradas a los mercados locales no sean tan importantes como pudiera parecer, sino, por el contrario, muy reducidas.

En cuanto al terrateniente, los precios son los que deciden las cantidades vendidas y no la magnitud de la producción: si los precios bajan, guarda en sus almacenes una parte de los productos; si, por el contrario, los precios suben, los lanza al mercado. Los cambios en la estructura de la producción no provocan un cambio en los precios en primer lugar porque la estructura de éstos, al oscilar mucho de año en año, muestran una relativa estabilidad en el curso de los largos períodos, y en segundo lugar, porque faltan las condiciones técnicas. En cambio, el campesino no reacciona en absoluto ante la variación de los precios o reacciona a la inversa del terrateniente. Y no reacciona en absoluto porque no puede. Su pequeña tierra y la falta de medios financieros —por ejemplo, para comprar fertilizantes artificiales— no le permiten incrementar la producción y por otra parte el bajo nivel de vida no le permite reducir el consumo familiar. Mientras tiene alguna posibilidad de manipulación, reacciona inversamente ante la fluctuación de los precios: si éstos son bajos, vende más (dispone de un mayor superávit debido a una mayor cosecha y tiene, por tanto, que vender para sufragar los impuestos o las prestaciones en metálico, la renta de la tierra, los gastos, etc.); con los precios altos debe vender menos para cubrir esos mismos gastos o bien, vendiendo menos, puede alimentar mejor a su familia.

Los campesinos venden sus productos directamente al consumidor en el mercado o al mayorista, mientras que los terratenientes sólo venden al mayorista. Los mayoristas que operan en los pequeños mercados actúan de una manera unilateral, más bien solidariamente que compitiendo entre sí. Su postura monopolista y su solidaridad y las posibilidades de especular con las grandes fluctuaciones de los precios hacen que sus beneficios sean muy elevados, incrementándose por la posibilidad de practicar la usura —crediticia en relación con el productor, en grande y pequeña escala.

Un fenómeno distinto se produce en el mercado de los artículos de consumo de fácil corrupción como son las frutas y las verduras, la leche y los productos derivados de ella, el suministro de los cuales corresponde casi exclusivamente al campesino. No los produce en una explotación especializada sino como una parte a veces limitada de su producción general. Pero así como el trigo, que representa habitualmente la mayor parte de la producción del campesino, se halla consumido en su mayoría dentro

de la explotación y sólo pasa por el mercado una pequeña cantidad, en cambio, los demás artículos están destinados en su mayor parte al mercado. El campesino no está dispuesto a consumirlos y a renunciar a los ingresos en metálico que esos productos le facilitan, por lo cual estos artículos son vendidos directamente por él al consumidor en el mercado —de aquí que el radio del mercado se halle determinado por la posibilidad de que el carro enganchado al caballo pueda ir y volver en el transcurso del día al mercado. En este caso no hay ni intermediario ni especulación. En cambio, en este sector los precios son muy elásticos, no sólo de año en año, no sólo temporalmente, sino de semana en semana en relación con el acarreo que puede verse reducido por el mal tiempo, una boda campesina u otra circunstancia cualquiera. El campesino no quiere regresar con sus productos y cada precio que le ofrecen por ellos resulta rentable para él teniendo en cuenta la falta de costos de producción en metálico, sin contar con el cálculo del coste de trabajo familiar.

Así que de esta manera resulta difícil hablar de «precio en el mercado», ya que cada transacción es, en su género, un intercambio aislado. En el sentido de la estabilización de los precios actúa sobre todo la gran elasticidad de la demanda, y en cierta medida, la tendencia del aldeano a reducir su consumo personal en consonancia con la subida de los precios y viceversa. Más fuertes, sin embargo, son las tendencias que van en el sentido contrario (carácter local del mercado, fluctuación del acarreo de día en día y deseo del campesino de no regresar con la mercancía). Las posibilidades productivas del campesino en este aspecto se hallan determinadas por el grado de posesión de la tierra y por el volumen de la fuerza de trabajo familiar: cuando los precios suben, no puede aumentar su producción, y cuando, por el contrario, éstos bajan, no tiene ningún motivo para reducirla, ya que, como lo hemos dicho, cualquier precio es para él rentable y porque no le queda la alternativa de lanzarse a la producción de otras mercancías. Por lo tanto, los cambios de los precios en los largos períodos sólo pueden esclarecerse en lo esencial a través de los cambios en el sector de la demanda.

La eliminación de los intermediarios y de la especulación no favorece, por tanto, en este caso al productor sino al consumidor de las pequeñas aglomeraciones urbanas, siendo una de las manifestaciones de la situación privilegiada de las ciudades con respecto al campo. Este privilegio se suele hallar reforzado por el control municipal del mercado.

En el mercado de los artículos industriales de consumo y de los servicios industriales se produce asimismo otro fenómeno. Estos artículos son suministrados por la pequeña industria aldeana, la artesanía local, las fábricas y la importación. En los países actualmente atrasados es importante el papel de las importaciones, que reducen relativamente el papel de los tres tipos

primitivos de abastecedores en comparación con la situación de los países hoy desarrollados en el período preindustrial. Una parte de los suministros, así como también de la producción —artesanía casera—, se halla organizada por el mercader, aunque éste no ocupa una postura de monopolio debido a que la mayoría de los artesanos tienen un contacto directo con el consumidor.

En la mayoría de los casos, el artesanado se halla organizado pero sus posibilidades de dictar los precios están limitadas por la competencia de los productos importados, bien sea de las lejanas fábricas nacionales o del extranjero. Así, vemos que en este sector son muy grandes las diferencias en relación con la situación que existía en el período preindustrial de los países actualmente desarrollados.

Por otra parte, se debe tener presente que los artículos de consumo masivo procedentes de la importación, aunque producidos en unos países con una productividad del trabajo muy superior, al pasar por un número considerable de intermediarios, en última instancia, en lugar de competir con el precio en la lucha por la absoluta conquista del mercado, suelen aspirar, por el contrario, a los máximos beneficios adaptándose a los precios locales. De ahí que a pesar de la competencia de los géneros industriales no haya que excluir la posibilidad de que los precios sean dictados por la producción local, en cierto aspecto monopolista.

Las empresas artesanas o de artesanía casera no aspiran a la expansión ni a competir con los precios. Por una parte, consideran exactamente la extrema falta de elasticidad de la demanda.[195] Las dificultades que se alzan en el camino de la ampliación de la empresa suelen ser insuperables. El coste de producción de una docena de lañas es inferior para producir 1.000 docenas que para producir 100.000 ya que no requiere ningún capital constante[196] y puede ser producida por la fuerza de trabajo familiar y no asalariada del artesano. El pequeño comerciante y el artesano también suelen vender a plazos, al fiado. Esto es de una importancia trascendental para el consumidor, ya que por regla general el campesino no suele comprar unos artículos de lujo, y sus ingresos en metálico son generalmente temporales. Por otra parte, el crédito al consumidor constituye una forma de ligarlo al vendedor, de limitar su libertad, lo que aumenta más aún el carácter monopolista de la competencia. De ahí que si la competencia existe no sea principalmente en razón de los precios sino de la calidad. Es decir: suponiendo que el herrero, el zapatero o el tendero sean los únicos en un mercado determinado, se hallan de hecho en una situación monopolista, cuyo disfrute está limitado por los elementos tradicionales, los vínculos personales con el medio y las reservas materiales del mercado. Si son varios, su situación objetiva los inclina a no competir en los precios, con lo que su postura se asemeja a la de un

monopolio formal inorganizado que les garantiza los más altos beneficios.

Por último, diremos algunas palabras acerca del mercado de capitales. El crédito a largo plazo no existe. La «tendencia al dinero líquido» —para emplear la terminología de Keynes— es muy elevada. Los bancos conceden préstamos al 10-15 % de interés. Los pequeños comerciantes y los campesinos, al no poder beneficiarse de los créditos bancarios, piden préstamos al 25, al 30 % y aún más de interés. Cuanto más baja es la categoría de los prestatarios, mayor es el papel del crédito al consumo (en el que entra igualmente el crédito destinado al pago de los impuestos de la renta de la tierra al terrateniente, etc.). A pesar de que en el mercado del crédito usuario hay muchos prestamistas, ellos tampoco compiten en relación con el precio del crédito que conceden.[197]

La interdependencia entre estos cuatro mercados es muy reducida. Donde más se observa relativamente es entre el nivel general de los precios de los productos del agro y el nivel general de los precios, pero generalmente con una tendencia al alza —en los años de pésima cosecha todos los precios suben.

La estructura del mercado es, por tanto, en extremo imperfecta, la competencia sumamente monopolista, y los precios no asumen una función reguladora en relación con la producción.

El carácter local del mercado y la pobreza de sus existencias crean las condiciones propicias al control monopolista de sus diferentes sectores, lo cual a su vez hace aún más profunda su imperfección.

Los resultados de las modernas investigaciones en torno a la estructura del mercado en los países atrasados[198] dan mucho que pensar a los historiadores económicos. El cuadro que acabamos de esbozar no les es desconocido, aunque no se hayan ocupado de la economía de los países actualmente subdesarrollados. Los rasgos de las corporaciones artesanas feudales tienen para el historiador económico otra peculiaridad desde el punto de vista cultural, única en su matiz y su estilo, pero al mismo tiempo universal en el sentido de la forma de explotación económica de un estrecho mercado local por la producción manual. Su lucha en contra de la competencia entre los artesanos, su aspiración al aprovechamiento colectivo de la posición monopolista es un fenómeno que en forma institucional o espontánea se manifiesta universalmente en los correspondientes niveles del desarrollo económico. La división de la producción entre el castillo y la aldea y la diferencia que entre ellos se manifiesta en el reparto de la producción destinada al mercado; la existencia de varios mercados, en gran parte independientes el uno del otro; el papel determinante de los precios de los artículos de consumo fundamentales (trigo-arroz), y por tanto de la cosecha, en el nivel general de los precios; las enormes fluctuaciones de los

precios en un corto período —semanales, diarias— y el aprovechamiento de estas oscilaciones por el especulador o por el consumidor urbano sin que se beneficie en lo más mínimo el productor directo; la ausencia del influjo regulador de los precios en la producción, todo ello son los fenómenos generales que aparecen universalmente en la estructura del mercado en la economía preindustrial.[199]

Además, no hay que olvidar que el papel y la función del dinero en la economía precapitalista no corresponde a los conceptos de los economistas burgueses, los cuales no conciben que el dinero sea un fenómeno social y que las condiciones sociales sellan el contenido de este fenómeno;[200] que las formas de su utilización suelen ser distintas en las diferentes sociedades;[201] que el atesoramiento no es el reflejo de un retraso en la conciencia social sino la adaptación racional a una situación momentánea.[202]

Finalmente, hay que llegar hasta el análisis económico de los sucedáneos del dinero, fenómeno muy frecuente en los pueblos primitivos[203] y que tardó mucho tiempo en desaparecer volviendo a reaparecer a veces.

Sólo en ese marco es posible comprender el fenómeno de los precios en la economía feudal, y sólo en él puede interpretarse el enorme bagaje acumulado en el campo de la historia de los precios. El precio es siempre un fenómeno de la economía mercantil y de mercado. Pero el mercado, la mercancía y el dinero son unos fenómenos profundamente diferentes en relación con el conjunto socio-económico en el cual se integran.

LOS PRECIOS EN LA ECONOMIA PRECAPITALISTA

Como ya hemos dicho, la investigación histórica de los precios comenzó en el período inicial del capitalismo, o sea en una época en que el nivel general de los precios y sus cambios empezaban a influir fuertemente, tanto sobre la magnitud de la renta social producida como en el reparto de la misma. Desde el momento en que este fenómeno tuvo una trascendencia tan considerable en la vida social, se empezó a investigar históricamente, como suele ocurrir en estos casos. Pero no fueron tan numerosas las preguntas acerca de si había tenido la misma trascendencia en el pasado. Esta tendencia podemos seguirla claramente desde Smith y Toock hasta el Comité Beveridge.

Sin embargo, hay un hecho y es que el precio, como fenómeno de la economía mercantil, es algo muy diferente en la economía precapitalista. Los enormes materiales reunidos por la ciencia acerca de la historia de los precios pueden constituir un excelente punto de partida para las búsquedas científicas. Por

el momento, tenemos que limitarnos en este terreno a la formulación de una serie de hipótesis y de interrogantes.

1. Tanto en la economía capitalista como en la economía precapitalista, los precios sólo atañen a la parte de los productos y los servicios que pasan por el mercado. Esto es claro, como lo es que en la economía precapitalista los precios conciernen a una parte del producto nacional global incomparablemente más reducido que bajo el sistema capitalista.

2. Tanto en la economía capitalista como en la economía precapitalista los cambios en el nivel general de los precios se hallan vinculados a las variaciones de la magnitud global de la renta nacional. Sin embargo, bajo el capitalismo esta relación es absolutamente distinta de la que se da en la economía precapitalista.

a) En la economía capitalista existe como regla la interdependencia —en el marco del ciclo coyuntural— del aumento de los precios y del incremento de la renta nacional. En la ecomía precapitalista, por el contrario, el aumento de la producción provoca el descenso del nivel general de los precios.

b) En la economía capitalista, en la cual se da como regla la existencia de las reservas de producción y por consiguiente el que en un momento determinado no se aproveche una fracción mayor o menor de las fuerzas y los medios de producción, la relación entre el nivel de los precios y la magnitud de la renta nacional se suele hallar configurada de tal manera, que el aumento de los precios, al movilizar las reservas, conduce al aumento de la renta nacional. Por el contrario, en la economía precapitalista, desprovista de reservas, por regla general los precios reflejan los cambios en el nivel de la renta nacional.[204]

c) En la economía capitalista, donde los precios se hallan conformados como resultado del paso por el mercado solamente de una parte de la renta nacional, incluso en los países más desarrollados existen, aunque en un marco reducido, fenómenos como el consumo personal de los pequeños productores agrícolas, que también influyen en la parte de la renta nacional que está al margen del mercado. Esto se halla ligado sobre todo a la penetración de la economía monetaria y crediticia incluso en las empresas productivas más tradicionales (pequeñas explotaciones agrícolas) y hasta en los países capitalistas más atrasados, ya que el pago de los impuestos al Estado se efectúa en ellos en metálico, utilizándose con mucha frecuencia el crédito monetario para las inversiones y hasta para el consumo. El aumento o el descenso de los precios de los productos agrícolas en relación con una determinada suma nominal, imprescindible aunque no sea más que para pagar los impuestos y los intereses de los créditos, determina las cantidades que una empresa dada puede

vender y por consiguiente determina la magnitud de la parte de la producción que puede no presentarse en el mercado.

Es decir, que los fenómenos del mercado dictan qué fracción de la renta no pasa por el mercado. En la economía precapitalista, donde predominan las prestaciones en frutos y falta el crédito —por lo menos productivo—, existe una primacía del sector que se halla fuera del mercado, lanzándose sólo a éste lo que sobra después de haber sido satisfechas sus necesidades marginales. De ahí que, pese a las grandes fluctuaciones de la renta nacional (oscilación de las cosechas, plagas elementales, etc.), la parte de la renta nacional que se sitúa al margen del mercado sea relativamente estable y que casi todas las fluctuaciones se transfieran a la parte de la renta nacional que pasa por él.

d) Pese a que la concepción de los precios resultantes de la competencia perfecta sea una ficción, hay que reconocer que la realidad de los países capitalistas desarrollados en la época del capitalismo premonopolista se aproxima a esta construcción teórica. En el período precapitalista y más estrictamente feudal, la competencia es en extremo imperfecta. Dejando aparte los elementos de la imperfección de la competencia tales como son el pequeño número de productores en el mercado, su estrechez geográfica, la falta de informaciones acerca de la situación en los demás mercados incluso vecinales, o las dificultades que pueda haber en que los vendedores o los compradores vayan a ese mercado (prohibición de presentarse en otro mercado, prohibición de que los «forasteros» beban en las ferias, etc.), también se dan otras formas más o menos eficientes de dictar los precios. A veces, el factor que dicta los precios es el productor o la organización de los productores (corporación), a veces es el consumidor (ciertos aspectos de las tasaciones regionales), pero el problema se dirime siempre de acuerdo con la correlación de las fuerzas de clase, concretamente según la correlación de fuerzas existente entre los diferentes grupos de productores y las corporaciones de consumidores.

e) Dado que el sector situado al margen del mercado no se resiente, o se resiente muy poco, de la influencia del fenómeno mercantil que mantiene su estabilidad frente a todas las fluctuaciones de la magnitud global de la renta nacional, ya que, al mismo tiempo, el sector al margen del mercado satisface las primeras y menos elásticas necesidades de una enorme parte de la población —todo el campesinado, toda la nobleza y una gran parte de la burguesía, la cual suele poseer huertas y cría de ganado—, resulta que, a pesar de que casi todas las oscilaciones de la magnitud global de la renta nacional se hallen transferidas a la parte que pasa por el mercado y como quiera que esta parte significa para la enorme masa de la población la satisfacción de las necesidades de segundo y tercer orden, necesi-

dades elásticas y que pueden «postergarse» en el mercado han de aparecer ciertos amortiguadores de las fluctuaciones de los precios.

La consecución del equilibrio en caso de una superioridad de la demanda sobre la oferta no se logra exclusivamente a través del alza de los precios. Por el contrario, al aumentar los precios puede aparecer el fenómeno del atesoramiento, bajo la forma de una «demanda diferida», con una baja transitoria de la demanda que así frena el aumento continuo de los precios. El fenómeno de la «demanda diferida», que sólo se manifiesta en casos excepcionales en la economía capitalista y no sin una ingerencia administrativa (por ejemplo, la «demanda diferida» entre los ciudadanos de los EE UU en la época de los altos salarios y a la vez de la falta de mercancías durante los años de la Segunda Guerra Mundial), suele ser en tiempos del feudalismo un fenómeno muy frecuente.

Por el contrario, en caso de un predominio de la oferta sobre la demanda, en los sectores no agrícolas no pueden crearse excedentes de mercancías ya que la producción estrictamente mercantil, para un consumidor desconocido, juega un papel muy reducido en la artesanía e incluso en las manufacturas del siglo XVIII, dominando por el contrario la producción por encargo.

De forma que de ocurrir un predominio de la oferta sobre la demanda, paran en el acto las fuerzas productivas no utilizadas sin que se dé el fenómeno, tan típico bajo el capitalismo, de que los almacenes estén repletos de mercancías. Toda la política de las corporaciones gremiales tiende entonces a contrarrestar el fenómeno si éste es transitorio, y si es duradero, a reducir la capacidad productiva del gremio —dificultando la emancipación de los siervos y la inmigración— para evitar a toda costa el descenso de los precios.[205]

Es preciso recordar todas estas diferencias características del papel de los precios en la economía precapitalista al hacer el análisis de los datos históricos sobre los precios y especialmente del movimiento de éstos, a fin de evitar ingenuos anacronismos.

¿Cuáles son, por consiguiente, los provechos más importantes que puede y debe brindar el análisis histórico de los precios?

LAS TAREAS CIENTIFICAS DEL ANALISIS HISTÓRICO DE LOS PRECIOS

La historia de los precios es, en su género, una disciplina auxiliar. Basada en unas técnicas propias, debe facilitar a todas las demás disciplinas históricas un conjunto de tablas, de cuadros y de diagramas auténticos. Cada historiador ha de saber

utilizar estos datos de la misma manera que se sirve de las tablas cronológicas para calcular las fechas de los documentos en nuestro calendario. Independientemente de la disciplina histórica que le interesa, cada investigador puede y debe servirse, en caso de necesidad, de los materiales concernientes a los precios. Naturalmente, para la utilización crítica de tales cuadros y tablas el historiador debe estar instruido en esta ciencia auxiliar de la historia, como lo está en el terreno de la cronología y quizá más, por cuanto en la historia de los precios rigen muchos más principios y métodos que en las demás disciplinas auxiliares; como resultado, las tablas elaboradas por los diferentes autores suelen presentar unos datos algo distintos.

El historiador debe saber cuál de los datos escoger y si no puede hacerlo ha de conocer lo que significan en concreto los que figuran en los balances que se hallan a su disposición. En este caso no se trata de un simple toque de atención de carácter teórico, ya que es muy fácil convencerse de qué forma tan ingenua y carente de espíritu crítico han sido utilizados, por ejemplo, los datos contenidos en las publicaciones sobre la historia de los precios, elaboradas por la «escuela de Bujak».

La historia de los precios representa una disciplina auxiliar no solamente en el sentido estricto de la palabra, ya que las tablas elaboradas con sus métodos son susceptibles de facilitar, si fuera necesario, las informaciones con respecto a lo que costó en tal o cual año éste u otro artículo, así como también lo que se podía comprar con una determinada suma de dinero en un período dado. Es decir, la historia de los precios puede facilitarnos toda una serie de datos sobre el período investigado. Naturalmente, si con anterioridad hemos hablado de un necesario criticismo en el aprovechamiento de estos materiales, esto es cien veces más indispensable al referirnos a los problemas de la crítica. Podrían citarse decenas de ejemplos científicos como otras tantas advertencias.

Los cuadros que nos son facilitados por la historia de los precios representan, en primer lugar, una información acerca de si el período que nos interesa fue una época de «alzas» o de «bajas». Gracias al nivel alcanzado por estas investigaciones, ya no es posible dudar de que tales períodos de «alzas» y de «bajas» existieron asimismo en la época que precedió al capitalismo, y que en aquellos tiempos antiguos tuvieran una profunda influencia en numerosos aspectos de la vida social y no sólo económicamente. Ahora bien, cualquier interpretación de la magnitud de esta influencia en las épocas remotas, «a semejanza» de lo que este mismo fenómeno suele tener como repercusiones bajo la época capitalista, es una ingenuidad imperdonable, cuyos ejemplos son innumerables.

Finalmente, la historia de los precios es, en su género, una ciencia «auxiliar» de la historia económica. Ya nos hemos refe-

rido al hecho de que más bien señala que aclara los problemas. Al igual que cualquier cuestión social tiene un carácter complejo, así deben ser de complejos los métodos de indagación de cada uno de ellos. Los fenómenos de la historia de los precios constituyen para el historiador algo así como una señal de alarma que le indica que en un lugar determinado debe buscar algún fenómeno importante. La historia de los precios permite que dichos fenómenos no pasen inadvertidos.[206]

Anteriormente, en el capítulo general sobre la estadística histórica, nos referimos al hecho de que cualquier estadística puede ser un medio para llegar al conocimiento de unas cuestiones acerca de las cuales no informan las fuentes documentales. Esto concierne asimismo, naturalmente, al sector especial de la estadística histórica como es la historia de los precios.

En las fuentes de casi todas las épocas solemos hallar numerosas menciones acerca de los períodos de carestía. Estos datos son a menudo, y hasta con mucha frecuencia, incomprensibles. Por sí solos nada aclaran. Pueden esconder los más diferentes contenidos sociales. ¿Qué es lo que encareció, y para quién era la carestía?

En todas las épocas la gente suele quejarse de la carestía de la vida, pero mientras que con cada carestía alguien pierde, otros obtienen ganancias. Es muy frecuente, y en los tiempos pretéritos es una regla, que no hallemos la explicación de este fenómeno en las fuentes descriptivas, y aun cuando la tengamos, rara es la vez que podemos confiar en ella.

La posición ocupada por el autor de la fuente en la sociedad puede sugerirnos a veces alguna hipótesis. Por añadidura, el observador más perspicaz e imparcial no se hallaba en condiciones de llegar a la correcta apreciación de los hechos por carecer de los instrumentos de análisis económico. Pero nosotros disponemos de tales instrumentos y, aunque no estamos en condiciones de crear las fuentes y tenemos que valernos de unos materiales defectuosos, en muchos casos nos es posible, gracias a nuestros horizontes más amplios y a nuestros métodos más perfeccionados que los de los autores de la época, llegar a unas conclusiones a las cuales técnicamente éstos no podían tener acceso, aclarando unos problemas en torno a los que no podían darnos mayores informaciones en las fuentes descriptivas.

Se dan innumerables casos en que no estamos en condiciones de averiguar la autenticidad de los datos hallados en las fuentes, los cuales son tanto más perjudiciales cuando se trata de los problemas de la situación socio-económica, de la posición de las diferentes clases de la sociedad, etc., ya que en general suele ser dudosa la imparcialidad del autor de las fuentes. Entonces, la historia de los precios puede constituir un método de verificación incomparable. Esto atañe en sumo grado a los fenómenos y procesos sobre los cuales los coetáneos de la época no

pudieron informarnos debido a su angosto horizonte geográfico y cronológico.

Las legendarias figuraciones sobre los cambios que se operaron a través de los largos períodos suelen ser fantásticas. Este fenómeno merece ser investigado por cuanto constituye en todos los casos un elemento trascendental de la conciencia social. Los conceptos relativos a la orientación de los cambios en los largos espacios de tiempo son siempre un elemento codeterminante de la actividad social.

La estadística histórica en general y la estadística de los precios en particular puede facultarnos, al operar con la escala geográfica y cronológica, efectuar la investigación indispensable para la solución de un problema, como base a la comprobación de tales leyendas.

El historiador económico ha de tratar sobre todo de esclarecer la magnitud de la producción y los cambios acontecidos en ella, la productividad del trabajo humano y los cambios que en ella se producen, las relaciones entre las diferentes ramas productivas y las transformaciones que se operan en ellas y, finalmente, el reparto de la renta nacional y el nivel de vida en comparación con las otras épocas y los demás países. Los materiales de la historia de los precios se prestan al esclarecimiento de todos estos problemas a condición de que se hallen elaborados técnicamente y con prudencia sobre la base de un buen conocimiento de los procesos económicos de la época y evitando toda interpretación anacrónica.

Los cambios en la estructura de la población, en la relación entre la producción agropecuaria y la producción industrial, en las diferentes ramas de la producción agrícola y de la industria, entrañan evidentemente las variaciones en la relación de los precios. Surgen diferentes especies de «tijeras de precios»: agrícolas e industriales, de los productos de la tierra y pecuarios, etc. Al analizar estas «tijeras» podemos aproximarnos al conocimiento de los cambios en la estructura de la producción y la productividad del trabajo.

Naturalmente, el grado y la orientación en la abertura de tales «tijeras» depende enteramente del punto de partida que se ha elegido en la investigación. «Con la ayuda de un sistema adecuado de bases es posible obtener casi a voluntad la magnitud y la orientación de la abertura de estas tijeras.»[207]

Evidentemente, la elocuencia de los precios dependerá en este aspecto del grado de comercialización de la producción de un grupo determinado de artículos. Es natural que las vinculaciones en relación con el extranjero han de provocar asimismo serias dificultades. El abaratamiento, por ejemplo, de un tejido de alta calidad puede ser el resultado no sólo del incremento de la productividad del trabajo en esa rama en Polonia sino del aumento de la productividad del trabajo en algunas regio-

nes de la Europa Occidental, siempre y cuando el papel de las importaciones en el mercado polaco pueda constituir un factor importante en la determinación del nivel de los precios. En la práctica, este peligro es tanto mayor en cuanto que las informaciones exactas sobre los precios sólo se conservaron en los mercados de las grandes ciudades sólidamente vinculadas con el mercado mundial, siendo casi insuperables las dificultades que supone el buscar una documentación análoga en las ciudades pequeñas y aisladas.

La historia de los precios puede facilitar los datos más importantes con respecto a los cambios que acontecen en el reparto de la renta social.

Naturalmente, recordamos que una parte esencial de la renta nacional no pasa por el mercado, que como resultado de los fenómenos a los cuales hemos aludido anteriormente, las fluctuaciones de los precios no han de enseñarnos demasiado sobre ella y, por último, que esa parte de la renta es relativamente estable ante las oscilaciones, particularmente las fluctuaciones a corto plazo —de año en año— de la magnitud global de la renta nacional, el reparto de la cual, en la fracción que no pasa por el mercado, constituye un problema de una importancia muy considerable para la síntesis de la historia económica, y tiene que ser analizado por lo tanto con otros métodos (comenzando con los procedimientos elaborados por Rutkowski). Las proporciones que aparecen en este reparto y los cambios que en ellas se producen son en definitiva el reflejo directo de la lucha de clases.

En segundo lugar, recordamos que precisamente la parte de la renta nacional que pasa por el mercado es la que sufre casi todas las fluctuaciones de la magnitud global de dicha renta y que, por lo tanto, es aquélla la que decide en relación con la parte que no pasa por el mercado y satisface las primeras necesidades, poco elásticas y de débil oscilación, sobre el nivel de vida de las diferentes clases sociales y de los cambios que se producen en dicho nivel de vida. Los fenómenos del mercado tienen, en sumo grado, un carácter de variantes independientes en relación con los individuos y los grupos sociales que intervienen en él.

No es por lo tanto muy explícito para nosotros el precio de un artículo dado e incluso su cambio de precio. Apenas nos dice algo el así llamado nivel general de los precios ni los cambios que en él se producen, suponiendo que este concepto tuviera un sentido general determinado, particularmente en la economía precapitalista. Lo más explícito a este respecto son las relaciones entre los precios y muy especialmente los cambios en dichas relaciones. Se trata, por tanto, de lo que en la ciencia económica suele denominarse *terms of trade*.

Hasta ahora los historiadores de los precios casi no se han

ocupado de esta problemática. Es difícil abstraerse a la sensación de que en este aspecto actuaron en concordancia con su situación social: los intelectuales que intervenían en el mercado como vendedores de su fuerza de trabajo cualificada y como compradores de los bienes de consumo, se planteaban ante todo la pregunta: ¿qué cantidad de bienes de este o de otro género se podía comprar con una determinada suma de dinero?

De diferentes maneras trataron de aclarar la cuestión del «poder adquisitivo del dinero», el principal «problema económico» que en su vida les interesara. Este problema no es el más importante ni el más significativo, ya que un historiador que piensa con el criterio clasista debe agregar a esa pregunta «¿para quién?», ya que un ducado no tiene el mismo poder adquisitivo para el campesino que para el aristócrata, puesto que cada uno de ellos ha de gastarlo en cosas distintas. Además, en la economía precapitalista, la fracción de gentes que viven del trabajo asalariado y que, por consiguiente, intervienen en el mercado sólo como compradores de bienes de consumo (situación análoga al historiador profesional en la actualidad) es ínfima, lo que reduce más aún la importancia histórica de la pregunta acerca del «poder adquisitivo del dinero».

El planteamiento concretamente histórico de la cuestión radica en la pregunta acerca de las relaciones entre los precios de los artículos vendidos y los artículos comprados y, especialmente, en los cambios que se producen en estas relaciones.

La respuesta ideal y acertada desde el punto de vista estadístico a dicha pregunta constituiría evidentemente una dificultad a veces insuperable en las investigaciones históricas. Suponiendo que nos interese el papel que la aristocracia terrateniente desempeña en la parte de la renta nacional relacionada con el mercado, no basta con la comparación de los precios del trigo y de la madera por una parte y los de los artículos industriales por otra. Es preciso conocer las cantidades de los diferentes géneros vendidos y comprados para atribuirles a los precios de los distintos productos el correspondiente coeficiente.

Lo mismo ha de suceder si quisiéramos saber, en base a las *terms of trade*, cuál ha sido la participación del campesino o del artesano en el mercado urbano. Sin embargo, si nos conformamos con el sentido de los cambios que se manifiestan en el período indagado y, a lo sumo, con su escala, la tarea es factible. Además, no suele suceder, al menos en lo que a la nobleza concierne, que no dispongamos de ciertos puntos de referencia con el bagaje actual de la ciencia. Los datos relativos a las proporciones cuantitativas de los productos vendidos, por lo menos por la aristocracia terrateniente polaca más rica, podemos hallarlos aunque no sea más que en las estadísticas de Gdansk sobre las exportaciones, lo que puede constituir un índice suficiente.[208]

Los datos publicados acerca de las compras efectuadas en

Gdansk por los aristócratas inmediatamente después de haber vendido allí sus cosechas, carecen en verdad de un valor representativo,[209] pero, no obstante, sirven para suministrar ciertas orientaciones, al mismo tiempo que los materiales que se han conservado en los archivos de la Corte nos permitirían conseguir unas aproximaciones relativamente interesantes. También podrían esclarecer las «relaciones comerciales» desde el punto de vista de la nobleza media o pequeña en los mercados urbanos provinciales (por ejemplo, los datos de Pucinski y de Zubyk sobre la finca de Moczerady en relación con los datos sobre los precios de Lvov).

Es evidente que son ínfimas las posibilidades de hallar unas bases concretas para calcular las *terms of trade* desde el punto de vista del campesino que va a vender o comprar a un mercado pueblerino. No lograremos establecer ni los datos relativos a lo que vendió ni a la cantidad vendida, ni los precios locales. Pero tampoco en este caso la situación es desesperada. En el período de las famosas «tijeras de los precios» en los años de crisis del 1929-1932, la opinión pública seguía sus aberturas comparando la relación existente entre el precio de un saco de trigo o de un cerdo con el precio de un arado, de un saco de cemento, del petróleo o del tejido. Por lo demás, esto se efectuaba no con los precios de los mercados más pequeños sino con los de las grandes urbes, recordando sin embargo que en ciertas situaciones concretas la disparidad era mayor si el mercado era de poca importancia. Tales aproximaciones son enteramente realizables también en lo que respecta a la Polonia de los siglos XVI al XIX.

Mucho más complicada sería la tarea en relación con los artesanos urbanos. Entonces se tendrían que tomar en consideración dos relaciones de precios: la relación entre el precio de la materia prima y el precio del artículo elaborado (suficiente en principio para orientarse acerca de las rentas) y seguidamente la relación entre dichas rentas y los cambios en el precio de los artículos de consumo. La primera tarea podría realizarse con una exactitud relativa, ya que en los archivos urbanos y señoriales se han conservado una serie de cálculos de la producción artesana elaborados con motivo de fijar la reglamentación de los precios.

Merece ser señalado que las investigaciones así concebidas sobre las *terms of trade* ofrecen enormes posibilidades técnicas que permiten efectuar comparaciones en el tiempo e incluso en largos períodos, con la garantía de no incurrir en los errores tan frecuentes en la investigación de los precios, los cuales se hallan provocados por los fenómenos monetarios.

Al analizar cada año las relaciones de los precios en un mercado determinado, construimos para cada anualidad unas fracciones en las que la unidad monetaria entra así en el numerador como en el denominador, reduciéndose a cero.

Un ejemplo: al analizar el poder adquisitivo de un *laszt** de trigo expresado en artículos industriales importados en el mercado de Gdansk, obtenemos unas cifras comparables, pese a que durante el período investigado el valor del dinero e incluso de la unidad monetaria pueda haber cambiado —siempre y cuando en cada uno de los años el precio del trigo y el de los artículos industriales se halle expresado en unas unidades similares. Seremos muy afortunados si tenemos presente la cantidad de errores a los que se han visto abocados los investigadores de los precios por las dificultades ligadas a los cambios monetarios.

La obsesión de razonar con las categorías del «poder adquisitivo del dinero», olvidándose de la problemática vinculada con las «relaciones del comercio», hizo que se omitiera el análisis científico de los cambios que tuvieron lugar en la correlación de los precios de las diferentes mercancías en Polonia, en los siglos XVI al XVIII. Sin embargo, estos cambios tenían una importancia trascendental para la estructura de la renta nacional al hacer de los miembros de la nobleza —y cuanto más rica, en mayor proporción— los beneficiarios del proceso de transformación de Polonia en el *interland* de una Europa Occidental en vías de industrialización. Los beneficios resultantes del cambio de las *terms of trade* fueron para la nobleza muchas veces superiores incluso que las mayores fluctuaciones de la productividad del trabajo o de la productividad de la tierra. El cambio de las «relaciones de comercio», variante independiente, convirtió la aristocracia en la rentista de la etapa inicial del proceso de atraso económico del país.

La investigación de la correlación de los precios y de los cambios que en ella se operan puede aproximarnos al esclarecimiento de las causas del atraso económico de la nación, y sobre todo del atraso en el desarrollo industrial de Polonia a través del análisis de la relación entre los precios de las materias primas y el precio de los artículos elaborados. En el sector de la agricultura, en donde la materia prima es físicamente idéntica al producto elaborado —el grano para la sementera no se diferencia del grano para la venta—, los precios de las materias primas suben por tanto idénticamente a los de los productos vendidos, por lo cual podemos abstraernos de este problema, puesto que esta materia prima no es comprada. Esta fase del proceso de producción se realiza por lo tanto fuera del mercado, bastándonos con conocer las cantidades vendidas y sus precios para establecer la renta del productor agrícola.

En el artesanado y en la industria urbana la materia prima es comprada, pero en la Polonia moderna, país exportador de materias primas, los precios de éstas suben relativamente con

* El *laszt* equivalía antiguamente en Polonia a 3.840 litros. (*N. del T.*)

más rapidez que los precios de los productos industriales elaborados, por cuanto el encarecimiento de estos últimos se halla frenado por las importaciones procedentes de aquellos países en donde ya se hace notar claramente un fuerte aumento de la productividad del trabajo y de la competencia.

El análisis de la fluctuación de los precios en los cortos períodos (de año en año o de varios años), es decir, en unas condiciones en que podemos suponer que las dimensiones de la demanda permanecieron invariables, son susceptibles de representar para nosotros un índice trascendental, y a veces el único de los cambios de la renta social; teniendo en cuenta el carácter local o en el mejor de los casos regional del mercado en la época feudal, este índice puede señalar los cambios producidos en la magnitud de la «renta regional» en lugar de la renta «nacional».

Las diferencias en la amplitud de las fluctuaciones de los precios de los diferentes grupos de artículos, especialmente de los productos agropecuarios y de los productos artesanos en un corto período, pueden ser muy valiosas para nosotros y constituir en concreto el único índice objetivo del grado de «monopolización» del mercado por la organización corporativa. Si los precios de los productos del artesanado permanecen estables, incluso a pesar de fuertes oscilaciones en los precios de los artículos de consumo, tenemos en tal caso el derecho a suponer que la organización corporativa ejerce su hegemonía en un mercado dado.

Menos explícita, en proporción, es la amplitud de las fluctuaciones temporales de los precios, aunque también puede informarnos acerca de la economía de una región determinada en un período dado. Sobre todo, la amplitud de las oscilaciones temporales de los precios de los productos agrícolas suele constituir un índice, indirecto, sí, pero bastante sensible, de las fluctuaciones de la magnitud global de la producción agropecuaria. Es una regla asimismo que en los países en que el producto suplementario del trabajo humano es bajo, sean importantes las oscilaciones temporales de los precios. También es una norma que en los años de pésima cosecha, en los cuales la producción agrícola disminuye y desciende más aún la producción mercantil, crezca la amplitud de las fluctuaciones temporales. De esta forma, los datos acerca de las oscilaciones temporales de los precios pueden servir para el control de los resultados relativos a la magnitud de la producción, resultados que, como dijimos anteriormente, nos proporcionará el análisis de los precios. Las dimensiones de las fluctuaciones temporales de los precios nos permiten, asimismo, el percatarnos de la importancia de una serie de privilegios sociales de índole material: el privilegio de la burguesía más rica, que puede hacer acopio de productos cuando éstos están más baratos, en comparación con la plebe urbana que vive al día; la ventaja del terrateniente que puede llevar

su trigo al mercado en los períodos de alza de los precios, en comparación con el campesino que no puede jugar con las fluctuaciones temporales de los precios —pues si los campesinos pudieran tablar en ellas no habría oscilaciones temporales de los precios.

La disminución de la amplitud de las fluctuaciones temporales de los precios es, finalmente, un índice bastante sensible del desarrollo capitalista. La organización capitalista del mercado, basada en el desarrollo de las fuerzas productivas, en el aumento del producto suplementario que permite realizar acopios intertemporales y hasta para períodos de varios años, reduce la amplitud de las oscilaciones temporales al mínimo, al menos la amplitud de la fluctuación de los precios pagados por el consumidor (y en un grado mucho más bajo, particularmente en los países atrasados con fuertes reminiscencias feudales, en el agro, los precios pagados al productor).[210]

Por último, la comparación del nivel absoluto de los precios en los diferentes mercados y el análisis de los cambios que se producen en este terreno ofrecen un campo muy extenso para las investigaciones.

La comparación de los niveles y en particular de la fluctuación de los precios en los respectivos mercados nacionales con los precios de los mercados extranjeros, puede facilitar la medida de los lazos económicos y de la influencia de la situación de los países exportadores o importadores sobre la situación nacional. Así, por ejemplo, se ha discutido en repetidas ocasiones en Polonia en torno a la influencia de las exportaciones de cereales sobre los procesos económicos que se producían en nuestro país bajo la *Rzeczypospolita*.* Naturalmente, dicha problemática no puede ser resuelta a través de las opiniones de los coetáneos o de las fuentes descriptivas. Incluso el cálculo estadístico sobre la participación de la producción destinada a ser exportada en la totalidad de la producción nacional, no aporta en este caso ninguna solución,[211] ya que en primer lugar la parte exportada, sin ser voluminosa en relación con la producción nacional global, puede resultar muy importante con respecto al conjunto de la producción mercantil; en segundo lugar, en determinadas condiciones, el papel marginal de la parte destinada a la exportación puede ser tan crecido que es susceptible de influir de un modo decisivo en el conjunto del mercado interior. De manera que solamente el análisis de la correlación de los precios, pongamos por caso, de Gdansk con los precios de los mercados de importación —por ejemplo, de Amsterdam—, puede darnos en este caso una respuesta auténtica. Asimismo, sólo es posible investigar el influjo de las exportaciones sobre el mercado nacional a través de establecer la correlación entre los

* República polaca. (*N. del T.*)

precios de Gdanks y los precios de Varsovia, Lublin, Cracovia y Lvov.[212] Vale la pena subrayar que estas indagaciones han de beneficiarse de ciertas ventajas técnicas en el aspecto de una cierta inmunización ante la deformación de los resultados como consecuencia de las perturbaciones metrológicas. Al establecer la correlación en una serie cronológica de los precios de un artículo determinado, por ejemplo en Amsterdam, Gdansk y Cracovia, podemos tener en cada una de estas ciudades unos precios que se refieren a una medida física diferente siempre y cuando esta medida no sufra ningún cambio en el curso del período analizado.

La investigación en torno a las diferencias en el nivel absoluto de los precios de un artículo determinado en unos países distintos y a veces alejados unos de otros y en particular de los cambios que se producen en tales diferencias, puede facilitarnos asimismo muchas informaciones acerca de los procesos que se verifican en la economía de dichas naciones. La división de Europa en una parte exportadora de cereales y en una parte importadora corresponde a la división en países con precios absolutos de los cereales bien sean elevados, bien sean inferiores. Pero según F. Braudel, esta disparidad, enorme en la segunda mitad del siglo XV, se va reduciendo sistemáticamente hasta el siglo XVIII,[213] lo que aclararía de modo definitivo los efectos del comercio internacional para la economía de los países interesados.

La investigación de la correlación de los precios en los distintos mercados de un país determinado constituye, finalmente, un excelente instrumento para el análisis de un problema tan fundamental para la historia económica como es el proceso de configuración del mercado nacional.

Se puede afirmar, generalizando, que la comprobación de un alto grado de correlación entre las fluctuaciones de los precios en distintas ciudades de un país determinado es un índice indispensable aunque insuficiente para comprobar la existencia de un mercado interior ya conformado en esa nación. Si dicha correlación es baja, basta para responder negativamente a la pregunta sobre la existencia de un mercado nacional ya conformado. Pero, ¿por qué es insuficiente este índice? Por una serie de razones. En primer lugar, la alta correlación puede ser el resultado de unas condiciones similares de desarrollo socioeconómico de ciertas regiones en lugar de la existencia de unos vínculos económicos entre ellas. En segundo lugar, porque en los mercados de las distintas regiones, pueden repercutir las influencias del mercado exterior, el cual equilibra el movimiento de los precios. Por último, en tercer lugar, porque en el curso del proceso de configuración del mercado interior, y muy particularmente en los países donde el desarrollo capitalista se halla atrasado, se da el fenómeno de la coexistencia, por una parte, de una gran uniformidad relativa de los fenómenos mercantiles

en los mercados de todas las grandes ciudades y, por otra parte, una gran diferenciación de los fenómenos típicos de los pequeños mercados que permanecen aislados durante largo tiempo y sobre los cuales el historiador no puede informarse en la gran mayoría de los casos.[214]

De todo cuanto hemos dicho se desprende que no es posible investigar el proceso de creación del mercado nacional sin el análisis del proceso que tiende a la uniformidad de los precios en los mercados regionales.

Antiguamente, la economía burguesa centraba su atención casi exclusivamente en el análisis de los fenómenos mercantiles. La economía marxista contestó acertadamente, centrando su atención en los problemas y en las relaciones de la producción. Sin embargo, en el ardor de la polémica, se olvidó que el análisis adecuado de los fenómenos del mercado, en primer lugar, nos dice mucho acerca de los fenómenos de la producción y, en segundo lugar, por cuanto el mercado constituye uno de los mecanismos del reparto secundario de la renta nacional también nos habla de las relaciones de producción.

No puede subestimarse un instrumento analítico tan precioso, especialmente en lo que se refiere a las épocas precapitalistas, las cuales nos legaron un número más reducido de materiales que esclarecen directamente los problemas de la producción.

XIII. La metrología histórica

LA NOCIÓN DE METROLOGIA

La metrología histórica, o sea el conocimiento de las medidas y sistemas de medidas utilizados en el pasado, es una ciencia auxiliar de la historia si se puede considerar como tal —según la definición de Lelewel— «la ciencia que permite conocer las fuentes históricas». En el caso de que en las fuentes apareciesen medidas —y suelen aparecer con harta frecuencia—, es necesario conocerlas, comprenderlas.

En la práctica, sólo dos ramas entran habitualmente en el sistema de las ciencias auxiliares de la historia, destacando como disciplinas autónomas: se trata a nuestro juicio de la ciencia de las medidas del tiempo y de la ciencia de las medidas del valor, la cronología y la numismática.

La diferenciación de la cronología y de su papel en el sistema de las ciencias auxiliares de la historia es comprensible, dada la importancia del tiempo en el conocimiento histórico y el papel de la datación en la labor técnica del historiador. En el Medievo, en una época en que los sistemas cronológicos no se hallaban estabilizados, en que existían diferentes sistemas, el conocimiento de su heterogeneidad era una necesidad concreta. Los métodos y los conocimientos al respecto han ido acumulándose, transformándose en una rama crítica, erudita, del saber histórico. A medida que iba ampliándose el horizonte de la historiografía europea, que en Europa iban progresando los procedimientos de investigación de otras civilizaciones, se fue acometiendo el análisis de la cronología de cada una de ellas. Sin embargo, en la práctica, esto no dio lugar a la creación de una disciplina, lo cual no tiene nada de extraño, ya que se necesitaba al menos una preparación distinta a fin de elaborar científicamente, pongamos por caso, la cronología de la Roma antigua, de la antigua China o de los pueblos primitivos. Pero si pese a lo dicho la cronología como ciencia auxiliar de la historia tiene —y creemos que auténticamente— su propio cometido indagador, dado el estado actual de la ciencia, y la acumulación de una enorme erudición respecto de las diferentes civilizaciones es indispensable, debe acometer sus propias búsquedas y sus propias tentativas de generalización, que hasta la fecha corrieron a cargo exclusivamente de los sociólogos[1] y la orientación que ellos trazaron nos parece que debe ser la que ha de seguirse. La labor cronológica no

termina con el establecimiento de los principios que nos permiten transferir a nuestro calendario los documentos datados conforme a otro sistema cronológico.[2]

Otras son las motivaciones que concurrieron a la determinación y al mayor desarrollo en proporción de la numismática, la cual se ocupa con preferencia de las monedas y las medallas de las antiguas civilizaciones. Personas aficionadas y los museos han acumulado enormes colecciones, ordenándolas, clasificándolas y promoviendo la publicación de catálogos, etc. Las necesidades de los museos han llevado a la elaboración de los métodos de verificación (descubrimiento de las falsificaciones) y de clasificación. El carácter peculiar de la numismática ha facilitado la cooperación en este terreno de los historiadores y de los científicos que se ocupan de la historia de la técnica y de la cultura material, así como de las técnicas aplicadas (búsquedas en torno a las técnicas monetarias, a análisis químico de las monedas, etc.). El hecho de que las monedas suelan tener un valor artístico ha promovido la cooperación entre los numismáticos y los historiadores del arte. Y en esto precisamente es donde aparece el carácter estrecho de las investigaciones emprendidas a este respecto por los especialistas. Pues la tarea de la numismática no concluye con determinar el sistema monetario vigente en una época dada, en saber qué monedas circulaban y cuál era su composición química, en cómo reconocerlas, ya que la moneda, el dinero, es, de hecho, un fenómeno social y como tal debe ser analizado.[3]

No es ni mucho menos idéntica su función en las diferentes culturas, y estas funciones son precisamente las que hay que comprender. No importa que esto lo hagan los numismáticos o los historiadores especializados. Pero no vemos por qué los propios numismáticos no podrían acometer esta tarea, siempre y cuando no abordaran su labor mezquinamente y analizaran de modo integral el fenómeno del cual se ocupan, con todas sus implicaciones en el conjunto del sistema social en el que interviene, es decir, siempre y cuando quisieran que la numismática, como ciencia de las monedas antiguas, fuese una disciplina histórica autónoma y no una colección de técnicas utilitarias.

La cronología y la numismática son un amplio sector de una ciencia auxiliar de la historia que es la metrología, la cual no forma parte en sí misma, sin embargo, del sistema tradicional de las ciencias auxiliares. Ahora bien, esto no significa, ni mucho menos, que en este terreno no existan numerosos trabajos de investigación.[4] Pero no deja de ser verdad que otros sectores de la metrología, como son los conocimientos de las medidas de longitud, de superficie, de volumen y de peso, y especialmente los sistemas de medidas en general y los conceptos ligados a ellos, y finalmente las figuraciones y los conceptos ligados en general con un fenómeno más extenso que las medidas, como

son las cifras,[5] pertenecen a sectores del conocimiento histórico que han sido olvidados.

La tesis que querríamos defender es que la metrología constituye en sí misma una suma en la cual se integran unas disciplinas tan determinadas como la cronología y la numismática. Esta tesis no está dirigida contra la autonomía caracterizada de estas disciplinas, sino que tiene por objeto subrayar que existen unos problemas fundamentales en la investigación de los sistemas de medidas en general, problemas que se omiten en la práctica y que no son abordados, e incluso pasan desapercibidos en la ciencia, a causa, por una parte, del carácter peculiar de ambas disciplinas y, por otra parte, debido al descuido de los demás aspectos de la metrología.

La tesis que queremos defender es la de subrayar la importancia que tiene considerar la metrología como una ciencia auxiliar de la historia en general y de la historia económica en particular. La historia económica en general, y en particular los métodos cuantitativos, siempre y cuando éstos puedan aplicarse, recordando todas las limitaciones que suelen existir en este terreno.

La problemática de la metrología histórica desaparece de la vida social con el predominio del sistema de medidas convencional en la práctica de la mayoría de los países civilizados, es decir, con la introducción del sistema métrico (y en los países como Inglaterra, con la obligatoriedad de un sistema de medidas puramente convencional). En las investigaciones de los períodos históricos en los cuales ya predomina el sistema métrico, evidentemente no se plantea la cuestión de la traducción de las medidas existentes en las fuentes a las medidas vigentes en la actualidad. Desaparece completamente el carácter significativo de las medidas; dejan de usarse las medidas locales, y aun cuando subsistan algunas reminiscencias del pasado, no suelen tener sino un papel insignificante. Los problemas del sistema de medidas se reducen únicamente a las costumbres comerciales que, en parte, siguen sujetándose a la problemática de la metrología histórica (por ejemplo, los huevos se venden por docenas o al peso, algunos líquidos se venden al peso y otros según su volumen etc.).[6]

En la inmensa mayoría de los casos, los problemas metrológicos sólo se plantean al historiador que investiga la época capitalista, en la medida en que en una sociedad dada perviven los vestigios del feudalismo.

LAS INVESTIGACIONES SOBRE LA METROLOGÍA HISTÓRICA EN POLONIA

Como ya se dirá más adelante, las búsquedas iniciales en el terreno histórico-metrológico corresponden en Polonia a ciertas

instituciones de la época del rey Estanislao. A pesar de la gran labor desarrollada en este aspecto y a la elaboración de una serie de «métodos de investigación», es evidente que dichas búsquedas tenían más bien un carácter jurídico-práctico, cuyos resultados no fueron publicados; desprovistos de todo objetivo científico, en nada sirvieron a la ciencia.

En este terreno Loyko fue un precursor en Polonia.[7] Sus búsquedas fueron acometidas según las reglas científicas que prevalecían en la historia. Los materiales reunidos por él tienen una gran trascendencia y, aunque todavía no se hayan publicado, han sido, no obstante, utilizados a menudo por los investigadores.

El continuador de los trabajos de Loyko fue Tadeo Czaski, quien se interesó por las antiguas medidas, al igual que por las instituciones del antiguo Estado polaco, que a su juicio había pasado para siempre a la historia y que sus hijos debían recordar como se recuerda a Cartago.[8]

Junto con los trabajos de Czaski, aparecen una serie de estudios basados en otros móviles. Nos referimos especialmente a los autores que tratan de traducir las medidas polacas al nuevo sistema métrico francés, y en particular a los trabajos concernientes a las medidas llamadas de la Nueva Polonia,[9] emprendidas a iniciativa de Estanislao Staszic* por la Asociación de Amigos de la Ciencia. Destacan en esta serie los trabajos de Sapiehy,[10] Chodkiewicz[11] y Colberg.[12]

La segunda tanda de investigaciones corresponde a mediados del siglo XIX con la aparición de los trabajos de Maciejewski,[13] Lubomirski,[14] Baraniecki[15] y Piekosinski.[16]

A comienzos del siglo XX se desarrollan las búsquedas acerca de la historia de los asentamientos con Bujak, Potkanski, Tymieniecki, Grodecki y más tarde Arnold, Dobrowolski y otros autores. En estas investigaciones se tuvieron muy en consideración los problemas concernientes a las medidas de la tierra en el pasado, y no sólo en él. Pero los demás aspectos de la metrología permanecieron intactos, apareciendo tan sólo en los años treinta una serie de trabajos al respecto, entre los que destacaban los de Stamm.[17] Este científico fue un precursor en su género; su preparación teórico-metrológica y en orden a las matemáticas le permitió elaborar una serie de métodos y señalar algunos principios. Sin embargo, Stamm utiliza un procedimiento formalista. Aspira a obtener los equivalentes métricos de las antiguas medidas, incluso en los casos en que ello carece de fundamento, ya que no tiene suficientemente en cuenta las diferencias regionales de éstas, ni percibe el enorme contenido social que se encierra en la problemática histórico-metrológica.

* Estanislao Staszic fue una de las figuras más destacadas de la Ilustración polaca, partidario de los fisiócratas y presidente de la Asociación a partir de 1808. (*N. del T.*)

En ese mismo período, los investigadores de la historia de los precios pertenecientes a la escuela de Bujak publicaron un importante material relativo a la historia de las antiguas medidas.

LA REPRESENTACIÓN REALISTA Y SIMBÓLICA DE LAS MEDIDAS

En las épocas más antiguas de la sociedad, la honradez en la utilización de los pesos y las medidas era muy valorada, gozando de las más diversas garantías por parte de la autoridad como por parte de la religión. Muy pronto, la «justa medida» se convierte en el símbolo de la justicia en general. Los fenómenos vinculados a las relaciones humanas con respecto a las medidas se convierten en el reflejo simbólico de numerosos elementos humanos de la «filosofía social».

Podemos observar perfectamente esta evolución en la Biblia. En el libro de Moisés, que constituye un código social sancionado sacramentalmente, las normas relativas a las medidas tienen un carácter aún más literal: «No hagáis injusticia en juicio, en medida de tierra, en peso ni en otra medida. Balanzas justas, pesas justas y medidas justas tendréis.»[18] O bien: «No tendrás en tu bolsa pesa grande y pesa chica, ni tendrás en tu casa efa grande y efa pequeño. Pesa exacta y justa tendrás; efa cabal y justo tendrás, para que tus días sean prolongados sobre la Tierra que Jehová tu Dios te da.»[19] La sanción religiosa de todo delito metrológico es la muerte.

Desde Salomón y los profetas, los pasajes sobre las medidas cobran ya un carácter simbólico. Así, Salomón escribe: «Peso y balanzas justas son de Jehová»; «Obra suya son todas las pesas de la bolsa».[20] Y los profetas que amenazan a Israel con los castigos de Dios por sus pecados, entre sus anatemas profieren: «¿Cuándo pasará el mes y venderemos el trigo y la semana, y abriremos los graneros del pan, y achicaremos la medida, y subiremos el precio, y falsearemos con engaño la balanza para comprar los pobres por dinero, y los necesitados por un par de zapatos, y venderemos los desechos del trigo?»[21] Y Dios anuncia a Israel: «¿Daré por inocente al que tiene balanza falsa y bolsa de pesas engañosas?»[22] Las medidas y los pesos tienen aquí un valor simbólico: «Las pesas de la bolsa» son una acción humana justa o injusta.

La culminación de esta evolución se expresa en la forma metafórica que reviste en el Nuevo Testamento con las palabras de Cristo: «Mirad lo que oís; porque con la medida con que medís, os será medido, y aun se os añadirá a vosotros los que oís.»[23] O más bellamente aún: «Dad, y se os dará; medida buena, apreta-

da, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir.»[24]

Los proverbios suelen reflejar la filosofía popular y las relaciones de la opinión social hacia las medidas. El proverbio polaco «Cada cual mide con su propia vara»[25] es una hermosa transposición de las costumbres y las experiencias cotidianas en el mercado, en la feria o en la tienda, un reflejo de las figuraciones humanas tan diversas y de las relaciones del hombre con el mundo que lo rodea. La sabiduría popular alcanza, por sí sola, la verdad de Protágoras.

EL CARACTER SIGNIFICATIVO DE LAS ANTIGUAS MEDIDAS

Como es sabido, las antiguas medidas, aun teniendo un mismo nombre, tienen una significación muy distinta en cuanto a su magnitud según el lugar, el tiempo y el objeto que se mide (*ratione loci, ratione temporis y ratione materiae*). No basta con saberlo, ni tampoco con poder convertirlas en sus equivalentes métricos, ya que lo importante es comprender el contenido social que se encierra en cada una de sus significaciones.

La clave que permite aprehender estos aspectos diferentes está en la comprensión del carácter significativo de las antiguas medidas y no de su aspecto convencional.

Las medidas contemporáneas no significan más que el denominador común de todas las magnitudes mensurables (longitud, superficie, peso, tiempo, valor de cambio). La magnitud de las unidades es aquí un aspecto secundario, lo que importa es sólo su invariabilidad. El hecho de que un kilogramo signifique el peso de un decímetro cúbico de agua a una temperatura de 0°, o de que el metro signifique la 1/40.000.000 parte del ecuador, no tiene en absoluto ninguna importancia social. La inmensa mayoría de los que utilizan dichas medidas nada saben de lo que significan, y los que las utilizan no lo recuerdan cuando se sirven de ellas.

Las medidas de las sociedades primitivas, las medidas europeas del alto Medievo, así como las medidas populares que conocemos a través de la etnografía, poseen una determinada significación social, la cual expresa la magnitud de la unidad, su diferencia territorial y a veces su mutación en el tiempo. El comprender estas características es mucho más provechoso para los historiadores en general y para los historiadores económicos en particular que el simple hecho de convertir las unidades antiguas a las unidades del sistema métrico.

La significación de las antiguas medidas se halla ligada al hombre y a su trabajo. La definición de la Grecia antigua anunciada por Protágoras «el hombre es la medida de todas las

cosas», tiene por encima de su sentido metafórico, un sentidc propio en la historia. La adopción del sistema métrico, que significa la adopción como unidad de medida de un fenómeno de carácter astronómico independiente del hombre, cuenta con una genealogía de apenas siglo y medio.

Así, las medidas primitivas están ligadas sobre todo con el trabajo humano.

Entre las medidas de superficie es preciso distinguir en primer lugar las de dos tipos: las medidas utilizadas para medir la superficie de la siembra y la medida de la superficie con el tiempo del trabajo humano.[26] No tiene nada de extraño, por tanto, que entre las unidades convencionales una medida determinada tuviese una superficie muy distinta en relación con el hecho de si la tierra era buena o mala, de si la siembra se hallaba constituida por el trigo o la avena, etc. Según Hauser, la medida del tiempo de trabajo se utilizaba en aquellos casos en que, debido al carácter de la explotación de la tierra, no entraban en juego las dimensiones de la sementera, como sucedía en los pastizales o en las viñas. En cambio, Stanislaw Strumilin[27] formula una tesis muy interesante en uno de sus últimos trabajos. A su juicio, y precisamente en base al carácter agronómico de las antiguas medidas, las medidas de superficie y las medidas de volumen suelen constituir un sistema equivalente. La unidad de medida de los líquidos equivalía a la unidad de medida de las superficies.

Strumilin adelanta asimismo la hipótesis según la cual, al par que la productividad del trabajo fue aumentando en el agro, la unidad de superficie medida con el tiempo de trabajo, o sea con la jornada, fue aumentando a su vez. Strumilin afirma que, en tiempos de Plinio —un siglo antes de nuestra era—, el «iuger» representaba 0,25 h.; en la Edad Media el «arapende» (o la fanega) equivalía en Germania y en Renania a 0,31 h. mientras que en la región del Mosela era de 0,34 h.; en el siglo XIII el acre equivalía en Inglaterra a 0,4 h., en tanto que en Georgia la unidad de superficie era de 0,5 h.[28]

Es evidente que el razonamiento de Strumilin es esquemático, ya que no piensa en las diferencias existentes en la suma del trabajo necesario en las faenas del agro, las cuales se hallan provocadas por las diferencias en la calidad de la tierra, las diferencias del clima y sobre todo de los cultivos. Sólo haciendo caso omiso de tales diferencias es como puede establecer una correlación mecánica entre el incremento de la productividad del trabajo y la dimensión de la unidad de superficie en el agro.

La disminución del trabajo necesario en una unidad de superficie, o sea el aumento de la superficie que puede ser cultivada durante una jornada, constituye la medida del incremento de la productividad del trabajo —es decir del progreso agrícola—

pero sólo a condición de que al efectuar la comparación tengamos presente que las condiciones restantes son idénticas y sobre todo que se refieren a los mismos cultivos. En el caso contrario, obtendremos unos resultados erróneos, puesto que el progreso en el agro se refleja a menudo en el paso a unos cultivos mucho más laboriosos, como son la viticultura, el cultivo de las hortalizas, etc.

Sin embargo, sin tener en cuenta el razonamiento esquemático de Strumilin, se puede afirmar que su hipótesis acerca del carácter uniforme del sistema de medida de las superficies y de los líquidos merece la atención y que su método comparativo de la productividad del trabajo en las sociedades precapitalistas a través de la comparación de las dimensiones costumbristas de las unidades de superficies agrarias (siempre y cuando se conserven las condiciones de comparabilidad) puede ser fructífero científicamente. Todo esto no es más que una ilustración de nuestra tesis sobre la importancia del carácter significativo de las medidas y de las investigaciones al respecto.

No basta con lamentarse de que son diferentes, de que su utilización es peligrosa para el historiador y de que la conversión de estas medidas al sistema métrico es muy difícil, y a veces imposible,[29] sino que es indispensable penetrar el sentido social de la significación de las medidas, pues entonces es cuando empiezan a ser elocuentes.

El sentido social que se encerraba en los sistemas de medidas vigentes dio origen a su inercia. Los galos, al heredar su arte de medir y su institución catastral de los romanos, conservaron su unidad de medida tradicional, o sea el *arapennis*, la unidad de superficie que podía labrar un arado y un hombre y de la que procede el «arapende» actual.[30]

De la misma manera, la milla roma —equivalente a mil dobles pasos humanos— no podía hallar su aplicación en las tierras de la Galia ya que este país, famoso por su cría de caballos y la producción de carros, necesitaba grandes unidades de caballería para la guerra, por lo que conservó su tradicional *leugae*, más tarde la *lieue* —la legua francesa— que equivale aproximadamente a cuatro kilómetros. «Incluso la administración romana de carreteras tuvo que reconocer oficialmente la medida nacional y empezó a inscribir en los mojones de las carreteras la palabra *leugae* junto a la de milla, y a veces solamente la gala. Los conductores de la posta imperial, los peones camineros y todos cuantos tenían alguna relación con los acarreos en la Galia eran naturales del país.»[31]

La correlación entre la técnica de la producción y la productividad del trabajo no sólo se da, ni mucho menos, en la agricultura. Se produce, asimismo, muy nítidamente en los productos de textiles. La anchura del género depende de la anchura del telar. La longitud de la pieza depende en parte de la técnica y

en parte de las circunstancias ligadas con la organización social de la producción. La largura de la pieza que sale del telar se convierte seguidamente en la unidad de medida que de costumbre se aplica a la tela. Es evidente que el cambio en los factores determinantes de la producción han de influir en el cambio de la longitud, aunque esta unidad de medida conserve el mismo nombre. También es evidente que el largor no será el mismo para los diferentes productos, por ejemplo la tela y el paño, ya que son diferentes las artes de producción de ambos artículos.[32]

Si el «cristal» es la unidad de medida del vidrio, la magnitud del cristal se hallará determinada por las dimensiones de las mesas de fundición.

La medida del hierro fundido dependerá de la técnica de la colada en la fundición y luego en el alto horno. Igual sucede con otras medidas como las de la cal y del carbón vegetal, etc.

Otros fenómenos que determinan la dimensión de las unidades tomadas como medidas correspondientes a los diferentes artículos son los problemas del transporte. Este tipo de unidades de medida ya se halla vinculado a la economía mercantil. Las unidades son mayores con respecto a los productos menos aglomerados y del comercio al por mayor. En cambio, las unidades más pequeñas conciernen a los productos más compactos y vendidos al detall. Un ejemplo de la primera categoría puede ser el trigo, ya que la unidad de medida determinada por los factores del transporte es el *last* (medida equivalente a 3.840 litros y a 1.865 kilogramos). Un ejemplo de las unidades más pequeñas puede ser el *kosz* —el cesto— en el que se medía el carbón vegetal.

Es curioso el caso del mercado de Cracovia en el que existía una medida especial —el *zagon*— para vender las coles y los nabos.[33] Esta medida, proveniente de la producción, es utilizada en el comercio. El carácter significativo de las medidas motivó la variedad y el cambio de las mismas.

La superficie medida con el tiempo de trabajo depende de la calidad de la tierra, de la calidad de los aperos y de la naturaleza del cultivo principal. La medida de los envases dependerá de los diferentes cereales. La medida de los textiles variará de acuerdo con el modelo de los telares, etc.

De ahí que en el año 1790, por ejemplo, existieran solamente en el departamento de Basses-Pyrénées, en Francia, nueve clases de *arpents* que se diferenciaban en una proporción de 1 a 5,[34] y que en el departamento de Calvados existieran ¡hasta dieciséis clases diferentes de esa misma unidad de medida! [35] Entre los paños extranjeros que podían comprarse en Polonia en el siglo XVI, las unidades de medida oscilaban entre 32 y 60 varas.[36]

Suele ser asombrosa la escala de medidas simultáneamente en vigor en el territorio de una pequeña región.[37]

LAS MEDIDAS COMO ATRIBUTO DEL PODER E INSTRUMENTO DE LA LUCHA DE CLASES

En todas las sociedades altamente organizadas la disposición de las medidas es un atributo del poder, como lo es el conferirle fuerza de ley a las medidas y el conservar los patrones que suelen tener un carácter sacramental. El poder propende a la unificación de las medidas obligatorias en un territorio determinado y a castigar cualquier clase de infracciones. No es casual que en el Antiguo Testamento, en los períodos de hegemonía del poder religioso, se hable del «siclo del santuario»[38] y en los períodos de hegemonía del poder real, del «peso real».[39]

El surgimiento de esta clase de competencia y de este atributo del poder tiene una larga historia. Tema muy hermoso que aún no ha sido investigado por la etnología. Este proceso fue desarrollándose paulatinamente a partir de los artículos más preciosos de una economía dada, como es por ejemplo la reglamentación en las épocas más tempranas de las medidas de los metales preciosos por las autoridades. En general, en el discurso de la historia, este atributo del poder suele ser duradero e indiscutible. La lucha que se libra en torno a estas atribuciones del poder es una de las manifestaciones de las rivalidades entre los diferentes poderes que aspiran a la hegemonía y que representan a las diferentes clases dominantes (bajo el feudalismo, el poder real y los principados regionales). Suele ser así mismo un reflejo de las competiciones entre los órganos del poder que representan a los distintos estados privilegiados de la sociedad —autoridad del Estado y autoridad municipal.

Sobre las tendencias unificadoras hablaremos en el siguiente apartado.

La unificación de las medidas por Carlomagno es un elemento inseparable de su acción unificadora (aunque, naturalmente, no creó ninguna nueva unidad de medida sino que refrendó con su autoridad las que estaban en vigor extendiendo su esfera —por ejemplo, geográfica— de aplicación), y más tarde la que acompaña y constituye la actividad unificadora general del absolutismo renacentista y del sometimiento de las autoridades regionales al poder real, como ocurre con la acción unificadora del poder revolucionario, en la Francia del siglo XVIII.

La rivalidad entre las autoridades que representan en distinto grado a las diferentes clases privilegiadas de una sociedad jerarquizada —como la sociedad feudal— se refleja asimismo en la lucha por el derecho a utilizar y controlar las medidas. La historia de la rivalidad entre las ciudades y los señores feudales nos brinda innumerables ejemplos en apoyo a esta tesis.

En Polonia esta competencia terminó bastante temprano con el reconocimiento del gobierno y el control de las medidas urbanas a los representantes de los señores feudales en la persona

de los «voivodas» y los «vicevoivodas». Pero esto no terminó ni mucho menos con esa rivalidad, la cual pervivió en forma solapada hasta que la totalidad del territorio polaco pasara bajo el poder de la monarquía absoluta.

La heterogeneidad de las medidas y de las formas de mensuración bajo la época feudal dio origen, evidentemente, a un sinfín de litigios. De ahí que el poder, que debido a la nueva correlación de fuerzas había conquistado el derecho a imponer y controlar las medidas, se aprovechase de la oportunidad de estos litigios para arrogarse la función de árbitro supremo entre los estados.

Las urbes, al controlar los mercados, deben poseer una institución de las medidas municipales que en la mayoría de los casos se halla concebida como una empresa suministradora de rentas —pago por la utilización de las medidas— y que como tal es arrendada.[40] La utilización de tales instituciones solía ser obligatoria.[41] Algunas de las medidas-patrón de la época, conservadas en los juzgados, han esperado hasta comienzos del siglo XIX a ser comprobadas con unos métodos relativamente precisos. En ciertos casos, las municipalidades cedían directamente a los habitantes algunos patrones. Algunos de ellos se han conservado hasta hoy día en ciertas ciudades polacas, como Chelm y Kielce. Las leyes municipales preveían el castigo de los artesanos que tenían en su poder pesas o medidas no conformes al patrón.[42]

En las propiedades de los grandes magnates, el control de las medidas y el papel de árbitro en los litigios, lo ejercía el amo y señor de la finca. En los reglamentos municipales, la princesa Anna Jablonowska, como defensora de la población ante todo falseamiento de las medidas, dice: «deseo que mis ciudadanos, de tal villano lucro, se tengan alejados» y dicha dama encomienda la guarda y control de las pesas y medidas al «maestro de buen orden», haciendo obligatoria la utilización de las medidas municipales: «a fin que cada cosa pesada lo sea en el peso público de la Alcaldía».[43]

Como curiosidad, merece recordarse que, según la crónica, cuando la princesa Jablonowska ha de comprar cobre, suministrado casi siempre por los comerciantes judíos, manda que en las pesas —las cuales son objeto de una reglamentación especial— «con pintura al óleo y en idioma hebreo ha de estar escrito su peso cabal, a fin de que cada comprador judío se convenza de que en esta ciudad no hay lugar a ningún engaño».[44]

El derecho a decidir en cuanto a las medidas era un elemento de la soberanía de la aristocracia en todo el territorio de su feudo. Esto lo pone de relieve perfectamente Gostomski: «Cada celemín para el grano, para cualquier alimento, para la avena, para los dulces, ha de ser igual en cada casa, sin que por él responda ni el mercader ni el "voivoda": pues cada cual en su casa puede disponer a su antojo.»[45] Y que las cosas no

anduvieron de otra manera en el siglo XVIII lo prueba quizá la existencia en Bielorrusia de una medida definida en tanto que *radziwiliana* y obligatoria en todo el territorio perteneciente a los príncipes Radziwill.[46]

En este sentido, la Constitución del año 1764, unificando las medidas y los modos de mensuración en la *Rzeczyspospolita* polaca, es al mismo tiempo una típica muestra, para aquella época, de la tendencia al reforzamiento del Estado y a la extensión de su ingerencia. Pero a pesar de estas aspiraciones crecientes, la autoridad estatal disponía en la realidad de unos medios reducidísimos para realizar cualquier reforma de esta índole. Durante el primer período, estos medios fueron los tribunales referendarios en relación con el reino, los tribunales de asesoramiento en relación con las ciudades libres (pero esto no lo podemos afirmar ya que las actas de estos tribunales fueron destruidas durante la Segunda Guerra Mundial) y las Comisiones Boni Ordinis con respecto a las ciudades[47] que las habían instituido. La situación cambia en los últimos años de la independencia del Estado polaco. La Comisión Civil y Militar en el marco de sus atribuciones «policíacas», en el sentido de esta palabra en aquella época, se ingiere en estos problemas. Ello representa un serio progreso ya que en esta comisión también se hallan representados los elementos de la burguesía mientras que hasta entonces el control en este terreno en relación con las urbes, correspondía exclusivamente a los órganos de la nobleza («voivoda», Comisión Boni Ordinis, tribunal de asesoramiento).[48]

Pero en realidad, el control de las medidas cuya función correspondía a las Comisiones Civiles y Militares, lo ejercía el «vicevoivoda», con lo cual se volvía a la antigua situación. El edicto de la Comisión Civil y Militar del Distrito de Sandomierz y de Wislice de fecha 16 de marzo de 1790 en el que leemos que «los "vicevoivodas" han de vigilar las ferias y los mercados a fin de que los judíos o cualquier otra persona no se atreviera a falsear las medidas con respecto a cualquier vendedor»,[49] demuestra que dicha comisión velaba más bien por los intereses del productor que del consumidor. En resumidas cuentas, estas comisiones no contribuyeron mucho a la unificación de las medidas.[50]

Durante la Insurrección de Kosciusko, las comisiones de orden, al decretar las tasaciones de los precios,[51] tenían que ser competentes asimismo en los problemas de las medidas, pero es posible suponer que en pleno período insurrecional no pudieran asumir sus funciones.

Es curioso, sin embargo, que a pesar de la debilidad del poder ejecutivo las decisiones de la Constitución del 1794, aunque distando mucho de tener vigencia, no fueron letra muerta. El desarrollo de la vida económica y de los intercambios en unos territorios más extensos contribuyeron a que la unificación de las

medidas a escala nacional beneficiaría tanto a la aristocracia como a la burguesía o cuando menos a las capas de estas dos clases que se hallaban vinculadas al intercambio comercial. Esto no impedía, naturalmente, que el trigo que se mandaba al puerto de Gdansk[52] se midiera con otro celemín que el que servía para medir el tributo de los campesinos.

El sentido socio-económico de la lucha por el control de las medidas lo evidencia claramente la forma misma en que esta lucha se desarrolla en relación con la lucha por la ejecución de las tasas voivodales. Lo que son estas tasas ya lo sabemos.[53] El mercado en que se efectuaban los intercambios era generalmente el mercado urbano, donde se encontraban el campesino, el burgués, el aristócrata y el clérigo, y en el cual se realizaba el valor de los productos y se efectuaban las transferencias en el reparto de la renta social. La influencia sobre el mercado significaba la posibilidad de tener un ascendiente en ésta y no otra configuración de estas transferencias. El arma más elemental era en este orden las tasaciones acordes a la idea del factor decisivo, y por lo tanto, del aristócrata. Existían muchas oportunidades de vulnerar las tasas, pero en realidad éstas no se solían omitir a través del alza de los precios sino a través de la disminución de las medidas. La correlación en las diferencias entre las tasas y los precios pagados realmente, establecida según las búsquedas de los autores de Lvov, significa el mínimo de las disparidades existentes en este orden. El otro sentido suele escapar a nuestras investigaciones, ya que nos es difícil averiguar hasta qué suma se elevan los precios pagados en realidad. El hecho de que la lucha contra las tasaciones se realizara también, y acaso sobre todo, con la disminución de las medidas[54] provocó asimismo la extensión del control de los vicevoivodas sobre éstas: sin dominarlas no se podía influir sobre las transferencias de la renta social que se operaban a través del mercado.

La función socio-económica del control de las medidas se halla demostrada fehacientemente en algunos casos. Así, la tarita de los precios del «voivoda» de Cracovia en el año 1565 habla de las dimensiones del paño, que debe tener «no menos de 30 varas»,[55] mientras que las instrucciones del Seimik* de Wisznenski a los diputados a la Dieta nacional de 1693, ordenan que «en la media-mesura no menos de 30 cuartanes no han de entrar», de acuerdo con lo cual, una ordenanza del citado Seimik del año 1708 reza que «en la media-mesura... no entrará más de 30 cuartanes de trigo del año».[56] Nada más característico que la definición de esta medida tan pronto como mínimo, tan pronto como máximo. Las medidas se hallan reguladas aquí por el criterio de las capas sociales que, en ciertos casos, como el del trigo, son vendedoras y en otros casos, como ocurre con el paño,

* Dieta regional. (*N. del T.*)

son compradoras. Cuando se refiere a los artículos comprados actúa el alza del precio encubierta en la disminución de la medida, y en el caso de los artículos vendidos lo hace la competencia interna entre los vendedores, consistente en reducir los precios con el aumento de las medidas.[57]

Es evidente que en el mercado urbano el vendedor del trigo no era solamente el aristócrata sino también el campesino. En cambio, el comprador no era el aristócrata sino el burgués. El precio se establecía, por tanto, como resultante de la correlación de fuerzas entre el burgués, elemento organizado y provisto de varios órganos de coerción —jurisdicción municipal, policía, etc.— y el campesino que se hallaba en una situación tan desamparada. Así, la aristocracia estaba interesada en reforzar la postura del campesino y no del burgués. La fuerza del campesino era en cierto grado su propia fuerza. Y en este sentido se orientó la acción de la nobleza.

Hemos recordado que en los contactos que en el mercado se establecían entre la burguesía y el campesinado, contactos fundamentales para la existencia de la ciudad por una parte y para el desarrollo de la economía mercantil por otra, la burguesía es el factor más poderoso. A esto contribuye su concentración territorial, sus relaciones con un campesinado inorganizado y que procede de los más diversos y a veces lejanos lugares a ofrecer sus productos, la organización de la comunidad municipal, la existencia de reservas materiales y, eventualmente, su influencia sobre las autoridades estatales que podían hallarse supeditadas a los suministradores de los productos y de los créditos, etc.

En las grandes ciudades libres de Alemania, la urbe, como el más poderoso factor regulador de las relaciones mercantiles, dispone asimismo de las medidas.[58] No sucedía otra cosa en las capitales italianas en la época del florecimiento de las comunidades.

De forma que las medidas sirven para influir sobre los fenómenos del mercado y sacar el mejor provecho de ellos. Influye sobre los mismos la clase social que, en un momento determinado, ostenta el poder sobre las medidas.

El control municipal de las medidas es una de las manifestaciones de la explotación del campo por la ciudad, un instrumento suyo. El control de las medidas por la aristocracia es el reflejo de la dominación ejercida por ésta sobre las ciudades y a su vez un instrumento de la explotación de las ciudades por la nobleza. En el caso concreto de Polonia, ambos elementos de explotación coexistieron uno al lado de otro aunque con diferente intensidad. La falta de investigaciones especiales y el no haberse tomado en cuenta estas categorías, fundamentales, de problemas en las búsquedas en curso impide comprobar estos fenómenos con la necesaria exactitud científica.

En el sistema feudal existe sin embargo, e incluso primordialmente, otro frente de la lucha de clases: la lucha entre la nobleza y el campesinado. En dicho frente, el problema de las medidas, de la disposición de las medidas, del cambio de las medidas, etc., es un arma importante.

La así llamada deterioración de la moneda es un fenómeno conocido universalmente en la época feudal, durante el cual todas las divisas sufren una depreciación constante aunque desigual. Esto significa una reducción sistemática de la unidad de medida del valor. Sabemos igualmente que el factor decisivo en este terreno, el poder, se hallaba interesado directamente en la merma de esta unidad de medida.[59]

Ahora bien, así como estaba interesado en la disminución de las unidades de medida del valor, el poder feudal se interesaba igualmente —y esto hay que ponerlo bien de relieve— en que no se redujeran sino en que más bien se aumentaran las medidas de los fluidos y de los pesos, o sea, de aquellas medidas que correspondían a las densidades naturales.[60] Esto explica quizá que la medida del *korczyk* cracoviano pasara del siglo XV al siglo XVIII de 26,26 litros a 43,7 y que el *korczyk* de Varsovia, que en el siglo XVI equivalía a 52,5 litros, pasara en el siglo XIX a 64 litros.[61]

Es evidente que esta tendencia contradice la propensión a la cual aludíamos anteriormente. La nobleza, como beneficiaria de los tributos naturales de los campesinos, desea que las medidas aumenten, mientras que como vendedora de los productos agrícolas aspira a que las medidas se achiquen. Ahora bien, ¿es que en el caos aparente del Medievo, la metrología no se halla ante el hecho de que las medidas pequeñas —para el detall— en las que los campesinos envasaban sus tributos, crecen, mientras que siguen inalterables las medidas grandes, o sea las que utilizaban los nobles para mandar su trigo a Gdansk? Naturalmente, este proceso no se opera mecánicamente. Los cambios que acontecen son raramente la expresión de una sola y única voluntad. En la mayoría de los casos son la resultante de varios factores sociales y de la correlación de fuerzas entre los mismos. Así por ejemplo, la magnitud del *last* dependía, además de la voluntad del aristócrata, de la influencia del comprador, o sea del mayorista de Gdansk o del reino, e incluso del cliente extranjero. En este momento nos hallamos, por tanto, ante algo así como una «preparación», el condicionamiento de ciertas tendencias sociales y el subrayar los problemas que la metrología científica debe investigar.

Así como se hallaba interesada en incrementar las medidas de los fluidos y las medidas de los pesos —especialmente de las pequeñas medidas—, la aristocracia procuraba reducir las medidas de longitud y por consiguiente de superficie, para mermar las parcelas de los campesinos. En el año 1785, las aldeas de

,endziejowice y de Zaglin se quejan de que el señor Podgorski, «al medir los terrenos, se sirvió de una vara tan pequeña, que ya no tienen con qué comer ni ampararse».[62]

Es evidente que los campesinos tenían que oponerse de cualquier manera a los procedimientos de los señores feudales, al comprender el engaño del que eran víctimas.[63] Además, dado que en la ideología imperante rezaba la doctrina de la invariabilidad de las medidas, no es de extrañar que aspiraran a que esa invariabilidad fuera un hecho. Según los documentos reunidos por Loyko, en el año 1680 el «vicevoivoda» de Cracovia abroga una medida «campesina» —el *korca*— «para evitar las grandes variaciones que suceden en el mercado debido a la utilización de las diferentes medidas que las malas costumbres de las gentes han inventado, dándole otros nombres a las medidas de ley».[64] Siempre y cuando los campesinos tuvieran un antiguo patrón, la corte trató de confiscárselo. En una súplica al príncipe, los aldeanos de la aldea de Wielenin se quejan de que «les han quitado el celemín que les fuera reconocido por el príncipe, y con el cual ellos quieren seguir midiendo».[65]

La inercia de las medidas, de la que hablaremos en el apartado siguiente, el apego de la población a las medidas tradicionales, pudo constituir un elemento de autodefensa de los campesinos contra los cambios de las mismas realizado por la aristocracia, variaciones siempre perjudiciales para el campesinado. Aquí se trata de uno de los aspectos del tradicionalismo campesino, cuyas causas están no sólo en el atraso, en el estrecho horizonte de las masas aldeanas, sino en gran parte también en la concreta correlación de fuerzas de las clases durante los siglos de dominación del sistema feudal, bajo el cual cada cambio en dicha correlación de fuerzas sólo podía empeorar la situación del campesinado. De forma que en tales condiciones el tradicionalismo aldeano es asimismo uno de los aspectos de la lucha de clases.

Un hecho de esta naturaleza debió ocurrir en la aldea de Polkowo, donde los campesinos se quejan que «el arrendador no mide con una vara ni con una cuerda, utilizando en su puesto una medida tan corta que en lugar de cinco fanegas... apenas una midió».[66]

Sin embargo, parece ser que en la práctica era más fuerte la tendencia de la aristocracia a incrementar las medidas de longitud acostumbradas, especialmente en los períodos en que estas medidas estaban destinadas a medir la labor realizada en el curso de una jornada, especialmente en el siglo XVIII. Los campesinos de cierta aldea se quejan de que el «starosta» Kicki y sus gentes «utilizan una vara de una longitud extraordinaria para medir la labranza».[67] Se querellan también los campesinos de las aldeas de Turow y de Kurow ante el magistrado de la ciudad de Wielun, quien al mismo tiempo es el propietario de las tierras,

de que «es demasiado larga la vara para medir la labranza»;[68] los aldeanos de Dobrzec se quejan ante la municipalidad de Kalisz de que «la vara para la labranza no corresponde al reglamento, sino que los propietarios imponen la medida que les conviene».[69] En el año 1785, los aldeanos de Bobrownik se lamentan de que «antiguamente la medida para la labranza era de 7,5 codos mientras que ahora su longitud es de nueve codos, y —exclaman los campesinos— hace apenas una semana que la han cambiado»,[70] lo que naturalmente fue negado por el arrendador.[71]

Los campesinos de varias aldeas dicen que «ahora de tres parcelas se han hecho dos».[72] Los aldeanos de Bledow escriben ese mismo año que «la vara que sirve para medir los campos no se ajusta al reglamento y que a los campesinos se les impone una medida que reduce las parcelas en tres varas por lo menos»[73] y la aldea de Wrzecko afirma que la vara para medir lo que se ha labrado en una jornada no es auténtica.[74]

Es evidente que el señor feudal cuida de que en la aldea no se recorte la «vara» que sirve para asignar la jornada de trabajo. En los inventarios y los reglamentos figuran numerosos pasajes según los cuales las diferentes medidas deben estar selladas por la autoridad.[75] Pero, como lo hemos visto, los campesinos se quejan de que el señor feudal alarga las «varas» y los «codos».

En el año 1764, el Tribunal Referendario de la Corona, en su aspiración a imponer la unificación de las medidas decretada por la Dieta constitucional y con el deseo de adoptar una postura mediadora entre los campesinos del reino y sus amos, adopta como normas los siguientes principios:

a) unificación en todas las regiones de la dimensión de la «vara» (equivalente a siete codos y medio),

b) sellado de esta medida por una comisión designada al efecto por el Tribunal Referendario,

c) elaborar los patrones sellados en dos ejemplares, a fin de que uno de los ejemplares se encuentre en cada mansión señorial y el otro en el ayuntamiento de cada aldea.

Por ejemplo, en litigio entre las aldeas pertenecientes al convento de los franciscanos de Cracovia en el año 1788, la decisión del Tribunal Referendario de la Corona reza: «En cuanto respecta a la dimensión de las tierras, habráse de aplicar la vara de siete codos y medio, por la futura comisión ejecutoria elaborada, medida y sellada, la cual estará señalada así al castillo como también a cada aldea.»[76]

En otro caso —quizá porque el litigio en torno al problema de las medidas fuese más violento— nos encontramos ante una formulación aún más rica e interesante. Se trata del pleito entre la aldea de Mogila y el convento cisterciense de ese mismo lugar, acerca del cual el Tribunal Referendario decide que «de las dos

varas medidas y selladas una quede depositada en casa del alcalde del lugar y la segunda en el castillo, concediéndose al alcalde la libertad de velar por la justa dimensión de la vara del castillo en cada ocasión».[77] Es evidente que según esta sentencia el señor feudal ha de ser juez en su propia causa. Pero el hecho de que en la sentencia se conceda al alcalde el derecho a controlar en «cada ocasión» que la vara del castillo no sea alargada subrepticiamente —lo cual constituye en su género, un control social sobre la constancia de las medidas—, nos parece de una gran importancia y quizá sea el exponente de un gran éxito de una comunidad campesina determinada en la lucha de clases en torno a las medidas.

Las pequeñas medidas de longitud (el palmo) eran aumentadas para incrementar las prestaciones de los campesinos en hilados.[78] El inspector de los bienes pertenecientes al Primado, reconoce, por ejemplo, que «la gente se queja justamente que el codo para medir los hilados es mucho más largo que lo que debiera».[79]

Analogos son los pleitos provocados por las medidas de capacidad. Dichos litigios ilustran los dos problemas a que aludíamos anteriormente: la propensión del señor a incrementar la explotación del campesino y la lucha entre el poder feudal y los demas factores que pretenden participar en esta explotación. Los aldeanos se suelen lamentar de que «les miden el centeno con una medida ficticia y muy grande que representa el doble del contenido».[80]

El Tribunal Referendario conoce perfectamente estos procedimientos de los aristócratas, por lo cual ordena a los comisarios que realicen investigaciones para enterarse si los señores de los castillos no han cambiado subrepticiamente las medidas. En el año 1781, se ordena al comisario enviado a la aldea de Zederman que, de acuerdo con sus atribuciones y los poderes que le han sido conferidos, «convierta las medidas del lugar a las medidas actualmente en vigor en Varsovia».[81] Igual ocurre en las aldeas de Suraski donde en el año 1772 se mandó establecer las dimensiones que debía tener el barril que se utiliza para medir los diezmos de los campesinos y que debía contener 80 cántaros.[82] En el litigio que enfrenta a los aldeanos de Kaszow con el convento del obispado de Timecki en el año 1871, se pone de manifiesto que «la inquisición ha probado que por orden del mayordomo Alan Zubrzycki, se ha confeccionado un tonel más grande que el anterior, el cual se sujetaba a la vieja medida cracoviana».[83]

Al igual que con los problemas de las medidas de longitud, el Tribunal Referendario tenía en estos pleitos una propensión a crear alguna garantía para evitar la alteración de las medidas de capacidad. Así por ejemplo, en el litigio entre las aldeas de Radzikowo y de Klebowice y los dueños de las mismas, en el

año 1779, el Tribunal Referendario estipula las dimensiones del cuartán para los diezmos, ordenando que «el citado cuartán ha de permanecer en el castillo, pero que un segundo cuartán igual al primero y sellado ha de guardarse en casa del alcalde del lugar».[84]

El aumento de las medidas de capacidad había de servir igualmente a los señores feudales para elevar las dimensiones del trabajo en la molienda del grano. En la aldea de Smardzew, el molinero se queja de que «ahora han aumentado la medida del cuartán, por lo que debe moler más grano que antes en una sola jornada».[85]

El segundo aspecto de los litigios ligados con las medidas de capacidad es, como ya lo hemos dicho, la aspiración de los señores feudales a asegurarse contra la acción de otros pretendientes a la explotación del campesinado. Este carácter tiene precisamente el control de las medidas urbanas por parte de la aristocracia. En las relaciones aldeanas lo que predomina es la lucha del señor feudal contra toda suerte de «abusos» cometidos por parte de los molineros y los mercaderes.

En los reglamentos, solemos hallarnos con la advertencia de que «en los molinos las medidas no sean otras que las que están selladas».[86] Movido indudablemente por las quejas de los campesinos, el Tribunal Referendario ordena que los molineros... «no utilicen más medidas que las que llevan el sello».[87]

Son muchos los ejemplos que ilustran la tendencia de los señores feudales a combatir la alteración de las medidas por parte de los mesoneros, quienes al reducir las medidas de capacidad de las bebidas, no hacían sino elevar el precio de las mismas. En este aspecto fueron promulgadas una enorme cantidad de reglamentaciones.[88] El señor feudal cuenta en este caso concreto con el apoyo solidario de los habitantes de la aldea. Así se explica que los reglamentos oficiales permitan a los campesinos el ejercer ellos mismos un control de los mesoneros, a fin de averiguar «si todas las medidas de metal del mesonero se hallan realmente colgadas de la pared y selladas como lo mandan las normas reglamentarias».[89]

La alteración de las medidas de capacidad por los trabajadores pagados a destajo es asimismo un hecho conocido en la historia de las manufacturas polacas. Son numerosas las veces en que los carreteros hurtan el carbón vegetal que transportan a las fundiciones. Esto suele ser tan frecuente que, según afirma Osinski, se tomaron medidas para que cada carga de carbón vegetal llevara un cierre metálico que impidiera los hurtos.[90]

Por último, los problemas metrológicos no pueden dejar de reflejar la lucha solapada e incesante que se libraba entre el señor feudal y el personal subalterno perteneciente o no a la nobleza y que estaba encargado de la explotación de sus fincas. Gostomski, en sus escritos tan claros, escribe: «El señor o el

revisor es quien debe ordenar al encargado cómo se debe medir en la era, en el mercado y en todas partes...»; y agrega: «...pues de lo contrario es una gran desgracia, tiene la era bajo su planta y en el mercado hace a su antojo esquilmando a todos con sus medidas... y robándole al señor por lo menos 1/10 parte.»[91]

LA INERCIA DE LAS MEDIDAS Y LAS TENDENCIAS UNIFICADORAS

«La duración de las medidas se halla ligada estrictamente con los problemas de la memoria colectiva», escribe M. Bloch utilizando la terminología durkheimiana.[92]

Podría adelantarse la siguiente hipótesis: las innumerables y variadas medidas que coexisten una al lado de otra en cada momento durante la época precapitalista en las aldeas vecinas y a veces en las fincas de los señores feudales o de los conventos corresponde muchas veces a la asombrosa supervivencia de las medidas a través de muy largos períodos.[93] Un investigador francés ha podido comprobar, por ejemplo, la inmutabilidad de las medidas de superficie en una parroquia de Normandía ¡en los años 1049, 1282 y 1792![94]

El pie real carolingio, medida que no fue creada por aquel emperador sino que ya existía durante el reinado de Carlomagno y que este monarca dotó de la garantía del Estado y extendió por todo el país en el marco de su acción unificadora, y que, al parecer, debía ser cambiado en el año 1667, no dejó de ser la misma en principio hasta la Revolución francesa.[95]

En resultado de sus búsquedas en torno a las antiguas medidas polacas, Gilewicz llega asimismo a la conclusión de que «la magnitud de las medidas antiguas siguió invariable en lo fundamental hasta el siglo XVIII» y que se «convenció a través de comprobar el desarrollo de una serie de unidades, de que desde la época medieval hasta el siglo XIX, las antiguas medidas no habían sufrido ninguna variación».[96]

Tales afirmaciones sólo contradicen en apariencia la tendencia de ciertas medidas al aumento —medidas de capacidad y de peso—, de la cual hemos hablado en el apartado anterior. En realidad, existía la propensión a la inercia, la cual actuaba junto a las demás, predominando a veces la tendencia al cambio y a veces la tendencia a la inmovilidad. La metrología histórica es precisamente la que podría analizar la lucha entre ambas tendencias si extendiera el campo de sus búsquedas y quisiera investigar multilateralmente el fenómeno social de las medidas y no limitarse a cumplir con una función estrictamente técnica y utilitaria.

Uno de los grupos de factores que suelen influir en la inmu-

tabilidad o en el cambio de las medidas tradicionales, son las circunstancias de la lucha de clases y, a nuestro parecer, esta es una cuestión que la ciencia ha subestimado por completo. La segunda cuestión —y desde luego incomparablemente mejor conocida— es la historia del comercio y de los cambios que se han producido en el área geográfica de los intercambios mercantiles.

No hemos de citar aquí —como categoría aparte— el papel del Estado y su aspiración unificadora como factores determinantes de los fenómenos metrológicos, puesto que esto ha sido investigado y recalcado científicamente. Sin embargo, creemos que estos fenómenos se integran en principio enteramente en las dos categorías anteriormente enunciadas.

La tendencia unificadora del Estado constituye por una parte el reflejo de la lucha social, muy particularmente de la lucha que se desarrolla en el seno mismo de las clases privilegiadas, como lo hemos indicado en el apartado anterior. Por otra parte, esta tendencia reviste una fuerza tanto mayor cuando, como resultado del desarrollo de la economía de intercambio y de su extensión geográfica, las fuerzas de las clases privilegiadas que aspiran a esa unificación obtienen el apoyo de otras fuerzas interesadas en la misma, como es la burguesía rica.

Desde el fin del mundo de la Antigüedad, en Europa hemos conocido tres corrientes de acción unificadora en el terreno de la metrología (que no son más que una de las manifestaciones de la acción unificadora en general): la carolingia, la renacentista —absolutismo— y la de la Ilustración —despotismo ilustrado. El coronamiento de la tendencia unificadora en la metrología sólo sucederá con los comienzos del capitalismo, bajo la forma sobre todo de las reformas radicales promovidas en este terreno por la Francia revolucionaria al introducir en 1791 el sistema métrico —que quedó definitivamente instaurado en el año 1799, y que desde entonces ha conquistado el mundo.

El día 14 de septiembre de 1918 un decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo lo promulgaba en la URSS. En el año 1958 el sistema métrico fue instituido en el Japón. En la actualidad, y a excepción de los países anglosajones, todos los Estados más importantes lo utilizan, e incluso también los países anglosajones han conseguido desde hace mucho tiempo en el interior de sus fronteras la unificación metrológica.

Es indudable que en las naciones que adoptaron esta medida siguen conservándose hasta la actualidad numerosas unidades de medir tradicionales, especialmente en la economía rural, pudiéndose adelantar la hipótesis de que la supervivencia de tales vestigios es equivalente al atraso económico del país.

La ineficiencia de las tentativas de unificación metrológicas emprendidas en las sociedades que no sentían la necesidad de tal unificación es algo evidente. En España, por ejemplo, conocemos por lo menos cinco grandes tentativas de unificación me-

trológica en la Edad Media: la de Alfonso X el Sabio en 1261, la de Alfonso XI en 1348, la de Juan II de Castilla en 1435, la de Fernando e Isabel en 1488 y finalmente, la de Felipe II en 1568.[97] La repetición de estas tentativas es prueba de su ineficacia. Las curiosas consecuencias de esa disparidad de las medidas se produjeron cuando, en el Nuevo Mundo, se encontraron los españoles oriundos de las diversas provincias de la madre patria con sus diferentes medidas locales, lo cual condujo a las más tremendas incomprensiones y malentendidos, facilitando toda suerte de abusos y dificultando sumamente la acción de las autoridades estatales.[98] La reforma arbitrada por Felipe II tuvo por fin una eficacia más acusada, aunque, naturalmente, igualmente limitada.[99]

Iván el Terrible acometió una tentativa semejante en Rusia. Uno de sus favoritos, el alemán Staden, afirma en su panegírico que el monarca aspiraba a que en todo el territorio ruso las medidas fuesen las mismas en todas las aldeas.[100] Esta afirmación sólo nos habla evidentemente del deseo del zar en cuanto a la unificación metrológica, pues en realidad su heterogeneidad perduró durante un siglo en aquel país.

La misma tendencia observamos en Polonia en el siglo XVI. Son esenciales dos fechas: 1507 y 1565. En el año 1507 el rey Segismundo el Viejo promulga la unificación de las medidas de Cracovia y de Poznan, manteniendo sin embargo claramente la diversidad de las medidas de Lvov y de Lublin.[101] En cambio, la constitución de la Dieta del año 1565[102] promulga la unificación de las medidas y los pesos en todo el territorio del reino, legalizando, sin embargo, la diversidad de los *korzec* (celemín), ya que esta medida sólo debía ser unificada en el marco de cada provincia según las normas vigentes en la capital de «voivodía».

Es conocida la ineficacia de estas tentativas. La regresión económica, el debilitamiento del poder del Estado, el caos resultante de las guerras y la descentralización de los gobiernos de los *Sejmiki* (las Dietas regionales), contribuyeron a un nuevo auge de la descentralización de las medidas.[103]

La siguiente reforma unificadora, incomparablemente más eficiente que las anteriores, fue promovida en el año 1764 en el reino de Polonia y en el año 1766 en Lituania,[104] y entra ya en el marco de las de la época de la Ilustración y de la monarquía absoluta.

Reformas análogas fueron promovidas en Rusia en el siglo XVIII, empezando por la de Pedro el Grande (decreto del año 1724), por la Comisión de los Pesos y Medidas en el año 1736 y por el decreto fundamental del año 1797.[105]

Podríamos citar numerosos ejemplos concernientes a los países occidentales europeos.

La unificación de las medidas se establece en íntima ligazón con la ampliación del área geográfica del mercado. Hoszowski

conceptúa este fenómeno de la siguiente manera: «La unificación de los pesos y medidas es correlativa al nivel alcanzado por los intercambios comerciales en un territorio determinado.»[106] Es verdad que en la ciencia polaca se han formulado reservas en contra de esa tesis,[107] sin embargo no son convincentes por cuanto no dejan de ser parecidas a las que cada historiador puede alegar en contra de cualquier generalización.

Nada más característico en el mecanismo de esta regularidad que el alcance de cada una de las tentativas de unificación metrológica, el cual es muy diferente en orden a los distintos países y épocas. Sin embargo, y a pesar de las diferencias, aparece siempre una clara regularidad: pues se unifican las medidas de aquellos artículos que en un territorio y en un tiempo determinados son objeto de un extenso intercambio en el marco geográfico. Más aún, en relación con estos mismos artículos se unifican las medidas que se utilizan en el comercio al por mayor, o sea, en los intercambios de un amplio alcance geográfico, permaneciendo invariables las pequeñas medidas, utilizadas en los intercambios locales al detall. En Polonia, por ejemplo, se unifica el *last* mientras que siguen sin variar los diferentes celemines. Los artículos que debido al bajo nivel técnico de la época se deterioran fácilmente siguen supeditados a los intercambios locales y por regla general no entran en la unificación metrológica; se trata de las pequeñas medidas como el *raczka*[108] para pesar la miel, el *korczak*[109] para pesar la mantequilla, o el *ociepa* para medir el lino.[110]

En el siglo XVI, la aristocracia polaca considera abiertamente que la unificación de las medidas redunda en su interés. Esto lo atestiguan los numerosos decretos promulgados por los parlamentos regionales. El diputado enviado a la Dieta del año 1577 por el parlamento regional de Nowy Korczyn tiene como misión la de «pedir a Su Majestad el Rey que se digne recordar a su *voivoda* todo cuanto sea preciso para que haga aplicar las ordenanzas reales sobre los pesos y las medidas, y para que los *starostas* las ejecuten»,[111] lo cual, como es natural, recibió la plena aprobación del rey Stefan Batory.[112] Los diputados del *sejmik* de Sieradz llevaban instrucciones parecidas a la Dieta del año 1580.[113] Lo mismo ocurre con los diputados de Cracovia a la Dieta de 1592, quienes han de pedir que «en todo el Reino las medidas y los pesos sean iguales».[114] Para convencerse de que en este caso se trataba esencialmente de reforzar el control de la aristocracia sobre las ciudades, basta con leer las instrucciones que se dan a los diputados de Proszwice a la Dieta de 1618, y más claramente aún las instrucciones que los diputados de este mismo parlamento regional llevan a la Dieta de 1630: «Los celemines deben ser iguales en todas las ciudades, pueblos y aldeas de la voivodía de Cracovia, al que se halla sellado por los servicios del vicevoivoda para la ciudad de Cracovia...»[115]

Los resultados no fueron muy favorables. No exagera Potocki al quejarse de que:

En cada voivodía, distrito o ciudad,
Otro peso, cántaro, celemín,
Abuso, desorden, esto es el fin.
No hay ciudad, donde el mercader con su medida
Falseada, no venda su mercancía.[116]

La segunda oleada de postulados unificadores de la nobleza en el marco de la metrología corresponde a las décadas del cuarenta al setenta del siglo XVIII. Los diputados de las regiones de Chelm, Halicki y Cracovia formulan tal demanda en la Dieta de 1746;[117] igual ocurre con los diputados de Chelm y de Zakroczymski a la Dieta de 1784.[118] En el mismo espíritu se hallan formuladas las instrucciones de los diputados del *sejmik* de la región de Dobrzynski a las Dietas de 1761 y 1764.[119] Esta unificación fue promulgada, como sabemos, por la Constitución de 1764 para el Reino polaco y en 1766 para Lituania.[120]

No dejan de ser curiosos los métodos y las circunstancias que concurrieron a la realización de esta unificación. A pesar de que la reforma favorecía los intereses de la clase privilegiada, surgieron serias complicaciones debido a las condiciones hegemónicas de dominación del sistema feudal. Esto aparece claramente a través de las actividades del Tribunal Referendario de la Corona en esta esfera.

El Tribunal Referendario adoptaba la postura —¡naturalmente!— de que era irreversible la obligatoriedad de los antiguos censos e inventarios. Así, la unificación de las medidas se efectuó en base a la conversión de aquellas medidas que expresaban la magnitud de las prestaciones feudales en los citados documentos a la «medida varsoviana actual».[121] El resultado de todo esto, fue que las comisiones enviadas por el Tribunal Referendario a las aldeas que habían formulado quejas, realizaran una verdadera investigación en el campo de la metrología histórica, al tratar de establecer la magnitud auténtica de las antiguas medidas en curso en el momento de firmarse los documentos tomados como base para la unificación. Las búsquedas metrológicas se remontan en la historia de Polonia hasta el siglo XVI. Pero las investigaciones relativas a la metrología histórica, o sea en torno a la magnitud de las medidas antiguas, tienen quizá sus precursores en los comisarios del Tribunal Referendario.

El decreto relativo al litigio de la aldea de Zederman, menciona con toda claridad que «el viejo celemín de Olkusk, tras haber sido comprobada su capacidad con los jarros actuales, ha sido medido con la medida varsoviana y éste y no otro celemín es el que será llenado en el granero con las manos y sin apretar con ellas el grano, y llevado al castillo»...[122]

Estas encuestas eran a veces emprendidas por la exigencia de los campesinos, quienes se quejaban de que las medidas habían sufrido cambios perjudiciales para ellos.

Por ejemplo, en el proceso que en el año 1781 se entabla entre el vecindario de las aldeas de Biala y Maszewo y el señor feudal Josef Nieszczycki, el Tribunal Referendario ordena a su comisario que «dado que, conforme a la queja, la medida que se halla en el castillo del señor es más grande que la antigua medida de Plock, con la cual medíase la avena que los siervos entregaban al señor... manda sea comprobada la citada medida en el granero y marcada en consecuencia hallándose en la plenitud de sus facultades el comisario»,[123] y, como es natural, la medida en cuestión fue reducida a la medida unificada.

He aquí otro caso: «El vecindario de Kielcyglowski, reunido en asamblea, afirma que el viejo celemín de Wielun sólo contenía dieciséis jarros de los nuevos, pero... dado que la sentencia del comisario determinó en diecisiete jarros y medio su capacidad, conforme a la nueva medida... ordena suspender la susodicha sentencia, debiendo el vecindario reunir las pruebas necesarias a una nueva averiguación de la capacidad del antiguo celemín de Wielun.»[124]

Es evidente que en ciertas ocasiones las diligencias promovidas por los campesinos no terminaban en una sentencia a su favor. En el dictamen relativo al pleito entre el vecindario de Losicki y el señor del lugar, Tomás Aleksandrowicz, en el año 1783, leemos: «Dado que el antiguo *szanek* (medida de capacidad equivalente, según las regiones, a 100 l. y hasta 200 l.) ha sido medido en el granero en presencia del comisario y contiene dieciséis jarros y no doce como el vecindario pretende..., ordena que esa misma medida antigua sea utilizada para recaudar los diezmos.» La queja de los campesinos no surtió efecto.[125]

Como quiera que en realidad la determinación de las medidas procedía de la ciudad más próxima,[126] para establecer la magnitud de las antiguas medidas era preciso recurrir a los expertos municipales.

En el pleito que tuvo lugar en el año 1779 en la aldea de Kakolnicki, el *starosta* del castillo no aceptó la decisión del comisario fijando en cuarenta y ocho jarros la capacidad del celemín diezmal, alegando que la capacidad era mayor de acuerdo con la antigua medida de Lukowa. Así, el pleito giró en torno a la capacidad que el celemín en cuestión debía tener en los años 1645 y 1660, fechas correspondientes, la primera al decreto del Tribunal Referendario, y la segunda al censo. Se trataba, por tanto, en este caso de una investigación histórico-metrológica sobre un período de 134 años. El castillo presentó una certificación del municipio de Lukowa sobre la antigua capacidad del celemín. El Tribunal Referendario estimó que la prueba era insuficiente y en espera de que el *starosta* del castillo presentara

nuevos testimonios, ordenó refrendar el decreto del comisario fijando en cuarenta y ocho jarros la medida del celemín para los diezmos. Naturalmente, el citado celemín ha de ser medido de acuerdo con las decisiones del Tribunal Referendario al respecto, o sea en el granero y sin apretar el grano ni sacudirlo.[127] Lo mismo ocurre con el litigio que tuvo lugar en el año 1780, entre el vecindario de la aldea de Kielciglowski y el *starosta* Kazimierz Myszkowski[128] e infinidad de otros ejemplos.

Sería interesante comprobar —es posible que algún investigador llegue a descifrar este problema en algún archivo urbano— qué métodos eran utilizados por el municipio interesado cuando debía certificar las dimensiones de las medidas que desde hacía siglo y medio prevalecían en su término. ¿Opinarían de acuerdo con las tradiciones? ¿Se basarían, acaso, en los viejos documentos del municipio? Es posible que extendieran el certificado siguiendo el deseo del *starosta* para congraciarse con él, o quizá se conservarían en la alcaldía las antiguas medidas. Está probado que en aquella época era una costumbre muy antigua guardar debidamente las medidas-patrón. También se ha conformado a través de los siglos, y como resultado de duras y amargas experiencias, el interés de los campesinos por los patrones de las medidas al igual que por los viejos documentos y los fueros. En el año 1778 tuvo lugar un pleito entre los aldeanos de Rembowa, el *starosta* Michal Szymanowski y el arrendador Tomás Tanski. Como el litigio giraba en torno a las medidas diezmales, el Tribunal Referendario, al mandar a su comisario a la aldea, le recomienda comprobar la capacidad del celemín, que por privilegio del príncipe de Plock, Ladislao, se halla guardado en la iglesia de Rembowa desde el año 1443. La comprobación ha de verificarse después de que el sacerdote haya certificado que «se trata del celemín que en la iglesia se guarda y no de otro». Una vez realizada la comprobación, el comisario deberá sellar con su anillo el celemín y devolverlo a la iglesia donde ha de seguir guardado.

Aquí se trata, por tanto, de una investigación histórico-metrológica concerniente a un período de 335 años. No deja de ser interesante la garantía sacramental de la inmutabilidad de esta medida que le fue otorgada a la aldea por el príncipe Ladislao de Plock, a buen seguro como resultado de más de un pleito «metrológico». Pero este litigio no terminó así. Según el acta del comisario, establecida seis meses más tarde, resulta que durante su investigación se halló con que en la aldea de Rembowa existían dos celemines diferentes, el que se conservaba en la iglesia, el cual contenía catorce jarros varsovianos, y un segundo celemín fabricado durante la inspección del año 1765 para no estropear más el ya muy viejo custodiado en la iglesia; pero se daba el caso de que el nuevo celemín era de una capacidad mayor, puesto que contenía dieciséis jarros y ello

a pesar de que cuando tuvo lugar la inspección ambas medidas, según las declaraciones de los testigos, eran exactamente iguales.[129]

Así, es de suponer que durante la inspección del año 1765 se fabricó un nuevo celemín no tanto para evitar que el muy antiguo celemín-patrón se acabara de romper, sino por ser más fácil falsear el nuevo, falsificación que debió de tener lugar muy poco tiempo después del año 1765. Pero en este caso, el comisario del año 1778 no quiso zanjar él mismo el pleito, dejándolo al buen entendimiento del Tribunal Referendario, ya que el buen hombre no podía desaprobar la decisión del representante de su propia institución, que trece años antes había estampado su sello en el nuevo celemín, certificándolo como auténtico.

Por su parte, los campesinos siguen el camino más acertado para su defensa: no ponen en duda la decisión del comisario en el año 1765, pero tienden al mismo tiempo a demostrar que la nueva medida no es la misma que fue comprobada en presencia del comisario y la cual concordaba entonces completamente con el antiguo patrón.[130] En este litigio son un vivo testimonio los viejos campesinos que presenciaron la antigua inspección así como la nueva investigación del comisario. El falseamiento de las medidas era un fenómeno tan frecuente que ni los mismos representantes del aparato del control de los latifundios lo podían comprobar a veces. El inspector Lachmanski, perteneciente al órgano de control de los bienes primaciales, reconoce que «verificando sobre el terreno» la queja del vecindario de la finca de Kurzelowski, ha comprobado que «la medida ha sido aumentada en cuatro jarros por los mayordomos» y que «mandó confeccionar una nueva medida justa de cuarenta jarros y sellarla».[131]

Es evidente que aquellas «investigaciones metrológico-históricas» no debieron ser fáciles de efectuar por poco que se realizaran a conciencia. Los campesinos de las aldeas primaciales de Sendziejowice y Zagliny fueron a quejarse al párroco, entre otras cosas, de que las medidas habían sido aumentadas.[132] El arrendador de las tierras reconoce que «él estaba en duda de si no existía una medida más pequeña cuyo patrón se guardaba en el pueblo de Widawie y que aconsejó a los aldeanos traer del citado municipio alguna prueba auténtica sobre las medidas, pero como quiera que se trata de un período de 264 años, no es posible obtener ninguna».[133]

¡A buen seguro que cuando los nobles o los clérigos necesitaban algún certificado del municipio, los funcionarios de la alcaldía debían salvar mucho más fácilmente las dificultades eurísticas y hermenéuticas y entregar los documentos indispensables que cuando se trataba de simples campesinos!

La actividad del Tribunal Referendario de la Corona es, por tanto, interesante en muchos aspectos. La unificación de las

medidas, que se asienta a la vez en la intangibilidad de los antiguos privilegios feudales, es causa de que en muchos casos se efectúen búsquedas formales de carácter histórico-metrológico con respecto a los siglos pasados. La magnitud de las prestaciones de los campesinos seguía intangible aunque hubiera de traducirse a las nuevas medidas unificadas. Aparecieron las formas de averiguación metrológicas, auténticas para los tribunales: las certificaciones de las autoridades municipales, la comprobación con las medidas-patrón, los testimonios de los ancianos.[134]

En torno a estos problemas —que en esencia no eran sino litigios ligados a la magnitud de las prestaciones— se libró una enconada lucha de clases. Durante la misma se pusieron de manifiesto los abusos y los falseamientos metrológicos perpetrados desde los tiempos antiguos. En muchos casos, la burguesía y el clero se ven arrastrados a la lucha entre el señor feudal y su dominio, la aldea. El Tribunal Referendario asume en este terreno un papel que se halla condicionado por su carácter multilateral. Por una parte, es el instrumento de los grandes terratenientes (y en ciertos casos del Estado) interesados, en cierto modo, en que el que dispone de los bienes no disfrute de más renta que la que ha sido estipulada. Por otra parte, es un empleado del Estado que aspira a suavizar —en un área por cierto muy pequeña— la lucha de clases, a reducir el campo de los conflictos, a evitar las fricciones. Por último, es un órgano de clase que, como institución y por quienes forman parte de la misma, se halla sujeto por muchos hilos a una de las partes que intervienen en la lucha. De ahí que en su actividad, el Tribunal Referendario se muestre comprensivo ante las pruebas presentadas por los señores feudales y que por otra parte aspire a establecer «de una vez y para siempre» las normas obligatorias, concediéndole a la parte perjudicada ciertas garantías (como es la de otorgarle a la aldea un doble de las medidas-patrón con el derecho a confrontarlas con las medidas del señor), para evitar todo engaño metrológico en el futuro.

La unificación de las medidas promulgada por la Constitución de 1764 no tropezó siempre, ni mucho menos, con la oposición de los aristócratas de la tierra. Hay indicios de que, allí donde las nuevas medidas eran superiores a las tradicionales, los señores feudales se amoldaban de buena gana a los reglamentos constitucionales, incrementando al mismo tiempo las prestaciones de los campesinos.

Esto es lo que debió suceder en varias aldeas primaciales, cuyos vecinos se quejan en el año 1785 de que «ahora les mandan entregar los diezmos según el celemín actual de Lowicz —sin duda el unificado—, bastante mayor que la antigua medida».[135] El hecho aparece aún más claro en la súplica de los vecinos de las aldeas primaciales de Sedzejowice y Zaglin, también en

el año 1785, pues los campesinos se quejan de que «así como antes entregaban al párroco un diezmo equivalente a tres medidas de cuatro jarros de centeno o de avena, ahora tienen que entregar tres medidas de centeno y tres de avena, pero de una contenencia de doce jarros polacos cada una».[136] La medida «polaca» debía ser precisamente la medida unificada según la Constitución de 1764.

En las condiciones del caos metrológico que no dejaba de coexistir con el desarrollo de la economía de mercado, el campesinado, como el elemento más débil que era, tenía que verse perjudicado en todos los aspectos. La súplica de los campesinos de la aldea primacial de Kompin en el año 1785 no puede ser más clara: «Cuando a los aparceros nos falta dinero para pagar los tributos, nos vamos a Varsovia, donde a veces nos pasamos tres días en busca de un comprador del trigo que llevamos. A menudo tropezamos con unas medidas que son mayores que las nuestras, por lo que hemos de dar más trigo por el mismo dinero.»[137]

En el mercado de Varsovia o de sus alrededores se juntan los campesinos de todos los lugares, y con ellos las medidas tradicionales de la región; pero este fenómeno se da en una escala mayor aún en América, donde se mezclan todas las medidas de las distintas provincias de España. Las pérdidas resultantes de tal situación las debía soportar el campesino, y ello a los veinte años de haber sido promulgada la Constitución de 1764.

Sólo el sistema métrico permitió realizar una auténtica unificación de las medidas, pero esto era impensable en unas sociedades que desconocían los principios de la igualdad de los ciudadanos ante la ley.

LAS FUNCIONES DE LAS MEDIDAS EN LA ECONOMIA MERCANTIL

Para el hombre contemporáneo, la idea del precio es la relación existente entre una suma de dinero y la cantidad de mercancías, siendo variable la primera magnitud e invariable la segunda. Suponiendo que el precio del pan suba o baje, en nuestra concepción ello significa que crece o disminuye la suma de dinero que debemos pagar por esa misma cantidad de pan.

El criterio de que el cambio en la situación del mercado se refleja en el cambio de la suma de dinero pagada por una cantidad invariable de mercancía, no es en las relaciones sociales un hecho necesario ni universal, ya que la historia conoce otras formas de expresión de este fenómeno social.

Un ejemplo magnífico de ello es la forma —muy extendida en la época feudal— de comprobar las fluctuaciones del precio

del pan, consistente en el hecho de que en caso de producirse alguna oscilación en el mercado, no era el precio del pan el que cambiaba, sino su peso. En caso de producirse una variación en los precios de los cereales panificables, el panadero o su gremio cambian el peso del pan. (En el siglo XVI, este alimento de primera necesidad costaba en Polonia un *groszy* y más tarde, según la desvalorización de la moneda, de tres a seis *groszys*.)[138] Este procedimiento suele ser reconocido como justo y las tasaciones *voivodales* lo tienen en cuenta como norma.[139] Así por ejemplo, la tasación fijada en Varsovia el 1 de junio de 1622 ordena que «el pan de un *groszy* debe pesar treinta y cinco onzas mientras no se llegue al trigo de la nueva cosecha», y el justiprecio del 9 de febrero de 1623 reza que «el pan de buena y clara harina candeal, sacado del horno, debe tener por un *groszy* dieciséis onzas, y el de calidad inferior dieciocho onzas».[140] Así que las tasaciones, y con ellas las autoridades de control, no actuaban en contra del cambio de los precios del pan, puesto que era invariable, sino en contra de las infracciones relacionadas con el peso del mismo. Por ejemplo, la valuación de Lvov en el año 1726 informa que «los panaderos cuecen un pan más pequeño que antes»; la tasación del año 1738 dice que «los panaderos no venden el pan según el peso reglamentario y cuecen y venden el pan a su antojo»; y la valuación del año 1765, que «los panaderos roban sin escrúpulo», «cociendo un pan demasiado pequeño».[141] En caso de litigio, era costumbre efectuar pruebas en la tahona, cociendo los panes,[142] procedimiento que tiene una honda fundamentación y representa una importante función social. Su fundamentación teórica parte del «justo precio» de santo Tomás.

Técnicamente, era mucho más fácil la manipulación del peso ya que a menudo no existía la suficiente moneda fraccionaria. Si el precio del pan cambiaba, supongamos, en un 10 %, era mucho más fácil reflejar el alza o la baja del mismo aumentando o reduciendo a proporción su peso. Pero nos parece más importante aún la función política de este sistema, pues permite modificar el precio de un artículo de primera necesidad de una forma menos perceptible y que por lo tanto hiere mucho menos el amor propio de la plebe urbana, cuyas reacciones eran temidas tanto por la corporación de los panaderos como por las autoridades municipales y los señores feudales. Acostumbrada a que el pan costara siempre un *groszy*, la población lo tenía de esta manera a ese precio. Es evidente que este método pudo utilizarse sólo hasta cierto momento. Al producirse grandes saltos en el suministro de los cereales o en las relaciones monetarias (a mediados del siglo XVII en Polonia), había que conformarse con que el pan costara dos, tres y a veces hasta seis *groszys*, tratando nuevamente de que la clase humilde se habituara al nuevo precio invariable. Los consumidores sabían darse cuenta de que el peso

había cambiado, pero hasta cierto punto este procedimiento servía de tope, amortiguando la reacción social ante los fenómenos del mercado, que era precisamente de lo que se trataba.

Este mismo método lo utilizaban también, aunque no de una manera oficial sí espontáneamente, los vendedores de otros artículos y especialmente de aquellos productos que se solían vender según unas medidas muy específicas, como el queso, la mantequilla, las bebidas, etc.

Hay otros ejemplos que muestran cómo, según los conceptos que prevalecen en la sociedad feudal, la medida no tiene que ser necesariamente invariable:[143] se hallaba extendida la idea de que el mercader tiene derecho a servirse, si no de otra medida, al menos de otras formas de medir para la compra y la venta de las mercancías. El hecho está ligado nuevamente con la convicción de que el precio de la mercancía constituye algo así como un rasgo que la caracteriza, y el cual no puede ser cambiado por el hombre sin que éste incurra en un pecado. Así, el comerciante pagaba por el celemín de trigo el mismo precio al que luego lo vendía, pero al comprarlo, medía con «creces» y al venderlo medía con tasa. En esta trampa estaba su ganancia.[144] Por lo demás, el beneficio no era despreciable. El Tribunal Referendario de la Corona, al calcular la medida tradicional del diezmo de los campesinos según la Constitución de 1764, agregaba por cada celemín un «colmo» equivalente al 1/16, o sea al 6,35 %[145] de su capacidad auténtica, pero en la práctica comercial el porcentaje solía ser mucho mayor.

La invariabilidad de los precios quedaba a salvo asimismo en muchas ocasiones gracias al cambio de las medidas, cuando había que equilibrar la diferencia existente entre el lugar de la producción y el lugar de consumo. Se daba el caso de que los precios eran idénticos en ambos lugares, pero en el primero las medidas eran más grandes, cubriendo esta diferencia el coste del transporte y el beneficio del comerciante.[146]

El cambio de las medidas o de las formas de medir permite asimismo salvar en apariencia el principio del préstamo sin interés, lo que ocurre con harta frecuencia en las relaciones entre la aldea y el castillo: el señor feudal prestaba al campesino el trigo medido con tasa y, al serle devuelto, lo medía con colmo.[147]

La importancia de la Constitución de 1764 consiste no sólo en que se trata de una nueva tentativa de unificación de los pesos y las medidas en las ciudades, sino en que introduce resueltamente el principio de uniformidad de las formas de medir.[148] La medida se convierte en una convención que obliga igualmente al campesino como al señor, al vendedor y al comprador, al productor y al consumidor, al mayorista como al detallista. Para poder calibrar el carácter innovador de esta reforma es preciso recordar el concepto tan distinto que sobre ello se tenía en la época de dominación del sistema feudal.

LAS CONDICIONES SOCIALES DEL SURGIMIENTO DE LAS MEDIDAS CONVENCIONALES

Como indicábamos anteriormente, por regla general las medidas existentes en los comienzos del capitalismo suelen tener un carácter significativo, que expresa algo de índole humana, vinculado con la persona o con sus condiciones de vida y de trabajo. Las medidas modernas tienen un carácter puramente convencional. Lo más importante en ellas es el sistema adoptado y no la magnitud de las unidades fundamentales, ya que un sistema pudiera basarse igualmente en una unidad más grande o más pequeña. La significación de las unidades de medida convencionales físicas (densidad de una cantidad de agua determinada a una temperatura y bajo una presión dada) o astronómicas (una fracción determinada del ecuador) no tiene un carácter social. Este problema se ha puesto de manifiesto con la máxima claridad en la historia del metro[149] que al principio fue adoptado como la 1/40.000.000 parte del ecuador —*mètre vrai et définitif*— en Francia por decreto del 22 de junio de 1769, y que sigue siendo la unidad básica del sistema (por decisión de la Conferencia Internacional de 1870-1872) a pesar de que unas mediciones más perfectas han modificado nuestro concepto sobre la longitud concreta del ecuador y a que las nuevas investigaciones habrán de calcular con una exactitud aún mayor esa longitud. Así, en la actualidad, en los países donde rige el sistema métrico, la unidad de medida no es la 1/40.000.000 parte del ecuador sino el metro patrón de platino-iridio que se conserva en el Pabellón de Breteuil, en París.

¿Qué es lo que representa, socialmente, el tránsito de unas medidas significativas y en cierto sentido humanas, a las medidas abstractas, convencionales, sin ninguna significación? Principalmente, la necesidad de unos aparatos de medida comunes, comprobables e independientes del individualismo humano. El principio de Protágoras según el cual «el hombre es la medida de todas las cosas», se halla reemplazado por la búsqueda de una medida objetiva e invariable. ¡Y no es fácil hallar un elemento invariable en un mundo en que todo cambia! Por lo tanto, los esfuerzos tendentes a encontrar tales puntos de referencia rebosan de sentido social y no tiene nada de extraño que, en su afán por encontrar una magnitud inmutable, el hombre haya llegado a adoptar como tal un determinado rasgo del planeta en el que le tocó vivir y que representa para él el único punto de referencia. Pero luego se demostró que aún no sabía medir con exactitud este planeta y, por añadidura, que éste tampoco es absolutamente invariable. Entònces quedó el puro convencionalismo.

Pero la historia del metro no acaba en este convencionalismo. El patrón de Sèvres elaborado con platino e iridio, y que

desde la I Conferencia Internacional de las Medidas y los Pesos en 1889 era el patrón internacional en vigor, pasó a la «jubilación» después de setenta años de servicio y, como un objeto de curiosidad, al Museo; ya que tenía dos defectos: su exactitud de 1/10.000.000 de metro que hace setenta años parecía trascendental, ya no satisface las necesidades de la industria de precisión en la actualidad (por ejemplo, para la producción de los cohetes teledirigidos), por cuanto la tolerancia admitida no puede rebasar a veces un 1/10.000.000 no ya de metro sino ¡de milímetro!, por lo cual la precisión debe ser mil veces mayor. En segundo lugar, el hecho de que el funcionamiento del sistema mundial de medidas y de pesos dependía de un único patrón, aunque éste se conservase y vigilase con el mayor de los cuidados, constituía un riesgo demasiado grande. El nuevo metro tenía, por tanto, que cumplir con dos condiciones: *a*) ser lo más preciso posible y *b*) poderlo reproducir. Y así fue como el día 14 de octubre de 1960 el metro-patrón de Sèvres quedó destronado.

Pero este cambio no fue solamente el cambio de un patrón. En primer lugar, se trata de la supresión del patrón en general. Actualmente, el metro-patrón puede ser reproducido en cualquier laboratorio del globo terráqueo adecuadamente guardado. Constituye al mismo tiempo un cambio de concepto y de definición. La definición oficial del metro reza actualmente así: el metro es «una longitud igual a 1,650,763,73 longitudes de onda en el vacío de la radiación correspondiente a la transición entre los niveles 2p10 y 5d5 del átomo de criptón 86».

Un porcentaje muy reducido de la humanidad es capaz de entender esta definición. Desde ahora no será fácil explicar a los alumnos en la escuela lo que representa el metro. Hemos recorrido un camino muy largo desde las medidas de la época feudal tan repletas de significación humana. La «deshumanización» de un instrumento tan común y tan cercano a la vida cotidiana del hombre, ha alcanzado un extremo peculiar.

Pero, al mismo tiempo, por este camino el entendimiento y la cooperación interhumana pueden desarrollarse favorablemente y alcanzar los mayores resultados.

Es evidente que la unificación de las medidas constituye un proceso histórico paralelo a la extensión del mercado. Anteriormente hemos visto cómo la aristocracia polaca, conforme va convirtiéndose en una clase «comerciante», lucha por la unificación de las medidas necesarias para dicho comercio, es decir, por las medidas del comercio al por mayor, luchando a la vez por su soberanía en cuanto se trata de las medidas que juegan un papel decisivo en sus relaciones con la aldea. En aquellas regiones donde la burguesía era más poderosa que la aristocracia, y que tenía en sus manos el comercio mayorista, postulaba por la unificación de las medidas.[150]

Según el mercado va convirtiéndose en mercado «nacional»

en el marco de un Estado, la unificación de las medidas es el símbolo de las transformaciones que ya se han producido y un factor que acelera las nuevas transformaciones. Así lo comprendió Goethe cuando, al referirse a la futura unificación de Alemania, subrayó: «*Deustchland sei eins in Mass und Gewicht.*»[151] La Primera República francesa, centralista, tuvo que influir con fuerza en este aspecto. En la actualidad, la República India independiente, al luchar por la superación de los separatismos locales, no podía olvidarse de este problema, por lo cual se promulgó el sistema métrico en el año 1961.

Cuando se introdujo en Francia el sistema métrico, ya veían en él una futura Institución Internacional, ya que se prometían —y el futuro demostró lo justo de este vaticinio— que sería aceptado por los demás países. Éste debía ser, según la terminología altisonante de la Revolución francesa, un sistema «para todas las naciones, para todos los tiempos».

El metro no tiene actualmente ninguna significación social concreta, es una pura convención. En cambio, tiene una significación social infinitamente mayor: la aceptación del metro como unidad de medida común. No significa ni más ni menos que un gran éxito de la humanidad en el camino que conduce al «lenguaje universal», a la comprensión y a la cooperación entre todos los hombres.[152]

LA METROLOGÍA HISTÓRICA COMO CIENCIA AUXILIAR DE LA HISTORIA Y CAMPO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

La metrología histórica se interesa por los antiguos sistemas de medida. En esta definición hacemos hincapié sobre la palabra «sistema», ya que se trata de tomar en consideración durante la investigación todos los elementos ligados con las medidas y por lo tanto de tener en cuenta los sistemas de contabilidad, los instrumentos, que a veces suelen ser más importantes, como ha sido demostrado, que las medidas abstractas; formas que suelen ser diferentes en las distintas situaciones sociales y, por último, hay que tener en cuenta todo el conglomerado de intereses sociales diversos y a veces antagónicos que está ligado con este problema. En esa definición se encierra a la vez el convencimiento de que todos esos elementos son interdependientes, forman un todo estructurado, y que debe investigarse científicamente como un sistema creado por la sociedad de la que forma parte integrante.

Las fuentes de investigación de la metrología histórica son muy numerosas, y, acaso sea esto lo más importante, muy diferentes. El papel simbólico «de la justa medida» —y en particular del peso— hizo que las diferentes sociedades y épocas

nos legaran las más interesantes y hermosas figuraciones iconográficas. La balanza es el atributo del dios egipcio Amón, como lo es también de los ángeles en numerosas escenas del Juicio Final que adornan los portales de las catedrales románicas y góticas. En esa iconografía se halla la más rica documentación para conocer los instrumentos de medida, y en muchos casos para conocer sus formas de utilización.

Peor es la documentación concerniente a las medidas de superficie aunque, no obstante, la significación que se atribuía a esta operación dio lugar a la creación de preciosos documentos iconográficos.[153] Las dificultades concretas que supone la mensuración de la superficie y especialmente de un campo originaron la elaboración de manuales de geometría rebosantes de descripciones importantísimas para la metrología histórica.[154]

Los monumentos de la cultura material son asimismo una fuente documental. Los museos etnográficos de toda Europa están llenos de esta categoría de fuentes iconográficas,[155] pero faltan los catálogos y las fotografías. En la mayoría de los casos estas riquezas no se aprovechan y los objetos no se hallan datados de una forma satisfactoria y convincente. A veces, suelen existir museos especiales en los Institutos nacionales de Pesos y Medidas.[156] Pero la conservación de un gran número de reliquias metrológicas se halla dificultada por la sencilla razón de que casi siempre están confeccionadas con materiales de fácil deterioración. Muchos de estos instrumentos de medida eran de cuero.[157] También suelen ser de las distintas maderas las medidas utilizadas para los cereales.[158] Precisamente, la falta de consistencia de estos materiales facilitaba los engaños metrológicos, como ya lo hemos visto anteriormente. Esto explica que en muchos casos se ordenara reforzar las medidas-patrón con materiales más sólidos como, por ejemplo, el hierro.

Por último, tenemos otra categoría de fuentes en los manuscritos, cuyas características es obvio definir ya que en los apartados anteriores hemos mostrado algunos ejemplos de utilización de las mismas.

Merece ser señalado asimismo un tipo de fuentes excepcionalmente ricas y que *mutatis mutandis* se repite ... muchos países. Nos referimos a las actas relacionadas con la promulgación en un país determinado del sistema métrico. Esta reforma exigió, por regla general, que se efectuase un inventario de los sistemas existentes, la comprobación de las medidas tradicionales con el sistema métrico según los métodos modernos y, lo que es aún más importante, dicha reforma tropezó generalmente con diversas resistencias sociales, lo que dejó una cuantiosa documentación en los archivos.[159]

En los apartados anteriores hemos tratado de demostrar la trascendencia de las fuentes de procedencia jurídica. Referente a los problemas metrológicos ligados con el campo, las fuentes

de esta clase serán siempre elocuentes, especialmente cuando los campesinos tuvieran acceso a los tribunales de Estado. Por desgracia, éste no era el caso en Polonia a partir del siglo XVI, lo que es de lamentar para el historiador actual. De ahí la gran importancia que para Polonia tienen las actas del Tribunal Referendario. Es verdad que conciernen a una pequeña fracción del campesinado, pero, no obstante, muchos de los fenómenos que se aclaran en ellas no debían limitarse a los bienes de la Corona. De ahí también la gran trascendencia de los documentos que han podido conservarse en los grandes latifundios, cuyos tribunales patrimoniales tenían un alto nivel de organización. Igualmente es preciso hacer resaltar la importancia de las súplicas de los campesinos y de los documentos ligados a las indagaciones que suscitaban.

Naturalmente, el historiador no se halla en condiciones de comprobar lo legal de las quejas del campesinado. Sin embargo, no cabe duda de que, si no siempre, al menos en la mayoría de los casos éstas eran justificadas. Esto lo demuestra: *a*) el carácter masivo de las quejas, *b*) la relación muy concreta de las arbitrariedades y de los métodos utilizados, *c*) las sentencias de los tribunales reales o las decisiones de los propietarios quienes, a pesar de su parcialidad y su benevolencia hacia los arrendadores o administradores de la aristocracia, suelen darle la razón al campesino.

Como ocurre siempre en las investigaciones históricas, también aquí se plantea la cuestión de saber hasta qué punto el fenómeno que ha sido comprobado en el «análisis probatorio» puede aplicarse a toda la masa del problema investigado. En este caso, la masa investigada serán los bienes reales y los latifundios en relación con el conjunto del campo polaco. Pero desconocemos lo que pudo pasar en las fincas de la nobleza media y pequeña que administraba ella misma sus bienes y en las cuales no había lugar a las súplicas de los campesinos, y donde las quejas sólo eran orales, no teniendo además los aldeanos ningún acceso a los tribunales de Estado. Como quiera que se trata de una misma clase social, semejante a la de los arrendadores y administradores de los bienes de la Corona o de los grandes terratenientes y que gobierna sus fincas en las mismas condiciones sociales y con los mismos métodos, no es arriesgado el suponer que también en aquellas fincas los abusos metrológicos eran un fenómeno corriente. Y acaso más frecuente por cuanto los campesinos tenían en este caso menos posibilidades de defensa. Si de los documentos escogidos entre las actas del Tribunal Referendario de la Corona pudimos extraer en un período de tiempo relativamente corto y de los únicos bienes primaciales, datos sobre centenares de quejas de los campesinos contra los abusos metrológicos, ¿cuántas no serán las injusticias que debieron cometerse en toda Polonia?

La trascendencia de la metrología histórica como ciencia auxiliar de la historia es evidente y multilateral. Es tan importante como en su campo lo son la cronología y la numismática.

Su función primordial a este respecto estriba en su utilidad en cuanto a la comprobación del origen del documento (datación, localización geográfica y social, descubrimiento de los falseamientos, etc). Czerepnin subraya este aspecto del problema en su manual de metrología rusa.[160]

La metrología histórica tiene una aplicación incomparablemente más extensa en el análisis del contenido de un documento. Un documento de arrendamiento es prácticamente incomprensible si no tenemos alguna idea de las magnitudes que lo componen. De igual modo, no podemos comprender la magnitud de las prestaciones campesinas estipuladas en los inventarios o en los censos. Los registros arancelarios, las actas de propiedad, los testamentos, los contratos, etc., serán mudos si no utilizamos las conquistas de la ciencia metrológica, lo que concierne a todas las categorías fundamentales de las fuentes históricas.

No obstante, suponiendo que la metrología histórica quiera cumplir con su función de ciencia auxiliar de la historia, debe considerársela como un sector aparte de la problemática histórica —por lo demás, a juicio nuestro, esto se aplica a cada ciencia auxiliar de la historia.

Las medidas premétricas, precisamente por tener un carácter significativo y no convencional, por ser un atributo del poder y un instrumento de los privilegios de clase, y por haberse librado en torno a ellas una enconada lucha de clases,[161] se hallan saturadas de un rico y auténtico contenido social cuyo descubrimiento debe constituir la tarea principal de la metrología histórica. No cumplirá con esta función si su labor continúa sujetándose estrechamente a la «elaboración exacta de la nomenclatura de las antiguas medidas y a reducirlas a las unidades que se utilizan actualmente».[162]

Este último concepto de las tareas de la metrología histórica, por una parte la despojaba de la problemática científica más interesante, y por otra parte desembocaba a veces en el escepticismo y el pesimismo cognoscitivo del investigador que se ocupa de esta temática, como también del historiador que utiliza los datos de la metrología histórica. Con demasiada frecuencia es imposible convertir las antiguas medidas a las unidades del sistema métrico. Los resultados obtenidos con este método, muchas veces tras un gran esfuerzo, a menudo no solían tener una gran utilidad por cuanto, suponiendo que para un año dado se hubiera determinado con exactitud la magnitud del tributo diezmal de cualquier aldea, en el villorrio vecino e incluso en ese mismo año, la magnitud del diezmo solía ser diferente con mucha frecuencia. Esto explica que ese escepticismo y ese pesimismo se justificaran realmente.

Pero cuando el historiador logra descubrir la significación social de una medida determinada, aunque esto no le aclare lo que quisiera saber, por ejemplo, la exacta equivalencia métrica, no deja sin embargo de enseñarle muchas otras cosas sobre problemas incluso importantes. Suponiendo que lleguemos a la conclusión de que en el siglo XVI el *lan*, con todas sus diferencias en cuanto a la superficie geométrica, significa una unidad de medida de las parcelas de los siervos vinculada totalmente con las prestaciones feudales, obtenemos así nuevas posibilidades analíticas.[163] Tomemos el caso de las estadísticas de la estructura agraria. Suponiendo que el *tertium comparationis* sobre la base del cual ha de efectuarse la clasificación de la masa estadística analizada, sea la superficie geométrica de la tierra poseída, naturalmente, aquí tienen razón los escépticos que ponen en guardia contra la diferenciación estadística de las capas del campesinado en los siglos XVI al XVIII en Polonia como lo hacen Rutkowski y su escuela.

Pero si tenemos en cuenta el sentido auténticamente social del término *lan*, entonces la clasificación de los campesinos en orden a los que pagan un «*lan* entero», un «medio *lan*» o un «cuarto de *lan*» será mucho más gráfica y elocuente, y la estadística establecida en estas cualificaciones cobra un sentido mucho más profundo con respecto al objeto indagado. Es evidente que tanto el investigador como los que utilizan la investigación deben tener en cuenta que en este problema no se puede hablar de ninguna comensurabilidad geométrica. Pero la comprensión de lo que significan realmente las cifras que figuran en las estadísticas no sólo en estos casos constituye un problema complejo y no sólo en estos casos ha ocasionado incomprensiones.

A la lógica de lo que hemos dicho anteriormente, aún quedan muchos problemas por analizar.

Así como en la Biblia observamos de qué forma el concepto real sobre las medidas se transforma en símbolo, desearíamos comprender mejor cómo y en qué condiciones sociales la idea de la «medida justa» se transforma en el símbolo del hombre honrado, de la honradez en general, de las relaciones honestas entre los hombres; uno desearía conocer la génesis de las atribuciones de las autoridades estatales en cuanto al control de las medidas, de las atribuciones de otros factores del poder y de la típica lucha que se libra en torno a tales atribuciones; desearíamos conocer mejor la importancia de las medidas en las relaciones del mercado o en los intercambios directos en las economías con un bajo nivel de comercialización; a este respecto, mucho pueden ayudarnos las investigaciones de los antropólogos sociales y de los economistas que investigan a los así llamados países atrasados; quisiéramos entender más cabalmente los conflictos existentes entre las tendencias sociales de las que aquí se ha hablado: la tendencia a la inercia de las medidas entra

aquí en conflicto con el carácter significativo de las mismas y, según se desarrolla la economía mercantil, entra en conflicto con la tendencia a la invariabilidad de los precios, con lo que una vez una y otra vez otra de estas tendencias sale vencedora, como en el ejemplo citado del pan; desearíamos tener un mejor conocimiento del conflicto entre la tendencia al cambio de los precios y la tendencia a la invariabilidad de las medidas, conflicto que termina con el triunfo de la primera tendencia para encubrir las diferencias entre el precio de compra y el precio de venta, el precio del sector exportador y el precio del sector importador, el precio al por mayor y el precio al detall; quisiéramos conocer más de cerca la función de las medidas y de las formas de medir en el marco de la actividad crediticia, particularmente cuando se trata de encubrir con ello el interés rendido por los préstamos en la Europa medieval donde rige la prohibición canónica como asimismo en las otras épocas o países e incluso en numerosas naciones actualmente atrasadas, ya que la prohibición canónica de la renta del dinero representa un aspecto individual de un fenómeno considerablemente más extendido y característico de las economías débilmente comercializadas; por último, querríamos conocer mejor las condiciones sociales indispensables a la unificación metrológica. Nada más aleccionador acerca de dichas condiciones que el análisis de las tentativas unificadoras, que fueron tan numerosas, que terminaron con un fracaso, el análisis de las resistencias sociales con que se tropezó al promover la unificación de las medidas y la investigación en torno a las supervivencias que, a pesar de la unificación, se observan en la práctica social.

Cada medida es, en tanto que Institución social, el reflejo de una categoría específica de las relaciones interhumanas y que puede informarnos sobre dichas relaciones. La correlación entre las medidas, las peregrinaciones de las medidas y de sus nombres, etc., pueden darnos detalles acerca de las relaciones culturales entre los países y las civilizaciones.[164] El creciente proceso histórico de unificación de las medidas es un índice hermoso, no sólo uno de los elementos más trascendentales sino el más trascendental del proceso histórico de la humanidad: del proceso de su unificación.

«Los estudios metrológicos, ingratos únicamente a primera vista, se convierten, en manos de un investigador inteligente, en un instrumento de análisis capaz de aclarar las grandes corrientes civilizadoras.»[165]

XIV. El hombre y la naturaleza

EL MEDIO GEOGRAFICO

La actividad económica del hombre es siempre un proceso de intercambio de energía del mismo con la naturaleza. De ahí la necesidad de conocer el medio geográfico en el cual se desarrolla la actividad económica humana, la cual es de una trascendencia especial para el historiador debido a la variabilidad histórica del citado medio y mucho más aún por cuanto los diferentes elementos que lo componen y su misma estructura juegan un papel distinto en las condiciones sociales: así por ejemplo, los yacimientos de hulla no son un elemento esencial en las sociedades que desconocen su utilidad.

El desconocimiento de la mutabilidad histórica del medio geográfico y de los cambios de sus funciones sociales desembocaron más de una vez en cómicos malentendidos. De ahí la importancia de la geografía histórica como ciencia auxiliar de la historia.[1]

«La relación entre la sociedad y el medio geográfico no es una relación constante basada en unas leyes inmutables y duraderas sino una relación variable, la cual se refleja en la transformación incesante de las dependencias... El medio geográfico, base constante e indispensable de la vida social, se halla transformado por dos categorías de fuerzas: por las fuerzas de la naturaleza y por las fuerzas sociales de producción, existiendo entre las mismas una interdependencia dialéctica... La acción de las fuerzas naturales se halla limitada o modificada por cada modo de producción, estando a su vez acelerada o frenada la acción de las fuerzas productivas en función del nivel de los recursos naturales y de los procesos que se operan en el medio geográfico.»[2]

El reflejo exterior del medio geográfico es el así llamado paisaje, el cual nos informa sobre muchos aspectos de un medio geográfico determinado, pero no de todos.[3]

Científicamente, el paisaje se suele dividir en paisaje natural y en paisaje cultural, según haya sido transformado o no por la acción del hombre. Pero en la práctica, el historiador sólo se refiere a este último.

En el terreno de la reproducción del paisaje cultural, la ciencia ha acumulado ya bastantes conocimientos. Aquí predominan dos procedimientos: para la época de las poblaciones primitivas y la Antigüedad el método progresivo, que consiste en ano-

tar sobre el mapa los resultados de las exploraciones arqueológicas, y para los tiempos modernos, el método retrospectivo, tomando como punto de partida los primeros documentos relativamente auténticos y remontándose al pasado en la medida de lo posible.[4] Este último método comporta evidentemente numerosos riesgos, pero la práctica científica nos ha convencido, no obstante, de que su prudente utilización puede abrirnos unas perspectivas históricas bastante profundas en cuanto al conocimiento del pasado.[5]

Sin embargo, queda mucho por hacer en el terreno de «humanizar» nuestros conocimientos acerca del medio geográfico del hombre en la Antigüedad. Por ejemplo, no existen mapas geológicos históricos que nos muestren los recursos geológicos esenciales, conocidos y explotados de acuerdo con el desarrollo de la técnica en cada época. Carecemos de los mapas hidrográficos que habrían de mostrarnos cuáles eran los ríos y qué parte de los mismos eran navegables en un período determinado. Distamos mucho de tener una buena orientación acerca de los elementos del medio geográfico y del papel social que tuvieron en las diferentes épocas. No sabemos qué clases de tierra fueron utilizadas en las distintas técnicas y los diferentes cultivos. Ignoramos qué elementos del medio geográfico —montañas, aguas— fueron en los distintos tiempos una barrera para la cultura, y cuál de ellos constituyó la base sobre la cual se establecieron y desarrollaron los lazos culturales.

EL ESPACIO Y LAS DISTANCIAS EN LA HISTORIA

Al parecer, el hombre moderno está acostumbrado a los conceptos objetivos del espacio y de las distancias, los cuales pueden expresarse matemática y comparativamente. Pero esto no es absolutamente exacto, ya que tanto en el hombre moderno como —y esto es lo más importante— en las condiciones generales de la vida social contemporánea, el sentido social de lo «cercano» y de lo «alejado» no corresponde a la expresión matemático-geográfica de estos conceptos.

Durante los años de la ocupación nazi, para el habitante de Varsovia —y no era sólo una impresión suya sino que se reflejaba en muchas realidades sociales—, Lodz estaba mucho más lejos que Cracovia, lo cual, como sabemos, no coincide de ninguna manera con el kilometraje.* El habitante de una aldea situada cerca de una estación de ferrocarril que dista 80 km de la ciudad no sólo se sentirá menos alejado de ésta que el habitante de otra aldea situada a 20 km pero sin ferrocarril, sino

* De Varsovia a Lodz median 120 km, mientras que de Varsovia a Cracovia hay una distancia cerca de tres veces mayor. (*N. del T.*)

que de hecho aquél se hallará más ligado a la ciudad por sólidos vínculos económicos y culturales. Tampoco es un absurdo que en la vida social y económica la distancia desde una ciudad A a una ciudad B sea más corta al ir que al volver, si a la ida se sigue la corriente del río y a la vuelta se debe ir contra la corriente.

Si hemos de comprender el espacio como una correlación variable en el curso de la historia entre los hombres y los grupos humanos, no podemos sujetarnos al cálculo del kilometraje según los mapas actuales. La tarea es mucho más compleja.

Por ejemplo, un grupo de historiadores franceses elaboró un mapa del Atlántico y de las costas de la América Central según la duración media del viaje desde Cádiz al Nuevo Mundo en el siglo XVI. Naturalmente, tuvieron que elaborar dos mapas, ya que el viaje de regreso duraba en aquella época mucho más tiempo. La dirección de las corrientes, de los vientos, el carácter tormentoso del Mar del Caribe, etc., todo ello provocaba una seria deformación que, curiosamente, recuerda en ciertos aspectos los actuales mapas de navegación.[6]

Este mismo fenómeno atañe al espacio, su extensión y sus límites. Como sabemos, en etnología el espacio no suele ser ni mucho menos una magnitud abstracta.[7] Las fronteras no siempre son una línea ideal.[8]

Al vivir en un mundo en el cual se operan cambios violentos en cuanto a la velocidad de transmisión de las noticias y del transporte de las mercancías, no nos podemos acostumbrar al ritmo de estos cambios por lo que a veces nos hallamos sicológicamente «retrasados» en diez años o más. Por otra parte, solemos olvidar que el ritmo de las variaciones en ambos aspectos fue inconmensurablemente lento a través de los siglos y los milenios, sobre todo en lo que respecta a la transmisión de las noticias. El medio más rápido aquí fue el telégrafo óptico y nada cambió desde el antiguo Egipto hasta mediados del siglo XIX. Cuando la transmisión de las noticias se acompañaba de una carta o de una relación oral, el medio más veloz era el del envío de un jinete y el relevo de los caballos, y en este punto no hay quizá ningún progreso desde Ramsés II hasta Napoleón.

Ahora bien, este problema se plantea exclusivamente desde el punto de vista de la historia de la técnica, pero no de la historia social. El telégrafo óptico, conocido naturalmente en el antiguo Egipto, sólo podía organizarse en el marco de los imperios relativamente grandes y bien administrados. Así, apareció en el curso de la historia, desapareció y volvió a resurgir de acuerdo con las formas estatales imperantes. E incluso donde existiera, se plantea el problema de investigar acerca de cuáles eran las clases sociales que lo utilizaban: ¿Sólo la corte, el clero y los mercaderes? El asunto depende nuevamente del carácter del Estado. Se tiene la impresión de que en el siglo XVI,

los mercaderes de las ciudades italianas tenían una red informativa mucho mejor organizada que los príncipes italianos.[9] En la época moderna, el típico magnate polaco mantenía toda una red de corresponsales remunerados en las diversas regiones del país, así como en la capital o en la corte, los cuales les informaban de todo cuanto ocurría a plazos determinados de tiempo —cada semana o hasta dos veces a la semana. Existían asimismo las instituciones como las gacetas escritas. Estas fuentes se han conservado en abundancia en los archivos de la corte.[9a] ¿No sería interesante analizarlas desde más cerca, cartografiarlas? ¿Ver lo que el magnate podía saber acerca de lo que acontecía en el país o en sus provincias? ¿Conocer con qué rapidez era informado? ¿Averiguar qué es lo que seguía ignorando?

Actualmente, en la era de la cibernética y del desarrollo de la teoría informacional, aprendemos a valorar la significación económica de las informaciones y estamos en condiciones de formular preguntas con respecto a los materiales históricos.[10]

Observamos un progreso mucho más importante del transporte de las mercancías y de las gentes en la época preindustrial. El trazado y ampliación de las vías terrestres constituyen un problema económico trascendental en determinadas épocas. Las carreteras construidas por la monarquía absoluta para fines sobre todo administrativos y militares, las cuales han de servir a Luis XIV para trasladar rápidamente sus ejércitos de los frentes españoles a los de Flandes o para luchar contra las sublevaciones de los campesinos, se emplean al mismo tiempo para la transmisión de las noticias y el transporte de las mercancías.[11] Inspirándose en este ejemplo, el rey Estanislao Augusto no tuvo más deseo que sugerir a los ciudadanos arreglasen la carretera que debía seguir en su viaje a Kaniow como el mejor obsequio que podrían hacerle.

Y, nuevamente, lo más importante no es la existencia de la carretera o su construcción sino el acceso social a la misma, lo que cuesta utilizarla, etc. Los medios de locomoción, las carreteras y las capas sociales ligadas con estas vías de comunicación —peones camineros, ingenieros, postillones, propietarios de vehículos, etc.—, todo ello representa un fenómeno histórico variable y trascendental. Por último, tenemos el coste del transporte, problema muy difícil de analizar,[12] ya que aquí entra en juego sobre todo el coste relativo, o sea el coste del transporte en relación con el precio de la mercancía, que muestra desde cuándo un artículo determinado comienza a ser «transportable» y sobre qué distancia, a partir de cuándo y a qué distancia el coste del transporte puede ser soportado en el cálculo del precio. Si en principio crece históricamente el número de los artículos «transportables» y se amplía el radio de su transporte, significa que la productividad del trabajo en la transportación se incrementa

más rápidamente que la productividad del trabajo en la producción. Esta simple formulación general no es fácil convertirla a una categoría histórica concreta. Pero cuando analizamos el coste del transporte debemos tener en cuenta asimismo otro elemento: el del riesgo. Suponiendo que analicemos el coste de la transportación a bordo de un barco, éste no nos ha de informar mucho si no conocemos el peligro inherente a este tipo de transporte.[13] Pero como sabemos, el hombre hace que este riesgo sea soportable a través de su acción organizada. En el *Mercader de Venecia* de Shakespeare, el personaje teatral que ha puesto toda su fortuna en una sola transacción asume enteramente los riesgos de la misma:[14] si el barco llega felizmente al puerto, su ganancia será enorme, pero si naufraga, quedará arruinado; y es entonces cuando llegan las noticias de la tempestad en el mar —indispensable para la tragedia. Por eso mismo, la Confederación Hanseática solía repartir el peso de los riesgos sobre todos sus miembros. Todos estos elementos deben ser tenidos en cuenta cuando se trata del concepto denominado «coste de transporte».

En la época preindustrial el progreso del transporte marítimo es mayor que el de los transportes por tierra. Los perfeccionamientos en la construcción naval, el aumento de la capacidad de los barcos y el perfeccionamiento de los métodos de navegación constituyen los rasgos más sobresalientes desde el siglo XV al siglo XVIII.

En el siglo XVIII, la monarquía absoluta emprende en diferentes países la construcción de los canales, cuya importante red, construida en aquellos tiempos, sigue siendo por lo general la base del sistema actual. En Polonia, el canal Real, el canal de Oginski, más tarde el canal de Bydgoszcz y el canal Augusto pertenecen a esa misma categoría de fenómenos. La construcción de dichas vías fluviales en el siglo XVIII debía asegurar el transporte económicamente rentable de las materias primas pesadas —en Inglaterra del mineral de hierro y del carbón— e indispensables antes de la aparición de los ferrocarriles.

La historia de la construcción de los ferrocarriles cuenta ya con numerosos trabajos.[15] Pero casi todos suelen pecar por el carácter aislado del objetivo que sirvió de base a la investigación. Bajo el punto de vista de la historia económica, la construcción de las líneas de ferrocarril son importantes para nosotros por varias razones:

a) nos interesa la acumulación del capital necesario para dicha construcción,[16] la multiplicación de las sociedades por acciones, sus bancarrotas masivas —por ejemplo, en Francia bajo la monarquía de Julio—, la participación de los gobiernos y por lo tanto el sentido económico de aquellas bancarrotas —problema importantísimo tanto en el Imperio ruso como en el Reino polaco—;

b) el cálculo y la rentabilidad de los ferrocarriles en unas condiciones en que por regla general no existía la competencia[16a] (a excepción de Alemania, donde debido a la dislocación política del territorio se dieron casos de competencia entre los ferrocarriles); también se da el fenómeno de que el cálculo anticipado se basa principalmente en los ingresos del transporte de viajeros, mientras que, de hecho, éstos comienzan a ser suplantados por los ingresos del transporte de mercancías; pero ¿de qué mercancías?; tenemos, por ejemplo, las líneas de transporte de los cereales y las que transportan el carbón, los fenómenos coyunturales, etc...

c) las líneas del ferrocarril construidas como grandes consumidoras de productos industriales —el carbón y el hierro para su construcción y después sólo el carbón—;

d) las líneas de ferrocarril como centros de ocupación masiva de los trabajadores asalariados, cualificados y no cualificados; estos centros suelen ser los núcleos más importantes de la clase obrera en formación[17] con un personal por regla general muy heterogéneo socialmente;[18]

e) la influencia de los ferrocarriles en la configuración del mercado del trabajo nacional e incluso internacional,[19] en la movilidad humana, en la conformación de las relaciones humanas, en una amplia escala geográfica y en la ampliación de los horizontes de la humanidad;

f) por último, tenemos el problema más importante y cuyo análisis es más difícil: la influencia de los ferrocarriles en el cálculo de la producción en las regiones situadas a lo largo de las líneas férreas y, por consiguiente, el cálculo de la producción en todo el país. Por regla general, esta influencia suele ser enorme, complicada y multilateral.

Generalmente, los trabajos existentes acerca de la historia de los ferrocarriles no responden a esas preguntas.

Pero no basta con la investigación de los medios de comunicación predominantes en una época determinada. Es preciso recordar que en una economía social concreta, existen diversos medios de comunicación, como el ferrocarril con el carro del campesino. El contacto del campesino de una aldea alejada del mundo depende en igual grado del precio del billete de ferrocarril como de las dificultades de acceso a la estación. Durante el capitalismo, el precio del billete de ferrocarril pertenece a los precios relativamente más rígidos, mientras que los ingresos del campesino son muy elásticos. En los períodos de crisis y de baja de los valores pecuniarios agrícolas, las distancias sociales se alargan infinitamente, fenómeno muy conocido en los confines orientales de Polonia en el período de entre las dos guerras.

Los fenómenos espaciales en la teoría económica que en su tiempo interesaran tanto a Ricardo, Thunnen o a Weber, fueron descuidados después renaciendo últimamente.[20] En este aspec-

to, entran en juego dos grupos de cuestiones principales: *a*) las normas de localización de la actividad económica y *b*) el alcance geográfico de las relaciones económicas. Ambos grupos de problemas tienen una importancia de primer orden para las investigaciones histórico-económicas. En la ciencia marxista se han conseguido grandes progresos, sobre todo en lo que concierne a las investigaciones sobre la conformación del mercado interior.[21] En cambio, aún deja mucho que desear, a pesar del desarrollo a escala mundial de las búsquedas sobre la historia del comercio exterior, la elaboración de los métodos de análisis de la fuerza auténtica de los nexos económicos internacionales.

EL HOMBRE Y SU DEPENDENCIA DE LA NATURALEZA

La dependencia del hombre al medio geográfico se ha conceptuado de muy distintos modos en la historia de la ciencia, estando más de una vez al servicio de unas tendencias políticas determinadas. El ejemplo más extremado fue la elaboración de una teoría tan anticientífica y antihumanística como la hipótesis hitleriana del *lebensraum* —del espacio vital.

Pero dado que esta dependencia existe de hecho y tanto más por cuanto fue utilizada para unos fines anticientíficos, es importante su análisis científico.

Esta dependencia fue planteada por vez primera por F. Ratzel[22] de un modo extremadamente determinista. Su postura es verdaderamente inaguantable.[23] Si la tesis de Ratzel fue reasumida en Alemania en el siglo XX esto sólo puede explicarse por su utilidad para las necesidades de una ideología agresiva.[24]

Por otra parte, podemos observar en la ciencia la propensión a concebir el desarrollo social como un proceso de emancipación gradual del hombre con respecto a las fuerzas de la naturaleza y al medio geográfico.

Pero a nuestro entender, dicha dependencia es mucho más compleja. La dominación de las fuerzas naturales, el conocimiento de las posibilidades que en éstas se encierran, el aprovechamiento constante de los nuevos recursos naturales, liquida unos fenómenos de dependencia los cuales se hallan reemplazados en el acto por otros nuevos. Es tarea del historiador conocer estos procesos y diferenciar estas tendencias.

a) *La dependencia con respecto a la localización de los recursos naturales.* Al parecer, durante la evolución de las fuerzas productivas, se manifiesta la tendencia a la dependencia creciente en relación con los recursos más raros del globo terrestre. El carbón es una fuente de energía menos habitual que la madera y los saltos de agua, el petróleo es más raro que el carbón y las materias fisibles —actualmente utilizadas— más

infrecuentes que el petróleo. El hombre contrarresta esta tendencia a través: *a*) del desarrollo de los medios de comunicación, y *b*) buscando en cada caso nuevas posibilidades de reemplazamiento. El desarrollo de los medios de comunicación vuelve económicamente rentable el transporte a largas distancias de unos artículos muy poco móviles en los tiempos antiguos. La dependencia con respecto a las posibilidades, geográficamente limitadas, del cultivo de la caña de azúcar ha sido abolida por el descubrimiento del azúcar de remolacha. La falta de autonomía con respecto a las probabilidades, geográficamente limitadas, del cultivo del caucho ha sido anulada primero por el cultivo logrado de esta planta en otras regiones y después por la producción del caucho sintético. La substitución en el proceso de la producción energética de la fuerza hidráulica y del carbón vegetal por la energía extraída de la combustión de la hulla, al liquidar una dependencia creó otra no menos fuerte. Esta misma subordinación, originada por el gran coste del transporte del carbón, atrajo hacia las cuencas carboníferas a las diferentes ramas de la industria, provocando al mismo tiempo el atraso y hasta la desindustrialización de otras regiones. Durante largo tiempo y hasta que no comenzaron a actuar otras tendencias contrarias, dicha dependencia actuó con toda su fuerza y sin que fuera posible medir cuál de las dos subordinaciones —la vieja o la nueva— era más poderosa. Pero tan pronto como las nuevas tendencias empiezan a actuar, surgen nuevas formas de dependencia. La construcción del ferrocarril, dependiente por sí misma del medio geográfico, modifica a su vez este medio, favoreciendo unas regiones y olvidando otras. La prospección de nuevas fuentes de energía crea nuevas dependencias geográficas —ya que no en todas partes es posible construir una central hidráulica ni una central térmica, etc.

La subordinación del hombre a la naturaleza es un fenómeno constante, inevitable aunque no fuera más que porque es inevitable para la existencia humana la transformación de las materias naturales. Cuanto más aprenda a utilizar las posibilidades que le ofrece la naturaleza, cuanto más la domine, más ha de depender el hombre de ella. Esta conclusión, aparentemente paradójica, es la resultante del carácter necesario de las necesidades sociales. La falta de autonomía con respecto a las posibilidades geográficamente limitadas del cultivo de la caña de azúcar duró desde el período en que la necesidad de este producto no podía satisfacerse de otra manera hasta que se obtuvo una producción de azúcar de remolacha económicamente rentable.[25] La dependencia con respecto a la localización geográfica de las materias fisibles socialmente trascendental a partir del momento en que —eliminando en nuestro razonamiento su utilización para fines bélicos— las aplicaciones de la energía termonuclear revisten una importancia tan esencial para la producción que no

puede prescindirse de ellas sin que ello no tenga efectos perjudiciales para el nivel de vida de una nación determinada, y, naturalmente, hasta el momento en que no se elaboren unos métodos más económicos de fisión de otros elementos.

b) *La influencia voluntaria e involuntaria del hombre sobre el medio geográfico.* Al influir sobre el medio geográfico, el hombre, por encima de la realización de sus objetivos, provoca asimismo una serie de efectos involuntarios. Da la impresión de que los progresos de la ciencia y la racionalización de la actividad productiva humana merman el margen existente entre los efectos voluntarios y los efectos involuntarios pero de lo cual no podemos estar seguros. Muchos de los efectos involuntarios relativos a la utilización de la fisión de la materia son actualmente conocidos pero se puede suponer, sin embargo, que han de aclararse mucho más a medida que la ciencia progrese, especialmente a medida que vaya prolongándose el período de aplicación de los métodos de fisión, ya que, como es sabido, muchos de sus efectos sólo pueden descubrirse después de un largo período.

La investigación de los efectos involuntarios de la acción humana sobre el medio geográfico es muy importante para la ciencia, y muy difícil para la ciencia histórica. Por regla general, estos efectos sólo pudieron aclararse después de un tiempo que rebasaba considerablemente el alcance cronológico de los conocimientos históricos en los siglos pasados. La vida humana, aunque los relatos sobre los acontecimientos vividos los transmitieran los padres o los abuelos, era demasiado breve para poder observar los cambios acontecidos en este terreno. No es posible, por tanto, contar con que en los documentos escritos de la época pueda hablarse de estas variaciones. La investigación de la historia «incógnita» no es menos importante y sí quizá más que la investigación de los acontecimientos vividos conscientemente por los hombres de una época determinada.[26] La tala de los bosques provocó, después de muchos siglos, el cambio del clima y la erosión de la tierra, lo que nadie pudo suponer entonces.

En el curso de los actuales procesos de producción la humanidad lanza anualmente al ambiente una cantidad de anhídrico carbónico equivalente a la 1/300 parte de la cantidad total de este gas existente en la atmósfera. Ésta es una cantidad desconocida en los anales geológicos de la tierra desde el período cuaternario.[27] ¿Podemos, acaso, prever los efectos de este proceso al fin de un largo período de tiempo?

La emancipación concreta del hombre en relación con las fuerzas de la naturaleza se efectúa por tres vías principales:

a) A través del aumento de la productividad del trabajo humano que permite la creación de reservas. Hasta ahora, el hombre no puede influir sobre el clima ni puede disminuir el

número de las granizadas. En cambio, las perturbaciones climatológicas, que merman la productividad del trabajo humano en el 20 %, se transforman en una plaga de hambre cuando el producto indispensable constituye el 90 % del producto global, pero, sin embargo, no son amenazadoras siempre y cuando dicho producto global sea superior en dos veces al producto necesario.

b) Por medio de la organización social que reparta el peso del riesgo sobre el mayor número posible de los individuos afectados por el mismo y por lo tanto a través de toda clase de seguros.[28] Es preciso señalar que las instituciones de seguros son interesantes bajo diversos aspectos para la historia económica: como mecanismo de acumulación y en tanto que mecanismo de redistribución de la renta social (quién paga más y quién se beneficia más) y asimismo como medio de inversión de enormes capitales.[29]

c) A través de la creación de lazos económicos a largo alcance geográfico que por una parte aumentan la dependencia en relación con la naturaleza (localización de la producción en los países más propicios climatológicamente o más próximos a las fuentes de las materias primas raras) y, por otra parte, extienden el riesgo a todo un continente y después al mundo entero, disminuyendo así su peso. El papel del trigo polaco en la Francia prerrevolucionaria en los años de hambre, puede ser aquí uno de entre los innumerables ejemplos: disminuía el precio del trigo en Francia y aumentaba en Polonia o en Rusia, repartiendo de esta forma la carga de una mala cosecha sobre varias naciones.

LAS CALAMIDADES EN LA HISTORIA

Desde los tiempos más antiguos, la historia de la humanidad se halla estigmatizada por las plagas periódicas que durante milenios han atemorizado a los pueblos.[30] Las letanías invocando el amparo contra «las tormentas, el hambre, el fuego y la guerra» se suceden durante siglos y, aunque no existe actualmente el temor ante las malas cosechas o las epidemias en la vida cotidiana de las sociedades alta o medianamente desarrolladas económicamente, no deja de ser aún una realidad en los países subdesarrollados. La Segunda Guerra Mundial volvió a recordarle a toda la Europa ocupada por los nazis la correlación entre la «guerra», las «tormentas» y el «hambre».

En la época preindustrial —y actualmente en las sociedades preindustriales— a causa del predominio del agro en la economía del país y dado el carácter tradicional, no industrial, de la economía agrícola, las fluctuaciones de la cosecha son el factor a veces más importante de las fluctuaciones de la renta social que suscitan a la vez unos procesos muy complejos de adaptación

económica y sociológica. De ahí la importancia de las investigaciones en la historia en torno a las plagas elementales y a las destrucciones de la guerra.

El concepto de las plagas elementales no es sinónimo en la historia. Tampoco es casual sino justo, a nuestro parecer, que Bujak, al iniciar las investigaciones con sus alumnos, conjugara la investigación de las plagas elementales con las búsquedas sobre las devastaciones de la guerra, a pesar del distinto carácter de estas últimas en relación con aquéllas en su más estricto sentido.

Las indagaciones sobre las plagas elementales fueron emprendidas por la escuela de Bujak, naturalmente, en su fase inicial como una labor de recogida y publicación de los materiales de fuentes. El análisis se dejó para después. Tampoco las dos páginas del artículo metodológico de Walawender tienen gran importancia,[31] ni son de un gran contenido los capítulos especiales de Walawender[42] y Namaczynski,[33] los cuales, a pesar de sus títulos prometedores, en realidad ofrecen al lector por tercera vez los mismos hechos que ya fueran publicados, la primera con la edición de las fuentes, y una segunda vez en los capítulos sobre el «discurso» de las plagas. Relativamente más importante, aunque muy breve, es el capítulo de la obra de Szewczuk[34] pero aquí nos hallamos más bien ante un intento de sistematización que de análisis.

Muy diferentes son las cosas en cuanto al análisis de las devastaciones de la guerra, ya que las grandes destrucciones provocadas por las guerras a mediados del siglo XVII en Polonia llamaron la atención de los investigadores. Los trabajos de Rutkowski tuvieron un carácter precursor[35] y últimamente estas búsquedas se han visto enriquecidas por una serie de trabajos con el título de *Libro sueco*, dedicados a las devastaciones de la guerra.[36] Sin embargo, las destrucciones provocadas por otras guerras o no han sido objeto de ninguna exploración o bien han sido interpretadas de una forma ingenua y anhistórica. En lo que atañe al papel de las devastaciones bélicas en el Principado de Varsovia, por ejemplo, el mismo Rutkowski, que supo mostrarse tan penetrante al indagar el problema con respecto al siglo XVII y al referirse a la economía del territorio polaco durante la Primera Guerra Mundial,[37] aborda los hechos de una forma descriptiva, limitándose prácticamente a las asolaciones y confiscaciones sin analizar los cambios provocados por ellas en la correlación de las fuerzas sociales.

Suponiendo que las búsquedas acerca de la historia de las plagas elementales y de las devastaciones de la guerra sean continuadas —y deben serlo—, es preciso que, actualmente, con los materiales ya acumulados, se sometan a discusión los métodos de examen de los mismos, poniéndose en claro los fines científicos de tales investigaciones, sin un conocimiento de los

cuales y del marco en que han de desarrollarse las investigaciones, no puede hablarse de ningún perfeccionamiento de los procedimientos.

Aparentemente, las cosas se plantean como si las plagas elementales fueran unos fenómenos desligados de la sociedad, naturales, sociales sólo en sus efectos, mientras que las devastaciones de la guerra serían unos fenómenos sociales en todos sus eslabones. Pero de hecho, el problema se plantea de distinto modo. Las plagas elementales, como objeto de las búsquedas históricas, constituyen absolutamente un fenómeno social; todo depende del medio social en que se producen. Las heladas primaverales pueden ser o no una plaga elemental físicamente, lo que depederá de muchos factores sociales: de la técnica de los cultivos, de la profundidad de la labranza, de la calidad de la simiente, etc. Más aún, una reducción proporcionalmente idéntica de la cosecha, a consecuencia de las perturbaciones climatológicas, puede convertirse o no en una de estas catástrofes, teniendo en cuenta la productividad del trabajo humano, la magnitud del producto suplementario, las repercusiones que ello pueda tener en los *stocks* de víveres y el margen que pueda existir entre la magnitud de las cosechas, a fin de que la fluctuación de éstas no provoque ningún cambio importante en la situación del mercado. En esto mismo anidan las causas que concurren a que las devastaciones de guerra, al envejecer en cierto modo la economía, reducir la productividad del trabajo, desorganizar las reservas económicas, etc., facilitan la acción de los elementos naturales y transforman en una plaga elemental simple un fenómeno de la naturaleza que en otra situación no hubiese representado ninguna calamidad.

Incluso las epidemias se convierten en plagas como resultado de los factores sociales; mientras que una sociedad rica y culturalmente desarrollada es más inmune a las epidemias, la guerra contribuye a la extensión de las enfermedades contagiosas, reapareciendo las viejas epidemias, como ocurrió durante la ocupación alemana con el tifus exantemático.

Por lo demás, las plagas elementales y las devastaciones bélicas son en realidad unos fenómenos que se conjugan estrechamente en la historia y los cuales —hecho esencial— influyen de una forma análoga en la vida social y económica. De ahí que el análisis conjunto de ambos problemas, postulado por Bujak y realizado por sus alumnos, sea justo.

Para acometer con acierto el problema es preciso partir (como lo proponíamos en este trabajo de la clasificación de la problemática de la historia económica y del concepto de la «síntesis» de esta disciplina) de la problemática de la magnitud y el reparto de la renta nacional.

A este fin procedemos a la clasificación de los citados fenómenos bajo dos puntos de vista. En primer lugar, de si figuran

en el numerador o en el denominador de la fracción que para nosotros debe representar el criterio de comprobación del nivel económico de cada sociedad, o sea, de la cantidad de los bienes o del número de consumidores y de la estructura del reparto de la renta nacional entre los mismos. En segundo lugar, desde el punto de vista de la duración de los efectos, lo que en concreto consiste en saber si un fenómeno determinado ha afectado solamente los artículos de consumo de una sociedad dada o asimismo repercutió en sus fuerzas productivas. De esta manera hemos de obtener:

1. El fenómeno que provoca el descenso de la producción.
2. El fenómeno que provoca la disminución del número de los consumidores y el cambio en la estructura del reparto de la renta social.
3. El fenómeno que disminuye la cantidad de los bienes de consumo y que, por consiguiente, influye en la escala de un ciclo de reproducción —por ejemplo, la cosecha de un año.
4. El fenómeno que, disminuyendo las fuerzas productivas de una sociedad determinada, tiene una influencia considerablemente más larga.

Esta clasificación posee las virtudes y los defectos del esquema. Por una parte, señala nítidamente los problemas, las preguntas a las que en cada análisis de este tipo debemos esforzarnos por contestar, siendo ello posible con arreglo a las categorías cuantitativas. Por otra parte, debemos recordar que ningún fenómeno concreto se enmarca en este esquema. Al contrario. Cada cuestión casi tendrá un aspecto que corresponderá a una de las cuatro categorías ya enumeradas. Por eso mismo consideramos útil el esquema propuesto, puesto que permite dislocar un complicado fenómeno concreto en algo así como «los factores primarios», facilitando de este modo las respuestas útiles para otras búsquedas de una disciplina dada, y sobre todo para la síntesis.

El esquema citado es, por tanto, un esquema que permite aprehender más bien los efectos del fenómeno investigado que el fenómeno en sí mismo.

Además, debemos recordar que la división de estos efectos entre las categorías 1 y 2 no siempre será fácil de conseguir. Por ejemplo, el hecho de que un gran número de soldados sean considerados como prisioneros provoca la disminución de la renta social (1), y si el cautiverio se prolonga (categoría 4) tenemos al mismo tiempo una disminución del número de consumidores (categoría 2). Suponiendo que los prisioneros sean exclusivamente varones en la plenitud de su fuerza, podemos partir entonces del supuesto de que los efectos en el marco de la categoría 1 serán mayores que los efectos en el marco de la categoría 2, ya que ese mismo grupo humano tenía que representar un gran porcentaje de la población profesionalmente activa en

proporción al número total de los consumidores y por lo tanto a la cifra global de la población.

Lo mismo ha de suceder con la división en las categorías 3 y 4, fenómenos difíciles de cualificar. Por ejemplo, las lluvias que caen durante el período de las faenas del campo, las epidemias o las destrucciones de la guerra pueden reflejarse sólo después de un año en la disminución de la producción,[38] y la devastación completa del trigo en los campos puede ser causa de la falta de simiente para el año siguiente y de reducir la producción durante dos años.

Tratemos ahora, después de estas explicaciones, de presentar los grupos principales de las plagas elementales y de sus efectos, de acuerdo con el esquema expuesto anteriormente.

En orden a su frecuencia, se sitúan en cabeza los fenómenos climatológicos que rebasan los marcos normales. A ellos pertenecen los «inviernos rigurosos», las «primaveras tardías», los «veranos lluviosos», «los vientos tormentosos», etc. Es difícil, naturalmente, exigir de los autores de las fuentes una gran precisión acerca de los fenómenos climatológicos extremados, ya que no los analizaron con los métodos metrológicos ni disponían tampoco de los elementos comparativos como son las anotaciones sobre los largos períodos. De ahí la extraordinaria frecuencia de los relatos, que en la mayoría de los casos no tienen una importancia tan grande como pretende el texto. Al revistar las crónicas de las plagas elementales se suele tener la impresión de que el cielo era menos benévolo para aquellas gentes que en nuestros tiempos. Esto se explica por el hecho de que en el pasado, en las épocas en que la productividad del trabajo humano era muy baja, y el hombre disponía de menos recursos contra las fuerzas de la naturaleza, bastaba una anomalía climatológica menos rigurosa que las que se producen en la actualidad para provocar un fenómeno que revestía las proporciones de una calamididad. Esto no significa, sin embargo, que cada anotación del fenómeno en cuestión fuera siempre auténtica; más adelante nos referiremos al problema de cómo averiguar esta autenticidad.

Estas categorías de fenómenos climatológicos pueden tener unas consecuencias muy diversas para la vida económica. Sobre todo suelen repercutir en la disminución de los bienes de consumo en un corto período —un año. Las perturbaciones provocadas por el deshielo en las carreteras disminuyen el acarreamiento de los productos hacia las urbes;[39] un invierno muy riguroso en el que los ríos se hielan o un verano muy seco que disminuye el caudal de los mismos dificultan y retrasan durante un cierto tiempo la producción de harina.[40] Los fenómenos climatológicos tienen efectos de mayor duración cuando provocan lo que denominamos las malas cosechas, ya que entonces se extienden sobre un par de años al reducir las posibilidades de la

sementera de un año para otro. Los fenómenos climatológicos influyen también en la magnitud de los medios de producción, reduciendo la cantidad de los bienes de consumo en un futuro que en ciertos casos puede ser largo. Así por ejemplo, los inviernos rigurosos destruyen las plantaciones de árboles frutales,[41] causan la muerte del ganado, especialmente de las ovejas; las tormentas derriban los árboles en los bosques y en los huertos,[42] destruyen los edificios;[43] las grandes sequías estivales provocan los incendios en los bosques,[44] etc. Pero los efectos directos de los fenómenos climatológicos suelen ser menos cuantiosos que sus efectos indirectos sobre la magnitud de los bienes. La mala cosecha provocada por el mal tiempo ocasiona la falta de piensos, ésta a su vez, al debilitar al ganado, provoca su gran mortandad por causa de las epidemias, obligando al campesino a sacrificar a los animales.[45] La disminución de la cabaña supone durante una serie de años la merma de la producción de carne y de los productos lácteos, así como también del cuero, representando, además, una disminución de las fuerzas productivas en el agro, por cuanto el ganado constituye su principal elemento.[46] Para completar el cuadro, es preciso agregar que se han dado casos en que los fenómenos climatológicos han influido no sólo en la reducción de la magnitud de los bienes sino también en la disminución del número de los consumidores. Esto pudo ocurrir de dos maneras: o bien la mala cosecha provocaba el hambre multiplicando por consiguiente la mortalidad,[47] a veces a través de las epidemias ocasionadas por el hombre, o bien la escasez de alimentos expulsaba a las gentes de sus casas, obligándolas a buscar el pan en otras partes.[48] En ambos casos se produce una cierta minoración del número de individuos que deben alimentarse con una producción mermada por la mala cosecha. Es posible que en este fenómeno resida una de las causas que explican que, en los períodos de hambre y a pesar de la carestía, las fuentes nos informen de una falta de mano de obra.[49] Aquí puede tratarse nuevamente de una disminución duradera de las fuerzas productivas, ocasionada por la mortalidad humana, o transitoria, producida por la emigración temporal.

Los fenómenos climatológicos como el rayo y el granizo suelen tener los mismos efectos sobre la vida económica: las granizadas disminuyen la cantidad de los bienes de consumo, mientras que los rayos reducen la magnitud de los bienes de consumo duradero, empezando por los medios de producción. Los casos contrarios —destrucción de los bienes de consumo por el rayo, en el caso de caer en un granero, o de la destrucción de las fuerzas productivas por la granizada: muerte de las aves o las ovejas, daños inferidos a los edificios— no juegan un papel muy importante.

Intimamente vinculadas con los fenómenos climatológicos, las

inundaciones suelen tener efectos muy distintos. En primer lugar, provocan la disminución de los bienes de consumo a través de la destrucción de las cosechas, las sementeras y las reservas[50] o con la paralización de las empresas productivas como los molinos, etc.,[51] y suelen provocar pérdidas muy sensibles en las fuerzas productivas con la muerte del ganado,[52] la destrucción de los puentes y las carreteras, de las viviendas y de las empresas de trabajo,[53] siendo también importantes los cambios provocados en los bienes agrícolas como son la erosión de las orillas y el cambio de madre de los ríos y la transformación de las tierras bajas en pantanos. A veces, los cambios provocados por las inundaciones fueron tan considerables que obligaron a modificar la estimación de ciertas fincas en los planos catastrales.[54] Las variaciones provocadas por el ahogamiento de las gentes en el número de los productores y consumidores no tienen una gran significación directa.[55] Más importantes son los cambios indirectos, ligados en la mayoría de los casos por las epidemias ocasionadas por las inundaciones.[56]

También se hallan ligadas íntimamente con los fenómenos climatológicos, la plaga de las langostas en los veranos tórridos, la cual provoca en el acto una radical disminución de los bienes de consumo influyendo, asimismo, indirectamente sobre las fuerzas productivas, ya que se han dado casos en que las últimas nubes de saltamontes, al no encontrar en los campos nada que comer, devoraron completamente los pastizales, condenando a la muerte a las ovejas, las vacas y los caballos.[57] También la ingerencia de las langostas por los animales, mezcladas con la hierba, provocó la muerte del ganado[58] aunque se cita el caso contrario en el cual el ganado acabó con estos insectos.[59] Pero no está descartado de que tiene razón Namaczynska al suponer que el ganado se moría a consecuencia de haber comido las langostas caídas desde hacía tiempo y que se hallaban en estado de descomposición.[60] De la misma manera e indirectamente, la langosta provocaba la disminución del número de consumidores y de productores a través de la mortandad resultante del hambre y de las epidemias o bien de las emigraciones provocadas por él.[61]

Otro grupo de plagas elementales son las epidemias. Como ya hemos dicho, se hallan ligadas por toda una serie de puntos con las demás categorías de plagas elementales, bien sean las resultantes de los fenómenos atmosféricos como las que resultan de las destrucciones de la guerra de las cuales hablaremos más adelante. Los efectos de las epidemias sobre la economía pueden ser muy diferentes como resultado de un gran número de factores y sobre todo en relación con la duración del período analizado. En el primer período, es decir, durante el curso mismo de la epidemia, ésta influye sobre todo en el número de los consumidores provocando su disminución. Ha de producirse, por

tanto, una merma de los precios como consecuencia del descenso de la demanda y un aumento de la oferta en relación con la cifra de la población superviviente. Pero este fenómeno no lo observamos. Dejando aparte las otras plagas elementales que a menudo suelen producirse con las epidemias, tendremos que los principales efectos de este fenómeno serán los siguientes: *a*) el cese de la actividad productiva de los supervivientes que habrán huído a los bosques o vivirán en las grutas y en las cavernas[62] y *b*) la reducción de los intercambios provocada por las dificultades del transporte por carreteras y sobre todo en dirección a las urbes.[63] Estos efectos suelen desaparecer por regla general inmediatamente después del fin de las epidemias. Es posible suponer, por tanto, que el abaratamiento de los medios de consumo ha de producirse aproximadamente al año siguiente de la epidemia. Este fenómeno es tanto más probable ya que estos males suelen afectar mucho más a las fuertes concentraciones consumidoras, como son las ciudades, que al campo. Además, disponemos de las anotaciones de los precios en las ciudades. Así tenemos informaciones concretas procedentes de las fuentes que muestran que los hechos fueron así, por ejemplo después de la epidemia del año 1654 en la región de Gran Polonia.[64] También suele ocurrir que a pesar de las malas condiciones atmosféricas, los precios bajan, lo cual no deja de asombrar a los autores de las fuentes como de los trabajos basados en ellas.[65] Pero con toda seguridad, este hecho debe ser considerado como un efecto de la epidemia del año anterior. Disponemos igualmente de documentos que señalan que Kahrdadiohar estas enfermedades las casas siguen inhabitadas,[66] lo cual atestigua claramente la ruptura del equilibrio entre la cantidad de bienes y la cifra de la población. Desde luego, las fuentes relativas al desarrollo supuesto de este fenómeno no son numerosas. Las informaciones acerca del abaratamiento de los precios son por lo general más parcas que las informaciones sobre la carestía, lo que se explica fácilmente. En segundo lugar, como lo hemos dicho, las epidemias solían acompañarse de otras plagas elementales.

En cambio, si observamos los efectos de estos males en un largo período, en una escala de varios años, los cambios provocados por las mismas se reflejan en el estado de la población. Pero el problema está en saber si la disminución ha sido más fuerte en el número de los productores o en la cifra de los consumidores. Es posible suponer que era más frecuente la disminución de esta última, pues las primeras víctimas de las epidemias solían ser casi siempre las personas más débiles: los niños, las mujeres y los ancianos y por último varones en la plenitud de su fuerza. Los documentos del pasado nos hablan a menudo de esto explícitamente: en el año 1653, en Torun, la infección mata principalmente a los niños;[67] las malas condiciones atmos-

féricas del año 1665 provocan la enfermedad de muchos niños;[68] la epidemia del año 1547 en Cracovia mata sobre todo a las mujeres y a los ancianos;[69] otras veces ataca sobre todo a las mujeres y a la gente joven;[70] y asimismo se dan casos en que ataca especialmente a los adolescentes.[71]

De forma que el «clásico» discurso de los efectos económicos de las epidemias sería el siguiente: durante este mal se produce la carestía y el descenso del nivel de vida, provocados no tanto por la disminución de la producción como por la paralización de los suministros de mercancías al mercado; aproximadamente un año después de terminada la epidemia, los precios deben bajar y debe elevarse el nivel de vida; es preciso contar con su nueva disminución sólo cuando los niños y los jóvenes, que se salvaron de la epidemia, entran en la edad de su actividad productiva, pero durante todo el período intermediario los efectos de esta catástrofe se hallan nivelados por la fluctuación de todos los factores socio-económicos. Esto sólo puede producirse, de hecho, con respecto a las epidemias de mayor dimensión.

Ahora trataremos de proceder a una clasificación análoga de las calamidades ligadas con las destrucciones de la guerra.

Es evidente que las guerras arruinan sobre todo una cantidad enorme de bienes así de consumo como productivos.[72] El incendio de las aldeas y las ciudades constituía la función principal de las partes beligerantes.[73] Esto acarreaba consigo la destrucción de la reserva de bienes de consumo y sobre todo la destrucción de los medios de producción: edificios, herramientas, grano para la sementera, etc. También a menudo se procedía al saqueo o al sacrificio del ganado.[74] Que las tropas atacaran o se defendieran, que triunfaran o fueran batidas, que avanzaran o retrocedieran, que actuaran en su territorio u operaran en territorio enemigo, daba lo mismo: siempre consideraban necesario destruir las inmediaciones.[75] Cuando los atacantes no destruyen los bienes del enemigo, se sospecha de traición del propietario de los mismos, traición a veces real,[76] y que en definitiva provoca el asolamiento de las tierras por las tropas de su propio bando. Incluso después de terminar la guerra, los ejércitos destruyen los bienes de los países por donde atraviesan,[77] sobre todo cuando se trataba de una tropa no remunerada como solía ocurrir muy a menudo en Polonia. Y no hablemos de los tiempos de paz en que el propio ejército solía arruinar el país como lo hubiera hecho una tropa enemiga. Era tradicional en la milicia polaca asolar primero las haciendas del clero, luego las del rey y por último las de la nobleza.[78] En muchos casos, las destrucciones de la guerra tenían un carácter sistemático de guerra económica tendente a impedir que el enemigo pudiera abastecerse.[79] En todos estos casos tienen poca importancia económica los hechos, tan abundantemente relatados en las fuentes, sobre el pillaje de los objetos de oro y de plata o de las joyas[80] que reducen la cantidad

de bienes suntuarios de las clases privilegiadas o el hurto de las alhajas religiosas. El caso es diferente cuando en ciertas ocasiones el robo de las joyas privadas podía tener una importancia económica, ya que la venta de las mismas después de la guerra podía ayudar a la reconstrucción de los bienes económicos.

Naturalmente, las destrucciones de la guerra reducían asimismo el número de la población y por lo tanto el de los productores y consumidores. En los tiempos antiguos el cautiverio de los prisioneros de guerra tenía asimismo grandes repercusiones económicas. Las fuentes nos ofrecen datos fantásticos, según los cuales, en el año 1469, los tártaros hicieron diez mil prisioneros;[81] en 1498 más de cien mil;[82] en 1499 unos cincuenta mil;[83] el doble en el año 1505;[84] en el año 1516 más de cincuenta mil;[85] ascendiendo en 1524 la cifra de prisioneros a cien mil;[86] y en el año 1527 a cuarenta mil o (*sic*) veinticuatro mil;[87] etc... Las fuentes hablan asimismo de los prisioneros hechos por las tropas moscovitas.[88] Evidentemente, todas estas cifras deben ser tratadas según el concepto de la época sobre las grandes cifras en general. Los «cincuenta mil» o los «cien mil» no significan ni más ni menos que el número de los cautivos era «muy grande». No obstante, en ciertas regiones, la disminución de la cifra de los productores y consumidores tuvo que ser realmente considerable. Así se habla de los proyectos sobre la nueva actividad colonizadora en los territorios que han quedado asolados por los grandes cautiverios.[89]

Naturalmente, es preciso recordar que, a pesar de las sugerencias que puedan desprenderse de las fuentes, han sido raras las veces en que las guerras han aniquilado enteramente la población de un territorio cualquiera. Esto pudo ocurrir con una región muy pequeña —una o varias aldeas. En la mayoría de los casos, contribuyeron a la destrucción más o menos importante de los bienes de consumo y sobre todo de los bienes de producción existentes en aquel territorio, lo que provocaba una reducción considerable del aparato productivo y, por consiguiente, la disminución de la capacidad del mercado local así como también un retroceso de los métodos de producción, el descenso de la productividad del trabajo y del consumo, cuyos efectos solían durar mucho tiempo.[90]

Probemos de enmarcar los fenómenos ligados con las plagas elementales y las destrucciones de guerra en el esquema siguiente:

I. Cambios de corta duración.

1. En cuanto respecta a la producción, entran en esa categoría: *a*) la destrucción de los bienes de consumo elaborados o casi elaborados como son los graneros con los cereales, los establos, el asolamiento de los campos por las inundaciones, las

granizadas, la langosta, las operaciones de guerra y, asimismo, *b*) la destrucción de las posibilidades de producción anual, como el quedar los campos yermos a consecuencia de las operaciones militares o la disminución de las posibilidades productivas como consecuencia de la huída en masa de la población ante la epidemia, etc.

2. En cuanto respecta al consumo nos solemos hallar: *a*) ante un incremento del número de los consumidores debido al acantonamiento de las tropas o al aflujo de las gentes que vienen a refugiarse en las ciudades huyendo de la guerra. En otros casos nos hallamos: *b*) ante la disminución de la cifra de consumidores como consecuencia de la gran mortandad provocada por las epidemias o por las operaciones bélicas, o también como resultado de que una parte de la población se ha marchado a otros lugares por temor a la epidemia o a la guerra.[91]

II. Cambios de larga duración.

1. En la producción: *a*) la reducción de la capacidad de la sementera por haber crecido la maleza e incluso el bosque en los campos después de muchos años de abandono, lo que exigió un gran esfuerzo para volver a poder cultivar esas tierras;[92] la disminución de la superficie labrantía también pudo ser provocada por las inundaciones; *b*) la disminución del inventario, tan importante para la producción ganadera como agrícola, resultante del sacrificio o del saqueo de los animales por el ejército, el sacrificio del ganado por la población carente de víveres como consecuencia de la mala cosecha o por no tener, como resultado de la misma, con qué alimentar a sus bestias, y, por último, como resultado de las plagas del ganado; *c*) la disminución de los aperos y de los edificios de explotación, etc., que requiere una gran inversión para su reconstrucción; *d*) la disminución duradera de la mano de obra, es decir, del número de personas aptas para el trabajo. como consecuencia de las matanzas, el cautiverio, las epidemias, los traslados a otros lugares, etc.

2. En el consumo: la disminución duradera del número de consumidores como resultado del aumento de las defunciones o de los traslados a otros lugares.

Por lo tanto, el análisis de los efectos de las calamidades consiste en hacer algo así como un balance de sus consecuencias en orden a la producción y al consumo. Esto lo comprendió perfectamente Dlugosz, buen conocedor de las relaciones de su época y según el cual en el año 1467 la carestía hubiese sido mucho mayor que lo fue en realidad, de no haberse registrado al mismo tiempo una gran mortandad de la población como consecuencia de la epidemia que se desencadenó aquel mismo año.[93] Además, como quiera que, como ya hemos dicho, las víc-

timas de las enfermedades eran sobre todo los individuos más débiles y por lo tanto que no producían o producían poco, la disminución de la mano de obra era siempre menos importante que la reducción del número de consumidores.

Es evidente que por regla general en la plaga analizada aparecían de hecho numerosos factores suplementarios o resultantes de la misma y que anulaban la acción del esquema citado anteriormente.

Constituye un problema importante el reparto del peso de las plagas elementales y de las destrucciones de guerra entre las clases. Nos queremos referir aquí a las penalidades que aparecen en un período breve.

En primer lugar, están los medios de autodefensa. Ya hemos dicho que las clases superiores eran las primeras en abandonar las ciudades amenazadas por las epidemias. El temor al poderío del magnate imponía más de una vez a las tropas el salvaguardar los bienes que le pertenecían, concentrando todos sus «esfuerzos» destructores en las haciendas del clero, del rey o de los pequeños aristócratas.

En segundo lugar, está el problema de las reservas y de las seguridades internas. Las clases privilegiadas tenían unas reservas que les permitían contrarrestar y superar rápidamente los efectos económicos de las plagas o las destrucciones de la guerra. Además, en los grandes latifundios, existía algo así como un «seguro interior»: dado que los bienes de los grandes latifundistas se hallaban dislocados generalmente sobre extensos territorios e incluso en varias provincias del país, era casi seguro que las plagas no afectarían nunca a la vez a todas sus pertenencias. De forma que las fincas que se habían salvado de las calamidades naturales o de la guerra podían contribuir a la restauración de los bienes devastados.

En tercer lugar, tenemos el radio de los vínculos económicos. Para las urbes y especialmente las grandes ciudades, un medio fundamental de autodefensa era la posibilidad de aprovisionarse en un amplio radio territorial en torno a la misma.

A menudo, las propias ciudades tenían sus almacenamientos de víveres que podían ser lanzados sobre el mercado en un momento propicio a fin de nivelar los efectos de las plagas.[94] Pero también se daban casos en que las reservas de víveres no llegaban a los mercados.[95] La nobleza organizaba asimismo el transporte de los alimentos existentes en otros lugares. Por ejemplo, en el año 1555 la nobleza de la región de Podlasie fue a buscar trigo a Wolyn.[96] En cambio, el campesino se hallaba sin recursos ante las plagas. En la mayoría de los casos no podía abastecerse de los productos necesarios en el mercado urbano[97] por no tener medios para ir al mismo. Y si llegaba a la ciudad en busca de pan,[98] lo cual era muy frecuente, lo hacía como triste medicante.

Por último, la clase dominante poseía otro mecanismo que en cierta medida le permitía aminorar la desgracia de las plagas elementales y de las destrucciones de guerra: es decir, el aparato estatal como factor del reparto secundario de la renta social. Las destrucciones de guerra y las plagas elementales provocaban la disminución de los gravámenes fiscales en determinadas regiones, lo que acarreaba la necesidad de aumentar los impuestos en el resto del país. En Polonia funcionaba un sistema especial de exenciones[99] que permitía rebajar las imposiciones de acuerdo con los perjuicios sufridos por las propiedades, el cual fue reformado repetidas veces.[100] En primer lugar, el fenómeno hizo que se beneficiaran de las exenciones fiscales los territorios del noreste de Polonia más afectados por las destrucciones de guerra, pero estas exenciones resultaron mucho más duraderas que las causas que las provocaron.[101] De esta manera, las plagas elementales y las devastaciones bélicas obligaron al Estado a intervenir a fin de aportar ciertas enmiendas en el reparto de la renta social. Naturalmente, dichas correcciones constituían una cierta seguridad sólo para los miembros de las clases privilegiadas, no beneficiándose de ello en absoluto los campesinos. Más aún, era a ellos a quienes tocaba soportar el coste de la operación cuando las plagas afectaban a otras regiones, no beneficiándose en nada cuando ellos mismos se hallaban afectados por las plagas.

Así, las plagas elementales y las ruinas de guerra recaían esencialmente con todo su peso colosal sobre el campesinado y en parte sobre la burguesía. Bajo ciertos aspectos, las ciudades se hallaban incluso en peor situación que el campo debido a hallarse más expuestas al riesgo de las epidemias, a los males de la guerra y por tener mayores dificultades en esconder sus reservas de alimentos, etc.

En cambio, los magnates se encontraban después de las plagas y de las guerras más fuertes que nunca, reforzando incluso su situación en el marco de las clases privilegiadas. Esto fue sin duda uno de los factores del reforzamiento del sistema de la oligarquía de los magnates en Polonia después de las guerras de mediados del siglo XVII. Estos grandes señores, gracias a sus reservas y al mecanismo de «seguridad interior» al que aludíamos anteriormente, aparecían después de las plagas y de las guerras como los organizadores de la reconstrucción: «financiaban»[102] los asentamientos en sus tierras, compraban los bienes de la pequeña nobleza arruinada,[103] etc.

Ya hemos dicho que es preciso considerar casi como una regla la relativa autenticidad de las fuentes documentales con respecto a las plagas elementales y las destrucciones de guerra, en particular cuando se trata de fuentes descriptivas. Esta falta de autenticidad es la resultante de numerosos factores: la carencia de medidas objetivas en relación con el clima, la estrechez

de miras del autor de las fuentes, la falta de una escala comparativa, el carácter peculiar de las grandes cifras (por ejemplo, los datos sobre los prisioneros de guerra), etc. Por añadidura, incluso en el caso de las fuentes no narrativas, debemos contar con la acción de muchos factores objetivos que mueven al autor a exagerar las dimensiones del fenómeno descrito: uno de estos factores fue la aspiración a obtener una mayor rebaja de los impuestos. Así, nos hallamos ante la necesidad de pensar en cómo averiguar esta categoría de fuentes.

Nos parece que el método más adecuado en este caso es la confrontación de los datos con los fenómenos del mercado. Es verdad que estos fenómenos sólo los podemos observar en las ciudades y especialmente en las más importantes, pero esto no merma la importancia de dicho método, siempre y cuando recordemos que no ha de esclarecer las plagas y las devastaciones locales y de poca magnitud. También es cierto que en las ciudades se dan las posibilidades, ya citadas, de hacer acopios de géneros o de aprovisionarse en los alrededores, lo que ha de permitirnos esclarecer los efectos de los fenómenos importantes y de amplio alcance geográfico, pero siempre que recordemos asimismo que estos efectos suelen ser muy diversos. En orden a este problema surge la pregunta de si, en una economía en la cual los elementos naturales asumen un papel tan importante, los fenómenos del mercado pueden reflejar en un grado suficiente los cambios acontecidos en las esferas de la producción y el consumo. Creemos que deben reflejarlos claramente y éste ha de ser un barómetro extremadamente sensible, ya que si en un país predomina la economía natural, sobre todo en la economía campesina y asimismo en gran parte en las tierras de la nobleza, cada descenso de la producción agrícola tiene que reflejarse acusadamente en la cantidad de mercancías lanzadas al mercado. Las necesidades de la economía natural habrán de prevalecer sobre las demás (necesidades del consumo y de la producción como, por ejemplo, el grano para la sementera). Las necesidades de la venta adquieren una cierta preferencia sólo en la época capitalista, en la que de producirse un descenso de la producción se ha de limitar, incluso en sumo grado, el consumo a fin de poder sufragar con el producto vendido los créditos y los impuestos que en el caso contrario amenazan con la pérdida de la explotación.

Durante el feudalismo ha de obrar en ese mismo sentido la necesidad de pagar en metálico una parte de los tributos feudales, pero esto no ha de jugar un papel importante debido al carácter relativamente reducido de esta forma de prestaciones y dado que, cuando menos momentáneamente, existe la posibilidad de demorar el pago, y ello tanto más en las haciendas señoriales, donde por regla general las necesidades del propietario eran satisfechas por la vía natural y la producción mercantil

cubría las necesidades de segundo orden, cuya satisfacción podía esperar un año y hasta varios años.

En resumen, suponiendo que la producción agrícola de una región determinada se cifre en 100 y que la producción mercantil ascienda en dicha región a 20, la reducción de la producción global en un 10 % podía dejar casi intacta a la producción natural, mientras que la producción mercantil sufría entonces un descenso de casi el 50 %. Es decir: un descenso, incluso insignificante, de la producción global podía provocar una tremenda disminución de la producción mercantil y por tanto serias perturbaciones en los fenómenos del mercado, el aprovisionamiento de las urbes, las explotaciones y los precios. Este razonamiento nos permite adelantar la tesis de que los fenómenos del mercado pueden constituir el coeficiente de mensuración de los fenómenos de la producción, coeficiente en ciertos casos muy sensible. La movilidad del mercado en la economía feudal se basa precisamente en gran parte en este principio.[104]

Naturalmente, además del método que acabamos de señalar existen otros procedimientos, como son la comprobación de los datos relativos a las exenciones fiscales a la luz de los inventarios y particularmente de la contabilidad de las fincas señoriales. Pero estos métodos sólo pueden utilizarse en una escala relativamente reducida, pues suelen ser raras las fuentes relativas a una sola finca y a un momento cronológico determinado. Por ello, al no poder ser reemplazados por el microanálisis, tales procedimientos no pueden aportarnos gran cosa cuando queramos tratar un problema globalmente en orden a la economía social y con las categorías de la renta nacional.

LAS INVESTIGACIONES HISTÓRICAS SOBRE EL CLIMA

Los fenómenos ligados con las plagas elementales —sequía, grandes precipitaciones, etc.— pertenecen a los fenómenos climatológicos. Los historiadores tienden con demasiada frecuencia a considerar el clima de un país determinado como un elemento invariable, al menos durante los tiempos «históricos», lo que es injusto por varias razones.

Es muy arriesgado suponer que el clima era el mismo en las épocas antiguas que en la actualidad. Los cambios del clima que durante milenios se operaron lentamente se han acelerado en los últimos 150 ó 200 años, a lo que contribuyeron numerosos factores: la acelerada devastación de los bosques en los umbrales de la época capitalista, sobre todo en el período en que las necesidades incrementadas de combustible no eran satisfechas con la hulla; el desconocimiento del sistema de urbanización, la ignorancia de la utilización de la energía térmica y por

consiguiente la pérdida en la atmósfera de los productos de la combustión, y también muchos otros factores.

Omitiendo incluso las grandes variaciones climatológicas producidas en el siglo XIX, debe recordarse que en el curso de los siglos anteriores se produjeron asimismo ciertos cambios en el clima, que aunque muy lentos, no dejan de tener importancia durante los largos períodos. Las variaciones en la propia superficie de los bosques, el descenso del nivel de las aguas de los mares y de los ríos son suficientes para interesar a los investigadores. Los numerosos datos que figuran en los documentos históricos acerca del carácter navegable de unos ríos que dejaron de serlo, constituyen el mejor de los ejemplos.

Por otra parte, tenemos la índole cíclica de los años de buena y de mala cosecha, fenómeno que no ha dejado de llamar la atención del pensamiento humano desde la época de la Ilustración y que ha sido analizado lo suficiente como para extraer conclusiones incluso sobre los cambios climatológicos a corta escala de tiempo.

Por último, en torno a los fenómenos del clima a lo largo de la historia de la ciencia se ha acumulado un número tan grande de leyendas como para que la ciencia moderna pueda separar ya fácilmente el «trigo» de la «paja». Este fue el tema predilecto de muchas especulaciones —Montesquieu, Rousseau— y en el siglo XIX, Jevons buscaba la explicación del ciclo económico capitalista en las manchas del sol.

La historia del clima es el clásico sector de la «historia incógnita». En las viejas fuentes solemos encontrar muchos pasajes relativos a los fenómenos climáticos anormales. Pero su autenticidad suele ser insuficiente. La estrechez del horizonte cronológico humano y la fragilidad de la memoria humana, al no ser ayudada por anotaciones mensurables, no nos dejaron una base comparativa suficiente. De ahí la tendencia a considerar como un fenómeno extraordinario el que de hecho no se salía de las normas. A esto se une el matiz sociológico del tiempo vivido y el carácter integral de cada acontecimiento: cada invierno de guerra queda grabado en nuestro recuerdo como una estación extraordinariamente rigurosa, pero además de la temperatura contribuyeron a nuestras impresiones otros muchos factores: la falta de carbón y de ropa de abrigo, nuestra alimentación insuficiente y también el esperar que con la venida de la primavera las operaciones militares se reanimarían y que pronto terminaría la guerra, etc.

En cambio, tratándose de los cambios climatológicos auténticos, es decir, los que se producen durante los largos períodos, no podemos contar con las fuentes, al menos hasta el comienzo de las anotaciones meteorológicas regulares. Nuevamente el horizonte cronológico humano era demasiado estrecho, a pesar de los relatos de nuestros antepasados, para abarcarlos. Por todo

ello, hemos de buscar otras fuentes, debemos de aprovechar los materiales elaborados por otros especialistas cuyos métodos son inasequibles a veces para nosotros.

La falta de documentos históricos dio lugar a toda una serie de especulaciones que no era posible controlar. Así nace la teoría que atribuía la caída del Imperio romano al cambio de ruta de los ciclones, que debía provocar asimismo el asolamiento de los países de la cuenca del Mediterráneo (Brückner) o la decadencia económica de España, o la extensión del Sahara (Olagüe).

Por otra parte, la hipótesis que relaciona el ciclo demográfico con el clima[105] nos hace reflexionar: en las condiciones de una economía evidentemente agrícola, en la cual el producto suplementario es insignificante, sería extraño que la periodicidad de las malas cosechas no provocara un recrudecimiento de la mortalidad, sobre todo de los niños, influyendo por lo tanto en las olas demográficas.

Dado que, como lo demostrara magníficamente Labrousse, la magnitud de las cosechas, al reflejarse con fuerza multiplicada en las dimensiones de la masa de mercancías, determinaba el poder adquisitivo de la masa principal de la población, que era el campesinado, y a la vez las dimensiones del mercado de los productos no agrícolas, es por tanto evidente que el ciclo de las cosechas era determinante para el conjunto de la vida económica. En los años «buenos» crecía la producción en el agro y fuera de él, mientras que en los años «malos» descendía la producción en ambos sectores.

La solución al problema debe buscarse a través de los métodos utilizados en las ciencias naturales.

Las investigaciones en este terreno han llegado bastante lejos, pero son poco conocidas del historiador.[106]

Al no poder entrar en los detalles, nos limitaremos a presentar sólo tres métodos.

El primer método, el más antiguo, se basa en el análisis del duramen de los viejos árboles. Los trabajos más importantes han sido realizados en los EE UU con varios árboles de la región occidental, que fueron plantados en el siglo VI. Es asombrosa la concordancia de los datos sobre ciertas épocas, basados en las mensuraciones de diferentes árboles situados a miles de kilómetros unos de otros en esta misma región geográfica. Sin embargo, está siendo muy discutida la interpretación de los datos.

En Europa es realmente difícil encontrar un árbol de mil quinientos años de edad, empero no ha sido investigado el material existente y, aun cuando trabajando en algún estudio, será necesario esperar durante largo tiempo los resultados.

El segundo método, más sencillo y asequible a los historiadores, se denomina «fenológico».[107] Parte del principio de que

la floración y maduración de los frutos es función de la cantidad de calor almacenada por nuestro planeta durante todo el proceso de formación y maduración de dichos frutos. De ahí la importancia de la fecha de las cosechas —cereales, viticultura— las cuales se pueden establecer con exactitud a través de las fuentes documentales para unos períodos relativamente remotos. Proyectadas sobre un diagrama, pueden servir como punto de partida al análisis y también ser comprobados perfectamente con los datos extraídos del estudio del duramen de los árboles —siempre y cuando dispongamos de éstos— y asimismo con los datos sobre la fluctuación de los precios.

En las regiones próximas a los glaciares —Escandinavia, territorios vecinos de los Alpes— puede utilizarse un tercer método, el cual consiste en confrontar los datos concernientes al avance y la regresión de los glaciares.[108] Con este procedimiento es posible remontarse en el pasado a través de la datación de las morrenas con las radiaciones del Carbono —C^{14}. Los resultados obtenidos con este método rebasan el carácter regional del material por cuanto el movimiento de los glaciares no deja de reflejar un fenómeno climatológico de amplia extensión geográfica y que influye a su vez sobre el clima.

El culto de la Naturaleza, la relación de las diversas instituciones sociales con los fenómenos climatológicos en las distintas sociedades, las creencias y los ritos ligados a la periodicidad de los fenómenos naturales, todo ello constituye una fuente inapreciable de documentos que permiten investigar la historia del clima.[109] En el Japón, el Día del Cerezo en Flor era festejado solemnemente en el palacio del emperador o del poderoso gobernador de Kyoto, por lo cual la fecha de esta fiesta se halla consignada y conservada en los archivos desde el siglo IX, siendo ésta la más antigua serie de anotaciones sobre el clima en el mundo.[110] También era festividad el día que se helaba el lago Suwa en los alrededores de Tokio, lo que explica que se haya consignado anualmente esa fecha desde el año 1444.[111] En el día de la primera nevada del año, los vasallos rendían homenaje al *shogún* en Tokio, fecha que ha sido anotada desde el año 1632.[112]

En cuanto a los tiempos modernos, los datos se multiplican. El helamiento del río Neva en Leningrado viene siendo anotado desde el año 1711.[113] Como las primeras nevadas en Annecy desde 1773, y la congelación del lago Kavallesi, en Finlandia, desde 1843.[114]

Apenas si se ha empezado la recogida de materiales objetivos cuantitativos y comparables acerca de las fluctuaciones del clima durante las distintas épocas.

Sin embargo, los especialistas tienen ya la impresión de que los datos basados en los materiales fragmentarios, casuales, procedentes de las distintas partes del mundo, muestran una con-

cordancia asombrosa[115] que permite determinar ya desde ahora con seguridad las grandes épocas de los cambios climatológicos. Así, tenemos que, tras un relativo recalentamiento en los siglos del V al X, se produce un enfriamiento relativo hasta el siglo XV, culminando en los siglos XVII-XVIII. El siglo XVI fue relativamente más cálido y especialmente su primera mitad, así como también los siglos XIX y XX y especialmente a partir del año 1850 aproximadamente.

Al parecer, por tanto: *a*) el clima varía y no varía unilateralmente, *b*) estas variaciones no son regulares ni muestran ninguna tendencia a los intervalos cronológicamente iguales, y *c*) estos cambios abarcan a todo el planeta.[116]

Ahora bien, aún se dista mucho de una interpretación precisa y concordante de los materiales meteorológicos que se han reunido. Los datos que nos son facilitados por el análisis del duramen de los árboles atestiguan al parecer los fenómenos de la humedad, mientras que los datos relativos a las fechas de la recogida de las cosechas, la floración de los árboles o sobre los glaciares nos hablan del calor acumulado por la tierra. Al hablar del carácter específico del clima en un año determinado o en una serie de años, utilizamos un concepto abreviado que comprende toda una serie de fenómenos como son la humedad y el calor en las cuatro estaciones del año, lo cual no deja de proporcionar un gran número de combinaciones posibles. De forma que el hablar de un año frío o caluroso no tiene un gran sentido.[117] Sin embargo, por parte de los meteorólogos se adelantó hace poco la tesis según la cual las oscilaciones del clima se producen de acuerdo con la tendencia «más bien continental» y la tendencia «más bien marítima»[118] y, por lo tanto, entre un sistema que se caracteriza por un invierno frío, un estío caluroso y menos humedad y el sistema contrario.

Menos conocida aún es la problemática relativa a las consecuencias de las variaciones del clima en las distintas sociedades y en los diferentes períodos, sistemas o regiones geográficas. Es evidente que los mismos datos meteorológicos tienen otras repercusiones sociales en las sociedades de predominancia ganadera y en las sociedades agrícolas, en las regiones donde predomina la producción del trigo o de la vid, para las épocas que desconocen la patata y las épocas en que este tubérculo constituye el principal elemento de la alimentación, para las clases sociales cuyo bienestar depende del funcionamiento del transporte fluvial —la aristocracia polaca— y para las clases que no dependen del mismo.

Aquí, es preciso analizar todos los materiales históricos y etnográficos. Hay que analizar tanto la contabilidad de las haciendas agrícolas como los antiguos proverbios, las actas de las municipalidades como también las leyendas.

Las investigaciones históricas acerca del clima se hallan indi-

solublemente ligadas por fin con las investigaciones históricas sobre los cambios en el paisaje, el cual está determinado por el clima mientras que a veces el cambio del clima depende de los cambios aportados al paisaje por el hombre. Cuando analizamos el paisaje, nos hallamos frente al «cuadro natural» en el cual el hombre vive, en el que se conforma su visión del mundo, su concepción espacial, etc. Un paso más, y nos encontramos ya en el terreno de la historia del arte sin cuya ayuda es imposible realizar una investigación histórica sobre el paisaje y que a su vez podrá aprovechar los resultados de esta investigación.[119]

En este aspecto se abre un extenso campo para la investigación en todos los países. Es verdad que existen muchos peligros y emboscadas. El determinismo geográfico —sin contar los primeros héroes de la época de la Ilustración— no goza de gran fama en la historia de la ciencia. La explicación de los fenómenos sociales con los fenómenos situados enteramente al margen de la esfera social suscita un justificado recelo. El marxismo representa desde su creación esta desconfianza, pero no sólo el marxismo, ya que, Durkheim abogaba igualmente por la explicación de lo «social» por lo «social». Esta directiva es plenamente justa, al menos en cuanto a la hipótesis del carácter del trabajo. Pero ninguna directiva metodológica puede interpretarse en forma mecánica. Tenía razón Czarnowski cuando, al polemizar con la determinación del hecho social, clásica para la escuela de Durkheim, escribía que «todos los hechos en general, de cualquier procedencia que fueren, no sólo sociales sino también extrasociales, físicos o biológicos se transforman en hechos sociales en sí o a través de sus efectos, desde el momento en que estos hechos en sí o sus efectos penetran en la vida social».[120]

Las variaciones climáticas de las que hemos hablado son aún demasiado poco conocidas para poder afirmar cuál es su procedencia. Algunos de los cambios climatológicos y en particular los que se han verificado en los últimos 150 años son seguramente, en parte al menos, de origen social; son el resultado —realmente involuntario— de la actividad humana. En su género, se trata de una influencia de los fenómenos sociales sobre lo social aunque se haya producido indirectamente, con un carácter extrasocial; también otros fenómenos tienen con toda seguridad este último origen, lo que no reduce en el menor grado su influencia social.

La historiografía tradicional no se interesó por tales fenómenos por dos razones: *a*) desconocía los análisis sobre los largos períodos, inclinándose, por tanto, por determinar los «grandes inviernos» y no por las variaciones seculares, y *b*) al considerar como su objetivo el esclarecimiento de las actividades humanas y especialmente la acción de las grandes figuras, se interesaba principalmente por los fenómenos conscientes partiendo de la tesis de que lo que los hombres no vieron no puede aclarar su

comportamiento. Pero el fenómeno no necesita ser conocido de los hombres para influir sobre su destino.[121]

LAS CALAMIDADES Y LA LUCHA DE CLASES

Es evidente la correlación entre las calamidades y la lucha de clases. Esta relación es objetiva y subjetiva. Objetiva por cuanto el peso de las calamidades no se repartía uniformemente sobre las diferentes clases sociales y que en ciertos casos incluso algunas de estas clases podían beneficiarse directamente de las mismas. Al repartirse desigualmente, las desgracias cambian la correlación de las fuerzas económicas entre los estados sociales, consolidando relativamente a unas y debilitando relativamente a las demás. Estos cambios fueron a veces de larga duración —como, por ejemplo, el debilitamiento de la aristocracia media en provecho de los magnates en Polonia después de las guerras de mediados del siglo XVII. Las calamidades periódicas que influyeron en el marco de ese mismo sistema social revisten un carácter acumulativo en sus efectos sociales y puede arriesgarse a afirmar que, por lo general, la acción de las plagas elementales contribuyó en la mayoría de los casos a la aceleración de los procesos que en principio se venían desarrollando de un modo inmanente en el marco de una sociedad determinada, como por ejemplo la «proletarización» del campesinado y de la pequeña nobleza, el incremento del poder de los grandes señores, etc., en Polonia.

La relación entre las plagas elementales y la lucha de clases es evidente asimismo en el marco de los fenómenos de la conciencia social, lo que se puede comprobar tanto en las categorías racionales como en las categorías irracionales —y estas últimas no se hallan desprovistas de la más auténtica y racional base social. En las categorías racionales, porque los procesos sociales objetivos a los cuales hemos aludido y sobre todo el desigual reparto de los efectos de las calamidades no era ningún secreto para las amplias masas populares. En las categorías irracionales ya que sobre el fondo de la agudización del antagonismo social nacían también las más fantásticas leyendas.

Sabemos que las víctimas de las epidemias[122] eran sobre todo los pobres, menos resistentes físicamente por hallarse peor alimentados y vivir en pésimas condiciones de higiene.[123] Esto provocaba, naturalmente, que las clases privilegiadas utilizaran contra los indigentes y, especialmente los mendigos toda clase de medios de represión por ser sospechosos de propagar las epidemias, lo que a su vez debía suscitar una reacción. Sabemos que los ricos tenían la posibilidad de huir de estas catástrofes mientras que los pobres carecían de esa posibilidad. A veces,

los poderosos los encerraban en las ciudades después de haberlas abandonado. Durante la epidemia del año 1649 en Nimes, metieron a los pobres en las Arenas romanas. El antagonismo hacia los farmacéuticos y los cirujanos, acusados de prolongar estas graves enfermedades para lucrarse con ellas, puede considerarse como un prejuicio irracional, pero el problema se plantea de otra manera si partimos del hecho de que en la Francia moderna, donde este antagonismo se manifiesta a menudo, los farmacéuticos y los cirujanos pertenecen a las capas más adineradas de la burguesía, por lo cual también son elegidos con harta frecuencia para los cargos municipales.[124]

También la oposición hacia los molineros y los panaderos se justificaba muy a menudo, ya que éstos especulaban con el alza de los precios, al igual que se justificaba el antagonismo hacia la aristocracia y las altas jerarquías del clero que poseían grandes acopios de víveres.

Los «ricos» constituían en realidad un grupo muy heterogéneo de personas, pero el pueblo no establecía distinción alguna, viendo en todo ellos a los causantes de las epidemias, ante las cuales huían, lucrándose con ellas y queriendo exterminar a los pobres para combatirlas.[125]

Las inspecciones, las requisiciones, las tasas, los organismos filantrópicos que tienen como finalidad evitar que las masas se desborden («hay que comprar la tranquilidad del pueblo»),[126] los movimientos masivos del populacho contra la burguesía y la dictadura de la burguesía contra la pleble, todos estos fenómenos tienen en Francia una larga tradición vinculada con la historia de las plagas elementales. Los procedimientos de la Revolución francesa se hallan, por tanto, profundamente enraizados históricamente.[127]

En cuanto a las búsquedas polacas en torno a las plagas elementales nos hallamos aún ante un gran número de interrogantes, ya que, a pesar de la sugestiva hipótesis de Hoszowski[128] no sabemos si los años de hambre tuvieron en Polonia la misma periodicidad y la misma fuerza que en la Francia posmedieval. No está descartado que no fuera así debido a la menor urbanización y comercialización de Polonia. Ignoramos en particular los fenómenos sociales conscientes relacionados con las plagas elementales, pero disponemos de muchos materiales que nos informan que aquellas calamidades no influían de la misma manera en la suerte de los ricos que en la de los pobres. Pero, ¿cómo reaccionaban las masas indigentes? ¿Llegaron estas reacciones a ser tradicionales y a crear un «modelo», al igual que en Francia? Estas preguntas no tienen aún contestación.

Rutkowski fue el primero que acometió el análisis de las consecuencias económicas de las devastaciones de guerra en la Polonia del siglo XVII. Los trabajos del por entonces joven autor de *La reconstrucción del campo polaco después de las guerras de mediados del siglo XVII*,[129] independientemente de sus valores analíticos, tienen el gran mérito de haber introducido en la ciencia un nuevo problema y de haber adelantado las tesis para resolverlo. Según Rutkoswski, la reconstrucción de la economía agrícola después de las destrucciones de la guerra estaba ligada con la reestructuración de la aldea en orden a incrementar el área de las haciendas señoriales, la reducción del promedio del área de las explotaciones campesinas, el incremento del número de explotaciones no independientes y el aumento del papel del trabajo asalariado en las grandes fincas.

Además, en su manual de historia económica, Rutkoswski afirma que «para la historia económica del siglo XVII y especialmente la de la segunda mitad del siglo y los comienzos del siglo XVIII tienen una importancia decisiva los acontecimientos bélicos de aquellas épocas»,[130] tesis que desarrollaba Rutkowski en un capítulo especial.[131]

En un artículo publicado en el año 1950, Rutkoswski afirma que «las destrucciones de guerra... no fueron... la causa del decaimiento de Polonia, sino que fueron el reflejo y el factor que aceleró violentamente el proceso de desintegración de la economía feudal que ya había comenzado anteriormente».[132]

Por haber formulado esta tesis, obtuvimos una mala nota en lógica,[133] pues la frase que acabamos de citar no tiene ningún sentido gramatical, cojea de un modo evidente. Pero el problema y el método analítico del mismo no dejan de parecernos lo más esencial.

Rutkowski era un gran erudito. Tenía enormes conocimientos sobre la historia de la economía y especialmente sobre la historia agraria de toda Europa, pero desgraciadamente no logró publicar más que una mínima parte de sus trabajos.[134] Se puede considerar, no obstante, que en el análisis de las consecuencias económicas de las destrucciones de guerra en el siglo XVII en Polonia, no utilizó al parecer su enorme erudición.

Este error en los métodos creemos que tuvo enormes consecuencias, ya que las devastaciones de guerra no fueron en el siglo XVII ninguna particularidad específica de Polonia. Las destrucciones provocadas por la Guerra de los Treinta Años, fueron asimismo considerables en otros países abarcando enormes territorios de numerosos países europeos. Las consecuencias económicas de esta guerra dieron lugar a numerosas investigaciones, especialmente en Alemania, donde fueron acometidas seriamente por Inama-Sternegg.[135]

Aquí, el problema que es preciso investigar no es tanto la magnitud de las devastaciones de guerra como los motivos de la lenta reconstrucción de la posguerra.

Si «aun cuando no realizábamos en este terreno ninguna investigación especial», formulamos la hipótesis de que las devastaciones de guerra afectaron en Polonia a un sistema económico cuyo proceso de desintegración ya había empezado anteriormente y si, como lo reconocen los autores citados, esta tesis pudo confirmarse más tarde, la mala nota en lógica sólo nos la podía dar quien no comprendía la diferencia entre la tesis y la hipótesis, ya que una hipótesis puede formularse de un modo apodíctico cuando entra en el marco de un artículo dedicado enteramente a una construcción en discusión. Sin avergonzarnos de haber formulado una hipótesis que luego se confirmó, no vemos tampoco la razón para vanagloriarnos de ella, ya que el formular esa hipótesis era muy sencillo y sólo requería... un razonamiento lógico.

El punto de partida del razonamiento era en este caso la diferenciación en la producción agrícola —que representaba la aplastante magnitud de la renta social polaca— de la parte natural y de la parte mercantil, la primera de las cuales se distingue por su extremadamente reducida elasticidad, mientras que la segunda se caracteriza por su elasticidad excepcionalmente grande. Además, esta diferencia es particularmente aguda con relación a los cereales y por lo tanto con respecto a los productos que constituían la mayor parte de las exportaciones polacas y cuyo consumo es de una elasticidad muy reducida. En tales condiciones, es posible suponer que: *a*) cada aumento o disminución de la producción de cereales repercute con una fuerza multiplicada en las exportaciones, ocasionando su descenso o su aumento, *b*) que cada aumento o cada descenso duraderos de las exportaciones (aparte de los factores extraeconómicos, y por regla general de las dificultades transitorias en el comercio, como es la guerra marítima) no puede significar otra cosa sino el incremento constante o el descenso de la producción —ya que es muy improbable que la población de un país determinado empiece a consumir de un modo permanente muchos más o muchos menos cereales. Dado que Rutkowski sitúa en los alrededores del año 1620 el momento culminante de las exportaciones polacas de cereales, su construcción podía aparecer lo suficientemente verosímil como para someterla a discusión. Y así termina nuestra defensa contra la severidad de las críticas.

Pero volviendo a Rutkowski, es preciso reconocer que el gran mérito de sus investigaciones consiste en haber llamado la atención sobre las plagas elementales y las destrucciones de guerra, no sólo en orden a los cambios cuantitativos en la magnitud de los bienes de consumo, de las fuerzas productivas y humanas, sino de unos fenómenos que provocan unos procesos de adapta-

ción complicados y cuyo resultado son unos cambios duraderos en la estructura social y económica del país. Estos fenómenos, analizados por Rutkowski y sus sucesores sobre la base de los ejemplos más extremados, o sea del período de mayor intensidad de las devastaciones de guerra y de las plagas elementales en la historia de la antigua República polaca, constituyen a la vez una directiva para el análisis de otros períodos de la historia económica de la Polonia feudal. Las plagas elementales y las devastaciones de guerra son fenómenos inherentes a la sociedad feudal. Se puede suponer que en el último período del feudalismo, es decir en la historia de la Polonia moderna, las plagas elementales tuvieron consecuencias menores, aunque actuaban en el mismo sentido que en los años 1648-1660.[136] Aquí, las destrucciones de guerra de los cosacos y del «diluvio» sueco fueron realmente los factores que contribuyeron a acelerar y profundizar un proceso iniciado mucho antes y que se prolongó durante largo tiempo. En el siglo XVI y a principios del siglo XVII, es posible diferenciar los siguientes períodos principales con relación a las malas cosechas y las epidemias: 1550-1552, 1556-1558, 1570-1572, 1589-1590, 1598-1602, 1621-1625 y 1628-1631.[137] Esto dista mucho del cuadro de la periodicidad regular que tanto asombra en los materiales franceses[138] y que con toda seguridad es el reflejo del mayor aislamiento económico de las diferentes provincias en Polonia.[139] No obstante, la proporción de los años «nefastos» en el curso de un siglo (24:100) es la misma que en Francia.

Aún queda por analizar si los cambios estructurales observados por Rutkowski como consecuencia de las calamidades agrícolas en el siglo XVII pueden comprobarse igualmente en menor escala y como resultado de unas olas más reducidas de epidemias y de malas cosechas. Rutkowski demostró que era ingenuo suponer que después de las plagas elementales, cuando la cifra de la población descendía —mortandad, emigración, etc.— y aumentaban las tareas de la reconstrucción económica, el campesino se volvía más valioso para la nobleza, la cual, por lo mismo, debía propiciarle unas condiciones mucho más favorables de existencia, como eran la ampliación de las explotaciones, la reducción de los tributos, etc., etc. Pero nada de eso; a pesar de las migraciones, las huidas y otras causas, las condiciones para los campesinos antiguos o recién llegados, no se establecían a imagen y semejanza de la situación del mercado y de acuerdo con la ley de la oferta y la demanda. El razonamiento basado en el «buen sentido» fracasa en este caso. El hecho de que el señor feudal le concediera al candidato al asentamiento más o menos tierras, no dependía de si en un momento determinado dicho asentamiento le importaba sobremanera sino solamente de lo que el campesino poseía y de lo que el señor feudal podía ofrecerle. A su vez, la magnitud de la explotación determinaba el carácter y la magnitud de las prestaciones que habían de

gravarla. Las prestaciones en yuntas sólo podían afectar a las explotaciones lo suficientemente extensas como para mantener los animales de tiro. Las explotaciones más pequeñas se hallaban proporcionalmente más sujetas a los gravámenes, ya que la finca señorial, al incrementarse, necesitaba más mano de obra. Además, es falso suponer que como consecuencia de las plagas elementales, incluso razonando según la ley de la oferta y de la demanda, la posición del campesino era más favorable debido al interés del señor feudal por los asentamientos, al cual le interesaban éstos, pero, por regla general, el campesino se hallaba indefenso al carecer de yuntas y de aperos que sólo podía facilitarle o comprarle el dueño de las tierras. Es un hecho también que las plagas elementales, al desorganizar la vida social en el campo, despojaban a la aldea de los documentos probatorios de los derechos de los campesinos, hacían desaparecer a los ancianos, vivientes testigos de las antiguas costumbres, destrozaban los lazos tradicionales, etc. y facilitaban por consiguiente la agresión de los señores feudales contra los derechos del campesinado, debilitando los medios de defensa del mismo.[140]

Es por esto por lo que Rutkowski comprobó, después de las guerras de mediados del siglo XVII, el descenso del número de las economías campesinas de mediana superficie y el aumento del número de las pequeñas explotaciones sometidas a unos gravámenes de servidumbre relativamente elevados.[141] Pero el proceso de empobrecimiento de las economías aldeanas, el aumento del área de las fincas señoriales y de los gravámenes que pesan sobre la economía campesina, es un proceso continuo en la Polonia moderna que se prosigue durante cuatro siglos, aunque se desarrolla con una intensidad diferente según las épocas. Dado que se trata de un proceso de una importancia fundamental en la historia, merece la pena indagar el papel que pudieron jugar en él los complicados fenómenos sociales que denominamos como «plagas elementales».

LAS INVESTIGACIONES DE LA ESCUELA FRANCESA

Las búsquedas en torno a las plagas elementales y especialmente sobre la repetición periódica del hambre en escala regional e incluso nacional se hallan muy avanzadas en Francia. Pero aún queda por averiguar si este fenómeno tiene una intensidad mayor en Francia que en los demás países europeos o si es el resultado de la más profunda atención que los científicos franceses le han prestado a este fenómeno en comparación con las demás naciones.

Es indudable que en la historia de Francia —desde el siglo XVI a comienzos del siglo XIX— este fenómeno tuvo una es-

pecial virulencia. Se ha reflejado con viveza en la literatura y en la publicidad, en un gran número de movimientos sociales tormentosos no dejando tampoco de influir en la aparición del clima social y de ciertas formas de lucha de las masas populares que favorecieron la Revolución francesa.

Las búsquedas francesas se caracterizan por la diversidad de los métodos. El punto de partida fue aquí la investigación acerca de los precios de los productos agrícolas en los que aparecía una asombrosa periodicidad en las rachas de alzas. Este fenómeno, comprobado por Labrousse,[142] se vio confirmado más tarde por numerosas investigaciones relativas tanto a los períodos anteriores[143] como ulteriores,[144] indagaciones centradas en ciertas regiones o momentos,[145] o en ciertas clases de «calamidades».[146]

Mientras que en la escuela polaca de Bujak predomina la averiguación de los datos sobre los precios a través de las anotaciones relativas a las plagas elementales, en Francia, por el contrario, los datos referentes a las calamidades se averiguan por mediación de los datos sobre los precios. Esto se explica tanto mejor, por cuanto, mientras que en Polonia a causa del débil nivel de comercialización una mala cosecha no provoca una carestía aparente, este mismo fenómeno ya no podía tener lugar en Francia por aquellas épocas. Por otra parte, las búsquedas francesas le conceden una gran atención al análisis sociológico del fenómeno en cuestión. Los desórdenes sociales, los movimientos contra la exportación de los cereales, el pillaje de los transportes, los ataques a los almacenes de trigo, el odio a los panaderos y los molineros, y en caso de epidemia el odio a los farmacéuticos y los médicos, la agudización de la lucha de clases contra la aristocracia ciudadana, contra la nobleza y el clero, los bulos y las leyendas que se extendían en tales situaciones («pacto del hambre»), todo ello ha sido descrito, analizado y valorado en un gran número de obras, permitiendo construir una especie de «modelo» de las revueltas del hambre o ligadas a las epidemias, cuya repetición periódica es asombrosa.

Junto al «modelo» de las revueltas del hambre sale también a la palestra un «modelo» de la política de los gobernantes que tiende a aplacar el hambre o a aplastar los desórdenes y que, a pesar del cambio de régimen, se repite bajo Napoleón y durante la Restauración.[147]

El gran mérito de los investigadores franceses es el de haber demostrado la regularidad y la periodicidad del fenómeno[148] en cuestión ligándolo estrechamente con sus repercusiones en el mercado, el haber diferenciado su intensidad según el carácter de la región y del período, y el haber elaborado el «modelo» de las revueltas que engendraban las calamidades. En cuanto al período de 1715-1820[149] tenemos además un esbozo analítico de las consecuencias de las «plagas elementales» para las diver-

sas clases de la sociedad: quiénes, cómo y hasta qué punto se lucraban con ellas y cuáles eran los perjudicados. En cambio, el análisis de los cambios duraderos provocados por las plagas elementales en la estructura social y que representa el logro más importante de Rutkowski, no están, en proporción, tan adelantados en Francia.

LA IMPORTANCIA DE LAS INVESTIGACIONES SOBRE CALAMIDADES Y DESTRUCCIONES DE GUERRA PARA LA HISTORIA ECONÓMICA

El promotor de las investigaciones sobre la historia de las plagas elementales y de las devastaciones de guerra en la antigua Polonia, F. Bujak, aclara en el preámbulo al primer tomo de la obra consagrada a estos problemas por qué desea abarcar ya en ese primer tomo el período de la segunda mitad del siglo XV, y afirma: «He considerado que esto era necesario por cuanto las plagas elementales que en aquella época afectaron a Polonia y a la Europa central influyeron incuestionablemente en la transformación del sistema social y económico de Polonia y de los demás países centroeuropeos, contribuyendo, a través del desarrollo de la servidumbre, a basar la producción agrícola en la economía de las haciendas señoriales. Reconozco que el esclarecimiento de este problema, cuya importancia en la historia social y económica equivale a la importancia del capitalismo naciente, me inclinó a elaborar la crónica de las plagas elementales».[150]

De forma que el mismo autor declara cuál es el objetivo que persigue con sus investigaciones. Por su parte, A. Walawender, autor del primer trabajo sobre este tema, escribe en un artículo programático: «Las plagas elementales fueron en los siglos pasados uno de los obstáculos principales, si no el más importante, para el desarrollo normal de la vida económica»;[151] y prosigue: «La investigación de la vida económica y social en los siglos pasados no puede ser completa si no tiene en cuenta las condiciones en las cuales se desarrolló y configuró, las cuales pueden variar, propiciando más o menos el desarrollo. Pero sólo las plagas elementales podían provocar la brusca y catastrófica interrupción de la vida socio-económica.»[152]

Al parecer, el autor de estas palabras no valoró la importancia de sus propias investigaciones. El abordar esta temática en la historia económica sólo bajo el aspecto del análisis de «los obstáculos principales para el desarrollo normal de la vida económica» constituye una enorme deformación del problema. Sobre todo, y aun cuando esto pueda constituir un «agarrarse a las palabras», es preciso recalcar que no es posible contraponer esos «obstáculos» al «normal» desarrollo económico, por cuanto la

existencia de esos obstáculos es una norma en la economía feudal. Ya hemos hablado en este trabajo de que las perturbaciones climatológicas se convierten o no en una calamidad elemental según el medio social que se halla afectado por ellas, y dependiendo todo, en última instancia, de cuál sea la productividad del trabajo social, de cuál sea la magnitud media del producto suplementario, de cuáles sean los medios de autodefensa que se hallan a disposición de la sociedad y, en definitiva, que todo depende del grado de desarrollo de las fuerzas productivas de esa sociedad. En las investigaciones realizadas hasta la actualidad, las plagas elementales han sido tratadas demasiado unilateralmente como un fenómeno de origen extrasocial.

Pero volvamos a las cuestiones más importantes. Es evidente que de la misma manera que se analizan los «motores del progreso económico» —asentamientos, fomento de las fuerzas productivas, etc.— hay que analizar asimismo todo cuanto frena y retrasa ese desarrollo. Repetimos que la investigación de las plagas elementales es un sector de la problemática de la historia económica y al mismo tiempo un método.

Al igual que cualquier fenómeno histórico, las plagas elementales o las devastaciones de guerra constituyen un todo complejo, que sólo puede analizarse como una magnitud compleja a través de la utilización de los métodos más diferentes y de los criterios más variados. La problemática económica no agota ninguno de estos fenómenos y por lo tanto los métodos económicos no bastan para el análisis total de ninguno de ellos.

Esto no es más que una pequeña ilustración de la tesis que hemos defendido anteriormente,[153] y conforme a la cual la historia económica no se ocupa de algo así como el desentrañamiento de la clase de los fenómenos y de las actividades humanas sino que constituye la historia del aspecto económico de esas actividades. Las plagas elementales no dejan de hallarse relacionadas, por ejemplo, con los problemas ideológicos. La historia de las sectas religiosas durante y después de la Peste negra nos ofrece unos materiales muy interesantes.

Las plagas elementales no dejan de relacionarse con la problemática de la lucha de clases, y aun cuando no compartamos la opinión de los autores que atribuyen a la sicosis engendrada por las calamidades las manifestaciones de la lucha de clases, no deja de ser un hecho muy probable que los fenómenos anteriormente enumerados —abandono de las ciudades por parte de las clases privilegiadas, reservas de víveres en casa de los ricos durante los períodos de hambre, etc.— a veces podían conducir a la agudización de los antagonismos de clase, a que las masas tomaran conciencia de los privilegios de los ricos, todo lo cual no se hubiera producido tan rápidamente, a no mediar el factor que aceleraba esos procesos.[154] No vamos a detenernos mucho sobre estos problemas, ya que queremos subrayar sola-

mente que al referirnos a las búsquedas en torno a las plagas elementales y las destrucciones de guerra sólo tenemos en cuenta los aspectos económicos de estos fenómenos.

Económicamente, tales fenómenos ocasionan la mayor parte de las veces la disminución de la cantidad de bienes de consumo y destruyen una cierta parte de los medios de producción. A través de este último factor siguen influyendo después, provocando el envejecimiento transitorio de los métodos de producción, obligando a consagrar una parte del aparato productivo a la reconstrucción de lo que ha sido destruido, y prolongando, por consiguiente, la disminución del nivel de vida.

Pero dentro del marco mismo de la problemática de la magnitud de la renta social, el análisis de las plagas elementales puede resultar más provechoso aún para la ciencia.

En primer lugar, la sensibilidad de la economía social ante las calamidades naturales constituye un índice muy importante del nivel de desarrollo económico. El dominio del hombre sobre las fuerzas de la naturaleza, su emancipación con respecto a las mismas, no se basa en que las granizadas sean más raras hoy que en el pasado, sino en que ya no tienen unas consecuencias tan graves, tanto individual (los seguros) como socialmente. La frecuencia de las perturbaciones en el mercado suscitadas por las plagas elementales, y la violencia con que el mercado reacciona ante las mismas representan un criterio de mensuración mucho más objetivo que muchos otros, tanto más por cuanto en éste se acumulan todos los elementos de la estructura socio-económica de una sociedad determinada.

Por añadidura, el análisis de las plagas elementales lleva al conocimiento de las dimensiones de la producción mercantil: cuanto más reducida sea, más violenta ha de ser la reacción ante estas catástrofes. El análisis de las calamidades naturales permite conocer el alcance geográfico del mercado: cuanto más extenso, más débil será la reacción ante las plagas elementales. Las violentas reacciones que, como consecuencia de las perturbaciones climatológicas, se producen en los mercados de poca amplitud geográfica son muy elocuentes y suelen informar al historiador de ciertos problemas que de otra manera le son muy difíciles de aclarar.

El análisis de las plagas elementales nos informan, por último, de los problemas relativos al reparto de la renta social. Hemos tratado de llamar la atención anteriormente sobre esta problemática. Por una parte, nos hallamos generalmente ante las numerosas manifestaciones de los privilegios sociales, que permiten a las clases poderosas el defenderse contra los efectos de las calamidades naturales. Por otra parte, observamos que como consecuencia de estas calamidades y de las destrucciones de guerra, como consecuencia precisamente de dichas ventajas, se producen ciertos cambios duraderos en la correlación de las

fuerzas sociales y en la correlación de fuerzas de las distintas capas de una misma clase, que al acumularse debido a la repetición de las devastaciones, desembocan en una determinada situación política.

Es evidente que no pretendemos afirmar que el sistema de la oligarquía de los magnates en Polonia fue el producto de las frecuentes plagas elementales y de las destrucciones de guerra. Esto sería absurdo, ya que la frecuencia de las calamidades es y debe ser la regla en los bajos niveles de desarrollo económico y que las devastaciones de guerra son el rasgo inseparable del sistema feudal. Dichas calamidades tuvieron lugar en todas partes, sin embargo no en todas partes surgió el sistema de la oligarquía de los grandes señores. Pero la tarea del historiador que analiza ese sistema radica en tener en cuenta todos los factores que contribuyeron a su aparición. Entonces, es posible que en las condiciones concretas de Polonia las plagas elementales y las devastaciones bélicas influyeran en el surgimiento y la consolidación de la oligarquía de los magnates, mientras que en Europa Occidental esos mismos fenómenos aceleran el discurso de la acumulación primitiva. Una vez más se manifiesta cómo un fenómeno natural como es el de las perturbaciones climatológicas puede tener unas consecuencias muy diferentes según afecte a una sociedad o a otra.

El nexo entre la problemática de la historia económica y la historia política es el problema de la correlación de las fuerzas de clase. Pues aquí juega un papel trascendental el análisis de la base económica de cada una de las clases: su estado de propiedad, sus ingresos, el sentido de los cambios que acontecen tanto en el estado de la propiedad como en los ingresos. La historia económica facilita a la historia como tal y a la historia política los datos al respecto. Y a esto contribuye grandemente el análisis de las plagas elementales y de las destrucciones de guerra en los períodos en que estos fenómenos juegan un gran papel y en primer lugar, y sobre todo, en la época feudal. Pero esto se conseguirá a condición de que el análisis de estos fenómenos se efectúe teniendo en cuenta todas las relaciones y dependencias de carácter económico, de que se piense en el pleno carácter histórico del fenómeno, ya que un fenómeno natural idéntico influye de un modo enteramente distinto según en qué sociedad tenga lugar.

Así, nos inclinamos a concederle a este sector de las investigaciones una gran importancia, ya que es preciso esperar mucho de ellas tanto en lo que respecta a los métodos como bajo el punto de vista de la problemática.

Sin embargo, puede preguntarse si Bujak tenía razón al prometerse a sí mismo que el análisis de las plagas elementales permitiría aclarar el dualismo en el desarrollo agrario de Europa, ya que escribe que las plagas elementales «influyeron pode-

rosamente en ese fenómeno». Creemos que el análisis de las plagas elementales no puede aclarar esa clase de problemas. Es un hecho de que un mismo fenómeno tuvo consecuencias diferentes según afectaba a unos medios socio-económicos distintos, y eso es precisamente lo que debemos esforzarnos en conocer. Como ya hemos sugerido, las plagas elementales que acompañan constantemente la existencia de las sociedades preindustriales no contribuyen tanto a introducir en su vida unos factores nuevos y desconocidos en los años «normales» como, por el contrario, a reforzar y agudizar las tendencias que actúan de un modo permanente en dichas sociedades. ¿Acaso, como lo afirman algunos, la Peste negra de 1348 fue realmente uno de los acontecimientos más importantes del Milenio? [155] Vale la pena reflexionar sobre esta cuestión por cuanto los partidarios de esta tesis no pueden probarla y ya que es difícil medir con el porcentaje de las defunciones la importancia de un acontecimiento histórico.

Las plagas elementales deben analizarse como uno de los elementos constantes de la vida y el funcionamiento de las sociedades preindustriales. Podemos aprender mucho analizando estos fenómenos en los países actualmente atrasados, como la India, donde los podemos analizar directamente.

Las plagas elementales deben ser examinadas como fenómeno social multilateral en sus repercusiones económicas y sociológicas de corta duración y a largo alcance que atañen a la economía, a la estructura social y a la conciencia social.

EL CRECIMIENTO DE LA INTERDEPENDENCIA HUMANA

En la medida en que disminuye la dependencia relativa del hombre con respecto a la naturaleza, aumenta la interdependencia de los hombres entre sí.

El progreso económico se realiza a través del incremento de la división social del trabajo, y ésta, surgida en el proceso social de la producción durante el cual y de acuerdo con las condiciones institucionales —de sistema— existentes, donde cada uno de los participantes obtiene un determinado derecho a participar en el producto social, se refleja en última instancia en el mercado. El mercado es la suma de las relaciones económicas entre los hombres, hallándose conformado cuando dichas relaciones no pueden ser interrumpidas sin que ello tenga efectos visiblemente perjudiciales para todos los grupos sociales que lo integran.

Las investigaciones promovidas en el marco de la historia económica acostumbraron a dedicarle una gran atención a los problemas del comercio medieval, del cual los historiadores tradicionales analizaron la peculiaridad de sus instituciones organi-

HCS 100. 36

zadoras, llamando también su atención el asombroso alcance geográfico del mismo.

La unilateralidad de los trabajos condujo a una visible deformación de las perspectivas. La amplitud del alcance geográfico cubrió la estrechez del ámbito social. Se habló mucho del comercio en relación con unas épocas en que las clases que de cualquier forma se hallaban ligadas con el mismo representaban una fracción insignificante de la población. Sombart ya solía bromear al afirmar con mucha razón que al leer a los historiadores del comercio medieval se tenía la impresión de que las gentes de aquella época se alimentaban sobre todo con pimienta.

Esta tendencia era el producto de las circunstancias ligadas a la técnica investigadora de la época. El gran comercio internacional, el intercambio de los artículos valiosos que a veces asombra a los coetáneos y a veces es objeto de luchas, suele dejar rastro en los documentos escritos. Los derechos arancelarios que desde muy antiguo venían gravando el comercio internacional, los acuerdos internacionales o entre las ciudades también dejaron huellas escritas.

Igual ocurre con los diferentes reglamentos comerciales, la legislación de los mercados, etc., todo lo cual puede facilitar las investigaciones.

Pero tan pronto como el mercado interior se sintió lo bastante fuerte como para liquidar las instituciones que lo obstaculizaban en su desarrollo, al mismo tiempo que la desaparición de las instituciones desaparecen las fuentes documentales y el fenómeno desaparece de las páginas de la historia. Surgió una situación paradójica: el interés de la ciencia por este fenómeno fue inversamente proporcional a la importancia del mismo en la vida social.

Las experiencias de la ciencia polaca y de otros países en los últimos veinticinco años, permiten formular nuevos postulados sobre la base de la teoría económica marxista.[156]

El proceso de conformación del mercado interior es un proceso a largo alcance e integral. De estos dos rasgos dimanan importantes consecuencias. Es un proceso de larga duración y que por lo tanto comienza en pleno feudalismo y sigue prolongándose en la época capitalista. La diferencia de los períodos por los cuales atraviesa implica la necesidad de analizar sus diferentes etapas, utilizando al menos en parte unos métodos distintos. A esto obliga la propia transformación del sistema, la cual entraña asimismo un cambio en el carácter de las fuentes. Basta con afirmar que el proceso de conformación del mercado interior, que por lo general empieza con el pleno funcionamiento de las clásicas instituciones feudales, en sus fases más tempranas puede ser analizado gracias a dichas instituciones en muchos países (pero no en Polonia), por ejemplo sobre la base de

los registros arancelarios interiores,[157] concluyendo dicho proceso por regla general en el período en el cual ya disponemos de unas fuentes tales como las estadísticas oficiales de los transportes ferroviarios.

En cuanto a lo integral de dicho proceso, se trata de un concepto en cierto sentido abreviado que se refiere a los procesos que se desarrollan en todas las ramas de la vida económica. Para los profanos, esta definición puede ser incluso engañosa, ya que explícitamente sólo se relaciona con los fenómenos del mercado, mientras que en concreto implica unos cambios determinados en la producción y en su organización social, en los intercambios, el transporte, el consumo y asimismo en el terreno de la libertad individual o de la igualdad ante la ley. La mención acerca de lo integral del proceso aumenta igualmente las posibilidades científicas, puesto que permite emprender el análisis de ese fenómeno por el lado que se halla relativamente mejor documentado en un país o en un período determinados, pero, evidentemente, con una advertencia: la sincronía de esos cambios, típica para el desarrollo clásico, suele fallar en proporción al estado de atraso del país al cual nos referimos. Esta asincronía ha podido demostrarse con relativa profundidad en los últimos años gracias al análisis de la economía de los países llamados atrasados, en los cuales la renta de tipo feudal suele coexistir con las modernas instituciones crediticias o de seguros, y el aislamiento marcado de los pequeños mercados coexiste con los ferrocarriles, las bolsas mercantiles y las grandes exportaciones de materias primas. El conocimiento de la economía de estos países constituye aquí para la ciencia una especie de «caso límite», que muestra de una forma extremadamente clara los procesos que en unas proporciones más reducidas acontecieron en numerosos países que entraron después de Inglaterra en el período de formación del capitalismo, y que cuanto más tarde lo hicieron, la asincronía fue mayor. En este sentido, al afirmar que el desarrollo del capitalismo en Italia no corresponde ni al modelo francés ni al modelo de los países actualmente atrasados, Romeo tiene razón y al mismo tiempo no la tiene.[158] Tiene razón por cuanto el proceso de asincronía fue incomparablemente mayor en Italia que en Francia e incomparablemente menor con respecto a los países actualmente subdesarrollados. No tiene razón por cuanto las diferencias sólo son aquí de nivel que entran en la gradación cronológica regular y por lo mismo corresponden a un mismo criterio.

Como ya hemos dicho, consideramos que un mercado interior está formado cuando la ruptura de los intercambios interregionales no puede reflejarse en la clara reducción del nivel de vida de las masas de las demás regiones interesadas. De esto se desprende la importancia de las investigaciones acerca de los momentos específicos, es decir, cuando las guerras o los cambios de

fronteras políticas dificultan o impiden el funcionamiento de los lazos ya establecidos. Para analizar el grado de desarrollo del proceso de formación del mercado interior en la Polonia del siglo XVIII, nada sería más interesante que el examen de las consecuencias económicas de los desmembramientos para todas las regiones polacas: los cambios de los precios relativos que se producen en cada una de las regiones, el aprovisionamiento de las grandes ciudades, la suerte de las regiones especializadas en la exportación, etc..., pero desgraciadamente estas investigaciones están muy poco adelantadas.

Los nuevos métodos de indagación permitirán quizás analizar sobre la base de los materiales históricos el proceso de formación y de consolidación de los vínculos interhumanos que en cierto sentido constituyen el problema central de la historia.

La interdependencia humana que se crea a escala nacional también surge a escala internacional e incluso mundial. Ya Rousseau se apasionaba por este tema.[159] Las investigaciones que están muy adelantadas en relación con la época capitalista, deben inclinar a emprenderlas asimismo en lo que atañe a la época anterior.

Ningún Estado vive en el aislamiento económico. Más importante todavía es el hecho de que, a medida que se va desarrollando económicamente, sus relaciones económicas con el mundo que lo rodea crecen en cifras absolutas y relativas.

Por ejemplo, el valor de las importaciones en relación con la renta nacional neta ascendía en Inglaterra:[160]

1820 — 12	1900 — 26
1850 — 18	1913 — 28
1870 — 28	1937 — 21
1880 — 33	1953 — 26

No puede haber desarrollo más que a través del progreso de la división del trabajo y la especialización; esto hace a su vez que, a medida que va incrementándose el desarrollo económico, el mundo se halle cada vez más sujeto a los vínculos de la interdependencia de un país en relación con el comercio internacional. No es casual que los lemas autárquicos hayan sido proclamados por la ideología más reccionaria del siglo XX: el fascismo.

Durante los años 1870-1913, el volumen global del comercio internacional creció en cuatro veces y media. Tomando como base el coeficiente 100 para el año 1970, ascendió a:[161]

1870 — 31	1895 — 52
1876 — 39	1900 — 68
1880 — 44	1905 — 86
1885 — 44	1910 — 111
1890 — 53	1913 — 137

Como ya hemos dicho, ninguna nación vive en el aislamiento económico. Sus relaciones de comercio con el mundo —eliminando sus formas extraeconómicas como el pillaje militar, los tributos de guerra, etc.— se realizan siempre según una relación determinada de los precios, la cual depende de numerosos factores como son el volumen absoluto de los intercambios, la organización del mercado, etc. Suponiendo que a partir del siglo XV eliminemos en Europa las fluctuaciones de corta duración —ligadas a la oscilación de las cosechas, a la interrupción de los contactos comerciales por causa de las guerras, etc.—, es posible determinar los períodos en los cuales las relaciones eran relativamente constantes. La transición de un período a otro, los saltos en dichas relaciones, son provocados, por un lado, por los «descubrimientos geográficos» en el sentido sociológico de esta palabra, o sea por el acceso a la utilización de nuevas y provechosas posibilidades económicas desconocidas hasta entonces, y de otro lado, por el desigual incremento de la productividad del trabajo.

Los mercantilistas crearon la teoría de la balanza comercial excedentaria como fenómeno siempre y en todas partes provechoso. Esta teoría que se explica perfectamente en orden a las necesidades del Estado absolutista, no resiste la crítica con respecto a los largos períodos en general y en particular en lo que concierne a las épocas que no sean la del mercantilismo. La influencia de los conceptos mercantilistas en el pensamiento económico ulterior —y en mayor grado en la opinión pública que en la ciencia— fue y continúa siendo muy fuerte. Se manifiesta en la propia terminología que define la superioridad de las exportaciones sobre las importaciones como un fenómeno «positivo». Esta influencia se manifiesta claramente en la propaganda de los gobiernos de muchos países que se esfuerzan, conociendo el criterio de la opinión social, por mostrar lo «excedentario» de la balanza comercial, y también en los trabajos de numerosos historiadores del comercio internacional, quienes utilizan casi siempre los criterios mercantilistas para apreciar los fenómenos que analizan.

Aquí, debe subrayarse sobre todo que la balanza comercial de un país determinado, siempre y cuando sea examinada no a través de un corto período sino de un largo período cronológico, muestra por regla general una tendencia al equilibrio (en los períodos precapitalistas en que los elementos extracomerciales de la balanza de pagos no juegan un gran papel). Resulta difícil creer a quienes mantuvieron que en los tiempos del rey Estanislao Polonia tuvo casi siempre una balanza comercial deficitaria. Si este saldo deficitario hubiese tenido que ser pagado siempre en oro, en el país habría aparecido un severo fenómeno deflacionista que, sin embargo, no se observa.[162]

Mucho más importante es este fenómeno en las relaciones no monetarias sino reales —siendo un problema aparte el hecho

de que se puede analizar mucho mejor en los fenómenos monetarios. No es tan importante el saber si el oro llega a un país determinado o sale del mismo, como tampoco saber qué cantidad de mercancías entran en una nación a cambio de los productos que ella misma exporta. Ahora bien, para contestar a esta pregunta es necesario examinar un largo período, lo que por regla general temió hacer la historia monográfica tradicional. Pues como ya hemos dicho, las relaciones de los precios a escala internacional sólo cambian en la época precapitalista en base a un largo período.

En el actual estado de las búsquedas, parece que sea posible hablar de un cambio fundamental del papel socio-económico de los cambios en las citadas *terms of trade* entre la época feudal y la época capitalista.

Como ya lo indicábamos, en la Polonia posfeudal se produce un cambio muy «provechoso» en las relaciones de comercio: los artículos exportados por Polonia se vuelven sistemáticamente más caros en proporción a los productos importados por ella.[162a] Por un mismo volumen de exportaciones Polonia puede importar de decenio en decenio una mayor cantidad de mercancías extranjeras. La influencia de estos cambios en la economía del país fue deplorable: provocó un aumento de la desigualdad en el reparto definitivo de la renta social (lo cual, como ya lo hemos indicado, no favorece en modo alguno en la época feudal el incremento económico), creó una competencia insoportable para la producción nacional artesano-industrial y el comercio del país, provocó la desurbanización, la agrarización, la naturalización de la economía y todos los fenómenos de la regresión económica.

En esa misma época, por el contrario, en los países que daban los primeros pasos en el camino del progreso industrial y de la productividad del trabajo en la industria, las relaciones de comercio cambiaron de un modo desfavorable, lo cual, como es sabido, no dificultó en el menor grado su progreso económico ulterior. Sobre el progreso económico, decidió el incremento de la productividad del trabajo, a pesar de que dicho incremento provocó a la vez un abaratamiento relativo de determinadas categorías de productos. O sea: que el abaratamiento relativo de ciertas categorías de productos era más lento que el incremento de la productividad del trabajo necesario para la fabricación de los citados productos.

Sólo es capitalismo creó, perfeccionándolo, el imperialismo —utilizando todos los medios y sobre todo los extraeconómicos—, el sistema de comercio mundial en el que paradójicamente encarecían relativamente los artículos para cuya producción la productividad del trabajo era mayor. Esto estaba ligado sobre todo con la rápida concentración y después con la cartelización de las ramas de la economía en las cuales la productividad del

trabajo crecía más lentamente debido a la diseminación de la producción de las materias primas, empezando por las de la agricultura.

Si analizamos este problema tomando en consideración la totalidad del último siglo, el resultado es asombroso. La relación entre los precios de las materias primas y los de los productos industriales acabados en el mercado mundial ha sido estimada últimamente como sigue:[163]

1870 — 111	
1913 — 100	1913 — 100
1938 — 75	

En cuanto al comercio del Reino Unido, la relación entre los precios de los artículos industriales y los de las materias primas es aún más extremada:[164]

1857 — 87,1	1890 — 109,1	1926 — 141,8	1880 — 100
1860 — 94,9	1895 — 110,8	1930 — 149,0	
1870 — 102,3	1900 — 120,0	1933 — 173,1	
1880 — 100,0	1920 — 146,4	1938 — 166,2	
1885 — 102,3	1913 — 116,2		

Como vemos, el mejoramiento secular de las *terms of trade* es en gran medida el origen del incremento de la riqueza de Inglaterra en el curso del último siglo. Esto concierne, naturalmente, a todos los países que tuvieron una temprana industrialización.

Según los cálculos más exactos, resulta que, gracias a esta conformación de las relaciones de comercio, los países industriales obtuvieron, además del beneficio de su propio progreso técnico y del incremento de su productividad del trabajo, una gran parte del beneficio resultante del insignificante progreso técnico y del incremento de la productividad que tuvo lugar en los países atrasados.[165] Es decir, que la renta social de los países industriales creció más rápidamente que su productividad del trabajo, mientras que en los países atrasados sucedía a la inversa.

Además, es preciso recordar que esta disparidad es mucho mayor que la que arrojan las estadísticas. Por ejemplo, para conseguir la comparabilidad, toda la masa de los productos alimenticios se hace figurar dentro de la producción de materias primas, pero entre los artículos alimenticios se encuentran toda una serie de productos manufacturados, como son las conservas, los extractos, etc., cuyos precios se semejan a los de los artículos industriales y que son exportados por Australia pero no por Kenia. De tenerse en cuenta tales factores, la disparidad en las *terms of trade* sería mucho mayor.

Asimismo, es relativamente débil la influencia coyuntural en las «relaciones de comercio»: ya que en los períodos de alza los artículos industriales encarecen más rápidamente y bajan con más lentitud en los períodos de baja que las materias primas, con lo que dichas relaciones de comercio representan un mecanismo de acaparamiento de los beneficios por parte de los países ricos en las buenas coyunturas, mientras que en los tiempos de mala coyuntura todas las pérdidas son para las naciones pobres.

Durante las fluctuaciones a corto plazo los países atrasados se hallan afectados por cada empeoramiento de la coyuntura de dos maneras: por el descenso de los precios de los productos que exportan y, en segundo lugar, por la disminución del volumen físico de sus exportaciones —salvo la exportación de ciertos artículos de consumo, la cual crece en función de la caída coyuntural de los precios. En el curso de los últimos cincuenta años, las fluctuaciones cíclicas de los precios de las materias primas exportadas por las naciones atrasadas ascendieron aproximadamente al 14 %, mientras que las fluctuaciones cíclicas del volumen de las exportaciones subieron al 20 % (de lo cual resulta que los ingresos en divisas ligados a las exportaciones bajaron aproximadamente en un 1/3).[166] La República popular polaca, al ser afectada sensiblemente por cada baja coyuntural de los precios del carbón en el mercado mundial, conoce perfectamente este problema.[167]

Las *terms of trade* constituyen una importante cuestión en cada época y para cada país de acuerdo con la magnitud de sus intercambios internacionales. Pero el papel de las relaciones de comercio y de los cambios que en ellas se producen con la economía nacional, suele ser muy distinto en la historia económica, según el conjunto de las condiciones socio-económicas.

Son conocidas las lecturas infantiles en las cuales se dice que el mundo entero debe trabajar para que podamos vivir como vivimos: unos países nos suministran el mineral de hierro, otros el algodón, otros el café y el té, otros el petróleo, otros las frutas, mientras nosotros, a cambio... etc. Bella lectura, ya que en ella se muestra un grande y bello proceso: la creciente cooperación de la humanidad, su creciente solidaridad.

Es evidente que este hermoso proceso tiene también su otra cara: la tremenda sensibilidad de la economía de cada país ante las perturbaciones que obstaculizan la cooperación mundial, a veces muy lejanas. La breve aventura de Suez en el año 1956 ha demostrado en las naciones de Europa Occidental cómo la falta del suministro cotidiano de petróleo, amenaza con paralizar la producción industrial y agrícola sin contar los transportes.

Un país se halla tanto más vinculado al mundo cuanto mayor sea su desarrollo económico, y si esta vinculación es más estrecha, más posibilidades ha de tener de elevar la productivi-

dad del trabajo y el nivel de vida, pero también será mayor su sensibilidad frente a las perturbaciones de la cooperación mundial.

Cuanto más se progrese en la dominación de las fuerzas naturales, mayor ha de ser la interdependencia de las diferentes sociedades. Cuanto mayor sea la emancipación del hombre con respecto a la naturaleza, más profunda será la dependencia común de los hombres entre sí.

La solidaridad de la humanidad se halla engendrada en cierto grado por la cooperación económica mundial, siendo a la vez su condición, cuya ruptura sólo deja una alternativa: la barbarie universal.

XV. El método comparativo y la generalización en la historia económica

CARACTER IDEOLÓGICO DE LA CONTROVERSIA ACERCA DEL MÉTODO COMPARATIVO EN LA HISTORIA

La controversia en torno a los métodos comparativos en la ciencia histórica cuenta ya más de dos siglos. Volviendo a surgir con cada generación, en cada una de ellas reviste nuevos colores y nuevos matices, inflamando las pasiones. Sin embargo, sería simplificar demasiado si sólo viésemos en ella una controversia entre innovadores y tradicionalistas —aunque esto también se da. Es esta una polémica entre dos inquietudes científicas: la preocupación por la precisión, la exactitud y la certeza de las afirmaciones de la ciencia, y la carrera creadora hacia los verdaderos descubrimientos. Y no se trata de que en este debate una de las partes tenga siempre la razón y la segunda no, ya que quizás ambas sean necesarias al desarrollo de la ciencia, como lo son el caballo blanco y el caballo negro en *Fedra,* de Platón.

A lo largo de una polémica de dos siglos, pudiera parecer que ya están agotados todos los argumentos. Pero en la ciencia nunca se da la «última palabra», ya que las nuevas experiencias históricas de la humanidad, por una parte, y los progresos de la ciencia por otra, proyectan constantemente una nueva luz sobre los viejos problemas.

En nuestra época, esta discusión tiene una extraordinaria importancia. Actualmente, todos comprenden que el método comparativo, en la más amplia acepción de la palabra, es absolutamente necesario en cada trabajo científico, por muy modesto, micrográfico e idiográfico que sea. Con una ingenuidad asombrosa, sus adversarios, hasta los más encarnizados, no se dan cuenta de que lo han utilizado, que no es posible introducir en la ciencia ningún fenómeno nuevo y comprobado sin compararlo con los fenómenos ya conocidos, que sin esta comparación, sencillamente, no se le puede poner nombre a ningún nuevo y comprobado fenómeno.

Cuando a finales del siglo XIX y comienzos del XX Askenazy inició su labor científica, luchó simultáneamente por dos cuestiones: por la igualdad de derechos, en la ciencia histórica oficial, universitaria, de las investigaciones sobre la historia de Polonia a raíz de su desmembramiento, y por la aplicación de los métodos comparativos.

Dada la atención muy especial que en Askenazy despertaba la historia de la diplomacia, el método comparativo había de permitir, a su juicio, la comprensión de los conceptos y los métodos de acción de la diplomacia europea durante el período investigado. Así, por ejemplo, el desmembramiento de Polonia era en su opinión muy comprensible si se tenía en cuenta la postura de los políticos, los estadistas y los diplomáticos de entonces para con el problema de la integridad del territorio estatal. Desde este punto de vista, los desmembramientos de Polonia dejaban de ser un asunto excepcional e incomparable. Al parecer, a la base de tal comprensión de los procedimientos comparativos se hallaba el convencimiento de que la diplomacia europea del siglo XVIII o del siglo XIX disponía en cierto modo de un concepto y de un método homogéneo y único que utilizaba en su medio (de ahí que se subraye con frecuencia el carácter cosmopolita de los diplomáticos europeos de la Ilustración.

Handelsman, protagonista él también de los métodos comparativos, formuló claramente los límites de su aplicación, que él había señalado con el nombre de esferas civilizadoras.[1] Rutkowski, partidario asimismo de los procedimientos comparativos, los aplicó en amplia escala en sus investigaciones, particularmente en las que realizó sobre los siervos del siglo XVIII.[2] Aquí, el método comparativo se asienta quizás en la informulada pero clara teoría de las esferas civilizadoras. El autor compara a los siervos polacos del siglo XVIII con las relaciones que imperaban en Alemania y Austria, Francia e Inglaterra, Italia e inclusive en España, pero nunca con las relaciones que se daban en Rusia.[3] Así, acaso se base Rutkowski en el informulado principio de esas mismas esferas civilizadoras a las cuales el propio autor alude con afecto.[4] En la historia de las ciencias históricas polacas, no se puede pasar por alto que la disputa en torno a la autoridad de los métodos comparativos revistió a finales del siglo XIX y en el siglo XX —hasta estos últimos años—[5] un peculiar matiz ideológico. No es posible comprenderlo sin tener en cuenta la controversia tradicional entre la postura pesimista y la actitud optimista. El procedimiento comparativo era un arma en manos de los «optimistas» gracias a la cual éstos intentaban demostrar que los tan a menudo criticados aspectos reaccionarios del sistema social y político de la Polonia anterior a los desmembramientos, no se diferencian tanto, en principio, de los fenómenos similares que por entonces se daban en los demás Estados de Europa, que por lo tanto no se les había de imputar la principal culpa por la caída del Estado y por consiguiente, que Polonia «no cayó por culpa suya». Ya es tiempo, sin embargo, de tratar de sustraerse a la presión de una situación anormal para la nación y a su trágico destino histórico, y de considerar estos problemas metodológicos fundamentales con arreglo a unas categorías puramente racionales.

Pero los elementos nacionalistas que tan a menudo tergiversan la ciencia histórica, también llamaron a la vida, y no sólo en Polonia, las tesis no científicas relativas a la aplicación de los métodos comparativos a la historia. Pirenne[6] habló magníficamente de esto después de la Primera Guerra Mundial, al condenar la historiografía nacionalista, cuyo método comparativo hubiese dificultado el mostrar el carácter extraordinario de su pueblo. La posteridad demostró cuánta resonancia tuvo aquella voz predicando en el desierto.

Carlos Marx utilizó valientemente en sus análisis el método comparativo. Sin él hubiesen sido inconcebibles las generalizaciones a las cuales llegó.

Para convencerse de ello baste analizar bajo este punto de vista su razonamiento, por ejemplo en el capítulo XXIV del tomo I de *El Capital* dedicado a la acumulación primitiva. La ejemplificación está tomada principalmente de Inglaterra, pero el fenómeno es considerado en principio en todos aquellos casos en los cuales de hecho se había manifestado hasta entonces —es decir, hasta el momento de escribir la obra—, por lo tanto en España, Portugal, Holanda, Francia e Inglaterra.[7] Los ejemplos de utilización audaz de los métodos comparativos en las obras de los creadores del marxismo pudieran multiplicarse al infinito. Si la teoría fundamental del surgimiento de la sociedad plenamente capitalista e industrial fue elaborada por Marx con los materiales de un solo discurso histórico, o sea, con los materiales de la historia de Inglaterra, hay que ver en ello el resultado de un hecho tan claro como el de que hasta el momento de escribir la obra ese proceso en ningún país del mundo aún no se había desarrollado plenamente. Sin embargo, la postura metodológica del autor se halla expuesta —y nítidamente— en el preámbulo a la primera edición, cuando Marx escribe que: «Un país muy desarrollado industrialmente, muestra menos desarrollado sólo el cuadro de su propio futuro» —dirigido al lector alemán.[8]

En la práctica, el dogmatismo marxista negaba el método comparativo. Naturalmente, no puede hacerse la crítica del dogmatismo marxista con métodos dogmáticos. Al demostrar que la ciencia que se reclama del marxismo no puede negar los elementos fundamentales de este procedimiento marxista, es posible demostrar que los creadores de este método, Marx y Engels, aplicaron extensamente el método comparativo. Sin embargo, no pueden interpretarse sus escritos literalmente. Junto a muchas comparaciones que constituyen un aspecto esencial del procedimiento analítico, hay en ellos muchas comparaciones audaces y a veces brillantes que sólo juegan un papel ornamental, polémico o literario.

Tuvo que darse un singular concurso de trágicas circunstancias históricas para que la ciencia histórica nacida del marxismo

comenzase a demostrar en la práctica su hostilidad programática frente a cualquier método comparativo, para que el postulado marxista de la «concreción de la verdad» comenzase a comprenderse en el sentido del más ingenuo idiografismo y para que todos los intentos de aplicar los métodos comparativos se denominaran «socalismo vulgar»,[9] lo que, evidentemente, se hallaba en contradicción con los fundamentos del método marxista.

Como suele ocurrir casi siempre, también aquí la postura metodológica errónea y perjudicial fue el factor que arrastró una tesis, en principio lógica, a sus más extremadas y absurdas consecuencias. En este caso, la tesis de partida fue la de la dialéctica marxista según la cual unos fenómenos sociales análogos pueden jugar un papel social enteramente distinto, tener un contenido social y una función en el desarrollo social completamente diferente, según pertenezcan a uno u otro elemento del amplio contexto social. Nada más justo. En la segunda mitad del siglo XIX la bolsa del trigo de Londres no era la misma que la bolsa del trigo de Amsterdam en el siglo XVI ni que la bolsa del trigo en la Roma antigua. La inflación en la Antigüedad no es lo mismo que la inflación en Polonia durante el reinado de Juan Casimiro o que la inflación en Alemania después de 1918 o, por último, que la inflación «dirigida» en el sistema keynesiano. Ahora bien, en primer lugar se plantea la pregunta sobre si esos fenómenos no tienen en cambio algún elemento común, el cual, de existir, ha de ser investigado igualmente por la ciencia, aunque, naturalmente, las generalizaciones elaboradas sobre una base tan heterogénea sólo pueden tener un contenido muy limitado. En segundo lugar, lo más importante es que esa afirmación constituye la única apelación de una mala aplicación del método comparativo a otra mejor, pero en ningún caso a su negación.

En nuestra época, la controversia acerca del método comparativo, que ha vuelto a cobrar vida y que incluso es particularmente virulenta, está determinada por una serie de nuevos factores. Como ocurre siempre en la historia de la ciencia, dichos factores son el resultado tanto de los cambios que actualmente acontecen en el mundo como de los progresos de la misma ciencia. La «emancipación» científica de muchos países que hasta ahora fueron el objeto más importante de las investigaciones de la ciencia europea, la penetración en la ciencia de estas naciones de los métodos históricos y del historismo, los progresos de la etnología y los ligados al derrocamiento de la dominación europea en el mundo, las nuevas concepciones del evolucionismo, las tentativas de industrialización de los países llamados atrasados y las conquistas en su marco de la economía y la sociología, he ahí el ámbito en el cual transcurre la actual discusión acerca de los métodos comparativos en las investigaciones sociales en general y en las ciencias históricas en particular.[10]

Nos iremos ocupando sucesivamente de estos problemas.

Los romanos dividieron a la humanidad en «romanos» y «bárbaros». Las gentes pertenecientes a las civilizaciones de Europa Occidental, al conquistar a los mundos de ultramar, crearon el concepto de «indígenas» o de «autóctonos» que constituían, como dice A. Toynbee, algo así como una parte de la flora y la fauna locales. No sé si la palabra polaca *niemec* (alemán) procede de *niemy* (mudo), en todo caso, esta explicación etimológica, aunque sea falsa, es lo bastante antigua como para atestiguar por sí misma su postura social. Son conocidos los chistes sobre los partes meteorológicos ingleses los cuales anuncian, en caso de niebla o de tempestad en el mar, que durante tantas y tantas horas el continente estuvo incomunicado con la Gran Bretaña; personalmente, pude ver cierta vez una guía inglesa de las carreteras francesas destinada a los automovilistas en cuya primera página resaltaba en letras de molde el aviso: «Atención: recuerden que en el continente no se circula como es debido, sino por la derecha.» Es fácil reírse con tales ejemplos, es cómodo condenar las ideas que ellos encubren. Mucho más difícil es combatir contra uno mismo de un modo análogo.

A lo largo de milenios la humanidad ha vivido con el convencimiento de que en algún lugar ha existido un embrión cualquiera del género humano que dio lugar a un determinado desarrollo de la civilización. Por ese camino, unos pueblos llegaron lejos, construyeron grandes ciudades, soberbios templos, una potencia material, obras maestras del arte; sin embargo, otros no avanzaron mucho o se estancaron, haciéndose por tanto acreedores a la condenación. ¿Concepto ingenuo? Claro que sí, pero sin embargo era lo que nos enseñaba en nuestros tiempos universitarios Tadeusz Zielinski, quien se consideraba a sí mismo y era considerado (y no sin razón) como un gran humanista, y cuya narración sobre los dos ángeles Oriencio y Occidencio, que servían para ilustrar la teoría acerca del soñoliento y estático Oriente, puede leerse en sus famosas conferencias *El mundo antiguo y nosotros*.

La manera de tratar globalmente a todos los «otros» y las apreciaciones peyorativas que de estos «otrismos» se hacían duró milenios. Este método cumplió una eminente función social: integrando la sociedad, diferenciándola, con este diferenciar y contraponer pudimos llegar a conocer algo. La novela de Thomas Mann sobre Moisés, a través de todo su proceso de anhistórico intelectualismo, expresa perfecta y claramente su esencia. Así, no es extraño que la subestimación de ese modo de pensar acarree consigo no pocos peligros. Al expulsar a Carnéades por enseñar las costumbres de los demás pueblos, el Senado romano dio una prueba de su profunda sabiduría sociológica.

Sería interesante conocer cuán lentamente la historia se abre camino hacia el convencimiento de la igualdad de derechos de las diferentes culturas. Montaigne ya no es desterrado por proclamar la tesis según la cual «los bárbaros no nos son en ninguna manera singulares ni tampoco nosotros para ellos».[10a] Pero sería erróneo ver en ello un gradual progreso. Tácito, en cuya *Germanía* puede leerse esa misma postura, aunque no tan claramente formulada, no pagó por su actitud ni con su cabeza ni con el destierro, pero la historia más moderna de la humanidad nos ofrece hasta demasiados ejemplos de cómo por haberse proclamado esa igualdad de derechos de las diferentes civilizaciones, ya no hay por qué asombrarse ni espantarse de la suerte corrida por Carnéades.

En lugar de un progreso gradual, ¿acaso no sería preferible ver en ello dos posturas sociales, dos situaciones sociales en las cuales —una vez una, una vez otra— tienen socialmente una importante función que cumplir: ya sea la integración interna y su diferenciación del mundo que la rodea, ora la coexistencia, bien el fortalecimiento del sentimiento de su existencia, o el fortalecimiento del sentimiento de seguridad en la coexistencia?

«La historia justifica todo cuanto se desea. Ella no enseña nada con exactitud por encerrarlo todo en sí y ofrecernos ejemplo para todo» —escribía Paul Valéry.

Y si es así realmente. Y hasta tal extremo que, de hecho, en el transcurso del último siglo y medio, quizá se utilizara más la tendencia a la diferenciación que la tendencia a la coexistencia, lo que no tenía nada de extraño. El proceso de formación de los nuevos pueblos y el proceso de la toma de conciencia de su diferenciación por parte de las nuevas clases sociales creó ante todo la necesidad de esa función de la ciencia histórica.

Es tiempo de pararse a pensar en cómo se presenta la situación actual en un mundo en el que aún distan mucho de haberse terminado aquellos procesos de diferenciación, en el que aún continúa —y eso ocurre en países de varios centenares de millones de habitantes— el proceso de formación de los nuevos pueblos y en el que, al mismo tiempo, la coexistencia se ha convertido en la condición de su existencia.

El asunto está ligado al problema fundamental del desarrollo unilateral o multilateral de la civilización, y la postura que ante él se mantenga ha de condicionar hasta en sus detalles la elección de los métodos de investigación.

La polémica nos llega de lejos y nos es muy conocida. Cuando Smith escribió que para el desarrollo económico de un país «poco o mucho lo que necesita... es la paz, bajos impuestos, una administración y una justicia regulares, y que todo lo demás irá siguiendo el curso natural de las cosas»,[10b] dio una prueba de su actitud unilateral. De la misma manera Marx, en su preámbulo a la primera edición de *El Capital,* al aclarar por qué

centra su atención en Inglaterra escribe, que «un país muy desarrollado industrialmente, muestra menos desarrollado sólo el cuadro de su propio futuro».

El punto de vista multilateral ha sido desarrollado por Spengler y últimamente por Toynbee. Lo más importante, sin embargo, es que ha adquirido una considerable influencia sobre la moderna etnología, lo cual es comprensible. La sabiduría de Montaigne en el siglo XVI siguió siéndoles ajena a los observadores europeos de las sociedades primitivas. La ciencia progresista más destacada tenía que rebelarse contra ello. En la escuela de Durkheim, antes de la palabra «salvaje», había que anteponer obligatoriamente «los así llamados» (esto lo aplicó hasta el propio Czarnowski). Malinowski afirmó que conocía solamente una prueba de la superioridad de la civilización occidental sobre «las así llamadas salvajes», y que eran los cañones. Actualmente, en una formulación mucho más aguda del pensamiento de Montaigne, Levi-Strauss escribe: «El bárbaro es, sobre todo, aquel que cree en la existencia de la barbarie.»[11]

Así vemos cómo en la historia de las ciencias sociales se produce un viraje fundamental: renacen las viejas divisiones entre «romanos» y «bárbaros», y entre «nosotros» y los «otros» con la diferencia de que, así como antes la primera de estas definiciones tenía un sentido positivo y la segunda negativo, hoy día en ambas destaca el signo positivo o cuando menos en las dos suele faltar un signo de valoración, hasta el extremo de que, suponiendo que el concepto de «bárbaros» se metiera dentro de un saco con todos sus más variados matices, estos matices se distinguirían hoy así: igualdad de derechos de lo heterogéneo. Simplificando en extremo, pudiera decirse que así como antiguamente esa postura tenía un carácter «nacionalista» (aunque no siempre el pueblo fuese su objeto, y que aun siéndolo, no por eso se permitió respecto a esos fenómenos mantener el matiz peyorativo que acostumbramos darle a la palabra «nacionalismo») actualmente, al menos aparentemente, cobra un carácter radicalmente internacionalista.

Lévi-Strauss, y no es el único en opinar así, considera que cada cultura posee una jerarquía de valores diferente, que perfecciona distintamente los valores, que en ella se conforman de otra manera las proporciones, las «opciones» y que resiste con fuerza a la adopción de cualquier escala de valores (por ejemplo, la nuestra misma) y la valoración de sus realizaciones según esta misma escala. «¿Países atrasados?» Posiblemente que los consideremos como tales por cuanto nosotros mismos estamos atrasados en relación con los que se hallan a la cabeza, por lo cual no somos capaces de comprender en general sus realizaciones.

Es difícil negar el carácter hermoso, internacionalista, profundamente humano de esta postura.

Al mismo tiempo, nos asombra una paradoja: en el momento preciso en que el mundo se ha convertido en un escenario inaudito, en orden a la escala y el ritmo del proceso de la unificación de las civilizaciones, que se produce el acero con los mismos y más modernos métodos desde Anshan hasta Pittsburgo, que los mismos *juke-box* tocan las mismas melodías en los locales públicos desde Magdeburgo hasta Tokio, que en el mismo día en todos los países del mundo se leen las mismas noticias sobre la visita de Jruschov a los Estados Unidos o sobre el «Lunnik» o la catástrofe de Fréjus —y todo eso se lee en todos los países con unos sentimientos muy parecidos—, que sea precisamente en ese momento, frente a esta uniformidad, cuando la teoría sobre el desarrollo «multilateral» de las culturas revista una elaboración científica tan profunda y goce de la más extensa resonancia en la opinión social de los países ricos de Occidente.[12] Como si la vieja e inquebrantable fe en el «hombre blanco», en «sus derechos» y su superioridad hubiese cedido ante un complejo de inferioridad y ello en el preciso momento en que, nos agrade o no, querámoslo o no, sabemos bien que el tremendo descenso de la dominación europea sobre el resto del mundo lleva emparejada la adopción por éste de los despojos de un modelo de civilización creado por esa misma Europa.

Y aquí se encierra la segunda paradoja: la teoría de la «pluralidad de tendencias» tiene una resonancia mucho más fuerte en los países adelantados que en los llamados países atrasados.

Las conferencias científicas internacionales están plagadas de disputas a este respecto. En 1953, durante la conferencia de la Asociación Internacional de Ciencias Económicas de Santa Margherita, Corrado Gini demostró la imposibilidad de efectuar una comparación sobre la magnitud de las rentas nacionales entre los países del Oeste y del Este debido a la diferencia fundamental existente en los criterios y apreciaciones económicos, a lo cual se le opuso el profesor demócrata liberal de Bombay, C. N. Vakil. Se podrían multiplicar los ejemplos. Naturalmente, Lévi-Strauss[13] está en lo cierto cuando afirma que la adopción del modelo de civilización oeste-europeo no se hizo de buen grado, ya que estuvo precedido por la destrucción, por parte de Occidente, de la integridad y cohesión de las civilizaciones extranjeras, a las cuales no se dio la libertad de escoger.

Asimismo es verdad, que no siempre y no en todas partes las civilizaciones humanas tuvieron, como nosotros la tenemos en el presente, una jerarquía de los valores sociales. Pero también es cierto, no obstante, que tal y como actualmente están las cosas, casi toda la humanidad sabe que la probabilidad de existencia de un recién nacido ya no debe calcularse necesariamente en los veinticinco años, y puesto que sabe que puede ser de otra manera, no hace hincapié en lo que es un hecho.

Aquí conviene hacer dos comprobaciones marginales.

Si la idea de que la cultura humana es capaz de alargar la vida humana, de hacerla más segura y feliz ha sido adoptada igualmente por las sociedades de los países llamados atrasados, ¿es o no es un indicio de que esa tan a menudo subrayada diferencia de postura en cuanto al valor de la existencia humana o de los bienes técnico-materiales es la base tanto de la diversidad de las civilizaciones como de sus consecuencias? ¿Que la longevidad humana es apreciada de hecho por quienes con una tranquilidad fatalista aceptaban la muerte de las tres cuartas partes de los recién nacidos?

Y esta segunda comprobación. ¡Con qué pasmosa facilidad se alargan siniestras manos sobre las intenciones más hermosas de las concepciones científicas! La economía nos brinda ejemplos ilustrativos. En general, ésta es una ciencia instructiva ya que con mucha frecuencia es muy corto el camino que separa sus tesis abstractas de la realidad de los dólares. Siguiendo con las más bellas tradiciones humanísticas, Lévi-Strauss defiende la tesis sobre la peculiaridad y la identidad de valores de los diferentes sistemas culturales. Partiendo de esa misma postura, Gini demuestra la imposibilidad de establecer una comparación entre la magnitud de las rentas nacionales. Y en ese mismo momento hay quien se apresura en extraer de ello conclusiones prácticas: no es cierto que el promedio de la renta social *per capita* sea en la India veinte veces inferior que en los EE UU, ya que en la India, en la composición de las condiciones de existencia entran muchos factores «intraducibles» en la moneda norteamericana, que el hindú no está en tan mala situación como se desprende de las estadísticas y que, en una palabra, no tienen ningún valor los argumentos humanitarios referentes a la asignación de dólares en ayuda a la India. «Sería indignante —escribe acertadamente Frédéric Benham— que el mejoramiento del nivel de vida en los países atrasados se viera comprometido por el hecho de que ciertos especuladores europeos consideran que no sería provechoso para dichas naciones.»[13a]

El hombre blanco no tuvo escrúpulos cuando comenzó a llevar abalorios y aguardiente a las civilizaciones que le eran ajenas y después percal y fusiles. Pero de pronto, hoy empieza a sentir escrúpulos. Actualmente, cuando precisamente su poderío sobre el mundo se viene abajo, ahora, cuando ya sabe que desde muchos puntos de vista no es ni mucho menos el «mejor», es cuando busca remediar ese sentimiento al menos en la representación de su disimilitud, de una imagen tanto más agradable y dulce por cuanto a la vez defiende su dinero.

Es un hecho la adopción de numerosos elementos y de sistemas enteros creados por la civilización oeste-europea por parte de las sociedades llamadas atrasadas, las cuales tienen hoy tantas pretensiones, no por el hecho de occidentalizarse, sino porque

no se les ayuda a una más rápida occidentalización. A ellas nada les importa defender la originalidad de otras culturas frente a las suyas.

Así, por una parte tenemos un evolucionismo unilateral, por otra parte una adopción ingenua que mide a todas las sociedades y culturas conocidas con su rasero, pero que nos brinda sin embargo un problema esencial: el hecho de que, mirándolo desde la perspectiva del año 1962, el desarrollo cultural de la humanidad conduce hacia una enorme uniformidad. Y si aceptamos el hecho de que esta uniformidad constituye el problema fundamental del mundo actual, es ley que la ciencia considere el desarrollo de la cultura humana desde el punto de vista de lo que condujo a esa uniformidad. Aunque no fuera más que un solo aspecto de la realidad histórica, ese aspecto se ha vuelto en el mundo actual lo suficientemente importante como para dictar el sentido de la investigación. Si eterna es la constancia y la juventud de la ciencia histórica, si, en contra de todas las mezquindades, ha de seguir volviendo a mirar el pasado, es porque cada generación de historiadores le plantea al pasado las preguntas que atormentan a su época. Si el problema fundamental de nuestros tiempos es la unificación del mundo en el marco de la civilización industrial, acaso la tarea de las ciencias históricas de nuestra época sea la de mirar el pretérito desde el punto de vista de cuáles son las motivaciones de esa unificación.

Por otra parte, tenemos la teoría sobre la pluralidad de tendencias, tan atrayente por su encanto científico y que a la vez nos conduce indefectiblemente a la abdicación científica, ya que ¿cómo vamos a poder investigar las civilizaciones ajenas a nosotros, puesto que posiblemente no seamos capaces de comprenderlas, ya que en determinados aspectos puede que nuestro rasero sea demasiado «corto» para medir sus realizaciones? He aquí una teoría que en la intención de sus autores se cubre del más noble internacionalismo, pero de la que sin embargo se han apoderado las fuerzas más ferozmente antiinternacionalistas.

El historiador siente desgarrado el corazón ante tales discusiones. Nada le hace rebelarse tanto como las extremadas formulaciones de cualquiera de esas tesis. Puede discutir incansablemente con los ingenuos evolucionistas que se imaginan que Mieszko I realizó una política concebida según los mismos criterios que Pilsudzki, que Karol Radziwill tomó decisiones de carácter inversionista apoyándose en los mismos criterios que Rockefeller, que la doctrina de Giordano Bruno le habría hecho actuar según el ejemplo de los miembros de la Unión de Librepensadores, que Kostka Napierski o Shel lucharon por la Polonia popular. Y nadie «construye» un adversario para reírse más fácilmente de él. Es verdad que ningún científico formuló tales tesis metodológicas, pero siguiendo por ese camino pudiéramos encontrar infinidad de conceptos semejantes en las ciencias his-

tóricas de todos los países y de todas las épocas, lo cual no puede sino indignar a un verdadero historiador.

Pero al mismo tiempo, la cualificación profesional del historiador no le permite aceptar la teoría sobre la pluralidad de tendencias en sus extremadas formulaciones ni las tesis que de ellas se derivan acerca de la «impenetrabilidad», lo «intraducible» de los valores culturales. Aceptar tal teoría acabaría con la razón de ser de la historia, pero ¿no puede ser que esto sea para el historiador un reflejo de autodefensa? Sin embargo, no es sólo eso. Cuando en un tomo de relatos egipcios, recientemente publicado en nuestro país, nos encontramos en varias ocasiones con elementos de nostalgia de la patria, ninguna hipótesis sobre la pluralidad de tendencias nos autoriza a dejar de creer que en cierto grado comprendemos los sentimientos de esas gentes aunque nos separen de ellas cuatro mil años. ¿Es solamente una ilusión? Nos quedaría una sombra de temor en lo más recóndito del alma si en el mundo actual no encontrásemos la confirmación de nuestro optimismo. Si en torno nuestro, y a pesar también de las enormes diferencias de civilización, no nos hallásemos continuamente con ejemplos análogos al que se citó en la conferencia de Santa Margherita: «Es hermoso que valoréis las peculiaridades de nuestra civilización. Es verdad que en ella se estiman mucho los valores contemplativos y menos los bienes materiales y la labor económica. Sólo que, como veis, sin embargo, también nosotros quisiéramos comer más, vestir mejor, alojarnos más confortable y sanamente, tener modernos medicamentos en caso de enfermedad, es decir, vivir mejor y más tiempo.»

Los rasgos profesionales del historiador han de inclinarle a la lucha contra la anhistórica reducción de todas las civilizaciones pretéritas y presentes a una sola norma accidental, es decir, a la nuestra, pero también han de hacerle volverse asimismo contra las formulaciones extremistas de la teoría sobre la pluralidad de tendencias y el carácter «intraducible» de los valores culturales. La tarea práctica del historiador, los resultados que obtiene, la comprobación de esos resultados, aunque no fuera más que a la luz constante de las nuevas fuentes descubiertas, todo ello hace que tenga que rebelarse contra esos dos extremismos.

«Si cada civilización realiza su objetivo concreto de acuerdo con su sistema de objetivos fundamentales, profundamente diferentes y a veces inconciliables con los demás, ¿cómo puede una civilización determinada esperar beneficiarse del modo de vida de otra sin entrar en contradicción con sí misma, sin dejar de ser lo que es? Las tentativas de compromiso han de llevar a uno de estos resultados: o bien a la desorganización y la destrucción de la estructura de uno de los grupos, o bien a una síntesis original de la cual resulta una tercera estructura que es inaplica-

ble para las dos primeras»,[14] escribe el eminente economista francés François Perroux. Y en ese mismo sentido se expresa Merlau-Ponty en *Les aventures de la dialectique.*

Aquí, surge precisamente la pregunta: ¿el camino hacia la coexistencia sólo conduce a negarse a sí misma a ésta? ¿Acaso el mundo se halla frente al dilema de que las civilizaciones existentes hayan de rechazarse a sí mismas o unirse todas en una catástrofe común?

Un verdadero historiador, un historiador que razone históricamente, un historiador dialéctico no puede aceptar tales alternativas. Sin embargo, la teoría sobre la pluralidad de tendencias tal y como Perroux la da a entender encierra en sus fundamentos, a pesar de todo su aparente historicismo, un modo anhistórico, estático de considerar cada civilización como algo en sí mismo que, o bien no se desarrolla en general o bien se desarrolla, por así decirlo, inmanentemente. ¡Pero un mundo semejante jamás existió! Lo cual debe comprenderlo cada historiador, al menos él lo ha de comprender.

No hay ninguna civilización que se desarrolle aisladamente. En la época decadente de los *shogun,** el Japón hizo desesperadas tentativas para aislarse del mundo que lo rodeaba, mas su existencia misma al obligar a determinados círculos a buscar el aislamiento, hizo que el desarrollo de la civilización japonesa en aquella época tomase una dirección determinada. Es cierto que la introducción de elementos extraídos de una civilización diferente en una civilización determinada destruye su estructura de ese momento. Existe sin embargo una enorme diferencia entre la introducción por los ingleses del percal y del telar en la India a mediados del siglo XIX y los esfuerzos actuales de la India con miras a su industrialización: la misma que entre la agresión y la cooperación cultural. La historia de la historiografía está llena de ejemplos sobre una interpretación extremista de las influencias culturales. Al interpretar la Ilustración polaca, hubo quienes consideraron que habían explicado el fenómeno por mediación de las aportaciones francesas; otros, apasionados nacionalistas, llegaron a la teoría de la «originalidad» cultural. Sin embargo, la hipótesis de la «originalidad» es falsa, y ridículo y nocivo el «orgullo nacional» que de ella se deriva; en cambio, la teoría sobre las «influencias» es ingenua y contraria a los conocimientos generales sobre la cultura. El «empréstito cultural» no es nunca un acto pasivo, es siempre una creación cultural. Acaso sea el resultado de la agresión.

La lucha por la coexistencia cultural no significa que en lugar de investigar acerca de lo que nos divide debamos empezar por investigar lo que nos une, que en vez de percatarnos de nuestra

* En el Japón, de 1190 a 1887, lugarteniente del emperador, dueño efectivo del poder. (*N. del T.*)

singularidad y nuestra personalidad, debamos aspirar a explicarnos la «especie» de nuestra pertenencia, que en lugar de fortalecernos en el sentimiento de nuestra existencia busquemos una impresión de seguridad en el sentimiento de la coexistencia. La coexistencia cultural está condicionada por la disparidad. En el caso contrario tendríamos no ya una coexistencia de lo heterogéneo, sino una existencia de lo homogéneo. Es preciso llegar a la época de la coexistencia guardando su individualidad en tanto que condición de la misma. O bien la individualidad y la coexistencia, o ni la una ni la otra.

Tal es la alternativa. Pero todo depende en última instancia de cómo comprendamos esa individualidad civilizadora: si como magnitud imposible de someter a un denominador común con las demás individualidades, o como una especie de fenómeno de extensa categoría cual es la cultura humana.

¿Han de cambiar en el curso de dicha coexistencia, de transformarse en «algo nuevo», las civilizaciones llamadas a coexistir? Indudablemente que sí. Ahora bien, siempre se transforman en algo diferente de un modo continuo: y ello tanto a causa del aislamiento como de la cooperación, de la guerra fría como de la coexistencia. Solamente los reaccionarios más radicales quisieran mantener inmutable la individualidad, y su postura, aunque le pareciese bien a alguien, no peca en absoluto de realismo. Las civilizaciones están destinadas a cambiar.

La propia comprensión creadora de los valores de otras civilizaciones enriquece y transforma por lo tanto la nuestra. Si es independiente y creadora, no ha de acarrear la pérdida de la individualidad por cuanto seguirá siendo individual.

El historiador es el traductor que, en la medida de sus fuerzas y sus posibilidades, traduce a nuestro idioma los valores de otras civilizaciones. Continuamente le acompañan tanto la conciencia de la individualidad de los valores traducidos, como el convencimiento de la posibilidad fundamental de realizar la traducción.

El historiador da a conocer a la sociedad su individualidad y al mismo tiempo hace comprensible esa individualidad para los representantes de las diferentes sociedades. Dada su formación profesional, éste ha de protestar a la vez contra las tentativas de medir a todas las sociedades con el mismo rasero y contra la desesperanza existencialista de la soledad individualista. La historia se ha visto a menudo prostituida a los fines nacionalistas y agresivos, pero sin embargo ella ha de ser una escuela de la coexistencia de las libres individualidades civilizadoras, las cuales se desarrollan en la convivencia y la cooperación, influyendo unas sobre otras sin menoscabo de su individualidad, sino al contrario, desarrollándola, enriqueciéndola cada vez más.

No hace mucho tiempo que se publicó un artículo de Fernand

Brudel, *Histoire et sciences sociales: la longue durée*,[15] el cual, además de incitar a la reflexión, quizá sea la expresión de alguna necesidad, de alguna nostalgia sentida por la moderna ciencia humanística.

La violenta aceleración del ritmo de los cambios de la cual nuestra generación es el testigo, había de suscitar en las ciencias un interés en orden a los problemas de la mutabilidad y del desarrollo. Y verdaderamente, muchas de las ciencias humanísticas aún se suelen encerrar en el estrecho «provincialismo cronológico» de un corto período, comúnmente denominado «contemporaneidad», aunque para muchas de ellas y en primer lugar para la economía,[16] la problemática del desarrollo adquiere sus cartas de nobleza, empezando incluso a destacarse en un primer plano. Al parecer, por su misma naturaleza, la historia está llamada a aceptar esa problemática. Pero la *histoire historizante*, la *histoire evenementielle*, la historia micrográfica, al encerrarse en angostos espacios de tiempo, aunque sean pretéritos, pecó asimismo de un «provincionalismo cronológico». Si es verdad —y quizá lo sea— lo que afirma Pirenne, es decir, que *«l'historien n'est pas autre chose qu'un homme qui se rend compte que les choses changent —la plupart des gens ne s'en aperçoivent pas— et qui cherche pourquoi elles changent»*.[17] ¿Cuántos historiadores habrá que no merecen este nombre?

Y aquí precisamente se plantea el problema de saber si las investigaciones a largo alcance han de ser investigaciones sobre lo duradero o sobre lo que cambia, sobre la mutación en sí. Pero, este problema se halla falsamente planteado. En la historia, la mutación es duración, y durar es cambiar. Las investigaciones a corto plazo son pobres no solamente porque no aprehenden esta duración sino también por no ser capaces de aprehender las mutaciones.

Diferenciar de entre la inconmensurabilidad de los materiales históricos lo duradero de lo mutable, percibir dentro de la realidad misma los rasgos variables y permanentes, es un viejo sueño de los historiadores. El desafío de Braudel acaso pudiera entenderse como el sueño de Roscher (dentro de la formulación de Max Weber): *«Befreiung von Menschenvergötterung und Mendschenhass durch Erkentniss des Dauerhafter in der Flucht des Ephemeren.»*[18]

Pero, ¿cómo se debe proceder?

«Il y a crise générale des sciences de l'homme» —escribe Braudel. Ciertamente. Existe y ha existido siempre esa crisis. Existía en tiempos de Bodin y de Montaigne, de Voltaire y de Mably, existió durante el gran *Methodenstreit* en torno a Lamprecht, existía cuando, en el año 1900, H. Beer fundó la «Revue de Synthèse Historique», y en los tiempos en que M. Bloch y L. Febvre fundaron «Annales» en 1929, existiendo aún en la actualidad. Eso es bueno, ya que pudiera decirse de la historia exactamente

lo mismo que Raymond Aron dice de la sociología: que ella *«paraît être caractérisée par una perpetuelle recherche d'elle-même»*.[19]

Lo único que se podría temer es que llegase un momento en que no existiera tal crisis.

¿En qué consiste esa crisis en la etapa en la cual vivimos? Por una parte, y eso lo advierte personalmente cada investigador, se hallan realmente *«accablées sous leurs propres progrès»*. Es surrealista el alud de publicaciones científicas. Cada año nos trae una nueva oleada de trabajos sobre cada tema. El proceso de democratización de la investigación científica hace ingresar en ella a millares de modestos investigadores, provoca una infinidad de trabajos factográficos que acaso pudieran ser útiles si alguien estuviese en condiciones de aprovecharlos. ¡Qué ridículas aparecen con la perspectiva del tiempo las indicaciones que recibíamos durante los años de nuestros estudios universitarios, según las cuales había que agotar toda la literatura referente al tema dado en cada trabajo científico!

Sin embargo, lo más importante es que el origen de la presente época en la crisis de la ciencia humanística se halla en la falta de una representación de nuestro mundo de hoy y del de mañana, de los problemas más importantes que nos atormentan.

Si tales problemas existen, ¿dónde buscar su esclarecimiento si no en la historia? Pues el hombre no sabe de sí mismo más que lo que percibe contemplándose en su espejo. La historia es también el conocimiento de sí mismo.

La falta de un conocimiento de los problemas de nuestro tiempo dificulta el descubrimiento del hilo de Ariadna que nos ayudaría a salir del laberinto, que nos facilitaría organizar prácticamente los materiales que la ciencia sigue acumulando y a orientar la recogida de los nuevos.

Frente a tan magnos problemas hay que armarse de valor. Es necesario atreverse, por tanto, a formular las tesis que en nuestro mundo, en un planeta que se ha estrechado de un modo tan extraordinario a nuestros ojos, en un mundo envuelto por esa infinidad de hilos de las mutuas vinculaciones y dependencias, en tal sitio, el problema de la unidad y de la heterogeneidad de las sociedades humanas es el problema más vivo.[20] Podría decirse que el globo terráqueo se halla ante dos peligros: por una parte, la amenaza de la extinción de la heterogeneidad humana, la unificación estandardizada motivada por la unificación de los tipos de las fuerzas productivas (y la extinción de la heterogeneidad humana significa la muerte de la cultura); por otra parte, se ve amenazado de que el conocimiento de la insuperabilidad de las diferencias se convierta en una lucha a vida o muerte entre las mismas. Y en nuestro planeta, tan tremendamente reducido, esa lucha sería tanto como el fin no sólo de la cultura sino acaso incluso de la vida.

Tenemos así: dialéctica de la mutabilidad y la duración, unidad y heterogeneidad.

Frente a las potestades consagradas de este mundo, el Trono y el Altar primero, la entumecedora estratificación social basada en la posesión de los medios de producción después, las ciencias humanísticas crearon unas formas historicistas de investigación de los problemas humanos. No fuimos nosotros, los historiadores, los que aportamos la mayor contribución, sino que la parte más considerable la asumieron quizá los sociólogos y los etnólogos, pero la aportación a esa obra de nuestra corporación en la persona de sus más destacados representantes también fue importante.

La visión historicista respecto a los problemas humanos es una visión humana. Otorga una igualdad de derechos a los pueblos y a las culturas, «legaliza» la lucha científica sobre la mutabilidad, y, por consiguiente, la lucha por el progreso. Personalmente, no nos sentimos convencidos en lo más mínimo por los argumentos de los rabiosos antihistoricistas del tipo de Popper.

Pero el artículo de F. Braudel es un toque de atención: ni siquiera los métodos más justos han de llevarnos hasta los más absurdos extremismos. Aquí, el historiador no puede llegar hasta la teoría de la «impermeabilidad» y la «impenetrabilidad» de la cultura. De lo contrario, amenaza con la muerte de la humanidad, y aunque quizá sea este un argumento no científico tiene peso y cierta fuerza convincente.

LA ECONOMÍA FRENTE A LA MULTIPLICIDAD DE CIVILIZACIONES

En este contexto quisiéramos detenernos un momento sobre los problemas de largo alcance, comparativos en el tiempo y en el espacio de las investigaciones acerca del desarrollo económico tan ampliamente aplicadas actualmente en la ciencia mundial. Este desarrollo se halla definido promiscuamente por tres términos: *progress, development, growth.* Colin Clark titula valientemente su obra: *Conditions of Economic Progress.*[21]

Unos, como curándose en salud, hablan de *development.*[22] Otros eligen el término *growth,*[23] el menos irritante frente a las tradiciones positivistas —aunque me parezca vislumbrar en él sus vínculos biológicos. De hecho, en el marco de las cuestiones tratadas no hay ninguna diferencia.[24] Un hecho es seguro sin embargo: dicha problemática constituye una plataforma sobre la cual se confrontan los intereses de los economistas y de los historiadores, ya que es imprescindible la aplicación de los métodos en ambas ciencias y necesaria la cooperación del historiador y del economista, particularmente en atención a que cada uno de

ellos es susceptible de aportar en dicha cooperación una formación científica y unos rasgos profesionales distintos.

A fin de examinar estos problemas, hablaremos sucesivamente de los cambios que acontecieron en las ciencias económicas en los últimos veinte años, de las posibilidades y las limitaciones de los métodos comparativos en el tiempo y en espacio, así como también de sus implicaciones respecto a la esfera de las teorías sobre la cultura. Pienso que Fernand Braudel no aprecia los cambios que desde 1945 se han producido en las ciencias económicas, cuando se refiere a los *«économistes prisonniers de l'actualité la plus courte... coincés par cette restriction temporaire»*.[25] Esta fue una profunda verdad a lo largo de varias generaciones. Inmediatamente después de Ricardo, el pensamiento económico comenzó a oscilar entre dos extremos: el abstraccionismo anhistórico y el historicismo ateórico. Por una parte, un examen al margen del lugar y del tiempo, operando de hecho con el *homo oeconomicus* supratemporal, incluso cuando esta abstracción se desechaba formalmente. Por otra parte, una descripción fetichista dejando la generalización para dentro de mil años.[26] Pero últimamente, en las ciencias económicas acontecieron importantes cambios. Aunque sigan predominando cuantitativamente los trabajos descriptivo-micrográficos en la producción de los economistas, quizá no sea a nosotros, los historiadores, a quienes pertenezca tirarles la primera piedra.

Los cambios a los cuales nos referimos se produjeron bajo el influjo de tres factores principales, aunque no únicamente de ellos:

a) cambios que se producen en la economía capitalista;
b) desarrollo de la economía socialista;
c) «descubrimiento» de la economía de los países atrasados.

Los cambios que se han venido produciendo en el seno del capitalismo ya en los años de la preguerra provocaron la aparición de algunas tentativas por hacer efectivo el esquema tradicional. Nos referimos aquí sobre todo a la teoría del mercado imperfecto, la aparición de la cual constituye uno de los ejemplos más interesantes, y a un tiempo independientes, del descubrimiento conseguido con ayuda de métodos diferentes por dos científicos en respuesta a una necesidad vital imperiosa. Naturalmente, se trata del trabajo de Joan Robinson y Edward H. Chamberlin.[27] Esta teoría, como ya lo hemos dicho, fue la actualización del esquema tradicional independientemente del grado de abstracción en la comprensión de sus autores.[28]

Mientras fuese posible discutir en qué grado el esquema esbozado sobre la competencia reflejaría la realidad perfecta del capitalismo en el período de la libre competencia, aparece claramente lo inaplicable del mismo en relación con los años treinta. En esto consiste precisamente la realidad de la teoría sobre la competencia monopolista, o sea imperfecta. Creemos que para

los historiadores ésta es una cuestión importante y subestimada por ellos. Una economía que se acerque extremadamente al modelo competitivo perfecto es un fenómeno que se observa muy raramente en la historia. De ahí que la teoría basada en dicho modelo pudiera ser aprovechada únicamente por aquellos historiadores que investigaron la economía del capitalismo de la libre competencia. De ser aplicada —y lo ha sido— a otras realidades económicas, sólo podría conducir a un malentendido.

Entretanto, el modelo de rivalización imperfecta refleja una realidad que existe con la mayor frecuencia a escala del tiempo y del espacio. Por lo cual los conocimientos basados sobre el citado modelo han de ser aprovechados por la inmensa mayoría de los historiadores.[29]

Pero las cosas no acaban ahí. La realidad económica del mundo capitalista en la época de las grandes crisis, de la guerra y de la posguerra ha puesto al orden del día el problema de la intervención de los Gobiernos en la vida económica en una escala jamás vista. La intervención gubernamental acarreó en el aspecto teórico tres cambios fundamentales:

a) la igualdad de derechos para la macroeconomía;

b) una presión en el sentido de las investigaciones empíricas (hasta cierto punto históricas), y,

c) las investigaciones a largo plago.[30]

Como el *summum* de las teorías a corto plazo y microeconómicas puede considerarse el manual de Marshall.[31] La igualdad de derechos (¡al menos!) para la macroeconomía, la consiguió Keynes con su obra.[32] La presión en el sentido del empirismo culminó en su transformación en la econometría. Las investigaciones a largo alcance, alejadas aún por supuesto de las generalizaciones teóricas, se han convertido en una disciplina reconocida de las investigaciones económicas.[33]

Los teoremas basados en la comprensión microeconómica fueron asimismo poco útiles a los historiadores. Teóricamente, pudieran haber sido útiles en determinados casos (por ejemplo, en las investigaciones sobre la historia de las empresas) pero en la práctica también ellos fracasaron por hallarse fundamentados en la simplificación irrealista y por no poderlos aplicar los historiadores que investigan la sociedad, al comportamiento sicológico del hombre.[34]

De ahí la trascendencia que para nosotros, los historiadores, tiene el desarrollo de la teoría macroeconómica. Una verdad desde hace mucho tiempo incontrovertible para la sociología —la de que los fenómenos sociales no son una simple suma de fenómenos individuales— se abrió al fin el camino (no sin tropezar con resistencia)[35] hacia las teorías económicas,[36] lo que creemos no lo aprecian debidamente los historiadores.

El empirismo en la economía contemporánea, y especialmente su transformación en econometría, no deja de tener importancia

para el historiador, quien no supo bien qué hacer con los análisis de los abstraccionistas; en cambio, la econometría le muestra cómo elaborar los materiales empíricos. Y aunque es verdad que muchos métodos econométricos requieren una gran riqueza de materiales sobre las fuentes y lo que es más importante aún, que estos materiales se adapten especialmente a sus necesidades, es preciso recordar, no obstante:

a) que cada año que va pasando incrementa un período histórico relativamente bien provisto de una documentación cuantitativa;

b) que la econometría sabe extraer, de una relativa indigencia de materiales, conclusiones iguales o al menos parecidas a las que un historiador normal[37] pudiera extraer con su preparación.

Por último, acaso el mayor viraje en la moderna ciencia económica haya sido el reconocimiento por ella de la teoría del desarrollo y del crecimiento. Pero para ocuparse de estos asuntos, hemos de plantear previamente el problema de los modelos.

Anteriormente recordábamos que consideramos como la causa principal de los cambios acontecidos en las ciencias económicas los cambios en la economía capitalista, el desarrollo económico socialista y el «descubrimiento» por la ciencia europea de la economía de los países atrasados.

Cuando Keynes publicó su *Magnum opus*, no lo llamó casualmente *General theory*, ya que consideraba que se trataba realmente de una teoría general —y era mucho más general que las teorías con las cuales se enfrentara. Antes que los investigadores, la vida misma demostró su estrechez, en primer lugar en las condiciones específicas de la economía de guerra y más tarde en un mundo, que a pesar de sus muchas y profundas dificultades y contradicciones, no cuenta ya con un desempleo masivo como constante dominante.[38]

Keynes no se interesaba e incluso subestimaba el problema del desarrollo a largo plazo. A «largo plazo», todos nosotros habremos muerto, dijo. Sus cuantiosas alusiones históricas denotan más bien un carácter ornamental desligado orgánicamente de la construcción fundamental. Pero de tales alusiones resulta claramente que consideraba como «*a fascinating to re-write Economic History in the light of these ideas*» empezando por los sumerios y los faraones de Egipto.[39]

Los profundos cambios habidos en la situación económica del mundo capitalista en comparación con los años treinta han puesto al orden del día de los problemas históricos —en el tiempo y en el espacio— los límites de aplicación de la teoría. A esto se sumó el enorme interés por el impetuoso desarrollo de la economía de los países socialistas y atrasados. Que la mayoría de los análisis aplicados a la sociedad capitalista no pueden aplicarse a la economía socialista era algo evidente. La necesidad de

una investigación acerca del desarrollo económico y el funcionamiento de la economía socialista obligaba a la creación de nuevos modelos. Pero los nuevos modelos había que elaborarlos asimismo para la investigación de la economía de los países atrasados, aun siendo capitalistas. Para dar un nuevo ejemplo de la teoría de Keynes, muy pronto se vio que ésta no tiene ninguna aplicación en los países donde realmente existe una presión por parte del desempleo permanente pero en los cuales la economía mercantil en general y el mercado de capitales en particular, son aún embrionarios. El modelo de Keynes se dirigía, por lo tanto, a las economías en las cuales no solamente la fuerza de trabajo sino también los medios materiales de producción (máquinas) no se hallan utilizados plenamente en permanencia, dificultad económica que no existe en los países atrasados.[40]

Todo lo cual condujo a la «historificación» de las ciencias económicas, manifestándose precisamente en la construcción del modelo. La aplicación de una teoría depende de cuándo y en qué lugar la realidad investigada se aproxima al conjunto de los principios (modelo). De forma que debemos preguntarnos: ¿cuándo?, ¿dónde? y, por consiguiente, en el campo de la historia. Sin embargo, hasta hace poco, esas preguntas generales en la banal economía descriptiva no tenían derecho a penetrar en el santuario de la teoría. En contra de lo que generalmente se cree, no es la construcción del modelo lo que amenaza a la concreción del conocimiento económico, ya que, por el contrario, ella ayuda a concretar ese conocimiento. Es decir: los modelos no son malos sino que hay malos modelos.

Los cambios en la situación económica mundial, el enorme incremento de la ingerencia premeditada de los factores públicos en la vida económica, la comprensión general de la necesidad de promover el desarrollo económico de los países atrasados, todo ello ha planteado en definitiva ante la ciencia económica una nueva pregunta antiguamente impensable: ¿cuál es la finalidad de la política económica y por consiguiente de la explotación económica? Para los liberales más extremados, el problema era de lo más sencillo: la finalidad de la explotación económica era la satisfacción de las necesidades —definición que les pareció clara— y la política económica liberal garantiza la mejor utilización de las fuerzas y de los medios de producción, al mismo tiempo que la más alta satisfacción de las necesidades.

Keynes advirtió la falta de realismo de tales afirmaciones y la incompatibilidad de los diferentes objetivos económicos. En la situación concreta del mundo occidental, afectado por la gran crisis, él escogió, planteando como objetivo principal la plenitud ocupacional. Pero tal decisión sigue siendo un nuevo principio que entra a formar parte del modelo y que por lo tanto no tiene ningún valor de aplicación universal.[41]

Finalmente, así como la ciencia económica «descubrió» que el fenómeno social no es la simple suma de los fenómenos individuales, también «descubrió» la tesis según la cual los cambios a largo plazo, los procesos de desarrollo, no son en absoluto, como pudiera parecerle a cualquier persona razonable, «una integración sin más de los procesos a corto plazo»,[42] ya que según Perroux «*la croissance n'a de signification... que comme phenomène de transformation des structures, dont il ne peut être rendu compte par l'histoire d'un chiffre unique*».[43] En conclusión, el proceso de desarrollo es el proceso de la transformación del modelo el cual exige, para el análisis de cada etapa, el cambio de los principios. Keynes no sólo subestimó la problemática a largo plazo sino que su sistema, a pesar de las apariencias, en el fondo es estático. La propia aceptación alternada de *propensity to consume* y *propensity to save* es independiente de la construcción del modelo que corresponde —aproximadamente— a una sola etapa históricamente determinada de la civilización.[44]

Así, la construcción del modelo, el conocimiento de que cada análisis económico se efectúa en el marco de unos determinados principios que el investigador ha de esclarecer, y que la aplicación de los resultados depende del grado de compatibilidad de tales principios con la realidad de la sociedad investigada, es el testimonio del considerable progreso que, en los últimos veinte años, ha realizado la ciencia económica, lo cual ha sido a la vez incomparablemente beneficioso para los historiadores.

EL PASADO EXPLICA EL PRESENTE

«*La seule leçon qu'elle* [es decir, la historia] *prêtend donner, c'est qu'il n'y a pas de leçon de l'histoire.*»[45]

¿Es verdad esto? Cuando leemos en la reseña periodística de una conferencia en Akra el lema «No permitamos la balcanización del África Negra», ¿acaso esto no hace reflexionar al historiador? El pretérito o cuando menos la imaginación del mismo —el saber que en su tiempo se efectuó la «balcanización» de los Balcanes—, ¿no constituye una «lección» que, aunque no enseñe a la gente a obrar razonablemente, la advierte, al menos, frente a un comportamiento irrazonable, influyendo realmente de una u otra manera sobre su comportamiento en definitiva?

Naturalmente, todo depende de cómo se entienda la palabra «lección». Si la lección es algo que deba guardarse en la memoria y emplearse como la tabla de multiplicar, que le ahorra al hombre el tener que pensar, está claro que «no hay lección de la historia». Pero no es así como ha de entenderse la palabra «lección». ¿Y si esta palabra hubiera que entenderla como la transmisión de una experiencia que induce a la reflexión y mueve

a obrar? Entonces podemos estar seguros de que la historia da «lecciones».

El pasado explica hasta cierto punto el presente, y aunque esto no lo afirmaran los filósofos ni los metodólogos, es un hecho. El negarlo sería tanto como negar el conocimiento de la sociedad en general, ya que no sabemos de ella sino lo que la historia nos enseña.

El desarrollo de la ciencia, particularmente el desarrollo de la economía en los últimos años, nos brinda numerosos ejemplos al respecto. Uno de ellos, acaso el más importante, es el problema del incremento económico de los países atrasados.

Las publicaciones relativas a este tema se vienen multiplicando desde hace una quincena de años. Entre estos trabajos destaca constantemente un aspecto: ¿los países que actualmente acometen la obra de la industrialización, han de seguir el camino abierto en su tiempo por los países hoy industrializados? Más concretamente: ¿cuáles han de ser, entre los elementos del proceso que se dio en los países actualmente industrializados, los elementos imprescindibles, inevitables, que son irrepetibles y que eventualmente, de ser aplicados con pleno conocimiento de causa, podrían evitarse en el caso de que los esfuerzos sociales se encaminaran en ese sentido?

Partiendo de este concepto, han aparecido centenares de trabajos científicos. Partiendo de este concepto, la ciencia se aconseja de la vida misma. Apoyándose en esta idea, de una forma o de otra, pueblos enteros elaboran sus planes de acción, ya que, ¿cómo habrían de hacerlo si no es así? ¿En qué se deberían fundamentar sus conceptos sobre las transformaciones acometidas sino en el conocimiento de esas mismas transformaciones que, en los demás países, ya se operaron en el pasado?

La transición de una civilización preindustrial a una civilización industrial, es el fenómeno fundamental que la historia de los últimos doscientos años, así como la del presente o la del futuro, necesita investigar en todas sus dimensiones, considerando bajo microscopio todos los casos que han sucedido para saber cuándo y cómo ocurrieron. Es cierto que cada una de las circunstancias será «otra», pero serán ellas las que determinen la clase del fenómeno, del cual habrá que extraer tan pronto como sea sometido a análisis los elementos:

a) comunes para todos;

b) típicos para las diferentes subclases;

c) individuales, es decir, que no pueden repetirse.

Algunos de los elementos susceptibles de repetirse resultan sencillamente de la propia definición. Pueden repetirse el proceso de acumulación y la modificación del reparto de la renta entre el consumo y la acumulación. Se puede efectuar la adaptación de la nueva técnica a los medios tradicionales. Ha de producirse la destrucción de los pequeños grupos sociales —comuni-

dades campesinas— y en su lugar surgir las grandes aglomeraciones, ha de incrementarse la movilidad social, etc. En todos estos ejemplos, los tres puntos tienen unas consecuencias importantísimas. De proseguir en el análisis resultaría que los elementos que no se dejan repetir, se dan siempre en determinados grupos, lo cual permitiría, por tanto, el establecer su pertenencia común.

La ciencia va por ese camino a pesar de que no siempre lo aprecian los historiadores. Hace diez años, Simon Kusnetz[46] elaboró un magnífico plan de investigaciones internacionales colectivas, pero que al parecer no se ha realizado. Este mismo método es compartido por Rostow.[47] En este sentido se elaboran los programas de las conferencias internacionales[48] y nacionales.[49] Por todo ello actualmente se concibe una temática inserta desde no hace tanto tiempo en una publicación científica especial.[50] Y se escriben hoy los manuales.[51] Y también siguiendo por esa ruta, existe la comprensión del papel de la cultura histórica en la formación de los nuevos economistas, enteramente subestimada en los años 30 y 40.[52]

Pero no son numerosos los historiadores que advierten este desarrollo de la ciencia. Es lamentable, ya que ellos mismos se beneficiarían en grado sumo de esos conocimientos (dado el provecho extraído de sus investigaciones, más de una vez podrían orientar sus búsquedas[53] en ese sentido y sacar mucho provecho de ellas), y si, en atención a sus dotes profesionales, el historiador ha de ser un crítico, los historiadores podrían participar en la selección de materiales dignos de confianza.[54]

Siguiendo las huellas de las investigaciones que tienden a las síntesis preliminares, están las investigaciones sobre la periodicidad (Rostow) y la clasificación.[55]

Cuando Ricardo, Sismondi e incluso Marx investigaron el proceso de industrialización, tenían a su disposición, como objeto de análisis, un ejemplo histórico: Inglaterra. Actualmente los casos acontecidos o en curso de desarrollo son numerosos y se prestan a la síntesis y a la clasificación.

Es indudable que entre los investigadores de los fenómenos actuales ligados a la industrialización, se tropieza más de una vez con una subestimación del papel jugado en el análisis por el material histórico. Se afirma, o bien que en las condiciones presentes ya dejó de ser actual, o que a causa de la mezquindad y la imprecisión de las fuentes no se presta al análisis. ¿Por qué examinar, entonces, un material tan pobre y dudoso cuando ahora podemos recurrir a un material especialmente adaptado a nuestras necesidades? Sin embargo, en primer lugar no está demostrado que estemos peor informados acerca de los acontecimientos pasados,[56] ya que, por el contrario, hay muchos fenómenos que es difícil observar «en caliente». En segundo lugar, la indigencia de los materiales originales, no es, con demasiada

frecuencia, sino una ilusión óptica: no hay fuentes de un problema que los historiadores no vean, puesto que las fuentes no interrogadas no suelen ser elocuentes. En tercero y último lugar, la misma prolongación de la serie, imposible para los países que apenas entran en la fase de la industrialización, abre unas posibilidades analíticas que de otra manera serían inasequibles.

Así, el pasado aclara hasta cierto punto el presente. Nunca lo aclara «sin per[illegible]», mas es imprescindible para conseguir su plena aclaración.

EL PRESENTE EXPLICA EL PASADO

Ya nos hemos burlado en varias ocasiones de la famosa frase «la historia se hace de acuerdo con los documentos», la cual se presta a la crítica incluso desde el punto de vista formal. Si las fuentes históricas son todos los vestigios del pasado, toda la obra de los tiempos pretéritos, el más importante de los vestigios, la más importante de las obras, es la realidad que nos rodea. ¡La más grande, la más rica, la menos aprovechada de las «fuentes históricas»!

En este sentido, el presente siempre puede servir para el esclarecimiento de los procesos pretéritos en sus aspectos más singulares. Volvamos nuevamente al problema del surgimiento de la civilización industrial. Si admitimos que todos los acontecimientos históricos que llevaron a esa transformación se componen de una cierta «clase» de fenómenos, los cuales durante un determinado período tienen manifestaciones comunes, entonces, al igual que el pasado, podremos explicarnos el presente, de la misma manera que en más de una ocasión el presente nos permite aclarar el pasado.

Hace un momento criticábamos la tesis sobre la pobreza de las fuentes históricas. Pero también hay que reconocer que incluso la mejor documentación original no nos informa de numerosos fenómenos muy interesantes para nosotros, y que quizás a sus contemporáneos debían parecerles tan evidentes, que ni siquiera se molestaron en anotarlos, o bien no tuvieron capacidad para hacerlo, o que tal vez no se conservaron. A veces, el horizonte cronológico del hombre, ese angosto horizonte encerrado en el marco de una o dos generaciones, era demasiado pequeño como para que advirtieran un fenómeno determinado. En este orden es justo que al investigar la sociedad contemporánea, o sea, no teniendo el historiador la oportunidad de crear una fuente, podamos plantearle a la realidad investigada las preguntas que en vano le hubiésemos planteado al pasado.

Veamos la estructura del mercado local en la economía preindustrial. ¡Qué difícil nos resulta investigar este fenómeno en

los materiales históricos! Principales protagonistas: el campesino que vende en el mercado, el tendero de la ciudad, el ama de casa que hace las compras, ninguno de los cuales llevaron las cuentas. Mientras ¡cuántos no serán los mercados locales de las sociedades preindustriales en el mundo entero! Pero aunque las conclusiones preliminares sólo pueden deducirse aquí con la mayor cautela,[57] pueden hacerse. Y estoy convencido de que cada historiador económico que investigue la sociedad preindustrial se ha asombrado al leer el resultado de las indagaciones sobre la economía actual de algunos de los países atrasados. Aunque lo cierto es que la mayoría ni los lee. Naturalmente, no se trata, al ocuparse de la economía de los actuales países atrasados, de hallar en ella informaciones que permitan pasar directamente a una interpretación del pasado, sino de algo que pudiéramos denominar «la puesta en marcha de la interpolación». El historiador efectúa interpolaciones (complementación de los vacíos en los documentos o del vacío en las representaciones que existen constantemente «entre» determinados documentos). En la mayoría de los casos, las realiza partiendo del así llamado conocimiento general del objeto. Se trata, por tanto, de que conozca lo mejor posible ese objeto.

Cuando ahora, por ejemplo en la India, nos enteramos de cómo transcurren las fases preliminares de la industrialización, de las dificultades enfrentadas en la adaptación de las nuevas técnicas, del proceso de disgregación de las pequeñas aglomeraciones geográficas (junto con las enormes repercusiones que ello tiene en la psicología y en la moralidad social al sustraer al individuo del control permanente y perspicaz de una pequeña agrupación), del conflicto entre las posturas tradicionales y modernas, del surgimiento de un mercado interior en escala nacional y de la aparición de un sentimiento de solidaridad nacional —que con frecuencia se acompaña de rasgos nacionalistas—, no podemos tener la menor duda: ¡el presente aclara la historia!

COMPARACIÓN EN EL TIEMPO Y EN EL ESPACIO

Refiriéndose a la *longue durée*, F. Braudel no alude en absoluto únicamente al fenómeno cuantitativo, mensurable. No obstante, el fenómeno mensurable nos brinda un magnífico campo para el análisis de determinadas dificultades metodológicas en orden a las investigaciones a *longe durée.*

Así, tenemos el problema de las series largas.[58]

Naturalmente, al aumentar la longitud de las series, aumentan asimismo las posibilidades analíticas que en ellas se encierran. Pudiéramos decir que una serie dos veces más larga es mucho más de dos veces preciosa desde el punto de vista analítico.[59]

Estas afirmaciones son evidentes para las investigaciones estadísticas contemporáneas.

Pero la transposición de esta tesis a las indagaciones históricas y a unas muy grandes longitudes nos inclina a la duda y por lo tanto a la reserva.

«El análisis estadístico-histórico habrá de buscar los elementos inmutables en el mundo económico en mutación», escribe acertadamente S. Kusnetz.[60] Pero no es fácil hallar elementos inmutables, sobre todo para largos períodos, en un mundo donde todo está cambiando. Cada estadista sabe que la masa estadística investigada ha de ser homogénea desde el punto de vista de la investigación. No pueden meterse en un mismo saco los salarios de todos los obreros de la construcción por cuanto en un mismo país existen, una junto a la otra, la construcción aldeana de madera, la construcción urbana de ladrillos y los montajes de elementos prefabricados. El salario «medio» del obrero de la construcción en general en ese país, científicamente no nos ha de aclarar mucho, pudiendo, sin embargo, encubrir una enorme cantidad de combinaciones su aumento de año en año.[61]

Henri Hauser ha demostrado repetidas veces la mutabilidad histórica de los productos cuyos precios investigamos.[62] Por desgracia es difícil negarle la razón. La búsqueda de un producto inmutable ha fracasado, como lo ha ratificado una reciente publicación de crítica científica mostrando que incluso un artículo tan aparentemente homogéneo como lo es el carbón cambia en el tiempo y que el carbón que hoy se extrae no es el mismo que el que se extraía en el siglo XVIII.[63]

Es obvio multiplicar los ejemplos: ese mismo fenómeno interviene en cada serie.

Nos hallamos ante un dilema fatal: al alargar la serie aumentamos formalmente las posibilidades analíticas que en ellas se encierran, exponiéndonos al mismo tiempo a que el análisis serial sea menos homogéneo. Cada vez más podemos sacar conclusiones, incrementando al mismo tiempo la probabilidad de las conclusiones erróneas.

Pero volvamos al problema que hemos planteado. En historia, durar es cambiar.

El problema de las series largas y de su homogeneidad pone al orden del día la cuestión de la comparación en el tiempo. Pero como quiera que desde el punto de vista teórico la tarea de efectuar comparaciones en el tiempo no se diferencia en lo fundamental de las comparaciones en el espacio (comparación de los elementos seleccionados entre dos contextos sociales diferentes) y puesto que paralelamente, en el aspecto de las comparaciones en el espacio (internacionales) la ciencia económica logró, especialmente en estos últimos años, enormes éxitos, merece la pena examinar este problema conjuntamente.

Una vez más volvemos a señalar que nos centramos aquí

sobre las comparaciones de magnitudes cuantitativas solamente como ejemplo. Para muchos, estas comparaciones son considerablemente sencillas y seguras. De hecho, reflejan en sí todas las dificultades de las investigaciones comparativas.

La polémica entre los investigadores optimistas que creen en la posibilidad de realizar comparaciones científicamente fundamentadas y los pesimistas que la niegan dura ya mucho tiempo. Su primera fase se halla caracterizada por las burlas de Pigou[64] y las agudas imputaciones de Colin Clark[65] a los pesimistas. Pero a pesar de la dureza de esas imputaciones, la polémica no se extingue. Corrado Gini se reveló como un extremado pesimista.[66] Últimamente, con tesis comprobadamente pesimistas —tanto más interesantes para los historiadores por cuanto se apoyan en el análisis de la economía de las sociedades atrasadas—, intervino S. H. Frankel,[67] siendo éstas además criticadas por los optimistas.[68]

En nuestra opinión el historiador ha de tomar posición con respecto a ese debate.

Los pesimistas no dejan de presentar valiosos argumentos. El asunto parece increíblemente fácil en el citado pasaje de Colin Clark, pero Colin Clark no tiene en cuenta en su razonamiento a muchos elementos aunque no sea más que éste, elemental, de que en una sociedad —o período— intervienen en la producción y el consumo unos artículos desconocidos en otras sociedades, o que las condiciones climatológicas provocan en las diferentes sociedades unas necesidades distintas en orden a los combustibles y la ropa e incluso necesidades distintas en el aspecto de la alimentación.

Como es natural, no todas las tesis de los pesimistas tienen razón. En particular, muchas de las tesis de C. Gini suscitan las dudas más profundas. No vamos a detenernos con él sobre el problema de la transición del bienestar material a la «felicidad», ni queremos filosofar con él acerca de que es posible ser feliz con unos ingresos muy reducidos (consideración, no ciertamente, sólo de hoy, que reviste un matiz específico, puesto que figura en el contexto de unas consideraciones relativas al desarrollo económico de los países actualmente atrasados). ¡Y no aceptamos la visión de las sociedades primitivas que supuestamente tienen todo cuanto necesitan gracias a los dones de la naturaleza, sin tener generalmente casi ninguna renta!

Tampoco tenemos en consideración las tesis según las cuales bienes como son el Amor o la Belleza, no mensurables y olvidados, naturalmente, en la renta nacional, son muy preciados en las sociedades atrasadas por lo que ¡éstas no son tan pobres como pudiera resultar teniendo en cuenta únicamente el nivel de su renta nacional!

Pero hay problemas mucho más graves. En el curso del desarrollo económico —y por lo tanto en las comparaciones actua-

len en los países industriales y los preindustriales—, la totalidad del enorme incremento en orden a los bienes y servicios —así en la producción como en el consumo—, pasa por el mercado. En la práctica se plantean dos problemas: el propio consumo de los productos agrícolas en las haciendas campesinas y los servicios realizados en el marco de la economía doméstica. Para hacer una comparación entre unas sociedades que se hallan a un nivel diferente de desarrollo económico nos encontramos, por tanto, frente al dilema: si el consumo casero y los servicios domésticos no son apreciados, la diferencia entre los resultados obtenidos se verá multiplicada[69] de una manera injusta, y si, por el contrario, los tenemos en cuenta, entonces habremos de estimarlos en dinero, lo cual necesariamente ha de ser arbitrario.

Los estadistas han elaborado, naturalmente, numerosos métodos precisos e indicaciones para proceder en tales casos.[70] Sin embargo, todos ellos, al estimar en dinero la fracción no evaluada del presupuesto con una tasa tanto más alta cuanto más atrasado se halla el país y más alejados nos hallamos del momento cronológico que nos interesa, elaboran un presupuesto ficticio.

Por una parte, aun suponiendo que todos esos bienes y servicios pasaran realmente por el mercado, para ellos en éste se establecerían unos precios totalmente diferentes.[71] Si en un país atrasado —en la época preindustrial— se lanzara sobre el mercado toda la reserva de fuerza de trabajo que se encierra en las economías domésticas, los salarios bajarían de una forma impresionante. Por lo tanto, la estimación de los servicios domésticos con arreglo a los precios que consigue por su trabajo esa pequeña fracción de fuerza de trabajo que se presenta en el mercado, constituye asimismo una operación a un tiempo innecesaria y sin fundamento. De no proceder a esas estimaciones, la renta nacional de los países muy atrasados será relativamente mucho más reducida, pero si, por el contrario, lo hacemos, la multiplicamos enormemente.

En segundo lugar, el presupuesto elaborado por ese camino es ficticio al sugerir la existencia de algo que realmente no existe: la libertad de escoger del consumidor. La estructura del consumo nos muestra la estructura de los valores sociales, con una condición, no obstante, y es que el consumidor tenga la posibilidad de elegir. ¿A qué dedica más recursos y a qué dedica menos, a qué renuncia en caso de reducirse sus ingresos y a qué asigna el incremento de los mismos? ¿Cómo se plantean estos problemas en los diferentes medios sociales? Todo ello constituye un problema apasionante para los investigadores, siempre que existe la libertad de elección del consumidor.[72] Si la renta nacional —o de un grupo social o de una familia— estimada en dinero equivale a x y esa renta, junto con las magnitudes estimadas, equivale a x+n tenemos que, si un sujeto determinado

disponía de una renta en dinero de x+n, ¡se la hubiera gastado en un consumo que con toda seguridad tendría una estructura muy diferente! La parte de la renta representada por la estimación n está ligada, por lo que aquí no hay libertad de escoger. Se produce todo lo que se puede y se consume lo que se produce.[73]

Es evidente que la libertad de elección de una unidad económica doméstica es siempre un fenómeno complicado. Si se trata de la libertad del consumidor sabemos de qué manera se halla determinada por la orientación de la producción, por la presión de la publicidad y cuando menos por la presión de los modelos social-costumbristas. Esto, sin embargo, no nos estorba en nuestras investigaciones, ya que por el contrario hasta cierto punto nos las facilita. Al no existir los modelos social-costumbristas, obtendríamos como resultado de nuestras investigaciones una imagen caótica, absolutamente irregular. Al descubrir la regularidad, podemos conocer realmente en las sociedades indagadas la jerarquía de los valores. Ella es precisamente el objeto de nuestra investigación, ella y sus mutaciones. Pero si esa jerarquía debe ser investigada por nosotros, ha de serlo como un factor aislado en un laboratorio, siendo sólo ella la única que ha de determinar los actos humanos de elección en el consumo.

Sin embargo, estas dificultades no son las únicas que entran en juego en relación con las largas series temporales, sino también la desaparición o la aparición de los fenómenos que en el segundo de los momentos investigados no tienen equivalente.[74] Se trata, naturalmente, no sólo de la calidad física de los bienes producidos y consumidos, sino sobre todo de su significación social. Y no solamente los bienes sino sobre todo las formas de las relaciones interhumanas.

Otro ejemplo: el ciclo capitalista es un fenómeno relativamente reciente. Pero he aquí que la respuesta exacta a la pregunta sobre cuál de las depresiones en los EE UU fue más fuerte, si la de 1873 o la de 1929, es indeciblemente difícil de obtener, siendo imposible determinar en qué grado exacto fue más fuerte la una que la otra.[75]

No obstante, aquí tratándose de un fenómeno de una mensurabilidad relativamente fácil y del cual existe una buena documentación, a la hora de elaborar una descripción razonada del mismo, nadie dudará, quizá con razón, de que fue más fuerte la depresión del año 1929.

Nos hemos detenido dilatadamente sobre estos problemas a fin de mostrar las dificultades comparativas, incluso tratándose de magnitudes relativamente aprehensibles, mensurables, entre dos situaciones sociales.

Todo cuanto se relaciona con las comparaciones en el espacio, internacionales, se aplica igualmente —con ciertas modifica-

ciones— a las comparaciones entre dos períodos cronológicos de una sociedad determinada.[76]

Naturalmente, las dificultades son menores cuando comparamos a dos países cuyo modelo cultural se aproxima, al igual que es más fácil si hacemos una comparación entre dos momentos cronológicos de la historia de un mismo país: pero, en primer lugar, el tiempo social, como sabemos, tiene una longitud muy variable y los últimos diez años, el decenio de la generalización de las masas plásticas en la producción, de la penicilina, del radar, de la teledirección, la televisión, la automación, etc., es un período lo suficientemente largo como para que las comparaciones que se efectúan en el marco del mismo resulten sumamente dificultosas. Por otro lado, nos interesan sin embargo, precisamente esas comparaciones a largo plazo.

Los técnicos de la estadística se afanan por hallar una salida práctica, razonable, a dichas dificultades. Algunos consideran ese método como un mal inevitable, otros lo proclaman como el procedimiento de la piedra filosofal, manifestando su recelo para con las tentativas de profundizar teóricamente en los métodos. ¿No sería más justo plantear el problema de otra manera, es decir, en lugar de buscar la comparatividad formal de los resultados por mediación de una unificación de las técnicas utilizadas, buscar más bien unas técnicas diferentes y susceptibles de aplicarse a los distintos modelos de las sociedades investigadas?[77] Este problema, en apariencia técnico-científico, se halla íntimamente ligado a los principios del estudio humanístico de las mutaciones sociales. Y esto es válido tanto para la ciencia como, en la práctica, para las investigaciones en torno a dichos fenómenos a fin de influir sobre ellos. A un economista le es fácil afirmar que su tarea consiste en calcular en qué medida ha cambiado el surtido del consumo y, a la pregunta de si la sociedad se ha beneficiado de ello o no, contestar *«nor is it job»*.[78] Ahora bien, ¿satisface esta postura a la sociedad, a los científicos, gentes todas más bien curiosas y deseosas de saber?

Otro ejemplo. Durante las investigaciones respecto a la economía de los países atrasados, los economistas sacan a relucir un gran número de posturas sociales, enteramente diferentes de las que habitualmente se consideran como normales. El despilfarro, como manifestación social de la riqueza,[79] es un fenómeno quizás asombroso para el economista que considera que un ser «normal», en tales circunstancias, debe hacer inversiones, pero este es un fenómeno con el cual el historiador se halla sumamente familiarizado por poco que recuerde el desprecio con que Samuel Pepys escribe en su diario sobre el despilfarro aristocrático o para quien conoce el modo de vida de los magnates polacos en el siglo XVIII, o la proverbial prodigalidad de los grandes duques rusos durante sus viajes por Europa Occidental en el siglo XIX. Si la tribu de los Wahabitats, en la Arabia

Saudita, no permite que los préstamos rindan créditos,[80] no deja de ser una dificultad en comparación con la economía precapitalista que los historiadores conocen mucho mejor. Cuando algunas tribus indias subordinan el individuo al grupo al extremo de que hay que descartar que entre ellos pueda existir alguna rivalización ni siquiera en el deporte,[81] tampoco este fenómeno le es desconocido a los historiadores. Así, tenemos igualmente el asombro universal de los economistas frente al hecho de que, con demasiada frecuencia, en los países atrasados la gente de la aldea se niega a ir a trabajar en la industria, a pesar de que en ella los salarios sean mucho más elevados que los miserables ingresos que puedan tener en el marco de la comunidad tradicional; sin embargo éste es un problema que se da claramente en Europa en los umbrales del capitalismo, que ha sido investigado por la ciencia ya en los tiempos de Ure[82] y que en la actualidad sólo los economistas que se ocupan de sociología son capaces de comprender.

El hecho de que tantos economistas desconozcan la historia es un flaco consuelo para los historiadores que desconocen la economía.

Así, ¿qué hacemos con la tesis según la cual la historia no nos da lecciones? Todo depende de lo que se entienda por «lección».

UNILATERALIDAD Y MULTILATERALIDAD DEL DESARROLLO

Todo este razonamiento se sujeta al problema fundamental de la filosofía de las culturas: la primera cuestión que se plantea es la de saber si el desarrollo es unilateral o multilateral. Las comparaciones en el espacio son análogas metodológicamente a las comparaciones en el tiempo, pero sólo si previamente se acepta el concepto del desarrollo unilateral.

El litigio es viejo y sumamente conocido. Ya nos hemos referido al mismo[83] en muchas ocasiones citando la ingenuamente optimista declaración de Smith y la postura resueltamente unilateral de Marx. Al presentar el cuadro de las transformaciones económicas y del funcionamiento de la economía capitalista muy desarrollada en sus tiempos en Inglaterra, Marx llama la atención del lector sobre un país por entonces atrasado (Alemania), ya que «en este cuento, hasta de ella se habla»,[84] pues al analizar la economía inglesa, Marx también estaba convencido de que se hallaba investigando la economía capitalista en general. Pero esta afirmación puede invertirse demostrando que unas naciones menos desarrolladas representan hasta cierto punto una etapa ya cumplida por un país mucho más desarrollado. Marx afirmaba claramente sin embargo en otra ocasión, que asimismo podemos

presentar muy bien las diferentes épocas económicas en la historia de un país determinado, así como a los diferentes países en esa misma época.[85]

La concepción contraria, multilateral, esperó a ser conceptuada por los historiadores en las obras de Spengler y últimamente de Toynbee. Dicha idea resalta en las investigaciones de numerosas escuelas sociológicas, en el funcionalismo de Malinowski, y acaso también en Lévi-Strauss. Estas indagaciones, probando la incomparabilidad de los resultados de los análisis efectuados con respecto a la renta nacional de las diferentes sociedades, se mofan —consciente o inconscientemente— de esa postura.

A la luz de la actual situación mundial, se desmorona el optimismo de Smith en la frase ya citada. ¡Cuán hermosa resulta en la obra de Malinowski[86] la teoría sobre la heterogeneidad a la vez que la igualdad de derechos y de valores de las culturas!

¿No ha durado ya bastante la disputa entre la postura unilateral y la postura multilateral como para que podamos elaborar una teoría dialéctica de la unidad y la heterogeneidad? ¿La diuturnidad y la mutabilidad? ¿Acaso la unidad y la heterogeneidad (la duración y la instabilidad) no constituyen las dos caras, los dos aspectos de un mismo proceso histórico? ¿No han de ser investigadas por igual, esas dos caras, por parte de la ciencia? Y suponiendo que el problema de la existencia de la ciencia, de la jerarquía de sus tareas y la proclamación de sus resultados no constituye la única apreciación, ¿cuál de sus necesidades es más urgente en la actualidad?

La jerarquía de las tareas urgentes resulta precisamente del desarrollo interno de la ciencia y sobre todo de la vida. ¿No es la tarea más urgente de la ciencia la que trata de contestar a las preguntas que se plantean ante el mundo actual?

No nos detengamos por tanto por más tiempo en dilucidar si hasta ahora el desarrollo de la cultura ha sido más bien unilateral que multilateral. Como punto de partida, tomemos de preferencia ese gran fenómeno del mundo actual, la adopción, como modelo al que todas las sociedades aspiran, del tipo de civilización industrial en constante desarrollo.[87] Esto es un hecho. El brutal desmoronamiento de la dominación política de Europa sobre el resto del mundo se acompaña de la adopción por este resto del modelo social creado por esa misma Europa. Puede ser que, desde el punto de vista de la perspectiva histórica, ello aparezca como la mayor de las victorias.

Si la ciencia histórica es eterna y eterna asimismo su juventud, si ella vuelve a mirar —a pesar de las dudas de los mezquinos— nuevamente hacia ese mismo pretérito, es porque cada generación de historiadores le plantea al pasado las preguntas que atormentan a su época.

Admitiendo que el problema fundamental de nuestros tiempos sea la unificación del mundo en el marco de la civilización

industrial, entonces ¿la tarea de la ciencia histórica de nuestra época no consiste en mirar hacia el pasado desde el punto de vista de lo que condujo a esa unidad?

GENERALIZACIONES «SIMPLES» Y «DINAMICAS»

El método comparativo es un procedimiento cuya aplicación es necesariamente inevitable en cada investigación de los fenómenos sociales. Los programas de los adversarios extremados de este método —mientras aún exista— no se dan cuenta que hablan prosaicamente.

La aplicación de ese método como, por lo demás, de cualquier procedimiento científico requiere la observancia de ciertas reglas. El hecho de referirse a voluntad a los ejemplos de países y épocas diferentes nada tiene en común con la ciencia. Tal método permite reforzar una tesis cualquiera haciéndose acreedor realmente a la más peyorativa de las definiciones, de un género ya conocido, es decir, de «sociologismo vulgar».

La aplicación del método comparativo debe basarse en una determinada teoría del evolucionismo sociológico. La primera condición para una correcta aplicación del procedimiento comparativo estriba en la comparación de las etapas comparables del proceso de evolución social.

Pero esto no basta. El proceso de desarrollo de las diferentes sociedades no se apoya en el mecanismo de repetición de las etapas vividas por las sociedades prontamente desarrolladas. La no reproducción de los acontecimientos históricos con todas sus particularidades es un hecho incuestionable.

Teniendo en cuenta esta situación, el historiador se halla obligado a utilizar sobre todo el método de generalización más sencillo: al colocar bajo el microscopio todos los acontecimientos pretéritos (a ejemplo de Marx, quien acometió el análisis de la acumulación primitiva en todas las sociedades, en la cual se manifestara hasta el momento de escribir *El Capital*, y especialmente todos los casos por él conocidos hasta aquel momento) ha de extraer de ellos todo cuanto tiene algún rasgo común. Ciertas repeticiones resultan sencillamente de la propia definición. Cuando analizamos el proceso de surgimiento de la sociedad capitalista industrial han de repetirse, por lo tanto, el proceso de acumulación y el cambio de estructura en el reparto de la renta nacional en consumo y acumulación en provecho de esta última, necesita efectuarse la adaptación de la nueva técnica a los medios tradicionales, se tiene que producir la disgregación de los pequeños grupos rurales y el surgimiento de las grandes aglomeraciones, debe incrementarse la movilidad social en todos sus aspectos (espacial, profesional, social, etc.). Pero, naturalmente,

la lista de estas regularidades generales puede hacerse muchísimo más larga.

La segunda etapa en el proceso de generalización consiste en la clasificación de los acontecimientos pretéritos en subgrupos y la repetición del procedimiento ya descrito en relación con cada uno de ellos. La relación de las regularidades confirmadas ha de ser entonces más larga pero el alcance de su vigencia será más breve como es natural. Así el conocido desarrollo del proceso de surgimiento de la sociedad capitalista industrial puede ser —y en la práctica científica lo es— clasificado según los criterios heterogéneos y sus combinaciones. Lo podemos clasificar según el criterio del período en el cual dicho proceso se ha desarrollado, por ejemplo:

a) en Inglaterra;

b) en los países en curso de industrialización en el período de 1820-1870, como son Francia o los EE UU;

c) en las naciones que se estaban industrializando en el período más precoz del imperialismo, es decir, en 1870-1914; y

d) en los países que se industrializaron más tarde aunque en este caso la diferenciación de las fechas haya de someterse como es natural a la argumentación y la crítica de la ciencia.

Podemos clasificar esos casos, por ejemplo, de acuerdo con la situación social, a la luz de la cual el mencionado proceso se desarrolla; lo podemos clasificar asimismo en proceso que se desarrolla sobre la base del derrumbamiento del sistema feudal, o bien en un territorio más o menos salvaje (América del Norte, Australia, Nueva Zelanda). También pueden aportarse otros conceptos de clasificación mientras se hallen fundamentados y argumentados científicamente.[88] En última instancia, la comprobación de lo ecuánime de una u otra de las clasificaciones adelantadas ha de ser, lógicamente, la riqueza de las conclusiones que sobre esa base se consigan.

Sin embargo, estos métodos de generalización no bastan. Aunque en la práctica del método comparativo sea menos apreciado, no es menos importante el análisis de los factores que originan las diferencias.[89] Este método permite sobre todo verificar las hipótesis de generalización. La comprobación de los factores causales de la dependencia de dos grupos de fenómenos se derrumba, o por lo menos se halla limitada, cronológica y espacialmente en cuanto en la serie de sociedades sometidas a investigación, comprobamos la existencia de uno de los grupos y la ausencia del segundo.

Mucho más preciosa, sin embargo, para el aprovechamiento del método comparativo es la fijación de la regularidad que se manifiesta en las mutaciones. Es verdad que cada proceso de industrialización es «otro», individual y no reproducible. Ahora bien, aparte de la extracción de todos los procesos conocidos de esa categoría de elementos comunales y aparte también de

la extracción de los elementos comunes para los subgrupos de esa clase de fenómenos, ¿no se manifiesta una cierta regularidad en esas mismas mutaciones?

La generalización de Gerschebkron, según la cual el «salto» industrial característico en la fase temprana de la industrialización es tanto mayor cuanto más tarde se efectúa, es a nuestro criterio falso en lo fundamental, y en ese camino creemos que a la ciencia le esperan los mayores resultados. La no reproducción individual de cada hecho y proceso histórico subrayada constantemente por la ciencia histórica tradicional, no es sino una verdad a medias, cuya otra mitad consiste en que aquellas diferencias no son casuales y que en dichas diferencias se manifiestan unas regularidades cuyo descubrimiento será quizás el aspecto más trascendental de los descubrimientos de la historia económica en el futuro, en la medida en que vayan ampliándose sus laboratorios a todas las sociedades de nuestro globo terráqueo.

EL DESARROLLO ECONÓMICO EN LOS PAÍSES ACTUALMENTE ATRASADOS Y LA EXPERIENCIA HISTÓRICA

Nadie pone en entredicho que entre el desarrollo económico que tuvo lugar en el siglo XIX en los países hoy avanzados y el que actualmente se viene realizando o se postula en los países atrasados (incluso capitalistas) existe una diferencia fundamental. Naturalmente, cuanto más tarde un país determinado acometa su industrialización, tanto mayor y más fuerte habrá de ser la competencia con la cual ha de tropezar en relación con los países altamente industrializados. Por eso mismo, al ingenuo método de generalización histórica asentado en comparar todo cuanto halla como rasgos comunes en una serie de acontecimientos históricos concretos, tratamos de oponerle el procedimiento de generalización dinámica. Para seguir con los ejemplos ya aludidos, señalaremos: que la situación económica de cada país en el período de su temprana industrialización es diferente respecto al mundo que lo rodea, y que la generalización realizada por mediación de «la extracción de los elementos comunes» no conduce a nada; en cambio, acaso sea justa la generalización dinámica, la cual proclama que cuanto más tarde emprenda un país la vía de la industrialización ha de contar con una competencia exterior más fuerte.

Para Inglaterra y Holanda, el factor fundamental que incito a las inversiones fue la exportación masiva de los productos industriales, camino que les está vedado actualmente a la mayoría de los países atrasados. Los incrementados beneficios de las clases dominantes en Inglaterra sólo en parte debían asignarse a costear las importaciones —artículos de lujo de las colo-

nias—, y haciéndose además esto en unas condiciones, excepcionalmente provechosas —rapacidad del comercio con las colonias. Actualmente, el aumento de los beneficios de los países atrasados representa una amenaza directa para la balanza comercial y de pagos. Los fantásticos beneficios de la clase dominante en Inglaterra, si no fueron espléndidos moralmente, jugaron un papel objetivo y creador en el desarrollo histórico al fundamentar la industrialización inglesa. En la actualidad, los países atrasados se hallan convencidos con razón de que la tarea de sus Gobiernos ha de consistir en aportar correcciones en el reparto de la renta social en un sentido igualitario, ya que sólo por ese camino pueden contrarrestar el peligro, pudiéramos decir, del incremento de los beneficios y ampliar el mercado interior, única manera, ante la falta de grandes posibilidades de exportación, de fomentar las inversiones industriales.[90]

El problema más importante a la hora de operar una diferenciación entre la situación económica de los diferentes países en relación con el momento histórico en el cual emprendieron el proceso de industrialización, es la cuestión de las posibilidades de importación de la nueva técnica en general, lo que a su vez acarrea el peligro de unas importaciones desequilibradas y unilaterales, así como —y cuanto más tarde un nación determinada se industrialice mayores han de ser— las posibilidades de elegir, entre la técnica importada, la más conveniente, o bien la técnica más avanzada de las que se conocen, o alguna de un nivel medio, más alta que la técnica ya utilizada en los países importadores.

La condición para mejorar la aplicación de los métodos de generalización dinámica suele consistir en realizar una clasificación de las sociedades investigadas. Como clasificación fundamental, consideramos la clasificación según la estructura social —eventualmente el nivel de desarrollo— de una sociedad que asume la tarea de su desarrollo económico. En la práctica histórica actual tenemos los siguientes grupos sociales:

a) sociedad blanca, de emigrados que levantan una economía moderna en unas condiciones democráticas (parte norte de los EE UU, Canadá, Australia, Nueva Zelanda);

a_1) sociedad análoga, que levanta una economía moderna sobre territorios con una numerosa población indígena, cuyo trabajo es utilizado bajo formas esclavistas o semiesclavistas (parte sur de los EE UU, Unión Surafricana);

b) sociedad posfeudal (India);

b_1) sociedad posfeudal con fuertes diferencias étnicas, en las cuales la indigencia social de los autóctonos facilita su explotación económica (la mayor parte de América del Sur);

c) sociedad con un bajo nivel de desarrollo, tribal (la mayor parte de Africa);

c_1) sociedad mezclada, feudotribal (algunos Estados árabes).

En la primera mitad del siglo XIX las sociedades de Europa occidental emprendieron la obra de industrialización cuando alcanzaron un nivel de evolución según el modelo clásico. En la época del imperialismo moderno, la industria comenzó a penetrar en los países de un alto nivel de desarrollo, con todas las consecuencias dramáticas resultantes de tal proceso (disgregación de las sociedades tradicionales, trabajo forzado, etc. hasta la total extinción de algunas sociedades autóctonas). Actualmente, el problema de la edificación de una moderna sociedad industrial se plantea ante todos los pueblos del mundo. Para ellos no se trata de pensar en si la tarea se desprende de su desarrollo autónomo de civilización. Por una parte, sabemos que no suele existir lo que pudiera llamarse un desarrollo «autónomo» de la civilización. Por otra parte, en el presente ya no existe prácticamente en el mundo una sociedad que, en un grado mayor o menor, no haya sido disgregada por la ingerencia de la civilización europea. A las sociedades de los países atrasados no les queda por lo tanto ninguna posibilidad de elegir: la posibilidad de continuar desarrollando su propia civilización y sus propios valores ya no existe.[91]

Pero de la disgregación de las civilizaciones autóctonas como resultado de la ingerencia de la civilización europea hasta la adopción por el mundo de los conceptos y de los valores de la sociedad industrial, aún queda un buen trecho. Frankel tiene razón[92] cuando escribe que el incremento económico significa un cambio de postura y la creación de nuevos modelos de pensamiento y de acción, por lo cual él mismo se percata de cuán difícil resulta esa tarea, y particularmente saltar de lo «viejo» y poner en marcha lo «nuevo» sin *disrupting* la sociedad, sin interrumpir la continuidad de su desarrollo, sin abrir un período abismal en el cual el antiguo modelo y la vieja jerarquía ya no actúan y lo nuevo no lo hace aún, un tiempo en el que lo viejo atenaza a la sociedad y lo nuevo aún no obra en absoluto.

Aun en las mejores condiciones sociales y políticas ese proceso no puede ser fácil. Si la historia ha de servir a la vida, debe aportar su contribución a la programación del incremento económico tanto en ese aspecto como en los demás. Investigando todo lo malo de lo que ya se ha realizado, ella puede ayudar al menos a evitar ciertos peligros. Esta es la postura adoptada por muchos sociólogos y antropólogos que se ocupan de la problemática del incremento económico y muy especialmente la publicación de Chicago: *Economic Development and Cultural Change*, redactada por B. F. Hozelitz. La investigación del proceso de «destribalización» que se está desarrollando en las diferentes regiones de Africa con miras a su industrialización, la investigación acerca del derrumbamiento de la economía de las comunidades rurales, cerradas como consecuencia de la emigración de carácter económico, la indagación de la disgregación de las sociedades tradicionales como resultado del acceso de los individuos

(y hasta de toda la joven generación) a la moderna educación, el dificultoso proceso de la substitución de la solidaridad de los pequeños grupos en los cuales todos los individuos se conocen personalmente, por la solidaridad de las grandes agrupaciones abstractas, todo ello son problemas que no se producen por vez primera en el mundo, que ya costaron no pocos dramas humanos y de cuyo conocimiento puede extraerse más de una conclusión práctica para las nuevas sociedades.

Hay que reconocer que, aunque se ha hecho mucho en la sociología «funcional» para aclarar la estructura social de una sociedad determinada por mediación de sacar a la luz las funciones de las respectivas instituciones en el proceso de adaptación, al medio natural y social, y del mantenimiento de su integridad, la sociología —o la antropología— dinámica que aclararía cómo dichas sociedades se adaptan —o no saben adaptarse— a las drásticas modificaciones de ese medio, y sobre todo a la infiltración de la cultura y la técnica occidentales, no puede vanagloriarse mucho hasta ahora de los resultados generalizadores.[93] Y ello a pesar de que el material empírico reunido es enorme.

Asimismo se ha llamado la atención de la ciencia sobre el hecho de que en los países actualmente atrasados se opera una especie de *demonstration effect*: el modelo del elevado nivel de vida de los occidentales, que generalmente acompaña a la privilegiada posición social en sus países, opera frenando la inclinación al ahorro, y en el caso de una economía dirigida provoca la aparición de una presión sobre el Gobierno en el sentido de reducir las inversiones en provecho de una elevación inmediata del nivel de vida.[94] Podríamos citar más de un ejemplo en apoyo a esta afirmación (la presión de la opinión pública en Polonia en el año 1956). Pero, ¿nos encontramos de veras aquí frente a alguna diferencia fundamental en comparación con los países tempranamente industrializados? ¿Acaso en Inglaterra las inversiones fueron financiadas por mediación de los ahorros voluntarios de las clases privilegiada y media en lugar de serlo en última instancia gracias a los ahorros forzosos de la clase obrera? La respuesta —tan clara— pertenece a la historia económica.

Queda sin embargo el hecho de la presión social en orden al aumento del nivel de vida, presión que si no es más fuerte que en la época tribal tiene al menos otro carácter, se basa en otro grado de conciencia, está orientada directamente hacia otros objetivos y desempeña por lo tanto otro papel en el juego de las fuerzas económicas. También en este caso se abre un amplio campo de investigación para la generalización de tipo dinámico.

La transición hacia la construcción de la nueva sociedad industrial exigió de las sociedades hoy avanzadas la introducción, por una u otra vía, de ciertas reformas democráticas, de la igualdad ante la ley, la libertad de empresa y la liquidación de

las prestaciones personales. Pero el acometer esta tarea en las fases tempranas del desarrollo exige actualmente más de una vez unas reformas que constituyen para el modelo clásico un salto por encima de varias épocas. Exige a veces la liquidación de la esclavitud y del consiguiente comercio de la mercancía humana, exige el reconocimiento de la libertad individual y la igualdad de derechos a la mujer, etc. Todas estas reformas son imprescindibles desde el punto de vista de los ideales humanísticos, constituyendo al mismo tiempo la condición suprema del futuro desarrollo económico. Sin embargo, a escala más reducida dichas reformas pueden provocar enormes perturbaciones asimismo de tipo económico. La emancipación de la mujer, condición indispensable para la distribución racional de la fuerza de trabajo, para la eliminación del tipo familiar tradicional, puede provocar importantes cambios perjudiciales para la economía no mercantil, o sea para el sector natural de la economía, tan poderosos habitualmente y decisivos para el nivel de vida de la población en los países atrasados, lo que a su vez no puede dejar de reflejarse en el sector comercializado, peligro que ha de tenerse en cuenta a fin de combatirlo, y que sólo se puede captar por medio de las experiencias de la historia económica.

Esta clasificación en relación con las sociedades que emprenden la tarea de la industrialización tiene, desde la perspectiva de las estructuras sociales, como punto de partida una enorme significación, sobre todo en atención al carácter del sistema agrícola, como arranque decisivo tanto para la magnitud de los excedentes como para su apropiación y su utilización.

Los técnicos occidentales que se hallan en los países atrasados y particularmente los que actúan en la agricultura, suelen estar sorprendidos por lo que estiman ser una reacción «irracional» frente a la apertura de posibilidades económicas. Un análisis penetrante de las aludidas sociedades muestra generalmente que dicha reacción no es ni mucho menos tan «irracional» como pudiera parecer y en absoluto incomprensible ni intraducible a nuestras categorías. Los relativamente fáciles y baratos medios de incremento de la producción agrícola pueden ser «mostrados», a pesar de lo cual no se convierten en un incentivo para su utilización. En los países atrasados donde existen departamentos institucionales, este fenómeno se suele producir entre los que toman las decisiones y asumen el riesgo de la innovación y los que se benefician de ellos. El sistema agrícola de numerosos países atrasados está basado en las grandes propiedades y en la pequeña explotación, con lo cual todos los costos del mejoramiento, ligado a éste el riesgo que comporta, se hallan asumidos por el utilizador —peón—, mientras que los beneficios han de compartirse con el propietario —por ejemplo, en la mitad. En tales condiciones, para que el mejoramiento sea rentable, debe ser dos veces más provechoso que en el sistema so-

cial en el cual el productor es a la vez el propietario.[95] No es casual que entre los países de América Latina se note en los últimos tiempos un fuerte incremento de nivel solamente en aquellos que de una u otra manera han emprendido aunque no sea más que una simple reforma agraria limitada.[96]

En este mismo sentido obra el sistema de las grandes familias,[97] fenómeno que se da en los países con una baja técnica productiva y excedentes reducidos y que sólo se entiende en ese contexto como un sistema, en su género, de «garantía interna», que actúa como amortiguador de las oscilaciones de la producción (evidentemente, en el caso exclusivo de las fluctuaciones relativamente insignificantes, ya que las grandes oscilaciones acarrean en general el hambre frente al cual la misma gran familia se halla sin defensa y muriendo a veces, junto a los demás, en un bello acto de solidaridad). Con el sistema de las grandes familias, el riesgo de la innovación con el que quizá se atreviera el individuo, se halla frenado por el comprensible temor colectivo, recayendo sin embargo los eventuales provechos de la innovación sobre la colectividad en pleno.

Nuevamente, las experiencias acumuladas por la historia económica permiten seguir las dificultades y los provechos ligados al proceso de individualización de la economía, proceso que enfrentan todas las sociedades que asumen la industrialización sobre una base posfeudal o bien atrasada.

La base sobre la cual las diferentes sociedades inician la industrialización decide igualmente del carácter de apropiación de los excedentes, a la vez que de su asignación o de su redistribución. En los albores del capitalismo, los grandes beneficios habían de reinvertirse en la producción y la ideología puritana, con su glorificación del ahorro, su austero modo de vida y de utilización productiva de las reservas, y que sólo en este caso era precisamente la «superestructura». Actualmente, el propietario de grandes reservas en un país atrasado, se halla ante una serie de posibilidades para invertirlas, por lo cual debe escoger. Por una parte, la ideología puritana, ya desaparecida hasta en los países tradicionalmente puritanos, en donde por el contrario el lujo «rockfelleriano» se halla rodeado de un nimbo de admiración social que la prensa, el cine, la televisión, etc., saben explotar y popularizar, es tanto más extraña para los países atrasados. En cambio, la posición social del miembro de la clase privilegiada le obliga a hacer ostentación del lujo y por lo tanto de un nivel de vida esplendoroso: debe «lucir» de la misma manera que en sus tiempos habían de deslumbrar al pueblo los príncipes soberanos alemanes o los magnates polacos. Suponiendo que aún le queden medios para invertir, el mundo entero está abierto ante él y nada le retiene para que la colocación del dinero en su país o en el extranjero tenga otros alicientes para él que no sean los económicos. El problema del porqué

el gran latifundista del Norte de Italia hizo inversiones y un magnate del Sur del país no invirtió en general o bien colocó su dinero en los bancos parisienses o ingleses, es solamente una muestra de cómo la historia económica ha de investigar problemas que aún siguen siendo importantes para el mundo.

El sistema social, por último, determina en sumo grado el mecanismo de la redistribución de los excedentes, sobre todo el mecanismo del crédito inversionista. Es sabido que en un país de tipo feudal el crédito tiene un carácter en gran medida de consumo y que es carísimo. Es caro por cuanto es para el consumo y por consiguiente es consumible por ser caro —ya que ningún beneficio de la producción cubriría un rédito tan elevado. En los albores del capitalismo en las naciones posfeudales, en los países con una poderosa clase de grandes latifundistas, aparecen instituciones de crédito barato y a largo plazo para la agricultura, basadas en la mayoría de los casos en las rentas de carácter público, y que por lo tanto constituyen un típico ejemplo de redistribución de la renta nacional. No es casual que tal institución surgiera en el reino de Polonia ya por el año 1825, mientras que para los créditos baratos, a corto plazo para la industria, se necesitó esperar aún medio siglo. El establecimiento en el Japón tras la Restauración de una entidad de crédito a bajo porcentaje de interés para la industria[98] constituye un nuevo testimonio de que la revolución Meyshi no fue el resultado exclusivo de la invasión americana, sino que se levantó sobre la base de una larga evolución previa, del desarrollo de las fuerzas productivas, de la acumulación, etc.

La asignación de la mayor parte de los excedentes a la industria en un país en el que el grueso de los excedentes está en manos de los grandes terratenientes, suele ser una tarea tan difícil como la cuadratura del círculo. En Inglaterra pudo asumir ese papel la supresión de los derechos arancelarios de los cereales que garantizaba, por mediación de la reducción de los precios de los artículos de consumo y de los salarios, el drenaje de los beneficios industriales por parte de los *landlords*. Pero conocemos lo difícil que fue llegar a esa supresión de los derechos arancelarios, a pesar de las condiciones en que se hallaba una gran industria que ya existía en ese país sin competencia alguna en escala mundial.

Y nuevamente tenemos que la generalización basada en la experiencia de la historia económica no puede consistir en «desgranar» a los elementos que tienen en común todos los acontecimientos conocidos. Tales elementos «comunes» no existen, o casi no existen. Lo común es la tarea que se desprende de la definición: una gran parte de los excedentes ha de asignarse a las inversiones en general y a las inversiones industriales en particular. Pero esta tarea, realizada a través de la actuación de las fuerzas espontáneas en Inglaterra, exige unas institucio-

nes rectoras en los países que tienen acceso más tarde a la industrialización. Algunos conomistas ingenuos, imaginándose extraer conclusiones de las experiencias de la historia, consideran que los grandes beneficios bastan como para incitar a las inversiones. Nada más falso. Pero con esta afirmación no nos enteramos sin embargo mucho más de las experiencias históricas que de las generalizaciones dinámicas.

Muchos economistas occidentales se complacen en subrayar la variedad de escalas de los valores sociales que se dan en los países atrasados. Aparentando una postura internacionalista, ello les permite imputar a las sociedades de esos países la culpa de su atraso económico. Pero el valor del progreso económico y todo cuanto gracias al mismo puedan lograr, no suele serles ajeno en absoluto a las sociedades atrasadas, hasta el extremo de que en ellas se manifiestan conflictos entre los diferentes valores conocidos también en la Europa actual, aunque se manifiestan en unos aspectos que no dan lugar a tales posiciones críticas. Suponiendo que en una sociedad determinada no haya otro medio para mantener las manifestaciones del respecto que el del lujoso nivel de vida, de nada sirve el instar a los ricos a que ahorren y hagan inversiones. Esto lo sabía Napoleón al distinguir con la Cruz de la Legión de Honor al pionero de la industria del azúcar de remolacha. También la Unión Soviética al crear el concepto del «héroe del trabajo socialista». Si en la sociedad no se da la posibilidad de obtener una garantía mínima de existencia sino sólo a las grandes familias,[99] la movilidad del trabajo y la aplicación de las innovaciones siempre se verá frenada. Pero en Europa esta dificultad se superó sin embargo gracias a una serie de instituciones diversas.

El problema práctico más importante en relación con la mutabilidad de la jerarquía de los valores sociales es la cuestión que tanto agrada a los economistas occidentales, de la diferencia en el valor relativo del salario y del *leisure* (los ejemplos más apreciados son los de la India).[100]

Pero si consideramos la diferencia que existe entre el sueldo de los blancos y el de los obreros indígenas en numerosos países atrasados, la estabilidad del empleo de los obreros blancos y la libertad de despedir del trabajo al operario indígena, el respeto que en la empresa goza el blanco y el desprecio que sufre el obrero indígena, y, además de eso, si consideramos lo que al indígena le cuesta el obtener trabajo (a veces la pérdida de los beneficios reales que entraña la pertenencia a la sociedad tradicional, el cambio de las condiciones de alojamiento en el sentido de un empeoramiento, el tener que alejarse de la familia durante mucho tiempo, el tiempo que necesita en ir de la casa al trabajo, etc.), veremos que más de una vez, ante esas condiciones, el hombre «más racional» de Europa Occidental, preferiría a ese supuesto *leisure* el dudoso *income*.[101]

La historia económica nos brinda un rico material de análisis. El campesino inglés no se fue a trabajar a la industria por sus elevados salarios. La existencia de un gran número de brazos *in potentia*, la cual, sólo con el mayor de los esfuerzos, se transforma en mano de obra *in actu*, es un fenómeno conocido en todos los procesos de industrialización que se han dado hasta la actualidad. Si no queremos repetir «las casas de trabajo forzado» del siglo XVIII, hemos de promover unas instituciones susceptibles de aminorar las dificultades inherentes al abandono de las sociedades tradicionales y de incrementar en grado sumo lo atractivo del ingreso en una ocupación profesional moderna.

Y aquí entramos en el conocido problema de la literatura sociológica, como es el vínculo existente entre las transformaciones de la escala social de los valores y las instituciones sociales. Weber, al pronunciarse por el papel motor que para el desarrollo de las instituciones capitalistas tuvo la ideología de la Reforma, adoptó al mismo tiempo una resuelta postura al asignarle una prioridad cronológica a la escala de los valores sociales en relación con las instituciones sociales. Por otra parte, nadie quizá podría negar que las instituciones capitalistas, tan pronto como funcionan, favorecen la extensión y el fortalecimiento de una escala de valores sociales propia del capitalismo. Esta dependencia no deja de ser, naturalmente, bilateral. La adopción de la tesis sobre la prioridad de los cambios en las fuerzas productivas no soluciona aún el problema, puesto que aquí el problema se plantea en los términos de saber si los cambios de las fuerzas productivas modifican primero la escala de los valores sociales o las instituciones sociales.

Para un historiador económico es de una necesidad histórica el diferenciar las preguntas.

Cuanto más temprana fue la aparición de una institución de un tipo dado, tanto más se diferenció su peregrinación por el mundo. La adopción de una institución determinada por parte de la nueva sociedad nunca ha tenido un aspecto pasivo, siempre hay una adaptación creadora; una vez adaptada, la institución se convierte bajo numerosos aspectos en el nuevo medio, en algo diferente, y en este sentido la sociedad ha de madurar hasta aceptar estos órganos constitucionales del poder soberano de la nación, del mismo modo que ha de madurar para su creación. Sin embargo, por otra parte tampoco conviene extremarse con este punto de vista y caer en el absurdo. Aun no siendo perfectas, las instituciones de la democracia parlamentaria funcionan sin embargo en la actualidad en los nuevos Estados africanos, lo cual sería imposible sin el mundo que los rodea.

En este sentido, muchos de los rasgos que los economistas aplican a los países atrasados y hasta a las gentes de otras esferas civilizadoras no son de hecho sino una adaptación de las instituciones existentes en tales países,[102] el sistema de las mis-

mas es una amalgama específica de instituciones autóctonas y de instituciones creadas por los colonizadores para servir a sus fines, y, por último, las importadas por los colonizadores no surgieron de un medio dado ni fueron adaptadas por éste, lo que hubiera suscitado por consiguiente la adaptación de las instituciones autóctonas y su deformación unilateral para los fines, sea de convivencia o de lucha, o de ambos.

El «descubrimiento» del carácter específico de la economía de los países atrasados, que se hizo precisamente después de la Segunda Guerra Mundial, bajo el poderoso influjo de los cambios en la posición política de esos países en el mundo y de su inevitable emancipación, está actualmente de moda. En la primera etapa de las investigaciones se comprobó la imposibilidad de aplicar la mayoría del equipo investigador desarrollado en los países avanzados a la economía de las naciones atrasadas.[103] A pesar de ser negativo, éste no deja de representar un gran éxito científico. Pero desde entonces distamos mucho de haber elaborado nuevos instrumentos investigadores. Aunque en su mayor parte carezca de nueva ambición la ola de indagaciones empíricas que sigue afluyendo año tras año no deja de ser en última instancia una contribución en tal sentido.

Gracias a su conocimiento del pasado económico de los países hoy avanzados, merced a su sensibilidad para con los aspectos del funcionamiento de cada sistema económico a favor de su criticismo frente a los testimonios acerca de las diferentes sociedades, la historia de la economía[104] tiene una gran tarea por cumplir.

XVI. Las previsiones basadas en la historia económica

LAS PREVISIONES EN LA CIENCIA HISTÓRICA

En *Hedda Gabler*, Ibsen habla de dos historiadores. Uno de ellos, honrado y pobre, trabaja desde hace años en una obra titulada *La industria de la casa de Brabante en la Edad Media*. El segundo, más genial y que vive al margen de la sociedad burguesa organizada, escribió... la *Historia del futuro*.

Dejando de lado la escena *fin de siècle* de *Hedda Gabler*, su genio borrachín, su mujer incomprendida, su desdeñoso pequeño burgués, etc., no será ninguna paradoja si decimos que uno de los motores principales que mueven a las gentes a ocuparse del pasado es su curiosidad por el futuro. Si esto no es justo en cuanto atañe a la respetable corporación de los anticuarios, lo es al menos con respecto de los grandes sabios —el héroe de Ibsen— y ...los profanos (Ibsen).

La postura de la ciencia histórica en relación con el problema de las previsiones no es tan sencilla como pudiera aparecer a través de la lectura de los manuales metodológicos del último medio siglo: no siempre y no todos adoptan una postura de repulsa hacia esta cuestión. Y lo más importante es que, más de un elemento de las obras de quienes ostentaban *expressis verbis* una actitud negativa, suele contradecir dicha postura; entre las líneas de la obra y hasta en los documentos biográficos de los historiadores despunta a veces la esperanza inconfesable de que las búsquedas históricas pueden llegar a descorrer la cortina que cubre al futuro. Ahora no es esencial el saber si esta esperanza se hallaba justificada o no en cualquier grado. Lo interesante es que existiera y que como tal fuera un motor poderoso para el desarrollo de la ciencia, ya que, al menos los más insignes creadores de escuelas y de orientaciones, Voltaire y Guizot, Michelet y Thierry, De Toqueville y Niebuhr, Lelewel y Czerniszewski, sabían por qué y con qué fin se dedicaban a la historia y lo que en ella buscaban. Y esto precisamente le daba a sus obras esa cohesión interna y ese carácter consecuente, haciendo que sus obras no fuesen solamente una colección de informaciones acerca de los hechos pretéritos sino una sólida concepción sociológica aun cuando no se expusieran siempre los criterios de una forma generalizadora. De esta manera se desarrolló la ciencia histórica y se desarrollaron los conocimientos sobre la sociedad en general, ya que cada una de estas corrientes condujo al análisis multilate-

ral del desarrollo social bajo un aspecto determinado. Las investigaciones acometidas precisamente con esa esperanza, a veces vergonzosa y callada, debían llevar al historiador a la comprensión de algún sistema de relaciones sociales, dándole por consiguiente un punto de apoyo para las previsiones y a veces para la acción, en el cual lo importante no suele ser que el sentido psicológico, en cuanto a la forma de ver la sociedad y las relaciones sociales, se adelantara al propio acometimiento de las búsquedas históricas y a sus resultados, y que Lelewell se inclinara hacia la posición de un demócrata plebeyo antes de empezar a indagar lo que la plebe representa en la historia.

Los más insignes positivistas —Buckle y otros—, así como el marxismo, proclamaron claramente las posibilidades existentes en cuanto a las previsiones basadas en la historia. Esto fue posible, evidentemente, gracias al hecho de que la historia salió de los estrechos marcos de la historia política —la grandeza y la ruina de los Estados, los reyes y las guerras— para dedicarse al análisis de las transformaciones sociales y económicas a través de los tiempos. Para los positivistas, las previsiones se asentaban en la concepción de un desarrollo, de un progreso de las sociedades armonioso y organizado, mientras que para los marxistas las previsiones se basaban en la idea del desarrollo a través de la lucha de las contradicciones internas. Los positivistas llegaron a la conclusión de la perennidad del sistema capitalista, mientras que los marxistas llegaban a la conclusión de su caída necesaria y, en consecuencia, de la inevitable dominación del socialismo.

Hubo muchas previsiones formuladas por los más grandes historiadores con independencia de que ellos mismos lo confesaran o no, y sin referirnos aquí al problema del valor cognoscitivo de éstas basadas en el análisis del pasado, es preciso hacer resaltar, sin embargo, que las sociedades humanas no tienen ninguna otra base para hacer previsiones y que sin ellas no pueden existir.[1]

LAS PREVISIONES DE LARGA DURACIÓN EN LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO

Las previsiones sociales son tan antiguas como las reflexiones sobre la sociedad, ya que cada reflexión ambiciosa sobre los fenómenos sociales encierra en sí misma implícitamente alguna idea sobre el futuro, aunque no se confiese el convencimiento acerca de la inmutabilidad de las relaciones dominantes. Esto atañe mucho más a la actividad económica y a las reflexiones científicas sobre la economía. Cada dirigente en el campo económico, ya se trate del «empresario» como del estadista, hace

previsiones de alguna manera. El pensamiento científico económico siempre quiso servir en cierto grado a uno u otro de los dos —e incluso a ambos a la vez— y por consiguiente tenía que prever.

El razonamiento de los canonistas estaba basado en el principio de la invariabilidad durante un largo período de las relaciones económicas. Durante largo tiempo esta hipótesis demostró su ecuanimidad, pero desde finales del siglo XVII podemos observar un ciclo peculiar de posturas con respecto a las previsiones, que oscilan entre el más sombrío pesimismo y el optimismo más ingenuo.[2]

Smith fue indudablemente un optimista. Creyó que el mundo entero entraría en el camino del progreso económico tan pronto como —lo cual no tardaría— en cada país se cumplieran algunas condiciones muy sencillas: la paz, bajos impuestos, una buena administración y la justicia.[3]

Durante la primera mitad del siglo XX y ante las tremendas consecuencias de la temprana industrialización, en Inglaterra estaba de moda ser pesimista a largo alcance y desde este punto de vista adoptaron esta actitud no sólo Malthus sino también Ricardo y J. S. Mill. Según sus concepciones, el rápido aumento de la industria y de la población conjugado con la escasez de la tierra y de los alimentos, debían ocasionar el incremento de las rentas, el estancamiento de los salarios reales, el descenso del nivel de los beneficios y en consecuencia la baja de los ahorros y de las inversiones. Así, el progreso económico había de terminar a largo plazo llevando a la economía a un nuevo estado estacionario. Aproximadamente, por aquel tiempo, Marx crea una doctrina en la cual el pesimismo con respecto a la economía como tal se halla substituido por un pronóstico pesimista en cuanto a unas formas determinadas de relaciones económicas, o sea con respecto al capitalismo.

El rápido progreso económico en la segunda mitad del siglo XIX inclinó nuevamente al optimismo a los economistas oficiales a los cuales no les agradaba contemplar el lado de los «costos» de dicho progreso. Marshall, Clark, Cassel construyeron su modelo en base al principio de la existencia en el sistema capitalista de unas fuerzas internas que actuaban en el sentido expansionista y del desarrollo. Este optimiso duró en la ciencia occidental oficial y académica hasta el año 1929, aunque la reacción en contra del mismo comenzara anteriormente, es decir, en los últimos años del siglo XIX.

Los primeros autores que llamaron la atención sobre la aparición de los nuevos rasgos en el sistema capitalista y que proyectan sombra sobre su futuro fueron Rosa Luxemburg y Hilferding y, en cierto aspecto, Hobson. La teoría del desmoronamiento automático del capitalismo (*Zusammenbruchstheorie*) de Rosa Luxemburg es aquí el concepto más extremado. La codifi-

cación del pensamiento marxista en este problema fue la obra de Lenin sobre el imperialismo (1917). Pero todos estos trabajos no lograron alterar el inquebrantable optimismo de la ciencia oficial, el cual, sin embargo, desapareció de pronto en 1929. Es difícil fijar en la historia ideológica o de las ciencias humanísticas, con una precisión de un año, la fecha de un momento culminante como ocurrió en este caso.

Surgieron las teorías del estancamiento defendidas especialmente por Alvin Hansen y J. M. Keynes. Tampoco fue casual la resurrección de la hipótesis de Rosa Luxemburg y el gran interés que por ella demostraban los círculos keynesianos.

Contrariamente a los neoclásicos, los partidarios del estancamiento mostraron la existencia en la economía capitalista de unos factores internos que conducían al mismo y que si se les dejaba actuar con libertad conducirían inevitablemente a éste.[4] De ahí el violento intervencionismo de Keynes, que creía que la tendencia al estancamiento, al ser estudiada, es decir, conocida y comprendida, podía ser combatida y dominada gracias a la intervención del Estado, asegurando el desarrollo ulterior de la economía en medio de todos los azares. Las fuentes del incremento económico que venían actuando automáticamente a lo largo del siglo XIX, es decir: *a*) el aumento de la población, *b*) la expansión exterior (motivos de R. Luxemburg y de Lenin), *c*) el progreso técnico, ya debían de agotarse. No es posible detenerse mucho en la teoría del destino que condenó a Hansen a prever un estancamiento del progreso técnico unos años antes del descubrimiento de la energía atómica, de la automación, del radar, la penicilina, etc.

Al hallarse los economistas marxistas como O. Lange y P. Sweezy bajo una cierta influencia de los insignes partidarios del estancamiento, cambiaron los pronósticos de éste por el de la estancación de la economía capitalista.

Después del año 1945, se puede observar en la ciencia económica occidental una nueva ola de tendencias optimistas, las cuales presentan no obstante algo de nerviosismo, como se manifestó especialmente ante la recesión norteamericana del año 1958. Al parecer, el recuerdo de 1929 sigue estando todavía vivo.[5]

¿Conclusión? Que la mayor parte de estas previsiones sobre el desarrollo económico de larga duración fueron la proyección de una situación a menudo de corta duración. Estas teorías nos informan mucho de las épocas en que fueron creadas (como fuentes para la historia de la ciencia y de las ideologías) pero nada o casi nada nos dicen con respecto a las épocas a las cuales aluden.

LAS PREVISIONES Y EL CARACTER CICLICO DEL DESARROLLO ECONÓMICO DEL CAPITALISMO

La comprobación del carácter cíclico del funcionamiento y del desarrollo de la economía capitalista, constituye una nueva concepción cualitativa de las previsiones basadas en las experiencias históricas. Esta comprobación, hecha por Marx, fue adoptada por la ciencia burguesa en la edición de C. Juglar (1856),[6] de un modo en verdad algo diferente a la teoría marxista, pero que sin embargo subraya con fuerza el problema del carácter cíclico de las crisis.

Si las crisis se repiten periódicamente, es posible preverlas de la misma manera que se prevén los fenómenos astronómicos, y si existe esta posibilidad, es natural que sean muchos los interesados en ellas. Pero nadie advirtió su absurdo: que incluso la más correcta previsión de una crisis puede, a lo sumo, acelerarla.

En el año 1917[7] se construyó el llamado «barómetro de Harward» que debía constituir un método científico para la previsión de las crisis. Este barómetro fue construido en base a tres curvas: A, siendo la curva de los fenómenos bursátiles, B, la curva de los fenómenos del mercado y C, la curva del mercado monetario. Al poco tiempo ocurrió que estas curvas se superponían casi, con cierto retraso correlativo y que por lo tanto bastaba con apoyarse sobre la curva A. Y aquí ya se encubría la capitulación: el hecho de basarse en los fenómenos bursátiles significa prácticamente el reconocimiento de que la resultante de las previsiones de las «esferas económicas» es la que suministra las mejores y más rápidas informaciones sobre el discurso ulterior del ciclo, y por tanto que «ellas mismas saben mejor que nadie». ¿Cuál podía ser, en este caso, el sistema científico de análisis?

Pero cuando el «barómetro de Harward» acabó de comprometerse fue en el año 1929 al anunciar las mejores perspectivas.[8] Es posible que los economistas de Harward formularan estas previsiones con pleno convencimiento. Pero sería muy interesante saber lo que hubiera ocurrido si en base al análisis de sus datos hubiesen extraído conclusiones pesimistas. ¿Las hubieran podido anunciar sin correr el riesgo de acelerar el momento del estallido de la crisis? Las previsiones en materia de cuestiones sociales son muy delicadas, ya que estas mismas, al convertirse en un hecho social, comienzan a actuar, modifican los datos del análisis y por tanto anulan su propia exactitud.

Después de la Segunda Guerra Mundial, ante la llamada deformación del ciclo y la entrada del capitalismo en un período de fuerte intervención estatal, las «previsiones» económicas cobraron un carácter muy operativo. Junto a las mismas se desarrolla, particularmente en los EE UU, y en gran escala, la teoría de la previsión microeconómica, la cual ha de servir de directiva muy especialmente a las empresas.

Las previsiones económicas son siempre, en cierto grado, una «prolongación de la curva». En este sentido, han de contestar a la pregunta de cuál es el presente y no de cuál será el futuro. Es decir, que la respuesta quedará formulada así: «de seguir la situación presente, llevaría a tal o cual estado de cosas».[9] El valor de esta proyección como previsión dependerá del número y de la calidad de los elementos tomados como puntos de referencia. Pero jamás podrán tenerse en cuenta todos los factores decisivos y la previsión «se verificará» siempre y cuando uno de los factores excluidos de nuestros estudios por su poca importancia no actúe poderosamente en el futuro. A fin de evitar cualquier sorpresa de este tipo, ciertos economistas multiplican en lo posible el número de los factores activos; así, el llamado modelo J. Tinbergen tiene en cuenta para el análisis de la coyuntura norteamericana una suma de setenta variantes,[10] y el modelo R. Frisch muchas más aún.[11]

Es evidente que la multiplicación de las variantes no deja de complicar en extremo el método, no ofreciendo a cambio nunca la garantía de que en el futuro algún elemento no tomado en consideración no va a influir con fuerza sobre la vida económica.

Lo peor es que también pueden fallar los factores utilizados como puntos de apoyo del análisis. En primer lugar, porque dichos factores dependen de la acción de muchos otros elementos que no siempre pueden ser tenidos en cuenta y que incluso no son muy conocidos desde el punto de vista científico. El constante crecimiento demográfico que después de la Segunda Guerra Mundial se ha verificado en los países capitalistas más ricos y que anuló muchas previsiones económicas, es aquí uno de los ejemplos más claros.

En segundo lugar, la variabilidad de una serie de factores a largo plazo es un problema que a menudo no se conoce suficientemente en la ciencia. Las largas series estadísticas suelen fallar con bastante frecuencia por causas institucionales y a veces por causas esenciales. Si el número de los enfermos mentales ha aumentado en Francia, pasando de 69.000 en el año 1886 a 138.000 en el año 1936, sabemos que ambas cifras son incomparables por cuanto, junto al cambio cuantitativo, en el citado fenómeno intervienen otras variaciones quizá más importantes, como son las que se han producido en los estados civilizados en materia de diagnóstico, tratamiento y cálculo de las enfermedades psíquicas.

El crecimiento aterrador de la cifra de defunciones provocadas por el cáncer, que tanto preocupa a la opinión pública, obedece al parecer a dos factores principales: *a*) la prolongación de la media de la longevidad humana y por consiguiente el incremento del número de personas que alcanzan la edad típica en la que suele contraerse dicha enfermedad, y, *b*) los progresos realizados en cuanto al diagnóstico del cáncer.

Mientras que el primero de estos factores puede ser tenido en cuenta para las previsiones, el segundo no puede serlo. En este sentido, la brevedad de las series estadísticas y en todo caso la brevedad de las series estadísticas comparables (debido a la frecuente incertidumbre de la base de partida y de los eslabones preliminares de la serie) constituye una seria dificultad para las previsiones a largo plazo. Es posible suponer que con el tiempo esta dificultad disminuirá en la medida en que cada quinquenio vaya alargando la serie de una forma correcta científicamente. Sin embargo, tampoco está descartado que los datos recogidos por las instituciones estadísticas sean insuficientes e incomparables con respecto a las necesidades de la ciencia del futuro.

Pero al examinar las previsiones relativas a los fenómenos humanos, es preciso llamar aún la atención sobre otro de sus aspectos: el aspecto que pudiéramos denominar «macbethiano». ¿Macbeth hubiera sido un criminal sin la profecía en la cual creyó? ¿No fue esta predicción de las brujas la que lo incitó al crimen? Este fenómeno actúa con toda su fuerza en los procesos sociales. Las previsiones acerca de la recesión quiebran la coyuntura. El sociólogo norteamericano Merton[12] calificó este fenómeno de «autocontrol de las previsiones».

Finalmente, existe otro tipo de fenómenos trascendentales que provocan el «fracaso» de las previsiones. Pues la previsiones económicas no son realizadas como experiencias de laboratorio sino en tanto que principio de acción. En el sistema capitalista el inversionista o el especulador ha de prever sobre todo lo que deben de prever los demás.[13] Cada previsión realizada por la ciencia, por poco que se halle fundamentada y tenga algún grado de probabilidad, acarrea consigo toda una serie de acciones de los individuos y de las instituciones, las cuales, al modificar los datos del análisis —imprevistos en éste—, provocan el «fracaso» de la previsión, hasta tal extremo y por paradójico que ello parezca, que dicha frustración no demuestra ni mucho menos que la previsión no era acertada sino que al contrario constituye a veces su confirmación.

LAS CONDICIONES SOCIALES DE LA PREVISIÓN RACIONAL

Naturalmente, el problema de las previsiones económicas, tanto en escala macroeconómica como —y sobre todo— en escala microeconómica, depende del conjunto de las condiciones sociales. Aquí no basta la certidumbre acerca del valor del análisis racional: han de cumplirse además una serie de condiciones sociales, muchas de las cuales sólo pueden realizarse en un alto nivel de desarrollo social.

Tomemos por ejemplo el problema fundamental de la dependencia en relación con la naturaleza.[14] Con unas débiles fuerzas productivas, cuando el producto global del trabajo humano rebasa en un grado insignificante el producto absolutamente indispensable, el mínimo empeoramiento de las condiciones naturales —sequía, precipitaciones excesivas, etc.— puede provocar el descenso del producto global por debajo del producto indispensable. La escasez de los medios de transporte y la falta de grandes reservas en los grupos sociales vecinos, pueden desembocar en una verdadera catástrofe. Es difícil hacer previsiones con unas fuerzas naturales cuya acción no es posible vaticinar con certeza. El pensamiento catastrofista del Medievo no es tampoco esta vez tan irracional, sobre todo en unas condiciones en que los grupos humanos se veían abocados constantemente a la catástrofe, problema que no sólo tiene una trascendencia desde el punto de vista histórico, ya que la plaga del hambre es sobradamente conocida actualmente por la mitad de la humanidad. La incapacidad de los hindúes para los cálculos económicos a largo plazo, que tanto deploran los economistas occidentales al considerarla como un rasgo específico de la cultura budista y un serio obstáculo al desarrollo económico, no deja de ser uno de los clásicos atributos de la Europa medieval, del que sin embargo lograron liberarse las naciones europeas, pero sólo cuando el incremento de las fuerzas productivas hizo que el hombre se hallara menos afectado por la acción imprevisible de las fuerzas de la naturaleza. En cuanto crezca en la India la productividad del trabajo humano, tan pronto como desaparezcan los cataclismos periódicos, el hindú empezará a calcular a largo plazo. Aún no lo hace, no por hallarse culturalmente incapacitado, es decir, por «no saber», sino porque su sociedad no le brinda las condiciones necesarias para esta clase de previsiones. Es precisamente el hindú quien, en sus circunstancias, obra racionalmente al no hacer previsiones.

Los abusos de los potentados —típicos en Polonia antes de los desmembramientos—, la inestabilidad del poder y del sistema jurídico —tan frecuentes hoy día en los países subdesarrollados—, el peligro de la ingerencia exterior al cual se hallan expuestas las naciones atrasadas, todo ello obra en el sentido de impedir las previsiones racionales.

Los historiadores idealistas han reiterado su concepto del surgimiento del capitalismo como la generalización de la aptitud al cálculo y a las previsiones económicas, especialmente a largo plazo. Pero el problema no radica tanto en que el hombre sepa qué tiene que prever sino en crear las condiciones precisas que le hagan creer en sus previsiones.[15] Es decir, que el hombre ha de vivir en unas condiciones sociales que propicien la previsión racional.

La posibilidad de la previsión racional depende de la magni-

tud del riesgo de incurrir en el error, la cual, a su vez, depende del nivel de las fuerzas productivas y de las instituciones sociales, existiendo una correlación entre ambos factores. El desarrollo de aquéllas aminora el riesgo de un fracaso técnico —que la sementera no dé la cosecha apetecida, que la cabaña sea diezmada por las epidemias, que estalle la máquina de vapor, etc. Las instituciones sociales influyen asimismo en el aminoramiento del peligro a través de su dislocación social. El personaje del *Mercader de Venecia* de Shakespeare operaba en unas condiciones extraordinariamente arriesgadas, imprescindibles para el desenlace del drama. Toda su riqueza, su situación económica se halla comprometida en una sola transacción. El barco está en plena mar: si llega a buen puerto, el beneficio será enorme; si naufraga, él está arruinado. Llegan noticias de la tempestad en el mar. Pero al repartir el riesgo entre todos sus miembros, la Guilda de los mercaderes lo reducía hasta tal extremo que hacía posible el cálculo.[16]

La previsión es tanto más segura cuanto el objeto a la cual se refiere es mayor. La Guilda hacía previsiones con menos riesgo de equivocarse que lo hubiesen podido hacer cada uno de los mercaderes que de ella formaban parte. Un ministro mercantilista podía prever el estado de aprovisionamiento del país, algo imposible de realizar por cada propietario agrícola. Las posibilidades de una revisión correcta y por lo tanto económicamente racional aumentan a medida que crecen las vinculaciones de la interdependencia entre los hombres, que los individuos y los pequeños grupos van siendo substituidos por las grandes agrupaciones.

Consciente o inconscientemente, el incremento de la interdependencia humana es la condición del aumento de la solidaridad entre los hombres. Si por culpa de la mala cosecha en Francia el precio del trigo subía en Alemania porque el trigo de este país se exportaba al país galo, esto no era sino una manifestación de la solidaridad inconsciente, involuntaria, pero que de hecho era una manifestación solidaria, una dislocación del peso de la desgracia que había afectado a una sociedad sobre una sociedad vecina, y, en definitiva, la base indispensable sobre la cual, con el tiempo, nacería la solidaridad consciente, ideológica. El crecimiento de la interdependencia y la solidaridad disminuye el riesgo al repartirlo sobre unas agrupaciones sociales cada vez mayores, aumentado por consiguiente las posibilidades de una previsión y de un cálculo racionales para el mejor aprovechamiento de todos los recursos en interés de toda la humanidad. Largo es el camino desde el reparto del riesgo en las Guildas medievales a la ayuda internacional que actualmente se aporta a la India en los años de hambre, perc esta es una vía claramente visible en la historia económica del mundo, no siendo muy arriesgado el prever que ha de culminar en la futura economía socialista del mundo.

Finalmente, la previsión es tanto más segura cuanto más duraderas son las instituciones en el marco de las cuales se desarrolla la vida económica. Por ejemplo, no es fácil hacer previsiones inmediatamente después de una revolución social, por ser demasiado cortas las series estadísticas que habrían de extrapolarse en el futuro.[17] A fin de evitar todo malentendido, es necesario precisar que aquí pensamos en la invariabilidad de las condiciones sociales, ya que tales condiciones nunca se dieron ni se pueden dar. En segundo lugar, en las civilizaciones contemporáneas los cambios y la variabilidad en sí son cada vez más previsibles, como lo veremos en el apartado siguiente, ya que se trata de la constancia de las instituciones dentro de cuyo ámbito transcurre la vida económica —la guerra o la paz, el capitalismo o el socialismo, etc.

En la historia de la ciencia —más bien histórica que económica— se ha aludido muchas veces al elemento del progreso técnico como elemento indeterminante, teniendo en cuenta el papel que este elemento debía llevar en el desarrollo económico, a una interpretación indeterminante del conjunto de la vida económica y por tanto a suprimir toda posibilidad de previsión económica. Los partidarios de esta postura consideraban los descubrimientos como una obra individual, perteneciente más bien a las categorías sicológicas que sociológicas.

Esta teoría «heroística» suele oponerse actualmente en la ciencia a la hipótesis «sistemática»[18] que considera los descubrimientos como un fenómeno social supeditado extraordinariamente a las condiciones sociales que en cierto grado constituyen una «demanda social» con respecto a los inventos, condiciones sociales que permiten la aceptación social de la invención, y que son mucho más decisivas que la personalidad del inventor.[19] La teoría sistemática se fundamenta en: *a*) los numerosos inventos rechazados por las sociedades en que fueron descubiertos y que más de una vez tuvieron que ser «redescubiertos», *b*) en el conocido fenómeno de la simultaneidad de las invenciones para el logro de las cuales se necesitó resolver en forma idéntica —o lo que aún es más interesante, de un modo distinto— las mismas dificultades técnicas, *c*) el carácter acumulativo de las invenciones que con tanta frecuencia constituyen la culminación de un largo proceso de perfeccionamientos parciales y de invenciones fragmentarias.[20]

Marx escribe que no puede atribuirse a un solo individuo ninguno de los descubrimientos del siglo XVIII.[20a] Los cambios tecnológicos no son ningún factor ajeno en relación a la sociedad, sino un proceso social que se desarrolla en íntima conexión con los rasgos culturales, la escala de valores, etc.,[21] imperantes en una sociedad determinada.

Sólo así, consideradas de esta manera, pertenecen las invenciones a la historia económica, a la ciencia social.

No es difícil probar qué necesidades sociales tuvieron que satisfacer las invenciones.[22] Los progresos de la técnica de navegación marítima en el siglo XVI se explican por las necesidades de comunicación con las tierras recientemente descubiertas; la construcción de canales progresa en el siglo XVIII, debido a la demanda creciente del transporte masivo de los productos para largas distancias; el desarrollo de la minería de carbón y de sus aplicaciones técnicas está ligado a los progresos de la tala de los bosques, etc. Naturalmente, aquí tropezamos con el problema de la «racionalización *ex post*» que tanto preocupa a Max Weber. Pero el análisis histórico suele tener la oportunidad de averiguar las dificultades que estorbaron concretamente una invención, en qué medida se reflejaba ésta en el cálculo de la producción y si se hicieron pruebas para superar los obstáculos técnicos ligados al nuevo descubrimiento, etc.

Por último, es preciso recordar que el investigador de la vida económica no se interesa por los descubrimientos en sí mismos sino por los que han sido aplicados en la producción. En este caso, entramos de lleno en la esfera de los fenómenos sociales. En las típicas condiciones feudales del año 1586, en la ciudad portuaria de Gdansk echaron al Vístula, donde se ahogó, al inventor de una máquina de hacer cintas.[23] Viviendo en una sociedad que «distinguía» de esa manera a los «inventores y racionalizadores de la producción», ¿no tenían razón los canonistas al discurrir sobre el principio de la inmutabilidad de la técnica?

En la época en que la empresa capitalista empieza a decidir sobre la aplicación o la no aplicación de los inventos, no nos puede asombrar que durante los períodos de bajo nivel de la renta y de dificultades en el reclutamiento de la mano de obra, predominen los descubrimientos que tienden a ahorrar esta última y que, en las épocas de una gran reserva de mano de obra y de alto nivel de la renta, prevalezcan los inventos que pueden ahorrar el capital.[24] Igualmente significativo es el hecho de que en Inglaterra la estadística de las patentes coincida en su curva ascendente con los años de óptima coyuntura económica.[25] De la misma manera, en el período de crecimiento coyuntural, prevalece la aplicación de los inventos de útiles para el ahorro de la mano de obra, mientras que en los tiempos de recesión, en que la fuerza de trabajo disminuye de valor y es difícil hallar capitales, predominan los descubrimientos que tienden a ahorrar el capital.[26]

Respecto a los países actualmente subdesarrollados, el problema se presenta muy distintamente a lo que acostumbró ocurrir en la época de industrialización de Inglaterra, ya que los países subdesarrollados cuentan en la actualidad con mayores posibilidades de elección, teóricamente al menos.

Naturalmente, se puede exagerar esta diferencia, pues hasta cierto punto esta misma situación se daba igualmente en Inglaterra durante el período de su industrialización. Contrariamente a lo que se ha querido sugerir, no todos los descubrimientos que contribuyeron a la Revolución Industrial fueron obra de los ingleses, ya que la aportación del pensamiento científico francés[27] y hasta alemán fue muy importante, encontrando en Inglaterra unas condiciones socio-económicas favorables a sus posibilidades de aplicación. Los ingenieros de minas alemanes imputaron a los ingleses el copiar los métodos de explotación germanos; en los años cincuenta y sesenta del siglo XIX, los ingenieros ingleses acusaron a su vez a sus colegas alemanes de copiar los métodos británicos, y durante el período de entre las dos guerras, en Occidente se solía acusar a la Unión Soviética de copiar los procedimientos occidentales. Tales imputaciones son tan universales como irracionales. Pero a pesar de todas las barreras y de todos los obstáculos, la internacionalización de los perfeccionamientos técnicos sigue operándose y suele ser tan positiva para el mundo entero como para el país donde se hiciera el descubrimiento inicial.[28] Además, ninguna «importación» de una obra cultural, especialmente de la técnica, puede ser un proceso pasivo, ya que por el contrario, éste es siempre creador de cualquier modo, pues requiere siempre un proceso original de adaptación, único en su género; siempre surgen problemas que no existieron en el país del cual procede el descubrimiento. Nadie ha de reemplazar a las naciones atrasadas en esta labor creadora.

Pero al referirnos a las posibilidades de elección pensamos en la necesidad de una opción en el marco inversionista y sobre todo a la necesidad de escoger entre las técnicas «modernas» —más adelantadas que las existentes en el país subdesarrollado— y las «ultramodernas», en escala mundial. En Occidente existe ya toda una organización encargada de la exportación de fábricas «usadas» las cuales ya han sido amortizadas moralmente en los países de origen pero que no soportan la competencia, y que en los países de destino pueden contribuir supuestamente al crecimiento de la media de la productividad del trabajo.

Este asunto es objeto de muchas discusiones científicas. Se esgrimen una serie de argumentos en pro de la tesis que aboga por la necesidad de utilizar en los países subdesarrollados una técnica que no sea «ultramoderna». En primer lugar, está el problema de la magnitud de la mano de obra. La técnica ultramoderna es a la vez la que necesita menos mano de obra, y es el caso que es en los países atrasados donde suele existir un exceso de población, un desempleo crónico. El ahorro de la mano de obra es, por tanto, en dichas naciones un contrasentido tanto desde el punto de vista económico (fuerza de trabajo barata) como social (incremento o al menos estacionamiento del desempleo y aumento de la superpoblación rural).

A todo esto el historiador económico puede agregar ciertos argumentos extraídos de las experiencias del pasado. Se puede arriesgar la tesis de que los países que resolvieron con éxito el problema de su atraso económico, siguieron siempre el camino de la adaptación de la técnica más moderna en aquellas ramas en las que aún no había sido aplicada extensamente en las naciones más desarrolladas —papel de la industria química en Alemania—, o incluso en aquellos países que tenían que contar con una potente competencia como la industria textil en el Japón, donde, y a pesar de que la tarea era particularmente ardua al tener que enfrentar la gran crisis del año 1929, las exportaciones de los géneros textiles japoneses sufrieron menos que las de Inglaterra, cuya producción se apoyaba, además de en las más modernas máquinas, también en parte en unas máquinas antiguas, moralmente amortizadas desde hacía tiempo.[29]

Así, cuando se trata de las previsiones del progreso técnico, lo más importante no son las previsiones relativas a los éxitos de los experimentos de laboratorio, sino las previsiones con respecto a la orientación de las futuras actividades inversionistas. Además de ser mucho más previsibles, éstas nos muestran en cada análisis económico los puntos débiles en las ramas de la producción y en las etapas del proceso productivo.

Sin embargo, en la actual fase de desarrollo de las fuerzas productivas y de la ciencia, también es posible hacer previsiones hasta cierta medida en cuanto a la orientación del progreso de las experiencias de laboratorio. Hoy día la experimentación se identifica cada vez más con la actividad inversionista normal: requiere enormes medios financieros y aporta inmensos beneficios. Los resultados más trascendentales se obtienen en aquellas ramas de la investigación para las cuales se asignan los mayores capitales.[30] Por último, es conocido en principio el cálculo de las ramas principales de la industria en los países altamente desarrollados, lo que a su vez permite prever la orientación que ha de seguir el progreso técnico.

LOS ELEMENTOS DE LA PREVISIÓN

Haremos una digresión para preguntarnos, a la luz de las experiencias de la historia económica, cómo se presentan las previsiones económicas a largo plazo y macroeconómicas, en qué sentido han de desarrollarse las transformaciones económicas en el próximo futuro, es decir, veamos en definitiva cuáles han de ser algunos de los elementos de una hipotética «historia económica del siglo venidero».

Dicha pregunta no deja de enmarcarse en el actual trabajo por cuanto la orientación del desarrollo económico en el futuro

ha de depender igualmente de cuál sea la ciencia de la historia económica: si la ciencia ha de servir a las necesidades de la vida, debe enfrentarse con los problemas concretos que ésta plantea. De forma que si queremos elaborar una ciencia de la historia económica al servicio del futuro, debemos acompañar esa obra de una visión del desarrollo económico venidero, ya que esta visión suele acompañar siempre en realidad al historiador y especialmente al historiador económico, ya sea éste reaccionario o progresista, liberal o marxista. Se trata solamente de que esta visión fuese consciente y que se asentara en lo posible en una previsión auténticamente científica.

En la actualidad, la renta social del mundo crece más rápidamente que su población. Por añadidura: *a*) el aumento de la producción puede multiplicarse, y todo demuestra que puede ser acelerado —ya que, contrariamente a la época en que Hansen escribía, ahora nos hallamos en un período en el que existe una enorme cantidad de descubrimientos ya realizados y que han sido utilizados en una pequeña proporción en la producción o que en general no han sido utilizados—; *b*) según todas las probabilidades, el incremento de la población ha de reducirse, si no a consecuencia del descenso de la natalidad, al menos como resultado de la necesaria bajada del factor del aumento de la longevidad humana, el cual actuó con gran fuerza durante los últimos quince años junto con el descenso de la mortalidad. El predominio del crecimiento económico sobre el aumento de la población ha de incrementarse, por lo tanto, en el curso de los próximos decenios.

El problema del progreso económico y del aumento del bienestar material de la humanidad es, por consiguiente, una cuestión más bien política y social que técnica.

Evidentemente, las previsiones acerca del crecimiento de la población mundial pueden fallar, ya que las posibilidades de un descenso de la mortalidad en los países atrasados distan de estar agotadas. La bajada de la natalidad, que por regla general suele acompañar en las actuales experiencias históricas al descenso de la mortalidad, puede no producirse o bien hacerlo con un gran retraso. Ambos factores a la vez pueden provocar un crecimiento de la población de nuestro planeta, mayor que el supuesto. Pero no hay que descartar la acción de otros elementos en sentido contrario. En los círculos de la medicina es posible escuchar voces alarmantes: con el tiempo ¿no ha de volverse insensible el organismo humano a la acción de los antibióticos? La visión de una humanidad abocada de nuevo al peligro de las enfermedades sin el remedio de la penicilina sería quizá demasiado apocalíptica, pero de existir, aunque no fueran más que ciertos fenómenos en este sentido, ello podría influir negativamente en las previsiones sobre el crecimiento de la población.[31]

El aumento de la producción mundial y de la media de la

productividad del trabajo es seguro mientras no se hallen dificultados por los factores socio-económicos, y por consiguiente también lo es el aumento del progreso económico siempre y cuando éste se halle dedicado al servicio de la humanidad y no al de los fines guerreros.

Así, la exacta previsión del grado del incremento económico tropieza actualmente con grandes dificultades debido a la brevedad de las series estadísticas sobre las cuales podemos apoyarnos. Los grandes cambios técnicos y de sistema que acontecieron en el mundo como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, prueban que en realidad podemos apoyarnos en las series de diez a quince años. Es evidente que el ritmo previsto del aumento de la producción ha de ser muy distinto si miramos hacia el futuro con arreglo a la curva de los últimos quince años o si nos servimos de los datos concernientes a los últimos veinte años (desde 1938), y más diferente aún si arrancamos de la curva de los últimos treinta años (a contar desde el período de la crisis mundial). Tomando como punto de partida el año 1931 obtendríamos un resultado agrandado, por cuanto arrancamos de una base aminorada.[32]

Pero para pasar de estos razonamientos abstractos a la realidad concreta es preciso establecer una distinción entre las nacione del orbe, dividiéndolas en: *a*) países avanzados y países atrasados económicamente y, *b*) en países capitalistas y países socialistas.

Detengámonos un momento en la primera división, cuya trascendencia ha penetrado últimamente en la esfera de la opinión mundial.

Podemos imaginar que la situación se presenta como sigue:[33]

	Países ricos	*Países medianamente ricos*	*Países pobres*
Población en millones	430	470	1600
% de la población mundial	16%	17%	67%
Promedio de la renta anual *per capita* expresada en dólares	460	150	40
Longevidad humana probable	63 años	52 años	30 años
% de analfabetos por encima de los 10 años de edad	5%	20%	78%
Inversiones por obrero	100	40	10
Rendimiento del trabajo en el agro	100	40	8

Suponiendo que miremos el problema desde el punto de vista de los resultados económicos del trabajo humano, los resultados serán los siguientes:

En los años que siguieron inmediatamente al final de la guerra, la renta por persona empleada según la IU (International Unit):[34]

China	por hora de trabajo	— 0,03	anualmente	— 138
India		— 0,08		— 223
Italia		— 0,18		— 395
Holanda		— 0,44		— 1054
Australia		— 0,64		— 1421
EE UU		— 1,00		— 2222

Tan deplorable es la situación.

Pero más interesante aún para nosotros es el sentido de los cambios que se operan en este orden. En el mundo capitalista, el cual abarca actualmente los 2/3 de la humanidad, dichas variaciones pueden caracterizarse con algunos ejemplos. Así, tenemos que la renta nacional *per capita* en los EE UU por una parte y en la India y Grecia por la otra, ha cambiado como sigue:

USA: India	1938	— 15,3 : 1
	1948	— 21,2 : 1[35]
USA: Grecia	1938	— 4,2 : 1
	1950	— 6,7 : 1[36]

En los últimos análisis sobre el crecimiento económico se estima que los países pobres invierten sumas que se sitúan por debajo del 5 % de su renta nacional, mientras que las naciones desarrolladas de Occidente invierten del 10 al 15 %. Asimismo se estima —en base principalmente a las experiencias de los EE UU en los años 1870-1950— que la correlación entre el aumento neto de las inversiones y el de la producción supone más o menos el 3:1, mostrando una gran estabilidad. Un aumento de la renta nacional de un 3 % aproximadamente, normal para los países de Occidente —es insuficiente para las naciones subdesarrolladas, escasamente equipadas y con un crecimiento demográfico natural muy elevado—, requiere por tanto anualmente una asignación del 9 % al menos de la renta nacional para inversiones, y suponiendo que se quiera obtener un crecimiento anual de la producción de un mínimo del 4 %, hay que dedicar un 12 % de dicha renta a las inversiones.[37] Les es mucho más fácil invertir anualmente un 12 % a los países que disponen de una gran renta nacional.

Además, tampoco hay que forjarse actualmente grandes ilusiones respecto a los cambios que puedan producirse en el proceso

de exportación de los capitales de los países avanzados hacia los países subdesarrollados. El fenómeno de la exportación de capitales, típico para el imperialismo, era un instrumento de explotación económica y de dominación política de las naciones atrasadas en relación con la gran capital metrópoli; sin embargo, a largo plazo constituía para el gran capital un «socavamiento del terreno donde se asentaba», al crear, aunque no fuera más que una industria limitada y unilateral, la cual daba nacimiento a una clase obrera que, aunque poco numerosa, se convertía en el futuro en la fuerza rectora de la lucha contra el imperialismo. En los anales de la explotación de capitales, el primero y más importante exportador fue durante largo tiempo Inglaterra. La edad de oro para su exportación de capitales fueron los cuarenta años que precedieron a la Primera Guerra Mundial. Durante los años 1905-1913, Inglaterra exportó el 7 % de su renta nacional y en el año 1913 hasta el 9 %. Pero al invertir tan grandes sumas sólo lo hacía apenas al 40 % de lo que rendían las viejas inversiones. Este porcentaje se redujo mucho más en el período de entre las dos guerras. En el año 1913 el 40 % de las inversiones extranjeras de capitales se hallaban constituidas por los ferrocarriles, el 15 % iba a las minas y el 30 % era para los empréstitos estatales —una gran parte de los cuales se invertían a su vez en los ferrocarriles o las minas. El desarrollo ulterior deja aparecer un crecimiento constante de la participación de los empréstitos estatales o garantizados por los Estados deudores. Para la exportación de los capitales norteamericanos, la edad de oro se sitúa en los años veinte del siglo XX. Pero una mínima parte de los préstamos extranjeros yanquis va a los países realmente pobres: a veces bastan pequeñas sumas para subyugar a estos Estados y su economía. En el año 1931, los capitales norteamericanos exportados correspondían en un 40 % a Europa, en un 29 % al Canadá, en el 22 % a Hispanoamérica y en un 9 % al Extremo Oriente. Después de la Segunda Guerra Mundial aumenta la exportación de capitales estadounidenses al Cercano Oriente, sin embargo las sumas totales siguen siendo poco importantes. Paralelamente, disminuye, en comparación a los años veinte, el papel de las inversiones privadas, que a comienzos de la década de los cincuenta representan apenas el 1 % de la renta nacional de los norteamericanos, lo cual corresponde al enorme incremento del papel de los préstamos internacionales concedidos por uno o varios Gobiernos, ya que en lugar de invertir directamente, por ejemplo en Argentina, el capitalista yanqui lo hace a través de su Gobierno que concede un préstamo al Gobierno argentino. La garantía gubernamental del país deudor disminuye los riesgos al repartir la deuda sobre todos los individuos imponibles del país, y el peligro que sigue existiendo a pesar de todo se halla cubierto por mediación del Gobierno del país acreedor, repartiendo por

tanto este riesgo entre todos los individuos imponibles de esta última nación.

Dado que hay pocas posibilidades que los países atrasados puedan obtener de los países avanzados los préstamos que les son indispensables, es preciso pensar si son capaces de comprar las instalaciones que necesitan para su dearrollo económico.

Aquí nos hallamos ante el problema trascendental de las *terms of trade* en el comercio internacional, de las cuales hemos hablado en el capítulo XIV, de lo dicho en el cual resulta que, en base a las categorías estrictamente económicas, se puede prever únicamente un nuevo empeoramiento gradual de las «relaciones de comercio» para los países subdesarrollados. Naturalmente, de ser así, surgiría una situación insoportable. En la actualidad se está librando en el mundo una lucha por el control de la producción petrolera (países árabes) o del azúcar (Cuba), cuyos resultados ya han mejorado visiblemente y que las *terms of trade* tienden a corregir resueltamente las relaciones de comercio. Por otra parte, aunque se auguren los mayores éxitos a esta lucha, es difícil imaginarse que la mejora de las relaciones de comercio puedan llegar al extremo de compensar el actual ritmo acelerado de crecimiento de la productividad del trabajo industrial en los países avanzados o el enorme coste de las instalaciones industriales que los países subdesarrollados debieran comprar con lo beneficios de su comercio exterior.

Dada la situación actual, en la economía capitalista no se perfila ninguna tendencia que haga suponer que deba de producirse un aflujo espontáneo y crecido de capitales privados a los países subdesarrollados. Por otra parte, ante la perspectiva de un empeoramiento de las relaciones de comercio, estas naciones no tienen la menor oportunidad de poder comprar ellas mismas los equipos industriales que necesitan.

La disparidad de las rentas en los países atrasados es enorme. El hecho de saber si es mayor que en los países avanzados es objeto de numerosas discusiones.[38] Pero el problema no es fácil de analizar. En los países más ricos, como resultado de su actual sistema fiscal, se ha extendido un sistema en el cual el empresario «no vive de los ingresos sino de los gastos» de su empresa. En los países pobres los miembros de las clases dominantes se benefician de las más diversas formas de rentas invisibles que no pasan por el mercado —esto interesa más a los países feudales o semifeudales. Es una realidad, no obstante, que la disparidad entre las rentas de los países atrasados es enorme, mientras que las de las clases privilegiadas, ostentativas, y muchas veces con un carácter de despilfarro, están a la vista de cualquiera en aquellos países, sobre todo en comparación con la increíble miseria que en ellos impera.

La ciencia económica tradicional veía en las rentas elevadas de las clases dominantes la condición indispensable y suficiente

para la acumulación del capital. La realidad actual de los países atrasados es un mentís flagrante a tal generalización. Es cierto que estas rentas elevadas sólo constituyen en los países atrasados el privilegio de un grupo numerosamente insignificante, mientras que el bajo nivel de los ingresos de las llamadas clases medias las aleja del proceso del ahorro. Es verdad que en la actualidad —pero se trata de un fenómeno nuevo— en los países ricos el grueso de las nuevas inversiones se halla representado por la reinversión de los beneficios, lo cual es difícil esperar que suceda en los países pobres. Pero estos fenómenos no bastan para esclarecer el problema, ya que se da el caso que tampoco los países más poderosos invierten. Para iluminar el problema se ha solido recurrir en la ciencia a los elementos sicológicos, como es la menor aspiración a los beneficios. Sin embargo, es curioso cómo esas mismas corrientes científicas que postulan con la mayor energía por el esclarecimiento de lo «económico por lo económico» y que se dicen enemigas de razonar con los elementos sociológicos e históricos, no vacilan en recurrir a la sicología.

Es el caso que el hecho de no consagrar las enormes rentas a las inversiones sino a un modo de vida ostentoso en los países feudales o semifeudales, no tiene por qué asombrar a un sociólogo o un historiador. La ostentación es en esas sociedades un elemento indispensable para el mantenimiento de una posición social elevada. Hasta cierto punto, esa postura es «rentable» y el despilfarro llega incluso a ser socialmente remunerador en tales sociedades. Nada tiene de extraño que el elemento empresarial —en el sentido capitalista del término— tienda a ser en aquellos países un elemento que de una forma o de otra vive al margen de la sociedad:[39] los judíos en la Europa medieval y moderna, los protestantes en los países donde fueron admitidos, los cuáqueros, los chinos en Indonesia, los hindúes en Birmania, etc. El señor feudal ha de vivir una vida de lujo, y el lujo feudal no tiene límites. Tuvo que vivir lujosamente Karol Radziwill, como actualmente han de hacerlo el Aga Khan o el jeque de Kuwait. Sería ridículo explicarles que deberían gastar sus rentas de otra manera. Su proceder es totalmente racional. El príncipe Karol Radziwill tuvo grandes ingresos, pero no hizo inversiones. Y sin inversiones tenía motivos para creer en la perennidad de sus ingresos, que si alguna vez habían de verse amenazados lo serían por motivos extraeconómicos, es decir, como resultado de las luchas políticas con respecto de las cuales también le era «rentable» el gastarse el dinero. No sucedía otra cosa con la gran aristocracia rusa de finales del siglo XIX, con los maharajás de la India en la época de entre las dos guerras y ahora, con los jeques árabes. Las inversiones comportan un riesgo. Para invertir, el riesgo ha de parecer menor que el peligro ligado a la no inversión. En el capitalismo de la libre competencia, el capi-

talista sabe perfectamente que si no invierte está condenado a desaparecer, y al hacer inversiones se arriesga menos. Se invierte cuando se debe. El Aga Khan no debe hacerlo. Incluso cuando existen las condiciones de invertir sin peligro, dichas condiciones se dan fuera de las fronteras del país atrasado, en las grandes metrópolis. Los Wodzicki eran señores feudales en las aldeas de los alrededores de Cracovia, pero capitalistas en Viena. Lo mismo ocurre hoy día con muchos jeques árabes. En la India actual o en ciertas naciones hispanoamericanas, la mayor parte de las inversiones, especialmente en la industria pesada, corren a cargo del sector público, como ocurría en Polonia durante la primera mitad del siglo XIX, lo que sin embargo, jamás sucedió en Inglaterra. Simultáneamente, en los bancos suizos o norteamericanos aumentan las cuentas corrientes a nombre de los capitalistas de la India o del Brasil, mientras que en la época de la gran industrialización el capitalista inglés no tenía ninguna otra oportunidad más provechosa para colocar sus capitales que el invertirlos en la ampliación de la industria inglesa.

Suponiendo que las enormes rentas dilapidadas o exportadas por las clases privilegiadas de los países atrasados hayan de servir en interés de los pueblos de dichos países, ello sólo puede realizarse a través del derrocamiento de las estructuras sociales actualmente existentes allí.

Mientras duren las actuales estructuras sociales de esas naciones, los enormes ingresos acumulados a costa de la miseria de las masas indigentes por las castas privilegiadas continuarán sin tener ningún provecho social.

Aún existen economistas para los que el reparto de las fuerzas y de las posibilidades productivas tal y como existe ahora en el mundo, es el mejor y el único racional.[40] La división entre países desarrollados y subdesarrollados es para ellos diferente de la que se suele efectuar normalmente, y partiendo del criterio de las posibilidades de rentabilidad —dicen— de las inversiones, llegan a la conclusión de que los Estados Unidos de Norteamérica es un país subdesarrollado, mientras que la mayoría de las naciones africanas, empezando por los Estados árabes, se hallan perfectamente desarrollados.[41] Ante la comprobación de que las inversiones extranjeras en los países atrasados desarrollan sobre todo la producción destinada a la exportación, poco provechosa para los citados países, responden que, en primer lugar se acometen las inversiones más rentables sin importarles en lo más mínimo para quién han de ser rentables en concreto. Consideran que la desigualdad en la dislocación geográfica de las regiones de desarrollo económico es enteramente racional desde el punto de vista de la economía, y en cuanto a la disparidad entre el nivel de vida de los países ricos y los países pobres, opinan que estos últimos utilizaron los beneficios del progreso económico para el mantenimiento de la masa de la población en

ascenso. La desigualdad de los intercambios internacionales entre los países ricos y los países pobres es puesta asimismo en entredicho por cuanto dichos economistas llaman la atención acerca de... la mejor calidad y las nuevas categorías de productos suministrados a los países subdesarrollados. Aunque en la actual correlación exista algo pernicioso, poco a poco —dicen— (¿irónicamente?) irá desapareciendo gracias al libre juego de las fuerzas económicas.

Tales posturas extremadas no son ya, sin embargo, tan frecuentes en la actualidad. Por el contrario, se puede afirmar que, entre los autores que se dedican a la economía de los países atrasados, se muestran tanto más pesimistas aquellos que más liberales son.[42]

Pero por encima de las conjeturas pesimistas, los países atrasados se han de desarrollar económicamente y deben hacerlo por mediación de unos métodos no liberales. No obstante, todo parece indicar que en el marco del mundo capitalista apenas podrán contar con la ayuda económica aunque ésta revista la forma de préstamos, como tampoco podrán contar demasiado con un cambio favorable de las relaciones de comercio.

De momento, dichos países se hallan encerrados en un círculo vicioso del que no logran salir. En ellos se ha creado algo así como un «equilibrio del atraso» y el mecanismo económico que opera en estas naciones no muestra en sí mismo la fuerza autónoma capaz de impulsarlos hacia el desarrollo.[43] La definición de «equilibrio» no significa aquí, naturalmente, que se trate de un estado desprovisto de fluctuaciones y de perturbaciones económicas, sino de una situación en la cual no se observa una tendencia al desarrollo automático. Este concepto se opone al *self-suteinded growth* de Rostow. Este estado de «equilibrio del atraso» significa que, como resultado del proceso acumulativo, la disparidad entre el nivel económico de los países capitalistas adelantados y atrasados no sólo no disminuye sino que, por el contrario, y a pesar de todos los esfuerzos para reducirlo, no deja de acentuarse. Los últimos quince años confirman claramente este proceso.[44]

La «partida hacia el autodesarrollo» que, según Rostow, Gerschenkron y otros autores esperan hallar en la historia de cada país capitalista desarrollado y que piensan encontrar en el futuro histórico de cada nación atrasada, tuvo lugar por última vez en los anales del capitalismo en el Japón.[45]

Sin embargo, nada indica que haya de repetirse nuevamente.

Por otra parte, en el mundo capitalista figuran algunos países altamente industrializados, los cuales dejan aparecer a larga escala un ritmo de crecimiento de la renta nacional anual del orden de un 3 %, lo que no está mal desde el punto de vista de la renta absoluta. El sistema imperante en tales países muestra en los últimos quince años unos logros indudables. Las catastróficas

crisis cíclicas no se repiten en ellos. Aprendieron más o menos a equilibrar la producción y el consumo mediante el «lanzamiento» fuera del mercado de una parte considerable de la producción, bien sea bajo la forma de la del armamento destinado a los arsenales, de los satélites lanzados al espacio o de los productos dirigidos hacia los países dependientes. La política económica y la constante ingerencia del Estado en la vida económica limitaron las crisis a una escala no peligrosa, pero, a pesar de lo cual, siguen actuando en la vida económica como un elemento de inseguridad y de inestabilidad, disminuyendo a largo plazo seriamente el grado de desarrollo, el cual, de no existir aquéllas, sería mucho más elevado. Pero lo más importante es que la nueva fase del capitalismo en los países desarrollados ya deja aparecer visiblemente nuevas contradicciones internas. Se trata de la conocida fórmula del economista norteamericano Galbraith, «la riqueza privada frente a la pobreza pública». El rápido aumento del número de los coches particulares, de los frigoríficos, de los televisores o de las máquinas de lavar se acompaña del aumento demasiado lento como para cubrir las necesidades del número de escuelas, de hospitales o de carreteras.

El capitalismo contemporáneo es «un sistema económico el cual con su tendencia a las rupturas coyunturales evita las crisis catastróficas, pero sin conseguir, no obstante, un rápido ritmo de desarrollo a largo alcance... Este sistema social no se ha de dislocar quizá bajo el efecto catastrófico de las crisis, pero no existe la menor duda de que tampoco ha de desarrollarse a un ritmo comparable al de los países socialistas»[46] —afirma M. Kalecki.

Al nivel de crecimiento de un 3 % de la renta nacional en los países capitalistas más ricos, el socialismo opone un nivel de desarrollo a largo plazo del orden del 7,8 %.

Pero en el seno del sistema socialista se perfilan nuevas contradicciones desconocidas hasta ahora, lo cual no debe extrañarnos. Es justa la tesis dialéctica según la cual el progreso se efectúa a través del surgimiento y la superación de las contradicciones, ya que donde no existen estas últimas no hay progreso y reina, inmutable, el letargo. El retraso en el desarrollo agrícola en relación con el desarrollo industrial, la falta de elasticidad en cuanto a la reacción frente a los cambios cada vez más acelerados en las necesidades del consumo, las contradicciones entre los intereses de los diferentes grupos de los países socialistas, todo ello no son más que algunos ejemplos de estas contradicciones. El socialismo, que ha demostrado con los hechos que es capaz de transformar un país atrasado en una potencia industrial, se halla actualmente ante una nueva tarea: la de elaborar los métodos de dirección del nuevo desarrollo de un país desarrollado.

Es posible que el terreno más importante para la rivalización entre los sistemas sea la emulación que tiende a mostrar a los países atrasados el camino más acertado para arrancarse de su atraso con una perspectiva concreta.

Pero sería tanto como simplificar el problema el considerar la perspectiva del desarrollo económico de la humanidad desde el ángulo exclusivo de la rivalidad entre los sistemas. En el mundo actual se perfilan asimismo ciertas dificultades y contradicciones resultantes del desarrollo de las fuerzas productivas y que es posible observar en cada sistema. La tesis marxista sobre el papel decisivo del desarrollo de las fuerzas de producción para el progreso social no ha envejecido en absoluto.

Así, por ejemplo, se perfila una contradicción entre la complejidad del moderno proceso técnico de producción masiva y el ritmo de la así llamada amortización moral. La elaboración en los laboratorios de los nuevos modelos de producción y la puesta en servicio de los mismos cuesta cada vez más, mientras que la nueva producción que ha sido puesta en marcha envejece muy rápidamente. Este problema atañe a las más importantes cuestiones económicas y no sólo económicas, ya que ¿dónde termina el progreso y empieza el despilfarro? ¿Cómo puede ayudar el cálculo económico a la resolución de tales problemas?

También se vislumbra una contradicción entre el balance de la mano de obra tal y como se halla establecido en las sociedades modernas —con sus estructuras institucionales presentes— y las necesidades futuras de la producción automizada. El desarrollo de las cualificaciones humanas se convierte en el eslabón fundamental del desarrollo de las fuerzas productivas. Pero aquí se esboza una nueva contradicción: cuanto mayor sea la cualificación, mayor ha de ser la especialización. Mientras, la prolongación del período de la actividad productiva humana, conjugada con el arrollador avance del progreso y de las transformaciones técnicas, augura la visión plenamente real de un mundo en el cual el hombre deberá cambiar de ocupación, de especialidad e incluso de profesión en el curso de su existencia. El cálculo económico de las inversiones sociales destinadas a la formación de una fuerza de trabajo cualificada se ha convertido, de un modo que no es en absoluto casual, en el problema de moda para el pensamiento económico contemporáneo.

Por último, se perfilan las contradicciones entre los ideales democráticos cultivados y reconocidos universalmente en el mundo actual y la inevitable centralización de las opciones productivas. La moderna técnica de producción, posible solamente como producción en escala masiva, exige igualmente opciones masivas incluso en la economía capitalista. El violento desarrollo de la ingerencia estatal en el capitalismo actual exige alguna forma de planificación, la cual, sin embargo, requiere a su vez una centralización de las opciones cuyas consecuencias son incalculables

para la sociedad. Un error en la opción planificadora o una opción productiva errónea por parte de un gran consorcio puede acarrear enormes pérdida sociales.[47] La posibilidad de un control democrático sobre dichas libertades de elección parece ser limitada de momento: ya que para ejercer un control sobre las mismas es imprescindible un gran conocimiento de los hechos y de los métodos, lo cual presupone un alto grado de especialización.

Naturalmente, no hemos enumerado aquí, ni mucho menos, todos los nuevos problemas y contradicciones que se vislumbran. Además, aseguraríamos que otras personas hubiesen podido considerar como mucho más importantes distintas contradicciones. La respuesta a esta pregunta han de aportarla las nuevas búsquedas y sobre todo la vida misma.

Si aquí nos atrevemos a formular unas consideraciones que rebasan nuestra competencia profesional, es únicamente con la intención de subrayar el papel de esta problemática en el pensamiento del historiador económico. El dominio de la historia no acaba en el día de ayer, ya que alcanza al presente y llega al futuro. El mundo que nos rodea es, como obra de los tiempos pretéritos, la fuente histórica más rica, más interesante e inagotable, aunque también la menos utilizada. La ciencia histórica formula sus preguntas al día de hoy y con la actual preocupación por el mañana. En esto se basa, como ya lo hemos manifestado, la eterna juventud de la ciencia histórica. Si no queremos ser los coleccionistas de las curiosidades, si hemos de trabajar con arreglo a las necesidades del género humano que nos circunda, debemos conocer, y en lo posible comprender, los problemas actuales. La ciencia de la historia económica ha de desarrollarse en íntima ligazón con los problemas económicos que se plantean ante el mundo contemporáneo y con la nueva evolución económica de la humanidad.

Apenas sabemos nada acerca de todo ello. No reflexionamos lo suficiente. Pero al terminar con este extenso trabajo, que nos sea permitido expresar el convencimiento —o mejor dicho, resumirlo— de que la historia económica ha de desarrollarse en las siguientes direcciones:

a) rompiendo con el «institucionalismo», con la descripción monográfica de las instituciones como tales, con la aspiración ilusoria a levantar un mapa cronológico-espacial de todas las que pudieran haber existido;

b) concediendo la primacía a la problemática macroeconomica;

c) otorgando un lugar de privilegio al análisis de las estructuras y al funcionamiento de los sistemas económicos (para los fines analíticos, simplificados bajo el aspecto de «modelos»);

d) dando una importancia primordial a las investigaciones a largo alcance, en lugar de encerrarse en el particularismo de los cortos períodos cronológicos;

e) aspirando a la tipología y la generalización (descubrimiento de las regularidades).

¿Se cumplirán estas previsiones? ¿Evolucionarán en ese sentido las investigaciones de la historia económica? Mañana, al mirar a nuestra época, los problemas que a nosotros nos parecen más importantes seguirán siendo considerados como tales.

La respuesta a esas preguntas pertenece al futuro. La acumulación de las experiencias de la humanidad —la historia— y el conocimiento de esas experiencias —la ciencia histórica— no facilitan ninguna receta a nadie; a nadie eximen de la responsabilidad de su libre elección y su libre opción; a nadie le liberan de la comisión de nuevos errores, y lo que es peor, de reincidir en los viejos. En la mayoría de los casos advierten lo que no hay que hacer y no lo que debe hacerse. Casi siempre permiten prever las dificultades en lugar de ofrecer los medios preventivos.

¿Esto es poco? Siempre es mejor que nada.

Y sin la historia, la sociedad humana nada sabría de sí misma.

CAPITULO I: Historia de la historia económica

1. La historia de las investigaciones en el campo de la historia económica está elaborada de un modo increíblemente insuficiente. Podemos mencionar en este aspecto algunos trabajos de carácter general:

a) N. S. B. GRASS, *The Rise and Development of Economic History*, «Economic History Review», I, 1927, p. 12-34.

b) J. H. CLAPHAM, H. PIRENNE y N. S. B. GRASS: bajo el título *Economic History* en *Encyclopedia of the Social Sciences*, V, p. 315-327. Clapham escribió en ella *Survey of Development to the Twentieth Century* y *Study and Research in the Twentieth Century in Great Britain;* Pirenne escribió un capítulo análogo dedicado a Europa Occidental y Grass a los Estados Unidos.

c) A. DOPSCH, *Zur Metodologie der Wirtschaftsgeschichte* en «Kultur-und Universalgeschichte Festscrift für W. Goetz», Leipzig, 1927, p. 518-538.

d) H. PROESLER, *Die Wirtschaftgeschichte in Deutschland, ihre Entwicklung und ihre Probleme*, Nuremberg 1928.

e) J. W. THOPSON, *A History of Historical Wrinting*, Nueva York 1924 (segunda edición 1958), t, II, cap. LIV: «Historians of Economic and Social History», p. 410-438.

f) *Architects and Craftsmen in History*, en «Festschrift für A. P. Usher», Tubingen, 1956. Contiene un estudio consagrado a numerosos y eminentes historiadores económicos, es decir de F. C. Lane sobre Schmoller, Sombart, Spiethoff, Schumpeter y Euken, de C. B. Welles sobre Rostovki, de L. Febvre sobre Bloch, de C. Verlinden sobre Pirenne, de M. M. Knight sobre Sée, de A. Montgomery sobre Heckscher, de W. B. Court, sobre Clapham y de W. N. Parker sobre Usher.

g) L. BEUTIN, *Einführung in die Wirtschafsgeschichte*, Colonia, 1958, cap. «Geschichte der Wissenschaft», p. 143-156. Contrariamente al título del libro y del capítulo se limita de un modo asombroso sólo a la historia de la ciencia alemana.

h) A. FANFANI, *Introduzione allo studio della storia economica*. Contiene muchas informaciones originales concernientes a los «precursores». En cambio el cap. III: «La storiografia economica dell'ultimo secolo» es en gran parte una enumeración bibliográfica, sin ser siquiera una bibliografía razonada.

Tanto como el número de los trabajos sintéticos relativos a la historia de las investigaciones en el campo de la historia económica es ínfimo, así de numerosos son los trabajos consagrados a los diferentes científicos, los recuerdos póstumos, la bibliografía, las polémicas. Los más importantes trataremos de citarlos en lo sucesivo, a medida de nuestras ampliaciones.

2. N. ASSORODOBRAJ, *Elementos de conciencia de clase en la burguesía (Francia 1815-1830)*, «Revista Sociológica», X, 1948, p. 139-190.
3. N. ASSORODOBRAJ, *Conformación de los conceptos teóricos en la historiografía de Joaquín Lelewel*, Varsovia, 1957.
4. Aunque es evidente que en este campo tenía a más de un precursor.
5. Marx afirma que «Sir F. M. Eden es el único alumno de Adam Smith que en el siglo XVIII tiene trabajos personales de un cierto valor» *El Capital*, t. I. p. 665). Esto no significa sin embargo que este autor le gustara (véase las observaciones negativas a su respecto en *El Capital*, t. I, p. 783 ó 786).

6. Thomas RUGGLES, *True History of the Poor*, Londres 1797, p. 68.
7. Aunque como es natural tiene a sus precursores. Sobre ellos véase: A. FANFANI, *Introduzione allo studio della storia economica*, p. 3-12; L. Dal PANE, *Uno storico dell economia nella Toscana del settecento*, Gian Francesco PAGNINI, en *Studi in memoria di Gino Borgatta*, Milán, 1963.
8. Primer censo inglés de la población en 1801; Estadística general de Francia desde 1820.
9. Por ejemplo en Inglaterra G. R. PORTER en *The Progress of the Nation... form the Beginning of the Nineteenth Century...*, 3 tomos, 1836-1843.
10. N. ASSORODOBRAJ, *Elementos de conciencia de clase en la burguesía*, (*Francia 1815-1830*).
11. J. M. KEYNES, *A short view of Russia*. Citamos según la traducción francesa de las obras escogidas de Keynes *Essais de persuasion*, París 1933, p. 212.
12. R. H. TAWNEY, *The Study of Economic History, Inaugural Lecture in London School of Economics and Social Sciences*, 12 de octubre 1932, «Economica» 1933, p. 1-21.
13. J. H. CLAPHAM, *The Study of Economic History. An Inaugural Lecture*, Cambridge 1929.
14. E. POWER, *No theory-no history, On Medieval History as a Social Study. An Inaugural Lecture in London School of Economics and Political Sciences*. 18 de enero 1933 «Economica», 1934, p. 13-29. E. Power repite esta frase de Sombart (*Economic Theory and Economic History*, «Economic History Review», 1929, II, 1, p. 3).
15. J. U. NEF, *What is Economic History?* «Journal of Economic History», IV, 1944, «Task», p. 1-19.
16. *Enc. of Soc. Sc.* V, p. 319.
17. Véase por ejemplo los numerosos ataques contra Roscher en *El Capital*.
18. E. TARLE, *Czem objasniajetsia sowriemiennyj intieries kekonomiczeskoj istorii*, articulo del año 1903, «Soczinienja», t. 1, Moscú, 1957, p. 297-304.
19. THOMPSON, *op. cit.* p. 438.
20. Esto lo reconoce Beuthin, *op. cit.* p. 149.
21. Véase sobre los dos: G. EISERMANN, *Die Grundlagen des Historismus in der deutschen Nationalökonomie*, Sttutgart 1956, p. 98-118. Véase también H. GEHRING, *Friedrich List und Deutschlands Politisch*, Ökonomische Einheit», Leipzig 1956. En estos dos libros se halla una rica literatura sobre el tema.
22. J. SCHUMPETER, *Epochen der Dogmen- und Methodengeschichte*, Tübingen, 1924 y también: *History of Economic Analisys*, Nueva York 1954. Beutin, *op. cit.* p. 147, habla también de la «escuela» con reservas.
23. Obra principal: *Nationalökonomie der Gegenwart und Zukunft*, 1848.
24. Sobre ambos, además de la obra citada de Eisermann, tiene un valor permanente el trabajo de Max Weber: *Roscher und Knies und die logischen Probleme der historischen Nationalökonomie* en «Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre», III edición, Tübingen 1951, p. 1-145 (publicado por vez primera en Schmollers Jahrbuch, XXVII, XXIX, y XXX, en 1903-1906).
25. W. ROSCHER, *Grundiss zu Vorlesungen über die Staatswirtschaft nach geschichtlicher Methode*. Véase sobre esta obra: W. J. ASHLEY, «Roscher's Programme of 1843», en el compendio: *Survey, Historic and Economic*, Londres, 1900, p. 21-37 y K. BÜCHER, *Wilhem Roscher, Preussische Jahrbücher*, LXXVII, 1894, p. 10-123.
26. THOMPSON, *op. cit.* p. 415-416.
27. K. KNIES, *Politische Okonomie vom Standpunkte der geschichtlichen Methode* (1853). A partir de la segunda edición el título cambia en: *Die politische Okonomie vom geschichtlichen Standpunkte*.
28. MARX, *El Capital* critica acerbamente a Roscher por su teoría del valor (t. 1, p. 169, 218, 229-230, 349), del dinero (t. 1, p. 98), de la acumulación (t. III, cap. 1, p. 435), del beneficio (III, cap. 1, p. 241, 331, 349) y en general por su apología al capitalismo (t. 1, p. 393,

662, 663, t. II, p. 392). Véase asimismo MARX, *Tieoria pribavochnoj stoimosti*, Moscú, 1957, cap. 2, p. 116, 126, 503.

29. C. BRINKMANN, *Gustav Schmoller und die Volkswirtschafslehre*, Berlin 1937.
30. G. SCMOLLER, *Zur Geschichte der deutschen Kleingewerbe im 19*, Jahrhundert. Halle 1870. Del mismo, *Die Strassburger Tucher- und Weberzunft*, Estrasburgo 1879. (Schmoller fue profesor de la Universidad de Estrasburgo germanizada después de 1871.)
31. G. SCHMOLLER, *Studien über die wirtschaftlichen Politik Friedrich des Grossen*, 1884.
32. G. SCHMOLLER, *Uber einige Grundfragen des Rechts und der Volkswirschaft.. Ein. offenes. Sendschreiben. an. Herrn. Professor. dr. Heinrich. von. Treitschke*, Leipzig, 1874-1875.
33. Famosa disputa con Menger. Véase: K. MENGER, *Die Irrthumer des Historismus in der deutschen Nationalökonomie*, Viena 1884. Conforme a la tradición von Hayek, originario de Viena, escribe sobre la «escuela histórica» como una «doctrina desprovista de originalidad... y que en esencia no es ni historia ni teoría» (F. von HAYEK, *Scientisme et Sciences Sociales*, París 1953, p. 84).
34. Dedicó a Schmoller una recopilación de sus estudios: *Surveys, Historic and Economic*, 1900. Ashley y Unwin eran también partidarios de la teoría «Wirtschaftsstufen» (*«hauschold»*, *«guild»*, *«domestic»* y *«factory»*). En Polonia, Bujak y mucho más aún S. Grabski estaban bajo la influencia de la «nueva escuela histórica». Bujak había escuchado personalmente en Leipzig a Bücher.
35. W. CUNNINGHAM, *Why had Roscher so little Influence in England?* «Annales of the American Academy of Political Sciences», V, 1894, p. 317-334.
36. THOMPSON, *op. cit.* p. 1-24.
37. P. J. JAGIRDAR, por ejemplo en: *Ranade and the Historical School of Economics* «Indian Journal of Economics», XXXIV, 1954, no. 134, p. 195-201.
38. Presenta su historia G. KALVERAM, *Die Theorien von den Wirtschaftsstufen*. «Frankfurter Wirtschafliche Studien», edición K. Pribram, libro 1 Leipzig 1933 y B. F. HOSELITZ, *Theories of Stages of Economic Growth*, en: «Theories of Economic Growth», Free Press, Illinois 1960, p. 193-238.
39. B. HILDEBRAND, *Natural- Geld- und Kreditwirtschaft*, «Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik», II, 1864, p. 1-24.
40. K. BÜCHER, *Die Entstehung der Volswirtschaft*, 1893.
41. H. SPANGENBERG, *Territorialwirtschaft und Stadtwirtschaf. Ein Beitrag zur Kritik der Wirtschaftsstufentheorie - Beiheft 24 der Historischen Zeitschrift*, 1932.

41a. Véase como ejemplo clásico de un ataque desde la postura antievolucionista a G. von BELOW en: *Historische Zeitschrift*, LXXXI, 1898.

42. En respuesta a la teoría de K. Bücher, G. Mayer colocó en el marco de la historia antigua todos los niveles de desarrollo elaborados por él: la teoría del desarrollo cíclico de la humanidad.
43. W. Mitscherlich trató de presentar una teoría «de niveles» y al mismo tiempo antiorganicista en: *Der Wirtschaftliche Fortschrift, sein Verlaud und Wesen*, Leipzig 1910.
44. La ocupó después L. Simiand.
45. Se publica apenas cuatro años, suspendiéndose después por «falta de interés», según aclara la redacción. Con un título modificado reaparece en 1941 («Journal of Economic History») y en el año 1961 se edita el tomo XXI.
46. El contenido bibliográfico de esta importante revista aparecida en los años 1929-1948 y luego en los años 1949-1951 con un número total de 23 años se publicó bajo el título: *Vingt années d'histoire économique et sociale*, siendo elaborado por M. Arnoul (París 1953). Constituye, gracias al número considerable de posiciones extraídas de «Annales», una bibliografía complementaria de la historia económica de aquellos años.

47. Es evidente que como sujeto de investigación y de enseñanza hacía mucho tiempo que se venía realizando. En Oxford trabajaron Toynbee, Rogers y Ashley, y en Cambridge, Cunningham. Sin embargo, no tenían cátedra especial de historia económica.
48. W. ASHLEY, *The Place of Economic History in University Studies*, «Economic History Review», I, 1927, p. 1-11, y en «The Teaching of Economic History in Universities», hablan Hauser, Brinkman, Porri, Pirenne, Heckscher, Dopsch, Posthumus, Heaton, Clapham y otros. Ibidem, t. III, p. 197-218 y p. 325-345.
49. Esto no significa como es natural que tales grandes concepciones no existieran en la ciencia. Sólo queremos recalcar en este caso que influyeron poco en el desarrollo y orientación de la búsqueda de fuentes.
50. G. BRODNITZ, *Englische Wirtschaftsgeschichte*, Jena 1918.
51. A. DOREN, *Italienische Wirtschaftsgeschichte*, t. I, Jena 1934.
52. J. KULISCHER, *Russische Wirtschaftsgeschichte*, t. I, Jena 1925.
53. E. BAASCH, *Holländische Wirtschaftsgeschichte*, Jena 1927. Existe una traducción rusa: *Istoria economiczeskogo rozwitja Gollandi* XVI-XVIII wiekach, Moscú 1949.
54. A. NIELSEN, *Dänische Wirtschaftsgeschichte*, Jena 1933.
55. H. SÉE, *Französische Wirtschaftsgeschichte*, 2 tomos, Jena 1930-1936.
56. H. SÉE, *Histoire Economique de la France, publiée avec le concours de Robert Schnerb*, 2 tomos, París 1939-1942.
57. E. LIPSON, *The Economic History of England*, 3 tomos, Londres 1915-1931, de la cual se hizo una nueva edición corregida y aumentada en el año 1937 y numerosas ediciones después.
58. J. RUTKOWSKI, *Esbozo de la historia económica de Polonia en la época de antes de los desmembramientos*, Poznan 1923.
59. J. M. KULISCHER, Curso dictado en la Universidad de San Petersburgo: *Lekcji po istoriee ekonomiczeskogo byta Zapanoj Jewropy*, Petersburgo 1909. Existe una traducción polaca: *Dzieje gospodarcze Europy Zachodniej*, 2 t. Varsovia 1963 (de Rutkowski de la segunda edición de 1910). En 1929 Kulischer publicó en Alemania y en alemán una nueva edición corregida y aumentada hasta el año 1870: *Allgemeine Wirtschaftsgeschichte des Mittelalters und der Neuzeit*. Existe una reedición de esta obra en 1954 y una traducción polaca en 1961.
60. R. KÖTSCHKE, *Allegemeine Wirtschaftsgeschichte des Mittelalters*, Jena 1924.
61. M. M. KNIGHT, *Economic History of Europe to the End of the Middle Ages*, Londres 1963 (hay trad. francesa: *Histoire économique de l'Europe jusqu'à la fin du Moyen Age*, con una introducción de H. Sée, París 1930.
62. M. M. BARNES, FLUGEL, *Economic History of Europe in the Modern Times*, Boston 1928.
63. Utilizamos el texto de la traducción francesa de A. BIRNIE, *Histoire Économique de l'Europe*, 1760-1932, París 1932.
64. Manual principal: H. U. FAULKNER, *American Economic History*, Nueva York 1924, con numerosas reediciones hasta la fecha. E. L. BOGART, *An Economic History of the U.S.*, Londres 1963.
65. S. INGLOT, *Historia social y económica del Medioevo*, en «Historia social y económica bajo la redacción de F. Bujak», t. I, Lvov 1938, segunda edición ampliada, Wroclaw 1949.
66. L. KRZYWICKI, *Cuadro del desarrollo económico en los bajos niveles culturales*, RDSG, X, 1948, p. 1-80.
67. T. WALEK-CZARNECKI, *Historia económica del Mundo Antiguo*, 2 tomos, Varsovia 1948.
68. *The Cambridge Economic History of Europe from the Decline of the Roman Empire*, «Cambridge University Press», t. I, 1941, t. II, 1952.
69. Esto se subraya claramente en la introducción al t. II.
70. J. RUTKOWSKI, *Esbozo*... p. 13. Es curioso que después de un cuarto de siglo no cambió su idea con respecto a las posibilidades de su ambiciosa concepción. (Véase: RUTKOWSKI, *Historia económica de Polo-*

nia, t. I, tercera edición aumentada— la última en vida del autor. Poznan 1947, p. 22: «Por esta razón (es decir por las lagunas existentes en la ciencia) fue preciso seguir otro camino, usado ya más de una vez, más fácil aunque menos acertado».)

71. Al igual que el capital comercial para Pokowski, para Sombart la renta de la tierra se convierte en «demiurgo» de la historia económica. Trata de explicar casi todas sus transformaciones con ella. Por ejemplo la génesis de las ciudades: mientras que para Pirenne (*L'origine des Constitutions urbaines*) «*Les villes sont l'oeuvre des marchands, elles n'existent que par eux*», según Sombart: «*Die Städte des Mittelalters sind oekonomisch das Werk der Grunddrenten- und Steuerbezieher; die Klaufleute existieren nur durch sie*» (*Der moderne Kapitalismus*, t. I, cap. 1, p. 175).

72. W. SOMBART, *Der moderne Kapitalismus*, tercera edición, t. I, cap. 1, Munich 1919, p. 23. Véase también la polémica con las teorías jurídicas sobre la génesis de las urbes (*ibidem*, p. 134 y siguientes) o la discusión con los historiadores de la política económica (*ibid.* p. 374 y sig.) y muchas otras. Para él, Levasseur, Inam-Sternegg, Cunningham o Kowalski son historiadores económicos *ordnung* y no *lieben*.

73. En otro aspecto el futuro sistema socialista previsto por él conforme a las tradiciones de la escuela histórica alemana tenía más rasgos nacionales que proletarios. Esto le facilitó más tarde su convivencia con el «nacionalsocialismo».

74. H. PIRENNE, «Les périodes de l'histoire sociale du capitalisme», publicado en el compendio del mismo autor: *Histoire économique de l'Occident médieval*, 1951, p. 15-50.

75. Recuerdo el artículo aparecido en la prensa hitleriana después de la muerte de Sombart en 1941, y que su obra siempre estuvo cercana al nacionalsocialismo al cual se aproximó en los últimos días de su vida.

76. Esto aparece con nitidez en la totalidad de la obra realizada por esta escuela. Símbolo de esa afinidad quizá sea la eminente figura del representante de la escuela de Durkheim, M. Halbwachs, quien hasta su muerte en un campo de concentración fue colaborador permanente de «Annales» y de numerosas empresas científicas, organizadas por esta escuela.

77. Reunidos junto con otros trabajos en: *Gesammelte Aufsätze zur Religionassoziologie*, 3 tomos, I edición, Tübingen 1920-1921. Estos estudios fueron publicados por vez primera en las revistas a partir de 1904. Véase asimismo, *Protestantism and Capitalism the Weber Thens and Its Critics* editado por W. Grenn, Boston 1959 (contiene numerosos artículos polémicos y una bibliografía).

78. *Wirtschaftsgeschichte*, I edición, Munich 1923. Existe traducción inglesa: *General Economic History*, Nueva York 1927.

79. «Wirtschaft und Gesellschaft», en: *Grundriss der Sozialökonomik*, III *Abteilung*, 2 t., edición I Tübingen 1922. Hay una traducción al inglés. Sobre Weber, véase: *Halbwachs M. Max Weber: Un homme, une oeuvre*, «Annales», t. I 1929, p. 81-88 (biografía y muchas observaciones interesantes con respecto al análisis ideológico de la postura del biografiado).

80. No exhaustiva, presentado sólo las principales posiciones, la bibliografía de los trabajos de L. Febvre se halla al final de la recopilación de sus artículos editada con ocasión del 75 aniversario de su nacimiento (L. FEBVRE, *Combats pour l'histoire*, París 1953, p. 439-444). No he encontrado ninguna bibliografía de los trabajos de M. Bloch. Para conocer los conceptos de ambos autores sobre la historia tiene una importancia fundamental la colección completa de «Annales» (véase la bibliografía ya citada). Bloch dio a conocer algunas de sus concepciones en forma sintética en el hermoso folleto que escribió escondido en una aldea durante la ocupación hitleriana: *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*. «Cahiers des Annales» no. 3, París 1949, traducido al polaco en Varsovia, 1959.

81. L. FEBVRE, *La terre el l'évolution humaine. Introduction géographique à l'histoire*, «L'évolution de l'humanité», no. 4, París 1922.

82. En el libro sobre Lutero, el concepto se expresa incluso en el título: *Un destin: Martin Luther*, París 1928.
83. M. BLOCH, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, Oslo 1921 (edición II después de su muerte, con numerosos aditivos de otros trabajos del autor elaborados por R. Dauvergne, aparecida en 1952).
84. M. BLOCH, *La société féodale*, «L'évolution de l'humanité», no. 34 y 34 bis, t. I: *La formation des liens de dépendance*, París, 1939. Tomo II: *Les classes et le gouvernement des hommes*, París 1940.
85. Véase edición póstuma de sus conferencias: *Esquisse d'une histoire monétaire de l'Europe*, «Cahiers des Annales» no. 9, París 1954: *Seigneurie française et manoir anglais*, prefacio de G. Duby, «Cahier des Annales», no. 16, París 1960.
86. L. FEBVRE, *Combats pour l'histoire*, París 1953.
87. J. H. CLAPHAM. *The Study of Economic History. An Inaugural Lecture*, Cambridge 1929. *Ibidem*, *An Economic History of Modern Britain*, especialmente en el t. I, Cambridge, edición I, 1926. El minimalismo de Clapham se expresa con claridad en su artículo: *Economic History as a Dicispline*. *Enc. of Soc. Sc.* V, p. 327-330.
88. En esa misma categoría cabe incluir el trabajo de Rutkowski sobre la historia agraria de Francia. El mismo se consideraba como el continuador de Luczycki (véase carta de París de Rutkowski a St. Zakrewski, del 24 de enero 1911, Ossolineum. manuscrito 7348/II, p. 273-284).
89. Del carácter precursor de esta aportación atestiguan las intervenciones de Kosminki y Potiomkin en el X Congreso de Ciencias Históricas de Roma en 1955. La reedición de los trabajos de Potiomkin, apoyados en los resultados de las viejas búsquedas en los archivos franceses, están en lugar preferente de las investigaciones francesas. (Véase: F. B. K. POTIOMKIM, *Woprosu o polozenii roboczego klassa wo Francjiw poslednii pieriod promyszlennogo piereworota*, 50-60-e gody XIX v., en: *Iz istorii socjalno-politiczeskich idei*, Moscú 1955, y *Massowyje dwizenja wo Franji so wremeni lionskich wosstanii do rewolucji* 1848 g., y en *Uczenyje zapiski po nowo i nowiejszel istorii*, tomo I, Moscú 1955.)
90. *Innostrannyje capitaly w Rossii*, Moscú 1922, por ejemplo.
91. Véase la crítica de Pokorwski sobre los años del 30: *Protiw istoriczeskoj koncepji* M. N. POKOOWSKOGO, Moscú 1940. Acerca de las más recientes posturas de los historiadores soviéticos con respecto a dicha escuela: M. NIECZKINA, Jn. POLIAKOW, L. CZEREPNIN: «Niektoryje woprosy histori sowietskoj isforiczeskoj nauki- Kommunist», 1961, no. 9 p. 58-70.
92. K. A. PAZITNOW, *Polozenie roboczego klassa v Rosii*, t. I, *period krepostnogo truda*, ed. II Leningrado 1925.
93. Por ejemplo: M. BALABANOV, *Oczerki po istorii raboczego klassa v Rosii*, 3 tomos, Moscú 1925-1926.
94. M. GORKI, *Recopilación de artículos publicísticos*, Varsovia 1950 (artículos: *Historia de las fábricas y de las empresas industriales*, del año 1931, p. 251-256 y *Sobre el trabajo sobre la historia de las fábricas y empresas*, del año 1932, p. 324-333).
95. Después de la muerte de M. Bloch el más cercano colaborador de L. Febvre escribe sobre éste: «Fue un lector entusiasta de Marx, de Max Weber y de Sombart. pero muy especialmente del primero. Eso no se lo perdonará fácilmente el mundo». F. BRAUDEL, *Lucien Febvre et l'histoire*, «Cahiers Internationaux de Sociologie», XXII 1957, p. 17. Durante el período de la Resistencia, M. Bloch se acercó abiertamente al marxismo.
96. Por ejemplo: en el IX Congreso de Ciencias Históricas de París en 1950.
96a. Primera Conferencia Internacional de Historia Económica. *Contributions*: A) *L'industrialisation comme facteur de la croissance économique depuis 1700*. B) *Étude comparée du grand domaine depuis la fin du Moyen Age*. *Communications Stockolm*. Agosto 1960, edición Mouton, París-La Haya 1960.
97 S. INGLOT, *Desarrollo de la historia social y económica*, KH, LI, 1937, p. 377-411. J. RUTKOWSKI, *Les centres d'études d'histoire économique en*

Pologne, «Annales», IV, 1932, p. 59-64. Inglot se refiere en el citado artículo a la conmemoración del cincuentenario de la «Revista Histórica Trimestral» (1886-1936). Desde entonces sigue faltando una elaboración general de la historia económica de Polonia. En su puesto sólo podemos señalar sus rasgos más generales, numerosos elementos informativos y en especial las polémicas en relación con los siguientes capítulos del libro.

98. A. KNOT, *Czacki, Tadeusz*. PSB, IV, p. 114-146.
99. W. SUROWIECKI, *Obras escogidas*. Edición de J. Grywicka. A. LUKASIEWICZ, Varsovia 1957. Véase asimismo: A. GELL, *Wawrzyniec Surowiecki*, Wroclaw 1958.
100. N. ASSORODOBRAJ, *La estadística en los trabajos de L. Lelewel*, manuscrito.
101. W. ZAKRZEWSKI, *Adolf Pawinski. Esbozo de la historia de la vida y del trabajo*, Petersburgo 1896.
102. J. WLODARCZYK, *Tadeusz Koron. Principales concepciones históricas e historiográficas*. Trabajo del Instituto Histórico de la Universidad de Lodz, no. 7, Lodz 1958 (reproducido a multicopista) p. 1-22 con una bibliografía, en la segunda edición, de los trabajos de T. Korzon.
103. A. VETULANI y L. WYROSTEK, *La bibliografía de los trabajos del prof. doctor S. Kutrezaba*, en «Estudios históricos en honor de S. Kutrzeba», Cracovia 1938, I, p. IX-XXXIII (en los años 1897-1937) y «Revista Histórica Trimestral», IV, 1947, p. 55-57. Este número de la R.H.T. contiene numerosos trabajos dedicados al estudio de S. Kutrzeba.
104. Bibliografía de los trabajos de Jan Ptasnik, «Revista Histórica»... 1930, XLIV, p. I-IX. En el mismo número, p. X-XLV: *Biografía de J. Ptasnik*, por F. BUJAK.
105. F. BUJAK, *Vida y obra de Karol Potkanski*. K. POTKANSKI, *Obras póstumas*, t. I, Cracovia 1922, p. 1-58.
106. K. STACHOWSKA, «Bibliografía de los trabajos del prof. doctor R. Grodecki» en: *El trabajo sobre la historia de la Polonia feudal de R. Grodecki*, Varsovia 1960, p. 11-29.
107. Existe una bibliografía de los trabajos de K. Tymienicki en el tomo que le ha sido consagrado por los «Anuarios históricos de Poznan».
108. A. WALAWENDER, «Bibliografía de los trabajos del prof. Bujak» (en los años 1896-1931) en *Estudios sobre la historia social y económica consagrados al prof. dr. F. Bujak*, Lvov 1931. p. I-XXIX, y por S. INGLOT, *Franciszek Bukak. su obra científica y pedagógica*, Wroclaw, 1955, p. 16-22 (en los años 1932-1944). Véase asimismo la muy interesante autobiografía de BUJAK, *Los caminos de mi desarrollo científico*, Nauka Polska, VI, 1927, p. 77-136.
109. J. DERESIEWICZ, «Bibliografía de los trabajos del prof. Jan Rutkowski» en: *Homenaje a la memoria del prof. Jan Rutkowski*, Poznan 1950, p. 30-42.
110. Existe una bibliografía incompleta de los trabajos del prof. J. Rafacz en: *Informe de la Sociedad Científica de Lvov para el año 1938*. XVIII. p. 221-222.
111. J. Rutkowski ha dedicado un trabajo a la obra científica de R. Rybarski en el campo de la historia económica y a sus trabajos históricos, en la «Revista Histórica Trimestral», no. LIII, 1946, p. 592-597.
112. Rosa LUXEMBURG, *El desarrollo industrial en Polonia*, Varsovia 1957. ROSA LUXEMBURG, *Obras escogidas*, 2 tomos, Varsovia, 1952-1956.
113. J. MARCHLEWSKI, *Obras escogidas*, 2 tomos, Varsovia, 1952-1956.
114. T. KOWALIK, *Henryk Grossman*, «*Zycie Gospodarcze*» del 17 de abril 1960.
115. A. RYNKOWSKA, Bibliografía de los trabajos de Natalia Gasiorowska, «Revista Histórica Trimestral», XLIII, 1956, no. 4-5, p. 9-22.
116. H. GRYNWASER, *Obras*, 3 tomos, Wroclaw 1951, en el t. I, p. 5-12, S. Kieniewicz glosa muy característicamente la obra de Grynwaser. W. KULA, *Grynwaser Hipolit*, PSB, IX, p. 77-78.
117. M. MELOCH, *Estudios históricos*, Varsovia 1958 (en las páginas 5-8 exis-

te una caracterización del autor por N. Assorodobraj, R. Gerber y H. Jablonski).

118. W. KULA, Más aún sobre el optimismo y el pesimismo, «Revista Histórica Trimestral», LXIV, 1957, nos. 4-5, p. 214-215.

CAPITULOS II y III: El objeto de la historia económica

1. He aquí los trabajos generales relativos a este tema:
W. SOMBART, *Economic Theory and Economic History*, «Economic History Review», II 1927, p. 1-19.
J. H. CLAPHAM, *The Study of Economic History*, Cambridge 1929; J. H. CLAPHAM, *Economic History as a Discipline*, *Encycl. of Social Sc.* (Seligman).
R. H. TAWNEY, *Study of Economic History*, «Economica», 1933, p. 1-21.
Ch. W. WRIGHT, *The Nature and Objetives of Economic History*, «Journal of Political Economy», XLVI, 1938, p. 688-701.
J. U. NEF, *What is Economic History?* «Journal of Economic History», 1944, suplem., p. 1-19, 20-24, 25-28.
T. S. ASHTON, *The Relation of Economic History to Economic Theory*, «Economica», 1946, p. 81-96.
J. KUCZYNSKI, Wirtschaftsgeschichte als Wissenschaft, en *Über einige Fragen des Historischen Materialismus*, Berlín 1956, p. 150-165.
Vitorino MAGALHAEZ GODINHO, *Histoire économique et économie politique*, «Revista de economía», Lisboa, IV, 3, 1951, p. 121-129.
F. MAURO, *Théorie économique et histoire économique*, «Cahiers de l'Institut de Science Economique Appliquée». Recherches et dialogues philosophiques et économiques, 4, abril 1959, no. 79, p. 45-75.
A. GRODEK, *¿Qué historia hace la historia económica?* en *Recuerdos del 30 Aniversario de la Escuela Central de Comercio*, Varsovia, 1938, p. 46-62.
J. RUTKOWSKI, *Historia económica de Polonia*, t. I, edición III, Poznan, 1947, p. 1-6.
E. HECKSCHER, *Plea for Theory in Economic History*, «Economic History» (suplem. de Economic Journal), I, p. 525-535.
André MARCHAL, *Économistes et historiens*, «Revue Économique», 1950, 1, p. 5-36.
F. BRAUDEL, *Pour une économie historique, ibidem*, p. 37-44.
W. K. JACUNSKI, *Lenin, historiador económico*, «Cuadernos Históricos de Nowi Drogi», 1950, no. 1, p. 44-70.
M. R. CAROSELLI, *Natura e metodo della storia economica*, Milàn 1960 (recoge artículos de Ashley, Barbagallo, Croce, Dal Pane, Einaudi, Fanfani, Gras, Hauser, Luzzato, Mondaini, Veriinden).
2. J. RUTKOWSKI, *Historia económica de Polonia*, t. I, edición III, Poznan, p. 1-6.
3. A. GRODEK, «¿Qué historia es la historia económica?», en *Recuerdos del 30 Aniversario de la Escuela Central de Comercio de Varsovia*, 1906-1936, Varsovia 1938, p. 46-62.
4. En el último número de antes de la guerra de los Cuadrenos RDSG (VIII, 1939, 1, p. 111-113) se publicó una acerba crítica del artículo de Grodek, escrita por G. Rolbiecki, que se basa en varios de sus aspectos en un malentendido, careciendo en otros de fundamento (por ejemplo la malévola afirmación de que J. S. Mill ya abandonó la tesis sobre la pertenencia de la teoría del consumo a la economía, «y esto ocurrió más o menos en 1848», escribe Rolbiecki tres años después de aparecer el libro de Keynes). En sus tesis, este autor está enteramente de acuerdo con Rutkowski y puede ser que éste aprobara esta crítica en lo fundamental. (Rutkowski fue el maestro de Rolbiecki y corredactor de los Anuarios RDSG.)
5. W. KULA, *Reflexiones sobre la historia*. Varsovia 1958.

6. Grodek señala con gran acierto lo infundado de los conceptos de algunos teóricos financieros según los cuales en la economía estatal los recursos se someten a los objetivos, contrariamente a lo que ocurre en la economía privada. En primer lugar, no siempre es así y en segundo lugar la limitación de los recursos, fundamental para cada problema económico, también se manifiesta en la economía estatal. (*¿Qué historia es...?* p. 57.)
7. Hay excepciones. Por ejemplo, la investigación sobre las costumbres en las heredades de los campesinos de varias regiones de la antigua Polonia. Véase: *Costumbres en las heredades aldeanas en Polonia*, especialmente el cap. V elaborado por J. BERCERMANN y J. RAFACZ, Varsovia 1929.
8. Kutrzeba considera también con acierto como fuente de la historia del derecho las ordenanzas dictadas por los señores feudales y concernientes a los bienes de la población.
9. J. RUTKOWSKI, *Historia económica e historia de la cultura material*, RDSG VII, 1946, cuaderno 2, p. 259-274, especialmente la p. 267.
10. *Ibid*. p. 271.
11. GRODECK, *¿Qué historia es...?*
12. R. H. TAWNEY, *The Study of Economic History*, «Economica», 1933, p. 1-21.
12a. J. D. CHAMBERS, *The Place of Economic History in Historical Studies. Inaugural Lecture*, University of Nottingham, 1960.
13. F. SIMIAND, *Les théories économiques du salaire. Examen critique*, «Revue d'Economie Politique», 1930, p. 1281-1297.
R. MOSSÉ, *L'enseignement historique en économie politique, Histoire des faits et histoire de la pensée*, «Revue d'Histoire Économique et Sociale», XXI, 1933, p. 126.
14. Esto lo recuerda K. Tymieniecki en el preámbulo de *Obras escogidas*, Varsovia, 1956, p. 12.
15. L. Brocard caracteriza esta tendencia en *Économie Politique et Histoire*, «Revue d'Économie Politique», 1930, p. 1281-1297; R. MOSSÉ, *L'enseignement historique...*
16. Esto no significa que aquí queramos volver a borrar la autonomía de estas dos disciplinas como en el «período de los errores y las deformaciones» (período staliniano). Habría que fundamentar en ese caso el derecho de la historia del pensamiento económico a una existencia independiente. S. ZURAWSKI, *Sobre el objetivo y el alcance de la historia del pensamiento económico*, «Ekonomista» 1954, no. 4.
17. R. MOSSÉ, *op. cit.* p. 129.
18. Esto no significa que queramos negar, sino al contrario, la trascendencia de esta categoría de conceptos económicos los cuales han sido codificados bajo la forma de una doctrina. Véase ZURAWSKI. *op. cit.*
19. Esta postura es representada en la República Democrática Alemana por el prof. Fritz Behrens.
20. J. Kuczynski polemiza con otros argumentos con esta tesis, *Wirtschaftsgeschichte als Wissenschaft*, «Wissenschaftliche Annalem», IV, 1955, no. 7, p. 391-397.
21. Se trata de la formulación de tesis asombrosas por su simplicidad, por ejemplo: «*Economics is what economists do*», HOSELITZ B. F., *A. Reader's Guide to the Social Sciences*, Glencoe 1959, p. 130.
22. W. KULA, *Reflexiones sobre la historia.*
23. Tampoco nos basta el concepto de Robbins según el cual «la teoría económica describe las formas y la historia económica describe las substancias» (*Essai sur la nature et la signification de la science économique*, París, 1947, p. 48).
24. F. WIESER, *Theorie der gesellschaftlichen Wirtschaft*. Grundriss der Socialokonomie, t. I, 1914, p. 125-144.
25. O. LANGE, *¿Es la economía una ciencia social?* «Revista Jurídica», XXIX, 1935, p. 243-251.
26. F. ENGELS, *Anti-Duhring*, Varsovia, p. 144.
27. Lange llama la atención a este respecto. *op cit.* p. 249.
28. *Ibidem*, p. 245.

29. Se dan evidentemente en casi todos los países, en especial entre los más destacados científicos.
30. O. LANGE, *El objetivo y el método de la economía*, p. 5.
31. D. M. GOODEFELLOW, *Elementos de economía en sociología*, «Revista Sociológica», VIII, 1946, p. 75 y del mismo, *Principles of Economic Sociology. The Economics of Primitive Life as Ilustraded from the Bantu Peoples of South and East Africa*, Londres, 1939.
32. D. M. GOODFELLOW, *Elementos de economía...*, p. 74. Cunningham ostentaba esta misma postura: *The Growth of English Industry and Commerce*, t. I, p. 8, y asimismo L. ROBBINS, *Essai sur la nature et la signification de la science économique*, París 1947, p. 48.
33. Después de cada edición. Últimamente después de la aparición en 1927 de los tomos dedicados por Sombart al *Hochkapitalismus*.
34. Enervado sobre todo por las malévolas observaciones de Brodnitz (*Recent Work in German Economic History*, 1900-1927, «Economic History Review», I, 2, 1928, p. 324-325).
35. W. SOMBART, *Economic Theory and Economic History*, «Economic History Review», II, 1929, 1, p. 1-19.
36. E. POWER, *On Medieval History as a Social Science. An Inaugural Lecture* «Economica», 1934, I, p. 13-29.
37. T. S. ASHTON, *The Relation of Economic History to Economic Theory. Inaugural Lecture*, «Economica», 1946, XIII, p. 81-96.
38. Recordemos otro más, E. HECKSCHER, *A Plea for Theory in Economic History* «Economic History» (suplem. del Economic Journal), I, p. 525-535.
39. S. KUZNETS, A. Gerschenkron, A. Sauvy, C. Gini, W. W. Rostow y otros.
40. Contra esta tendencia el mismo Stalin escribió: «El manual [de economía política] utiliza el método histórico para ilustrar las cuestiones de economía política, pero esto aún no significa que debamos convertir los manuales de economía política en la historia de las relaciones económicas.» (*Problemas económicos del socialismo en la URSS*, Varsovia, 1952, p. 50.) Esta fue una reacción contra la fusión de la teoría en el material histórico. Pero al mismo tiempo nada más característico que este regreso al aprovechamiento del método histórico para la ilustración de los problemas económicos, lo que era un grave peligro para la historia económica.
Kuczynski polemiza con los críticos más agudos, para quienes ningún tema de teoría económica se abordaba con las suficientes «ilustraciones» de carácter histórico, y afirma que se asemejan a los que quisieran que «el listín telefónico diera la fecha de nacimiento de los abonados, el libro de cocina, el precio de los productos y el manual de economía política tratase también de la historia económica». (KUCZYNSKI, *Wirtschaftgeschichte als Wissenschaft*, p. 386.) Además no hubo en la práctica tal fusión de la teoría con la historia, sino que las dos se perdieron.
41. J. Kuczynski llamó la atención a este respecto, *op. cit.* p. 386-387.
42. *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS*, Moscú 1945, p. 131.
43. J. STALIN, *Problemas económicos del socialismo en la URSS*, p. 77.
44. Por ejemplo en el IX Congreso de Ciencias Históricas de París en 1950. El tomo de informes de este congreso, el cual refleja los procesos que se operan en la ciencia de Europa Occidental, indignó a muchos historiadores tradicionalistas en Polonia.
45. Por ejemplo, la conferencia organizada por la UNESCO en 1953 en Santa Margherita, Italia y dedicada a: *Los factores del progreso económico*. En el «Bulletin International des Sciences Sociales», VI, 1954, no. 2, figura el resumen de las intervenciones y la discusión en el congreso. Tras éste hubo muchos más.
46. A. MARCHAL, *Economistes et historiens*. Asimismo, F. BRAUDEL, *Pour une économie historique*, ambos en «Revue Économique», I, 1950, no. 1, p. 5-36 y 37-44. Sin embargo, es curioso que en ninguno de los números

siguientes se repita este nexo, a pesar de que en el cuerpo de redacción figuraban dos historiadores (F. Braudel y C. E. Labrousse).

47. F. MAURO, *Théorie économique et histoire économique*, «Cahiers de l'Institut de Science Économique Appliquée», 1959, no. 79, p. 75.
48. V. MAGALHAEZ GODINHO, *Histoire économique et économie politique*, «Revista de Economía» (Lisboa), IV, 1951, 3, p. 122.
49. E. JAMES, *Historia del pensamiento económico en el siglo XX*, Varsovia 1958, p. 305 (y también en las p. 113-115 sobre el mismo tema). Lévi-Strauss va màs lejos al afirmar que precisamente «las cosas menos importantes son las que se dejan medir con más facilidad». LÉVI-STRAUSS. *Les mathématiques de l'homme*, «Bulletin International des Sciences Sociales», VI, 1954, p. 647.
50. P. BARAN, *La economía política del desarrollo*, Varsovia, 1958, p. 647.
51. J. D. BERNAL, citado según Baran, *op. cit.* p. 4.
52. J. ROBINSON, *La acumulación del capital*, Varsovia, 1958, p. 83.

CAPITULO IV: La periodificación de la historia económica

1. Por ejemplo: *Der chaotische Strom der Geschichte ist anders nicht zu überblicken.* L. BEUTIN, *Einführung in die Wirtschaftsgeschichte*, Köln-Graz 1958, p. 137. Igualmente, N. S. B. GRAS, *Stages in Economic History*, «Journal of Economic and Busines History», mayo 1930, para quien las divisiones periódicas son una triste realidad.
2. Típico en el hegelismo. En la ciencia polaca, O. Balzer, por ejemplo, quien escribió que «la ciencia histórica sólo por la construcción de las divisiones puede descubrir las fases reales de la evolución histórica». (K. H. XI, p. 36.) También O. HALECKI, *Sobre la división de la historia universal en períodos*. «Revista Varsoviana», no. 14, p. 129-148.
3. E. BERNHEIM, *Lehrbuch der historischen Methode und der Geschichstphilosophie*, Leipziz 1914 (existe una edición resumida). Ch. LANGLOIS y V. SEIGNOBOS, *Introducción a las investigaciones históricas*, preámbulo de S. Zakrzewski, Lvov 1912.
4. K. LAMPRECHT, *Moderne Geschichtswissenschaft*, Leipzig 1905.
5. E. TRÖLTSCH, *Der Historismus und seine Probleme*, Tübingen 1922, t. I, p. 700.
6. M. HANDELSMAN, *Historia*, Varsovia 1928, p. 31.
7. Sobre los motivos de esta polémica véase el excelente libro de K. POPPER: *Misère de l'historicisme*, París 1956, con una clásica formulación de la actitud positivista en la polémica con K. Mennheim y con Marx.
8. HALECKI, *op. cit.* p. 133.
9. Todos los conceptos fundamentales de la ciencia social se matizan de una cierta intención. G. MYRDAL, *Teoría económica y países no desarrollados*, Varsovia 1958, p. 26. El autor ha dedicado valiosos estudios a esta cuestión, por ejemplo, en *The Political element in the Development of Economic Theory*, Londres 1953 (edición sueca en 1929, traducción alemana en 1932). Del mismo autor: *Value in Social Theory. A Selection of Essays an Methodology*, Londres 1958; del mismo: *Une Economie Internationle*. París, 1958, especialmente el último capítulo.
10. Sobre la historia de la palabra «capitalismo», véase L. FEBVRE, H. HAUSER, *Capitalisme et capitaliste*, «*Annales*» 1939, p. 401-406; E. SILBERNER, *Sur le mot Capitalisme*, «Annales», 1940, p. 133-134. G. PALMADE, *Capitalisme et capitalistes français au XIX-e siècle*. París 1961.
11. H. HEATON, *Criteria of Periodisation in Economic History*», «Journal of Economic History», XV, 1955, fasc. 3, p. 267-272. De modo parecido el prof. J. Szczepanski exigía en el coloquio de la UNESCO en París en 1956 la eliminación del término «progreso». BENTIN, *op. cit.* p. 139, reconoce con amargura que no es fácil eliminar la locución «capitalismo». Por el contrario F. Braudel pregunta: «¿Si el término [capitalismo] es arrojado por la ventana, no volverá a entrar por la puerta?»

12. T. S. ASHTON, *An Economic History of England. The 18th Century*, Londres 1955, p. V.
13. S. KINIEWICZ, *Algunas observaciones sobre el tema de la censura en el año 1795*. K. H. LXVI, no. 1, p. 102.
14. LENIN, *Obras escogidas*, 2 tomos, Moscú, t. I, cap. 2, p. 365.
15. C. MARX, *El Capital*, t. II, p. 399. Sobre el abigarrado caos de las formas transitorias, véase la p. 510.
16. LENIN, *Obras*, t. 22, ilustración en la p. 214.
17. F. W. KONSTANTINOW, *Materialismo histórico*, Moscú 1950, p. 153. Lenin también habla del «capitalismo moribundo». *Obras*, t. 22, p. 343.
18. *Ibidem*, p. 364. (*Obras*, t. 22, p. 303) Lenin utiliza las expresiones «régimen superior» en atención a la censura, ya que las escribió antes de la caída del zarismo y con intención de publicar la obra en Rusia. (Véase el preámbulo.)
19. F. W. KONSTANTINOW, *Materialismo histórico*, Moscú 1950, p. 150. Incluso el manual de economía política editado en 1950 no recoge la prudente formulación de Lenin sino que habla sin más de la «última fase del capitalismo», p. 331, y en las «conclusiones», leemos: «el capitalismo en vías de extinción, víspera de la revolución socialista», p. 345.
20. Escribiendo en 1954, los autores del *Manual de economía política* afirman que «los principios científicos de la crisis general del capitalismo los elaboró Lenin» (p. 347). No hemos encontrado nada que confirme esta tesis. Stalin habla sobre este tema. Véase KONSTANTINOW. *op. cit.* p. 255 y sigtes. Véase asimismo: *La Economía Política*, Varsovia, 1955, p. 347 y sigtes.
21. Véase: *La Economía Política*, Varsovia 1955, p. 366 y sigtes.
22. E. H. P. BROWN y S. J. HANDFIELD-JONES, *The Climateric of the 1890. A Study in the Expandivy Economy*, «Oxford Economic Papers», October 1952.
23. G. KALVERAM, *Die Theorien von den Wirtschaftsstufen*, Leipzig 1933.
24. *Ibidem*, p. 79.
25. B. HILDEBRAND, *Natural-Geld- und Kreditwirtschaft, Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, II, 1864.
26. K. BÜCHER, *Die Enstehung der Wolkswirtschaft*, 2 tomos. Tübingen 1922. Una parte de esta obra existe en traducción polaca: K. BÜCHER, *Esbozo económico*, Varsovia 1906.
27. H. SPANGENBERG, *Territorialwirtschaft und Stadwirtschaft. Ein Beitrag zur Kritik der Witschaftsstufentheorie, Beiheft 24 der Historisechen Zeitschrift*, Munich-Berlín 1932.
28. G. Von BELOW, *Zum Streit um das Wesen der Soziologie, Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, 1926; W. MISSCHERLICH, *Der Witschaftliche Fortschrift, sein Verlauf und Wesen*, Leipzig 1910; T. MAYER, *Wirtschaftsstufen und Wirtschaftsentwicklung*, «Zeitschrift für Volkswirtschaft und Soziale Politik» II, 1922; G. von BELOV, *Probleme der Wirtschaftsgeschichte*, Tübingen 1920; J. PLENGE, *Wirtschaftsstufen und Wirtschaftsgentwicklug*, «Annalen für soziale Politik und Gezetzgebung» IV, 1916; *Ibidem* V, 1917: polémica entre Bücher y Plengen; G. von BELOV, *Uber historische Periodisierung mit besonderem Blick auf die Grenze zwischen Mittelalter und Neuzeit*, Berlín 1925; H. PROESLER, *Die Epochen der Deutschen Wirtschafts, entwicklung*, Nuremberg 1927. C. Barbagallo seguía la misma línea que Mayer. Véase: *Economica antica e moderna*, «Nuova Rivista Storica» 1928 y 1929. Sombart criticó asimismo a Bücher a pesar de lo mucho que le debía. Más adelante hablamos de la crítica de Dopsch.
29. Charles Verlinden trata de concordar la tesis de Mayer con la teoría de Bücher, llegando como es natural a la teoría cíclica (Ch. VERLINDER, *Introduction à l'histoire économique générale*. Facultade de Letras da Universidade de Coimbra, Suplem. do t. V da «Rivista Portuguesa de Historia», Coimbra 1948).
30. H. BECHTEL, *Wirtschaftsstill des Spätmittelalters*, Munich-Leipzig 1930; A. SPIETHOFF, *Die Allgemeine Volkswirtschaftslehre als geschichliche*

Theorie. Die Wirtschaftsstile, «Schmollers Jahrbuch», LVI 1932; G. WEIPPERT, *Zum Begriff des Wirtschaftsstil*, *ibidem* LXVII, 1943, p. 417-478; A. MÜLLER-ARMACK, *Zur Methaphysik der Kulturstile*, «Zetschrift für die gesammte Stattswissenschafter», CV, 1949.

31. BEUTIN, *op. cit.* p. 136.
32. A. DOPSCH, *Naturalwirtschaft und Geldwirtschaft in der Weltgeschichte*, Viena 1930. Véase crítica de este trabajo: S. ARNOLD, *Algunas observaciones en torno a las tareas de la historia económica*, RDSG, I, 1931, p. 111-129.
33. J. RUTKOWSKI, *Historia económica de Polonia*, t. I, 1946, p. 9.
34. J. U. NEF, *Essence de la civilisation industrielle*, en: «Eventail de l'histoire vivante». Hommage à L. Febvre, t. I, París 1953, p. 63. Contra esta actitud ya combatió Marx hace cien años (*El Capital*, t. 1, p. 195), persistiendo aún esta lucha.
35. Nos referimos a estos problemas también en el capítulo sobre la estadística histórica: «Las limitaciones en el empleo de los métodos estadísticos».
36. E. H. P. BROWN y S. J. HANDFIELD-JONES, *The Climateric of the 1890 s, A Study in the Expandidy Economy*, «Oxford Economic Papers», octubre 1952.
37. W. W. ROSTOW, *The Stages of Economic Growth*, Cambridge 1960. El concepto de Rostow sobre el «despegue» (*take-off*) ya fue criticado, por ejemplo por D. C. NORTH, *A Note on Professor Rostow's «Take-off»* en «Self-sustained Economic Growth», Manchester School, XXVI, 1, Enero 1958, p. 68-75. P. VILAR hace una crítica de Rostow en: «Croissance économique et analyse historique», en: *Première Conférence Internationale d'Histoire Économique*, Estocolmo 1960, p. 35-82; últimamente, P. BARAN y E. HOBSBAUM, *El Manifiesto no comunista*, «Cuadernos teórico-políticos», julio-agosto 1962, p. 100-109.
38. A. JEZIERSKIE, «Sobre algunos problemas del desarrollo histórico de la fundición de hierro en el Reino polaco», 1864-1910, en: *Economía minera y metalúrgica en el Reino de Polonia 1840-1910*, por A. JEZIERKI, E. KACZYNSKA, S. KOWALSKA, K. PIESOWICZ; Varsovia 1961.
39. M. KUKIEL, *La ciencia histórica polaca esclavizada*. «Legajo Histórico», VII, 1955, p. 43.
40. «Las fuerzas productivas son... los factores más móviles y revolucionarios de la producción». *Historia del P. C.* (b) *de la* URSS, Moscú, 1945, p. 132.
41. A. TOYNBEE, *Lectures on the Industrial Revolution in England*, Londres 1884.
42. E. M. CARRUS-WILSON, *An Industrial Revolution of the Thirteenth Century*, «Economic History Review», XI, 1941, p. 39-60.
43. H. HEATON, *Criteria of Periodisation in Economic History*, «Journal of Economic History», XV, 1955, no. 3, p. 267-272.
44. A. GERSCHENKRON, *Economic Backwardness in Historical Perspective. The Progress of Underdeveloped Areas*, edición B. F. Hoselitz, Chicago 1952, p. 8-9. Asimismo Rostow y muchos otros.
45. Declaraciones en el XI Congreso Internacional de Ciencias Históricas de agosto 1960 en Estocolmo, en la Sección II, después de la intervención de Zukow sobre la periodicidad de la historia del mundo.
46. W. KULA, *Los comienzos del capitalismo en Polonia en la perspectiva de la historia comparada*, Roma 1960.
47. O. LANGE, *El carácter y la acción de las leyes económicas*. «Ekonomista», 1958, no. 6, p. 1319.
48. Esta tendencia ha sido justamente criticada por G. MYRDAL, *La teoría económica y los países atrasados*. Varsovia 1958, p. 29, 40, 53, 136, 207 y otras.
49. Este problema fue abordado durante la discusión en torno al II tomo de la historia de Polonia. Instituto de Historia de la Academia Polaca de Ciencias; véase W. KULA, *Más aún sobre el optimismo y el pesimismo*. «Revista Histórica Trimestral», LXIV, 1957, nos. 4-5, p. 201.

50. BEUTIN, *op. cit.* p. 140.
51. W. LENIN, *El desarrollo del capitalismo en Rusia. Obras*, t. III, p. 192-198.
52. C. MARX, *El Capital*, t. I, p. 510.

CAPITULO V: Los problemas de la historia económica y su síntesis

1. Su actitud se halla formulada programáticamente en el informe pronunciado ante el IV Congreso de Historiadores Polacos, celebrado en Poznan en 1925. Después, Rutkowski volvió a llamar varias veces la atención sobre estos problemas.
2. W. KULA, «La magnitud y el reparto de la renta en el sistema feudal». Véase: *Recuerdos del VII Congreso Nacional de Historiadores Polacos*, Wroclaw, 1948, t. I, p. 387-396 y del mismo autor: *Introducción a la obra de J. Rutkowski, Estudio de la historia del campo polaco en los siglos XVI-XVIII*, Varsovia 1956, especialmente en las p. 28-30 y 40-50.
3 Taylor hizo notar el valor de este problema en la reseña de J. Rutkowski, *El reparto de la renta en las minas de sal gema bajo Segismundo Augusto*, publicada por «El Movimiento Jurídico, Económico y Sociológico», IX, 1929, p. 386-388. También W. Kula llamó la atención a este respecto en el Congreso de Wroclaw.
4 Para mayores detalles, véase: W. KULA, *Los privilegios sociales y el progreso económico*, «Revista Sociológica», IX, 1947, p. 168-204.
5. M. KALECKI y L. LANDAU, *Estimación de la renta social en el año 1929*. Varsovia 1934 y, de los mismos autores: *La renta social en el año 1933 y los fundamentos de las investigaciones periódicas sobre los cambios de la renta*. Varsovia 1935 (Instituto de Investigación de las Coyunturas Económicas y de los Precios; investigaciones sobre la renta nacional en Polonia, t. I y IV).
6. Sobre los problemas metodológicos ligados a las investigaciones de la magnitud de la renta social, tratamos en el capítulo sobre el microanálisis en la historia económica.
7. F. BUJAK, *Historia de los asentamientos en las tierras polacas*. Varsovia 1920. Al insertar este estudio en el tomo de: *Estudios históricos y sociales* (Lvov 1926) Bujak reelabora esta frase escribiendo: «la historia económica de Polonia [en general, W. K.] es sobre todo la historia de los asentamientos» (p. 69). Con tal formulación esta tesis ya no se podría defender.
8. Véase la interesante reseña del libro de J. WAREZAK, *El asentamiento en el señorazgo de Lowicz* (1136-1847) por T. Lalik (KHKM, 11, 1954 nos. 1-2, p. 232-240).
9. K. HLADYLOWICZ, *Las transformaciones del paisaje y el desarrollo de los asentamientos en Wielkopolska del siglo XIV al siglo XIX*. «Investigaciones en torno a la historia social y económica», no. 12, Lvov 1932. Del mismo autor: «Los cambios en el paisaje de la región de Lvov desde mediados del siglo XV a comienzos del siglo XX», en: *Estudios en torno a la historia social y económica dedicados a F. Bujak*, Lvov 1931, p. 101-132.
10. K. J. HLADYLOWICZ, *Las transformaciones del paisaje y el desarrollo de los asentamientos en Wielkopolska*, p. 78.
11. *Ibidem*, p. 77.
12. Véase por ejemplo: J. BRODA, *La economía forestal en la región de Zywiec hasta finales del siglo XXIII*. Varsovia 1956.
13. R. RYBARSKI, *La economía del principado de Oswiecim en el siglo XVI*, Cracovia 1931.
14. J. TOPOLSKI, *La economía rural en las posesiones del arzobispado de Gniezno desde el siglo XVI al siglo XVIII*, Poznan 1958, p. 318-337.
15. J. RUTKOWSKI, «La reconstrucción rural en Polonia después de las guerras de mediados del siglo XVII», en *Estudios en torno a la historia del*

campo polaco en los siglos XVI-XVIII, edición de W. Kula, Varsovia 1956, p. 106.

16. St. RYCHLINSKI, *El despilfarro de fuerzas y de recursos en la industria polaca*. Resultados de la labor de la Comisión de Encuesta. Varsovia 1930.
17. Véase, por ejemplo, los datos estadísticos publicados por nosotros en el art. intitulado: *La industria textil en el Reino de Polonia* (1831-1865). «Cuadernos Históricos», LXIII, 1956, nos. 4-5, p. 180-199.
18. Véase: *Censo real en las voivodías de Chelm, Poznan y Malbork en el año 1664*, edición de J. Pankowski, Torun 1938.
19. J. RUTKOWSKI, *La reconstrucción rural en Polonia después de las guerras de mediados del siglo XVII.*
20. W. RUSSINSKI, *Las capas de la población rural en los principados del Reino de Prusia en la segunda mitad del siglo XVII.* RDSG VI, 1937.
21. Trabajos de W. RUSINSKI, I. GIEYSTOROWA, A. KAMINSKI y S. HOSZOWSKI en: *Polonia en la época de la segunda guerra del Norte*, 1655-1660, t. II, Varsovia 1957, p. 261-434, y J. TOPOLSKI, *Influencias de las guerras de mediados del siglo XVII en la situación económica de la región de Podlasie*, en: «Estudios Históricos». En el 35 Aniversario de la labor científica de H. Lowmianski, Varsovia 1958, p. 309-349. Asimismo, de Z. GULDON, *Consideraciones sobre el problema de las devastaciones económicas a mediados del siglo XVII en la región de Poznan.* «Escritos Históricos», XXIV, 1958-1959, p. 63-84.
22. Parecidas a las investigaciones de MEUVRET, *Circulation monétaire et utilisation économique de la monnaie*, «Études d'histoire moderne et contemporaine», t. I, 1947.
23. Rubinsztein llegó a unos resultados asombrosos en sus tentativas de calcular el número de personas empleadas en los transportes en la Rusia del siglo XVIII.
24. Principal no quiere decir la única. En el concepto de Rutkowski sobre la «síntesis» entraban asimismo, de modo parcial, los temas que se enuncian en el punto siguiente.
25. Según la expresión de A. Lerner, ningún presupuesto estatal puede ser socialmente neutral. E. JAMES, *Historia del pensamiento económico en el siglo* XX. Varsovia 1958, p. 576.
26. Ponemos en guardia en este punto contra la suposición de que la actividad social, a la cual nos referimos aquí, se halle dirigida exclusivamente hacia el cambio del sistema de reparto de la renta nacional. Pero éste es, sin embargo, el aspecto que interesa principalmente a la historia económica.
27. Volveremos a ocuparnos de estas cuestiones más adelante, en especial en el capítulo sobre la estadística histórica y el método comparativo.
28. J. RUTKOWSKI, *Indagación sobre el reparto de la renta en la Polonia moderna*, t. 1: «Consideraciones teóricas. La clasificación de las rentas de los grandes latifundistas», Cracovia 1938.
29. J. RUTKOWSKI, *El reparto de la renta en las minas de sal gema bajo Segismundo Augusto*. Poznan 1927.
30. En el capítulo sobre la historia de la historia económica.
31. Y mucho más sobre Sée del cual se consideraba un discípulo.

CAPITULO VI: Microanálisis (1)

1. GRODEK: *¿Qué historia es...?*
2. ARNOLD, «Historia de los precios en la antigua República polaca», en *Recuerdos del VI Congreso de Historiadores Polacos en Vilno*, 1935, t. II, p. 293-295.
3. Empleamos aquí convencionalmente la palabra «nacional». Al analizar las diferentes épocas históricas, las distintas magnitudes sociales y geográficas requieren ser indagadas. Más adelante volvemos a referirnos a este problema.

4. El estudio de Cipolla es un ejemplo luminoso. Se refiere a la época carolingia y es un ejemplo magnífico independientemente de si sus tesis se apoyan o no en la ciencia en el curso de la polémica ulterior. C. M. CIPOLLA, *Encore Mahomet et Charlemagne. L'économie politique au secours de l'histoire*. «Annales» 1949, p. 4-9.
5. Sobre las disputas a este respecto en la nueva ciencia económica, véase E. JAMES, *Historia del pensamiento económico en el siglo XX*, Varsovia 1958, p. 88, 260, 307 y sig.
6. J. RUTKOWSKI, *Búsquedas sobre el reparto de las rentas en la Polonia moderna*, t. I, Cracovia 1938, p. 81-91.
7. J. RUTKOWSKI, «¿Es necesaria la teoría económica del sistema feudal?» *Informe de la Sociedad Polaca de Ciencias*, 1934, no. 1, p. 44-52.
8. J. RUTKOWSKI, *Búsquedas sobre el reparto de las rentas en la Polonia moderna*, t. I, «Reflexiones teóricas. La clasificación de las rentas de los grandes latifundistas».
9. *Ibidem*, p. 6.
10. M. KNIAT, *Importancia económica de los gravámenes en el campo en la Polonia del siglo XVIII*, Poznan 1930, p. 121-184.
11. J. RUTKOWSKI, *Búsquedas*... p. 25.
12. Nos hemos referido extensamente a estos problemas en la introducción a la obra de RUTKOWSKI, *Estudio sobre la historia rural de Polonia en los siglos XVI-XVIII*, Varsovia 1956, p. 5-61.
13. RUTKOWSKI, *Búsquedas*... p. 40.
14. *Ibidem*, p. 25.
15. *Ibidem*.
16. J. RUTKOWSKI, *Estadística profesional de la población rural en la Polonia de la segunda mitad del siglo XVI*, PAU. t. 61, Cracovia 1918; W. JAKOBCYK, *Las capas de la población rural en los principados de las voivodías occidentales de la Corona en la segunda mitad del siglo XVII*, RDSG V, 1936;
E. KOZLOWSKI, *Las capas de la población rural en Wielkopolska en la segunda mitad del siglo XVI*, Poznan 1928.
A. MOSCIECKI, *Las capas de la población rural en los bienes del capítulo de Pobnan en la primera mitad del siglo XVI*, RDSG II, 1933;
W. RUSINSKI, *Las capas de la población rural en los principados del Reino de Prusia en la segunda mitad del siglo XVII*, RDSG, VI, 1937.
17. Vale la pena señalar que Rutkowski quizá sobrestimara el grado de utilización del trabajo asalariado en las haciendas polacas de los siglos XVII y XVIII.
18. RUTKOWSKI, *Búsquedas*..., p. 81-90.
19. *Ibidem*, p. 8-10.
20. RDSG, I, p. 218-224; II, 1932-1933, p. 619-628.
21. Planteamos con todo detalle este problema en la ponencia del Congreso de Wroclaw del año 1948 (*Recuerdos*... t. 1, p. 391).
22. Contrariamente a Kniat no evaluamos esos porcentajes exactamente al 0,1 %. Más adelante, en el capítulo sobre la estadística histórica, que la evaluación de las cifras con una exactitud mayor que lo que permite el mismo material documental en el cual se hallan asentadas es inadecuada.
23. S. GRABSKI, *Esbozo del desarrollo de las ideas socio-económicas en Polonia desde el primer desmembramiento hasta 1831*, t. 1, Cracovia 1903, t. II, «Revista Polaca», Cracovia, 1905-1906.
24. Por ejemplo B. PUCZYNSK, *La economía de las grandes haciendas a comienzos del siglo XIX según el libro de cuentas de los Smarzewski de Moczerady en 1798-1828*, RDSG, IV, 1935, p. 71-104.
25. Por ej., A. TARNAWSKI, «La obra económica de Jan Zamoyski», *Búsquedas en torno a la historia económico-social*, no. 18, Lvov, 1935. Asimismo el libro de J. LESKIEWICZOWA, «Los bienes rurales en la época de la economía feudal de la servidumbre en los siglos XVI-XIX», *Búsquedas sobre la historia del campo polaco*, no. 5, Wroclaw 1957; está basado en el análisis de las propiedades que pasan de una mano a otra

en el curso de los siglos. Tal análisis justifica su necesidad para el conjunto del cuadro.

26. RUTKOWSKI, *Búsquedas...*, p. 87.

27. W. KULA, *Esbozo sobre las manufacturas polacas en el siglo XVIII.*

28. R. ZUBYK, «La economía de las fincas señoriales a finales del s. XVIII», en: *Estudio de la historia social y económica dedicado al prof. dr. F. Bujak*, Lvov, 1931, p. 227-261.

29. Gastos monetarios en relación con la suma de los gastos monetarios y el valor del trabajo de los campesinos.

30. La cuestión del papel del dinero en el consumo cotidiano en los medios de la pequeña y media nobleza rural fue objeto de un debate entre Korzon y Smolenski. Smolenski criticó la generalización de Korzon según la cual «la economía hacía vivir y vestía al noble casi sin ningún gasto monetario». Smolenski, para fundamentar sus reservas, argumenta citando las cuentas domésticas de la familia de Tomás Lacki, que heredó una aldea de una quincena de casas cerca de Wlocawek. Las cuentas van de 1792 a 1795. Para una familia numerosa se gasta una suma en metálico de 14200 zlotys, pero en ella se incluyen 4300 zlotys que percibe una hermana como pensión. Quedan pues para el consumo 3300 zlotys al año. Por desgracia, Smolenski no da el reparto concreto de los gastos, limitándose a señalar que en el ano 1793 se han gastado «para la mesa y otras atenciones de la existencia» 438 zlotys con 27 groszys, mientras que se han invertido 2.261 zlotys con 3 groszys para la vestimenta, el pago de los servidores, los impuestos y los aperos. Por la dificultad de incluir en el consumo los gastos fiscales y de los aperos, los datos de Smolenski no confirman mucho su tesis (W. SMOLENSKI, *La historia interna de Polonia bajo Estanislao Augusto*, editado por vez primera en el Ateneum, años 1883, 1884 y 1887; del mismo autor: *Escritos históricos*, t. III, Cracovia, 1901, p. 22, 28 y 29).

Korzon señala también, después de J. S. DEMBOWSKI (*Sobre las imposiciones*, Cracovia 1791) los gastos medios de un noble que tiene una renta de 5000 zlotys y que vive soltero en una aldea, y que habrían de establecerse como sigue:

Carne: vaca, ternera y aves; por lo menos cada año	418	zl. 22,5 gr
Cerveza	48	»
Vino, café, azúcar y especias	475	»
Candelas	174	»
Ropa y calzado	1032	»
Tabaco	84	»
Servidores	1672	»
	3903	

(T. KORZON, *Historia interna...*, T. II, p. 104.) Los gastos que el que vive en la ciudad o la aldea debe casi siempre sufragar en metálico, es decir el vino, las especias, el tabaco, la ropa y el calzado, representan en este caso apenas 1591 zl. 6 gr. (el 40 % de los gastos generales) y el que vive en el pueblo a buen seguro que compra menos cosas de este género. Para el que vive en la ciudad son ruinosas las necesidades de la servidumbre) el 43 % del total de los gastos (que en una aldea se sufragan sin recurrir al dinero).

Jarosz Kutanski (F. S. Jezierski) nos habla por último de un pequeño noble de la región de Podlasie, que «cuando había comprado el hierro, los utensilios domésticos, los aperos agrícolas, el calzado y la sal, se liberaba de todos los demás gastos domésticos» (F. S. JEZIERSKI, *Obras escogidas*, edición S. Skwarczynski, Varsovia 1952, p. 87). De los gastos de consumo sólo quedan en este caso el calzado y la sal. Es verdad que el autor desea mostrar el cuadro de la economía primitiva de un hidalgo provincial.

El naturalismo de la economía feudal se manifiesta a cada paso. Tanto si leemos los registros de cuentas como la correspondencia de carácter

económico nos hallamos siempre con la regla de oro del buen administrador: evitar los pagos en dinero. Al leer los inventarios se tiene la sensación de una obsesión al ver con qué pietismo se anota cada detalle en las cuentas (W. KULA, *Esbozo sobre las manufacturas*, p. 70-71). «Cada objeto por el que había que pagar en dinero —escribe Baranowski con respecto a la nobleza de Podlasie— tenía un valor especial; no se vacilaba en incoar un proceso e incluso en apelar al rey con motivo de un par de haches o de una tela encarnada.» I. T. BARANOWSKI, *La región de Podlasie en vísperas de la Unión de Lublin*, «Revista Histórica», VII, p. 53-54.)

31. Federico Mauro llegó últimamente a unos resultados análogos: *Le Portugal et Atlantique au XVII-e siècle*, París 1960, particularmente en las p. 213 y sig.
32. «Todo cuanto aquí hemos dicho acerca de las sociedades campesinas investigadas por el etnólogo corresponde en sumo grado a lo que dicen los historiadores al referirse a la vida económica en la Edad Media» (R. FIRTH, *Elements of Social Organization*. Londres 1951, p. 137).
33. D. THORNER, *The Relevance of the Theory of the Firm to Production by Peasant Households*; este material, no editado aún, nos ha sido facilitado amablemente por su autor.
34. D. R. GADGIL y V. R. GADGIL, *A Survey of Farm Business in Wai Taluka*, «Gokhale Institute of Politics and Economics», Poona 1940.
35. A esta misma conclusión llegó W. LENIN, «Nuevo movimiento económico en la vida del campesino», *Obras*, t. I, p. 32-33.
36. Porque el campesino no incluye en el cálculo ni el beneficio medio del capital ni la renta; que no es cierto que no cuente su trabajo sino que por el contrario es lo único que cuenta ya lo aclaró Marx en *El Capital*, t. III, 2, p. 384-385. Lenin escribe con mucha claridad sobre el problema de por cuanto tiempo el campesino no ha de contar en sus cálculos con la renta y el beneficio y que siempre de cualquier forma cuenta su trabajo: «El capitalismo en la economía agrícola», en *Obras*, t. IV, p. 122-123.
37. M. M. Postan, en sus conferencias en l'École Pratique des Hautes Études de París, expuso en 1961 de un modo interesantísimo la importancia de la «comercialización obligatoria» en las aldeas inglesas del medievo: o bien el campesino come a saciedad y no vende casi nada o cuando le aumentan la renta de la tierra, vende y se muere de hambre.
38. H. CORSTEN, *Hundert Jahre deutscher Wirtschaft in Fest- und Denschriften*, Colonia 1937. Es un compendio de literatura apologético-hagiográfica muy útil.
39. Se refiere a ella H. LARSON, *Guide to Business History. Materials for the Study of American Business History and Suggestions for their Use*. Cambridge Mass. 1948; A. REDLICH, *American Business History* «Vierteljahrschrift für Sozial und Wirtschaftsgeschichte», XXXVIII 1951, p. 247-259; A. CHABERT, *De quelques tendances récentes de l'histoire économique américaine: Les Business and Entrepreneurship Histories*, «Revue d'Histoire économique et sociales», XXXII, 1954; A. MACZAK, *Business History* K. H. LXIII, 1956, p. 269-283. El mejor análisis es el de G. MORI, *Premesse e implicazioni di una recente specializzazione storiográfica americana: la Entrepreneurial History*, «Studi Storici», I, 1959-1960, no. 5, p. 755-792. «Interesantes observaciones sobre la ideología de *Business History*», por P. BARAN en *El desarrollo de la economía política* Varsovia 1958, p. 143 y 209-210.
40. Expuesta de modo particular en su obra más antigua: *La teoría del desarrollo económico*, Varsovia 1960 (primera edición alemana en 1912). Para el uso de la historia económica Schumpeter expone sus conceptos principalmente en los dos artículos: *The Creative Respons in Economic History* «Journal of Economic History», VII, 1947, p. 149-150 y en *Theorical Problems of Economic Growth*, «ibidem», VII, 1947, suplemento, p. 1-9.
41. L. GIRARD, *Histoire des Entreprises*. XI-e Congrès International des

Sciences Historiques, Estocolmo 1960, «Rapports». V, páginas 97-106
42. Aun cuando tiene razón Maczark (*op. cit.* p. 283) al mostrar la genealogía alemana que es más antigua.
43. N. S. B. GRAS, *Busines and Capitalism. An Introduction to Business History*, Nueva York 1939 y del mismo: *Are You writing a Business History?* Cambridge Mass.
44. Después de la contienda y en particular a comienzos de la «guerra fría» la lucha ideológica fue viva en los EE UU en torno a la tendencia de la *Business History*. Algunos historiadores no escondieron su desagrado en relación con los monopolios. Esto provocó más de un ataque contra ellos. Véase O. LANGE, «El marxismo y la economía burguesa», Polityka, II, 1957, no. 9 (53).
45. A. H. COLE, *Entrepreneurship as an Area of Research*, «Journal of Economic History», VI, 1946, suplemento «Task»; del mismo autor: *Business History and Economic History*, V, 1945, supl. y del mismo autor: *Entreprise in its Social Settling*, Cambridge Mass. 1955 (esta obra comporta una bibliografía especial).
46. MACZAK, *op. cit.*, p. 274, al parecer no discierne las diferencias que existen entre la escuela de Cole y la de Gras.
47. M. BLOCH, *Culture historique et action économique. A propos de l'exemple américain*, «Annales», III, 1931, p. 1-4. Es característico que «Annales» publique en ese mismo tomo un artículo de Gras (*Les affaires et l'histoire des affaires*) «ibidem», p. 5-10, considerando como indispensable hacerle preceder de todas las consideraciones críticas de Bloch.
48. *Les attitudes sociales, l'action des entrepreneurs et le développement économique*. «Bulletin International des Sciences Sociales», VI, 1954, p. 284-291 (resumido); lo mismo *in extenso* en: *Economic Progress, Papers and Proceedings of a Round Table Held by the International Economic Association*, edición E. Duprez, Louvain 1955, p. 307-329 y en: «Explorations in Entrepreneurial History», VI, 1953-1955, no. 1, p. 1-19.
49. Voces polémicas de T. C. Cochran, D. S. Landes, J. F. Sawyer y respuesta de Gerschenkron en: «Explorations», VI, 1953-1954, p. 111-120, 181-183, 245-297; VII, 1954-1955, p. 111-120.
50. Para la actitud de Parsons en su expresión más amplia y nueva, véase: T. PARSONS y N. J. SMELSER, *Economy and Society. A Study in hte Integration Economic and Social Theory*, Londres 1956.
51. CHABERT, *op. cit.* p. 196.
52. T. S. ASHTON, «Le développement de l'Industrie et du commerce anglais au XVIII-e siécle», *X Congrèsso Internationale di Scienze Storische, Relazioni*, t. IV, Florencia 1955, p. 279. Compartimos aquí la terminología característica de Ashton. Se trata de su intención fundamental expresada con la típica discreción inglesa pero con mucha claridad.
53. L. BEUTIN, *Einführung in die Wirtschaftsgeschichte*, Colonia, Graz 1958, p. 32.
54. Véase sobre ella lo que se dice en el capítulo 1.
55. La ejecutoria del *Business* y de la *Entrepreneurship History* es muy considerable cuantitativamente. Sobre ella nos orientan mejor las revistas especializadas de las cuales han existido y siguen existiendo una serie: 1, *Journal of Economic and Business History*, edición E. F. Gay y N. S. B. Gras 1928-1932, 4 tomos; 2, «Bulletin of the Business Historical Society», difundido desde el año 1927, y a partir de 1954 con el título de: «The Business History Review»; 3, *Explorations in Entrepreurial History*, 1948/49, 10 tomos; 4, «Busines History», edición «Business Archive Council», desde el año 1958; 5, «Histoire des Entreprises». se edita desde 1958 (el anuario de 1957 salió a multicopista); 6, «Tradition. Zeitschrift für Firmengeschichte und Unternehmerbiographie, edición W. Treue», se publica desde 1956. Entre las revistas mencionadas la primera y la tercera no se publican, la cuarta, quinta y sexta han aparecido hace unos años. Si nos es permitido dar nuestra opinión, entre todas ellas «Tradition» tiene el más acusado carácter apologético.
La bibliografía sobre el tema en cuestión puede encontrarse en revistas

mencionadas, en los informes ya citados —en especial el de G. Mori, véase la nota 39— y en los libros, especialmente el de A. H. Coles.

56. W. KULA, *Esbozo sobre las manufacturas...*, t. I, p. 5, 18-19.

57. Tiene un carácter precursor a este respecto, por ej., el trabajo de S. G. STRUMILIN, *El factor tiempo en la proyección de las inversiones industriales*, edición de Izwiestii AN SSSR, 1946, no. 3, en *Problemas de la Economía Política del Socialismo en la URSS*, Varsovia 1948, p. 182-214. En el curso de los últimos quince años se ha publicado en torno a este problema una literatura considerable y acumulado muchas experiencias trascendentales.

58. En especial los trabajos de la escuela de Keynes, encabezados por Joan Robinson.

59. W. KULA, *Histoire et Economie. La longue durée*, «Annales», 1960 no. 2, p. 294-313. Al postulado enunciado en este artículo se refiere el no. 5 *Histoire des Entreprises* (1960) dedicado por entero al análisis de las empresas en las condiciones de la competencia imperfecta.

60. W. KULA, *Esbozo sobre las manufacturas*. Ya Marx llamó la atención sobre el hecho de que la demanda de trabajo en el feudalismo crece con más rapidez que la oferta (*El Capital*, t. 1, p. 797). También Lenin afirma que el trabajo asalariado del campesino estuvo mejor pagado antes de 1861 que después. (*¿Quiénes son los «amigos del pueblo»?*, *Obras*, t. 1, p. 256).

61. W. KULA, «La magnitud y el reparto de la renta en el sistema feudal», en: *Recuerdos del VII Congreso General de los historiadores polacos en Wroclaw*, t. 1, 1948, p. 389-392 y del mismo autor: *Esbozo sobre las manufacturas... ibidem.*

62. B. PUCZYNSKI, *op. cit.*

63. TORZEWSKI, *Diálogo sobre el arte de fabricarse el vidrio de quemar las potasas y de fundir el hierro...* en Berdyczowie. Año 1785.

64. W. KULA, *Esbozo sobre las manufacturas...*, t. 1 p. 210-211.

65. Como lo postulaba en una discusión con nosotros en París, C. E. Labrousse.

66. RUTKOWSKI, *Búsquedas...*, p. 66-68.

67. RUTKOWSKI (*op. cit.*, p. 68) se opone justamente a la realización del cálculo de las grandes propiedades sobre la base de la estimación de los bienes muebles e inmuebles; aun cuando esto fuera realizable «se llegaría a unas cifras enteramente ajenas a las relaciones de la época de las cuales las gentes no tenían conciencia en la organización de su vida económica y que por lo tanto no podían influir en el curso de la vida económica». Esta tesis es justa aunque pudiera dudarse si se halla bien fundamentada.

68. W. KULA, *Esbozo sobre las manufacturas.*

69. Esta cuestión también puede aclararse si se quiere con las categorías marginales: el elemento que entra en la producción sin poseer un precio en el mercado podemos considerarlo como un factor superfluo y que por lo tanto en el cálculo de los costes es igual a cero.

70. Oscar LANGE, *La economía política.*

71. W. KULA, *Magnitud y reparto de la renta...*; del mismo autor: *Introducción al estudio de la historia del campo en los siglos XVI-XVIII*; del mismo autor: *Los privilegios sociales y el progreso económico.* «Revista sociológica», IX, 1947 p. 169-204.

72. O. NEUBERT, *En el país de los faraones*, Varsovia, 1959, p. 68.

73. Keynes, llevó a cabo la observación de este fenómeno que lo condujo a formular el concepto de *propensity to liquid*. J. M. KEYNES, *Teoría general del empleo, la renta y el dinero*, Varsovia 1956, en particular el capítulo XV. Los economistas americanos conocen el proverbio: «Al caballo se le puede llevar a la cuadra, pero no obligarle a que beba», es decir, que aun cuando la política económica haya creado las condiciones favorables al cálculo inversionista ello no significa de que tal inversión sea realizada por el capitalista.

74. W. KULA, *Esbozo sobre las manufacturas.*

75. Este es un fenómeno muy frecuente en Polonia a finales del siglo XVI o del siglo XVIII. Véase por ejemplo a KECKOW. *Melchior Walbach. De la historia de un mercader varsoviano del siglo XVI.* Varsovia 1955.
76. La única tentativa de análisis histórico sobre la eficiencia de las inversiones en la ciencia polaca es la obra de A. JEZIERSKI, *Monografía histórico económica de las empresas de fundición en los años 1833-1843*; en: *La economía minera y metalúrgica en el Reino de Polonia, 1831-1864.* Varsovia 1958. Es característico para la situación de nuestra crítica científica que el autor de este trabajo habla de él como si se refiriera al tema de «unos métodos de investigación ya establecidos». (RDSG XXI, 1959, p. 275.)
77. W. KULA, *Esbozo sobre las manufacturas.*
78. RUTKOWSKI, *Historia económica de Polonia,* t. 2, p. 258, calcula este coeficiente en relación con la segunda mitad del siglo XIX, estimando para Varsovia en el año 1882 una magnitud igual a 0,045.
79. Esta diferencia ocasionó serias disensiones en los resultados globales hasta en la Polonia del período de entre las dos guerras. Véase W. GRAWSKI, *El parcelamiento agrario en relación con las estructuras, las coyunturas y los momentos de la historia de Polonia,* «Ekonomista» 1936, p. 16-52.
80. «La producción por los latifundistas de trigo para el mercado que se desarrolla, en particular en el último período de la existencia de la servidumbre, y de la sujeción de los campesinos era ya un anuncio de la caída del viejo sistema.» LENIN, *El desarrollo del capitalismo en Rusia,* en: *Obras,* t. 3, p. 158.
81. F. MAURO, *Le Portugal et l'Atlantique au XVIIème siecle,* París 1960, parte 2a. capítulos III y IV.
82. F. MAURO, *Théorie économique et Histoire économique,* «Recherches et dialogues philosophiques et économiques» no. 4. «Cahiers de l'Institut de Science économique appliquée», edición F. Perroux no. 79, 1959, p. 62-64.
83. *Ibidem,* p. 64.
84. WALEK-T. CZARNECKI, *Historia económica del Mundo antiguo,* t. 2: Grecia-Roma-Varsovia 1948, p. 107. Los razonamientos del autor sobre el hecho de que «el nivel de vida del esclavo de Ática el siglo IV era más alto que el del obrero polaco en el 1937» no parecen importantes.
85. Véase sobre el cálculo del trabajo del esclavo: C. MARX, *El Capital,* t. I, p. 581 y t. II, p. 388.
86. El problema de la rentabilidad de la economía esclavista fue desde hace mucho tiempo una cuestión de litigio en la ciencia. En: *Die Sklavenwirtschaft im modernen Amerika und in europeischen Altertume,* «Zeitschrift für Sozial u. Wirtschaftsgeschichte», IV, p. 67 y sig., A. Loria, adopta una actitud extremada al afirmar que el trabajo esclavista en las colonias era improductivo, no rentable y que las hecatombes de negros no beneficiaban ni siquiera a los europeos. W. SOMBART. critica esta postura en: *Der moderne kapitalismus,* t. I. capítulo 2, Munich 1919, p. 703 y sig.
87. En el capitalismo la actividad de una firma se ajusta a la actividad de las demás firmas o va en contra de ésta. Véase: R. R. WOHL, *The Significance of Business History,* «Business History Review», XXVIII, 1954 no. 2, p. 128-140.
88. B. GILLE, *Recherches sur la formation de la grande entreprise capitaliste 1815-1848,* París 1959, p. 8.

CAPITULO VII: Microanálisis (2)

1. F. Le PLAY, *Les ouvriers européens,* París 1855. El belga Ducpetiaux coetáneo de Le Play, es el autor de: *Budgets économiques de la classe ouvrière en Belgique,* Bruselas 1855, ampliamente utilizado por Marx (p. ej. en *El Capital,* t. I, p. 725).
2. «Autobiografía de Engel» en *Handwörterbuch der Staatswissenschaften,*

t. 5, p. 539-540. Véase igualmente: S. BAUER, «Konsumtion (nach Sozialklassen)». en *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, t. III.

3. *Tours 1877*, t. IV, p. 551-568.
4. W. KULA, *Análisis de los presupuestos familiares. Límites históricos de aplicación de los métodos*, «Ekonomista», 1949 nos. 1-2, p. 168-181.
5. W. KULA. *Reflexiones sobre la historia*.
6. En la ciencia polaca escribió sobre las mismas antiguamente Simon ESTREICHER, *Legislación contra el despilfarro en la antigua Cracovia* «Anuario cracoviano», t. I, 1898, p. 102-134. Últimamente también escribió sobre ese problema S. GRODZISKI, *Algunas consideraciones sobre la legislación contra el despilfarro en la antigua Polonia*. Artículo de discusión, en «Cuadernos Científicos de la Universidad Jagellónica de Cracovia», Facultad de Derecho, cuaderno V. 1958 no. 20, p. 67-86. En la literatura extranjera se ha escrito mucho sobre el lujo, la teoría de este fenómeno, sus manifestaciones históricas y las tentativas de combatirlo: Carl BRINKMAN en: *Encyclopaedia of Social Sciences* (Seligman), t. IV, p. 624-628; Wilhem ROSCHER, «Uber Den Luxus». En el compendio *Ansischten der Volkswirtschaft*, t. I, III edición. Leipzig 1878, p. 103-203; H. J. L. BAUDRIART, *L'histoire du luxe privé et public depuis l'Antiquité jusqu'à nos jours*, t. 4. segunda edición, París 1880; Werner SOMBART, *Luxus und Kapitalismus*. Munich 1913; T. VEBLEN, *The theory of the Leisure Class*: Carl LANDAUER, *Die Theorien der Merkantilisten und der Physiokraten über die Ökonomische Bedeutung des Luxus*, Munich 1915; M. GAFFIOT, *La théorie de Luxe dans l'oeuvre de Voltaire* «Revue d'histoire économique et sociale», XIV (1926), p. 320-343: R. I. MACBRIDE, *Luxury as a Social Standard*, Nueva York. 1915; J. M. VINCENT, «Sumptuary Legislation». *Encyclopaedia of Social Sciences* (Seligman), t. XIV. p. 464-466: E. GIZANDIAS, *Étude Historique sur les lois somptuaires*, Poitiers 1960: P. KRAEMER, *Le luxe et les lois somptuaires au Moyen Age*, París 1920: F. E. BALDWIN. *Sumptuary Legislation and Personal Regulation in England*; John HOPKINS, *Studies in Historical and Political Science*, «University». serie 44, no. 1. Baltimore 1926; K. E. GREENFIELD, *Sumptuary laws in Nürnberg*. serie 36, no. 2, Baltimore 1918; A. MORIZE, *L'apologie du luxe au XVIII-eme siècle. «Le Mondain» et les Sources*, París 1910: W. HOOPER, *The Tudor Sumptuary Laws, English*, «Historical Review», XXX (1915). p. 433-449; J. SCHWARTEN, *Verordnungen gegen Luxus und Kleiderpracht in Hamburg* «Zeitschrift für Kulturgeschichte». VI (1889), p. 67-102 y 170-190; M. M. NEWETT, *The Sumptuary Laws of Venice in the XIVth and XVth Centuries*, en: «Historical Essays», edición T. F. Tout y J. Tait. Londres 1902. p. 245-278.
7. Los investigadores de las leyes suntuarias no suelen reparar en que también existió, aun cuando en menor grado y menos necesaria, una legislación, prohibiendo el elevarse por encima de su estado para no avergonzar a éste. J. KULICHER, *Allgemeine Wirtschaftsgeschichte des Mittelalters und der Neuzeit, mit der Einleitung von prof. dr. J. Kuczynski*, t. I, 1954, p. 179-180.
8. J. M. VINCENT, *Sumptuary Legislation, Encyclopaedia of the Social Sciencies* (Seligman), t. XIV, 1949. p. 464.
9. E. H. NORMAN, *Japans Emergence as a Modern States*, Nueva York 1946, p. 15.
10. W KULA. *Esbozo sobre las manufacturas*, p. 376-379. La nobleza polaca exigía a menudo la promulgación de leyes suntuarias contra la burguesía. Es difícil decir si no quería verse avergonzada por el fasto de ésta o si es que ingenuamente se imaginaba que al privar a la clase media de los productos de lujo, ella misma podría comprarlos más baratos o ambas cosas. Szelagowski llama la atención en especial sobre el hecho de que el burgués podía liberarse de dicha prohibición pagando una cierta suma de dinero. (A. SZELAGOWSKI, *El dinero y el cambio de los precios en los siglos XVI y XVII en Polonia*, Lvov 1902, p. 39.)
11. GRODZISKI, *op. cit.*: Esto debía redundar al mismo tiempo en beneficio de la hacienda municipal,

12. Existe una abundante literatura con respecto a la Reforma y el Capitalismo: Weber, Tröltsch, Tawney, Fanfani, Samuelson y otros.
13. S. PEPYS, *Diario.*
14. C. BRINKMAN, «Luxury», *Encyclopaedia of Social Sciences* (Seligman), t. IX, 1949, p. 634-638.
15. W. SOMBART, *Luxus und Kapitalismus*, Munich 1913.
16. B. BARAN, *La economía política del desarrollo*, Varsovia 1958, p. 151-152 y 186-187.
17. Henri HAUSER, *Recherches et documents sur l'histoire des prix en France de 1500 à 1800*, París 1936, p. 82; F. HEYEK, *Capitalism and Historians*. Londres 1954, p. 151 (concepto expresado por Ashton).
18. En la ciencia polaca el análisis de los presupuestos familiares y el establecimiento de las bases para los índices de los costes de manutención cuentan con una rica ejecutoria. He aquí algunas obras más destacadas y ya clásicas: B. WASNIEWSKI: (K. KRZECZKOWKI: Las *condiciones de vida y de trabajo de los obreros de la industria del azúcar en el Reino de Polonia*, Varsovia 1911; *Las condiciones de existencia de los obreros en Varsovia, Lodz y la Cuenca de Dabrowa a la luz de la encuesta del año 1927*. Varsovia 1929 (Trabajo colectivo del Instituto Central de Estadística): L. LANDAU, *El paro obrero y el nivel de vida de la población de los barrios obreros de Varsovia* (Instituto Central de Estadística), Varsovia 1936.
19. Cuando en su crítica a las investigaciones de la escuela de Bujak Arnold se sirvió del presupuesto elaborado sobre la base de una fuente inestimable hallada por él: el libro de cuentas domésticas de 1723-1724 del mercader varsoviano Zieleniewicz. Bujak en una discusión mantenida en el Congreso de Vilno le contestó no sin razón que se trataba del presupuesto de un despilfarrador y un borracho, pero si no fuera por estas causas no se hubiera encontrado ya que fue a parar al archivo del Estado a consecuencia de su... bancarrota. (S. ARNOLD, «Historia de los precios en la antigua República Polaca», en: *Recuerdos del VI Congreso General de Historiadores Polacos en Vilno*, t. II 1935, p. 293-295).
20. J. WISNIEWSKI, «Consideraciones sobre el cálculo del índice de los precios en los largos períodos de tiempo», en *Recuerdos del VI Congreso General de los Historiadores Polacos en Vilno*, t. I, 1935, p. 129, 132 y Arnold. *op. cit.*
21. *Ibidem.*
22. Esto lo percibió Winiewski en su calidad de especialista de la Estadística, pero su declaración parece que pasó desapercibida.
23. Sobre los errores en sus métodos véase el capítulo sobre las estadísticas de los precios, en el párrafo relativo al análisis de los precios en Polonia
24. S. HOSZOWSKI, *Los precios en la ciudad del Lvov de 1701 a 1914*. Lvov 1934, p. 193.
25. S. HOSZOWSKI, *Los precios en la ciudad del Lvov de 1701 a 1914*. Lvov 1934, p. 193.
26. Debe ser: 121.
27. No se sabe cómo se obtuvo esta cifra. Si en aquel decenio no se conocía el nivel del índice del coste de la ropa y hubo que ponderarlo de alguna manera, en ese caso, el índice del coste de vida tenía que ser más bajo Si sólo se tuvieron en cuenta dos grupos de artículos, en ese caso ascendería a 3.008. Magnitud más aproximada ya que la cifra de 2460 se obtiene a través de la multiplicación de los dos grupos de artículos por su coeficiente verdadero y la división del resultado por cien (en lugar de la suma del supuesto, es decir por 82), lo que es un error aritmético.
28. Debido a la confusión a la cual nos hemos referido en la nota anterior la estructura para este decenio está calculada de una forma insegura.
29. S. HOSZOWSKI, *Los precios en la ciudad de Lvov de 1701 a 1914*, p. 193.
30. G. LUZZATO, «Il costo della vita a Venezia nel Trecento», en: *Stori*

dell Economia Italiana. Saggi di Storia Economica*, a Cura di C. Cipolla t. I, Turín 1959, p. 409-424.

31. G. ALEATI y C. M. CIPOLLA, «Contributo alla Storia dei Consumi e de costo della vita in Lombardia agli inizi dell'eta moderna», en: *Hommage à L. Febvre. Éventail de l'histoire vivante*, t. II, París 1953, p. 317-341.
32. S. ARNOLD, «Historia de los precios en la antigua República Polaca» en: *Recuerdos del VI Congreso de Historiadores Polacos en Vilno*, t. II, 1935, p. 293-295.
33. R. ZUBYK, «Las grandes haciendas a finales del siglo XVIII», en: *Estudios sobre la historia social y económica dedicados al profesor doctor F. Bujak*, Lvov 1931, p. 227. 261; B. PUZYNSKI, *Las haciendas agrícolas a comienzos del siglo XIX, sobre la base del libro de cuentas de los Smarzewskich de Moczerad*, 1798-1828, en: RDSG. IV, 1935, p. 71-104.
34. S. ROSTWOROWSKI, *¿Qué compraba el noble polaco en Gdansk?* «Anuario de Gdansk VII-VIII», 1933-1934, p. 348-354.
35. N. ASSORODOBRAJ, *Los comienzos de la clase obrera*, Varsovia 1946, cap. III, p. 100-118.
36. S. KOWALSKA, *El presupuesto familiar de un obrero de las empresas metalúrgicas de Brodach en el año 1865*, K. H., LXIV, 1957 no. 3, p. 100-105.
37. J. KUCZYNSKI, *Die Keschichte der Lage der Arbeiter Unter dem Kapitalismus*, VI edición, Berlín 1954-1956, 8 tomos en 14 volúmenes.
38. H. RIGAUDIAS-WEISS, *Les enquêtes ouvrières en France entre 1830 et 1848*, París 1936.
39. S. SOMOGYI, *Cento anni di bilanci familiali in Italia*, 1857-1956, Institute Giangiacomo Feltrinelli, «Annali», anno secondo, 1959, Milán 1960, p. 121-263.
40. W. W. BERWI-FLEROWSKI, *Izbrannyje ekonomiczeskije proizwiedienja w dwuch tomach*, Moscú 1958-1959. El tomo primero contiene la obra fundamental del autor «Situación de la clase obrera en Rusia en el año 1869». Véase también G. PODOROW, *La obra económica de W. W. Berwi-Flerowski*, Moscú, 1952.
41. E. H. BROWN PHELPS y Sheila V. HOPKINS, *Seven Centuries of Building Wages*, «Economica» XXII, 1955, p. 87.
42. E. H. BROWN PHELPS y Sheila V. HOPKINS, *Seven Centuries of the Prices of Consumables Compared with Builders Wage-rates*, «Economica» XXIII, 1956, no. 92, p. 296-314.
43. E. H. BROWN PHELPS y Sheila V. HOPKINS, *Wage-rates, and Prices. Evidence for Population Pressure in tre Sixteenth Centurie*, «Economica» XXIV 1937 no. 96, París, dos tomos, 1876-1878.
44. Abate HANAUER, *Études économiques sur l'Alsace ancienne et moderne*, p. 289-306.
45. Vicomte d'Avenel: Los autores que aprecian las críticas hechas a d'Avenel se suman a la crítica de su obra presentada por SIMIAND (*Recherches anciennes et nouvelles sur le mouvement général des prix*, París 1932, p. 122-125), reconociendo que los datos regionales sobre los precios en el Poitou son más homogéneos pero representan grandes esperanzas en la riqueza cuantitativa de los materiales de d'Avenel. En última instancia su confianza se halla fortalecida por la concordancia de los resultados obtenidos con los resultados de Inglaterra y de Alsacia (*Wage-rates and Prices...*, p. 291-292).
46. T. MALTHUS, *Principles of Political Economy*, segunda edición, 1826, p. 240.
47. T. ROGERS, *Six Centuries...*, p. XIX.
48. C. MARX, *El Capital*, t. I, p. 662 y 733.
49. E. H. BROWN PHELPS y Sheila W. HOPKINS, *Wage-rates and Prices...*, p. 289.
50. B. WASNIEWSKI (K. Krzeczkowski): *Las condiciones de vida y de trabajo de los obreros de la industria del azúcar en el Reino de Polonia.*
51. S. RYCHLINSKI, *Análisis monográfico y descriptivo de la existencia de*

los obreros en Polonia. «Estadística del Trabajo, Oficina Central de Estadística», III, 1931, Cuaderno 3.

52. T. Szturm-de Sztrem, *Un nuevo método de cálculo del índice del coste de vida de las familias obreras.* «Estadística de los precios, Oficina Central de Estadística» III, 1931, Cuaderno IV.
53. Sobre la bibliografía de sus trabajos véase: L. Landau, *Obras escogidas*, edición M. Kalecki, W. Kula, T. Szturm-de Sztrem, Varsovia 1957.
54. A. Luszniewicz, *Sobre los métodos de investigación de los presupuestos familiares en Polonia en los años 1920-1957*. Esbozos históricos, Varsovia 1959.
55. H. E. Pipping, «The Concept Standart of Liwing», en: *Economic Essays in Honour of Gustav Cassel*, Londres 1933, p. 505-519. Los trabajos sociológicos más interesantes en el fondo de carácter sociológico, son la obra de M. Halbwachs, *La classe ouvrière et les niveaux de vie. Recherches sur la hiérarchie des besoins dans les sociétés industrielles contemporaines*, París 1946; y del mismo autor, *L'évolution des besoins dans les classes ouvrières*, París 1933.
56. La revista trimestral de Historia de la Cultura Material le dedica muchos trabajos.
57. Véase el capítulo sobre la comparabilidad.
58. Fijando las cantidades consumidas en los dos países en c. c. I y en c. c. II y la estructura de los precios correspondiente en e. p. I y e. p. II, llegamos a obtener la fórmula: c. c. I x e. p. I: c. c. II x e. p. I, o bien: c .c. I x e.p. II: c.c. II x e.p. II, con lo que en ambos casos la estructura de los precios se anula (a condición de que sea la misma estructura), y obtenemos una relación de las cantidades consumidas recíprocamente.
59. Véase el último capítulo.
60. En una reciente novela sobre la vida en las Universidades americanas la Ley de Engel también juega un papel didáctico con ese mismo carácter (Barr, *La escuela de los maridos*).
61. M. K. Benett, *International Disparities in Consumption Levels*, «American Economic Review», 1951, p. 632-649. El autor hizo una prueba de este género pero menos interesante antes de la guerra. Véase: *On Measurement of Relative National Standards of Liwing*, «Quarterly Journal of Economics», II, 1936-1937, p. 317-336.
62. He aquí la lista:
1) Total calorías — 2) Total calorías otros productos que el trigo — 3) Tabaco — 4) Mortalidad infantil — 5) Médico — 6) Madera para la construcción — 7) Cemento — 8) Consumo doméstico de energía — 9) Textil — 10) Frecuencia escolar — 11) Envíos postales — 12) Cine 13) Transportes Ferrocarril — 14) Energía de transporte — 15) Vehículos mecánicos — 16) Teléfono — 17) Energía industrial — 18) Ganadería — 19) Clima.
63. En lo que se refiere a las obras más recientes, véase por ejemplo, I. M. D. Little, *A Critique of Welfare Economics*, Oxford 1950; K. J. Arrow, *Little's Critique of Welfare Economics*, «American Economic Review» XLI 1951, p. 923-934; I. M. D. Little, *Social Choice and Individual Values* «Journal of Political Economics», LX, 1952, p. 422-432; J. Rothenberg, *Welfare Comparisons and Changes in Tastes*, «American Economic Review», XLIII, 1953, p. 885-890.
64. S. Schoeffler, *Note on Modern Welfare Economics*, «American Economic Review», XLII, 1952, p. 880-887.
65. Little tiene toda la razón en su crítica.
66. Sobre su carácter acumulativo véase el capítulo sobre la demografía.
67. S. Kuznets, «Underdeveloped Countries and the Pre-Industrial Phase in the Advanced Countries. An Attempt at Comparison», *Proceedings of the World Population Conference*, Roma 1954 UNO, ses. 26, p. 947-970.
68. P. Deane, *Measuring National Income in Colonial Territories*, «Studies in Income and Wealth», VIII, 1946. Esta misma investigadora es la autora de una serie de trabajos sobre la renta nacional en Inglaterra en el siglo XVIII y principios del XIX.

69. KUZNETS, *op. cit.*
70. S. SOMOGYI, *Cento anni di bilanci familiari in Italia, 1857-1956*. Instituto G. Feltrinelli, annali, anno secondo 1959, Milán, 1960, p. 121-263. Esta obra contiene datos muy interesantes sobre los presupuestos familiares en Italia en el último siglo. Este trabajo es importante para cada país europeo.
71. A. KARBOWIAK, *Las comidas de los profesores de la Universidad de Cracovia en el siglo XV*. Cracovia.
72. F. Bujak, en el debate mantenido en el sexto congreso de los historiadores polacos, celebrado en Vilno en 1935.
73. El texto de la encuesta ha sido traducido al polaco por J. SZEZEPANSKI, *Problemas de la metodolgía de las investigaciones sociales en algunos trabajos de Marx y de Engels*. «Pensamiento filosófico», 1952, no. 2 p. 255-259.
74. J. A. KUCZYNSKI, *Short History of Labour Conditions under Industrial Capitalism*, Londres 1942-1946.
75. J. KUCZYNSKI. *Die Geschichte der Lage der Arbeiter unter dem Kapitalismus*. Berlín. 1954-1956 (4 vol.).
76. Berlín. edición iniciada en el año 1960. Hasta la fecha han sido publicados 11 tomos.
77. T. S. ASHTON. *Some Statistics of the Industrial Revolution in Britain Transaction of the Manchester Statistical Society*, Session 1947-1948. 14-1-1948; del mismo autor: *The Standard of Life of the Workers in England*, «Journal of Economic History». IX. 1949, suplem. 19-38 así como también: *Capitalism and Historians*. edición F. A. Hayek, Londres 1954 p. 127-159; del mismo autor: *The Industrial Revolution*, Londres 1948; *An Economic History of England: The 18th Century*, Londres 1955; «Le développement de l'industrie et du commerce anglais au XVIII siècle, en: *X Congresso Internationale di Scienze Storiche*. Relazioni. Roma 1955. Vol. IV. p. 275-284; *Economic Fluctuations in England. 1700-1800*, Oxford 1959. Acerca del problema es igualmente provechoso el trabajo de E. GILBOY, *Wages in Eighteenth Century England*. «Harvard Economic Studies». vol. XLV. Cambridge. Mass. 1934. y *The Cost of Living and Real Wages in Eighteenth Century England*, «Review of Economic Statistics», XVIII, 1936, p. 134-143.
78. Capítulo sobre la estadística histórica.
79. ASHTON, *The Industrial Revolution*, Oxford 1948, p. 2.
80. ASHTON, *Some Statistics of the Industrial Revolution in Britain Transaction of the Manchester Statistical Society*.
81. El esfuerzo de toda la vida investigadora de J. Kuczynski consiste en diferenciar ese gran fenómeno histórico, que definimos como el nacimiento de la clase obrera.
82. ASHTON, *Some Statictics...*
83. F. ENGELS, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Varsovia 1952
84. H. RIGAUDIAS-WEISS, *Les enquêtes ouvrières en France entre 1830 et 1848*, París 1936.
85. Por ej.: H. MUKERJEE, *The Indian Working Class*, Bombay 1951.
86. W. KULA. «Búsquedas comparativas sobre la formación de la clase obrera». en: *Conferencia Internacional de Historia Económica*, Estocolmo 1960. Paris, *The Hague* 1960, p. 511-523.
87. Es asombroso cómo en Homero se repite ese apóstrofe sobre la tiraní del vientre. Véase HOMERO. *La Odisea*.
88. L. KRZYWICKI, *Primitive Society and its Vital Statistics*, Varsovia 1934 p. 285-290
88a. S. SRENIOWSKI, *El papel del período que precede la siega en la economia (El Reino Polaco a mediados del siglo XIX)*, «Revista Histórica» 1957 XLVIII, p. 525-551.
89. W. LENIN *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. *Obras*, t. III.
90. HOMERO, *La Odisea*.
91. *Ibidem*.

92. C. MARX, *El Capital*, t. I. p. 101, dice que el cafre estima la riqueza de una persona según el espesor de la grasa que lleva sobre el vientre.
93. F. BRAUDEL (capítulo sobre «La historia de los precios en Europa en 1450-1750», destinado al *Cambridge Economic History of Europe*, cuyo ejemplar dactilografiado agradezco al autor).
94. En la ciencia polaca: B. BARANOWSKI, *Los comienzos y la generalización del cultivo de la patata en las regiones occidentales de Polonia*, Lodz 1960.
95. F. BRAUDEL, B. BENNASSAR, R. MANDROU, J. J. HERMANDINQUER, *Histoire de la vie matérielle*, Bulletin no. 2, «Annales», 1961, p. 723-771.
96. *L'enquête sur le sel, dirigée par J. Le Goff* (texto multic.).
97. Expresión proverbial: «Sin dinero a la feria, sin sal para la casa».
98. M. BLOCH, *Économie-nature ou Économie-argent. Un pseudo-dilemme.* «Annales» 1939, p. 8-10.
99. *El Diario de Samuel Pepys*, traducción de M. Dabowska, Varsovia 1952, I. p. 424: «...me condujeron al fondo de la bodega de un barco holandés de la Compañía de las Indias y me mostraron las mayores riquezas que un hombre pueda haber contemplado jamás. La pimienta se amontonaba por todas partes, había que pasar por encima de ella y llenaba todos los rincones.»
100. El azafrán es en la Polonia moderna uno de los símbolos de la riqueza, como el oro. Basta citar algunos de los proverbios del Refranero de J. Karlowicz (VI, 555): «El azafrán, el vino y el oro, tanta fuerza tienen que por ellos muchos perdieron la cabeza» (W. Potocki). «Cuando en casa del señor se comen callos con azafrán, cuando a los huéspedes con vino agasaja, en el acto a su señoría se abraza» (D. Bratkowski).
De las cuentas de la Corte Real en el año 1558 (para 48 personas) resulta que se gastaron 13 libras de azafrán. 160 libras de azúcar y hasta 298 libras de pimienta. Por el azafrán se pagaron 92 zlotys, por el azúcar 59 zlotys y por la pimienta 76 zlotys. En total se gastaron en «condimentos» 344 zlotys con 22 1/2 groszys; R. RYBARSKI, *El comercio y la política de los Vándalos en Polonia en el siglo XVI*, Poznan, 1929, II ed. Varsovia 1958.

CAPITULO VIII: El macroanálisis

1. Gregory KING (1648-1712) autor entre otras obras de *Natural Political Observations and Conclusions upon the State and Condition of England*, escrita en el año 1699. Hasta comienzos del siglo XIX esta obra era conocida por los fragmentos publicados por Ch. DAVENANT, *Essays upon the Probable Methods of Making a People Gainers in the Balance of Trade*, Londres 1699. Por ejemplo, Smith sólo conocía esos fragmentos. La obra completa de King fue publicada en 1804 por G. Charmes.
2. S. de VAUBAN (1633-1707) publicó en el año 1707 en París: *Projet d'une dixme royale*.
3. En los EE UU, por ej.: *Studies in Income and Wealth XII*, 1950, enteramente dedicado a esta problemática. En Polonia, se halla ligado con estos trabajos el llamado problema del «inventario general».
4. Colin CLARK, *National Income and Outlay*, Londres 1937 (cap. X).
5. A. L. BOWLEY, *Wages and Income in the United Kingdom since 1860*, Cambridge 1937.
6. E. LINDAHL, E. DAHLGREN, *K. Kock: National Income of Sweden, 1861-1930*, 2 tomos. Londres 1937.
7. W. HOFFMAN y J. H. MUELLER, *Das deutsche Volkseinkommen 1951-1957*, Tübingen 1959. Para Italia: *Indagine statistica sullo sviluppo del redito nazionale dell'Italia dal 1861-1956*, «Annali di Statistica», anno 86, serie VIII, vol. 9, Roma 1957. Para Rusia: A. L. WAJNSTEIN, *Narodnoe bogatswo i narodnochozjaistwienie nakoplenje dorewolucjonnoj Rosii*, con una introducción de S. Strumilin. Moscú 1960.

8. Deane PHYLIPS, *Contemporary Estimates of National Income in the First Half of the XIXth Century*, «Economic History Review», Ind. serie VIII 1956, no. 3, p. 339-354; de la misma autora: *The Industrial Revolution and Economic Growth. The Evidence of Early British National Income Estimates*, «Economic Development and Cultural Change», V, 1957, p. 159-174.
9. S. KUZNETS, *Quantitative Aspects of the Economic Growth of Nations*, «Economic Development and Cultural Change», V, 1956, no. 1, V, 1957, no. 4, VI, 1958, no. 4, VII, 1959, no. 3, VIII, 1960, no. 4, y asimismo IX, no. 4.
10. *Schriften des Vereins für Sozial Politik*, t. 173.
11. F. von HAYEK, *Scientisme et sciences sociales*, París 1953, cap. VI.
12. J. ROBINSON, *La acumulación del capital*, Varsovia 1958, p. 43.
13. Y después de Colin Clark el popularizador de sus ideas en la ciencia francesa, Jean FOURASTIÉ en numerosos trabajos y en especial en: *La civilisation* de 1960, París 1947.
14. S. KUZNETS, «National Income», *Enciclopaedia of Social Sciences*, XI p. 212. Se suman a esta comprobación M. KALECKI y L. LANDAU en: *Estimación de la renta social en el año 1929*, Instituto de Investigación de las Coyunturas Económicas y los Precios. *Indagaciones sobre la renta social en Polonia*, t. I, Varsovia 1934, p. 10. B. MINC adopta una postura crítica ante este problema en: *Problemas de la renta nacional*, Varsovia 1950, p. 210-211.
15. No se puede excluir que con una ulterior evolución y a medida que se desarrolla la uniformidad de los aranceles, etc., sea necesario revisar esta postura.
16. W. KULA, *La configuración del capitalismo en Polonia*; Varsovia 1955, p. 21-22; del mismo autor: *Esbozo sobre las manufacturas*...; H. MADUROWICZ y A. PODRAZA: *La región económica de Malopolska en la segunda mitad del siglo XVIII*, Wroclaw 1958.
17. Aquí modificamos y reelaboramos el ejemplo dado por L. LANDAU en el artículo titulado *Sobre la problemática del cálculo de la renta social*, «Ekonomista», 1930, no. 1.
18. L. LANDAU, *Sobre la problemática...*, p. 81.
19. Son de un extremado pesimismo, Corrado GINI, *La comparabilité dans le temps et dans l'espace des évolutions du revenu national*, «Économie Appliquée», t. II, 1949, no. 1, p. 7-26; D. SEERS en: *The Role of National Income Estimates in the Statistical Policy of an Underdeveloped Area*, «Revue of Economics and Statistics», 1952-1953 no. 53, así como también S. H. FRANKEL en: *The Economic Impact on Underdeveloped Societies*, Oxford 1955.
20. «La comparación de la renta nacional en las categorías reales en dos épocas o entre dos países constituye una de las tareas más difíciles para el economista y el estadista ya que no hay manera de tomar en consideración todas las concepciones del bienestar que implícita o explícitamente entran en su análisis.» L. DOMINGUEZ, *National Income Estimates of Latin American Countries*-Studies in Income and Wealth, X, NBER, 1947, p. 234. También es escéptico el insigne investigador de las comparaciones de las rentas nacionales en el tiempo y en el espacio. S. KUZNETS, «Problems in Comparisons of Economic Trends», en: *Economic Growth, Brazil. India, Japan*, edición S. Kuznets, W. E. Moore y J. J. Spengler, Durham 1955, p. 3-28.
21. T. BARNA, *International Comparisons of National Accounts in Economic Analysis*, «Income and Welat», serie III, edición M. Gilbert, Cambridge 1953, p. 152.
22. *Ibidem*.
23. M. GILBERT e I. B. KRAVIS, *Empirical Problems in International Comparisons of National Product*, «Income and Wealth», series IV, edición M. Gilbert y R. Stone, Londres 1955, p. 119.
24. W. KULA, *Reflexiones sobre la historia*...

25. C. GINI, *Aperçu des conceptions occidentale et orientale du progrès économique*, «Bulletin International des Sciences Sociales», VI, 1954, no. 2, p. 256-260. Contiene una reseña de la discusión. Sobre la controversia es importante también M. G. Haberler en la introducción a los materiales de la conferencia de Santa Margherita. (*Ibidem*, p. 172.)
26. V. K. R. V. RAO, *Some Reflections on the Comparability of Real National Incomes of Industrialized and Underdeveloped Countries*, «Income and Welath»; series III, edición M. Gilbert, Cambridge 1953, p. 198-199.
27. Las obras más interesantes son las de: S. H. FRANKEL, *The Economic Impact on Underdeveloped Societes*, Oxford 1955 (en especial el cap. III: «Concepts of Income and Welfare ant the Intercomparability of National Income Aggregates», p. 29-55) y T. BARNA, *International Comparisons of National Accounts in Economic Analysis*, «Income and Wealth», series III, edición M. Gilbert, Cambridge 1953, p. 142-155.
28. BARNA (*op. cit.* p. 143) subraya esto explícitamente.
29. M. Gilbert e I. B. Kravis.
30. H. L. MEEK, *Phisiocracy and Classicism in Britain*, «Economic Journal», March 1951, p. 33.
31. BARNA, *op. cit.*, p. 145.
32. *Ibidem*, p. 146.
33. *Ibidem*, p. 147.
34. *Ibidem*, p. 153-154.
35. F. PERROUX, *La croissance économique française*, «Income and Wealth», series III, edición M. Gilbert, Cambridge 1953, p. 45.
36. F. PERROUX, *Prise de vues sur la croissance de l'économie française 1780-1850*, «Income and Wealth», series V, edición S. Kuznets, Londres 1955, p. 44.
37. *Ibidem*, p. 46.
38. *Ibidem*, p. 77-78.
39. S. KUZNETS, *Statistical Trends and Historical Changes*, «Economic History Review», 1951, t. III, p. 275. Aunque los resultados de C. Clark exageran las diferencias, véase: S. KUZNETS, *Economics Change*, Nueva York 1935.
40. Concuerdan con esto los más grandes «optimistas» de la comparabilidad. Véase F. BENHAM, *Income and Product in Underdeveloped Countries. Comments on the Paper by Professor Frankel*, «Income Wealth», III, edición M. Gilbert, Cambridge, 1953, p. 177. Asimismo: D. CREAMER, *Uses of National Income Estimates in Underdeveloped Areas*, *ibidem* p. 223 y asimismo F. Perroux citado más arriba.
41. Colin CLARK, *National Income...*, p. 4.
42. L. LANDAU, *La economía mundial. La producción y la renta nacional en cifras*. Varsovia 1939.
43. C. CLARK, *Conditions of Economic Progress*, creó la así llamada International Unit., es decir la magnitud equivalente a la cantidad de bienes que se hubiesen podido comprar en el año 1929 con 1 dólar americano. La estimación de la renta del campesino hindú con los precios norteamericanos, fue muy criticada. Véase E. JAMES, *Historia del pensamiento económico en el siglo XX*, Varsovia 1958, p. 501.
44. LANDAU, *La economía mundial...*, p. 5.
45. S. Fabricant afirma que: «La importancia relativa de estas categorías (en el cálculo de la renta nacional) cambia de un país a otro» («Studies in Income and Wealth», X, 1947, p. 60), esto mismo se refiere a las comparaciones en el tiempo.
46. Véase los numerosos ejemplos de los precios en la Francia del siglo XVIII (en particular el del trigo) en los trabajos de C. E. Labrousse.
47. V. K. R. V. RAO, *Some Reflections on the Comparability of Real National Incomes of Industrialized and Underdeveloped Countries*, «Income and Wealth», series III, edición M. Gilbert, Cambridge 1953, p. 195.
48. *Workers Budget in the US. City Families and single person. 1946 and 1947. Bulletin no. 927.* «US Department of Labour», p. 27.
49. Véase más adelante el capítulo sobre la estadística histórica.

50. Si Cipolla pudo entenderlo así con respecto a los tiempos de Carlomagno, también puede hacerse con relación a muchas otras épocas.
51. Véase más arriba el capítulo sobre la historia de la Historia económica
52. Véase el capítulo sobre el análisis de la estructura social.
53. Samuel Pepys, no esconde su desprecio de burgués por el lujo del Palacio Real por él visitado durante la Restauración. A su juicio, un hombre razonable debe invertir sus recursos en la producción o el comercio.
54. J. Grunwal, en: «American Economic Review», XLVII, 1957, p. 414-417, escribe: «Es verdad que la concentración de las rentas puede promover las inversiones en la producción suntuaria. Pero, faltando otros incentivos, esto también puede constituir un buen punto de partida. Cuando la renta *per capita* empiece a aumentar también se incrementará el mercado», etc... y todo se desenvolverá mejor. Ahora bien, es el caso de que, a pesar de la enorme concentración de las rentas en la mayoría de los países atrasados, las cosas no se desenvuelven cada vez mejor.
55. R. NURKSE, *Capital formation...*; del mismo autor: *Some International aspects of the Problem of Economic Development*, «American Economic Review», XLII, 1952, p. 572; P. STRASSMANN, *Economic Growth and Income distribution*, «Cuarterly Journal of Economics» LXX, 1956, p. 423-440.
56. STRASSMANN, *op. cit.*
57. C. C. TAYLOR, *Rural Life in Argentina*, «Louisiana State University Press» 1948, p. 192-206, escribe que en la Argentina, el 70 % de la tierra pertenece a las fincas de más de 3.000 acres, los 2/3 de los campesinos son arrendatarios, el 70 % de los arrendatarios tiene contratos de por lo menos diez años, la cohesión, la solidaridad y la influencia de la clase de los terratenientes sobre el gobierno impide tanto la reducción de la renta como el aumento de los ingresos de los campesinos. Por esto mismo los obreros no pueden trasladarse a las industrias altamente mecanizadas que producen artículos en masa como en el pasado.

CAPITULO IX: La estadística histórica

1. La literatura metodológica se halla enumerada en la nota no. 86 del capítulo X.
1a. A. ZAND, *Sobre la necesidad de una metodología especial para la historia moderna y numerosas ciencias auxiliares*, «Informaciones Históricas» (Suplemento a los Cuadernos Históricos), 1929, p. 193-209.
2. Un intento de superar los marcos tradicionales en la ciencia polaca es el manuscrito sobre las ciencias auxiliares de la historia elaborado por A. Gieysztor y S. Herbst. La subestimación ulterior de las ciencias auxiliares impidió desarrollar tan valiosa iniciativa.
3. La ciencia polaca cuenta con el magnífico y original manuscrito de Stefan Szulc, *Los métodos estadísticos*, en dos tomos, Varsovia 1954. Es natural que para las diferentes esferas de estudio es necesario ahondar en el conocimiento de los procedimientos estadísticos con los manuales especiales. Por ejemplo, para los problemas económicos, R. G. D. ALLEN publicó el manuscrito: *Statistics for Economists*, Londres 1949. Para los problemas demográficos, A. J. BOJARSKI y P. P. SZUSZERIN han publicado *La Estadística Demográfica*, Moscú 1951. El manual de Szulc tiene un valor tanto mayor puesto que el autor se centra en los métodos más adecuados en especial para la investigación de los fenómenos sociales.
4. SZULC, T. I, p. 15.
5. KULA, *Reflexiones sobre la historia.*
6. A veces también la Iglesia, por ejemplo el censo de la población de las diócesis, ordenado por Michal Poniatowski.
7. I-IV. II Samuel XXIV, 1,1 crónica, XXI, 1.
8. Lucas, 2,1.

9. J. D. OCHOCKI, *Recuerdos*, T. VI, p. 8.
10. II. Samuel, cap. XXIV; FRAZER, *Folklore de l'Ancien Testament* (cap IV).
11. «Bull. de la Sté. d'Études des Hautes Alpes», 1883, p. 274.
12. LEVASSEUR, *Histoire de la Population*, t. 1. p. 303. Otros ejemplos: E. ESMONIN, «La statistique en histoire. Histoire Moderne», en: *La statistique et ses applications, les problèmes qu'elles soulèvent*. VII-e semaine internationale de synthèse, París 1944, p. 103-105. En el año 1962 en el Ecuador, el padrón de la población provoco choques sangrientos entre el Ejército y la población india. (Trybuna Ludu del 28-11-1962.)
13. W. F. WILLCOX: *Census*, *Encyclopaedia of Social Sciences* (Seligman), t. III, Nueva York 1949, p. 295; A. B. WOLFE, *Population Censuses before 1790*, «Journal of American Statistical Association» 1932.
14. C. D. WRIGHT y W. C. HUNT, *The History and Growth of the USA Census, 1700-1890*, Washington 1900.
15. Véase para más detalles: S. HOSZOWSKI, *Historia de la investigación de los precios*. RDSG, I, 1931, p. 61, y H. HAUSER, *Recherches et documents sur l'histoire des prix en France de 1500 à 1800*, París 1936 (preámbulo). Este comité tuvo unos antecesores a los cuales no se refirió, como el comité promovido durante la Exposición Mundial de Viena en 1873. Escribe sobre el mismo K. P. von INAMA-STERNEGG, *Geschichte und Statistik, Statistische Monatschrift*, VIII, Viena 1882, p. 3-15.
16. C. E. LABROUSSE, *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII-e siècle*, t. 2, París 1933.
17. Para los datos bibliográficos concernientes a toda esta polémica, véase W. KULA, *La nueva literatura sobre las fluctuaciones económicas en Europa*, RDSG, X, 1948, p. 233-241. Declaración fundamental de Hauser en: *Observations critiques sur l'utilisation des statistiques d'histoire économique par les historiens*, «Bulletin de la Sociéte d'Histoire Moderne», 1931, no. 31, p. 4-7 y su prólogo al tomo: *Recherches et documents...*
18. M. BLOCH, *L'histoire des prix. Quelques remarques critiques*, «Annales d'Histoire Sociale», I (IX), 1939, p. 141-151. C. E. LABROUSSE, *Recherches sur l'histoire des prix en France de 1500 à 1800*, «Revue d'Économie Politique», LIII, 1939, p. 828-841.
19. C. E. LABROUSSE, *Comment controler les mercuriales? Le test de concordance*, «Annales d'Histoire Sociale», II (XII) 1940, p. 117-130.
20. Al ocuparse exclusivamente de los materiales de la Francia del siglo XVIII, Labrousse no resalta esto a pesar de que su trabajo ofrece un gran número de materiales para el conocimiento de este problema.
21. CHAPTAL, *Mes souvenirs sur Napoléon*, París 1893, p. 354-355.
22. SALTIKOW-SZCZEDRIN, *Los Señores de Golowlewow*. Varsovia 1950, p. 145. Igualmente A. HERCEN, *Cosas del pasado y meditaciones*, t. I, Varsovia 1951, p. 293-295.
23. T. S. ASHTON, *An Economic History of England. The 18th Century*, Londres 1955, p. 1.
24. ESMONIN, *op. cit.* p. 108.
25. *Archivo Czartoryskich de Cracovia*. Manuscrito 1076-1128 Olszewicz WACLAW, *Feliks Loyko*, RDSG, IV, 1935, p. 105-120.
26. *Manuscritos de la Biblioteca* KUL. 70-77.
27. En los títulos de los diferentes trabajos, estos adjetivos se combinan de diversas maneras.
28. «Magazin für die neue Historie und Geographie» v. d. Ant. Friedr. Büsching. K. PREUSS. Oberconsistorialrath, Direktor des Gymnassi im grauen Kloster zu Berlin..., 23 tomos, Hamburgo 1761-1793 Informaciones sobre Polonia en los t. XVI-XXII.
29. A. C. HOLSCHE, *Geographie und Statistik von West-Süd und Neu-Ost preussen*, t. 3, Berlín 1800-1807.
30. *Bibliografía de la Historia de la Polonia del siglo XIX*, t. I, 1815-1831, bajo la redacción de S. PLOSKI, Varsovia 1958. En las p. 58-62 figuran más de setenta posiciones de este género publicadas sólo en quince años.
31. Obras generales de historia de la estadística: V. JOHN, *Geschichte der*

Statistik, cap. I: «Von dem Ursprung der Statistik bis auf Quetelet», Stuttgart 1884; *The History of Statistics. Their Development and Progress in many Countries*, John KOREN, Nueva York 1918; M. W. PTUCH, *Esbozo de la Historia Estadística en los siglos XVII-XVIII*, Moscú 1945 Para el historiador polaco son muy importantes la historia estadística de los países anexionistas de Polonia, sobre todo, O. BEHRE, *Geschichte der Statistic in Brandenburg-Preussen bis zur Gründung des Königlichen Statistichen Bureaus*, Berlín 1905 y de M. W. PTUCH, *Esbozo de la Historia de la Estadística de la URSS*, t. I-II, Moscú, 1955-1959. Véase igualmente W. SKRZYWAN, *Historia de la estadística* (manuscrito de la Escuela Central de Planificación y Estadística, p. 17), Varsovia 1957.

32. En particular su obra: *Sobre la estadística polaca, del año 1807.*
33. H. GROSSMANN, *La estructura socio-económica del Principado de Varsovia sobre la base del empadronamiento de la población en 1808-1810.* «Revista Trimestral Estadística», II, 1925.
34. Grossmann utilizó en parte sus manuscritos que se hallan en el PAU de Cracovia, pero los de mayor importancia, existentes en la colección de Skimbrowicz (XXIV, 1-31, 32, 33) aún no han sido aprovechados por nadie.
35. El único trabajo sobre tal institución es el de A. ROZANSKI, *La actividad estadística bajo el Reino Congresista.* A pesar de sus modestas dimensiones cronológicas (1815-1830) este trabajo es muy valioso por utilizarse en él un material de actas que ya no existen («Revista Estadística», II, 1939, no. 1, p. 58-75).
36. La interrupción de los grandes trabajos, tan característica para las duras vicisitudes de la historia polaca, hizo que los científicos cuyos nombres empezaban por la letra «W» no figurasen ni en la *Gran Enciclopedia Ilustrada* ni en la *Enciclopedia de las Ciencias Políticas* ni en el *Diccionario Biográfico Polaco.*
37. Estos trabajos fueron publicados por la editorial Trudy Warszawskogo Statisticzeskogo Komiteta a partir de 1889.
38. W. KULA, *Esbozo sobre las manufacturas en el siglo XVIII*, t. I. p. 74-75, y más arriba véase el capítulo de esta obra sobre las fuentes de la historia económica en Polonia.
39. S. KUZNETS, *Statistics and Economic History*, «Journal of Economic History», t. 1941, p. 26-41.
40. *Ibidem*, y del mismo autor, *Measurement of Economic Growth*, «Journal of Economic History», VII, 1947 («Task»), p. 10-34.
41. KUZNETS, *op. cit.*
42. Ya puso de relieve uno de los precursores de la estadística histórica, Inama-Sternegg al postular la ampliación de la labor de los estadistas a los temas históricos, viendo en ello un medio para retornar al viejo estado de cosas, cuando las aulas de las más destacadas escuelas eran demasiado pequeñas para contener a los que acudían a los cursos de estadística. INAMA-STERNEGG, *Gesgischte und Statistique- Statistiche Monatschrift*, VIII, Viena 1882, p. 3-15.
43. KUZNETS, *Measurement of Economic Growth*, «Journal of Economic History», 1947, suplemento, p. 10-34.
44. G. D'AVENEL, *Histoire économique de la propriété, des salaires, des denrées et de tous les prix en général, depuis l'an 1200 jusqu'à l'an 1800*, 8 tomos, París, 1894-1931.
45. Uno de los elementos decorativos habituales de las catedrales góticas son los 12 cuadros que representan las faenas típicas para cada uno de los meses del año. El símbolo de diciembre suele ser la preparación de la carne para el invierno. El cuadro representa la matanza del cerdo, que se parece al jabalí de nuestra época. Hemos escogido el cerdo por lo fácil que resulta el acceso a la documentación iconográfica. En su introducción a *Recherches et Documents*, Hauser habla de la incomparabilidad del buey en el período de un milenio.
46. E. H. P. BROWN y S. V. HOPKINS, *Seven centuries of Building Wages- Economica*, 1955, p. 195-206, y de los mismos autores: *Seven centuries*

of the Prices of consumables, compared with Builders Wages-Rates, «Economica» 1956, p. 296-314.

47. Por ejemplo, A. U. USHER, *The Application of the Quantitative Method to Economic History*, «Journal of Political Economy», XL, 1932, p. 186-209.

48. J. F. WRIGHT. En la reseña de la edición inglesa del libro de W. HOFFMAN, *British Industry, 1700-1950*, Londres 1955, inserto en «Journal of Economic History», XVI 1956, p. 356-364. («An Index of the Output of British Industry since 1700»), p. 361. El problema de los datos inconmensurables procedentes de las diferentes sociedades y épocas lo percibe el propio Kuznets, quien dedica a ese problema mucha atención en sus trabajos ulteriores (*Measurement of Economic Growth*, «Journal of Economic History», VII, 1947, «Task», p. 10-34).

49. M. BLOCH, *Apologie pour l'histoire*...

50. Jan STRZELECKI, *Anotaciones de los años 1948-1953. Obras*, 2. 1957.

51. N. GRACZEW, *Las agrupaciones estadísticas*, Varsovia 1954.

52. Véase p. ej. LENIN, *Obras*, t. II, p. 463, t. III, p. 96, 98, 347, 348, t. IV, p. 9, 10, t. XV, p. 106, 107, t. XXII, p. 76-94 y muchas otras.

53. Formulamos esta tesis en los trabajos de la Comisión de Investigación de las Estructuras Sociales del Comité Internacional de Ciencias Históricas.

54. A. MALEWSKI, *El sentido empírico de la teoría del materialismo histórico*, «Estudios Filosóficos», 1957, no. 2, p. 58-81.

55. En este sentido, Lenin emplea también el método de la «dislocación». LENIN, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, en: *Obras completas*, t. III, p. 348-349.

56. Eli. F. HECKSCHER, *Quantitative Measurement in Economic History*, «Quarterly Journal of Economics», LIII Feb. 1939, p. 167-193.

57. No vamos tan lejos evidentemente como Usher quien afirma, que en general la labor del historiador consiste en analizar el grado de los cambios y no las magnitudes absolutas (*art. cit.* p. 196).

58. Por lo visto no es un argumento decisivo el que lo que no les importaba a los coetáneos no ha de importarnos a nosotros. Presentamos dicho elemento sólo como uno de los rasgos característicos del coeficiente en cadena.

59. Por ejemplo, JAKOWLEW, *La crisis económica en Rusia en el siglo XIX y a comienzos del siglo XX*, Moscú 1955. En el prólogo polemiza de un modo simplificado, pero en principio justo, con las teorías apologéticas de las crisis. Sin embargo, al final del libro se da un cuadro que muestra los índices de la producción de carbón, de hierro fundido y de acero en Rusia en los años 1800-1917. Este diagrama en el que las curvas siguen hacia arriba casi sin interrupción hace que las crisis sean casi imperceptibles en él. Ninguno de los autores criticados en el libro se hubiese permitido tal apología. La razón es muy sencilla: la muy baja base de partida del coeficiente constante y de la escala aritmética.

60. J. RUTKOWSKI, *La Historia económica de Polonia*, T. I. II edición, p. 12.

61. W. KULA, *Reflexiones sobre la historia*.

62. Véase más adelante en el capítulo sobre los métodos comparativos.

63. F. SIMIAND resaltó sobre este aspecto el método estadístico en: *Statistique et expérience. Remarques de méthode*, París 1922.

64. A. PIGANIOL, «La statistique en histoire. Histoire ancienne», en el compendio ya citado: *La statistique, ses aplications*... p. 83.

65. J. MITKOWSKI, *Consideraciones acerca de la población de Polonia a comienzos del reinado de Casimiro el Grande*. RDSG, X, 1948.

66. T. LADENBERG, *La población de Polonia a comienzos del reinado de Casimiro el Grande*, Lvov, 1930.

67. M. BLOCH, *L'Histoire des prix. Quelques remarques critiques*, «Annales d'Histoire Sociale», 1 (XI), 1939.

68. E. HECKSCHER, *op. cit.* En él se encuentra también un sugestivo cuadro que ilustra el método al cual aludimos aquí.

69. E. HECKSCHER, *Quantitative Measurement in Economic History*, «Quarterly Journal of Economics», LIII, 1939, p. 167-193. E. ESMONIN da un

gran número de ejemplos curiosos sobre este mismo fenómeno en: *La statistique, ses applications...* p. 97.

70. E. HECKSCHER, *op. cit.*
71. Valsecchi de Milán durante la discusión que tuvo lugar en el Congreso celebrado en París con ocasión del centenario de la Revolución de 1948.
72. Ch. MORAZÉ, durante esa misma discusión. Sus dos declaraciones figuran en: *Actes du Congrés Historique du Centenaire de la Révolution de 1848*, París 1948. C. E. Labrousse se suma a esta actitud al comienzo de su ponencia en el citado Congreso (1848-1830-1789). *Comment naissent les révolutions? Ibidem*, p. 1-29.
73. S. KUZNETS, *Statictics...*
74. A. DOPSCH, *Naturalwirtschaft und Geldwirtschaft in der Welgeschichte*, Viena 1930; E. F. HECKSCHER, *Natural and Money Economic, as illustrated from Swedish History in the Sixteenth Century* «Journal of Economics and Business History», III, p. 1-29. Véase la polémica en torno a este libro de S. ARNOLD, *Algunas observaciones sobre las tareas de la historia económica*, RDSG, I, 1931, p. 111-129, así como también el artículo de Dopsch, «Annales» 1931, p. 428 y siguientes. Finalmente el artículo de M. BLOCH, *Économie-nature ou économie-argent. Un pseudo-dilemme*, «Annales» 1939, p. 7-16.
75. El que esta tesis expresa el profundo sentir del autor lo puede ilustrar la repetición de la misma que figura en numerosos trabajos de Rutkowski en las diferentes épocas de su creación.
76. J. H. CLAPHAM, *The Study of economic History. An Inaugural Lecture*, Cambridge 1929; del mismo autor, *An Economic History of Modern Britain*, particularmente el tomo I, I edición, Cambridge 1926.
77. Art. de T. H. MARSHALL en: «Economic History Review», 1927. También se suma a esta tesis A. P. USHER, *The Application of the Quantitative Metod to Economic History*, «Journal of Political Economy», XL, 1932, p. 186-209 (artículo polémico sobre el método de Clapham).
78. T. S. ASHTON, *An Economic History of England. The 18th Century*, Londres 1955. Antes de la guerra, H. Heaton formuló el mismo ideal de la historia económica al escribir: «Los actuales historiadores económicos se ocupan mucho más de medir los cambios que de las concepciones formales, de los «ismos» y de las «letras mayusculas». *Recent Developments in Economic History*, «American Historical Review». XLVII, 1941-1942, p. 727-746.
79. Reseña de J. KUCZYNSKI sobre la obra de Ashton en: *Deutsche Literaturzeitung*, no. 5, 1956.
80. Por ej. Bezanson presenta la historia del concepto «revolución industrial» en: «Quarterly Journal of Economics», XXXVI, 1922, p. 343 y sig. y últimamente, G. N. CLARK en: *The Idea of the Industrial Revolution*, Glasgow, 1953.
81. Véase el art. de ASHTON (p. 151) en el compendio: *Capitalism and the Historians*, edición bajo la redacción de Hayek, Londres 1953. De este problema habla igualmente Colin Clark en una reseña del citado libro en *The Tablet*, julio 31, 1954, p. 108. Véase asimismo W. WOODRUFF, *Capitalism and the Historians. Contribution to the Discussion on the Industrial Revolution*, «Journal of Economic History», XVI, 1956, p. 1-17.
82. Esta definición la utiliza C. E. Labrousse (véase la entrevista suya para «Les Lettres») para distinguir al grupo de «Annales» y su escuela.
83. Véase el trabajo de S. Czarnowski sobre este tema.
84. HALBWACHS, «La statistique en sociologie», en el comp. citado: *La statistique, ses applications...* p. 119-120.
85. Por ej. últimamente Ch. Morazé promovió en la École Pratique un seminario dedicado a la «historia de las cifras» en el cual el análisis de las diferentes relaciones sociales con respecto a estas magnitudes aparentemente convencionales se situó en primer plano. El mismo autor se pronunció ya en su obra: *Trois Essais sur Histoire et Culture*. París 1948, p. 63, así como también en la conferencia: «Les méthodes en his-

toire moderne» en: *Actes du Congrès Historique du Centenaire de la Révolution de 1948*, París 1948, p. 53-74.

86. Esto se demostró claramente durante la discusión sobre la ponencia presentada por W. Kula ante el seminario de la UNESCO celebrado en París en 1956. La tesis que más se atacó fue la diferenciación de los cambios cuantitativos y cualitativos. C. E. Labrousse y F. Braudel adoptaron la actitud según la cual cada cambio de proporción representa una nueva calidad. Véase la reseña de este seminario por J. MEYNAUD, *Le Stage d'études franco-polonais sur le progrés économique et social*, París, 1-20 octubre 1956. UNESCO. «Rapports de missions» no. 5. Es curioso que al operar con los materiales históricos, estadistas tan alejados del marxismo como S. Kuznets no abrigan la menor duda de la importancia de la diferenciación de los cambios cuantitativos y cualitativos en las investigaciones histórico-estadísticas.
87. S. KUZNETS, *Statistics and Economic History*, «Journal of Economic History», I, 1941, p. 26-41.
88. LENIN, *El desarrollo del capitalismo en Rusia, Obras completas*, t. III, p. 157.
89. LÉVI-STRAUSS, *Les mathêmatiques de l'homme*, «Bulletin International des Sciences Sociales», VI, 1954, p. 647 (cuaderno especial: *Les mathématiques et les sciences sociales*).
90. Este problema es conocido desde hace mucho tiempo en la historia de las investigaciones estadístico-económicas. Véase por ej. T. KOOPMANS, *Measurement without Theory*, «Review of Economics and Statistics», agosto 1947 (art. publicado después de publicarse la obra de A. F. BURNS y W. C. MITCHELL, *Measuring Business Cycles*, Nueva York, 1946, estrictamente empírica). Véase también R. STONE, *The Role of Measurement in Economics*, Cambridge 1951, sobre lo estéril de la medición sin teoría y la teoría sin medición.
91. K. POPER, *Misêre de l'historicisme*, París 1956.
92. E. HECKSCHER, en la *op. cit.* afirma que la sola estadística no basta y que la teoría es indispensable para pasar de la comprobación de la correlación a la aclaración causal.
En la teoría estadística se ha intentado elaborar métodos técnicos para eliminar las correlaciones sin sentido, por ej. U. YULE en: *Why do we sometimes get Nonsens Correlations between Time series? A Study in Sampling and the Nature of Time Series*, «Journal of the Royal Statistical Society», LXXXIX, 1926, p. 1-64.
93. W. KULA, *Reflexiones sobre la historia.*
94. «No está permitido el subestimar los pequeños fenómenos, ya que las pequeñas causas suelen tener grandes efectos», escribe el propagador de la estadística histórica, Eli HECKSCHER en: *Quantitative Measurement in Economic History*, «Quarterly Journal of Economics», LIII, 1939, p. 167-193.
94a. N. WIENER, *La cibernética y la sociedad*, Varsovia, 1960, p. 47.
95. Hasta el mismo Kuznets afirma, que «el valor de los resultados estadísticos se asienta en el conocimiento que dimana de unos métodos que por naturaleza no son estadísticos en absoluto». (*Statistics*...).
96. C. LÉVI-STRAUSS, *Les mathématiques de l'homme*, «Bulletin International des Sciences Sociales», VI, 1954, p. 647, y E. JAMES, *La historia del pensamiento económico en el siglo XX*, Varsovia 1958, p. 113-115 y 305.
97. S. KUZNETS: *Statitics*...
98. E. KECKSCHER, *op. cit.*
99. A. SAUVY, *Les limites de la vie humaine*, París, 1961, p. 51-52.
100. Sée habla de Simiand («Revue Historique», CLXXIII, p. 133-134 y 150-151). Simiand conoce todos los defectos y los errores de d'Avenel y de otros autores pero «estima sin embargo que, gracias a la tabulación estadística, pueden obtenerse resultados aproximativos de un verdadero valor: operación un tanto mágica para el criterio de los historiadores realistas».

101. Hablamos del problema de las diferencias cuantitativas y cualitativas en las últimas páginas del penúltimo apartado del capítulo presente.
102. A. SAPORI, «Tendeze nuovo degli studi di storia economica medievale», en: A. SAITTA, *Antologia di critica storica*, t. I: «Problemi della civiltá medievale», Bari 1957, p. 411-418. (Polémica de Sapori con A. di Madalena y R. Romano.)

CAPITULO X: La demografía histórica

1. Guillard fue el primero en utilizar este concepto en: *Eléments de statistique humaine ou démographie comparée*, París 1855.
2. Sir William PETTY, *Essay concerning the Multiplication of Mankind*, 1741.
3. Johann Peter SÜSSMILCH, *Die göttliche Ordnung in den Veränderungen des menschlichen Geschlechts*, 2 tomos, Berlín, 1741.
4. G. C. WHIPPLE, *Vital statistics*, II edic. Nueva York, 1923.
5. W. DWORZACZEK, *Genealogia*, Varsovia 1959, p. 9,36. A. GIEYSZTOR, *Esbozo de las ciencias auxiliares de la historia*, 3 edic. tomo I, Varsovia 1948.
6. Dimana de la escuela de Durkheim, cuya postura conceptúa en un breve esbozo sintético HALBWACHS M. en: *Morphologie sociale*, París 1938. Véase acerca de la más reciente síntesis a este respecto: A. SAUVY, *Théorie générale de la population*, t. I: *Économie et population*, t. II: *Biologie sociale*, París 1952-1954.
7. En oposición, por ej., a la tendencia «pandemográfica», la cual explica las transformaciones históricas a través de las «olas» demográficas, véase: W. KULA, *Ponencia ante el IX Congreso Internacional de Ciencias Históricas*, París 1950, p. 472-503, y asimismo, F. BRAUDEL, *La démographie et les dimensions des sciences de l'homme*, «Annales», 1960, p. 493 y sig.
8. P. MOMBERT, *Die Anschaungen des 17 und 81. Jahrhunderts über die Abnahme der Bevölkerung- Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, 1931, t. 135.
9. MONTESQUIEU, *Cartas Persas*. Por ej.: «Apenas existe una décima parte de la población que antiguamente vivía sobre la tierra. Es asombroso ver cómo nuestro planeta se va despoblando día tras día; de seguir así, dentro de diez siglos la tierra se habrá convertido en un desierto.»
10. Existe una vieja traducción al polaco de la obra de Hume hecha en Wroclaw en 1785: *Sobre la población en los tiempos antiguos y contemporáneos*.
11. T. LADENBERGER, *La población de Polonia a comienzos del reinado de Casimiro el Grande*, Lvov 1930, p. 13. L. KRZYWICKI llamó la aención sobre este error, en una contribución al esclarecimiento de las relaciones en la población de Polonia bajo la dinastía de los primeros Piast, «Revista Estadística», t. I, 1938, p. 179 y 198.
12. W. KULA, *El Estado y las necesidades de las investigaciones sobre la demografía histórica en la antigua Polonia*, RDSG., XIII, 1951, p. 33-37, donde se analiza ampliamente este problema.
13. H. GROSSMAN, La *estructura social y económica del Principado de Varsovia sobre la base de los censos de la población en 1808-1810*, «Revista trimestral de Estadística», 1925, no. 2.
14. L. KRZYWICKI, *Primitive Society and Its Vital Statistics*, Varsovia 1934.
15. A partir del siglo XVIII se produce un descenso sistemático del porcentaje de niños en la sociedad. Sin embargo, al mismo tiempo, el porcentaje de los «niños» como individuos aún económicamente pasivos y que apenas si se preparan para la actividad económica, crece. A. SAUVY, *Des limites de la vie humaine*, París 1961, p. 116.
16. K. JONCA, *La situación de los obreros en la industria minera y metalúrgica en Silesia en los años 1889-1914*, Wroclaw, 1960, p. 215.

17. MARX, *El Capital*, t. I. p. 245-248, sobre la limitación física y social de la jornada de trabajo.
18. MARX, *El Capital*, t. I. p. 295, sobre el papel de la supresión de las fiestas por el protestantismo.
19. J. FOURASTIÉ y C. VIMONT, *Histoire de demain*, París 1956, p. 77.
20. Es evidente que en todo este párrafo nos referimos a la cantidad del trabajo social potencial que el hombre debe gastar en las actuales condiciones biológicas y sociales durante su vida y no a la magnitud del trabajo gastado concretamente, ya que aquí no hay lugar para hablar del «desempleo obligatorio», del paro en los talleres de artesanía en las urbes medievales como consecuencia del incendio de la ciudad o de las destrucciones de guerra, de los paros ocasionados por los movimientos huelguísticos o del paro capitalista.
21. T. Landerberger, citado anteriormente, al utilizar para el análisis del siglo XVI los coeficientes extraídos del censo de la población en el año 1921 concluyó que el porcentaje de los niños ascendía al 0,33 en las aldeas, en las pequeñas ciudades al 0,30 y en las grandes urbes al 0,25.
22. En Polonia, la nobleza más poderosa empieza a vivir en las grandes ciudades por lo menos una parte del año solamente a finales del siglo XVIII, y en la capital, es decir, cuando se empieza a incrementar sistemáticamente la higiene en las urbes.
23. Numerosas interpretaciones tradicionales empezaron a arruinarse con los cambios demográficos observados después de la Segunda Guerra Mundial en los países más prósperos.
24. L. HENRY, *Ancienne famille genèvoise. Étude dèmographique. XVI-XX-ème siècles*, París 1956. El autor ha reunido en esta obra numerosas huellas que atestiguan cómo la limitación consciente del número de hijos se remonta a un período bastante alejado en el pasado. Hay que decir que son más bien las familias burguesas el objeto del análisis.
25. Una vez más, repetimos que se trata de la escala a largo plazo.
26. R. KORHERR, *Die Würzberger Volkszählung von 1701*, cuadro: «Altersaufbau der Würzberger Bevölkerung, 1701», *Congrès International de la Population*, París 1937, t. II; *Dèmographie historique*, París 1938, p. 77.
27. D. S. THOMAS, *Social and Economic Aspects of Swedish Population Movements*, 1750-1933, Nueva York 1941, p. 14 (acta 4), p. 29 (acta 11), p. 30 (acta 12).
28. K. DAVIS, *The Population of India and Pakistan*, Princeton 1951. Véase asimismo: S. SZULC, «La población», *Enciclopedia de ciencias Políticas*, t. III, 1938, p. 664. El artículo de Szulc es infinitamente sugestivo para los historiadores al facilitar tanto un análisis de las tendencias de desarrollo a partir del siglo XIX como un rico material comparativo en relación con los países actualmente atrasados. Es evidente que este material no rebasa la mitad de los años 30 pero, como ya lo hemos dicho, esto mismo les es necesario a los historiadores.
29. Numerosos materiales histórico-comparativos con respecto a este problema nos son facilitados por E. ROSSET, *El proceso de envejecimiento de la población. Estudios demográficos*. Varsovia 1959.
30. En Europa se mantiene tenazmente la leyenda sobre la duración de la vida humana en las sociedades «primitivas» y que «viven en el seno de la naturaleza» pese a que este mito tuvo y sigue teniendo un carácter fundamental y absolutamente irracional.
31. Aunque no hay que descartar cierta implicación biológica.
32. *El estado y las necesidades...*, p. 97; T. FURTAK, *Sobre algunos problemas de la demografia histórica de la nobleza polaca*, RDSG., VI, 1937, p. 31-58. Furtak comprueba que el promedio de la edad en el momento del fallecimiento de la mujer es generalmente más bajo que el del varón, considerando que este fenómeno constituye una base para dudar de la autenticidad de los materiales de que dispone en relación con las mujeres. La más breve duración de la vida del varón confirmada por la demografía considera que hay que tomarla como base biológica no sujeta a los cambios históricos. Pero ¿no es posible que sean los datos de Furtak los que nos digan la verdad y no él personalmente?

33. Kwame N'KRUMAH, *Autobiografía*, Varsovia 1958, p. 13: «Los únicos datos relativos a mi nacimiento son que vine al mundo aproximadamente al mediodía de un sábado de mediados de septiembre» —escribe el actual doctor en Derecho y ex presidente de Ghana.
34. En este caso podemos aprovechar nuevamente las experiencias que nos brindan las investigaciones acerca de los países actualmente subdesarrollados: por ej., el trabajo de R. R. KUCZYNSKI y especialmente su *Demographic Survey of the British colonial Empire*, tres tomos. Londres 1948-1953, y asimismo el estudio metodológico de Ehsan NARAGHI, *L'étude des populations dans les pays à statistique incomplète. Contribution méthodologique*. Prefacio de J. Staetzel, París-La Haye, 1960.
35. A. SAUVY, *Les limites de la vie humaine*, París 1961, p. 52.
36. K. J. BELOCH, *Die Bevölkerung der griechisch-römischen Welt. Historiche Beiträge zur Bevölkerungslehre*, t. I, Lipsk 1886 y muchos otros. «Biografía de Beloch» por W. S. Ferguson en la *Encyclopaedia of Social Sciences* (Seligman) t. I, p. 507-508. Autobiografía en *Die Geschichtwissenschaft in Selbstdarstellungen*, edic. S. Steinberg, t. II, Leipzig 1926, p. 1-27.
37. L. KRZYWICKI, *Contribución al esclarecimiento de las relaciones de la población de Polonia bajo el reinado de los primeros Piast*, «Revista Estadística» I, 1938, p. 177-203.
38. P. G. URLANIS, *El desarrollo de la población en Europa*, Moscú 1961.
39. R. MOLS, S. J., *Introduction a la démographie Historique des villes d'Europe du XIV au XVIII-eme siècle*, t. II, Louvain, 1955, p. 309, por un motivo que desconozco entabla una polémica conmigo aunque a la página siguiente llega a la misma conclusión. También contiene la historia de la controversia. Sin embargo, comparten mi postura J. Nadal y E. Giralt: *La population catalane de 1553 à 1717*, París 1960, p. 38, quienes dedicaron a este problema un capítulo titulado: «La peste comme constante».
40. Para precaverse de la utilización errónea de las medidas existentes y de un perfeccionamiento de los métodos no rentable ya que pueden conseguirse resultados análogos más fácilmente, véase R. BAEHREL, *La mortalité sous l'Ancien Régime, Remarques inquiètes*, «Annales» 1957, p. 85-98; réplica de L. HENRY, *ibidem*, p. 628-629; réplica de Baéhrel, *ibidem*, p. 629-638.
41. R. GOUBERT, *Beauvais et le Bauvesis de 1600 à 1730. Contribution à l'histoire sociale de la France du XVII-eme siècle*, París 1960, p. 36-37.
42. *Ibidem*, p. 40.
43. DUVILLARD, *Analyse et tableaux de l'influence de la petite vérole sur la mortalité à chaque âge...*, París 1806.
44. Como lo indica P. VINCENT, *Population*, 1947, p. 26.
45. URLANIS, *op. cit.*, p. 50-52.
46. *Ibidem*, p. 54.
47. *Ibidem*, p. 351.
48. *Ibidem*, p. 144.
49. G. SCHMOLLER, *Grundriss der Allgemeinen Volkswirtschaftslehre*, segunda edición, t. I, 1923, p. 173.
50. R. R. KUCZYUSKI, «Population History and Statistics», *Encyclopaedia of the Social Sciences* (Seligman), XII, 1949, p. 243.
51. Naturalmente con cierta lentitud al comienzo, como resultado de la «Peste negra» en el año 1348 o de la Guerra de Treinta años.
52. URLANIS, *op. cit.*, cuadro en la página 414-415.
53. En parte, esto se halla vinculado naturalmente con el carácter de las fuentes con tanta frecuencia fragmentarias, por lo que dificultan las generalización.
54. P. MOMBERT, *Uber die geringe Zuverla ssigkeit älterer Volkszählungen Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, 1933, p. 745-751.
55. *Preliminary observations on the 1081 census.*
56. J. G. HOFFMANN, *Die Bevölkerung des Preussischen Staates nach den Ergebnissen der zu Ende des Jahres 1837 amtlich aufgenommen Nachrichten*, Berlín 1839, p. 20.

57. H. Grossman, *La estructura social y económica del Principado de Varsovia sobre la base de los censos de la población en 1808-1810*. Varsovia 1925. Contenida en La Revista Estadística, II, 1925, p. 45.
58. H. Sée, *Peut-on évaluer la population de l'ancienne France?* «Revue d'Économie Politique», XXXVIII, 1924, p. 647-655. E. Jutikkala. *Can the Population of Finland in the 17th Century be Calculated*, «Scandinavian Economic History Review», V, 1957, p. 155.
59. M. Bloch, *L'Histoire des Prix. Quelques remarques critique*. «Annales», 1939, p. 151.
60. M. R. Reynhardt, *Histoire de la Population mondiale de 1700 à 1948*, París, 1949. Es característica en este caso la confrontación de los fenómenos «demográficos» con los «históricos».
61. R. R. Kuczynski, *op. cit.* p. 243 (en realidad esto lo escribió hace un cuarto de siglo).
62. *Ibidem*, p. 240.
63. W. F. Willcox, *International Migrations*, NBER., Nueva York, 1931, t. II, p. 78.
64. El propio autor lo publicó sin ningún cambio en sus: *Studies in American Demography*, Ithaca, Nueva York, 1940. Esta estimación ligeramente corregida fue recogida por el Departamento de la población de la ONU en el informe: *The Past and Future Population of the World and its Continents*, presentado en la Conferencia Mundial de la Población. Roma 1954.
65. B. C. Urlanis, *El aumento de la población en Europa*. Moscú 1941.
66. Por ejemplo, K. W. Taylor en: *Some Aspects of Population History*, «Canadian Journal of Economic and Political Science». XVI, 1950, p. 301-313. Entre los más viejos, merece la pena citar también a A. P. Usher, *The History of Population and Settlement in Eurasia*, «Geographical Review», XX, 1930, p. 110-132.
67. Por ejemplo L. Genicot, *Sur les témoignages d'Accroissement de la Population en Occident du XI-eme au XIII-eme siècle*, «Cahiers d'Histoire Mondiale», I, 1953, p. 446-462.
68. *Cenzus of Population. Great Britain 1841. Introduction. Estimates Population of England and Wales, 1570-1750, Commons Papers, Session of 1843*, t. 22.
69. Usher, *op. cit.*
70. P. E. Levasseur, *La population française*, III, t. París 1889-1892.
71. E. Keyser, *Bevölkerungsgeschichte Deutschlands*, Leipzig, 1938 (II edic. 1941).
72. D. S. Thomas, *Social and Economic Aspects of Swedish Population Movements*, 1750-1933, Nueva York 1941.
73. Estos trabajos han sido incluidos en una excelente bibliografía por dos publicaciones muy importantes: la francesa «Population» que se edita desde 1946 y la inglesa «Population Studies» que se publica desde 1947.
74. W. K. Jacunski, *Historia de la URSS* 1959, número 3, p. 26-28.
75. A. I. Kopaniev, *El desarrollo de la economía rusa en el siglo XVI, Notas históricas*, t. 64, p. 233-254.
76. A. G. Raszin, «El desarrollo de Rusia de 1811 a 1913». Statisti Czeskij Oczerk (interesante preámbulo de S. G. Strumilin), Moscú 1956. Reseña de W. W. Pokszyczewsky en: *Historia de la URSS*, 1958 número 1.
77. V. M. Kabuzan, «Materiales para la revisión de los problemas esenciales de la historia del desarrollo de Rusia en el siglo xviii y la primera mitad del siglo xix» (1718-1858) *Historia de la URSS*, 1959, no. 5, p. 128-140.
78. *Tabla de la primera revisión del desarrollo de la población de Rusia en 1718-1727*, editado por: V. M. Kabuzan y N. M. Szepukov, «Archivos históricos» 1959, no. 3, p. 126-165.
79. Ping-ti-ho, *Studies in the Population of China*, 1368-1953, Harvard «East Asiatic Studies», t. IV, Harvard Maas, 1959.
80. Ayanori Okasaci, *Histoire du Japon*: *L'économie et la Population*. «Travaux et documents», Cahier no. 32, Institut National d'Études Démographiques, París 1958.

81. Hay una serie de trabajos de S. Chandrasekhar sobre la población de la India desde el año 1600. Así, por ejemplo: *The Composition of Indias Population according to the 1951 Census*, «Population Review», XIII, 1958, p. 63-78, como también los estudios de I. B. Taeuber.
82. Para convencerse de ello basta con conocer la problemática de periódicos como «Population» y «Population Studies».
83. L. HENRY, «Développements récents de l'étude de la démographie du passé», *XI Congreso Internacional de Ciencias Históricas*, ponencias, t. I Estocolmo 1960, p. 96.
84. *Ibidem* p. 89.
85. Esto se puso de manifiesto durante la discusión que tuvo lugar tras la intervención de Henry en el Congreso de Estocolmo.
86. Sobre las posibilidades y las dificultades de la estadística histórica, se ha hablado repetidas veces en la ciencia. Antiguamente entabló la polémica Inama-Sternegg, y en la época moderna Clapham. He aquí algunas de las indicaciones bibliográficas más esenciales:
INAMA-STERNEGG K. T., *Geschichte und Statistik Statistische Monatasschrift*, VIII, 1882, p. 3-15; INAMA-STERNEGG K. T., *Die Quellen der historischen Bevölkerungsstatistik Statistische Monatsschrift*, XII, 1886. p. 387-408; DASZYNSKA Z., *Stoff und Methode der historischen Bevölkerungsstatistik*, «Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik», LXVI (11), 1896, p. 481-505 (y en polaco también).
A. KAUFMAN, *Sobre los métodos estadísticos en las investigaciones histórico-económicas*, Petersburgo, 1913;
J. H. CLAPHAM, *The Study of Economic History. An Inaugural Lecture*, Cambridge 1929;
F. SIMIAND, *Des possibilités des recherches statistiques historiques*, en «Rapports et communications présentés a la XIX-eme Session de l'Institut International de Statistique», Tokio 1930;
F. SIMIAND. *Recherches Statistiques, Historiques. Ibidem*, XX-eme sesion, Madrid 1931, p. 673-693. Discusión en las páginas 112-123 (Libro primero).
A. P. USHER, *The Application of the Quantitative Method to Economic History*, «Journal of Political Economy», XL, 1932, p. 186-209;
E. HECKSCHER, *Quantitative Measurement in Economic History*,* «Quarterly Journal of Economics» LIII, 1939, p. 167-193.
S. KUZNETS, *Statistics and Economic History*, «Journal of Economic History», I, 1941, p. 26-41; S. KUZNETS, *Measurement of Economic Growth*, «Journal of Economic History», «Task»... VII, 1947, p. 10-34.
Ch. MORAZÉ, «Les méthodes en Histoire Moderne», en: *actas del Congreso Histórico del Centenario de la Revolución de 1848*, París 1948, p. 53-74.
87. KUZNETS, *Statistics and Economic History*.
88. También es asombrosa la obstinación con que en la ciencia se obtienen estimaciones demasiado elevadas como consecuencia de este método. C. JULIAN (*Histoire de la Gaule*, t. V, p. 26-27) estimó la población de Galia en el momento de la conquista romana en 20 a 30 millones de almas.
J. TOUTAIN («Remarques sur la densité et la répartition de la population dans la Gaule romaine», en: *8-eme Congrès historique*, II, Zurich 1938, p. 350-352) defiende asimismo esa tesis, basándose entre otras cosas en los mapas de las excavaciones arqueológicas, olvidando que en dichas cartas geográficas figuran, una al lado de la otra, las excavaciones de una época pero que no quiere decir que se trate de aglomeraciones que existieron simultáneamente. Dada la movilidad de los asentamientos, se puede llegar a unos resultados fantásticos en estos casos. Un razonamiento análogo suele darse repetidas veces también en los trabajos sobre la población de los países germánicos o eslavos en los tiempos prehistóricos. Véase igualmente, P. VINCENT, *Guerre et Population* (anexo) «Population», 1947, no. 1, p. 26, así como también: R. LATOUCHE, *Aspect*

démographique de la crise des grandes invasions, «Population», 1947, no. 4, p. 681-690, especialmente p. 683.
El desmoronamiento de la leyenda de las grandes cifras tiene, como ya hemos dicho, una larga historia desde David Hume. Entre los nuevos trabajos, citaremos dos: F. LOT, *Recherches sur la population et la superficie des cités remontant à la période gallo-romaine*, 2 tomos; F. LOT, *L'art militaire et les armées au Moyen Age en Europe et dans le Proche-Orient*, 2 tomos, París, 1947. En Polonia existe una obra similar de O. Gorka.

89. En los últimos tiempos han aparecido varios trabajos importantes en el terreno de la historia de las plagas elementales y de sus contornos demográficos: Y. RENOUARD, *Conséquences et intérêt démographiques de la peste noire de 1348*, «Population», 1948. no. 3, p. 459-466;
J. SALTMARSH, *Plaque and Economic decline in England in the latter Middle Ages*, Cambridge, «Historical Journal», VII, 1941;
A. COVILLE, *La grande mortalité de 1348-1350: les documents d'origine française contemporaine*, en: «VII Congreso Historico», t. II, Varsovia, 1933, p. 60-63.
R. S. SMITH, *Barcelona «Bills of Mortality» and Population, 1457-1590*, «Journal of Political Economy», XLIV, 1936, p. 84-93.

90. «La enorme mortalidad provocada por la Peste negra de 1348 aparece cada vez más como uno de los hechos más importantes de la historia de nuestro milenio», se escribe en una nota de redacción encabezando el trabajo de Renouard («Population», 1948, no. 3, p. 459). La misma exageración de la importancia de la Peste negra, por ejemplo, en la historia de Inglaterra (Th. ROGERS, *History of Agriculture*, t. I, p. 77-83, Six Century..., p. 218-224, 253), fue reducida a su justa medida por un especialista tan insigne como KOSMJNSKI, *Investigaciones en torno a la historia agraria de la Inglaterra del siglo XIII*, Moscú 1947, especialmente p. 388-389.

91. Constituye una valiosa excepción, J. MEUVRET, *Les crises de subsistance et la démographie de la France sous l'ancien régime*, «Population» 1946, no. 4, p. 643-650. También hay pasajes acerca de este problema en la obra de O. FESTY, *L'agriculture pendant la Révolution Française. Les conditions de production et de récolte des céréales, Étude d'histoire économique, 1789-1795*, París, 1947. De lo difícil que resulta el análisis socio-económico a la luz de las plagas elementales, es un testimonio la breve y valiosa observación de P. Vincent, quien afirma que las devastaciones provocadas por estas calamidades en las inversiones eran a veces mayores que las pérdidas humanas, como resultado de lo cual la superpoblación pudo ser mayor después de la epidemia que antes de ella. *Guerre et Population* («Population», 1947, no. 1, p. 27). Véase anteriormente asimismo la nota no. 39.

92 Sobre las consecuencias demográficas de las guerras, tenemos que anotar también una serie de nuevos trabajos. Sobre la guerra de 30 años G. FRANZ, *Der Dreissigjährige Krieg und das Deutsche Volk*, Jena 1940. Referente a las guerras napoleónicas existen numerosos trabajos de Albert Meynier; sobre la Guerra Mundial existe la impresionante contribución de uno de los decanos de la ciencia demográfica, L. HERSCH, *La mortalité indirectement causée par les guerres modernes*, en: «VIII Congreso Histórico», t. II, Zurich, 1938, p. 417-418. B. C. URLANIS hace un balance del estado de los conocimientos en este terreno: *Las guerras y el desarrollo de la población en Europa, investigaciones histórico-estadísticas*. Moscú 1960.

93. Véase, por ejemplo, los interesantes materiales que R. C. Smith cita acerca de la mortalidad en Barcelona en los años 1457-1590 (véase anteriormente la nota no. 88); el intento de Smith de diferenciar la mortalidad «normal» en relación con la mortalidad provocada por las epidemias no es suficientemente convincente.

94. Por ejemplo, el papel de las investigaciones demográficas en torno a las familias reinantes.

95. G. BOUTHOUL: «Sur l'existence d'un mouvement cyclique de longue durée dans la population», *Congreso Internacional de la Población*, París 1937, t. I,París 1938, p. 63-70.
96. *Ibidem*, p. 65-66.
97. *Ibidem*, p. 66.
98. *Ibidem*, p. 67.
99. *Ibidem*, p. 68.
100. *Ibidem*, p. 69. Aquí vale la pena recordar la tesis de P. VINCENT (*Guerre et Population*, «Population», 1947 no. 1, p. 9-30), según la cual las guerras modernas incrementan más bien que disminuyen la «superpoblación», en contra de las tesis fascistas.
101. *Ibidem*, p. 64 y 69. De la misma manera trata de unir directamente el concepto de los «ciclos de larga duración» demográficos con los fenómenos económicos análogos (igualmente «seculares») a través de los nexos causales-efectivos, L. H. DUPRIEZ, *Des mouvements économiques généraux* 2 tomes, Louvain 1947.
102. W. ABEL, *Wachstumschwankungen mitteleuropaeischen Völker seit dem Mittelalter. Ein Beitrag zur Bevölkerungsgeschichte und-Lehre*, «Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik», 1935, t. 142, no. 6, p. 670-692. Acerca de la crítica del trabajo de Abel comparto en principio la realizada por B. C. URLANIS en: *El aumento de la población en Europa*, Moscú 1941, p. 350-352.
103. R. PEARL, *The biology of Population Growth*, Londres, 1926; del mismo autor: *The Natural History of Population*, Oxford, UT. 1939.
104. D. O. COWGILL, *The theory of Population, Growth, Cycles*, «American Journal of Sociology», septiembre 1949 (t. 55, no. 2) p. 163-170.
105. PEARL, *Biology...*, p. 1 (How Things Grow?)
106. *Ibidem*, p. 25.
107. COWGILL, *op. cit.* p. 169.
108. G. C. RUSSEL, *Demographic Pattern in History*, «Population Studies», I, 1947-1948, no. 4, p. 388-404.
109. *Ibidem*, p. 400.
110. LÖSCH A., *Bevölkerungswellen und Wechsellagen*. Serie Spiethoff, t. 13, Jena 1936; del mismo autor: *Wirtschaftsschwankungen als Folge von Bevölkerungswellen*, «Schmollers Jahrbuch», LX, 1936, t. II, p. 551-564, del mismo autor: *Population Cycles as a Cause of Business Cycles*, «Quaterly Journal of Economics», LI, 1936-1937, p. 649-662; del mismo autor «Die Bedeutung der Bevölkerungsbewegung für das Wirtschaftsleben w», *Congreso internacional de la población*, París 1937, t. VII, París p. 78-84. Algo más tarde formuló una tesis parecida E. GÜNTHER, *Der Nationalökonomie und Statistik*», 1931, p. 932-933 y 961-963.
111. LÖSCH, *Bevölkerungswellen...*, p. 3.
112. Por lo demás, existe una prueba concreta de correlacionar los cambios de los factores demográficos con los cambios astrofísicos (manchas solares): C. CONYERS-MORELLS, *An Investigation and Theory Concerning cyclo-periodicity in Vital Rates and its Possible Relationship to Meteorological and Astrophysical Cycles*. Hay un resumen de Wagenführ; *Internationaler Kongress für Bevölkerungsforschungen*, «Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik», serie III, t. 81, p. 95 y siguientes. Pero este trabajo sólo lo conocemos indirectamente. «Las teorías cíclicas» del desarrollo de la población son muy numerosas. No podemos, naturalmente, citarlas todas aquí. Por lo demás, resulta difícil polemizar racionalmente con algunas de ellas a causa de la postura manifiestamente teológica y nacionalista del autor. Así, por ejemplo, tenemos a C. JINI, *The Cyclical Rise and Fall of Population*, «Population», Chicago 1930. No obstante, no aludimos aquí a la teoría de Koulischer formulada en el Congreso de Historiadores celebrado en Varsovia en 1933 (A. M. KOULISCHER, «Le cycle de population dans les pays modernes»; en el *VII Congreso Internacional de Ciencias Históricas*. Resumen de las ponencias presentadas en el Congreso, t. II, Varsovia 1933, p. 354-355), ya que en dicha ponencia Koulischer sólo subraya la similitud en el desa-

rrollo de los fenómenos demográficos en todos los países a partir del momento en que en ellos se instaura el sistema capitalista y a través de las etapas de desarrollo de este sistema. Así, el término «ciclo» se utiliza aquí con un sentido totalmente diferente.

113. BOUTHOUL, *op. cit.*, p. 66.

114. LÖSCH, *Bevölkerungswellen...*, p. 1.

115. Pearl contesta a esta pregunta basándose en la experiencia de seis años de investigaciones, con esta formulación general: «*Growth occurs in cycles. Whitin one and the same cycle, and in a spatially limited area or universe, growth in the first half of the cycle starts slowly but the absolute increment per unit of time increases steadily until the mid-point of the cycle is reached. After that point the increment per unit of time becomes steadily smaller until the end of the cycle.*» (PEARL, *Biology...* p. 22.)

116. Un ejemplo asombroso de cómo —en contra de la voluntad del autor— todos los cambios en la vida social pueden ser conceptuados bajo la forma de una curva logística, lo tenemos en los trabajos de Hornell HART, *Logistic Social Trends*, «American Journal of Sociology», L, 1945, p. 350-352, y en: *Depression, War and Logistic Trends, ibidem*, III, 1946, p. 112-122. Ahora bien, si se manifiesta alguna regularidad en los más diversos casos, éstos no se hallan aclarados por aquella.

117. COWGILL, *op. cit.*, p. 163.

118. Formulación programática del método demográfico basado en la biología, por Livio LIVI en: *Trattato di demografia*, Padua, t. 1-2, 1940-1941, M. HALBWACHS polemiza con el biologismo en: *Les facteurs biologiques et la Population*, «Revue Philosophique», mayo-junio 1935. En una de sus últimas publicaciones, este autor escribe: «Por lo demás, la ciencia de la población en sí, entendida de esta manera, constituye realmente una parte, y una parte esencial de la ciencia social, ya que uno debe referirse a ella desde el punto de vista sociológico. Existe, sin duda, una... demografía matemática y una demografía biológica. Pero atañen a los únicos aspectos de la realidad que se presta a la aplicación de sus métodos y que no son el todo ni lo esencial de dicha realidad. Hay que esclarecer, en relación con los hechos de la población, los factores sociales.» (HALBWACHS, *Sociologie économique et démographie*, Coll. Hermann, 875, París 1940, p. 54.) No pide otra cosa Urlanis (*op. cit.* p. 413) al final de su obra.

La influencia del punto de vista biológico sobre los fenómenos sociales es, por lo demás, muy profunda y a menudo se manifiesta inadvertidamente, por ejemplo en la fraseología. Un primer ejemplo al margen: el autor empieza su trabajo sobre la población de las ciudades americanas con la frase: «Las ciudades americanas entran en su edad de madurez. Algunas de ellas siguen creciendo lentamente, mientras que otras empiezan a sufrir como consecuencia de su despoblamiento.» («Population», 1947, no. 1, p. 178.) Desde esta terminología al esclarecimiento de la evolución de la población de las ciudades por mediación del análisis del desarrollo de los insectos «*drosophila melanogaster*» ¡sólo hay un paso! ¡Cuántas veces nos tropezamos en los trabajos demográficos o demográfico-históricos con términos como «madurez», «juventud», «tierno», «tensión», etc. En este capítulo nos decidimos a citar algunas formulaciones extremadas. Son peligrosas no tanto quizá como tales sino a través de su influencia indirecta e inadvertida, como acabamos de ver. Nos permitimos llamar la atención sobre ello a quien pudiera pensar que nuestra exposición presenta un cuadro bastante unilateral.

119. RUSSEL, *op. cit.* p. 400.

120. RUSSEL, *op. cit.* p. 403.

121. En numerosos estudios, resumidos en su último libro: *Medieval British Population*, «The University of New Mexico Press», 1948.

122. Aludiremos aquí a una interesante polémica. A las palabras de L. Febvre, según las cuales «los fenómenos que llamamos naturales, geográficos, económicos... en definitiva son humanos por cuanto en todos ellos

el hombre ha ejercitado su espíritu, puesto su mano, sellado su marca» («Annales», 1946, no. 1, p. 91), L. Chevalier replica: «Si no es evidente que se pueda determinar con certeza los nexos de causa a efecto entre ciertos fenómenos políticos, económicos y sociales, con más razón aún no es posible descubrir los nexos de causa a efecto entre estos fenómenos en sí y los fenómenos demográficos. En el actual estado de los conocimientos históricos y del conocimiento demográfico, no veo ninguna evolución humana claramente identificada, la revolución demográfica del siglo XIX, por ejemplo, que pueda explicarse concretamente y puesta en correlación incuestionable con las evoluciones sociales, económicas o políticas.» A pesar de las siguientes advertencias del autor, no podemos dejar de percibir en esta postura una tendencia al agnosticismo. («Population», 1948, no. 2. p. 389).

123. «*Die Revolution von 1848 wurde einer überaus starken junge Generation getragen, die bei weiten zu zahlreich war, un in der Wirtschaft sogleich ausgezogen werden zu können und nun mit Energie im Politischen losbrach*» (LÖSCH, *Wirtschftsschwankungen*... p. 558).

124. LÖSCH, *Bevölkerungswellen*... p. 67. Es verdad que Lösch no aplica enteramente el ciclo coyuntural a las causas demográficas.

125. Tampoco quisiéramos que lo que afirmamos sea entendido como una crítica extremada de todo el trabajo científico de estos autores, ya que sobre todo en algunos casos sería muy injusto. No obstante, esas posturas metodológicas no dejan de tener consecuencias negativas a menudo incluso para las investigaciones muy específicas.

126. B. J. SMULEWICZ. *Crítica de las teorías y de la política burguesas sobre el desarrollo de la población*, Moscú 1959.

127. Por ejemplo A. LANDRY, *La Révolution démographique*, París 1934; del mismo autor: *Quelques aperçus concernant la dépopulation dans l'Antiquité greco-romaine*, «Revue historique» 1936; también del mismo autor: «La dépopulation dans l'Antiquité et dans l'époque Contemporaine», en: *VIII Congreso Histórico*, t. II, Zurich 1938, p. 422-424.
Acaso Jean Bourdon aborde este problema con unas categorías más racionales al considerar que las causas que provocan un incremento de la mortalidad (por ejemplo, las agresiones de los Bárbaros) son tan frecuentes que equivalen casi a un factor constante con el cual trata de sentar la dimensión de sus efectos. Jean BOURDON, *Le monde antique s'est-il dépeuplé?* «Journal de la Société de Statistique de París», Marzo-Abril 1948, p. 102-118.

128. D. V. GLASS, *Gregory King and the Population of England and Wales at the End of the Seventeenth Century*, «Eugenics Review», XXXVII, no. 4 p. 170-183.

129. Vale la pena llamar la atención sobre el desenmascaramiento del aspecto político de este género de teorías cíclicas realizado por Lenin en su crítica a Sorokin.

130. B. C. URLANIS, *El desarrollo de la población en Europa*, Moscú 1941. Citemos también, a título de ejemplo, otro trabajo elaborado igualmente con el método del materialismo histórico y el cual condujo a unas conclusiones muy valiosas, es decir, el de S. W. BACHRUSZIN, *La población de Moscú en el siglo XVI*, «Academia de Ciencias de la URSS, serie de Historia y Filosofía», 1947 no. 3, p. 201-219.

131. Véase M. M. POSTAN en: «Economic History Review». XII, 1942, p. 97; KORHOW en: «Woprosy Istorii», 1946 no. 8, 9, p. 114-121; BARG en: «Woprosy Istorii», 1947, no. 11, p. 87.

132. A. SAUVY analiza muy bien estos mitos en: *Les limites de la vie humaine*, París 1961, p. 7-16.

133. J. GRAUNT, *Natural and Political observations... mad upon the Bills of Mortality*, Londres 1662. Esta obra fue atribuida igualmente a W. Petty (véase C. H. HULL, *Graunt or Petty*, «Political Science», Quarterly, XI, 1896, p. 105-132; asimismo: M. GREENWOOD, *Graunt and Petty*, «Journal of Royal Statistical Society», XVI, 1928, p. 79-85).

134. H WESTERGAARD, *On the History, and Prospects of Vital Statistics*, «Eco-

nomica», 1925, p. 121-129. Neuman combatió las supersticiones que atribuyen a la Luna una influencia sobre la mortalidad.

135. Véase las numerosas observaciones críticas de Henry en las páginas de «Population» (1954, 2, p. 272-274; 1957; 1, p. 149-152; 1959, 2, páginas 327-329).

136. SAUVY, *op. cit.* p. 29.

137. S. J. de LAET, *La arqueología y sus problemas*. Varsovia, 1960, p. 128-131.

138. Investigaciones de: H. Vallois, E. Joly, C. Krumbein y F. Twiesselmann. Véase E. SCHREIDER, *Problèmes anthropologiques du vieillissement*, CNRS, París 1960.

139. Entre los trabajos más importantes debe citarse: M. FLEURY y L. HENRY, *Des registres paroissiaux à l'histoire de la population. Manuel de dépuillement et d'exploitation de l'État-civil ancien*, París 1956; L. HENRY, *Anciennes familles genévoises. Étude démographique. XVI-XX siécles*; París 1956; E. GAUTIER y L. HENRY, *La population de Crulai, paroisse normande. Étude historique.*, París 1958.

140. SAUVY, *op. cit.*, p. 31-39.

141. Este fenómeno lo conocían perfectamente Vauban, Messance y los fisiócratas. Entre las antiguas investigaciones vale la pena citar: LEGOYT, *Des chertés en France et de leur influence sur le mouvement de la population*, «Journal de la Société Statistique París», 1867, p. 93, 114 y sig. J. MEUVRET hizo un estudio clásico en este terreno: *Les crises de subsistances et la démographie de la France d'ancien régime*, «Population» 1946, p. 643-650.
Véase asimismo J. RUWET, *Crises démographiques, ibidem* 1954 y S. PELLE *Studies on Mortality since the Renaissance*, «Bulletin of the History of Medecine», XIII, 1943, p. 427-461. En 1938, los niños que morían en el curso del primer año de vida constituían en Chile el 23,6 %, en la isla Barbados el 22,1 %, en la India el 16,7 % (N. S. BUCHARIAN y H. S. ELLIS: *Aproache to Economic Development*, Nueva York 1955, p. 11) para no citar la inverosímil cifra del 50 % para el Irán (J. J. SPENGLER, *Economic factors in the Development of Densly Populated Areas, Proceding of the American Philosophical Society*, 1951, p. 39 y otras). En 1949, este índice ascendía en Suecia al 2,3%.

142. Mientras que la correlación de la mortalidad con la magnitud de la cosecha en la época preindustrial no suscita ninguna duda, entre los casos curiosos se puede contar las tentativas de explicar los cambios en la mortalidad de los fenómenos meteorológicos y esto en los países más industrializados en la segunda mitad del siglo XIX (véase Conyer-Morells en «Jahrbücher für Nationalökonomie», III, serie, t. 81, p. 95).

143. G. FRUMKIN, *Japan's Demographic Expansion in the Light of Statistical Annalisis*, «Die Sociological Review», XXX, 1938, p. 1-23 (comprende el período de 1603 a 1920); C. P. FITZGERALD, *Historical Evidence for the Growth of the Chinese Population, ibidem* XXVIII, 1936, p. 133-148 y 267-273.

144. GOUBERT, *op. cit.* p. 45. Véase igualmente Ph. ARIES, *Histoire des populations françaises et de leurs attitudes devant la vie depuis le XVIII-eme siècle*, París 1948. Sobre el pánico ante el hambre en Francia en el siglo XVI, véase R. MANDROU, *Introduction à la France moderne*, París 1960.

145. A. SAUVY, *Contre le «coup de vieux»*, «Express», 1-6-1961.

146. T. MOKEOWN y R. G. BROWN, *Medical Evidence Related to English Population Changes in the Eighteenth Century* «Population Studies», IX, 1955, p. 119-141.

147. C. ANGLADE, *L'évolution économique et sociale.-de Villeneuve-de-Rivière du début du XVIII-eme siècle à 1900*, Toulouse, 1955 y asimismo J. GODECHOT, *Dêmographie et économie dans les origines du Risorgimento*, «Rassegna Storica del Risorgimento», XLIV, fasc. II-III, 1957, p. 386-387.

148. Véase por ej. los datos de R. S. SMITH, *Barcelona «Bills of Mortality» and Population, 1457-1590*, «Journal of Political Economy», XLIV, 1936,

p. 84-93, así como también la crítica de los *Bills of Mortality* londinenses durante las epidemias en D. Defoe, *Diario de un año de epidemia*.

149. K. E. Helleiner, *The Vital Revolution Reconsidered*, «Canadian Journal of Economics and Political Sciences», XXIII, 1957, p. 7; L. F. Hirst, *The Conquest of Plaque. A study of the Evolution of Epidensology*, Oxford 1935; G. Sticker, *Abhandlungen aus der Seuschengeschichte und Seuchenlehre*, t. I: Die Geschichte der Pest, Giessen 1908.

150. G. T. Griffith, *Population Problems of the Age of Malthus*, Cambridge 1926; M. C. Buer, *Health, Wealth and Population in the Early Days of the Industrial Revolution*, Londres 1926; T. H. Marshall, *The Population Problem during the Industrial Revolution*, «Economic History», supl. al Economic Journal, I, 1929, p. 429-456; H. J. Habakkuk, *English Population in the Eighteenth Century*, «Economic History Review», diciembre 1953, p. 117-133.

151. Hafalluk, *op. cit.* Véase igualmente: G. M. Meier, R. E. Baldwin, *Economic Development*, Nueva York 1957, p. 150-151.

152. A. Sauvy, *Les limites de la vie humanie*, París 1961, p. 61. Véase asimismo (Delaporte): *Évolution de la mortalité en Europe depuis les origines des statistiques de l'état civil*, «Statistique Générale de la France», 1941, así como también Depoid: *Reproduction nette en Europe depuis l'origine des statistiques de l'état civil. ibidem*, 1941.

153. *Anuario estadístico GUS*, 1960, Varsovia, p. 478.

154. H. Hart, *Urban Expectation of Life in 2000 A. D.*, «Publications of the American Sociological Society», XX, 1926, p. 118-122.

155. L. I. Dublin, «Harpers Magazine», 160, 1930, p. 770.

156. L. I. Dublin, «Longevity in Retrospecti and Prospect», en: *Problems of Ageing*, editado bajo la redac. de E. V. Cowdry, Baltimore 1942, p. 101, así como también L. 1. Lublin, *How Many Years will you live?* «American Mercury», julio 1942. Hace poco volvió a estudiar este problema el iniciador de la polémica, H. Hart, *Expectation of Life. Actual versus Predicted Trends*, «Social Forces», XXIII, 1954-1955, p. 82-85.

157. A. Sauvy, *Les limites de la vie humaine*, p. 125-135.

158. S. Szulc: *La así llamada longevidad humana*, «Revista estadística trimestral», 1931, p. 689 (crítica del trabajo de J. Tambor, *La longevidad humana en Cracovia en el período de 1881-1925*, Cracovia 1925). A este problema se refiere igualmente la polémica, citada anteriormente, entre R. Baehrel y L. Henry en «Annales», 1957.

159. P. Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730. Contribution à l'histoire sociale de la France du XVII-e siècle*, París, 1960, p. 45.

160. T. Furtak, *Algunos problemas en torno a la demografía histórica de la nobleza polaca*, RDSG, VI, 1937, p. 31-58.

161. *Ibid*. p. 42.

162. H. Hart y H. Hertz: *Exprestation of Life as an Index of Social Progress*, «American Sociological Review», IX, 1944, p. 620. Los siete países de la civilización oeste-europea, son en este caso: Inglaterra con Gales, Francia, Holanda, Dinamarca, Suecia, Noruega, así como también el Estado de Massachusets en EE UU. En este cuadro se puede ver asimismo cómo las ciudades que antiguamente se distinguían por una corta duración de la vida humana, en el siglo XIX distancian al campo en este aspecto.

163. «El derecho del hombre a la vida... no exige ninguna fundamentación», P. Baran, *La economía política del desarrollo*, Varsovia 1958, p. 266.

164. E. Halley, *An Estimate of the Degrees of Mortality of Mankind drawn from curious tables of Births and Funerals at the City of Breslaw. With an Attempt to ascertain the Price of Annuities upon Lives.*

165. H. Hart y H. Hertz, *Expectation of Life as an Index of Social Progress*, «American Sociological Review», diciembre 1944. Esta idea tiene una larga tradición (Rousseau, los fisiócratas).

166. N. S. Buchanan y H. S. Ellis, *Approaches to Economic Development*, Nueva York 1955, p. 8-10 y 92-116.

167. De Laet, *op. cit.*

168. Ceilán es un caso asombroso, ya que en el período de 1920 a 1954, la probabilidad de existencia del recién nacido ha pasado en dicho país de los 32 a los 60 años.
169. A. SAUVY, *Les limites de la vie humaine*, p. 68-69.
170. N. S. BUCHANAN y H. S. ELLIS, *Approaches to Economic Development*, p. 98; G. MYRDAL, *La teoría económica y los países subdesarrollados* económicamente, Varsovia 1958, p. 116.
171. K. DAVIS, *The Unpredicted Pattern of Population Change*, «The Annals», mayo 1956.
172. Véase el capítulo sobre el análisis de la estructura social. En él figura asimismo la comprobación de que esta «traducción» es mucho más fácil para las épocas de florecimiento de un sistema institucional determinado que con respecto al período de su decadencia.
172a. Esto se refleja a veces en los títulos de los autores citados.
173. L. LANDAU, *El desempleo y el nivel de la vida de a población de los barrios obreros varsovianos*, Varsovia 1936.
174. A. SAUVY, *Les limites de la vie humanie*, p. 85.
175. *Ibidem*, p. 85 y otras. Con el fin de mostrar sus conceptos erróneos, citaremos el hecho de que el profesor A. Krzyzanowski afirmó en el año 1938 que «lo trascendental de la revolución demográfica acontecida en el siglo XIX consiste en la importante disminución de la desigualdad entre los ricos y los pobres ante la muerte. La antigua indigencia de los pobres, los cuales por término medio vivían menos tiempo, se ha aminorado visiblemente». A. KRZYZANOWSKI, *Los orígenes y los síntomas del enriquecimiento de la sociedad moderna*. Cracovia, 1838, p. 32.
176. MOHEAU, *Recherches et considérations sur la population de la France 1778*. Edición R. Gonnard, París 1912. Véase P. VINCENT, *French Demography in the eighteenth century*, «Population Studies», 1947, páginas 57-58.
177. VILLERMÉ: *Mémoire sur la mortalité dans la classe aisée et la classe dirigeante*, París 1828, y del mismo autor: *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers*, París 1840.
178. L. HERSCH, *L'inégalité devant la mort d'après les statistiques de la ville de Paris*, «Revue d'Économie Poltique», 1920, 3 y 4, y asimismo del citado autor: «Pauvreté et mortalité selon les principales causes de décès d'après les statistiques de la ville de París», en: *Congreso de la Población*, Roma, 1931, t. V; en este último trabajo subraya Hersch la disminución de la disparidad entre los años 1911-1913 y los años 1924-1928.
179. HERSCH, *L'inégalité...*, p. 292.
180. Por ejemplo W. P. D. LOGAN: *Social Class Variations in Mortality*, «Bristish Journal of Preventive and Social Medecine», VIII, 1954, p. 128-137, asimismo WOLFF y MEERDINK, *La mortalité selon les quartiers à Amsterdam*, «Population», 1952, no. 4. Es evidente que también se hallaron hasta apologistas, quienes intentaron subestimar las conclusiones de Hersch, en particular A. LANDRY, *La révolution démographique*, París 1934, p. 20 y otras.
181. A. AFTALION, *Les crises générales et périodiques de surproduction*, t. I, p. 207, cuadro en la p. 210 (sobre la base de datos franceses de los años 1854-1911).
182. Citaremos como ejemplo a D. S. THOMAS, *Social Aspects of the business Cycles*, 1933 y también a D. V. GLASS, «Economic Fluctuations and Marriage Frequency», *Congreso de la Población*, 1937, t. V. (Datos relativos al País de Gales en los años 1854-1913); G. U. YULE, *Changes in the Marriage and Birth-rates in England and Wales during the Past half century*, «Journal of the Royal Statistical Society», marzo 1906; A. BOHAC, «L'influence de la crise économique mondiale sur le mouvement de la population», *Congreso de la Población*, 1937, t. VII.
183. A. SAUVY, *Les limites de la vie humaine*, p. 84.
184. R. GONNARD, *Histoire des doctrines de la Population*, París, 1923; MOHEAU, *Recherches et considérations sur la population de la France, 1778*, edición R. Gonnard, París 1912. Ofrece una elaboración colectiva

de conceptos históricos y de investigaciones demográficas el tomo: *The Study of Population. An Inventory and Appraisal,* ediciones P. M. Hauser y O. D. Duncan, Chicago 1959, p. 121-313.

185. QUESNAY, *Maximes générales du gouvernement économique d'un royaume agricole»*, quien es asimismo un poblacionista, considera sin embargo que el crecimiento de la población no es la causa sino únicamente la consecuencia del desarrollo económico (máximas XII, XXVI). Comparte esa misma postura MIRABEAU, *L'ami des hommes, 1757*. Adopta una aptitud muy prudente con respecto a este problema, CANTILLON, *Essai sur la nature du commerce, 1755*, quien calcula incluso con los límites del aprovisionamiento el aumento de la población en distintas sociedades.
186. MALTHUS, *La ley de la población*, edición Krzyzanowski, Varsovia 1925.
187. Sobre la postura de Marx y de Engels frente a la teoría de Malthus informa perfectamente el libro de R. L. MEEK, *Marx und Engels über Malthus,* Berlín 1956. Véase igualmente, K. KAUTSKY: *Malthusiasnismus und sozialismus,* «Die Neue Zeit», XXIX, 1911, I, p. 620-627, 652-662, 684-697.
188. F. S. Liberal NITTI, *La population et le système social,* París 1897, califica de «rica filosofía» a la obra de Malthus, p. 267. El defensor polaco de Malthus, A. Krzyzanowski, considera que se trata de una «filosofía de la miseria, escrita a pesar suyo en interés de los ricos».
189. BUER, *Health, Wealth, and Population During the Malthusian Age;* J. J. O'LEARY, *Malthus's General Theory of Employment and the Post-Napoleonic Depressions,* «Journal of Economic History», III, 1943, p. 185-200.
190. J. M. KEYNES, *Some Economic Consequences of a declining population,* «Eugenic Review», XXIX, 1937-1938, p. 13-17.
191. A. H. HANSEN, *Economic Progress and Declining Population Growth,* «American Economic Review», XXIX, 1939, p. 1-15. Véase igualmente W. B. REDDAWAY, *The Economics of a Declining Population,* Londres, 1939; J. ROBBINS, *Notes of Some Propable Consequences of the Advent of a Stationary Population in Great Britain,* «Economica», abril, 1929.
192. KEYNES, *op. cit.* p. 13.
193. Aparentemente, Keynes y Hansen se oponen a Malthus: Temen la desaparición del aumento natural mientras que Malthus temía precisamente este aumento. Sin embargo, en el citado artículo, Keynes subraya que ésta es una verdad «sólo en parte». No es este el lugar para desarrollar esta cuestión.
194. H. FLAKIERSKI, revisa lapidariamente los conceptos en: *La población y el desarrollo de la economía,* «Vida Económica», XV, 1960, no. 36 (468).
195. E. ROSSET, *El proceso de envejecimiento de la población,* Varsovia 1959.
196. G. MYRDAL, *La teoría económica y los países económicamente subdesarrollados,* Varsovia, 1958, p. 155-156.
197. G. MEQUET, *Le problème de la population en URSS,* «Annales» I, 1929, p. 48-57.
198. M. D. TIETZE, *Human Fertility in Puerto Rico,* «American Journal of Sociology», 1947, p. 34-40, asimismo M. N. KING, *Cultural Aspects of Birth Control in Puerto-Rico,* «Human Biology» 1948, p. 20-27.
199. P. J. SMULEWICZ, *Crítica de las teorías y la políticas burguesas de desarrollo de la población,* Moscú 1959.
200. P. GEORGE, *Questions de géographie de la population,* París 1959. Contiene un profundo análisis de carácter progresista sobre la actual situación demográfica en el mundo en relación con los problemas económicos.
201. El problema se complica como resultado de que toda una serie de elementos del desarrollo económico en los países actualmente atrasados no arrancan directamente de los procesos internos de desarrollo de unas sociedades determinadas sino que, en parte, «proceden del exterior», por lo cual no acompañan los procesos interiores de adaptación. Véase N. S. BUCHANAN y H. S. ELLIS, *Approaches to Economic Development,* Nueva York 1955, p. 114.

202. La literatura relativa a los problemas demográficos de los países actualmente subdesarrollados es enorme. Citemos, por ejemplo, algunas posiciones: S. Kuznets, We Moore y J. J. Spengler (editor): *Economic Growth*: Brasil, India, Japón, Durham N. C. 1955;
A. J. Coale y E. M. Hoower, *Population Growth and Economic Development in Low-Income Countries. A Case Study of India's Prospects*, Princeton 1958;
H. Belshaw, *Population Growth and Level of Consumtion, With Special Reference to Countries in Asia*, Londres 1956.
K. Davis, *Population of India and Pakistan*, Princeton 1951. Puede encontrarse una bibliografía razonada sobre este problema así como también acerca de otras cuestiones económicas de los países subdesarrollados en la obra de Hazlewood, *The Economics of «Under-Developed» Areas. An Annotated Reading List of Books*, «Articles and Officiale Publications», II, edición, Londres, Oxford UP, 1959.
203. Como se lo permite hacer P. Fromont, *Démographie économique. Les rapports de l'économie et de la population dans le monde*, París 1947, p. 23.
204. W. Abel, *Wachstunschwankungen mitteleuropäischen Völker seit dem Mittelalter. Ein Beitrag zur Bevölkerungsgeschichte und Lehre*, «Jahrbücher für Nationalökonomie», 1935, p. 670-691; A. Lösch, *Wirtschaftsschwankungen als Folge von Bevölkerungswellen*, «Schmollers Jahrbuch», 1936, p. 39-52; del mismo autor: *Population Cycles as a Cause of Business Cycle*, «Quarterly Journal of Economics», 1937, p. 624-647.
205. J. Akerman, *Bevölkerungswellen und Wechsellagen*, «Shmollers Jahrbuch», t. 61, 1937, p. 91-98, así como la polémica en las p. 455-467.
206. Y. Renouard, *Conséquences et intérêts démographiques de la Peste Noire de 1348*, «Population» III, 1948, p. 459-466;
H. Robbins, *A Comparison of the Effects of the Black Death on the Economic Organisation of France and England*, «Journal of Political Economy», agosto 1928. Este fenómeno despertó ya el interés de Marx (*El Capital*, t. I, p. 291 y 761).
207. G. Franz, *Der Dreissigjärige Krieg Und Das Deutsche Volk*, Jena 1940.
208. W. C. Robinson, *Money, Population and Economic Change in Late Medieval Europe*, «Economic History Review» 1959, serie II, XII, p. 63-76. Criticó duramente ese trabajo M. M. Postan, *Note, ibidem* p. 77-82. Últimamente tomó parte en esta discusión E. J. Hamilton: «The History of Prices before 1750», en el *XI Congreso Internacional de Ciencias Históricas*, Ponencias, t. I, Estocolmo 1960, p. 144-164, particularmente las p. 152-155.
209. Hamilton, *op. cit. p.* 155.
210. Esto se perfiló claramente en la polémica entre Robinson y Postan.
211. G. Parenti, *Prezzi e mercato del grano a Siena, 1546, 1765*, Florencia, 1942, acomete la ambiciosa tentativa de calcular la elasticidad de la demanda (p. 206-215). Quizá sea esta la única prueba de esta clase en relación con una época tan remota, aunque los materiales son de una rara perfección.
212. La expansión demográfica en el siglo XIII se acompaña de numerosas manifestaciones del desarrollo economico: asentamientos, aumento de la superficie de cultivo, desarrollo urbano y de la artesanía, etc... ¿Acaso es una regla para toda la época feudal?
213. En este caso no opera el esquema de Ricardo, sino más bien en oposición al suyo, el esquema de Carrey, basado en la observación del asentamiento de la inmigración europea en América del Norte.
214. Renouard, *Primer op. cit.*
215. Sobre la literatura acerca de este tema, véase en la página 665 del texto polaco.
216. Esto lo probaría asimismo el hecho de que hasta finales del siglo XVIII, en cada finca de la nobleza son bien acogidos en principio los candidatos a los asentamientos. El ejemplo de Polonia es un argumento en contra de la tesis que explica «la segunda servidumbre» en Alemania a través del aumento de la población y del agotamiento de las posibi-

lidades de asentamiento. Véase P. FROMONT, *Démographie économique. Les rapports de l'économie et la population dans le monde*, París 1947, p. 148. E. DUPRÉEL, *Deux essais sur le progrès*, Bruxelles 1928, p. 8.

217. A veces, esto se produjo incluso dentro de las fronteras de un mismo Estado, como, por ejemplo, en Italia. Véase la infinitamente instructiva discusión sobre la génesis del capitalismo moderno en Italia entre Romeo y Sereni.

218. C. MARX, *El Capital*, t. I, p. 682. Igualmente LENIN, *Obras completas*, t. I, p. 492 y siguientes. KAUTSKY, *op. cit.* p. 657-660 subraya que no sólo cada sistema sino cada fase de desarrollo en la historia de un sistema destaca por la variedad de sus fenómenos demográficos.

CAPITULO XI: Las investigaciones históricas de las estructuras feudales

1. Por ej. en la obra de N. ASOORODOBRAJ, *Los comienzos de la clase obrera* (Varsovia 1946), el punto de partida es la categoría social definida en términos históricos —es decir, en el lenguaje de las fuentes— como «gentes sin pertenencia»; en ella se analiza su procedencia social, sus condiciones de existencia, de trabajo, de remuneración; pero el análisis termina con el capítulo intitulado «El hombre "sin pertenencia" en el conjunto social».
2. En *Maese Tadeo*, A. MICKIEWICZ, habla de la mujer de un candidato «borrado» de la lista de los títulos:

   «¡Pobrecita! a Excelencia acceder debía
   Y de nuevo en Señoría se quedaría.»
   (*Maese Tadeo*, XII, 134-135)
   ... ... (*Maese Tadeo*, XII, 134-135)

3. M. WASOWICZ, *Los contratos de Lvov en 1676-1685*, Lvov 1935, p. 22. Hablando propiamente, cuando se trata de personas que establecen una transacción inscrita en el libro perpetuo, la terminología es la siguiente: Al Magnate, *ilustris et magnificus*; para el noble medianamente rico, *generosus*; el noble de baja estirpe, *nobilis*; para el clero la jerarquía se expresa en los títulos *perillustri et reverendissimi, ilustres et reverendi, reverendi*. También se diferenciaba la terminología para definir a la burguesía, en: *nobiles et excellentissimi, nobilis et excellentes, honorati, honesti, famat, famosi*. Esta última es la más diferenciada pero también la que se aplica con menos rigor.
4. W. LENIN, «Las perlas de la proyectomanía populista», *Obras completas* t. V, p. 490.
5. *Ibidem*, p. 489.
6. Hay muchos datos, por ej. en el *Liber Chamorum*.
7. H. POLACZKOWNA, en la Revista mensual de la «Heráldica», III, 1910, p. 162.
8. JESKE-CHOINSKI, *Los neófitos polacos*.
9. J. N. JANOWSKI, *Notas autobiográficas*, 1803-1855, edición M. Tyrowicz, Wroclaw, 1950, p. 601.
10. C. E. LABROUSSE, «Voies nouvelles vers une histoire de la bourgeoisie occidentale au XVIII-e et XIX-e siècles», *X Congreso Internacional de Ciencias Históricas*, ponencias, t. IV, 1955, p. 365-396.
11. Existen innumerables trabajos que revisan las doctrinas y los conceptos relativos a la estructura social y las clases sociales. Por ejemplo, podemos citar a J. LHOMME, *Le problème des classes. Doctrines et faits*, París 1938; W. HALBWACHS, *Les classes sociales*, así como G. GURWITCH, *Le concept de classes sociales de Marx à nos jours*; ambos trabajos en: «Les cours de la Sorbonne».
12. M. WEBER, *Wirtschaft und Gessellschaft*.
13. W. SOMBART, *Des Moderne Kapitalismus*, y *Der Bourgeois*.
14. A. SOBOUL, *Les sans-culottes parisiens en l'an II. Mouvement populaire*

et gouvernement révolutionnaire, 2 juin 1793, 9 Thermidor an II, París 1958.

15. Interesante revista y sistematización de estas declaraciones, en S. OSSOWSKI, «La estructura de clase en la conciencia social», Lodz, 1957, capítulo V: *La síntesis marxista*, p. 65-81.
16. C. MARX, *El Capital*, t. III, 2, p. 470.
17. LENIN, *Obras completas*, XXIX, p. 415.
18. C. MARX, *op. cit.*
19. OSSOWSKI, *op. cit.*
20. Este fenómeno no lo percibe Ossowski aunque comprende que «la tipología de interpretación de las estructuras sigue relacionada con la tipología de las estructuras», p. 152; el capítulo de su libro consagrado a este problema, es a nuestro parecer, engañoso.
21. N. BUKHARIN, *La teoría del materialismo histórico*, Varsovia 1927, páginas 296-298.
22. S. CZARNOWSKI, «Las gentes "inútiles" en los servicios forzados» (1935), *Obras*, t. II, Varsovia 1956, p. 186-193.
23. S. OSSOWSKI, *La estructura de clase en la conciencia social*, Lodzz, 1957, p. 73.
24. BUKHARIN, *op. cit.* p. 297.
25. O. LANGE, *Economía política*, t. I, «Problemas generales», Varsovia, 1959, p. 102-106.
26. LENIN, *op. cit.* p. 415.
27. S. OSSOWSKI, (*op. cit.*, p. 163-164), adelantó la tesis según la cual «puede ejercerse el poder económico sobre los hombres no sólo por mediación de los medios de producción sino también a través de los bienes de consumo», «y junto a los medios de producción y a los de consumo están los medios coercitivos». Desgraciadamente, ambos ejemplos, que parecen simplificar este problema fundamental, van en contra de su hipótesis. El ejemplo de la distribución del pan a los ciudadanos romanos por los césares sólo puede entenderse si tenemos presente que precisamente por esto Egipto era una provincia del emperador y no del senado. El ejemplo del «pobre campesino que a la demanda de su rico hermano se sacó los ojos para obtener pan para sus hijos hambrientos» sigue cultivándose en el folklore como una reminiscencia de las diferencias de fortuna en la aldea: el hermano rico tenía tierras mientras el hermano pobre nada poseía. Ningún marxista ha puesto en duda que puedan darse —y a veces se dan masivamente— los casos en que un campesino pobre trabaje en casa del rico por «la comida» (medios de consumo). Creemos que ningún marxista ha discutido el hecho de que puedan darse y se den situaciones en que el hombre poderoso, armado de un machete (medios coercitivos) ataque en una calle oscura a otro hombre, le mate y le quite el abrigo y el reloj. Todo estriba en saber si es posible durante un determinado período histórico y en escala social —entre las clases sociales y no entre los individuos— utilizar el poder económico —y no sólo económico— con ayuda de los medios de consumo o los medios represivos sin que el que disfruta de ese poder no disponga a la vez de una determinada base de fuerzas productivas. A una pregunta así formulada corresponde quizás una respuesta absolutamente negativa. Pero la experiencia de los tiempos más modernos aboga, por desgracia, en ese mismo sentido.
28. Véase: E. NAGEL, «On the Statement «The Whole is more than the Summ of its Parts», en: *The Language of Social Research*, edición P. F. Lazarsfeld and M. Rosenberg, Glencoe, Illinois 1955, p. 519-527.
    O. LANGE, *La magnitud y el desarrollo a la luz de la cibernética*, Varsosovia 1962.
29. Z. JORDAN reseña en: *Reflexiones sobre la historia*, W. KULA, *Cartapacio Histórico*, IX, 1958, p. 107.
30. «Nunca se ha visto ni se verá que las clases moribundas cedan voluntariamente sus posiciones», J. STALIN, *Obras completas* XI, p. 181. Citación

análoga en el t. XII, p. 48-49. ¿Es posible negarlo, al menos en relación con lo que «pasó»?
31. A S. OSSOWSKI corresponde el haber llamado la atención sobre esta problemática, en la ciencia polaca. *op. cit.*
32. W. KULA, *Esbozo sobre las manufacturas*, capítulo: «Las súplicas de los campesinos, 1777-1782», p. 342-373.
33. OSSOWSKI, *op. cit.* p. 16-18 acepta que el análisis de las doctrinas basta al menos para efectuar la clasificación y la sistematización de las clases filosóficas y de las ideas concernientes a la estructura social.
34. OSSOWSKI, *op. cit.*
35. Sir Francis GALTON, *Inquiries into Human Faculty and its Development*, Londres 1883; G. VACHER DE LAPOUGE, *Les sélections sociales*, París 1896; O. AMMON, *Die Gesellschaftsordnung und ihre natürlichen Grundlagen*, Jena, 1895.
36. G. SCHMOLLER, *Des Wesen der Arbeitsteilung und der sozialen Klassenbildung*, «Schmoller Jahrbuch», XIV, 1890, p. 45-105; K. BÜCHER, *Arbeitsgliederung* und soziale Klassenbildung», en el tomo: *Die Enststehung der Volkswirtschaft*, Tübingen 1893.
37. P. MOMBERT, «Class», *Enciclopaedia of Social Sciences* (Seligman) t. III, p. 531-536.
38. Véase: «Woprosy Istorii», 1960, no. 8, p. 201-203 y no. 12, p. 26.
39. Acerca de las investigaciones sobre la burguesía rusa podemos citar, por ejemplo, la obra de P. A. BERLIN, *La burguesía rusa en la vieja y la nueva época*, Moscú 1922; y también la obra de RINDZIUNSKI, *Gorodskoje grazdanstwo doreformiennoj Rosii*, Moscú 1958. Las dos fechas son muy características.
40. Véase anteriormente el capítulo sobre la estadística histórica, apartado 2.
41. C. E. LABROUSSE, «Voies nouvelles vers une histoire de la bourgeoisie occidentale aux XVIII et XIX-eme siècles (1700-1850» en: *X Congreso Internacional de Ciencias Históricas*, ponencias, t. IV, p. 365-396. Este trabajo es muy instructivo desde el punto de vista de la información sobre las reservas de fuentes y de los métodos. Véase también las instrucciones para los investigadores nacionales, publicadas en «Bulletin d'Histoire Moderne et Contemporaine» (depuis 1715), año 1956, volumen I, fasc. 1 et. 2. Véase, asimismo, los numerosos comunicados y resultados provisionales de las investigaciones regionales en: *Actes du LXXXII Congrés National des Sociétés Savantes 1958*.

De los trabajos de este tipo iniciados por Labrousse, han aparecido ya las primeras publicaciones, las cuales tienen momentáneamente un carácter de sondeo. En atención a su carácter precursor, merecen citarse las más importantes:

A. J. TUDESQ, *Les listes électorales de la monarchie censitaire*, «Annales» 1958, p. 277-288; A. J. TUDESQ, *L'étude des notables. Inventaire des sources et projetcs d'enquête*, «Bulletin d'Histoire Moderne et Contemporaine» (depuis 1715), año 1956, t. I, fasc. I, p. 25-52.

A. DAUMARD, *París et les archives de l'Enregistrement.*, «Annales 1958», p. 289-303.

A. DAUMARD y F. FURET, *Les Archives Notariales et la mécanographie*, «Annales» 1959, p. 676-693. DAUMARD y F. FURET, *Structures et relations sociales à Paris au milieu du XVIII-ème siècle*, «Cahiers des Annales» no. 18, París 1961. F. FURET, *Structures Sociales Parisiennes au XVIII-eme siècle. L'apport d'une série «fiscale»*, «Annales» 1961, p. 939-958. A. DAUMARD, *Les relations sociales à Paris à l'époque de la monarchie constitutionnelle d'après les registres paroissiaux des mariages*, «Population» 1957, p. 445-466. A. DAUMARD, *Structures Sociales et classement sociaux professionels. L'apport des archives notariales au XVIII-eme et au XIX-ème siècles*, «Revue Historique» t. CCXXVII, 1962, p. 139-154. M. M. VOVELLE, *Problèmes méthodologiques posés par l'utilisation des sources de l'enregistrement dans une étude de structure sociale*, «Bulletin de la section d'Histoire Moderne et Contemporaine» (depuis 1610), 1961, p. 49-106 (más 12 cuadros).

A. DAUMARD, *Une source d'histoire sociale: L'enregistrement des mutations par décès. Le XII-ème arrondissement de Paris en 1801 et 1847*, «Revue d'Histoire économique et sociale», 1967, p. 52-78.

CAPITULO XII: Las investigaciones históricas sobre los precios

1. *La réponse de Jean Bodin à M. de Malestroit*, 1563, Nueva edición publicada por H. Hauser, París 1932.
2. Adan SMITH, *Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, Varsovia 1954. Especialmente: «Disgresión sobre los cambios de valor de la plata en el curso de los cuatro últimos siglos», t. I, p. 232-274, y: «Los cambios en la correlación del valor del oro y de la plata», t. I, p. 275-282.
3. TOOK, *History of Prices... from 1793 to 1837. Preceded by a Brief Sketch of the State of the Corn Trade in the Last Two Centuries*, 2 tomos 1838. Los tomos siguientes aparecieron en los años 1840-1857, entre los cuales dos ya estaban firmados por Took y Newmarch.
4. C. Marx la critica repetidas veces, particularmente en los tomos II y III de *El Capital*.
5. Rogers THOROLD, *The History of Agriculture and Prices*, 6 tomos, 1866-1887. Este autor publicó seguidamente la obra titulada: *Six Centuries of Work and Wages* (citamos según la traducción alemana: *Die Geschichte der Englischen Arbeit*, Stuttgart 1896. Traducción de K. Kautsky). Marx trató seriamente la obra de Rogers. Véase: *El Capital*, t. I, p. 727, 733 y 780.
6. Vicomte G. D'AVENEL, *Histoire économique de la propriété, des salaires, des denrées et de tous les prix en général, depuis l'an 1200 jusqu'à l'an 1800*, París 1894-1931, 8 tomos. Véase la reseña de esta obra por G. Monod y Castelot («Revue Historique», 1895, p. 116 y sig. y 1896, p. 128 y sig. así como también: SEIGNOBOS («Revue Critique d'Histoire et de Littérature», enero-junio 1896, p. 106 y sig.), asimismo la controversia entre d'Avenel y Seignobos, *ibidem*, p. 246 y sig., 373 y sig., 379 y sig.
7. F. SIMIAND, *Le salaire des ouvriers des mines de charbon en France*, París 1907.
8. Von INAMA-STERNEGG, *Geschichte und Statistik*, «Statistische *Monatschrift*», VIII, 1882, p. 3-15.
9. Detalles sobre el Comité Internacional, H. HAUSER en: «Recherches et Documents» (preámbulo), así como también en HOSZOWSKI, *Las búsquedas históricas sobre los precios*. RDSG, I, 1931, p. 61.
10. F. SIMIAND, *Recherches statistiques historiques*, «Bulletin de l'Institut International de Statistique», XXVI, segunda edición, Madrid 1931 (ponencias y comunicados presentados en la XX sesión del Instituto Internacional de Estadística, Madrid 1931, p. 673-693). Véase el debate sobre esta ponencia: *ibidem* primera edición, La Haya, 1936, p. 112-123.
11. Más adelante nos referiremos a las posiciones bibliográficas al aludir a la discusión metodológica.
12. Véase F. SIMIAND, *Méthode historique et science sociale, Étude critique d'après les ouvrages récents de M. Lacombe et de M. Seignobos*. «Revue de Synthèse Historique», VI, 1903, p. 1-22 y 129-157. Le contestó en esta misma revista Paul MANTOUX, *Histoire et Sociologie* (*ibidem*, VII, 1903, p. 121-140). En cuanto respecta al desarrollo ulterior de esta interesante polémica entre sociólogos e historiadores es importante la reseña de SIMIAND sobre el libro de Mantoux: *La révolution industrielle au XVIII-e siècle. Essai sur les commencements de la grande industrie moderne en Angleterre*, publicado en «L'Année Sociologique», X, 1905-1906, París 1907, p. 539-551. Para los historiadores económicos también es importante la obra programática de SIMIAND, *La méthode positive en science économique*, París 1912.
13. F. HEINCHELHEIM, *Wirtschaftliche Schwankungen der Zeit von Aleksander bis Augustus, Beiträge zur Erforschung der Wirtschaftlichen, Aufs-*

chwung, Kriese, Stockung, edición von A. Spiethoff, Jena 1930, Heft 3.
14. Véase anteriormente el capítulo sobre la demografía histórica.
15. H. HAUSER, *Recherches et documents*... Véase la reseña de esta obra por J. Pelc. RDSG VI. 1937, p. 494-496.
16. Descubierto por M. BLOCH [*L'histoire des prix. Quelques remarques critiques*, «Annales», I, (XI), 1939, p. 149]. Otro asunto es el que Bloch exagere la importancia de este error. El hecho es que Hauser y más bien Sée, en el que Hauser se apoyó, no se dio cuenta del cambio de valor de la moneda metálica efectuado en el año 1726 y que duró hasta el año 1740. De esta manera, es falsa la base real del índice en metálico. Sin embargo, de esto sólo resulta que han de ser erróneos todos los valores absolutos de los índices de cualquier año en relación con su base. En cambio, la comparación de la cuantía de los índices de los diferentes años hubieran conservado su valor... si en el cálculo de la moneda en curso en su valor en plata efectuado por Hauser según la tabla de Sée sólo hubiera un error. Por desgracia, Bloch mismo descubrió más de uno, lo cual convierte en inutilizable el índice de los precios en plata.
17. C. E. LABROUSSE, *Esquisse du mouvement des prix et des revenues en France au XVIIIème siècle*. ...
18. A. CHABERT. *Essai sur les mouvements des prix et des revenus en France de 1798 à 1820*, con un prefacio de M. E. Labrousse, t. I, «Les prix», París, 1945; del mismo autor: *Essai sur les mouvements des revenus et de l'activité économique en France de 1798 à 1820*, París 1949. La ampliación del título en el tomo II es significativa.
19. M. BAULANT y J. MEUVRET, *Prix des céréales extraits de la mercuriale de Paris, 1520-1620*, París 1960, T. II (1621-1698), se publicó en el 1962.
20. M. J. ELSAS, *Umriss einer Geschichte der Preise und Lohne in Deutschland*, 2 tomos en tres volúmenes, Leiden 1940-1949. Véase la reseña del t. I por St. Hoszowski en RDSG, VI, 1937, p. 485-491. Heckscher hizo una reseña del t. I en «Economica», NS V, 1938, p. 366-369 (glosa incluida en el tomo editado por Pibram para Austria).
21. De ello se quejó M. Bloch en «Annales», I (XI), 1939, p. 142-143.
22. Sir William BEVERIDGE en colaboración con L. LIEPMANN, F. J. NICHOLAS. M. WRETTS-SMITH y otros, *Prices and Wages in England from the twelfth to the nineteenth Century*, t. I: «Price Tables. Mercantile Era», Londres 1939. Vale la pena señalar que esta publicación es actualmente muy rara por cuanto la editorial no logró distribuirla antes de la guerra y que sus almacenes fueron incendiados durante los bombardeos alemanes. Interesante reseña sobre este tomo: Bowley en «Economica», NS, VII. 1940, p. 327-328 y Hamilton en «Economic Journal», LII, 1942, p. 54-58.
23. N. W. POSTHUMUS, *Inquiry into the History of Prices in Holland*, t. I: «Wholesale Prices at the Exchange of Amsterdam», 1609-1914, Leiden 1946. Hamilton publicó una reseña de este tomo en «Journal of Economic History», VI, 1946, p. 73-79.
24. *Ibidem*, p. 590-605.
25. E. Heckscher hace una reseña de los tomos de Elsas y Posthumus en «Economica», V, 1938, p. 366-369.
26. E. H. Phelps BROWN and Sheila HOPKINS, *Wage-rates and Prices. Evidence for Population Pressure in the Sixteenth Century*, «Economica» XXIV, 1957, no. 96, p. 291-292. Esta misma tesis fue presentada con relación a la obra de d'Avenel por R. Romano en el Congreso de Aix en Provence, en el año 1962.
27. E. J. HAMILTON, *American Treasure and the Price Revolution in Spain*, 1501-1650, «Harvard Economic Studies», no. 43, Cambridge, Mass. 1934. Véase la amplia reseña de esta obra y las observaciones relativas a su primera parte publicadas en «Journal of Economic and Business History», I, 1928, p. 1-35, en el artículo de L. FEBVRE, *L'affaire des métaux d'Amérique et les prix à Seville. Un article fait, une enquête à faire*, «Annales» II, 1930, p. 68-80 y la extensa reseña de este libro por L. Varga en «Annales», VIII, 1936, p. 570-574.

28. E. J. HAMILTON, *Money, Prices and Wages in Valencia, Aragon and Novarre*, 1351-1500, «Harvard Economic Studies», no. 51, Cambridge Mass. 1936.
29. E. J. HAMILTON, *War and Prices in Spain, 1651-1800*, «Harvard Economic Studies», no. 81, Cambridge Mass. 1947.
30. Otros estudios de HAMILTON, *American Treasure and Andalusian Prices, 1503-1600*, «Journal of Economic and Business History», I, 1928, p. 1-35; *Imports of American Gold and Silver into Spain, 1503-1600*, «Quarterly Journal of Economics», XLIII, mayo 1929, p. 436-472; *Monetary Inflation in Castilia*, 1598-1660, «Economic Jorunal. Economic History», Series, II, p. 177-212; *En période de révolution économique: la monnaie en Castille*, 1501-1650, «Annales» IV, 1932, p. 140-149 y 242-256; *Wages and Subsistances on Spanish Treasure Ships, 1503-1600*, «Journal of Political Economy», 1929, XXXVII, p. 430-450; *American Treasure and the Rise of Capitalism*, 1500-1700, «Economica», 1929, p. 338-357; *Spanish Mercantilism before 1700*, en: «Facts and Factors in Economic History», Cambridge Mass. 1932, p. 214-239; *The Mercantilism of Geronimo de Uztariz. A Reexamination*, en: «Economics, Sociology and the Modern World», Cambridge Mass, 1935, p. 111-129; *The Foundation of the Bank of Spain*, «Journal of Political Economy», LIII, 1945, p. 97-114; *The First Twenty Years of the Bank of Spain*, «Journal of Political Economy», LIV, 1946, p. 17-37 y 116-140; *The Decline of Spain*, «Economic History Review», VIII, 1937-1938, p. 168-179; *Profit Inflation and the Industrial Revolution*, «Quarterly Journal of Economics», LVI, 1941-1942, p. 13: *Use and Misuse of Price History*, «Journal of Economic History», IV, «Task», 1944.
Merece ser señalado que dos de estas posiciones rebasan el marco de la historia de España, siendo originales solamente los materiales españoles. Además, el citado autor ha publicado dos estudios sobre la historia de los precios en Francia; se trata de: *Prices and Wages at Paris under John Law's System*, «Quarterly Journal of Economics», LI, 1936, p. 42-70; *Prices and Wages in Southern France under John Law's System*, «Economic Journal. Economic History» Series, III, 1937, p. 441-461. Estos dos últimos trabajos fueron glosados por St. HOSZOWKI en RDSG, VI, 1937. p. 501-504.
31. Han publicado importantes reseñas de los trabajos de Hamilton: Elsas en «Economic Journal, Economic History» Series, III, p. 482-484, así como también F. L. NUSSBAUM en: «Journal of Economic History», VIII, 1948, p. 85-87. Esta útima noticia plantea especialmente una serie de importantes problemas de interpretación. Hamilton contestó en «Economic Journal», XLVII, 1937, p. 373-375 a la reseña de Elsas. Respondió asimismo a la reseña de Nussbaum, tras lo cual Nussbaum replicó en «Journal of Economic History», XIII, 1948, p. 241-242.
Sobre los métodos y las tesis de Hamilton, véase más adelante.
32. G. PARENTI, *Prezzi e mercato del grano a Siena, 1546-1765*, Florencia 1942.
33. G. PARENTI, *Prime richerche sulla rivoluzione dei prezzi in Firenze*, Florencia 1939.
34. A. MADDALENA, *Prezzi e aspetti di mercato in Milano durante el secolo XVII*, Milano 1949. Véase asimismo sobre esta obra: J. MEUVRET, *Conjoncture et crise au XVII-e siècle; l'exemple des prix milanais*, «Annales» 1953, p. 215-219, así como también la polémica entre Meuvret y Baehrel de la cual se habla más adelante en nuestro trabajo. Constituye un complemento al conocimiento de la historia de los precios en Milán la obra de C. CIPOLLA, *Mouvements monétaires dans l'État de Milan 1580-1700*, París 1952.
35. A. G. MANKOW, *Los precios y sus fluctuaciones en la economía rusa del siglo XVI*, Moscú-Leningrado 1951 (existe una traducción francesa).
36. W. M. PANEJACH hace una reseña del libro de Mankow en: «Woprosy Istorii», 1952, no. 12. Como quiera que las medidas nacionales se hallan calculadas en base a los diferentes sistemas locales y dado que el

nivel absoluto de los precios en las diversas localidades deja aparecer una variación regular, los cambios de las medias suelen reflejar a veces los cambios en el alcance geográfico.

37. W. I. Szukov, «La geografía de los precios del pan en Siberia en el siglo XVII», *Woprosy Geografii*, t. 31, Moscú 1953.

38. W. W. Doroszenko, *Los precios en Livonia en el siglo XV*, *Historia de la URSS*, 1959, no. 2.

39. W. K. Jacunskij, «Sobre algunos de los últimos logros de nuestra ciencia histórica», *Historia de la URSS*, 1959, no. 3, p. 28-29.

40. V. Magalhaes Godinho, *Prix et Monnaies au Portugal*, 1750-1850. Introducción de L. Febvre. París 1955.

41. A. F. Pribram y otros, *Materialen zur Geschichte der Preise und Löhme in Osterreich*, t. I, Viena 1938.

42. E. Varga, *Las crisis económicas*, t. I, Moscú.

43. J. Schumpeter, *Business cycles. A Theoretical, Historical, and Statistical Analysis of the Capitalist Process*, 2 tomos, Nueva York 1939.

44. A. Jacobs y H. Richter, *Die Grosshandelspreise in Deutschland von 1792 bis 1943*. «Sonderheft des Instituts für Konjunkturforschung», Berlín, 1935, no. 37.

45. A. Spiethoff, *Die Wirtschaftlichen Wechsellagen: Aufschwung. Krise, Stockung*, 2 tomos (*mitch einer Einleitung von E. Salin*), Tübingen-Zurich 1955.

46. A. Gayer, W. W. Rostow and Jacobson Schwartz A., *The Growth and Fluctuation of the British Economy, 1790-1850*, 2 tomos, Oxford 1953.

47. P. Rousseaux. *Les mouvements de Fond de l'Economie Anglaise 1800-1913*. Bruselas-París, 1938.

48. S. G. Strumilin. *Fromyszlennyj pierewOrot w Rossii*. Moscú 1944.

49. F. Simiand, *Le salaire, l'évolution sociale et la monnaie*, 2 tomos, París 1932.

50. Se trata de la publicación de: *Archivio Economico dell Unificazione Italiana*, bajo la redacción de C. M. Cipolla, de la cual han aparecido 10 tomos de la serie I y 3 tomos de la serie II desde el año 1956. En relación a los precios han sido publicados hasta la fecha los trabajos siguientes: P. Bendettini, *I Prezzi sul mercato di Firenze dal 1800 al 1890*: G. Felloni, *I Prezzi sul mercato di Torino dal 1815 al 1890*; A. De Maddalena, *I Prezzi dei generi commestibili e sei prodotti agricoli sul mercato di Milano dal 1800 al 1890*; S. Pinchera: *I Prezzi di alcuni cereali e dell olio di oliva sui mercati dello Stato Pontificio (dal 1823 al 1860)*. editado en Roma; S. Pinchera. *Monete e zecche nello Stato Pontificio dalla Restaurazione al 1870;* G. Felloni, *I Prezzi nel Portofranco e nella borsa merci di Genova dal 1828 al 1890;* G. Felloni, *I Prezzi sur mercato di Genova dal 1815 al 1890;* D. Beltrami. *I Prezzi nel Portofranco e nella borsa merci di Trieste dal 1825 al 1890*; P. L. Spaggiari. *I Prezzi dei generi di magior consumo sul mercato di Parma dal 1821 al 1890*; A. Petino. *I Prezzi di alcuni prodotti agricoli sui mercati di Palermo e di Catania dal 1801 al 1890*: I. Delogu. *I prezzi sui mercati di Cagliari e di Sassari dal 1828 al 1890.*

51. Lvov: S. Hosuowski, *Los precios en Lvov en los siglos XVI y XVII*, Lvov 1928; del mismo autor: *Los precios en Lvov en los años 1369-1600*. Lvov 1935; E. Tomaszewski. *Los precios en Cracovia en los años 1601-1795*. Lvov 1934; M. Gorkiewicz, *Los precios en Cracovia en los años 1796-1914*: Poznan 1950.
Lublin: W. Adamczyk, *Los precios en Lublin desde el siglo XVI a fines del siglo XVII*, Lvov 1935.
Varsovia: W. Adamczyk. *Los precios en Varsovia en los siglos XVI y XVII*, Lvov 1938; S. Siegel, *Los precios en Varsovia en los años 1701-1815*. Lvov 1936; del mismo autor, *Los precios en Varsovia en los años 1815-1914*, Poznan 1949.
Gdansk: J. Pelc, *Los precios en Gdansk en los siglos XVI y XVII*, Lvov 1937; T. Furtak, *Los precios en Gdansk en los años 1701-1815*,

Lvov 1935. (Estos tomos son citados seguidamente en este capítulo como L I, L II, C I, C II, CIII, Lb, V I, V, G I y G II.)
52. Véase acerca de este método el apartado del cap. XII de esta obra: *La búsquedas polacas sobre la historia de los precios.*
53. J. Wintewski, *Los índices de precios al por mayor en el Reino Polaco. 1894-1903.* «Anuario de la Escuela Superior de Comercio», III, Varsovia 1927.
54. A. Ignatiuk, *El desarrollo de los precios en el Reino polaco durante el período 1904-1913, ibidem.*, V. 1928.
55. Por ej. Georg Wiebe, *Zur Geschichte der Preisrevolution des XVI und XVII. Jahrhunderts-Staats-und Sozialwissenschaftliche Beiträge,* edición Augus von Miaskowski, t. II, fasc. 2. Leipzig 1895.
56. Lo esencial de estas reseñas lo hemos citado anteriormente al hablar de los diferentes trabajos.
57. G. Lefebvre. *Les mouvements des prix et les origines de la Revolution Française»,* XIV, 1937, p. 289-329. El mismo trabajo ha sido publicado con pequeñas modificaciones en «Annales d'Histoire Économique et Sociale», IX, 1937, p. 139-170, así como también en «Bulletin de la Société Moderne». 35-e année, 8-e série. 14. diciembre 1936. p. 198-201.
58. *Ibidem,* discusión en las p. 201-204, y también en el número 15 (enero 1937) p. 213-214 y en el número 16 (febrero 1937). p. 225-227. Participaron en ella: H. Hauser, L. Cahen, M. Bloch, Ch. Seignobos, C. E. Labrousse y J. Ricommard.
59. C. E. Labrousse, *Le Mouvement des prix au XVIII-eme siècle. Les sources et leur emploi,* «Bulletin...» 8-ème série. no. 17 (marzo 1937), p. 234-239. *Ibidem,* se publica en las páginas 239-240 así como también en 9-eme série no. 1 (abril 1937), p. 4 la discusión en la que tomaron parte: H. Hauser, J. Ricommard, Ch. Seignobos y G. Lefebvre.
60. Anteriormente fue editado con el título: *Études sur l'histoire des prix.* «Revue des cours et conférences», 1936. p. 14-21, 159-166, 544-552 y 712-720, y asimismo en «Scienzia», III, 1936.
61. *Recherches et documents...,* p. 67. La postura de Hauser no se hallaba aislada, ya que refiriéndose a Simiand, Sée escribe: «Afirmo que el individualismo que para Simiand es un defecto de la historia representa para nosotros la máxima virtud.» («Revue Historique», t. XLXXIII, p. 133-134 y 150-151). A Mathiez critica la soberbia de Sée frente a Simiand: «Los sociólogos ambiciosos que conocen los hechos y los documentos sólo de segunda mano, pretenden con F. R. Simiand enseñarles su trabajo a los historiadores. M. Sée es, a mi parecer, bastante comedido puesto que reconoce que los historiadores pueden aprender algo de los sociólogos... la sociología es la hija espuria del pensamiento jurídico, una construcción en el aire, creada con unos materiales que ni son sólidos ni han sido verificados.» «Annales Historiques de la Révolution Française», VIII, 1931, p. 367.
62. *Ibidem,* p. 72.
63. *Ibidem,* p. 71.
64. *Ibidem,* p. 82.
65. Véase anteriorment el apartado del capítulo XII: «El estado de las búsquedas y de las publicaciones de los materiales».
66. B. Bloch. *L'Histoire des Prix. Quelques remarques critiques,* «Annales», I, XI, 1939, p. 141-151.
67. C. E. Labrouse, *Recherches sur l'Historie des Prix en France de 1500 à 1800,* «Revue d'Économie Politique», LIII, 1939, p. 828-841.
68 Bloch, *op. cit* p. 146.
69. Labrousse, *op. cit.* p. 832-838.
70. Labrousse, *op. cit.* p. 838.
71. Bloch, *op. cit.* p. 150.
72. *Ibidem* p. 151.
73. Robert Latouche, *Le pril dublé à Grenoble au XV-ème siécle,* «Revue d'histoire économique et sociale», XX, 1932, p. 337-351; del mismo autor *Le Mouvement des prix en Dauphiné sous l'Ancien Régime. Étude*

méthodologique, «Annales de l'Université de Grenoble», nouvelle série, section: Lettres - Droit, XI, 1934, p. 5-19.

74. R. LATOUCHE, *Le prix du blé*... p. 343.
75. C. E. LABROUSSE, *Esquisse lu Mouvement des prix et des revenus en France au XVIII-ème siècle*, 2 tomos, París 1933, p. 386-436.
76. Ibidem, t. I. p. 5-103.
77. C. E. LABROUSSE, *Comment contrôler les mercuriales. Le test de concordances*, «Annales», II (XII), 1940, p. 117-130.
78. Véase «Bulletin de la Société d'Histoire Moderne», 1937, p. 213-214 y 237-238.
79. C. E. LABROUSSE, *Prix et estructure régionale. Le froment dans les régions françaises, 1782-1790*, «Annales», I. (XI), 1939, p. 382-400.
80. *Ibidem*, p. 384-385.
81. *Ibidem*, p. 387.
82. *Ibidem*, p. 392.
83. Jean MEUVRET, *L'Histoire des prix des céréales en France dans la seconde moitié du XVII-ème siécle. Sources et publications*, «Mélanges d'histoire sociale» (nombre de Annales bajo la ocupación alemana), V, 1944, p. 27-44.
84. C. E. LABROUSSE, *Observations complémentaires sur les sources et la méthodologie pratique de l'histoire des prix et des salaires au XVII-e* siécle, «Revue d'Histoire économique et sociale», XXIV, No. 4, p. 289-308.
85. E. J. HAMILTON, *Use and Misuse of Price History*, «Journal of Economic History», IV, 1944, «Task» p. 47-60.
86. Interesantes cartas de Bloch a Baehrel durante el período de la ocupación alemana, relativas a las investigaciones en torno a la historia de los precios fueron publicadas después de la Guerra en «Annales» (1946, No 4, p. 355-357 y 1947 No 3, p. 364-366).
87. R. BAEHREL, «Economie et Histoire à propos des prix.» *Hommage à Lucien Febvre. Éventail de l'Histoire vivante*, 2 tomos, París 1953, t. I, p. 287-1310.
88. R. BAEHREL, *op. cit.* p. 289. La frase citada ha sido extraída por Baehrel de H. SOLENTE, *Retour à l'équilibre économique*, París 1944, p. 233.
89. BAEHREL, *op. cit.* p. 301.
90. *Ibidem* p. 288.
91. *Ibidem* p. 301.
92. *Ibidem* p. 309.
93. *Ibidem*.
94. Es sorprendente el hecho de que Baehrel no cita en sus razonamientos los numerosos trabajos consagrados a la metodología de la estadística histórica publicados fuera de Francia y en particular en la literatura anglosajona.
95. R. BAEHREL, *L'exemple d'un exemple: Histoire statistique et prix italiens*, «Annales» IX, 1954, p. 213-226. Este artículo constituye la respuesta al artículo de MEUVRET, *Conjoncture et crise au XVII-ème siècle: L'exemple des prix milanais*, «Annales», VIII, 1953, p. 215-219. Seguidamente Meuvret analizó en un artículo los resultados de la obra de A. da MADDALENA, *Prezzi e aspetti di mercato in Miano durantel il secolo* XXVII, Milán 1949.
96. R. BAEHREL, *op. cit.* p. 215.
97. *Ibidem* p. 219.
98. R. BAEHREL, *op. cit.* p. 214.
99. *Ibidem*, p. 216.
100. *Ibidem*, p. 221 y 224.
101. *Ibidem*, p. 223.
102. *Ibidem*. p. 226.
103. J. MEUVRET, *Simple mise au point*, «Annales», X, 1955, no. I, p. 48-54.
104. R. BAEHREL, *Pitié por elle et pour eux*, «Annales», X, 1955, no 1. p. 55-62.
105. *Ibidem*, p. 56.

106. *La réponse de Jean Bodin à monsieur de Malestroit, 1568. (Nouvelle édition publiée par Henri Hauser),* París 1932.
107. C. Marx, *El Capital,* t. I, p. 802-803 y otras.
108. Esto mismo se halla comprobado por Szelagowski con respecto a Polonia en: *El dinero y la Revolución de los precios en Polonia en los siglos XVII y XVIII,* Lvov, 1902, p. 142.
109. C. M. Cipolla, *La prétendue révolution des prix et l'expérience italianne,* «Annales», 1955, p. 513-516. Polemiza con esta postura A. Chabert, *Encore la révolution des prix au XVI-ème siècle, ibidem* 1957 p. 269-274.
110. Lo mismo ocurre con V. Magalhaes Godinho, *Prix et monnaies en Portugal,* París 1955, p. 310-318.
111. F. Braudel, El capítulo sobre la historia de los precios en Europa en los años 1450-1750, destinado al *Cambridge Economic History of Europe* nos fue facilitado amablemente por el autor.
112. La vieja disputa se repite por lo demás en los nuevos materiales y los nuevos métodos. Véase por ejemplo: G. Wiebe, *Zur Geschichte der Preisrevolution des XVI und XVIII Jhrts.* Leipzig 1895, p. 320 y sig. quien atribuye la revolución de los precios exclusivamente al incremento de la producción de los metales preciosos, mientras que G. Schmoller, *(Die historische Entwinklung des Fleischkonsums sowie der Vieh-und Fleischpreise in Deutschland - Oeitschrift für die Gesamte Staatswissens chaften,* 1871, p. 327) formulaba reservas al respecto.
113. A. Chabert, *Structure économique et théorie monétaire. Essai sur le comportement monétaire dans les pays sous-développés,* prefacio d'Alvin H. Hansen, París 1956.
114. Así formuló esa postura, criticándola F. Braudel en el trabajo citado. Asimismo la escuela de Bujak veía el problema: «Un desarrollo favorable se acompaña de una tendencia al alza de los precios mientras que el descenso económico se halla precedido por la baja de los precios», S. Hoszows ki, *Los precios en Lvov en los siglos XVI y XVII,* p. 3.
V. Magalhaes Godinho critica aún más abiertamente la interpretación «cuantitativa» en las investigaciones históricas en: *Histoire économique et économie politique,* «Revista de economía» (Lisboa), IV, 3, septiembre 1951, p. 121-128.
115. Declaración de L. Febvre en «Annales» X, 1955, no. 1, p. 47.
116. Esta teoría aparece en todos sus trabajos, especialmente en los siglientes artículos: *American Treasure and the Rise of Capitalism* «Economica», Nov. 1929; *Profit Inflation and the Industrial Revolution* «Quartely Journal of Economics», LVI, Febrero 1942, p. 256-273; «The History of Prices before 1750», *XI-ème Congrés International des Sciencies Historiques, Rapports,* t. I, Estocolmo 1960, p. 144-164.
117. Felix David, *Profit Inflation and Industrial Growth. The Historical Record and Contemporary Analogies,* «Quarterly Journal of Economics», LXX, 1956, p. 441-463; P. Vilar, *Problems of the Formation of Capitalism* «Past and Present», no. 10, p. 15-38; I. Harmmstrong, *The Price Revolution of the Sixteenth Century, Some Svedish Evidence,* «Scandinavian Economic History Review», V, 1957, p. 118-154.
También vale la pena recordar la vieja polémica de Hamilton con Nusbaum, reseña sobre el trabajo de Hamilton, *War and Prices in Spain, 1651-1800,* «Journal of Economic History», VIII, 1948, p. 85-87; respuesta de Hamilton, *ibidem* p. 241-242 y réplica de Nusbaum, *ibidem.* Nusbaum llamó la atención sobre el carácter abstracto de los índices constantes alejados de la base, sobre el peso del sector natural en España en el siglo xviii y asimismo sobre la reducción de la demanda efectiva como resultado de que los precios estaban muy por debajo del coste de vida. Hamilton contestó dogmáticamente: «Si los bajos salarios hubiesen limitado el mercado... los precios hubiesen tenido necesariamente que bajar.»
118. E. J. Hamilton, *War and Prices in Spain, 1651-1800,* Cambridge Mass. 1946, p. 225.
119. E. J. Hamilton, *History of Prices before 1750,* p. 162.

120. HAMILTON, *The Declin of Spain*, «Economic History Review», 1937-1938, p. 168.
121. *Profit inflation and the Industrial Revolution.* Hamilton reconoce que los beneficios no se hallan determinados exclusivamente por la correlación de los precios con los salarios, aunque afirma, sin embargo, que existen datos cuantitativos y que éste es el factor más importante.
122. M. WEBER, *General Economic History* p. 363.
123. T. ROGERS, *op. cit.* t. V, p. 529-530; Violet BARBOUR, *Dutch and English Merchant Shipping in the XVII c.* «Economic History Review», 1929-1930, p. 267-270 y 275; E. LIPSON, *Economic History of England* t. II, p. 156-159; J. U. NEF, *Prices and Industrial Capitalism.*
124. E. KERRIDGE, *The Movement of Rent, 1540-1640*, «Economic History Review», 1953, p. 16-34.
125. Esto lo atestigua toda la obra de Labrousse.
126. E. J. HAMILTON, *Prices and Progress.*
127. DAVID, *op. cit.*
128. J. M. KEYNES, *A Treatise on Money*, t. II, Londres, 1930, p. 150-151.
129. *Ibidem*, p. 154.
130. Schumpeter en una reseña de Keynes en: «Journal of American Statistical Association», XXXI, 1936, p. 791-795.
131. P. VILAR, cita una serie de ejemplos, *op. cit.* p. 20
132. M. HALBWACHS, *La théorie économique du salaire*, «La Revue du mois». año 3, 1908, t. VI, p. 608-611; *L'expérimentation statistique et les probabilités*, «Revue philosophique de la France et de l'étranger», año XLVIII, t. XCVI, 1923, p. 340-371; del mismo autor: *Une théorie expérimentales du salaire, Ibidem*, año LVII, t. XXIV, 1932, p. 321-363; del mismo autor: *La méthodologie de François Simiand. Un empirisme rationaliste, ibid.* año LXI, t. CXXI, 1936, p. 281-319.

    M. BLOCH, *Le salaire et les fluctuations économiques à longue période*, «Revue Historique», año LIX, t. CLXXIII, 1934, p. 1-31. G. PIROU, *Une théorie positive du salaire*, «Revue d'économie politique», XLVI, 1932, p. 1265-1287. P. HARSEN, *Le salaire d'après François Simiand*, «Revue d'Histoire moderne», VII, 1932, p. 484-496; A. LANDRY, *François Simiand, 1873-1935. École pratique des Hautes Études.* «Section des Sciences Historiques et philosophiques. Annuaire», 1935-1936, p. 5-17, P. V. DAMALAS, *L'oeuvre scientifique de François Simiand*, París 1943, (contiene la bibliografía completa de Simiand y sobre Simiand); Charles MORAZÉ, *La leçon d'un échec. Essai sur la méthode de François Simiand*, «Annales», 1942, I, p. 5-24 y II, p. 22-44.

    G. M. MORSZOWICZ, *La ciencia económica burguesa en Francia entre las dos guerras*, «Izwiestia AN SSSR. Economía y Derecho», 1946, no. 5, p. 366-381.
133. Participando en la gran discusión en torno a los vínculos entre la historia y la sociología que tuvo lugar especialmente en la ciencia francesa a comienzos del siglo XX. F. SIMIAND, *Méthode historique et science sociale. Étude critique d'après les ouvrages récents de M. Lacombe et de M. Seignobos*, «Revue de Synthèse Historique», VI, 1903, p. 1-22 y 129-157; A. D. XENOPOL, H. BERR, F. SIMIAND y B. CROCE, *Discussions sur les Rapports de l'Histoire avec les Sciences Naturelles et les Sciences Sociales, ibidem* junio 1902, feb., abril, junio 1903.

    También sobre este problema, P. MANTOUX, *Histoire et Sociologie, ibid.* 1903, p. 121-140, así como H. BOUGLE, en: *Année Sociologique*. VII, p. 148-151.
134. F. SIMIAND, *Statistique et Expérience. Remarques de méthode*, París 1922.
135. F. SIMIAND, *La méthode positive en sciencie économique*, París 1912, así como también del mismo autor: *Statistique et Expérience*, París 1922; asimismo: *Recherches anciennes et nouvelles sur le mouvement général des prix du XVI-e au XIX-e siècle*, París 1932 (multicop.).
136. F. SIMIAND, *Le salaire des ouvriers des mines de charbon en Francia*,

París 1907; del mismo autor: *Le salaire, l'évolution sociale et la monnaie*, 3 tomos, París 1932.

137. N. Assorodobraj, «La vida y la obra de Stefan Czarnowski» en: *Obras completas de S. Czarnowski*, t. V, Varsovia, 1956, p. 125-127.
138. F. Simiand, *Le salaire...*, p. 703-705.
139. *Ibidem*, t. I, p. 15.
140. Otro problema es el que este fracaso nos hubiera parecido algo más limitado si —pero esto no lo podemos hacer aquí— de la teoría general pasáramos a las afirmaciones y puntos de vista muy concretos.
141. C. E. Labrousse, *Esquisse du Mouvement des prix et des revenus en France au XVIII-ème siècle*, 2 tomos, París 1933.
142. C. E. Labrousse, *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien régime et au début de la Révolution*, t. I; *Aperçus généraux. Sources, méthodes, objectifs. La crise de la viticulture*, París, 1944. Lamentablemente, los tomos siguientes no aparecieron hasta la fecha. En el apartado de este capítulo XII sobre las disputas metodológicas citamos una serie de pequeños trabajos de este autor.
143. T. Czacki, *Sobre los problemas lituanos y polacos* ... Edición J. Turowski, Cracovia 1861 y numerosos materiales manuscritos de este autor en el Museo Czartoryskicz, manuscrito 1163-1177 y otros.
144. Legajo Loyko, *Museo Czartoryskicz, manuscrito* 1706-1128.
145. La más importante es la de A. Szetagowski, *El dinero y la Revolución de los precios en los siglos XVI y XVII en Polonia*. Véase asimismo las reflexiones, las tablas y diagramas de J. Rutkowski, *Los bosques de abedules del obispado de Przemysl en el siglo XVIII*, Cracovia 1910.
146. B. Ulanowski, *Agunas ordenanzas reales y voivodales sobre el comercio y la tasación de los precios*, Archivo de la Comisión Jurídica, I, 1895, p. 37-144; del mismo autor: *Reglamento de los precios promulgado para los artesanos de la ciudad de Cracovia en 1538*. F. Bartel, *La tarifa de precios para la voivodía de Cracovia en el año 1565*. A. Chmiel, *Reglamentación de los precios en la ciudad de Varsovia*, 1606-1627, archivo de la Comisión histórica, VII, 1894, p. 231-258; W. Rolny, *Dos tasas de precios de las mercancías extranjeras en el año 1633*. Archivo de la Comisión Jurídica, V, 1896, p. 547-574.
147. F. Bujak, *Algunas consideraciones sobre las necesidades de la historia económica*, Nauka Polska, I, 1918, p. 285.
148. L. II. 48. De aquí en adelante, señalamos los tomos relativos a la investigación de la historia de los precios elaborada por la escuela de Lvov con la primera letra de la ciudad a la cual cada uno de los tomos se refiere. La ciudad de Lublin se halla señalada con las letras «Lb» para distinguirla de la ciudad de Lvov, y las cifras romanas que siguen significan el orden consecutivo de los tomos desde el punto de vista del período cronológico.
149. L. I. 25.
150. *Ibidem*.
151. L. I. 34.
152. Waltner, *Geldwert in der Geschichte*, «Vierteljahrscrift für Sozialund Wirtschaftsgeschichte», X, 1912, p. 7.
153. *Recuerdo del VI Congreso General de Historiadores Polacos en Vilno*, t. II, Lvov, 1935, p. 138. Esta declaración, al igual que otras declaraciones al congreso, figura en la bibliografía de los trabajos de Rutkowski por Deresiewicz, *Homenaje a la memoria del profesor Jan Rutkowski*, Poznan 1950.
154. E. J. Hamilton, *Use and Misuse of Price History*, «Journal of Economic History», IV, 1944, «Task», p. 48. En su reseña acerca de las obras de Pribram y de Elsas, Heckscher reconoce igualmente que lo más importante son los precios expresados en la moneda en curso («Economía», V, 1938, p. 366-369).
155. Aunque tiene razón Baehrel al afirmar que a veces el cálculo perfeccionado sólo tiene un objetivo en sí mismo.
156. V. II. 50-51.

157. G. I. 50-51, G. II. 48
158. L. I. 29-30 y 32.
159. L. II. 104.
160. En este caso, adoptamos una postura en extremo contraria a la de Hauser, quien considera las anomalías e irregularidades como el principal objeto de la historia.
161. L. I. 41; C. II. 3; V. I. 18.
162. C. I. 46.
163. C. I. 113.
164. V. I. p. 9.
165. *Ibidem* p. 94.
166. Es verdad que doscientos años son un período demasiado largo para el cálculo de las medias. Pero esta misma situación puede repetirse igualmente con respecto a los quinquenios.
167. Sabemos que esto ocurrió, por ejemplo, con las anotaciones de Wroclaw sobre el año 1550, presentadas por WALAWENDER, *Crónica de las plagas elementales*. t. I, p. 566.
168. A este respecto la investigación de la historia de los precios de la escuela de Lvov facilita un rico material.
169. G. I. p. 38 y sig.
170. L. II. 59; C. I. 3; C. II, 38.
171. G. II. 34; Lb. 15.
172. Winiewski advierte en su reseña sobre Furtak y Ciegel («Ekonomista», I, 1937, p. 92-97) que puede darse el caso de que para cada año tengamos unas anotaciones correspondientes a otra temporada. Esta advertencia es justa en lo que se refiere a las épocas y los artículos débilmente documentados.
173. Wisniewski llamó la atención al respecto en su reseña de la obra de Furtak y Ciegel «Ekonomista», I. 1937, p. 92-97.
174. *Ibidem*.
175. *Ibidem*.
176. C. II. 132.
177. V. I. p. 94.
178. G. I. p. 131-136.
179. Véase anteriormente, el capítulo general sobre la estadística histórica.
180. L. II.
181. L. II. 38; L. II, 49 y 66-67.
182. WISNIEWSKI, en su reseña sobre L. II. («Ekonomista», III, 1934, p. 85-90).
183. NAMACZYNSKA, *Crónica de las plagas elementales en Polonia y en los países vecinos en los años 1648-1696*, t. I, Lvov 1937, p. 566
184. *Ibidem*, p. 623.
185. WALAWENDER, *Crónica de las plagas elementales en Polonia y en los países vecinos en los años 1450-1586*, t. I. Lvov 1932, p. 63, 277, 653.
186. NAMACZYNSKA, *op. cit.* p. 380.
187. WISNIEWSKI, en su reseña sobre Hoszowski, L. II. («Ekonomista», III, 1934, p. 85-90).
188. C. II. p. 87.
189. Esto se comenta en el capítulo XIV.
190. Véase el artículo de Baehrel y su crítica del análisis de los cambios de los precios con las categorías de la economía monetaria y no de la «Economía real», o sea de la producción y el consumo.
191. A. G. B. FISHER, *Progrès économiques et la Sécurité Sociale*, París 1945.
192. R. H. HOLTON, *Marketing Structure and Economic Development*, «Quarterly Journal of Economics», LXVII, 1953, p. 344-361. Sobre los materiales relativos al África Occidental, véase P. T. BAUER y B. S. YAMEY, en «Economic Journal» 1951, p. 741-756. Respuesta de Fisher, «Economic Journal», diciembre 1952, p. 820-834 y asimismo «Quarterly Journal of Economics», LXVIII, 1954, p. 151-154.
193. P. BARAN, *El desarrollo de la economía política*. Varsovia 1958, p. 157.
194. M. SOLOMON, *The Structure of the Market in Underveloped Economics*, «Quarterly Journal of Economics», LXII, 1947-1948, p. 519-541.

195. L. VIENER, *International Trade and Economic Development*, J. U. Glencoe, 1952. se opone a esta afirmación pero sus argumentos no son convincentes.
196. HOLTON, *op. cit.*
197. A este respecto y en otros puntos concernientes a los altos beneficios conseguidos en el mercado monopolista, Solomon considera que representan una «alta productividad del capital». Es difícil estar de acuerdo con ello incluso a la luz de sus propias deducciones que subrayan con tanta fuerza el carácter monopolista de la competencia.
198. Sobre la base de los citados trabajos de Solomon, Holton, Bauer y Yamey, Wolf y muchos otros.
199. Vale la pena señalar que los problemas de la distribución, su lugar y el coste social en la economía capitalista en los largos períodos tampoco fueron analizados científicamente hasta la fecha.
Últimamente, aparecieron una serie de trabajos: H. BARGER, *Distributions Place in the American Economy since 1869*, NBER, Princeton 1955; J. B. JEFFERY, *Retail Trading in Britain, 1850-1950*, National Institute of Economic and Social Research, «Economic and Social Studies», XIII, Cambridge 1954; J. B. JEFFERYS, S. HAUSBERGER y G. LINBLAND *Productivity in the Distributive Trade in Europe. Who lesale and Retail Aspects*, París OEEC 1954.
200. F. SIMIAND, *La monnaie, réalité sociale*, «Annales sociologiques», serie D, Fasc. 1, 1934, p. 1-58, así como también la discusión, *ibid.* p. 59-86.
201. J. MEUVRET, *Circulation monétaire et utilisation économique de la monnaie dans la France du XVI-eme et XVII-eme siècles*, «Études d'Histoire Moderne et Contemporaine», I, 1947, p. 14-28.
202. A. K. Das GUPTA, *Keynesian Economics and Underdeveloped Countries*, en: Keynesian Economics», A Symposium, Delhi 1956, p. 160. Es fácil citar otros muchos ejemplos.
203. A. H. QUIGGIN, *A Survey of Primitive Money. The Beginnings of Currency*. Con una introducción de A. C. Haddoua, Londres 1949.
204. Hablamos extensamente de estos problemas en nuestra obra sobre la teoría económica del sistema feudal. W. Kula.
205. *Ibid.*
206. «La historia de los precios abre solamente una puerta y ésta no es la principal», —escribe F. Braudel en su trabajo sobre «Los precios en Europa en los siglos XV-XVIII—, «destinado al *Cambridge Economic History of Europa*, y, que me ha facilitado muy amablemente.
207. J. WISNIEWSKI, «Consideraciones sobre el cálculo de los índices de precios en los largos períodos de tiempo», *Recuerdos del sexto Congreso de Historiadores polacos en Vilno 1935*, p. 130.
208. D. KRANNHALS, *Danzig und der Weichselhandel in seiner Blütezeit vom 16. zum 17. Jhdt.* «Deutschland und der Osten», XIX, 1942. Estos datos han sido criticados muy severamente y con exactitud por C. Biernat en el «Anuario de Gdansk», XIII, 1954, p. 224-231. A breve plazo, se puede esperar la publicación de unos materiales auténticos acerca de este importante problema bajo la redacción de S. Hoszowski.
209. S. M. ROSTWOROWSKI, *Qué es lo que la nobleza polaca compraba en Gdansk en el siglo XVIII*. Materiales históricos de los años 1747-1757 procedentes de los archivos familiares, «Anuario de Gdansk» VII-VIII, 1933-1934, Gdansk 1935, p. 348-384.
210. Estos problemas fueron analizados sobre la base de los materiales facilitados por la escuela de Lvov «precios de Lvov y de Varsovia», por J. RUDZINSKI y J. WISNIEWSKI en: «Las fluctuaciones temporales del precio del centeno, del trigo y de las patatas en el siglo XIX y comienzos del siglo XX», *Trabajos del Instituto de Investigación de las coyunturas económicas y de los precios*, III, 1924, fasc. IV, p. 14-18.
211. A. Wyczanski, se refiere a la discusión sobre la ponencia de W. Rusinski en VIII Congreso General de Historiadores Polacos t. VI, *Historia Económica de Polonia*, Varsovia 1960, p. 157-158.
212. Trató de señalar este método J. WISNIEWSKI en su reseña de la obra de

Furtak, *Los precios en Gdansk en los años 1701-1815*, «Ekonomista» I, 1937, p. 92-97.

213. F. BRAUDEL, capítulo sobre «La historia de los precios en los años 1450-1750», destinado al *Cambridge Economic History of Europa* y que nos ha sido facilitado muy amablemente por el autor.

214. W. KULA, *Secteurs et régions arriérés dans l'économie du capitalisme naissant*, «Studi Storici», I, 1960, no. 3, p. 575-576.

CAPITULO XIII: La metrología histórica

1. HUBERT, M. MAUSS, «Étude sommaire de la représentation du temps dans la magie et la religion», en el compendio de dichos autores: *Mélanges de l'histoire des religions*, II edic. París 1929, p. 189-229.
2. Tal y como se podría pensarlo al leer la mayor parte de los manuales de cronología, entre otros el nuevo manual polaco: *Cronología polaca* de B. WLODARSKI, Varsovia 1957.
3. F. SIMIAND, *La monnaie, réalité sociale*, «Annales Sociologiques», serie D, fasc. 1, 1934, p. 1-58 y la discusión, *ibid.* en las p. 59-86.
4. Existe una bibliografía internacional sobre metrología, muy útil para las investigaciones en este terreno aunque, como es natural, dista mucho de ser completa: Pault BURGUBURU, *Essai d'une bibliographie métrologique universelle*, París 1932. Contiene 4200 referencias. Esta obra es imponente como labor de un solo investigador.
5. Ch. MORAZÉ, *Trois essais sur l'histoire et la culture*, «Cahiers des Annales» no. 2, París 1948. (Especialmente el capítulo II: «*Du nombre à l'homme*», p. 25-38.)
6. Esta tesis no contradice la tesis actualmente muy extendida sobre la necesidad de ampliar la temática de las ciencias auxiliares de la historia a la problemática de la historia moderna y contemporánea. Al contrario, este postulado lo consideramos como muy fundamentado y hasta de una necesidad urgente. Pero la ampliación de las tareas de las ciencias auxiliares de la historia no ha de acometerse mecánicamente. Suponer que en los manuales de cronología se realiza dicho postulado, alargando la lista de los reyes de los Estados europeos —indispensable para analizar los documentos fechados en el año del reinado de una monarquía— no sería, a nuestro entender, sino un malentendido. (WLODARSKI, *Cronología polaca.*)
7. Museo Czartoryski de Cracovia, 1806.
8. T. CZACKI, *Sobre las leyes lituanas y polacas*, t. I, Varsovia 1800, p. 223, 289-291.
9. J. MICHALSKI, *De la historia de la Sociedad de Amigos de la Ciencia*, Varsovia 1953, p. 148.
10. Al. SAPIEHA, *Tabla de correlación de los nuevos pesos y medidas franceses con los pesos y medidas lituanos y polacos.* «Anuario de la Sociedad Varsoviana de Amigos de la Ciencia», Varsovia 1802.
11. Al. CHODKIEWICZ, *Tabla de correlación de los pesos y medidas franceses antiguos y de los pesos y medidas lituanos y polacos con los nuevos pesos y medidas adoptados en Francia*, Varsovia 1811.
12. J. COLBERG, *Comparación de los pesos y medidas actuales con los que usaban antiguamente en el Reino Polaco*, Varsovia 1819. La segunda edición de esta obra, reelaborada y ampliada por Wilhem Colberg, apareció en 1838.
13. W. MACIEJEWSKI, *Historia de los antiguos pesos y medidas polacos hasta el siglo XVIII*, «Ekonomista», 1868.
14. LUBOMIRSKI en la *Enciclopedia Agrícola*, t. IV, Varsovia 1876.
15. M. BARANIECKI, *Sobre las medidas legales y tradicionales en Polonia*, Universo 1883.
16. Fr. PIEKOSINSKI, *Sobre el* LAN *en Polonia en la Edad Media*, «Estudios de la Academia del Saber», XXI, 1882.

17. E. STAMM, *Las medidas de longitud en la antigua Polonia*, «Informaciones de los Servicios Geográficos», Varsovia 1935, fasc. 3; del mismo autor: *Las medidas de superficie en la antigua Polonia*, «Estudios de la Academia Polaca del Saber», t. 70, no. 2, Cracovia 1936; del mismo autor: *Las medidas de la región de Staropolska, T. I* «Las medidas de longitud y de superficie», Varsovia 1838.
18. *Levítico*, XIX, 35-36.
19. Deuteromio, XXV, 13-15.
20. *Proverbios*, XVI, 11.
21. *Amós*, VIII, 5-6.
22. *Miqueas*, VI, 11.
23. *S. Marcos*, VI, 24. Hay una cita análoga en S. Mateo, VII, 2.
24. *S. Lucas*, VI, 38.
25. *Diccionario de la Lengua Polaca*, de J. KARLOWICZ y W. NIEDZWIECKI, t. II, Varsovia 1902, p. 920.
26. H. HAUSER, *Recherches et documents...*, p. 28. Los inspectores de la región de Lublin a comienzos del siglo XVII determinan, por ejemplo: «*iuger auten est, quod duobus bobus uno die arari potest*».
S. ORSINI-ROSEMBERG, *Génesis y desarrollo de la servidumbre en los bienes de la catedral de Gniezno en el siglo XVI*, Poznan 1925, p. 93. Hay muchos ejemplos sobre las «medidas de la sementera» en Z. A. OGRZIZKO, *Estudio sobre las unidades de medida de los campos en el siglo XIII* «Problemy Istocznikowiedienia», IX, 196 L, p. 258-261.
27. S. G. STRUMILIN, «Sobre las medidas en la Rusia feudal», en el tomo colectivo: *Woppsosy Istorii Narodnogo Chozjajstwa* SSSR, Moscú 1957, p. 7-32.
28. *Ibidem*, p. 11-12.
29. A esto se limita Hauser.
30. S. CZARNOWSKI, «Cultura», *Obras completas*, t. I, p. 57.
31. *Ibidem*, p. 58.
32. Las diferencias en la técnica hacen asimismo que las medidas sean distintas para los distintos tejidos. (HOSZOWSKI, *Los precios en Lvov en los siglos XVI y XVII*, Lvov, 1929, p. 62.)
33. E. TOMASZEWSKI, *Los precios en Cracovia en los años 1601-1795* Lvov, 1934, p. 18.
34. P. BURGUBURU, *Métrologie des Basses-Pyrénées*, Bayona, 1924.
35. H. NAVEL, *Recherches sur les anciennes mesures agraires normandes. Acres, vergées et perches*, Caen 1932.
36. H. RYBARSKI, *El comercio y la política comercial en la Polonia del siglo XVI*, t. II, Varsovia 1958, p. 332. La disparidad es algo menor en el mercado de Cracovia en el siglo XVI, Pelc, *Los precios en Cracovia en los años 1369-1600*, Lvov 1935, p. 35-36.
37. Robert BAZAVALLE, *Zur Geschichte der Grazer Masses*. Ztschft der hist. Ver. f. Steiermark XXV, 1929, p. 47-48 y especialmente: *Zur Geschichte des Judemburger Masses*, *ibidem* XXVI 1931, 190-199.
38. Véase por ejemplo: *Éxodo* XXX, 13; XXXVIII, 24-27; *Levítico* 3-25.
39. Véase II *Samuel* XIV, 26: «Cuando se cortaba el cabello (lo cual hacía al fin de cada año, pues le causaba molestia, y por eso se lo cortaba), el pelo de su cabeza pesaba doscientos siclos del peso real.»
40. J. RUTKOWSKI, *Historia económica de Polonia, hasta 1864*, Varsovia 1953, p. 40, 61, 243; G. ROLBIECKI, *El derecho industrial en la ciudad de Wschowy en el siglo XVIII*, Poznan 1951, p. 442; W. SMOLENSKI, *La Comisión Boni Ordinis en Varsovia, 1765-1789* Varsovia 1913, p. 11. En Poznan donde al parecer la institución municipal de las medidas había desaparecido, ordena promoverla la Comisión del Buen Orden (T. ERECINSKI, *El derecho industrial en la ciudad de Poznan en el siglo XVIII;* Poznan 1934, p. 723).
41. Por ejemplo en Poznan en relación con los matarifes (ERECINSKI, *op. cit.* p. 723).
42. La confiscación de los bienes y multas (*ibidem*, p. 723).
43. «Ordenanzas generales para los bienes de mis administradores...», t. VII,

Varsovia 1787, p. 132-133. *Instrucciones económicas para los bienes de los nobles y los magnates en los siglos XVII-XIX;* publicado por B. BARANOWSKI, J. BORTYS, A. KECKOWA y J, LESKIEWICZ, T. I. Wroclaw 1958, p. 113, 365 y en el t. II (en preparación): «Instrucciones para el ecónomo de Zwierzyniecky» (11 de mayo 1798).

44. «Ordenanzas generales...», VI, p. 9.
45. A. GOSTOMSKI, *La economía,* edición S. Inglot, Wroclaw 1951, p. 112.
46. J. LESKIEWICZ, *Acerca de la publicación de las instrucciones económicas,* KHKM, IX, 1961, p. 807.
47. Disposición de la comisión del Buen Orden para la ciudad de Osiecka refrendada por el Tribunal Real en Varsovia, 1785. p. 22, 34-56.
48. E. TOMASZEWSKI llama la atención al respecto en: *Los precios en Cracovia en los años 1601-1795,* Lvov 1934, p. 37.
49. *Manuscritos de la Biblioteca Ossolineum,* 278 (II, p. 12-13 y 6143) II, p. 3.
50. Según la información del dr. A. Zahorski.
51. TOMASZEWSKI, *op. cit.* p. 27.
52. T. FURTAK, *Los precios en Gdansk en los años 1701-1815,* Lvov 1935, p. 39-41.
53. Todos los trabajos de la escuela de Lvov sobre la historia de los precios contienen numerosos materiales acerca de la historia de las tasas. Pero hasta la actualidad no han sido objeto de ninguna monografía aparte.
54. Casi todos los investigadores de los precios hablan de este problema.
55. R. RYBARSKI, *El comercio y la política comercial...,* p. 332.
56. S. HOSZWSKI, *Los precios en Lvov en los años 1701-1914,* Lvov 1934, p. 73.
57. Que aquí no se trata solamente de una suposición, lo atestiguan el escrito circunstancial que con ocasión de la Dieta de 1746 pide la unificación de las tasas y las medidas y la condena de todo el que «se atreva a perjudicar al prójimo vulnerando los reglamentos». *Diario de las Dietas del siglo XVIII,* edición Konopczynski, t. II, Varsovia 1912, p. 290-291.
58. J. M. ELSAS cita muchos datos al respecto en: *Umriss einer Geschichte...,* t. I, p. 137-161 y en el t. II.
59. Véase la interesante observación sobre el tema, que constituye una prueba de análisis del mecanismo de la depreciación, en L. LANDAU, *Ensayo de historia económica de Polonia en líneas generales. Obras escogidas.* Varsovia 1957.
60. ELSAS, *op. cit.* t. I, p. 137. A criterio nuestro es el único autor que llama la atención al respecto.
61. A. GILEWICZ: *Estudio sobre la historia de los pesos y medidas en Polonia.* I parte: «Las medidas de capacidad y de peso». *Informe de la Sociedad Científica de Lvov,* XVI, 1936, no. 3, p. 7.
62. *Súplicas campesinas en el siglo XVIII del archivo del Primado M. Poniatowski.* Edición J. Leskiewicz y J. Michalski, Varsovia 1954, p. 496.
63. Véase las quejas de los campesinos sobre el aumento de las medidas de capacidad en: «*Súplicas campesinas...,*» p. 31, 47, 97, 98, 147, 427, 470, 527, 536 etc...
64. Museo Czartoryski 1091, citado por TOMASZEWSKI en *Los precios en Cracovia en los años 1601-1795,* Lvov 1934, p. 18.
65. *Súplicas campesinas...,* p. 449.
66. Año 1781. *Libro del Tribunal Referendario de la Corona de la Segunda mitad del siglo XVIII,* edición de A. Keckow y W. Palucki, 2 t., Varsovia 1955-1957, t. II, p. 189.
67. Año 1787, *Libro del Tribunal Referendario...* t. II, p. 619-620.
68. Año 1784, *Ibidem* t. I, p. 315.
69. Año 1777, *Ibidem* t. 1, p. 315.
70. *Súplicas campesinas...* p. 308.
71. *Ibidem* p. 311.
72. *Ibidem* p. 23, 72.
73. *Ibidem* p. 76.

74. *Ibidem* p. 245, 310, 311.
75. Véase por ejemplo: *El inventario del «Starostado» de Koscierski en 1686. Inventario de los «Starostados» de Pucki y Koscierski en el siglo XVII*, edición G. Labuda, Fontes, 39, Torun 1954, p. 136; Pawlik: *Inspecciones...*, t. I, Cracovia 1915, p. 263; *Inventario de los bienes de Wysokye en el año 1787. Materiales para la historia del campesinado de la región de Poznan en la segunda mitad del siglo XVIII*. Edición J. Deresiewicz, t. III, Wroclaw 1957, p. 82.
76. *Libro del Tribunal Referendario...*, t. II, p. 677. Texto análogo sobre el pleito entre los vecinos del *starostado* de Sycki y el *Starosta* del lugar, Teodor Wessle, en 1788, *ibidem* p. 707. Pleito análogo en *ibidem* t. II, p. 397, 419, 585.
77. Año 1785, *Libro del Tribunal Referendario...* t. II, p. 460.
78. *Súplicas campesinas...* p. 373, 375
79. *Ibidem* p. 377, 379
80. Año 1777, *Libro del Tribunal Refendario* ... t. I, p. 320 (los vecinos de Kakolownica y otras aldeas contra el *Starosta* Filip Szaniawski y el arrendador Tomas Ostrowski) de la misma manera, los vecinos de la aldea primacial de Lazniki se quejan en 1785 de que «el arrendador aumentó la medida que contiene medio celemín de más que la antigua». *Súplicas campesinas*, p. 151 y 154 (el arrendador lo niega en la página 156). Asimismo, el ejército incrementaba las medidas al recoger los víveres necesarios a su intendencia. Los alcaldes de Smolana y Libinowice se lamentan en el año 1787 de que «la compañía del ejército de la Corona utiliza una medida arbitraria la cual contiene once jarros en lugar de ocho como debiera tener» (*Súplicas campesinas...*, p. 455.) Los párrocos también solían aumentar las medidas de capacidad para los diezmos. *Ibidem* p. 236 y otras.
81. *Libro del Tribunal Refendario...*, t. II, p. 265.
82. *Ibidem* t. II, p. 257-258.
83. *Ibidem* t. II, p. 231.
84. *Ibidem* t. I, p. 447.
85. *Súplicas campesinas*, p. 375.
86. Año 1786, Pawlik: *op. cit.* t. I, p. 276.
87. Año 1785, *Libro del Tribunal Refendario...*, t. II, p. 475.
88. *La legislación en el campo polaco en los siglos XV-XVIII*, edición Kutrzeba y Mankowski, Cracovia 1938, p. 401; Pawlik: *op. cit.* t. I p. 229; Pawlik, *op. cit.* t. I p. 283. Igualmente el diario de la «Dieta del año 1752» en: *Diarios de las Dietas del siglo XVIII*. Edición Konopczynski t. III, Varsovia 1937, p. 70; *Instrucciones Económicas para los bienes de los magnates y la nobleza en los siglos XVII-XIX*, t. I, p. 113, 365 y sig.
89. Pawlik, *op. cit.* t. I, p. 284-285.
90. J. Ossinski, *Esbozo sobre las fábricas metalúrgicas en Polonia*, Varsovia 1787, p. 77.
91. Gostomski, «Economía» p. 106-108.
92. «Annales», VI, 1934, p. 280.
93. En este sentido, se orienta el trabajo de Navel ya citado.
94. Navel, *op. cit.*
95. *Ibidem*, encontró sobre la muralla de uno de los castillos normandos la dimensión del pie real, procedente del año 1589 y que correspondía a la medida en curso después del año 1667.
96. Gilewicz, *op. cit.* p. 5.
97. E. Hamilton, *American Treasure and the Price Revolution in Spain, 1501-1650*, «Harward Economic Studies», no. VLIII, Cambridge Mass. 1934, p. 153-158.
98. *Ibidem*, p. 165.
99. *Ibidem*, p. 159.
100. Según Strumlin, *op. cit.* p. 8.
101. Vol. leg. t. I, p. 166.
102. *Ibidem*, t. II, p. 49. Según esta Constitución, los pesos y las medidas

debían ser controlados dos veces al año por los servicios voivodales. *Diario de la Dieta de Piotrkowski del año 1565*, Edición W. Chometowski, 1868, p. 121 y asimismo A. SZELAGOWSKI, *El dinero y la Revolución de los precios en el siglo XVI y en el siglo XVII en Polonia*, p. 91. A. M. FREDRO, en su obra *Militariach* (1868) es más extremista aún y pide un control cada mes. (*El pensamiento económico mercantilista en Polonia en los siglos XVI y XVII*. Edición J. Gorski y E. Lipinski, Varsovia 1958, p. 417.)

103. S. HOSZOWSKI, *Los precios en Lvov en los siglos XVI y XVII*, p. 60.
104. Vol. leg. t. VII, p. 330 y 519.
105. W. L. CZERIEPNIN, *La metrología rusa*, Moscú 1944, p. 76-84.
106. HOSZOWSKI, *op. cit.* p. 59.
107. W. ADAMCZYK, *Los precios en Varsovia en los siglos XVI y XVIII*, p. 29.
108. *Libro del Tribunal Refendario...*, t. I, p. 569.
109. *Ibidem.*
110. K. DOBROWOLSKI, *Los campesinos de la región de Podhale en los siglos XVII y XVIII*, «Trabajos de la Comisión etnográfica de la sociedad polaca del Saber», no. 15, Cracovia 1933, p. 191.
111. *Actas de los Sejmiki de la voivodía de Cracovia*, t. 1, edición Kutrzeba, Cracovia 1932, p. 70.
112. *Ibidem*, p. 78-79.
113. *Actas de los Sejmiki de las voivodías de Poznan y Kalisz*, edición W. Dworzaczek, t. 1, cap. 1, Poznan 1957, p. 78.
114. *Actas del Sejmiki de Cracovia*, p. 382.
115. *Actas de los Sejmiki de la voivodía de Cracovia*, t. II. Edición Przybos, Cracovia 1953, p. 126. Es curioso el hecho de que el *Sejmik* —Parlamento local— de Sredzki pida a la Dieta de 1589 que «quien venda,mida con su medida».
116. *Enciclopedia de Staro Polska*, t. I, Varsovia 1939, p. 887.
117. *Diarios de la Dieta del siglo XVIII*, edición Konopczynski, t. 11, Varsovia 1912, p. 259, 261 y 309.
118. *Ibidem*, t. I, Varsovia 1911, p. 312 y 320.
119. *Las ordenanzas de Dobrzynski*, edición Kluszycki, Cracovia 1887, p. 316 y 324.
120. Vol. leg. t. VII, p. 330 y 519.
121. *Libro del Tribunal Referendario...* t. II. p. 474, año 1785. *Ibidem*, t. II, p. 493.
122. *Ibidem*, p. 261.
123. *Ibidem*, p. 272-273.
124. *Ibidem*, p. 253.
125. *Ibidem*, p. 382.
126. Sería interesante disponer de un mapa sobre la dislocación de las diferentes medidas locales. Esto podría esclarecer algo la configuración de los lazos económicos entre las diversas regiones, el radio de acción del mercado local y la importancia económica de las distintas ciudades, etc...
127. *Libro del Tribunal Refendario*, t. 1, p. 474.
128. *Ibidem*, p. 569.
129. *Ibidem*, p. 369.
130. Una de las oportunidades más frecuentes para aumentar las medidas de capacidad era la deterioración del antiguo patrón. Se dan ejemplos interesantes al respecto en *Súplicas Campesinas*, p. 462-464-467.
131. *Ibidem*, p. 529.
132. *Ibidem*, p. 496.
133. *Ibidem*, p. 498.
134. Sería interesante que los historiadores del Derecho analizaran los métodos que demostrasen el proceso «metrológico» en Staro Polska.
135. *Súplicas campesinas*, p. 23, 35 y 240.
136. *Ibidem*, p. 496.
137. *Ibidem*, p. 91. Asimismo, F. NAX, *Obras escogidas*, Varsovia 1956, p. 360.

138. S. HOSZOWSKI, *Los precios en Lvov en los siglos XVI y XVII*, p. 31.
139. *Ibidem* y asimismo. W. ADAMCZYK, *Los precios en Lublin del siglo XVI a fines del siglo XVIII*, Lvov 1935, p. 12; del mismo autor: *Los precios en Varsovia en los siglos XVI y XVII*, Lvov 1938, p. 46. 48-49. M. BOGUCKA, *Acerca de la especulación y los abusos en el comercio de los productos alimenticios en Gdansk en los siglos XV-XVIII*, «Notas históricas», XXVII, 1962, p. 1-21. No ocurre otra cosa en Occidente, por ejemplo en Inglaterra en el siglo XVIII (F. WOODCOOK, *The Price of Provisions and Some Social Consequences in Worcestershire in the XVIII and XIX-th Century*, «Journal of the R. Statistical Society». CVI. 1943, p. 268-272), así como también en Francfort del Main según las tasas del año 1747 (M. J. ELSAS, *Umriss einer Geschichte...*, t. I, p. 7).
140. ADAMCZYK, *Los precios en Varsovia...*, p. 49.
141. HOSZOWSKI, *Los precios en Lvov en los años 1701-1914*, p. 121.
142. *Ibidem*, p. 116. Otro ejemplo de este mismo procedimiento en la pequeña ciudad de Zaleszczyk en W. KULA, *Esbozo sobre las manufacturas*, p. 255.
143. Sobre el reconocimiento de la invariabilidad de las medidas ligada con su carácter significativo hablamos en otro lugar.
144. Se daba el caso de que las medidas de los mayoristas se diferenciaban de las medidas al detall de tal forma que pudieran tener en cuenta la ganancia del mayorista (ELSAS, *op. cit.* t. II A, p. 26 y 45-46).
145. *Libro del Tribunal Referendario*, t. II, p. 261-262 y muchos otros ejemplos en esta misma fuente. Según el testimonio de los campesinos el «colmo» alcanzaba hasta un 20, 25 %. (Las aldeas primaciales se quejan, por ejemplo, del aumento de los celemines que les hace perder «de seis partes una» o de que «cuando llevamos nuestro grano al granero del señor nos mide con colmo y de diez celemines que llevamos sólo nos cuenta ocho». *Súplicas campesinas*. p. 243 y 322.)
En los bienes de la catedral de Gniezno, en el siglo XVI, el colmo ascendía a veces hasta el 50 % según ORSINI-ROSENBERG, en *Génesis y desarrollo de las explotaciones de los siervos en los bienes de la catedral de Gniezno en el siglo XVI*, Poznan 1925, p. 107.
146. H. H. WÄCHTER, *Ostpreussische Domänenvorwerke im 16 und 17 Jahrhundert, Beihefte zum Jahrbuch der Albertus Universität, Königsberg/Pr.* Würzburg 1958, y asimismo el discurso del Dr. A. GILEWICZ en la sección de Historia Económica del *VIII Congreso General de Historiadores en Cracovia*, septiembre 1958.
147. Súplica de las aldeas de Janowszczyzny, Slojnikow, Zawistowszczyzny y Rudnik del 16 de septiembre de 1777. Igualmente, las dos Suplicas de la ciudad de Sokolki y también. *Consideraciones prácticas sobre los siervos polacos*. Varsovia 1790, p. 132.
148. De cómo las formas de medir eran a la vez un instrumento de la explotación feudal, se dan muchos ejemplos en *Súplicas campesinas*, p. 229-231-322-334-373-377 y siguientes.
149. FAVRE, *Les origines du système métrique;* L. D. ISAKOW, *Estudios para la historia del sistema métrico*, Petrogrado 1923; véase asimismo Z. KOWALCZEWSKA, *Historia del sistema métrico, 1791-1921* e igualmente, W. KASPEROWICZ, *El sistema métrico* publicado ambos en la «Revista Técnica» bajo el título *El sistema métrico. 130 aniversario*, Varsovia 1921.
150. Z. BINEROWSKI, *Las medidas de capacidad de los cereales en Gdansk en los siglos XVII y XVIII*, «Notas históricas», XXIII, 1957, p. 59-81; M. WOLANSKI, *Las medidas de capacidad de los cereales en Silesia en el siglo XVIII*, «Cuadernos científicos de la Universidad de Wroclaw». A. 13, 1959. *Historia* II, p. 3-41.
151. En su conversación con Eckermann el día 23 de octubre de 1828. Traducción polaca de: *Diálogos con Goethe* de J. P. ECKERMANN, t. II, Varsovia 1960, p. 68.
152. En su discurso ante el I Congreso de los Naturalistas rusos celebrado en el año 1867 en San Petersburgo, Mendelejew presentó el sistema métri-

co como el camino para el «futuro y deseado acercamiento de los pueblos» (*Mendelejew*, «Soczinienja», t. XXII, Moscú, 1950. p. 27).
153. Mensuración de un campo de trigo en el antiguo Egipto. Véase: NIEMANN. *Von altägyptischer Technik. Beiträge zur Geschichte der Technik und Industrie*, Berlín 1930, p. 100.
154. Por ejemplo, J. KÖBEL, *Geometrey*, Francfort del Main 1584; S. SOLSKI, *La geometría polaca*, Cracovia, 1683. ...
155. Hemos podido contemplar espléndidas colecciones. por ejemplo, en Suecia en el Nordiska Museet de Estocolmo y en el Museo de Upsala. Hay un dibujo de la onza polaca y una descripción de la misma por Z. GLOGER en la *Enciclopedia de Staropolska*, t. III, Varsovia 1958. p. 163. Asimismo hay tres fotografías de viejas onzas en *Enciclopedia de Staropolska*, t. I. Varsovia 1939. p. 806, 885 y 886.
156. Por ejemplo. el Museo de los Pesos y Medidas en Varsovia. *Elektoralna* 2.
157. Z. GLOGER, *Enciclopedia de Staropolska*, t. III, Varsovia 1958. p. 89.
158. *Ibidem*, p. 206.
159. Nos han contado que la delegación gubernamental de la India encargada de preparar la promulgación del sistema métrico, a su llegada a Sèvres, preguntó entre otras cosas si la introducción en Francia del sistema métrico decimal había provocado en su época alguna resistencia social. Les contestaron rotundamente que no hubo tal resistencia. Al visitar unos días más tarde la región de Normandía, los miembros de la delegación de la India se tropezaron con un campesino que estaba trabajando su campo. A la pregunta de cuánta tierra tenía. el campesino contestó: «*Deux journées*» (dos jornadas).
160. L. W. CZEREPNIN, *La metrología rusa*, Redacción de A. I. Andrejew, t. IV. Moscú 1944, p. 89-91. Contiene una serie de ejemplos sobre los documentos del alto Medievo ruso. Se mencionan las antiguas investigaciones rusas en el campo de la metrología histórica: *Oczerki istorii istoriczeskoj nauki* SSSR, t. II, Moscú 1960, p. 678-680.
161. Lord Beveridge habla en uno de sus trabajos sobre el siglo XVI de un «crimen estadístico»: se trata del descubrimiento de un cambio de las medidas que, al no ser advertido, deformó las estadísticas de la producción y los precios (W BEVERIDGE, *A Statistical Crime of the XVIth Century*, «Journal of Economic and Business History», I, no. 4, agosto 1929).
Pero en la lucha de clases que se libra en torno a las medidas, se han cometido, como hemos visto, crímenes más terribles: contra las personas y no sólo contra los métodos estadísticos.
162. GILEWICZ, *op. cit.* p. 3. Gilewicz expresa por lo demás en este caso una postura bastante extendida.
163. S. SRENIOWSKI, *Consideraciones sobre el* LAN *en el sistema de la economía de los siervos en el campo polaco*, KHKM, III, 1955, p. 301-337.
164. CZEREPNIN, *op. cit.* p. 9.
165. M. BLOCH, «Annales», VI, 1934, p. 280.

CAPITULO XIV: El hombre y la naturaleza

1. En la mayoría de los casos esto no se tiene en cuenta en el sistema de las ciencias auxiliares. Es una excepción el trabajo de GIEYSZTOR, *Esbozo de las ciencias auxiliares de la historia*, Varsovia 1948. Puede servir asimismo de orientación el número de la «Revista geográfica», t. XXV, fasc. 1 del año 1953 que contiene los siguientes trabajos: G. LABUDA, *Consideraciones sobre las tareas y los métodos de la geografía histórica*; M. DOBROWOLSKA, *Las tareas y los métodos de la geografía histórica*, consideraciones sobre la ponencia del prof. Dr. G. Labuda, así como el estudio de W. K. JACUNSKI, *La geografía histórica en tanto que disciplina científica*, «Woprosy Geografii», no. 20, 1950, p. 13-41.

2. DOBROWOLSKA, *op. cit.* p. 62-63.
3. S. LESZCZYCKI, (aportación a la discusión), *op. cit.* 80-81.
4. GIEYSZTOR, *op. cit.* p. 248.
5. K. DOBROWOLSKI, *Los asentamientos más antiguos en la región del Podhale*, Lvov 1935.
6. «Seville et Atlantique (1504-1650), première partie: Statistiques». t. VII. *Construction graphique*, por G. ARBELLOT, J. BERTIN, H. Y P. CHAUNU, París. 1957, p. 30-31.
7. S. CZARNOWSKI, «La división del espacio y sus límites en la religión y la magia», *Obras completas*. Varsovia 1956, t. II, p. 221-236.
8. T. MANTEUFFEL, *Método de trazado de las fronteras en la geografía histórica, Libro de Recuerdos ... M. Handelsman*. Varsovia, 1929, p. 221-227. Véase igualmente la polémica entre Manteuffel y Hladylowicz. Al no poder pronunciarnos, por falta de competencia, sobre muchos puntos de este litigio, señalamos no obstante que nos parece muy justa la postura teórica de Manteuffel.
9. P. SARDELLA, *Nouvelles et spéculations à Venise au début du XVI-ème siècle*, «Cahiers des Annales», no. 1, París.
9a. Se refieren a esta clase de fuentes dos publicaciones: K. SARNECKI, *Recuerdos de los tiempos de Jan Sobieski. Crónica de los años 1691-1696*, ed. J. Wolinski, Wroclaw 1958 y A. ZAHORSKI y M. RYMSZYNA: *La correspondencia secreta de Varsovia en los años 1792-1794 para I. Potocki Jan Dembowski y otros*. Varsovia 1961.
10. H. Pirenne se refiere en muchos trabajos a los mercaderes del Medievo en relación con la «geografía económica» de Europa en aquella época.
11. Sobre la historia de la construcción de carreteras, véase: *Les routes de France depuis les origines jusqu'à nos jours. Colloque*, «Cahiers des Civilisations», París 1958, así como también A. S. KUDRIAWCEV, *Historia de las carreteras en la URSS*. Moscú 1951. Un ejemplo de monografía regional: M. DELAFOSSE, *Trafics rochelais au XVI-ème siècle. Routes terrestres et fluviales à travers l'Arquitaine*, «Annales» 1957, p. 594-601.
12. A. REMOND, *La circulation marchande en France aux XVIII et XIX-ème siècles*, t. I: «Les prix des transports marchands de la Révolution au Premier Empire», París, 1956.
13. Sobre la frecuencia de los naufragios de los barcos en el Atlántico a finales del siglo XVI y principios del del XVII, véase: A. DENENTI, *Naufrages, corsaires et assurances maritimes à Venise d'après les notaires Catti et Spinelli* (1592-1609), París 1959.
14. Hesíodo ya advierte sobre esto en *Los trabajos y los días*.
15. *Hundert Jahre deutsche Eisenbahnen*, II ed., Leipzig 1938.
16. Sobre el papel de la construcción de los ferrocarriles para la acumulación del capital, véase, C. MARX, *El Capital*, t. I, p. 677. Entre los trabajos modernos, véase D. EICHHOLTZ, *Junker und Bourgeoisie vor 1848 in der preussischen Eisenbahngeschichte*, Berlín 1962.
16a. Véase, D. RENOUARD, *Les transports de marchandises par fer, route, et eau depuis 1850*, París 1960.
17. T. LEPKOWSKI, *Los comienzos de la clase obrera en Varsovia*, Varsovia 1956.
18. Los que volvían del destierro en Siberia eran empleados en las oficinas de los ferrocarriles, Varsovia-Viena.
19. LENIN, «El desarrollo del capitalismo en Rusia», *Obras completas*, t. III.
20. F. PERROUX, *Economic Space. Theory and Applications*. «Quarterly Journal of Economics», LXIV, 1950, p. 89-104. W. ISARD, *Location and Space-Economy*, Cambridge, Mass. 1956. C. PONSARD, *Economie et espace. Essai d'intégration du facteur spatial dans l'analyse économique*. París 1955.
21. E. S. KARNAUCHOWA, *Los mercados en Rusia en el período del capitalismo 1860-1914*, Moscú 1951. Véase igualmente «Woprosy Geografii», vol. 20, 31 y 50 dedicados a la geografía histórica. En la ciencia polaca tiene un carácter precursor la monografía de H. MADUROWICZ y A. Po-

DRAZA, *Las regiones económicas de la Polonia occidental en la segunda mitad del siglo XVIII*, Wroclaw, 1958.
22. F. RATZEL, *Antropogéographie*, Stuttgart, 1882. La genealogía de estos conceptos es antigua, remontándose por lo menos a Montesquieu.
23. Postura criticada justamente en *Historia del P C* (b) de la URSS, 1945, p. 127-128.
24. Aun cuando el mismo Ratzel se considera como un científico precursor en la historia de la ciencia al haber llamado la atención sobre problemas antes desconocidos.
25. La búsqueda de productos de reemplazamiento suele conducir a la utilización de los sucedáneos, los *ersats* cuyo sentido peyorativo significa el pésimo valor utilitario de los productos en cuestión. Durante el bloqueo continental los ingleses se regocijaban con la idea de que el azúcar de remolacha sería un sucedáneo. Pero se trataba de un producto de igual contenido químico.
26. F. BRAUDEL, *Histoire et sciences sociales. La longue durée*, «Annales» 1958, p. 725-753.
27. Aportación de J. Staszewki en la discusión sobre la geografía histórica, «Revista Geográfica», XXV, 1953, p. 85-86.
28. K. KRZECZKOWSKI, *El desarrollo de los seguros públicos en Polonia*, t. I-II, Varsovia 1931-1935.
29. L. LANDAU, *Los seguros sociales y su papel en la vida económica polaca en los años 1924-1933*. Varsovia 1934.
30. Clásica descripción de una epidemia en Atenas: TUKIDYDES, *La Guerra del Peloponeso*. ...
31. A. WALAWENDER, *La investigación de las plagas elementales*, RSDG I, 1931, p. 79-88.
32. A. WALAWENDER, *Crónica de las plagas elementales en Polonia y en los países vecinos en los años 1450-1586*, 2 tomos, Lvov, 1932-1935, p. 98-102 y sig.
33. S. NAMACZYNSKA, *Crónica de las plagas elementales en Polonia y los países vecinos en los años 1648-1696*, t. I, Lvov 1937, p. 55, 74 y 99-104.
34. J. SZEWCZUK, *Crónica de las plagas elementales en Galitzia*, Lvov, 1939, p. 69-73.
35. J. RUTKOWSKI, *La reconstrucción del agro polaco después de las guerras de mediados del siglo XVII*, Varsovia 1956, p. 81-108.
36. W. RUSINSKI, GIEYSZTOROWA, KAMINSKI y HOSZOWSKI, *Polonia en el período de la segunda guerra del norte 1655-1660*, Varsovia 1957, t. II, p. 261-434.
37. J. RUTKOWSKI, *Historia económica de Polonia*, t. II, Poznan 1950, p. 416 y s.
38. WALAWENDER, t. I, p. 376, 101; NAMACZYNSKA, p. 55, 67.
39. Figuran muchos datos en todos los tomos relativos a las búsquedas sobre la historia de los precios y la historia de las plagas elementales.
40. WALAWENDER, t. I, p. 309-311, 313, 449.
41. *Ibidem*, p. 307; NAMACZYNSKA, p. 340, 398, 212.
42. *Ibidem*, p. 826, 827.
43. *Ibidem*, p. 830, 831, 870.
44. NAMACZYNSKA, *ibidem*, p. 361.
45. WALAWENDER, t. I, p. 147; NAMACZYNSKA, p. 361.
46. ZABKO-POTOPOWICZ, *El trabajo asalariado en el agro en el Reino de Lituania en el siglo XVIII*, Varsovia 1929.
47. WALAWENDER, t. I, p. 65.
48. NAMACZYNSKA, p. 305, En el año 1666 muchas gentes huyeron de Rusia para Hungría a consecuencia del hambre ocasionado por el invierno riguroso.
49. WALAWENDER, t. I, p. 850.
50. NAMACZYNSKA, p. 99a (almacenes de sal).
51. *Ibid*, p. 91.
52. *Ibid*. p. 32, 40, 43, 58, 24.
53. *Ibid*. p. 32, 40.

54. SZEWCZUK. p. 52, 229. 335. 348. 351.
55. NAMACZYNSKA, p. 40, 43; SZEWZUK, p. 19.
56. NAMACZYNSKA, p. 65, 77.
57. *Ibid.*, p. 28, 555.
58. *Ibid.*, p. 532.
59. *Ibid.*, p. 523.
60. *Ibid.*, p. 72.
61. WALAWENDER, t. I, p. 159; NAMACZYNSKA, p. 75, 338, 339.
62. NAMACZYNSKA, p. 636, 663.
63. WALAWENDER, t. I, p. 57, 96, 1242-1245.
64. NAMACZYNSKA, p. 57-58.
65. *Ibid.*, p. 59.
66. *Ibid.*, p. 92.
67. *Ibid.*, p. 673.
68. *Ibid.*, p. 282.
69. WALAWENDER, t. I, p. 1291.
70. *Ibid.*, p. 912.
71. *Ibid.*, t. I, p. 1299; NAMACZYNSKA, *p.* BB; J. RUTKOWSKI, *La reconstrucción del agro polaco*... p. 323.
72. M. NYCZ, *Génesis de las reformas financieras de la Dieta Muda.* Estudio sobre la historia financiero-militar en los años 1697-1717, Poznan 1938, p. 263.
73. WALAWENDER, t. II, p. 21, 22, 23, 28, 31, 48; S. PAZYRA, *Historia de las ciudades de Mazovia desde el siglo XIII a comienzos del siglo XX*, Lvov, 1935, p. 288, 297. Al parecer, los Caballeros Teutónicos incendiaron doscientas aldeas en el año 1521 (WALAWENDER, t. II, p. 778-779).
74. WALAWENDER, t. II, p. 20, 26, 42, 46, 52, 60, 112.
75. En el año 1508, Glinski, al mando de las tropas moscovitas, al no poder conquistar la ciudad de Sluck, se conforma con quemar las aldeas vecinas (WALAWENDER, t. II, p. 35).
76. WALAWENDER, t. II, p. 56.
77. *Ibid.*, p. 29, 32.
78. *Ibid.*, p. 21, 30, 67, 263, 266; R. RYBARSKI, *El tesoro y el dinero*... p. 91. 154, 148-149, 508.
79. Los ejércitos reales en las cercanías de Chelm en el año 1462 (WALAWENDER, t. I, p. 161); en el año 1577 las tropas de Gdansk incendian veintitrés graneros en Elblag (WALAWENDER, t. II, p. 1102).
80. *Ibid.*, t. II, p. 36.
81. *Ibid.*, p. 239.
82. *Ibid.*, p. 31.
83. *Ibid.*, p. 32.
84. *Ibid.*, p. 34.
85. *Ibid.*, p. 40.
86. *Ibid.*, p. 46.
87. *Ibid.*, p. 47.
88. *Ibid.*, p. 28, 49, 59.
89. *Ibid*, p 64.
90. MARX, *El Capital*, t. I, p. 761, llama la atención sobre el hecho de que el hambre mata a los pobres en Irlanda pero no destruye los medios de producción. Durante la Guerra de los Treinta Años no sucedió igual.
91. Esto afectaba sobre todo a las altas clases sociales de la población. Walawender habla de los desplazamientos de la corte, t. I. p. 291.
ZABKO-POTOPOWICZ, *op. cit.* p. 69, se refiere a la huida del patriciado de las ciudades junto con el Consejo Municipal, el cual se contentaba con dejar a un concejal en la ciudad afectada por la epidemia. Son muy numerosos los datos acerca de la huida de los capitales.
92. Por ejemplo, la Dieta de Kujawia ordena la inspección de las tierras en 1685. A. PAWINSKI, *La legislación de Kujawia*, t. III, no. 20, p. 108; R. RIBARSKI, *El tesoro y el dinero*... p. 1407; ZABKO-POTOPOWICZ, *op. cit.* p. 66-67; J. RUTKOWSKI, *La reconstrucción del agro polaco*, p. 326-327.
93. WALAWENDER, t. I, p. 94.

94. *Ibid.*, p. 143-145. NAMACZYNSKA, *op. cit.* p. 12.
95. WALAWENDER, t. I, p. 535; del mismo autor: *Análisis de las plagas elementales;* A. SZELAGOWSKI: *El dinero y la revolución de los precios*, p. 69. El hecho de esconder los víveres durante los períodos de hambre que se le imputaba a las clases privilegiadas, con independencia de si era una acusación justa o no, jugó en toda Europa un gran papel en la historia de los movimientos revolucionarios de la plebe durante el feudalismo.
96. WALAWENDER, t. I, p. 675.
97. Esto ocurría por ejemplo en Stiria, donde en caso de calamidad los campesinos se aprovisionaban en las ciudades.
98. WALAWENDER, t. I, p. 465, 536-537. NAMACZYNSKA, p. 273-274; POTOPOWICZ, *op. cit.*, p. 66.
99. R. RYBARSKI, *El tesoro y el dinero...*, p. 83-85.
100. *Ibid.*, p. 103, 115, 116, 102, 165.
101. NYCZ, *op. cit.*, p. 28-32, 34, 35, 38, 39, 42, 46, 51, 54, 149, 155, 201, 230 237, 239, 260.
102. Evidentemente que en la mayoría de los casos las inversiones no se hacían en metálico.
103. SIEGEL, WASOWICZ y BIELECKI, *Los contratos de Lvov.*
104. Vale la pena mencionar que los investigadores de Lvov suelen interpretar los fenómenos del mercado más bien a la luz de los datos sobre las plagas elementales que averiguar los datos sobre éstas a través de los datos sobre los fenómenos del mercado.
105. G. UTTERSTRÖM, *Climatic Fluctuations and Population Problems in Early Modern History*, «Scandinavian Economic History Review», t. III, 1955, p. 3-47.
106. Figura una bibliografía en el citado trabajo de UTTERSTRÖM y en LE ROY LADURIE *Histoire et climat*, «Annales» 1959, p. 3-34. Sobre la historia del clima en Rusia, véase: I. E. BUCZYNSKI, *El clima ruso en las épocas históricas*, Leningrado 1954. En cuanto se refiere a Polonia, M. STRZEMSKI hace el balance de las investigaciones y publica una bibliografía en *Los cambios del medio geográfico en Polonia desde mediados del siglo III a nuestros tiempos*, KHKM, IX, 1961, p. 331-355.
107. GOLZOW, MAXIMOW y JAROSZEWSKI, *Praktische Agrarmeteorologie*, Berlín, 1955.
108. E. LE ROY LADURIE, *Climat et récoltes aux XVIIe et XVIIIe siècles*, «Annales», 1960, p. 434-465.
109. LE ROY LADURIE, *Aspects historiques de la nouvelle climatologie*, «Revue Historique», CCXXV, 1961, p. 1-70.
110. H. ARAKAWA, *Climatic Change as Revealed by the Data from the Far Est*, Weather, 1957, p. 46-51.
111. H. ARAKAWA, *Climatic Change as Revealed by the Freezing Dates of Lake Suwa in Central Japan*, «Journal of Meteorology», 1955, p. 94 y sig.; del mismo autor: *Fujhiwara on Five Centuries of Freezing Dates of Lake Suwa in Central Japan*, «Archiv für Meteorologie», 1955, p. 152-166.
112. H. ARAKAWA, *Dates of the First or Earliest Snow covering for Tokio since 1632*, «Quarterly Journal of the Royal Meteorological Society», abril 1956.
113. A. SOKOLOW, *La naturaleza*, 1955, p. 96-98, según Le Roy Ladurie.
114. *Ibidem.*
115. LE ROY LADURIE, *Aspects historiques de la nouvelle climatologie.*
116. *Ibidem.*
117. LE ROY LADURIE, *Histoire et climat*, p. 29.
118. D. J. SCHOVE, *Tree Rings and Summer Temperature*, AD 1501-1930, «The Scottish Geographic Magazine» 1950, y del mismo autor, *Discussion: Post-Glacial Climatic Change*, «The Quarterly Journal of the Royal Meteorological Society», 1949. Contiene importantes diagramas.
119. E. SERENI, *Storia del paesaggio agrario italiano*, Bari 1961. Interesante prueba de síntesis, con ochenta bellas ilustraciones del paisaje italiano desde los tiempos de Pompeyo a nuestros días.

120. S. CZARNOWSKI, «Definición y clasificación de los hechos sociales», *Obras*, t. II, Varsovia 1956, p. 224.
121. *Actes du Congrès Historique du Centenaire de la Révolution de 1843*, París 1948, p. 66-67 (intervención de Ch. Morazé en el debate).
122. Hay un gran número de materiales tanto franceses como polacos acerca de los vínculos entre las plagas elementales y la lucha de clases, R. BAEHREL trata de enfocar el problema sintéticamente en *Epidémie et terreur. Histoire et sociologie*, «Annales Historiques de la Révolution Française», XXIII, 1951, p. 113-146 y del mismo autor, *La haine de classe en temps d'épidémie*, «Annales» 1952, p. 351-360.
123. R. BAEHREL, *La haine de classe*... p. 352. Sobre la llamada «peste de los pobres», véase: GOSSE, *Relation de la peste qui a régné en Grèce en 1827 et 1823*, París 1838, p. 23. CHAMBERT y TRACHER, en *Du choleramorbus de Pologne, renseignements sur cette maladie recuellis par la commission des officiers de santé militaire envoyée à Varsovie par M. le Maréchal duc de Dalmatie*, París 1832, p. 54, señalan que en Varsovia murieron de la peste 379 pobres y 34 ricos. Otras citaciones al respecto en BAEHREL, *op. cit.* ...
124. BAEHREL, *Epidémie et terreur*, p. 121.
125. D. DEFOE, *Crónica de un año de epidemia*, y *Diario de Samuel Pepys*.
126. BAEHREL, *La haine de classe*..., p. 357.
127. BAEHREL, *Epidémie et terreur*.
128. S. HOSZOWSKI, *Las plagas elementales en Polonia en los años 1587-1648*, Varsovia 1960, p. 453-465.
129. «Revista trimestral histórica» 1916. Este trabajo figura en el compendio de las obras de Rutkowski, *Estudio sobre la historia del campo polaco en los siglos XVI-XVIII*, Varsovia 1956, p. 81-107.
130. J. RUTKOWSKI, *Historia económica de Polonia*, t. I, ed. III, Poznan, 1947, p. 249.
131. *Ibidem*, p. 249-261.
132. W. KULA, *Los comienzos del sistema capitalista en Polonia en el siglo XVIII. Kollontaj y el siglo de la Ilustración*. Varsovia 1951, p. 42.
133. A. MALEWSKI y J. TOPOLSKI, *Sobre los motivos de la historia*, «Revista histórica trimestral», LXIV, 1957, p. 26-27.
134. J. RUTKOWSKI, *Los siervos en el siglo XVIII en Polonia y en algunos otros países de Europa*, Poznan 1921, y del mismo autor, *Estudio sobre la propiedad de la tierra en Bretaña en el siglo XVII*, «Problemas históricos», XVI, no. 1, 2 y 3. Durante la guerra, Rutkowski perdió un manuscrito sobre la génesis del dualismo agrario en Europa, lo que fue lamentable para la ciencia polaca y no sólo polaca.
135. Von INAMA-STERNEGG, *Dievolkswirtschaftliche Folgen des Dreissigjährigen Krieges für Deutschland*, «Historisches Taschenbuch», serie 4, t. 5, 1864.
136. S. HOSZOWSKI trata así el problema en sus últimos estudios.
137. HOSZOWSKI, *op. cit.*, p. 464.
138. M. BAULANT et J. MEUVRET, *Prix des céréales extraits de la mercuriale de Paris, 1520-1698*, t. I, 1520-1620, t. II, 1620-1698, París 1960-1962.
139. Por lo demás, los datos franceses se refieren a París y sólo reflejan la situación en el radio de su aprovisionamiento.
140. HOSZOWSKI, *op. cit.*, p. 463-465.
141. El esclarecimiento de este fenómeno por Rutkowski en relación con el cambio de la estructura del reparto de la renta en beneficio del señor, nos sigue pareciendo superficial.
142. C. E. LABROUSSE, *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII-e siècle*, París 1933.
143. M. BAULANT y J. MEUVRET, *Prix des céréales extrais de la mercuriale de Paris*, 1520-1698, 2 t.
144. A. CHABERT, *Essai sur les mouvements des prix et des revenus en France de 1798 à 1820*, París 1945. Del mismo autor, *Essai sur les mouvements des revenus et de l'activité économique en France de 1798 à 1820*, París 1949

145. P. M. BONDOIS, *La misère sous Louis XIV. La disette de 1622*, «Revue d'Histoire Économique et Sociale», XII, 1924, p. 53-118; M. BABEAU, *La lutte de l'état contre la cherté tn 1724*, «Bulletin du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques», 1891, París 1892; L. CAHEN, *Le prétendu pacte de famine. Quelques précisions nouvelles*, «Revue Historique» 1935, CLXXVI, p. 173-216; del mismo autor, *Le pacte de famine et les spéculations sur les blés, ibid.* 1926, CLII, p. 32-43; L. BIOLLAY, *Le pacte de famine. L'administration du commerce*, París 1885; E. SOL, *Les céréales inférieures en Quercy. Le prix de 1751 à 1789*, «Revue d'Histoire Économique et Sociale», 1938, XXIV, p. 335-355; del mismo autor, *Le mouvement des prix en Quercy de 1774 à 1800*, Commission de Recherche et de Publication des Documents relatifs à la Vie Économique de la Révolution. Assamblée Générale... 1939, t. II, París 1945, p. 73-118; W. E. SCHAAP, *Étude du mouvement des prix des céréales dans quelques villes de la Généralité de Champagne pendant les annés qui précèdent la Revolution, ibid.*, p. 37-72; J. RAYMOND, *Étude de l'évolution du prix du pain à Montrevil-l'Agillé (Eure) du 7 juin 1790 au 16 septembre 1793, ibidem*, p. 33-36; E. BLIN, *Le prix du blé, du pain et de la viande à Sens*, 1789-1793, *ibid.*, p. 27-31; del mismo autor, *Le prix du blé à Avallon de 1756 à 1790, ibid.*, p. 11-25; P. LÉON, *La crise des subsistances de 1810-1812 dans le département de l'Isère*, «Annales Hist. de la Révolution Française», 1952, XXIV, p. 289-309; F. L'HUILLIER, *Une crise des subsistances dans le Bas-Rhin, 1810-1812. Origines, aspects principaux, évolution. Ibid.* 1937, XIV, p. 518-536; del mismo autor, *La crise des subsistances de 1812 à Strasbourg*, «Revue d'Alsace», Enero 1937; R. LEVY, *La disette au Havre en 1812*, «Revue des études napoleoniennes», VIII, 1915, p. 5-43; G. LAVALLEY, *Napoléon et la dissette de 1812. A propos d'une émeute aux Halles de Caen*, París, 1896; VINCENS, *Notice sur la cherté des grains de 1811 à 1812*, «Journal des économistes», VI, 183, p. 224-245; B. LÉONCE, *La disette de 1811-1812 dans le département des Alpes-Maritimes*, Académie de Sciences, Lettres Arts des Alpes-Maritimes, 1936, p. 266-284; P. P. VIARD, *La disette de 1816-1817, particulièrement en Côtes-d'Or*, «Revue historique», CLIX, 1928, p. 95-117; L. GUENEAU, *La disette de 1816-1817 dans une région productive de blé, La Brie (Seine-et-Marne)*, «Revue d'Histoire Moderne», IV, 1929, p. 18-46 y 81-95; R. MARJOLIN, *Troubles provoqués en France par la disette de 1816-1817, ibid.* VIII, 1933, p. 423-460.
146. P. M. BONDOIS, *L'Épizootie de 1763. La protection du troupeau français au XVIII-ème siècle*, «Revue d'Histoire économique et sociale», XX, 1932, p. 352-375.
147. Vale la pena citar un ejemplo: *Rapport au Roi, Ministère de l'Intérieur. Paris le 27 décembre 1817* (firmado: Laine), París, *L' Imprimiere Royale Janvier 1818*, Bibliothèque Nationale, Lf 132-9; y asimismo: *Rapport au Roi sur les subsistances pendant les années 1816 et 1817*, París, *L'Imprimerie Royale. Janvier 1819* (firmado: Laine) «Bibliothèque Nationalé» Lf 132-10.
148. Esto aparece claramente en los trabajos de BAULAND y MEUVRET, *op. cit.*
149. Trabajos de Labrousse y Chabert.
150. WALABENDER, t. I, p. VII (introducción de Bujak).
151. WALAVENDER: *Las búsquedas sobre las plagas elementales...*, p. 86.
152. *Ibid*, p. 87.
153. En el capítulo sobre el objetivo de la historia económica.
154. R. BAEHREL, *Epidemie et terreur.*
155. «Population», III, 1948, p. 459. Introducción al trabajo de Y. RENOUARD *Conséquences et intérêt démographique de la peste noire de 1348.*
156. C. BOBINSKA «Algunos elementos del desarrollo del mercado interior en la región de la Pequeña Polonia en el siglo XVIII», *VIII Congreso General de Historiadores Polacos. Historia económica*, Varsovia 1960, p. 193-210 y discusión, *ibid.* p. 210-262.
157. B. B. KAFENGAUZ, *El mercado interior en Rusia en la primera mitad del siglo XVIII*, Moscú 1958.

158. R. ROMEO, *Risorgimento e capitalismo*, Bari 1959.
159. J. J. ROUSSEAU, *Émile ou de l'éducation*.
160. A. E. J. ROBINSON, *The Changing Structure of the British Economy*, «Economic Journal» LXIV, 1954, p. 460.
161. J. TINBERGEN, *Business Cycles in the United Kingdom, 1870-1914*, Amsterdam 1951, p. 141.
162. Como ocurre realmente a finales del Medievo en Europa como resultado de la constante afluencia de metales preciosos en el Este.
162a. W. KULA, *Teoría económica del sistema feudal*.
163. W. A. LEWIS, *World Production, Prices and Trade, 1870-1960*, «Manchester School», XX, no. 12, 118, mayo 1952.
164. Hemos reunido aquí los índices de Imlaha para los años 1850-1913 con el coeficiente 100 para el año 1880 con los índices de Kindleberger para los años 1913-1938 con el coeficiente 100 para 1913. *Meier and Baldwin, Economic Development Theory, History, Policy*, Nueva York 1957, p. 231-232.
165. PREBISCH, *Economic Development of Latin America and its Principal Problems*, UN. Lake Success, 1950.
166. *Instability of Export Markets of Unders-Developed Countries. Study prepared by the UN Department of Economic Affairs*, Nueva York, «Columbia University Press», 1952; véase asimismo: *Measures for the Economic Development of Underveloped Countries*, mayo 1951; así como también: *Measures for International Economic Stability*, noviembre 1951; *Relative Prices of Exports and Imports of Under Developed Countries*, Nueva York 1949; todo esto ha sido editado por las Naciones Unidas. Véase asimismo PREBISCH, *op. cit.* y H. W. SINGER, *The Distribution Gains between Investing and Borrowing Countries*, «American Economic Review», Papers and Proceedings 1950, p. 473-485.
167. *La situación económica en Polonia en el año 1958*, Consejo Económico acerca del Consejo de Ministros de la R. P. Polaca, Varsovia 1959. p. 60 y sig.

CAPITULO XV: El método comparativo

1. El 15 de diciembre de 1936, en la sesión de la sección II de la Sociedad Científica Varsoviana, durante la discusión del trabajo presentado por Nina Assorodobraj, titulado *Problema de la mano de obra en los albores des capitalismo*, Handelsman, al saludar apasionadamente el método comparativo aplicado por la autora, afirmó que, así como se puede y se debe establecer una comparación entre los fenómenos sociales de la Polonia del siglo XVIII y los fenómenos análogos de la historia de Alemania, Rusia o Checoslovaquia, hay que ser prudentes en cuanto se refiere a los de la historia de Francia o de Inglaterra; y no compararlos jamás con la historia del Japón. Tanto la autora como el promotor del trabajo, Czanowski, opusieron al concepto de las comparaciones en el marco de las esferas civilizadoras una idea mucho más amplia y matizada. Según este concepto, en ciertos casos, no es posible la comparación de «civilizaciones» muy parecidas; en cambio en otras ocasiones, como por ejemplo en la de la investigación sobre el surgimiento de la sociedad industrial, es posible hacerlo muy extensamente incluso.
2. J. RUTKOWSKI, *Servidumbre campesina en Polonia y en algunos otros países de Europa en el siglo XVII*, TPN de Poznan, Trabajos de la Comisión Histórica, t. 1. Poznan 1921, libro 3.
3. W. KULA, Introducción a la obra de J. RUTKOWSKI, *Estudio sobre la historia del campo polaco en los siglos XVI-XVIII* Varsovia 1956, p. 36.
4. La interpretación de esa limitación tal y como lo hacen Malewski y Topolski peca de ingenuidad.
5. Por ejemplo, H. WERESZYCKI, *El pesimismo, tesis errónea*, KH, LXIV, 1957 no. 4-5, p. 13-30.

6. H. PIRENNE, *De la méthode comparative en histoire*, (discurso en la apertura del V Congreso de Ciencias Históricas en Bruselas, 3 IV del 1923), Bruselas, 1923.
7. C. MARX, *El Capital*, t. I. p. 810. Asimismo, ENGELS, por ejemplo en *Las guerras campesinas en Alemania*.
8. *Ibidem*, p. 4.
9. W. KULA, *Reflexiones sobre la historia*.
10. Vale la pena notar, a título de curiosidad, que la falta de una «comunidad de intereses en la investigación... entre el historiador de la economía de Polonia y el historiador de la economía de los EE UU se ha confirmado hace poco como un hecho real (A. MALEWSKI, *Dos modelos de sociología*, «Estudios sociológicos», 1961, no. 3. p. 51), reconociéndose que «los historiadores de uno y otro país pueden informarse beneficiosamente acerca de las técnicas investigadoras y los conceptos utilizados en el análisis. Un ejemplo: en el I Congreso de Historia Económica de Estocolmo se escogió entre otros temas el de los problemas de la industrialización. El tomo publicado sobre dicho congreso contiene un gran número de informes consagrados a los juicios emitidos sobre las cuestiones relacionadas con la situación actual de las investigaciones acerca de la historia de la industrialización en los diferentes paises del mundo. Tuvo lugar un debate sobre estas cuestiones. ¿Cuáles podían ser los temas en discusión? Naturalmente en gran parte se trató de la información recíproca acerca de los métodos y el análisis de los mismos. Pero ¿No se debatió ningún otro problema? Nadie discutió acerca de los aspectos concretos de la industrialización en este o en el otro país. El único problema en estudio era la industrialización. ¿Cuáles son sus características necesarias? ¿Qué elementos del medio social la aceleran y cuales la frenan? ¿Se pueden conocer los rasgos específicos de dicho proceso en los países que la acometen relativamente tarde? ¿Cuáles son las consecuencias sociales de este aspecto o de aquel otro? etc. Las mencionadas afirmaciones no pueden hacerse más que cuando se conoce la ciencia histórica de tiempos de Maricastaña.

10a. M. MONTAIGNE, *Ensayos*, traducción de Boy Zlelenski, t. I, Varsovia, 1957, p. 183.

10b. A. SMITH *Wealth of Nations*, *Cannan*, Londres 1930, p. XXXV.

11. C. LÉVI-STRAUSS, *Race et Histoire*, París 1953.
12. P. BARAN, *El desarrollo de la economía política*, Varsovia 1958, p. 20, se refiere a la moda en cierto sentido sociológica y política de la teoría sobre la pluralidad de tendencias en antropología, economía y filosofía. Esto lo comprende incluso Lévi-Strauss; véase su artítulo titulado *La crisis de la antropología*, Argumentos 1962, no. 11 y 12.
13. LÉVI-STRAUSS, *op. cit.*

13a. F. BENHAN, *Income and Product of Under-developed Countries Income and Wealth*, Londres 1953, p. 171.

14. F. PERROUX, *La coexistence pacifique*, t. I, París 1958, p. 8.
15. «Annales», 1958, no, 4, p. 725-753. Compárese la tesis anterior: *Georges Gurvitch ou la discontinuité du social*, «Annales» 1953, p. 347-361 y la tesis ulterior: «Histoire et sociologie», en el tomo *Traité de Sociologie publié sous la direction de Georges Gurvitch*, PUF, 1959, t. I, p. 83-98.
16. En este caso —y volveremos sobre él— consideramos que F. Braudel no tiene en consideración los cambios que intervienen en la ciencia económica.
17. Citamos según A. PIGANIOL, *Qu'est-ce que l'histoire?* «Revue de Métaphysique et Morale», LX, 1953, no. 3.
18. M. WEBER, *Roschers historische Methode*, editado por vez primera en «Schmollers Jahrbücher» XXVII, 1903, reeditado en: *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, segunda edición, Tübingen 1951, p. 24.
19. R. ARON, *Le développement de la société industrielle et la estratification sociale*, Les cours de la Sorbonne, p. 1.
20. Esto se pudiera llamar el problema de la coexistencia pacífica.

21. Al igual que Youngson, Rostow.
22. Buchanan and Ellis, Meier and Baldwin, Hozelits.
23. Lewis, Hoffmann, Kuznets.
24. Podríamos decir que los autores, al elegir el término *growth*, propenden a limitar su análisis a los elementos mensurables. Pero el ejemplo de Lewis iría en contra de esa generalización.
25. *La longue durée, p.* 736.
26. Aun siendo un historiador, en este caso he de estar de acuerdo con el gran enemigo de nuestro clan, Carl MENGER (*Die Irrthümer des Historismus in der Deutschen Nationalökonomie,* Viena 1884); fuente: Karl POPPER, *Misère de l'historicisme,* París, 1956.
27. J. ROBINSON, *The Economics of Imperfect Competition,* Londres 1935; E. H. CHAMBERLIN, *The theory of Monopolistic Competition,* Harvard.
28. Chamberlin se dedicó con más frecuencia que Robinson a la observación directa y a veces a las construcciones abstractas, véase E. JAMES, *Historia del pensamiento económico en el siglo XX,* Varsovia 1958, parte I, cap. III, pár. 4, nota.
29. Por ejemplo, los teoremas basados en el principio de un pequeño número de vendedores y el muy dificultoso e incluso a veces imposible acceso del nuevo vendedor al mercado (W. FELLNER, *Competition among the Few,* Nueva York, 1949, y W. D. ARNDT, *Competition of the Few among the Many,* «Quarterly Journal of Economics», LXX, 1956, p. 327-345), que también puede aplicarse a la investigación del mercado rural como tal o a la rivalización mercantil entre el trigo del campesino y el trigo del señor.
30. James considera como un rasgo característico del pensamiento económico del último cuarto de siglo el avance al primer puesto de la macroeconomía en lugar de la microeconomía y de la dinámica en lugar de la estática. E. JAMES, *Historia del pensamiento económico en el siglo XX,* Varsovia, 1958, p. 20.
31. A. MARSHALL, *The Principles of Political Economy.* Últimamente se ha tratado de demostrar de una manera poco convincente que la problemática del desarrollo económico no le era ajena a Marshall. (GLASSBURNER B, *Alfred Marshall on Economic History and Historical Development,* Quarterly Journal of Economics», LXIX, 1959, p. 577-595.)
32. J. M. KEYNES, *General theory.*
33. Mencionaremos aquí el enorme trabajo realizado por el National Bureau of Economic Research de Nueva York y las cada vez más numerosas publicaciones de los servicios de estadísticas, por ejemplo, *Historical Statistics of United States,* 1789-1945, US Department of Commerce, Washington 1949, así como el reciente *Sommario di Statistische Storiche Italiane,* 1865-1955, Instituto Centrale di Statistica, Roma 1958.
34. Allí donde intentaron profundizar en el análisis de los principios psicológicos en la economía, lo hicieron asimismo desde unas posiciones claramente anhistóricas (G. KATON, *Psychological Analysis of Economic Behavior,* Nueva York, 1951). A. Lauterbach trata de mirar las cosas un tanto más históricamente, *Man Motives and Money. Psychological Frontiers of Economics,* Ithaca Cornell UP, 1954.
35. F. HAYEK, véase: *Scientisme et Sciences sociales, Paris* 1953.
36. JAMES, *op. cit.* Parte II, sección II, pár. 3. En el aspecto del *welfare economics* (bienestar económico) también se criticó acertadamente la idea ingenua según la cual el *social welfare* es posible determinarlo como la simple suma individual *welfare* (*Arrow, Social Choice and Individual Values,* «Journal of Political Economy», LX, Octubre 1952).
37. Esto lo escribimos con todo el conocimiento de las tendencias mecanicistas que existen en econometría. Es muy interesante el artículo de Tinbergen sobre Schumpeter (J. TINBERGEN, «Schumpeter and Quantitative Research in Economics», en: *Schumpeter, Social Scientist,* edición S. Harris, Harvard U-ty Press, p. 59-61). Sin embargo, Tinbergen termina su trabajo con la afirmación de que «el no mecanicista» Schumpeter conoce mejor la vida y el hombre que más de un económetro.

38. F. PERROUX, *La généralisation de la «General Theory»*, Istanbul 1949 y J. ROBINSON, «The Generalisation on of the General Theory», en el compendio *The Rate of Interest and Other Essays*, Londres 1954, p. 67-142. Gran parte de sus verificadores y críticos acometieron la «historificación» de la tesis de Keynes. Véase JAMES, *op. cit.* parte II, sección 1, pár. 4.
39 Existe una crítica de estos conceptos de Keynes en el famoso artículo de P. VILAR, *Problems of the Formation of Capitalism*, «Past and Present», no. 10, p. 15-38. Una magnífica crítica de la teoría de Hamilton, la cual le vino muy bien a Keynes: Felix DAVID, *Profit Inflation and Industrial Growth. The Historical Record and Contemporary Analogies*, «Quarterly Journal of Economics», LXX, 1956, p. 441-463.
40. A. K. DAS GUPTA, «Keynesian Economics and Underdeveloped Countries», y V. B. SING, «Keynesian Economics in Relation to Underdeveloped Countries», ambos en el compedio: *Keynesian Economics. A Symposium*, edición V. B. Singh, Delhi 1956, p. 153-163 y 178-189.
La postura de Das Gupta se halla aquí muy comprometida. En este sentido se encamina T. BARN, *Insternational Comparisons of National Accounts in Economic Analysis*, «Income and Wealth», Series III, 1953, p. 154-155.
41. F. PERROUX, *La généralisation...*, p. 14. K. DEHEM, *L'efficacité sociale du système économique*, Louvain 1952. E. JAMES. *op. cit.* parte II, cap. 1, par. 4 y en la parte II, cap. IV, sección III, pár. 3. Véase asimismo el muy engañoso y artificial *The Goals of Economic Life*, edición D. A. Ward Nueva York 1953, que constituye una apología del puritanismo americano (excelente reseña sobre lo mismo de Caleb A. SMITH en: «American Economic Review», XLV, 1955, p. 149-154).
42. Por ejemplo: Svennilson INGVAR, *Growth and Stagnation in the Europeas Economy UN Economic Comission for Europe*, «Columbia U-ty Press» 1954.
43. F. PERROUX, *L'introduction à rapport: La croissance économique française par des membres de l'Institut de Sciencie Economique Appliquée*, «Income and Wealth», Series III, 1953, T. HAAVELMO presenta una interesante aunque discutible prueba de construcción de diferentes modelos para situaciones diferentes en *A Study in the Theory of Economic Evolution*, Amsterdam 1954; sin embargo, omite los cambios institucionales y a corto plazo (entre los cuales coloca por ejemplo el desempleo); esta prueba no deja de ser interesante puesto que demuestra la gran diversidad de modelos que se puede aplicar incluso excluyendo unos factores tan importantes.
44. T. BARN, *op cit* p. 154. Esta misma imputación hacia los modelos del tipo Harrod-Domar-Hicks, la formula con exactitud L. B. YEAGER en *Some Questions about Growth Economics*, «American Economic Review» XLIV, 1954, p. 62.
45. L. FEBVRE, *L'introduction à Ch. Morazé: Trois essais sur histoire et culture*, «Cahiers des Annales», no. 2, París 1948, p. VII.
46. P. KUZNETS, *Programme d'enquêtes comparatives sur les processus d'Industrialisation dans le monde actuel* (abril 1949).
47. W. W. ROSTOW, *The Take-off into Selfsustained Growth*, «Economic Journal», LXIV, 1956.
48. Por ejemplo, en la *Conferencia de la Association Internationale de Science Economique en Santa Margherita*, 1953. Véase «Bulletin Internacional de Sciences Sociales», VI, 1954, no. 2 y el tomo «Economic Progress», edición L. Dupriez, Louvain 1955. Esta fue la primera conferencia de este tipo, después de la cual se celebraron muchas más.
49. *Capital Formation and Economic Growth, Conference* NBER, Nueva York, 1956.
50. *Economic Development and Cultural Change*, Chicago.
51. N. S. BUCHANAN y H. S. ELLIS, *Approaches to Economic Development*, Nueva York 1955, y G. M. MEIER y R. E. BALDWIN, *Economic Development Theory, History Policy*, Nueva York, 1957 y muchos otros.

52. R. Bowen Hovard, *Graduate Education in Economics*, «American Economic Review», XLIII, 1953, Supplement.
53. Una excelente ayuda en este sentido puede ser el ya citado «cuestionario» de Kuznetz.
54. Por ejemplo, en el libro de Buchanan y Ellis, los materiales concernientes a la historia económica de la Europa del Este (a cuya competencia aspira el autor de estas palabras) suscitan reservas.
55. A. Gerschenkron, «Economic Backwardness in Historial Perspective», en *The Progress of Underdeveloped Areas*, edición Bert F. Hoselitz, U-ty of Chicago Press 1952, p. 3-29, y particularmente: B. F. Hoselitz, *Patterns of Economic Growth*, «Canadian Journal of economics and Political Science» XXI, 1955. Hasta cierto punto está escrito en el mismo sentido el más reciente libro de A. J. Youngson, *Possibilities of Economic Progress*, Cambridge U-ty Press 1959, analizando el fenómeno en cuatro ejemplos seleccionados (Gran Bretaña, Suecia, Dinamarca, Estados Unidos). R. H. Blodget y D. L. Kemmerer, *Comparative Economic Development*, Nueva York, 1956, pero su contenido no justifica la primera palabra del título.
56. W. W. Rostow llamó la atención en una conferencia dictada en el Instituto de Ciencias Aplicadas de París, 15 de junio de 1959.
57. Al parecer, Morton R. Solomon no se cuidó de hacer ciertas simplificaciones en *The Structure of the Market in Underdeveloped Economies*, «Quarterly Journal of Economics», LXII, 1947-1948, p. 519-541, donde al investigar la estructura de algunas aldeas balcánicas antes de 1939 no advirtió cuán profundas consecuencias tenía el hecho de que un país determinado se hallase en la órbita de la economía internacional, y como, bajo ciertos aspectos, era aprovechado por el capital internacional como «reserva de materias primas». Véase la tesis de R. H. Holton, *Marketing Structure and Economic Development*, «Quarterly Journal of Economics», LXVII, 1953, p. 344-361 y la discusión que sigue. Hay en ella una gran cantidad de descripciones. Quizá valga la pena reseñar aquí uno de los más penetrantes y recientes: S. C. Dube, Indian Village, Ithaca, Cornell U-ty Press 1955.
58. Citemos como ejemplo: A. P. Usher, *Prices of Wheat and Commodity Price Indexes for England, 1259-1930*, «Review of Economic Statistics», XIII, 1931, p. 103-113; E. H. P. Brown y S. V. Hopkins, *Seven Centuries of Building Wages*, «Economica», 1955, p. 195-206 y de los mismos autores: *Seven Centuries of the Prices of Consumables, Compared with Builders Wage-Rates*, *ibidem*, 1956, p. 296-314.
59. S. Kuznetz, *Measurement of Economic Growt*, «Journal of Economic History».
60. S. Kuznetz, *Statistics and Economic History*, «Journal of Economic History», I, 1941, p. 26-41.
61. Incremento a, b y c. Incremento de a y b por descenso de c. Incremento de a y c por descenso de b. Incremento de b y c por descenso de a. Incremento de a, b, o c, por descenso de los dos restantes. Por último, existe una enorme cantidad de combinaciones ligadas al desplazamiento del número de trabajadores a través del alza, del descenso o de la estabilidad de las diferentes posturas del salario.
62. H. Hauser, *Recherches et documents sur l'histoire des prix en France de 1500 à 1800*, París 1936, preámbulo y una serie de declaraciones en la discusión celebrada en las sesiones de la Sociedad de Historia Moderna.
63. Reseña de J. F. Wright en «Journal of Economic History» en la traducción inglesa del libro de W. Hoffmann, *British Industry*, 1700-1950, Oxford, 1955. Aquí, naturalmente, la diferencia de «calidad» del carbón puede traducirse teóricamente en diferencia cuantitativamente (proporción de materia orgánica y de materia inorgánica), sólo que por falta de fuente dicho historiador no está en condiciones de aprehenderla.
64. Pigou, *Economic of Welfare*. ...

65. C. CLARK, *The Conditions of Economic Progress*, II edición, Londres 1957, p. 16.
66. C. GINI, «La comparabilité dans le temps et dans l'espace des évaluations du revenu national», *Économie appliquée*, t. II, 1949, p. 7-26.
67. S. H FRANKEL, *The Economic Impact on underdeveloped Societies. Essays on International Investment and Social Change*, Oxford, y particularmente: Essays III: *Concepts of Income and Welfare and the Intercomparability of National Income Aggregates*, p. 29-55.
68. Especialmente F. BENHAM, *Income and Product in Underdeveloped Countries, Comments on the Paper by Professor Frankel*, «Income and Wealth», Serie III, 1953, edición M. Gilbert, p. 169-177. En parte también VKRV RAO, «Some Reflexions on the Comparability of Real National Incomes of Industrialised and Underdeveloped Countries», en ese mismo tomo, p. 178-210.
69. De acuerdo con la graciosa paradoja de Pigou, el hombre que se casase con su cocinera, modificaría así la renta nacional.
70. G. MILTON y I. B. KRAVIS, *Empirical Problems in International Comparisons of National Product*, «Income and Wealth», IV, 1955, p. 101-119. M. A. COELAND, J. JACOBSON y B. CLYMAN, *Problems of Comparisons of Income and Product*, «Studies in Income and Wealth», NBER, X, 1947, p. 133-159, así como también el trabajo arriba citado de BENHAM, BARNA, RAO, TA-CUNG LIU y SHAN-KWEI FONG, *The Construction of National Income Tables and International Comparisons of National Incomes*, «Studies in Income and Wealth», VIII, 1946, p. 73-118.
71. La literatura especializada no aprecia esta cuestión.
72. Esta cuestión se halla vinculada al problema general de la utilización de los métodos estadísticos. CH. MORAZÉ, *Trois essais sur Histoire et culture*, llama acertadamnte la atención sobre un fenómeno, que pudiera calificarse de nexo entre el grado de democratización de la sociedad investigada y la aplicabilidad de los métodos estadísticos.
73. A lo cual se debe agregar que toda una serie de bienes y de servicios producidos y consumidos en la economía doméstica, por ejemplo en una familia campesina, no entran en absoluto en el mercado. D. S. BRADY, *Measurement and interpretation of the Income Distribution in the US*, «Income and Wealth» VI, 1957, p. 94.
74. Así lo entienden, en la investigación de la renta nacional, G. MILTON and I. B. KRAVIS, *op. cit.*, p. 109, pero ellos pueden permitirse hacer abstracción de este hecho por cuanto realizan una investigación sobre la sociedad de una sola civilización durante un breve lapso de tiempo, el cual puede denominarse prácticamente «la actualidad».
75. A. R. ECKLER, *A Measure of the Severity of Depressions*, 1873-1932, «Review of Economic Statistics», XX, 1933, p. 75-81, y asimismo I, SCOTT Jr., *A Comparison of Production During the Depressions of 1873 and 1929*, «American Economic Review», XLII, 1952, p. 569-576.
76. B. D. DERKSEN. *Intertemporal Comparisons of Real National Income. An International Survey*, «Income and Wealth», serie I, 1951, p. 245-266, así como una serie de trabajos de la serie «Studies in Income and Wealth», especialmente en el t. XX del año 1957.
77. Ésta es precisamente la tesis principal del trabajo eminentemente histórico de T. Barn, ya citado. Ese mismo carácter tienen las tentativas de D. THORNER, *India's Agrarian Revolution by Census Redefinition*, «Indian Economic Review» III, 2, 1956, y asimismo D. THORNER, *Economic Recommendation for the Census of 1961*, «The Economic Weekley», IX, no. 36, Bombay, 5 de agosto 1959.
78. BENHAM, F., *op. cit.*, p. 170.
79. J. BASTER, *Recent Literature on the Economic Development of Backward Areas*, «Quarterly Journal of Economics», LXVIII, 1954.
80. *Ibidem.*
81. *Ibidem..*
82. URE, *Philosophy of Manufactures;* S. C. DUBE, *Indian Village*, Ithaca, Cornell Uty Press, 1955; CH. WOLF, *Institutions and Economic De-*

velopment «Economic Review», XIV, 1955, p. 867-883; G. M. MAIER y R. E. BALDWIN, *Economic Development Theory, History, Policy*, Nueva York 1957, p. 297. «La irracionalidad del obrero indígena que no reacciona ante el salario que le es ofrecido, aparece a menudo como "racionalidad"», escribe W. E. Moore en *Industrialisation and Labour, Social Aspects of Economic Development*, Ithaca, Cornell U-ty Press 1951, p. 306.

83. Véase más arriba, p. 685.
84. C. MARX, *El Capital*, t. I, p. 4.
85. *Ibidem*, p. 672. ...
86. Quien dijo, sin embargo, que conocía solamente una prueba de la superioridad de la civilización occidental sobre los «indígenas»: ¡los cañones!
87. Para dar sólo un ejemplo de la innumerable literatura creada al respecto, citaremos la discusión en torno a las posibilidades de industrialización de Méjico. Por una parte, tenemos el libro de Frank TENNENBAUM, *México, the Struggle for Peace and Bread*, Nueva York 1950, demostrando la industrialización irracional de dicho país; por otra parte, la violenta réplica de Manuel GERMAN en *La industrialización de Méjico*, Colección Cultura Mexicana, no. 9, México 1954. Una confrontación asimismo interesante tuvo lugar en la conferencia de la Asociación Internacional de Ciencias Económicas de Santa Margherita en 1953, en la cual una serie de representantes de la ciencia occidental trataron de demostrar la diferencia fundamental de los criterios económicos del Oeste y del Este, y los cuales se enfrentaron inmediatamente con la oposición de los economistas de la India, quienes pusieron de manifiesto que «los deseos y las necesidades esenciales de los hombres son los msimos tanto en Oriente como en Occidente», «Bulletin International de Sciences Sociales», VI, 1954, 2, p. 172, discurso de G. Haberler.
88. En las investigaciones sobre el proceso de industrialización, la más ambiciosa tentativa de realizar una clasificación parecida por mediación de tres criterios que permiten efectuar ocho posibles combinaciones nos la da Bert F. HOSELITZ en *Patterns of Economic Growth*, «Canadian Journal of Economics and Political Science», XXI, 1955, no. 4.
89. M. BLOCH, *Pour une histoire comparée des sociétés européennes*, «Revue de Synthèse Historique», 1928, p. 15-50. Con este mismo espíritu están concebidas las indicaciones metodológicas de LELEWEL, «Historia paralela de España y Polonia», en *Obras*, t. VIII, Varsovia, 1961, p. 218.
90. H. F. DE LA PEÑA, *Los obstáculos al desarrollo económico*, México, Universidad Nacional autónoma, 1955. El autor subraya precisamente la aludida diferencia entre el desarrollo económico antiguamente y en la actualidad. Merece ser mencionada la crítica ingenua que de esta obra hizo Joseph Grunwald en «American Economic Review», XLVII, 1957, p. 414-417, según el cual «en las fases primeras del desarrollo la participación creciente del beneficio es cosa natural (¡!) y que constituye un incentivo necesario para el progreso económico».
91. C. LÉVI-STRAUUS, *La Race et l'Histoire*. ...
92. «South African Journal of Economics», junio 1944, sept. 1946.
93. J. BASTER, *Recent Literature on the Economic Development of Backward Areas*, «Quarterly Journal of Economics», LXVIII, 1954, p. 585-602. «Los análisis sociológicos han demostrado la estrechez de numerosos análisis del desarrollo económico, pero al mismo tiempo no es posible reemplazarlos.» Es difícil negarle a esta afirmación una cierta exactitud.
94. B. NURKSE, *Capital Formation*, p. 58. ¿Cómo exigir de unas gentes que viven en la más absoluta miseria que ahorren para las inversiones?
95. J. H. BOEKE, *Economics and Economic Policy of Dual Societies*, Haarlem 1953, p. 33-35; B. H. HIGGINS, *Economic Development of Underdeveloped Areas*, «Past and Present»; Center for International Studies, Massachusets Institute of Technology, junio 1954, p. 18-19. Ch. WOLF Jr. *Institutions and Economic Development*, «American Economic Review», XIV, 1955, 5, p. 867-883.

96. B. F. HOSELITZ, «Economic Growth in Latin America», en *Première Conférence Internationale d'Histoire Economique*, Estocolmo, 1960, p. 87-101.
97. WOLF, *op. cit.*
98. G. C. AFFEN y A. G.·DOMNITHORNE, *Western Entreprise in Far Eastern Economic Development China and Japan*, Londres 1954, p. 192.
99. WOLF, *op. cit.* p. 88.
100. La literatura relativa a este tema es abundantísima. Citemos solamente a Simon ROTTENBERG, *The Immobility of Labour in Underdeveloped Areas*, «South African Journal of Economics», XIX, 1951, p. 404-048; asimismo, *Income and Leisure in an Underdeveloped Economy*, «Journal of Political Economy», LX, abril 1952; MASHED CHAN-A, *Note on Income and Leisure in an Underdeveloped Economics*, «Indian Journal of Economics», XXXIV, no. 134, enero 1954, p. 245-247. Esta obra contiene igualmente una abundante literatura sobre el tema.
101. Otro problema que aparece con muchísima frecuencia es que la fácil generalización según la cual los pueblos coloniales aprecian mucho más el *leisure* que el *income* [el ocio que los ingresos - *N. del T.*] nunca se ha verificado en las investigaciones concretas. «*Mereover the disregard of the effects of prices has been fostered by the view that the African does not respond to incentives provided by prices, and or that he works to a predetermined standard of living, an opinion which is incompatible with the most obvious facts of the West Africa economies*», escribe P. T. BAUER, *West African Trade. A Study of Competition*, Oligopoly and Monopoly in a Changing Economy, Cambridge, 1954, p. 314 y Apéndice 3, p. 425 y sig.
102. A. GERSCHENKRON, *Social Attitudes, Entrepreunership and Economic Development*, «Explorations in Entrepreneurial History», V, oct. 1953.
103. H. C. WALLICH, en «American Economic Review», XLV, 1955, 4, p. 674-676.
104. El último apartado de este capítulo fue objeto de un resumen personal inserto en las páginas de «Przeglad Kulturalny» (no. del 30 de noviembre de 1961). En ese número apareció una polémica con respecto a mi postura firmada por el doctor Jozef Pajestka y titulada «Condenados a buscar lo nuevo»... Este título es el resumen programático de la polémica entablada conmigo. El juicio contenido en él y las intenciones que en el mismo se encierran me convienen sin embargo perfectamente y comparto absolutamente la opinión emitida en el artículo de Pajestka. Ahora bien, el contenido del trabajo o bien está fundado en un malentendido (del cual yo mismo tendría la culpa por cuanto la publicación en una revista del resumen de uno de los nueve apartados pertenecientes a uno de los dieciséis capítulos de un libro ha de llevar a un malentendido) o es injusto.

El importante papel atribuido por Pajestka a los factores natural-geográficos suscita una apasionada oposición. ¿Acaso puede considerarse como «una verdadera Tierra de Promisión» a los países de emigración blanca de ultramar actualmente tan desarrollados, y a los países todavía atrasados como territorios mal dotados por la naturaleza? ¿No hay en los territorios de China, de la India, de Indonesia, en la costa occidental de África, en la cuenca del Caribe, en el Brasil, etc., regiones enteras que al igual, y a veces más merecidamente, pueden considerarse como Tierras de Promisión? Que no toda la India pueda considerarse como Tierra de Promisión, es cierto. Pero ¿y el Canadá? ¿Y Australia? ¿No hay en esos dos países enormes extensiones realmente desfavorecidas por la naturaleza? ¿Acaso no son Suecia y Noruega países privilegiados por la naturaleza? ¿No se considera a Cuba —nación indudablemente atrasada— como un país de excepcionales ventajas naturales? Además de estas claras afirmaciones, ¿se puede recordar una vez más el papel del hombre en la transformación de la naturaleza? Sicilia fue el antiguo granero de Roma y el hombre hizo de ella una tierra estéril, y, sin embargo, contrariamente, en lucha contra la naturaleza, gracias al esfuerzo secular, or-

ganizado del hombre, Holanda se ha convertido en un gigantesco jardín. Naturalmente, aquí no defiendo sino verdades evidentes.

El doctor Pajestka afirma que «es difícil percibir cualquier diferencia esencial de funcionamiento (empresas capitalistas europeas) en los países que poseen una diferente estructura social, en los que se hallan en las fases tempranas y tardías del desarrollo social». La polémica es ardua. El doctor Pajestka conoce personalmente y por experiencia a toda una serie de países atrasados que yo sólo conozco a través de la literatura científica. Pero ¿he de creer por eso en la afirmación antes citada, la cual contradice abiertamente la opinión común de la ciencia? ¿Una afirmación que, por lo demás, es contraria a nuestras experiencias polacas del siglo XIX y del siglo XX y a las que el doctor Pajestka alude luego un momento? ¿Habría de creer que el gran capital organiza el proceso de producción de una empresa situada en la India —país donde la remuneración del trabajo no cualificado es extremadamente baja— como lo hace en Inglaterra? ¿Que es la misma estructura de costes, la misma conformación de los beneficios y la misma política de imposición, la misma reacción frente a la recesión mundial?

Otros aspectos de la polémica arrancan de un malentendido. A un malentendido atribuiría el subrayar la significación secundaria de la estructura social de un país determinado. El propio doctor Pajestka se refiere en muchas ocasiones a la gran importancia de las «condiciones políticas» o del «régimen político». Creo que hablamos de una misma cosa. En todo caso, al hablar de sistema social incluyo asimismo en ese término el concepto de sistema político.

El doctor Pajestka manifiesta su postura optimista. Escribe: «El hombre es una especie capaz e inteligente, que puede adaptarse rápidamente al cambio de las condiciones sociales. Todos los pueblos han de adoptar la civilización industrial contemporánea y esto no requiere ni un siglo entero ni siquiera largos decenios: sólo necesita unas condiciones propicias internas y externas.»

¡Todo eso está muy bien! Pero de no ser un cínico, el más eminente experto de la ONU no puede dejar de reconocer semejante credo. Más aún, es muy difícil que el sencillo lector rechace esas doctrinas sin comprometer su fe en la supervivencia de la humanidad. Y a fuer de creyente, yo mismo he de manifestar mi total acuerdo con el doctor Pajestka. No discutiremos con él ni siquiera en cuanto al plazo: el mismo concuerda en que se necesitan bastantes decenios para el cumplimiento de esa obra. Pero tenemos el «sólo» relativo a las «propicias condiciones internas y externas». De la cita de Smith a la cual aludimos resulta que también él estaba convencido de que cualquier país «sólo» necesita para su desarrollo económico la libertad, una administración y un sistema jurídico regulares.

Consideraremos, por último, como un malentendido la afirmación hecha en la polémica conmigo y según la cual «las fases del desarrollo social de los diferentes países no se repiten y no pueden repetirse». Quizá resulte con toda claridad del conjunto del anterior capítulo que no proclamé la repetición mecánica, más aún, que subrayé con energía la «irrepetibilidad de los acontecimientos históricos».

Pero aparte de los puntos sobre los cuales considero injustos los conceptos de Pajestka y tras la enumeración de los malentendidos, queda la verdadera polémica, la divergencia de criterios en torno a problemas muy importantes.

El doctor Pajestka parece no dar crédito (o en todo caso no asignarle una gran importancia) a las posibilidades de una generalización y a la utilidad de las clasificaciones acerca de la problemática de los países atrasados. Esto es curioso. Un práctico experimentado, el consejero económico de una serie de países atrasados, que en cada uno de ellos tropieza con condiciones totalmente diferentes, que en cada uno de ellos se enfrenta con una variedad de dificultades y obstáculos, que en cada uno de ellos se ve «obligado a buscar nuevas soluciones», a pesar de

lo «constructivo» de su labor, llega a adoptar una postura que se aproxima a la de quienes, por otro camino y partiendo de la síntesis sociológica, son acérrimos partidarios de la «pluralidad de tendencias».

El doctor Pajestka *expressis verbis* declara su desconfianza con respecto a la significación, y en particular a la utilidad de la clasificación de los países atrasados desde el punto de vista de su estructura social (¿acaso se trata de conclusiones fundamentales?, pregunta). Sin embargo, la «cuestión fundamental» para el desarrollo económico es para él el «deseo» y la posibilidad de solventar los probemas que se plantean». ¿«Deseo y posibilidades»? ¿No volvemos a hablar de lo mismo, con la diferencia de que yo lo hago apoyándome en unas categorías materialistas y Pajestka en unas categorías idealistas? El jeque árabe no suele «desear» hacer inversiones. Pero, ¿se niega a hacerlo por no ser bueno o por no ser inteligente? Los peones mejicanos que rechazan trabajar en la industria a pesar de que en ella se les ofrezca un salario relativamente elevado, ¿por qué se niegan? ¿Por ser unos ignorantes o porque «no quieren»? Acaso no sea necesario convencer a un economista de la Polonia Popular de que ese género de «deseos» o de «mala voluntad» que se expresan en las acciones masivas y en sentido único de los representantes de las diferentes clases sociales se hallan determinados por el sistema social existente y por la posición de las referidas clases en dicho sistema. Esto es cuanto quería decir.

Las condiciones de la discusión son desiguales. Repito: el doctor Pajestka conoce gracias a su labor práctica de economista a toda una serie de países atrasados que yo solamente conozco a través de la literatura. Pero puesto que hemos de hacer profesión de fe, creo que la ciencia puede facilitarle al hombre la resolución de los problemas que ante él se plantean; creo que la labor científica se desenvuelve a través de la observación y la clasificación; creo que la generalización es la finalidad y la razón de ser de la labor investigadora; creo que, al igual que todos los fenómenos sociales, estas afirmaciones también son justas con lo que respecta a la problemática de los países atrasados.

CAPITULO XVI: Las previsiones en la historia económica

1. W. Kula, *Reflexiones sobre la historia.*
2. Eric Lundberg, *Capital Formation and Economic Progress* «Skandinavska Banken Quarterly Review», XXXVI, no. 4, oct. 1955, p. 103-109.
3. A. Smith, *Wealth of Nations*, edic. Cannan; Londres 1930, p. XXXV. Es posible mantener la tesis sobre el optimismo de Smith, y a pesar de la crítica deslumbrante de Galbreith, *The Affluent Society* (citado según la traducción francesa: *L'ère de l'opulence*, París 1961, p. 30 y sig.).
4. G. E. Mac Laughlin y R. J. Watkins, *The Problem of Industrial Growth in a Mature Economy*, «American Economic Review», XXIX, 1939, Suplem. p. 1-14. Uno de entre los muchos ejemplos de cómo después de la gran crisis se considera con pesimismo las posibilidades de desarrollo económico de los paises adelantados. Además se examina un problema que ya han conocido los norteamericanos, y que ha de afectar a otros países en un próximo futuro.
5. Lundberg, *op. cit.*
6. Clément Juglar (1819-1905), *Obras principales, Des crises commerciales en France de l'an VIII à 1835*, «Annuaire de l'Economie Politique», XIII 1856 y *Des crises commerciales et leur retour périodique en France, en Anglaterre et aux États-Unis*, París, 1862.
7. A. Sauvy da unas breves orientaciones acerca de la problemática de las previsiones económicas junto con algunas informaciones históricas en, *La previsión economique*, París, 1943 IV edición, 1928.
8. P. Sorokin, *Tendances et déboires de la sociologie américaine*, París, 1959, p. 332.

9. W. Kula, *Reflexiones sobre la historia.*
10. J. Tinbergen, *Economic Business Cycle Research*, «Review of Economic Studies», 1948, y T. y J. J. Polak, *The Dynamics of Business Cycles*, Londres 1951.
11. R. Frisch, *L'emploi des modèles sur l'élaboration d'une politique économique rationnelle* «Revue d'Économie Politique», 1950.
12. R. K. Merton, *Eléments de méthode sociologique*, París, 1953, p. 169 y sig. Sobre estos problemas, véase asimismo. G. Myrdal, *Value in Social Theory*, Londres, 1958, especialmente las p. XIII y sig. con la introducción de P. Streeten. Sobre la autoverificación de las previsiones en la vida económica, véase J. Robinson, *La acumulación del capital*, Varsovia, 1958, p. 94-95.
13. J. M. Keynes, *Teoría general del empleo, la renta y el dinero*, Varsovia, 1956, p. 198-199.
14. En el sentido estricto de la palabra. Sobre su sentido más extenso, véase el capítulo XIV, primer apartado.
15. F. H. Knight, *Risk, Uncertainty and Profit*, Nueva York, 1921, p. 216-232; A. G. Hart, *Anticipations, Uncertainty and Dynamic Planning*, Chicago, 1940, p. 52; G. L. S. Shackle, *Expectations in Economics*, Cambridge, 1949. p. 10-19 y 115-116; J. Marschak, *Lack of Confidence*, «Social Research», VIII, feb. 1941, p. 52-53; H. G. Aubrey, *Industrial Enterprise in Underdeveloped Countries*, Nueva York, 1953, p. 12-18.
16. M. Weber, *General Economic History*, p. 202-204; H. Pirenne, *Economic and Social History of Medieval Europe*, Nueva York, 1937, p. 91-96; S. B. Clough y C. W. Cole, *Economic History of Europe*, Bostón, 1946, p. 306-307 y 633.
17. W. Kula, *Reflexiones sobre la historia*, Varsovia, 1958.
18. G. M. Meier y R. E. Baldwin, *Economic Development, Theory, History, Policy*, Nueva York, 1957, p. 160 y sig. Es curioso que estos autores resueltos adversarios de la teoría heroicista, cuando se trata de las invenciones, cubriéndose con la autoridad de Schumpeter y de Sombart caen en ella en cuanto empiezan a hablar de los empresarios. (*ibid*. p. 167).
19. R. C. Epstein, *Industrial Inventions: Heroic or Systematic?* «Quarterly Journal of Economics», XL 1926, p. 232-272; S. C. Gilfillian, *The Sociology of Invention*, Chicago, 1935; del mismo autor: *The Prediction of Technical Change*, «Review of Economics and Statistics», XXIV 1932, p. 378-380; W. F. Ogburn y D. Thomas *Are Inventions Inevitables?*, «Quarterly Journal of Economics» XXXVII, p. 83-89.
20. P. Mantoux, *La revolución industrial en Inglaterra en el siglo XVIII*, Varsovia.
20.a C. Marx, *El Capital*, t. I. p. 399-400.
21. A. P. Usher, *A History of Mechanical Inventions*, Harvard, 1954.
22. E. W. Gilboy, *Demand as a Factor the Industrial Revolution-Facts and Factors in Economic History*, Harvard, 1932, p. 620-629; H. J. Habakkuk, «The Historical Experience on the Basic Conditions of Economic Progress» en *Economic Progress*, edición L. H. Dupriez, Louvain, 1955, p. 150-151; W. W. Rostow, *Some Notes on Mr Hicks and History*, «American Economic Review» XLI, 1951, p. 318.
23. J. M. Kulischer, *Historia económica de Europa Occidental*, t. II, p. 125.
24. T. S. Ashton, *The Industrial Revolution*, Oxford, 1948, p. 89, 91-92.
25. T. S. Ashton, *Some Statistics of the Industrial Revolution in Britain*, «Manchester School of Economic and Social Studies», mayo 1948, p. 229.
26. Meier y Baldwin, *op. cit*, p. 169.
27. T. Shelby Mc Cloy, *French inventions of the Eighteenth Century*, «University of Kentucky Press», 1952, no da los motivos de la no utilización de tales invenciones en Francia. Este fenómeno lo conocía sobradamente C. Marx, *El Capital*, t. I, p. 423.
28. A. Gerschenkron, «Economic Backwardness in Historical Perspective»,

en *The Progress of Underdeveloped Areas*, edición B. F. Hoselitz, Chicago, 1952, p. 6.

29. Sobre la discusión acerca de este problema A. E. KAHN, *Investment Criteria in Development*, «Quarterly Journal of Economics» LXV, 1951; H. B. CHENERY, *The Application of Investment Criteria*, *ibid.*, LXVII, 1953; W. GALENSON y H. LEIBENSTEIN, *Investment Criteria, Productivity and Economic Development*, *ibid.*, LXIX, 1955, p. 343-370; H. NEISSER, *A Comment*, *ibid.*, LXX, 1956, p. 644-646; W. GALENSON y H. LEIBENSTEIN: *A Reply*, *ibid* p. 647-648; C. N. VAKIL y P. R. BRAHMANAND, *Plannig for an Expanding Economy. Accumulation, Employement and Technical Progress in Underdeveloped Countries*, Bombay-Nueva York, 1956. Galenson y Leibenstein son resueltos partidarios de la utilización de la técnica más moderna.
30. C. SHAW SOLO, *Innovation in the Capitalist Process. A Critique of the Schumpeteriam Theory*, «Quarterly Journal of Economics», LXV, 1951, p. 417-428.
31. Aquí no tenemos en cuenta los fenómenos sociopolíticos que pueden anular las previsiones más fundamentales (por ejemplo la guerra o el hambre en la India).
32. H. BROWN, J. BONNE, y J. WEIR, *The New Hundred Years*, Nueva York, 1958. En este trabajo, debido a la adopción de una baja base de partida, muchos diagramas se transforman allá por el año 2000 en una línea vertical.
33. J. FRIEDMAN, *Le Point Quatre. Thèse de l'Institut d'Études Politiques de Paris*, (datos redondeados).
34. C. CLARK, *Theory of Economic Growth*, «Econometrica», XVII, Suplem. Julio 1949, p. 112-116. IU (International Unit) significa, como siempre en Colin Clark, la cantidad de bienes y de servicios que podían obtenerse en los años 1925-1934 por dólar en los EE UU. La renta de los países atrasados se halla en este cálculo algo exagerada, ya que se hace figurar en el consumo propio de los agricultores el beneficio que habría de llevarse el mayorista en el caso de comercializarse dicho consumo. La disparidad entre las rentas anuales es evidentemente inferior a las horarias, debido a la media más reducida de las horas de trabajo en el año en los países desarrollados. La diferencia del nivel de vida entre las naciones enumeradas es realmente mayor de lo que refleja el cuadro, debido a las cargas familiares más elevadas que pesan sobre los trabajadores en los países subdesarrollados.
35. Calculado según W. S. WOYTINSKI y E. S. WOYTINSKI, *World Population and Production. Trends and Outlook*, Nueva York, 1953, p. 289-390 y 392-393.
36. Calculado según C. CLARK, *Conditions of Economic Progress*, edición de Londres, 1957, p. 58. Damos estas cifras con todas las reservas concernientes a las comparaciones entre las rentas nacionales de los países avanzados y atrasados, y a las cuales nos referimos en el capítulo VIII.
37. E. LUNDBERG, *Capital Formation and Economic Progress*, «Skandinavska Banken-Quarterly Review», XXXVI, no, 4, Oct. 1955, p. 108.
38. Adoptan una tesis positiva al respecto: T. MORGAN, *Distribution of Income in Ceylon, Puerto Rico, The United States and the United Kingdom* «Economic Journal» LXIII, 1953, p. 833 y S. KUZNETS, *Economic Growth and Income Inequality*, «American Economic Review» XLV, 1955,, p. 20-21. La tesis contraria se halla representada por T. H. OSHIMA, *A Note on Income Distribution in Developed and Underdeveloped Countries*, «Economic Journal», LXVI, 1956, p. 156-160.
39. W. SOMBART, *Los judíos y la vida económica*, Varsovia, 1913; W. J. WARNER, *The Wesleyan Movement in the Industrial Revolution*, Londres, 1930; A. RAISTRICK *Quakers in Science and Industry*, Londres, 1950; MEIER y BALDWIN, *op. cit.*, p. 300.
40. A. N. Mc LEOD, *Trade and Investment in Underveloped Areas. A Comment*, «American Economic Review», XLI, 1951, p. 411-419.

41. G. Leduc, profesor en el seminario polaco-francés organizado en el año 1956 por la UNESCO en París, adoptaba esta misma postura.
42. J. VIENER (*International Trade and Economic Development*, Glencoe III, 1952) es precisamente uno de esos liberales pesimistas.
43. Las definiciones de «circulo vicioso» y de «equilibrio del atraso» las utiliza R. NURKSE en *Problems of Capital Formation in Underdeveloped Countries*, Oxford, 1957.
44. G. MYRDAL, *Economic Theory and Underveloped Regions*, Londres, 1957, p. 12.
45. W. W. Rostow, en una carta que nos dirigió el 22 de agosto de 1960, critica esta afirmación, señalando los casos de la Argentina, Brasil Méjico, Turquía, Filipinas y hasta Puerto Rico. No es difícil compartir esa postura.
46. M. KALECKI, «El desarrollo de la situación económica en los EE UU en el período de 1956-1959», en *Estudios acerca de la coyuntura del capitalismo contemporáneo*, no. 4, Varsovia, 1960, p. 17.
47. F. PERROUX, *Le Capitalisme*, París, 1948, p. 25, define el capitalismo —¡¿quizás en oposición al socialismo?!— como «un sistema de descentralización más bien que de socialización de las pérdidas» lo cual significa que en el sistema capitalista el empresario asume los costes de las opciones erróneas, pierde o hace bancarrota, mientras que en el sistema socialista estos costes se hallan repartidos en toda la sociedad. Pero esta afirmación es ingenua, y aborda el problema superficialmente, ya que también en el sistema capitalista la sociedad entera soporta en definitiva el coste de las decisiones erróneas.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

45. **Franco Momigliano.** Sindicatos, progreso técnico, planificación económica
46. **Jean-Marie Domenach.** El retorno de lo trágico
47. **Max Weber.** La ética protestante y el espíritu del capitalismo
48. **Stanislaw Ossowski.** Estructura de clases y conciencia social
49. **Isaac Deutscher.** Ironías de la Historia
50. **Roberto Giammanco.** Black Power/Poder Negro
51. **Eloy Terrón.** Sociedad e ideología en los orígenes de la España contemporánea
52. **A. Myrdal y V. Klein.** La mujer y la sociedad contemporánea
53. **P. I. Stucka.** La función revolucionaria del Derecho y del Estado
54. **John Gerasi.** El gran miedo de América Latina
55. **M. Maldonado Denis.** Puerto Rico: Mito y realidad
56. **John Lynch.** España bajo los Austrias/1.
57. **E. From, M. Horkheimer, T. Parsons.** La familia
58. **Evelyne Sullerot.** Historia y sociología del trabajo femenino
59. **Jean Piaget.** Sabiduría e ilusiones de la filosofía
60. **Jean-Pierre Alem.** Judíos y árabes
61. **Pierre George.** La acción del hombre y el medio geográfico
62. **Jacques Guillermaz.** Historia del Partido Comunista Chino
63. **Jean Cazeneuve.** Sociología de Marcel Mauss
64. **Eugéne D. Genovese.** Economía política de la esclavitud
65. **W. H. G. Armytage.** Historia social de la tecnocracia
66. **Valeriano Bozal Fernández.** El lenguaje artístico
67. **Francesca Romana Pacci.** James Joyce. Vida y obra
68. **Lesley Byrd Simpson.** Los conquistadores y el indio americano
69. **David García Bacca.** Ensayos
70. **W. H. G. Armytage.** Visión histórica del futuro
71. **P. Goodman.** Problemas de la juventud en la sociedad organizada
72. **Jackson, Allardt, Runciman, Eisenstadt, Shils...** Estratificación social
73. **Ives Lacoste.** El nacimiento del Tercer Mundo: Ibn Jaldún
74. **Mario Baratto.** Teatro y luchas sociales
75. **Gérard Mendel.** La rebelión contra el padre
76. **Raymond Williams.** Los medios de comunicación social
77. **E. Nolte.** La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas
78. **Pierre Arnaud.** Sociología de Comte
79. **Henri Lefebvre.** De lo rural a lo urbano
80. **Vivian Trías.** La crisis del dólar y la política norteamericana
81. **Bogdan Suchodolski.** Tratado de pedagogía
82. **Philips H. Coombs.** La crisis mundial de la educación
83. **Jane Jacobs.** La economía de las ciudades
84. **E. E. Evans-Pritchard.** La mujer en las sociedades primitivas
85. **John Lynch.** España bajo los Austrias/2
86. **Gérard Mendel.** La crisis de generaciones
87. **G. Blumer.** La Revolución Cultural china
88. **H. B. Davis.** Nacionalismo y socialismo
89. **E. Fioravanti.** El concepto de modo de producción
90. **Henri Desroche.** Sociología y religión
91. **Radcliffe-Brown.** Estructura y función en la sociedad primitiva
92. **Sauvy, Bergues, Hélin, Ariès, Riquet...** Historia del control de nacimientos
93. **Karl Menninger.** El hombre contra sí mismo
94. **Castilla dei Pino.** Introducción a la hermenéutica del lenguaje
95. **Barrington Moore, jr.** Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia
96. **Charles Wackenheim.** La quiebra de la religión según Karl Marx
97. **Bronislaw Malinowski.** Los argonautas del Pacífico Occidental
98. **Nicos P. Mouzelis.** Organización y burocracia
99. **Pierre George.** Población y poblamiento
100. **Witold Kula.** Problemas y métodos de la historia económica
101. **Theodore Roszak y otros.** La contestación universitaria
102. **Bertolt Brecht.** El compromiso en literatura y arte
103. **Paul Goodman.** Ensayos utópicos
104. **Paul Kägi.** La génesis del materialismo histórico
105. **Jean Hyppolite.** Génesis y estructura de la fenomenología del espíritu de Hegel
106. **Lucien Lévy-Bruhl.** El alma primitiva

107. **Luigi de Marchi.** Wilhelm Reich: Biografía de una idea
108. **Jacques Godechot.** Los orígenes de la Revolución Francesa
109. **Andrée Michel.** Sociología de la familia y del matrimonio
110. **E. L. Johnson.** El sistema jurídico soviético
111. **Cazeneuve, Balle, Akoun.** Guía del estudiante de sociología
112. **Raymond Williams.** El teatro de Ibsen a Brecht
113. **B. H. Slicher van Bath.** Historia agraria de la Europa Occidental (500-1850)
114. **Jacques Guillermaz.** El Partido Comunista chino en el pdoer (1949-1973)
115. **Gabriel H. Lovett.** La Guerra de la Independencia/1
116. **Gabriel H. Lovett.** La Guerra de la Independencia/2
117. **J. G. Beramendi y E. Fioravanti.** Miseria de la economía/1
118. **J. G. Beramendi y E. Fioravanti.** Miseria de la economía/2
119. **Ricardo García Cárcel.** Las Germanías de Valencia
120. **José Manuel Bermudo.** El concepto de praxis en el joven Marx
121. **Maurice Merleau-Ponty.** Fenomenología de la percepción
122. **Jan Foudraine.** Un psiquiatra en busca de su profesión
123. **J. Lee Thayer.** Comunicación y sistemas de comunicación
124. **Reyna Pastor de Togneri.** Del Islam al Cristianismo
125. **Eduardo Fioravanti.** El capital monopolista internacional
126. **Miguel de Moragas Spa.** Semiótica y comunicación de masas
127. **Marcel Bataillon.** Estudios sobre Bartolomé de las Casas
128. **Henri Lefebvre.** Espacio y política
129. **Victòria Camps.** Pragmática del lenguaje y filosofía analítica
130. **Marthe Robert.** Freud y la conciencia judía
131. **Jean-William Lapierre.** El análisis de los sistemas políticos
132. **Ricardo García-Cárcel.** Orígenes de la Inquisición española
133. **B. J. Bernstein y otros.** Ensayos inconformistas sobre los Estados Unidos
134. **Pierre Chaunu.** La España de Carlos V/1
135. **Pierre Chaunu.** La España de Carlos V/2
136. **Marzio Vacatello.** György Lukács
137. **Pelai Pagès.** El movimiento trotskista en España (1930-1935)
138. **Manuel Ballestero.** Juan de la Cruz: de la angustia al olvido
139. **Manuel Cruz.** La crisis del stalinismo: el «caso Althusser»
140. **Maurice Merlcau-Ponty.** Sentido y sinsentido
141. **Stefan Morawski.** Fundamentos de estética
142. **Joachim Israel.** Teoría de la alienación
143. **Mi chel Maffessoli.** Lógica de la dominación
144. **Ágnes Heller.** Sociología de la vida cotidiana
145. **Paul Mattick.** Crítica de los neomarxistas
146. **J. Bronowski.** El sentido común de la ciencia
147. **Robert Sidney Smith.** Historia de los Consulados de Mar
148. **Guy Cellerier.** El pensamiento de Piaget
149. **Lucien Lévy-Bruhl.** La mitología primitiva
150. **Stefano Zecchi.** Ernst Bloch: utopía y esperanza en el comunismo
151. **Richard Sennett.** La crisis del hombre público
152. **Ágnes Heller.** Teoría de las necesidades en Marx
153. **A. Núñez.** Conversaciones con Faustino Cordón sobre biología evolucionista
154. **András Hegedüs.** Socialismo y burocracia
155. **Salvador Giner.** Sociedad masa
156. **B. Hindess - P. Hirts.** Los modos de producción precapitalistas
157. **Tom Nainn.** Los nuevos nacionalismos en Europa
158. **J. Cardelús, A. Pasqual.** Movimientos migratorios y organización social
159. **Ricardo García Cárcel.** Herejía y sociedad en el siglo XVI
160. **F. Catalano.** Metodología y enseñanza de la Historia
161. **Ágnes Heller.** Instinto, agresividad, carácter
162. **Claude-Gilbert Dubois.** El Manierismo
163. **Ludovico Geymonat.** Ciencia y realismo
164. **Ágnes Heller.** El hombre del Renacimiento
165. **Juan F. Mira.** Vivir y hacer historia
166. **Román Gubern.** La censura. Función política y ordenamiento jurídico bajo el franquismo
167. **Xavier Rubert de Ventós.** De la Modernidad
168. **Louis Legrand.** Por una política de la educación
169. **Keith Hopkins.** Conquistadores y esclavos
170. **George Konrád, Ivan Szelenyi.** Los intelectuales y el poder
171. **Umberto Melotti.** El hombre entre la naturaleza y la historia

El historiador polaco Witold Kula ha alcanzado gran renombre internacional por sus estudios sobre historia económica. En la mayor parte de sus trabajos se ha ocupado de temas relacionados con la economía feudal y precapitalista; muestra de ello son sus libros *Teoría económica del sistema feudal* y *Esbozo sobre las manufacturas*. Sin embargo, últimamente ha acentuado su interés por los problemas metodológicos, en cuyo campo sus dos obras más importantes son quizá *Reflexiones sobre la historia* (1958) y, sobre todo, *Problemas y métodos de la historia económica* (1963). Ha colaborado en numerosas revistas de su especialidad, tanto polacas como extranjeras («Studi Storici», etc.).

En la obra que presentamos, Kula hace una presentación sistemática de todas las cuestiones metodológicas que se plantean a la investigación histórica en general y a la historia económica en particular. Después de presentarnos una breve pero documentada «historia de la historia económica», examina el objeto de su estudio en relación con las demás ciencias históricas y con la economía política. A continuación trata detalladamente y con un rigor científico poco habitual en este tipo de manuales todos los aspectos metodológicos de la disciplina: periodificación, microanálisis, macroanálisis, estadística, demografía, metrología, etc. De este modo, partiendo de un enfoque materialista histórico, Kula se enfrenta con las principales dificultades ideológicas y metodológicas de los estudios históricos en nuestro tiempo, sin desdeñar la crítica de las deformaciones más frecuentes en este campo.